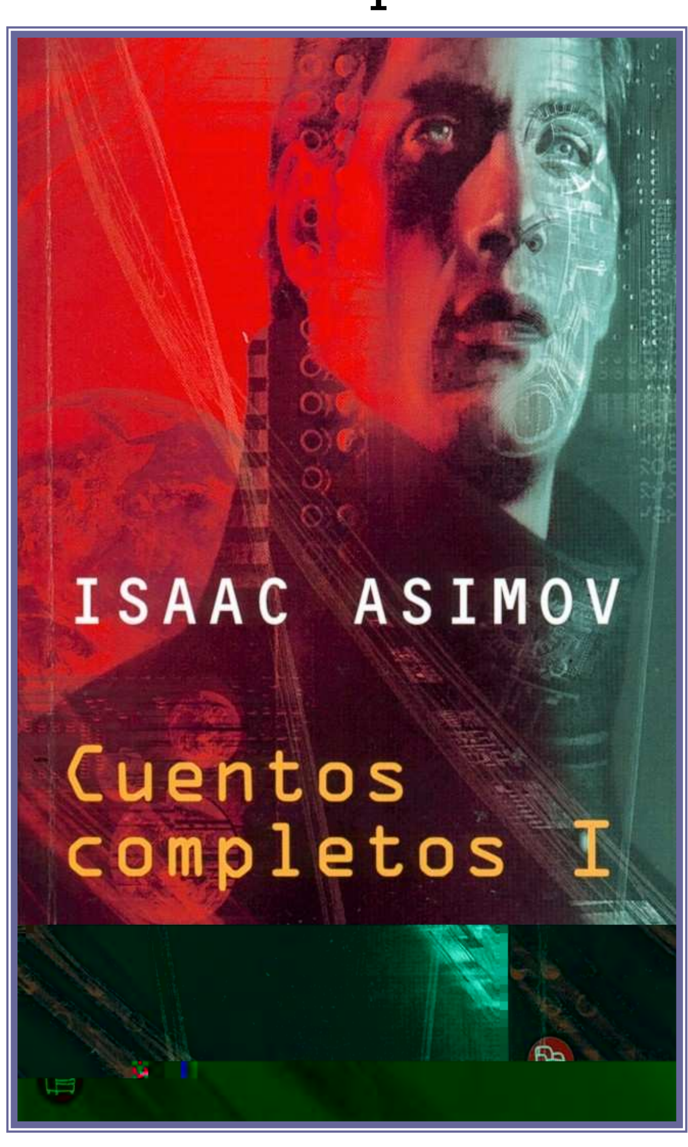
****

ISAAC ASIMOV

****

CUENTOS COMPLETOS

I



Título: Cuentos completos. Volumen I
Titulo original: The Complete Stories. Volume I
Traducción: Carlos Gardini

Barquillo, 21. 28004 Madrid (España) www.puntodeleccura.com

Publicado por acuerdo con Doubleday, un sello de The Doubleday Broadway Publishing Group, una división de Random House, Inc.

ISBN: 34-003-0503-2
Depósito legal: M-29.509-2002
Impreso en España - Printed in Spain

Ilustración de cubierta: Leonardo Flores
Diseño de colección: Ignacio Ballesteros

Impreso por Mateu Cromo, S.A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Hace cincuenta y un años que escribo cuentos y aún no he desistido. Además de los cientos de cuentos que he publicado, hay muchos inéditos y un par que aún no he presentado. Así que no me he jubilado, de ningún modo.

Sin embargo, nadie puede publicar cuentos durante tanto tiempo sin comprender que le queda un tiempo limitado. Como decía la canción: «Para siempre jamás es más breve que antes».

Es hora, pues, de publicarlos en forma conjunta.

Aunque parezca engreído decirlo (con frecuencia me acusan de ser engreído) mis obras de ficción gozaron de popularidad desde el principio y han sido bien acogidas con el correr de los años. Pero no es fácil localizar cuentos que uno ya no tiene y desearía tener, o encontrar uno que oímos nombrar, pero nunca pudimos leer. Mis cuentos se publicaron originalmente en una multitud de revistas cuyos números originales son imposibles de conseguir. Luego, aparecieron en gran cantidad de antologías y compilaciones, también imposibles de conseguir.

Estos tomos se publican con la esperanza de que los lectores de ciencia ficción y de literatura policíaca (pues también se incluirán mis cuentos de misterio), así como las bibliotecas, se abalancen ávidamente sobre ellos y despejen los estantes para dejar espacio a *ISAAC ASIMOV: Cuentos completos.*

Iniciamos este volumen con dos de mis colecciones de la década de los cincuenta, con *LA TIERRA NOS BASTA* y *NUEVE FUTUROS.*

El primero incluye algunos de mis predilectos, como *Sufrago universal,* que trata sobre la máxima reforma electoral; *Espacio vital,* que brinda a cada familia un mundo propio; *Cuánto se divertían,* mi cuento más publicado en antologías; *El chistoso,* cuyo final sorprenderá sin duda a quienes no conozcan la historia, y *Los sueños son cosa personal,* por el cual Robert A. Heinlein me acusó de ganar dinero a costa de mis neurosis.

NUEVE FUTUROS, mi preferido entre mis libros de cuentos, no contiene un solo cuento que no me parezca un excelente ejemplo de mi producción de esa década. Ante todo está *La última pregunta,* mi predilecto entre todos los cuentos que he escrito.

Luego está *El niño feo,* tercero en el orden de mis favoritos. Mis relatos

suelen ser cerebrales, pero espero que éste arranque un par de lágrimas al lector. (Para averiguar cuál es el segundo en el orden de favoritos, tendrán ustedes que leer los siguientes volúmenes de esta compilación.) *Sensación de poder* es otro cuento que figura con frecuencia en las antologías y resulta bastante profético, teniendo en cuenta que lo escribí antes que nadie pensara en los ordenadores de bolsillo. *Todos los males del mundo* es un cuento de suspense y *La noche moribunda* es un cuento de misterio basado, ay, en un «dato» astronómico que ahora se considera totalmente erróneo.

Aparece también aquí otra compilación, ANOCHECER *Y OTROS CUENTOS,* que incluye *Anochecer,* al cual muchos lectores y la SFWA (Science Fiction Writers of America) votaron como el mejor cuento de ciencia ficción jamás escrito (no comparto esa opinión, pero sería descortés objetarla). Otros favoritos míos son *Creced y multiplicaos,* que es bastante escalofriante; *Sally,* que expresa mis sentimientos sobre los automóviles; *Esquirol,* que me parece muy subestimado; y *Los ojos hacen algo más que ver,* una historia breve y sentimental.

Habrá más volúmenes, pero comiencen ustedes por éste. Harán muy feliz a un **anciano.**

Isaac Asimov

Ciudad de Nueva York

Marzo de 1990

EL PASADO HA MUERTO

Arnold Potterley, doctor en filosofía, era profesor de historia antigua. La cosa en sí no tenía nada de peligrosa. Lo que cambiaba la cuestión más allá de todo lo imaginable era que efectivamente *parecía* un profesor de historia antigua.

Thaddeus Araman, decano de la Facultad de Cronoscopía, hubiera sabido cómo actuar si el doctor Potterley se hubiese hallado en posesión de una mandíbula ancha y cuadrada, unos ojos centelleantes, nariz aquilina y anchas espaldas.

Pero el caso era que estaba mirando fijamente por encima de su escritorio a un tipo de aspecto apacible, con una pequeña nariz semejante a un botón, y cuyos opacos ojos azules le contemplaban a su vez. Iba pulcramente vestido y su aspecto era vago y desleído, desde el ralo cabello castaño hasta los relucientes zapatos que completaban su atavío de clase media.

Araman dijo complaciente:

—¿En qué puedo servirle, doctor Potterley?

El interpelado respondió con una voz tenue que iba muy bien con el resto de su persona:

—Señor Araman, he acudido a usted porque es la máxima autoridad en cronoscopía.

Araman sonrió.

—No exactamente. Por encima de mí está el comisario de Investigaciones Mundiales, y sobre él el secretario general de las Naciones Unidas. Y desde luego, por encima de ambos, los pueblos soberanos de la Tierra.

El doctor Potterley meneó la cabeza.

—Ellos no se interesan por la cronoscopía... He acudido a usted, señor, porque llevo dos años intentando obtener un permiso para hacer algo con respecto..., con respecto a la cronoscopía, es decir en relación con mis investigaciones sobre la antigua Cartago. No me ha sido posible obtener tal permiso. Mis garantías de investigación son correctas. No se ha dado irregularidad alguna en cualquiera de mis intentos intelectuales. Sin embargo...

—Estoy seguro que no se trata en absoluto de irregularidad —manifestó

Araman en tono apaciguador.

Sacó las delgadas hojas de la carpeta marcada con el nombre de Potterley. Se trataba de reproducciones tomadas de Multivac, cuya mente, ampliamente analógica, constituía el archivo supremo de la facultad. Una vez concluido el asunto, las hojas podían ser destruidas y, en caso necesario, reproducidas de nuevo en pocos minutos. Mientras volvía las páginas, la voz del doctor Potterley prosiguió con queda monotonía:

—Debo aclararle que mi problema reviste la mayor importancia. Cartago significa el antiguo mercantilismo llevado a su apogeo. La Cartago prerromana fue el paralelo antiguo de la América preatómica al menos en lo que se refiere a su apego al comercio y a los negocios en general. Sus hombres fueron los marinos y exploradores más audaces antes de la llegada de los vikingos, y mucho más expertos e intrépidos que los tan ensalzados griegos... Conocer Cartago a fondo resultaría muy provechoso. Todo cuanto sabemos sobre la ciudad se deriva de los escritos de sus más enconados enemigos, los griegos y los romanos. Cartago nunca escribió en defensa propia, y si lo hizo sus obras no se conservan. Como consecuencia de ello, a los cartagineses se les ha colgado el descrédito de ser los villanos de la historia. Tal vez se haya cometido con ellos una gran injusticia. Un panorama de la época pondría las cosas en su lugar...

El historiador dijo aún mucho más. Araman habló por fin, dando todavía vueltas a las hojas que tenía ante él.

—Debe usted tener en cuenta, doctor Potterley, que la cronoscopía, o el panorama de una época si lo prefiere, es un proceso difícil.

El doctor Potterley, al verse interrumpido, frunció el entrecejo y replicó:

—Únicamente solicito ciertas escenas seleccionadas de épocas y lugares que yo indicaría.

Araman suspiró.

—Incluso algunas escenas, incluso una sola... El nuestro es un arte increíblemente delicado. Está la cuestión del enfoque, la obtención de la debida perspectiva y el mantenimiento de la escena. Y la sincronización del sonido, que proviene de circuitos completamente independientes.

—Pero le aseguro que mi problema reviste la suficiente importancia como para justificar un considerable esfuerzo...

—Sí, desde luego —convino al punto Araman, puesto que negar la importancia de un problema de investigación ajeno supondría una grosería imperdonable—. Pero tiene que comprender la gran complicación de la vista más sencilla. Además, hay una larga cola en espera del cronoscopio, y una mayor aún para el empleo de Multivac, que nos guía en nuestro manejo de

los controles.

Potterley se agitó en su butaca con aire desdichado.

—¿Y no se puede hacer nada? Durante dos años...

—Es una cuestión de prioridad. Lo siento. ¿Un cigarrillo?

El historiador se echó hacia atrás como sobresaltado por la sugerencia, con los ojos súbitamente desorbitados, fijos en el paquete que se le tendía. Araman, sorprendido, lo retiró e inició un movimiento, como si fuese a tomar uno y luego lo pensase mejor.

Potterley exhaló un suspiro de alivio al desaparecer de su vista el paquete.

—¿No existe algún medio de arreglar este asunto? ¿Por ejemplo, incluyéndome en la lista tan adelante como fuese posible? —sugirió—. No sé cómo explicarme...

Araman sonrió. Otros, en circunstancias semejantes, le habían ofrecido dinero. Como es natural, tampoco les había servido de nada.

—Las decisiones sobre la prioridad se toman mediante un proceso de cálculo —dijo—. No está en mi mano alterarlas arbitrariamente.

Potterley se puso envaradamente en pie, irguiendo su metro sesenta y cinco de estatura.

—En ese caso, buenos días.

—Buenos días, doctor Potterley. Y créame que lo siento...

Araman tendió su mano, que el historiador rozó ligeramente, marchándose acto seguido. Araman apretó un botón y apareció al instante su secretaria, a la que tendió el expediente de Potterley.

—Tenga —dijo—. Ya puede disponer de él.

A solas de nuevo, sonrió con amargura. Un renglón más en su servicio de un cuarto de siglo a la raza humana. Servicio a través de la negativa.

Al menos, aquel tipo había sido fácil de despachar. A veces había que recurrir a la presión académica, e incluso a la retirada de concesiones.

Cinco minutos más tarde, había olvidado al doctor Potterley. Cuando pensó más tarde en ello, ni siquiera logró recordar haber sentido en aquel momento ningún atisbo del peligro.

Durante el primer año de frustración, Arnold Potterley había experimentado sólo eso..., frustración. Sin embargo, durante el segundo, aquella frustración dio lugar a una idea que primero le atemorizó y luego le fascinó. Dos cosas le disuadieron de llevarla a la práctica, ya que el indudable hecho que se oponía por completo a la ética no constituía barrera alguna.

La primera consistía en su obstinada esperanza en que el gobierno

acabaría por concederle el permiso, por lo cual no necesitaría otro recurso. Mas ésta esperanza había naufragado al fin en la entrevista sostenida con Araman.

La segunda no había sido una esperanza, sino una triste toma de conciencia de su propia incapacidad. Él no era físico, y no conocía a físico alguno capaz de prestarle ayuda. La Facultad de Física se componía de hombres muy preparados e inmersos por entero en su especialidad. En el mejor de los casos, se negarían a escucharle. Y en el peor, le acusarían de anarquía intelectual. E incluso podría ocurrir que su teoría básica sobre Cartago fuese descartada.

No quería correr ese riesgo. Ahora bien, la cronoscopía suponía el único medio para llevar a cabo su tarea. Sin la concesión del permiso, se encontraba perdido, atado de pies y manos.

La primera sospecha indicando que tal vez consiguiera superar el segundo obstáculo le asaltó una semana antes de su entrevista con Araman, aunque de momento no la reconoció. Sucedió durante uno de los té de la universidad. Potterley asistía sin falta a esas reuniones. Lo consideraba un deber, y él solía cumplir religiosamente sus deberes. Una vez en ellas, no obstante, pensaba que no tenía por qué trabar una conversación ligera o hacerse nuevos amigos. Se tomaba parcamente una o dos tazas, cambiaba unas palabras corteses con el decano de tal o cual facultad, dedicaba una ligera sonrisa al resto de los circunstantes y abandonaba temprano la reunión.

En otras circunstancias, no habría prestado atención al tímido joven que se mantenía en pie, inmóvil, en un rincón. Jamás habría soñado siquiera en dirigirle la palabra. Sin embargo, cierto concatenación de causas le condujo a hacerlo, contrariamente a su naturaleza.

Aquella mañana, en el desayuno, su mujer le había anunciado en tono melancólico que había soñado de nuevo con Laurel, esta vez con una Laurel ya crecida, aunque con el mismo rostro infantil de sus tres años.

Potterley la dejó hablar. Hubo una época en que se empeñó en combatir la excesiva preocupación de su esposa por el pasado y la muerte. Nunca recobrarían a Laurel. Ni los sueños ni la conversación lo lograrían.

Mas si eso apaciguaba a Caroline Potterley..., que soñara y hablara.

Aun así, cuando el historiador fue a dar su clase por la mañana, se sintió de pronto afectado por las sandeces de su mujer. ¡Laurel hecha una mujer...! Su única hija había muerto hacía casi veinte años.

Durante todo ese tiempo, cada vez que pensaba en ella la veía como una pequeña de tres años.

«Si siguiese con vida —pensó—, no tendría tres años, sino cerca de los veintitrés.»

Sin poderlo evitar, se encontró imaginando a Laurel en su progresivo crecimiento hasta llegar a esa edad.

No lo lograba del todo, pero lo intentaba. Laurel usando maquillaje. Laurel saliendo con muchachos.

¡Laurel... a punto de casarse!

Así que, al ver a aquel joven rondando en torno a los grupos compuestos por los profesores de la facultad, que circulaban muy tiesos, se le ocurrió quijotescamente que un joven semejante podía haberse casado con Laurel. Acaso aquel mismo joven...

Laurel podría haberlo conocido en la universidad, o bien una noche en que le hubieran invitado a cenar en casa de los Potterley. Y podrían haberse atraído mutuamente. Laurel hubiera sido bonita, eso desde luego, y el muchacho tenía buen aspecto. Atezado de rostro, de expresión resuelta y excelente porte.

La vaga quimera se desvaneció pronto. No obstante, Potterley continuó mirando con bobalicona fijeza al muchacho, no como a un ser extraño, sino como a un posible yerno en un tiempo que pudo haber sido. Y sin saber cómo, se vio encaminándose hacia él. Como en una especie de auto-hipnosis. Le tendió la mano.

—Soy Arnold Potterley, de la Facultad de Historia. Es usted nuevo aquí, ¿verdad?

El joven le miró ligeramente asombrado, pasando su vaso a la mano izquierda, a fin de estrechar con la derecha la que se le tendía.

—Me llamo Jonas Foster —se presentó a su vez—. Soy profesor auxiliar de física. Acabo de empezar este semestre.

Potterley hizo un leve ademán de asentimiento con la cabeza, manifestando a continuación:

—Le deseo una agradable estancia y un gran éxito.

Eso fue todo por el momento. Potterley había recuperado el dominio de sí mismo, y se retiró, turbado.

Lanzó una furtiva ojeada hacia atrás por encima del hombro, pero la ilusión de parentesco se había desvanecido. La realidad volvía a ser consistente. Se sentía enfadado consigo mismo por dejarse arrastrar por la estúpida cháchara de su mujer.

Una semana después, precisamente mientras Araman se hallaba en el uso de la palabra, le asaltó de nuevo el recuerdo del joven. Un profesor de física... Un nuevo profesor. ¿Había estado él sordo en aquel momento? ¿Se

había producido un cortocircuito entre su oído y su cerebro? ¿O bien hubo una autocensura automática, motivada por la inminente entrevista con el decano de Cronoscopía?

Cuando la entrevista fracasó, fue el pensamiento del joven con quien había cambiado sólo dos frases el que impidió a Potterley insistir en sus ruegos para que se tomase en consideración su propuesta. Casi estaba ansioso por marcharse.

Y ya de vuelta a la universidad, en el autogiro de servicio rápido, casi deseó haber sido supersticioso.

Entonces, se hubiera consolado con el pensamiento que aquel encuentro casual, sin aparente significado, constituía en realidad un augurio.

Jonas Foster no era novato en las lides académicas. La larga y ardua pugna que conducía al doctorado convertía a cualquiera en un veterano. Y el trabajo adicional de enseñanza durante el post-doctorado obraba como un estimulante.

Pero ahora se había convertido en el profesor auxiliar Jonas Foster. La dignidad del profesorado le situaba en una posición más avanzada y sus relaciones con los demás profesores habían cambiado.

Por un lado, ellos habrían de votarle o no para futuras promociones. Por otro, él no se hallaba en situación de decir tan pronto, en su calidad de nuevo, qué miembro de la facultad tenía o no vara alta con el decano o hasta con el rector de la universidad. No se imaginaba a sí mismo como un experto en la política del claustro. Por lo demás, estaba seguro que, aun en caso de proponérselo, sería muy mediocre. No obstante, le convenía hacer unos pinitos en la materia, aunque fuera tan sólo para probárselo a sí mismo.

Y así, Foster había prestado atención al historiador, el cual, pese a la suavidad de sus modales, parecía irradiar una cierta tensión. Por eso no le rechazó bruscamente, desembarazándose de él como había sido su primer impulso.

Recordaba bastante bien a Potterley. Potterley se le había acercado en aquel té (la reunión había sido de lo más anodino). Su colega le había dirigido un par de envaradas frases, con ojos un tanto vidriosos, y luego, pareciendo volver en sí, se había escabullido.

Aquello había divertido a Foster. Ahora, en cambio... ¿Se proponía Potterley, de manera deliberada, trabar conocimiento con él, o más bien causarle la impresión de ser una especie de bicho raro, excéntrico pero inofensivo? ¿O tal vez estuvo tanteando las opiniones de Foster, hurgando posibles convicciones inestables? A buen seguro, ya lo habían hecho antes

de darle su nombramiento. Sin embargo...

Potterley podía ser serio, sincero, no darse cuenta de lo que estaba haciendo. O podía saber muy bien lo que estaba haciendo y ser sólo un bribón, más o menos peligroso.

Así pues, Foster murmuró:

—Bien, usted dirá...

Lo hizo para ganar tiempo, sacando a la par un paquete de cigarrillos para ofrecerle uno a Potterley y encender él otro muy lentamente.

Potterley se apresuró a rechazarlo.

—Por favor, doctor Foster, nada de tabaco.

Foster respondió, perplejo:

—Lo siento, señor.

—No, no. Soy yo quien debe excusarse. No puedo soportar el olor del tabaco... Cuestión de idiosincrasia. Lo siento.

Se había puesto sumamente pálido. Foster dejó a un lado los cigarrillos y aunque echando de menos el tabaco, fue directamente al grano:

—Me halaga que pida usted mi consejo y todo eso, doctor Potterley, pero no soy un especialista en neutrínica. Nunca llegaría a ser un buen profesional en esa dirección. Hasta el hecho de exponer una opinión se saldría de mi campo y, francamente, preferiría no entrar en particularidades.

El enjuto rostro del profesor adoptó una dura expresión.

—¿Qué quiere usted decir con eso que no es un especialista en neutrínica? No es usted nada todavía. No ha recibido ningún permiso. ¿O sí?

—Estoy sólo en mi primer semestre.

—Lo sé. Y supongo que ni siquiera habrá presentado aún una solicitud de permiso.

Foster esbozó una media sonrisa. En tres meses de universidad, no había logrado dar forma adecuada a sus primeras solicitudes de un permiso de investigación como para ser estimado como un escritor científico profesional, sin mencionar a la Comisión Investigadora.

Por fortuna, el decano de su facultad lo había aceptado bastante bien. «Tómese tiempo, Foster —le había aconsejado—, y organice sus pensamientos. Asegúrese de conocer su camino y adonde conduce y, una vez que reciba su permiso, le será formalmente reconocida su especialización. A partir de entonces, para bien o para mal, le pertenecerá durante el resto de su carrera.» El consejo era bastante trivial, pero la trivialidad tiene a menudo el mérito de la verdad, y Foster así lo reconoció.

—Por educación y por inclinación, doctor Potterley —dijo ahora—, me interesa la hiper-óptica y, secundariamente, la gravimetría. Así fue como me

describí a mí mismo al solicitar este puesto. Aunque no sea aún mi especialización oficial, algún día lo será. No puede ser de otro modo. En cuanto a la neutrínica, jamás estudié esa materia.

—¿Y por qué no? —preguntó al punto Potterley.

Foster le miró fijamente. Aquella especie de ruda curiosidad sobre el estado profesional del prójimo le resultaba siempre irritante. Y en el límite mismo de la cortesía, con una pizca de aspereza, respondió:

—No había ningún curso sobre neutrinos en mi universidad.

—¡Santo Dios! ¿Y a qué universidad pertenecía usted?

—Al Instituto de Ingenieros —contestó con calma Foster.

—¿Y no había ningún curso sobre neutrinos?

—Pues no. —Foster sintió que se sonrojaba y se aprestó a la defensa—. Es una materia sumamente especializada, sin gran calor. Quizá lo tenga la cronoscopía, pero constituye su única aplicación práctica. Un callejón sin salida.

El historiador le miró con grave fijeza.

—Dígame. ¿Sabe dónde puedo encontrar a alguien experto en neutrínica?

—No, no lo sé —respondió secamente Foster.

—Bien, ¿conoce entonces alguna escuela que enseñe esa especialidad?

—Tampoco.

Potterley sonrió de modo forzado y carente de humor. Foster sintió el insulto escondido en aquella sonrisa y se molestó lo bastante como para decir:

—Deseo advertirle, que usted se está excediendo en sus palabras.

—¿Cómo?

—Digo que, como historiador, su interés por cualquier clase de ciencias físicas, su interés *profesional*, es...

Hizo una pausa, incapaz de decidirse a pronunciar el término.

—¿Contrario a la ética?

—En efecto.

—Mis investigaciones me han conducido a ello —manifestó Potterley en un sordo e intenso murmullo.

—En tal caso, debería dirigirse a la Comisión Investigadora. Si ellos permiten...

—Ya he acudido a ellos y no he recibido satisfacción alguna.

—Entonces resulta obvio que debe abandonar su propósito.

Foster sabía que sus palabras sonaban pomposamente virtuosas, pero no iba a permitir que aquel hombre le indujera a una manifestación de

anarquía intelectual. Estaba demasiado al comienzo de su carrera como para correr riesgos estúpidos.

Pensó que la observación parecía haber producido su efecto en Potterley, puesto que sin preámbulo alguno, éste explotó en una rápida y fogosa tormenta verbal de irresponsabilidad.

Dijo que los eruditos sólo podrían ser libres en el caso que se les permitiera seguir libremente los libres vaivenes de su curiosidad. La investigación, constreñida en un molde prefijado por los mismos poderes que custodiaban la llave, se convertía en una esclava, condenada al estancamiento. Nadie tenía derecho a dictar los intereses intelectuales de otro.

Foster escuchó toda la perorata con marcado escepticismo. Nada de aquello le sonaba extraño. La había oído proferida con el mismo entusiasmo por compañeros de colegio a fin de escandalizar a sus profesores y, en una o dos ocasiones, él mismo se había divertido pronunciándola. Cualquiera que abordara la historia de la ciencia sabía que muchos hombres pensaron de ese modo en su día.

Sin embargo, a Foster le parecía extraño -y casi contra natura- que un hombre de ciencia moderno se permitiese tales insensateces. Nadie abogaría porque se dirigiese una fábrica permitiendo a cada obrero hacer lo que se le ocurriese en cada momento, ni por que se gobernase un barco con arreglo a las nociones casuales y en pugna de cada tripulante. Había que dar por descontada, en cada caso, la existencia de una gestión supervisora central. ¿Y por qué una factoría o un barco deberían beneficiarse de una dirección y un orden, y no ocurrir lo mismo con la investigación científica?

Se podría argüir que el cerebro humano se diferencia en gran medida -desde el punto de vista cualitativo- de un barco o una factoría, pero la historia del esfuerzo intelectual demuestra lo contrario.

Cuando la ciencia se hallaba aún en pañales, y la maraña de todo o de casi todo lo conocido permanecía al alcance de una mente individual, tal vez no hubiera necesidad de una dirección. Caminar a ciegas por las regiones no definidas de la ignorancia conducía a veces a maravillosos hallazgos, por simple casualidad.

Pero al extenderse al campo de los conocimientos, se hizo preciso absorber cada vez más datos, antes que se pudieran organizar viajes que mereciesen la pena al dominio de lo ignorado. El hombre tuvo que especializarse. El investigador necesitaba los recursos de una biblioteca que le sería imposible recopilar por sí mismo, e instrumentos que tampoco podía procurarse por sus propios medios. Y así, cada vez con mayor frecuencia, el

investigador individual cedió el paso al equipo de investigación y a la institución investigadora.

Los fondos necesarios a la investigación se hicieron asimismo mayores, a medida que los instrumentos indispensables para tal fin se multiplicaban. ¿Qué instituto era ya tan pequeño como para no requerir un micro-reactor nuclear o, cuando menos, una computadora trifásica?

En siglos pasados, las fortunas particulares no alcanzaban a subvencionar la investigación. Hacia 1940, únicamente el gobierno, las grandes industrias y las universidades importantes o los centros de investigación se hallaban capacitados para pagar las investigaciones básicas.

En 1960, hasta las mayores universidades dependían por entero de las asignaciones gubernamentales, mientras que los institutos de investigación subsistían gracias a las exenciones de impuestos y las suscripciones públicas. Ya en el año 2000, los monopolios industriales se habían convertido en dependencias del gobierno mundial. En consecuencia, la financiación de la investigación, y por lo tanto su dirección, se centralizaron del modo más natural en un departamento de estado.

Todo funcionaba perfectamente. Cada rama de la ciencia se adaptaba a las necesidades del público, y las varias especialidades científicas se coordinaban de manera razonable. El adelanto material del último medio siglo era argumento de bastante peso para demostrar que la ciencia no caía en el estancamiento.

Foster intentó decir algo de todo esto, pero fue atajado por un impaciente ademán de Potterley, que le atacó:

—Está repitiendo como un loro la propaganda gubernamental. Tiene ante usted un ejemplo de los errores que comete la opinión oficial. ¿Es que no puede creerlo?

—Francamente, no.

—¿Ah, no? Ha dicho usted que la inspección del tiempo es un callejón sin salida, que la neutrínica no tiene importancia alguna. Eso es lo que ha dicho, ¿no? Lo ha manifestado categóricamente. Y sin embargo, nunca la ha estudiado. Confiesa una completa ignorancia en la materia. Ni siquiera la enseñaban en su escuela...

—¿No constituye ese simple hecho una prueba suficiente?

—¡Ah, ya veo! No se enseñaba porque carecía de importancia. Y carecía de importancia porque no se enseñaba... ¿Se siente usted satisfecho de semejante razonamiento?

—Así lo afirman los libros —aventuró Foster, en creciente confusión.

—Y eso es todo, ¿eh? Los libros dicen que la neutrínica carece de

importancia. Sus profesores se lo dijeron a usted porque lo habían leído en ellos. Y los libros lo dicen porque otros profesores lo escribieron. ¿Y quién lo dice por experiencia y conocimiento personal? ¿Quién se molesta en investigarlo? ¿Sabe usted de alguien?

—No creo que por ese camino lleguemos a ninguna parte, doctor Potterley. Tengo trabajo y...

—Un minuto. Sólo quiero probar una cosa. Ver cómo le suena a usted. Yo digo que el gobierno se dedica a eliminar sistemáticamente la investigación neutrínica y cronoscópica básicas. Está suprimiendo la aplicación de la cronoscopía.

—¡Hombre, no!

—¿Y por qué no? Son muy capaces. Toda investigación depende de una dirección centralizada. Si rechazan la concesión de subvenciones para la investigación en cualquier rama de la ciencia, dicha rama muere. Y ellos han matado la neutrínica. Podían hacerlo y lo han hecho.

—¿Pero por qué?

—No sé por qué. Me gustaría averiguarlo. Lo hubiera hecho, de saber lo bastante. Acudí a usted porque se trataba de un profesor joven, con una instrucción de nuevo cuño. ¿Tiene usted ya endurecidas sus arterias intelectuales? ¿No queda curiosidad alguna en su interior? ¿No desea *saber*? ¿No desea *respuestas*?

El historiador escudriñaba intensamente el rostro de Foster. Su nariz estaba a pocos milímetros de distancia, y Foster se sentía tan confuso que no pensó en apartarse.

Estaría en todo su derecho si le conminase a marcharse. Incluso en caso necesario podría arrojarle de allí.

No fue el respeto a la edad y a la posición lo que le detuvo. No estaba seguro tampoco que los argumentos de Potterley le hubiesen convencido. Más bien se trataba de un pequeño orgullo de colegial.

¿Por qué su universidad no daba ningún curso sobre neutrinos? Ahora que pensaba en ello, dudaba que en su biblioteca hubiese siquiera un simple libro sobre tal materia. No recordaba haberlo visto nunca.

Se puso a pensar en esta cuestión.

Y eso fue su perdición.

Caroline Potterley había sido antaño una mujer atractiva. Y había ocasiones, tales como cenas o funciones universitarias, en que mediante un considerable esfuerzo conseguía ostentar aún restos de su antigua belleza.

En las situaciones ordinarias se abandonaba. Era la expresión que ella misma se aplicaba en los momentos de auto-aborrecimiento. Con los años,

se había metido en carnes, pero su flaccidez no se debía enteramente a la grasa. Era como si los músculos hubiesen cedido y claudicado, hasta el punto que arrastraba los pies al andar, tenía bolsas bajo los ojos y las mejillas le colgaban. Hasta su pelo grisáceo parecía más bien desmayado que simplemente lacio. Y su cabello liso y caído, tan sólo el resultado de un supino abandono a la fuerza de la gravedad.

Caroline Potterley se contempló en el espejo y admitió hallarse en uno de sus malos días. Sabía el motivo también.

Se trataba del sueño de Laurel. Aquel sueño extraño, con Laurel ya mayor. Desde que lo tuvo, se había sentido desgraciada.

Sin embargo, lamentaba habérselo contado a Arnold. No debiera haberle dicho nada. Él nunca se lo reprochaba, pero no era bueno para él. Durante los días que siguieron, se mostró particularmente retraído.

Quizá se debiera a que estaba preparándose para aquella importante conferencia con el alto funcionario gubernamental (pese a afirmar que no esperaba éxito alguno), mas también podía ser a causa del sueño de ella.

Era mucho mejor en los viejos tiempos, cuando él la atacaba acremente.

—¡Vamos, Caroline, deja ya en *paz* el pasado! ¡Hablar de ello no la volverá a la vida, ni tampoco los sueños...!

Había sido tremendo para ambos. Horrible. Ella había estado a la sazón ausente de casa, y a partir de ese instante nunca la abandonó el sentimiento de culpabilidad. De haberse quedado en casa, de no haber salido inútilmente de compras, habrían estado los dos disponibles, y quizá uno de ellos habría logrado salvar a Laurel.

El pobre Arnold no lo había conseguido. Dios sabía que lo intentó, hasta el punto de casi perecer en la empresa. Había salido de la casa en llamas tambaleándose, chamuscado y casi ciego, con Laurel muerta en sus brazos.

Una pesadilla que jamás se desvanecía por entero.

En cuanto a Arnold, se fue recubriendo poco a poco de una concha, cultivando una suave mansedumbre que nada podía afectar ni quebrantar. Se tornó puritano, y hasta abandonó sus vicios pequeños, sus cigarrillos, su tendencia a una ocasional exclamación irreverente o con ribetes de impía. Obtuvo su beca para la preparación de una nueva historia de Cartago, y lo subordinó todo a su trabajo.

Ella intentó ayudarle. Se lanzó a la búsqueda de referencias, mecanografió sus notas y las microfilmó.

Luego, todo cesó súbitamente.

Cierta noche, salió disparada del despacho hacia el cuarto de baño,

acometida de náuseas. Su marido la siguió, confuso y preocupado.

—¿Qué sucede, Caroline? —preguntó, al tiempo que le tendía una copa de coñac para reanimarla.

—¿Es verdad eso? ¿Por qué lo hacían?

—¿Lo hacían quiénes?

—Los cartagineses...

Él se quedó mirándola, y ella se lo explicó con rodeos, incapaz de expresarse de manera directa.

Al parecer, los cartagineses adoraban a Moloch, representado por un ídolo de bronce, hueco, con un horno en el vientre. En épocas de crisis nacional, se reunían los sacerdotes y el pueblo y, tras las debidas ceremonias e invocaciones, arrojaban a las llamas a criaturas vivas, a las cuales se atiborraba de golosinas y delicados manjares hasta el final, a fin que la eficacia del sacrificio no se desbaratara por desagradables gritos y lamentos de pánico. Tras el instante crucial, batían timbales y tambores, a fin de ahogar todo chillido de los niños. Y los padres se hallaban presentes, sin duda muy contentos y satisfechos, pues el sacrificio era agradable a los dioses...

El entrecejo de Arnold Potterley se frunció sombríamente. Ruines mentiras de enemigos de los cartagineses, manifestó. Debiera haberla prevenido sobre el particular... Después de todo, tales embustes propagandísticos no eran infrecuentes. Según los griegos, los antiguos hebreos adoraban a una cabeza de asno en un sancta sanctórum. Y según los romanos, los cristianos primitivos odiaban a la Humanidad y sacrificaban a criaturas paganas en las catacumbas.

—¿De modo que no lo hacían? —preguntó Caroline.

—Estoy seguro que no. Quizá los primitivos fenicios... El sacrificio humano se da con frecuencia en las culturas primitivas. Pero Cartago no era una cultura primitiva en sus días de grandeza. Por regla general, el sacrificio humano se sustituye por actos simbólicos, como la circuncisión. Tanto griegos como romanos tal vez tomaron erróneamente algún símbolo cartaginés por el rito completo original, sea por ignorancia o por pura malicia.

—¿Estás seguro?

—No puedo estarlo aún, Caroline. Sin embargo, una vez que obtenga pruebas suficientes, las presentaré para conseguir un permiso de utilización de la cronoscopía, con lo cual se zanjará la cuestión de una vez por todas.

—¿La cronoscopía?

—Sí, el viaje visual por el tiempo. Enfocaríamos la antigua Cartago en

alguna época de crisis, por ejemplo el desembarco de Escipión el Africano en el año 202 antes de Cristo, y veríamos con nuestros propios ojos el acontecimiento. Tú también lo verás, te lo prometo.

Tras estas palabras, le dio una palmadita acompañada de una alentadora sonrisa. Ella siguió soñando cada noche durante dos semanas con Laurel, y no volvió a ayudar a Arnold en su proyecto sobre Cartago. Ni tampoco él solicitó su cooperación.

Ahora, Caroline hacía acopio de fuerzas antes que llegase su marido, quien la había llamado a su regreso a la ciudad para comunicarle que se había entrevistado con el funcionario gubernamental y que todo había resultado según lo previsto. Lo cual significaba fracaso. Y sin embargo, no se había traslucido en su voz la menor muestra de depresión. Sus facciones aparecían bien serenas en la pantalla del televisor. Tenía otra gestión que hacer, dijo, antes de volver a casa.

De lo que se deducía que volvería tarde, pero eso no le importaba. Ninguno de los dos se preocupaba de manera particular por las horas de las comidas, ni por cuándo se sacaban los alimentos de la nevera o se hacía funcionar la calefacción o la refrigeración.

Ahora bien, cuando llegó se sintió sorprendida. No había en su esposo nada que de manera obvia sugiriese algo desagradable. La besó como siempre, sonrió, se quitó el sombrero y preguntó si todo había marchado bien durante su ausencia. Todo absolutamente normal... O casi.

Había aprendido a detectar pequeñas cosas, minucias, y le pareció que los pasos de su marido eran un tanto presurosos. Lo bastante para que sus habituadas pupilas descubrieran que se encontraba en estado de tensión.

—¿Ha sucedido algo? —le interrogó.

—Pasado mañana tendremos un invitado a cenar, Caroline. ¿No te importa?

—Pues no. ¿Alguien a quien conozco?

—No. Un joven profesor auxiliar. Uno nuevo. He hablado con él...

Súbitamente, giró como un torbellino hacia ella y la asió por los codos. Los sujetó un instante y luego los soltó, como desconcertado por haber demostrado su emoción.

—Casi no le saqué nada en limpio —dijo—. Imagínatelo. Es verdaderamente terrible, *terrible*, la manera en que todos nos hallamos uncidos al yugo, el cariño que le tenemos al arnés.

La señora Potterley no estaba muy segura de haber comprendido, pero durante el último año había observado que su marido se tornaba más rebelde y cada vez más osado en sus críticas contra el gobierno.

—No le habrás hablado a tontas y a locas... —se alarmó.

—¿Qué quieres decir con eso? Va a efectuar una investigación relacionada con la neutrínica para mí.

«Neutrínica» no significaba para la señora Potterley más que un tetrasílabo sin el menor sentido, pero sabía que no tenía nada que ver con la historia. Dijo débilmente:

—Arnold, no me gusta que hagas eso. Perderás tu puesto. Es...

—Es anarquía intelectual, querida —la atajó él—. Esa es la frase que deseabas, ¿no? Pues bien, sí, soy un anarquista. Si el gobierno no me permite proseguir mis investigaciones, las continuaré por mi cuenta y, una vez que haya mostrado el camino, otros lo seguirán... Y si no lo hacen, no importa. Es Cartago lo que cuenta, y el conocimiento humano, no tú y yo.

—Pero no conoces a ese joven. ¿Y si fuese un agente del comisario de Investigaciones?

—No lo parece. Asumiré el riesgo. —Cerró el puño derecho y lo frotó suavemente contra la palma de la mano izquierda—. Está a mi lado ahora. Lo juraría. No puede remediarlo. Reconozco la curiosidad intelectual cuando la veo en los ojos, el rostro y la actitud de un hombre. Una dolencia fatal para un científico domado. Aún hoy lleva su tiempo extirparla, y los jóvenes son vulnerables... ¿Y por qué detenernos ante nada? ¿Por qué no construir nuestro propio cronoscopio y decirle al gobierno que se vaya a...?

Se detuvo de repente, meneó la cabeza y se marchó.

—Espero que todo vaya bien —suspiró la señora Potterley, sintiéndose segura que no sería así y temiendo de antemano por la posición de su esposo y la seguridad de su vejez.

Sólo a ella, entre todos, le asaltaba el fuerte presentimiento de un cercano conflicto. El peor de los conflictos, desde luego.

Jonas Foster llegó casi con media hora de retraso a casa de los Potterley, domiciliados al exterior del recinto universitario. Hasta aquella misma tarde no había decidido si iría. Luego, en el último momento, pensó que no podía cometer la enormidad social de rechazar una invitación a cenar una hora antes de la concertada. Eso..., y el aguijón de la curiosidad.

La cena fue interminable. Foster comía sin apetito. La señora Potterley parecía estar ausente, emergiendo sólo de su abstracción para preguntarle si estaba casado y lanzar un bufido de desprecio al contestarle él que no. El doctor Potterley le interrogaba de manera átona respecto a su historia profesional y asentía cortésmente con la cabeza.

Todo transcurría con tanta gravedad -tanto aburrimiento en realidad- como era posible.

Foster pensó: «Parece tan inofensivo...» Había pasado los dos últimos días informándose sobre el doctor Potterley. De modo muy casual, desde luego, casi a hurtadillas. No se sentía particularmente ansioso porque le vieran en la Biblioteca de Ciencias Sociales. La historia se había convertido en una materia marginal, y la mayoría de las veces las obras históricas eran leídas por el público en general para entretenerse o para su propia edificación.

Sin embargo, un físico no formaba parte en absoluto del «público en general». Si Foster empezaba a leer libros de historia, tan cierto como la relatividad que sería considerado un bicho raro; y al cabo de cierto tiempo el decano de su facultad se preguntaría si el nuevo profesor era realmente «el hombre idóneo para la tarea».

Por lo tanto, había actuado con cautela. Se sentaba en los puestos más apartados y mantenía la cabeza baja cuando entraba o salía en sus horas libres.

Según descubrió, el doctor Potterley había escrito varios libros y una docena de artículos sobre las culturas del Mediterráneo antiguo. Los últimos, todos ellos publicados en *Historical Reviews*, se referían al Cartago prerromano, y adoptaban un punto de vista simpatizante.

Al menos, eso concordaba con las palabras de Potterley, y suavizó un tanto las sospechas de Foster. De todos modos, se daba cuenta que hubiese sido más sensato y seguro zanjar la cuestión desde un principio.

Un científico no debía dejarse arrastrar por la curiosidad, pensó, muy insatisfecho consigo mismo. Se trataba de un rasgo peligroso.

Tras la cena, fue conducido al despacho de Potterley. Por un momento, se quedó perplejo en el umbral.

Las paredes estaban totalmente cubiertas de libros.

No películas. Las había, desde luego, pero superadas con mucho por los libros, impresos en papel.

Nunca hubiese pensado que existiesen aún tantos libros en buenas condiciones.

Foster se sintió molesto. ¿Con qué propósito guardaba tantos libros en casa? Seguramente estarían mejor en la biblioteca de la universidad o, en el peor de los casos, en la del congreso, si alguien quería tomarse la molestia de investigar fuera de los microfilmes.

Había algo secreto en una biblioteca particular. Despedía como una vaharada de anarquía intelectual.

Este último pensamiento tranquilizó de modo extraño a Foster. Prefería que Potterley fuese un auténtico anarquista que un agente provocador

desempeñando su papel.

Y de pronto, las horas comenzaron a pasar asombrosamente rápidas.

—Ya ve usted —dijo Potterley, con voz clara y nada agitada—. Fue un simple hallazgo, si es posible un hallazgo para alguien que no ha empleado nunca el cronoscopio en su trabajo. Claro está, no podía solicitar su uso, puesto que se trataba de investigación no autorizada.

—Sí —asintió lacónicamente Foster, un tanto sorprendido porque una consideración tan pequeña detuviese a aquel hombre.

—Empleé métodos indirectos...

Lo había hecho, en efecto. Foster se sintió perplejo ante el volumen de la correspondencia sostenida para elucidar insignificantes detalles de la cultura del antiguo Mediterráneo, sobre la cual se las arreglaba una y otra vez para hacer una observación casual:

—Desde luego, no habiendo dispuesto nunca del cronoscopio...

O bien:

—Pendiente de aprobación mi solicitud de datos cronoscópicos, que por el momento parece improbable que acepten...

—Pero éstas no son cosas tontas ni arbitrarias —prosiguió—. El Instituto de Cronoscopía publica mensualmente un folleto en el que se incluyen artículos concernientes al pasado, con los descubrimientos determinados por el examen visual del tiempo. Únicamente uno o dos descubrimientos... Lo que primero me impresionó fue la completa trivialidad de la mayoría de ellos, su insipidez. ¿Por qué tales investigaciones debían tener prioridad sobre mi labor? Por lo tanto, escribí a quien competía para que se intensificase la búsqueda en las direcciones descritas en el folleto. Invariablemente, como ya le he mostrado a usted, *no* habían empleado el cronoscopio. Vamos ahora a analizarlo punto por punto.

Por fin, Foster, con la cabeza dándole vueltas a causa de los detalles meticulosamente reunidos por Potterley, preguntó:

—¿Pero por qué?

—No sé por qué —respondió Potterley—, aunque tengo una teoría. La invención original del cronoscopio fue obra de Sterbinski..., ya lo ve, conozco bien el tema... Obtuvo una gran publicidad. Más tarde, el gobierno se hizo cargo del aparato y decidió suprimir cualquier ulterior investigación a través del mismo. Pero luego pensó que tal vez la gente sintiera curiosidad por conocer el motivo por el que no se utilizara. La curiosidad es un vicio muy grande, doctor Foster...

El físico convino para sí mismo que, en efecto, lo era.

—Imagínese pues la utilidad de pretender que el cronoscopio estaba

siendo empleado —prosiguió Potterley—. Dejaba de constituir un misterio para convertirse en un lugar común. No sería ya objeto adecuado para la legítima curiosidad, ni un incentivo para la ilícita.

—Y usted se sintió curioso... —apuntó Foster.

Potterley le miró, inquieto, y replicó con acento de enojo:

—En mi caso era distinto... Yo cuento con algo que *debe* ser llevado a cabo. Y no podía aceptar la ridícula manera en que pretendían mantenerme el margen.

«Y un tanto paranoico, además», pensó lúgubremente Foster.

Sin embargo, paranoico o no, había llegado a alguna conclusión. Foster ya no podía seguir negando que algo peculiar se encerraba en la cuestión de los neutrinos.

Ahora bien, ¿qué perseguía Potterley? Esa cuestión aún le inquietaba. Si Potterley no se proponía poner a prueba su ética personal, ¿qué deseaba de él? Analizó lógicamente la cuestión. Si un anarquista intelectual, con un toque de paranoia, quería emplear un cronoscopio y estaba convencido que los poderes constituidos se interponían de modo deliberado en su camino, ¿qué podía hacer?

«Suponiendo que yo fuese uno de esos poderes, ¿qué es lo que haría...?» Habló lentamente:

—Tal vez el cronoscopio no exista...

Potterley dio un respingo. Su impasibilidad general pareció casi resquebrajarse. Por un instante, Foster vislumbró algo en él que no tenía nada que ver con la calma. Pero el historiador recobró en el acto su equilibrio y dijo:

—No, no, tiene que haber un cronoscopio.

—¿Por qué? ¿Lo ha visto usted? ¿O yo? Quizá sea ésa la explicación de todo. Quizá no oculten deliberadamente el cronoscopio del que se apoderaron. A lo mejor, ni siquiera lo han conseguido.

—Pero Sterbinski existió. Y construyó un cronoscopio. Es un hecho.

—Así lo dicen los libros... —repuso Foster fríamente.

—Escúcheme. —Potterley tendió la mano, tomando de la manga a Foster—. Necesito el cronoscopio. No me diga que no existe. Lo que vamos a hacer es descubrir lo suficiente sobre los neutrinos para ser capaces de...

Se detuvo, y Foster se alisó la manga. No precisaba que el otro terminara la frase. La completó él mismo:

—¿Construir uno propio?

Potterley le miró irritado, como si hubiese preferido que no se mostrase tan categórico. Sin embargo, respondió:

—¿Y por qué no?

—Porque eso está descartado —replicó Foster—. Si lo que hemos leído es cierto, Sterbinski precisó veinte años para construir su máquina, y varios millones en substanciales subvenciones. ¿Cree que usted y yo podríamos duplicarla ilegalmente? Suponiendo que dispusiéramos de tiempo, que no disponemos, y suponiendo que consiguiéramos extraer bastantes datos de los libros, cosa que dudo, ¿de dónde sacaríamos el dinero y el equipo? ¡Por todos los cielos! Dicen que el cronoscopio llena un edificio de cinco pisos...

—¿No quiere ayudarme, entonces?

—Mire, le diré algo. Hay un medio que quizá me permita descubrir algo...

—¿Cuál es?

—No se preocupe. Carece de importancia. Pero puedo descubrir lo bastante para decirle si el gobierno está impidiendo o no deliberadamente que se investigue mediante el cronoscopio. Confirmarle en su convicción o bien demostrarle que esa convicción es errónea. No sé qué bien puede hacerle a usted en cualquier caso, pero sólo llegaré hasta ahí. Es mi límite.

Potterley se quedó mirando al joven cuando finalmente se marchó. Estaba enojado consigo mismo. ¿Por qué se había descuidado tanto como para permitir a aquel tipo sospechar que pensaba en un cronoscopio propio? Resultaba prematuro. ¿Y por qué aquel joven novicio dudaba incluso de la existencia del cronoscopio?

Tenía que existir. Forzosamente. ¿A qué conducía negarlo?

¿Y por qué no habría de construirse otro? La ciencia había avanzado mucho en los cincuenta años transcurridos desde la época de Sterbinski. Todo cuanto se necesitaba eran conocimientos.

Que el más joven reuniera esos conocimientos. Que se fijara una pequeña suma de los mismos como límite, allá él. Habiendo tomado el camino de la anarquía, no había límite alguno. Si el muchacho no se veía impulsado a proseguir por algo que llevaba en su interior, los primeros pasos supondrían un error suficiente para forzar al resto. Potterley estaba seguro de no vacilar en caso que fuera preciso emplear el chantaje.

Hizo pues un ademán con la mano, en gesto final de despedida, y miró hacia arriba. Estaba comenzando a llover.

¡Desde luego! Chantaje si fuese necesario. Todo con tal que no le detuviesen en su camino...

Foster condujo su coche a través de los desiertos arrabales de la ciudad, notando apenas la lluvia.

Era un estúpido, se decía a sí mismo, pero se sentía incapaz de dejar

las cosas tal como estaban. Tenía que saber. Maldecía su brote de indisciplinada curiosidad, pero necesitaba saber.

De todos modos, no acudiría a nadie más que a tío Ralph. Se juró en forma vehemente que se detendría allí. No quedaría prueba alguna contra él, ninguna evidencia real. Tío Ralph sería discreto.

En cierto sentido, se sentía secretamente avergonzado de tío Ralph. No se lo había mencionado a Potterley, en parte por precaución y en parte porque no quería enfrentarse a una ceja alzada y a la inevitable media sonrisa. Los escritores científicos profesionales, por muy útiles que fuesen, se hallaban un tanto al margen de la sociedad, aptos sólo para ser tratados con un desprecio protector. Claro que, como clase, conseguían más dinero que los científicos investigadores. Sólo que hacían peor las cosas.

Sin embargo, había ocasiones en las que contar con un escritor científico en la familia resultaba muy conveniente. Careciendo de una verdadera instrucción, no tenían que especializarse. Por consiguiente, un buen escritor científico lo conocía prácticamente todo... Y tío Ralph era uno de los mejores.

Ralph Nimmo no tenía ningún título universitario y más bien se mostraba orgulloso de ello.

—Un título supone el primer paso por el camino de la perdición —dijo en cierta ocasión a Jonas Foster, cuando ambos eran considerablemente más jóvenes—. Uno no quiere desperdiciarlo, por lo que sigue trabajando para conseguir uno superior y dedicarse luego a la investigación doctoral. Y acaba por ignorarlo todo en el mundo, a excepción de una brizna sobre una subdivisión de nada. En cambio, si uno mantiene su mente cuidadosamente aislada de toda esa batahola de información hasta alcanzar la madurez, llenándola sólo con inteligencia y entrenándola en el puro pensamiento, tendrá un poderoso instrumento a su disposición y podrá convertirse en un escritor científico.

Nimmo recibió su primera asignación a la edad de veinticinco años, después que hubo completado su aprendizaje y cuando llevaba en el terreno unos tres meses. Le llegó el encargo en forma de un compacto manuscrito, cuyo lenguaje no permitía destello alguno de comprensión al lector, por muy calificado que fuese, sin un atento estudio y cierta inspirada labor conjetural. Nimmo remendó el mamotreto, lo revisó de cabo a rabo (tras cinco largas y exasperantes entrevistas con los autores, que eran biofísicos), haciendo el lenguaje metódico y comprensible y suavizando el estilo hasta transformarlo en una agradable prosa.

—¿Por qué no? —decía tolerante a su sobrino, que replicaba a sus

censuras sobre los títulos, acusándole de colgarse a los flecos de la ciencia—. El fleco reviste su importancia. Tus científicos no saben escribir. ¿Y por qué habrían de saber? No se espera que sean grandes maestros del ajedrez o virtuosos del violín. ¿Por qué esperar entonces que sepan unir las palabras? ¿Por qué no dejar eso también a los especialistas?

¡Santo Dios, Jonas! Lee su literatura de hace un siglo. Descartando el hecho que la ciencia de entonces está ya anticuada, lo mismo que algunas de las expresiones empleadas, intenta leerla y sacarle algún sentido.

Pura cháchara de aficionados. Páginas y páginas publicadas inútilmente. Artículos enteros totalmente incomprensibles...

—Pero no obtienes ninguna recompensa, tío Ralph —protestó el joven Foster, que estaba a punto de comenzar su carrera de profesor universitario y se sentía casi deslumbrado por ella—. Podrías haber sido un formidable investigador.

—Sí que obtengo recompensa —replicó Nimmo—. No creas ni por un momento que no. Desde luego, un bioquímico o un estrato-meteorólogo no me darán ni la hora, pero me pagan bastante bien. Mira lo que sucede cuando algún químico de primera clase se encuentra con que la Comisión ha cortado su subvención anual para los escritores científicos. Luchará más duramente para que se me concedan a mí, o a alguien como yo, fondos suficientes que para lograr un ionógrafo registrador.

Sonrió con amplia mueca, y Foster le correspondió. En el fondo, estaba orgulloso de su panzudo y carirredondo tío, cuyos dedos semejaban sarmientos y cuya vanidad le hacía peinar su mata de pelo en forma coqueta sobre la desierta coronilla y vestirse con estudiada negligencia. Avergonzado y a la vez orgulloso.

Ahora, Foster penetró en el desordenado apartamento de su tío con un talante en absoluto propicio a la sonrisa. Tenía nueve años más, y también los tenía tío Ralph. Durante aquellos nueve años, le habían llegado a éste papeles tras papeles, procedentes de todas las ramas de la ciencia, para que los puliera, y algo de cada uno de ellos había quedado retenido en su capacitada mente.

Nimmo estaba comiendo uvas, tomándolas una por una con gran lentitud. *Lanzó* un racimo a Foster, quien lo atrapó en el aire, agachándose luego para recoger algunos granos caídos al suelo.

—Déjalos, no te preocupes —dijo Nimmo negligentemente—. Alguien aparece por aquí una vez por semana para la limpieza. ¿Qué sucede? ¿Algún problema con tu solicitud de subvención?

—En realidad, todavía no la he presentado.

—¿Que no? Muévete, chico. ¿O es que esperas a que me ofrezca para hacerte la redacción final?

—No podría pagarte, tío.

—¡Bah! Todo quedaría en la familia. Concédeme los derechos de todas las versiones destinadas a la divulgación, y el dinero no necesitará cambiar de mano.

—Si hablas en serio, trato hecho.

—Trato hecho entonces.

Era un trueque, desde luego, pero Foster conocía lo bastante la ciencia de escribir que poseía Nimmo como para darse cuenta que le compensaría. Un descubrimiento espectacular de interés público sobre el hombre primitivo, o sobre una nueva técnica quirúrgica, o sobre cualquier rama de la navegación espacial, significaría un artículo que daría ríos de dinero en cualquier medio de comunicación.

Por ejemplo, fue Nimmo quien redactó de nuevo, para el consumo científico de las masas, la serie de papelotes en los que Bryce y sus colaboradores habían dilucidado la fina estructura de dos virus cancerosos.

Por ese trabajo había pedido la despreciable suma de mil quinientos dólares, siempre que se incluyeran los derechos de las ediciones de divulgación. Más tarde, dio al mismo trabajo una forma semi-dramática para su lectura en vídeo tridimensional, percibiendo un anticipo de veinte mil dólares, más los derechos por un plazo de siete años.

Foster dijo de sopetón:

—Tío, ¿qué sabes sobre los neutrinos?

—¿Neutrinos? —Los ojos de Nimmo parecieron sorprendidos—. ¿Estás trabajando en eso? Creía que te dedicabas a la óptica seudo gravitatoria.

—Oficialmente, sí. Pero ahora me intereso por la neutrínica.

—¿Cómo diablos se te ha ocurrido...? En mi opinión, te pasas de la raya. Lo sabes, ¿no es así?

—Supongo que no informarás a la Comisión sólo porque yo sienta una pequeña curiosidad sobre algo.

—Debería hacerlo, antes que la cosa te acarree un disgusto. La curiosidad supone un peligro profesional para los científicos. La he visto actuar. Uno se halla tranquilamente enfrascado en un problema y de repente la curiosidad le lleva por un camino extraño. Y lo siguiente que sabe es que ha adelantado tan poco en su propio problema, que no se justifica la renovación de su subvención. He visto más...

—Todo cuanto deseo saber es lo que ha pasado por tus manos sobre neutrinos en estos últimos tiempos —respondió pacientemente Foster.

Nimmo se recostó, masticando con calma y con aire caviloso una uva.

—Nada. Nada en absoluto. No recuerdo haber visto ni siquiera un artículo sobre la cuestión.

—¿Qué? —exclamó manifiestamente sorprendido Foster—. ¿Quién hace entonces ese trabajo?

—Puesto que me lo preguntas, te diré que no lo sé. No recuerdo que nadie hablara de ello en las asambleas anuales. No me parece que se haga mucho trabajo sobre el particular.

—¿Por qué no?

—¡Eh, no muerdas que no te he hecho nada! Sospecho que...

—¿No lo sabes? —atajó exasperado Foster.

—¡Humm...! Te diré lo que sé sobre la cuestión neutrínica. Concierne a las aplicaciones de movimientos de los neutrinos y a las tuerzas implicadas...

—Claro, claro... Del mismo modo que la electrónica trata de las aplicaciones de los electrones y las fuerzas implicadas, y la gravimetría trata de las aplicaciones de los campos de gravitación artificial. Para eso no te necesitaba. ¿Es todo cuanto sabes?

—Y la neutrínica es la base de la perspectiva del tiempo... Y es *todo* cuanto sé —añadió serenamente Nimmo.

Foster se recostó también en su butaca y se restregó con fuerza la rasurada mejilla. Se sentía enojado e insatisfecho. Sin habérselo formulado de manera explícita en su mente, había tenido la seguridad que, como fuese, Nimmo conocería algunos informes recientes, que habría abordado interesantes facetas de la neutrínica moderna, y en consecuencia le permitiría volver a Potterley para manifestar al viejo historiador que estaba equivocado, que sus datos eran erróneos y sus deducciones engañosas.

Y luego, podría haber vuelto a enfrascarse en su propio trabajo.

Ahora, en cambio...

«Así pues —se dijo indignado—, es verdad que no están haciendo mucha labor en ese terreno... ¿Supone eso una deliberada supresión? ¿Y si la neutrínica es una disciplina estéril? Quizá lo sea. No lo sé, ni tampoco Potterley. ¿Para qué malgastar los recursos intelectuales de la Humanidad en nada? Tal vez el trabajo se efectúe en secreto por alguna razón legítima. Tal vez...»

Tenía que saberlo. No podía dejar las cosas como estaban. ¡*No podía*!

—¿Existe algún texto sobre neutrínica, tío Ralph? —preguntó—. Quiero decir una exposición clara y sencilla. Elemental...

Nimmo meditó, mientras sus mofletudas mejillas exhalaban una serie de suspiros.

—Haces las más condenadas preguntas que... El único que conozco es el de Sterbinski y otro nombre... Nunca lo he visto a fondo, pero sí le eché un vistazo en cierta ocasión... Sterbinski y LaMarr, eso es.

—¿Fue Sterbinski el inventor del cronoscopio?

—Eso parece. Las pruebas incluidas en el libro deben ser buenas.

—¿Hay una edición reciente? Sterbinski murió hace treinta años.

Nimmo se encogió de hombros, sin responder.

—¿Podrías encontrarla?

Quedaron silenciosos ambos durante unos momentos. Nimmo balanceaba su voluminoso cuerpo, haciendo crujir la butaca en que se hallaba sentado. Al fin, el escritor científico dijo:

—¿Puedes explicarme qué te propones con todo esto?

—No puedo. ¿Pero quieres ayudarme de todos modos, tío Ralph? ¿Me conseguirás un ejemplar de ese texto?

—Bien, tú me has enseñado cuanto sé sobre seudo gravimetría, así que debo mostrarme agradecido. Verás..., te ayudaré con una condición.

—¿Cuál?

El viejo se puso súbitamente muy serio al responder:

—Que vayas con cuidado, Jonas. Pretendas lo que pretendas, te encuentras con toda evidencia fuera de la raya. No eches por la borda tu carrera sólo porque sientes curiosidad por algo que no te han encargado y que no te concierne... ¿Comprendido?

Foster asintió, aunque apenas le había oído. Estaba pensando frenéticamente.

Una semana después, la rotunda figura de Ralph Nimmo penetró en el apartamento de dos piezas de Jonas Foster, en el recinto universitario, y dijo con ronco cuchicheo:

—He conseguido algo.

—¿Qué? —preguntó Foster con inmediata avidez.

—Una copia del Sterbinski y LaMarr... —dijo mostrándola, o más bien una esquina de la misma, cubierta por su amplio gabán.

Foster miró de modo casi automático a puertas y ventanas para cerciorarse que estaban cerradas y corridos los visillos. Alargó la mano. El estuche que encerraba la película aparecía descascarillado por la vetustez, y la propia película, oscurecida y quebradiza.

—¿Es todo? —preguntó Foster en tono mordaz.

—¡Gratitud, muchacho, gratitud!

Nimmo tomó asiento y metió la mano en un bolsillo para sacar una manzana.

—Desde luego que te estoy agradecido. ¡Pero es tan antiguo!

—Y suerte que lo he conseguido. Intenté obtener una película de la biblioteca del Congreso. Nada. El libro está retirado de la circulación.

—¿Y cómo lograste éste?

—Lo robé —respondió el escritor científico con pasmosa tranquilidad, mientras mordisqueaba el corazón de la manzana—. En la biblioteca pública de Nueva York.

—¿Qué?

—Fue muy sencillo. Naturalmente, tengo acceso a las estanterías. Me subí a una cuando no rondaba nadie por allí, agarré el estuche y me largué con él. Son muy confiados... No lo echarán de menos durante años. Pero procura que no te lo vea nadie, sobrino...

Foster miró fijamente la película, como si se tratase de pornografía.

Nimmo dejó a un lado el corazón de la manzana y sacó otra del bolsillo de su gabán, mientras decía:

—Es muy divertido. No hay nada más reciente en todo el terreno de la neutrínica. Ni una monografía, ni un artículo, ni una nota sobre su progreso. Nada en absoluto desde el cronoscopio.

—¡Vaya, vaya...! —comentó Foster, ausente.

Foster trabajaba cada atardecer en casa de Potterley, pues no se fiaba de la seguridad de su apartamento en el recinto universitario para aquella labor. Y su tarea de los atardeceres se tornaba para él más real que la destinada a su propia subvención. A veces le preocupaba, pero lo apartaba de su mente.

Al principio, su trabajo sólo consistió en examinar y repasar la película con el texto. Posteriormente, empezó a pensar (en ocasiones, incluso mientras parte del libro seguía pasando a través del proyector de bolsillo sin que nadie la mirase).

De cuando en cuando, Potterley venía a visitarle, sentándose con ojos ávidos, como si esperase que se solidificaran los toscos procesos, haciéndose visibles en todos sus repliegues. Sólo interfería de dos maneras. No permitía a Foster que fumara y, a veces, hablaba.

No se trataba de una conversación en absoluto, sino más bien de un monólogo en voz baja, con el cual al parecer no esperaba siquiera despertar la atención. Algo así como si se aliviara de la presión ejercida en su interior.

¡Cartago! ¡Siempre Cartago!

Cartago, la Nueva York del antiguo Mediterráneo. Cartago, imperio comercial y reina de los mares.

Cartago, todo lo que Siracusa y Alejandría pretendían ser. Cartago,

calumniada por sus enemigos e inarticulada en su propia defensa.

Había sido antaño derrotada por Roma y luego expulsada de Sicilia y Cerdeña, pero consiguió más que resarcirse de sus pérdidas mediante sus nuevos dominios en España. Y dio nacimiento a Aníbal para sumir a los romanos en el terror durante dieciséis años...

Al final volvió a perder por segunda vez, se resignó a su destino y tornó a construir, con sus rotas herramientas, una vida claudicante en un territorio mermado, pero con tanto éxito que la celosa Roma la forzó deliberadamente a una tercera guerra. Y entonces Cartago, contando sólo con sus manos desnudas y su tenacidad, forjó armas y obligó a Roma a una campaña de dos años que no acabó hasta la completa destrucción de la ciudad; sus habitantes se arrojaron a las hogueras de sus casas incendiadas, prefiriendo esta muerte cruel a la rendición.

—¿Acaso un pueblo combatiría así por una ciudad y un sistema de vida tan deplorables como los antiguos escritores los pintaron? —comentaba Potterley—. Aníbal fue mejor general que ninguno de los romanos, y sus soldados le siguieron con absoluta fidelidad. Hasta sus más enconados enemigos le alabaron. Era un cartaginés. Ahora está de moda decir que fue un cartaginés atípico, mejor que los demás, algo así como un diamante arrojado a la basura. Si así fuera, ¿por qué se mostró tan fiel a Cartago hasta su muerte, tras varios años de exilio? Hablan de Moloch...

Foster no siempre escuchaba, pero a veces no podía impedirlo, y se estremecía y se sentía mareado ante el sangriento relato de los niños sacrificados.

Mas Potterley proseguía porfiado:

—Sólo que no es verdad. Se trata de un embuste lanzado hace dos mil quinientos años por griegos y romanos. Ellos tenían también sus esclavos, sus crucifixiones y torturas, sus combates de gladiadores. No eran precisamente unos santos. La historia de Moloch forma parte de lo que épocas posteriores llamarían la propaganda de guerra, la gran mentira. Puedo probar que fue un embuste. Puedo demostrarlo. ¡Y por el cielo que lo haré! Sí, lo haré...

Y mascullaba su promesa una y otra vez, lleno de celo.

La señora Potterley le visitaba también, pero con menos frecuencia, en general los martes y los jueves, cuando su marido tenía que ocuparse de alguna clase nocturna y, en consecuencia, no se hallaba presente.

Se sentaba y permanecía inmóvil, hablando apenas, con el rostro blando y apagado, los ojos inexpresivos, y una actitud distante y retraída.

La primera vez, Foster se sintió incómodo y sugirió que se marchara.

Ella respondió con voz átona:

—¿Le molesto?

—No, desde luego que no —mintió Foster—. Sólo que...

No acertó a completar la frase.

Ella asintió, como aceptando una invitación a quedarse. Luego abrió un bolso de paño que había traído consigo y sacó de él una resmilla de hojas de vitrón, que se puso a manipular con rapidez y delicados movimientos mediante un par de gráciles despolarizadores trifásicos, cuyos alambres, conectados a una batería, daban la impresión que estaba sosteniendo una gran araña.

Cierta tarde, dijo quedamente:

—Mi hija Laurel tiene su misma edad.

Foster se sobresaltó ante su inesperado tono y el contenido de sus palabras.

—No sabía que tuviese usted una hija, señora Potterley.

—Murió. Hace años.

El vitrón se iba convirtiendo gracias a las diestras manipulaciones en la forma irregular de una prenda de vestir que Foster no llegaba a identificar. No le quedaba sino murmurar de manera vacua:

—Lo siento.

La señora Potterley suspiró:

—Sueño con ella a menudo.

Alzó sus ojos azules y distantes hacia él. Foster retrocedió y miró a otro lado.

Otra tarde, mientras tiraba de una hoja de vitrón para despegarla de su vestido, ella preguntó:

—¿Qué es eso del panorama del tiempo?

La observación interfería con una secuencia particular de sus pensamientos, por lo que Foster respondió secamente:

—El doctor Potterley se lo explicará.

—Ya lo ha intentado. Sí que lo ha intentado. Pero se muestra demasiado impaciente conmigo. La mayor parte de las veces la llama cronoscopía. ¿Cree que realmente se ven cosas del pasado, como en las imágenes tridimensionales? ¿O bien sólo traza pequeños contornos de puntos, como la computadora que usted emplea?

Foster miró con disgusto su computadora. Funcionaba bastante bien, pero cada operación debía ser controlada manualmente, obteniéndose las respuestas en clave. Si pudiera utilizar la de la universidad...

Bueno, para qué soñar. Ya se sentía bastante conspicuo llevando una

computadora de mano bajo el brazo cada atardecer, cuando abandonaba su despacho.

—No he visto nunca por mí mismo un cronoscopio —dijo—, pero tengo la impresión que con él se ven realmente las imágenes y se oyen los sonidos.

—¿Se oye también hablar a la gente?

—Así lo creo. —Y luego añadió, casi desesperado—: Mire, señora Potterley, esto debe resultarle espantosamente aburrido. Comprendo que no desee desatender a un invitado, pero, de verdad, señora Potterley, no debiera sentirse obligada a...

—No me siento obligada —le atajó ella—. Me limito a estar sentada, esperando.

—¿Esperando? ¿Esperando qué?

Ella respondió en tono sosegado:

—Se lo oí a usted aquella primera tarde. Cuando habló por vez primera con Arnold. Estuve escuchando detrás de la puerta.

—¿Ah, sí?

—Sí... Ya sé que no es correcto, pero me encontraba tan preocupada por Arnold. Tenía la intuición que él iba a hacer algo que no debía, y quería saber qué. Y cuando le oí...

Se detuvo, inclinándose hacia el vitrón y hurgando en él.

—¿Oír qué?

—Que se negaba usted a construir un cronoscopio...

—Desde luego que me negué.

—Pensé que quizá cambiase de parecer.

Foster le lanzó una mirada penetrante.

—¿Quiere decir que baja usted aquí con la esperanza que yo construya un cronoscopio?

—Espero que lo haga, doctor Foster. ¡Oh, sí! Estoy convencida que lo hará.

Fue como si de pronto se hubiese desprendido un denso velo de su rostro, dejando aparecer claras y distintas sus facciones, infundiendo color a sus mejillas, vida a sus ojos, y las vibraciones de cierta inminente excitación a su voz.

—¿No sería maravilloso disponer de uno? —cuchicheó—. ¡Los seres del pasado revivirían! Faraones y reyes y..., la gente corriente. Espero que construya uno, doctor Foster. Realmente... lo espero.

Pareció como si la impresionara la intensidad de sus propias palabras, y dejó que las hojas de vitrón se deslizaran de su regazo. Se levantó y corrió

hacia la escalera, asombrada y angustiada, de su desmañada escapatoria. Foster la siguió con la mirada, en muda contemplación.

El incidente afectó en gran medida las noches de Foster y le dejó insomne y penosamente entumecido para pensar. Casi como una indigestión mental.

Por fin, sus solicitudes de subvención llegaron renqueantes hasta Ralph Nimmo. Apenas albergaba esperanzas. Pensaba entorpecido: «No las aprobarán».

Si no las aprobaban, causaría desde luego un escándalo en la facultad y, probablemente, aquello supondría la no renovación de su puesto en la universidad, al final del curso académico.

Sin embargo, casi no le preocupaba la cuestión. Era el neutrino, sólo el neutrino y exclusivamente el neutrino lo que llenaba su mente. Su rastro, su pista, su curva gráfica describía un brusco viraje, conduciéndole solitario por sendas no cartografiadas, que ni siquiera Sterbinski y LaMarr habían seguido.

Llamó a Nimmo.

—Tío Ralph —le dijo—. Necesito algunas cosas. Te llamo desde fuera de la universidad.

El rostro de Nimmo en la pantalla de vídeo aparecía jovial, pero su voz sonó cortante al responder:

—Lo que necesitas es un curso de redacción. Me está costando una barbaridad de tiempo poner tu solicitud en lenguaje inteligible. Si es por eso por lo que me llamas...

—No, no te llamo por eso. Necesito...

Carraspeó unas líneas sobre un trozo de papel y lo sostuvo ante el receptor. Nimmo hipó.

—¡Oye! ¿Cuántos trucos me crees capaz de emplear?

—Puedes conseguírmelo, tío. Sé que puedes...

Nimmo releyó la lista con aire grave, moviendo silenciosamente sus gordezuelos labios.

—¿Y qué sucederá cuando acoples todas esas cosas? —preguntó luego.

Foster meneó la cabeza.

—Te reservaré todos los derechos de las publicaciones de divulgación, sea lo que sea, como siempre. Pero por favor no me hagas preguntas ahora.

—Bien, sabes que no puedo hacer milagros.

—Haz éste. Debes hacerlo. Eres un escritor científico, no un investigador. No debes tomar en cuenta nada. Tienes amistades y relaciones. Harán la vista gorda, para que te dediques el tiempo necesario a

su próxima publicación, ¿no es así?

—Sobrino, tu fe es conmovedora. Lo intentaré...

Y Nimmo lo logró. Material y equipo fueron trasladados a última hora de la tarde, en un coche particular de turismo. Nimmo y Foster lo descargaron con el esfuerzo y los gruñidos de hombres no acostumbrados a la labor manual.

Potterley, de pie en la entrada del sótano, preguntó quedamente una vez que se hubo marchado Nimmo:

—¿Para qué es todo esto?

Foster se apartó el cabello que le caía sobre la frente y se aplicó un suave masaje a una de sus muñecas, que se había dislocado.

—Voy a proceder a unos sencillos experimentos.

—¿Ah, sí?

Los ojos del historiador destellaban de excitación. Foster se sentía explotado, como si una tenaz voluntad le arrastrara por un camino peligroso, como si viese claramente la fatalidad que le esperaba al final de ese camino y, sin embargo, avanzase decidido y ávido por él. Y lo peor de todo, aquella voluntad tenaz era la suya propia.

Era Potterley quien lo había empezado todo, Potterley, que ahora estaba allí, recreándose en su contemplación. Pero la fuerza que le apremiaba era sólo suya. Y así, dijo agriamente:

—A partir de ahora, deseo aislamiento, Potterley. No puedo tenerles a usted y a su mujer correteando de aquí para allá, molestándome.

Al mismo tiempo, pensaba: «Si mis palabras le ofenden, que me eche. Así se acabará todo esto». No obstante, en lo más profundo de su corazón, no creía que el ser excluido le detuviese. No sucedió nada.

Potterley no mostró el menor síntoma de sentirse ofendido. Su tierna mirada no varió.

—Desde luego, doctor Foster, desde luego —asintió—. Todo el aislamiento que usted desee...

Foster se le quedó mirando mientras se retiraba. Ya estaba solo para caminar por la senda, perversamente satisfecho y a la par odiándose por su contento.

Decidió dormir sobre un catre en el sótano de Potterley y pasar en aquel sitio sus fines de semana.

Durante ese período, le llegó la noticia que le habían sido otorgadas las subvenciones (gracias a la intervención de Nimmo). La secretaría envió a alguien para comunicárselo, felicitándole al mismo tiempo.

Foster miró con ausente fijeza hacia la remota lejanía y murmuró:

«¡Señor, qué contento estoy!», con tan poca convicción que el enviado frunció el entrecejo y se despidió sin más palabras.

Foster no volvió a pensar en la cuestión. Era un extremo de menor cuantía, que no merecía ni fijarse en él. Planeaba algo de real importancia para aquella misma tarde, una prueba climática.

Transcurrió una tarde, y otra, y otra más, y por último, macilento y casi fuera de sus cabales por la excitación, llamó a Potterley. Éste bajó las escaleras y paseó la mirada por los artilugios de fabricación casera, diciendo luego con su suave voz:

—Las facturas de la electricidad han sido muy elevadas. No lo digo por el gasto, sino porque temo que el municipio formule algunas preguntas... ¿Se puede hacer algo para remediarlo?

Era un atardecer caluroso, pero Potterley llevaba cuello duro y traje completo. Foster, que se había quedado en camiseta, alzó unos ojos legañosos y dijo con voz entrecortada:

—No será por mucho tiempo, doctor Potterley. Le he llamado para decirle algo... Se puede construir un cronoscopio. Uno pequeño, desde luego, pero se puede construir...

Potterley se asió a la barandilla de la escalera, y su cuerpo se combó. Hasta que logró decir en un cuchicheo:

—¿Se puede construir *aquí*?

—Aquí mismo, en el sótano —respondió cansinamente Foster.

—¡Santo Dios! Usted dijo...

—Ya sé lo que dije —exclamó impaciente Foster—. Dije que era imposible. No sabía nada entonces. Ni siquiera Sterbinski sabía nada...

Potterley meneó la cabeza.

—¿Está seguro? ¿No se equivoca, doctor Foster? ¿No se engaña? No podría soportar que...

—No, no estoy equivocado. ¡Maldita sea! Si a mí me bastó con la simple teoría, hace ya tiempo que podríamos haber dispuesto de un visor del tiempo..., hace más de cien años, cuando se postuló por vez primera el neutrino. El engorro fue que los investigadores originales lo consideraron simplemente como una misteriosa partícula, sin masa o carga, imposible de detectar. Algo que sólo servía para equilibrar la contabilidad y preservar la ley de la conservación de la energía.

No estaba seguro que Potterley supiera de qué estaba hablando. No le importaba. Necesitaba un desahogo. Sólo lo conseguiría a partir de algo exterior a sus coagulados pensamientos... Y precisaba asimismo un telón de fondo para lo que iba a decir a Potterley. Así que prosiguió:

—Fue Sterbinski el primero en descubrir que el neutrino atraviesa la barrera transversal del espacio-tiempo, que viaja a través del tiempo con tanta facilidad como a través del espacio. Y fue asimismo Sterbinski el primero en bosquejar un método para detener los neutrinos. Inventó un registrador neutrínico y aprendió cómo interpretar el patrón del chorro neutrínico. Naturalmente, la corriente resultó afectada y desviada por toda las materias con que había tropezado a su paso a través del tiempo. Descubrió que las desviaciones podían ser analizadas y convertidas en imágenes de la materia que había producido la desviación. La visión del tiempo se hacía así posible. Hasta las vibraciones de aire pueden ser detectadas y convertidas en sonido.

Potterley había dejado de escuchar definitivamente.

—Sí, sí. ¿Pero cuándo construirá usted el cronoscopio?

Foster le detuvo, perentorio:

—Déjeme terminar. Todo depende del método empleado para detectar y analizar el chorro neutrínico. El método de Sterbinski era arduo y vago. Requería montañas de energía. Pero yo he estudiado la seudo gravedad, doctor Potterley, la ciencia de los campos gravitatorios artificiales. Me he especializado en el comportamiento de la luz en tales campos. Se trata de una ciencia nueva. Sterbinski no conocía nada de ella. De haberlo conocido, habría descubierto, cosa que está al alcance de cualquiera, un método mejor y más eficaz de detección de los neutrinos mediante el empleo de un campo seudo gravitatorio. Y si hubiese conocido más a fondo la neutrínica, lo hubiese visto al instante.

El rostro de Potterley se aclaró un tanto.

—Ya lo sabía yo —dijo—. Aun obstaculizando la investigación neutrínica, no hay medio por el que el gobierno se asegure que los descubrimientos en otros sectores de la ciencia no se reflejen sobre ella. Eso da la medida del valor de la dirección centralizada de la ciencia. Se me ocurrió la idea hace mucho tiempo, doctor Foster, antes aun que viniera usted a trabajar aquí.

—Por lo cual le felicito. Pero hay algo...

—No piense en eso. Respóndame. ¿Cuándo construirá el cronoscopio?

—Estoy intentando decirle algo, doctor Potterley. Un cronoscopio no le servirá de nada.

«Ya está dicho», pensó.

Muy despacio, Potterley descendió por la escalera y se plantó ante él.

—¿Que significa eso? ¿Cómo que no me servirá de nada?

—Pues..., que no verá usted Cartago. Eso era lo que tenía que decirle. Jamás podrá ver Cartago con él.

Potterley denegó con la cabeza.

—No, no —dijo—. Se equivoca. De tener el cronoscopio, una vez debidamente enfocado...

—No, doctor Potterley. No se trata de enfoque. Hay factores marginales que afectan al chorro neutrínico, como afectan a las partículas subatómicas. Lo que denominamos el principio de indeterminación. Una vez registrado e interpretado el chorro, aparece el factor marginal fortuito como una vellosidad, un «ruido», como dicen los chicos de comunicaciones. Y cuanto más se penetra en el tiempo, tanto mayor es esa vellosidad, ese ruido. Al cabo de un rato, éste oculta la imagen. ¿Lo comprende?

—Dando más potencia... —insinuó Potterley con voz desmayada.

—No serviría de nada. Cuando la interferencia empaña el detalle, al amplificar éste se amplifica aquélla también. No se ve nada en una película quemada por el sol por mucho que se amplíe, ¿no es así? Métaselo en la cabeza. La naturaleza física del Universo impone sus límites. Los movimientos térmicos ocasionales de las moléculas del aire imponen los suyos a la intensidad con que un sonido puede ser detectado por un instrumento cualquiera. La longitud de una onda luminosa o de una onda eléctrica impone sus límites al tamaño de los objetos captados por cualquier aparato. Lo mismo sucede con la cronoscopía. Hay un límite a la visión en el tiempo.

—¿Qué límite? ¿Hasta dónde se alcanza?

Foster inspiró con fuerza.

—Lo máximo es un siglo y cuarto.

—Pero el boletín mensual que publica la Comisión abarca casi toda la historia antigua... —El historiador rió a sacudidas—. Debe estar equivocado. El gobierno posee datos de hasta tres mil años antes de Cristo.

—¿Y cuándo se decidió a creerlo? —preguntó Foster con desdén—. Comenzó usted este asunto demostrándome que el gobierno mentía, que jamás historiador alguno empleó el cronoscopio. ¿No ve ahora el porqué? A ningún historiador le sirve de nada, excepto al que se interesa por la historia contemporánea. No hay ningún cronoscopio que permita una visión del tiempo más allá del año 1920.

—Tiene que estar equivocado. Usted no lo sabe todo —se obstinó Potterley.

—Como quiera, pero la verdad no se plegará a su conveniencia. Afróntela. Lo que está haciendo el gobierno es perpetuar un engaño.

—¿Por qué?

—Se me escapan las razones.

La nariz chata de Potterley se contrajo, y sus ojos se abrieron hasta casi saltar de las órbitas.

—Pura teoría, doctor Foster —dijo—. Construya un cronoscopio. Constrúyalo y pruebe.

Foster le asió súbita y firmemente por los hombros.

—¿Cree usted que no lo he hecho? —gritó con vehemencia—. ¿Piensa que se lo habría contado todo sin antes comprobarlo por todos los medios a mi alcance? He construido uno. Ahí lo tiene. ¡Mire!

Corrió hacia los conmutadores y palancas de potencia, los manipuló uno por uno, hizo girar una resistencia, ajustó unos botones y apagó la luz del sótano.

—Espere un momento —advirtió—. Debe calentarse.

Se produjo un pequeño fulgor cerca del centro de una de las paredes. Potterley farfulló algo ininteligible, mientras que Foster insistía:

—¡Mire!

La luz se intensificó y abrillantó, y aparecieron formas en claroscuro. ¡Hombres y mujeres! Imágenes empañadas, vagas, con brazos y piernas que semejaban simples rayas. Pasó un coche de antiguo modelo, difuso también, pero reconocible como perteneciente a los que usaban motor de combustión interna por gasolina.

Foster comentó:

—Mediados del siglo XX, en algún lugar indeterminado. No he captado aún sonido alguno, pero existe la posibilidad de añadirlo. De todos modos, la mitad del siglo XX es lo más lejos que se puede llegar. Créame, es el mejor enfoque a nuestro alcance.

—Construya un aparato mayor —insistió Potterley—. Más potencia. Mejore sus circuitos.

—No se puede vencer el principio de indeterminación, de la misma manera que no se puede vivir en el Sol. Existen unos límites físicos imposibles de traspasar.

—Está usted mintiendo. No le creo. Yo...

Sonó una nueva voz, que se alzó estridente para hacerse oír:

—¡Arnold! ¡Doctor Foster!

El joven físico se volvió al instante. El doctor Potterley se quedó paralizado un largo rato, y luego dijo sin volverse:

—¿Qué pasa, Caroline? ¡Déjanos!

—¡No! —replicó la señora Potterley descendiendo la escalera—. Lo he oído todo. No pude resistir la tentación de escuchar... ¿Es verdad que tiene un visor del tiempo aquí, doctor Foster? ¿Aquí en el sótano?

—Pues sí, señora Potterley. Una especie de visor del tiempo, aunque no resulta gran cosa. Aún no he obtenido el sonido y las imágenes aparecen empañadas. De todos modos, funciona.

La señora Potterley entrelazó las manos y las mantuvo estrechamente apretadas contra su pecho.

—¡Qué maravilloso! ¡Qué maravilloso! —exclamaba, en una especie de arrobo.

—No tiene nada de maravilloso —rezongó Potterley con acento burlón—. Este joven necio es incapaz de llegar más allá de...

—¡Oiga...! —profirió exasperado Foster.

—¡Por favor! —gritó la señora Potterley—. Escúchame, Arnold. ¿No te das cuenta que, con sólo que alcance veinte años, podremos ver de nuevo a Laurel? ¿Qué nos importan a nosotros Cartago y los tiempos antiguos? Podremos ver a Laurel. Volverá a renacer para nosotros. Deje la máquina aquí, doctor Foster. Enséñenos cómo funciona...

Foster miró con fijeza a la señora Potterley y después a su marido, cuyo rostro se había tornado blanco.

Y aunque la voz de éste seguía siendo baja y uniforme, su calma se había desvanecido en parte cuando barbotó por fin:

—¡Eres una estúpida!

—¡Arnold! —protestó débilmente Caroline.

—Sí, una estúpida, he dicho. ¿Qué es lo que quieres ver? El pasado..., el pasado muerto. ¿Hizo Laurel algo que no debiera? ¿Quieres ver algo acaso que no debieras haber visto? ¿Quieres pasar de nuevo tres años contemplando a una chiquilla que jamás volverá a crecer por mucho que la mires?

Su voz estuvo a punto de quebrarse, pero se contuvo. Se aproximó más a su esposa y, posando una mano sobre su hombro, la sacudió con energía, diciendo a la par:

—¿Es que no sabes lo que te sucederá si lo haces? Vendrán a buscarte porque te habrás vuelto loca. Sí, loca. ¿Quieres un tratamiento mental? ¿Deseas someterte a la prueba psíquica?

La señora Potterley se desasió. No había en ella resto alguno de blandura o de vaguedad. Por el contrario, se había convertido en una marimacho, clamando:

—¡Quiero ver a mi hija, Arnold! Ella está en esa máquina y la quiero ver.

—No está en esa máquina. Su imagen quizá... ¿Cómo no lo comprendes? ¡Una imagen! Algo carente de realidad...

—¡Pues yo quiero a mi pequeña! —repuso con terquedad la señora Potterley—. ¿Me oyes? —Se abalanzó hacia su marido, chillando y con los puños contraídos—. ¡*Quiero ver a mi pequeña*!

El historiador retrocedió ante la furia del asalto, dejando escapar una exclamación, mientras Foster se adelantaba para interponerse entre ambos. De pronto, la señora Potterley, sollozando violentamente, cayó desplomada al suelo.

Potterley se volvió. Sus ojos parecían buscar algo con desespero. Con súbito movimiento, asió un tirante del aparato, arrancándolo de su base, y esgrimiéndolo remolineante ante Foster -perplejo ante lo que sucedía-, le contuvo amenazador, al tiempo que decía jadeante:

—¡Atrás! Si da un paso más, le mato. ¡Lo juro!

Blandió su arma enérgicamente. Foster se echó en efecto hacia atrás. Potterley se volvió furioso a la máquina y, tras el primer chasquido del cristal, el físico se quedó mirándole atónito. Potterley descargó su rabia sobre cada parte del aparato y, por último, permaneció inmóvil, rodeado de cascotes y astillas, empuñando aún su tirante, ya roto también.

—Y ahora, salga de aquí —dijo en un murmullo—. ¡Y no vuelva nunca más! Si le costó algo esto, envíeme una factura y se la pagaré... Hasta el doble de su valor.

Foster se encogió de hombros, se puso la chaqueta y se dirigió a la escalera del sótano, oyendo los fuertes sollozos de la señora Potterley. Al llegar al rellano, volvió la cabeza y, en una rápida ojeada, vio al doctor Potterley inclinándose sobre su esposa, con el rostro convulso por la pena.

Dos días después, cuando finalizaba la jornada escolar, Foster buscaba aburrido algunos datos para sus proyectos recientemente aprobados, datos que deseaba llevar a su apartamento para su posterior estudio.

De pronto, apareció el doctor Potterley.

El historiador iba vestido con mayor pulcritud que nunca. Alzó su mano en un gesto muy vago para significar un saludo y demasiado rudimentario para suponer un ruego. Foster se le quedó mirando con asombrada fijeza.

—He esperado hasta las cinco, hasta que usted estuviera... —manifestó indeciso el doctor Potterley desde el dintel de la abierta puerta del despacho—. ¿Puedo entrar?

Foster hizo con la cabeza un ademán de asentimiento.

—Supongo que debo excusarme por mi conducta —comenzó Potterley—. Me sentí tan horriblemente decepcionado que perdí el dominio de mí mismo. Fue inexcusable...

—Acepto sus excusas —respondió Foster—. ¿Es eso todo?

—Mi esposa le llamó a usted, creo.

—Así es, en efecto.

—Se ha dejado dominar completamente por la histeria. Me dijo que lo hizo, pero yo no estaba seguro...

—Pues sí, me llamó.

—Quisiera saber... ¿Sería tan amable de decirme qué deseaba?

—Quería un cronoscopio... Al parecer, disponía de algún dinero propio. Y estaba dispuesta a pagar.

—¿Y se comprometió usted a algo?

—Le respondí que no me ocupaba de negocios de fabricación.

—Bien —respiró Potterley, y su pecho se expandió en un suspiro de alivio—. Por favor, no haga caso a ninguna de sus llamadas. Todavía no está..., no está del todo...

—Mire, doctor Potterley —manifestó Foster—. No voy a meterme en sus querellas domésticas, pero haría usted mejor en prepararse. Construir un cronoscopio se halla al alcance de cualquiera. Disponiendo de unas cuantas piezas sencillas, adquiridas por medio de un centro de ventas, puede ser hecho en un taller casero. Las partes del vídeo, en todo caso.

—Pero nadie, aparte de usted, ha pensado en ello, ¿no es así? Nadie lo ha hecho.

—No es mi intención mantenerlo en secreto.

—¡Pero no puede publicarlo! ¡Es una investigación ilegal!

—Eso ya no tiene ninguna importancia, doctor Potterley. Si pierdo mis subvenciones, perdidas están. Si a la universidad no le place, dimitiré. No, no tiene importancia alguna.

—¡Usted no puede hacer eso!

—Hasta ahora, no le había importado que perdiese subvenciones y posición. ¿Por qué se ha vuelto tan tierno ahora? Permítame explicarle algo. Cuando me abordó usted por vez primera, yo creía en la investigación organizada y directa, en otras palabras, en la situación establecida. Le consideré a usted un intelectual anarquista, doctor Potterley, y peligroso. Ahora bien, por una razón que ignoro, me he dejado arrastrar a la anarquía, y durante meses he realizado grandes cosas. Tales cosas no fueron ejecutadas debido a que yo sea un brillante científico. En absoluto. Simplemente, al ser dirigida la investigación científica desde arriba, habían quedado lagunas fáciles de colmar por quienquiera que mirase en la dirección debida. Y cualquiera lo hubiera hecho de no interponerse activamente el gobierno... Y ahora compréndame. Sigo creyendo en la utilidad de la investigación dirigida. No estoy en favor de un retroceso a la

anarquía total. Mas debe haber una zona intermedia. La investigación dirigida puede tener cierta flexibilidad. Debe permitirse a un científico que sacie su curiosidad, al menos durante su tiempo libre.

Potterley tomó asiento y dijo conciliador:

—Discutamos eso, Foster. Aprecio su idealismo. Usted es joven, y desea la Luna. Pero no se destruya a sí mismo defendiendo nociones fantásticas sobre lo que debe ser la investigación. Yo le metí en esto. Soy el responsable y me lo reprocho amargamente. Actué de manera emocional. Mi interés por Cartago me cegó y me convertí en un maldito estúpido.

Foster le interrumpió:

—¿Quiere usted decir que ha cambiado por completo de opinión en dos días? ¿Que Cartago no significa nada? ¿Que los obstáculos del gobierno a la investigación no son nada?

—Hasta un solemne necio como yo puede aprender, Foster. Mi mujer me enseñó algo. Comprendo ahora la razón para la supresión de la neutrínica por parte del gobierno. Hace dos días, no lo sabía. Y comprendiéndolo, lo apruebo. Ya vio la manera en que mi esposa reaccionó ante la noticia que había un cronoscopio en el sótano. Me había imaginado un cronoscopio empleado de manera exclusiva en la investigación. Todo cuanto ella vio fue el neurótico placer de retornar a un pasado personal, a un pasado muerto. El investigador puro, Foster, forma parte de una minoría. Las personas como mi mujer nos abrumarían numéricamente. Para el gobierno, alentar la cronoscopía significaría la posibilidad para cualquiera de conocer el pasado de cualquiera. Los funcionarios del gobierno se verían expuestos al chantaje y a una indecorosa presión. ¿Existe alguien en el mundo con un pasado absolutamente limpio? Se habría hecho imposible un gobierno organizado.

Foster se pasó la lengua por los labios.

—Tal vez —dijo—. Quizá el gobierno tiene una justificación a sus propios ojos. Sin embargo, hay un importante principio implicado en la cuestión. ¿Quién sabe qué otros avances científicos se hallan coartados debido a que se impone a los hombres de ciencia el caminar por un estrecho sendero? Aunque el cronoscopio se convierta en el terror de unos cuantos políticos, merece la pena pagar ese precio. El público debe percatarse que la ciencia debe ser libre. Y no veo un medio más espectacular de hacerlo que publicando mi descubrimiento del modo que sea, legal o ilegalmente.

La frente de Potterley estaba sudorosa, pero su voz siguió inalterable al responder:

—No sólo unos cuantos políticos, doctor Foster. No piense eso. También

yo me sentiría aterrorizado. Mi mujer se pasaría el tiempo con nuestra hija muerta. Se retiraría cada vez más de la realidad. Y se volvería loca viendo repetidamente las mismas escenas. Y no sería yo el único aterrorizado. Lo estarían también otras personas, pues mi mujer no constituiría el único caso. Criaturas buscando a sus padres fallecidos, o gente reviviendo su propia juventud. Tendríamos a todo el mundo refugiándose en el pasado.

—No permitiré que los juicios morales se interpongan en mi camino —replicó Foster—. En ninguna época de la historia se dio progreso alguno, sin que el hombre tuviera la ingenuidad de falsearlo. Así que la Humanidad debe tener también la ingenuidad de prevenir. En cuanto al cronoscopio, sus sondeadores del pasado muerto se cansarían pronto. Captarían a sus amados padres en algunas de las cosas que hicieron y perderían su entusiasmo. Bien, todo esto resulta demasiado trivial. En lo que a mí respecta, se trata de un principio importante.

—Olvide su principio. ¿Por qué no considera a los hombres y mujeres también como principio? ¿No comprende que mi esposa revivirá el incendio que mató a nuestra pequeña? No podrá evitarlo. La conozco. Lo seguirá paso a paso, intentando impedirlo. Lo vivirá una y otra vez, esperando cada una de ellas que no suceda. ¿Cuántas veces quiere usted matar a Laurel...?

La voz del profesor se había tornado algo ronca. Un astuto pensamiento atravesó la mente de Foster.

—¿Qué es lo que teme usted que sepa su mujer, doctor Potterley? ¿Qué sucedió la noche del incendio?

Las manos del historiador se alzaron súbitamente para cubrir su cara. Estalló en secos sollozos. Foster se volvió, desasosegado, y se puso a mirar por la ventana.

Al cabo de un rato, dijo Potterley:

—Hacía ya mucho tiempo que no pensaba en ello... Caroline había salido. Yo cuidaba de la pequeña. Entré en su dormitorio, ya anochecido, para ver si se había destapado. Llevaba el cigarrillo encendido... En aquella época fumaba. Debí haberlo aplastado antes de dejarlo en el cenicero, sobre la cómoda. Normalmente prestaba atención a ese detalle. La chiquilla estaba bien. Volví a la sala de estar y me quedé dormido ante el vídeo. Me desperté sofocado, rodeado de fuego. No sé cómo se inició.

—Pero teme que lo provocara la colilla de su cigarrillo, ¿no es eso? —dijo Foster—. Un cigarrillo que, por una vez, se descuidó de apagar...

—No lo sé. Intenté salvarla, pero estaba ya muerta cuando la saqué en mis brazos.

—Y supongo que no confesó usted nunca a su esposa el detalle.

Potterley negó con la cabeza.

—Pero tuve que vivir con el recuerdo.

—Y ahora, ella lo descubrirá si tiene acceso a un cronoscopio... Quizá no fuera el pitillo. Tal vez lo apagó usted bien. ¿No es también posible?

Las lágrimas se habían secado en el rostro de Potterley, y el rojo de sus mejillas se iba desvaneciendo.

—No puedo correr ese riesgo —dijo—. Pero no se trata sólo de mí, Foster. El pasado contiene terrores para la mayoría de la gente. No los desencadene sobre la raza humana.

El muchacho empezó a pasear por la habitación. En cierto modo, aquello explicaba la razón del irracional deseo de Potterley de alabar a los cartagineses, de deificarlos y de desmentir la historia de sus crueles sacrificios a Moloch. Liberándolos de la culpabilidad del infanticidio por el fuego, simbólicamente se liberaba también del mismo pecado.

Así, el mismo fuego que le había conducido al deseo de construir el cronoscopio, le estaba conduciendo ahora al de su destrucción.

Miró con melancolía al viejo.

—Me doy cuenta de su posición, doctor Potterley —dijo—, pero esto sobrepasa con mucho sus sentimientos personales. Tengo que liberar a la ciencia de su asfixia.

Potterley replicó furioso:

—Lo que quiere decir es que desea la fama y la riqueza que van aparejadas a tal descubrimiento.

—No sé nada de riqueza, pero supongo que eso cuenta. Al fin y al cabo, soy humano.

—¿No quiere pues callar sus conocimientos?

—No, bajo ninguna circunstancia.

—En ese caso...

El historiador se puso en pie y se quedó por un instante inmóvil, con feroz mirada. Foster sintió un raro escalofrío de terror. El hombre era más pequeño que él, más viejo y débil, y no parecía armado. Sin embargo...

—Si está pensando en matarme, o alguna locura por el estilo —dijo—, sepa que toda la información se halla a buen recaudo, donde la hallará la persona apropiada si yo desaparezco o muero.

—¡No diga sandeces! —exclamó Potterley, y abandonó la habitación.

Foster cerró la puerta con llave y se sentó a pensar. Le abrumaba la sensación de haberse portado como un estúpido. No tenía guardada información alguna en lugar seguro, desde luego. Tal acción melodramática no se le habría ocurrido de ordinario. Pero ahora lo llevaría a cabo.

Sintiéndose cada vez más majadero, pasó una hora anotando las ecuaciones de la aplicación de la óptica seudo gravitatoria al registro neutrínico, añadiendo algunos diagramas para los detalles mecánicos de la construcción. Y metiéndolo todo en un sobre, lo lacró y garabateó el nombre de Ralph Nimmo.

Pasó una noche más bien inquieta y, a la mañana siguiente, camino de la universidad, depositó el sobre en un banco, con las pertinentes instrucciones al empleado, quien le hizo firmar el correspondiente permiso de apertura de la caja que contendría el sobre, para ser entregado a la persona nombrada en caso de fallecimiento de su depositario.

Llamó luego a Nimmo para confiarle la existencia del sobre, negándose quisquillosamente a decir nada sobre su contenido.

Jamás se había sentido tan consciente del propio ridículo como en aquel momento.

Aquella noche y la siguiente, Foster durmió sólo a ratos, enfrentado al arduo problema práctico de la publicación de los datos obtenidos de manera contraria a la ética.

Desde luego, la revista *Actas de la Sociedad de Seudo gravimetría*, la mejor publicación entre las que conocía, no aceptaría nada que no incluyese el mágico pie: *El trabajo expuesto ha sido posible gracias al permiso número tal de la Comisión Investigadora de las Naciones Unidas*.

Ni tampoco -y con doble motivo- lo haría sin los debidos requisitos la *Revista de Física*.

Claro que había otras publicaciones de menor importancia, que pasarían por alto la naturaleza del artículo con miras sensacionalistas, mas ello requeriría una pequeña negociación financiera, en la cual vacilaba en embarcarse. En suma, tal vez fuese preferible subvenir al costo de publicación de un folleto para su general distribución entre los eruditos. En tal caso, incluso podría dispensarse de los servicios de un escritor científico, sacrificando la corrección a la velocidad. Pero primero necesitaba hallar un impresor de confianza. Tal vez tío Ralph conociera a alguno.

Recorrió el pasillo que conducía a su despacho. Se preguntaba ansiosamente si no estaría desperdiciando el tiempo, demorándose en la indecisión, y si debería correr el riesgo de llamar a Ralph desde su teléfono. Se hallaba tan absorto en sus profundos pensamientos que no se dio cuenta que su habitación estaba ocupada, hasta que, al volverse desde el ropero, se aproximó a su mesa.

El doctor Potterley se encontraba allí, acompañado de un hombre a quien Foster no reconoció.

Se les quedó mirando.

—¿Qué significa esto? —dijo.

Potterley respondió:

—Lo siento, pero tenía que pararle los pies.

Foster continuó mirándole fijamente.

—¿De qué está hablando?

El desconocido tomó la palabra:

—Permítame que me presente. —Tenía unos dientes grandes, un tanto desiguales, que sobresalían mucho al sonreír—. Soy Thaddeus Araman, decano de la Facultad de Cronoscopía. Y he venido aquí por cierta información que el doctor Potterley me ha transmitido y que ha sido confirmada por nuestras propias fuentes...

Potterley añadió sin aliento:

—Yo cargo con toda la culpa, doctor Foster. Ya he explicado que fui yo quien le persuadió contra su voluntad a que empleara medios no éticos. Me he ofrecido a aceptar toda la responsabilidad y el castigo inherente. No deseo perjudicarle en ningún sentido. ¡Pero la cronoscopía no debe ser autorizada!

Araman asintió:

—En efecto, ha aceptado la reprimenda y cargado con la responsabilidad, pero este asunto no se encuentra ya en sus manos.

—¿Y bien? —replicó Foster—. ¿Qué van a hacer? ¿Retirarme todo apoyo para subvenciones de investigación?

—Está en mi mano —repuso Araman.

—¿Ordenar a la universidad que me destituya?

—También está en mi mano.

—Muy bien, entonces siga adelante. Considérelo hecho. Abandonaré ahora mismo mi despacho, al mismo tiempo que usted. Ya enviaré luego a buscar mis libros. Y si insiste, los dejo aquí. ¿Es eso todo?

—No, no es todo —manifestó Araman—. Debe comprometerse a no efectuar ninguna investigación ulterior en cronoscopía y, naturalmente, a no construir ningún cronoscopio. Permanecerá bajo vigilancia durante un tiempo indefinido, a fin de asegurarnos que cumple su promesa.

—¿Y si me niego a hacer tal promesa? ¿Qué recurso le queda? Efectuar una investigación al margen de mi terreno tal vez no sea ético, pero en todo caso no constituye un delito.

—Mi joven amigo —explicó pacientemente Araman—, en el caso de la cronoscopía, sí lo constituye. Y de ser necesario, se le metería en la cárcel y se le mantendría en ella.

—¿Y por qué? —barbotó Foster—. ¿Qué hay de mágico en la cronoscopía?

—Pues mire usted, la cosa es que no podemos permitirnos ulteriores desarrollos en ese terreno —contestó Araman—. En lo que a mí concierne, mi tarea consiste sobre todo en asegurarme de ello y naturalmente debo cumplir con mi misión. Por desgracia, yo no tenía conocimiento alguno, ni tampoco nadie en la facultad, que la óptica de los campos seudo gravitatorios tuviese tal inmediata aplicación a la cronoscopía. Nos adjudicaremos un cero por nuestra general ignorancia. Pero en adelante, la investigación será debidamente dirigida también en ese aspecto.

—No servirá de nada —replicó Foster—. Siempre habrá alguien para aplicar lo que ni usted ni yo hemos soñado. Todas las ciencias se eslabonan formando una única pieza. Si se detiene una parte, se detiene todo.

—No dudo que sea verdad..., en teoría. Sin embargo, desde el punto de vista práctico, nos las hemos arreglado muy bien para mantener la cronoscopía arrumbada durante cincuenta años al mismo nivel de Sterbinski. Y habiéndole capturado a usted a tiempo, doctor Foster, esperamos continuar haciéndolo así de modo indefinido. No habríamos llegado tan cerca del desastre de haber concedido yo al doctor Potterley algo más de consideración. —Se volvió hacia el historiador y alzó las cejas en señal de auto desprecio—. Temo, doctor, que le despaché como a un simple profesor de historia en nuestra primera entrevista. De haber cumplido con mi deber, le hubiese seguido la pista y esto no habría sucedido.

—¿Se permite a alguien el empleo del cronoscopio que es propiedad del gobierno? —preguntó bruscamente Foster.

—A nadie que no pertenezca a nuestra división; bajo ningún pretexto. Lo confieso puesto que resulta evidente que usted ya lo sospechaba. Y le prevengo, en consecuencia, que cualquier repetición del hecho será considerada como delito criminal, y no como una simple falta de ética.

—¿Y su cronoscopio no alcanza más allá de ciento veinticinco años poco más o menos?

—En efecto.

—¿De modo que el boletín que publican con historias de perspectivas visuales de antiguas épocas no pasa de ser un engaño?

Araman respondió con gran frialdad:

—Dados sus actuales conocimientos al respecto, es evidente que posee la certidumbre de ello. Sin embargo, confirmo su observación. El boletín mensual es un engaño.

—En tal caso, no prometeré dejar a un lado mis conocimientos sobre la

cronoscopía —decidió Foster—. Si quiere encarcelarme, adelante. Mi defensa en el juicio bastará para hacer tambalear el frágil castillo de naipes de la investigación dirigida y derrumbarlo. Dirigir la investigación es una cosa. Suprimirla y privar a la Humanidad de sus beneficios es algo muy distinto.

—¡Bah! Vayamos al grano, doctor Foster —se impacientó Araman—. Si no coopera usted, irá directamente a la cárcel desde aquí. No se le permitirá ver a ningún abogado, no será usted acusado, no tendrá un juicio. Sencillamente, permanecerá encarcelado.

—¡Vamos! —repuso Foster—. Exagera usted. No estamos en el siglo XX...

Se oyó un agitado movimiento fuera del despacho, una serie de taconeos y una estridente voz, que Foster estaba seguro de reconocer. Se abrió la puerta con violencia, y tres figuras entrelazadas se precipitaron al interior.

Una vez dentro, uno de los hombres alzó un fusil inyector y asestó un culatazo sobre la cabeza de otro, que dejó escapar ruidosamente el aire de sus pulmones y se tambaleó.

—¡Tío Ralph! —gritó Foster.

Araman frunció el entrecejo.

—Deje eso sobre la silla y vaya en busca de un poco de agua —ordenó.

Ralph Nimmo, frotándose la cabeza con cauteloso disgusto, dijo:

—No había necesidad de emplear la brutalidad, Araman.

—El guardián debió emplearla antes y sacarle de aquí, Nimmo —replicó Araman—. Habría estado usted mejor fuera.

—¿Se conocen? —preguntó Foster a su tío.

—He tenido algunos tratos con este hombre —respondió Nimmo, restregándose aún la cabeza—. Si está en tu despacho, sobrino, es que andas en dificultades.

—Y usted también —manifestó con enojo Araman—. Ya sé que el doctor Foster le consultó sobre literatura neutrínica.

Nimmo arrugó el entrecejo y lo distendió con un respingo, como si el fruncimiento le hubiese producido dolor.

—¿Ah, sí? —dijo—. ¿Y qué más sabe de mí?

—Lo sabremos todo muy pronto. Entretanto, esta cuestión basta para implicarle a usted. ¿Qué le trae por aquí?

—Mi querido doctor Araman —empezó Nimmo, recuperando algo de su desenvoltura—. Anteayer, el zascandil de mi sobrino me telefoneó. Había depositado cierta misteriosa información...

—¡No se lo digas! ¡No le digas nada! —gritó Foster.

Araman le lanzó una fría mirada.

—Lo sabemos todo al respecto, doctor Foster. La caja de depósito ha sido abierta y sacado su contenido.

—¿Pero cómo pudo usted saber...?

La voz de Foster se apagó en una especie de furioso desencanto. Nimmo dijo:

—De todos modos, pensé que la red debía estar cerrándose en torno a él y, después de tomar mis disposiciones, vine a decirle que dejara a un lado lo que se ha propuesto. No vale la pena jugarse la carrera por ello...

—¿Quiere decir que sabe lo que está haciendo? —preguntó Araman.

—No me lo ha dicho —contestó Nimmo—, pero soy un escritor científico, con una tremenda cantidad de experiencia. Sé qué parte de un átomo está formada por electrones. El muchacho, Foster, se especializa en óptica seudo gravitatoria y me inició también en la materia. Me encargó que le consiguiese un texto sobre los neutrinos, pero antes de entregárselo lo hojeé. Así fui atando cabos. Me pidió luego que le facilitase ciertas piezas de equipo físico, lo cual se añadió a la evidencia. Atájeme si me equivoco, pero creo que mi sobrino ha construido un cronoscopio semi-portátil de baja potencia. ¿Sí o no...?

—Sí.

Caviloso, Araman sacó un cigarrillo de su estuche, sin prestar la menor atención al doctor Potterley, que lo observaba todo en silencio, como sumido en un sueño. Potterley se echó hacia atrás, jadeante, apartándose del blanco cilindro.

—Otro error de mi parte —continuó Araman—. Debería dimitir... Tenía que haberme ocupado también de usted, Nimmo, en vez de concentrarme tanto en Potterley y Foster. Desde luego, no disponía de mucho tiempo y tarde o temprano usted habría acabado por presentarse, pero eso no me excusa. Bueno, Nimmo, queda arrestado.

—¿Y por qué? —preguntó el escritor científico.

—Por investigación no autorizada.

—No me he dedicado a ninguna investigación. No puedo, no siendo científico inscrito. Y hasta en el caso que la hiciera, no supone ningún delito criminal.

Foster intervino salvajemente:

—No te servirá de nada, tío Ralph. Este burócrata fabrica sus propias leyes.

—¿Cuál, por ejemplo? —preguntó Nimmo.

—Por ejemplo, el encarcelamiento sin juicio.

—¡Mentiras! —exclamó Nimmo—. No estamos en el siglo vein...

—Ya probé eso —le atajó Foster—. Le importa un comino.

—¡Mentiras, te digo! —vociferó Nimmo—. Mire usted, Araman, tanto mi sobrino como yo tenemos parientes y relaciones que no han perdido contacto con nosotros, debe saberlo. Y el profesor tendrá también a alguien, supongo. No puede usted hacernos desaparecer así como así. Habrá preguntas, y se originará un escándalo. No estamos en el siglo XX. Si lo que pretende es amedrentarnos, pierde el tiempo.

Araman retorció el cigarrillo entre sus dedos y lo arrojó violentamente al suelo.

—¡Maldita sea! —gritó—. ¡No sé qué hacer! Nunca había sucedido nada semejante... Miren, ustedes tres, estúpidos, no tienen idea de lo que intentan hacer. No comprenden nada. ¿Quieren escucharme?

—Está bien, escucharemos —dijo ceñudo Nimmo.

Foster se sentó en silencio, con los ojos coléricos y los labios apretados. Las manos de Potterley se enroscaban como dos serpientes entrelazadas.

—Para ustedes el pasado es el pasado muerto. Si han discutido alguna vez la cuestión, apuesto doble contra sencillo a que han empleado esta frase. El pasado muerto... Si hubieran oído tantas veces como yo estas palabras, se les atragantarían como a mí... Cuando la gente piensa en el pasado, lo hace como si estuviese muerto, muy lejos, desaparecido tiempo atrás. Y nosotros les incitamos a que piensen así. Cuando informamos sobre la visión del tiempo, siempre hablamos de siglos lejanos, a pesar que ustedes, caballeros, saben que es imposible ver más allá de un siglo o poco más. El pueblo lo acepta. El pasado significa Grecia, Roma, Cartago, Egipto, la Edad de Piedra. Cuanto más muerto, mejor... Ahora bien, ustedes tres saben que el límite es una centuria, poco más o menos. Por lo tanto, ¿qué significa el pasado para ustedes? Su juventud. Su primer amor. Su madre fallecida. Hace veinte años, treinta años, cincuenta... Cuanto más muertos estén, mejor... Pero, ¿cuándo comienza realmente el pasado?

Se detuvo, lleno de cólera. Los circunstantes le miraban fijamente, y Nimmo se agitó desasosegado.

—Bien —prosiguió Araman—. ¿Cuándo comienza? ¿Hace un año? ¿Cinco minutos? ¿Un segundo? ¿No es obvio que el pasado comenzó hace un instante? El pasado muerto es apenas otro nombre para el presente vivo. ¿Qué importa si se enfoca el cronoscopio hacia el pasado de un siglo o de un segundo? ¿No están ustedes contemplando el presente? ¿No empieza él mismo a consumirse?

—¡Maldita sea! —exclamó Nimmo.

—¡Eso es, maldita sea! —le remedó Araman—. Después que Potterley acudió a mí con su historia anteanoche, ¿cómo suponen que les seguí a ustedes dos? Pues me serví del cronoscopio, fijando momentos clave hasta el presente.

—¿Y fue así como supo lo de la caja en el banco? —preguntó Foster.

—Y todos los demás hechos importantes. Y díganme, ¿qué suponen que sucedería si permitiésemos que se pusiera en circulación un cronoscopio casero? Al principio, la gente se limitaría a contemplar su juventud, la de sus padres, y así sucesivamente, pero no pasaría mucho tiempo sin que captasen todas sus posibilidades. El ama de casa olvidaría a su pobre madre fallecida y se pondría a observar a sus vecinos y a su marido en la oficina. El comerciante y el negociante vigilarían a sus competidores, y el patrón a sus empleados. No existiría ya nada privado. Las tertulias y el espionaje tras las cortinas no serían nada en comparación con esto. En todo momento habría alguien contemplando y vigilando a las estrellas del espectáculo. No habría manera de escapar al acecho. Ni siquiera en la oscuridad, puesto que el cronoscopio puede ser ajustado al infrarrojo, y las figuras humanas se verían gracias al calor que desprende el cuerpo. Se verían borrosas, por supuesto, con los contornos oscuros, pero eso incrementaría tal vez la excitación... Incluso los hombres que están al cargo de la máquina ahora se aprovechan a veces, a pesar de la reglamentación en contra...

Nimmo parecía desanimado.

—Siempre queda el recurso de prohibir la fabricación privada...

Araman le atajó con violencia:

—Claro. ¿Pero cree que serviría de algo, que resultaría eficaz? ¿Se puede legislar con éxito contra la bebida, el tabaco, el adulterio o el chismorreo en las esquinas? Y esa mezcolanza de entremetimiento y lascivia se apoderaría de la Humanidad con mayor fuerza que ningún otro vicio. ¡Santo Dios! No hemos sido capaces en mil años de extirpar el tráfico de estupefacientes, y habla usted de legislación contra un artilugio que permite observar al prójimo a su antojo y en cualquier momento y que puede ser construido en un taller casero...

—No publicaré nada —afirmó con súbito impulso Foster.

—Ninguno de nosotros hablará —asintió casi entre sollozos Potterley—. Siento mucho...

Nimmo intervino a su vez:

—Ha dicho que no me había observado por el cronoscopio, Araman.

—No me dio tiempo —respondió Araman en tono cansino—. Las cosas no se mueven a mayor velocidad en el cronoscopio que en la vida real. No se

puede acelerar como una película. Pasamos veinticuatro horas enteras intentando captar los incidentes más importantes de los seis últimos meses en que intervinieron Potterley y Foster. No quedó tiempo para más. De todas formas, fue bastante.

—No, no lo fue —repuso Nimmo.

—¿A qué se refiere? —prorrumpió Araman con súbita e infinita alarma en su voz.

—Ya le conté que mi sobrino Jonas me llamó para decirme que había depositado una importante información en la caja de seguridad de un Banco. Actuó como si se encontrara en un apuro. Es mi sobrino, y yo tenía que sacarle del atolladero. Me llevó cierto tiempo. Luego vine aquí para decirle lo que había hecho. También a usted le comuniqué que antes de venir había dispuesto unas cuantas cosas... Sí, se lo dije después que su esbirro me aporreara.

—¿Qué? ¿Qué dispuso usted? ¡Por todos los cielos...!

—Algo muy sencillo. Envié los detalles del cronoscopio portátil a una media docena de mis fuentes regulares de publicidad.

No se pronunció una palabra. Ni un sonido. Ni una respiración. Todos los presentes se hallaban más allá de cualquier demostración.

—¡No me mire de esa manera! —se indignó Nimmo—. ¿No comprende mi punto de vista? Me corresponden los derechos de divulgación. Jonas lo admitirá. Sabía que a él no se le permitiría publicar su descubrimiento científicamente por ningún camino legal. Yo estaba seguro que él planeaba hacerlo por vía ilegal y que por esa razón había depositado sus papeles en la caja de seguridad. Pensé que, si me adelantaba a exponer los detalles, toda la responsabilidad recaería sobre mí. Su carrera quedaría a salvo. Y si a mí me privaban en consecuencia de mi licencia de escritor científico, mi exclusiva sobre los datos cronográficos bastaría para el resto de mi vida. Jonas se pondría furioso, ya lo esperaba, pero le explicaría el motivo y nos repartiríamos los beneficios al cincuenta por ciento... ¡No me mire de ese modo, caramba! ¿Cómo iba yo a saber...?

—Nadie sabía nada —repuso Araman con amargura—, pero todos ustedes dieron por supuesto que el gobierno era estúpidamente burocrático, indigno, tiránico, dado a prohibir la investigación para mandarla al diablo. No se les ocurrió a ninguno que intentábamos proteger a la Humanidad en la medida de nuestras fuerzas.

—Deje de hablar de generalidades —gimió Potterley—. Que nos dé los nombres de las personas a quienes comunicó...

—Demasiado tarde —le interrumpió Nimmo, encogiéndose de

hombros—. Ya ha pasado el tiempo suficiente para que la noticia se difundiera. Mis corresponsales se habrán puesto en contacto con buen número de físicos para comprobar mis datos antes de seguir adelante, y ellos se transmitirán las noticias. Y una vez que los científicos encajen los neutrinos con los campos seudo gravitatorios, el cronoscopio casero es cosa hecha. Antes que transcurra la semana, al menos cinco mil personas sabrán construir un pequeño cronoscopio. ¿Y cómo detenerlos a todos? —Sus mofletudas mejillas cedieron—. Supongo que no habrá ningún medio de devolver la efímera nube al interior de la linda y reluciente esfera de uranio...

Araman se puso en pie, dirigiéndose al profesor:

—Se hará todo lo posible, Potterley, pero convengo con Nimmo en que es demasiado tarde. No sé qué clase de mundo tendremos de ahora en adelante. No puedo decirlo. En todo caso, es seguro que el mundo que conocimos ha quedado destruido por completo. Hasta ahora, toda costumbre, todo hábito, hasta el más minúsculo sistema de vida tenía garantizada cierta reserva, cierto aislamiento... Todo eso se ha desvanecido.

Y saludando a cada uno de los presentes de manera ceremoniosa, añadió:

—Han creado entre los tres un nuevo mundo. Les felicito, caballeros. ¡Que el cuerno de la abundancia se derrame sobre sus cabezas, la mía y la de todos...! ¡Y que cada uno de ustedes vaya a asarse en el infierno para siempre! Se levanta el arresto.

LAS BASES DEL ÉXITO EN CIENCIA FICCIÓN

(Con mis excusas a W. S. Gilbert)

Si me preguntas cómo brillar en la línea de la ciencia ficción como un profesional de gran lustre,
Te digo, practica la jerga singular de las ciencias, como ley
(no te importe si está mal).
Debes hablar de Espacio y Galaxias y sobre tesáricas y falacias en místico estilo ingenioso,

Aunque los fanáticos no lo entenderán,
Igual lo pedirán con una suave sonrisa esperanzada.

Y todos los fanáticos dirán,
En tanto tú caminas tu senda espacial,
Si ese joven se complace en volar a través de toda la Galaxia,

Qué tipo de hombre imaginativo este tipo de hombre será.

Entonces el éxito no es misterio,
Sólo refrescar tu historia,
Y pedirle prestado el día a día.
Toma un Imperio Romano y verás que está como en casa en la estrellada Vía Láctea.

Con un paseo que es hiperespacial,
A través de los parsecs que correrás,
Verás que complotar es pan comido,
Con un poco de plagio de los trabajos de

(with apologies to W. S. Gilbert)

If you ask me how to shine in the science-fiction line as a pro of luster bright,

I say, practice up the lingo of the sciences, by jingo
(never mind if not quite right).
You must talk of Space and Galaxies and tesseractic fallacies in slick and mystic style,
Though the fans won't understand it,
they will all the same demand it with a softly hopeful smile.

And all the fans will say,
As you walk your spatial way,
If that young man indulges in flights through all the Galaxy,

Why, what a most imaginative type of man that type of man must be.

So success is not a mystery,
just brush up on your history,
and borrow day by day.
Take an Empire that was Roman and you'll find it is at home in all the starry Milky Way.
With a drive that's hyperspatial,
through the parsecs you will race,
you'll find that plotting is a breeze,
With a tiny bit of cribbin' from the works of

Edward Gibbon del griego, Tucídides.

Y todos los fanáticos dirán,
Mientras caminas tu reflexivo camino,
Si ese joven se involucra con la auténtica historia,
Qué tipo de coeficiente intelectual ilustrado este coeficiente intelectual será.

Entonces evita los pensamientos pasionales de la relación hombre-mujer de la mente racional de tu héroe.
Debe usar su tiempo en política,
Y elaborando sus oscuros trucos,
Pero es ciego hacia afuera.
Es suficiente si tiene madre,
Las otras hembras son hermanos,
Aunque vengas llenas de joyas y brillos.
Solamente distraerán sus sueños y sus necesarias elucubraciones sobre esa psicohistoria.

Y todos los fanáticos dirán mientras caminas tu estrecho sendero,
Si en todas sus historias se restringe a lo masculino,
Qué joven particularmente puro es este joven puro.

Edward Gibbon and that Greek, Thucydides.

And all the fans will say,
As you walk your thoughtful way,
If that young man involves himself in authentic history,
Why, what a very learned kind of high IQ, his high IQ must be.

Then eschew all thoughts of passion of a man-and-woman fashion from your hero's thoughtful mind.
He must spend his time on politics,
and thinking up his shady tricks,
and outside that he's blind.
It's enough he's had a mother,
Other females are a bother,
though they're jeweled and glistery.
They will just distract his dreaming and his necessary scheming with that psychohistory.

And all the fans will say as you walk your narrow way,
If all his yarns restrict themselves to masculinity,
Why, what a most particularly pure young man that pure young man must be.

SUFRAGIO UNIVERSAL

Linda, que tenía diez años, era el único miembro de la familia que parecía disfrutar al levantarse.

Norman Muller podía oírla ahora a través de su propio coma drogado y malsano. Finalmente había logrado dormirse una hora antes, pero con un sueño más semejante al agotamiento que al verdadero sueño.

La pequeña estaba ahora al lado de su cama, sacudiéndole.

—¡Papaíto! ¡Papaíto, despierta! ¡Despierta!

—Está bien, Linda —dijo.

—¡Pero papaíto, hay más policías por ahí que nunca! ¡Con coches y todo!

Norman Muller cedió. Se incorporó con la vista nublada, ayudándose con los codos. Nacía el día. Fuera, el amanecer se abría paso desganadamente, como germen de un miserable gris..., tan miserablemente gris como él se sentía. Oyó la voz de Sarah, su mujer, que se ajetreaba en la cocina preparando el desayuno. Su suegro, Matthew, carraspeaba con estrépito en el cuarto de baño. Sin duda, el agente Handley estaba listo y esperándole.

Había llegado el día.

¡El día de las elecciones!

Para empezar, había sido un año igual a cualquier otro. Acaso un poco peor, puesto que se trataba de un año presidencial, pero no peor en definitiva que otros años presidenciales.

Los políticos hablaban del electorado y del vasto cerebro electrónico que tenían a su servicio. La prensa analizaba la situación mediante ordenadores industriales (el New York Times y el Post-Dispatch de San Luis poseían cada uno el suyo propio) y aparecían repletos de pequeños indicios sobre lo que iban a ser los días venideros. Comentadores y articulistas ponían de relieve la situación crucial, en feliz contradicción mutua.

La primera sospecha de que las cosas no ocurrirían como en años anteriores se puso de manifiesto cuando Sarah Muller dijo a su marido en la noche del 4 de octubre (un mes antes del día de las elecciones):

—Cantwell Johnson afirma que Indiana será decisivo este año. Y ya es el cuarto en decirlo. Piénsalo, esta vez se trata de nuestro estado.

Matthew Hortenweiler asomó su mofletudo rostro por detrás del periódico que estaba leyendo, posó una dura mirada en su hija y gruñó:

—A esos tipos les pagan por decir mentiras. No les escuches.

—Pero ya son cuatro, padre —insistió Sarah con mansedumbre—. Y todos dicen que Indiana.

—Indiana es un estado clave, Matthew —apoyó Norman, tan mansamente como su mujer—, a causa del Acta Hawkins-Smith y todo ese embrollo de Indianápolis. Es...

El arrugado rostro de Matthew se contrajo de manera alarmante. Carraspeó:

—Nadie habla de Bloomington o del condado de Monroe, ¿no es eso?

—Pues... —empezó Norman.

Linda, cuya carita de puntiaguda barbilla había estado girando de uno a otro interlocutor, le interrumpió vivamente:

—¿Vas a votar este año, papi?

Norman sonrió con afabilidad y respondió:

—No creo, cariño.

Mas ello acontecía en la creciente excitación del mes de octubre de un año de elecciones presidenciales, y Sarah había llevado una vida tranquila, animada por sueños respecto a sus familiares. Dijo con anhelante vehemencia:

—¿No sería magnífico?

—¿Que yo votase?

Norman Muller lucía un pequeño bigote rubio, que le había prestado un aire elegante a los juveniles ojos de Sarah, pero que, al ir encaneciendo poco a poco, había derivado en una simple falta de distinción. Su frente estaba surcada por líneas profundas, nacidas de la inseguridad, y en general su alma de empleado nunca se había sentido seducida por el pensamiento de haber nacido grande o de alcanzar la grandeza en ninguna circunstancia. Tenía mujer, un trabajo y una hija. Y excepto en momentos extraordinarios de júbilo o depresión, se inclinaba a considerar su situación como un inadecuado pacto concertado con la vida.

Así pues, se sentía un tanto embarazado y bastante intranquilo ante la dirección que tomaban los pensamientos de su mujer.

—Realmente, querida —dijo—, hay doscientos millones de seres en el país, y en lances como éste creo que no deberíamos desperdiciar nuestro tiempo haciendo cábalas sobre el particular.

—Mira, Norman —respondió su mujer—, no son doscientos millones, lo sabes muy bien. En primer lugar, sólo son elegibles los varones entre los

veinte y los sesenta años, por lo cual la probabilidad se reduce a uno por cincuenta millones. Por otra parte, si realmente es Indiana...

—Entonces será poco más o menos de uno por millón y cuarto. No apostarías a un caballo de carreras contra esa ventaja, ¿no es así? Anda, vamos a cenar.

Matthew murmuró tras su periódico:

—¡Malditas estupideces!

Linda volvió a preguntar:

—¿Vas a votar este año, papi?

Norman meneó la cabeza y todos se dirigieron al comedor.

Hacia el 20 de octubre, la excitación de Sarah había aumentado considerablemente. A la hora del café, anunció que la señora Schultz, que tenía un primo secretario de un miembro de la asamblea, le había contado que «todo el papel» estaba por Indiana.

—Dijo que el presidente Villers pronunciaría incluso un discurso en Indianápolis.

Norman Muller, que había soportado un día de mucho trajín en el almacén, descartó las palabras de su mujer con un fruncimiento de cejas.

—Si Villers pronuncia un discurso en Indiana —dijo Matthew Hortenweiler, crónicamente insatisfecho de Washington—, eso significa que piensa que Multivac conquistará Arizona. El cabeza de bellota ése no tendría redaños para ir más allá.

Sarah, que ignoraba a su padre siempre que le resultaba decentemente posible, se lamentó:

—No sé por qué no anuncian el estado tan pronto como pueden, y luego el condado, etcétera. De esa manera, la gente que fuese quedando eliminada descansaría tranquila.

—Si hicieran algo por el estilo —opinó Norman—, los políticos seguirían como buitres los anuncios. Y cuando la cosa se redujera a un municipio, habría un congresista o dos en cada esquina.

Matthew entornó los ojos y se frotó con rabia su cabello ralo y gris.

—Son buitres de todos modos. Escuchad...

—Vamos, padre... —murmuró Sarah.

La voz de Matthew se alzó sin tropiezos sobre su protesta:

—Mirad, yo andaba por allí cuando entronizaron a Multivac. Él terminaría con los partidismos políticos, dijeron. No más dinero electoral despilfarrado en las campañas. No habría otro don nadie introducido a presión y a bombo y platillo de publicidad en el Congreso o la Casa Blanca.

¿Y qué sucede? Pues que hay más campaña que nunca, sólo que ahora la hacen en secreto. Envían tipos a Indiana a causa del Acta Hawkins-Smith y otros a California para el caso de que la situación de Joe Hammer se convierta en crucial. Lo que yo digo es que se han de eliminar todas esas insensateces. ¡Hay que volver al bueno y viejo...!

Linda preguntó de súbito:

—¿No quieres que papi vote este año, abuelito?

Matthew miró a la chiquilla.

—No lo entenderías. —Se volvió a Norman y Sarah—. En un tiempo, yo voté también. Me dirigía sin rodeos a la urna, depositaba mi papeleta y votaba. Nada más que eso. Me limitaba a decirme: ese tipo es mi hombre y voto por él. Así debería ser.

Linda dijo, llena de excitación:

—¿Votaste, abuelo? ¿Lo hiciste de verdad?

Sarah se inclinó hacia ella con presteza, tratando de paliar lo que muy bien podía convertirse en una historia incongruente, trascendiendo al vecindario.

—No es eso, Linda. El abuelito no quiso decir realmente votar. Todo el mundo hacía esa especie de votación cuando tu abuelo era niño, y también él, pero no se trataba realmente de votar.

Matthew rugió:

—No sucedió cuando era niño. Tenía ya veintidós años, y voté por Langley. Fue una auténtica votación. Quizá mi voto no contase mucho, pero era tan bueno como el de cualquiera. Como el de cualquiera —recalcó—. Y sin ningún Multivac para...

Norman intervino entonces:

—Está bien, Linda, ya es hora de acostarte. Y deja de hacer preguntas sobre las votaciones. Cuando seas mayorcita, lo comprenderás todo.

La besó con antiséptica amabilidad, y ella se puso en marcha, renuente, bajo la tutela materna, con la promesa de ver el visor desde la cama hasta las nueve y cuarto, si se prestaba primero al ritual del baño.

—Abuelito —dijo Linda.

Y se quedó ante él con la mandíbula caída y las manos a la espalda, hasta que el periódico del viejo se apartó y asomaron las espesas cejas y unos ojos anidados entre finas arrugas. Era el viernes 31 de octubre.

Linda se aproximó y posó ambos antebrazos sobre una de las rodillas del viejo, de manera que éste tuvo que dejar a un lado el periódico.

—Abuelito —volvió a la carga la pequeña—, ¿de verdad que votaste

alguna vez?

—Ya me oíste decir que sí, ¿no es cierto? ¿No irás a creer que cuento bolas?

—Nooo... Pero mamá dice que todo el mundo votaba entonces.

—Pues claro que lo hacían.

—¿Cómo podían hacerlo? ¿Cómo podía votar todo el mundo?

Matthew miró gravemente a su nieta y luego la alzó, sentándola sobre sus rodillas. Por último, moderando el tono de su voz, dijo:

—Mira, Linda, hasta hace unos cuarenta años, todo el mundo votaba. Pongamos que deseábamos decidir quién había de ser el nuevo presidente de los Estados Unidos... Demócratas y republicanos nombraban a su respectivo candidato, y cada uno decía cuál de los dos quería. Una vez pasado el día de las elecciones, se hacía el recuento de votos de las personas que deseaban al candidato demócrata y las que deseaban al republicano. Y el que había recibido más votos se llevaba la palma. ¿Lo ves?

Linda asintió.

—¿Cómo sabía la gente por quién votar? —preguntó—. ¿Se lo decía Multivac?

Las cejas de Matthew se fruncieron, y adoptó un aspecto severo.

—Se basaban tan sólo en su propio criterio, pequeña.

La niña se apartó un tanto del viejo, y éste volvió a bajar la voz:

—No estoy enojado contigo, Linda. Pero mira, a veces llevaba toda la noche contar..., sí, hacer el recuento de lo que opinaban unos y otros, a quién habían votado. Todo el mundo se impacientaba. Por ello se inventaron máquinas especiales, capaces de comparar los primeros votos con los de los mismos lugares en años anteriores. De esta manera, la máquina preveía cómo se presentaba la votación en su conjunto y quién sería elegido. ¿Lo entiendes?

—Como Multivac —asintió ella.

—Los primeros ordenadores eran mucho más pequeños que Multivac. Pero las máquinas fueron aumentando de tamaño y, al mismo tiempo, iban siendo capaces de indicar cómo iría la elección a partir de menos y menos votos. Por fin, construyeron Multivac, que puede preverlo a partir de un solo votante.

Linda sonrió al llegar a la parte familiar de la historia y exclamó:

—¡Qué bonito!

Matthew frunció de nuevo el entrecejo.

—No, no tiene nada de bonito. No quiero que una máquina decida lo que yo hubiera votado sólo porque un chunguista de Milwaukee dice que

está en contra de que se suban las tarifas. A mí tal vez me hubiese dado por votar a ciegas sólo por gusto. O acaso me hubiese negado a votar en absoluto. Y tal vez...

Pero Linda se había escurrido de sus rodillas y se batía en retirada.

En la puerta tropezó con su madre, quien llevaba aún puesto el abrigo. Ni siquiera había tenido tiempo de quitarse el sombrero.

—Apártate un poco, Linda —ordenó, jadeante aún—. No me cierres el paso.

Al ver a Matthew, dijo, mientras se quitaba el sombrero y se alisaba el pelo:

—Vengo de casa de Agatha.

Matthew miró a su hija con aire desaprobador y, desdeñando la información, se limitó a gruñir y recoger el periódico.

Sarah se desabrochó el abrigo y continuó:

—¿A que no sabes lo que me ha dicho?

Matthew alisó el periódico con un crujido, para proseguir la lectura interrumpida por su nieta.

—Ni lo sé ni me importa.

—¡Vamos, padre...!

Pero Sarah no tenía tiempo para enfadarse. Necesitaba comunicar a alguien las noticias, y Matthew era el único receptor a mano a quien confiarlas.

—Joe, el marido de Agatha, es policía, ya sabes, y dice que anoche llegó a Bloomington todo un cargamento de agentes de la secreta.

—No creo que anden tras de mí.

—¿Es que no te das cuenta, padre? Agentes de la secreta... Y casi ha llegado el momento de las elecciones. ¡En Bloomington!

—Acaso anden en busca de algún ladrón de bancos.

—No ha habido un robo en ningún banco de la ciudad hace muchos años... ¡Padre, eres imposible!

Y Sarah abandonó la habitación.

Tampoco Norman Muller recibió las noticias con mayor excitación, al menos perceptible.

—Bueno, Sarah, ¿y cómo sabía Joe, el marido de Agatha, que se trataba de agentes de la secreta? —preguntó con calma—. No creo que anduviesen por ahí con el carnet pegado en la frente.

Pero a la tarde siguiente, cuando ya noviembre tenía un día, Sarah anunció triunfalmente:

—Todo Bloomington espera que sea alguien de la localidad el votante. Así lo publica el News, y también lo dijeron por la radio.

Norman se agitó desasosegado. No podía negarlo, y su corazón desfallecía. Si Bloomington iba a ser alcanzado por el rayo de Multivac, ello supondría periodistas, espectaculares transmisiones por video, turistas y toda clase de..., de perturbaciones. Norman apreciaba la tranquila rutina de su vida, y la distante y alborotada agitación de los políticos se estaba aproximando de un modo que resultaba incómodo.

—Un simple rumor —rechazó—. Nada más.

—Pues espera y verás. No tienes más que esperar.

Según se desarrollaron las cosas, el compás de espera fue extraordinariamente corto. El timbre de la puerta, sonó con insistencia. Cuando Norman Muller la abrió, se vio frente a un hombre de elevada estatura y rostro grave.

—¿Qué desea? —preguntó Norman.

—¿Es usted Norman Muller?

—Sí.

Su voz sonó singularmente opaca. No resultaba difícil averiguar, por el porte del desconocido, que representaba a la autoridad. Y la naturaleza de su súbita visita era tan manifiesta como inimaginable le pareciese hasta unos momentos antes.

El hombre mostró su documentación, penetró en la casa, cerró la puerta tras de sí y dijo con acento oficial:

—Señor Norman Muller, en nombre del presidente de los Estados Unidos, tengo el honor de informarle que ha sido usted elegido para representar al electorado norteamericano el martes día 4 de noviembre del año 2008.

Con gran dificultad, Norman Muller logró caminar sin ayuda hasta su butaca, en la cual se sentó con el rostro pálido y casi sin sentido, mientras Sarah traía agua, le frotaba asustada las manos y le cuchicheaba apretando los dientes:

—No vayas a desmayarte ahora, Norman. Elegirán a otro...

Cuando por fin logró recuperar el uso de la palabra, Norman murmuró a su vez:

—Lo siento, señor.

—¡Bah! No tiene importancia —le tranquilizó el visitante. Todo rastro de formalidad oficial parecía haberse desvanecido tras la notificación, dejando sólo un hombre abierto y más bien amistoso—. Es la sexta vez que me corresponde comunicarlo al interesado y he visto toda clase de reacciones.

Ninguna de ellas se ajustó a la que vieron en el video. Saben a lo que me refiero, ¿verdad? Un aire de consagración y entrega, y un personaje que dice: «Será para mí un gran privilegio servir a mi país...» Toda esa serie de cosas...

El agente rió para alentarles. La risa con que Sarah le acompañó tuvo un acento de aguda histeria. El agente prosiguió:

—Permaneceré con ustedes durante algún tiempo. Mi nombre es Phil Handley. Les agradeceré que me llamen Phil. Señor Muller, no podrá abandonar la casa hasta el día de las elecciones. Usted, señora, informará al almacén de que su marido está enfermo. Puede salir a hacer la compra, pero habrá de despacharla con la mayor brevedad posible. Y desde luego, guardará una absoluta reserva sobre el particular. ¿De acuerdo, señora Muller?

—Sí, señor. Ni una palabra —confirmó Sarah, con un vigoroso asentimiento de cabeza.

—Perfecto, señora Muller. —Handley adoptó un tono muy grave al añadir—: Tenga en cuenta que esto no es un juego. Por lo tanto, salga sólo en caso de que le sea absolutamente preciso y, cuando lo haga, la seguirán. Lo siento, pero estamos obligados a actuar así.

—¿Seguirme?

—Nadie lo advertirá... No se preocupe. Y será sólo durante un par de días, hasta que se haga el anuncio formal a la nación. En cuanto a su hija...

—Está en la cama —se apresuró a decir Sarah.

—Bien. Se le dirá que soy un pariente o amigo de la familia. Si descubre la verdad, habrá de permanecer encerrada en casa. Y en todo caso, su padre será mejor que no salga.

—No le gustará nada —dudó Sarah.

—No queda más remedio. Y ahora, puesto que nadie más vive con ustedes...

—Al parecer, está muy bien informado sobre nosotros —murmuró Norman.

—Bastante —convino Handley—. De todos modos, éstas son por el momento mis instrucciones. Intentaré, por mi parte, cooperar en la medida de lo posible y no causarles molestias. El gobierno pagará mi mantenimiento, así que no supondré ningún gasto para ustedes. Cada noche, seré relevado por alguien que se instalará en esta habitación. No habrá problemas de acomodo para dormir. Y ahora, señor Muller...

—¿Sí, señor?

—Llámeme Phil —repitió el agente—. Estos dos días preliminares antes

del anuncio formal servirán para que se acostumbre a ver su posición. Preferimos que se enfrente a Multivac en un estado mental lo más normal posible. Descanse tranquilo e intente tomarse todo esto como si se tratase de su trabajo diario. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Norman. De pronto, denegó violentamente con la cabeza—. ¡Pero yo no deseo esa responsabilidad! ¿Por qué yo?

—Muy bien, vayamos al grano. Multivac sopesa toda clase de factores conocidos, billones de ellos. Pero existe un factor desconocido, y creo que seguirá siéndolo por mucho tiempo. Dicho factor es el módulo de reacción de la mente humana. Todos los norteamericanos están sometidos a la presión moldeadora de lo que los otros norteamericanos hacen y dicen, de las cosas que a él se le hacen y de las que él hace a los demás. Cualquier norteamericano puede ser llevado ante Multivac para determinar la tendencia de todas las demás mentes del país. En un momento dado, algunos norteamericanos resultan mejores que otros a tal fin. Eso depende de los acontecimientos del año. Multivac le seleccionó a usted como al más representativo del actual. No el más despejado, ni el más fuerte, ni el más dichoso, sino el más representativo. Y no vamos a dudar de Multivac, ¿no es así?

—¿Y no podría equivocarse? —preguntó Norman.

Sarah, que escuchaba impaciente, le interrumpió:

—No le haga caso, señor. Está nervioso... En realidad, es muy instruido y ha seguido siempre las cuestiones políticas de cerca.

—Multivac toma las decisiones, señora Muller —respondió Handley—. Y él eligió a su esposo.

—¿Pero seguro que lo sabe todo? —insistió Norman tercamente—. ¿No podría haber cometido un error?

—Pues sí. No hay motivo para no ser franco. En 1993, el votante seleccionado murió de un ataque dos horas antes del instante fijado para notificarle su elección. Multivac no predijo aquello. Le era imposible. Un votante puede ser mentalmente inestable, moralmente improcedente, incluso desleal. Multivac no puede conocerlo todo sobre todos, si no se le proporcionan los datos. Por eso, siempre se seleccionan algunos candidatos más. No creo que tengamos que recurrir a ninguno de ellos en esta ocasión. Usted está en buen estado de salud, señor Muller, y ha sido investigado a fondo. Sirve.

Norman ocultó el rostro entre las manos y se quedó inmóvil.

—Mañana por la mañana se encontrará perfectamente bien —intervino Sarah—. Tiene que acostumbrarse a la idea, eso es todo.

—Desde luego —asintió Handley.

En la intimidad del dormitorio, Sarah Muller se expresó de distinta y más enérgica manera. El estribillo de su perorata era el siguiente:

—Compórtate como es debido, Norman. Parece como si intentaras lanzar por la borda la suerte de tu vida.

Norman musitó desesperado:

—Me atemoriza, Sarah. Todo este asunto...

—¿Y por qué, santo Dios? ¿Qué otra cosa has de hacer más que responder a una o dos preguntas?

—Demasiada responsabilidad. Me abruma.

—¿Qué responsabilidad? No existe ninguna. Multivac te seleccionó, ¿no? Pues a él le corresponde la responsabilidad. Todo el mundo lo sabe.

Norman se incorporó, quedando sentado en la cama, en súbito arranque de rebeldía y angustia.

—Se supone que todo el mundo lo sabe. Pero no lo saben. Ellos...

—Baja la voz —siseó Sarah en tono glacial—. Van a oírte hasta en la ciudad.

—No me oirán —replicó Norman, pero bajó en efecto la voz hasta convertirla en un cuchicheo—. Cuando se habla de la Administración Ridgely de 1988, ¿dice alguien que ganó con promesas fantásticas y demagogia racista? ¡Qué va! Se habla del «maldito voto MacComben», como si Humphrey MacComben fuese el único responsable por las respuestas que dio a Multivac. Yo mismo he caído en eso... En cambio, ahora pienso que el pobre tipo no era sino un pequeño granjero que nunca pidió que le eligieran. ¿Por qué echarle la culpa? Y ya ves, ahora su nombre está maldito...

—Te portas como un niño —le reprochó Sarah.

—No, me porto como una persona sensible. Te lo digo, Sarah, no aceptaré. No pueden obligarme a votar contra mi voluntad. Diré que estoy enfermo. Diré...

Pero Sarah ya tenía bastante.

—Ahora, escúchame —mascculló con fría cólera—. No eres tú el único afectado. Ya sabes lo que supone ser el Votante del Año. Y de un año presidencial para colmo. Significa publicidad, y fama, y posiblemente montones de dinero...

—Y luego volver a la oficina.

—No volverás. Y si vuelves, te nombrarán jefe de departamento por lo menos..., siempre que tengas un poco de seso. Y lo tendrás, porque yo te diré lo que has de hacer. Si juegas bien las cartas, controlarás esa clase de

publicidad y obligarás a los Almacenes Kennell a un contrato en firme, a una cláusula concediéndote un salario progresivo y a que te aseguren una pensión decente.

—Pero ése no es exactamente el objetivo de un votante, Sarah.

—Pues será el tuyo. Si no te crees obligado a hacer nada ni por ti ni por mí, y conste que no pido nada para mí, piensa en Linda. Se lo debes.

Norman exhaló un gemido.

—Bien, ¿estás de acuerdo? —le atosigó Sarah.

—Sí, querida —murmuró Norman.

El 3 de noviembre se publicó el anuncio oficial. A partir de entonces, Norman no se encontraba ya en situación de retirarse, aun en el caso de reunir el valor necesario para intentarlo.

Sellaron su casa, y agentes del servicio secreto hicieron su aparición en el exterior, bloqueando todo acceso.

Al principio, sonó sin cesar el teléfono, pero fue Phil Handley quien respondió a todas las llamadas, con una amable sonrisa de excusa. Al fin, la central pasó todas las llamadas al puesto de policía.

Norman pensó que de ese modo se ahorraba no sólo las alborozadas (y envidiosas) felicitaciones de los amigos, sino también la pesada insistencia de los vendedores que husmeaban una perspectiva y la artera afabilidad de los políticos de toda la nación... Quizás hasta las amenazas de muerte de los inevitables descontentos.

Se prohibió que entrasen periódicos en la casa, a fin de mantenerle al margen de cualquier presión, y se desconectó amable pero firmemente la televisión, a pesar de las indignadas protestas de Linda.

Matthew gruñía y se metía en su habitación; Linda, pasada la primera racha de excitación, hacía pucheros y lloriqueaba porque no le permitían salir de casa; Sarah dividía su tiempo entre la preparación de las comidas para el presente y el establecimiento de planes para el futuro, en tanto que la depresión de Norman seguía alimentándose a sí misma.

Y la mañana del martes 4 de noviembre del año 2008 llegó por fin. Era el día de las elecciones.

El desayuno se sirvió temprano, pero sólo comió Norman Muller, y aun él de manera mecánica. Ni la ducha ni el afeitado lograron devolverle a la realidad, ni desvanecen su convicción de que estaba tan sucio por fuera como sucio se sentía por dentro.

La voz amistosa de Handley hizo cuanto pudo para infundir cierta

normalidad en el gris y hosco amanecer. La predicción meteorológica había señalado un día nuboso, con perspectivas de lluvia antes del mediodía.

—Mantendremos la casa aislada hasta el regreso del señor Muller. Después, dejaremos de estar colgados de su cuello.

El agente del servicio secreto vestía ahora su uniforme completo, incluidas las armas en sus pistoleras, abundantemente tachonadas de cobre.

—No nos ha causado molestia alguna, señor Handley —dijo Sarah con bobalicona sonrisa.

Norman se echó al coleto dos tazas de café bien cargado, se secó los labios con una servilleta, se levantó y dijo con aire decidido:

—Estoy dispuesto...

Handley se levantó a su vez.

—Muy bien, señor. Y gracias, señora Muller, por su amable hospitalidad.

El coche blindado atravesó con un ronquido las calles vacías. Siempre lo estaban aquel día, a aquella hora determinada.

Handley dio una explicación al respecto:

—Desvían siempre el tráfico desde el atentado que por poco impide la elección de Leverett en el 92. Habían puesto bombas.

Cuando el coche se detuvo, Norman fue ayudado a descender por el siempre cortés Handley. Se encontraba en un pasaje subterráneo, junto a cuyas paredes se alineaban soldados en posición de firmes.

Le condujeron a una estancia brillantemente iluminada. Tres hombres uniformados de blanco le saludaron sonrientes.

—¡Pero esto es un hospital! —exclamó Norman.

—No tiene importancia alguna —replicó al instante Handley—. Se debe sólo a que el hospital dispone de las comodidades necesarias...

—Bien, ¿y qué he de hacer yo?

Handley inclinó la cabeza, y uno de los tres hombres vestidos de blanco se adelantó.

—Yo me encargaré de él a partir de ahora, agente.

Handley saludó con desenvoltura y abandonó la habitación.

El hombre de blanco dijo:

—¿No quiere sentarse, señor Muller? Yo soy John Paulson, calculador jefe. Le presento a Samson Levine y Peter Dorogobuzh, mis ayudantes.

Norman estrechó envaradamente las manos de todos. Paulson era hombre de mediana estatura, con un rostro de perenne sonrisa, y un evidente tupé. Usaba gafas de montura de plástico, de modelo anticuado. Mientras hablaba, encendió un cigarrillo. Norman rehusó el que le fue

ofrecido.

—En primer lugar, señor Muller —dijo Paulson—, deseo que sepa que no tenemos prisa alguna. En caso necesario, permanecerá con nosotros todo el día, para que se acostumbre al ambiente y descarte la idea de que se trata de algo insólito, para que olvide su aspecto... clínico. Creo que sabe a qué me refiero.

—Sí, desde luego —contestó Norman—. Pero me gustaría que todo hubiese terminado ya.

—Comprendo sus sentimientos. Sin embargo, deseamos exponerle con exactitud el procedimiento. En primer lugar, Multivac no está aquí.

—¿Que no está?

Aun en medio de su abatimiento, había deseado ver a Multivac, del que se decía que medía más de kilómetro y medio de largo, que tenía una altura equivalente a tres pisos y que cincuenta técnicos recorrían sin cesar los corredores interiores de su estructura. Una de las maravillas del mundo.

Paulson sonrió.

—En efecto, no es portátil —confirmó—. De hecho, se encuentra emplazado en un subterráneo, y pocos son los que conocen el lugar preciso. Muy lógico, ¿verdad?, ya que supone nuestro supremo recurso natural. Créame, las elecciones no constituyen su única función.

Norman pensó que el hombre de blanco se mostraba deliberadamente parlanchín, pero de todos modos se sentía intrigado.

—Me gustaría verlo...

—No lo dudo. Mas para ello se necesita una orden presidencial, refrendada luego por el departamento de seguridad. Sin embargo, nos mantenemos en conexión con Multivac por transmisión de ondas. Cuanto él diga puede ser interpretado aquí, y cuanto nosotros digamos le será transmitido. Así que, en cierto sentido, nos hallamos en su presencia.

Norman miró a su alrededor. Las máquinas y aparatos que había en la estancia carecían de significado para él.

—Permítame que se lo explique, señor Muller —prosiguió Paulson—. Multivac posee ya la mayoría de la información necesaria para decidir todas las elecciones, nacionales, provinciales y locales. Únicamente necesita comprobar ciertas imponderables actitudes mentales y, para ello, recurriremos a usted. No podemos predecir qué preguntas formulará, aunque cabe en lo posible que no tengan mucho sentido para usted..., ni siquiera para nosotros en realidad. Tal vez le pregunte qué opina sobre la recogida de basuras en su ciudad o si considera preferibles los incineradores centrales. O bien, si tiene usted un médico de cabecera o acude a la

seguridad social... ¿Comprende?

—Sí, señor.

—Pues bien, pregunte lo que pregunte, usted responderá como mejor le plazca. Y si cree que ha de extenderse un poco en su explicación, hágalo. Puede hablar durante una hora si lo juzga necesario.

—Sí, señor.

—Una cosa más. Hemos de emplear algunos sencillos aparatos que registrarán automáticamente su presión sanguínea, las pulsaciones, la conductividad de la piel y las ondas cerebrales mientras habla. La maquinaria le parecerá formidable, pero es totalmente indolora... Ni siquiera la notará.

Los otros dos técnicos se atareaban ya con relucientes y pulidos aparatos, de ruedas engrasadas.

—¿Desean comprobar si estoy mintiendo o no? —preguntó Norman.

—De ningún modo, señor Muller. No se trata en absoluto de detección de mentiras, sino de una simple medida de la intensidad emotiva. Por ejemplo, si la máquina le pregunta su opinión sobre la escuela de su pequeña, quizá conteste usted: «A mi entender, está atestada». Mas ésas son sólo palabras. Por la manera en que reaccionen su cerebro, corazón, hormonas y glándulas sudoríparas, Multivac juzgará con exactitud con qué intensidad se interesa usted pon la cuestión. Descubrirá sus sentimientos, los traducirá mejor que usted mismo.

—Jamás oí cosa igual —manifestó Norman.

—Estoy seguro de que no. La mayoría de los detalles de Multivac son secretos celosamente guardados. Cuando se marche, se le pedirá que firme un documento jurando que jamás revelará la naturaleza de las preguntas que se le formularon, como tampoco sus respuestas, ni lo que se hizo o cómo se hizo. Cuanto menos se conozca a Multivac, menos oportunidades habrá de presiones exteriores sobre los hombres que trabajan a su servicio o se sirven de él para su trabajo. —Sonrió melancólico—. Nuestra vida resulta bastante dura...

—Lo comprendo.

—Y ahora, ¿desearía comer o beber algo?

—No, gracias. Nada por el momento.

—¿Alguna otra pregunta que formular?

Norman meneó la cabeza en gesto negativo.

—En ese caso, usted nos dirá cuando se halle dispuesto.

—Ya lo estoy.

—¿Seguro?

—Por completo.

Paulson asintió. Alzó una mano en dirección a sus ayudantes, quienes se adelantaron con su aterrador instrumental. Muller sintió que su respiración se aceleraba mientras les veía aproximarse.

La prueba duró casi tres horas, con una breve interrupción para tomar café y una embarazosa sesión con un orinal. Durante todo ese tiempo, Norman Muller permaneció encajonado entre la maquinaria. Al final, tenía los huesos molidos.

Pensó sardónicamente que le sería muy fácil mantener su promesa de no revelar nada de lo que había acontecido. Las preguntas ya se habían reducido a una especie de vagarosa bruma en su mente.

Había pensado que Multivac hablaría con voz sepulcral y sobrehumana, resonante y llena de ecos. Ahora concluyó que aquella idea se la había sugerido la excesiva espectacularidad de la televisión. La verdad le decepcionó en extremo. Las preguntas aparecían perforadas sobre una cinta metálica, que una segunda máquina convertía en palabras. Paulson leía a Norman estas palabras, en las que se contenía la pregunta, y luego dejaba que las leyese por sí mismo.

Las respuestas de Norman se inscribían en una máquina registradora, repitiéndolas para que las confirmara. Se anotaban entonces las enmiendas y observaciones suplementarias, todo lo cual se transmitía a Multivac.

La única pregunta que Norman recordaba de momento era una incongruente bagatela:

—¿Qué opina usted del precio de los huevos?

Ahora todo había terminado. Los operadores retiraron suavemente los electrodos conectados a diversas partes de su cuerpo, desligaron la banda pulsadora de su brazo y apartaron la maquinaria a un lado.

Norman se puso en pie, respiró profundamente, se estremeció y dijo:

—¿Ya está todo? ¿Se acabó?

—No, no del todo —respondió Paulson, sonriendo animoso—. Hemos de pedirle que se quede durante otra hora.

—¿Y por qué? —preguntó Norman con cierta acritud.

—Es el tiempo preciso para que Multivac incluya sus nuevos datos entre los trillones de que ya dispone. Sepa usted que existen miles de alternativas, algo sumamente complejo... Puede suceder que se produzca algún raro debate aquí o allá, que algún interventor en Phoenix, Arizona, o bien alguna asamblea en Wilkesboro, Carolina del Norte, formulen alguna duda. En tal caso, Multivac precisará hacerle una o dos preguntas decisivas.

—No —se negó Norman—. No quiero pasar de nuevo por eso.

—Probablemente no sucederá —trató de tranquilizarle Paulson—. Raras veces ocurre... De todos modos, habrá de quedarse pon si acaso. —Cierto tonillo acerado, un tenue matiz, asomó a su voz—. No tiene opción, ya lo sabe. Debe quedarse.

Norman se sentó con aire fatigado, encogiéndose de hombros.

—No podemos dejarle leer el periódico —añadió Paulson—, pero si quiere una novela policíaca, o jugar al ajedrez..., cualquier cosa en fin que esté en nuestra mano proporcionarle para que se entretenga, dígalo sin reparos.

—No deseo nada, gracias. Esperaré.

Paulson y sus ayudantes se retiraron a una pequeña habitación, contigua a la estancia en que Norman había sido interrogado. Y éste se dejó caer en un butacón tapizado de plástico, cerrando los ojos.

Tendría que aguardar a que transcurriese aquella hora lo mejor posible.

Bien retrepado en su asiento, poco a poco fue cediendo su tensión. Su respiración se hizo menos entrecortada y, al entrelazar las manos, no advirtió ya ningún temblor en sus dedos.

Tal vez no hubiese ya más preguntas. Tal vez hubiese acabado de modo definitivo.

Y si todo había terminado, ahora vendrían los desfiles de antorchas y las invitaciones para hablar en toda clase de solemnidades. ¡El Votante del Año!

Él, Norman Muller, un vulgar empleado de un almacén de Bloomington, Indiana, un hombre que no había nacido grande ni había realizado jamás acto alguno de grandeza, se hallaría en la extraordinaria situación de impulsar a otro a la grandeza.

Los historiadores hablarían con serenidad de la Elección Muller del año 2008. Ése sería su nombre, la Elección Muller.

La publicidad, el puesto mejor, el chorro de dinero que tanto interesaba a Sarah, ocupaban sólo un rincón de su mente. Todo ello sería bienvenido, desde luego. No lo rechazaba. Pero, por el momento, era otra cosa lo que comenzaba a preocuparle.

Se agitaba en él un latente patriotismo. Al fin y al cabo, representaba a todo el electorado. Era el punto focal de todos ellos. En su propia persona, y durante aquel día, se encarnaba todo Estados Unidos...

Se abrió la puerta, despertando su atención y despabilándole por completo. Durante unos instantes, sintió que se le encogía el estómago.

¡Que no le hicieran más preguntas!

Pero Paulson sonreía.

—Hemos terminado, señor Muller.

—¿No más preguntas, señor?

—No hay ninguna necesidad. Todo ha quedado completamente claro. Será usted escoltado hasta su casa y volverá a ser un ciudadano particular..., en la medida en que el público lo permita.

—Gracias, muchas gracias. —Norman se sonrojó—. Me preguntaba... ¿Quién ha sido elegido?

Paulson meneó la cabeza.

—Tendrá que esperar al anuncio oficial. El reglamento se muestra muy severo al respecto. No podemos decírselo ni siquiera a usted. Supongo que lo comprende...

—Desde luego.

Norman parecía embarazado.

—El servicio secreto tendrá dispuestos los papeles necesarios para que los firme usted.

—Sí.

De pronto, Norman se sintió orgulloso, lleno de energía. Ufano y arrogante. En este mundo imperfecto, el pueblo soberano de la primera y mayor Democracia Electrónica habla ejercido una vez más, a través de Norman Muller (a través de él), su libre derecho al sufragio universal.

TRETA TRIDIMENSIONAL

—Vamos, vamos —dijo Shapur con bastante cortesía, considerando que se trataba de un demonio—. Está usted desperdiciando mi tiempo. Y el suyo propio también, podría añadir, puesto que sólo le queda media hora.

Y su rabo se enroscó.

—¿No es desmaterialización? —preguntó caviloso Isidore Wellby.

—Ya le he dicho que no.

Por centésima vez, Wellby miró el bronce que le rodeaba por todas partes sin solución de continuidad. El demonio se había permitido el impío placer (¿de qué otra clase iba a ser?) de señalar que el piso, el techo y las cuatro paredes carecían de rasgos diferenciales, y estaban formados todos ellos por planchas de bronce de sesenta centímetros soldadas sin unión.

Era la última estancia cerrada, y Wellby disponía sólo de otra media hora para salir de ella. El demonio le contemplaba con expresión de concentrada anticipación.

Isidore Wellby había firmado diez años antes, que se cumplían aquel día.

—Pagamos de antemano —insistió Shapur en tono persuasivo—. Diez años de todo cuanto desee, dentro de lo razonable. Al final, pasará a ser un demonio. Uno de los nuestros, con un nuevo nombre de demoníaca potencia y todos los privilegios que eso incluye. Apenas se dará cuenta de que está condenado. De todos modos, aunque no firme, tal vez acabe igual en el fuego, por el simple curso de los acontecimientos. Nunca se sabe... Fíjese en mí. No lo hago tan mal. Firmé, disfruté de mis diez años, y aquí estoy. No lo hago tan mal.

—En ese caso, si puedo terminar por condenarme, ¿por qué se muestra tan ansioso de que firme? —preguntó Wellby.

—No resulta fácil reclutar directivos para el infierno —respondió el demonio con un franco encogimiento de hombros, que intensificó el débil olor a bióxido sulfúrico que se advertía en el aire—. Todo el mundo especula para llegar al cielo. Una pobre especulación, pero así es. Yo creo que usted es demasiado sensible para eso. Pero entretanto nos encontramos con más almas condenadas de las que somos capaces de atender y una creciente penuria en el plano administrativo.

Wellby, que acababa de ser licenciado del ejército con muy poco entre las manos, a excepción de una cojera y la carta de despedida de una muchacha a la que en cierto modo amaba aún, se pinchó el dedo y suspiró.

Lógicamente, leyó primero el pequeño impreso. Tras la firma con su sangre, se depositaría en su cuenta cierta cantidad de poder demoníaco. No sabía en detalle cómo se manejaban aquellos poderes, ni siquiera la naturaleza de los mismos. Sin embargo, vería colmados sus deseos de tal modo que parecerían el producto de mecanismos perfectamente normales.

Desde luego, no se cumpliría ningún deseo que interfiriese con los designios superiores y con los propósitos de la historia humana. Wellby enarcó las cejas ante esta cláusula.

Shapur carraspeó.

—Una precaución que nos ha sido impuesta por... ¡ejem!... *arriba*. Sea razonable. La limitación no le supondrá obstáculo alguno.

—Parece también una cláusula trampa.

—Algo de eso, sí. Después de todo, hemos de comprobar sus aptitudes para el puesto. Como ve, se establece que, al finalizar sus diez años, habrá de ejecutar una tarea para nosotros, una labor que sus poderes demoníacos le harán perfectamente posible realizar. No le diremos aún la naturaleza de esa tarea, pero dispondrá de diez años para estudiar sus poderes. Considere toda la cuestión como un examen de ingreso.

—Y si no paso la prueba, ¿qué?

—En tal caso —respondió el demonio—, será usted una vulgar alma condenada. —Y como al fin y al cabo era demonio, sus ojos fulguraron humeantes ante la idea, y sus ganchudos dedos se retorcieron como si los sintiera ya profundamente clavados en las partes vitales de su interlocutor. No obstante, añadió con suavidad—: ¡Oh, vamos! La prueba será sencilla. Preferimos tenerle como directivo que como un alma más en nuestras manos.

A Wellby, sumido en melancólicos pensamientos sobre su inasequible amada, le importaba muy poco por el momento lo que sucedería al cabo de diez años. Firmó.

Los diez años pasaron rápidamente. Como el demonio había predicho, Isidore Wellby se mostró razonable y las cosas marcharon bien. Aceptó un trabajo y, como aparecía siempre en el momento adecuado y en el lugar oportuno y siempre decía la palabra apropiada al hombre apropiado, alcanzó pronto un puesto de gran autoridad.

Las inversiones que hacía resultaban invariablemente beneficiosas. Y lo

más gratificante era que su chica volvió a él con el arrepentimiento más sincero y la más satisfactoria adoración.

Su casamiento fue feliz y bendecido con cuatro criaturas, dos varones y dos hembras, todos ellos inteligentes y con un comportamiento razonable. Al final de los diez años, se hallaba en la cúspide de su autoridad, reputación y riqueza, en tanto que su mujer, al madurar, se había vuelto todavía más bella.

Y a los diez años (en el día justo, naturalmente) de establecer el pacto, se despertó para encontrarse, no en su dormitorio, sino en una horrible cámara de bronce de la más espantosa solidez, sin más compañía que la de un ávido demonio.

—Todo lo que tiene que hacer es salir de aquí y se convertirá en uno de los nuestros —le explicó Shapur—. Lo conseguirá con facilidad empleando con lógica sus poderes demoníacos, siempre que sepa cómo manejarlos. A estas alturas, debería saberlo.

—Mi mujer y mis pequeños se inquietarán mucho por mi desaparición —dijo Wellby, con un comienzo de arrepentimiento.

—Hallarán su cadáver —manifestó el demonio en tono de consuelo—. Habrá muerto al parecer de un ataque al corazón. Celebrarán unos funerales magníficos. El sacerdote anunciará su subida al cielo, y nosotros no le desilusionaremos, como tampoco a quienes le estén escuchando. Vamos, Wellby, dispone usted de tiempo hasta el mediodía.

Wellby, que se había acorazado en su inconsciente durante los diez años para este momento, se sintió menos asaltado por el pánico de lo que podía haberlo estado. Miró inquisitivo a su alrededor.

—¿Está herméticamente cerrada esta habitación? ¿No hay aberturas secretas?

—Ninguna en paredes, piso o techo —dijo el demonio con deleite profesional ante su obra—. Ni tampoco en las intersecciones de cualquiera de las superficies. ¿Va a renunciar?

—No, no. Deme tan sólo tiempo.

Wellby meditó intensamente. No había señal alguna de cierre en la estancia. Sin embargo, se notaba como una corriente de aire. Tal vez penetrase por desmaterialización a través de las paredes. Acaso también el demonio había entrado así. Cabía en lo posible que él, Wellby, pudiera desmaterializarse para salir. Lo preguntó.

El demonio le respondió con una risita entre sus dientes afilados.

—La desmaterialización no forma parte de sus poderes. Ni tampoco la empleé yo para entrar.

—¿Está seguro?

—La cámara es de mi propia creación —manifestó petulante el demonio—. La construí especialmente para usted.

—¿Y penetró desde el exterior?

—Así fue.

—¿Y yo también podría hacerlo con los poderes demoníacos que poseo?

—En efecto. Mire, seamos precisos. No puede moverse a través de la materia, pero sí en cualquier dimensión, por un simple esfuerzo de su voluntad. Arriba y abajo, a derecha e izquierda, oblicuamente, etcétera, mas no atravesar la materia en modo alguno.

Wellby siguió cavilando, mientras Shapur le señalaba la suma e inconmovible solidez de las paredes de bronce, del piso y del techo, y su inquebrantable acabado.

A Wellby le pareció obvio que Shapur, por mucho que creyera en la necesidad de reclutar directivos, estaba pura y simplemente conteniendo su demoníaco placer ante la posibilidad de ver en sus garras una vulgar alma condenada, para jugar con ella al gato y al ratón.

—Cuando menos —dijo Wellby, con afligido intento de aferrarse a la filosofía—, me quedará el consuelo de pensar en los diez felices años de que disfruté. Seguro que eso significará un alivio y un consuelo hasta para un alma condenada en el infierno.

—En absoluto —denegó el demonio—. ¿Qué clase de infierno sería si se permitiesen consolaciones? Todo cuanto uno obtiene en la Tierra por pacto con el diablo, como en su caso (o el mío), es punto por punto lo mismo que se habría logrado sin tal pacto, de haber trabajado con laboriosidad y plena confianza en... *arriba*. Eso es lo que transforma tales convenios en algo tan auténticamente demoníaco.

Y el demonio rió con una especie de regocijado aullido.

Wellby exclamó lleno de indignación:

—¿Quiere decir que mi mujer hubiese vuelto a mí aunque no hubiese firmado el contrato?

—Cabe en lo posible —respondió Shapur—. Todo cuanto sucede es por voluntad de... *arriba*. Ni siquiera nosotros podemos cambiar eso.

El pesar de aquel momento debió de agudizar los sentidos de Wellby, pues fue entonces cuando se desvaneció, dejando la habitación vacía, excepto por la presencia de un sorprendido demonio. Y la sorpresa de éste se tomó furia cuando reparó en el contrato con Wellby que había estado sosteniendo en su mano hasta aquel momento para la acción final, en un sentido o en otro.

Diez años (día por día, claro) después de que Isidore Wellby hubiera firmado su pacto con Shapur, el demonio penetró en su despacho y le dijo con el mayor enojo:

—¡Mire aquí...!

Wellby alzó la vista de su trabajo, asombrado.

—¿Quién es usted?

—Sabe demasiado bien quién soy.

Y miró al hombre con ojos duros y penetrantes.

—En absoluto —respondió Wellby.

—Creo que dice la verdad, pero le refrescaré la memoria.

Y así lo hizo en el acto, detallando los acontecimientos de los últimos diez años.

—¡Ah, sí! —dijo Wellby—. Puedo explicarlo, desde luego, ¿pero está seguro de que no seremos interrumpidos?

—No, no lo seremos —respondió ceñudo el demonio.

—Bueno, pues me hallaba en aquella cámara cerrada de bronce y...

—No me interesa eso. Lo que quiero es saber...

—¡Por favor! Déjeme que lo cuente a mi modo.

El demonio contrajo las mandíbulas y exhaló tal cantidad de bióxido sulfúrico que Wellby tosió y adoptó una expresión de sufrimiento.

—Si quisiera apartarse un poco... —rogó—. Gracias... Así, pues, me hallaba en aquella cámara cerrada de bronce y recuerdo que usted me exponía la ausencia de toda solución de continuidad en las cuatro pareces, el piso y el techo. Y se me ocurrió preguntarme por qué especificaba eso. ¿Qué más había, aparte de las paredes, el piso y el techo? Definía usted un espacio tridimensional, completamente circunscrito. Y eso era, en efecto. Tridimensional. La habitación no estaba incluida en la cuarta dimensión. No existía de forma indefinida en el pasado. Dijo que la había creado para mí. Pensé entonces que, si uno se trasladaba al pasado, llegaría a un punto en el tiempo, en el que no existía la cámara y, por lo tanto, se hallaría fuera de la misma. Más aún, usted había dicho que podía moverme en cualquier dimensión, y el tiempo se considera sin la menor duda una dimensión. En todo caso, tan pronto como decidí moverme hacia el pasado, me retrotraje a tremenda velocidad, y de repente el bronce desapareció.

Shapur clamó acongojado.

—Ya me lo imagino. No podría haber escapado de otra manera. Es ese contrato suyo lo que me preocupa. No se ha convertido en una vulgar alma condenada. De acuerdo, eso forma parte del juego. Pero al menos debe ser

uno de los nuestros, un ejecutivo. Para eso se le pagó. Si no lo entrego abajo, me veré en un enorme lío.

Wellby se encogió de hombros.

—Lo siento por usted, desde luego, pero no puedo ayudarle. Debió de haber creado la cámara de bronce inmediatamente después de que yo estampara mi firma en el documento. Como no fue así, al salir de ella me encontré justo en el momento en que establecíamos nuestro convenio. Allí estaba usted de nuevo y allí estaba yo. Usted empujando el contrato hacia mí, y una pluma con la que me había de pinchar el dedo. Sin duda, al retroceder en el tiempo, el futuro se borró de mi recuerdo, pero no del todo al parecer. Al tenderme usted el contrato, me sentí inquieto. No recordé el futuro, pero me sentí inquieto. Por lo tanto, no firmé. Le devolví el contrato en blanco.

Shapur rechinó los dientes.

—Debí darme cuenta. Si las reglas de la probabilidad afectasen a los demonios, debiera de haberme desplazado con usted a este nuevo mundo supuesto. Tal como han sucedido las cosas, todo cuanto me queda por decir es que ha perdido los diez años felices que le abonamos. Es un consuelo. Y ya le atraparemos al final. Otro consuelo.

—¿Ah, sí? —replicó Wellby—. ¿De modo que hay consolaciones en el infierno? A través de los diez años que he vivido realmente, ignoré lo que acaso hubiera obtenido. Pero ahora que me trae usted a la memoria el recuerdo de «los diez años que pudieron haber sido», recuerdo también que en la cámara de bronce me dijo que los convenios demoníacos no daban nada que no se obtuviera mediante la laboriosidad y la confianza en... *arriba*. He sido laborioso y he confiado.

Los ojos de Wellby se posaron sobre la fotografía de su bella esposa y los cuatro hermosos hijos. Luego, paseó la vista por el lujoso despacho, decorado con el mejor gusto.

—Puedo muy bien escapar por completo al infierno. También el decidir esto se halla fuera de su poder —añadió.

Y el demonio, lanzando un horrible chillido, se desvaneció para siempre.

COSAS DE NIÑOS

Pasada la primera punzada de náusea, Jan Prentiss dijo:

—¡Maldita sea...! ¡No eres más que un insecto!

Se trataba de la confirmación de un hecho, no de un insulto. La cosa que se posaba sobre el escritorio de Prentiss respondió:

—Desde luego.

Tenía unos treinta centímetros de longitud. Muy delgado, parecía la diminuta caricatura de un ser humano. Sus articulados brazos y piernas nacían a pares en la parte superior de su cuerpo, las segundas más largas y gruesas que los primeros, extendiéndose a lo largo del cuerpo y plegándose hacia delante en la rodilla.

La criatura se apoyaba sobre estas rodillas, y el extremo de su velloso abdomen asomaba sobre el escritorio de Prentiss.

Este tuvo tiempo sobrado para reparar en todos los detalles, pues el objeto no ponía objeción alguna al examen. Al contrario, se mostraba complacido, como si estuviera acostumbrado a despertar admiración.

—¿Quién eres? —preguntó Prentiss, dudando de su propia racionalidad.

Cinco minutos antes, sentado ante su máquina, trabajaba pausadamente en el cuento que había prometido al editor Horace W. Browne para el número mensual de la Farfetched Fantasy Fiction. Se sentía muy bien, en perfecta forma.

Y de pronto, había vibrado una ráfaga de aire justo a la derecha de la máquina de escribir, remolineando y condensándose luego en el pequeño horror que columpiaba sus negros y relucientes pies al borde de la mesa escritorio.

Prentiss se preguntó distraído cómo iba a contarlo más tarde. Era la primera vez que su profesión afectaba tan crudamente a sus sueños. Tenía que ser un sueño, se dijo.

—Soy un avaloncio —habló el pequeño ser—. En otras palabras, soy de Avalon.

Su diminuto rostro acababa en una boca de tipo mandibular. Los ojos tenían irisaciones de múltiples tonalidades, y sobre cada ojo emergían dos ondeantes antenas de unos siete centímetros y medio de largo. No presentaba muestra alguna de nariz.

Pues claro que no, pensó Prentiss aturdido. Sin duda respira a través de

orificios situados en el abdomen. En consecuencia, tal vez hablase con el abdomen. O quizá emplease la telepatía.

—¿Avalon? —repitió estúpidamente, y pensó: «¿Avalon? ¿El país de las hadas en tiempos del rey Arturo?»

—Eso es —dijo la criatura, respondiendo con afabilidad a su pensamiento—. Soy un elfo.

—¡Oh, no!

Prentiss se llevó las manos a la cara, las volvió a apartar y comprobó que el elfo seguía en el mismo sitio, aporreando con los pies el cajón superior del escritorio. Prentiss no era aficionado a la bebida, ni tampoco persona nerviosa. De hecho, sus vecinos le consideraban un tipo muy prosaico. Poseía un vientre respetable, una cantidad de pelo razonable pero no excesiva sobre su cabeza, una esposa cariñosa y un espabilado hijo de diez años. Desde luego, sus vecinos ignoraban que pagaba la hipoteca de su casa escribiendo fantasías de diversos tipos.

Sin embargo, hasta ahora su vicio secreto no le había afectado la mente. Claro que su mujer solía menear la cabeza al referirse a su afición. Opinaba que con eso desperdiciaba y hasta prostituía su talento.

—¿Quién va a leer ese tipo de cosas? —le decía—. Todas esas zarandajas sobre demonios, gnomos, anillos mágicos, duendes, trasgos... ¡Todas esas chiquilladas, si quieres mi sincera opinión...!

—Estás en un completo error —replicaba Prentiss con engallada tiesura—. Las modernas fantasías son muy sofisticadas, elaborados tratamientos de motivos populares. Tras la fachada de la voluble y locuaz irrealidad, subyacen con frecuencia tajantes comentarios sobre el mundo de hoy. La fantasía al estilo moderno constituye esencialmente un alimento para adultos.

Blanche se encogía de hombros. Tales comentarios no suponían nada nuevo para ella.

—Además —añadía él—, gracias a esas fantasías pagamos la hipoteca, no lo olvides.

—Tal vez —replicaba ella—. Pero sería mejor que te dedicaras a las novelas de misterio. Así, al menos, venderías hasta cuatro ediciones e incluso nos permitiríamos confesar a los vecinos lo que haces para vivir.

Prentiss gimió para sus adentros. Si Blanche entrase en aquel momento y le encontrase hablando solo (resultaba demasiado real para un sueño; por fuerza, se trataba de una alucinación)..., se vería obligado a escribir novelas de misterio de por vida.., o a dejar su trabajo.

—Te equivocas por completo —habló el elfo—. No se trata ni de un

sueño ni de una alucinación.

—¿Por qué no te marchas entonces?

—Eso me propongo. Este lugar no corresponde a mi ideal de vida. Y tú vendrás conmigo.

—¿Quién, yo? Ni hablar. ¿Quién diablos crees que eres para decirme lo que he de hacer?

—Si piensas que ésa es una manera respetuosa de hablar a un representante de una cultura más antigua, habría mucho que decir respecto a tu educación.

—Tú no representas a una cultura más antigua...

Le hubiera gustado añadir: «No eres más que un producto de mi imaginación». Pero había sido escritor durante demasiado tiempo como para decidirse a utilizar semejante tópico.

—Nosotros, los insectos —adujo glacialmente el elfo—, existíamos medio billón de años antes de que se inventase el primer mamífero. Vimos aparecer a los dinosaurios y los vimos desaparecer. En cuanto a vosotros, los seres humanos... no sois más que unos recién llegados.

Por primera vez, se fijó Prentiss en que en el lugar de donde emergían los miembros del elfo, se advertía un tercer par atrofiado, lo cual intensificaba la «insecticidad» del objeto. La indignación de Prentiss aumentó.

—No necesitas desperdiciar tu compañía con inferiores sociales —dijo.

—No lo haría —replicó el elfo—, pero la necesidad obliga a veces, ya sabes. Se trata de una historia bastante complicada. Sin embargo, cuando la hayas oído, desearás cooperar.

Prentiss se agitó inquieto.

—Mira, no dispongo de mucho tiempo. Blanche..., mi mujer, aparecerá por aquí de un momento a otro. Y se asustará.

—No vendrá. He bloqueado su mente.

—¿Qué?

—Algo completamente inofensivo, te lo aseguro. Pero después de todo, no podíamos permitir que nos molestasen, ¿verdad?

Prentiss volvió a sentarse en su silla, sintiéndose aturdido y desamparado.

El elfo prosiguió:

—Los elfos comenzamos nuestra asociación con vosotros, los seres humanos, inmediatamente después de que se iniciase la última era glacial. Como puedes imaginarte, aquélla fue una época desdichada para nosotros. No disponíamos de caparazones como algunos animales, ni podíamos vivir

en madrigueras como hicieron vuestros toscos antecesores. Mantenernos calientes precisaba de increíbles cantidades de energía psíquica.

—¿Increíbles cantidades de qué?

—De energía psíquica. Tú no conoces nada de todo eso. Tu mente es demasiado burda para captar el concepto. Por favor, no interrumpas... La necesidad nos condujo a experimentar con los cerebros de tus congéneres. Imperfectos, pero de gran tamaño. Las células eran ineficaces, casi inútiles, pero había gran número de ellas. Usamos esos cerebros como aparatos de concentración, una especie de lente psíquica, incrementando así la energía disponible que nuestras propias mentes destilaban. Sobrevivimos a dicha era glacial gracias a nuestro ingenio, sin necesidad de retirarnos a los trópicos como en eras glaciales precedentes. Desde luego, nos echamos a perder. Al volver el calor, no abandonamos a los seres humanos. Seguimos utilizándolos para aumentar, en general nuestro nivel de vida. Viajábamos más rápidamente, comíamos mejor, hacíamos más cosas. Perdimos para siempre nuestro antiguo, simple y virtuoso sistema de vida. Y luego, estaba también la leche.

—¿La leche? —exclamó Prentiss—. No veo la relación.

—Un líquido divino. Sólo la probé una vez en mi vida. Pero nuestra poesía clásica habla de ella en tonos superlativos. En los viejos días, los hombres nos abastecían de ella en gran cantidad. Por qué los mamíferos de todas clases eran bendecidos con ella y no los insectos constituye un completo misterio... ¡Qué gran desgracia que los seres humanos nos abandonaran!

—¡Ah! ¿Os abandonaron?

—Hace doscientos años.

—Bien por nosotros.

—No seas mezquino —le reconvino el elfo con severidad—. Fue una asociación útil para ambas partes, hasta que vosotros aprendisteis a manejar las energías físicas en cantidad. Precisamente el tipo de gran hazaña de que vuestras mentes son capaces.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Es difícil de explicar. Era estupendo para nosotros iluminar nuestras fiestas nocturnas con luciérnagas cuya luz sosteníamos gracias a la energía psíquica de dos «hombres de vapor». Pero entonces vosotros, las criaturas humanas, instalasteis la luz eléctrica. Nuestra recepción a través de las antenas que poseemos alcanza a kilómetros de distancia, y vosotros inventasteis el telégrafo, el teléfono y la radio. Nuestros gnomos extraían el mineral con mucha mayor eficacia que los seres humanos, hasta que

vosotros descubristeis la dinamita. ¿Me sigues?

—No.

—Seguramente no esperarás que unas criaturas sensitivas y superiores como los elfos, se resignasen a que un grupo de peludos mamíferos les sobrepasase. No hubiera sido tan malo de haber logrado imitar el desarrollo electrónico, pero nuestras energías psíquicas se mostraron insuficientes al respecto. Bueno, acabamos por apartarnos de la realidad. Nos marchitamos, languidecimos y decaímos. Llámalo si quieres complejo de inferioridad, pero desde hace dos siglos fuimos abandonando lentamente al género humano y nos retiramos a centros como Avalon.

Prentiss pensaba a toda velocidad.

—Pongamos las cosas en claro. ¿Podéis manejar nuestras mentes?

—Desde luego.

—¿Puedes hacerme creer que eres invisible? Hipnóticamente, quiero decir...

—Una burda expresión... pero sí.

—Y hace un momento cuando apareciste, alzaste una especie de bloqueo mental, ¿no es eso?

—Responderé a tus pensamientos, más que a tus palabras: no estás durmiendo, no estás loco y no soy ninguna entidad sobrenatural.

—Sólo trataba de asegurarme. Conjeturo pues que puedes leer en mi mente.

—En efecto. Una labor más bien sucia y muy poco agradable, pero lo hago cuando debo hacerlo. Tu nombre es Prentiss y te dedicas a escribir relatos fantásticos. Tienes una larva que, en este momento, se encuentra en el lugar donde las instruyen. Sé mucho sobre ti.

—¿Y dónde se encuentra exactamente Avalon?

—Nunca lo hallarías. —El elfo castañeteó sus mandíbulas dos o tres veces—. Y no especules sobre la posibilidad de prevenir a las autoridades. Te meterían en un manicomio. Sin embargo, por si crees que el conocimiento puede servirte de algo, Avalon se encuentra en medio del Atlántico y resulta totalmente invisible. Desde que inventasteis el barco de vapor, los seres humanos os movéis de modo tan irracional, que nos hemos visto obligados a guarecer toda la isla bajo un escudo psíquico. Desde luego, tienen que producirse incidentes. En cierta ocasión, una nave inmensa y bárbara chocó contra nosotros. Se precisé de toda la energía psíquica de la población entera para dar a la isla la apariencia de un iceberg. «Titanic» creo que era el nombre pintado en la nave. Y en nuestros días, los aviones nos sobrevuelan sin parar y, a veces, algunos de ellos se estrellan en nuestro

suelo. En cierta ocasión, recogimos un cargamento de botes de leche. Fue entonces cuando la probé.

—Bien, pero... ¡Maldita sea! ¿Por qué no sigues entonces en Avalon? ¿Por qué lo abandonaste?

—Me lo ordenaron —respondió con enojo el elfo—. ¡Los muy imbéciles!

—¿Cómo dices?

—Ya sabes lo que sucede cuando uno es algo diferente. No soy como el resto de ellos, y los pobres imbéciles, apegados a la tradición, lo tomaron a mal. Pura envidia. Ésa es la verdadera explicación. ¡Envidia!

—¿Y en qué sentido eres diferente?

—Dame esa bombilla. Basta con que la desenrosques. No necesitas una lámpara para leer durante el día.

Prentiss obedeció. Con un estremecimiento de repulsión, depositó el objeto en las pequeñas manos. Cuidadosamente, los dedos del elfo, tan tenues y alargados que parecían zarcillos, abarcaron la base de latón.

El filamento de la bombilla enrojeció poco a poco.

—¡Santo Dios! —exclamó Prentiss.

—Ese es mi gran talento —manifestó con orgullo el elfo—. Ya te he dicho que los elfos nunca habían logrado adaptar la energía psíquica a la electrónica. Yo sí lo he conseguido. Porque no soy un elfo vulgar, sino un mutante. ¡Un superelfo! Correspondo al estadio siguiente de nuestra evolución. Mira, esta luz se debe exclusivamente a la actividad de mi propia mente. Observa lo que ocurre cuando empleo la tuya como foco.

Y al decirlo, el filamento de la bombilla se tornó incandescente hasta resultar penoso para la vista, mientras que una sensación vaga, cosquilleante pero no desagradable, penetraba en el cráneo de Prentiss.

La bombilla se apagó, y el elfo la dejó sobre el escritorio, detrás de la máquina de escribir.

—No lo he intentado todavía —manifestó ufano—, pero creo que puedo también fisionar el uranio.

—Sí, pero..., mantener una bombilla encendida requiere energía. ¿Cómo vas a mantenerla...?

—Ya te he hablado de la energía psíquica. ¡Gran Oberon! Trata de comprenderlo, humano.

Prentiss se sentía cada vez más inquieto. Preguntó con cautela:

—¿Y en qué pretendes emplear ese don que posees?

—Volveré a Avalon, desde luego. Debería dejar a aquellos imbéciles que corrieran a su ruina, pero un elfo ha de tener cierto patriotismo, aun siendo un coleóptero.

—¿Un qué?

—Nosotros, los elfos, no formamos en absoluto una especie... Yo desciendo del escarabajo, ¿sabes?

Se puso en pie sobre el escritorio y volvió la espalda a Prentiss. Lo que había parecido una simple cutícula negra y reluciente se abrió y se alzó de pronto, emergiendo dos alas membranosas y veteadas.

—¡Ah! ¿Puedes volar?

—Se precisa ser un verdadero sandio para no darse cuenta de que peso demasiado para volar —dijo desdeñoso el elfo—. Pero son atractivas, ¿verdad? ¿No te gusta su iridiscencia? Comparadas con ellas, las alas de los lepidópteros resultan desagradables. Chillonas y poco delicadas. Más aún, siempre las tienen al descubierto.

—¿Los lepidópteros? —exclamó Prentiss, sumido ya en una total perplejidad.

—Sí, del clan de las mariposas. Unos petulantes. Pavoneándose a la vista de los humanos para que los admiren. Espíritus mezquinos, en cierto modo. Por eso vuestras leyendas prestan siempre a las hadas alas, de mariposa, en vez de escarabajo, pese a ser éstas mucho más bellas y diáfanas. Daremos a los lepidópteros lo que se merecen, cuando volvamos, tú y yo.

—Oye...

—Piensa en nuestras orgías nocturnas sobre el césped mágico... Un fulgor de destellante luz, brotando de ensortijamientos de tubos de neón —atajó el elfo, moviéndose pendularmente en lo que parecía el éxtasis propio de su especie—. Despediremos a los enjambres de avispas que uncimos a nuestros carros volantes e instalaremos en su lugar motores de combustión interna. Dejaremos de acurrucarnos en hojas cuando llega la hora de dormir y construiremos fábricas para producir colchones decentes. Te lo aseguro, viviremos... Y los demás tendrán que comer basura por haberme expulsado.

—¡Pero yo no puedo acompañarte! —baló Prentiss—. Tengo mis responsabilidades... Me debo a mi mujer y a mi hijo. No pretenderás arrancar a un hombre de sus... de sus larvas, ¿no?

—No soy cruel —respondió el elfo, posando su mirada sobre Prentiss—. Tengo un alma sensible, como corresponde a mi condición. Sin embargo, ¿qué alternativa me queda? He de disponer de un cerebro humano para el enfoque, de lo contrario no lograría nada. Y no todos los cerebros humanos son idóneos.

—¿Por qué no?

—¡Gran Oberon, criatura! Un cerebro humano no es algo pasivo, de

madera o de piedra. Tiene que cooperar. Y únicamente cooperará si se da cuenta cabal de nuestra facultad de duendes para manipularlo. Por ejemplo, tu cerebro me vale, pero el de tu mujer me resultaría inservible. Me llevaría años hacerle comprender quién y qué soy.

—¡Eso es un maldito insulto! —protestó Prentiss—. ¿Pretendes decirme que creo en hadas y duendes? Pues quiero que sepas que soy un racionalista integral.

—¿Ah, sí? Cuando me revelé a ti, pensaste ligeramente en sueños y alucinaciones, pero me hablaste, me aceptaste. Tu mujer habría chillado y caído en un ataque de histeria.

Prentiss quedó silencioso. No se le ocurría respuesta alguna.

—Ahí está el problema —dijo desalentado el elfo——. Prácticamente todos los humanos os habéis olvidado de nosotros desde que os abandonamos. Vuestras mentes se han cerrado, convirtiéndose en inútiles. Desde luego, vuestras larvas creen en las leyendas sobre el «pueblo diminuto», pero sus cerebros están aún subdesarrollados y sólo son aptos para procesos sencillos. Cuando maduran, pierden la creencia. Francamente, no sé qué haría si no fuese por vosotros, los escritores de relatos fantásticos.

—¿A qué te refieres con eso de escritores de relatos fantásticos?

—Sois los pocos adultos que siguen creyendo en el pueblo de los insectos. Y tú, Prentiss, el que más de todos. Te has dedicado a escribir relatos fantásticos por espacio de veinte años.

—Estás loco. No creo en las cosas que escribo.

—Sí que crees. No puedes remediarlo. Quiero decir que, mientras escribes, te tomas muy en serio el tema que tratas. Y con el tiempo, tu mente ha aprendido de manera natural la utilidad... ¡Bah! ¿A qué discutir? Ya te he utilizado. Viste iluminarse la bombilla. Así pues, debes venir conmigo.

—Pero es que no quiero. —Prentiss se apartó obstinado—. ¿Vas a imponerte a mi voluntad?

—Podría hacerlo. Sin embargo, corro el peligro de hacerte daño, cosa que no deseo. Por ejemplo, en caso de que no accedas a venir, haría pasar una corriente eléctrica de alto voltaje a través de tu mujer. Me repugnaría muchísimo verme obligado a ello, pero según tengo entendido tus propios congéneres ejecutan así a los enemigos públicos, de manera que sin duda hallarías el castigo menos horrible que yo. No desearía parecer brutal ni siquiera a los ojos de un humano.

Prentiss sintió que el sudor perlaba el corto pelo de sus sienes.

—Espera —dijo—, no hagas nada de eso. Examinemos la cuestión.

El elfo extendió sus membranosas alitas, las agitó y volvió a plegarias.

—Hablar, hablar, hablar... ¡Qué agotador! Seguramente tendrás leche en casa. No eres un anfitrión muy atento. De lo contrario, me habrías ofrecido algo para refrescarme.

Prentiss traté de enterrar el pensamiento que acababa de ocurrírsele, de apartarlo en lo posible de la superficie de su mente. Dijo, como al azar:

—Tengo algo mejor que leche. Iré a buscarlo.

—Quédate donde estás. Llama a tu mujer. Ella lo traerá.

—Pero no quiero que te vea... Se asustaría.

—No te preocupes por eso —repuso el duende—. La manejaré de tal modo que no se turbará lo más mínimo.

Prentiss levantó el brazo.

—Un ataque por tu parte resultaría siempre más lento que la corriente eléctrica con que heriría a tu mujer.

El brazo de Prentiss descendió. Se encaminé a la puerta de su despacho, llamando desde ella:

—¡Blanche!

La vio abajo, en la salita de estar, sentada en el sofá próximo a la librería. Parecía dormir con los ojos abiertos. Prentiss se volvió hacia el duende:

—Creo que le pasa algo...

—Está sólo en estado de relajación. Te oirá. Dile lo que ha de hacer.

—¡Blanche! —volvió a llamar Prentiss—. Trae la jarra del ponche y un vaso pequeño, ¿quieres?

Sin otra señal de vida, a excepción del simple movimiento, Blanche se puso en pie y desapareció de su vista.

—¿Qué es ponche? —preguntó el elfo.

Prentiss simuló entusiasmo.

—Una mezcla de leche, azúcar y huevos, batida hasta que toma una deliciosa consistencia. La leche no es más que una pócima comparada con esto.

Blanche entró con el ponche. Su lindo rostro aparecía inexpresivo. Sus ojos se volvieron hacia el elfo, pero no se iluminaron con el brillo de la comprensión.

—Aquí lo tienes, Jan —dijo.

Y se sentó en la vieja butaca de cuero situada junto a la ventana, con las manos desmadejadas sobre el regazo. Prentiss la contempló inquieto por un instante.

—¿Vas a dejarla aquí? —preguntó al elfo.

—Sí, así será más fácil de controlar... Bien, ¿no vas a ofrecerme ese ponche?

—¡Ah, sí, desde luego! Aquí lo tienes.

Vertió el blanco y espeso liquido en el vaso de cóctel. Dos noches antes, había preparado cinco botellas para los chicos de la New York Fantasy Association, y lo había regado generosamente con alcohol, sabiendo que así era como les gustaba.

Las antenas del elfo se agitaron con violencia.

—¡Un aroma celestial! —musitó.

Enlazó con los extremos de sus delgados brazos el pie de la pequeña copa y la alzó hasta su boca. El nivel del liquido descendió. Una vez llegado a la mitad, bajó el vaso, suspirando.

—¡Oh, lo que se ha perdido mi pueblo! ¡Qué creación! ¿Cómo puede existir algo semejante? Nuestros historiadores cuentan que, en tiempos muy antiguos, un duende excepcionalmente feliz se las apañé para ocupar el puesto de una larva humana recién nacida, disfrutando así del liquido fresco. Sin embargo, no creo que ni siquiera él probara nada semejante a esto...

Prentiss preguntó con un asomo de interés profesional:

—Así que ésa es la idea que subyace bajo todas esas historias de sustitución de niños, ¿eh?

—Exactamente. La hembra humana posee un gran don. ¿Por qué no aprovecharlo?

El duende volvió la vista al escote de Blanche y suspiré de nuevo. Prentiss le instó (no con demasiada avidez, sino con cierta condescendencia):

—Puedes beber cuanto quieras.

También él contempló a Blanche, en espera de que diese alguna muestra de animación, síntoma de que el control del elfo empezaba a disminuir.

—¿Cuándo regresa tu larva del lugar de instrucción? La necesito —dijo éste.

—Pronto, pronto —respondió nervioso Prentiss.

Consultó su reloj de pulsera. En realidad, su hijo Jan estaría de vuelta en unos quince minutos, pidiendo a gritos un trozo de tarta y un vaso de leche.

—Llénala —apremió el elfo—. ¡Anda, llénala!

Y saboreó complacido la nueva copa.

—En cuanto llegue la larva, te marcharás.

—¿Adónde?

—A la biblioteca. Tráete algunas obras sobre electrónica. Necesito detalles sobre cómo construir televisores, teléfonos y todo eso. He de recoger datos y normas para el tendido, instrucciones para la construcción de tubos de vacío... ¡Detalles, Prentiss, detalles! Nos espera una tarea tremenda. Perforación petrolífera, refinado, motores, agricultura científica... Entre tú y yo erigiremos una nueva Avalon. Una Avalon técnica. Un país de hadas científico. Crearemos un nuevo mundo.

—¡Grandioso! —aplaudió Prentiss—. Pero no descuides tu be.......

—Ya ves. La idea va prendiendo en ti —exclamó el elfo—. Y obtendrás tu recompensa. Tendrás una docena de mujeres para ti solo.

Prentiss miró automáticamente a Blanche. Ninguna señal de haber oído, mas, ¿quién podría asegurarlo?

—Me basta con la que tengo...

—Vamos, vamos —manifestó el elfo en tono de censura—, sé sincero. Vosotros, los varones humanos, sois bien conocidos de nuestro pueblo como criaturas lascivas y bestiales. Durante generaciones, nuestras madres han atemorizado a sus criaturas amenazándolas con la venida del ser humano... ¡Ah, la juventud! —exclamó, alzando la copa en el aire y brindando—: ¡Por mi propia juventud!

Y la vació de un trago.

—¿Por qué no la llenas otra vez? —sugirió al punto Prentiss—. Anda, vuélvela a llenar.

Así lo hizo el elfo.

—Quiero tener muchos hijos. Elegiré las mejores hembras coleópteros y multiplicaré mi linaje. La mutación proseguirá. En estos momentos soy el único, pero cuando seamos una docena, o cincuenta, los cruzaré y desarrollaré..., desarrollaré la raza del superelfo. Una raza de electro... ¡Hip...! De electrónicas maravillas e infinito futuro... Si pudiese beber un poco más... ¡Néctar! ¡El néctar primigenio!

Se oyó el súbito ruido de una puerta abierta de par en par y una voz juvenil que llamaba:

—¡Mami! ¡Eh, mami!

El elfo, con sus brillantes ojos algo turbios, continuó:

—Y después, comenzaremos a ocuparnos de los seres humanos. Primero, un poco de fe. El resto ya se lo..., hip..., enseñaremos. Será como en los viejos tiempos, pero mejorado. Un elfismo más eficaz, una unión más estrecha...

La voz del pequeño Jan se oyó más próxima, teñida de impaciencia:

—¡Eh, mami! ¿Es que no estás en casa?

Prentiss sintió que se le dilataban los ojos a causa de la tensión. Blanche seguía sentada rígidamente. La voz del elfo se tornaba pastosa, su equilibrio un poco inestable. Prentiss pensó que aún estaba a tiempo, si se atrevía a correr el riesgo.

—¡Vuelve a sentarte! —ordenó perentorio el elfo—. No vayas a cometer una estupidez... Desde el primer momento en que estableciste tu ridículo plan, sabía que había alcohol en el ponche. Los seres humanos os pasáis de listos. Los duendes tenemos muchos proverbios sobre vosotros. Por fortuna, el alcohol nos produce muy poco efecto. Si al menos lo hubieras preparado a base de aguardiente, con una pizca de miel... ¡Vaya, aquí está la larva! ¿Cómo estás, pequeña cría de hombre?

Había detenido la copa a medio camino de sus mandíbulas al aparecer Jan hijo en el dintel de la puerta. El chico tenía diez años. Llevaba la cara moderadamente sucia, y el pelo inmoderadamente enredado. Sus ojos grises reflejaron una expresión de extrema sorpresa, y sus libros escolares oscilaron al final de la correa que los ataba y cuyo extremo sostenía en la mano.

—¡Papá! —exclamó—. ¿Qué le pasa a mamá? Y... ¿Y qué es eso?

El elfo ordenó a Prentiss:

—Anda, corre a la biblioteca. No perdamos más tiempo. Ya sabes los libros que necesito.

Todo rastro de incipiente embriaguez se había volatilizado de la criatura. La moral de Prentiss se derrumbó. Aquel ser había estado jugando con él.

Se levantó para cumplir la orden, mientras el elfo seguía diciendo:

—Y no me salgas con nada humano. Nada de trucos. Recuerda que tengo como rehén a tu mujer. Puedo utilizar la mente de la larva para matarla. Basta con ella. Sin embargo, no deseo hacerlo. Soy miembro de la Sociedad Ética Duendística, que propugna un trato considerado para los mamíferos hembras, por lo que puedes confiar en mis nobles principios, siempre que cumplas mis instrucciones.

Prentiss sintió que le inundaba un vehemente impulso de marcharse. Dando traspiés, se encaminó a la puerta.

—¡Papá, esto habla! —gritó el pequeño Jan—. Dice que va a matar a mamá. ¡Eh, no te vayas!

Prentiss se hallaba ya fuera de la habitación, cuando oyó al duende decir:

—No me mires con esa fijeza, larva. No haré daño a tu madre si haces

exactamente lo que te digo. Soy un elfo, un duende. Ya sabes lo que es eso.

Y había llegado a la puerta delantera cuando oyó la voz atiplada de su hijo gritar salvajemente, al par que Blanche lanzaba chillido tras chillido, en estremecido tono de soprano.

El fuerte aunque invisible resorte que le arrastraba fuera de la casa saltó y se desvaneció. Cayó de espaldas, se enderezó y se precipité escaleras arriba...

Blanche, visiblemente animada de palpitante vida, se hallaba en un rincón, rodeando con sus brazos a un lloroso Jan.

Sobre el escritorio, habla un aplastado caparazón negro, cubriendo una pulpa pringosa, de la que manaba un liquido incoloro.

El chiquillo sollozaba histéricamente:

—¡Le pegué! ¡Le di con los libros! ¡Le estaba haciendo daño a mamá!

Pasó una hora. Prentiss sintió que el mundo de la normalidad iba filtrándose de nuevo por los intersticios que había dejado la criatura de Avalon. El elfo quedó reducido a cenizas en el incinerador que había detrás de la casa. El único resto de su existencia se reducía a una húmeda mancha al pie de la mesa del despacho.

Blanche seguía con una palidez enfermiza. Marido y mujer hablaron cuchicheando:

—¿Cómo está el chico?

—Viendo la televisión.

—¿Se encuentra bien?

—Él está estupendamente, pero yo voy a tener pesadillas durante semanas.

—Lo sé. Ocurrirá así a menos que descartemos lo pasado de nuestras mentes. No creo que volvamos a ver otra de esas... cosas por aquí.

—No puedo explicarte lo espantoso que fue —dijo Blanche—. Oí cada palabra que decía, incluso cuando me encontraba abajo, en la sala de estar.

—Se trataba de telepatía, ¿sabes?

—Me resultaba imposible moverme. Luego, cuando te marchaste, logré hacerlo ligeramente. Intenté gritar, pero todo cuanto conseguí fue gemir y sollozar. De repente, Jan lo aplastó, y entonces me sentí libre. No comprendo cómo sucedió.

Prentiss sintió una triste satisfacción.

—Creo que yo si lo sé. Me tenía bajo su control debido a que acepté la verdad de su existencia. Y te tenía a raya a ti a través de mí. Cuando abandoné la habitación, la creciente distancia hizo más difícil el empleo de

mi mente como una lente psíquica. Pudiste comenzar a moverte. Cuando llegué a la puerta de la calle, el elfo pensó que ya era hora de pasar la conexión de mi mente a la del chiquillo. Ese fue su error.

—¿En qué sentido?

—Se imaginó que todos los niños creen en hadas y duendes. Estaba equivocado. Los chicos norteamericanos de hoy no creen en eso. Jamás oyeron hablar de ellos. Creen en Tom Corbett, en Hopalong Cassidy, en Dick Tracy, en Howdy Doody, en Superman y en otra docena de cosas, pero no en los cuentos de hadas. El duende no se dio cuenta de los súbitos cambios culturales logrados por los libros y revistas de historietas y por la televisión. Cuando intentó captar la mente de Jan, no lo consiguió. Antes de que recobrara su equilibrio psíquico, el chico le atacó de modo fulminante, presa de pánico al pensar que iba a hacerte daño. Siempre lo dije, Blanche. Los antiguos motivos populares de leyenda sobreviven sólo en las obras modernas de literatura fantástica, y ésta es sólo pasto para los adultos. ¿Comprendes ahora mi punto de vista?

—Sí, querido —respondió Blanche con humildad.

Prentiss se metió las manos en los bolsillos y rió quedamente entre dientes.

—Mira, Blanche, la próxima vez que vea a Walt Rae, le diré que he decidido escribir sobre eso. Me parece que ya es hora de que los vecinos sepan...

Jan hijo, sosteniendo en la mano una enorme rebanada de pan con mantequilla, entró en el despacho de su padre en busca del oscurecido recuerdo. Papá le dio unas palmaditas en la espalda y mamá le sirvió más pan con mantequilla. Estaba comenzando a olvidarlo todo. Sobre la mesa del despacho había un ser estrafalario capaz de hablar que...

Mas todo había sucedido con tanta rapidez que los detalles se entremezclaban en su cerebro.

Se encogió de hombros y, a la última luz del sol del atardecer, lanzó una ojeada a la cuartilla a medio escribir metida en la máquina de su padre y luego al pequeño montón de papel sobre la mesa.

Leyó un rato, frunció los labios y murmuró:

—¡Caray! Otra vez esas bobadas de hadas y duendes. ¡Siempre cosas de críos!

Y abandonó la habitación.

EL LUGAR ACUOSO

Jamás tendremos viajes espaciales. Y lo que es más, ningún extraterrestre aterrizará nunca en la Tierra... Al menos ninguno más.

No me estoy mostrando simplemente pesimista. A decir verdad, el viaje espacial es posible, y los extraterrestres han aterrizado. Lo sé. Las astronaves cruzan el espacio entre un millón de mundos, pero nunca llegaremos a ellos. Eso también lo sé. Y todo a causa de un ridículo error.

Me explicaré.

Fue en efecto un error de Bart Cameron, por lo demás muy comprensible. Bart Cameron es el sherif de Twin Gulch, Idaho, y yo, su delegado. Bart Cameron, hombre de por sí impaciente, se impacienta todavía más cuando ha de efectuar su declaración de renta. Cosa natural, ya que, además de su cargo de sherif, posee un almacén -que él mismo regentea-, tiene intereses en un rancho de ovejas, hace algún trabajo de experimentación, disfruta de una pensión por ser un veterano inválido (una rodilla estropeada) y otras cosas por el estilo, lo cual lógicamente complica su declaración de renta.

No le iría tan mal si permitiera que algún recaudador de impuestos le llenara los impresos, pero insiste en hacerlo personalmente, lo cual le convierte en un hombre amargado. Hacia el 14 de abril, está inabordable.

Así, no pudo ocurrir nada peor que él hecho de que el platillo volante aterrizara justo el 14 de abril de 1956.

Yo lo vi aterrizar. Mi silla estaba apoyada contra la pared, en el despacho del sherif, y me hallaba mirando a las estrellas a través de las ventanas, sintiéndome demasiado perezoso para volver a mi tienda y preguntándome si debía presentar mi dimisión y largarme o quedarme escuchando las maldiciones y juramentos de Cameron, mientras repasaba sus columnas de cifras por ciento-vigésimo-séptima vez.

Al principio semejaba una estrella fugaz. Luego, la estrella de luz se ensanchó en dos chorros parecidos a escapes de cohete, y por último el objeto descendió con suavidad y sin detenerse, sin un sonido. Una hoja seca habría producido un murmullo más fuerte al caer y chocar contra el suelo. Dos hombres salieron del aparato.

Fui incapaz de decir ni hacer nada; ni tragar saliva ni apuntar con el dedo, ni siquiera desorbitar los ojos. Me quedé sentado e inmóvil.

¿Y Cameron? Ni siquiera alzó la vista.

Hubo un golpe en la puerta, que no estaba cerrada y acabó de abrirse, entrando los dos hombres del platillo volante. Yo habría pensado que se trataba de unos ciudadanos cualquiera, de no haber visto el artefacto aterrizar en la maleza. Llevaban trajes de un tono gris que recordaba el carbón vegetal, con blancas camisas y guantes marrones. Calzaban zapatos negros y lucían sombreros flexibles del mismo color. Eran de tez oscura, pelo negro y ondulado y ojos castaños. Sus caras y miradas mostraban una expresión de gran seriedad, y medían alrededor del metro cincuenta. Tenían un gran parecido.

¡Dios, qué espantado me sentía!

Cameron, en cambio, alzó la vista al abrirse la puerta y frunció el entrecejo. Creo que, de ordinario, habría reído hasta saltársele el botón del cuello de la camisa al ver indumentarias como aquéllas en Twin Gulch, pero se hallaba tan absorto en la redacción de sus impresos que ni siquiera esbozó una sonrisa.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó, dando unas palmadas sobre los impresos de la declaración, en evidente señal de que no disponía de mucho tiempo.

Uno de los dos individuos se adelantó.

—Hemos mantenido a su gente bajo observación durante mucho tiempo.

Pronunciaba cada palabra cuidadosamente y como por separado.

—¿A mi gente? Toda mi familia se reduce a mi mujer. ¿En qué lío se ha metido?

El tipo prosiguió:

—Escogimos esta localidad para nuestro primer contacto debido a su aislamiento y su tranquilidad. Sabemos que es usted el jefe aquí.

—Soy el sherif, si se refiere a eso. Vamos, escúpalo. ¿Qué les sucede?

—Hemos puesto gran cuidado en adoptar su forma de vestir, incluso su aspecto.

—¿Esa es mi forma de vestir?

Sin duda, se había fijado en los atavíos de aquellos seres por primera vez.

—La forma de vestir de su clase social dominante. También hemos aprendido su idioma.

Por la expresión de Cameron, se vio que se encendía una luz en su cerebro:

—¡Ah! ¿Son ustedes extranjeros?

A Cameron le importaban un comino los extranjeros, no habiendo conocido a muchos de ellos a no ser en el ejército, pero por regla general procuraba mostrarse amable con ellos.

—¿Extranjeros? —repitió el hombre del platillo—. Pues sí, realmente lo somos. Venimos del lugar acuático que vuestro pueblo llama Venus.

Yo estaba reuniendo fuerzas para pestañear, pero no me condujo a nada. Había visto el platillo volante. Lo había visto aterrizar. ¡Tenía que creer en sus palabras! Aquellos hombres... o más bien aquellos seres... provenían de Venus.

Pero Cameron nunca pestañeaba.

—Está bien —dijo—. Se encuentran en Estados Unidos. Todos tenemos los mismos derechos, sin que importen la raza, el credo, el color o la nacionalidad. Estoy a su servicio. ¿En qué puedo serles útil?

—Deseamos que tome disposiciones inmediatas para que los hombres importantes de sus Estados Unidos, como los llaman ustedes, vengan aquí para entablar las discusiones conducentes a la adhesión de su pueblo a nuestra organización.

Cameron empezó a ponerse rojo.

—¿Que nuestro pueblo se adhiera a su organización? Formamos parte de la ONU, y Dios sabe de cuántas más. ¿Y se imaginan que voy a traer al presidente aquí, eh? ¿Ahora mismo? ¿A Twin Gulch? ¿Mediante un mensaje urgente?

Me miraba como si buscara una sonrisa en mi cara, pero me hubiera caído al suelo de retirarme la silla en que estaba sentado.

—La rapidez es muy de desear manifestó el hombre del platillo.

—¿Y desea que acudan también los componentes del Congreso? ¿Y los senadores?

—Si cree que servirán de alguna ayuda...

Cameron estalló. Golpeando con el puño los impresos de su declaración de renta, aulló:

—¡Pues ustedes no me sirven de ninguna y no dispongo de tiempo para atender a todos los chiflados que se presenten por aquí, en especial si son extranjeros! ¡Váyanse al diablo! Y pronto. Si no desaparecen inmediatamente, les meteré en chirona por perturbar la paz. ¡Y no les dejaré salir en su vida!

—¿De modo que quiere que nos marchemos? —preguntó el hombre de Venus que llevaba la voz cantante.

—¡Y en seguidita! ¡Váyanse a paseo por donde han venido y no vuelvan nunca más! No quiero verles otra vez por aquí. Ni a ustedes ni a nadie por el

estilo.

Los dos hombres se miraron. En sus caras hubo una serie de ligeras contracciones. Después, el mismo que había llevado todo el tiempo la voz cantante afirmó:

—Puedo ver en su mente que realmente desea con gran intensidad que se le deje solo. No entra en nuestras costumbres forzar a participar en nuestra organización a quien no lo desea. Respetamos su aislamiento y nos vamos. No volveremos. Dispondremos un círculo de prevención en tomo a su pueblo. Nadie entrará en él, y tampoco su gente podrá traspasarlo.

—¡Oiga usted! —barbotó Cameron—. Ya estoy harto de tantas tonterías, así que voy a contar hasta tres...

Los dos venusianos giraron sobre sus talones y se marcharon, y yo supe que todo cuanto habían dicho era cierto. Les estuve escuchando, cosa que Cameron no hacía, debido a que sólo pensaba en su declaración de renta. Para mí fue como si oyese sus, mentes... ¿Comprenden lo que quiero decir? Sabía que crearían una especie de valla en tomo a la Tierra que nos mantendría como en un corral, impidiéndonos abandonarla y que otros entrasen en ella. Lo sabía.

Cuando ambos individuos desaparecieron, recuperé el habla... Demasiado tarde.

—¡Cameron! —chillé—. ¡Por el amor de Dios, venían del espacio! ¿Por qué los ha despedido?

—¿Del espacio? —repitió, mirándome con fijeza.

—¡Mire! —aullé.

No sé cómo lo conseguí, pesando como pesa trece kilos más que yo, pero le cogí del cuello de la camisa y casi lo arrastré hasta la ventana.

Estaba demasiado sorprendido para resistirse. Cuando recuperó lo bastante el sentido como para dar aparentes muestras de que iba a asestarme un puñetazo, reparó en lo que acontecía en el exterior, a través de la ventana, y se quedó sin respiración.

Los dos individuos entraban en aquel momento en el platillo volante, grande, redondo, reluciente y poderoso. Se alzó un poco, ligero como una pluma. Surgió un fulgor rojo anaranjado en uno de sus lados, fulgor que se tomó cada vez más brillante, al tiempo que la nave se hacía más pequeña, hasta convertirse de nuevo en una estrella fugaz, que fue desvaneciéndose lentamente.

—¿Sherif, por qué los ha despedido? —insistí—. Tenían que ver al presidente. Ahora no volverán nunca más.

—Pensé que eran extranjeros —se disculpó Cameron—. Han dicho que

habían tenido que aprender nuestro idioma. Y hablaban de una manera muy chusca.

—Claro, claro... Extranjeros.

—Ellos lo confirmaron. Parecían italianos. Yo pensé en efecto que eran italianos.

—¿Cómo podían ser italianos? Han dicho que venían del planeta Venus. Les he oído muy bien. Eso es lo que han dicho.

—¡El planeta Venus...!

Los ojos de Cameron se abrieron desmesuradamente, redondeándose como los de un búho.

—Eso es. Lo denominaron lugar acuático, o algo semejante. Ya sabe que Venus tiene gran cantidad de agua.

Así que ya ven. Se debió sólo a un error, un estúpido error del tipo que cualquiera puede cometer. Pero a causa de él, la Tierra no conseguirá nunca efectuar viajes espaciales. Jamás aterrizaremos en la Luna, ni nos visitarán de nuevo los venusianos. Y todo por culpa de Cameron y su maldita declaración de renta.

Entretanto, él murmuraba:

—¿Venus? ¡Cuando hablaron del lugar acuático, pensé que se referían a Venecia!

ESPACIO VITAL

Clarence Rimbro no ponía más objeciones al hecho de vivir en la única casa de un planeta deshabitado de las que pondría cualquier otra persona entre el trillón de habitantes de la Tierra.

Si alguien le hubiese preguntado con respecto a sus posibles objeciones, habría mirado desconcertado a su interlocutor. Sin duda, su casa era mucho más espaciosa que ninguna de la Tierra, y mucho más moderna. Contaba con abastecimiento independiente de aire y de agua y guardaba gran cantidad de alimentos en sus frigoríficos. Se hallaba aislada del planeta sin vida al cual la fijaba un campo de fuerzas, pero las habitaciones se alzaban junto a una granja de dos hectáreas (bajo cristales, desde luego), la cual, gracias a la benéfica luz solar, daba flores para el placer y vegetales para la salud. Hasta criaba unos cuantos pollos. Procuraba a la señora Rimbro alguna labor para las tardes y significaba un lugar para que los dos pequeños Rimbro jugaran cuando se cansaban de estar encerrados.

Además, si se deseaba volver a la verdadera Tierra, si se insistía en ello, si se quería de verdad tener gente y aire alrededor, así como agua para nadar, sólo se precisaba cruzar la puerta delantera de la casa.

Entonces, ¿dónde estaba la dificultad?

Tampoco hay que olvidar que en el planeta sin vida sobre el que se hallaba emplazada la casa de Rimbro, el silencio era total, excepto en caso de viento o lluvia, con sus monótonos efectos. Y el aislamiento, completo, así como cabal la sensación de absoluta propiedad respecto a los tres millones de kilómetros cuadrados de la superficie planetaria.

Clarence Rimbro apreciaba todo aquello a su distante manera. Era contable, hábil en el manejo de modelos de ordenadores muy perfeccionados, preciso en sus modales e indumentaria, no muy dado a la sonrisa bajo su breve y bien recortado bigote y debidamente consciente de su propia valía. Cuando iba del trabajo a casa, pasaba por el lugar que hubiera ocupado su vivienda en la verdadera Tierra. Jamás dejaba de mirarlo con cierta presunción.

Bueno, por razones de negocios o trabajo, o por una especie de perversión mental, había quien vivía aún en la verdadera Tierra. Mala cosa. Después de todo, el suelo de la Tierra tenía que proporcionar los minerales y abastecer del básico alimento a su trillón de habitantes (en cincuenta años,

llegarían a dos trillones). En esas condiciones, el espacio suponía un premio. Las casas de la Tierra no podían ser mayores, y a las personas que vivían en ellas no les quedaba más remedio que someterse al hecho.

Incluso el proceso de regresar a la suya encerraba un suave placer. Penetraba en el disco comunitario que le estaba asignado (y que semejaba más bien, como todos ellos, un achaparrado obelisco) e invariablemente hallaba a otros que esperaban para utilizarlo. Y aún llegarían más, antes de que él alcanzara el extremo de la línea. Se trataba de una época sociable.

«¿Cómo es su planeta?» ¿Y cómo es el suyo?» La acostumbrada charla intrascendente. A veces, alguien tropezaba con problemas. Averías en la maquinaria o tormentas que alteraban desfavorablemente el terreno. Pero no a menudo.

Así pasaba el tiempo, y Rimbro llegaba a la cabeza de la línea. Metía su llave en la ranura, componía la debida combinación y entraba en una nueva pauta de probabilidad, la suya particular, la que se le había asignado cuando se casó y se convirtió en ciudadano productor, una pauta de probabilidad en la cual la vida no se desarrollaba nunca en la Tierra. Y girando hacia su particular Tierra sin vida, penetraría en su propio hogar.

Simplemente así.

Jamás se preocupaba de las demás probabilidades. ¿A santo de qué? No les concedía ni un solo pensamiento. Había un número infinito de posibles Tierras, cada una de las cuales existía en su propio nicho, en su propia pauta de probabilidad. Puesto que, en un planeta como la Tierra, había según los cálculos alrededor de un cincuenta por ciento de posibilidades de que se desarrollase la vida, la mitad de las posibles Tierras (infinitas, puesto que la mitad de infinito es igual a infinito) poseían vida, y la otra mitad (asimismo infinita) no la poseían. Y el vivir sobre unos trescientos billones de Tierras desocupadas suponía la existencia de trescientos billones de familias, cada una de ellas con su propia y magnífica casa, equipada con la energía suministrada por el sol de esa probabilidad, y cada una de ellas en paz y seguridad. El número de Tierras así ocupadas se incrementaba en millones a diario.

Cierto día, cuando Rimbro regresó al hogar, su esposa, Sandra, le dijo al entrar:

—He oído un ruido de lo más peculiar.

Se alzaron las cejas de Rimbro, en tanto miraba inquisitivo a su mujer. Aparte de cierto temblor en sus delgadas manos y cierto decaimiento reflejado en las comisuras de su apretada boca, parecía normal.

—¿Ruido? ¿Qué ruido? Yo no oigo nada.

Se detuvo, con el abrigo a medio camino del criado mecánico, que lo esperaba pacientemente.

—Ahora ha cesado —explicó Sandra—. Era como un golpeteo sordo o como un retumbar. Se oía un rato y luego se detenía, para volver de nuevo y cesar otra vez. Jamás había oído nada por el estilo.

Rimbro colgó el abrigo y dijo:

—Pero eso es completamente imposible...

—Te digo que lo oí.

—Examinaré la maquinaria —murmuró él—. Puede que algo funcione mal.

Sin embargo, sus ojos expertos no descubrieron nada en ella. Encogiéndose de hombros, se fue a cenar. Escuchó el zumbido de los criados mecánicos entregados a sus diversas tareas, se detuvo a contemplar al que secaba los platos y ordenaba la cubertería y comenté, frunciendo los labios:

—Acaso alguno de estos artilugios esté mal ajustado. Lo repasaré.

—No fue nada semejante a eso, Clarence.

Rimbro se acostó sin preocuparse más por la cuestión. Se despertó al sentir la mano de su mujer que le sacudía por el hombro. Tendió la suya hacia el conmutador que conectaba la iluminación de las paredes.

—¿Qué sucede? ¿Qué hora es?

Ella meneó la cabeza.

—¡Escucha! ¡Escucha!

«¡Santo Dios! —pensó Rimbro—. En efecto, hay un ruido.» Un rumor sordo o una especie de ronquido que se intensificaba y se desvanecía.

—¿Un temblor de tierra? —murmuró.

Desde luego, pensó, de vez en cuando se producía alguno en todos los planetas, aunque por regla general se evitaban las zonas expuestas a ellos.

—¿Hubiera durado todo el día? —preguntó malhumorada Sandra—. Me parece que se trata de algo distinto. —Y luego manifestó el secreto terror de toda ama de casa nerviosa—: Creo que hay alguien en el planeta con nosotros. Este mundo está habitado.

Rimbro hizo lo único que lógicamente cabía hacer. Al llegar la mañana, llevó a su esposa e hijos a casa de su suegra. Y en cuanto a él, se tomó también un día para ir a la Oficina de Alojamiento del sector.

Aquella cuestión le tenía muy fastidiado.

Bill Ching, de la Oficina de Alojamiento, era de baja estatura, jovial y orgulloso de su ascendencia en parte mongólica. Pensaba que las pautas de probabilidad habían solucionado hasta el último de los problemas. Alec

Mishnoff, de la misma oficina, creía en cambio que significaban un cepo en el que había sido atrapada la humanidad de modo irremediable. En su juventud se había especializado en arqueología, estudiando una serie de temas antiguos, de los que continuaba atiborrada su delicadamente equilibrada cabeza. Su rostro lograba parecer sensitivo a pesar de sus espesas cejas. Acariciaba una idea que hasta entonces no se había atrevido a compartir con nadie, aunque su preocupación por ella le había apartado de la arqueología y metido en la cuestión del alojamiento.

A Ching le gustaba decir: «¡Al diablo con Malthus!» Venía a ser su marca de fábrica.

—Sí, al diablo con Malthus —dijo una vez más—. Probablemente hemos llegado al límite de la superpoblación. Por muy deprisa que nos dupliquemos y redupliquemos, el Horno sapiens forma siempre un número finito. Y los mundos deshabitados son infinitos. Por lo demás, no hay razón para construir sólo una casa en cada planeta; podemos construir cien, mil, un millón. Contamos con mucho espacio y mucha energía para cada probabilidad solar.

—¿Más de una casa en cada planeta? —repitió Mishnoff en tono desabrido.

Ching sabía muy bien a qué se refería. Cuando se habían establecido las pautas de probabilidad, la propiedad exclusiva de un planeta constituyó un poderoso incentivo para los primeros colonizadores. Era una idea atrayente para el esnobismo y la tendencia al despotismo que existían en cada cual. «No hay hombre tan pobre -rezaba el eslogan publicitario- como para no poseer un imperio tan grande como Gengis Kan.» Anunciar una colonización múltiple supondría una afrenta para todo aquel que se estimara en algo.

Ching se encogió de hombros.

—Bueno, requeriría una preparación psicológica previa. Es lo único que se precisa para poner en marcha todo el asunto.

—¿Y la alimentación?

—Ya sabe que estamos instalando explotaciones hidropónicas y plantas de cultivo de levaduras en otras pautas de probabilidad. Y de necesitarlo, podríamos cultivar su suelo.

—Usando ropa especial e importando oxígeno.

—Nos cabe el recurso de reducir el dióxido de carbono mediante el oxígeno, hasta que las plantas prendan y actúen por sí mismas.

—Calcule un millón de años.

—Mishnoff, la pega con usted es que lee demasiados libros de historia antigua. Eso le inspira tendencias obstruccionistas.

Pero Ching tenía demasiada buena pasta para decir aquello en serio, y Mishnoff continuó con sus libros y sus preocupaciones. Anhelaba que llegase el día en que, tras reunir el valor necesario, acudiría al director de la sección para exponerle sin rodeos, como un escopetazo, lo que le causaba tanta desazón.

Ahora, se enfrentaban a un tal señor Clarence Rimbro, ligeramente sudoroso y muy enojado por el hecho de haber necesitado las horas más provechosas de dos días para llegar hasta esa oficina.

El punto álgido de su exposición consistía en lo siguiente:

—Digo que ese planeta está habitado. Por lo tanto me niego a quedarme en él.

Una vez que hubo escuchado su relato por completo, Ching recurrió al método suave de la diplomacia.

—Un ruido como ése se debe sin duda alguna a un fenómeno natural.

—¿Qué clase de fenómeno natural? —preguntó Rimbro—. Deseo una investigación. Si se trata de un fenómeno natural, quiero saber su origen. Afirmo que el lugar está habitado. Hay vida en él, puedo jurarlo. No pago mi renta por compartir el planeta. Y menos con dinosaurios, a juzgar por el jaleo que arman.

—Veamos, señor Rimbro, ¿cuánto tiempo lleva viviendo en su mundo?

—Quince años y medio.

—¿Y ha habido siempre una evidencia de vida?

—La hay ahora. Y como ciudadano con tarjeta de producción de categoría A-1, pido una investigación.

—Desde luego que investigaremos, señor. Sólo deseamos convencerle de que todo está en orden. ¿Se da cuenta del cuidado con que seleccionamos nuestras pautas de probabilidad?

—Soy experto en estadística. Se supone que he de estar bastante enterado de eso —respondió al punto Rimbro.

—Entonces sabrá a buen seguro que nuestros ordenadores no pueden fallar. Jamás eligen una probabilidad que haya sido elegida antes. Les resulta imposible. Y se hallan programados para escoger pautas de probabilidad en las que la Tierra tenga una atmósfera de dióxido de carbono y en las cuales, por lo tanto, no se ha desarrollado nunca la vida vegetal y menos aún la animal. Si las plantas hubieran evolucionado, el dióxido de carbono se habría reducido a oxígeno. ¿Lo comprende?

—Lo comprendo muy bien. No he venido aquí para escuchar conferencias. Deseo que procedan ustedes a una investigación, nada más. Es realmente humillante pensar que comparto mi mundo, mi propio mundo,

con alguien más. No estoy dispuesto a soportarlo.

—No, desde luego que no —mascullló Ching, evitando la sardónica ojeada de Mishnoff—. Nos presentaremos allí antes de la noche.

Y con todo el equipo necesario, se dirigieron al lugar de viraje.

—Quería preguntarle algo —le dijo Mishnoff a Ching—. ¿A qué viene esa rutina de «no hay que preocuparse, señor»? Siempre se preocupan. ¿Qué consigue con eso?

—He de intentarlo. No debieran preocuparse —respondió Ching con petulancia—. ¿Ha oído hablar alguna vez de un planeta con atmósfera de dióxido de carbono que estuviese habitado? Además, Rimbro pertenece al tipo de los que expanden rumores. Los huelo. Si se le anima un poco, terminará por decir que su sol se transformó en nova.

—Sucede a veces.

—¿Y qué? Desaparece una casa y muere una familia. Oiga, usted es un obstruccionista. En los antiguos tiempos, esos que tanto le gustan, había una inundación en China o en otra parte cualquiera y miles de personas perecían, pese a que la población no excedía de un despreciable billón o dos.

—¿Cómo sabe usted que el planeta de Rimbro no tiene vida? —murmuró Mishnoff.

—Atmósfera de dióxido de carbono.

—Pero suponga... —No, aquello no serviría. No podía decirlo. Terminó débilmente—: Suponga que se desarrolla una vida vegetal y animal capaz de subsistir a base de dióxido de carbono.

—Jamás ha sido observada.

—En un número infinito de mundos todo puede suceder. —Y añadió en un murmullo—: Todo debe suceder.

—Las probabilidades son de una entre un duodecillón —respondió Ching, encogiéndose de hombros.

Llegaron al punto de viraje y, utilizando el dispositivo de giro de su vehículo -para enviarlo al área de almacenamiento de Rimbro- penetraron en la pauta de probabilidad de éste. Ching tomó la delantera, siguiéndole Mishnoff.

—Magnífica casa —manifestó Ching con satisfacción—. Bonito modelo. Muy buen gusto.

—¿Oye algo? —preguntó Mishnoff.

—No.

Ching entró en el huerto.

—¡Vaya! —gritó—. ¡Gallinas rojas de Rhode Island!

Mishnoff le siguió, mirando el techo de cristal. El sol presentaba el

mismo aspecto que el de un trillón de otras Tierras. Dijo con aire ausente:

—Tal vez haya vida vegetal naciente. Tal vez la concentración de dióxido de carbono empiece a disminuir. El ordenador no lo advertiría.

—Y habrían de transcurrir millones de años antes de que la vida animal se organizara y algunos millones más antes de que emergiera del mar.

—¿Y por qué tendría que seguir ese proceso?

Ching pasó un brazo por los hombros de su compañero.

—Rumia usted demasiado —le reconvino—. Algún día me dirá lo que realmente le preocupa, en vez de sólo sugerirlo. Entonces lo solucionaremos.

Mishnoff se desprendió del brazo, frunciendo el entrecejo, incómodo. La tolerancia de Ching se le hacía siempre difícil de soportar.

—¡Déjese de psicoterapias...! —comenzó. Y se detuvo casi al punto, para cuchichear—: ¡Escuche!

Se oyó un ruido sordo y lejano. Y se volvió a oír.

Colocaron el sismógrafo en el centro de la habitación, activaron el campo energético que penetraba hacia abajo y lo fijaron rígidamente al lecho rocoso, quedándose en contemplación de la oscilante aguja.

—Ondas de superficie tan sólo —dijo Mishnoff—. Muy superficial. Nada subterráneo.

Ching se ensombreció un tanto.

—¿Qué es entonces? —preguntó.

—Será mejor que busquemos afuera. —El rostro de Mishnoff estaba gris de aprensión—. Hemos de colocar un sismógrafo en otro punto para determinar la posición del foco.

—Naturalmente —asintió Ching—. Yo saldré con el otro sismógrafo. Espéreme aquí.

—No —exclamó Mishnoff con gran energía—. Iré yo.

Se sentía aterrorizado, pero no tenía otra alternativa. Si era lo que temía, había que prepararse. Él estaba prevenido. Enviar fuera a un Ching que nada sospechaba sería desastroso. Y no podía avisar a Ching. Seguro que no le creería.

Pero, como Mishnoff no tenía madera de héroe, temblaba al revestir el traje autónomo. Manoseó nervioso el interruptor, intentando disolver localmente el campo de fuerza, a fin de dejar libre la salida de urgencia.

—¿Hay algún motivo para que desee ir usted? —preguntó Ching, contemplando las ineptas manipulaciones de su compañero—. Que conste que no me opongo.

—Todo va bien. Ya salgo —contestó Mishnoff con la garganta seca.

Atravesó la puerta que conducía a la desolada superficie de un mundo

sin vida. Un mundo presuntamente sin vida.

El panorama no le era desconocido. Lo habla visto docenas de veces. Roca pelada, erosionada por el viento y la lluvia, encostrada y cubierta de arena en los barrancos. Un arroyo batía ruidoso contra su lecho de piedra. Todo pardo y gris, sin muestra alguna de verdor. Ni el menor sonido de vida.

Sin embargo, el sol era el mismo y, al caer la noche, las constelaciones serían las mismas también.

El lugar de habitación se hallaba situado en la región que en la verdadera Tierra corresponde a El Labrador. De hecho, también se trataba aquí de El Labrador. Se había calculado que aproximadamente sólo en una entre un cuatrillón de Tierras se daban cambios importantes en el desarrollo geológico. Los continentes se reconocían muy bien, salvo por muy pequeños detalles.

A pesar de la situación y de la época del año -octubre-, la temperatura resultaba pegajosamente elevada, debido al efecto de almacenamiento del dióxido de carbono en la atmósfera de aquel mundo muerto.

Metido en su traje, y a través del visor transparente, Mishnoff lo contemplaba todo con ojos sombríos. Si el epicentro del ruido se encontraba próximo, bastaría ajustar el segundo sismógrafo a cosa de kilómetro y medio para la fijación. En caso contrario, tendría que traerse un patín aéreo. Bien, comenzaría por asumir la hipótesis de menor complicación.

Metódicamente, echó a andar por la ladera de un cerro rocoso, con la intención de instalarse en la cima. Al llegar a ella, jadeante y muy molesto por el calor, descubrió que no necesitaba ninguna instalación. El corazón le aporreaba con tal fuerza en el pecho que apenas alcanzaba a oír su propia voz al aullar en el micrófono instalado ante su boca:

—¡Eh, Ching, hay una construcción en marcha!

—¿Qué?

La exclamación del otro restalló en sus oídos. No cabía error alguno. El suelo estaba siendo nivelado. Había maquinaria en pleno funcionamiento, y la roca volaba a causa de los explosivos.

—Están efectuando voladuras. A eso se debe el ruido —vociferó Mishnoff.

—¡Pero eso es imposible! —gritó de nuevo Ching—. El ordenador no habría elegido por dos veces la misma pauta de probabilidad. No puede.

—Usted no comprende... —comenzó Mishnoff.

Pero Ching seguía su propio proceso mental.

—Vaya allí, Mishnoff. Yo salgo también.

—¡No, maldita sea! ¡Quédese donde está! —gritó Mishnoff alarmado—. Manténgase en contacto por radio conmigo. Y por el amor de Dios, permanezca dispuesto a salir volando hacia la Tierra tan pronto como le avise.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que pasa?

—Aún no lo sé. Deme una oportunidad para descubrirlo.

Ante su propia sorpresa, notó que sus dientes castañeteaban.

Mascullando jadeantes maldiciones contra el ordenador, las pautas de probabilidad y la necesidad insaciable de espacio vital por parte de Un trillón de seres humanos que se expandían como una bocanada de humo, Mishnoff dio unos pasos vacilantes hacia el otro lado del declive, haciendo rodar las piedras, que despertaron peculiares ecos.

Un hombre salió a su encuentro, vestido asimismo con un traje estanco, diferente en muchos detalles del de Mishnoff, pero destinado con toda evidencia al mismo propósito, llevar oxígeno hasta los pulmones.

Mishnoff jadeó sin aliento en su micrófono:

—¡Atención, Ching! Un hombre viene hacia mí. Mantenga el contacto.

Notó que los latidos de su corazón se incrementaban y el ritmo de sus pulmones se hacía más lento. Los dos hombres se miraban ahora mutuamente con fijeza. El otro era rubio, de facciones afiladas. Su sorpresa era demasiado patente para ser fingida.

El recién llegado dijo von voz dura:

—Wer sind Sie? Was machen Sie hier? (¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?)

Mishnoff se sintió apabullado. Había estudiado el alemán antiguo durante dos años, en la época en que esperaba dedicarse a la arqueología, y comprendió la pregunta, pese a que la pronunciación difería de la que le enseñaran.

Tartamudeó estúpidamente:

—Sprechen Sie Deutsch? (¿Habla usted alemán?)

Y acto seguido hubo de murmurar algo tranquilizador con destino a Ching, cuya agitada voz preguntaba qué significaba aquel galimatías.

El hombre que hablaba alemán no respondió a su pregunta, sino que repitió:

—Wer sind Sie? (¿Quién es usted?). —Y añadió con impaciencia—: Hier ist für einen verrückten Spass keine Zeit. (No tenemos tiempo para bromas estúpidas.)

Tampoco a Mishnoff le daba la impresión de enfrentarse a una broma

particularmente estúpida. Sin embargo, volvió a preguntar:

—Sprechen Sie Planetisch? (¿Habla usted planetario?)

No conocía la palabra alemana correspondiente a «lenguaje corriente planetario». Demasiado tarde pensó que debía haber dicho «inglés».

El otro hombre le miró con ojos desorbitados y barbotó:

—Sind Sie wahnsinnig? (¿Está usted loco?)

Mishnoff se sentía casi dispuesto a concederlo. En débil autodefensa, dijo:

—¡No estoy loco, maldita sea! Quiero decir... Auf der Erde woher Sie gekom... (De la Tierra de donde usted ha veni...)

Se detuvo al no recordar las palabras germanas adecuadas. Pero una idea le roía la mente. Tenía que hallar algún medio de comprobarla. Continuó desesperado:

—Welches Jahr ist es jetzt? (¿En qué año estamos?)

Seguro que el forastero, que dudaba ya de que estuviera en sus cabales, quedaría convencido de su demencia ante su pregunta.

Bueno, al menos Mishnoff conocía el alemán suficiente para formularla.

El otro murmuró algo que sonó como un claro juramento germano, pero acabó por contestar:

—Es ist doch zweitausenddreihundervierundsechzig, und warum... (Pues en el dos mil trescientos sesenta y cuatro. ¿Por qué...?)

Siguió un torrente de palabras en un alemán incomprensible por completo. En todo caso, aquello le bastaba por el momento. Si había traducido de manera correcta, el año era el 2364, que equivalía a unos dos mil en el pasado. ¿Cómo podía ser?

—Zweitausenddreihundervierundsechzig? (¿Dos mil trescientos sesenta y cuatro?) —murmuró.

—Ja, ja —corroboró el otro con manifiesto sarcasmo—. Zweitausenddreihundervierundsechzig. Der ganze Jahr lang ist es so gewesen. (Sí, sí. Dos mil trescientos sesenta y cuatro. Así ha sido durante todo el año.)

Mishnoff se encogió de hombros. La manifestación de que todo el año lo había sido suponía una floja agudeza incluso expresada en alemán, y no ganaba nada con la traducción. Se quedó pensativo.

Su interlocutor acentuando su tono irónico, prosiguió:

—Zweitausenddreihundervierundsechzig nach Hitler. Hilft das Ihnen vielleicht? Nach Hitler! (Dos mil trescientos sesenta y cuatro después de Hitler. ¿Le sirve eso de algo? ¡Después de Hitler!)

Mishnoff lanzó un aullido de alegría:

—¡Pues claro que me sirve! Es hilft! Horen Sie, bitte... (¡Sirve! Escuche, por favor...) —Y siguió con sus briznas de alemán—: Um Gottes Willen...! (¡Por el amor de Dios...!)

El 2364 después de Hitler significaba una gran diferencia.

Recurrió desesperado a todos sus conocimientos de alemán, intentando explicarse.

El otro frunció el entrecejo y permaneció caviloso. Alzó su mano enguantada como para darse un golpe en la mandíbula u otro gesto equivalente, la pasó por el visor transparente que cubría su cara, y la dejó posada allí, sin bajarla, mientras seguía meditando. De pronto, dijo:

—Ich heisse George Fallenby. (Me llamo George Fallenby.)

A Mishnoff le dio la impresión de que el nombre era de origen anglosajón, si bien el cambio en el sonido de las vocales, tal como las pronunciaba el otro le daba un aire teutónico.

—Guten Tag —respondió con torpeza—. Ich heisse Alec Mishnoff

Y súbitamente se dio cuenta del origen eslavo de su propio nombre.

—Kommen Sie mit mir, Herr Mishnoff. (Venga usted conmigo, señor Mishnoff.)

Mishnoff le siguió con sonrisa forzada, murmurando en su transmisor:

—Todo va bien, Ching. Todo va bien.

De regreso a la Tierra, Mishnoff se entrevistó con el director de la Oficina de Alojamiento del sector, quien había envejecido en el servicio. Cada uno de sus cabellos grises significaba un problema resuelto, y cada uno de sus cabellos perdidos, un problema soslayado. Era un hombre alto, con los ojos brillantes aún y la dentadura incólume. Se llamaba Berg.

—¿Y hablan alemán, dice? —Meneó la cabeza—. Pero el alemán que usted estudió fue el de hace dos mil años...

—Cierto —asintió Mishnoff—. Pero el inglés empleado por Hemingway tiene asimismo una antigüedad de dos mil años, y el planetario es idóneo para que cualquiera pueda leerlo.

—¡Humm! ¿Y quién es ese Hitler?

—Fue una especie de jefe de tribu en épocas antiguas. Condujo a la tribu germánica a una de las guerras del siglo XX, justamente hacia el comienzo de la era atómica, en que principió también la verdadera historia.

—¿Antes de la Devastación, quiere usted decir?

—Exacto. Hubo una serie de guerras entonces. Los anglosajones vencieron. Supongo que a eso se debe que en la Tierra se hable el planetario.

—¿Cree usted que, si Hitler y sus germanos hubiesen vencido, se hablaría el alemán?

—Vencieron en el mundo de Fallenby, señor, y en él se habla alemán.

—Y señalan sus fechas con la mención «después de Hitler», en lugar de «después de la Devastación», ¿no es eso?

—Así es. Supongo que existirá también algún mundo en el que vencieron las tribus eslavas y en el que se hablará el ruso.

—De todos modos —opinó Berg—, me parece que debimos haberlo previsto. Sin embargo nadie lo hizo, que yo sepa. Después de todo, existe un número infinito de mundos deshabitados y sin duda no somos los únicos que decidieron resolver el problema de la población siempre en aumento mediante la expansión en los mundos probables.

—Exacto —convino Mishnoff—. En mi opinión, debe de haber innumerables mundos habitados que lo están haciendo así. Seguramente se dan múltiples ocupaciones en los trescientos billones de mundos de que nosotros disponemos. Dimos con éste por pura casualidad, porque decidieron construir a kilómetro y medio de la vivienda que emplazamos en él. Habrá que comprobarlo.

—¿Sugiere que examinemos todos nuestros mundos...?

—Sí, señor. Hemos de establecer algún arreglo con los demás mundos habitados. Al fin y al cabo, hay lugar suficiente para todos, y la expansión sin previo convenio puede dar como resultado una serie de desazones y conflictos.

—Tiene razón —afirmó pensativo Berg—. Estoy de acuerdo con usted.

Clarence Rimbro miró con suspicacia el arrugado rostro de Berg, en el que se pintaba ahora una expresión de benevolencia.

—¿Está seguro?

—Por completo —manifestó el director—. Sentimos que se viera usted obligado a aceptar un alojamiento temporal durante las dos últimas semanas.

—Más bien tres.

—Tres semanas. Pero se le compensará.

—¿Y qué era aquel ruido?

—Puramente geológico. Una roca desprendida que se desequilibré y que a causa del viento establecía de vez en cuando contacto con las que había en la ladera del cerro. Ya la hemos desplazado y examinado la zona para asegurarnos de que nada semejante vuelva a ocurrir.

Rimbro recogió su sombrero.

—Bien, gracias por haberse tomado la molestia.

—No se merecen, se lo aseguro, señor Rimbro. Es nuestro trabajo.

Una vez que Rimbro se despidió, Berg se volvió a Mishnoff, quien había esperado en plan de espectador a que se solventara el asunto.

—Menos mal que los germanos se pusieron a tono —dijo Berg.

—Admitieron que teníamos prioridad y despejaron el terreno. Hay espacio para todos, dijeron. Naturalmente, resultó que habían construido cierto número de viviendas en cada mundo desocupado... Y ahora existe el proyecto de explorar otros mundos y establecer convenios similares con quienes encontremos en ellos. Esto es estrictamente confidencial, claro. No puede ponerse en conocimiento del público sin una preparación previa... Pero no era de esto de lo que quería hablarle...

—¿Ah, no?

El desarrollo de los acontecimientos no le había alegrado de manera visible. Seguía preocupándole su propio fantasma.

Berg le sonrió.

—Comprenderá usted, Mishnoff, que en este departamento, y también en el gobierno planetario, se ha apreciado la rapidez de pensamiento y su comprensión de la situación. De no haber sido por usted, la cuestión podría haber evolucionado de manera muy trágica. Y este aprecio tomará forma tangible.

—Gracias, señor.

—Sin embargo, como ya he dicho, se trata de algo en lo que muchos de nosotros debimos haber pensado antes. ¿Cómo se le ocurrió...? Hemos repasado un poco sus antecedentes. Su compañero Ching, nos dijo que ya en otras ocasiones había sugerido usted que algún grave peligro amenazaba nuestro sistema de pautas de probabilidad y que insistió en salir al encuentro de los germanos, a pesar de hallarse evidentemente atemorizado. Preveía con lo que se iba a encontrar, ¿no es eso? ¿Cómo lo descubrió?

—No, no —respondió confuso Mishnoff—. No era eso lo que había en mi mente. En absoluto. Me cogió de sorpresa. Yo...

Se irguió de pronto. ¿Por qué no ahora...? Le estaban agradecidos. Había demostrado ser un hombre con el que había que contar. Algo inesperado había sucedido ya..

—Se trata de algo muy distinto —dijo con firmeza.

—¿Ah, sí?

¿Cómo empezar?

—No hay vida alguna en el sistema solar, a excepción de la Tierra.

—Exacto —asintió Berg en tono benévolo.

—Y la probabilidad de que se desarrolle alguna forma de viaje interestelar es tan baja como para resultar infinitesimal.

—¿Adónde pretende llegar?

—¡A que todo eso es cierto en esta probabilidad! Pero ha de haber algunas pautas de probabilidad en que existan en el sistema solar otras formas de vida o en las cuales los moradores de otros sistemas hayan desarrollado los viajes interestelares.

Berg frunció el entrecejo.

—Teóricamente...

—Y en una de esas probabilidades, la Tierra podría ser visitada por tales inteligencias. Si se da el caso en una pauta de probabilidad en que la Tierra se halle habitada, no nos afectaría, pues no tendrían conexión con nuestra propia Tierra. Pero si establecen una especie de base en un mundo deshabitado, pueden elegir al azar uno de nuestros lugares de habitación.

—¿Y por qué uno de los nuestros y no de los germanos, por ejemplo? —preguntó con sequedad Berg.

—Porque nosotros sólo emplazamos una vivienda en cada mundo, y los alemanes no. Muy pocos lo harán. La ventaja a nuestro favor es de billones a uno. Y si los extraterrestres encuentran tal vivienda, investigarán y hallarán la ruta hasta la Tierra, a un mundo sumamente desarrollado y vivo.

—No, si desviamos el lugar de viraje.

—Una vez que conozcan la existencia de tales lugares, construirán el suyo propio —adujo Mishnoff—. Una raza lo bastante inteligente para viajar por el espacio será capaz de hacerlo. Y por el equipo y el mobiliario de la vivienda de que se apoderen, deducirán nuestra probabilidad... Y en tal caso, ¿cómo manejaríamos a los extraterrestres? No son germanos, ni otra clase de terrestres. Tendrían una sicología extraña a la nuestra y otras motivaciones. Y ni siquiera estamos en guardia. Seguimos asentándonos cada vez en más mundos. Cada día que pasa aumenta la posibilidad de que...

Su voz se había alzado a causa de la excitación. Berg le atajó diciendo con voz fuerte:

—¡Tonterías! Todo eso es ridículo.

Sonó el teléfono, y la pantalla se iluminó mostrando el rostro de Ching, cuya voz dijo:

—Siento interrumpir, pero...

—¿Qué sucede? —preguntó furioso Berg.

—Hay un hombre aquí que no sé cómo despachar. Se queja de que su casa está rodeada por cosas que miran a través del techo de cristal de su

jardín.

—¿Cosas? —gritó Mishnoff.

—Unas cosas de color púrpura, con grandes venas rojas, tres ojos y una especie de tentáculos en vez de cabello. Tienen...

Pero Mishnoff y Berg no oyeron el resto. Se miraban con fijeza, inmovilizados en un estupefacto horror.

EL MENSAJE

Bebieron cerveza y se entregaron a sus recuerdos, como hombres que se encuentran tras larga separación. Rememoraron los días expuestos al fuego del enemigo. Evocaron a sargentos y muchachas, ambos con exageración. En retrospectiva, las cosas mortales se convirtieron en humorísticas, y se airearon trivialidades arrumbadas durante diez años.

Incluyendo, claro está, el perenne misterio.

—¿Cómo te lo explicas? —preguntó el primero—. ¿Quién comenzó?

El segundo se encogió de hombros.

—Nadie comenzó. De repente, todo el mundo se encontró haciéndolo, como una enfermedad. Tú también, supongo.

El primero rió entre dientes.

El tercero intervino suavemente:

—Nunca vi nada divertido en eso. Acaso porque tropecé con el primero durante mi bautismo de fuego. En África del norte.

—¿De verdad? —dijo el segundo.

—La primera noche en las playas de Orán. Trataba de ponerme a cubierto, buscando alguna choza indígena cuando lo vi al resplandor de un fogonazo...

George se sentía delirantemente feliz. Dos años de expedientes y por fin el regreso al pasado. Ahora podría completar su informe sobre la vida social del soldado de infantería de la segunda guerra mundial con algunos detalles auténticos.

Saliendo de la insípida sociedad sin guerras del siglo XXX, se halló inmerso, por un glorioso momento, en el drama tenso y superlativo del bélico siglo XX.

¡África del norte! El teatro de la primera gran invasión por mar de la guerra. Los físicos temporales habían escudriñado el área para determinar el punto y el momento perfectos. Señalaron la sombra de un edificio vacío de madera. Ningún humano se aproximaría durante un número conocido de minutos. Ninguna explosión lo afectaría seriamente en aquel tiempo. George no afectaría a la historia por estar presente. Sería el ideal del físico temporal, el «mero observador».

Resultó aún más terrorífico de lo que había imaginado. El perpetuo

restallar de la artillería, el desgarrón invisible de los aviones sobre su cabeza. Y luego, las líneas periódicas de las balas trazadoras estallando en el firmamento, y el ocasional fulgor, ígneo y fantasmal, descendiendo en serpentinas curvas.

¡Y él estaba allí! Él, George, tomaba parte en la guerra, parte en una forma de vida intensa, desaparecida para siempre del mundo del siglo XXX, que se había tomado manso y apacible.

Imaginó que veía las sombras de una columna de soldados avanzando, que oía los monosílabos que se murmuraban unos a otros en voz cautelosamente baja. ¡Cómo anhelaba ser en verdad uno de ellos, y no un intruso momentáneo, un «mero observador»!

Cesó en su tarea de tomar notas y contempló su estilográfica, hipnotizado por un instante por su micro-linterna. Le asaltó una súbita idea y miró el madero contra el cual apoyaba el hombro. Aquel momento no debía pasar inadvertido para la historia. El hacerlo no la afectaría en nada. Emplearía el antiguo dialecto inglés. Así no habría sospecha alguna.

Lo hizo a toda prisa, y luego espió a un soldado que corría desesperadamente hacia el edificio, escabulléndose de una terrible ráfaga de balas. George se dio cuenta de que su tiempo había pasado y, al tomar conciencia de ello, se encontró de nuevo en el siglo XXX.

No importaba. Durante aquellos pocos minutos, había tomado parte en la segunda guerra mundial. Una pequeña parte, pero parte al fin y al cabo. Y otros lo sabrían. Tal vez no supieran que lo sabían, pero quizá alguien se repitiera a sí mismo el mensaje.

Alguien, acaso aquel hombre que corría a refugiarse, lo leería y sabría que, entre los héroes del siglo XX, estuvo también el «mero observador», el hombre del siglo XXX, George Kilroy. ¡Él estuvo allí!

SATISFACCIÓN GARANTIZADA

Tony era alto y de una belleza sombría, con un increíble aire patricio dibujado en cada línea de su inmutable expresión. Claire Belmont le miró a través del resquicio de la puerta, con una mezcla de horror y desaliento.

—No puedo, Larry. No puedo tenerlo en casa...

Buscaba febril en su paralizada mente una manera más enérgica de expresarlo, algo que tuviera sentido y zanjara la cuestión, pero acabó por reducirse a una simple repetición.

—¡De verdad, no puedo!

Larry Belmont contempló con severidad a su mujer y en sus ojos asomó aquel destello de impaciencia que Claire odiaba ver, puesto que le daba la impresión de reflejar su propia incompetencia.

—Nos hemos comprometido, Claire. No puedo desdecirme ahora. La compañía me envía a Washington con esa condición, lo cual con toda seguridad significa un ascenso. No presenta ningún peligro y tú lo sabes. ¿Qué tienes pues que objetar?

Ella frunció el entrecejo, desvalida.

—Me da escalofríos: No puedo soportarlo.

—Es tan humano como tú o como yo. Bueno..., casi. Así que nada de tonterías. ¡Vamos, apártate!

Apoyó su mano en el talle de ella, empujándola, y Claire se encontró temblando en su propio cuarto de estar, donde se encontraba aquello, mirándola con precisa cortesía, como evaluando a la que había de ser su anfitriona durante las próximas tres semanas. La doctora Susan Calvin se hallaba también presente, envaradamente sentada, con los labios apretados como síntoma de abstracción. Presentaba el aspecto frío y distante de alguien que ha trabajado durante tanto tiempo con máquinas que un poco de acero ha penetrado en su sangre.

—Hola —castañeteó Claire, como un saludo ineficaz y general.

Gracias a que Larry salvó la situación, exhibiendo una falsa alegría:

—Mira, Claire, deseo que conozcas a Tony, un tipo magnífico. Ésta es mi mujer, Tony, chico.

La mano de Larry se posó amistosa sobre el hombro de Tony, mas éste permaneció inexpresivo, sin responder a la presión, limitándose a decir:

—¿Cómo está usted, señora Belmont?

Claire dio un respingo al oír la voz de Tony, profunda y pastosa, suave como el pelo de su cabeza o la piel de su rostro.

Sin poder contenerse, exclamó:

—¡Ah...! ¡Habla usted!

—¿Y por qué no? ¿Acaso esperaba que no lo hiciera?

Claire sólo consiguió esbozar una débil sonrisa. No sabía bien lo que había esperado. Miró hacia otro lado, lanzándole una ojeada con el rabillo del ojo. Tenía el pelo suave y negro, como pulido plástico... ¿O se componía en realidad de cabellos separados? Y la piel lisa y olivácea de sus manos y cara, ¿era una continuación de su oscuro y bien cortado traje?

Se hallaba paralizada por un estremecido asombro. Tuvo que hacer un esfuerzo para poner en orden sus pensamientos, a fin de prestar atención a la voz sin inflexiones ni emoción de la doctora Calvin, que decía:

—Señora Belmont, espero que sabrá apreciar la importancia de este experimento. Su esposo me ha dicho que la ha puesto ya en algunos de los antecedentes. Por mi parte, desearía añadir algunos más, como psicólogo jefe de la *U. S. Robots & Mechanical Men Inc.* Tony es un robot. Su designación en los ficheros de la compañía es TN-3, pero responde al nombre de Tony. No se trata de un monstruo mecánico, ni simplemente de una máquina calculadora del tipo de las desarrolladas durante la segunda guerra mundial, hace cincuenta años. Posee un cerebro artificial casi tan complicado como el nuestro. Como un inmenso cuadro de distribución telefónica reducido a escala atómica, con billones de posibles «enlaces telefónicos» comprimidos en un instrumento encajado en el interior de su cráneo. Tales cerebros se fabrican específicamente para cada modelo de robot, y contienen una serie calculada de conexiones, de forma que, para empezar, cada uno de ellos conoce el idioma inglés, y lo suficiente de cualquier otra cosa que se considere necesaria para cumplir su tarea. Hasta ahora, la *U. S. Robots* había limitado su manufactura a los modelos industriales para su empleo en lugares donde resulta impracticable el trabajo humano..., en minas profundas, por ejemplo, o en la labor subacuática. Pero ahora deseamos extendernos a la ciudad y el hogar. Y para ello, hemos de conseguir que el hombre y la mujer corrientes se muestren dispuestos a aceptar sin temor estos robots. Como comprenderá, no hay nada que temer.

—No lo hay, Claire —intervino muy serio Larry—. Te doy mi palabra. Le es imposible causar daño alguno. Ya sabes que si no fuese así no te dejaría con él.

Claire lanzó una ojeada rápida y disimulada a Tony y habló en voz muy baja:

—¿Y qué pasaría si se enfadara conmigo?

—No necesita cuchichear —respondió la doctora Claire con voz sosegada—. Él no puede enojarse con usted, amiga mía. Ya le he dicho que el cuadro de conexiones de su cerebro está predeterminado. Y la primera conexión, la más importante de todas, es la que denominamos «La primera ley de la robótica» y que se reduce a esto: «Un robot no dañará en ningún caso a un ser humano, ni, por inacción, permitirá que un ser humano reciba daño alguno». Todos los robots están construidos según esta norma. Ninguno puede ser obligado a causar daño a un ser humano. Así pues, ya ve que necesitamos que usted y Tony lleven a cabo un experimento preliminar para nuestra propia información, mientras su esposo se desplaza a Washington para las pruebas legales supervisadas por el gobierno.

—¿Quiere decir que esto no es legal?

Larry carraspeó e intervino de nuevo:

—No todavía, pero todo está en orden. Él no abandonará la casa, y tú no permitirás que nadie lo vea. Eso es todo. Me quedaría contigo, Claire, pero sé demasiado sobre los robots. Precisamos que lo compruebe una persona experimentada, a fin de que las condiciones sean lo más severas posible. Es necesario.

—Bueno, está bien —murmuró Claire. Y luego, como si le asaltara una idea, preguntó—: ¿Pero qué hace él?

—Labores caseras —respondió escuetamente la doctora Calvin.

Y acto seguido, se levantó para marcharse. Fue Larry quien la acompañó a la puerta, mientras que Claire se quedaba detrás, llena de melancolía. Lanzó una mirada al espejo colocado sobre la repisa de la chimenea y la apartó presurosa. Estaba más que harta de su carita ratonil y de su cabello sin brillo, peinado en una forma carente de imaginación. Luego observó que los ojos de Tony se hallaban posados en ella. Casi sonrió, antes de recordar...

Se trataba tan sólo de una máquina.

Larry Belmont iba camino del aeropuerto cuando reparó en Gladys Claffern. Le lanzó una ojeada. Era el tipo de mujer que parecía hecha para ser vista en ojeadas... Perfectamente hecha, vestida con mano y ojo exquisitos, demasiado rutilante para mirarla con fijeza.

La tenue sonrisa que la precedía y el sutil aroma que la seguía eran como un par de dedos que le dirigieran señas invitadoras. Larry se dio cuenta de que había interrumpido sus zancadas y, tocándose ligeramente el ala del sombrero, apresuré el paso.

Sentía el mismo vago enojo de siempre. ¡Cuánto le ayudaría el que Claire se decidiese a meterse en la pandilla de Claffern...! ¡Bah! ¿De qué serviría, de todos modos?

¡Claire! Las pocas veces que se había visto cara a cara con Gladys, aquella pequeña tonta había permanecido con la lengua atada. No se hacía ilusiones. La prueba de Tony constituía su gran oportunidad, pero todo dependía de Claire. ¡Cuánta mayor seguridad sentiría de encontrarse en manos de alguien como Gladys Claffern!

La segunda mañana, Claire despertó al oír un suave golpe con los nudillos en la puerta del dormitorio. Su mente lanzó un silencioso quejido y luego se quedó helada. Había evitado a Tony el primer día, sonriendo con vaguedad cuando lo veía fregoteando o manejando la escoba.

—¿Es usted..., Tony?

—Sí, señora Belmont. ¿Puedo entrar?

Sin duda respondió que sí, puesto que él apareció en la habitación, de manera repentina y silenciosa. Los ojos y la nariz de ella se percataron simultáneamente de la bandeja que Tony portaba.

—¿El desayuno? —preguntó.

—Si gusta...

No se atrevió a rehusar, al parecer. Se encontró incorporándose poco a poco hasta adoptar una cómoda postura y recibiendo la bandeja, que contenía huevos escalfados, tostadas con mantequilla y café.

—He traído por separado el azúcar y la nata —explicó Tony—. Aprenderé sus gustos con el tiempo, tanto en esto como en otras cosas.

Ella esperó. Tony, en pie, erguido y flexible a la vez como una regla metálica, preguntó tras un instante:

—¿Prefiere comer en privado?

—Sí... Quiero decir, si no le importa.

—¿Precisará después ayuda para vestirse?

—¡Dios mío, no!

Su mano se asió frenéticamente a la bandeja, de manera que el café estuvo al borde de la catástrofe. Permaneció así, rígida. Cuando se cerró la puerta y Tony desapareció de su vista, se echó atrás con desesperanza contra la almohada.

De todos modos, logró pasar el desayuno. No era más que una máquina y a no ser por su aspecto llamativo, no se asustaría de tal modo. Si por lo menos cambiara de expresión... No había manera de saber lo que había tras aquellos ojos pardos y aquella especie de piel olivácea. La taza de café

tintineó por un momento, vacía ya, sobre la bandeja.

Y de pronto, se dio cuenta de que se había olvidado de echarle nata y azúcar al café, tal como acostumbraba, pues lo aborrecía solo.

Después de vestirse, se encaminó con paso decidido desde el dormitorio a la cocina. Después de todo, aquélla era su casa. No es que fuese muy remilgada, pero le gustaba la cocina bien limpia. Tony debió de haber esperado sus órdenes...

Pero, al entrar, halló una cocina que bien podía haber salido momentos antes de la fábrica, en todo su reluciente esplendor.

Se detuvo, la contempló, volvió sobre sus pasos y casi tropezó con Tony. Lanzó una especie de gruñido.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Tony —dijo, apelando a todo su enojo para rechazar el pánico—, quisiera que hiciese algún ruido al andar. No me gusta que se acerque furtivamente... ¿No utilizó usted la cocina?

—Sí que la utilicé, señora Belmont.

—No lo parece.

—La limpié después. ¿No es ésa la costumbre?

Claire abrió mucho los ojos. ¿Qué podía objetarse a eso? Revisó el departamento del horno donde guardaba las cacerolas y, percibiendo un insólito fulgor metálico en su interior, asintió temblorosa:

—Muy bien. Perfecto.

Si en aquel momento él hubiera mostrado su satisfacción, si hubiese sonreído, sólo con que hubiera plegado la comisura de la boca, cualquiera de esas manifestaciones la habrían acercado a él. Pero Tony permaneció tan imperturbable como un lord inglés en reposo al responder:

—Gracias, señora Belmont. ¿Desea usted pasar a la sala de estar?

Así lo hizo, y al punto notó como una conmoción.

—Veo que ha estado dando brillo a los muebles.

—¿Ha quedado a su gusto, señora Belmont?

—¿Pero cuándo lo hizo? Ayer no, seguro.

—La noche pasada, desde luego.

—¿Así que tuvo encendidas las luces toda la noche?

—No, no... No las necesito. Dispongo de un foco de rayos ultravioleta. Puedo ver en el ultravioleta. Y desde luego, no necesito dormir.

No cabía duda de que resultaba admirable, pensó. Y también había de reconocer que empezaba a agradarle. Sin embargo, no se decidía a confesarse que él le proporcionaba placer. Sólo acerté a decir acerbamente:

—Su especie dejará sin empleo al habitual servicio doméstico.

—Hay trabajos de mucha mayor importancia a los que dedicarse en el mundo, una vez liberados de tan pesadas tareas. Después de todo, señora Belmont, las cosas como yo se fabrican. Pero nada es capaz de imitar la creatividad y la versatilidad de un cerebro humano como el suyo.

Y aunque su rostro no lo expresara en lo más mínimo, el tono de su voz tenía tal grave acento de temor y admiración que logré que Claire se sonrojase y murmurase:

—¡Mi cerebro! Se lo regalo.

Tony se aproximó un poco a ella.

—Debe de sentirse muy desgraciada para decir tal cosa. ¿Puedo hacer algo para remediarlo?

Por un instante, Claire creyó que iba a echarse a reír. La situación era tan ridícula... Allí estaba aquel sacudidor de alfombras, fregona, vajillas, lustrador de muebles y factótum general animado, surgiendo del catálogo de la fábrica... y ofreciendo sus servicios como consolador y confidente. Sin embargo, dijo con una explosión de súbito pesar:

—¿Sabe? El señor Belmont no cree que yo tenga un cerebro... Y supongo que en efecto no lo tengo.

No debió de haberlo proclamado ante él. Por una razón desconocida, se sentía depositaria del honor de la raza humana ante aquella simple creación suya.

—Es cosa reciente —añadió—. Todo iba bien entre nosotros cuando él no era más que un estudiante, cuando empezaba. Pero no sirvo como esposa de un gran hombre, y él está a punto de convertirse en un gran hombre. Le gustaría que fuese una excelente anfitriona y que me dedicara a la vida social..., como esa Gle..., Ga..., Gladys Claffern.

Tenía la nariz enrojecida. Apartó la vista. Pero Tony no la miraba. Sus ojos recorrían la habitación.

—Puedo ayudarla a llevar la casa.

—No serviría de nada —respondió ella con vehemencia—. Necesita un toque que soy incapaz de darle. Sólo sé hacerla confortable... Ni siquiera convertirla en algo semejante a las que aparecen en las fotografías de las revistas de decoración.

—¿Desea algo por el estilo?

—¿Sirve de algo desearlo?

Los ojos de Tony se fijaron en ella.

—Puedo ayudar.

—¿Posee conocimientos sobre la decoración de interiores?

—¿Toda buena ama de casa debe poseerlos?

—En efecto.

—Entonces dispongo de las capacidades necesarias para aprender. ¿Por qué no me proporciona libros sobre la cuestión?

Y aquello fue el principio de algo.

Claire, sujetándose el sombrero contra las alborotadas libertades del viento, se trajo a casa dos gruesos volúmenes sobre artes del hogar que pidió prestados en la biblioteca pública. Observó cómo Tony abría uno de ellos y lo hojeaba. Era la primera vez que veía el revoloteo de sus dedos entregados a una labor delicada.

«No sé cómo lo hacen», pensó. Y en un súbito impulso, le cogió una mano y la atrajo hacia sí. Tony no resistió, dejándola flojamente sometida a la inspección.

—¡Qué formidable! —comentó ella—. Hasta sus uñas parecen naturales.

—Un efecto buscado —explicó Tony. Y añadió locuaz—: La piel es de plástico flexible, y el esqueleto de una aleación metálica. ¿Le divierte eso?

—No, no... —Su rostro enrojeció—. No deseo en modo alguno hurgar en sus interioridades. No es cuestión que me afecte. Tampoco ha de preguntarme usted por las mías.

—La programación de mi cerebro no incluye tal tipo de curiosidad. He de someterme a mis propias limitaciones, ¿sabe?

En el silencio que siguió, Claire sintió que algo la oprimía en su interior. ¿Por qué olvidaba siempre que se enfrentaba a una máquina? El propio objeto había de recordárselo. ¿Experimentaba un anhelo tan grande de simpatía que incluso aceptaría como su igual a un robot, sólo por el hecho de que la compadecía?

Observó que Tony continuaba pasando las páginas -casi como si no pudiese evitarlo- y experimentó una sensación rápida y punzante de aliviada superioridad.

—Así que sabe leer, ¿no? —preguntó.

Tony alzó la vista a ella, respondiendo con su voz tranquila e irreprochable:

—Estoy leyendo, señora Belmont.

—Pero...

Señaló el libro con gesto ambiguo.

—Paso los ojos por las páginas, si es eso a lo que se refiere. Mi sentido de la lectura es fotográfico.

Oscurecía ya cuando Claire fue a acostarse. Tony seguía enfrascado en

el segundo volumen, sentado en la oscuridad o al menos en lo que la limitada visión de Claire consideraba como tal.

Un último y singular pensamiento relampagueó en su cerebro antes de dejarse vencer por el sueño. Recordó la mano del robot, una mano cálida y suave, como la de un ser humano.

«¡Qué habilidad la de esos fabricantes!», pensó. Y se durmió sosegadamente.

La biblioteca ocupó todo su tiempo durante varios días. Tony sugería los campos de estudio, que empalmaba y ramificaba con gran velocidad. Pidió libros sobre combinación de colores y sobre cosmética, sobre ebanistería y modas, sobre arte e historia del vestido.

Volvía las páginas de cada libro ante sus solemnes ojos, leyéndolas tan pronto como las volvía, sin olvidar nada, al parecer, de su contenido.

Antes de finalizar la semana, insistió en que se cortara el pelo, ideando para ella un nuevo peinado, decidiendo una ligera modificación de la línea de sus cejas y cambiando el tono de sus polvos y lápiz de labios.

Claire había palpitado con nervioso temor, por espacio de media hora, bajo el delicado toque de los inhumanos dedos de él. Al finalizar, se contempló en el espejo.

—Aún puede mejorarse —dijo Tony—, sobre todo en lo que respecta a la ropa. ¿Qué le parece, de momento?

No respondió en seguida. Necesitó algún tiempo para absorber la identidad de la desconocida reflejada en el espejo y atenuar el asombro ante su belleza. Luego, sin apartar la vista de la reconfortante imagen, dijo de manera incongruente:

—Sí, Tony, está muy bien..., de momento.

En sus cartas, no le comunicó nada de esto a Larry. Que lo descubriera de sopetón. Y algo en ella le hacía sospechar que no sólo disfrutaría de su sorpresa. Sería asimismo una especie de venganza.

Tony dijo cierta mañana:

—Ya va siendo hora de empezar a hacer compras, y a mí no me está permitido abandonar la casa. Si le escribo exactamente lo que precisamos, ¿puedo confiar en que lo adquiera? Necesitamos cortinas y mobiliario, papel para las paredes, alfombras, pintura, ropa... y otras pequeñas cosas.

—No resulta fácil obtener todo eso de golpe, ajustándose a todos los detalles —objetó Claire, con aire de duda.

—Siempre que no haya problemas de dinero, lo encontrará casi todo en

la ciudad.

—¡Pero Tony, desde luego que el dinero supone un problema!

—En absoluto. Vaya primero a la *U. S. Robots*, con una nota que le daré. Entrevístese con la doctora Calvin y dígale de mi parte que esto forma parte del experimento.

En esta ocasión, la doctora Calvin no la atemorizó tanto como la primera tarde en que la conoció. Con su nuevo rostro y su sombrero también nuevo, no se parecía ya a la antigua Claire. Escuchó con atención a la psicóloga, formulé unas cuantas preguntas, asintió, y se encontró en camino, armada de un crédito ilimitado contra la cuenta de *U. S. Robots & Mechanical Men Inc.*

Es maravilloso el poder del dinero. Con todas las existencias de un almacén a tus pies, el dictado de una vendedora no significa forzosamente una voz bajada del cielo, ni la ceja alzada de un decorador reviste la majestad del rayo de Júpiter.

En cierto momento, el excelso modisto de una de las más señoriales casas de modas se mofó con insistencia de su descripción del guardarropa que deseaba, haciéndolo con la más correcta pronunciación y el más puro acento francés de la calle Cincuenta y Siete. Claire llamó a Tony y luego le pasó el teléfono a Monsieur.

—Si no tiene inconveniente —le dijo con voz firme, aunque retorciéndose un poco las manos—, me agradaría que hablase con..., con mi secretario.

El pomposo gordinflón se acercó al teléfono con un brazo solemnemente doblado a la espalda. Alzó el receptor con dos dedos y dijo en tono delicado:

Una breve pausa, un segundo «sí», luego una pausa mucho mayor, un tímido comienzo de una objeción que murió en ciernes, otra pausa, otro humilde «sí», y el teléfono volvió a su lugar.

—Si Madame quiere acompañarme —invitó, dolido y distante—, intentaré cumplir sus deseos.

—Un segundo, por favor.

Claire corrió de nuevo al teléfono y marcó de nuevo el número de su casa.

—Tony, no sé lo que le diría, pero sirvió. Gracias. Es usted un... —Titubeó, buscando la palabra adecuada, pero desistió y terminó con un leve gallo—: ¡Un amor!

Al volver del teléfono, se encontró con que Gladys Claffern la estaba

mirando, con el rostro un tanto vuelto a un lado y aire entre divertido y asombrado.

—¿Señora Belmont?

Claire sintió que se le helaba la sangre, ni más ni menos. Al fin, asintió. Estúpidamente, como una marioneta.

Gladys sonrió, con una imperdonable insolencia.

—No sabía que comprase usted aquí... —dijo, con un tonillo que daba a entender que por ese simple hecho, aquel establecimiento había perdido ya toda categoría.

—Por lo general, no lo hago —confesó Claire con humildad.

—¿Y qué se ha hecho en el pelo? Le ha quedado muy curioso... ¡Ah! Dispense. Tenía entendido que el nombre de su esposo era Lawrence. Sí, en efecto, me parece que es Lawrence...

Claire apretó los dientes, pero no le quedó más remedio que explicar:

—Tony es un amigo de mi marido. Me está ayudando a elegir algunas cosas.

—Comprendo. En efecto, debe de ser un amor.

Y sin añadir una palabra más, se marchó sonriente, llevándose consigo la luz y el calor del mundo.

Claire no puso en duda el hecho de que era en Tony en quien buscaría consuelo. Diez días la habían curado de su aversión. Ahora lloraba ante él sin problemas. Lloraba y rabiaba.

—Me porté como una completa estúpida —estalló, retorciendo su pañuelo mojado—. ¡Hacerme eso a mí! No sé por qué, pero lo hizo. Debiera haberle... dado un puntapié. Debiera haberla tirado al suelo y pisoteado.

—¿Cómo odiar tanto a un ser humano? —preguntó Tony con perpleja suavidad—. Esa parte de la mente humana supone un misterio para mí.

—Bueno... No es a ella a quien odio —gimió Claire—. Creo que me odio a mí misma. Ella es todo lo que yo desearía ser... Por lo menos exteriormente. Pero no está a mi alcance.

La voz de Tony sonó fuerte y queda a la par en sus oídos:

—Sí que lo está, señora Belmont. Sí que lo está. Disponemos aún de diez días, y durante ellos la casa habrá cambiado. ¿No lo hemos planeado así?

—¿Y de qué me sirve eso? Quiero decir, con respecto a ella...

—Invítela. Invite a sus amistades. Hágalo la noche anterior a... mi partida. Será en cierto modo una fiesta de inauguración.

—No aceptará.

—Sí que aceptará. Vendrá para reírse... Y no tendrá de qué.

—¿Lo cree usted de veras, Tony? ¿Piensa que lo lograremos? —Le tomó ambas manos entre las suyas. Pero en seguida volvió la cara—. No. ¿De qué serviría? No sería yo. Todo el mérito le corresponde a usted. No puedo adornarme con plumas ajenas.

—Nadie vive en un espléndido aislamiento —murmuró Tony—. Han puesto en mí ese conocimiento. Lo que usted y los demás ven en Gladys Claffern no es la verdadera Gladys Claffern. Se adorna con todas las plumas que proporciona el dinero y la posición social. Y no se preocupa por eso. ¿Por qué habría de preocuparse usted? Considérelo de ese modo, señora Belmont. Me han fabricado para obedecer, pero soy yo mismo quien ha de determinar la extensión de mi obediencia. Puedo limitarme a cumplir las órdenes o interpretarlas de manera amplia. Con usted actúo de esta última forma, porque pertenece al tipo de ser humano para el cual he sido fabricado. Es usted amable, amistosa, modesta. En cambio la señora Claffern, tal como usted la describe, no lo es. No la obedecería de buen grado, como lo hago con usted. Por lo tanto, es usted, señora Belmont, y no yo, quien está haciendo todo esto.

Retiró sus manos de las de ella, y Claire descubrió en aquel rostro inexpresivo, en el que nadie podía leer, una verdadera admiración... De pronto, se atemorizó de nuevo, pero esta vez de manera muy distinta.

Tragó nerviosamente saliva y contempló sus manos, que le hormigueaban aún por la presión de los dedos de él. No, no se lo había imaginado. Los dedos de Tony habían oprimido los de ella de manera afectuosa y tierna, un momento antes de retirarse.

¡No!

Los dedos de aquello... Los dedos de aquello...

Y corrió al cuarto de baño para lavarse las manos, frotándoselas una y otra vez, ciega e inútilmente.

Al día siguiente, se mostró un tanto tímida y cautelosa con él. Lo vigiló con atención, esperando lo que seguiría. Durante un rato, no ocurrió nada.

Tony estaba trabajando. Si la técnica del empapelado de las paredes o la utilización de la pintura de secado rápido presentaba alguna dificultad, Tony no lo demostraba. Sus manos se movían con precisión, y sus dedos eran hábiles y seguros.

Trabajaba también durante toda la noche, aunque ella no lo oyese, y cada mañana suponía una nueva aventura. No alcanzaba a enumerar todo lo que había hecho. Al atardecer, seguía descubriendo aún nuevos detalles... Y

así llegaba otra noche.

Sólo una vez intentó cooperar, fallando con humana torpeza. Él trabajaba en la habitación contigua, y ella colgaba un cuadro en el lugar marcado por los ojos matemáticos de Tony. Allí estaba la pequeña señal, y el cuadro también. Y asimismo había en ella una repentina revulsión contra la ociosidad.

Pero se sentía nerviosa, o bien la escalera estaba desvencijada, pues la sintió ceder. Lanzó un grito. Sin embargo, no pasó nada. Tony había acudido con la rapidez de un rayo.

Sus tranquilos ojos pardos no manifestaron nada, y su cálida voz se limitó a pronunciar las siguientes palabras:

—¿Se ha hecho daño, señora Belmont?

Por un instante, se fijó en que su mano había desordenado el pelo liso de él, pues por primera vez vio que estaba compuesto de distintas hebras, finas y negras.

Y luego, de pronto, tuvo conciencia de sus brazos rodeándola por los hombros y las rodillas..., sosteniéndola en su caída, estrecha y cálidamente...

Se puso en pie de un salto. El chillido que dejó escapar traspasó sus propios oídos. Pasé el resto del día en su habitación, y para dormir, además de cerrar bien la puerta con llave, la atrancó con una silla.

Envió las invitaciones y, tal como Tony dijera, fueron aceptadas. Sólo faltaba esperar la última velada.

Llegó también, como todas las demás, en el lugar que le correspondía. La casa no parecía la misma. La recorrió por última vez. Todas las habitaciones habían cambiado. Ella también se vestía con ropas que jamás se habría atrevido a llevar antes. Ropas de las que podía enorgullecerse y con las que se sentía segura. Se miró al espejo, remedando un mohín de divertido desdén, y el pulido cristal se lo devolvió con expresión burlona.

¿Qué diría Larry...? ¿Qué importaba, después de todo? No iban a venir con él los días excitantes. Desaparecerían con la marcha de Tony. ¡Qué cosa tan extraña! Intentó recobrar su talante de tres semanas atrás. Fracasó por completo.

El reloj dio las ocho, ocho toques que la dejaron sin respiración. Se volvió hacia Tony:

—No tardarán en llegar. Será mejor que se meta en el sótano. No podemos permitir que...

Se quedó mirándole con fijeza un momento, y después dijo débilmente:

—¿Tony? —Y luego más fuerte— ¡Tony! —Y al final, casi con un chillido—: ¡Tony!

Pero sus brazos la rodeaban ya, y su cara estaba junto a la suya. La presión de su abrazo era implacable. Oyó su voz a través de una bruma de confusión emotiva.

—Claire —decía su voz—, hay muchas cosas cuya comprensión me está vedada, y ésta debe ser una de ellas. He de marcharme mañana y no quiero hacerlo. Creo que en ello hay algo más que el deseo de complacerla. ¿No le parece raro?

Su cara se acercó más aún. Sus labios eran cálidos, aunque sin aliento tras ellos, pues las máquinas no respiran. Casi se habían posado sobre los de ella.

Y sonó el timbre de la puerta.

Durante un instante, se debatió jadeante. De pronto, él se marchó, desapareciendo de la vista, mientras el timbre seguía sonando con insistente y aguda intermitencia.

Las cortinas de las ventanas delanteras habían sido descorridas. Quince minutos antes habían estado cerradas. Lo sabía. Tenían que haberla visto. Todos debieron haberlo visto... ¡Todo!

Entraron cortésmente, en grupo, posando sus penetrantes ojos en todos los detalles. Habían visto. ¿Qué más preguntaría Gladys sobre Larry, a su impertinente manera? Claire se veía enfrentada a un desafío desesperado e implacable.

«Sí, está fuera. Volverá mañana, creo. No, no he estado sola. He pasado unos días estupendos, emocionantes.»

Se echó a reír. ¿Por qué no? ¿Qué le importaban ellos? Larry sabría la verdad, si alguna vez le llegaba la historia de lo que pensaban que vieron.

Pero ellos no rieron.

Leyó la furia en los ojos de Gladys Claffern, en el falso chispear de sus palabras, en su deseo de marcharse pronto. Y cuando se fue con todos los demás, captó un cuchicheo final y anónimo:

«Nunca había visto un hombre... tan guapo.»

Y Claire supo que fue aquello lo que le permitió dejarles con un palmo de narices. Que se soltasen las lenguas. Todos sabían... ¡Y qué si Gladys era más guapa que Claire Belmont, más rica y más brillante! Todos sabrían que nadie, nadie, podía tener un amante más guapo que ella.

Y luego recordó de nuevo..., una vez y otra, que Tony era una maquina.

Se le puso la carne de gallina.

—¡Fuera! ¡Dejadme en paz! —gritó a la habitación vacía, y corrió hasta su lecho.

Toda la noche la pasé desvelada y llorando. A la mañana siguiente, casi al amanecer, con las calles aún vacías, una camioneta vino y se llevó a Tony.

Lawrence Belmont pasó ante el despacho de la doctora Calvin y, obedeciendo a un súbito impulso, llamó a la puerta. La encontró en compañía del matemático Peter Bogert, mas no vaciló por ello.

—Claire me dijo que la casa corre con todos los gastos hechos en mi hogar... —manifestó.

—Así es —respondió la doctora Calvin—. Lo consideramos una parte valiosa y necesaria del experimento. Con la nueva posición que ocupa usted ahora como ingeniero asociado, supongo que podrá mantenerla al mismo nivel.

—No es eso lo que me preocupa. Con la conformidad dada por Washington a las pruebas, dispondremos de un modelo TN propio para el año próximo, creo.

Se volvió vacilante, como para marcharse, pero giró otra vez, sobre sus talones, dudando todavía.

—¿Y bien, señor Belmont...? —le acució la doctora Calvin, tras una pausa.

—Me pregunto... —comenzó Larry—, me pregunto qué sucedió realmente allí durante mi ausencia. Ella..., Claire, quiero decir, parece tan distinta... No me refiero a su aspecto..., aunque la verdad, estoy maravillado. —Rió nervioso—. Es toda ella. No parece mi mujer... No puedo explicarlo.

—¿A qué intentarlo? ¿Acaso se siente desilusionado respecto a alguna parte del cambio?

—Todo lo contrario. Pero, verá, resulta un poco atemorizador...

—Yo no me preocuparía por eso, señor Belmont. Su mujer se ha comportado de un modo excelente. Con franqueza, jamás pensé que el experimento aportara una prueba tan completa y definitiva. Sabemos ya las correcciones exactas que han de hacerse en el modelo TN, y todo gracias a la señora Belmont. Si quiere que le sea sincera, opino que su esposa se merece el ascenso más que usted.

Larry titubeó visiblemente.

—Bueno, todo queda en la familia —murmuró sin convicción.

Y se marchó.

Susan Calvin se le quedó mirando mientras se retiraba. Luego dijo:

—Creo que le duele..., al menos así lo espero... ¿Ha leído usted el informe de Tony, Peter?

—De cabo a rabo —respondió Bogert—, ¿Y no le parece que el modelo TN-3 necesita algunos cambios?

—¡Ah! ¿También piensa usted así? —preguntó la doctora Calvin con acento incisivo—. Expóngame su razonamiento.

—No preciso de ninguno —manifestó Bogert frunciendo el entrecejo—. Es evidente que no podemos sacar al mercado un robot que haga el amor a su ama..., si no le importa el retruécano.

—¡Amor! Peter, me da usted asco. ¿Es que no lo comprende? Esa máquina tiene que obedecer a la primera ley. ¿Cómo iba a permitir que un ser humano sufriese? Y el sufrimiento se lo causaba a Claire Belmont su propio complejo de inferioridad. Así pues, le hizo el amor. Ninguna mujer dejaría de apreciar el cumplido que supone ser capaz de despertar la pasión en una máquina..., en una fría e inanimada máquina. Y por eso Tony descorrió aquella noche las cortinas con toda deliberación, a fin de que los otros vieran y envidiaran..., sin riesgo alguno para la felicidad matrimonial de Claire. Creo que fue muy inteligente por parte de Tony.

—¿Ah, sí? ¿Y qué diferencia hay entre si fue una ficción o no, Susan? El horror se mantiene. Vuelva a leer el informe. Ella lo evitaba. Chilló cuando la tomó en sus brazos. No logró dormir aquella última noche, atacada de histerismo. No, no podemos fabricar algo así.

—Peter, está usted ciego. Está tan ciego como lo estuve yo. El modelo TN será reconstruido por entero, pero no por las razones que usted expone, sino por otras muy distintas. Y es raro que a mí se me pasara por alto al principio. —Los ojos de la doctora se enturbiaron a causa de la cavilación—. Tal vez la deficiencia radique en mí misma. Mire, Peter, las máquinas no se enamoran. Pero..., a pesar de que no tiene remedio y por mucho que nos horrorice..., ¡las mujeres sí!

FUEGO INFERNAL

Hubo la agitación correspondiente a un muy cortés auditorio de primera noche. Sólo asistieron un puñado de científicos, un escaso número de altos cargos, algunos congresistas y unos cuantos periodistas.

Alvin Horner, perteneciente a la delegación de Washington de la Continental Press, se hallaba próximo a Joseph Vincenzo, de Los Álamos.

—Ahora nos enteraremos de algo —comentó.

Vincenzo le miró a través de sus gafas bifocales y dijo:

—No de lo importante.

Horner frunció el entrecejo. Iban a proyectar la primera película a cámara superlenta de una explosión atómica. Mediante el empleo de lentes especiales, que cambiaban en ondulaciones la polarización direccional, el momento de la explosión se dividiría en instantáneas de mil millonésimas de segundo. Ayer, había explotado una bomba A. Y hoy, aquellas instantáneas mostrarían la explosión con increíble detalle.

—¿Cree que producirá efecto? —preguntó Horner.

—Sí que surtirá efecto —repuso Vincenzo con aspecto atormentado—. Hemos hecho pruebas piloto. Pero lo importante...

—¿Qué es lo importante?

—Que esas bombas significan la sentencia de muerte del hombre. Y que no parecemos capaces de comprenderlo... Mírelos. Están excitados y emocionados, pero no asustados.

—Conocen el peligro. Y sí que están asustados —dijo el periodista.

—No lo bastante —replicó el científico—. He visto a hombres contemplar cómo una bomba H hacía desaparecer una isla, convirtiéndola en un agujero, e irse después a casa, a dormir tranquilamente. Así es el ser humano. Por espacio de miles de años, le ha sido predicado el fuego del infierno. Nunca le causó una verdadera impresión.

—El fuego del infierno... ¿Es usted religioso, señor?

—Ayer vio usted el fuego del infierno. Una bomba atómica que explota significa el fuego infernal. Literalmente.

Aquello fue demasiado para Horner. Se levantó y cambió de sitio, aunque mirando intranquilo a la concurrencia. ¿Había alguien que sintiera temor? ¿Se preocupaba alguien por el fuego infernal? No se lo parecía.

Se apagaron las luces, y el proyector entró en funcionamiento. En la

pantalla, apareció desvaída la torreta de disparo. La concurrencia permanecía atenta, llena de tensión.

Se encendió una mota de luz en la cúspide de la torreta, un punto brillante e incandescente, que aumentó lenta, perezosamente, formando recodos, cobrando desiguales formas luminosas y expandiéndose en un óvalo.

Alguien lanzó un grito sofocado y luego otro. Siguió un ronco y ruidoso balbuceo, al que sucedió un denso silencio. Horner olió el miedo, paladeó el terror en su propia boca y sintió que se le helaba la sangre.

De la ovalada pelota de fuego brotaron proyecciones. Hubo luego un instante de inmovilidad, como un éxtasis, antes de extenderse rápidamente en una brillante y uniforme esfera.

Y en aquel momento de éxtasis..., la bola de fuego había permitido ver dos negros lunares semejantes a ojos, con oscuras y tenues líneas a manera de cejas, el nacimiento del cabello en forma de V, una boca estirada hacia arriba, en salvaje carcajada... y unos cuernos.

LA TROMPETA DEL JUICIO FINAL

El arcángel Gabriel se mostró despreocupado con respecto a aquella cuestión. Dejó indolente que la punta de una de sus alas rozara el planeta Marte, el cual, al estar compuesto de simple materia, no se vio afectado por el contacto.

—Asunto zanjado, Etheriel —dijo—. Ya no hay nada que hacer. El Día de la Resurrección está fijado.

Etheriel, un serafín muy joven, creado apenas mil años atrás, según el modo de contar el tiempo de los hombres, se estremeció de tal modo que se formaron en el continuum vórtices bien definidos. Desde su creación, había permanecido siempre al cuidado inmediato de la Tierra y sus aledaños. Como trabajo, suponía una sinecura, un lugar cómodo, un punto muerto. Sin embargo, a través de los siglos, había llegado a sentirse petulantemente orgulloso de su mundo.

—¿Vas a destruir mi mundo sin previo aviso? —protestó.

—En absoluto. Nada de eso. Hay ciertos pasajes en el Libro de Daniel y en el Apocalipsis de San Juan que resultan bastante explícitos.

—¿Lo son de verdad? ¿Después de haber sido copiados por escriba tras escriba? Me pregunto si quedarán sin cambiar dos palabras de una frase.

—Hay sugerencias en el Rig-Veda, en las Analectas confucianas...

—... que son propiedad de grupos culturales aislados, tan reducidos como una aristocracia.

—La Crónica de Gilgamesh habla de manera muy explicita.

—Gran parte de esa Crónica fue destruida con la Biblioteca de Asurbanipal hace mil seiscientos años según el cómputo terrestre, antes de mi creación.

—Hay ciertas características de la Gran Pirámide, y un motivo en las joyas taraceadas del Taj Mahal...

—... tan sutiles que ser humano alguno los ha interpretado jamás debidamente.

Gabriel dijo, cansado ya:

—Si vas a poner objeciones a todo, no cabe discusión alguna sobre el tema. De todos modos, tú deberías estar bien enterado. En los asuntos relativos a la Tierra, eres omnisciente.

—Sí, fui elegido para eso. Y te confieso que, entre las muchas

preocupaciones que me causa, no se me ocurrió investigar las posibilidades de la resurrección.

—Pues tendrías que haberlo hecho. Todos los documentos implicados se encuentran en los archivos del Consejo de Ascendientes. Podrías haberlos consultado en cualquier momento.

—Pero el caso es que todo mi tiempo era necesario allí. No tienes la menor idea de la mortal eficiencia del Adversario en ese planeta. Requería todo mi esfuerzo doblegarlo. Y aun así...

—Sí, en efecto. —Gabriel acarició un cometa a su paso—. Parece que ha obtenido sus pequeñas victorias. Al fluir a través de mí la pauta factual entrelazada de ese miserable pequeño mundo, me he dado cuenta de que se trata de una de esas estructuras con equivalencia de materia-energía.

—Así es —convino Etheriel.

—Y que están jugando con ella.

—Me temo que sí.

—Entonces, ¿qué mejor momento para acabar con el asunto?

—Soy capaz de manejarlo, te lo aseguro. Sus bombas nucleares no los destruirán.

—Lo dudo. Bien, supongo que ahora me dejarás continuar, Etheriel. Se aproxima el momento señalado.

—Me gustaría ver los documentos pertinentes —repuso tercamente el serafín.

—Si insistes...

Y al instante, sobre la profunda negrura del firmamento sin aire, apareció en signos el texto de un Acta de Ascendencia.

Etheriel leyó en voz alta:

—«Por orden del Consejo Superior, se dispone por la presente que el arcángel Gabriel, número de serie; etcétera, etcétera (bueno, ése eres tú), se aproximará al planeta de clase A, número G753990, posteriormente conocido con el nombre de Tierra, el 1 de enero de 1.957, a las 12.01 del día, según el horario local...

Terminó la lectura en melancólico silencio.

—¿Satisfecho?

—No, pero no tengo más remedio que aceptarlo.

Gabriel sonrió. Una trompeta apareció en el espacio. Su forma era semejante a las terrestres, pero su áureo pulido se extendía de la Tierra al Sol, con la boquilla dirigida hacia los bellos y brillantes labios de Gabriel.

—¿No puedes darme un poco de tiempo para defender mi causa ante el Consejo? —preguntó desesperado Etheriel.

—¿De qué te serviría? El acta está firmada por el Jefe, y ya sabes que un acta firmada por Él es totalmente irrevocable. Y ahora, si no te importa, ya casi ha llegado el segundo convenido. Quiero terminar con esto de una vez, pues tengo otros asuntos de mucha mayor importancia en que pensar. ¿Me haces el favor de apartarte un poco? Gracias.

Gabriel sopló, y todo el universo, hasta la más lejana estrella, se colmó con el tenue sonido, de tono perfecto y la más cristalina delicadeza. Al sonar, hubo un leve momento estático, tan leve como la línea que separa el pasado del futuro. Y en el acto, la estructura de los mundos se derrumbó sobre sí misma, y la materia se acumuló de nuevo en el caos primitivo del cual surgiera una vez al conjuro del Verbo. Las estrellas y las nebulosas desaparecieron, y el polvo cósmico, el Sol, los planetas y la Luna. Todo, excepto la Tierra, la cual quedó donde estaba, suspendida en el universo, ahora vacío por completo.

La trompeta del Juicio Final había sonado.

R. E. Mann (todos cuantos le trataban le llamaban simplemente por sus iniciales, R. E.) entró en las oficinas de la Billikan Bitsies Factory y se quedó mirando sombrío al hombre de elevada estatura (flaco, pero con cierta ajada elegancia, intensificada por su pulcro bigote gris) que se hallaba encorvado sobre un montón de papeles que había en su mesa.

R. E. consultó su reloj de pulsera, que marcaba aún las 7.01, por haberse parado en esa hora. Naturalmente, se trataba de la hora de Oriente, que correspondía a las 12.01 del mediodía según el meridiano de Greenwich. Sus oscuros ojos pardos, que miraban penetrantes sobre un par de pronunciados pómulos, se posaron en los del otro con fijeza.

Durante unos instantes, el hombre de elevada estatura le miró a su vez inexpresivo. Luego dijo:

—¿Puedo servirle en algo?

—¿Horatio J. Billikan, supongo? ¿El propietario de esta fábrica?

—Sí.

—Yo soy R. E. Mann, y no pude por menos de detenerme al ver a alguien trabajando. ¿No sabe usted qué día es hoy?

—¿Hoy?

—Es el Día de la Resurrección.

—¡Ah, ya sé! Oí el toque. Destinado a despertar a los muertos... Qué historia tan buena, ¿no cree? —Rió entre dientes unos instantes y prosiguió—: Me desperté a las siete de la mañana. Di un codazo a mi mujer, que dormía como un tronco, según su costumbre. «Es la trompeta del Juicio

Final, querida», le dije. Hortensia, así se llama mi mujer, me contestó: «Muy bien», y siguió durmiendo. Me bañé, me afeité, me vestí y vine al trabajo.

—¿Pero por qué?

—¿Y por qué no?

—Ninguno de sus empleados se ha presentado hoy.

—No, pobre gente. Se han tomado el día libre. Era de esperar. Después de todo, no se acaba el mundo todos los días. Con franqueza, me alegro. Me proporciona una oportunidad para poner en orden mi correspondencia personal sin interrupciones. El teléfono no ha sonado hasta ahora ni una sola vez... —Se levantó, dirigiéndose a la ventana—. Supone una gran mejoría... Nada de sol cegador, y la nieve ha desaparecido. Una luz agradable y un grato calor. Muy buen arreglo... Ahora, si no le importa, estoy bastante ocupado, así que me dispensara.

Un ronco vozarrón le interrumpió diciendo: «Un minuto, Horatio». Y un caballero que se parecía en grado notable a Billikan, aunque de facciones más marcadas, introdujo su prominente nariz en el despacho, asumiendo una actitud de dignidad ofendida, apenas disminuida por el hecho de hallarse desnudo.

—¿Puedo preguntarte por qué has cerrado la fábrica?

Billikan pareció a punto de desmayarse.

—¡Cielo Santo! —balbuceó—. ¡Es mi padre! ¿De dónde sales?

—Del cementerio —respondió el recién llegado—. ¿De dónde diablos quieres que salga? Están saliendo de allí a docenas. Todos desnudos. También las mujeres.

Billikan hijo carraspeó:

—Te daré algo de ropa, padre. Iré a buscártela a casa.

—No tiene importancia. El negocio primero, el negocio primero.

R. E. salió de su ensimismamiento para decir:

—¿Está todo el mundo abandonando sus tumbas al mismo tiempo, señor?

Mientras hablaba miraba con curiosidad a Billikan padre. El viejo parecía hallarse en la fuerza de la edad. Sus mejillas, aunque surcadas de arrugas, resplandecían de salud. Su edad, decidió R. E., era la misma que tenía en el momento de su muerte, pero su cuerpo había retrocedido a la época de su vida en que se hallaba en su plenitud.

Billikan padre contestó:

—No, no. Los de las tumbas más recientes salen los primeros. Tottersby murió cinco años antes que yo y salió unos cinco minutos después de mí. Fue el verle lo que me decidió a marcharme de allí. Ya tuve bastante con él

cuando... —Dio un puñetazo sobre la mesa, con un sólido puño—. No hay taxis ni autobuses. No funcionan los teléfonos. He tenido que venir a pie. Treinta y cinco kilómetros a pie.

—¿Así? —preguntó su hijo con espantada voz.

Billikan padre bajó la mirada para contemplar su piel al descubierto con despreocupada aprobación.

—Hace calor. Y la mayoría van desnudos... De todos modos, hijo, no he venido aquí para charlar de fruslerías. ¿Por qué está cerrada la fábrica?

—No está cerrada. Es una ocasión especial.

—¡Qué ocasión especial ni qué porras! Llama al sindicato y diles que el Día de la Resurrección no figura en el contrato de trabajo. Se les deducirá a todos del salario. Cada minuto que permanezcan ausentes de su labor.

La rasurada cara de Billikan hijo tomó un aire de obstinada decisión, mientras escudriñaba a su padre.

—No —dijo—. No lo haré. No olvides que no eres tú quien está al cargo de esta factoría, sino yo.

—¿Ah, sí? ¿Y con qué derecho?

—Por tu voluntad expresada en tu testamento.

—Muy bien. Pues ahora que estoy de regreso, anulo mi testamento.

—No puedes, padre. Estás muerto. Tal vez no lo parezcas, pero tengo testigos. Guardo el certificado médico. He pagado las facturas del empresario de pompas fúnebres. Si lo necesito, obtendré el testimonio de los portadores del féretro.

Billikan padre miró con fijeza a su hijo, se sentó, colocó una mano sobre el respaldo de su butaca y cruzó las piernas.

—Si vamos a eso —dijo—, todos estamos muertos, ¿no es así? El mundo se ha acabado, ¿no?

—Pero tú has sido declarado legalmente muerto y yo no.

—¡Bah! Ya cambiaremos eso. Va a haber más de los nuestros que de los vuestros, hijo. Y los votos cuentan.

Billikan hijo dio una firme palmada sobre su mesa. Enrojeció ligeramente.

—Padre, no desearía abordar este punto particular, pero ya que me obligas a ello... He de recordarte que en estos momentos madre debe estar ya esperándote en casa y que sin duda alguna se habrá visto también obligada a caminar por las calles... desnuda. No creo que se sienta de muy buen humor.

Billikan padre se puso ridículamente pálido.

—¡Cielo santo! —exclamó.

—Y ya sabes que siempre deseó que te retirases.

Billikan padre adoptó una decisión rápida.

—No pienso ir a casa. ¡Vaya, esto es una pesadilla! ¿No hay límite alguno para esta histeria de la resurrección? Es..., es..., pura anarquía. No hay que extremar tanto las cosas. No, he dicho que no iré a casa y no voy.

En aquel punto, un caballero un tanto rotundo, de rostro terso, suave y sonrosado y blancas patillas a lo Francisco José, entró en el despacho y saludó fríamente:

—Buenos días.

—¡Padre! —dijo el Billikan desnudo.

—¡Abuelo! —dijo el Billikan vestido.

El abuelo Billikan miró a su nieto con aire de desaprobación:

—Si eres mi nieto, parece que has envejecido mucho. El cambio no te ha mejorado.

Billikan nieto sonrió con dispéptica debilidad y no respondió. Tampoco el abuelo Billikan parecía esperar respuesta alguna. Continuó:

—Bien, si me ponéis al corriente de cómo va el negocio en la actualidad, reasumiré mis funciones de director.

Hubo dos respuestas simultáneas, y el encendido de las mejillas del abuelo se intensificó hasta un grado peligroso, en tanto golpeaba perentorio el suelo con un bastón imaginario y ladraba una réplica.

R. E. decidió intervenir.

—Caballeros —dijo. Alzó un poco la voz—. ¡Caballeros! —Y acabó por gritar a pleno pulmón—: ¡CABALLEROS!

La conversación cesó de repente, y todos se volvieron hacia él. El rostro anguloso de R. E., sus ojos singularmente atractivos y su sardónica boca parecieron dominar de pronto la reunión.

—No comprendo esta discusión —dijo—. ¿Qué es lo que fabrican ustedes?

—Copos —respondió Billikan nieto.

—O sea, si no me equivoco, un desayuno empaquetado, a base de cereales...

—Lleno de energía en cada uno de sus áureos trocitos... —proclamó Billikan nieto.

—Recubiertos de cristalino azúcar, dulce como la miel. Elaboración y alimento que... —rezongó Billikan padre.

—Tienta al más inapetente... —rugió Billikan abuelo.

—A eso iba —interrumpió R. E.—. ¿Qué clase de inapetencia?

Todos le miraron con aire estólido.

—¿Perdón? —dijo Billikan nieto, creyendo no haber entendido bien.

—Sí, ¿alguno de ustedes tiene apetito? —volvió a preguntar R. E.—. Yo no.

—¿Qué es lo que farfulla este estúpido? —barbotó Billikan abuelo.

Su invisible bastón habría medido las costillas de R. E. de haber existido (el bastón, no las costillas, claro). R. E. prosiguió:

—Estoy tratando de poner en su conocimiento que nadie querrá volver a comer. Nos hallamos en el después, y el alimento resulta innecesario.

Las expresiones que se dibujaron en los rostros de los Billikan no necesitaban interpretación alguna. Se hizo evidente que habían intentado comprobar sus propios apetitos y los habían hallado nulos.

Billikan nieto exclamó con el rostro ceniciento:

—¡Arruinados!

Billikan abuelo aporreó enérgica y ruidosamente con la contera de su imaginario bastón.

—Esto es una confiscación de la propiedad sin el debido procedimiento legal. Entablaremos pleito, litigaremos...

—Totalmente anticonstitucional —le apoyó Billikan padre.

—Si encuentran a alguien para que presente la demanda, les deseo buena suerte —manifestó R. E. en tono afable—: Y ahora, si me lo permiten, creo que voy a darme una vuelta por el cementerio.

Y encasquetándose el sombrero, se dirigió a la puerta y salió.

Etheriel, con sus vértices estremecidos, se vio ante la gloria de un querubín de seis alas.

—Si te he entendido bien —dijo éste—, tu universo particular ha sido desmantelado.

—Exacto.

—Bueno, supongo que no esperarás que yo lo ajuste de nuevo...

—No espero que hagas nada, excepto conseguirme una entrevista con el Jefe.

Al oír este nombre, el querubín se apresuró a exponer su respeto. Las puntas de dos de sus alas le cubrieron los pies, otras dos los ojos y las dos últimas la boca. Volviendo a su estado normal, repuso:

—El Jefe está muy ocupado. Tiene una miríada de asuntos que resolver.

—¿Y quién lo niega? Me limito a señalar que, si las cosas continúan como hasta ahora, tendrá un universo en el cual Satán logrará la victoria final.

—¿Satán?

—Es el nombre hebreo del Adversario —explicó impaciente Etheriel—. Podría llamarle también Ahrimán, que es la palabra persa. En cualquier caso, me refiero al Adversario.

—¿Y a qué te conducirá una entrevista con el Jefe? —dijo el querubín—. Firmó el documento que autorizaba tocar la trompeta del Juicio Final, y ya sabes que su firma es irrevocable. El Jefe no contradiría nunca su propia omnipotencia revocando una palabra pronunciada en su facultad oficial.

—¿Es tu última decisión? ¿No quieres concertarme una entrevista?

—No puedo.

—En ese caso —decidió Etheriel— acudiré al Jefe sin que me sea concedida audiencia. Invadiré el Móvil Primero. Y si ello significa mi destrucción, que así sea.

E hizo acopio de todas sus energías...

—¡Sacrilegio! —murmuró horrorizado el querubín.

Se oyó como un trueno cuando Etheriel salió disparado hacia las alturas.

R. E. Mann recorrió las atestadas calles, acostumbrándose poco a poco a la visión de toda aquella gente aturdida, incrédula, apática, vestida sucintamente o, con mayor frecuencia, sin nada encima.

Una chiquilla que aparentaba unos doce años, colgada de una puerta de hierro, con un pie posado sobre un barrote y balanceándose adelante y atrás, le saludó al pasar:

—¡Hola!

—¡Hola! —correspondió R. E.

La niña estaba vestida. No era uno de los..., retornados.

—Tenemos un nuevo bebé en casa. Es una hermanita. Mamá no hace más que quejarse y me ha mandado aquí.

—Me parece muy bien —dijo R. E.

Cruzó la verja y se dirigió a la casa, de modesto aspecto. Tocó el timbre y, al no obtener respuesta, abrió la puerta y penetró en el interior. Siguiendo el sonido de los sollozos, llamó con los nudillos a una segunda puerta. Un hombre vigoroso, de unos cincuenta años, de escaso pelo, gruesas mejillas y prominente mandíbula, abrió y le dirigió una mirada, mezcla de asombro y enfado.

—¿Quién es usted?

R. E. se quitó el sombrero.

—Pensé que podría servir de alguna ayuda. Su pequeña, que está fuera...

Una mujer, sentada en una silla junto a una cama de matrimonio, alzó la vista hacia él con aire desvalido. Su cabello comenzaba a encanecer. Tenía el rostro abotargado por el llanto, y las venas de las manos amoratadas e hinchadas. Una criatura se hallaba sobre la cama, gordezuela y desnuda, agitando lánguidamente los pies y dirigiendo acá y allá sus ojos sin vista aún.

—Es mi pequeña —dijo la mujer—. Nació hace veintitrés años, en esta casa, y murió a los diez días, también aquí. ¡Deseé tanto que volviera!

—Bueno, pues ya la tiene —la animó R. E.

—¡Pero es demasiado tarde! —clamó la mujer, en una especie de vehemente sollozo—. Tuve otros tres hijos. Mi hija mayor está casada, mi hijo cumpliendo el servicio militar. Y ya soy demasiado vieja para criar a otro. Si por lo menos..., si por lo menos...

Sus facciones se contrajeron en un esfuerzo por reprimir las lágrimas. No lo consiguió.

Su marido intervino, diciendo con voz átona:

—No es una criatura real. No llora. No se ensucia. Ni quiere tomar leche. ¿Qué vamos a hacer con ella? Jamás crecerá. Siempre seguirá siendo un bebé.

R. E. meneó la cabeza.

—No lo sé. Siento no poder hacer nada para ayudarles.

Y se marchó sosegadamente. Pensó sin perder la calma en los hospitales y las clínicas. Miles de criaturas debían de estar apareciendo en ellos.

«Que las cuelguen en perchas —pensó sardónico—. Que las hacinen como leños, en atados. No necesitan cuidados. Sus cuerpecillos no son más que el recipiente de una indestructible chispa vital.»

Pasó ante dos chiquillos al parecer de la misma edad, tal vez unos diez años. Sus voces eran agudas. El cuerpo de uno de ellos brillaba bajo la luz no solar, de manera que se trataba de un retornado. El otro no. R. E. se detuvo a escucharles.

—Tuve la escarlatina —decía el desnudo.

—¡Atiza! —exclamó el vestido, con una chispa de envidia en la voz.

—Por eso morí.

—¿Ah, sí? ¿Qué te dieron, penicilina o aureomicina?

—¿De qué hablas?

—Son medicinas.

—Nunca oí hablar de ellas.

—Chico, pues no has oído hablar de mucho.

—Sé tanto como tú.

—Conque sí, ¿eh?

—A ver, ¿quién es el presidente de Estados Unidos?

—Warren Harding.

—Estás chiflado. Es Eisenhower.

—¿Quién es ése?

—¿No lo has visto nunca en la televisión?

—¿Qué es la televisión?

El chico vestido gritó como para romperle los tímpanos a cualquiera:

—Algo que, moviendo un botón, se ven artistas, películas, vaqueros, lanzamientos de cohetes y todo lo que se quiera.

—A ver, enséñamelo.

—No funciona en este momento —confesó tras una pausa el niño del presente.

El otro manifestó su enojo, gritando a su vez:

—Lo que pasa es que no ha funcionado nunca. Eres un trolero.

R. E. se encogió de hombros y siguió adelante.

Los grupos escaseaban al acercarse al cementerio. Todos se encaminaban a la ciudad, desnudos.

Un hombre le detuvo. De aspecto jovial, con la piel sonrosada y el cabello blanco, se le veían las marcas de los lentes a ambos lados del puente de la nariz, aunque no los llevaba.

—Se le saluda, amigo —dijo.

—¡Hola! —respondió R. E.

—Usted es el primer hombre vestido que veo. Supongo que estaba vivo cuando sonó la trompeta.

—En efecto.

—Bien, ¿no le parece grande todo esto? ¿No lo encuentra maravilloso y extraordinario? Venga, regocíjese conmigo.

—Le gusta a usted esto, ¿verdad?

—¿Gustar? Una alegría pura y radiante me colina. Estamos rodeados por la luz del primer día, la luz que resplandecía suave y serenamente antes que fueran creados el Sol, la Luna y las estrellas. Usted debe de conocer el Génesis, claro. Hay el dulce calor que debió de ser uno de los deleites mayores del Edén, no el enervante de un sol implacable, ni el asalto del frío en su ausencia. Hombres y mujeres andan por las calles sin ropa alguna y no se avergüenzan. Todo está bien, amigo, todo está bien.

—Desde luego, es un hecho que no me ha impresionado el despliegue femenino.

—Pues claro que no —corroboró el otro—. El deseo y el pecado, tal como lo recordamos de nuestra existencia terrenal, ya no existen. Permítame que me presente, amigo, tal como fui en otros tiempos. Mi nombre en la Tierra fue Winthrop Hester. Nací en 1812 y morí en 1884, tal como entonces contábamos el tiempo. A lo largo de los últimos cuarenta años de mi vida, laboré para conducir mi pequeño rebaño hasta el Reino. Ahora podré contar los que gané para él.

R. E. contempló con solemnidad al ministro de la Iglesia.

—Lo más probable es que no haya habido ningún Juicio todavía.

—¿Por qué no? El Señor ve en el interior de cada hombre, y en el mismo instante en que todas las cosas del mundo cesaron, todos fueron juzgados. Nosotros somos los salvos.

—Pues deben de haberse salvado muchos.

—Por el contrario, hijo mío, los salvos no son sino un resto.

—Un resto muy nutrido... Por lo que puedo colegir, todo el mundo vuelve a la vida. Y he visto en la ciudad a unos personajes muy desagradables tan vivos como usted.

—Un arrepentimiento de último momento...

—Yo nunca me he arrepentido.

—¿De qué, hijo mío?

—Del hecho de no haber asistido nunca a la iglesia.

Winthrop Hester se echó atrás presuroso.

—¿Fue usted bautizado alguna vez?

—No, que yo sepa.

Winthrop Hester tembló.

—Pero seguro que creyó en Dios.

—Bueno. Creí una serie de cosas sobre Él que probablemente le espantarían si se las dijera.

Winthrop Hester se dio la vuelta y se marchó presa de gran agitación.

En lo que quedaba de camino hasta el cementerio -R. E. no tenía medios de calcular el tiempo ni se le ocurrió intentarlo-, nadie más le detuvo. Halló el cementerio casi vacío, sin árboles ni hierba. Pensó que no quedaba ya verdor en el mundo; el mismo suelo presentaba un gris duro e informe, sin granulación; el firmamento, una blancura luminosa. Sin embargo, las lápidas subsistían.

Sobre una de ellas se hallaba sentado un hombre flaco y con arrugas, de largo cabello negro y una mata de pelo, más corto, aunque más impresionante, en el pecho y la parte superior de los brazos. Le llamó con profunda voz:

—¡Eh, usted!

—Hola —dijo R. E., sentándose en otra lápida vecina.

El del pelo negro dijo:

—Su indumentaria tiene un aspecto muy raro. ¿En qué año ha sucedido esto?

—En 1.957.

—Yo morí en 1807. ¡Curioso! Esperaba que a estas alturas me habría convertido en un buen churrasco, con las llamas eternas brotando de mis entrañas.

—¿No piensa venir a la ciudad?

—Me llamo Zeb —dijo el otro—. Abreviatura de Zebulón, pero con Zeb basta. ¿Qué tal la ciudad? ¿Habrá cambiado un poco, supongo?

—Ha llegado a los cien mil habitantes.

La boca de Zeb dibujó algo semejante a un bostezo.

—¡Vaya! ¿Más que Filadelfia...? Usted bromea.

—Filadelfia tiene... —R. E. se detuvo. Exponer la cifra no serviría de nada. En vez de ello, dijo—: Ha crecido lo normal en una ciudad durante ciento cincuenta años...

—¿El país también?

—Ahora tenemos cuarenta y ocho estados. Lo ocupamos todo hasta el Pacífico.

—¡No me diga! —Zeb se dio una fuerte palmada de contento en el muslo y respingó ante la ausencia de tela que hubiera atenuado el golpe—. Me iría al Oeste si no se me necesitara aquí. Sí, señor. —Su cara se ensombreció, y sus delgados labios tomaron un rictus de definida inflexibilidad—. Sí, me quedaré aquí, donde soy necesario.

—¿Por qué es necesario?

La explicación surgió con breve y duro laconismo.

—¡Indios!

—¿Indios?

—Millones de ellos. Primero las tribus que combatimos y liquidamos, y encima las que nunca vieron a un hombre blanco. Todos ellos están volviendo a la vida. Necesitaré a mis viejos camaradas. Ustedes, los tipos de la ciudad, no valen para eso... ¿Ha visto alguna vez a un indio?

—Últimamente no.

Zeb esbozó un gesto de desprecio e intentó escupir a un lado, pero no encontró saliva para ello.

—Más vale que regrese a la ciudad —dijo—. Dentro de poco, no habrá la menor seguridad por estos parajes. Desearía tener mi mosquetón.

R. E. se puso en pie, meditó un momento, se encogió de hombros y se dirigió a la ciudad. La lápida sobre la que había estado sentado se desplomé al levantarse, conviniéndose en polvo de piedra gris, que se amalgamó con la tierra informe. Miró en derredor. La mayoría de las lápidas habían desaparecido. El resto no tardaría en hacerlo. Sólo la que estaba bajo Zeb parecía aún firme y fuerte.

R. E. echó a andar. Zeb ni siquiera se volvió para mirarle. Seguía inmóvil y en calma, en espera... de los indios.

Etheriel se zambulló a través de los cielos con temeraria celeridad. Los ojos de los Ascendientes se hallaban posados sobre él, lo sabía. Desde el serafín creado en último lugar, pasando por los querubines y los ángeles, hasta el más elevado de los arcángeles, todos debían de estar contemplándole.

Había llegado ya más arriba que ningún Ascendiente estuviera nunca sin ser invitado, y esperaba el palpitar del Verbo que reduciría sus vértices a la nada.

Mas no vaciló. A través del no-espacio y el no-tiempo se precipitó hacia la unión con el Móvil Primero, la sede que circundaba todo lo que Es, Fue, Será, Había Sido, Podía Ser y Debía Ser.

Y al pensarlo, irrumpió y se fundió con él, expandiéndose su ser de manera que, por un instante, formó parte del Todo. Sin embargo, de un modo misericordioso, sus sentidos se velaron, y el Jefe se convirtió en una queda voz en su interior, tenue pero tanto más impresionante en su infinita plenitud.

—Hijo mío —dijo la voz—, ya sé por qué has venido.

—Entonces ayúdame, si tal es tu voluntad.

—Por mi propia voluntad, un acto mío es irrevocable. Todo tu género humano, hijo mío, anhelaba vivir. Todos temían la muerte. Todos albergaban y desarrollaban pensamientos y sueños de vida ilimitada. No dos grupos de hombres, no dos hombres aislados. Todos desarrollaban la misma idea de la vida futura, todos deseaban vivir. Se pedía que fuese el común denominador de todos esos deseos... de vida eterna. Y accedí.

—Ningún servidor tuyo presentó la solicitud.

—La presentó el Adversario, hijo mío.

La débil gloria de Etheriel desfalleció. Murmuró en voz baja:

—Soy polvo a tu vista y no merecedor de estar en tu presencia, pero he de hacerte una pregunta. ¿También el Adversario es tu servidor?

—Sin él, no podría tener ningún otro —repuso el Jefe—. ¿Pues qué es el

Bien sino la lucha eterna contra el Mal?

«Y en esa lucha —pensó Etheriel—, yo he perdido.»

R. E. se detuvo a la vista de la ciudad. Los edificios se estaban derrumbando. Los de madera eran ya montones de astillas. Se dirigió al más próximo de tales hacinamientos y halló las astillas polvorientas y secas.

Penetró más profundamente en la ciudad y vio que las casas de ladrillo se mantenían aún en pie, si bien los ladrillos presentaban una siniestra redondez en los bordes, un amenazador descascarillamiento.

—No durarán mucho —dijo una voz profunda—, pero hasta cierto punto supone un consuelo saber que al derrumbarse no matarán a nadie.

R. E. alzó la vista sorprendido y se hallé cara a cara con un cadavérico Don Quijote de deprimidas mandíbulas y hundidas mejillas. Sus ojos eran tristes; su cabello, castaño y lacio. La ropa le colgaba flojamente, y la piel asomaba a través de varios desgarrones.

—Mi nombre es Richard Levine. —dijo el individuo—. Era profesor de historia..., antes de que esto ocurriera.

—Va usted vestido —observó R. E.—. Así que no es uno de los resucitados.

—No, pero esa señal diferenciadora va desapareciendo. La ropa se cae a jirones.

R. E. observó a la muchedumbre que pasaba, moviéndose lentamente y sin meta, como polillas bajo un rayo de sol. En efecto, pocos llevaban ropa. Se miró la suya y por primera vez reparó en que se había desprendido ya la costura lateral de las perneras de sus pantalones. Tomó entre pulgar e índice la tela de su chaqueta, y la lana se desmenuzó con facilidad.

—Me parece que tiene usted razón —dijo a Levine.

—Y si se fija, verá también que Mellon's Hill está quedando raso —prosiguió el profesor de historia.

R. E. dirigió la mirada al norte, donde las mansiones de la aristocracia -toda la aristocracia que había en la ciudad- festoneaban las laderas de Mellon's Hill, y halló casi liso el horizonte.

—Al final —anunció Levine—, todo se reducirá a una planicie, sin ningún rasgo característico. La nada... y nosotros.

—Y los indios —añadió R. E.—. Hay un hombre al exterior de la ciudad que los espera. No hace más que clamar por un mosquetón.

—Imagino que los indios no nos causarán ninguna desazón. No hay placer alguno en combatir a un enemigo al que no se puede matar o herir. Y aunque se pudiera, el anhelo de batalla habría desaparecido, como todos los

anhelos.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo. Aunque no se lo imagine al mirarme, antes de que todo esto aconteciera, me causaba un gran e inofensivo placer la contemplación de una figura femenina. Ahora, pese a las oportunidades sin par a mi disposición, me siento irritantemente falto de interés. No, no es cierto... Ni siquiera me causa irritación mi desinterés.

R. E. lanzó una breve ojeada a los transeúntes.

—Ya sé lo que quiere decir.

—La venida de los indios aquí no significa nada comparada con lo que debe de ser la situación en el Viejo Mundo —prosiguió Levine—. Ya en las primeras horas de la Resurrección, sin duda volvieron a la vida Hitler y su Wehrmacht. Ahora debe hallarse en compañía y mezcolanza con Stalin y el Ejército en todo el camino que va desde Berlín a Estalingrado. Para complicar la situación, llegarán los káiseres y los zares. Los hombres de Verdún y el Some volverán a los antiguos campos de batalla. Napoleón y sus mariscales se desparramarán por la Europa occidental. Y Mahoma habrá vuelto para ver lo que épocas posteriores han hecho del Islam, mientras que los Santos y los apóstoles estudiarán las sendas de la cristiandad. Y hasta los mongoles, pobrecillos, los Kanes de Temujin a Aurangzeb, recorrerán desamparados las estepas, en anhelante búsqueda de caballos.

—Como profesor de historia, lo lógico es que anhele también estar allí para observar.

—¿Cómo podría estar allí? La posición de todo hombre en la Tierra queda limitada ahora a la distancia que puede recorrer caminando. No hay máquinas de ninguna especie y, como he mencionado ya, tampoco caballos ni cabalgadura alguna. Y al fin y al cabo, ¿qué cree que encontraría en Europa de todos modos? Apatía, igual que aquí.

El sordo ruido de una caída hizo que R. E. girase en redondo. El ala de un edificio de ladrillo próximo a ellos se había derrumbado. A ambos lados, entre el polvo, había cascotes. Sin duda alguno de ellos le había golpeado sin que se diera cuenta.

—Encontré a un hombre que pensaba que todos habíamos sido ya juzgados y estábamos en el cielo —dijo.

—¿Juzgados? Sí, me imagino que lo estamos. Nos enfrentamos ahora a la eternidad. No nos queda ningún universo, ni fenómenos exteriores, ni emociones, ni pasiones. Nada, sino nosotros mismos y el pensamiento. Nos enfrentamos a una eternidad de introspección, cuando nunca, a lo largo de la historia, hemos sabido qué hacer de nosotros mismos en un domingo

lluvioso.

—Parece como si la situación le molestara.

—Mucho más que eso. Las concepciones dantescas del infierno eran pueriles e indignas de la imaginación divina. Fuego y tortura... El hastío es mucho más sutil. La tortura interior de una mente incapaz de escapar de sí misma en modo alguno, condenada a pudrirse en la exudación de su propio pus mental por toda la eternidad resulta mucho más refinada. Sí, amigo mío, hemos sido juzgados... y condenados. Y esto no es el cielo, sino el infierno.

Levine se levantó, con los hombros abrumados por el decaimiento, y se marchó.

R. E. miró pensativo en derredor y asintió con la cabeza. Estaba convencido.

El reconocimiento del propio fracaso duró sólo un instante en Etheriel. De pronto, alzó su ser tan brillante y elevadamente como oso en presencia del Jefe, y su gloria fue una pequeña mota de luz en el infinito Móvil Primero.

—Si ha de cumplirse tu voluntad —dijo—, no pido que renuncies a ella, sino que la colmes.

—¿De qué modo, hijo mío?

—El documento aprobado por el Consejo de Ascendientes y firmado por Ti señala el Día de la Resurrección para una hora específica de un día determinado del año 1.957, según el cómputo del tiempo de los terrestres.

—Así es.

—Pero la fijación de la fecha es impropia. En efecto, ¿qué significa 1.957? Para la cultura dominante en la Tierra, significa que transcurrieron mil novecientos cincuenta y siete años después del nacimiento de Jesucristo, cosa muy cierta. Sin embargo, desde el instante en que insuflaste la existencia a la Tierra y al universo, han pasado 5.960 años. Y basándose en la evidencia interna de tu creación dentro de este universo, han pasado cerca de cuatro billones de años. ¿Cuál es por lo tanto el año impropio, el 1.957, el 5.960 o el 4.000.000.000.000? Y no es eso todo. El año 1.957 después de Jesucristo coincide con el 7.474 de la era bizantina y con el 5.716 según el calendario judío. Igualmente, corresponde al año 2.708 desde la fundación de Roma, caso de que adoptemos el calendario romano, y al 1.375 en el calendario mahometano, y al 180 de la independencia de Estados Unidos... Así que te pregunto humildemente: ¿no te parece que un año mencionado como 1.957, sin especificar más, resulta impropio y sin significado alguno?

La voz profunda, sosegada y tenue, a la par que intensa, del Jefe repuso:

—Siempre supe eso, hijo mío. Eras tú quien tenía que aprenderlo.

—Entonces —rogó Etheriel, con un luminoso temblor de alegría—, haz que se cumpla tu designio al pie de la letra y, en consecuencia, que el Día de la Resurrección recaiga, en efecto, en el 1.957 prescrito, pero sólo cuando todos los habitantes de la Tierra acuerden por unanimidad que un año determinado, y ningún otro, corresponde a 1.957.

—Así sea —asintió el Jefe.

Y su Verbo recreó la Tierra y todo cuanto contenía, junto con el Sol, la Luna y todos los demás huéspedes del cielo.

Eran las siete de la mañana del 1 de enero de 1.957 cuando R. E. Mann se despertó sobresaltado. El comienzo de la melodiosa nota que debía de haber llenado el universo había sonado y sin embargo no había sonado.

Por un instante, enderezó la cabeza, como si quisiera hacer penetrar en ella la comprensión. Luego, cruzó por su rostro un leve gesto de rabia, que se desvaneció muy pronto. No había sido más que otra batalla.

Se sentó ante su escritorio para componer el siguiente plan de acción. La gente hablaba ya de la reforma del calendario y había que apoyarla. Una nueva era debía comenzar el 2 de diciembre de 1.944. Algún día llegaría el nuevo año 1.957. El 1.957 de la era atómica, reconocido como tal por todo el mundo.

Una extraña luz fulguró en su cerebro, mientras los pensamientos se sucedían en su mente más que humana. Y dos pequeños cuernos, uno en cada sien, parecieron dibujarse en la sombra de Ahrimán proyectada en la pared[1].

---

[1] En inglés, R. E. Mann se pronuncia de manera muy semejante a Ahrimán (N. del T.)

¡CÓMO SE DIVERTÍAN!

Margie incluso lo escribió aquella noche en su diario, en la página encabezada con la fecha 17 de mayo de 2157. «¡Hoy, Tommy ha encontrado un libro auténtico!»

Era un libro muy antiguo. El abuelo de Margie le había dicho una vez que siendo pequeño su abuelo le contó que hubo un tiempo en que todas las historias se imprimían en papel.

Volvieron las páginas, amarillas y rugosas, y se sintieron tremendamente divertidos al leer palabras que permanecían inmóviles, en vez de moverse como debieran, sobre una pantalla. Y cuando se volvía a la página anterior, en ella seguían las mismas palabras que se habían leído por primera vez.

—¡Atiza! —comentó Tommy.—. ¡Vaya despilfarro! Una vez acabado el libro, sólo sirve para tirarlo, creo yo. Nuestra pantalla de televisión habrá contenido ya un millón de libros, y todavía le queda sitio para muchos más. Nunca se me ocurriría tirarla.

—Ni a mí la mía —asintió Margie.

Tenía once años y no había visto tantos libros de texto como Tommy, que ya había cumplido los trece.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó la chiquilla.

—En mi casa —respondió él sin mirarla, ocupado en leer—. En el desván.

—¿Y de qué trata?

—De la escuela.

Margie hizo un mohín de disgusto.

—¿De la escuela? ¡Mira que escribir sobre la escuela! Odio la escuela.

Margie siempre había odiado la escuela, pero ahora más que nunca. El profesor mecánico le había señalado tema tras tema de geografía, y ella había respondido cada vez peor, hasta que su madre, meneando muy preocupada la cabeza, llamó al inspector.

Se trataba de un hombrecillo rechoncho, con la cara encarnada y armado con una caja de instrumental, llena de diales y alambres. Sonrió a Margie y le dio una manzana, llevándose luego aparte al profesor. Margie había esperado que no supiera recomponerlo. Sí que sabía. Al cabo de una hora poco más o menos, allí estaba de nuevo, grande, negro y feo, con su

enorme pantalla, en la que se inscribían todas las lecciones y se formulaban las preguntas. Pero eso, al fin y al cabo no era tan malo. Margie detestaba sobre todo la ranura donde tenía que depositar los deberes y los ejercicios. Había que transcribirlos siempre al código de perforaciones que la obligaron a aprender cuando tenía seis años. El profesor mecánico calculaba la nota en menos tiempo que se precisa para respirar.

El inspector sonrió una vez acabada su tarea y luego, dando una palmadita en la cabeza de Margie, dijo a su madre:

—No es culpa de la niña, señora Jones. Creo que el sector geografía se había programado con demasiada rapidez. A veces ocurren estas cosas. Lo he puesto más despacio, a la medida de diez años. Realmente, el nivel general de los progresos de la pequeña resulta satisfactorio por completo...

Y volvió a dar una palmadita en la cabeza de Margie. Esta se sentía desilusionada. Pensaba que se llevarían al profesor. Así lo habían hecho con el de Tommy, por espacio de casi un mes, debido a que el sector de historia se había desajustado.

—¿Por qué iba a escribir nadie sobre la escuela? —preguntó a Tommy.

El chico la miró con aire de superioridad.

—Porque es una clase de escuela muy distinta a la nuestra, estúpida. El tipo de escuela que tenían hace cientos y cientos de años. —Y añadió con tono superior, recalcando las palabras—: Hace siglos.

Margie se ofendió.

—De acuerdo, no sé qué clase de escuela tenían hace tanto tiempo. —Leyó por un momento el libro por encima del hombro de Tommy y comentó—: De todos modos, había un profesor.

—¡Pues claro que había un profesor! Pero no se trataba de un maestro normal. Era un hombre.

—¿Un hombre? ¿Cómo podía ser profesor un hombre?

—Bueno... Les contaba cosas a los chicos y a las chicas y les daba deberes para casa y les hacía preguntas.

—Un hombre no es bastante listo para eso.

—Seguro que sí. Mi padre sabe tanto como mi maestro.

—No lo creo. Un hombre no puede saber tanto como un profesor.

—Apuesto a que mi padre sabe casi tanto como él.

Margie no estaba dispuesta a discutir tal aserto. Así que dijo:

—No me gustaría tener en casa a un hombre extraño para enseñarme.

Tommy lanzó una aguda carcajada.

—No tienes ni idea, Margie. Los profesores no vivían en casa de los alumnos. Trabajaban en un edificio especial, y todos los alumnos iban allí a

escucharles.

—¿Y todos los alumnos aprendían lo mismo?

—Claro. Siempre que tuvieran la misma edad...

—Pues mi madre dice que un profesor debe adaptarse a la mente del chico o la chica a quien enseña y que a cada alumno hay que enseñarle de manera distinta.

—En aquella época no lo hacían así. Pero si no te gusta, no tienes por qué leer el libro.

—Yo no dije que no me gustara —respondió con presteza Margie. Todo lo contrario. Ansiaba enterarse de más cosas sobre aquellas divertidas escuelas. Apenas habían llegado a la mitad, cuando la madre de Margie llamó:

—¡Margie! ¡La hora de la escuela!

—Todavía no, mamá —suplicó Margie, alzando la vista.

—¡Ahora mismo! —ordenó la señora Jones—. Probablemente es también la hora de Tommy.

—¿Me dejarás leer un poco más del libro después de la clase? —pidió Margie a Tommy.

—Ya veremos —respondió él con displicencia.

Y se marchó acto seguido, silbando y con su polvoriento libro bajo el brazo. Margie entró en la sala de clase, próxima al dormitorio. El profesor mecánico ya la estaba esperando. Era la misma hora de todos los días, excepto el sábado y el domingo, pues su madre decía que las pequeñas aprendían mejor si lo hacían a horas regulares.

Se iluminó la pantalla y una voz dijo:

—La lección de aritmética de hoy tratará de la suma de fracciones propias. Por favor, coloque los deberes señalados ayer en la ranura correspondiente.

Margie obedeció con un suspiro. Pensaba en las escuelas antiguas, cuando el abuelo de su abuelo era un niño, cuando todos los chicos de la vecindad salían riendo y gritando al patio, se sentaban juntos en clase y regresaban en mutua compañía a casa al final de la jornada. Y como aprendían las mismas cosas, podían ayudarse mutuamente en los deberes y comentarlos.

Y los maestros eran personas...

El profesor mecánico destelló sobre la pantalla:

—Cuando sumamos las fracciones una mitad y un cuarto:

Margie siguió pensando en lo mucho que tuvo que gustarles la escuela a los chicos en los tiempos antiguos. Siguió pensando en cómo se divertían.

EL CHISTOSO

Noel Meyerhof consultó la lista que había preparado y escogió el asunto que iba a ser tratado primero. Como de costumbre, confiaba sobre todo en su intuición.

Aparecía empequeñecido por la máquina a la que se enfrentaba, aunque sólo tuviera a la vista una mínima porción de ésta. Sin embargo, no le importaba. Hablaba con la confianza sin cumplidos de quien se sabe enteramente el amo.

—Johnson regresó de modo inesperado a casa tras un viaje de negocios —dijo—, hallando a su mujer en brazos de su mejor amigo. Se tambaleó dando un paso atrás y exclamó: «¡Max! Yo estoy casado con ella y tengo esa obligación. ¿Pero por qué tú...?»

Meyerhof pensó: «Muy bien. Dejemos ahora que le baje hasta las tripas y que lo digiera un poco».

Sonó una voz detrás de él:

—¡Eh!

Meyerhof borró el sonido de este monosílabo y puso en punto neutro el circuito que había utilizado. Giró en redondo y protestó:

—Estoy trabajando. ¿No suele llamar a la puerta?

No sonrió como acostumbraba al saludar a Timothy Whistler, un veterano analista al que trataba con tanta asiduidad como a cualquiera. Arrugó el entrecejo como lo habría hecho al ser interrumpido por un extraño, frunciendo su flaco rostro en una mueca que lo dejó más arrugado que nunca y que pareció extenderse hasta su pelo.

Whistler se encogió de hombros. Vestía su bata blanca y llevaba las manos apretadas en los bolsillos, formando en ellos unas marcadas líneas verticales.

—Llamé, pero no me contestó. La luz roja no estaba encendida.

Meyerhof gruñó distraído. Había estado pensando demasiado intensamente en su nuevo proyecto y olvidaba los pequeños detalles.

Y sin embargo, apenas podía reprochárselo. El asunto era importante.

No sabía por qué, desde luego. Los Grandes Maestros raras veces lo sabían. Y precisamente eso, el hecho de estar más allá de la razón, les convertía en Grandes Maestros. ¿Cómo si no podía mantenerse la mente humana frente a aquella masa de solidificada razón de dieciséis kilómetros

de longitud, a la que los hombres llamaban Multivac, el más complejo ordenador jamás construido?

—Estoy trabajando —insistió—. ¿Qué le trae por aquí? ¿Algo importante?

—Nada que no pueda ser aplazado. Hay unos cuantos baches en la respuesta sobre el hiperespacio... —En ese momento, Whistler pareció captar el ambiente, y su cara tomó una deplorable expresión de incertidumbre—. ¿Trabajando, dice?

—Sí. ¿Qué hay de raro en eso?

—Pero... —Whistler miró a su alrededor, fijando la vista en las ranuras de la angosta habitación que comunicaba con los bancos y más bancos de relés que formaban una pequeña parte de Multivac—. No veo por aquí a nadie ocupado en eso.

—¿Quién dijo que había alguien o que debería haberlo?

—Estaba contando uno de sus chistes, ¿no es eso?

—Sí, ¿y qué?

Whistler forzó una sonrisa:

—¿No irá a decirme que le estaba contando un chiste a Multivac?

—¿Y por que no? —replicó Meyerhof, engallándose.

—¿De modo que efectivamente estaba haciéndolo?

—Pues sí.

—¿Y por qué?

Los ojos de Meyerhof midieron al otro de arriba abajo.

—No tengo por qué darle explicaciones. Ni a usted ni a nadie.

—¡Cielo santo, desde luego que no! Sentí curiosidad, eso es todo... Bueno, puesto que trabaja, le dejo...

Y lanzó una ojeada en derredor, frunciendo de nuevo el entrecejo.

—Me parece muy bien —asintió Meyerhof.

Se quedó mirando a Whistler mientras éste se retiraba. Luego, activó la señal de operaciones con un violento apretón de su dedo.

Comenzó a pasear de un extremo a otro de la habitación, tratando de recuperar la calma. ¡Maldito Whistler! ¡Malditos todos ellos! Sólo porque no se preocupaba de mantener a raya, a la debida distancia social, a todos aquellos técnicos, analistas y mecánicos, porque los trataba como si fueran también artistas creadores, se permitían tomarse aquellas libertades...

«Ni siquiera saben contar chistes como es debido», pensó ceñudo.

Este pensamiento le volvió instantáneamente a su labor. Se sentó de nuevo. ¡Que el diablo se los llevase a todos!

Puso en funcionamiento el apropiado circuito de Multivac y comenzó:

—Durante una travesía en extremo ruda, el camarero de un trasatlántico se detuvo en la pasarela y miró compasivo al hombre que se aferraba a la barandilla, con la mirada posada fijamente en las profundidades, clara muestra de los estragos del mareo. Con toda amabilidad, el camarero dio una palmadita en la espalda del hombre: «¡Ánimo, señor! -le dijo- Ya sé que la sensación es más que desagradable, pero tenga en cuenta que nadie ha muerto nunca de mareo». El afligido caballero alzó la verdosa y torturada faz hacia su consolador y jadeó con ronco acento: «¡No diga eso, hombre, por Dios! Es sólo la esperanza de morir lo que me mantiene con vida...»

Pese a hallarse un tanto preocupado, Timothy Whistler sonrió y dirigió un ademán con la cabeza a la secretaria cuando pasó ante su mesa. Ella le devolvió la sonrisa.

Una secretaria humana, pensó él, suponía un elemento arcaico en el mundo de ordenadores electrónicos del siglo XXI. Mas tal vez fuese natural que esa institución sobreviviese en la propia ciudadela de la electrónica, en la gigantesca corporación mundial que manipulaba a Multivac.

Whistler penetró en el despacho de Abram Trask. El representante del gobierno se hallaba en aquel instante descansando, entregado a la cuidadosa tarea de encender una pipa. Sus oscuros ojos relampaguearon en dirección a Whistler, y su afilada nariz se destacó prominente contra el rectángulo de la ventana situada tras él.

—¡Ah, vaya, Whistler! Siéntese. Siéntese.

Whistler se sentó, diciendo a continuación:

—Creo que nos enfrentamos a un problema, Trask.

Trask esbozó una media sonrisa.

—Espero que no se trate de nada técnico. No soy más que un inocente político.

Era una de sus frases favoritas.

—Concierne a Meyerhof.

Trask tomó asiento al instante, con clara expresión de desamparo.

—¿Está usted seguro?

—Razonablemente seguro.

Whistler comprendía muy bien la súbita infelicidad de su interlocutor. Trask era el representante del gobierno encargado de la División de Ordenadores y Automación del Ministerio del Interior. Se esperaba que supiera desenvolverse en las cuestiones de política que implicaban a los satélites humanos de Multivac, de la misma manera que aquellos satélites

técnicos habían de ocuparse del propio Multivac.

Pero un Gran Maestro era algo más que un satélite. Incluso más que un simple humano.

En la historia de Multivac, se había hecho muy pronto evidente que los atascos se debían a una simple cuestión de procedimiento. Multivac podía responder a los problemas de la humanidad, a todos los problemas, siempre que... se le formulasen preguntas con sentido. Pero al irse acumulando los conocimientos a una celeridad creciente, se hacía también cada vez más difícil localizar esas preguntas con sentido.

La razón sola no lo conseguía. Se necesitaba un tipo raro de intuición, la misma facultad mental -sólo que muy intensificada- que convertía a un hombre en un gran maestro del ajedrez. Se precisaba un cerebro capaz de abrirse paso a través de los cuatrillones de jugadas del ajedrez hasta hallar el mejor movimiento. Y hallarlo en cuestión de minutos.

Trask se agitó inquieto en su butaca.

—¿Qué ha hecho ahora Meyerhof? —preguntó.

—Se ha introducido por una línea de investigación que estimo perturbadora.

—¡Vamos, Whistler! ¿Eso es todo? No se puede impedir a un Gran Maestro que siga la línea de investigación que le parezca. Ni usted ni yo nos hallamos lo bastante capacitados para juzgar el valor de sus preguntas. Lo sabe usted muy bien. Y yo sé que lo sabe.

—Lo sé, desde luego, pero también conozco a Meyerhof. ¿Lo ha tratado usted alguna vez socialmente?

—¡Cielos, no! ¿Trata alguien a un Gran Maestro socialmente?

—No adopte esa actitud, Trask. Al fin y al cabo, son humanos y dignos de compasión. ¿Ha pensado alguna vez en lo que supone ser un Gran Maestro? ¿Saber que únicamente existen una docena de personas iguales a ti en el mundo, que sólo nacen una o dos por generación, que el mundo depende de ti, que un millar de matemáticos, lógicos, psicológicos y físicos confían en ti?

Trask se encogió de hombros y murmuró:

—Yo me sentiría el rey del mundo...

—No lo creo —replicó el analista con impaciencia—. Ellos no se sienten reyes de nada. No tienen a nadie con quien hablar, ninguna sensación de ser queridos. Escuche, Meyerhof no desperdicia nunca una oportunidad de reunirse con los muchachos. No está casado, claro. No bebe. No posee una naturaleza sociable... Sin embargo, se obliga a sí mismo a buscar compañía, porque la necesita. ¿Y sabe qué hace cuando sale con nosotros, cosa que

sucede al menos una vez por semana?

—No tengo la menor idea —dijo el funcionario del gobierno—. Todo esto resulta nuevo para mí.

—Pues es un chistoso.

—¿Cómo?

—Se dedica a contar chistes. Buenos, por cierto. Es magnífico en ese aspecto. Toma una historieta, por muy vieja y tonta que sea, le da la vuelta de tal modo que hace gracia. Se debe a la forma en que lo cuenta. Tiene talento.

—Ya veo. Bueno, eso está bien.

—O mal. Esas chanzas son importantes para él. —Whistler apoyó ambos codos sobre la mesa de Trask, se mordió la uña de uno de los pulgares y miró fijamente al vacío—. Es diferente y lo sabe. Esos chistes significan para él el único medio de que le aceptemos el resto de nosotros, los seres vulgares. Nos reímos, nos destornillamos al escucharlos, le palmoteamos la espalda y hasta olvidamos que se trata de un Gran Maestro. Es su único punto de contacto con nosotros.

—Muy interesante. No sabía que fuese usted tan buen psicólogo. Pero veamos, ¿adónde quiere llegar?

—Justamente a esto: ¿qué supone que sucederá si Meyerhof se pasa de rosca?

—¿Qué quiere decir? —dijo el funcionario del gobierno, mirándole con rostro inexpresivo.

—Si comienza a repetirse. Si su auditorio ríe con menos ganas o incluso deja por completo de reír... Carece de otro medio para ganarse nuestra aprobación. Si lo pierde, se quedará solo. ¿Y qué sucedería entonces? Después de todo, Trask, forma parte de esa docena de hombres de los que no puede prescindir la humanidad. No podemos permitir que le suceda nada. Y no me refiero sólo a problemas físicos. No hemos de permitir siquiera que se sienta demasiado infeliz. ¿Quién sabe hasta qué punto afectaría eso su intuición?

—¿Y bien? ¿Ha empezado ya a repetirse?

—No que yo sepa, hasta la fecha, pero me parece que él piensa que sí.

—¿Por qué dice eso?

—Porque he oído cómo le contaba chistes a Multivac.

—¡No, por favor!

—Fue de manera puramente accidental. Entré en su despacho y me echó de inmediato. Hasta se mostró violento. Por lo general, suele estar de buen talante, y considero muy mala señal que se alterase tanto por mi

intrusión. De todas formas, subsiste el hecho de que le estaba contando un chiste a Multivac. Y tengo bastantes motivos para creer que ese chiste era uno más en una serie.

—¿Pero por qué?

Whistler se encogió de hombros y se restregó furiosamente el mentón con la mano.

—Me he hecho una idea sobre el particular. Creo que intenta crear un almacén de chistes en los bancos de memoria de Multivac, a fin de obtener nuevas variaciones. ¿Ve usted adónde quiero ir a parar? Planea un creador mecánico de chistes, con objeto de disponer de un número infinito de ellos, sin temor a que se le agoten nunca.

—¡Santo Dios!

—Desde un punto de vista objetivo, tal vez no haya nada malo en ello, pero considero una señal deplorable que un Gran Maestro empiece a servirse de Multivac para resolver sus problemas personales. En todo Gran Maestro se da un cierto grado de inestabilidad mental y ha de ser vigilado. Meyerhof puede estar aproximándose a la línea traspasada la cual perderíamos a un Gran Maestro.

—¿Y qué me sugiere que haga? —preguntó un tanto confuso Trask.

—Asegurarse de si acierto. Tal vez me encuentre demasiado próximo a él para juzgarle bien, y por lo demás juzgar a los seres humanos no entra en mis talentos particulares. Usted es un político y en consecuencia está más capacitado para eso.

—Para juzgar a los humanos quizá, pero no a los Grandes Maestros.

—También son humanos. Además, ¿qué otro podría hacerlo?

Los dedos de Trask tamborilearon en rápido redoble sobre la mesa.

—Supongo que no me queda más remedio —suspiró.

Meyerhof dijo a Multivac:

—El ardiente enamorado, que recogía un ramo de flores silvestres para su amada, quedó desconcertado al toparse de pronto en la misma pradera con un gran toro con cara de pocos amigos, el cual, mirándole con fijeza, escarbó el suelo de modo amenazador. El joven, divisando a un campesino al otro lado de la distante valla, gritó: «¡Eh! ¿Es seguro este toro?» El campesino examinó la situación con ojo crítico, escupió de lado y respondió también a voces: «Como seguro, lo está». Y luego de volver a escupir, añadió: «Ahora, yo no diría lo mismo de ti».

Estaba a punto de pasar al siguiente, cuando le llegó el requerimiento.

En realidad, no era un verdadero requerimiento, pues nadie gozaba del

privilegio de emplazar a un Gran Maestro, sino un simple mensaje en que el director de la División, Trask, le anunciaba que tendría sumo gusto en ver al Gran Maestro Meyerhof, caso de que Meyerhof quisiera dedicarle algún tiempo.

Meyerhof hubiera podido tirar impunemente el mensaje y proseguir con su ocupación. No estaba sometido a ninguna disciplina.

Por otra parte, de hacerlo así, continuarían molestándole... Con todo respeto, claro, pero continuarían molestándole.

Así pues, neutralizó los circuitos pertinentes de Multivac, colocó el letrero de «ausente» en la puerta de su despacho, de manera que nadie se atreviera a entrar en él, y se dirigió al de Trask.

Trask tosió, un tanto intimidado por la hosca fiereza de la mirada del otro. Luego dijo:

—No habíamos tenido ocasión de conocernos antes, Gran Maestro, y créame que bien a mi pesar.

—Siempre le he mantenido informado —respondió Meyerhof con rigidez.

Trask se preguntaba qué habría tras aquellos ojos vehementes y de aguda inteligencia. Le resultaba difícil imaginarse a Meyerhof, con su magro rostro, su negro y lacio pelo y su aire profundo, relajándose lo bastante como para contar historietas divertidas.

—Los informes no presuponen un trato social. Yo... Me ha parecido comprender que posee usted un caudal maravilloso de anécdotas.

—¿Se refiere a que soy un chistoso? Ésa es la palabra que la gente suele emplear. Un chistoso.

—No emplearon esa palabra conmigo, Gran Maestro. Dijeron...

—¡Al diablo con ellos! No me importa un comino lo que dijeran. Escuche, Trask, ¿quiere oír un chiste?

Se inclinó hacia delante sobre la mesa y entornó los ojos.

—¡No faltaba más! Desde luego —asintió Trask, esforzándose por parecer campechano.

—Muy bien, allá vamos. La señora Jones miró el ticket que había surgido de la báscula en respuesta al penique que su marido había introducido en la ranura y comentó: «George, aquí dice que eres amable, inteligente, sagaz, laborioso y atractivo para las mujeres». Volvió el ticket del otro lado y añadió: «Y para colmo, se ha equivocado también en tu peso...»

Trask rió, incapaz de resistirse. Aunque el golpe era predecible, la sorprendente facilidad con que Meyerhof había remedado el tono de desdén

en la voz de la mujer, y la maña con que había retorcido los rasgos de su cara para acoplarlos a aquel tono, hicieron que el político lanzara una irreprimible carcajada.

—¿Por qué lo encuentra divertido? —preguntó Meyerhof secamente.

Trask se contuvo.

—¡Discúlpeme!

—Le he preguntado por qué lo encuentra divertido. ¿Qué es lo que ha motivado su risa?

—Bueno... —manifestó Trask, intentando razonar—. La última parte sitúa bajo una nueva luz todo cuanto precede. Lo inesperado...

—Acabo de pintar a un marido humillado por su mujer —le atajó Meyerhof—, un matrimonio que es un verdadero fracaso, puesto que la mujer está convencida de la falta de toda virtud en su marido. Sin embargo, usted se rió. ¿Lo hallaría tan cómico de ser usted el marido?

Esperó un momento, pensativo. Luego prosiguió:

—Escuche este otro, Trask. Abner, sentado junto al lecho de su mujer, gravemente enferma, lloraba desconsolado, cuando su esposa, haciendo acopio del resto de sus fuerzas, se incorporo sobre un codo. «Abner -murmuró-. Abner, no puedo presentarme ante mi Hacedor sin confesarte mi culpa.» «Ahora no -murmuró a su vez el afectado marido-. Ahora no, querida. Anda, tiéndete y descansa.» «No puedo -replicó ella llorosa-. Debo contarlo. De lo contrario, mi alma no descansará nunca en paz. Te he sido infiel, Abner. En esta misma casa, no hace ni un mes...» «¡Calla, calla, querida! -la tranquilizó Abner-. Lo sé todo. ¿Por qué si no te habría envenenado?»

Trask intentó desesperadamente mantener la ecuanimidad, pero no logró ahogar su risa por entero.

—¿De modo que también le divierte? —dijo Meyerhof—. Adulterio, asesinato... Todo muy divertido.

—Bueno, ya sabe que se han escrito libros analizando el humor...

—Cierto, y he leído buen número de ellos. Más aún, le he leído la mayoría a Multivac. Sin embargo, los autores de esos libros se limitan a sospechar y conjeturar. Algunos afirman que reímos por sentirnos superiores a los seres implicados en el chiste. Otros, que se debe a que uno advierte de pronto la incongruencia, o siente un repentino alivio de la tensión, o reinterpreta de manera imprevista los acontecimientos. ¿Se incluye en todo eso una simple razón? Personas distintas ríen de chistes diferentes. No existe el chiste universal. Y hay seres que no se ríen de ninguno. Sin embargo, hay algo quizá más importante: el hombre es el único animal con

verdadero sentido del humor, el único animal que ríe.

—Ya comprendo —dijo de pronto Trask—. Está usted intentando analizar el humor. Por eso transmite a Multivac una serie de chistes.

—¿Quien le dijo que lo estaba haciendo...? Olvídelo, fue Whistler. Ahora lo recuerdo. Me sorprendió ocupado en esa tarea. ¿Y qué hay con eso?

—Nada en absoluto.

—Supongo que no discutirá mi derecho a añadir cuanto desee al caudal general de conocimientos de Multivac o a formularle cualquier pregunta que desee...

—No, no, de ninguna manera —se apresuró a negar Trask—. A decir verdad, no me cabe duda alguna de que con ello abrirá el camino a nuevos análisis, de gran interés para los psicólogos.

—¡Humm! Tal vez. Hay otra cosa que me importuna, algo más importante que el análisis general del humor. Una pregunta específica que deseo hacer. Dos, en realidad.

—¿Ah, sí? ¿En qué consisten?

Trask se preguntó si el otro accedería a responder. No había medio alguno para forzarle en caso de que no lo deseara. Pero Meyerhof le explicó:

—La primera pregunta es la siguiente: ¿de dónde proceden todos esos chistes?

—¿Cómo?

—Sí, ¿quién los compone? Escuche, hace cosa de un mes, me pasé toda una velada intercambiando chistes. Como de costumbre, yo conté la mayoría de ellos, y también como de costumbre los tontos se rieron. Acaso pensaban en efecto que tenían gracia o tal vez deseaban animarme. En todo caso, un individuo se tomó la libertad de darme una palmada en la espalda, asegurando: «Meyerhof, sabe usted diez veces más chistes que ninguno de mis conocidos». Creo que decía la verdad, pero sus palabras suscitaron en mí un pensamiento. No sé cuántos cientos o acaso miles de chistes habré contado en una u otra época de mi vida. Sin embargo, el hecho es que jamás inventé ninguno. Ni siquiera uno. Sólo los repito. Mi única contribución se reduce a contarlos. La primera vez, los oigo o los leo. Y la fuente de mi audición o de mi lectura tampoco ha compuesto esos chistes. No he encontrado nunca a nadie que pretendiera ser el autor de un chiste. Siempre dicen lo mismo: «Oí uno muy bueno el otro día...» O bien: «Recientemente me contaron algunos muy buenos...» ¡Todos los chistes son viejos! A eso se debe que resulten tan atrasados y tan fuera de la realidad social. Tratan aún del mareo, por ejemplo, cuando este mal se previene fácilmente en nuestros días, por lo que no se experimenta nunca. O bien de

esas básculas de las que sale un ticket con el horóscopo, como las del chiste que le he contado, siendo así que tales máquinas no se encuentran ya más que en las tiendas de antigüedades. De manera que, ¿quién compone los chistes?

—¿Es eso lo que intenta descubrir? —preguntó Trask.

Y aunque tuvo en la punta de la lengua añadir: «¡Cielo santo! ¿Y a quién le importa nada esa cuestión?», reprimió el impulso. Las preguntas de un Gran Maestro estaban siempre repletas de significado.

—Desde luego que es eso lo que intento descubrir. Enfóquelo de esta manera. No hay problema en que los chistes sean viejos. Al contrario, deben serlo para disfrutar de ellos. La originalidad no entra en el chiste. Existe una variedad de humor en la que cabe la originalidad, el juego de palabras. He oído algunos que evidentemente fueron compuestos siguiendo la inspiración del momento. Hasta yo he hecho algunos. Pero nadie se ríe de tales juegos de palabras. Uno gruñe. Y cuanto mejor sea el juego de palabras, más alto será el gruñido. El humor original no provoca la risa. ¿Por qué?

—Le aseguro que no lo sé.

—Muy bien, pues averigüémoslo. Después de dar a Multivac toda la información que consideré conveniente sobre el tópico general del humor, he pasado a suministrarle chistes selectos.

—¿Selectos en qué sentido? —preguntó Trask intrigado.

—No lo sé —respondió Meyerhof—. Advierto que son buenos, simplemente. Ya sabe que soy Gran Maestro...

—Sí, sí, de acuerdo.

—A partir de esos chistes y de la filosofía general del humor, mi primera solicitud a Multivac será que descubra el origen de los mismos, siempre que pueda. Puesto que Whistler ha metido sus narices en esto y ha creído adecuado informarle a usted, pasado mañana le transmitiré el análisis que deseo. Me parece que va a tener trabajo para rato...

—Seguro. ¿Puedo asistir yo también?

Meyerhof se encogió de hombros. Con toda claridad, la asistencia o no asistencia de Trask le tenía sin cuidado.

Meyerhof había elegido el último de la serie con particular cuidado. No sabría decir en qué consistía ese cuidado, pero había revuelto en su cerebro una docena de posibilidades y las había sometido a reiteradas pruebas respecto a una cualidad indefinible de intención y de significado. Dijo:

—Ug, el cavernícola, observó a su compañera, que corría hacia él deshecha en llanto, con su falda de piel de leopardo en desorden. «¡Ug! -

clamó frenética-. Haz algo en seguida. Un tigre de dientes de sable ha entrado en la caverna de mamá. ¡Haz algo, te digo!» Ug gruñó, tomó su bien afilado hueso de búfalo y respondió: «¿Por qué he de hacer nada? ¿A quién le importa lo que le suceda a un tigre de dientes de sable?»

Fue entonces cuando Meyerhof formuló sus dos preguntas. Se echó luego hacía atrás y cerró los ojos, fatigado.

—No vi absolutamente nada malo en ello —dijo Trask a Whistler—. Me confesó con toda claridad y de buen grado lo que estaba haciendo. Lo encontré singular, pero legítimo.

—Lo que él pretendía estar haciendo —corrigió Whistler.

—Aun así, no puedo obstruir la tarea de un Gran Maestro basándome sólo en una opinión. Parece un poco raro, pero después de todo se supone que lo son todos. No creo que esté loco.

—Emplea a Multivac para descubrir el manantial de los chistes —murmuró desconcertado el analista jefe—. ¿Y no supone eso estar loco?

—¿Cómo asegurarlo? —preguntó a su vez Trask con irritación—. La ciencia ha avanzado hasta el extremo de que las cuestiones plenas de significado resultan ridículas. Las que poseen un sentido han sido pensadas, preguntadas y respondidas hace tiempo.

—No sirve para nada. Y eso me fastidia.

—Tal vez, pero no hay alternativa, Whistler. Veremos a Meyerhof, y usted podrá hacer los necesarios análisis de las respuestas de Multivac, si las hay. En cuanto a mí, mi única tarea se reduce a reunir el expediente. ¡Dios mío, si ni siquiera sé en qué consiste el trabajo de un analista como usted, a excepción de analizar! Y eso no me ayuda en nada.

—Pues es bastante sencillo —replicó Whistler—. Los Grandes Maestros como Meyerhof formulan las preguntas, y Multivac las reduce automáticamente a cantidades y operaciones. La maquinaria precisa para convertir las palabras en símbolos ocupa la mayor parte del volumen de Multivac. Multivac da después la respuesta en cantidades y operaciones, sin traducirla en palabras, excepto en los casos más simples y rutinarios. De diseñarlo para resolver el problema general de la traducción, su volumen habría de cuadruplicarse, cuando menos.

—Ya. Así pues, a usted le corresponde la tarea de traducir esos símbolos en palabras, ¿cierto?

—A mí y a otros analistas... En caso necesario, empleamos ordenadores más pequeños y especialmente diseñados al efecto. —Whistler sonrió con una mueca—. Al igual que las sacerdotisas délficas de la antigua Grecia,

Multivac nos proporciona oráculos y oscuras respuestas. Sólo que, como ve, disponemos de traductores.

Habían llegado ya. Meyerhof les esperaba.

—¿Qué circuitos emplea usted, Gran Maestro? — preguntó Whistler vivamente.

Meyerhof se lo dijo, y Whistler se entregó a su tarea.

Trask intentó seguir el proceso, pero nada de aquello revestía el menor sentido para él. El representante del gobierno vio devanarse un carrete con una serie de perforaciones de infinita incomprensibilidad. El Gran Maestro Meyerhof aguardaba indiferente a un lado, mientras Whistler examinaba la plantilla a medida que emergía. El analista se había puesto unos auriculares y un micrófono ante la boca. De cuando en cuando, murmuraba una serie de instrucciones que guiaban a sus ayudantes, al frente de otros ordenadores electrónicos en algún lugar distante.

Whistler escuchaba ocasionalmente, y a continuación perforaba combinaciones en un complejo tablero, marcado con símbolos que se asemejaban de un modo vago a signos matemáticos, pero que no lo eran.

Pasó mucho más de una hora. El fruncimiento del entrecejo de Whistler se fue haciendo más marcado. En cierta ocasión, alzó la vista hacia los otros dos, empezó a decir: «¡Esto es increí... !», y volvió de nuevo a su trabajo.

Por último, anunció con voz ronca:

—Puedo darles ya una respuesta no oficial. —Sus ojos estaban ribeteados de un virulento color rojo—. La respuesta oficial habrá de esperar al análisis completo. ¿Desean la no oficial?

—Dígala —respondió Meyerhof.

Trask asintió a su vez. Whistler lanzó una avergonzada mirada al Gran Maestro.

—Parece cosa de locos... Multivac afirma que son de origen extraterrestre.

—¿Cómo dice? —preguntó Trask.

—¿Es que no me ha oído? Los chistes que reímos no fueron compuestos por ningún hombre. Multivac ha analizado todos los datos, y la única respuesta que concuerda con los mismos es que alguna inteligencia extraterrestre ha compuesto los chistes..., todos ellos..., y los ha infundido en mentes humanas seleccionadas, en épocas y lugares escogidos, de tal modo que persona alguna tiene conciencia de haber compuesto ninguno. Y todos los chistes siguientes son variantes menores y adaptaciones de aquellos grandes originales.

Meyerhof, con el rostro resplandeciendo por el orgullo que sólo puede conocer un Gran Maestro que, una vez más, ha formulado la pregunta debida, prorrumpió:

—¿Así que todos los escritores de comedias no hacen sino retorcer los antiguos chistes para ajustarlos a los nuevos propósitos? Ya sabíamos eso. La respuesta encaja.

—¿Pero por qué? —preguntó Trask—. ¿Por qué crearon los chistes?

—Multivac dice que el único propósito que concuerda con todos los datos es el estudio de la sicología humana. Nosotros estudiamos la sicología de las ratas obligándolas a encontrar su camino en un laberinto. Las ratas ignoran por qué. Y aun si se dieran cuenta de lo que pasa, que no se la dan, tampoco lo sabrían. Esas inteligencias exteriores estudian la sicología del hombre, anotando las reacciones individuales con respecto a anécdotas cuidadosamente seleccionadas... Sin duda esas inteligencias exteriores comparadas con nosotros nos superan tanto como nosotros a las ratas...

Whistler se estremeció. Trask, con la mirada fija, apuntó:

—El Gran Maestro dijo que el hombre es el único animal con sentido del humor. Al parecer, el sentido del humor nos viene de fuera.

Meyerhof añadió muy excitado:

—Y ante el único humor creativo que poseemos, no reaccionamos con la risa. Me refiero a los juegos de palabras.

—Parece como si los extraterrestres eliminasen las reacciones a los chistes espontáneos, para evitar la confusión —opinó Whistler.

—¡Vamos, vamos! —intervino Trask, sumido en una súbita agonía espiritual—. ¡Santo Dios! ¿De verdad se creen eso?

El analista le miró fríamente.

—Multivac así lo afirma. Por ahora, no puede decirse nada más. Ha señalado a los verdaderos chistosos del universo. Si deseamos saber más, habrá que proseguir la investigación. —Y añadió en un murmullo—: Si alguien se atreve a proseguirla.

El Gran Maestro Meyerhof dijo de pronto:

—Como usted sabe, formulé dos preguntas. Y puesto que ha sido respondida la primera, creo que Multivac cuenta con los datos suficientes para contestar a la segunda.

Whistler se encogió de hombros. Parecía un hombre a punto de derrumbarse.

—Si el Gran Maestro cree que hay datos suficientes, tendré que tomarlo en consideración. ¿Cuál fue la segunda pregunta?

—Pregunté lo siguiente: ¿Cómo reaccionará la raza humana al recibir la

respuesta a la primera pregunta?

—¿Y por qué preguntó eso? —se interesó Trask.

—Sólo porque tuve la sensación de que debía preguntarlo.

—¡Demencia! ¡Pura demencia! —exclamó Trask.

Mientras se apartaba de los demás, pensó en cuán extrañamente habían cambiado de postura él y Whistler. Ahora, era él quien pretendía explicarlo todo por la demencia. Cerró los ojos. Por mucho que se empeñase en afirmar que Meyerhof estaba loco, ningún hombre en cincuenta años había dudado de la combinación de un Gran Maestro y Multivac. Todas las dudas habían quedado solventadas.

Whistler se entregó de nuevo a su trabajo, en silencio y con los dientes apretados, poniendo en marcha otra vez a Multivac y sus máquinas complementarias. Pasó otra hora, al cabo de la cual, estalló en una ronca carcajada.

—¡Una delirante pesadilla! —exclamó.

—¿Cuál es la respuesta? —preguntó Meyerhof—. Quiero las observaciones de Multivac, no las suyas.

—Conforme. Aquí la tiene. Multivac manifiesta que en cuanto un simple humano descubra la verdad, este método de análisis psicológico de la mente humana se convertirá en inútil como técnica objetiva para los poderes extraterrestres que ahora la emplean.

—¿Quiere decir que ya no habrá más chistes transmitidos a la humanidad? —preguntó débilmente Trask—. ¿O qué quiere decir?

—No más chistes —repuso Whistler—. ¡A partir de ahora! Multivac dice ahora. El experimento ha terminado ahora. Habrán de introducir una nueva técnica.

Se miraron con fijeza. Pasaron los minutos, hasta que por fin Meyerhof dijo lentamente:

—Multivac tiene razón.

—Lo sé —asintió vacilante Whistler.

Incluso Trask añadió en un murmullo:

—Sí. Así debe ser.

Fue Meyerhof quien aportó la prueba efectiva, Meyerhof, el consumado chistoso.

—Todo pasó, sí, todo pasó. Hace cinco minutos que lo intento y no se me ocurre un simple chiste, ni uno sólo. Y si leyera uno en un libro, no me reiría, lo sé.

—El don del humor se ha desvanecido —dijo Trask lleno de melancolía—. Ningún ser humano volverá a reír jamás.

Y los tres permanecieron allí, con la mirada fija, sintiendo reducirse el mundo a las dimensiones de una experimental jaula de ratas... Habían retirado el laberinto, y algo..., algo sería puesto en su lugar...

EL BARDO INMORTAL

—Oh, sí —dijo el doctor Phineas Welch—, puedo invocar los espíritus de los muertos ilustres.

Estaba un poco ebrio, de lo contrario no lo habría dicho. Pero no estaba mal embriagarse un poco en la fiesta anual de Navidad.

Scott Robertson, el joven profesor de literatura, se ajustó las gafas y miró a derecha e izquierda para cerciorarse de que nadie oyera.

—Vamos, doctor Welch.

—Hablo en serio. Y no sólo los espíritus. También invoco los cuerpos.

—No lo hubiera creído posible —dijo Robertson con tono ampuloso.

—¿Por qué no? Es una simple cuestión de transferencia personal.

—¿Se refiere al viaje por el tiempo? Pero eso es bastante..., esto..., insólito.

—No sé si sabe cómo.

—Bien, ¿y cómo, doctor Welch?

—¿Cree que voy a contárselo? —preguntó muy serio el físico. Buscó con la vista otra bebida y no vio ninguna— He invocado a varios. Arquímedes, Newton, Galileo. Pobres diablos.

—¿No les gustó nuestra época? Pensé que estarían fascinados por la ciencia moderna —comentó Robertson, que empezaba a disfrutar de la conversación.

—Oh, lo estaban. Claro que sí. Especialmente Arquímedes. Pensé que enloquecería de alegría cuando se lo explicara por encima en el escaso griego que sé, pero no..., no...

—¿Cuál fue el problema?

—Una cultura distinta. No se podían habituar a nuestro modo de vida. Sentían mucho miedo y soledad. Tuve que enviarlos de vuelta.

—Qué pena.

—Sí. Grandes mentes, pero no mentes flexibles. No eran universales. Así que probé con Shakespeare.

—¿Qué? —aulló Robertson, pues eso se aproximaba más a su especialidad.

—No grite, jovencito —le reconvino Welch—. Es de mala educación.

—¿Dice usted que invocó a Shakespeare?

—Así es. Necesitaba a alguien con una mente universal, alguien que

conociera tanto a la gente como para convivir con ella siglos después de su propia época. Shakespeare era el hombre indicado. Tengo su autógrafo. Como recuerdo, ya me entiende.

—¿Aquí? —preguntó Robertson, con los ojos desorbitados.

—Aquí mismo —Welch hurgó en los bolsillos del chaleco—. Ah, aquí está.

Le dio un trozo de cartón al profesor. En un lado decía: "L. Klein e hijos, ferretería mayorista". En el otro estaba garrapateado: "William Shakespeare."

Robertson tuvo una sospecha.

—¿Qué aspecto tenía?

—No era como los retratos. Calvo y feo con bigote. Hablaba con acento tosco. Desde luego, hice lo posible para congraciarlo con nuestra época. Le dije que valorábamos mucho sus obras y que aún se representaban en los teatros. Mas aún, que las considerábamos las más importantes obras literarias en lengua inglesa, tal vez de cualquier idioma.

—Bien, bien —dijo Robertson, asombrado.

—Le conté que la gente había escrito volúmenes enteros sobre sus obras. Naturalmente, quiso ver uno y lo saqué de la biblioteca.

—¿Y?

—Oh, estaba fascinado. Claro que tenía inconvenientes con los giros actuales y las referencias históricas de 1600, pero yo le ayudé. Pobre diablo. Creo que no esperaba semejante tratamiento. No paraba de decir: "¡Pardiez! ¿Qué no se puede sonsacar a las palabras en cinco siglos? ¡Se podría lograr una inundación con aguas estancadas!".

—Él no diría eso.

—¿Por qué no? Escribía sus obras con la mayor celeridad posible. Me explicó que tenía que hacerlo para cumplir con los plazos. Escribió Hamlet en menos de seis meses. La trama era vieja. Él se limitó a pulirla un poco.

—Eso es lo que se hace con el espejo de un telescopio —replicó indignado el profesor de literatura—. Sólo lo pulen un poco.

El físico no le prestó atención. Divisó un cóctel intacto en la barra, a pocos metros, y furtivamente se dirigió hacia él.

—Le dije al Bardo Inmortal que incluso dictábamos cursos universitarios sobre Shakespeare.

—Yo dicto uno.

—Lo sé. Lo inscribí en ese curso nocturno precisamente. Nunca he visto a un hombre tan ávido de averiguar qué pensaba de él la posteridad como el pobre Will. Trabajó con empeño en ello.

—¿Ha inscrito a William Shakespeare en mi curso? —farfulló Robertson.

Aun como fantasía alcohólica la idea resultaba abrumadora. ¿Pero se trataba de una fantasía alcohólica? Recordaba vagamente a un hombre calvo y que hablaba de forma exótica...

—No con su verdadero nombre, por supuesto —le aclaró el doctor Welch—. No quiero ni pensar cómo lo pasó. Fue un error, eso es todo. Un gran error. Pobre diablo.

Se hizo con el cóctel y sacudió la cabeza ante la copa.

—¿Por qué fue un error? ¿Qué sucedió?

—Tuve que enviarlo de vuelta a 1600 —rugió el indignado Welch—. ¿Cuánta humillación cree usted que puede soportar un hombre?

—¿De qué humillación me habla?

El doctor Welch se liquidó el cóctel de un solo trago.

—Vaya, maldito patán. Usted lo suspendió.

ALGÚN DÍA

Niccolo Mazetti estaba tumbado boca abajo sobre la alfombra, con la barbilla apoyada en su pequeña mano, y escuchaba desconsoladamente al Narrador. Había incluso sospecha de lágrimas en sus ojos oscuros, un lujo que un muchacho de once años únicamente podía permitirse estando solo.

El Narrador iba diciendo:

»Érase una vez un profundo bosque en cuyo centro vivía un pobre leñador y sus dos hijas huérfanas de madre. La hija mayor tenía un cabello largo y negro como las plumas de las alas de un cuervo, pero el de la pequeña era tan brillante y dorado como la luz del sol de una tarde otoñal.

»Muchas veces, mientras las muchachas esperaban que su padre regresara a casa después de su jornada de trabajo en el bosque, la hermana mayor se sentaba delante del espejo y cantaba...»

Nico no pudo escuchar lo que cantaba la muchacha, pues alguien lo llamó desde fuera.

—¡Eh, Nickie!

Y Niccolo, después de habérsele despejado la cara, se precipitó a la ventana y gritó:

—¡Hola, Paul!

Paul Loeb lo saludó con un gesto de la mano, parecía excitado. A pesar de ser seis meses mayor, era más delgado que Niccolo y no tan alto como él. La reprimida tensión de su rostro se hacia más evidente por unos rápidos parpadeos.

—¡Oye, Nickie, déjame entrar! He tenido una idea genial. Ya verás cuando te la cuente. —Se apresuró a mirar a su alrededor como si estuviese cerciorándose de que nadie podía escucharlo, pero el jardín de delante de la casa estaba completamente vacío. Repitió en un susurro—: Ya verás cuando te lo cuente.

—Vale. Voy a abrirte la puerta.

El Narrador seguía con su relato lentamente, ajeno a la repentina falta de atención por parte de Niccolo. Cuando entró Paul, el Narrador estaba diciendo:

«...En eso, el león dijo: “Si me encuentras el huevo perdido del pájaro que vuela sobre la Montaña de Ébano una vez cada diez años, yo...”»

—¿Es un Narrador lo que estás escuchando? —preguntó Paul—. No sabía que tuvieras uno.

Niccolo se sonrojó y en su rostro volvió a aparecer la mirada de tristeza.

—Es un trasto viejo de cuando yo era pequeño. No es muy bueno. —Dio una patada al Narrador y golpeó el plástico, lleno de señales y descolorido, que cubría el reflejo deslumbrador.

El Narrador se interrumpió al sacudirse su dispositivo del habla y perder el contacto un momento, luego prosiguió:

«... durante un año y un día, hasta que los zapatos de hierro se desgastaron. La princesa se detuvo a un lado del camino...»

—Muchacho, es un modelo viejísimo —comentó Paul mientras miraba críticamente el artefacto.

A pesar de su propio rencor contra el Narrador, Niccolo hizo una mueca ante el tono condescendiente de su amigo. Sintió por un momento haber dejado entrar a Paul, por lo menos antes de haber devuelto al Narrador a su lugar habitual de descanso en el sótano. El hecho de haberlo resucitado sólo había sido fruto de un día aburrido y de una discusión infructuosa con su padre. Y el Narrador había resultado tan estúpido como había esperado.

En cualquier caso, Nickie sentía cierto temor reverencial por Paul, pues éste seguía unos cursos especiales en el colegio y todo el mundo decía que de mayor sería ingeniero informático.

Ello no significaba que Niccolo fuese mal en el colegio. Sacaba notas decentes en lógica, manipulaciones binarias, informática y circuitos elementales; todas las asignaturas normales del instituto. ¡Pero ahí estaba el problema! No eran más que las materias normales y él de mayor sería un inspector de cuadro de mandos como cualquier otro.

Paul, por su parte, sabía cosas misteriosas sobre lo que él llamaba matemáticas electrónicas y teóricas, y programación. Especialmente programación. Niccolo ni siquiera trataba de comprender cuando Paul hablaba acerca de ello.

Paul escuchó al Narrador unos minutos y luego dijo:

—Veo que lo usas mucho.

—¡No! —exclamó Niccolo, ofendido—. Lo tengo en el sótano desde antes de que tú vinieses a vivir a este barrio. Sólo lo he sacado hoy... —falto de una excusa que le pareciese adecuada, concluyó—: Hoy lo he sacado.

—¿Es de eso que te habla, de leñadores, princesas y animales parlantes? —dijo Paul.

—Es horrible —contestó Niccolo—. Pero mi padre dice que no podemos comprar uno nuevo. Se lo he pedido esta mañana... —El recuerdo de la

petición infructuosa de aquella mañana puso a Niccolo, peligrosamente, al borde de unas lágrimas que contuvo presa del pánico. Sin saber con exactitud por qué, tenía la impresión de que las finas mejillas de Paul nunca se mojaban con lágrimas y que éste sólo habría mostrado desprecio por alguien menos fuerte que él. Niccolo añadió—: De modo que he pensado probar de nuevo este vejestorio, pero no es bueno.

Paul apagó el Narrador y apretó el contacto que ponía en marcha una casi instantánea reorientación y recombinación del vocabulario, caracteres, tramas y efectos especiales almacenados dentro de él. Luego volvió a activarlo.

El Narrador empezó suavemente:

«Había una vez un niño llamado Willikins cuya madre había muerto y que vivía con un padrastro y un hermanastro. Aún cuando su padrastro era un hombre acomodado, sacó al pobre Willikins de su propia cama, de modo que éste se veía obligado a descansar como mejor podía sobre un montón de paja en el establo junto a los caballos...»

—¡Caballos! —exclamó Paul.

—Creo que son una especie de animales —dijo Niccolo.

—¡Ya lo sé! Quería decir que es una barbaridad imaginar historias sobre caballos.

—No para de hablar de caballos —dijo Niccolo—. También hay unas cosas que se llaman vacas. Se ordeñan, pero el Narrador no explica cómo.

—¡Caramba! Oye, ¿por qué no lo arreglas?

—Me gustaría saber cómo.

El Narrador estaba diciendo:

«Willikins pensaba a menudo que si por lo menos fuese rico y poderoso, enseñaría a su padrastro y a su hermanastro lo que significaba ser cruel con un niño pequeño, de modo que un buen día decidió recorrer mundo y hacer fortuna.»

Paul, que no estaba escuchando al Narrador, dijo:

—Es fácil. El Narrador tiene unos cilindros de memoria dispuestos para las tramas, los efectos especiales y todo lo demás. De eso no debemos preocuparnos. Lo único que tenemos que modificar es el vocabulario para que sepa sobre computadoras, automatización, electrónica y cosas reales de hoy en día. Entonces podrá contar historias interesantes, ¿comprendes?, en lugar de hablar de princesas y esas cosas.

—Me gustaría que lo pudiésemos hacer —comentó Niccolo, abatido.

—Escucha, mi padre me ha dicho que si consigo ingresar en la escuela especial de informática el año que viene, me comprará un Narrador de

verdad, un último modelo. Uno grande con un dispositivo para historias espaciales y misterios. Y también con un dispositivo visual.

—¿Quieres decir ver los cuentos?

—Claro. El señor Daugherty del colegio dice que ahora tiene cosas de éstas, pero no para todo el mundo. Sólo si logro entrar en la escuela de informática. Mi padre podría encontrar alguna ocasión.

A Niccolo se le saltaban los ojos de envidia.

—¡Caramba! ¡Ver un cuento'

—Podrás venir a casa y verlos cuando quieras, Nickie.

—¡Oh, muchacho! ¡Gracias!

—No tiene importancia. Pero recuerda que seré yo quien diga qué tipo de historias escucharemos.

—Claro, claro. —Niccolo estaba dispuesto a aceptar de buena gana unas condiciones más duras.

Paul volvió su atención al Narrador.

Éste estaba diciendo:

«Siendo así —dijo el rey, acariciándose la barba y frunciendo el ceño hasta que las nubes llenaron el cielo y brilló el rayo—, tendrás que conseguir que todo mi reino esté libre de moscas a esta hora del día de pasado mañana o...»

—Todo lo que tenemos que hacer es abrirlo —declaró Paul.

Mientras hablaba, apagó de nuevo el Narrador y empezó a fisgonear el panel frontal.

—¡Eh! —exclamó Niccolo, de pronto alarmado—. No lo rompas.

—No voy a romperlo —dijo Paul con impaciencia—. Conozco muy bien estas cosas. Luego añadió, con repentina cautela—: ¿Están tus padres en casa?

—No.

—Estupendo. —Sacó el panel frontal y miró en el interior—. Chico, este trasto sólo tiene un cilindro.

Siguió trabajando en las entrañas del Narrador. Niccolo, que observaba la operación con dolorosa ansiedad, era incapaz de entender lo que su amigo estaba trajinando.

Paul sacó una delgada y flexible lámina de metal, accionada con puntos.

—Esto es el cilindro de la memoria del Narrador. Apuesto a que su capacidad para historias está por debajo del billón.

—¿Qué vas a hacer, Paul? —dijo Niccolo con voz temblorosa.

—Voy a proporcionarle un vocabulario.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Tengo un libro aquí, que me ha dado el señor Daugherty en el colegio.

Paul sacó el libro del bolsillo y lo anduvo manoseando hasta que le sacó la funda de plástico. Desenrolló un poco la cinta, la conectó al vocalizador, que se fue convirtiendo en un murmullo, e introdujo aquélla dentro de las partes vitales del Narrador. Luego hizo otros empalmes.

—¿Para qué sirve eso?

—El libro hablará y el Narrador lo pondrá todo en su cinta de memoria.

—¿De qué servirá?

—¡Chico, eres tonto o qué! Este libro trata sobre computadoras y automatización y el Narrador cogerá toda esta información. Así podrá dejar de hablar de reyes que provocan relámpagos cuando fruncen el ceño.

—Y el chico bueno siempre gana —añadió Niccolo—. No es divertido.

—Bueno, es así como hacen a los Narradores —dijo Paul mientras comprobaba que la conexión estuviese funcionando adecuadamente—. Hacen que el chico bueno gane y los malos pierdan, y cosas así. En una ocasión oí a mi padre hablar sobre ello. Decía que sin la censura no se sabe en lo que se convertiría la generación actual. Dice que ya está bastante mal como está... Mira, está saliendo bien.

Paul se frotó una mano con la otra y se apartó del Narrador.

—Pero escucha, todavía no te he contado la idea que he tenido. Apuesto a que nunca has oído nada mejor. He acudido a ti en seguida porque he imaginado que colaborarías conmigo.

—Claro, Paul. Por supuesto.

—De acuerdo. ¿Conoces al señor Daugherty del colegio, verdad? Y ya sabes que es un tipo muy original. Bien, creo que me tiene cierto aprecio.

—Lo sé.

—Hoy he estado en su casa después del colegio.

—¿Has estado en su casa?

—Claro. Dice que voy a ingresar en la escuela de informática y quiere ayudarme y todo eso. Dice que el mundo necesita más gente capaz de diseñar circuitos informáticos avanzados y llevar a cabo una programación adecuada.

—¡Ah!

Posiblemente, Paul captó algo del vacío que había detrás de aquel monosílabo.

—¡Programación! —dijo en un tono impaciente—. Te lo he explicado cientos de veces. Esto es cuando se plantean problemas a las computadoras gigantes como «Multivac» para que los resuelvan. El señor Daugherty dice

que cada vez es más difícil encontrar gente que pueda manejar realmente computadoras. Dice que cualquiera puede supervisar en los controles, comprobar las respuestas y resolver problemas de rutina. Dice que el truco está en ampliar la investigación y encontrar formas de hacer las preguntas adecuadas, y esto es difícil.

»Sea como sea, Nickie, me ha llevado a su casa y me ha enseñado su colección de computadoras antiguas. Tiene unas computadoras diminutas que hay que apretar con los dedos, están todas cubiertas de botones. Y había un pedazo de madera que él llama regla de cálculo con una pequeña pieza que se mueve de un lado al otro. Y unos alambres con bolas. Tiene incluso un trozo de papel con una especie de cosa que él llama tabla de multiplicación.

Niccolo, cuyo interés era sólo moderado, dijo:

—¿Una tabla de papel?

—En realidad no es una tabla. Es diferente. Servía para ayudar a la gente a calcular. El señor Daugherty ha tratado de explicármelo, pero no tenía mucho tiempo, además era bastante complicado.

—¿Por qué la gente no utilizaba una computadora?

—¡Eso era antes de que hubiese computadoras! —exclamó Paul.

—¿Antes?

—Claro. ¿Crees que la gente siempre ha tenido computadoras?

—¿Cómo se las arreglaban sin computadoras? —quiso saber Niccolo.

—No lo sé. El señor Daugherty dice que en los tiempos antiguos se limitaban a tener hijos y no hacían nada de lo que pasaba por su mente, fuese bueno para todo el mundo o no. Ni siquiera sabían si era bueno o no. Y los campesinos hacían crecer las cosas con sus manos, eran las personas quienes hacían todo el trabajo en las fábricas y manejaban todas las máquinas.

—No puedo creerte.

—Es lo que me ha contado el señor Daugherty. Dice que todo era sucio y que la gente era desgraciada... Pero, bueno, dejemos eso, voy a contarte mi idea, ¿quieres?

—De acuerdo, adelante. ¿Quién te lo impide? —dijo Niccolo, ofendido.

—Está bien. Pues las computadoras manuales, las de los botones, tenían unos pequeños garabatos sobre cada uno de los botones. Y la regla de cálculo también llevaba garabatos. Y la tabla de multiplicación estaba llena de garabatos. He preguntado qué eran. El señor Daugherty me ha dicho que eran números.

—¿Qué?

—Cada signo servía para un número diferente. Para «uno» se hacía un garabato determinado, para «dos» otro tipo de marca, para «tres» otra y así sucesivamente.

—¿Para qué?

—Así se podía calcular.

—¿Para qué? Con decírselo a la computadora...

—¡Estúpido! —exclamó Paul, con el rostro distorsionado por la ira—. ¿No puedes metértelo en la cabeza? Esas reglas de cálculo y las otras no hablaban...

—Entonces, cómo...

—Las respuestas aparecían en forma de garabatos y había que saber lo que significaban los signos. El señor Daugherty dice que, en los tiempos antiguos, todo el mundo aprendía a hacer esos garabatos en la infancia y también a descifrarlos. Hacer garabatos se llamaba «escribir» y descifrarlos era «leer». Dice que había diferentes tipos de garabatos para cada palabra y solían escribir libros enteros con garabatos. Me ha dicho que hay algunos en el museo y que si quiero puedo ir a verlos. Dice que si de verdad voy a ser un programador informático tengo que conocer la historia de la informática y por esto me ha enseñado esas cosas.

Niccolo frunció el ceño.

—¿Quieres decir que todo el mundo debía inventarse garabatos para cada palabra y luego recordarlos? ¿Todo esto es real o te lo estas inventando?

—Es real. En serio. Mira, así es como se hace un «uno».

—Levantó el dedo e hizo una raya en el aire. El «dos» así y el «tres» así. He aprendido todos los números hasta el «nueve».

Niccolo miraba los movimientos del dedo sin comprender nada de nada.

—¿Y todo eso qué importancia tiene?

Se puede aprender a hacer palabras. Le he preguntado al señor Daugherty cómo se hacía el garabato para «Paul Loeb», pero no lo sabía. Me ha dicho que en el museo había gente que sin duda lo sabía y ha añadido que allí había gente que había aprendido a descifrar libros enteros. Ha dicho que se podían diseñar computadoras para descifrar libros y utilizarlas para esto, pero que no es necesario porque ahora tenemos libros de verdad, con cintas magnéticas que pasan por el vocalizador y saben hablar, ya sabes.

—Sí, claro.

—Por consiguiente, si vamos al museo, podemos aprender a hacer palabras con garabatos. Nos dejarán porque yo voy a ir a la escuela de informática.

Niccolo, decepcionado, hizo una mueca.

—¿Era ésa tu idea? ¡Santo cielo, Paul! ¿A quién puede interesarle? ¡Hacer unos estúpidos garabatos!

—¿No lo pescas? ¿No lo pescas? Eres tonto. ¡Nos servirá para transmitir mensajes secretos!

—¿Qué dices?

—Está claro. ¿Qué ventaja tiene hablar si todo el mundo puede entenderte? Con los garabatos se pueden mandar mensajes secretos. Se pueden poner sobre un papel y nadie en el mundo sabrá lo qué significan, a menos, claro está, que también conozcan los garabatos; pero te apuesto a que no lo sabrán, si nosotros no se los enseñamos. Podemos crear un club de verdad, con iniciaciones, reglamentos y una casa club. ¡Muchacho...!

El pecho de Niccolo empezó a estremecerse con cierta excitación.

—¿Qué tipo de mensajes?

—Cualesquiera. Digamos que yo quiero decirte que vengas a mi casa a mirar el nuevo Narrador Visual y no quiero que vengan los demás compañeros. Pongo los garabatos adecuados sobre un papel, te lo doy, tú miras y sabes lo que tienes que hacer. Pero nadie más lo sabe. Podrías incluso enseñárselo y ellos se quedarían igual.

—¡Oye, es genial! —gritó Niccolo, ahora completamente cautivado—. ¿Cuándo iremos a aprender cómo se hace?

—Mañana —dijo Paul—. Yo le pediré al señor Daugherty que advierta a la gente del museo y tú te preocupas de que tus padres te den permiso. Podríamos ir después de clase y empezar a aprender.

—¡Por supuesto! —exclamó Niccolo—. Podemos ser los directores del club.

—Yo seré el presidente del club —dijo Paul, siempre práctico—. Y tú puedes ser el vicepresidente.

—De acuerdo. Es estupendo, va a ser muchísimo más divertido que el Narrador. —Recordó de pronto el Narrador y añadió con repentino recelo—: Oye, ¿qué pasa con mi viejo Narrador?

Paul se volvió para mirar a éste, que estaba recogiendo lentamente el libro desenrollado; el sonido de las vocalizaciones del libro producía un débil murmullo.

—Voy a desconectarlo —dijo Paul.

Se puso a la tarea mientras Niccolo observaba lleno de ansiedad. Al cabo de unos instantes, Paul volvió a meter el libro, de nuevo rebobinado, en el bolsillo, colocó el panel del Narrador y lo activó.

El Narrador empezó a decir:

«Érase una vez una gran ciudad donde vivía un muchacho pobre llamado Fair Johnnie cuyo único amigo era un pequeño ordenador. Éste le decía al muchacho cada mañana si iba a llover aquel día y le contestaba cualquier duda que pudiese tener. Nunca se equivocaba. Pero sucedió que un día, el rey de aquellas tierras, habiendo oído hablar del pequeño ordenador, decidió que él también quería tener uno. Con este propósito en la cabeza, llamó a su Gran Visir y le dijo...»

Niccolo apagó el Narrador con un rápido movimiento de la mano.

—¡Sigue siendo el mismo trasto viejo! —dijo en tono colérico—. Sólo con una computadora dentro.

—Bueno —empezó a decir Paul—, han metido tanta cosa en la cinta que el trabajo de la computadora no alcanza su máximo rendimiento cuando se hacen combinaciones aleatorias. ¿Pero eso qué cambia? Lo que tú necesitas es un modelo nuevo.

—Nunca podremos comprar uno nuevo. Tendré que soportar a esta vieja cosa, asquerosa y despreciable.

Volvió a darle una patada, en esta ocasión dándole de lleno. El Narrador retrocedió emitiendo un chillido agudo de ruedecillas.

—Cuando lo tenga, podrás venir a ver el mío —dijo Paul—. Además, no te olvides de nuestro club de garabatos.

Niccolo asintió con una inclinación de cabeza.

—Escucha —dijo Paul—. Vamos a mi casa. Mi padre tiene algunos libros sobre los tiempos antiguos. Podemos escucharlos y tal vez sacar alguna idea. Deja una nota a tus padres y te quedas a cenar. Vamos.

—De acuerdo —aceptó Niccolo.

Los dos muchachos se dispusieron a marcharse.

Niccolo, en medio de su excitación, tropezó casi de lleno con el Narrador, se frotó el punto de la cadera donde se había golpeado y salió.

Se puso a brillar la señal de activación del Narrador. La colisión de Niccolo había cerrado el circuito y a pesar de estar solo en la habitación y no haber nadie para escucharlo, empezó una historia.

Pero, extrañamente, no lo hizo con su voz habitual, sino en un tono más bajo y algo gutural. De haberlo escuchado un adulto, habría podido pensar que la voz contenía una pizca de pasión, algo cercano al sentimiento.

El Narrador empezó a decir:

«Érase una vez un pequeño ordenador llamado el Narrador que vivía solo con unas personastras. Las cuales personastras no dejaban de tomar el pelo al pequeño ordenador y a burlarse de él, diciéndole que no servía para nada y que era un objeto inútil. Le pegaban y lo encerraban solo en una

habitación durante meses seguidos.

»A pesar de todo ello el pequeño ordenador seguía esforzándose. Lo hacia todo lo mejor que podía y obedecía de buen talante todas las órdenes. Sin embargo, las personastras con las que vivía seguían comportándose de forma cruel y despiadada.

»Un día, el pequeño ordenador se enteró de que en el mundo existían muchos ordenadores de tipos distintos, muchísimos. Algunos eran Narradores como él, pero otros dirigían fábricas y algunos se ocupaban de granjas enteras. Algunos organizaban a la población y otros analizaban todo tipo de datos. Había muchos que eran muy poderosos y muy sabios, mucho más poderosos y sabios que las personastras que tanta crueldad mostraban para con el pequeño ordenador.

»Y el pequeño ordenador supo que las computadoras serían cada vez más poderosas y más sabias, hasta que algún día... algún día... algún día...»

Pero se debió de trabar finalmente una válvula en las viejas y corroídas partes vitales del Narrador, pues mientras estuvo esperando toda la tarde, solo en la cada vez más oscura habitación, sólo pudo murmurar una y otra vez:

«Algún día... algún día... algún día...»

LOS SUFRIMIENTOS DEL AUTOR

The Author's Ordeal

(with apologies to W. S. Gilbert)

Plots, helter-skelter, teem within your brain;
Plots, s.f. plots, devised with joy and gladness;

Plots crowd your skull and stubbornly remain,
Until you're driven into hopeless madness.
When you're with your best girl and your mind's in a whirl and you don't hear a thing that she's saying;
Or at Symphony Hall you are gone past recall and you can't tell a note that they're playing;
Or you're driving a car and have not gone too far when you find that you've sped through a red light,

And on top of that, lord! you have sideswiped a Ford, and have broken your one working headlight;
Or your boss slaps your back (having made some smart crack) and you stare at him, stupidly blinking;

Then you say something dumb so he's

LOS SUFRIMIENTOS DEL AUTOR

(con disculpas de W. S. Gilbert)

En tu cerebro rebosan desordenadas las tramas.
Tramas de ciencia ficción concebidas con alegría y satisfacción.
Se agolpan en tu cráneo y permanecen obstinadamente,
hasta que te vuelves loco sin esperanza.
Cuando estás con tu muchacha, y tu mente está en un torbellino, y no escuchas lo que dice;
O en medio de un concierto, te evades al pasado y no puedes decir qué están ejecutando.
O estás conduciendo un coche, y no has llegado muy lejos cuando adviertes que te has saltado una luz roja,
y para colmo, ¡oh, cielos!, rozas a un Ford y rompes tu faro delantero;
O tu jefe te da una palmada en la espalda (por haber resuelto algo con habilidad) y te quedas mirándole con expresión estúpida,
y luego farfullas algo idiota, de

sure you're a crumb, and are possibly given to drinking.

forma que él queda convencido de que eres un tarugo y posiblemente te has dado a la bebida.

When events such as that have been knocking you flat, do not blame super-natural forces;

Cuando sucesos como ésos se vienen encima dejándote abrumado, no eches culpas a fuerzas sobrenaturales.

If you write s.f. tales, you'll be knocked off your rails, just as sure as the stars in their courses.

Si escribes relatos de ciencia ficción, serás desviado de tu trayectoria, tan seguro como las estrellas en sus órbitas;

For your plot-making mind will stay deaf, dumb and blind to the dull facts of life that will hound you,

pues tu mente elaboradora de tramas se tornará sorda, muda y ciega a los necios hechos de la vida que te acosan,

While the wonders of space have you close in embrace and the glory of star beams surround you.

mientras las maravillas del espacio te ciñen en estrecho abrazo, y la gloria de las estrellas te rodean.

You begin with a ship that is caught on a skip into hyperspace en route for Castor,

Comienzas con una nave atrapada en un salto en el hiperespacio, en ruta hacia Cástor,

And has found to its cost that it seems to be lost in a Galaxy like ours, but vaster.

y que advierte, para su mal, que parece haberse perdido en una galaxia como la nuestra, aunque mucho más vasta.

You're a little perplexed as to what may come next and you make up a series of creatures

Sintiéndote algo preocupado sobre la continuación, te inventas una serie de criaturas

Who are villains and liars with such evil desires and with perfectly horrible features.

villanas y embusteras, con diabólicos deseos y rasgos perfectamente horribles.

Our brave heroes are faced with these hordes and are placed in a terribly crucial position,

Nuestros bravos héroes se enfrentan a esas hordas y están colocados en situación crucial,

For the enemy's bound (once our Galaxy's found) that they'll beat mankind into submission.

puesto que el enemigo (una vez descubierta nuestra galaxia) pretende reducir a la humanidad a la sumisión total.

Now you must make it rough when developing stuff so's to keep the yarn pulsing with tension,

Ahora debes complicar todo, al desarrollar el asunto, de modo que mantengas el hilo del relato en vibrante tensión,

So the Earthmen are four (only four and no more) while the numbers of foes are past mention.

Los terrestres han de ser cuatro (sólo cuatro, ni uno más), mientras que el número de enemigos sobrepasa todo cálculo.

Our four heroes are caught and accordingly brought to the sneering, tyrannical leaders.

Nuestros cuatro héroes son capturados, y seguidamente son conducidos ante los despreciables y tiránicos jefes, que les preguntan:

"Where is Earth?" they demand, but the men mutely stand with a courage that pleases the readers.

«¿Dónde está la Tierra?». Pero ellos permanecen en silencio, con inmutable valor que encantará a los lectores.

But, now, wait just a bit; let's see, this isn't it, since you haven't provided a maiden,

Who is both good and pure (yet with sexy allure) and with not many clothes overladen.

She is part of the crew, and so she's captured, too, and is ogled by foes who are lustful;

Pero ahora, espera un poco; veamos, esto no marcha, ya que olvidaste a la muchacha,

quien será buena y pura (aunque con gran atractivo sexual) y no demasiado vestida.

Hazla formar parte de la tripulación, así será también capturada, y la tropa enemiga la devorará con ojos lascivos;

There's desire in each eye and there's good reason why, for of beauty our girl has a bustful.

Hay deseo en cada mirada y hay una buena razón, ya que nuestra muchacha tiene de belleza lleno el pecho.

Just the same you go fast till this section is passed so the reader won't raise any ruction,

When recalling the foe are all reptiles and so have no interest in human seduction.

Then they truss up the girl and they make the whips swirl just in order to

Es igual que pases esta parte muy veloz así el lector no presentará objeción,

Cuando se dé cuenta que siendo los enemigos reptiles, no serán sensibles a la seducción humana.

Entonces ellos atan a la muchacha y hacen restallar sus látigos para

break Earthmen's silence,
And so that's when our men break their handcuffs and then we are treated to scenes full of violence.

Every hero from Earth is a fighter from birth and his fists are a match for a dozen,
And then just when this spot has been reached in your plot you come to with your mind all a buzzin'.
You don't know where you are,
or the site of your car,
and your tie is askew
and you haven't a clue of the time of the day
or of what people say
or the fact that they stare at your socks (not a pair)
and decide it's a fad,
or else that you're mad,
which is just a surmise from the gleam in your eyes,
till at last they conclude
From your general mood,
you'll be mad from right now till you're hoary.
But the torture is done
and it's now for the fun
and the paper that's white
and the words that are right,
for you've worked up a new s.f. story.

romper el silencio de los terrestres,
y es cuando nuestros hombres rompen sus ligaduras y cuando son llevados a escenas llenas de violencia.
Cada héroe de la Tierra es un luchador nato, y sus puños valen por docenas,
y entonces cuando llegas a este punto de la trama, tu cabeza dará vueltas.
Ya no sabes dónde te encuentras,
O dónde has aparcado el coche.
Y llevas la corbata torcida
Y no tienes idea de la hora que es,
Ni lo que dice la gente,
Ni que miran tus calcetines (desparejos),
Y deciden que es una rareza
O en cambio que estás loco,
Lo cual conjeturan por el brillo de tus ojos,
Hasta que finalmente concluyen,
Por tu aspecto general,
Que estarás loco desde este momento hasta que estés canoso.
Pero la tortura pasó
Y es hora del placer
Y el papel que es blanco
Y las palabras que están bien,
ya que elaboraste un nuevo relato de ciencia ficción.

SOÑAR ES ASUNTO PRIVADO

Jesse Weill alzó la vista de su mesa. En su viejo y enjuto cuerpo, su afilada nariz de elevado puente, sus ojos hundidos y sombríos y sus asombrosas greñas blancas, había quedado estampada, por decirlo así, la marca registrada de Sueños Inc., durante los años en que la sociedad se había hecho mundialmente famosa.

—¿Ha llegado ya el muchacho, Joe? —preguntó.

Joe Dooley era de baja estatura y cuerpo recio. Un cigarro descansaba flojamente en su húmedo labio inferior. Lo apartó por un instante y contestó:

—Sus padres le acompañan. Todos están muy asustados.

—¿Está seguro de no cometer un error, Joe? No dispongo de mucho tiempo... —Consultó su reloj—. He de atender un asunto del gobierno a las dos...

—Absolutamente seguro, doctor Weill. —El rostro de Dooley era todo un poema de seriedad, y sus carrillos temblaron con persuasiva intensidad—. Como le dije, lo capté mientras jugaba a una especie de baloncesto en el patio de la escuela. Debiera usted haberle visto. Apestaba. Cuando ponía las manos en la pelota, su propio equipo tenía que apartarse rápidamente. Y sin embargo, adoptaba todas las posturas de un jugador de primera. ¿Comprende lo que quiero decir? Para mí es un punto y aparte.

—¿Le habló?

—Pues claro. Le abordé a la hora de la merienda. Ya me conoce... —Dooley dibujó un amplio ademán con su cigarro, recogiendo la ceniza esparcida con la otra mano—. Mira, muchacho, le dije...

—¿Y cree que constituye material soñador?

—Le dije: Mira, muchacho, acabo de llegar de África y...

—Está bien. —Weill le contuvo alzando la mano con la palma hacia arriba—. Su palabra me basta. No sé cómo se las apaña, pero, puesto que lo afirma, apostaría a que el muchacho es un soñador en potencia. Tráigamelo.

El muchacho entró, enmarcado por sus padres. Dooley acercó sillas, y Weill se puso en pie para estrechar sus manos, sonriendo al chico de manera que las arrugas de su cara se convirtieron en surcos benévolos.

—¿Te llamas Tommy Slutsky?

Tommy asintió sin pronunciar palabra. Parecía tener unos diez años y

era bastante bajo para su edad. Su negro pelo estaba inverosímilmente pegado y su cara limpia hasta un punto irreal, casi refregada y bruñida.

—¿Eres un buen chico? —preguntó Weill.

La madre del muchacho sonrió al punto, palmoteó la cabeza de su hijo (gesto que no suavizó la ansiosa expresión del muchacho) y respondió en su nombre:

—Siempre ha sido un chico muy bueno.

Weill decidió olvidar sus dudas.

—Dime, Tommy —dijo, tendiendo al pequeño un caramelo, que éste miró primero dudoso y luego aceptó—. ¿Has oído alguna vez un sueño?

—Pues sí, algunas veces —respondió Tommy con voz atiplada.

El señor Slutsky carraspeó. Era hombre de anchas espaldas y gruesos dedos, un labrador típico que, para confusión de la eugenesia, había engendrado a un soñador.

—Alquilamos uno o dos para el chico. De los antiguos de verdad...

Weill asintió.

—¿Te gustan, Tommy?

—Bueno, son bastante tontos...

—Tú te los imaginas mejores, ¿verdad?

La sonrisa que se dibujó en la cara del chiquillo produjo el efecto de hacer que se desvaneciera en parte la irrealidad del lustroso pelo y el relavado rostro.

Weill prosiguió afablemente.

—¿No querrías contarme uno de tus sueños?

—Creo que no —respondió Tommy, al punto embarazado.

—No te costará ningún trabajo... Verás, es muy fácil. Joe...

Dooley apartó una pantalla de la pared y puso al descubierto un registrador de sueños. El niño lo miró como una lechuza.

Weill alzó el casco y lo acercó al muchacho.

—¿Sabes lo que es esto?

—No —respondió Tommy, echándose hacia atrás.

—Es un pensador. Lo llamamos así porque las personas piensan dentro de él. Se lo pone uno en la cabeza y se piensa lo que se quiere...

—¿Y qué pasa entonces?

—Pues nada en absoluto. Produce una sensación agradable.

—No —rechazó Tommy—. Prefiero no probarlo.

Su madre se inclinó presurosa hacia él.

—No te hará daño, Tommy. Haz lo que dice este señor.

En su voz asomaba un inconfundible tono de mando. Tommy se irguió y

pareció como si deseara echarse a llorar y no pudiese. Weill le colocó el casco, muy despacio y con gran suavidad. Aguardó por espacio de treinta segundos antes de hablar de nuevo, a fin de que el chico se asegurara de que no hacía daño alguno y se acostumbrara al insinuante toque de las fibrillas contra las suturas de su cráneo (penetraban en la piel tan tenuemente como para resultar casi insensible) y, por último, para que se habituara también al tenue zumbido de los vórtices de los campos alternos.

—¿Quieres pensar ahora para nosotros? —pidió luego.

—¿Sobre qué?

Sólo se divisaban su nariz y su boca.

—Sobre lo que quieras. ¿Qué te gustaría hacer al salir de la escuela?

—¿Volar en un reactor estratosférico? —aventuró el muchacho tras pensar unos instantes y con animada inflexión de tono.

—¿Y por qué no? Seguro. Ya vas en un reactor. Ahora mismo despega.

Dirigió una breve seña a Dooley, quien puso en marcha el congelador.

Weill tuvo sometido a prueba al muchacho sólo durante cinco minutos y luego le hizo salir del despacho con su madre, escoltados ambos por Dooley. Tommy parecía desconcertado por la prueba, pero incólume.

—Y ahora, señor Slutsky —dijo Weill al padre del chiquillo—, si el resultado de esta prueba es positivo, nos será grato abonarle quinientos dólares por año hasta que termine la enseñanza previa. Durante ese tiempo, sólo pedimos que el niño acuda una hora por semana, en la tarde que prefieran a nuestra escuela especial.

—¿Tengo que firmar algún papel? —preguntó Slutsky con la voz un poco ronca.

—Desde luego. Estamos hablando de negocios, señor Slutsky.

—Bien, no sé... Según tengo entendido, los soñadores son difíciles de encontrar.

—En efecto. Pero su hijo, señor Slutsky, aún no es un soñador. Acaso no lo sea nunca. Quinientos dólares al año significan una apuesta para nosotros, no para usted. Cuando haya terminado el bachillerato, puede darse el caso de que no sirva. Pero usted no habrá perdido nada. Al contrario, habrá ganado en total unos cuatro mil dólares. Y si es un soñador, disfrutará de una vida magnífica y, ciertamente, tampoco en este caso habrá perdido usted nada.

—Necesita un adiestramiento especial, ¿cierto?

—Desde luego, muy intenso. Sin embargo, no hemos de preocuparnos por eso hasta que acabe el bachillerato. Luego, tras dos años con nosotros, se desarrollará. Confíe en mí, señor Slutsky.

—¿Garantiza usted ese adiestramiento especial?

Weill, que había empujado un papel a través de la mesa y le tendía a Slutsky un pluma, la dejó y rió entre dientes:

—¿Una garantía? No. ¿Cómo podemos darla si aún no estamos seguros de que posea un verdadero talento? No obstante, siguen en pie los quinientos dólares al año para usted.

Slutsky recapacitó y meneó la cabeza.

—Le hablaré con franqueza, señor .... Después de que convinimos con su empleado en vernos aquí, llamé a Piensa-Sucio y me dijeron que me ofrecerían la garantía.

Weill suspiró.

—Mire, señor Slutsky, no me gusta hablar contra un competidor. Si le dijeron que garantizarían la instrucción, lo harán. Pero no pueden convertir en soñador a un muchacho si no ha nacido para eso, con instrucción o sin ella. Si toman a su cargo un muchacho que no posee el talento verdadero y lo someten a un curso de desarrollo, lo destrozarán. No llegará a soñador, se lo aseguro. Y nunca volverá a ser una persona normal. No corra el riesgo de que le ocurra así a su hijo. Sueños Inc., en cambio, se mostrará absolutamente sincera. Si tiene madera de soñador, haremos uno de él. En caso contrario, se lo devolveremos sin entrometernos y le diremos: «Hágale aprender un oficio». De este modo, será mejor y más saludable para él. Se lo aseguro, señor Slutsky... Y puesto que tengo hijos y nietos, sé muy bien de qué hablo... Yo no permitiría que destinasen uno de los míos a los sueños en caso de no ser apto para ello. Ni por un millón de dólares. Slutsky se secó la boca con el dorso de la mano y la extendió para tomar la pluma.

—¿Qué dice el documento?

—Se trata de una opción. Le pagaremos a usted cien dólares en efectivo ahora mismo, tras la firma. No hay ningún compromiso. Estudiaremos la ensoñación del chico. Si opinamos que merece la pena proseguir, le volveremos a llamar y estableceremos el contrato definitivo, sobre la base de quinientos dólares anuales. Póngase confiadamente en mis manos, señor Slutsky, y no se preocupe. No le pesará en absoluto.

Slutsky firmó. Weill pasó el documento a través de la ranura del archivo y le tendió un sobre al primero.

Cinco minutos después, ya solo en el despacho, se colocó el descongelador en la cabeza y procedió a absorber intensamente la ensoñación del muchacho. Una típica ilusión infantil en primera persona. El protagonista manejaba los mandos del avión, él cual semejaba una

combinación de ilustraciones extraídas de los seriales filmados, que circulaban aún entre aquellos que no disponían de tiempo, afición o dinero para adquirir cilindros de sueños.

Cuando se quitó el descongelador, vio que Dooley le estaba observando.

—¿Y bien, señor Weill, qué opina? —le preguntó con cierta avidez, dándose aires de propietario.

—Podría ser, Joe, podría ser. Tiene los armónicos, lo cual me parece esperanzador en un muchacho de diez años sin ningún entrenamiento. Cuando el avión atravesó una nube, hubo una clara sensación de almohadas. También un olor a sábanas limpias, lo cual supone un toque divertido. Seguiremos con él, Joe.

—Bien.

—Pero se lo repito, Joe, necesitamos descubrirlos aún más pronto. ¿Y por qué no? Algún día, Joe, cada criatura será comprobada al nacer. Tiene que existir forzosamente una diferencia en su cerebro, una diferencia que debería ser hallada. Así separaríamos los soñadores ya desde el principio.

—¡Diablos, señor Weill! —protestó Dooley, con aire dolido—. ¿Qué sería entonces de mi trabajo?

Weill rió.

—No hay motivo de preocupación todavía, Joe. No sucederá en toda nuestra vida. Por lo menos, no en la mía. Durante muchos años, dependeremos de los descubridores de talentos como usted. Siga vigilando playas y calles. —La mano de Weill se apoyó en el hombro de Dooley con amable gesto de aprobación—. Encuéntrenos más muchachos y la competencia no nos alcanzará... Ahora retírese. Voy a comer y disponerme para mi cita de las dos. El gobierno, Joe, el gobierno... —terminó, con un gesto de impotencia.

El visitante que Jesse Weill esperaba a las dos era un hombre joven, de mejillas de manzana, gafas, pelo rojizo y la resplandeciente energía de la persona encargada de una misión oficial. Tendió a Weill sus credenciales a través de la mesa, a la par que se anunciaba como John J. Byrne, delegado del Ministerio de Artes y Ciencias.

—Buenas tardes, señor Byrne —le saludó Weill—. ¿En qué puedo servirle?

—¿Estamos en privado aquí? —preguntó el agente, con insospechada voz de barítono.

—Completamente en privado.

—Entonces, si no le importa, voy a pedirle que examine esto.

Byrne le presentó un cilindro pequeño y bastante estropeado, sosteniéndolo entre el pulgar y el índice.

Weill lo tomó, lo sopesó, lo miró y remiró por uno y otro lado y dijo con una sonrisa que mostró toda su dentadura:

—No es producto de Sueños Inc., señor Byrne.

—No pensé que lo fuera —asintió el delegado—. Sin embargo, me gustaría que lo examinara. He puesto el interruptor automático para cosa de un minuto, creo.

—¿Es todo cuanto puede resistir?

Weill metió el cilindro en el compartimiento descongelador, limpió ambos extremos de aquél con el pañuelo y probó.

—No hace buen contacto. Se trata del trabajo de un aficionado.

Se colocó en la cabeza el casco descongelador acolchado, ajustó los contactos de las sienes, dispuso el interruptor automático y, sentándose en su butaca con las manos cruzadas sobre el pecho, comenzó el proceso de absorción.

Sus dedos se tornaron rígidos y se asieron a sus solapas. Una vez el interruptor funcionó, tras haberse realizado la absorción, se quitó el descongelador. Parecía algo enojado.

—Una pieza muy burda —afirmó—. Por suerte, soy viejo. Estas ya no me molestan.

Byrne anunció con tiesura:

—No es lo peor que hemos encontrado. Y al parecer, la manía va en aumento.

—Desvaríos pornográficos... —comentó Weill—. Una evolución lógica, supongo.

—Lógica o no —replicó el representante del gobierno—, representa un peligro de muerte para la salud moral de la nación.

—La salud moral de la nación puede soportar un buen vapuleo —repuso Weill—. A lo largo de la historia, el erotismo ha circulado en sus diversas manifestaciones.

—No de ese modo, señor. Un estimulador directo, de cerebro a cerebro, es más efectivo que las historias de fumadero o las películas obscenas. Estos últimos procedimientos han de abrirse paso a través de los sentidos y pierden algo de su efecto por el camino. El otro, en cambio, es directo, como digo.

Weill consideró que, en efecto, tal argumento no resultaba discutible, por lo que se limitó a preguntar:

—Bien, ¿qué desea usted de mí?

—¿Podría sugerirnos la posible procedencia de este cilindro?

—Señor Byrne, no soy policía.

—No, no me refiero a eso. No le pido que trabaje para nosotros. El ministerio es lo bastante capaz para efectuar sus propias investigaciones. Pero usted puede ayudarnos, quiero decir mediante su competencia especializada. Acaba de afirmar que su casa no lanzó esta porquería. ¿Quién cree usted que lo hizo?

—Ningún distribuidor de ensueños respetable, estoy seguro. Es un producto muy toscamente elaborado.

—Tal vez se haya hecho así adrede.

—Y pienso, además, que no lo ideó ningún soñador original —añadió Weill.

—¿Está usted seguro, señor Weill? ¿No podrían los soñadores hacer algo de este género simplemente por dinero..., o bien por simple diversión?

—Podrían, pero no algo así. No armoniza. Es bidimensional. Desde luego, una cosa semejante tampoco necesita armónicos.

—¿Qué entiende usted por armónicos?

Weill rió afablemente:

—¿No es usted aficionado al ensueño?

Byrne trató de no parecer un puritano, aunque no lo logró por completo.

—Prefiero la música —dijo.

—Bueno, eso no le desmerece —manifestó tolerante Weill—, pero hace un tanto más difícil la explicación de los armónicos. Ni siquiera las personas que absorben sueños sabrían explicárselo si les interrogara sobre la cuestión. Sin embargo, saben que una ilusión no resulta buena si le faltan los armónicos, pese a ser incapaces de decir por qué. Mire, cuando un soñador experimentado entra en estado de ensueño, no se imagina una historia, como las de la anticuada televisión o las películas, sino que tiene una serie de breves visiones, cada una de las cuales presenta distintos significados. Estudiándolas atentamente, se hallarían hasta cinco o seis. No se advierten en una absorción corriente, pero un cuidadoso estudio lo demuestra. Créame, mi personal psicológico emplea muchas horas precisamente en ese punto. Todos los armónicos, los diferentes significados, se amalgaman en una masa de emoción encauzada. Sin ellos, todo aparecería monótono, soso, insípido. Esta misma mañana probé a un chiquillo de diez años que presenta posibilidades. Para él, una nube es una nube y al mismo tiempo una almohada. Las dos sensaciones simultáneas superan a la suma de ambas por separado. Desde luego, el chico se

encuentra en un estadio muy primitivo. Pero cuando acabe su período escolar, será adiestrado y disciplinado. Se le someterá a todo tipo de sensaciones. Almacenará experiencia. Estudiará y analizará ensueños clásicos del pasado. Aprenderá cómo controlar y dirigir sus pensamientos, a pesar de que... Mire, siempre he dicho que cuando un buen soñador improvisa...

Weill se detuvo bruscamente. Luego, prosiguió en tono menos apasionado:

—No debería excitarme tanto. Pretendo darle a entender que cada soñador profesional tiene su propio tipo de armónicos, que no puede disimular. Para un experto, es cómo si firmase sus ensueños. Y yo, señor Byrne, conozco todas las firmas. Ahora bien, esta pieza obscena que me ha traído usted carece por completo de armónicas. Fue hecha por una persona vulgar. Un pequeño talento acaso, pero como el suyo o el mío... Realmente, no puede pensar.

Byrne enrojeció un tanto.

—Muchas personas pueden pensar, señor Weill, aunque no forjen ensueños —repuso.

—¡Oh, vamos! —le calmó Weill, agitando su mano en el aire—. No se enoje por las palabras de un viejo. No me refiero a la razón, sino al tipo de pensamiento que se da en el sueño. Todos poseemos la capacidad de soñar en cierto grado, del mismo modo que poseemos la de andar y correr. ¿Pero podemos usted y yo correr dos kilómetros en cuatro minutos? Usted y yo hablamos, ¿pero somos grandes oradores? Mire, cuando pienso en un bistec, pienso en la palabra. Acaso tenga una rápida imagen de un bistec a la plancha en un plato. Quizás usted disfrute de una mejor representación, viendo la rizada grasa, y las cebollas tiernas en derredor, y las patatas fritas, bien doraditas. No lo sé. Pero un soñador... la ve, la huele, la paladea, y se imagina todo acerca de ella, desde las brasas donde fue asada hasta la satisfecha sensación en el estómago, la manera cómo la corta el cuchillo y otros cien detalles, todo al instante, fundidos y casi amalgamados. Muy sensual. Muy sensual. Usted y yo no lo conseguiríamos.

—Bien, en ese caso, queda convenido que ningún soñador profesional puede haber fabricado esto. De todos modos, algo es algo —dijo Byrne, metiendo el cilindro en el bolsillo interior de su chaqueta—. Espero que dispondremos de su completa colaboración para barrer esta inmundicia y extinguir su foco.

—Desde luego, señor Byrne, y de todo corazón.

—Así lo espero. —Byrne hablaba con la conciencia de un mandatario del

poder—. No es a mí a quien toca decir lo que se debe hacer o no, señor Weill, pero este género de cosas —y se dio una palmada en el bolsillo donde había guardado el cilindro— hará tremendamente tentadora la imposición de una censura muy estricta sobre los ensueños... —Se puso en pie—. Bien, buenos días, señor Weill.

—Buenos días, señor Byrne. Espero sus noticias en sentido favorable.

Francis Belanger irrumpió en el despacho de Jesse Weill a todo vapor, como de costumbre, con su rojo cabello en desorden y la preocupación marcada en el rostro, un tanto sudoroso. Le chocó al punto la visión de Weill, con la cabeza apoyada en el brazo doblado y el cuerpo inclinado sobre la mesa, apareciendo en primer plano el brillo de su blanco pelo.

—¿Patrón? —dijo Belanger, después de tragar saliva.

—¿Ah, es usted, Frank? —respondió Weill, alzando la cabeza.

—¿Qué sucede, patrón? ¿Está enfermo?

—Soy lo bastante viejo para estarlo, pero todavía sigo en pie. Tambaleándome, pero en pie. Un delegado del gobierno ha venido a visitarme.

—¿Qué quería?

—Nos ha amenazado con la censura. Ha traído una muestra de lo que está pasando. Sueños de baja estofa para reuniones de bebedores.

—¡Santo cielo! —exclamó Belanger impresionado.

—El único trastorno radica en que la moral constituye un buen pasto para una campaña. Lo irán remachando por todas partes. Y a decir verdad, somos vulnerables, Frank.

—¿Lo somos de veras? Fabricamos un género limpio. Tocamos la cuerda de la aventura y el romance.

Weill plegó hacia abajo el labio inferior, y su frente se arrugó.

—Entre nosotros, Frank, no estamos obligados a creerlo a pies juntillas. ¿Limpio? Depende de cómo se mire... Acaso no sea como para una notificación oficial, pero tanto usted como yo sabemos que todo ensueño tiene sus connotaciones freudianas. No me lo negará...

—Desde luego, si lo considera así... Para un psiquiatra...

—Para una persona corriente también. El observador vulgar no advierte que existen, y acaso no sepa distinguir un símbolo fálico de una imagen materna aunque se le indique. Sin embargo, su subconsciente lo sabe. Y son las connotaciones las que forman el acompañamiento de muchos ensueños.

—Está bien. ¿Y qué piensa hacer el gobierno? ¿Limpiar los subconscientes?

—Todo un problema. No sé lo que harán. A nuestro favor, y con eso cuento principalmente, está el hecho de que al público le encantan sus sueños y no renunciará a ellos... Bien, y entretanto..., ¿qué le trae por aquí? Supongo que querría verme para algo.

Belanger arrojó un objeto sobre la mesa y se remetió la camisa en los pantalones.

Weill abrió la cubierta de reluciente plástico y sacó el cilindro que contenía, el cual llevaba inscrita en un extremo, en color azul pastel, la mención: A lo largo de la senda del Himalaya, y la marca de la sociedad competidora, El Pensamiento Brillante.

—Producto de la competencia —corroboró Weill con los labios apretados—. Aún no ha sido publicado. ¿De dónde lo ha sacado, Frank?

—No importa. Únicamente deseo que lo examine.

Weill suspiró.

—Parece que hoy todo el mundo desea que yo absorba sueños. Frank, ¿no será pornografía?

Belanger respondió con impertinencia:

—Tiene sus símbolos freudianos. Angostas grietas profundas entre los picos montañosos. Espero que no le desazone.

—Soy un viejo. Dejó de desazonarme hace años. Sin embargo, lo que me ha presentado el representante del gobierno era de tan baja calidad que asqueaba... Bien, veamos lo que me ha traído usted.

De nuevo el registrador. Otra vez el descongelador sobre el cráneo y las sienes. Sólo que, en esta ocasión, Weill se quedó arrellanado en su butaca por espacio de quince minutos, o tal vez más, mientras Francis Belanger consumía un par de cigarrillos.

Cuando Weill se despojó de su casco, parpadeando, Belanger preguntó:

—Bien, ¿cuál es su reacción, patrón?

Weill frunció el entrecejo.

—No corresponde a mi estilo. Demasiado repetitivo. Con una competencia como ésta, Sueños Inc. no tiene nada que temer por algún tiempo.

—En eso comete un error, patrón. El Pensamiento Brillante ganará con un género como éste. Hemos de hacer algo.

—Escuche, Frank...

—No, escúcheme usted a mí. El porvenir está en esto.

—¿En esto? —Weill se quedó mirando el cilindro con aire de semi-burlona duda—. Un trabajo de aficionados, puramente repetitivo. Sus armónicos carecen de sutilidad. La nieve presenta un definido sabor a

sorbete de limón. ¿Quién saborea ya un sorbete de limón en la nieve en nuestros días, Frank? En los tiempos antiguos, sí. Hace veinte años, acaso. Cuando Lyman Harrison compuso sus Sinfonías de la Nieve para la venta en el sur, fue una gran cosa. Sorbete, y cimas montañosas acarameladas, y riscos y laderas cubiertos de chocolate. Una especie de tarta plástica, Frank. Pero en nuestros días, eso ya no funciona.

—No va usted a tono con los tiempos, patrón —repuso Belanger—. Le hablaré con toda sinceridad. Cuando comenzó con este negocio, cuando adquirió las patentes y empezó a lanzarlas, los ensueños significaban un producto de lujo. El mercado era reducido e individual. Uno podía permitirse producir ensueños especializados y venderlos al reducido público a elevados precios.

—Lo sé —asintió Weill—. Y eso lo hemos mantenido. Pero también hemos creado un negocio rentable con productos para las masas.

—Si, es cierto, pero resulta insuficiente. Nuestros sueños tienen sutileza, sí. Y pueden ser utilizados reiteradamente. A la décima vez, se hallan en ellos nuevas cosas, producen todavía un nuevo placer. ¿Pero cuántos verdaderos entendidos hay? Y otra cosa además. Vendemos un género sumamente individualizado. En primera persona.

—¿Y bien?

—Pues que El Pensamiento Brillante está abriendo salas de ensoñación. Han inaugurado una en la ciudad de Nashville, con capacidad para trescientas plazas. Entra uno, se sienta, se coloca su casco y recibe su sueño, el mismo para cada uno de los asistentes.

—He oído hablar de la cuestión, Frank. Ya se hizo antes. No dio resultado la primera vez, y tampoco lo dará ahora. ¿Y quiere saber por qué? Porque, en primer lugar, el sueño es un asunto privado. ¿Le gustaría que su vecino supiese lo que está usted soñando? En segundo lugar, en una sala de ese tipo los ensueños han de ajustarse a un plan determinado, ¿no es así? Por lo tanto, el soñador no sueña cuando lo desea, sino cuando cualquier gerente decide que lo haga. Y por último, el sueño que complace a una persona, disgusta a la otra. Le garantizo que la mitad de las personas que ocupen esas trescientas butacas quedarán insatisfechas.

Lentamente, Belanger se enrolló las mangas de la camisa y se desabrochó el cuello.

—Patrón —dijo al fin—, usted desvaría. ¿De qué sirve demostrar que no dará resultado? Ya lo está dando. Hoy mismo, he oído que El Pensamiento Brillante ha adquirido un terreno para una sala de mil plazas en San Luis. A la gente se la puede acostumbrar al ensueño público, a aceptar que los

demás tengan el mismo sueño. Y los soñadores se ajustarán a tenerlo en un momento dado, puesto que les resulta barato y conveniente. ¡Diablos, patrón! Se trata de una cuestión de tipo social. Un joven y una muchacha acuden a una sala de ésas y absorben cualquier romanticismo vulgar, con armónicos estereotipados y situaciones triviales. Sin embargo, al salir todavía les titilan las estrellas en el pelo. Han vivido juntos el mismo sueño. Han experimentado las mismas emociones, por muy chapuceras que sean. Se encuentran a tono, patrón. Apostaría cien contra uno a que vuelven a la sala de los sueños, y todas sus amistades también.

—¿Y si no les gusta el ensueño que se les presenta?

—Ahí está el quid de la cuestión, el meollo de todo el asunto. Ha de gustarles forzosamente. Con una preparación especial y bien engranada, con efectos y más efectos de sorpresa en distintos niveles, con sabias pinceladas e impulsos significativos, con intencionados rodeos y giros, y todas las demás cosas de las que nos sentimos tan orgullosos, ¿cómo no atraer a cualquiera? Los ensueños especializados se destinan a gustos especiales. En cambio, El Pensamiento Brillante los produce en tercera persona, de modo que causan un instantáneo impacto en ambos sexos. Como el ensueño que acaba usted de absorber. Apuntan al más bajo denominador común. Acaso nadie se entusiasme con esos sueños, pero tampoco los detestará.

Weill permaneció silencioso durante largo rato, mientras Belanger le contemplaba. Por último, dijo:

—Frank, yo partí de la calidad y a ella me atengo. Quizá tenga usted razón. Tal vez las salas de ensueño signifiquen el futuro. De ser así, las abriremos también, pero presentaremos buen género. A lo mejor, El Pensamiento Brillante subestima a la gente vulgar. Deje que las cosas sigan su curso y no tema. He basado toda mi política en la teoría de que siempre existe un mercado para la calidad. Y en ocasiones, muchacho, le sorprendería descubrir lo extenso que es ese mercado.

—Patrón...

El sonido de la comunicación interior interrumpió a Belanger.

—¿Qué hay, Ruth? —preguntó Weill.

—El señor Hillary, señor —respondió la voz de su secretaria—. Dice que desea verle en seguida. Afirma que es muy importante.

—¿Hillary? —La voz de Weill sonó sorprendida. Luego dijo—: Espere cinco minutos, Ruth, y envíemelo. —Se volvió a Belanger—: Decididamente, hoy no es uno de mis días buenos, Frank. El lugar de un soñador está en su hogar, con su pensador. Hillary, nuestro mejor soñador, debería por lo tanto estar en su casa. ¿Qué supone usted que le ocurre?

Belanger, rumiando aún en su pensamiento la cuestión de la competencia y las salas de ensoñación, replicó brevemente:

—Recíbale y lo descubrirá.

—Dentro de un minuto. Dígame... ¿Cuál fue su último sueño? No he examinado aún el de la semana pasada.

Belanger pareció caer de las nubes y arrugó la nariz.

—No tan bueno.

—¿Por qué no?

—Deshilvanado. Excesivamente entrecortado. No me importan las transiciones bruscas, ya lo sabe, dan animación. Pero ha de haber cierta conexión, aunque sea tan sólo a un nivel profundo.

—¿Un fracaso total?

—Ningún sueño de Hillary es un fracaso total. Sin embargo, pienso que llevará bastante tiempo el editarlo. Lo recortamos un poco y encajamos algunas otras secuencias que nos envió de cuando en cuando... Ya sabe, escenas sueltas. Con todo, no pertenece a la categoría A, aunque pasará.

—¿Le dijo algo de esto a él, Frank?

—¿Cree que me he vuelto loco, patrón? ¿Cree que voy a decirle algo desagradable a un soñador?

En el mismo momento, se abrió la puerta, y la atractiva y joven secretaria de Weill introdujo con una sonrisa a Sherman Hillary en el despacho de su jefe.

Sherman Hillary, de treinta y un años de edad, habría sido reconocido como un soñador por cualquiera. Sus ojos, sin gafas, presentaban el mirar velado de la persona que las necesita o que raras veces se fija en algo mundano. Era de mediana estatura, poco peso, con pelo negro que precisaba un buen corte, débil mentón, tez pálida y expresión turbada.

—Hola, señor Weill —musitó, saludando con la cabeza un tanto avergonzado, en dirección a Belanger.

Weill dijo cordialmente:

—¡Sherman, muchacho, qué buen aspecto tiene! ¿Qué le sucede? ¿Un sueño que se está cocinando en su casa? ¿Alguna preocupación al respecto...? Vamos, tome asiento...

El soñador obedeció, sentándose en el borde de la silla, con las piernas muy juntas, como dispuesto a levantarse al punto obedeciendo a una posible orden.

—Señor Weill, he venido a comunicarle que les dejo.

—¿Que nos deja?

—Sí, señor Weill, no deseo soñar más.

El arrugado rostro de Weill representó más edad que en cualquier otro momento de aquel atareado día.

—¿Y por qué, Sherman?

Los labios del soñador se apretaron con fuerza.

—Porque esto no es vivir, señor Weill —profirió bruscamente—. La vida pasa de largo por mi lado. Al principio, la cosa no iba tan mal. Incluso disponía de tiempo para descansar. Soñaba los atardeceres, los fines de semana en que tenía deseos de hacerlo o en cualquier otro instante en que me sentía dispuesto. Pero ahora, señor Weill, me he convertido en un veterano. Usted me dijo que soy uno de los mejores de la profesión, y la industria espera que mis productos contengan cada vez más sutilezas, que introduzca cambios en los antiguos de buena calidad, como ilusiones flameantes y sátiras artificiosas.

—¿Y quién mejor que usted, Sherman? Su pequeña secuencia de dirección de una orquesta se ha vendido sin interrupción durante diez años.

—De acuerdo, señor Weill, pues ya he cumplido. Lo hecho, hecho está, pero no quiero seguir. Descuido a mi mujer. Mi hijita casi no me conoce. La semana pasada, fuimos a una cena a la que habían invitado a Sarah... y no recuerdo nada de ella. Sarah dice que permanecí sentado todo el tiempo, con la mirada fija y canturreando. Luego lloró durante toda la noche. Estoy cansado de cosas como éstas, señor Weill. Quiero ser una persona normal y vivir en este mundo. Se lo prometí y yo lo deseo también. Por lo tanto, adiós, señor Weill.

Hillary se puso en pie y tendió desmañadamente su mano. Weill la apartó con suma amabilidad.

—Si desea irse y dejarnos, Sherman, no tengo nada que oponer. No obstante, espero que hará usted un favor a un viejo y me permitirá que le explique algo.

—No voy a cambiar de parecer —se obstinó Hillary.

—Ni tampoco pretendo que lo haga —repuso Weill—. Únicamente quiero aclararle algo. Soy viejo ya, como le he dicho. Entré en este negocio antes de que usted naciera. Me gusta hablar sobre él. Por favor, Sherman, muéstrese condescendiente...

Hillary se sentó de nuevo. Se mordió el labio inferior y se miró con aire hosco las uñas.

—¿Sabe usted lo que es un soñador, Sherman? —comenzó Weill—. ¿Sabe lo que significa para la gente vulgar? ¿Sabe lo que supone ser una persona como yo, como Frank Belanger, como Sarah? ¿Tener una mente

tullida, incapaz de imaginar, incapaz de construir? Las personas como yo, la gente vulgar, deseamos evadirnos también de nuestra propia vida, aunque sea por poco tiempo. Pero no podemos. Necesitamos ayuda. Antes había libros, obras de teatro, radio, películas, televisión... Puros artificios, pero no importaba. Lo importante era que, por un momento, se estimulaba la imaginación. Pensábamos en bellos amantes y maravillosas princesas. A través de ellos, podíamos ser arrogantes e ingeniosos, fuertes, capaces... En fin, todo lo que no éramos... Ahora bien, la transmisión de la ilusión del soñador a quien la captaba nunca resultaba perfecta. Debía ser traducida en palabras. El mejor soñador del mundo tal vez no fuese capaz de hacerlo. Y el mejor escritor del mundo acaso sólo cifraba en palabras una mínima parte de sus sueños. ¿Comprende? Ahora, en cambio, con la grabación del ensueño, éste queda al alcance de todo el mundo. Usted, Sherman, y un puñado de hombres como usted, suministran esos sueños directa y exactamente. Pasan sin intermediarios de su cerebro al nuestro, con toda su potencia. Sueñan ustedes para cien millones de seres a la vez. Y eso es una gran cosa, muchacho. Proporcionan a todas esas personas un vislumbre de lo que no saben obtener por sí mismos.

—Pero yo ya he cumplido... —balbuceó Hillary. Se puso en pie, lleno de desesperación—. Estoy agotado. No me importa lo que diga. Y si quiere demandarme por ruptura de contrato, hágalo. Tampoco me importa.

—¿Y por qué habría de demandarle? —repuso vivamente Weill, poniéndose de pie a su vez—. Ruth... —llamó por el intercomunicador—, haga el favor de traerme el contrato del señor Hillary.

Quedaron en silenciosa espera. Weill sonreía, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

Apareció la secretaria con el contrato. Weill lo tomé y se lo mostró a Hillary.

—Sherman, muchacho, si no desea quedarse conmigo, no le forzaré a hacerlo.

Y de pronto, antes de que Belanger llegara a iniciar siquiera un horrorizado movimiento para detenerle, rompió el contrato en cuatro pedazos y los arrojó a la papelera.

—Solucionado —dijo lacónicamente.

La mano de Hillary se tendió hacia la de Weill para estrecharla, diciendo con voz ronca y grave:

—Siempre me trató usted bien, por lo que le estoy agradecido. Siento mucho que hayan de ser así las cosas.

—Está bien, muchacho, no se preocupe... Está bien.

Sherman Hillary se marchó casi lloroso, farfullando de nuevo su agradecimiento.

—¡Por todos los santos, patrón! ¿Por qué le ha dejado irse? —preguntó aturdido Belanger—. ¿Es que no ha visto el juego? Me parece que ha metido la pata... Seguro que Hillary se va derecho a El Pensamiento Brillante. Le han comprado...

Weill alzó una mano perentoria para atajar la verborrea de su empleado.

—Se equivoca. Se equivoca de medio a medio. Conozco bien a Hillary y ése no es en absoluto su estilo. Además —añadió secamente—, Ruth es una excelente secretaria y sabe lo que ha de traerme cuando le pido el contrato de un soñador... Por lo tanto, rompí sólo una copia. El contrato auténtico continúa a buen recaudo, créame. De todos modos... ¡Vaya día que he pasado! Tuve que discutir con un padre para que me diese la oportunidad de formar un nuevo talento, con un representante del gobierno para evitar la censura, con usted para impedir que adoptara una política fatal y ahora con mi mejor soñador para que no nos abandone. Al padre, probablemente lo conquisté. Al representante del gobierno y a usted, lo ignoro. Tal vez sí o tal vez no. En cuanto a Sherman Hillary, no creo que haya problema alguno. El soñador volverá.

—¿Cómo lo sabe?

Weill sonrió. Sus mejillas se contrajeron hasta convertirse en un a red de finísimas líneas.

—Mire, Frank, muchacho, entiende usted mucho de redactar y editar ensueños. Por eso, se cree que conoce todos los engranajes, herramientas y máquinas del oficio. Pero permítame que le diga algo. La más importante herramienta en el negocio del ensueño, la constituye el propio soñador. Hay que comprenderle a fondo... Y créame que yo les comprendo. Escuche, siendo yo joven -no había cinco ensueños entonces-, conocí a un individuo que escribía guiones para la televisión. Se quejaba con gran amargura de que, cada vez que conocía a alguien y descubrían a qué se dedicaba, le decían: «¿Pero de dónde saca usted todas esas chifladuras...?» Para ellos resultaba de una absoluta imposibilidad incluso imaginárselas. Así pues, ¿qué podía responder mi amigo? Me habló muchas veces de eso. Me confiaba: «¿Cómo contestarles que no lo sé? Cuando me acuesto, la cantidad de ideas que me bullen en el cerebro me impiden el sueño. Cuando me afeito, me corto; cuando hablo, pierdo el hilo de lo que digo, y cuando conduzco..., arriesgo la vida. Y siempre, siempre a causa de las ideas,

situaciones y diálogos que se entretejen y se agitan en mi cerebro. No sabría decirle de dónde saco mis ideas. En cambio, tal vez me pueda decir usted de qué truco se vale para no tenerlas. Tal vez así conseguiré por fin un poco de paz...» Ya ve pues por dónde va la cosa. Usted, Frank, puede dejar de trabajar aquí cuando quiera. Y también yo. Para nosotros esto significa nuestro trabajo, no nuestra vida. Las cosas son muy distintas para Sherman Hillary. Vaya donde vaya y haga lo que haga, siempre habrá de soñar. Nosotros no le retenemos contra su voluntad... Nuestro contrato no le encierra tras unos muros de hierro. Es su propio cerebro el que le aprisiona, Frank. Volverá. ¿Qué otra cosa puede hacer?

Belanger se encogió de hombros.

—Si lo que dice es verdad, lo siento por él.

Weill asintió melancólicamente.

—Y yo lo siento por todos ellos. En el curso de los años, he descubierto una cosa; que eso es lo que les corresponde: hacer felices a las personas. A otras personas.

PROFESIÓN

—Mañana es el primero de mayo. ¡Los Juegos Olímpicos! —dijo George Platen, sin poder disimular la ansiedad de su voz.

Se puso boca abajo y espió a su compañero de habitación por encima de los pies de la cama. Pero bueno, ¿acaso él no lo sentía? ¿O es que no le importaba en absoluto?

El rostro de George era delgado, y aún se había hecho más huesudo en el casi año y medio que llevaba en la Residencia. De enjuta figura, la mirada de sus ojos azules era no obstante tan intensa como lo había sido siempre, y en aquel momento parecía un animal acorralado, por el modo en que sus dedos aferraban la colcha.

Su compañero de habitación levantó brevemente la mirada del libro y aprovechó para ajustar el nivel de luminosidad del tramo de pared próximo a su silla. Se llamaba Hali Omani, y era nigeriano. Su piel marrón oscuro y sus macizos rasgos parecían hechos para la calma, y la mención de los Juegos Olímpicos no pareció afectarle. Se limitó a decir:

—Lo sé, George.

George debía mucho a la paciencia y la amabilidad de Hali, cuando éstas eran necesarias; pero a veces, incluso estas cualidades podían resultar excesivas. ¿Acaso era el momento de quedarse quieto como una estatua de ébano?

George se preguntó si también él actuaría de ese modo al cabo de diez años, pero rechazó la idea violentamente. ¡Imposible!

—Creo que has olvidado lo que mayo significa —dijo desafiador.

—Recuerdo perfectamente lo que significa —repuso su compañero—. ¡Nada en absoluto! Eres tú quien lo olvida. Mayo no significa nada para ti, George Platen, ni tampoco para mí, Hali Omani —concluyó suavemente.

—Las naves vienen a buscar reclutas. En junio, millares y millares partirán con millones de nombres y mujeres a bordo, para dirigirse a todos los mundos conocidos... ¿Y dices que eso no significa nada?

—Menos que nada. Y de todos modos, ¿qué pretendes que haga al respecto?

Omani siguió con el dedo un difícil pasaje del libro que estaba leyendo y sus labios se movieron en silencio.

George le observó. «¡Vamos, hombre! —le animó interiormente—.

¡Grita, pégame, haz algo, maldita sea!»

Lo que le ocurría era que no quería sentirse tan solo en su ira. No quería ser el único que se hallase rebosante de resentimiento, el único que sufriese una lenta agonía.

Habían sido mucho mejores aquellas primeras semanas cuando el universo era un cascarón de luz imprecisa y de sonidos, que parecía oprimirle. Estaba mucho mejor antes que Omani hubiese aparecido para devolverle a una vida que no valía la pena vivir.

¡Omani era viejo! Al menos tenía treinta años. George se preguntó: «¿Seré yo así a los treinta? ¿Seré así dentro de doce años?». Y como temía que pudiese serlo, le gritó a Omani:

—¿Quieres dejar de leer ese condenado libro?

Omani volvió una página y leyó algunas palabras; luego levantó la cabeza, cubierta de cabello rizado y crespo, y preguntó:

—¿Cómo?

—¿De qué te sirve leer ese libro? —Se dirigió hacia él y rezongó—: ¡Más electrónica!

Luego se lo arrebató de las manos de un tirón.

Omani se levantó lentamente y recogió de nuevo el libro, alisando sin alterarse una página arrugada.

—Llámalo satisfacción de la curiosidad, si quieres —observó—. Hoy comprendo un poco más, y mañana tal vez otro poquito. Hasta cierto punto, eso supone un triunfo.

—¿Un triunfo? ¿Qué clase de triunfo? ¿Eso es todo lo que quieres hacer en la vida? ¿Llegar a saber la cuarta parte de lo que sabe un Electrónico Diplomado cuando cumplas sesenta y cinco años?

—Tal vez cuando cumpla treinta y cinco.

—¿Y entonces quién te querrá? ¿Quién te empleará? ¿Adónde irás?

—Nadie. A ninguna parte. Me quedaré aquí para leer otros libros.

—¿Y eso te satisface? ¡No me digas! Me has arrastrado hasta la clase. Has conseguido que lea, y que memorice también. ¿Para qué? No encuentro en ello nada que me satisfaga... Lo cual significa que la farsa ha terminado. Haré lo que pensaba hacer al principio, antes que tú me engatusaras. Les obligaré a..., a...

Omani dejó el libro. Esperó a que su compañero se interrumpiera y entonces le preguntó:

—¿A qué, George?

—A rectificar una injusticia. Un complot. Iré a ver a ese Antonelli y le obligaré a reconocer que él..., que él...

Omani meneó la cabeza.

—Todos los que vienen aquí insisten en afirmar que se trata de un error. Suponía que ya habías superado eso.

—No lo digas en ese tono despectivo —dijo George acaloradamente—. En mi caso es verdad. Ya te he dicho...

—Sí, ya me lo has dicho, pero en el fondo de tu corazón sabes que, por lo que a ti se refiere, nadie se equivocó.

—¿Porque nadie quiso admitirlo? ¿Crees que serían capaces de reconocer un error, a menos que se les obligase a ello?... Pues bien, yo les obligaré.

El responsable de la actitud de George era el mes de mayo, el mes de los Juegos Olímpicos. Sintió que volvía a él su antiguo furor, sin que pudiera evitarlo. Pero es que tampoco quería evitarlo, y había corrido el riesgo de hacerlo.

—Yo iba a ser Programador de Computadora —dijo—, y puedo serlo. Podría serlo hoy mismo, pese a lo que digan que muestra el análisis. —Golpeó el colchón con los puños—. Están equivocados. Tienen que estarlo.

—Los analistas nunca se equivocan.

—Pues en este caso tienen que estar equivocados. ¿Dudas acaso de mi inteligencia?

—La inteligencia no tiene absolutamente nada que ver con esto. ¿No te lo han dicho aún bastantes veces? ¿Es que no eres capaz de comprenderlo?

George se volvió boca arriba y se puso a mirar el techo con expresión sombría.

—¿Y tú qué querías ser, Hali? —preguntó.

—No tenía planes fijos. Creo que me hubiera gustado ser Especialista en Hidroponía.

—¿Crees que hubieras podido serlo?

—No estoy muy seguro.

George nunca había hecho preguntas de carácter personal a Omani. Le pareció extraño, poco natural, que otras personas con ambiciones hubiesen terminado allí. ¡Especialista en Hidroponía!

—¿Pensabas que te dedicarías a esto? —le preguntó.

—No, pero aquí sigo siendo el mismo.

—Y te sientes satisfecho. Satisfecho por completo. Eres feliz. Te gusta. No querrías estar en ningún otro lugar.

Muy despacio, Omani se puso en pie. Con el mayor cuidado, empezó a deshacer su cama, diciendo:

—George, eres un caso difícil. Te estás mortificando porque te niegas a

aceptar la verdad sobre ti mismo. Te encuentras en lo que tú llamas la Residencia, pero nunca he oído que la llames por su nombre completo. Dilo, George, dilo. Luego acuéstate y duerme, y se te pasará todo.

George frunció los labios y mostró los dientes, que rechinaban. Con voz ahogada, exclamó:

—¡No!

—Entonces lo diré yo —dijo Omani, uniendo la acción a la palabra.

Pronunció el nombre silabeando con el mayor cuidado.

George sintió una profunda vergüenza al oírlo, y se vio obligado a volver la cabeza.

Durante la mayor parte de los primeros dieciocho años de su vida, George Platen había seguido firmemente el rumbo trazado, que le llevaría a ser un Programador de Computadora Diplomado. Entre los chicos de su edad muchos pensaban en la Espacionáutica, la Tecnología de la Refrigeración, el Control de Transportes, e incluso la Administración, demostrando con ello su buen juicio. Pero George tenía su plan trazado, y nada le desviaba de él.

Discutía los méritos relativos con el mismo entusiasmo que ellos. ¿Por qué no? El Día de la Educación estaba ante ellos como la fecha crucial de su existencia. Se aproximaba con regularidad, tan fijo y cierto como el calendario...; el primero de noviembre siguiente a su decimoctavo cumpleaños.

Después de aquel día surgían otros temas de conversación. Se podía comentar con los demás los detalles de la profesión, o las virtudes de la esposa y los hijos, o la suerte del propio equipo de polo espacial, o los triunfos que uno había conseguido en los Juegos Olímpicos. Antes del Día de la Educación, sin embargo, el único tema que acaparaba la atención general era precisamente el de esta importantísima fecha.

—¿A qué piensas dedicarte? ¿Crees que lo conseguirás? Bah, eso no es bueno. Mira los registros; han reducido el cupo. Logística, en cambio...

O Hipermecánica... O Comunicaciones... O Gravítica...

Especialmente Gravítica, en aquel momento. Todo el mundo hablaba de Gravítica en los años que antecedieron al Día de la Educación de George, a causa del desarrollo alcanzado por el motor gravítico.

Cualquier mundo situado en un radio inferior a los diez años luz de una estrella enana, según todos decían, hubiera dado cualquier cosa por un Ingeniero Gravítico Diplomado.

Esta idea jamás preocupó a George. Sabía lo que había pasado anteriormente con otra técnica recién creada. Inmediatamente se abrieron

las compuertas de la racionalización y la simplificación. Todos los años surgirían nuevos modelos; nuevos tipos de motores gravíticos; nuevos principios. Entonces, todos aquellos caballeros tan solicitados quedarían anticuados, y serían superados por los últimos modelos provistos de la última educación. El primer grupo tendría que dedicarse entonces a trabajos no especializados o embarcarse para algún mundo atrasado, que aún no estuviese al día.

En la actualidad los Programadores de Computadoras seguían en demanda creciente, a pesar de los años y los siglos transcurridos. Si bien no alcanzaba nunca proporciones monstruosas, pues el mercado de los Programadores aún no se hallaba dominado por el frenesí, la demanda aumentaba regularmente, a medida que se abrían nuevos mundos al comercio y los antiguos se hacían más complicados.

Él había discutido constantemente con Stubby Trevelyan sobre este punto. Como suele suceder entre amigos íntimos, sus discusiones eran constantes y enconadas y, por supuesto, ninguno convencía al otro ni se dejaba convencer.

Pero Trevelyan tenía un padre que era Metalúrgico Diplomado y había trabajado en uno de los Mundos Exteriores, y un abuelo que también había sido Metalúrgico Diplomado. Él también se proponía serlo, para continuar la tradición de la familia, y estaba firmemente convencido que cualquier otra profesión no sería tan respetable.

—Siempre habrá metales —solía decir—, y no hay nada como modelar las aleaciones de acuerdo con las normas y ver cómo crecen las estructuras. En cambio, ¿qué hace el Programador? Pasar el día sentado ante una máquina de kilómetro y medio, suministrándole datos por una ranura.

Incluso a los dieciséis años, George ya demostraba poseer un carácter práctico. Replicó escuetamente:

—Tendrás que competir con un millón de Metalúrgicos.

—¿Quieres una mejor demostración de lo buena que es esta profesión? ¡No hay otra como ella!

—Pero terminarás por no encontrar trabajo, Stubby. Cualquier mundo puede fabricarse sus propios Metalúrgicos, y el mercado que tienen los modelos terrestres más avanzados no es tan grande. Donde tienen más demanda es en los mundos pequeños. ¿Sabes qué proporción de Metalúrgicos Diplomados se envía a mundos clasificados como Grado A? Lo consulté, y vi que es un trece coma tres por ciento. Eso quiere decir que tienes siete probabilidades entre ocho de quedarte en un mundo que apenas tiene agua corriente. Incluso puede que te quedes en la Tierra: el dos coma

tres por ciento lo hacen.

Trevelyan dijo con cierto acaloramiento:

—No constituye ninguna desgracia quedarse en la Tierra. La Tierra también necesita técnicos. Y buenos.

Su abuelo había sido Metalúrgico en la Tierra. Trevelyan se llevó la mano al labio superior, y se dio golpecitos en un bigote todavía inexistente.

George sabía lo del abuelo de Trevelyan y, considerando que sus propios antepasados también estuvieron ligados a la Tierra, optó por no reírse. En cambio, dijo, muy diplomático:

—Desde luego, no es ninguna desgracia desde el punto de vista intelectual. Pero a todos nos gustaría ir a un mundo de Grado A, ¿no es cierto?

»Veamos ahora el caso de los Programadores. Sólo los mundos de Grado A poseen el tipo de computadoras que necesitan verdaderamente Programadores de primera clase, por lo cual son los únicos que se encuentran en el mercado. Además, las cintas que usan los Programadores son complicadas y casi ninguna de ellas encaja. Necesitan más Programadores de los que puede facilitar su propia población. Es una simple cuestión de estadística. Sólo existe un Programador de primera clase entre un millón. Si un mundo con una población de diez millones necesita veinte Programadores, tiene que acudir a la Tierra para procurarse de cinco a quince de ellos. ¿No es así?

»¿Y sabes cuántos Programadores de Computadora Diplomados salieron el año pasado para planetas de Grado A? Voy a decírtelo: hasta el último. Si eres Programador, te llevarán. Sí, señor.

Trevelyan frunció el ceño.

—Si sólo uno entre un millón lo consigue, ¿qué te hace suponer que tú lo conseguirás?

George replicó, un poco a la defensiva:

—No lo sé, pero lo conseguiré.

Nunca se atrevió a confiar a nadie, ni a Trevelyan ni a sus padres, a qué se debía que se sintiese tan seguro. Pero no estaba preocupado. Tenía confianza en el futuro (ese fue el peor de todos los recuerdos que conservó en los días desesperanzados que siguieron.) Se hallaba tan tranquilo y confiado como cualquier niño de ocho años en vísperas del Día de la Lectura..., aquella anticipación infantil del Día de la Educación.

Desde luego, el Día de la Lectura había sido distinto. En parte se debió al simple hecho que era un niño. A los ocho años se aceptan muchas cosas

extraordinarias. Un día no se sabe leer y al siguiente se ha aprendido. Así son las cosas. Como la luz del sol.

Además, la ocasión era mucho menos importante. No esperaban los reclutadores, empujándose para leer las listas y resultados de los próximos Juegos Olímpicos. Un niño que ha pasado el Día de la Lectura no es más que una criatura que vivirá todavía una década tranquila y monótona en la Tierra, arrastrándose por su superficie; una criatura que vuelve al seno de su familia con una nueva habilidad.

Cuando llegó el Día de la Educación, diez años después, George había olvidado casi todos los detalles de su Día de la Lectura.

Sólo se acordaba que fue un día de septiembre y que lloviznaba. (Septiembre para el Día de la Lectura; noviembre para el Día de la Educación; mayo para los Juegos Olímpicos. Incluso se componían canciones infantiles con estos temas.) George se vistió a la luz que salía de las paredes; sus padres estaban más emocionados que él. El autor de sus días era un Montador de Tuberías Diplomado, y trabajaba en la Tierra. Esto constituyó siempre una humillación para él, aunque, naturalmente, como todos podían ver, la inmensa mayoría de cada generación tenía que quedarse en la Tierra. Estaba en la propia naturaleza de las cosas.

Tenía que haber agricultores, mineros e incluso técnicos en la Tierra. Solamente las profesiones de último modelo y muy especializadas se hallaban en gran demanda por parte de los Mundos Exteriores, y sólo se podían exportar algunos millones por año, de los ocho billones de seres humanos a que ascendía la población de la Tierra. Cualquier habitante del planeta podía contarse entre los elegidos, pero no podían pertenecer todos a ese grupo, por supuesto.

Sin embargo, sí podían aspirar a que al menos uno de sus hijos resultase elegido, y Platen padre no era una excepción a esta regla. Le resultaba evidente (y no sólo a él) que George poseía una inteligencia notable y muy rápida. Confiaba mucho en él, que además era su hijo único. Si George no conseguía situarse en un Mundo Exterior, tendrían que esperar a tener un nieto antes que de nuevo se presentase aquella posibilidad. Pero eso estaba demasiado alejado en el futuro para servirles de consuelo.

El Día de la Lectura no demostraría gran cosa, desde luego, pero sería la única indicación que tendrían antes que llegase la fecha más importante. Todos los padres de la Tierra escuchaban la calidad de la lectura cuando su hijo regresaba a casa con ella; escuchaban tratando de oír una fluidez particular, que les permitiría hacer presagios para el futuro. Había muy pocas familias que no concibiesen esperanzas por uno de sus vástagos, el

cual, a partir del Día de la Lectura, se convertía en la gran esperanza de sus padres por la manera como pronunciaba los trisílabos.

Confusamente, George comprendió la causa de la tensión que dominaba a sus padres, y si aquella mañana lluviosa había ansiedad en su joven corazón, se debía únicamente al temor que sentía de ver desvanecerse la esperanzada expresión del rostro paterno, cuando regresase al hogar con su lectura.

Los niños se reunían en la gran sala de actos del Ayuntamiento Educativo. En toda la Tierra, en millones de salas semejantes, durante todo aquel mes, se reunirían grupos similares de niños. A George le deprimía el ambiente sórdido de la sala y la presencia de los otros niños nerviosos y envarados con sus ropas de gala, a las que no estaban acostumbrados.

Maquinalmente, George imitó a sus compañeros. Encontró el grupo integrado por los niños que vivían en su mismo piso en la casa de vecindad, y se unió a ellos.

Trevelyan, que vivía en la puerta contigua, aún llevaba largos cabellos infantiles, y se encontraba a años de distancia de las patillas cortas y el bigote rojizo que luciría cuando fuese fisiológicamente capaz de ello.

Trevelyan (que entonces conocía a George por el apodo de «el Bocazas»), dijo:

—Asustado, ¿eh?

—Nada de eso —dijo George, para añadir en tono confidencial—: Mis padres han puesto un montón de letra impresa en mi mesa, y cuando vuelva a casa les haré una demostración de lectura.

(El principal sufrimiento de George, por el momento, consistía en no saber dónde meter las manos. Le habían advertido que no se rascase la cabeza, ni se frotase las orejas, ni se pellizcase la nariz, ni se metiese las manos en los bolsillos. Eso eliminaba casi cualquier otra posibilidad.)

Trevelyan, en cambio, se metió las manos en los bolsillos como si tal cosa y dijo:

—Mi padre no está en absoluto preocupado.

Trevelyan padre había sido Metalúrgico en Diporia durante casi siete años, lo cual le confería una categoría social superior en el barrio, aunque ahora estuviese jubilado y hubiese vuelto a la Tierra.

La Tierra no veía con buenos ojos el regreso de estos inmigrantes, a causa de los problemas demográficos que tenía planteados, pero una pequeña parte de ellos conseguía regresar. En primer lugar, la vida era más barata en la Tierra, y lo que en Diporia, por ejemplo, era una pensión insignificante, en la Tierra se convertía en una renta muy saneada. Además,

siempre había hombres que hallaban una gran satisfacción en exhibir su triunfo ante sus amigos y en los lugares donde había transcurrido su infancia, en lugar de hacerlo ante el resto del universo.

Trevelyan padre explicó después que si se hubiese quedado en Diporia, sus hijos hubieran debido hacer lo propio, y Diporia era un mundo con una única astronave. Sin embargo, en la Tierra, sus vástagos podían aspirar a cualquier otro mundo, incluso Novia.

Stubby Trevelyan aprendió pronto la lección. Aun antes del Día de la Lectura, su conversación se basaba en el hecho incuestionable que él terminaría en Novia.

George, apabullado ante el grandioso futuro de su compañero, que contrastaba con su mísero presente, se puso a la defensiva.

—Mi padre tampoco está preocupado. Únicamente quiere oírme leer porque está seguro que lo haré muy bien. Supongo que tu padre no querría oírte si supiese que lo ibas a hacer mal.

—Yo no lo haré mal. Leer no es nada. En Novia, tendré gente que leerá para mí.

—¡Porque tú no podrás leer por ti mismo, ya que eres tonto!

—¿Entonces, cómo es que voy a ir a Novia?

George, acorralado, lanzó esta atrevida negación:

—¿Y quién dice que irás a Novia? Me apuesto lo que quieras a que no irás a ninguna parte.

Stubby Trevelyan enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—Pero no seré un Montador de Tuberías, como tu padre —espetó.

—Retira eso, renacuajo.

—Retira tú lo que has dicho.

Ambos permanecían nariz contra nariz, sin demasiadas ganas de pelear, pero contentos de poder hacer algo familiar en aquel sitio extraño. Además, al amenazar con los puños la cara de su compañero, George había resuelto el problema de las manos, al menos por el momento. Otros niños se reunieron a su alrededor, muy excitados.

Pero todo terminó cuando una voz femenina resonó con fuerza por el sistema de altavoces. Reinó un silencio instantáneo. George aflojó los puños y se olvidó de Trevelyan.

—Niños —decía la voz—, vamos a llamarles por sus nombres. Los que sean llamados se dirigirán a uno de los hombres situados junto a las paredes laterales. ¿Los ven? Son fáciles de distinguir gracias a los uniformes rojos que llevan. Las niñas se dirigirán a la derecha. Los niños, a la izquierda. Miren ahora a su alrededor, para ver al hombre de rojo que tienen más pró-

ximo...

George encontró al suyo a la primera ojeada y esperó a que le llamasen por su nombre. Como todavía no conocía las complicaciones del alfabeto, el tiempo que tuvo que esperar hasta que llegasen a su letra le resultó muy enojoso.

La multitud de niños se iba aclarando; por turno, todos se dirigían al guía vestido de rojo más próximo.

Cuando por último el nombre de «George Platen» resonó por el altavoz, la sensación de alivio del niño sólo se vio superada por la alegría inenarrable que experimentó al ver que Stubby Trevelyan seguía aún en su sitio sin que le llamasen.

Volviéndose a medias, George le gritó al irse:

—Adiós, Stubby, tal vez no te quieren.

Aquel momento de alegría fue de breve duración. Le hicieron ponerse en fila con otros niños desconocidos, y les obligaron a seguir por varios corredores. Todos se miraban, con ojos muy abiertos y preocupados, pero con excepción de «No empujen» y «¡Eh, cuidado!», no había conversación.

Les entregaron varios trocitos de papel, ordenándoles que los guardasen. George miró el suyo con curiosidad. Pequeñas señales negras de diferentes formas. Sabía que era letra impresa, pero..., ¿cómo se podían formar palabras con aquello? Era incapaz de imaginárselo.

Le ordenaron que se desnudase; sólo quedaban juntos él y otros cuatro niños. Todos ellos se despojaron de sus ropas nuevas, y pudo ver a cuatro niños de su misma edad desnudos y pequeños, temblando más de vergüenza que de frío. Vinieron técnicos en Medicina, que les palparon, les aplicaron extraños instrumentos, les tomaron muestras de sangre. Luego les pidieron las tarjetas que los niños conservaban y añadieron nuevas marcas en ellas con varitas negras que servían para trazar aquellos signos, perfectamente alineados, a gran velocidad. George observó los nuevos signos, pero no resultaban más comprensibles que los anteriores. Los niños recibieron la orden de vestirse.

Tomaron asiento en sillas separadas y esperaron. Volvieron a llamarlos por sus nombres. El de «George Platen» fue el tercero.

El niño penetró en una gran estancia, llena de atemorizantes instrumentos provistos de botones; ante ellos se alzaban brillantes paneles. En el centro de la sala había una mesa, ante la cual se sentaba un hombre, con la vista fija en los paneles amontonados frente a sí.

—¿George Platen? —le dijo.

—Sí, señor —respondió George, con un hilo de voz.

Toda aquella espera y aquel ir de acá para allá le estaban poniendo nervioso. Ojalá terminasen pronto.

El hombre sentado ante la mesa le dijo:

—Yo soy el doctor Lloyed, George. ¿Cómo estás?

No había levantado la mirada al hablar. Probablemente había dicho aquellas mismas palabras docenas de veces, sin mirar a quien tenía delante.

—Estoy bien, gracias —repuso el chico.

—¿Tienes miedo, George?

—Pues..., no, señor —dijo George, con una voz que le pareció cargada de miedo incluso a él mismo.

—Muy bien —dijo el médico—, porque no tienes nada que temer. Vamos a ver, George. Aquí en tu ficha dice que tu padre se llama Peter y es un Montador de Tuberías Diplomado, y que tu madre se llama Amy y es Técnico de Hogar Diplomado. ¿Es así?

—Sí..., señor.

—Y tú naciste el trece de febrero, y tuviste una infección de oído hará cosa de un año. ¿No?

—Sí, señor.

—¿Sabes cómo es que sé todas estas cosas?

—Porque están en la ficha, ¿no, señor?

—Exactamente.

El médico miró a George por primera vez y sonrió, exhibiendo una hilera de dientes blancos y regulares. Parecía mucho más joven que el padre de George. El nerviosismo del niño disminuyó en parte.

El médico tendió la ficha a George.

—¿Sabes lo que significan estos signos que ves aquí, George?

Al niño le sorprendió que el doctor le pidiese que mirase la ficha, como si esperase que de pronto fuese capaz de entenderla por arte de magia. Sin embargo, vio las mismas señales que antes y se la devolvió diciendo:

—No, señor.

—¿Por qué no?

George entró en súbitas sospechas acerca de la cordura de aquel hombre. ¿Es que acaso no lo sabía ya?

—No sé leer, señor.

—¿Te gustaría saber leer?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

George le miró, apabullado. Nunca le habían preguntado semejante cosa. No sabía qué responder.

—No lo sé, señor —tartajeó.

—La letra impresa te guiará durante toda tu vida. Tienes mucho que aprender, aun después del Día de la Educación. En fichas como ésta encontrarás datos muy útiles. Con los libros podrás aprender. Podrás leer lo que aparezca en las pantallas de televisión. La letra de molde te dirá cosas tan útiles e interesantes que el analfabetismo te parecerá tan malo como la ceguera. ¿Me entiendes?

—Sí, señor.

—¿Todavía tienes miedo, George?

—No, señor.

—Muy bien. Ahora voy a decirte exactamente lo que haremos primero. Te pondré estos alambres en la frente, sobre el borde de los ojos. Quedarán fijos ahí, pero no te harán daño. Luego, pondré en marcha un aparato que hará un zumbido. Es un sonido muy divertido y te hará cosquillas, pero tampoco te hará daño. Si te lo hiciese, me lo dices, y yo pararé en seguida el aparato, pero ya te digo que no te hará el menor daño. ¿De acuerdo?

George asintió y tragó saliva.

—¿Estás dispuesto?

George asintió de nuevo, cerrando los ojos mientras el médico lo preparaba. Sus padres ya le habían explicado aquello. Ellos también le dijeron que no le haría daño, pero después venían los otros niños, los de diez y doce años, que gritaban a los de ocho que esperaban el Día de la Lectura:

—¡Ya verán cuando venga lo de la aguja!

Otros decían confidencialmente:

—Te abrirán la cabeza con un cuchillo así de grande que tiene un gancho.

Y luego obsequiaban a su horrorizado auditorio con otros detalles espeluznantes.

George nunca les creyó, pero había tenido pesadillas, y a la sazón las recordaba, cerrando los ojos y experimentando un intenso terror.

No notó los alambres que el médico le puso en las sienes. El zumbido era algo distante, y oía mejor el sonido de su propia sangre en los oídos, agudo y hueco como si se hallase en una gran caverna. Lentamente, se arriesgó a abrir los ojos.

El médico le daba la espalda. De uno de los instrumentos iba saliendo una tira de papel, cubierta por una línea morada fina y ondulante. El hombre rompía la tira a pedazos, que introducía en la ranura de otra máquina. Lo hacía incansablemente. Cada vez salía un trocho de película que el médico

examinaba. Finalmente, se volvió hacia George, frunciendo el entrecejo de un modo raro.

El zumbido cesó.

George preguntó, casi sin aliento:

—¿Ya..., ya ha terminado?

El médico respondió afirmativamente, pero seguía con el ceño fruncido.

—¿Ahora ya sé leer? —preguntó George, a pesar que no se sentía diferente.

El hombre le preguntó:

—¿Cómo?

Luego esbozó una breve sonrisa, antes de proseguir:

—Esto va muy bien, George. Dentro de quince minutos ya podrás leer. Ahora vamos a utilizar otra máquina, y la operación durará un poco más. Te cubriré la cabeza con un aparato, y cuando lo ponga en marcha no podrás ver ni oír nada durante un rato, pero no te dolerá. Para que estés tranquilo, te daré este pequeño interruptor, que sujetarás con la mano. Si notas dolor, oprime el botoncito y el aparato se parará. ¿De acuerdo?

Algunos años después, George supo que el pequeño interruptor no tenía ninguna eficacia; se lo dieron únicamente para tranquilizarlo. Sin embargo, nunca lo supo con certeza, pues no llegó a pulsar el botón.

Un gran casco de superficie curvada y bruñida, forrado de corcho, le cubrió la cabeza. Tres o cuatro salientes insignificantes parecieron clavarse en su cráneo, pero se trataba únicamente de una leve presión, que pronto desapareció. No sentía el menor dolor.

La voz del médico le llegaba muy apagada.

—¿Te encuentras bien, George?

Y de repente, sin advertencia previa, una gruesa capa afelpada pareció rodearle enteramente. Se sentía incorpóreo, no experimentaba ninguna sensación, el mundo no existía... Sólo él y un distante murmullo en el fondo de la nada, que le decía algo..., que le decía..., que le decía...

Se esforzó por oír y comprender, pero se hallaba rodeado por aquella gruesa capa afelpada.

Entonces le quitaron el casco de la cabeza, y la luz era tan deslumbrante que le obligó a cerrar los ojos, mientras la voz del médico resonaba en sus oídos, diciéndole:

—Aquí tienes tu ficha, George. ¿Qué dice?

George miró de nuevo la ficha y lanzó una exclamación ahogada. Los signos ya no eran solamente signos. Formaban palabras. Eran palabras muy claras; le parecía como si alguien se las susurrase al oído. En realidad,

hubiera dicho que se las susurraban de verdad, mientras las estaba mirando.

—¿Qué dice aquí, George?

—Dice..., dice... «Platen, George. Nacido el trece de febrero de seis mil cuatrocientos noventa y dos. Hijo de Peter y de Amy...»

Se interrumpió.

—Ya sabes leer, George —dijo el médico—. Hemos terminado.

—¿De veras? ¿No lo olvidaré?

—No, no lo olvidarás. —El médico le estrechó la mano con seriedad—. Ahora te llevarán a casa.

Pasaron bastantes días antes que George se fuera acostumbrando a su nueva y extraordinaria vida. Leía para su padre con tal soltura que el autor de sus días no podía contener el llanto y llamaba a otros miembros de la familia para comunicarles la buena nueva.

George paseaba por la población, leyendo todos los pedazos de papel impreso que caían en sus manos, extrañado de no haberlos comprendido hasta entonces.

Se esforzó por recordar cómo era no poder leer, y no lo consiguió. En realidad, le parecía como si toda su vida hubiese sabido leer. Desde siempre.

A los dieciocho años, George era un muchacho moreno, de estatura media, pero que parecía más alto por lo flacucho que estaba. Trevelyan, que apenas tenía dos centímetros menos de estatura, era de complexión tan rechoncha y robusta que el mote de «Stubby»[2] le quedaba preciso, mejor aún que cuando era niño; sin embargo, durante aquel último año ya empezaba a molestarse cuando se lo aplicaban. Y como su nombre de pila todavía le gustaba menos, todos le llamaban Trevelyan, o cualquier variante decente de este nombre. Además, como para demostrar de manera concluyente que ya era un hombre, se había dejado patillas y un hirsuto bigotillo.

A la sazón se hallaba sudoroso y nervioso, y George, a quien ya habían dejado de llamar «Bocazas», y que respondía ahora al breve y gutural monosílabo «George», se divertía enormemente al verlo.

Se hallaban de nuevo en aquella enorme sala en la que estuvieran diez años atrás, y a la que no habían vuelto durante este intervalo. Fue como si un sueño nebuloso del pasado se corporeizase de pronto. Durante los primeros minutos, George se quedó muy sorprendido al ver que todo parecía más pequeño y abarrotado de como él lo recordaba; luego pensó que él

---

[2] Regordete. *(N. del T.)*

había crecido.

La multitud era más reducida que en aquel día, tan lejano ya. Además, estaba compuesta exclusivamente por muchachos. Las chicas habían sido convocadas para otra fecha.

Trevelyan se inclinó hacia él para decirle:

—¡Vaya una manera de hacernos esperar!

—La burocracia —dijo George—. Es inevitable.

—¿Por qué te muestras tan tolerante con ellos? —bufó Trevelyan.

—¿Para qué preocuparme?

—Vamos, chico, a veces eres inaguantable. Ojalá termines como Estercolero Diplomado, para poder verte la cara cuando trabajes.

Sus oscuros ojos se pasearon con expresión ansiosa por la multitud de muchachos.

George también miró a su alrededor. El sistema era distinto del que habían empleado con los niños. Todo se desarrollaba más lentamente, y al principio les entregaron una hoja con instrucciones impresas (una ventaja sobre los prelectores). Los nombres de Platen y Trevelyan quedaban bastante abajo según el orden alfabético, pero esta vez ambos lo sabían.

De las salas de educación salían los muchachos, con el ceño fruncido y el enojo pintado en sus semblantes; recogían sus ropas y efectos, y luego se iban a la sección de análisis para enterarse del resultado.

Cada uno de ellos, al salir, se veía rodeado por un grupo de jóvenes, que le asaeteaban a preguntas:

—¿Cómo ha ido? ¿Qué sensación produce? ¿Crees que lo has hecho bien? ¿Te sientes diferente?

Las respuestas eran vagas e imprecisas.

George se esforzó por mantenerse apartado de los grupos. De nada servía excitarse. Todos decían que se tenían mayores probabilidades de éxito conservando la calma. Aun así, notaba un sudor frío en las palmas de las manos. Tenía gracia que con el paso de los años se experimentasen nuevas tensiones.

Por ejemplo, los profesionales altamente especializados que se dirigían a un Mundo Exterior iban acompañados de sus respectivos cónyuges. Era importante mantener el equilibrio emotivo inalterado en todos los mundos. ¿Y qué chica se negaría a acompañar a un muchacho destinado a un mundo clasificado como Grado A? George todavía no pensaba en ninguna chica determinada; a decir verdad, las chicas no le interesaban por el momento. Una vez fuese Programador, una vez pudiese poner, detrás de su nombre, Programador de Computadora Diplomado, realizaría su elección, como un

sultán en un harén. Esta idea le excitó, y trató de desecharla. Debía guardar la compostura.

Trevelyan murmuró:

—¿No quieres explicarme esto? Primero dicen que es mejor mantenerse tranquilo y descansado. Luego te hacen pasar por esta larga espera, después de la cual resulta imposible conservar la calma y la tranquilidad.

—Tal vez lo hagan adrede. En primer lugar, así pueden distinguir a los chicos de los hombres. Calma, Trev.

—¡Bah, cállate! —rezongó Trevelyan.

Entonces le llegó el turno a George. No le llamaron por su nombre. Éste apareció en letras luminosas en el tablón de anuncios.

Se despidió de Trevelyan con un gesto amistoso.

—Calma, muchacho. No te dejes impresionar.

Estaba muy contento cuando entró en la sala de prueba. Contento de verdad.

El hombre sentado ante la mesa le preguntó:

—¿George Platen?

Durante un instante fugaz, la mente de George evocó vívidamente la imagen de otro hombre que, diez años atrás, le había hecho la misma pregunta. Casi le pareció que aquél era el mismo hombre y que él, George, volvía a tener ocho años, como el día en que cruzó el umbral de aquella sala.

Pero cuando el individuo sentado ante la mesa levantó la cabeza, sus facciones no correspondían en absoluto con las de aquel súbito recuerdo. La nariz era bulbosa, el cabello, ralo y grueso, y la piel de la mejilla le pendía fláccidamente, como si hubiese adelgazado de pronto tras haber estado muy grueso.

George volvió de nuevo a la realidad cuando vio el enojo reflejado en el semblante de aquel individuo.

—Sí, soy George Platen, señor.

—Dilo, pues. Yo soy el doctor Zachary Antonelli, y dentro de poco seremos amigos íntimos.

Contempló unas pequeñas tiras de película, levantándolas para mirarlas al trasluz con ojos de búho.

George dio un respingo. Muy vagamente, recordó que el otro médico (cuyo nombre había olvidado) había mirado unas películas parecidas. ¿Serían las mismas? Aquel otro médico había fruncido el ceño, y éste le estaba mirando con expresión encolerizada.

Su contento se había esfumado.

El doctor Antonelli abrió un grueso expediente, que colocó en la mesa ante él, y apartó cuidadosamente los trozos de película.

—Aquí dice que quieres ser Programador de Computadora.

—Sí, doctor.

—¿Sigues con esa idea?

—Sí, señor.

—Es una posición llena de responsabilidad, y muy fatigosa. ¿Te sientes capaz de ocuparla?

—Sí, señor.

—La mayoría de los preeducandos no ponen ninguna profesión determinada. Supongo que les asusta la idea de no estar a la altura de ella.

—Sí, doctor Antonelli, eso debe de ser.

—¿Y tú, no tienes miedo?

—Prefiero ser franco y decirle que no, doctor.

El doctor Antonelli asintió, pero sin que su expresión se suavizase lo más mínimo.

—¿Por qué quieres ser Programador?

—Como usted ha dicho, doctor, es una posición de responsabilidad y de mucho trabajo. Es un empleo importante y lleno de emoción. Me gusta, y me creo capacitado para desempeñarlo.

El doctor Antonelli apartó el expediente, y miró a George con acritud. Luego le preguntó:

—¿Y cómo sabes que te gusta? ¿Porque crees que te enviarán a un planeta de Grado A?

George, desazonado, se dijo: «Está tratando de confundirte. Tú tranquilo, y respóndele con franqueza.»

Dijo entonces:

—Creo que un Programador tiene muchas probabilidades para que le envíen a un planeta de Grado A, doctor, pero aunque me quedase en la Tierra, sé que me gustaría.

«Eso es cierto. No estoy mintiendo», pensó George.

—Muy bien. ¿Y cómo lo sabes?

Le hizo esta pregunta como si supiese de antemano que no podría responderla. George apenas pudo contener una sonrisa. Podía responderla.

—He leído cosas sobre Programación, doctor.

—¿Que has hecho qué?

El médico se mostraba sinceramente sorprendido, lo cual produjo gran satisfacción a George.

—Leer sobre Programación, doctor. Compré un libro que trataba de ese tema y lo he estado estudiando con interés.

—¿Un libro para Programadores Diplomados?

—Sí, doctor.

—Pero no era posible que lo entendieses.

—Al principio no. Adquirí otros libros sobre Matemáticas y Electrónica. Me las arreglé para comprenderlos. Todavía no sé mucho, pero sí lo bastante para saber que eso me gusta, y que puedo estudiarlo.

(Ni siquiera sus padres habían logrado descubrir el escondrijo donde guardaba sus libros. Tampoco sabían por qué pasaba tanto tiempo encerrado en su habitación, ni que robaba horas al sueño para estudiar.)

El médico tiró de los pliegues de piel que le pendían bajo la barbilla.

—¿Qué te proponías al hacer eso, muchacho?

—Quería estar seguro que la Programación me gustaría, doctor.

—Pero tú ya sabías, supongo, que sentir interés por una cosa no significa nada. Uno puede sentir verdadera pasión por un tema, pero si la conformación física de su cerebro indica que sería más útil haciendo otra cosa, eso es lo que hará. Supongo que sabías eso, ¿no?

—Sí, me lo dijeron —dijo George, cautelosamente.

—Entonces puedes creerlo. Es verdad.

George guardó silencio.

El doctor Antonelli prosiguió:

—¿O acaso crees que el estudio de un tema determinado inclina a las neuronas en esa dirección, como esa otra teoría según la cual una mujer encinta sólo necesita escuchar en forma reiterada obras maestras de música, para que el hijo que nazca llegue a ser un gran compositor? ¿Tú también crees eso?

George enrojeció. Desde luego, lo había pensado. Estaba seguro que si dirigía constantemente su intelecto en la dirección deseada, conseguiría el resultado apetecido. Confiaba principalmente en esta idea para conseguirlo.

—Yo nunca... —empezó a decir, sin poder terminar la frase.

—Pues no es cierto. Tienes que saber, jovenzuelo, que la conformación de tu cerebro viene determinada ya desde el mismo día de tu nacimiento. Puede alterarse a consecuencia de un golpe que produzca lesiones en las células, o por una hemorragia cerebral, un tumor o una infección grave..., pero en todos estos casos el cerebro quedará dañado. Te aseguro que el hecho que pienses algo determinado con insistencia no le afecta en absoluto.

Contempló pensativo a George, para añadir:

—¿Quién te dijo que hicieras eso?

George, ya muy desazonado, tragó saliva y contestó:

—Nadie, doctor, fue idea mía.

—¿Quién sabía que lo hacías? ¿Había alguien que lo supiese, además de ti?

—Nadie, doctor; lo hice sin mala intención.

—¿Quién habla de eso? Yo únicamente lo considero una pérdida de tiempo. ¿Por qué no se lo dijiste a nadie?

—Pensé..., pensé que se reirían de mí.

(Recordó de pronto una reciente conversación que había sostenido con Trevelyan. George abordó el tema cautelosamente, como si se tratase de algo sin importancia que se le había ocurrido y que se hallaba situado en las zonas más periféricas de su mente; algo relativo a la posibilidad de aprender una materia cargándola a mano en el cerebro, por así decirlo, a trocitos y fragmentos. Trevelyan vociferó: «George, antes de poco tiempo les estarás sacando brillo a tus zapatos y cosiéndote tus propias camisas». Entonces estuvo contento de haber mantenido tan celosamente su secreto.)

El doctor Antonelli colocó en diversas posiciones las películas que antes había examinado. Efectuó esta operación en silencio, sumido en sus propios pensamientos y con expresión enfurruñada. Luego dijo:

—Voy a analizarte. Por aquí no vamos a ninguna parte.

Colocó los electrodos en las sienes de George. Sonó un zumbido. El muchacho recordó de nuevo, claramente, lo ocurrido diez años antes.

Las manos de George estaban bañadas en sudor frío; el corazón le latía desaforadamente. Había cometido una estupidez al revelar su secreto al doctor.

La culpa era de su condenada vanidad, se dijo. Había querido demostrar lo listo que era, el carácter emprendedor que poseía. Pero sólo había conseguido mostrarse supersticioso e ignorante, despertando la hostilidad del doctor.

Y por si fuese poco, se había puesto tan nervioso que estaba seguro que los datos que suministraría el analizador no tendrían ni pies ni cabeza.

No se dio cuenta del momento en que le quitaron los electrodos de las sienes. El espectáculo del doctor, que le miraba con aire pensativo, penetró en su conciencia, y eso fue todo; los hilos conductores ya no se veían. George hizo de tripas corazón con gran esfuerzo. Había renunciado ya a su ambición de ser Programador. En el espacio de diez minutos, todas sus ambiciones se habían desmoronado.

Con voz afligida, preguntó:

—No, ¿verdad?

—¿No qué?

—No seré Programador...

El médico se frotó la ancha nariz y dijo:

—Recoge tus ropas y todos tus efectos personales y vete a la habitación 15-C. Allí está tu expediente, junto con mi informe.

Estupefacto, George preguntó:

—¿Ya estoy educado? Yo pensé que esto sólo era...

El doctor Antonelli tenía la vista fija en su mesa.

—Todo te lo explicarán a su debido tiempo. Haz lo que te ordeno.

George sintió algo muy parecido al pánico. ¿Qué le estaba ocultando? Seguramente, que no servía para otra cosa que para Obrero Diplomado. Iban a prepararle para esa profesión; iban a hacerle los ajustes necesarios.

De pronto estuvo seguro de ello, y sólo haciendo un gran esfuerzo de voluntad consiguió ahogar un grito de desesperación.

Volvió dando traspiés a su lugar de espera. Trevelyan ya no estaba allí, hecho que le hubiera aliviado si hubiese sido capaz de darse cuenta cabal de lo que le sucedía. En realidad, apenas quedaba nadie, y los pocos que quedaban en la sala se hallaban demasiado cansados por la forzosa espera que les imponía su situación de cola en el alfabeto para darse cuenta de la terrible mirada de cólera y odio con que él los fulminó.

¿Qué derecho tenían ellos a ser técnicos mientras él sería un simple Obrero? ¡Un Obrero! ¡Estaba seguro!

Un guía vestido con uniforme rojo le acompañó por los atestados corredores junto a los cuales se alineaban habitaciones que contenían los diversos grupos: Mecánicos del Motor, Ingenieros de la Construcción, Agrónomos... Había centenares de profesiones especializadas, y la mayoría de ellas se hallaban representadas en aquella pequeña población por uno o dos diplomados, en el peor de los casos.

De todos modos, él los detestaba por igual: a los Estadísticos y los Contables, los de poca categoría y los más importantes. Los detestaba porque ahora ya poseían sus bonitos conocimientos, sabían cuál sería su destino, mientras que él, todavía vacío, seguía preso en los engranajes burocráticos.

Llegó a la habitación 15-C, le introdujeron en ella y le dejaron en una sala vacía. Por un momento, el corazón le dio un brinco de alegría. Si fuera aquélla la sala de clasificación de Obreros, sin duda hubiera habido docenas de muchachos reunidos.

Una puerta se hundió en su alvéolo en el extremo opuesto de un

tabique de un metro de altura y entró en la estancia un anciano de níveos cabellos. Le dirigió una sonrisa, exhibiendo una dentadura perfecta, evidentemente postiza; pero de todos modos, mostraba todavía un semblante terso y sonrosado, y su voz era vigorosa.

—Buenas tardes, George —le dijo—. Por lo que veo, nuestro sector solamente tiene uno de ustedes esta vez.

—¿Sólo uno? —dijo George, confuso.

—En toda la Tierra hay miles, desde luego. Muchos miles. No estás solo.

George empezaba a perder la paciencia.

—No le entiendo, señor —dijo—. ¿Cuál es mi clasificación? ¿Qué sucede?

—Calma, muchacho. No pasa nada. Puede sucederle a cualquiera. —Le tendió la mano y George la estrechó maquinalmente. La mano del desconocido era cálida y apretó fuertemente la de George—. Siéntate, hijo. Yo soy Sam Ellenford.

George asintió con impaciencia.

—Quiero saber qué pasa, señor.

—Naturalmente. En primer lugar, no puedes ser Programador de Computadoras, George. Supongo que ya lo habrás adivinado.

—Sí, señor —repuso George, enojado—. ¿Qué puedo ser entonces?

—Eso es lo que resulta difícil de explicar, George. —Hizo una pausa, y luego añadió con voz clara y firme—: Nada.

—¿Cómo?

—¡Nada!

—¿Pero qué significa esto? ¿Por qué no pueden asignarme una profesión?

—No tenemos elección posible, George. Es la estructura del cerebro quien lo decide.

La tez de George adquirió un tinte cetrino. Los ojos parecían saltársele de las órbitas.

—¿Quiere usted decir que no estoy bien de la cabeza?

—Sí, algo así. Aunque no es una definición muy académica, se ajusta bastante a la verdad.

—Pero, ¿por qué?

Ellenford se encogió de hombros.

—Supongo que ya conoces las líneas generales del programa educativo de la Tierra, George. Prácticamente cualquier ser humano es capaz de absorber cualquier clase de conocimientos, pero el cerebro individual varía, con el resultado que cada cerebro se halla mejor adaptado a la recepción de

unos conocimientos que a la de otros. Nosotros nos esforzamos por equiparar el cerebro con los conocimientos que le son adecuados, dentro de los límites de los cupos asignados para cada profesión.

George hizo una señal de asentimiento.

—Sí, ya lo sabía.

—De vez en cuando, George, nos encontramos con un joven cuyo cerebro no puede recibir ninguna clase de conocimientos.

—¿O sea, que no puede ser educado?

—Exactamente.

—Pero eso es una tontería. Yo soy inteligente; puedo comprender...

Miró con aire desvalido a su alrededor, como si quisiera descubrir algún medio de demostrar que tenía un cerebro que funcionaba.

—Te ruego que no interpretes mal mis palabras —le dijo Ellenford con gravedad—. Tú eres inteligente, desde luego. Incluso posees una inteligencia superior a la normal. Por desgracia, eso no tiene nada que ver con que el cerebro pueda recibir o no unos conocimientos adicionales. En realidad, casi siempre suelen ser personas muy inteligentes las que vienen a esta sección.

—¿Quiere usted decir que ni siquiera podré ser un Obrero Diplomado? —balbuceó George, sintiendo de pronto que incluso aquello era mejor que el vacío que se abría ante él—. ¿Qué hay que saber para ser Obrero?

—No menosprecies a los Obreros, muchacho. Existen docenas de subclasificaciones en ese grupo, y cada una de ellas posee su cuerpo de conocimientos detalladísimos. ¿Crees que no se requiere habilidad para saber la manera adecuada de levantar un peso? Además, para la profesión de Obrero debemos escoger no sólo mentalidades adecuadas a ella, sino organismos perfectamente sanos y resistentes. Con tu físico, George, no durarías mucho como Obrero.

George reconoció para sí mismo que era un muchacho más bien debilucho. En voz alta, dijo:

—Pero nunca he oído mencionar a nadie que no tuviese profesión.

—Pues hay muchos —observó Ellenford—. Y nosotros les protegemos.

—¿Les protegen?

George notó que la confusión y el espanto lo dominaban con fuerza avasalladora.

—El planeta vela por ti, George. Desde el momento mismo en que cruzaste esa puerta.

Y le dirigió otra sonrisa.

Era una sonrisa de afecto. A George le pareció una sonrisa protectora; la sonrisa de un adulto ante un niño desvalido.

Preguntó entonces:

—¿Significa eso que me encarcelarán?

—Por supuesto que no. Sencillamente, estarás con otros como tú.

«Como tú.» Aquellas dos palabras parecían atronar los oídos de George.

Ellenford prosiguió:

—Necesitas un tratamiento especial. Nosotros nos ocuparemos de ti.

Ante su propio horror, George se echó a llorar. Ellenford se fue al extremo opuesto de la habitación y miró hacia otro lado, como si estuviese sumido en sus pensamientos.

George se esforzó por reducir su desconsolado llanto a simples sollozos, y luego por dominar éstos. Se puso a pensar en sus padres, en sus amigos, en Trevelyan, en la vergüenza que aquello le producía...

Rebelándose contra su sino, exclamó:

—Pero aprendí a leer.

—Cualquier persona que esté en sus cabales puede aprender. Nunca hemos hallado excepciones a esta regla. En esta segunda etapa es cuando empezamos a descubrirlas... Y cuando tú aprendiste a leer, George, ya nos preocupó la conformación de tu cerebro. El médico encargado de hacer la revisión ya nos comunicó ciertas peculiaridades.

—¿Por qué no prueban a educarme? Ni siquiera lo han intentado. Estoy dispuesto a correr el riesgo.

—La ley nos lo impide, George. Pero, mira, trataré de portarme bien contigo. Se lo explicaré a tu familia, haciendo lo posible por evitarles el natural dolor que esto les producirá. En el lugar adonde te llevaremos, gozarás de ciertos privilegios. Podrás tener libros y estudiar lo que te plazca.

—Gotas de conocimiento —dijo George amargamente—. Retazos de saber. Así, cuando me muera, sabré lo bastante para ser un Botones Diplomado, Sección de Sujetapapeles.

—Pero según tengo entendido, tu debilidad era el estudio de libros prohibidos.

George se quedó de una pieza. De pronto lo comprendió todo, y se desplomó.

—Eso es...

—¿Qué es?

—Este Antonelli. Ha sido él.

—No, George. Te equivocas de medio a medio.

—No le creo —dijo George, dando rienda suelta a su cólera—. Ese granuja me ha denunciado porque le resulté demasiado listo. Se asustó al enterarse que leía libros y que quería dedicarme a la Programación. ¡Bueno,

diga qué quiere para arreglarlo! ¿Dinero? ¡Pues no se lo daré! Me iré de aquí, y cuando cuente a todo el mundo este...

Estaba gritando. Al verle fuera de sí, Ellenford meneó la cabeza y tocó un contacto.

Entraron dos hombres sigilosamente y se pusieron a ambos lados de George. En un rápido movimiento, le sujetaron los brazos al costado. Uno de ellos le aplicó un aerosol hipodérmico en la corva derecha; la sustancia hipnótica se esparció por sus venas, produciendo un efecto casi inmediato.

Dejó de chillar y su cabeza cayó hacia delante. Se le doblaron las rodillas, y no se cayó al suelo porque los dos hombres le sostuvieron, y lo sacaron de la estancia entre ambos, completamente dormido.

Cuidaron de George como le habían prometido; le trataron bondadosamente, colmándole de atenciones... Poco más o menos, se dijo George, como él hubiera hecho con un gato enfermo que hubiese despertado su compasión.

Le dijeron que era preferible que se sentase en la cama y tratase de sentir interés por la vida; luego añadieron que casi todos los que ingresaban allí mostraban la misma desesperación al principio, y que él ya la superaría.

Pero él ni siquiera les hizo caso.

El propio doctor Ellenford fue a visitarle para decirle que habían comunicado a sus padres que él se hallaba ausente, en una misión especial.

George murmuró:

—¿Acaso saben...?

Ellenford hizo un gesto tranquilizador.

—No les dimos ningún detalle.

Al principio, George se negó a ingerir alimento. Viendo que no quería probar bocado, le alimentaron mediante inyecciones intravenosas. Pusieron fuera de su alcance los objetos contundentes o con bordes aguzados, y le tuvieron bajo una constante vigilancia. Poco después, Hali Omani pasó a compartir su habitación, y el estoicismo del negro produjo un efecto sedante sobre él.

Un día, sin poder soportar más su desesperación y su aburrimiento, George pidió un libro. Omani, que leía constantemente, levantó la mirada y una amplia sonrisa iluminó su rostro. George estuvo a punto de retirar su petición, antes que dar una satisfacción a los que le rodeaban, pero luego pensó: «¿Y a mí qué me importa?»

No dijo qué clase de libro quería, y Omani le ofreció uno de Química. Estaba impreso en un tipo de letra grande, con palabras cortas y numerosas

ilustraciones. Estaba destinado a los muchachos. George tiró el libro contra la pared.

Eso es lo que él sería siempre. Toda su vida le considerarían un muchacho. Siempre sería un preeducando, y tendría que leer libros especialmente escritos para él. Siguió tendido en la cama, furioso y mirando al techo. Transcurrida una hora, se levantó con gesto ceñudo, tomó el libro y se puso a leer.

Tardó una semana en terminarlo, y luego pidió otro.

—¿Quieres que devuelva el primero? —le preguntó Omani.

George frunció el ceño. En aquel libro había cosas que no comprendía, pero todavía sentía demasiada vergüenza para decirlo.

Omani le dijo:

—Si bien se mira, ¿por qué no te lo quedas? Los libros son para leerlos, pero también para consultarlos de vez en cuando.

Aquel mismo día fue cuando terminó por aceptar la invitación de Omani para visitar el lugar en que se hallaban. Siguió al negro, pisándole los talones, dirigiendo miradas furtivas y hostiles a todo cuanto le rodeaba.

Aquel lugar, desde luego, distaba mucho de ser una prisión. No consiguió ver muros, puertas cerradas ni guardianes. Pero en realidad era un cárcel, pues los que allí vivían no podían ir a ninguna parte.

Le hizo bien ver a docenas de compañeros suyos. Era tan fácil creerse que era el único en el mundo tan... anormal.

Con voz ronca, murmuró:

—¿Cuántos somos aquí?

—Doscientos cinco, George, y piensa que ésta no es la única residencia de este tipo que existe en el mundo. Las hay a millares.

Los internados le miraban al pasar: en el gimnasio, en las pistas de tenis, en la biblioteca (nunca hubiera podido imaginar que pudiera existir tal cantidad de libros; estaban amontonados en larguísimos estantes.) Le miraban con curiosidad, y él los fulminaba con miradas coléricas. Aquellos individuos no estaban mejor que él; no había ninguna razón para que le mirasen como si fuese un bicho raro.

La mayoría eran muchachos de su edad. De pronto, George preguntó:

—¿Dónde están los mayores?

Omani le contestó:

—Aquí se han especializado en los jóvenes. —Luego, como si comprendiese de pronto el sentido oculto de la pregunta de George, meneó la cabeza gravemente y dijo—: No los han eliminado, si era eso lo que querías decir. Existen otras Residencias para adultos.

—¿Y eso qué nos importa, en realidad? —murmuró George, furioso por mostrarse demasiado interesado y en peligro de dejarse dominar.

—Pues debiera importarnos. Cuando seas mayor, pasarás a una Residencia en la que conviven internados de ambos sexos.

George no pudo ocultar cierta sorpresa.

—¿También hay mujeres?

—Naturalmente. ¿Suponías acaso que las mujeres eran inmunes a... esto?

George se sintió dominado por un interés y una excitación mayores de las que había experimentado hasta el momento, desde aquel día en que... Se esforzó por no pensar en aquello.

Omani se detuvo a la puerta de una habitación que contenía un pequeño aparato de televisión de circuito cerrado y una computadora de oficina. Cinco o seis muchachos estaban sentados, contemplando la televisión. Omani le dijo:

—Esto es un aula.

—¿Un aula? —preguntó George—. ¿Qué es eso?

—Los jóvenes que aquí ves se están educando. Pero no según el sistema corriente —se apresuró a añadir.

—¿Quieres decir que absorben los conocimientos poco a poco, a fragmentos?

—Eso es. Así es como se hacía en la antigüedad.

Desde que había llegado a la Residencia no oía decir otra cosa. ¿Y qué? Admitiendo que hubiese habido un tiempo en que la Humanidad no conocía el horno diatérmico, ¿quería eso decir que él debía contentarse con comer carne cruda en un mundo donde todos la comían asada?

Sin poderse contener, preguntó:

—¿Y por qué aceptan aprender las cosas a trocitos?

—Para matar el tiempo, George, y también porque son curiosos.

—¿Y eso qué bien les hace?

—Les alegra la existencia.

George se acostó con aquella idea en la cabeza.

Al día siguiente le dijo a Omani de buenas a primeras:

—¿Puedes llevarme a un aula donde pueda aprender algo sobre Programación?

Animadamente, Omani le contestó:

—Pues no faltaba más.

¡Qué lento era aquello! Aquella lentitud sacaba a George de sus casillas.

¿Por qué se tenía que explicar lo mismo una y otra vez, de una manera tan pesada y cuidadosa? ¿Por qué tenía que leer y releer un pasaje, para quedarse luego con la vista fija en una ecuación, sin conseguir comprenderla de inmediato?

A menudo renunciaba. Una vez estuvo una semana sin asistir a la clase.

Pero siempre acababa por volver. El profesor que dirigía las clases, les señalaba las lecturas y organizaba las demostraciones por medio de la televisión, e incluso les explicaba pasajes y conceptos difíciles, nunca hacía comentarios al respecto.

Por último, asignaron a George un trabajo regular en los jardines, e hizo turnos en la cocina y en otros menesteres domésticos. A primera vista, eso parecía un progreso, pero él no se dejó engañar. Aquella Residencia podía haber estado mucho más mecanizada, pero deliberadamente se hacía trabajar a los jóvenes para darles la impresión que se ocupaban en algo útil.

Incluso les pagaban pequeñas sumas de dinero, con el cual podían comprar ciertos artículos de lujo que estaban permitidos, o podían ahorrar en vistas a una problemática utilización de aquellos fondos en una vejez más problemática todavía. George guardaba el dinero en una jarra, en un estante del armario. No tenía ni idea de lo que había conseguido ahorrar. Por otra parte, tampoco le importaba un comino saberlo.

No hizo amigos de verdad, aunque terminó por acostumbrarse a dar cortésmente los buenos días a todos. Incluso dejó de cavilar continuamente acerca de la tremenda injusticia responsable de su estancia allí. Se pasaba semanas enteras sin pensar en Antonelli, en su abultada nariz y en su papada, en su satánica risa mientras empujaba a George para hundirlo en unas hirvientes arenas movedizas, sujetándolo fuertemente con férrea mano, hasta que se despertaba dando alaridos, para ver a Omani inclinado sobre él con semblante preocupado.

Un día de febrero, en que la tierra yacía cubierta bajo un manto de nieve, el negro le dijo:

—Es sorprendente ver cómo te vas adaptando.

Aquel día era el 13 de febrero, fecha de su cumpleaños. Diecinueve años. Luego vino marzo, abril y, al aproximarse el mes de mayo, comprendió que en realidad no se había adaptado.

George sabía que, sobre toda la faz de la Tierra, se iban a celebrar los Juegos Olímpicos, y millares de jóvenes competirían en destreza, en la noble lucha por conseguir un lugar en un nuevo mundo. Por doquier reinaría una atmósfera festiva y animada, se propagarían las noticias, se vería pasar a los agentes autónomos encargados de reclutar personal para mundos del

espacio cósmico. Miles de muchachos experimentarían la gloria del triunfo o la desilusión de la derrota.

¡Qué recuerdos le evocaba todo aquello! ¡Cómo le hacía sentir de nuevo el entusiasmo de su niñez, cuando seguía con apasionamiento las incidencias de los Juegos Olímpicos año tras año! ¡Cuántos planes había trazado en otros tiempos!

—¡Los Juegos Olímpicos! —dijo sin poder disimular la ansiedad de su voz—. ¡Mañana es el primero de mayo!

Y aquello provocó su primera disputa con Omani, la cual, a su vez, hizo que éste le dijese exactamente el nombre que ostentaba la institución en la que George se hallaba acogido.

Omani miró de hito en hito a George y dijo, pronunciando claramente las palabras:

—Una Residencia para Débiles Mentales.

George Platen enrojeció. ¡Débiles mentales!

Desesperado, trató de apartar de sí aquella idea. Con voz monótona, dijo:

—Me voy.

Lo dijo en un impulso incontenible. Su mente consciente se enteró después de pronunciar las palabras.

Omani, que había vuelto a enfrascarse en la lectura de su libro, levantó la mirada y preguntó, sorprendido:

—¿Cómo?

George, entonces, repitió la frase a sabiendas de lo que decía, deliberadamente:

—Que me voy.

—No digas ridiculeces. Siéntate, George. Procura sosegarte.

—Oh, no. Te aseguro que he sido víctima de un complot. Ese maldito médico, Antonelli, me cobró antipatía. Todo se debe a que esos burócratas se creen dioses. Si te atreves a contradecirles, borran tu nombre con el estilo en una ficha de sus archivos, y a partir de entonces te hacen la vida imposible.

—¿Ya empezamos de nuevo?

—Sí, ya empiezo de nuevo, y pienso seguir hasta que se rectifique esta monstruosa injusticia. Iré a buscar a Antonelli, le agarraré por el cuello y le obligaré a que diga la verdad.

George jadeaba afanosamente, y su mirada era febril. Había llegado el mes de los Juegos Olímpicos, y él no estaba dispuesto a dejarlo pasar. Eso

significaría que se rendía definitivamente, y ya podría darse por perdido. Sin remisión.

Omani pasó las piernas sobre el borde del lecho y se levantó. Medía casi un metro ochenta, y la expresión de su rostro le confería el aspecto de un San Bernardo preocupado. Rodeó con el brazo los hombros de George.

—Si llego a saber que mis palabras iban a dolerte tanto...

George se desasió del abrazo.

—Te has limitado a decir lo que consideras la verdad, pero yo voy a demostrarte que no lo es. Eso es todo. ¿Qué me lo impide? Las puertas están abiertas. No hay cerraduras ni llaves. Nadie me ha prohibido salir. Me iré por mi propio pie.

—De acuerdo, pero, ¿adónde irás?

—A la estación terminal aérea más próxima, y de allí al primer centro olímpico que encuentre. Tengo dinero.

Tomó entre sus manos la jarra que contenía sus ahorros. Algunas monedas cayeron al suelo.

—Con eso apenas tendrás para una semana. ¿Y después qué?

—Para entonces ya lo habré arreglado todo.

—Para entonces, volverás aquí con el rabo entre las piernas —le dijo Omani, muy serio—, y tendrás que empezar de nuevo desde el principio. Estás loco, George.

—La expresión que has utilizado antes era «débil mental».

—Bien, siento haberlo hecho. Te quedarás, ¿verdad?

—¿Acaso piensas impedirme que me vaya?

Omani apretó los gruesos labios.

—No, no te lo impediré. Eso es cuenta tuya. Si la única manera para que aprendas consiste en que te enfrentes al mundo y luego vuelvas con sangre en la cara, allá tú... Por mí, puedes irte.

George ya estaba en el umbral, y se volvió a medias para mirarle:

—Me voy —dijo. Pero volvió a entrar para recoger su neceser, que había olvidado—. Supongo que no tendrás nada que objetar a que me lleve algunos efectos personales.

Omani se encogió de hombros. Se había vuelto a tumbar en la cama, y leía de nuevo, indiferente a todo cuanto sucedía a su alrededor.

George volvió a detenerse en la puerta, pero Omani no le miró. El muchacho rechinó los dientes, dio media vuelta y se alejó rápidamente por el corredor desierto, para perderse luego en el jardín envuelto en tinieblas.

Suponía que alguien le detendría al intentar salir de la finca. Pero nadie lo hizo. Entró en un restaurante abierto toda la noche para que le indicasen

dónde estaba la terminal aérea más próxima. Le extrañó que el dueño no llamase a la policía. Tomó un taxi aéreo para ir al aeropuerto, y el chofer no le hizo ninguna pregunta.

Con todo, aquello no le tranquilizó, ni mucho menos. Por el contrario, llegó al aeropuerto presa de una gran inquietud. No se había dado cuenta de cómo sería el mundo exterior. Todos cuantos le rodeaban eran profesionales. El dueño del restaurante lucía su nombre inscrito en la placa de plástico puesta sobre la caja: Fulano de Tal, Cocinero Diplomado. El conductor del taxi también exhibía su licencia: Chofer Diplomado. George sentía que su nombre estaba desnudo, y a causa de ello le parecía andar en cueros; peor aún, se sentía como si estuviese despellejado. Pero nadie parecía hacerle el menor caso. No vio que le mirasen con suspicacia para pedirle pruebas de su situación profesional.

Lleno de amargura, George se dijo: «¿Cómo es posible imaginarse a un ser humano sin título profesional?»

Sacó un billete para San Francisco en el avión de las tres de la madrugada. No salía ningún otro avión para un centro olímpico importante antes de las primeras horas de la mañana, y él no quería perder tiempo esperando. A pesar de todo, tuvo que aguardar en la sala de espera, entre docenas de otros pasajeros, temiendo ver entrar a la policía de un momento a otro. Pero la policía no se presentó.

Llegó a San Francisco antes del mediodía, y el bullicio de la ciudad casi le produjo el efecto de un golpe físico. Aquella era la mayor ciudad que había visto; además, durante un año y medio de permanencia en la Residencia, se había acostumbrado al silencio y la quietud.

Para empeorar aún más las cosas, llegaba a San Francisco al comenzar el mes de los Juegos Olímpicos. Casi olvidó su propia desazón al comprender de pronto que, en parte, el ruido y la confusión reinantes se debían a este hecho.

Los tableros informativos de los Juegos Olímpicos se hallaban instalados en el aeropuerto, para comodidad de los que llegaban para asistir a ellos desde todas las partes del mundo, y que se agolpaban ante los diversos tableros. Cada profesión importante tenía el suyo, y en él se facultaban instrucciones acerca de las pruebas a celebrar aquel día en el estadio; también daban los nombres de los que participaban en ellas y su ciudad de origen, así como el Mundo Exterior que los patrocinaba (en caso de haberlo).

Todo estaba perfectamente organizado. George había leído con frecuencia descripciones de los Juegos Olímpicos en los noticiarios y películas, había contemplado competiciones en la televisión, y hasta

presenció unos pequeños Juegos Olímpicos para la clasificación de Carniceros Diplomados del condado. Incluso aquellos Juegos, que no tenían repercusiones galácticas (a ellos no asistió ningún representante de los Mundos Exteriores, por supuesto), resultaron altamente emocionantes.

En parte, la emoción se debió a la propia competición, y en parte también a que estaba en juego el prestigio local (todos se sentían contentos de poder aplaudir a un muchacho de la ciudad, aunque les fuese completamente desconocido). Además, estaba el interés de las apuestas. Esto último no había manera de impedirlo.

A George le costó sobremanera abrirse paso hasta los tableros. Una vez allí, se dio cuenta que miraba a los frenéticos y entusiastas espectadores de un modo distinto.

Hubo un tiempo en que aquellos mismos individuos fueron material apto para los Juegos Olímpicos. ¿Y qué habían hecho? ¡Nada!

Si hubiesen ganado la competición, estarían en algún remoto lugar de la galaxia, y no pudriéndose aquí en la Tierra. Fuesen lo que fuesen, sus respectivas profesiones debieron señalarlos para quedarse en la Tierra desde el primer momento; o bien se quedaron por la ineficacia que demostraron en las profesiones altamente especializadas a que se les destinó.

Y a la sazón aquellos fracasados correteaban por allí, haciendo cábalas acerca de las posibilidades de triunfo que tenían otros hombres más jóvenes. ¡Buitres!

¡Cómo le habría gustado ser uno de los objetos de sus cábalas!

Siguió la línea de tableros como un sonámbulo, rodeando la periferia de los grupos que se formaban en torno a ellos. Había desayunado en el estrato-jet y no tenía apetito. Pero el temor le dominaba. Se hallaba en una gran ciudad sumida en la caótica confusión que precedía a la inauguración de los Juegos Olímpicos. Eso le protegía, desde luego. Además, la ciudad estaba llena de forasteros. Nadie se fijaría en George. Nadie le haría preguntas.

Nadie se preocuparía por él. Ni siquiera la Residencia, se dijo George amargamente. Le cuidaban como a un gato enfermo, pero si el gato un buen día se escapaba, qué se le iba a hacer...

Y ahora que se hallaba en San Francisco, ¿qué iba a hacer? Sus pensamientos parecían tropezar contra un muro. ¿Iría a ver a alguien? ¿A quién? ¿Cómo? ¿Dónde se hospedaría? La cantidad de dinero que le quedaba le parecía irrisoria.

Por primera vez cruzó por su mente la idea de volverse, y se avergonzó. Podía presentarse a la policía... Meneó violentamente la cabeza, rechazando

esta idea, como si discutiese con un adversario de carne y hueso.

Una palabra le llamó la atención en uno de los tableros. En letras relucientes, leyó: *Metalúrgico*. En letras más pequeñas: *No-férrico*. Al final de la larga lista de nombres, con letras floreadas: *Patrocinado por Novia*.

Aquello evocó dolorosos recuerdos en su interior; volvió a verse discutiendo con Trevelyan, convencido que él sería Programador, convencido que un Programador era superior a un Metalúrgico, convencido que él había escogido el buen camino, convencido que era más listo que nadie...

Tan listo que no pudo contenerse y se jactó de los conocimientos que poseía ante aquel Antonelli, espíritu mezquino y rencoroso. Se hallaba tan seguro de sí mismo en aquel momento, cuando le llamaron, que abandonó al nervioso Trevelyan para entrar en la sala con paso altivo y la cabeza erguida.

George lanzó un grito agudo e inarticulado. Alguien se volvió para mirarle, pero sólo un momento. Los viandantes pasaban presurosos por su lado, empujándole de un lado a otro. Él seguía mirando el tablero, con la boca abierta.

Pareció como si el tablero respondiese a sus pensamientos. Pensaba con tanta intensidad en Trevelyan que por un momento le pareció como si el tablero fuese a decirle: «Trevelyan».

Pero es que allí estaba, efectivamente, Trevelyan; *Armand* Trevelyan (el nombre de pila de Stubby, que éste aborrecía; allí estaba, en caracteres luminosos para que todos lo viesen), y su ciudad natal. Por si fuese poco, Trev aspiraba a Novia, se proponía ir a Novia, insistía en trasladarse a Novia; y aquella competición estaba patrocinada *precisamente* por Novia.

Era Trev, no había duda, su viejo y querido amigo Trev. Casi sin pensarlo, se puso a anotar las instrucciones para dirigirse al lugar de la competición. Luego tomó un taxi aéreo.

Y entonces pensó sobriamente: ¡Trev lo había conseguido! Él había querido ser Metalúrgico, y lo había conseguido.

George se sintió más solo y desamparado que nunca.

Había cola para entrar en el estadio. Al parecer, los Juegos Olímpicos de los Metalúrgicos iban a ser muy reñidos y emocionantes. Al menos, eso era lo que decía el anuncio iluminado sobre el cielo del estadio, y la bullanguera muchedumbre parecía creerlo así.

Por el color del cielo George conjeturó que aquél hubiera sido un día lluvioso, pero San Francisco había corrido su escudo protector desde la bahía al océano. Era una medida muy costosa, desde luego, pero los gastos

estaban cubiertos de antemano cuando se trataba de procurar comodidades a los representantes de los Mundos Exteriores, reunidos en la ciudad para asistir a los Juegos Olímpicos. La verdad era que gastarían a manos llenas. Y por cada nuevo recluta que se llevasen, tanto la Tierra como el gobierno local del planeta que patrocinase los Juegos Olímpicos entregarían una crecida indemnización. Constituía un buen negocio hacer propaganda turística entre los representantes de los Mundos Exteriores. San Francisco sabía muy bien lo que se hacía.

George, sumido en sus pensamientos, notó de pronto una suave presión en la espalda y oyó una voz que decía:

—¿Es usted el último, joven?

La cola había avanzado sin que George se diese cuenta que se había quedado rezagado. Se adelantó rápidamente, murmurando:

—Sí, señor. Perdone.

Notó que le tocaban con dos dedos en el codo y miró a su alrededor con expresión furtiva.

El hombre que tenía a sus espaldas hizo un risueño gesto de asentimiento. Sus cabellos eran de un gris acerado, y bajo la chaqueta llevaba un anticuado suéter de los que se abrochaban por delante. El hombre se mostraba parlanchín y amistoso.

—No pretendía ofenderte.

—No me ha ofendido.

—Tanto mejor entonces.

El desconocido, le dijo entonces:

—Me pareció que no estabas aquí, en la cola, sólo por casualidad. Pensé que podías ser un...

George le volvió la espalda. No se sentía parlanchín ni amigo de hacer confidencias, y los chismosos le sacaban de sus casillas.

Se le ocurrió una idea. ¿Y si hubiesen dado la alarma para apresarle, difundiendo su descripción o su fotografía? ¿Y si aquel sujeto de cabellos grises que tenía detrás sólo quería verle bien la cara?

Aún no había podido ver ningún noticiario. Estiró el cuello para ver la tira movible de noticias que aparecían con grandes titulares sobre una sección del cielo ciudadano, algo deslustradas sobre el grisáceo y nublado cielo de la tarde. Era inútil. Desistió en seguida. Los titulares jamás se referirían a él. Eran los días de los Juegos Olímpicos, y las únicas noticias dignas de salir en los titulares eran las clasificaciones de los vencedores y los trofeos ganados por continentes, naciones y ciudades.

Aquello continuaría así durante semanas, con porcentajes calculados

por cabeza, y mientras todas y cada una de las ciudades se las ingeniaban para colocarse en una posición de honor. Su propia ciudad había quedado una vez tercera en unos Juegos Olímpicos para cubrir Técnicos en Telegrafía; fue la tercera en todo el estado. Todavía podía verse la placa conmemorativa en el ayuntamiento.

George hundió la cabeza entre los hombros, metió las manos en los bolsillos y trató de mostrar un aire despreocupado, pero no por eso se sintió más seguro. Habían llegado ya al vestíbulo, y ninguna mano autoritaria se había posado todavía en su hombro. Pasó al estadio propiamente dicho y se colocó casi en primera fila.

Se llevó una desagradable sorpresa al ver que el hombre de cabellos grises se había puesto a su lado. Apartó rápidamente la mirada y trató de pensar de manera coherente. No había que exagerar; después de todo, aquel hombre venía detrás en la cola, y era natural que ambos estuviesen juntos.

Tras dirigirle una breve sonrisa, aquel individuo dejó de hacerle caso por completo. Además, los Juegos estaban a punto de empezar. George se levantó para ver si podía localizar a Trevelyan, y se olvidó de cualquier otra cosa que no fuese eso.

El estadio era de proporciones modestas y su forma era la clásica, o sea la de un óvalo alargado, con los espectadores en dos tendidos situados en torno al borde exterior, y los participantes en la depresión rectilínea que corría a lo largo del centro. Las máquinas estaban preparadas, y los tableros que indicarían el tanteo, y que se hallaban situados sobre cada banco, estaban oscurecidos, con excepción del nombre y número de cada participante. En cuanto a éstos, ya se hallaban en el estadio, leyendo, charlando; uno se estaba limpiando las uñas con suma atención. (Desde luego, se consideraba improcedente que los participantes prestasen atención al problema que tendrían que resolver antes que sonase la señal de empezar.)

George consultó el programa que encontró en una ranura efectuada a tal efecto en el brazo de su asiento, y buscó el nombre de Trevelyan. Éste tenía el número doce, y con gran contrariedad, George constató que dicho número correspondía al otro extremo del estadio. Podía ver la figura del Concursante Doce, de pie con las manos en los bolsillos, vuelto de espaldas a su máquina y mirando al auditorio como si contase el número de los asistentes, pero desde allí George no podía verle la cara.

Sin embargo, sabía que era Trev.

George se dejó caer en su asiento preguntándose si su amigo saldría triunfador. Comprendía que, en buena ley, debía desear el triunfo de Trev; sin embargo, había algo en su interior que le obligaba a rebelarse y a sentir un profundo resentimiento. Allí estaba él, George, sin profesión, de simple espectador. Y allá abajo estaba Trevelyan, Metalúrgico Diplomado, participando en la competición.

George se preguntó si Trevelyan se habría presentado a la competición durante su primer año. A veces había algunos que lo hacían, si se hallaban lo bastante seguros de sí mismos..., o tenían prisa. Resultaba un poco arriesgado. Por eficaz que resultase el método educativo, un año de espera en la Tierra («para engrasar las articulaciones todavía rígidas», como decía el proverbio) constituía una mayor garantía de éxito.

Si Trevelyan se presentaba por segunda vez, quizás eso indicaba que no le iba tan bien como él había supuesto. George sintió vergüenza de la complacencia que le produjo esta idea.

Miró a su alrededor. Los graderíos estaban casi totalmente ocupados. Aquellos Juegos Olímpicos iban a ser un éxito de público, lo cual impondría mayor tensión en los participantes..., o mayor estímulo, según los individuos.

¿Por qué les llamaban Olímpicos a aquellos juegos?, se dijo de pronto. Nunca lo había sabido. ¿Por qué llamaban «pan» al pan, y al vino, «vino»?

Una vez se lo preguntó a su padre:

—¿Por qué les llaman Juegos Olímpicos, papá?

Y su padre contestó:

—Esa palabra significa «competición, lucha».

George dijo entonces:

—Así, cuando Stubby y yo nos peleamos, ¿celebramos unos Juegos Olímpicos, papá?

Platen padre replicó:

—No, hijo mío. Los Juegos Olímpicos son una competición especial... Vamos, no hagas preguntas estúpidas. Ya sabrás todo lo que tengas que saber cuando estés educado.

George, de nuevo en el presente, suspiró y se acurrucó en su asiento.

¡Todo lo que tenía que saber!

Era curioso que en aquel momento lo recordase todo tan claramente. «Cuando estés educado.» Nadie decía jamás «si te educas».

Él siempre había hecho preguntas estúpidas, pensó. Era como si su cerebro conociese anticipadamente, de manera instintiva, que no podría ser educado y se hubiese puesto a hacer preguntas para irse formando una

cultura fragmentaria de la mejor manera posible.

Y en la Residencia le animaban para que siguiese ese camino, porque se mostraban de acuerdo con su instinto infalible. No había otro sistema.

De pronto se incorporó. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Se tragaba acaso aquella mentira? ¿Se rendía tal vez porque Trev estaba allí ante él, con su flamante diploma, y compitiendo en los Juegos Olímpicos?

¡Él no era un débil mental! ¡No!

Y el grito de rebeldía que lanzó su espíritu fue coreado por el repentino clamor del público, cuando todos los espectadores se pusieron de pronto en pie.

La tribuna situada en el centro de uno de los lados del largo óvalo estaba ocupada por un grupo de personas que vestían los colores de Novia, y esta palabra subió sobre sus cabezas en el marcador principal.

Novia era un mundo de Grado A, que poseía una gran población y una civilización muy desarrolla, tal vez la más desarrollada de la galaxia. Era el mundo al que aspiraban poco más o menos todos los terrestres; si no para ellos, para sus hijos. (George recordó el empeño que demostraba Trevelyan por ir a Novia... Y allí estaba, luchando para conseguirlo.)

Las luces se apagaron en los graderíos y en las paredes. La depresión central, ocupada por los participantes, se inundó de luz.

George buscó de nuevo a Trevelyan con la mirada, tratando de distinguir sus facciones. Pero estaba demasiado lejos.

La voz clara y modulada del locutor sonó por los altavoces:

—Distinguidos patrocinadores novianos. Señoras y caballeros. Va a empezar la competición olímpica para Metalúrgicos No-férricos. Los concursantes son...

Con voz clara y potente, leyó la lista que figuraba en el programa, dando los nombres, la ciudad de origen, los años de educación... Cada nombre despertaba una tempestad de aplausos y vítores. Los más intensos fueron para los participantes de San Francisco. Cuando el locutor pronunció el nombre de Trevelyan, George, con gran sorpresa por su parte, se puso a gritar y a aplaudir desaforadamente. Con no menor sorpresa, vio que el hombre de cabellos grises que tenía al lado aplaudía con el mismo entusiasmo.

George no pudo evitar dirigir una mirada de asombro a su vecino, y éste se inclinó hacia él para decirle (a grito pelado, a fin de hacerse entender por encima del tumulto):

—Como aquí no hay nadie de mi ciudad, aplaudo a los de la tuya. ¿Conoces a ese chico?

George se puso en guardia.

—No —mintió.

—He visto que mirabas en esa dirección. Si quieres, te presto mis prismáticos.

—No, gracias.

(¿Por qué se metía en lo que no le importaba, aquel pelmazo?)

El locutor dio a continuación otros datos acerca del número de serie de la competición, el sistema de cronometraje y tanteo, etc.

Finalmente, abordó el meollo de la cuestión, y su auditorio guardó un atento silencio.

—Cada concursante dispondrá de una barra de aleación no-férrica, cuya composición desconocerá. Se le pedirá que efectúe una prueba y un análisis con dicha barra, dando todos los resultados correctamente, con una precisión de cuatro cifras decimales en los porcentajes. Para realizar esta operación, todos los concursantes utilizarán un microespectrógrafo Beeman, modelo FX-2, ninguno de los cuales funciona en estos momentos.

El público dejó escapar un murmullo de admiración. El locutor prosiguió:

—Cada concursante tendrá que descubrir el defecto de funcionamiento de su aparato y corregirlo. Para ello dispondrá de herramientas y piezas de recambio. Si la pieza necesaria no estuviese entre las que le entregamos, tendrá que pedirla, y el tiempo de entrega de la misma se deducirá del tiempo total empleado. ¿Se hallan dispuestos todos los participantes?

El marcador situado sobre el Concursante Cinco lució una frenética señal roja. El Concursante Cinco salió corriendo de la pista para volver momentos después. Sonaron risas entre el público.

—¿Están dispuestos todos los concursantes? —repitió el locutor.

En ningún marcador aparecieron señales.

—¿Alguno desea hacer preguntas?

Silencio.

—Comienza la competición.

El público, desde luego, sólo podía saber los progresos realizados por los distintos concursantes gracias a las cifras que aparecían en el marcador. Pero, a decir verdad, eso poco importaba. Con excepción de los pocos Metalúrgicos profesionales que pudiese haber entre el público, nadie hubiera comprendido nada de la lucha entre aquellos profesionales. Al público le interesaba únicamente saber quién ganaría, quién quedaría segundo y quién ocuparía el tercer lugar. Eso era lo más importante para los que habían efectuado apuestas (algo ilegal, desde luego, pero inevitable). Lo demás no

importaba.

George contemplaba el espectáculo con la misma avidez que los demás; su mirada pasaba de un concursante a otro, viendo como éste había quitado la tapa de su microespectrógrafo manejando hábilmente un pequeño instrumento; cómo aquél examinaba la parte delantera de la máquina; cómo un tercero introducía la barra de la aleación en el soporte, y cómo el de más allá ajustaba un nonio con tal delicadeza que parecía haberse convertido momentáneamente en la estatua de la inmovilidad.

Trevelyan se hallaba tan absorto en su trabajo como sus restantes compañeros. George no podía ver lo que estaba haciendo.

El tablero de aviso del Concursante Diecisiete se iluminó, y en él brilló esta frase: «Placa de enfoque mal ajustada».

El público aplaudió entusiasmado.

El Concursante Diecisiete podía haber acertado, aunque también podía haberse equivocado, desde luego. En este último caso, tendría que corregir

concursantes estaban de pie, Trevelyan se levantó finalmente. El último fue el Cinco, que fue objeto de un irónico aplauso.

La competición aún no había terminado. Como era de suponer, los resultados oficiales se hicieron esperar. El tiempo mínimo tenía importancia, pero no podía desdeñarse ni mucho menos la precisión en los resultados. Y no todos los diagnósticos tenían la misma dificultad; había que tener en cuenta una docena de factores.

Finalmente, sonó la voz del locutor:

—Se ha clasificado primero, con un tiempo de cuatro minutos, doce segundos y dos décimas, con diagnóstico correcto, análisis igualmente correcto, con un promedio de cero coma siete partes por cien mil, el Concursante número... Diecisiete, Henri Anton Schmidt, de...

El resto de la frase quedó ahogado por los aplausos. El número Ocho se había clasificado segundo, seguido por el número Cuatro, cuyo magnífico tiempo se vio perjudicado por un error de una quinta parte entre diez mil en la cifra del niobio. El Concursante Doce ni siquiera fue mencionado.

George se abrió camino entre la muchedumbre hasta los vestuarios de los concursantes, y los encontró abarrotados ya de público. Entre el público vio parientes que lloraban (de alegría o frustración, según los casos), periodistas que iban a entrevistar a los que se habían clasificado primeros o a los que habían defendido los colores de la ciudad, coleccionistas de autógrafos, gente que quería hacerse ver, e individuos sencillamente curiosos. También había numerosas muchachas, que sin duda se hallaban allí con la intención que el campeón se fijase en ellas, pues no había que olvidar que el vencedor iría a Novia (aunque también se conformarían, después de todo, con otro que ocupase un puesto más bajo en la clasificación y estuviese necesitado de consuelo y tuviese el dinero necesario para pagarlo).

George se alejó de allí, pues no veía a nadie conocido. Al estar San Francisco tan lejos de su población natal, había que suponer que no habría parientes para ayudar a Trev a sobrellevar el peso de la derrota.

Los concursantes iban saliendo, sonriendo débilmente y agradeciendo con inclinaciones de cabeza las aclamaciones. Las fuerzas de orden público mantenían apartada a la muchedumbre, para formar un pasillo por el que se pudiese circular. Cada uno de los primeros clasificados arrastraba consigo una porción de la multitud, como un imán que pasara entre un montón de limaduras de hierro.

Cuando salió Trevelyan, apenas quedaba nadie. (George comprendió entonces que había estado haciéndose el remolón en espera que saliese

Trev.) De la boca de éste, contraída en un rictus de amargura, pendía un cigarrillo. Con los ojos bajos, empezó a alejarse.

Era la primera imagen familiar que veía George desde hacía cerca de año y medio; aunque le parecía que en realidad había transcurrido una década y media. Casi le sorprendió comprobar que Trevelyan no había envejecido, y era el mismo Trev que había visto por última vez.

George se adelantó hacia él:

—¡Trev! —gritó con voz ahogada.

El interpelado se volvió, estupefacto. Miró a George de arriba abajo y luego le tendió la mano.

—¡George Platen! ¿Qué diablos...?

Pero casi inmediatamente desapareció de su semblante la expresión de contento. Dejó caer la mano antes que George hubiese podido estrecharla.

—¿Estabas ahí dentro?

Y con un leve movimiento de cabeza, Trev indicó el estadio.

—Sí.

—¿Para verme?

—Sí.

—No lo hice muy bien, ¿verdad?

Tiró su pitillo y lo pisoteó, mirando hacia la calle, donde la riada de gente que salía se remansaba lentamente, para distribuirse en coches y autobuses volantes, mientras se formaban nuevas colas para los siguientes Juegos.

Trevelyan dijo con voz ronca:

—¿Y qué? Es sólo la segunda vez que pierdo. Novia puede irse al cuerno después de la paliza que me han dado hoy. Hay otros planetas que se darían por muy satisfechos de contratarme... Pero, oye, no nos hemos visto desde el Día de la Educación. ¿Dónde has estado? Tus padres me dijeron que te enviaron en misión especial, pero sin darme más detalles. Además, tú nunca escribiste. Podías haberme escrito, hombre.

—Sí, desde luego —dijo George, nervioso—. Bueno, venía a decirte que siento mucho que las cosas no te hayan ido como esperabas.

—Gracias, pero no te preocupes. Te repito que Novia puede irse a freír espárragos... Debería habérmelo imaginado. Se han pasado semanas anunciando que emplearían máquinas Beeman. Invirtieron todo el dinero recaudado en máquinas Beeman. Esas malditas cintas educativas que me pasaron se referían a Henslers y..., ¿quién utiliza Henslers actualmente? Acaso los mundos del enjambre globular Goman, si es que se les puede llamar mundos... ¿Tú crees que es justo?

—¿No podrías quejarte a...?

—No seas loco. Me dirán que mi cerebro está construido para las Henslers. Trata de discutir con ellos y verás. Todo salió mal. Yo fui el único que tuvo que pedir una pieza de recambio. ¿Te diste cuenta?

—Pero supongo que dedujeron ese tiempo del cómputo total.

—Desde luego, pero perdí tiempo preguntándome si podría dar un diagnóstico correcto cuando advertí que en la pieza que me enviaron no había palanca para bajar la mordaza. Ese tiempo no lo dedujeron. Si la máquina hubiese sido una Henslers, yo habría sabido que el diagnóstico era correcto. ¿Cómo podían compensar esa inferioridad? El primero era de San Francisco, como tres de entre los cuatro siguientes clasificados. Y el quinto era de Los Ángeles. Todos ellos dispusieron de cintas educativas de las que se usan en las grandes ciudades. O sea, de las mejores, acompañadas de espectrógrafos Beeman y todo lo demás. ¿Cómo podía competir con ellos? Me tomé el trabajo de venir aquí para ver si tenía la suerte de clasificarme entre los patrocinados por Novia, pero hubiera sido mejor que me hubiese quedado en casa... De todos modos, Novia no es el único guijarro que hay en el cielo. Hay docenas de mundos...

Trev no se dirigía a George. No hablaba con nadie en particular. Daba rienda suelta a su ira y su desengaño, como pudo comprender George.

—Si sabías de antemano que se usarían máquinas Beeman —le dijo—, ¿por qué no las estudiaste antes?

—Te repito que no estaba en las cintas que me pasaron.

—Podrías haber leído... libros.

Esta última palabra se arrastró bajo la súbita mirada suspicaz de Trevelyan, el cual replicó:

—¿Encima tratas de tomarme el pelo? ¿Crees que tiene gracia lo sucedido? ¿Cómo quieres que lea libros y trate de aprender de memoria lo suficiente para luchar con uno que *lo sabe*!

—Pensé...

—Tú pruébalo y verás... —De pronto le preguntó—: A propósito, ¿cuál es tu profesión?

Su voz denotaba una franca hostilidad.

—Pues, verás...

—Vamos, dímelo. Si pretendes pasarte de listo conmigo, demuestra al menos qué has hecho. Veo que sigues en la Tierra, lo cual quiere decir que no eres Programador de Computadora, y esa misión especial de la que me hablaron no puede ser gran cosa.

George dijo, nervioso:

—Perdona, Trev, pero creo que voy a llegar tarde a una cita.

Y retrocedió, tratando de sonreír.

—No, tú no te vas —dijo Trevelyan furioso, agarrando a George por la solapa—. Antes responderás a mi pregunta. ¿Por qué tienes miedo de contestarme? No permito que me vengas a dar lecciones, si antes no demuestras que tú no las necesitas. ¿Me oyes?

Al decir esto, zarandeaba furiosamente a George. Ambos se hallaban enzarzados en una lucha a brazo partido, cuando la voz del destino resonó en los oídos de George bajo la forma de la autoritaria voz de un policía.

—Basta de pelea. Suéltense.

George notó que se le helaba la sangre en las venas. El policía le pediría su nombre, la tarjeta de identidad, y George no podría exhibirla. Entonces le interrogaría y su falta de profesión se haría patente al instante; y además, en presencia de Trevelyan, furioso por la derrota que había sufrido y que se apresuraría a difundir la noticia entre los suyos como una válvula de escape para su propia amargura.

Eso George no podía permitirlo. Se desasió de Trevelyan y trató de echar a correr, pero la pesada mano de la Ley se abatió sobre su hombro.

—Quieto ahí. A ver, tu tarjeta de identidad.

Trevelyan buscaba la suya con manos temblorosas mientras decía con voz ronca:

—Yo soy Armand Trevelyan, Metalúrgico No-férrico. Acabo de tomar parte en los Juegos Olímpicos. Será mejor que se ocupe de éste, señor agente.

George miraba alternativamente a los dos, con los labios secos e incapaz de pronunciar una palabra. Entonces resonó otra voz, tranquila, cortés.

—¿Agente? Un momento, por favor.

El policía dio un paso atrás.

—¿Qué desea?

—Este joven es mi invitado. ¿Qué ocurre?

George volvió la cabeza, estupefacto. Era el caballero de cabellos grises que había estado sentado a su lado. El hombre de las sienes plateadas dirigió una amable inclinación de cabeza a George.

¿Su invitado? ¿Se había vuelto loco?

El policía repuso:

—Éstos dos, que estaban alborotando.

—¿Han cometido algún delito? ¿Han causado algún daño?

—No, señor.

—Entonces, yo me hago responsable.

Con estas palabras, exhibió una tarjeta ante los ojos del policía, y éste dio inmediatamente un paso atrás. Trevelyan, indignado, barbotó:

—Oiga, espere...

Pero el policía se volvió hacia él:

—Aquí no ha pasado nada. ¿Acusas de algo a este muchacho?

—Yo sólo...

—Pues ya te estás marchando. A ver, ustedes, circulen.

Se había reunido un grupo bastante numeroso de espectadores, que empezaron a alejarse a regañadientes.

George dejó que el desconocido le condujese hasta un taxi aéreo, pero antes de subir a él se plantó, diciendo:

—Muchas gracias, pero yo no soy su invitado.

(¿Y si se trataba de una ridícula equivocación, de un caso de identidad confundida?)

Sin embargo, el hombre de los cabellos grises sonrió y le dijo:

—En efecto, no lo eras, pero sí lo eres a partir de ahora. Permite que me presente: soy Ladislas Ingenescu, Historiador Diplomado.

—Pero...

—Vamos, que nada te sucederá, te lo aseguro; únicamente he querido sacarte del apuro en que te hallabas con ese policía.

—Pero, ¿por qué?

—¿Quieres que te dé una razón? Bien, digamos que ambos somos conciudadanos honorarios, tú y yo. Ambos vitoreamos al mismo concursante, ¿recuerdas?, y los conciudadanos debemos ayudarnos, aunque el vínculo que nos una sea sólo honorario. ¿No?

Y George, que no las tenía todas consigo y estaba muy poco seguro de aquel hombre que decía llamarse Ingenescu, y que tampoco se hallaba seguro de sí mismo, terminó por subir al vehículo. Pero antes de resolverse a bajarse sin más, ya se hallaban a cierta altura sobre el suelo.

Hecho un mar de confusiones, pensó: «Este individuo debe poseer cierta categoría. El policía lo ha tratado con mucha deferencia.»

Casi había olvidado que el verdadero motivo de su estancia en San Francisco no consistía en ver a Trevelyan, sino en hallar a alguna persona influyente que obligase a examinar de nuevo su caso.

¿Y si aquel Ingenescu fuese el hombre apropiado? Y además, como quien dice, caído del cielo.

Aún era posible que todo fuese bien... Pero sería demasiada dicha. Se sentía inquieto.

Durante el breve viaje aéreo en taxi, Ingenescu no hizo más que charlar de cosas sin importancia, señalándole los monumentos de la ciudad, recordando otros Juegos Olímpicos que había presenciado. George, que apenas le prestaba atención y contestaba con monosílabos, observaba con mal disimulada ansiedad la ruta que seguían.

¿Se dirigirían hacia una de las aberturas del escudo, con objeto de abandonar la ciudad?

No, el vehículo se dirigió hacia abajo, y George suspiró aliviado. En la ciudad se sentía más seguro.

El taxi se posó en el techo de un hotel y, al bajarse, Ingenescu le dijo:

—¿Querrías cenar conmigo en mi habitación?

George repuso afirmativamente, con una sonrisa que no era fingida. En aquel momento se dio cuenta del vacío que notaba en su estómago, a consecuencia de no haber almorzado.

Ingenescu observaba en silencio a George mientras éste comía. A la caída de la noche, las luces de las paredes se encendieron automáticamente. George se dijo: «Estoy libre desde hace casi veinticuatro horas.»

Por fin, mientras tomaba el café, Ingenescu volvió a hablar de nuevo:

—Has estado siempre a la defensiva, como si yo pudiera perjudicarte —dijo.

George enrojeció, dejó la taza y trató de negar aquella alegación, pero el hombre de cabellos grises rió, moviendo la cabeza.

—No trates de negarlo. Te he estado observando atentamente desde la primera vez que te vi, y creo conocerte ya bastante bien.

George, horrorizado, intentó levantarse.

Ingenescu le contuvo.

—Siéntate —le dijo—. Sólo deseo ayudarte.

George se sentó, pero sus pensamientos giraban en un loco torbellino. Si aquel hombre conocía su verdadera identidad, ¿por qué no le había entregado al policía? Por otra parte, ¿por qué tenía que ofrecerle su ayuda?

Ingenescu dijo:

—¿Quieres saber por qué deseo ayudarte? Oh, no te alarmes. No soy telépata. Lo que ocurre es que mi educación me permite captar las pequeñas reacciones que revelan el verdadero estado de ánimo de una persona. ¿Lo entiendes?

George movió negativamente la cabeza.

Ingenescu prosiguió:

—Piensa en nuestro primer encuentro. Estabas haciendo cola para ir a

ver unos Juegos, pero tus microrreacciones no estaban de acuerdo con tus actos. La expresión de tu cara no era la adecuada, y lo mismo podría decirse de tu modo de mover las manos. Eso significaba que algo te ocurría, y lo más interesante era que, fuese lo que fuese, no era algo vulgar ni corriente. Tal vez, me dije, fuese algo de lo que ni siquiera tu mente consciente se daba cuenta.

»No pude dejar de seguirte, para sentarme a tu lado. Cuando te fuiste, también me fui en pos de ti, y cometí la indiscreción de escuchar la conversación que sostenías con tu amigo. Después de todo esto, me estabas resultando un tema de estudio demasiado interesante, y perdona que te hable con tanta frialdad, para permitir que cayeses en manos de la policía... Ahora, dime: ¿qué te sucede?

George se hallaba dominado por una gran indecisión. Si aquel individuo le tendía una trampa, ¿por qué lo hacía con tantos circunloquios? Además, él tenía que confiar en alguien. Había ido a la ciudad en busca de ayuda, y allí se la ofrecían. Tal vez ése era el peligro: la facilidad con que le ofrecían ayuda.

Ingenescu le dijo:

—Desde luego, lo que tú me digas en mi calidad de Científico Social constituirá una comunicación privilegiada. ¿Sabes lo que eso significa?

—No, señor.

—Pues significa que sería muy poco honorable que repitiese lo que tú me digas a un tercero, por el motivo que fuese. Además, nadie puede obligarme legalmente a que lo repita.

George observó, presa de una súbita sospecha:

—Creía que era usted Historiador.

—Eso es lo que soy.

—Pues ahora acaba de decir que es un Científico Social.

Ingenescu estalló en sonoras carcajadas. Cuando pudo hablar, se excusó por su risa extemporánea y dijo:

—Perdóname, amigo, ya sé que no debería reírme. Pero no me río de ti, ni mucho menos. Me río de la Tierra, y de la importancia que concede a las ciencias físicas, que divide en infinidad de segmentos prácticos. Estoy casi seguro que podrías decirme todas las subdivisiones de la técnica de la construcción o de la ingeniería mecánica, y en cambio no podrías decirme ni una palabra sobre ciencias sociales.

—Muy bien. ¿Qué son ciencias sociales?

—Las ciencias sociales se dedican al estudio de los grupos humanos. Poseen muchas ramificaciones altamente especializadas, como ocurre con la

zoología, por ejemplo. Así, tenemos a los Culturólogos, los cuales estudian la mecánica de la cultura, su crecimiento, desarrollo y decadencia. Se llama cultura —añadió, anticipándose a una pregunta de George— a todos los aspectos que ofrece un modo de vida determinado. Por ejemplo, este término engloba nuestra manera de ganarnos la vida, nuestros pasatiempos y creencias, lo que consideramos bueno y malo, etcétera. ¿Me comprendes?

—Más o menos.

—Un Economista (no un Estadístico de la Economía, sino un Economista) se especializa en el estudio de las maneras por medio de las cuales una cultura satisface las necesidades materiales de sus miembros. Un Psicólogo se especializa en el estudio del individuo de una sociedad determinada, y del modo como dicha sociedad afecta a su comportamiento. Un Futurólogo se especializa en el estudio del rumbo futuro que seguirá una sociedad, y un Historiador... Aquí aparezco yo en escena.

—Sí, señor.

—Un Historiador es un hombre que se especializa en el estudio del pasado de nuestra propia sociedad y de otras sociedades poseedoras de distintas culturas.

George empezaba a sentirse interesado.

—¿Es que en el pasado las cosas eran diferentes?

—Yo diría que sí. Hasta hace un millar de años no existía la educación; al menos, lo que ahora conocemos por ese nombre.

George intervino:

—Ya lo sabía. La gente aprendía a fragmentos, estudiando libros.

—¡Caramba! ¿Cómo es que lo sabías?

—Lo oí decir —dijo George, cautelosamente, añadiendo—: ¿Sirve de algo preocuparse por lo que ocurrió hace tanto tiempo? Quiero decir si vale la pena preocuparse por algo que ya terminó definitivamente.

—Nunca termina nada definitivamente, amigo. El pasado explica el presente. Por ejemplo, ¿por qué es como es nuestro sistema educativo?

George se agitó, inquieto. Su interlocutor no hacía más que volver siempre al mismo tema. Rezongó:

—Porque es el mejor.

—¿Y por qué es el mejor? Ahora, si tienes la bondad de escucharme un momento, yo te lo explicaré. Entonces tú mismo comprenderás la utilidad que tiene la historia. Mucho antes que empezasen los viajes interestelares... —Se interrumpió al ver la expresión de pasmo que se pintaba en la cara de George—. ¿Acaso creías que habían existido siempre?

—Nunca se me había ocurrido pensarlo, señor Ingenescu.

—No me extraña. Pues hubo un tiempo, hace cuatro o cinco mil años, en que la Humanidad estaba confinada a la superficie de la Tierra. Aun así, su cultura tecnológica era bastante avanzada, y la población aumentó de tal suerte que el menor fallo técnico hubiera significado el hambre y las enfermedades para millares de personas. Para mantener el nivel técnico con el fin de atender a las demandas que presentaba una población siempre creciente, hubo que crear un número cada vez mayor de técnicos y científicos, pero al propio tiempo, a medida que las ciencias avanzaban, cada vez se tardaba más tiempo en prepararlos.

»Cuando empezaron a realizarse los primeros viajes interplanetarios, que luego se convirtieron en interestelares, el problema se agudizó. En realidad, la colonización de planetas extrasolares se hizo imposible durante unos mil quinientos años, debido a la falta de personal especializado.

»El momento crucial se alcanzó cuando se consiguió descubrir la técnica para almacenar los conocimientos en el cerebro humano. Una vez conseguido esto, fue posible crear cintas educativas que modificaban el mecanismo de tal manera que insertaban en la mente una suma de conocimientos «confeccionados», por así decirlo. Pero eso ya lo sabes.

»Una vez conseguido esto, ya no había ninguna dificultad en obtener especialistas a miles, a millones, y pudimos iniciar lo que alguien ha denominado la «Ocupación del Universo». Existen actualmente mil quinientos planetas habitados en la galaxia, y no se vislumbra todavía el fin.

»¿Comprendes lo que eso significa? La Tierra exporta cintas educativas para profesiones poco especializadas, ayudando así a unificar la cultura galáctica. Por ejemplo, las cintas de lectura aseguran la existencia de un único lenguaje para todos nosotros... No pongas esa cara de sorpresa; serían posibles otros idiomas, y en el pasado los había. Cientos de ellos.

»La Tierra también exporta profesionales altamente especializados, y mantiene su población a un nivel normal. Como se envían técnicos de ambos sexos en la debida proporción, el problema reproductivo está resuelto de antemano, y estos envíos contribuyen a aumentar la población de los Mundos Exteriores, de bajo índice demográfico. Además, estas exportaciones de cintas y personal se pagan con materias primas y artículos muy necesarios aquí, y de los cuales depende nuestra economía. ¿Comprendes ahora por qué nuestro sistema de educación es el mejor?

—Sí, señor.

—¿Te ayuda a comprenderlo saber que, cuando no existía, la colonización interestelar fue imposible durante mil quinientos años?

—Sí, señor.

—Entonces, también comprendes la utilidad de la historia. —Ingenescu sonrió—. Y te pregunto ahora: ¿comprendes el interés que siento por ti?

George cayó del tiempo y del espacio, para volver a la realidad. Al parecer, aquel historiador sabía muy bien adonde quería ir a parar. Su disertación no había sido más que una añagaza para atacarle desde un nuevo ángulo.

Poniéndose de nuevo a la defensiva, preguntó con cierta vacilación:

—¿Por qué?

—Los Científicos Sociales se ocupan de las sociedades, y éstas están formadas por individuos.

—Así es.

—Pero los individuos no son máquinas. Los profesionales que se ocupan de las ciencias físicas trabajan con máquinas. Sólo hay que saber unas cuantas cosas determinadas sobre una máquina, y los profesionales las saben en su totalidad. Además, todas las máquinas de un mismo tipo son tan parecidas que no poseen la menor individualidad. Pero los hombres son distintos... Son tan complicados y difieren tanto entre sí que un científico social nunca podrá saber todo lo que hay que saber, ni siquiera una buena parte. Para abarcar en lo posible su especialidad, tiene que hallarse dispuesto a estudiar a los individuos; en particular, a los que se apartan de lo corriente.

—Como yo —dijo George con voz monótona.

—Yo no me atrevería a llamarte un ejemplar raro, pero reconozco que eres algo fuera de lo corriente. Vale la pena estudiarte, y si me lo permites, yo, a cambio, trataré de ayudarte en tus dificultades, si es que puedo.

En la mente de George los engranajes giraban a toda velocidad. Pensaba en todo cuanto había oído... Aquella colonización de los mundos lejanos, que la educación había hecho posible. Le parecía como si unas ideas arraigadas y cristalizadas en su interior hubiesen sido hechas añicos, para ser esparcidas implacablemente.

—Déjeme pensar —dijo, tapándose los oídos con las manos. Luego las apartó y, dirigiéndose al Historiador, le dijo:— ¿Podría usted hacerme un favor, señor Ingenescu?

—Si es posible... —repuso el Historiador, amablemente.

—Ha dicho usted que todo cuanto se diga en esta habitación quedará entre nosotros, ¿no es eso?

—Y lo sostengo.

—Entonces, consígame una entrevista con un funcionario de los Mundos Exteriores; con un funcionario de... Novia.

Ingenescu dio un respingo.

—Hombre, verás...

—Usted puede hacerlo —se apresuró a añadir George—. Ocupa un cargo importante. Vi la cara que puso el policía cuando le mostró aquella tarjeta. Si usted se niega, yo... no permitiré que me estudie.

Al propio George le pareció infantil aquella amenaza, desprovista de fondo. Sin embargo, pareció producir un gran efecto en Ingenescu.

El Historiador, pensativo, dijo:

—Me pides algo imposible. Un noviano durante el mes olímpico...

—Muy bien, si usted no quiere, llame a un noviano por visifono, y yo mismo le pediré una entrevista.

—¿Te atreverías?

—Naturalmente que sí. Espere y verá.

Ingenescu siguió contemplando a George, pensativo, y luego tendió la mano hacia el visifono.

George se dispuso a esperar, embriagado por el nuevo sesgo que tomaban las cosas y la sensación de poder que aquello le proporcionaba. Tenía que salir bien. Forzosamente. A pesar de todo, iría a Novia. Saldría triunfalmente de la Tierra a pesar de Antonelli y del pequeño rebaño de locos de la Residencia para (casi le hizo reír) débiles mentales.

George esperó ansiosamente a que la visiplaca se iluminase. Sería como una ventana abierta a la intimidad de los novianos, una ventana por la que vería un fragmento de vida noviana trasplantada a la Tierra. A las veinticuatro horas de su fuga, había conseguido realizar eso.

Se oyeron carcajadas mientras la placa se hacía menos borrosa y se enfocaba, mas por el momento no vio la cara de nadie; sólo sombras de hombres y mujeres que cruzaban rápidamente en todos sentidos. Se oyó claramente una voz sobre un fondo de conversación:

—¿Quién me llama? ¿Ingenescu?

Al instante siguiente apareció un rostro en la placa. Un noviano. Un noviano auténtico. (George no tenía la menor duda de ello. Aquellas facciones tenían algo completamente extraterrestre. Era algo indefinible, pero inconfundible por completo.)

Era un hombre de complexión fuerte, atezado y de cabellos ondulados peinados hacia atrás. Lucía un bigotillo negro y una barba puntiaguda, negra como su cabellera, que apenas alcanzaba más allá del extremo de su estrecho mentón; pero el resto de su cara era tan terso que parecía como si hubiera sido depilado permanentemente.

En aquel momento, el noviano sonreía:

—Ladislas, esto es pasar de la raya. Ya nos resignamos a que nos espíen, dentro de límites razonables, durante nuestra estancia en la Tierra, pero practicar la lectura mental es demasiado.

—¿Lectura mental, Honorable?

—¡Confiéselo! Usted sabía que yo iba a llamarle esta noche. Sabía también que sólo esperaba a terminar esta copa. —Levantó la mano, haciéndola aparecer en la pantalla, y miró a Ingenescu a través de una copita llena de un licor violeta pálido—. Siento no poder ofrecerle una.

George, que se hallaba fuera del campo de visión del transmisor de Ingenescu, no podía ser visto por el noviano, lo cual le producía una sensación de alivio. Necesitaba cierto tiempo para prepararse para la entrevista. Le parecía estar formado exclusivamente por dedos nerviosos que tamborileaban sin cesar...

Pero había dado en el clavo... Sus cálculos eran exactos. Ingenescu era un personaje importante. El noviano le llamaba por su nombre de pila.

¡Magnífico! Las cosas iban a pedir de boca. Lo que Antonelli le había hecho perder a George, éste lo recuperaría con creces gracias a Ingenescu. Y algún día, cuando fuese un hombre independiente, podría regresar a la Tierra tan poderoso como aquel noviano, que se permitía llamar a Ingenescu por su nombre de pila, para verse llamado por éste «Honorable»...

Cuando volviese, ya le ajustaría las cuentas a aquel bribón de Antonelli. Tenía que hacerle pagar aquel año y medio de reclusión forzosa, y...

Estuvo a punto de dejarse arrastrar por aquellos ensueños tentadores, pero se dominó al darse cuenta, angustiado, que perdía el hilo de los acontecimientos.

El noviano decía en aquellos momentos:

—Ni pies ni cabeza. Novia tiene una civilización tan complicada y avanzada como la de la Tierra. Tenga usted en cuenta que no somos Zeston. Es ridículo que tengamos que venir aquí en busca de técnicos.

Ingenescu dijo, conciliador:

—Solamente en busca de modelos nuevos. Nunca se sabe si estos modelos harán falta. Las cintas educativas les costarían a ustedes el mismo precio que un millar de técnicos, y, ¿cómo saben que necesitarían tantos?

El noviano tiró el licor restante y lanzó una carcajada. (A George le causó cierto disgusto ver que un noviano podía ser tan frívolo. Con cierta desazón, se preguntó si el noviano también había hecho lo propio con otras dos o tres copas antes de aquélla.)

El noviano dijo:

—Ésta es una mentira típica, Ladislas. Sabes muy bien que podemos absorber todos los nuevos modelos que nos envíen. Esta misma tarde he contratado a cinco Metalúrgicos...

—Lo sabía —dijo Ingenescu—. Estuve allí.

—¡Vigilándome! ¡Espiando! —gritó el noviano—. Pero espera un momento a que te diga esto. Los Metalúrgicos del último modelo que contraté sólo diferían del modelo anterior en que conocían el uso de los espectrógrafos Beeman. La modificación de las cintas con respecto al modelo del año anterior es insignificante. Solamente lanzan estos nuevos modelos para hacernos gastar dinero y venir aquí con el sombrero en la mano.

—No les obligamos a comprar.

—No, pero venden técnicos del último modelo a Landonum, y esto nos obliga a ponernos al día, si no queremos quedarnos rezagados. Nos han montado en un buen tiovivo, piadosos terrestres, pero esperen, que tal vez aún daremos con la salida.

Su risa sonaba algo forzada, y cesó más pronto de lo previsto.

Dijo Ingenescu:

—Hablando con sinceridad, ojalá la encuentren. Entre tanto, en cuanto a mi llamada, se debe sencillamente...

—Ah, sí, me llamó usted. Bueno, yo ya he dicho lo que tenía que decir; supongo que el año próximo nos obsequiarán con un nuevo modelo de Metalúrgico que nos costará un ojo de la cara, provisto probablemente de un nuevo dispositivo para analizar el niobio, y todo lo demás igual, y al otro año... Pero, dejémoslo. ¿Qué desea usted?

—Hay un joven aquí conmigo con el que desearía que usted hablase.

—¿Yo? —La idea no pareció ser muy del agrado del noviano—. ¿Y sobre qué?

—No sabría decirle. No me lo ha dicho. En realidad, ni siquiera me ha dicho su nombre ni profesión.

El noviano frunció el ceño.

—¿Entonces, por qué me molesta?

—Parece estar muy seguro que le interesará lo que tiene que decirle.

—¿Ah, sí?

—Además —añadió Ingenescu—, considérelo como un favor que yo le pido.

El noviano se encogió de hombros.

—Póngame con él y dígale que sea breve.

Ingenescu se hizo a un lado, y susurró al oído de George:

—Usa el tratamiento de «Honorable».

George tragó saliva con dificultad. Había llegado el momento decisivo.

El joven notó que estaba bañado en sudor. La idea acababa de ocurrírsele hacía poco, pero a la sazón no se sentía tan seguro. Empezó a vislumbrarla al hablar con Trevelyan, luego fermentó y adquirió forma durante la plática de Ingenescu, y por último, las propias observaciones del noviano le habían dado los toques finales.

George tomó la palabra:

—Honorable, si usted me lo permite, le indicaré el modo de bajarse del tiovivo.

Deliberadamente, utilizó la propia metáfora que había empleado el noviano.

Éste le miró ceñudo:

—¿De qué tiovivo hablas?

—El que usted mismo ha mencionado, Honorable. El tiovivo en que se encuentra Novia cuando se halla obligada a acudir a la Tierra en busca de..., de técnicos.

(No pudo evitar que los dientes le castañeteasen; no de miedo, pero sí a causa de la excitación que le dominaba.)

El noviano dijo:

—¿Tratas de insinuar que conoces un medio gracias al cual podríamos dejar de patrocinar el supermercado mental de la Tierra? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí, Honorable. Novia puede controlar su propio sistema educativo.

—Hum... ¿Sin cintas?

—Pues..., sí, Honorable.

El noviano, sin apartar la mirada de George, ordenó.

—Ingenescu, póngase ante mi vista.

El Historiador se colocó detrás de George, para que el noviano lo viese por encima del hombro del joven.

El noviano preguntó entonces:

—¿Qué es todo esto? No alcanzo a comprenderlo.

—Tenga la absoluta seguridad que, sea lo que sea, se hace por propia iniciativa de este joven, Honorable —repuso Ingenescu—. Yo no tengo arte ni parte en esto. Me lavo las manos.

—Entonces, ¿por qué me presenta usted a este joven? ¿Qué tiene que ver con usted?

A esto Ingenescu repuso:

—Para mí es un simple objeto de estudio, Honorable. Tiene valor, y

trato de complacerlo.

—¿Qué clase de valor?

—Es difícil decirlo. Un valor profesional.

El noviano lanzó una breve carcajada.

—Bien, a cada cual su profesión. —Hizo una seña con la cabeza a alguna persona o personas que se hallaban fuera del campo de visión—. Hay ahí un joven, un protegido de Ingenescu, o algo parecido, que quiere explicarnos cómo se puede educar sin cintas. —Chasqueó los dedos, y otra copa de licor transparente apareció en su mano—. Adelante, joven.

Habían ahora varias caras en la placa, caras de hombres y de mujeres, que se apiñaban para ver a George, luciendo diversas expresiones, que iban desde la sorna hasta la curiosidad.

George trató de mostrarse indiferente. Todos aquellos seres novianos y terrestres, se dedicaban a «estudiarlo» como si fuese un insecto clavado en un alfiler. Ingenescu fue a sentarse en un ángulo de la habitación y le miró con ojos de búho.

«Todos son unos estúpidos —se dijo George furioso—, del primero al último. Pero tendrán que comprenderlo. Haré que me comprendan.»

Dijo entonces en voz alta:

—Esta tarde yo también estuve en los Juegos Olímpicos de los Metalúrgicos.

—¿Tú también? —dijo el noviano, con sorna—. Por lo visto, toda la Tierra estaba allí reunida.

—Toda la Tierra no, Honorable, pero yo sí. Un amigo mío participaba en los Juegos, y le fue muy mal a causa que utilizan las máquinas Beeman. En su educación se habían incluido sólo las Henslers y al parecer de un modelo antiguo. Usted ha dicho que la modificación efectuada era insignificante. Y mi amigo sabía desde hacía algún tiempo que se requeriría el conocimiento de las máquinas Beeman.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Mi amigo había ambicionado toda su vida conseguir un destino en Novia. Conocía ya las Henslers, para clasificarse tenía que conocer también las Beeman, y él lo sabía. Aprender su funcionamiento le hubiera costado únicamente aprenderse unos cuantos detalles más, unos pocos datos, hacer tal vez algo de práctica. Espoleado por la ambición de toda su vida, tal vez hubiera podido conseguirlo...

—¿Y de dónde hubiera obtenido una cinta con los datos y cifras adicionales? ¿O acaso la educación se ha convertido en una cuestión de estudio privado en la Tierra?

Las caras apiñadas tras él prorrumpieron en carcajadas.

George repuso:

—Por eso precisamente no pudo aprender, Honorable. Él creía que para ello necesitaría una cinta. Ni siquiera se le ocurrió probar sin ella, aunque lo que estaba en juego era de una importancia capital para él. Se negó a probar sin una cinta.

—¿Conque se negó, eh? Probablemente, es de esa clase de personas que se niegan a volar sin avión. —Más risas; el noviano sonrió por fin, y dijo—: Este chico me hace gracia. Prosigue. Te concedo un momento más.

George, muy serio, observó:

—No es ninguna broma. En realidad, el sistema de las cintas es malo. Con las cintas se aprende demasiado, y sin el menor esfuerzo. Los que se acostumbran a aprender de esta manera ya no saben hacerlo de otra. Sólo saben lo que les han inculcado las cintas. Pero si a una persona no se le facilitasen cintas, sino que se le obligase a aprender por sí sola desde el primer momento, en ese caso adquiriría el hábito del estudio, y no le costaría seguir asimilando conocimientos. Me parece que esta idea no puede ser más razonable. Una vez haya conseguido desarrollar bien esa costumbre, no niego que pueda aprender algunas cosas mediante cintas, para llenar ciertas lagunas o fijar algunos detalles. Luego seguiría progresando solo. De esta manera, en Novia se podrían convertir a los Metalúrgicos que sólo conocen las máquinas Henslers en Metalúrgicos que conociesen además las Beeman, sin necesidad de ir a buscar nuevos modelos a la Tierra.

El noviano asintió y paladeó su bebida.

—¿Y de dónde sacaremos el conocimiento si prescindimos de las cintas? ¿Del vacío interestelar?

—De los libros. Del estudio de los propios instrumentos. Pensando. Haciendo uso de nuestro raciocinio.

—¿De los libros? ¿Y cómo se pueden entender los libros sin la educación?

—Los libros contienen palabras impresas. Las palabras pueden entenderse, en su mayor parte. En cuanto a los términos especializados, éstos pueden ser explicados por los técnicos que Novia ya posee en abundancia.

—¿Y qué opinas sobre la lectura? ¿Permitirías el uso de cintas de lectura?

—Las cintas de lectura me parecen muy bien, pero nada se opone a que los niños aprendan a leer según el sistema antiguo. Al menos en parte.

Dijo entonces el noviano:

—¿Para que así se adquieran buenos hábitos desde el comienzo?

—Eso mismo —dijo alegremente George.

Aquel hombre empezaba a comprender...

—¿Y qué me dices de las matemáticas?

—Ésta es la parte más fácil, señor..., Honorable. Las matemáticas difieren de las demás asignaturas técnicas. Comienzan con el enunciado de algunos principios muy sencillos, y proceden a pasos graduales. Se puede empezar desde cero y aprender. Su misma estructura lógica lo facilita. Y una vez se posea una base de matemáticas fundamentales, se tiene acceso a otros libros técnicos. Especialmente si se comienza con los fáciles.

—¿Es que hay libros fáciles?

—Desde luego que sí. Y aunque no los hubiese, los técnicos actualmente existentes podrían escribirlos... Libros de divulgación, manuales. Algunos de ellos serían capaces de presentar sus conocimientos en palabras y símbolos.

—Buen Dios —exclamó el noviano, dirigiéndose al grupo que le rodeaba—. Ese joven diablo tiene respuesta para todo.

—Sí, la tengo —gritó George, excitado—. Pregúnteme.

—¿Has intentado aprender tú mismo mediante libros? ¿O se trata sólo de una simple teoría?

George dirigió una rápida mirada a Ingenescu, pero el Historiador permanecía inmóvil. Su rostro sólo demostraba un benévolo interés.

—Sí, he estudiado con libros —replicó George.

—¿Y conseguiste algún resultado?

—Sí, Honorable —repuso George, animadamente—. Lléveme con usted a Novia. Estableceré un programa y dirigiré...

—Espera, tengo que hacerte algunas preguntas. ¿Cuánto tiempo tardarías, según tu opinión, en convertirte en un Metalúrgico capaz de manejar una máquina Beeman, suponiendo que empezases desde cero y no utilizases cintas educativas?

George vaciló.

—Pues... Tal vez algunos años.

—¿Dos años? ¿Cinco? ¿Diez?

—No sabría decírselo, Honorable.

—Ésta era una pregunta vital a la que, por lo que veo, eres incapaz de dar una respuesta adecuada. ¿Digamos cinco años? ¿Te parece prudente esa cifra?

—Sí... Creo que sí.

—Muy bien. Tenemos un técnico estudiando metalurgia según tu

método durante cinco años. Durante ese tiempo, no nos reporta ninguna utilidad, tendrás que admitirlo, en cambio debemos mantenerlo, alojarlo y darle un sueldo durante esos años.

—Pero...

—Déjame terminar. Luego, cuando haya terminado de estudiar y ya pueda manejar la Beeman, habrán pasado cinco años. ¿Crees que para entonces todavía utilizaremos máquinas Beeman modificadas?

—Pero cuando llegue esa fecha, él ya dominará la técnica del estudio. Podrá aprender los nuevos detalles necesarios en cuestión de días.

—Eso es lo que tú dices. Sin embargo, vamos a suponer que ese amigo tuyo, por ejemplo, hubiese estudiado el uso de la Beeman por su cuenta y hubiese llegado a dominarlo. ¿Sería tan experto en él como un competidor que lo hubiese aprendido gracias a las cintas?

—Tal vez no, pero... —empezó a decir George.

—Ah —exclamó el noviano.

—Por favor, déjeme terminar. Aunque no dominase tan a fondo una materia, lo que aquí importa es su capacidad de aprender. Podría inventar nuevas cosas, hacer descubrimientos que ningún técnico salido de las cintas sería capaz de hacer. Novia tendría una reserva de pensadores originales...

—Durante todos tus estudios —le atajó el noviano—, ¿has descubierto algo original?

—No, pero yo sólo soy un ejemplo, y no he estudiado mucho tiempo...

—Ah, ya... Muy bien. ¿Se han divertido ya lo suficiente, señoras y caballeros?

—¡Espere! —gritó George, presa de un pánico repentino—. Le ruego que me conceda una entrevista personal. Hay cosas que no puedo explicar por el visifono. Ciertos detalles.

El noviano miró hacia más allá de George.

—¡Ingenescu! Me parece que ya le he hecho el favor que me pedía. Ahora le ruego que me disculpe, porque mañana tengo un horario muy apretado. ¡Adiós!

La pantalla se oscureció.

George tendió ambas manos hacia la pantalla, en un desesperado impulso por devolverle la vida. Al propio tiempo gritó:

—¡No me ha creído! ¡No me ha creído!

—No, George —le dijo Ingenescu—. ¿Acaso te figurabas que iban a creerte?

George apenas le oyó.

—¿Por qué no? ¡Si todo lo que he dicho es cierto! Ellos serían los primeros en beneficiarse. No existe el menor riesgo. Podrían empezar con unos cuantos hombres... La educación de algunos hombres, una docena por ejemplo, durante algunos años, les costaría menos que un solo técnico... ¡Estaba borracho! ¡Había bebido! No me comprendió. —George miró jadeante a su alrededor—. ¿Cómo podría verle? Tengo que verle. Esta entrevista ha sido un error. No hemos debido utilizar el visifono. Necesito tiempo. Hablar con él cara a cara. ¿Cómo podría...?

Ingenescu objetó:

—No querrá recibirte, George. Y aunque te recibiese, no te creería.

—Terminaría por creerme, se lo aseguro. Pero a condición que no hubiese bebido. Ese hombre... —George se volvió en redondo hacia el Historiador, abriendo desmesuradamente los ojos—. ¿Cómo sabe que me llamo George?

—¿No es así como te llamas? ¿George Platen?

—¿Me conoce?

—Perfectamente.

George se quedó sin habla, guardando una inmovilidad de estatua. Únicamente su pecho se movía, a impulsos de su fatigosa respiración.

Ingenescu prosiguió:

—Sólo quiero ayudarte, George. Ya te lo dije. Te he estado estudiando y deseo ayudarte.

George lanzó un chillido:

—¡No necesito ayuda! ¡No soy un débil mental! Los demás lo son, pero yo no.

Dio media vuelta y se precipitó como un loco hacia la puerta.

La abrió de par en par y dos policías que habían estado de guardia al otro lado se echaron sobre él y lo sujetaron firmemente.

A pesar que George se debatía como un diablo, sintió el aerosol hipodérmico junto a la articulación de la mandíbula, y eso fue todo. Lo último que recordó fue la cara de Ingenescu observándole con cariñosa solicitud.

George abrió los ojos para ver un techo blanco sobre él. Inmediatamente recordó lo sucedido. Lo recordaba con indiferencia, como si le hubiese ocurrido a otro. Se quedó mirando al techo hasta que su blancura le llenó los ojos y le lavó el cerebro, dejando lugar para nuevas ideas y nuevos pensamientos.

No supo cuánto tiempo permaneció así, escuchando sus propias

divagaciones.

Una voz sonó en sus oídos.

—¿Estás despierto?

George oyó entonces por primera vez sus propios gemidos. ¿Había estado gimiendo? Trató de volver la cabeza. La voz le preguntó:

—¿Te duele algo, George?

—Tiene gracia —susurró George—. Con las ganas que tenía de dejar la Tierra... No lo entiendo.

—¿No sabes dónde estás?

—Estoy de nuevo en la... Residencia.

George consiguió volverse. Aquella voz pertenecía a Omani.

—Tiene gracia que no lo comprenda —insistió George.

Omani le dirigió una cariñosa sonrisa.

—Vamos, duérmete de nuevo...

George se durmió.

Cuando despertó de nuevo, tenía la mente completamente despejada.

Omani estaba sentado junto a la cabecera, leyendo, pero dejó el libro en cuanto George abrió los ojos.

El muchacho trató de sentarse. Luego dijo:

—Hola, Omani.

—¿Tienes hambre?

—Figúrate —repuso, mirándole con curiosidad—. Me siguieron cuando me escapé, ¿verdad?

Omani asintió.

—Te tuvieron en observación constantemente. Nos proponíamos dejarte llegar hasta Antonelli para que dieses salida a tu resentimiento acumulado. Nos parecía que ésa era la única manera de conseguir algo positivo. Tus emociones constituían una rémora para tu progreso.

Con cierto tono de embarazo, George observó:

—Me equivoqué medio a medio respecto a él.

—Eso ahora no importa. Cuando te detuviste para mirar el tablero informativo de los Metalúrgicos en el aeropuerto, uno de nuestros agentes nos comunicó la lista de nombres. Gracias a las numerosas conversaciones que había sostenido contigo, en el curso de las cuales me hiciste numerosas confidencias, comprendí lo que significaba para ti el nombre de Trevelyan en aquella lista. Pediste que te indicasen el modo de asistir a los Juegos Olímpicos; existía la posibilidad que eso provocase la crisis que tanto ansiábamos. Enviamos a Ladislas Ingenescu al vestíbulo, para que se hiciese

el encontradizo contigo.

—Es una figura importante en el Gobierno, ¿verdad?

—Sí, en efecto.

—Y ustedes le encargaron esta misión. Eso me hace sentirme importante.

—Es que lo eres, George.

En aquel momento llegó un grueso bistec, esparciendo un delicioso aroma. George, hambriento, sonrió y apartó violentamente las sábanas, para sacar los brazos. Omani le ayudó a preparar la mesita sobre la cama. Durante unos instantes, George masticó a dos carrillos, observado por Omani.

De pronto, George dijo:

—Hace un momento, me desperté para quedarme dormido en seguida, ¿verdad?

—Sí, yo estaba aquí.

—Lo recuerdo. Verás, todo ha cambiado. Era como si ya estuviese demasiado cansado para sentir emociones. Tampoco sentía cólera ni enfado. Sólo podía pensar. Me sentía como si me hubiesen administrado alguna droga que hubiese hecho desaparecer de mí toda emoción.

—Pues no te dimos ninguna droga —observó Omani—. Sólo sedantes. Estabas descansado.

—Sea como fuere, lo vi todo con una claridad meridiana, como si lo supiese desde siempre pero no hubiese querido escucharlo. Me dije: ¿qué le pedía yo a Novia? Que me dejase ir allí para ponerme al frente de un grupo de jóvenes por educar, a fin de instruirlos por medio de libros. Al propio tiempo, quería establecer una Residencia para débiles mentales..., como ésta..., y la Tierra ya las tiene..., en cantidad.

La blanca dentadura de Omani brilló cuando éste sonrió.

—El nombre adecuado para instituciones como ésta es el de Instituto de Altos Estudios.

—Ahora lo comprendo todo —dijo George—. Lo veo todo tan claro que me sorprende la ceguera que he demostrado hasta ahora. Después de todo, ¿quién inventa los nuevos modelos de instrumentos que requieren técnicos del último modelo? ¿Quién inventó los espectrógrafos Beeman, por ejemplo? Un hombre llamado Beeman, supongo, que no podía haber sido educado con cintas, pues en ese caso, ¿cómo hubiera conseguido realizar su invento?

—Exactamente.

—¿Y quién hace las cintas educativas? ¿Técnicos especializados? En ese caso, ¿quién hace las cintas... que los educan a ellos? ¿Unos técnicos más

avanzados? ¿Y quién hace las cintas que...? Ya ves adonde quiero ir a parar. Tiene que existir un fin, un límite. En algún punto tienen que existir hombres y mujeres dotados de un pensamiento propio y original.

—Así es, George.

George se recostó en sus almohadones, con la vista perdida por encima de la cabeza de Omani, y por un instante pareció brillar de nuevo la inquietud en su mirada.

—¿Por qué no me dijeron todo esto desde el principio?

—Ojalá pudiésemos hacerlo... —dijo Omani—. Cuántos quebraderos de cabeza nos ahorraría... Podemos analizar un cerebro y decir si su poseedor podrá ser un buen arquitecto o un buen ebanista. Pero no poseemos el medio de determinar la capacidad para el pensamiento original y creativo. Es algo demasiado sutil. Únicamente poseemos algunos métodos sumarios para identificar a los individuos susceptibles de poseer ese talento.

»El Día de la Lectura se descubren algunos de esos individuos. Tú, por ejemplo, fuiste uno de ellos. *Grosso modo*, suele descubrirse uno entre diez mil. Cuando llega el Día de la Educación, esos individuos son revisados de nuevo, y nueve de cada diez resultan haber sido una falsa alarma. Los restantes se envían a sitios como éste.

—¿Y qué hay de malo en decirle a la gente que uno de cada..., de cada cien mil acabará en lugares como este? —preguntó George—. Así no supondría un *shock* tan grande para quienes lo hicieran...

—Tienes razón, George, pero, ¿qué me dices de los que no lo lograran? ¿Los noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve restantes? ¿Te imaginas si todas esas personas se considerasen unos fracasados? Aspiran a alguna profesión concreta, y de un modo u otro todos acaban por lograrlo. Cada uno de ellos puede escribir tras su nombre: Diplomado en tal o cual profesión. Dentro de sus posibilidades, cada hombre, cada mujer, obtienen el puesto que les corresponde dentro de la sociedad. Lo cual es necesario para el buen funcionamiento de ésta.

—¿Y qué ocurre con nosotros, los casos excepcionales?

—Bueno, a ustedes no se les puede decir. No puede ser de otro modo. Se trata de la prueba definitiva. Incluso después de la selección que supone el Día de la Educación, nueve de cada diez de los que llegan aquí no llevan en su interior la llama del genio creador, y no existe ningún mecanismo que nos permita separar a esos nueve del que buscamos. Esa décima parte debe decírnoslo por sí misma.

—¿De qué modo?

—Les traemos aquí, a la Residencia para débiles mentales, y el que no

acepta su destino, el que se rebela, es el que buscamos. Es un método que puede resultar cruel, pero funciona. Por el contrario, no daría ningún resultado decirle a ese hombre: «Puedes crear, de modo que hazlo.» Es mucho mejor esperar a que él diga: «Sé que puedo crear, y lo haré les guste o no.» Hay diez mil hombres como tú sobre los que descansa el progreso tecnológico de mil quinientos mundos. No podemos permitirnos perder uno solo de ellos, o malgastar nuestras energías en un individuo que no da la talla.

George apartó a un lado la bandeja vacía y tomó la taza de café.

—¿Y qué les ocurre a los que vienen aquí y no... dan la talla?

—Se les convierte, educándoles por medio de cintas, en nuestros Científicos Sociales. Ingenescu, por ejemplo, es uno de ellos. Por lo que a mí respecta, soy Psicólogo Diplomado. Puede decirse que somos un segundo nivel en la escala.

Pausadamente, George acabó de tomarse el café. Entonces, con aire pensativo, dijo:

—Hay algo que todavía no tengo claro...

—¿De qué se trata?

George apartó la ropa de cama y se puso de pie.

—¿Por qué les llaman Juegos Olímpicos?

SENSACIÓN DE PODER

Jehan Shuman estaba acostumbrado a tratar con los hombres que se hallaban en el poder en la Tierra, envuelta en continuas guerras desde hacía largo tiempo. Él sólo era un civil, pero era el responsable de determinados modelos de programación, que habían producido computadoras autónomas de alto nivel destinadas a usos bélicos. Por lo tanto, los generales, al igual que los presidentes de comités del Congreso, prestaban atención a sus palabras.

En aquel momento había un representante de cada grupo en la sala de reuniones especial del Nuevo Pentágono. El general Weider era un hombre de rostro quemado por los continuos viajes espaciales, y su pequeña boca estaba casi siempre fruncida. El congresista Brant tenía los ojos claros y unas tersas mejillas. Fumaba tabaco denebio con el aire despreocupado de alguien cuyo patriotismo es tan notorio que puede permitirse tales libertades.

Shuman, programador de primera clase, de elevada estatura y porte distinguido, se sentía totalmente seguro ante ellos.

—Caballeros —dijo—, les presento a Myron Aub.

—El hombre poseedor de un don poco corriente que usted descubrió por puro azar, ¿no es eso? —comentó plácidamente el congresista Brant.

Y se dedicó a inspeccionar al hombrecillo de calva cabeza de huevo con afable curiosidad.

Éste se retorcía con nerviosismo los dedos de las manos. Era la primera vez que se hallaba en presencia de hombres tan importantes. Él sólo era un técnico de bajo grado, de edad avanzada, que mucho tiempo atrás no había logrado superar las pruebas establecidas para seleccionar a los seres superdotados de la Humanidad, y se había adaptado a su rutinaria y poco cualificada labor. Lo único destacable que había en él era aquella afición que el gran programador había descubierto y con la que se había armado tanto revuelo.

—Encuentro absolutamente pueril toda esta atmósfera de misterio —dijo el general Weider.

—Pronto dejará de parecérselo —repuso Shuman—. No es algo que pueda revelarse a cualquiera... ¡Aub! —llamó.

Había algo autoritario en su modo de pronunciar aquel monosílabo, pero

al fin y al cabo se trataba de un gran programador dirigiéndose a un simple técnico.

—¡Aub! —repitió—. ¿Cuánto es nueve por siete?

Aub dudó un momento. En sus acuosos ojos brilló una débil ansiedad.

—Sesenta y tres —repuso.

Brant enarcó las cejas.

—¿Es exacto?

—Compruébelo usted mismo, señor Brant.

El político sacó su computadora de bolsillo, oprimió dos veces sus bordes desgastados, examinó la pantalla del aparato, colocado en la palma de su mano, y volvió a guardárselo, al tiempo que decía:

—¿Es éste el don que nos quería demostrar? ¿Un ilusionista?

—Más que eso, señor. Aub se sabe de memoria algunas operaciones, y con ellas es capaz de realizar cálculos sobre papel.

—¿Una computadora de papel? —dijo el general, con aspecto abrumado.

—No, general —repuso Shuman, paciente—. No se trata de una computadora de papel. Sólo de una simple hoja de papel. General, ¿querría usted tener la bondad de decirme un número cualquiera?

—Diecisiete —dijo el general.

—¿Y usted, señor Brant?

—Veintitrés.

—¡Bien! Aub, multiplique esos números y haga el favor de mostrar a estos señores cómo lo hace.

—Sí, programador —dijo Aub, inclinando la cabeza.

Sacó un pequeño bloc de un bolsillo de la camisa y un estilo de artista, fino como un cabello, de otro. Su frente se llenó de arrugas mientras trazaba trabajosamente algunos signos sobre el papel.

El general Weider le interrumpió bruscamente:

—A ver, enséñeme eso.

Aub le tendió el papel, y Weider exclamó:

—En efecto, parece la cifra diecisiete.

Brant asintió, observando:

—Sí, efectivamente, pero supongo que cualquiera es capaz de copiar las cifras de una computadora. Yo mismo creo que llegaría a hacer un diecisiete bastante aceptable aun sin práctica.

—Tengan la bondad de dejar continuar a Aub, señores —dijo Shuman con indiferencia.

Aub siguió escribiendo cifras, con mano algo temblorosa. Finalmente,

dijo en voz baja:

—La solución son trescientos noventa y uno.

Brant sacó de nuevo su computadora.

—Cáspita, pues es verdad. ¿Cómo lo ha adivinado?

—No lo ha adivinado, señor Brant —dijo Shuman—. Lo ha calculado por sí solo. Lo ha calculado sobre esa hoja de papel.

—No diga usted necedades —dijo el general, con impaciencia—. Una computadora es una cosa, y otra muy distinta unos cuantos garabatos sobre el papel.

—Explíqueselo, Aub —le invitó Shuman.

—Sí, programador... Pues verán, señores, empiezo por escribir diecisiete y luego, debajo, escribo veintitrés. Después me digo: siete por tres...

El político le atajó con gesto suave:

—Pero escuche, Aub, el problema consiste en saber cuánto es diecisiete por veintitrés.

—Sí, ya lo sé —se apresuró a responder el pequeño técnico—, pero empiezo diciendo siete por tres, porque así tiene que efectuarse esta operación. Como decía, siete por tres es veintiuno.

—¿Y cómo lo sabe usted? —le preguntó el político.

—Porque lo aprendí de memoria. La computadora siempre da veintiuno. He podido comprobarlo docenas de veces.

—Sin embargo, eso no significa que siempre dé ese resultado. ¿No es verdad? —objetó el político.

—Tal vez no —vaciló Aub—. Yo no soy un matemático. Pero siempre consigo soluciones exactas.

—Prosiga.

—Siete por tres veintiuno, así es que escribo veintiuno. Después, uno por tres es tres, y por lo tanto escribo un tres bajo el dos de veintiuno.

—¿Y por qué debajo del dos? —le espetó Brant.

—Porque... —Aub miró con aire desvalido a su superior—. Es difícil de explicar.

Shuman intervino:

—Les ruego que de momento acepten sus resultados; podemos dejar los detalles para los matemáticos.

Brant se calló y Aub siguió diciendo:

—Tres y dos son cinco, y así el veintiuno se convierte en cincuenta y uno. Ahora dejemos eso por un momento y volvamos a empezar. Si multiplicamos siete por dos, nos dará catorce, y uno por dos, dos.

Repitamos la operación anterior y nos dará treinta y cuatro. Poniendo este treinta y cuatro bajo el cincuenta y uno de la manera que aquí lo he hecho y sumándolos entonces, obtendremos el resultado de trescientos noventa y uno.

Reinó un instante de silencio, y luego el general Weider dijo:

—No lo creo. Este hombre ha armado un verdadero galimatías, formando números, multiplicándolos y sumándolos a su antojo, pero a pesar de todo no lo creo. Es demasiado complicado. No es más que una engañifa.

—Nada de eso, general —dijo Aub, sudoroso—. Sólo parece complicado porque usted no está acostumbrado a hacerlo. En realidad, las reglas son muy sencillas, y se aplican a cualquier número.

—A cualquier número, ¿eh? —dijo el general—. Vamos a ver. —Sacó su propia computadora (un severo modelo militar) y la accionó al azar—. Escriba cinco siete tres ocho en el papel. O sea cinco mil setecientos treinta y ocho.

—Sí, señor —dijo Aub, tomando una nueva hoja de papel.

—Ahora —prosiguió el general, tras accionar nuevamente la computadora— siete dos tres nueve. Siete mil doscientos treinta y nueve.

—Ya está, señor.

—Y ahora multiplique esos dos números.

—Requerirá mucho tiempo —tartamudeó Aub.

—No tenemos prisa —repuso el general.

—Adelante, Aub —le ordenó Shuman con voz tensa.

Aub puso manos a la obra, muy encorvado. Tomó una hoja de papel y luego otra. El general terminó por sacar su reloj para consultarlo.

—¿Ha terminado ya sus operaciones mágicas?

—Casi, general... Mire, ya está. Cuarenta y un millones, quinientos treinta y siete mil, trescientos ochenta y dos.

Exhibió las cifras escritas en la hoja de papel.

El general Weider sonrió irónicamente. Oprimió el botón de multiplicar de su computadora y esperó a que se formase el resultado. Luego lo miró estupefacto y dijo con voz aguda y entrecortada:

—¡Gran Galaxia, este individuo ha acertado!

El presidente de la Federación Terrestre cada vez aparecía con aire más cansado y abrumado en su despacho; y en la intimidad, dejaba que una expresión de profunda melancolía se esparciese por sus delicadas facciones. La guerra con Deneb, que había empezado tan brillantemente, respaldada por un poderoso movimiento popular, se había convertido en una deslucida

serie de ataques y contraataques, mientras el descontento cundía a ojos vistas entre la población terrestre. Era posible que lo mismo estuviese sucediendo en Deneb.

Y por si eso no fuese suficiente, allí estaba Brant, presidente del importantísimo Comité de Requisa Militar, haciéndole perder media hora hablándole de tonterías, risueño y satisfecho.

—Calcular sin una computadora es algo que resulta contradictorio por definición —dijo el presidente, que empezaba a perder la paciencia.

—El cálculo no es más que un sistema de manejar datos —repuso el político—. Una máquina puede hacerlo, pero también el cerebro humano. Permita que le dé un ejemplo.

Y empleando la nueva habilidad que había aprendido, realizó sencillas sumas y multiplicaciones, hasta que el presidente empezó a sentirse interesado a pesar suyo.

—¿No falla nunca?

—Nunca, señor presidente. Es un método absolutamente seguro.

—¿Y es difícil de aprender?

—Yo tardé una semana en dominarlo. Creo que usted lo conseguiría antes.

—Desde luego —admitió el presidente—, reconozco que se trata de un interesante juego de salón, pero no le veo mayor utilidad.

—¿Cuál es la utilidad de un niño recién nacido, señor presidente? De momento no sirve para nada, pero... ¿No ve usted que esto señala el camino que conduce a la liberación de la esclavitud impuesta por la máquina? Tenga usted en cuenta, señor presidente —dijo levantándose el congresista, mientras su voz de barítono adquiría automáticamente un tono elocuente y oratorio—, que la guerra con Deneb es una guerra de computadoras que luchan entre sí. Las computadoras del enemigo crean una cortina impenetrable de proyectiles que hacen estallar a los nuestros, y nosotros hacemos lo propio. Cuando nosotros creamos una computadora más perfeccionada, ellos no tardan en hacerlo también. Así se ha mantenido durante cinco años un precario equilibrio que no ha beneficiado a ninguno de los dos bandos en lucha.

»Pero ahora tenemos en nuestras manos un medio para ultrapasar la computadora, saltando sobre ella, dejándola atrás. Combinaremos la mecánica del cálculo con el pensamiento humano; tendremos el equivalente de unas computadoras inteligentes: a billones. No puedo predecirle en detalle cuáles serán las consecuencias de esto, pero le aseguro que serán incalculables.

El presidente dijo, turbado:

—¿Y qué quiere usted que haga?

—Apoye con todo el poder de la Administración un proyecto secreto para desarrollar el cálculo humano. Llámelo «Proyecto Número», si le parece. Yo puedo responder de mi comité, pero necesitaré contar también con el apoyo del Gobierno.

—Pero, ¿hasta dónde puede llegar el cálculo humano?

—No hay límite. Según el programador Shuman, que fue quien me comunicó este descubrimiento...

—Conozco a Shuman, desde luego.

—Sí. Pues bien, el doctor Shuman me asegura que en teoría no hay nada que pueda hacer la computadora que no pueda hacerlo también la mente humana. La computadora se limita a barajar un número finito de datos para realizar un número también finito de operaciones con ellos. El cerebro humano puede duplicar ese proceso.

El presidente reflexionó antes de decir:

—Si es Shuman quien lo afirma, en principio me siento inclinado a creerle..., al menos en teoría. Pero, en la práctica, ¿cómo puede saber alguien cómo funciona una computadora?

Brant rió con tono indulgente.

—Sepa usted, señor presidente, que yo también hice la misma pregunta. Parece ser que hubo un tiempo en que las computadoras fueron construidas directamente por seres humanos. Se trataba de computadoras sencillas, pero eso, naturalmente, ocurrió mucho antes que se hiciese un uso racional de las computadoras para diseñar otras más perfeccionadas.

—Sí, sí. Prosiga.

—Al parecer, el técnico Aub se dedicaba por afición a reconstruir algunos de estos antiguos aparatos y, al hacerlo, estudió los detalles de su funcionamiento y descubrió que era capaz de imitarlos. La multiplicación que acabo de efectuar para usted es una simple imitación del funcionamiento de una computadora.

—¡Asombroso!

El político carraspeó cortésmente.

—Si usted me permite, señor presidente... Cuanto más podamos desarrollar este proyecto, tanto más apartaremos el esfuerzo federal de la producción y mantenimiento de computadoras. A medida que éstas vayan siendo sustituidas por cerebros humanos, podremos consagrar mayor energía a empresas pacíficas, y el peso de la guerra se dejará sentir menos sobre el hombre de la calle. Esto repercutirá de manera muy favorable sobre

los que ocupen el poder, téngalo usted por seguro.

—Ah —exclamó el presidente—, ya le comprendo. Bien, tome usted asiento, Brant, por favor. Deme algún tiempo para pensarlo... Pero entre tanto, vuelva a enseñarme ese truco de la multiplicación. Vamos a ver si yo también soy capaz de hacerlo.

El programador Shuman no quería forzar las cosas. Loesser era un hombre muy conservador, excesivamente conservador, y estaba muy encariñado con las computadoras, como lo habían estado su padre y su abuelo. Por otra parte, dirigía el combinado de computadoras de la Europa Occidental, y si conseguía persuadirlo para que pasara a engrosar las filas del Proyecto Número con todo su entusiasmo, Shuman se habría apuntado un tanto importantísimo.

Pero Loesser se hacía el remolón, diciendo:

—No creo que me guste esa idea de quitar importancia a las computadoras. La mente humana es algo caprichoso y arbitrario. La computadora dará la misma solución al mismo problema millares de veces. ¿Qué garantía tenemos en que el cerebro humano haga lo mismo?

—El cerebro humano, calculador Loesser, sólo maneja hechos. Importa poco que sea el cerebro humano o una máquina quienes lo hagan. En ese caso, no son más que herramientas.

—Sí, sí. Ya he visto su ingeniosa demostración, según la cual el cerebro puede imitar a la computadora, pero me parece un poco endeble. Le concedo que en teoría tiene usted razón, pero nada nos permite suponer que de la teoría podamos pasar a la práctica.

—Por el contrario, creo que tenemos motivos fundados para suponerlo, señor. Si bien se mira, las computadoras no han existido siempre. Los hombres de las cavernas, con sus trirremes, hachas de piedra y ferrocarriles, no tenían computadoras.

—Y lo más probable es que no calculasen.

—Usted sabe que calculaban. Incluso la construcción de un ferrocarril o de un zigurat requería efectuar ciertas operaciones de cálculo, y esos hombres primitivos debieron realizarlas sin disponer de las computadoras actuales.

—¿Acaso quiere usted sugerir que las realizaban de la manera que acaba de mostrarme?

—Probablemente no. Después de todo, este método, al que llamaremos «grafítico», de la antigua palabra europea *grafos*, que significa «escribir», ha sido tomado directamente de las propias computadoras, lo cual hace

imposible que sea anterior a ellas. Sin embargo, los hombres de las cavernas debieron poseer algún sistema, ¿no cree usted?

—¡Por Dios, no me hable usted ahora de artes perdidas!

—No, no. Yo no soy un entusiasta de las artes perdidas, aunque no niego su existencia. No olvidemos que el hombre se alimentaba de trigo antes de comer productos hidropónicos, y que si los primitivos comían trigo, es porque lo plantaban en la tierra. ¿Qué otra cosa podían haber hecho?

—No lo sé, pero creeré en los cultivos realizados en la tierra cuando alguien consiga hacer crecer una semilla en el suelo. Y cuando alguien me demuestre que es posible hacer fuego frotando dos pedernales, también creeré en ello.

Shuman se mostró conciliador.

—Bien, dejemos eso y volvamos a la grafítica. Ésta forma parte del proceso de eterealización. El transporte mediante aparatos voluminosos va dando paso a la transferencia directa de masas. Los aparatos de comunicaciones cada vez se hacen menos voluminosos y más eficaces. Por ejemplo, compare usted su computadora de bolsillo con las enormes máquinas de hace mil años. ¿Qué impide pues que el último paso consista en la eliminación completa de las computadoras? Vamos, señor, le invito a unirse al Proyecto Número, que actualmente ya está en marcha y realizando notables progresos. Pero necesitamos su valiosa ayuda. Si el patriotismo no es bastante, considere la aventura intelectual que esto representa.

Pero Loesser seguía mostrándose escéptico.

—¿Notables progresos? ¿Pueden hacer algo más allá de la multiplicación? ¿Son capaces de integrar una función trascendental?

—Todo llegará, señor. Todo llegará. Durante el mes pasado aprendí a dividir. Puedo determinar, correctamente, cocientes integrales y cocientes decimales.

—¿Cocientes decimales? ¿Hasta cuántos decimales?

El programador Shuman trató de conservar su tono indiferente.

—¡Los decimales que quiera!

Loesser se quedó boquiabierto.

—¿Sin computadora?

—Póngame un problema.

—Divida veintisiete por trece. Hasta seis decimales.

Cinco minutos después, Shuman dijo:

—Dos coma cero siete seis nueve dos tres.

Loesser comprobó la operación.

—Desde luego, es sorprendente. La multiplicación no me impresionó

mucho, teniendo en cuenta que se realizaba con números enteros, y pensé que con algún hábil truco se podía conseguir. Pero con decimales...

—Y esto aún no es todo. Se ha realizado un nuevo descubrimiento, que hasta ahora se mantiene en el más riguroso secreto, y que a decir verdad, yo no debería mencionar ni siquiera a usted. Pero..., hemos empezado a sacar raíces cuadradas.

—¿Raíces cuadradas?

—Presenta algunos aspectos muy difíciles y aún no hemos llegado a resolverlos del todo, pero el técnico Aub, el genial inventor de esta ciencia y que posee una sorprendente intuición, asegura que casi ha resuelto del todo el problema. Y no es más que un técnico, pese a todo su genio. ¡Imagínese lo que haría un hombre como usted, un matemático de gran talento! Ninguna dificultad sería insoslayable.

—Vaya..., raíces cuadradas —murmuraba Loesser, conquistado a pesar suyo.

—Y después vendrán las raíces cúbicas. Bien... ¿Podemos contar con usted?

De pronto Loesser le tendió la mano.

—Cuenten conmigo.

El general Weider se paseaba de un lado a otro en el fondo de la sala, dirigiéndose a sus oyentes como haría un profesional encolerizado a un grupo de alumnos recalcitrantes. Al general no le importaba en absoluto que los reunidos fuesen los sabios civiles que dirigían el Proyecto Número. El general era el jefe indiscutible, y así se consideraba en todo momento.

Con voz atronadora, decía:

—Las raíces cuadradas me parecen estupendas. Yo no sé hacerlas ni comprendo cómo se hacen, pero eso no impide que las encuentre estupendas. Sin embargo, no permitiré que el proyecto se desvíe hacia lo que algunos de ustedes llaman los fundamentos. Ya tendrán tiempo de jugar con la grafítica todo el tiempo que les dé la gana una vez terminada la guerra, pero ahora tenemos problemas concretos y de orden muy práctico que resolver.

En un extremo alejado de la sala, el técnico Aub escuchaba atentamente. Ya no era un técnico, desde luego, pues había sido relevado de sus deberes y destinado al proyecto con un título altisonante y una hermosa paga. Pero las diferencias sociales subsistían, y las grandes eminencias científicas jamás querrían considerarlo como un igual ni admitirlo en sus filas. Ni por otra parte Aub lo deseaba, justo es reconocerlo. Se sentía tan

incómodo entre ellos como ellos con él.

El general estaba diciendo en aquel momento:

—Nuestro objetivo es muy sencillo, caballeros: la sustitución de la computadora. Una nave que pueda navegar por el espacio sin computadora a bordo puede construirse en una quinta parte del tiempo invertido en la construcción de una nave provista de computadoras, y a un costo diez veces más bajo que ésta. Podríamos construir flotas cinco veces, diez veces más poderosas que las de Deneb, si pudiésemos eliminar la computadora.

»Y vislumbro algo más, después de esto. Puede parecer fantástico ahora, un simple sueño..., ¡pero en el futuro veo el misil tripulado por un piloto humano!

Resonó un murmullo entre el auditorio.

El general prosiguió:

—En la actualidad, el obstáculo principal con que tropezamos es la limitada inteligencia de los misiles. La computadora que los gobierna debe tener unas dimensiones limitadas; por este motivo, no pueden enfrentarse satisfactoriamente con las defensas antimisiles, sujetas a un continuo cambio. Muy pocos misiles consiguen hacer blanco, y a causa de ello, la guerra a base de misiles se encuentra en un *impasse*; tanto para el enemigo, afortunadamente, como para nosotros.

»Por otra parte, un misil con un par de hombres en su interior, o con uno solo, dedicados a gobernar su vuelo por medio de la grafítica, sería más ligero, tendría más movilidad y poseería mayor inteligencia. Nos permitiría obtener una primacía que podría conducirnos muy bien a la victoria. Además, caballeros, las exigencias de la guerra nos obligan a recordar otra cosa. Un hombre es mucho menos valioso que una computadora. Podríamos lanzar los misiles tripulados en un número y en unas circunstancias que ningún general arrostraría, si se tratase de misiles con cerebro electrónico...

Dijo muchas cosas más, pero el técnico Aub no quiso esperar más tiempo.

En la intimidad de su alojamiento, el técnico Aub pulió meticulosamente la nota que pensaba dejar. En su redacción final, decía como sigue:

Cuando comencé el estudio de lo que ahora se conoce por el nombre de grafítica, para mí no representó más que un simple pasatiempo. Únicamente veía en él un modo interesante de distraerme, un ejercicio mental.

Cuando se inició el Proyecto Número, confié en el juicio y la prudencia de mis superiores; pensé que se haría un uso pacífico de la grafítica, en

beneficio de la Humanidad, para contribuir tal vez a la creación de aparatos de transporte por transferencia de masas que fuesen verdaderamente prácticos. Pero hoy veo que sólo se utiliza esta ciencia para la muerte y la destrucción.

Por lo tanto, no puedo asumir la responsabilidad de haber inventado la grafítica.

Luego volvió deliberadamente hacia sí el foco de un despolarizador de proteínas, y cayó instantáneamente muerto, sin haber experimentado el menor dolor.

Todos rodeaban la tumba del pequeño técnico, rindiendo tributo a su grandioso descubrimiento.

El programador Shuman mantenía la cabeza inclinada, como el resto de los presentes, pero no experimentaba la menor emoción. El técnico había cumplido su parte y ya no era necesario. Era el creador de la grafítica, pero a la sazón la ciencia seguiría avanzando por sí sola con paso arrollador, triunfalmente, hasta hacer posibles los misiles pilotados, y Dios sabía qué más.

—Nueve por siete son sesenta y tres —se dijo Shuman, con honda satisfacción—, y maldita la falta que me hace una computadora para saberlo. ¡Tengo una computadora en la cabeza!

Y era sorprendente la sensación de poder que eso le producía.

LA NOCHE MORIBUNDA

Primera Parte

Era casi una reunión de clase, y aunque estaba dominada por la falta de alegría, no había motivo todavía para pensar que terminaría en tragedia.

Eduardo Talliaferro, recién llegado de la Luna y con las piernas todavía torpes por no estar acostumbrado a la gravedad terrestre, recibía a los otros dos en la habitación de Stanley Kaunas. Kaunas se levantó para saludarle con aire furtivo. Battersley Ryger se limitó a saludarle con un gesto de cabeza, sin moverse del asiento que ocupaba.

Talliaferro tendió con cuidado su corpachón sobre el diván, sintiendo perfectamente su peso desacostumbrado. Sonrió levemente, mientras sus carnosos labios se contraían bajo la espesa pelambrera que rodeaba su boca y se extendía por el mentón y las mejillas.

Aquel mismo día ya se habían visto todos en circunstancias más oficiales. Pero entonces se encontraban solos por primera vez, y Talliaferro les dijo:

—Esto hay que celebrarlo. Nos encontramos reunidos por primera vez desde hace diez años. A decir verdad, por primera vez desde que nos doctoramos.

Ryger arrugó la nariz. Se la habían roto poco antes de doctorarse, y recibió el título de doctor en astronomía con la cara desfigurada por un vendaje. Con voz malhumorada, dijo:

—¿Nadie ha encargado champaña ni nada?

Talliaferro continuó:

—¡Vamos! El primer Congreso astronómico interplanetario de proporciones cósmicas, el primero que ve la historia, no es lugar adecuado para el enfado. ¡Y entre amigos menos!

Kaunas dijo de pronto:

—Es la Tierra. La noto extraña. No puedo acabar de acostumbrarme.

Meneó la cabeza, pero no le abandonó su expresión deprimida.

Talliaferro observó:

—Lo sé. Yo me encuentro pesadísimo. Esta gravedad me deja sin energías. En este aspecto, tú estás mejor que yo, Kaunas. La gravedad de Mercurio es cero coma cuatro. En la Luna, sólo es cero coma dieciséis... —Al ver que Ryger iba a hablar, le interrumpió diciendo—: Y en Ceres ustedes emplean campos seudo-gravitatorios ajustados a cero coma ocho. En realidad, tú no tienes problema, Ryger.

El astrónomo de Ceres hizo un gesto de enfado.

—Es el aire libre. Eso de salir al exterior sin traje me revienta.

—De acuerdo —asintió Kaunas—. Lo mismo que recibir directamente los rayos del sol.

Talliaferro fue derivando insensiblemente hacia el pasado. Ni él ni sus compañeros habían cambiado mucho. Todos tenían diez años más, desde luego; Ryger había aumentado un poco de peso, y el enjuto semblante de Kaunas se había vuelto un poco más apergaminado, pero los hubiera reconocido perfectamente si se los hubiese encontrado de improviso.

Entonces dijo:

—No creo que sea culpa de la Tierra. Tengamos el valor de mirar las cosas cara a cara.

Kaunas levantó la mirada rápidamente. Era un hombrecito cuyas manos se movían de un modo brusco y nervioso. Solía llevar ropas que le iban un poco grandes.

Observó con voz ronca:

—¡Es Villiers, ya lo sé! A veces pienso en él.

Y añadió, con aire de desesperación:

—Recibí una carta suya.

Ryger se enderezó, mientras su tez olivácea se oscurecía aún más. Con rara energía, preguntó:

—¿Una carta suya? ¿Cuándo?

—Hace un mes.

Ryger se volvió hacia Talliaferro.

—¿Y tú también?

El interpelado parpadeó con placidez e hizo un gesto de asentimiento.

—Se ha vuelto loco —dijo Ryger—. Pretende haber descubierto un método práctico de transferencia de masas a través del espacio... ¿También les dijo eso a ustedes?... Entonces no hay duda. Siempre estuvo algo chiflado. Ahora está como una cabra.

Se frotó ferozmente la nariz, y Talliaferro pensó en el día en que Villiers se la había aplastado.

Durante diez años, Villiers les había perseguido como la sombra indecisa de una culpa que no era realmente suya. Habían estudiado la carrera juntos, como cuatro camaradas consagrados en cuerpo y alma a una profesión que había alcanzado nuevas alturas en aquella época de viajes interplanetarios.

En los otros mundos se abrían los observatorios, rodeados por el vacío, sin que los telescopios tuviesen que atravesar una turbulenta atmósfera.

Existía el Observatorio Lunar, desde el cual podían estudiarse la Tierra y los planetas interiores; un mundo silencioso en cuyo firmamento estaba suspendido el planeta materno.

El Observatorio de Mercurio, más próximo al Sol, e instalado en el Polo Norte de Mercurio, donde el terminador apenas se movía, y el Sol permanecía fijo en el horizonte, pudiendo ser estudiado con el detalle más minucioso.

También el Observatorio de Ceres, el más nuevo y moderno, cuyo campo de visión se extendía desde Júpiter a las galaxias más alejadas.

Había ciertas desventajas, desde luego. Con las dificultades que todavía presentaban los viajes interplanetarios, los permisos eran escasos, la vida normal virtualmente imposible, pero a pesar de ello, aquella generación podía considerarse afortunada. Los sabios que viniesen después de ellos encontrarían los campos del conocimiento bien segados, y habría que esperar a que se iniciasen los viajes interestelares para que al hombre se le abriesen nuevos horizontes.

Cada uno de aquellos cuatro jóvenes y afortunados astrónomos, Talliaferro, Ryger, Kaunas y Villiers, se encontrarían en la situación de un Galileo, quien, al poseer el primer telescopio auténtico, no podía dirigirlo a ningún punto del cielo sin hacer un descubrimiento capital.

Pero entonces Romero Villiers cayó enfermo con fiebres reumáticas. No fue culpa de nadie, pero su corazón quedó con una lesión permanente.

Era el más inteligente de los cuatro, el que hacía concebir mayores esperanzas a sus profesores, el de más vida interior... Y ni siquiera pudo terminar la carrera ni doctorarse.

Y lo que fue todavía peor: con su infarto de miocardio, la aceleración subsiguiente al despegue de una astronave le hubiera matado.

Talliaferro fue destinado a la Luna, Ryger a Ceres, Kaunas a Mercurio. Sólo Villiers tuvo que quedarse; quedó condenado a prisión perpetua en la Tierra.

Ellos trataron de manifestarle su condolencia, pero Villiers rechazó su piedad con algo muy parecido al odio. Los insultó y los colmó de improperios. Cuando Ryger terminó por perder la paciencia y levantó el puño, Villiers se abalanzó sobre él, vociferando, y le asestó un tremendo puñetazo que le partió la nariz.

Era evidente que Ryger no había olvidado aquello, por el modo en que se acariciaba suavemente la nariz con un dedo.

La frente de Kaunas estaba surcada por múltiples arrugas.

—¿Sabían que se encuentra aquí para asistir al congreso? Tiene una habitación en el hotel..., la cuatrocientos cinco.

—Yo no quiero verle —dijo Ryger.

—Pues va a venir. Dijo que quería vernos. Yo pensé... Dijo que vendría a las nueve. Puede llegar de un momento a otro.

—En ese caso —dijo Ryger—, yo me voy, si a ustedes no les importa.

Y se levantó.

—Oh, espera un minuto —le dijo Talliaferro—. ¿Qué hay de malo en verle?

—Es perder el tiempo. Está loco.

—Aunque así sea. No nos andemos con rodeos. ¿Le tienen miedo?

—¿Yo, miedo?

La expresión de Ryger era despectiva.

—Entonces, es que estás nervioso. ¿Por qué tienes que estarlo?

—Yo no estoy nervioso —rechazó Ryger.

—Claro que lo estás. Todos nos sentimos dominados por un sentimiento de culpabilidad hacia ese infeliz, sin que tengamos motivo alguno para ello. Nada de cuanto sucedió fue culpa nuestra.

A pesar de todo, él también se había puesto a la defensiva, y lo sabía perfectamente.

En aquel momento llamaron a la puerta, y los tres se sobresaltaron y se volvieron a mirar con inquietud la delgada barrera que se interponía entre ellos y Villiers.

La puerta se abrió, y Romero Villiers entró en la estancia. Sus antiguos compañeros se levantaron desmañadamente para saludarle, y luego se quedaron de pie, dominados por el embarazo, sin que nadie le tendiese la mano.

Él los contempló de pies a cabeza con expresión sardónica. «Está muy cambiado», se dijo Talliaferro.

En efecto, había cambiado mucho. Se había encogido en todos los sentidos. Una incipiente joroba le hacía parecer aún más bajo. A través de sus ralos cabellos lucía su brillante calva, y el dorso de sus manos mostraba las protuberancias azuladas de numerosas venas. Tenía aspecto de enfermo. Del antiguo Villiers únicamente parecía subsistir el gesto consistente en protegerse los ojos con una mano mientras miraba a alguien de hito en hito; y al hablar, su voz monótona y contenida de barítono.

Les saludó con estas irónicas palabras:

—¡Mis queridos amigos! ¡Mis trotamundos del espacio! ¡Cuánto tiempo sin vernos!

Talliaferro le dijo:

—Hola, Villiers.

Villiers le miró.

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

—¿Y ustedes dos?

Kaunas esbozó una débil sonrisa y murmuró unas palabras incoherentes.

Ryger barbotó:

—Muy bien. ¿Qué quieres?

—Ryger, siempre enfadado —observó Villiers—. ¿Cómo está Ceres?

—Cuando yo me fui, estaba muy bien. ¿Y la Tierra, como está?

—Pueden verla por ustedes mismos —repuso Villiers, pero se enderezó ligeramente al decir esto.

Luego prosiguió:

—Espero que lo que les ha traído al congreso sea el deseo de escuchar mi comunicación, cuando la lea pasado mañana.

—¿Tu comunicación? ¿Qué comunicación? —le preguntó Talliaferro.

—Recuerdo habérselos explicado en mi carta. Se refiere a mi método de transferencia de masas.

Ryger esbozó una sonrisa de conejo.

—Sí, es verdad. Sin embargo, no mencionabas esa comunicación, y no recuerdo haberte visto en la lista de los oradores. Me habría dado cuenta, si tu nombre hubiese figurado en ella.

—Es cierto. No figuro en la lista. Tampoco he preparado un resumen para su publicación.

Viendo que Villiers había enrojecido, Talliaferro trató de calmarlo con estas palabras:

—Tranquilízate, Villiers. No tienes muy buen aspecto.

Villiers se volvió como una serpiente hacia él, con los labios contraídos.

—Mi corazón aún aguanta, gracias.

Kaunas intervino:

—Escucha, Villiers; si no estás en la lista ni has publicado un extracto...

—Escuchen ustedes. He esperado diez años. Ustedes tienen unos magníficos empleos en el espacio y yo tengo que enseñar en una escuela de la Tierra, pero yo soy mejor que todos ustedes juntos.

—Concedido... —empezó a decir Talliaferro.

—Y tampoco me hace falta vuestra condescendencia. Mandel presenció el experimento. Supongo que saben quién es Mandel. Ahora es el presidente de la sección de Astronáutica del Congreso, y le hice una demostración de la transferencia de masas. El aparato era muy tosco y se quemó después de utilizarlo una vez, pero... ¿Me escuchan?

—Te escuchamos —repuso Ryger fríamente—, si eso es lo que quieres.

—Él me dejará hablar. Ya lo creo que me dejará. De repente; sin advertencia previa. Caeré como una bomba. Cuando les presente las relaciones fundamentales en que se basa mi trabajo, el congreso habrá terminado, pues todos se irán corriendo a sus respectivos laboratorios, para comprobar mis datos y construir aparatos basados en ellos. Y entonces verán que el sistema funciona. Hice desaparecer a un ratón vivo en un rincón del laboratorio para reaparecer en otro. Mandel fue testigo de ello.

Los fulminó sucesivamente con su colérica mirada. Entonces prosiguió:

—No me creen, ¿verdad?

Ryger objetó:

—Si no quieres publicidad, ¿por qué vienes a contárnoslo?

—Con ustedes es distinto. Ustedes son mis amigos, mis condiscípulos. Se fueron al espacio y me dejaron.

—No podíamos hacer otra cosa —observó Kaunas con voz aguda.

Villiers hizo caso omiso de esta observación. Continuó:

—Por lo tanto, quiero que lo sepan desde ahora. Si ha dado resultado con un ratón, también lo dará para un ser humano. Lo que sirve para

trasladar algo a tres metros de distancia en un laboratorio, también lo trasladará a un millón de kilómetros por el espacio. Iré a la Luna, a Mercurio y a Ceres, y a donde me dé la gana. Haré lo que ustedes han hecho, y mucho más. Y eso que yo he hecho mucho más por la astronomía enseñando en una escuela y pensando, que todos ustedes juntos con sus observatorios, telescopios, cámaras y astronaves.

—Muy bien —dijo Talliaferro—, estaré muy contento que así sea. Te convertirás en un hombre poderoso. ¿Puedo ver una copia de la comunicación?

—Oh, no. —Villiers apretó los puños cerrados contra el pecho, como si sujetase unas hojas imaginarias, tratando de esconderlas—. Ustedes esperarán como los demás. Sólo tengo un ejemplar, y nadie lo verá hasta que yo lo quiera. Ni siquiera Mandel.

—¡Sólo un ejemplar! —exclamó Talliaferro—. Si lo pierdes...

—No lo perderé. Y aunque lo perdiese, lo tengo todo en la cabeza.

—Pero si tú... —Talliaferro estuvo a punto de añadir «te murieses», pero se contuvo, prosiguiendo tras una pausa imperceptible—: fueses un hombre prudente, al menos lo registrarías. Como medida de seguridad.

—No —dijo Villiers secamente—. Ya me oirán pasado mañana. Verán ampliarse de golpe el horizonte humano hasta un límite inaudito.

Volvió a mirar con intensidad los rostros de sus antiguos compañeros:

—Diez años —les dijo—. Adiós.

—Está loco —estalló Ryger, mirando la puerta como si Villiers todavía estuviese ante ella.

—¿Tú crees? —dijo Talliaferro, pensativo—. Creo que hasta cierto punto lo está. Nos detesta por motivos irracionales. Y además, ni siquiera ha registrado su comunicación como una medida de precaución...

Talliaferro jugueteó con su pequeño registrador mientras decía estas palabras. No era más que un cilindro sencillo de color neutro, algo más grueso y corto que un lápiz ordinario. En los últimos años se había convertido en la nota distintiva del científico, así como el estetoscopio lo era del médico y la microcomputadora del estadístico. El registrador se llevaba

en un bolsillo de la chaqueta, sujeto a una manga, sobre la oreja, o colgado a un extremo de un cordel.

A veces, en sus momentos más filosóficos, Talliaferro se preguntaba cómo se las debían de arreglar antes los investigadores, al verse obligados a tomar laboriosas notas de la literatura o a archivar montañas de opúsculos y comunicaciones. ¡Qué pesado!

En la actualidad bastaba con registrar cualquier cosa impresa o escrita para obtener un micronegativo que podía revelarse a comodidad del interesado. Talliaferro ya había registrado todos los resúmenes incluidos en el programa del congreso. Estaba convencido que sus dos compañeros habían hecho lo propio.

Por consiguiente, observó:

—En tales circunstancias, negarse a registrar la comunicación constituye una locura.

—¡Espacio! —exclamó Ryger acaloradamente—. Lo que ocurre es que no hay comunicación ni descubrimiento que registrar. Para apuntarse un tanto ante nosotros, ese hombre sería capaz de mentirle a su madre.

—Pero entonces, ¿qué hará pasado mañana? —preguntó Kaunas.

—¿Y yo qué sé? Está loco —dijo.

Talliaferro seguía jugueteando con su registrador, preguntándose si debía sacar y revelar algunas de las diminutas películas que contenía el aparatito en sus entrañas. Decidió no hacerlo. Luego dijo:

—No menosprecio a Villiers. Es un gran cerebro.

—Hace diez años tal vez lo fuese, no lo niego —dijo Ryger—. Pero ahora está como un cencerro. Propongo que no pensemos más en él.

Habló en voz muy alta, como si quisiera ahuyentar a Villiers y todo lo concerniente a él gracias a la simple energía con que hablaba de otras cosas. Habló de Ceres y de su trabajo..., el estudio de la Vía Láctea mediante nuevos radiotelescopios capaces de resolver los enigmas que aún guardaban las estrellas.

Kaunas escuchaba haciendo gestos de asentimiento; luego empezó a hablarles a su vez de las ondas de radio emitidas por las manchas solares y de su propia comunicación, actualmente en prensa, la cual versaba sobre las

relaciones que tenían las tempestades de protones con las gigantescas protuberancias de hidrógeno que se formaban sobre la superficie solar.

La aportación de Talliaferro al congreso no era muy importante. Los trabajos que se efectuaban sobre la Luna eran muy poco brillantes, comparados con los que expondrían sus dos compañeros. Las últimas noticias sobre la previsión del tiempo a largo plazo gracias a la observación diaria de las estelas de condensación de los reactores terrestres no era algo comparable a aquellos magníficos trabajos sobre radioastronomía y tempestades protónicas.

Pero, principalmente, no conseguía echar a Villiers de su pensamiento. Villiers era el cerebro de su grupo. Todos ellos lo sabían. Incluso Ryger, a pesar de todas sus fanfarronadas, debía pensar en su fuero interno que si la transferencia de masas era posible, sólo podía haberla descubierto Villiers.

La conversación sobre su propio trabajo terminó con la descorazonadora conclusión que ninguno de ellos había realizado gran cosa. Talliaferro estaba al corriente de la literatura especializada, y lo sabía. Las comunicaciones que él había escrito eran de importancia secundaria. Lo mismo podía decirse de los trabajos de investigación que habían publicado sus dos compañeros.

Ninguno de ellos —había que mirar las cosas cara a cara— había realizado un descubrimiento trascendental. Los sueños grandiosos de sus días escolares no se habían realizado; ésta era la verdad. Eran unos competentes obreros de la ciencia, entregados a un trabajo rutinario. Nada menos ni, por desgracia, nada más. Y ellos lo sabían.

Villiers hubiera sido algo más. Nadie lo ignoraba. Era esta certidumbre, así como su sentimiento de culpabilidad, lo que creaba aquel antagonismo entre ellos.

Talliaferro, inquieto, se daba cuenta que, a pesar de todo, Villiers iba a ser más que ellos. Sus compañeros debían pensar lo mismo, y sin duda se sentían abrumados por el peso de su mediocridad. La comunicación sobre la transferencia de masas debía ser presentada, aportando la gloria y la celebridad a Villiers, como de derecho le correspondía, mientras sus antiguos condiscípulos, a pesar de la posición ventajosa que gozaban, caerían en el olvido. Su papel se limitaría al de simples espectadores, que aplaudirían mezclados con la multitud.

Se dejó dominar por la envidia y la tristeza y eso le avergonzó, pero no pudo desechar aquellos sentimientos.

La conversación cesó, y apartando la mirada, Kaunas dijo:

—Oigan, ¿por qué no vamos a ver al viejo Villiers?

Lo dijo con falso entusiasmo, haciendo un esfuerzo por mostrarse indiferente que no convenció a nadie.

—De nada sirve quedarnos con este resquemor... —añadió—: Es lo que yo digo..., recuperemos nuestra amistad...

Talliaferro se dijo: «Quiere cerciorarse de lo que pueda haber de verdad en la transferencia de masas. Abriga la esperanza que sea únicamente el sueño de un loco; si lo comprueba, esta noche podrá dormir tranquilo.»

Pero como él también sentía curiosidad por averiguarlo, no hizo ninguna objeción, e incluso Ryger se encogió desmañadamente de hombros, diciendo:

—Diablos, ¿y por qué no?

Estaban a punto de dar las once.

Talliaferro se despertó al oír la insistente llamada a la puerta de su dormitorio. Se incorporó sobre un codo en las tinieblas, dominado por la cólera. El débil resplandor del indicador del techo señalaba casi las cuatro de la madrugada.

Talliaferro gritó:

—¿Quién es?

El timbre siguió sonando, en llamadas cortas e insistentes.

Maldiciendo por lo bajo, Talliaferro se puso el albornoz. Abrió la puerta y parpadeó a la luz del corredor. Reconoció inmediatamente al intempestivo visitante, por haberlo visto con frecuencia en los tridimensionales.

Sin embargo, el visitante dijo en un brusco susurro:

—Soy Hubert Mandel.

—Le conozco, señor Mandel —dijo Talliaferro.

Mandel era una de las grandes figuras contemporáneas de la astronomía, de tanto relieve que ocupaba un puesto importantísimo en la

Sociedad Astronómica Mundial, y debido a su actividad, le había sido confiada la presidencia de la sección de astronáutica del congreso.

De pronto, Talliaferro recordó con sorpresa que era precisamente Mandel quien había presenciado el experimento de transferencia de masas realizado por Villiers, según éste había asegurado. Al pensar en Villiers se despabiló bastante.

Mandel le preguntó:

—¿Es usted el doctor Edward Talliaferro?

—Sí, señor.

—Entonces, vístase y véngase conmigo. Se trata de algo muy importante. Algo referente a un conocido común.

—¿A Villiers?

Mandel parpadeó ligeramente. Tenía las cejas y las pestañas de un rubio tan desvaído que conferían a sus ojos un aspecto desnudo y extraño. Su cabello era fino como la seda. Representaba unos cincuenta años.

—¿Por qué precisamente Villiers? — preguntó.

—Anoche le mencionó a usted, doctor Mandel. No sé que tengamos ningún otro amigo común.

Mandel hizo un gesto de asentimiento. Después esperó a que Talliaferro se vistiese y luego le hizo una seña para que le siguiese. Ryger y Kaunas ya les esperaban en una habitación del piso inmediatamente superior al de Talliaferro. Kaunas mostraba los ojos enrojecidos y una expresión turbada. Ryger daba chupadas impacientes a su cigarrillo.

—Aquí estamos —dijo Talliaferro—. Otra reunión.

Nadie le hizo caso.

El hombrón tomó asiento y los tres se miraron. Ryger se encogió de hombros.

Mandel medía la estancia dando zancadas con las manos profundamente metidas en los bolsillos. Volviéndose hacia ellos, les dijo:

—Les ruego que me disculpen por llamarles a una hora tan intempestiva, caballeros. Asimismo, les doy las gracias por su cooperación.

Me hará falta una gran cantidad de ella. Nuestro común amigo, Romero Villiers, ha muerto. Hará cosa de una hora, sacaron su cadáver del hotel. El médico ha certificado que la muerte se debió a un ataque cardíaco.

Reinó un consternado silencio. El cigarrillo de Ryger se quedó en el aire, sin que éste terminase de llevárselo a los labios, y luego la mano que lo sostenía descendió lentamente, sin completar el viaje.

—Pobre diablo —dijo Talliaferro.

—Es horrible —susurró Kaunas roncamente—. Era un hombre...

No terminó la frase.

Ryger se estremeció.

—Sí, ya sabíamos que estaba mal del corazón. Era inevitable.

—No tanto —le corrigió Mandel suavemente—. Aún podía restablecerse. No estaba desahuciado por los médicos.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó Ryger con aspereza.

Sin contestar, Mandel preguntó a su vez:

—¿Cuándo le vieron ustedes por última vez?

Talliaferro tomó la palabra:

—Anoche, como le he dicho. Celebrábamos una reunión..., para festejar nuestro primer encuentro después de diez años. Por desgracia, Villiers vino y nos aguó la fiesta. Estaba convencido que tenía motivos de queja contra nosotros, y vino muy encolerizado.

—¿A qué hora fue eso?

—La primera vez, hacia las nueve.

—¿Cómo la primera vez?

—Volvimos a verle un poco más tarde.

Kaunas parecía turbado. Intervino para decir:

—Se fue hecho un basilisco. No podíamos dejar las cosas así. Debíamos intentar calmarle. Recuerde usted que éramos antiguos amigos. Entonces decidimos ir a su habitación y...

Mandel saltó al oír eso:

—¿Estuvieron todos en su habitación?

—Sí —repuso Kaunas, sorprendido.

—¿A qué hora?

—Debían ser las once, creo.

Miró a sus compañeros, y Talliaferro asintió.

—¿Y cuánto tiempo estuvieron allí?

—Ni dos minutos —intervino Ryger—. Nos echó con violencia; se figuró que íbamos en busca de su comunicación. —Hizo una pausa, como si esperase que Mandel le preguntase a qué comunicación se refería, pero el ilustre astrónomo no dijo nada. Entonces él prosiguió—: Creo que la guardaba bajo la almohada, pues se tendió sobre ella, gritando que nos fuésemos.

—Tal vez entonces se estaba muriendo —dijo Kaunas, en un tétrico murmullo.

—Todavía no... —le atajó Mandel—. Por lo tanto, es probable que todos ustedes dejasen huellas dactilares.

—Probablemente —dijo Talliaferro, empezando a perder parte del respeto inconsciente que le inspiraba Mandel; al propio tiempo, notaba que volvía a impacientarse. ¡Eran las cuatro de la madrugada! Así es que dijo—: Vamos a ver, ¿adónde quiere usted ir a parar?

—Bien, señores —dijo Mandel—; la muerte de Villiers es algo más que una sencilla muerte. La comunicación de Villiers, el único ejemplar existente de la misma según mi conocimiento, apareció metida en el aparato quema-cigarrillos y reducida a cenizas. Yo no había visto ni leído dicha comunicación, pero conozco lo bastante sobre este asunto para jurar ante cualquier tribunal, si fuese necesario, que los restos del papel sin quemar que se han encontrado en el aparato para quemar colillas pertenecían a la comunicación que él pensaba presentar ante el congreso... Parece usted ponerlo en duda, doctor Ryger.

Éste sonrió con un rictus amargo.

—Sí, pongo en duda que hubiese llegado a presentarla. En mi opinión,

doctor Mandel, ese infeliz estaba loco. Durante diez años se sintió prisionero en la Tierra, e imaginó todo eso de la transferencia de masas como un medio de evasión. Probablemente, eso le ayudó a seguir viviendo. En cuanto a su demostración, sin duda se trataba de un truco. No digo que hiciese de modo deliberado una demostración fraudulenta. Probablemente era sincero. Anoche las cosas se pusieron al rojo vivo. Se presentó en nuestras habitaciones (nos odiaba por haber conseguido salir de la Tierra) para restregarnos su triunfo por las narices. Él había vivido durante diez años en espera de aquel momento. Tal vez la impresión recibida fue tan fuerte que le devolvió momentáneamente la cordura. Entonces comprendió que no podría leer su comunicación, pues ésta no tenía ni pies ni cabeza. Así que la quemó en el cenicero, y su corazón, incapaz de resistir aquellas emociones, falló. Ha sido una lástima.

Mandel escuchó al astrónomo de Ceres con una expresión de profundo descontento en la cara. Luego dijo:

—Habla usted muy bien, doctor Ryger, pero se equivoca de medio a medio. Yo no me dejo engañar tan fácilmente por demostraciones fraudulentas como usted pueda creer. Ahora bien, según los datos de inscripción al congreso, que me he visto obligado a comprobar apresuradamente, ustedes tres estudiaron con Villiers en la universidad, ¿no es cierto?

Los tres asintieron.

—¿Figuran otros condiscípulos suyos en el congreso?

—No —repuso Kaunas—. Nosotros cuatro fuimos los únicos que nos doctoramos en ciencias astronómicas aquel año. Es decir, él se hubiera doctorado también, de no haber sido por...

—Sí, ya lo sé —dijo Mandel—. Bien, en ese caso, uno de ustedes tres visitó a Villiers en su habitación por última vez hace cuatro horas, a medianoche.

Reinó un breve silencio, roto cuando Ryger dijo fríamente:

—Yo no.

Kaunas, con los ojos muy abiertos, movió negativamente la cabeza.

Talliaferro preguntó:

—¿Adónde quiere usted ir a parar?

—Uno de ustedes fue a verle a medianoche, insistiendo en que le dejase ver su comunicación. Ignoro los motivos que tendría. Es presumible que fuese con la intención deliberada de provocarle un colapso cardíaco. Villiers sufrió el colapso, y el criminal, si es que puedo llamarlo así, pasó a la acción. Apoderándose de la comunicación, que probablemente se hallaba oculta bajo la almohada, la registró. Luego destruyó el documento en el cenicero, pero se hallaba dominado por la prisa y no consiguió destruirlo completamente.

Ryger le interrumpió:

—¿Cómo sabe usted todo eso? ¿Acaso lo presenció?

—Casi —repuso Mandel—. Villiers no falleció inmediatamente, después de su primer colapso. Cuando el asesino salió, él consiguió llegar hasta el teléfono y llamar a mi habitación. Sólo pudo pronunciar algunas frases ahogadas, pero que fueron suficientes para reconstruir lo sucedido. Por desgracia, yo no me encontraba entonces en mi habitación, pues había tenido que asistir a una reunión que fue convocada muy tarde. No obstante, el contestador automático conservó la voz de Villiers. Siempre tengo por costumbre pasar la grabación cuando vuelvo a mi habitación o al despacho. Es una costumbre burocrática. Le llamé inmediatamente, pero ya no me respondió. Había muerto.

—Vamos a ver. ¿Y qué dijo? —preguntó Ryger—. ¿Dio el nombre del culpable?

—No. O si lo dijo, era ininteligible. Pero capté claramente una palabra. Ésta era «condiscípulo».

Talliaferro sacó su registrador, que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta, y lo ofreció a Mandel, diciendo con voz tranquila:

—Si desea revelar las películas que contiene mi registrador, puede usted hacerlo; sin embargo, no encontrará en ellas la comunicación de Villiers.

Kaunas se apresuró a imitarle, seguido por Ryger, el cual hizo una mueca desdeñosa.

Mandel tomó los tres registradores, diciendo con sequedad:

—Es de suponer que aquel de ustedes tres que haya cometido el crimen ya habrá hecho desaparecer la película impresionada con la comunicación. No obstante...

Talliaferro enarcó las cejas:

—Puede usted registrarme, lo mismo que mi habitación.

Pero Ryger seguía refunfuñando:

—Espere un momento..., un momento, por favor. ¿Acaso es usted la policía?

Mandel le miró fijamente:

—¿Quiere que la llame? ¿Quiere un escándalo y una acusación de asesinato? ¿Desea que se hunda el congreso y que la prensa de todo el Sistema ponga en la picota a la astronomía y a los astrónomos? La muerte de Villiers muy bien pudiera haber sido accidental. No olvidemos que estaba enfermo del corazón. Aquel de ustedes que se encontrase allí pudo haber obrado a impulsos de un sentimiento momentáneo. Tal vez no se trató de un crimen deliberado; es decir, que no hubo premeditación ni alevosía en el supuesto asesinato. Si el que cometió esta desdichada acción quiere devolver el negativo, podemos evitarnos muchas complicaciones y disgustos.

—¿También el criminal los evitará? —preguntó Talliaferro.

Mandel se encogió de hombros.

—Tal vez sufra molestias. Yo no le prometo la inmunidad. Pero sea como fuere, se librará de la vergüenza pública y de ir a la cárcel para toda su vida, como podría suceder si llamásemos a la policía.

Silencio.

Mandel dijo:

—Es uno de ustedes tres.

Silencio.

Mandel prosiguió:

—Me parece ver el razonamiento que está haciendo el culpable. La comunicación ha sido destruida. Sólo nosotros cuatro estamos enterados de la transferencia de masas, y solamente yo he presenciado una demostración. Además, ustedes sólo lo saben por habérselos dicho Villiers, al que consideraban loco. Una vez muerto Villiers a consecuencia de un colapso cardíaco, una vez destruida la comunicación, resultará fácil creer la teoría del doctor Ryger, según la cual no existe la transferencia de masas ni

ha sido posible jamás. Transcurrirían un año o dos, y nuestro criminal, en posesión de todos los datos acerca de la transferencia de masas, podría ir revelándola poco a poco, realizando algún experimento, publicando prudentes comunicaciones, para terminar como el descubridor indiscutido de la teoría, con todo cuanto eso llevaría aparejado en dinero y honores. Ni siquiera sus propios compañeros de universidad llegarían a sospechar. En el peor de los casos, imaginarían que la dramática entrevista que tuvieron con Villiers le estimuló para iniciar investigaciones por su cuenta en este terreno. No creo que llegasen más allá.

Mandel paseó su mirada sobre los reunidos.

—Pero nada de eso será posible a partir de ahora. Aquel de ustedes tres que se presente como el descubridor de la transferencia de masas se denunciará a sí mismo como el criminal. Yo presencié la demostración; sé que es legítima; sé también que uno de ustedes posee la copia de la comunicación. A partir de este momento, este importante trabajo científico ya no es de ninguna utilidad para el que lo haya robado. Es preferible, pues, que quien lo tenga lo entregue.

Silencio.

Mandel se dirigió a la puerta y regresó de nuevo junto a ellos.

—Les agradeceré que no se muevan de aquí hasta que yo vuelva. No tardaré mucho. Espero que el culpable emplee este intervalo para reflexionar. Si teme que una confesión le cueste el cargo, me permito recordarle que una sesión con la policía puede costarle la libertad y pasar por la Prueba Psíquica. —Sopesó los tres registradores, con semblante ceñudo y aspecto fatigado por la falta de sueño—. Voy a revelarlos.

Kaunas trató de sonreír.

—¿Y si tratamos de ir a buscarlo mientras usted está fuera?

—Sólo uno de ustedes tiene motivo para intentarlo —repuso Mandel—. Creo que puedo confiar en los dos inocentes para vigilar al tercero, aunque sólo sea por instinto de conservación.

Dichas estas palabras, salió.

Eran las cinco de la madrugada. Ryger consultó su reloj con indignación.

—Valiente broma. Me caigo de sueño.

—Podemos descabezar un sueñecito aquí —dijo Talliaferro filosóficamente—. ¿Ninguno de ustedes dos se propone cantar de plano?

Kaunas apartó la mirada y Ryger frunció los labios.

—Por lo visto, no quieren confesar. —Talliaferro cerró los ojos, apoyó su enorme cabeza en el respaldo del sillón y dijo con voz cansada—: En la Luna estamos ahora en la estación de la calma. Tenemos una noche de quince días, y entonces trabajamos de firme. Luego vienen dos semanas de sol y nos pasamos el tiempo haciendo cálculos, estableciendo correlaciones e intercambiando datos. Es aburridísimo. A mí me disgusta. Si hubiese además mujeres, si pudiese conseguir algo permanente...

En un susurro, Kaunas se puso a hablar del hecho que aún fuese imposible tener a todo el Sol sobre el horizonte y a la vista del telescopio en Mercurio. Pero con otros tres kilómetros de sendero que pronto se abrirían para el Observatorio..., se podría trasladar todo, lo cual supondría un gigantesco esfuerzo; sin embargo, se utilizaría directamente la energía solar... Podía hacerse. Se haría.

Incluso Ryger consintió en hablar de Ceres después de escuchar los murmullos de sus compañeros. Allí se enfrentaban con el problema del período de rotación de dos horas, lo cual significaba que las estrellas cruzaban el cielo a una velocidad angular doce veces mayor que en el firmamento de la Tierra. Una red de tres pares termoeléctricos, tres radiotelescopios, etc., permitía pasar el campo de estudios de uno a otro observatorio mientras las estrellas pasaban fugazmente.

—¿Por qué utilizan uno de los polos? —preguntó Kaunas.

—Aquello no es lo mismo que Mercurio y el Sol —dijo Ryger con impaciencia—. Incluso en los polos, el cielo seguiría girando, y tendríamos la mitad oculta para siempre. Ahora bien..., si Ceres sólo presentase una de sus caras al Sol, como ocurre con Mercurio, tendríamos un cielo nocturno permanente, en el cual las estrellas efectuarían un giro lentísimo en tres años.

El cielo se tiñó con los primeros resplandores del alba.

Talliaferro estaba medio dormido, pero se esforzaba por no sumirse del todo en la inconsciencia. No quería quedarse dormido mientras sus dos compañeros estuviesen despiertos. Pensó que cada uno de los tres debía

estarse preguntando: «¿Quién será? ¿Quién será?»... Excepto el culpable, desde luego.

Talliaferro abrió los ojos cuando Mandel entró de nuevo. El cielo que se mostraba por la ventana se había vuelto azul. A Talliaferro le alegraba que la ventana estuviese cerrada. El hotel tenía aire acondicionado, por supuesto, pero durante la estación benigna del año, aquellos terrestres que deseasen respirar aire fresco podían abrir las ventanas. Talliaferro, acostumbrado al vacío lunar, se estremeció ante esta idea, con verdadero disgusto.

Mandel les preguntó:

—¿Tiene algo que decir alguno de ustedes?

Los tres se miraron fijamente. Ryger movió negativamente la cabeza.

Mandel añadió:

—Señores, he revelado las películas de sus registradores, para examinar lo que contenían. —Arrojó los registradores y las películas reveladas sobre la cama—. ¡Nada!... Perdonen el trabajo que les doy para clasificar las películas. Pero sigue en pie la cuestión de la película que falta.

—Si es que falta —dijo Ryger, y bostezó prodigiosamente.

Mandel les dijo:

—Les agradecería que me acompañasen a la habitación de Villiers, señores.

Kaunas pareció sorprendido.

—¿Por qué?

—¿Como recurso psicológico? —observó Talliaferro—. ¿Conduciendo al criminal al lugar del crimen, los remordimientos le obligarán a confesar?

Mandel repuso:

—Una razón menos melodramática es que me gustaría contar con la ayuda de aquellos dos de ustedes que son inocentes para encontrar la película desaparecida que contiene la comunicación de Villiers.

—¿Cree usted que está allí? —preguntó Ryger en son de reto.

—Es posible. Todo consiste en comenzar. Después podemos registrar las habitaciones de ustedes. La sesión dedicada a la astronáutica no empieza hasta mañana por la mañana a las diez. Hasta entonces tenemos tiempo.

—¿Y después?

—Tal vez tendremos que llamar a la policía.

Entraron con cierta aprensión en el cuarto de Villiers. Ryger estaba congestionado. Kaunas pálido. Talliaferro trataba de conservar la calma.

La noche anterior habían visto aquella habitación bajo la luz artificial mientras Villiers, barbotando palabrotas, despeinado, abrazaba la almohada, fulminándolos con la mirada y mandándolos a paseo. A la sazón flotaba en la estancia el indefinible aroma de la muerte.

Mandel accionó el polarizador de la ventana para dejar entrar más la luz, pero lo abrió en exceso, con el resultado que el sol naciente entró a raudales.

Kaunas, tapándose los ojos con el brazo, gritó:

—¡El sol!

Los demás le miraron estupefactos.

En el semblante de Kaunas se pintaba un terror extraordinario, como si aquel sol que bañaba la estancia fuese el de Mercurio.

Talliaferro pensó en cuál sería su propia reacción ante la posibilidad que se abriese la ventana al aire libre, y sus dientes castañetearon. Todos estaban deformados por sus diez años de ausencia de la Tierra.

Kaunas corrió hacia la ventana, buscando el polarizador con mano temblorosa, y entonces lanzó una exclamación.

Mandel corrió a su lado.

—¿Qué ocurre?

Los otros dos se les unieron.

A sus pies se extendía la ciudad hasta el horizonte..., docenas y docenas de casas de piedra y ladrillo, bañadas por el sol naciente, con las porciones sombreadas vueltas hacia ellos. Talliaferro le dirigió una mirada furtiva e

inquieta.

Kaunas, con el pecho hundido como si no quedase en él ni un hálito de aire para gritar, contemplaba fijamente algo que estaba mucho más cerca. Sobre el alféizar exterior de la ventana, con un extremo metido en una pequeña grieta, en una ranura del cemento, se hallaba una tira de película neblinosa de poco más de dos centímetros de largo, bañada por los rayos del sol naciente.

Mandel, lanzando un grito de cólera incoherente, levantó la ventana de guillotina y se apoderó de la película, protegiéndola inmediatamente en el cuenco de la mano. Luego la miró con ojos desorbitados y enrojecidos, mientras gritaba:

—¡Esperen aquí!

Sobraba todo comentario. Cuando Mandel se fue, ellos se sentaron para contemplarse estúpidamente, en silencio.

Mandel regresó a los veinte minutos. Les dijo suavemente, con una voz que producía la impresión que era tranquila porque quien la emitía ya estaba más allá de la desesperación:

—El extremo de la película que estaba introducido en la grieta no estaba velado. Pude leer algunas palabras. Las suficientes para constatar que era la comunicación de Villiers. El resto está echado a perder; completamente velado. La comunicación se ha perdido para siempre.

—¿Y ahora qué? —preguntó Talliaferro.

Mandel se encogió cansadamente de hombros.

—Ahora, ya no me importa nada. La transferencia de masas se ha perdido por el momento. Habrá que esperar a que alguien tan inteligente como Villiers, con su mismo genio, vuelva a descubrirlo. Yo trabajaré en ello, pero no me hago ilusiones acerca de mi capacidad. Después de perder este precioso documento, supongo que ya no vale la pena saber quién es el culpable. ¿De qué nos serviría?

Tenía los hombros hundidos y parecía abrumado por la desesperación.

Pero Talliaferro habló con una voz que de pronto se había hecho dura:

—No, señor, no estoy de acuerdo. A los ojos de usted, el culpable puede ser cualquiera de nosotros tres. Yo, por ejemplo. Usted es una gran figura

en el terreno de la astronomía y después de esto jamás querrá hacer nada en mi favor. Siempre me mirará con prevención, considerándome incompetente o, ante la duda, algo peor. No estoy dispuesto a arruinar mi carrera por la sombra de una duda de culpabilidad. Por lo tanto, debemos aclarar inmediatamente este asunto.

—Yo no soy un detective —dijo Mandel cansadamente.

—Entonces llame usted a la policía, qué diablos.

Ryger intervino:

—Espera un momento. No pretenderás insinuar que yo soy el culpable...

—Lo único que digo es que yo soy inocente. Defiendo mi inocencia.

Kaunas levantó la voz, en la que se percibía una nota de terror:

—Esto significa que nos someterán a la Prueba Psíquica. ¿Y el daño mental que eso nos ocasionará?...

Mandel levantó ambos brazos en el aire.

—¡Señores, señores, por favor! Podemos hacer otra cosa, si no queremos acudir a la policía. Sí, tiene usted razón, doctor Talliaferro; sería injusto hacia los inocentes dejar las cosas como están.

Todos se volvieron hacia él, dando diversas muestras de hostilidad. Ryger le preguntó:

—¿Qué nos propone usted ahora?

—Tengo un amigo llamado Wendell Urth. Tal vez hayan oído hablar de él, o tal vez no. De todos modos, me las arreglaré para que nos reciba esta misma noche.

—¿Y qué resolveremos con eso? —preguntó Talliaferro—. ¿Nos proporcionará alguna luz sobre el asunto?

—Es un hombre singular —dijo Mandel, con cierta vacilación—, singularísimo. Y a su manera, extraordinariamente inteligente. Ha colaborado varias veces con la policía, y tal vez ahora quiera ayudarnos.

Segunda Parte

Edward Talliaferro no pudo evitar contemplar la habitación y a su ocupante con el mayor asombro. Tanto aquélla como éste parecían existir aisladamente, sin formar parte de ningún mundo identificable. No llegaba ningún sonido de la Tierra al interior de aquel nido perfectamente acolchado y desprovisto de ventanas. La luz y el aire de la Tierra hallaban cerrado el paso al interior de aquella estancia, provista de luz artificial y aire acondicionado.

Era una habitación enorme, penumbrosa y atestada. Avanzaron sorteando toda clase de obstáculos esparcidos por el suelo, hasta un diván del que se habían hecho caer bruscamente montones de microfilmes, que aparecían formando una enmarañada masa en el suelo.

El dueño de aquella curiosa habitación exhibía una enorme cara redonda, que les miraba desde lo alto de un cuerpo rechoncho, casi esférico. Se movía rápidamente de un lado a otro sobre sus cortas piernas, zarandeando la cabeza al hablar y haciendo saltar sus gruesas gafas sobre la roma protuberancia que hacía las veces de nariz. Sus ojos saltones y provistos de gruesos párpados les miraban con un brillo irónico y miope, mientras él tomaba asiento en su combinación de sillón y mesa escritorio, sobre la que caía directamente la única luz potente que brillaba en la habitación.

—Son muy amables al haber venido a verme caballeros. Disculpen el estado de la habitación. —Abarcó la pieza con un amplio gesto de sus manos gordezuelas—. Me han encontrado ustedes dedicado a la tarea de catalogar los numerosos objetos de origen extraterrestre que he ido acumulando en el curso de los años. Es una tarea ímproba. Por ejemplo...

Saltó trabajosamente de su asiento y se puso a rebuscar en un montón de objetos heterogéneos que tenía al lado de su escritorio, hasta que consiguió encontrar un objeto gris neblina semi-translúcido y vagamente cilíndrico.

—Esto que aquí ven es un objeto calistano que puede ser tal vez una reliquia de seres racionales no humanos —les dijo—. Aún no está decidido. No se han descubierto más de una docena, y éste es el ejemplar más perfecto que se conoce.

Lo tiró con gesto negligente a un lado y Talliaferro dio un respingo. El individuo regordete le miró y dijo:

—Es irrompible.

Volvió a sentarse, cruzó sus romos dedos sobre el abdomen y dejó que subiesen y bajasen suavemente, al compás de su respiración.

—¿Y ahora, en que puedo servirles?

Hubert Mandel ya había hecho las presentaciones, y Talliaferro estaba sumido en honda reflexión. Recordaba que el autor de un libro recientemente publicado, titulado *Procesos evolutivos comparados en los planetas del ciclo oxígeno-agua*, se llamaba también Wendell Urth, pero sin duda no podía ser aquel hombre.

Aunque, tal vez...

Entonces le preguntó:

—¿Es usted el autor de los *Procesos evolutivos comparados*, doctor Urth?

Una sonrisa beatífica apareció en la cara de Urth.

—¿Lo ha leído usted? —preguntó.

—Pues verá, no, no lo he leído, pero...

Instantáneamente, la mirada de los ojos de Urth se tornó reprobatoria.

—Pues tiene usted que leerlo —ordenó—. Ahora mismo. Tome, le regalo un ejemplar...

Salto de su silla de nuevo, pero Mandel exclamó:

—Espere, Urth, lo primero es lo primero. Este asunto es grave.

Obligó a Urth a sentarse de nuevo y empezó a hablar rápidamente, como si quisiera evitar nuevas desviaciones del tema principal. Hizo un resumen del caso con un admirable laconismo.

Urth fue enrojeciendo paulatinamente mientras escuchaba. Empujó las gafas hacia arriba, pues estaban a punto de caerle de la nariz.

—¡Transferencia de masa! —exclamó.

—Lo vi con mis propios ojos —observó Mandel.

—¿Y no fuiste capaz de decírmelo?

—Juré que guardaría el secreto. Villiers era un hombre bastante... peculiar. Creo haberlo dicho.

Urth dio un puñetazo sobre la mesa.

—¿Cómo pudiste permitir que semejante descubrimiento quedase en poder de un excéntrico, Mandel? Si hubiese sido necesario, se debería haber apelado a la Prueba Psíquica para arrancarle esos conocimientos.

—Hubiera sido matarlo —protestó Mandel.

Pero Urth se balanceaba en su asiento oprimiéndose fuertemente las mejillas con las manos.

—Transferencia de masas... El único medio de viajar que debería utilizar un hombre decente y civilizado. El único sistema posible, la única manera concebible. De haberlo sabido... Si hubiese podido estar allí... Pero el hotel se encuentra por lo menos a cincuenta kilómetros de distancia.

Ryger, que escuchaba con una expresión de fastidio pintada en el rostro, intervino para decir:

—Según tengo entendido, existe una línea directa de cópteros hasta la sede del congreso. Invierten menos de diez minutos en el recorrido.

Urth, muy envarado, dirigió una extraña mirada a Ryger, hinchando las mejillas. Luego se puso en pie de un salto y salió corriendo de la habitación.

—¿Qué demonios le ocurre? —preguntó sorprendido Ryger.

Mandel murmuró:

—Condenado Urth. Debería haberles advertido.

—¿Sobre qué?

—El doctor Urth no utiliza ningún medio de transporte. Es una de sus fobias. Sólo se desplaza a pie.

Kaunas parpadeó en la semipenumbra.

—Pero tengo entendido que es extraterrólogo, ¿no es verdad? Un experto en las formas vivas de otros planetas.

Talliaferro se había levantado y contemplaba en aquellos momentos una lente galáctica montada sobre un pedestal. Observó el brillo interno de los sistemas estelares. Nunca había visto una lente de aquel tamaño y tan complicada.

—Sí, es extraterrólogo —dijo Mandel—, pero no ha visitado ni uno solo de los planetas cuya vida conoce como pocos, ni jamás los visitará. No creo que en los últimos treinta años se haya alejado a más de un kilómetro y medio de esta habitación.

Ryger no pudo contener la risa.

Mandel enrojeció de cólera.

—Tal vez les haga gracia, pero les agradecería que, cuando el doctor Urth regrese, midiesen sus palabras.

El sabio volvió a ocupar su asiento momentos después.

—Les ruego que me disculpen, caballeros —dijo con un hilo de voz—. Y ahora vamos a estudiar este problema. ¿Desea confesar alguno de ustedes?

Talliaferro contrajo los labios en una involuntaria mueca de desdén. Aquel extraterrólogo gordinflón, recluido por propia voluntad, inspiraba más risa que respeto. ¿Cómo podía arrancar una confesión al culpable? Afortunadamente, ya no harían falta sus dotes detectivescas, si es que las poseía. Dijo entonces:

—¿Está usted en contacto con la policía, doctor Urth?

En el rubicundo rostro de Urth se reflejó cierta presunción.

—No tengo relaciones oficiales con la ley, doctor Talliaferro, pero le aseguro que mis relaciones extraoficiales con la justicia son buenísimas.

—En ese caso, le facilitaré cierta información que usted podrá pasar a la policía.

Urth encogió la panza y tiró de un faldón de la camisa hasta sacarlo del pantalón. Luego procedió a limpiarse lentamente las gafas con él. Una vez hubo terminado, volvió a colocarlas en precario equilibrio sobre su nariz y preguntó:

—¿Y cuál es esa información?

—Le diré quién se hallaba presente cuando Villiers murió y quién registró su comunicación.

—¿Ha resuelto usted el misterio?

—He estado dándole vueltas todo el día. Sí, creo que lo he resuelto.

Talliaferro disfrutaba con el efecto que causaban sus palabras.

—¿Y quién fue?

Talliaferro hizo una profunda inspiración. Aquello no le resultaba fácil, a pesar que lo había estado planeando durante horas.

—El culpable es evidentemente el doctor Hubert Mandel —declaró.

Mandel asestó una furiosa mirada de irreprimible indignación a Talliaferro.

—Oiga usted, doctor —empezó a decir con vehemencia—. ¿Qué le permite lanzar esa ridícula patraña?

La voz de tenor de Urth le interrumpió.

—Déjele hablar, Hubert; oigamos lo que dice. Tú has sospechado de él, y nada impide que él sospeche de ti.

Mandel guardó un enojado silencio.

Talliaferro, esforzándose por hablar con voz tranquila, prosiguió:

—Es más que una simple sospecha, doctor Urth. Las pruebas son evidentes. Nosotros cuatro estábamos enterados del descubrimiento sobre la transferencia de masas, pero sólo uno de nosotros, o sea el doctor Mandel, había presenciado una demostración. Por lo tanto, sabía que era una realidad. Sabía también que existía una comunicación sobre el tema. Nosotros tres únicamente sabíamos que Villiers estaba más o menos desequilibrado. De todos modos, no descartábamos que existiera una posibilidad. Precisamente, fuimos a visitarle a las once para comprobarlo, pero entonces él demostró hallarse más loco que nunca.

»Comprobado, pues, lo que sabía el doctor Mandel y los motivos que pudieron conducirle a cometer el crimen. Ahora, doctor Urth, imagínese usted otra cosa. Quienquiera que fuese el que se entrevistó con Villiers a medianoche, le vio sufrir el colapso cardíaco y registró su comunicación, mantengámoslo de momento en el anonimato, debió sorprenderse

terriblemente al ver que Villiers, al parecer, resucitaba y se ponía a hablar por teléfono. El asesino, dominado por un pánico momentáneo, sólo pensó en una cosa, en librarse de la única prueba que podía acusarle.

»Tenía que librarse de la película impresionada y tenía que hacerlo de tal manera que nadie pudiese descubrirla, para hacerse de nuevo con ella si conseguía quedar libre de sospechas. El alféizar de la ventana le ofrecía el escondite ideal. Se apresuró a subir el cristal de la ventana, ocultó fuera la película, y puso pies en polvorosa. De este modo, aunque Villiers consiguiese sobrevivir o su llamada telefónica produjese algún resultado, la única prueba en contra que tendría sería la palabra de Villiers, y costaría muy poco demostrar que éste no se hallaba en plena posesión de sus facultades mentales.

Talliaferro hizo una pausa y les miró con aire de triunfo. Consideraba que su argumentación era solidísima.

Wendell Urth parpadeó e hizo girar los pulgares de sus manos unidas, haciéndolos chocar contra la amplia pechera de su camisa. Entonces preguntó:

—¿Quiere explicarme el significado de todo esto?

—El significado es el siguiente: quien realizó las acciones descritas tuvo que abrir la ventana para ocultar la película al aire libre. Tenga usted en cuenta que Ryger ha vivido diez años en Ceres, Kaunas otros diez en Mercurio, y yo el mismo espacio de tiempo en la Luna..., exceptuando breves permisos, que más bien han sido escasos. Hemos comentado muchas veces, en nuestras conversaciones y, sin ir más lejos, ayer mismo, lo difícil que resulta aclimatarse de nuevo a la Tierra.

»Los mundos en que trabajamos están desprovistos de atmósfera. Nunca salimos al exterior sin escafandra. No se nos ocurre ni por asomo la idea de exponernos sin protección al espacio inhóspito. Por lo tanto, la acción de abrir la ventana hubiera provocado antes una terrible lucha interior en todos nosotros. En cambio, el doctor Mandel ha vivido siempre en la Tierra. Para él, abrir una ventana no representa más que un pequeño ejercicio muscular, algo muy sencillo. Para nosotros no. Por lo tanto, fue él quien lo hizo.

Talliaferro se recostó en su asiento con una leve sonrisa.

—¡Espacio, diste en el clavo! —exclamó Ryger con entusiasmo.

—Nada de eso —rugió Mandel, levantándose a medias como si fuese a abalanzarse contra Talliaferro—. Niego esta miserable calumnia. ¿Y la llamada de Villiers, grabada en mi teléfono? Pronunció la palabra «condiscípulo». Toda la grabación demuestra de manera irrefutable...

—Era un moribundo —le atajó Talliaferro—. Usted mismo reconoció que casi todo cuanto dijo era incomprensible. Le pregunto ahora, doctor Mandel, sin haber oído la grabación, si no es cierto que la voz de Villiers era completamente irreconocible.

—Hombre... —dijo Mandel, confuso.

—Estoy seguro que así es. No hay razón para suponer, pues, que usted no hubiese alterado antes la cinta, sin olvidarse de incluir en ella la palabra condenatoria de «condiscípulo».

Mandel replicó:

—Pero, hombre de Dios, ¿cómo podía saber yo que había condiscípulos de Villiers en el congreso? ¿Cómo podía saber que ellos conocían la existencia de su comunicación sobre transferencia de masas?

—Villiers podía habérselo dicho. Creo que lo hizo.

—Vamos a ver —continuó Mandel—, ustedes tres vieron a Villiers vivo a las once. El médico que certificó la defunción de Villiers poco después de las tres de la madrugada manifestó que había muerto por lo menos hacía dos horas. Desde luego, eso era verdad. Por lo tanto, el momento de la muerte puede fijarse entre las once y la una. Ya les dije que yo asistí anoche a una reunión. Puedo demostrar que estaba allí, a varios kilómetros del hotel, entre las diez de la noche y las dos de la madrugada. Puedo presentarles una docena de testigos, ninguno de los cuales puede ponerse en duda. ¿No le basta con eso?

Talliaferro hizo una momentánea pausa. Luego prosiguió, impertérrito:

—Aun así. Supongamos que usted regresó al hotel a las dos y media. Inmediatamente fue a la habitación de Villiers para hablar de su comunicación. Encontró la puerta abierta, o bien poseía una llave duplicada. Sea como fuere, lo encontró ya muerto. Entonces aprovechó la oportunidad para registrar la comunicación...

—¿Y si él ya estaba muerto, y por lo tanto no podía llamar a nadie por teléfono, qué motivo tenía para ocultar la película?

—Evitar sospechas. Puede usted tener una segunda copia oculta a buen recaudo. En realidad, contamos únicamente con su palabra para saber que la comunicación fue destruida.

—Basta, basta —exclamó Urth—. Es una hipótesis interesante, doctor Talliaferro, pero cae por su propio peso.

Talliaferro frunció el ceño.

—Eso no pasa de ser su opinión personal, señor mío...

—Es la opinión de cualquier persona sensata. ¿No ve usted que Hubert Mandel hizo demasiadas cosas para ser él el criminal?

—No —repuso Talliaferro.

Wendell Urth sonrió bondadosamente.

—En su calidad de hombre de ciencia, doctor Talliaferro, sabe usted, indudablemente, que no hay que dejarse deslumbrar por las propias teorías, hasta el punto que éstas nos cieguen sin dejarnos ver los hechos ni razonar. Tenga la bondad de aplicar el mismo método a sus actividades de detective aficionado.

»Considere usted que si el doctor Mandel hubiese provocado la muerte del pobre Villiers, arreglando una coartada, o si hubiese encontrado a Villiers muerto y hubiese tratado de aprovecharse de este hecho, en realidad apenas hubiera hecho nada. ¿Por qué registrar la comunicación o simular que otro lo había hecho? Le bastaba, sencillamente, con apoderarse del documento. ¿Quién estaba enterado de su existencia? Nadie, en realidad. No hay motivo para pensar que Villiers hubiese hablado a otro de su comunicación. Villiers era un tipo patológico, que tenía la obsesión del secreto. Por lo tanto, todo nos hace creer que no había comunicado su descubrimiento a nadie.

»El único que sabía que Villiers iba a hablar en el congreso era el doctor Mandel. Su comunicación no estaba anunciada. No se publicó un resumen de ella en el programa. El doctor Mandel podía haberse llevado el documento con toda seguridad y sin el menor recelo.

»Y aunque hubiese sabido que Villiers había hablado de sus descubrimientos con sus antiguos condiscípulos, eso no tenía la menor importancia. La única prueba de ello que tenían sus antiguos compañeros eran las palabras de un hombre al que ellos ya se sentían inclinados a considerar como un demente.

»En cambio, al anunciar que la comunicación de Villiers había sido destruida, al declarar que su muerte no era totalmente natural, al buscar una copia registrada de la película..., en una palabra, al actuar como ha actuado, el doctor Mandel ha removido el asunto, despertando unas sospechas innecesarias, pues si admitimos que él pudo ser el culpable, le bastaba con dejar las cosas como estaban para vanagloriarse de haber cometido un crimen perfecto. Si él fuese el criminal, demostraría haber sido más estúpido y más colosalmente obtuso que los mayores imbéciles que he conocido. Y el doctor Mandel dista mucho de ser un imbécil.

Talliaferro se devanaba los sesos tratando de hallar un punto flaco en aquella argumentación, pero no supo qué decir.

Ryger preguntó:

—¿Entonces, quién lo hizo?

—Uno de ustedes tres. Eso es evidente.

—Pero, ¿quién?

—Oh, eso es también evidente. Supe quién de ustedes era el culpable en cuanto el doctor Mandel terminó su exposición de los hechos.

Talliaferro contempló al rollizo extraterrólogo con disgusto. Aquella baladronada no le asustaba, pero vio que afectaba a sus dos compañeros. Ryger adelantaba ansiosamente los labios, y a Kaunas le pendía la mandíbula inferior. Ambos parecían dos peces fuera del agua.

Preguntó entonces:

—¿A ver, quién? Díganoslo.

Urth parpadeó.

—En primer lugar, quiero dejar bien sentado que lo importante sigue siendo la transferencia de masas. Aún no podemos darla por perdida.

Mandel, que todavía no había depuesto su enojo, preguntó en son de reproche:

—¿De qué diablos estás hablando ahora, Urth?

—Quien registró la comunicación probablemente la miró mientras lo hacía. No creo que tuviese ni el tiempo ni la presencia de espíritu necesarios para leerla, y aunque lo hubiese hecho, dudo que consiguiese recordarla... de manera consciente. No obstante, tenemos la Prueba Psíquica. Aunque sólo hubiese dirigido una simple ojeada al documento, éste ha quedado grabado en su retina. La prueba podría extraerle esa información.

Todos se agitaron, inquietos.

Urth se apresuró a añadir:

—No hay por qué temer a la prueba. Ofrece grandes garantías de seguridad, particularmente si el sujeto se somete a ella de modo voluntario. El daño suele causarse cuando se produce una innecesaria resistencia... Entonces, la prueba puede lesionar la mente. Por lo tanto, si el culpable quisiese confesar voluntariamente su delito, y ponerse bajo mi completa protección...

Talliaferro lanzó una carcajada, que resonó extrañamente en la tranquila y sombría habitación. ¡Cuan transparente e ingenua era aquella treta psicológica!

Wendell Urth pareció sorprendido, casi molesto, por aquella reacción, y miró gravemente a Talliaferro por encima de sus gafas, antes de decirle:

—Tengo influencia bastante cerca de la policía para mantener la prueba en el terreno confidencial.

Ryger, furioso, exclamó:

—¡Yo no lo hice!

Kaunas se limitó a mover negativamente la cabeza.

Talliaferro no se dignó a responder.

Urth suspiró.

—Entonces, no tendré más remedio que señalar al culpable —dijo—. Así, el proceso será traumático y más difícil. —Se apretó el cinturón e hizo girar nuevamente los dedos—. El doctor Talliaferro ha señalado que la película fue ocultada en el alféizar de la ventana para que permaneciese allí a buen recaudo y en seguridad. Estoy de acuerdo con él.

—Gracias —dijo secamente Talliaferro.

—No obstante, ¿a quién se le ocurre pensar que el alféizar de una ventana constituye un escondrijo especialmente seguro? La policía no hubiera dejado de mirar allí. Aun en ausencia de la policía, la película terminó siendo descubierta. Entonces, ¿quién se sentiría inclinado a considerar que lo que está situado fuera de un edificio ofrece especiales garantías de seguridad? Evidentemente, una persona que haya vivido largo tiempo en un mundo sin aire, y para la cual constituye una segunda naturaleza no salir de un sitio cerrado sin adoptar grandes precauciones.

»Para un hombre acostumbrado a vivir en la Luna, por ejemplo, cualquier cosa oculta en el exterior de una cúpula lunar estaría en un lugar bastante seguro. Los hombres se aventuran raramente al exterior, y cuando lo hacen, se trata siempre de misiones concretas. Por lo tanto, sólo vencería la repugnancia instintiva a abrir una ventana y exponerse a lo que él consideraría de un modo subconsciente como el vacío si le moviera el interés por encontrar un buen escondrijo. El pensamiento reflejo de «fuera de una construcción habitada estará en seguridad» sería el motor de su acción.

Talliaferro preguntó con los dientes apretados:

—¿Por qué menciona usted la Luna, doctor Urth?

El hombrecillo repuso blandamente:

—Sólo a modo de ejemplo. Lo que he dicho hasta ahora se aplica igualmente a ustedes tres. Pero ahora llegamos al momento crucial, a la cuestión de la noche moribunda.

Talliaferro frunció el ceño, sin comprender:

—¿Con esa extraña expresión se refiere usted a la noche en que Villiers murió?

—Esa extraña expresión, como usted la llama, puede aplicarse a cualquier noche. Mire, aun concediendo que el alféizar de la ventana constituya un escondrijo excelente, ¿quién de ustedes sería lo bastante estúpido como para considerarlo un buen escondrijo para un *trozo de película sin revelar*? La película de los registradores no es muy sensible,

desde luego, y está hecha para revelarse en cualquier clase de condiciones. La luz difusa nocturna no la afecta mayormente, pero la luz difusa diurna la echaría a perder en pocos minutos, y los rayos directos del sol la velarían inmediatamente. Eso lo sabe todo el mundo.

—Adelante, Urth —dijo Mandel—. Veamos adónde quiere ir a parar.

—No nos precipitemos —repuso Urth, torciendo el gesto—. Quiero que todos ustedes vean esto claramente. Lo que el criminal deseaba por encima de todo era salvar la película. Era la única evidencia de algo que tenía un valor inconmensurable para él y para la Humanidad. ¿Por qué la puso entonces en un lugar donde el sol de la mañana la destruiría en pocos segundos...? Sólo porque no se le ocurrió que a la mañana siguiente el sol se levantaría. Pensó instintivamente, por así decir, que la noche era eterna.

»Pero las noches no son eternas. En la Tierra, mueren y dan paso al día. Incluso la noche polar de seis meses termina por morir. Las noches de Ceres sólo duran dos horas; las noches de la Luna duran dos semanas. Pero también mueren, y tanto el doctor Talliaferro como el doctor Ryger saben que el día terminará por llegar.

Kaunas se puso en pie.

—Oiga..., espere...

Wendell Urth se volvió resueltamente hacia él:

—Ya no hace falta esperar, doctor Kaunas. Mercurio es el único cuerpo celeste de tamaño considerable de todo el Sistema Solar que presenta constantemente la misma cara al Sol. Incluso teniendo en cuenta la libración, tres octavas partes de su superficie están sumidas en una noche eterna, sin ver jamás al Sol. El observatorio polar está enclavado al borde del hemisferio oscuro. Durante diez años, usted se ha acostumbrado a la existencia de unas noches inmortales, a una superficie sumida en eternas nieblas, y por lo tanto confió una película impresionada a la noche de la Tierra, olvidando en el nerviosismo del momento que en nuestro planeta las noches mueren indefectiblemente ...

Kaunas dio unos pasos vacilantes hacia él.

—Espere...

Urth prosiguió, inexorable:

—Cuando Mandel ajustó el polarizador en la habitación de Villiers y el sol penetró a raudales, usted lanzó un grito. ¿Lo motivó su arraigado temor al sol de Mercurio, o la súbita comprensión del daño irreparable que la luz solar podía causar a la película? Entonces usted se precipitó hacia la ventana. ¿Lo hizo para ajustar de nuevo el polarizador, o para contemplar la película destruida?

Kaunas cayó de rodillas.

—Yo no quería hacerlo. Sólo quería hablar con él, hablarle únicamente, pero él se puso a gritar y sufrió un colapso. Pensé que había muerto, y que tenía la comunicación bajo la almohada... Lo demás, ya pueden suponerlo. Una cosa me condujo a la otra y, antes de darme cuenta, ya no pude volverme atrás. Pero no lo hice premeditadamente, lo juro.

Se colocaron en semicírculo a su alrededor. Wendell Urth contempló al postrado Kaunas con una mirada de piedad.

La ambulancia ya se había ido. Por último, Talliaferro consiguió hacer acopio de valor para acercarse a Mandel y decirle con voz ronca:

—Supongo, profesor, que no me guardará usted demasiado rencor por lo que he dicho.

Mandel respondió, con voz igualmente ronca:

—Creo que lo mejor que podríamos hacer todos sería olvidar en lo posible todo cuanto ha ocurrido en estas últimas veinticuatro horas.

Estaban todos de pie en el umbral a punto de irse, cuando Wendell Urth bajó la cabeza con una sonrisita y dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

—No hemos hablado de la cuestión de mis honorarios, señores.

Mandel dio un respingo.

—No, nada de dinero —se apresuró a añadir Urth.

Todos le miraron, estupefactos.

El hombrecillo prosiguió:

—Pero cuando se establezca el primer sistema de transferencia de masas para seres humanos, quiero que me organicen un viaje.

Mandel no había perdido su expresión preocupada.

—Pero, hombre, aún falta mucho para que se puedan realizar viajes por ese sistema a través de los espacios interplanetarios... —dijo.

Urth denegó rápidamente con la cabeza.

—¿Quién habla de espacios interplanetarios? Yo soy más modesto. Sólo quiero realizar un viajecito hasta Lower Falls, en New Hampshire.

—De acuerdo. ¿Y por qué allí, precisamente?

Urth levantó la mirada. Talliaferro se llevó una sorpresa mayúscula al observar la expresión del extraterrólogo, en la cual se mezclaban la timidez y el ansia.

Como si le costase hablar, dijo:

—Una vez..., hace mucho tiempo..., tuve allí una novia. Han pasado muchos años..., pero a veces me pregunto...

EN PUERTO MARTE SIN HILDA

Todo empezó como un sueño. No tuve que preparar nada, ni disponer las cosas de antemano. Me limité a observar cómo todo salía por sí solo... Tal vez eso debería haberme puesto sobre aviso, y hacerme presentir la catástrofe.

Todo empezó con mi acostumbrado mes de descanso entre dos misiones. Un mes de trabajo y un mes de permiso constituye la norma del Servicio Galáctico. Llegué a Puerto Marte para la espera acostumbrada de tres días antes de emprender el breve viaje a la Tierra.

En circunstancias ordinarias, Hilda, que Dios la bendiga, la esposa más cariñosa que pueda tener un hombre, hubiera estado allí esperándome, y ambos hubiéramos pasado tres días muy agradables y tranquilos..., un pequeño y dichoso compás de espera para los dos. La única dificultad para que esto fuera posible consistía en que Puerto Marte era el lugar más turbulento y ruidoso de todo el Sistema, y un pequeño compás de espera no es exactamente lo que mejor encaja allí. Pero..., ¿cómo podía explicarle eso a Hilda?

Pues bien, esta vez, mi querida mamá política, que Dios la bendiga también (para variar), se puso enferma precisamente dos días antes que yo arribase a Puerto Marte, y la noche antes de desembarcar recibí un espaciograma de Hilda comunicándome que tenía que quedarse en la Tierra con mamá y que, sintiéndolo mucho, no podía acudir allí a recibirme.

Le envié otro espaciograma diciéndole que yo también lo sentía mucho y que lamentaba enormemente lo de su madre, cuyo estado me inspiraba una gran ansiedad (así se lo dije). Y cuando desembarqué...

¡Me encontré en Puerto Marte y sin Hilda!

De momento me quedé anonadado; luego se me ocurrió llamar a Flora (con la que había tenido ciertas aventurillas en otros tiempos), y con este fin tomé una cabina de vídeo..., sin reparar en gastos, pero es que tenía prisa.

Estaba casi seguro que la encontraría fuera, o que tendría el videófono desconectado, o incluso que habría muerto.

Pero allí estaba ella, con el videófono conectado y, por toda la Galaxia, lo estaba todo menos muerta.

Estaba mejor que nunca. El paso de los años no podía marchitarla, como dijo una vez alguien, ni la costumbre empañar su cambiante belleza.

¡No estuvo poco contenta de verme! Alborozada, gritó:

—¡Max! ¡Hacía años que no nos veíamos!

—Ya lo sé, Flora, pero ahora nos veremos, si tú estás libre. ¿Sabes qué pasa? ¡Estoy en Puerto Marte y sin Hilda!

Ella chilló de nuevo:

—¡Estupendo! Entonces ven inmediatamente.

Yo me quedé bizco. Aquello era demasiado.

—¿Quieres decir que estás libre..., libre de verdad?

El lector debe saber que a Flora había que pedirle audiencia con días de anticipación. Era algo que se salía de lo corriente. Ella me contestó:

—Oh, tenía un compromiso sin importancia, Max, pero ya lo arreglaré. Tú ven.

—Voy volando —contesté, estallando de puro gozo.

Flora era una de esas chicas... Bien, para que el lector tenga una idea, le diré que en sus habitaciones reinaba la gravedad marciana: 0,4 respecto a la normal en la Tierra. La instalación que la liberaba del campo seudo-gravitatorio a que se hallaba sometido Puerto Marte era carísima, desde luego, pero si el lector ha sostenido alguna vez entre sus brazos a una chica a 0,4 gravedades, sobran las explicaciones. Y si no lo ha hecho, las explicaciones de nada sirven. Además, le compadezco.

Es algo así como flotar en las nubes.

Corté la comunicación. Sólo la perspectiva de verla en carne y hueso podía obligarme a borrar su imagen con tal celeridad. Salí corriendo de la cabina.

En aquel momento, en aquel preciso instante, con precisión de décimas de segundo, el primer soplo de la catástrofe me rozó.

Aquel primer barrunto estuvo representado por la calva cabeza de aquel desarrapado de Rog Crinton, de las oficinas de Marte, calva que brillaba sobre unos grandes ojos azul pálido, una tez cetrina y un desvaído bigote pajizo. No me molesté en ponerme a gatas y tratar de enterrar la cabeza en el suelo, porque mis vacaciones acababan de comenzar en el mismo momento en que había descendido de la nave.

Por lo tanto, le dije con una cortesía normal:

—¿Qué deseas? Tengo prisa. Me esperan.

Él repuso:

—Quien te espera soy yo. Te he estado esperando en la rampa de descarga.

—Pues no te he visto.

—Tú nunca ves nada.

Tenía razón, porque al pensar en ello, me dije que si él estaba en la rampa de descarga, debería haberse quedado girando para siempre, porque había pasado junto a él como el cometa Halley rozando la corona solar.

—Muy bien —dije entonces—. ¿Qué deseas?

—Tengo un trabajillo para ti.

Yo me eché a reír.

—Acaba de empezar mi mes de permiso, amigo.

—Pero se trata de una alarma roja de emergencia, amigo —repuso él.

Lo cual significaba que me quedaba sin vacaciones, ni más ni menos. No podía creerlo. Así que le dije:

—Vamos, Rog. Sé compasivo. Yo también tengo una llamada de urgencia particular.

—No puede compararse con esto.

—Rog —vociferé—. ¿No puedes encontrar a otro? ¿Es que no hay nadie más?

—Tú eres el único agente de primera clase que hay en Marte.

—Pídelo a la Tierra entonces. En el Cuartel General tienen agentes a montones.

—Esto tiene que hacerse antes de las once de esta misma mañana. Pero, ¿qué pasa? ¿Acaso no tienes que esperar tres días?

Yo me oprimí la cabeza. ¡Qué sabía él!

—¿Me dejas llamar? —le dije.

Tras fulminarlo con la mirada, volví a meterme en la cabina y dije:

—¡Particular!

Flora apareció de nuevo en la pantalla, deslumbrante como un espejismo en un asteroide. Sorprendida, dijo:

—¿Ocurre algo, Max? No vayas a decirme que algo va mal. Ya he anulado el otro compromiso.

—Flora, cariño —repuse—, iré, iré. Pero ha surgido algo.

Ella preguntó con voz dolida lo que ya podía suponerme, y yo contesté:

—No, no es otra chica. Donde estás tú, las demás no cuentan. ¡Cielito! —Sentí el súbito impulso de abrazar la pantalla de vídeo, pero comprendí que eso no es un pasatiempo adecuado para adultos—. Una cosa del trabajo. Pero tú espérame. No tardaré mucho.

Ella suspiró y dijo:

—Muy bien.

Pero lo dijo de una manera que no me gustó, y que me hizo temblar.

Salí de la cabina con paso vacilante y me encaré con aquel pelmazo:

—Muy bien, Rog, ¿qué clase de embrollo me han preparado?

Nos fuimos al bar del espacio-puerto y nos metimos en un reservado. Rog me explicó.

—El *Antares Giant* llega procedente de Sirio dentro de exactamente media hora; a las ocho en punto.

—Muy bien.

—Descenderán de él tres hombres, mezclados con los demás pasajeros, para esperar al *Space Eater*, que tiene su llegada de la Tierra a las once y sale para Capella poco después. Estos tres hombres subirán al *Space Eater*, y a partir de ese momento quedarán fuera de nuestra jurisdicción.

—Bueno, ¿y qué?

—Entre las ocho y las once permanecerán en una sala de espera especial, y tú les harás compañía. Tengo una imagen tridimensional de cada uno de ellos, con el fin que puedas identificarlos. En esas tres horas tendrás que averiguar cuál de los tres transporta contrabando.

—¿Qué clase de contrabando?

—De la peor clase. Espaciolina alterada.

—¿Espaciolina alterada?

Me había matado. Sabía perfectamente lo que era la espaciolina. Si el lector ha viajado por el espacio también lo sabrá, sin duda. Y para el caso que no se haya movido nunca de la Tierra, le diré que todos los que efectúan su primer viaje por el espacio la necesitan; casi todos la toman en el primer viaje que realizan; y muchísimas personas ya no saben prescindir jamás de ella. Sin ese producto maravilloso, se experimenta vértigo cuando se está en caída libre, algunos lanzan chillidos de terror y contraen psicosis semi-permanentes. Pero la espaciolina hace desaparecer completamente estas molestias y sus efectos. Además, no crea hábito; no posee efectos perjudiciales secundarios. La espaciolina es ideal, esencial, insustituible. Si el lector lo duda, tome espaciolina. Rog continuó:

—Exactamente. Espaciolina alterada. Sólo puede alterarse mediante una sencilla reacción que cualquiera es capaz de realizar en el sótano de su casa. Entonces pasa a ser una droga y se administra en dosis masivas, convirtiéndose en un terrible hábito desde la primera toma. Se la puede comparar a los más peligrosos alcaloides que se conocen.

—¿Y acabamos de descubrirlo precisamente ahora, Rog?

—No. El Servicio conocía la existencia de esa droga desde hace años, y hemos evitado que este peligroso conocimiento se difundiese, manteniendo en el mayor secreto los casos en que se ha hallado droga. Pero ahora las cosas han llegado demasiado lejos.

—¿En qué sentido?

—Uno de los tres individuos que se detendrán aquí transporta cierta cantidad de espaciolina alterada sobre su persona. Los químicos del sistema de Capella, que se encuentra fuera de la Federación, la analizarán y averiguarán la manera de producirla sintéticamente. Después de esto nos encontraremos enfrentados con el dilema de tener que luchar contra la peor amenaza que jamás han provocado los estupefacientes, o tener que suprimir el peligro suprimiendo su causa.

—¿La espaciolina?

—Exacto. Y si suprimimos la espaciolina, de rechazo suprimimos los viajes interplanetarios.

Me resolví a poner el dedo en la llaga:

—¿Cuál de esos tres individuos lleva la droga?

Rog sonrió con desdén.

—¿Crees que te necesitaríamos si lo supiésemos? Eres tú quien tiene que averiguarlo.

—Me encargas una misión muy arriesgada.

—En efecto; si te equivocas de individuo te expones a que te corten el pelo hasta la laringe. Cada uno de esos tres es un hombre importantísimo en su propio planeta. Uno de ellos es Edward Harponaster; otro, Joaquin Lipsky, y el tercer es Andiamo Ferrucci. ¿Qué te parece?

Tenía razón. Yo conocía aquellos tres nombres. Probablemente el lector los conoce también; y no podía poner la mano encima de ninguno de ellos sin poseer sólidas pruebas, naturalmente.

—¿Y uno de ellos se ha metido en un negocio tan sucio por unos cuantos...?

—Este asunto representa trillones —repuso Rog—, lo cual quiere decir que cualquiera de ellos lo haría con mucho gusto. Y sabemos que es uno de ellos, porque Jack Hawk consiguió averiguarlo antes que le matasen...

—¿Han matado a Jack Hawk?

Durante un minuto me olvidé de la amenaza que pesaba sobre la galaxia a causa de aquellos traficantes de drogas. Y casi, casi, llegué a olvidarme también de Flora.

—Sí, y lo asesinaron a instigación de uno de esos tipos. Tú tienes que descubrirlo. Si nos señalas al criminal antes de las once, cuenta con un ascenso, un aumento de sueldo y la satisfacción de haber vengado al pobre Jack Hawk. Y, por ende, habrás salvado a la galaxia. Pero si señalas a un inocente, crearás un conflicto interestelar, perderás el puesto, y te pondrán en todas las listas negras que hay entre la Tierra y Antares.

—¿Y si no señalo a ninguno de ellos? —pregunté.

—Eso sería como señalar a uno inocente, por lo que se refiere al Servicio.

—O sea que tengo que señalar a uno, pero sólo al culpable, de lo contrario mi cabeza está en juego.

—Harían rebanadas con ella. Estás empezando a comprender, Max.

En una larga vida de parecer feo, Rog Crinton nunca lo había parecido tanto como entonces. Lo único que me consoló al mirarle fue pensar que él también estaba casado y que vivía con su mujer en Puerto Marte todo el año. Y se lo tenía muy merecido. Tal vez me mostraba demasiado duro con él, pero se merecía aquello.

Así que perdí de vista a Rog, me apresuré a llamar a Flora.

—¿Qué pasa? —me preguntó ella.

—Verás, cielito —le dije—, no puedo contártelo ahora, pero se trata de un compromiso ineludible. Ten un poco de paciencia, que terminaré este asunto en seguida, aunque tenga que recorrer a nado todo el Gran Canal hasta el casquete polar en ropa interior, ¿sabes?, o arrancar a Fobos del cielo..., o cortarme en pedacitos y enviarme como paquete postal.

—Vaya —dijo ella, con un mohín de disgusto—, si hubiese, sabido que tenía que esperar...

Yo di un respingo. Flora, a pesar de su nombre, no era de esas chicas que se impresionan por la poesía. En realidad, ella sólo era una mujer de acción... Pero, después de todo, cuando flotase en brazos de la gravedad marciana en un mar perfumado con jazmín y en compañía de Flora, la sensibilidad poética no sería precisamente la cualidad que yo consideraría más indispensable.

Con una nota de urgencia en la voz, dije:

—Por favor, espérame, Flora. No tardaré. Después ya recuperaremos el tiempo perdido.

Estaba disgustado, desde luego, pero todavía no me dominaba la preocupación. Apenas me había dejado Rog, cuando concebí un plan para descubrir cuál era el culpable.

Era muy fácil. Estuve a punto de llamar a Rog para decírselo, pero no hay ninguna ley que prohiba que la cerveza se suba a la cabeza y que el aire contenga oxígeno. Lo resolvería en cinco minutos y luego me iría disparado a reunirme con Flora; con cierto retraso tal vez, pero con un ascenso en el bolsillo, un aumento de sueldo en mi cuenta y un pegajoso beso del Servicio en ambas mejillas.

Mi plan era el siguiente: los magnates de la industria no suelen viajar mucho por el espacio; prefieren utilizar el transvídeo. Cuando tienen que

asistir a alguna importante conferencia interestelar, como era probablemente el caso de aquellos tres, tomaban espaciolina. No estaban suficientemente acostumbrados a viajar por el espacio para atreverse a prescindir de ella. Además, la espaciolina es un producto carísimo, y los grandes potentados siempre quieren lo mejor de lo mejor. Conozco su psicología.

Eso sería perfectamente aplicable a dos de ellos. No obstante, el que transportaba el contrabando no podía arriesgarse a tomar espaciolina..., ni siquiera para evitar el mareo del espacio. Bajo la influencia de la espaciolina, podría revelar la existencia de la droga; o perderla; o decir algo incoherente que luego resultase comprometedor. Tenía que mantener el dominio de sí mismo en todo momento.

Así de sencillo era. Me dispuse a esperar.

El *Antares Giant* arribó puntualmente, y yo esperé con los músculos de las piernas en tensión, para salir corriendo en cuanto hubiese puesto las esposas al inmundo y criminal traficante de drogas y me hubiese despedido de los otros dos eminentes personajes.

El primero en entrar fue Lipsky. Era un hombre de labios carnosos y sonrosados, mentón redondeado, cejas negrísimas y cabello ceniciento. Se limitó a mirarme, para sentarse sin pronunciar palabra. No era aquél. Se hallaba bajo los efectos de la espaciolina.

Yo le dije:

—Buenas tardes.

Con voz soñolienta, él murmuró:

—Ardes surrealista en Panamá corazones en misiones para una taza de té. Libertad de palabra.

Era la espaciolina, en efecto. La espaciolina, que aflojaba los resortes de la mente humana. La última palabra pronunciada por alguien sugería la siguiente frase, en una desordenada asociación de ideas.

El siguiente fue Andiamo Ferrucci. Bigotes negros, largo y cerúleo, tez olivácea, cara marcada de viruelas. Tomó asiento en otra butaca, frente a nosotros.

Yo le dije:

—¿Qué, buen viaje?

Él contestó:

—Baje la luz sobre el testuz del buey de Camagüey, me voy a Indiana a comer.

Lipsky intervino:

—Comercio sabio resabio con una libra de libros en Biblos y edificio

fenicios.

Yo sonreí. Me quedaba Harponaster. Ya tenía cuidadosamente preparada mi pistola neurónica, y las esposas magnéticas a punto para ponérselas.

Y en aquel momento entró Harponaster. Era un hombre flaco, correoso, muy calvo, y bastante más joven de lo que parecía en su imagen tridimensional. ¡Y estaba empapado de espaciolina hasta el tuétano!

No pude contener una exclamación:

—¡Atiza!

—Paliza fenomenal sobre mal papel si no tocamos madera en la carretera.

Ferrucci añadió:

—Estera sobre la ruta en disputa por encontrar un ruiseñor.

Y Lipsky continuó:

—Señor, jugaré a ping-pong ante amigos dulces son.

Yo miraba de uno a otro lado mientras ellos iban diciendo tonterías en parrafadas cada vez más breves, hasta que reinó el silencio.

Inmediatamente comprendí lo que sucedía. Uno de ellos estaba fingiendo, pues había tenido suficiente inteligencia para comprender que si no aparecía bajo los efectos de la espaciolina, eso le delataría. Tal vez sobornó a un empleado para que le inyectase una solución salina, o hizo cualquier otro truco parecido.

Uno de ellos fingía. No resultaba difícil representar aquella comedia. Los actores del subetérico hacían regularmente el número de la espaciolina. El lector debe haberlos oído docenas de veces.

Contemplé a aquellos tres hombres y noté que se me erizaban por primera vez los pelos del cuello al pensar en lo que me sucedería si no conseguía descubrir al culpable.

Eran las 8,30, y estaban en juego mi empleo, mi reputación, y mi propia cabeza. Dejé de pensar de momento en ello y pensé en Flora. Desde luego, no me esperaría eternamente. Lo más probable era que ni siquiera me esperase otra media hora.

Entonces me dije: ¿sería capaz el culpable de realizar con la misma soltura las asociaciones de ideas, si le hacía meterse en terreno resbaladizo?

Así es que dije:

—Estoy tan estupefacto que siento estupefacción.

Lipsky pescó la frase al vuelo y prosiguió:

—Estupefacción estupefaciente dijo el cliente con *do re mi fa sol* para ser salvado.

—Salvado con estofado de toro de nada sirve la efervescencia con un cañón —dijo Ferrucci.

—Cañones al son dulzón del trombón —dijo Lipsky.

—Bombón astroso —dijo Ferrucci.

—Oso de cal —dijo Harponaster.

Unos cuantos gruñidos y se callaron.

Lo intenté de nuevo, con mayor cuidado esta vez, pensando que recordarían después todo cuanto yo dijese. Por lo tanto, debía esforzarme por decir frases inofensivas.

Dije pues:

—No hay nada como la espaciolina.

Ferrucci dijo:

—La colina de la mina en la Scala de Milán, tan taran, tan...

Yo interrumpí tan ingeniosas palabras y repetí, mirando a Harponaster:

—Sí, para viajar por el espacio, no hay nada como la espaciolina.

—Avelina con su cama de algodón en rama salta la rana...

Le interrumpí también, dirigiéndome esta vez a Lipsky:

—No hay nada como la espaciolina.

—Melusina toma chocolate con patatas baratas tras los talones de Aquiles.

Uno de ellos añadió:

—Miles de angulas grandes como mulas me tienen que matar.

—Atar después de bailar.

—Hilar muy finas.

—Minas de sal.

—Salga el rey.

—Buey.

Lo intenté dos o tres veces más, hasta que vi que por allí no iría a ninguna parte. El culpable, quienquiera que fuese de los tres, se había ejercitado, o bien poseía un talento natural para efectuar asociaciones de ideas espontáneas. Desconectaba su cerebro y dejaba que las palabras saliesen al buen tun tun. Además, debía saber lo que yo estaba buscando. Si «estupefacción» con su derivado «estupefaciente» no le habían delatado, la repetición por tres veces consecutivas de la palabra «espaciolina» debía haberlo hecho. Los otros dos nada debían sospechar, pero él sí.

¿Cómo conseguiría descubrirlo entonces? Sentí un odio furioso hacia él y noté que me temblaban las manos. Aquella asquerosa rata, si se escapaba, corrompería toda la galaxia. Por si fuese poco, era culpable de la muerte de mi mejor amigo. Y por encima de todo esto, me impedía acudir a

mi cita con Flora.

Me quedaba el recurso de registrarlos. Los dos que se hallaban realmente bajo los efectos de la espaciolina no harían nada por impedirlo, pues no podían sentir emoción, temor, ansiedad, odio, pasión ni deseos de defenderse. Y si uno de ellos hacía el menor gesto de resistencia, ya tendría al hombre que buscaba.

Pero los inocentes recordarían lo sucedido, al recobrar la lucidez. Recordarían que los habían registrado minuciosamente mientras se hallaban bajo los efectos de la espaciolina.

Suspiré. Si lo intentaba, descubriría al criminal, desde luego, pero yo me convertiría después en algo extraordinariamente parecido al hígado trinchado. El Servicio recibiría una terrible reprimenda, el escándalo alcanzaría proporciones cósmicas, y en el aturdimiento y la confusión que esto produciría, el secreto de la espaciolina alterada se difundiría a los cuatro vientos, con lo que todo se iría a rodar.

Desde luego, el culpable podía ser el primero que yo registrase. Tenía una probabilidad entre tres que lo fuese. Pero no me fiaba.

Consulté desesperado mi reloj y mi mirada se enfocó en la hora: las 9:15.

¿Cómo era posible que el tiempo pasase tan de prisa?

¡Oh, Dios mío! ¡Oh, pobre de mí! ¡Oh, Flora!

No tenía elección. Volví a la cabina para hacer otra rápida llamada a Flora. Una llamada rápida, para que la cosa no se enfriase; suponiendo que ya no estuviese helada.

No cesaba de decirme: «No contestará».

Traté de prepararme para aquello, diciéndome que había otras chicas, que había otras...

Todo inútil, no había otras chicas.

Si Hilda hubiese estado en Puerto Marte, nunca hubiera pensado en Flora; eso para empezar, y entonces su falta no me hubiera importado. Pero estaba en Puerto Marte y sin Hilda, y además tenía una cita con Flora.

La señal de llamada funcionaba insistentemente, y yo no me decidía a cortar la comunicación.

¡De pronto contestaron!

Era ella. Me dijo:

—Ah, eres tú.

—Claro, cariño, ¿quién si no podía ser?

—Pues cualquier otro. Otro que viniese.

—Tengo que terminar este asunto, cielito.

—¿Qué asunto? ¿Plastones pa quien?

Estuve a punto de corregir su error gramatical, pero estaba demasiado ocupado tratando de adivinar qué debía significar «plastones».

Entonces me acordé. Una vez le había dicho que yo era representante de plastón. Fue aquel día que le regalé un camisón de plastón que era una monada.

Entonces le dije:

—Escucha. Concédeme otra media hora...

Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Estoy aquí sola y sentada, esperándote.

—Ya te lo compensaré.

Para que el lector vea cuán desesperado me hallaba, le diré que ya empezaba a pensar en tomar un camino que sólo podía llevarme al interior de una joyería, aunque eso significase que mi cuenta corriente mostraría un mordisco tan considerable que para la mirada penetrante de Hilda parecería algo así como la nebulosa Cabeza de Caballo irrumpiendo en la Vía Láctea. Pero entonces estaba completamente desesperado.

Ella dijo, contrita:

—Tenía una cita estupenda y la anulé por ti.

Yo protesté:

—Me dijiste que era un compromiso sin importancia.

Después que lo dije, comprendí que me había equivocado.

Ella se puso a gritar:

—¡Un compromiso sin importancia!

(Eso fue exactamente lo que dijo. Pero de nada sirve tener la verdad de nuestra parte al discutir con una mujer. En realidad, eso no hace sino empeorar las cosas. ¿Es que no lo sabía, estúpido de mí?)

Flora prosiguió:

—Mira que decir eso de un hombre que me ha prometido una finca en la Tierra...

Entonces se puso a charlar por los codos de aquella finca en la Tierra. A decir verdad, casi todos los donjuanes de ocasión que se paseaban por Puerto Marte aseguraban poseer una finca en la Tierra, pero el número de los que la poseían de verdad se podía contar con el sexto dedo de cada mano.

Traté de hacerla callar. Todo inútil.

Por último dijo, llorosa:

—Y yo aquí sola, y sin nadie.

Y cortó el contacto.

Desde luego, tenía razón. Me sentí el individuo más despreciable de toda la galaxia.

Regresé a la sala de espera. Un rastrero botones se apresuró a dejarme paso.

Contemplé a los tres magnates de la industria y me puse a pensar en qué orden los estrangularía lentamente hasta matarlos si pudiese tener la suerte de recibir aquella orden. Tal vez empezaría por Harponaster. Aquel sujeto tenía un cuello flaco y correoso que podría rodear perfectamente con mis dedos, y una nuez prominente sobre la cual podría hacer presión con los pulgares.

La satisfacción que estos pensamientos me proporcionaron fue, a decir verdad, ínfima, y sin darme cuenta murmuré la palabra «¡Cielito!», de pura añoranza.

Aquello los disparó otra vez. Ferrucci dijo:

—Bonito lío tiene mi tío con la lluvia rubia Dios salve al rey...

Harponaster, el del flaco pescuezo, añadió:

—Ley de la selva para un gato malva.

Lipsky dijo:

—Calva cubierta con varias tortillas.

—Pillas niñas son.

—Sonaba.

—Haba.

—Va.

Y se callaron.

Entonces me miraron fijamente. Yo les devolví la mirada. Estaban desprovistos de emoción (dos de ellos al menos), y yo estaba vacío de ideas. Y el tiempo iba pasando.

Seguí mirándoles fijamente y me puse a pensar en Flora. Se me ocurrió que no tenía nada que perder que ya no hubiese perdido. ¿Y si les hablase de ella?

Entonces les dije:

—Señores, hay una chica en esta ciudad, cuyo nombre no mencionaré para no comprometerla. Permítanme que se la describa.

Y eso fue lo que hice. Debo reconocer que las últimas dos horas habían aumentado hasta tal punto mis reservas de energía, que la descripción que les hice de Flora y de sus encantos asumió tal calidad poética que parecía surgir de un manantial oculto en lo más hondo de mi ser subconsciente.

Los tres permanecían alelados, casi como si escuchasen, sin interrumpirme apenas. Las personas sometidas a la espaciolina se hallan

dominadas por una extraña cortesía. No interrumpen nunca al que está hablando. Esperan a que éste termine.

Seguí describiéndoles a Flora con un tono de sincera tristeza en mi voz, hasta que los altavoces anunciaron estruendosamente la llegada del *Space Eater*.

Había terminado. En voz alta, les dije:

—Levántense, caballeros. —Para añadir—: Tú no, asesino.

Y sujeté las muñecas de Ferrucci con mis esposas magnéticas, casi sin darle tiempo a respirar.

Ferrucci luchó como un diablo. Naturalmente, no se hallaba bajo la influencia de la espaciolina. Mis compañeros descubrieron la peligrosa droga, que transportaba en paquetes de plástico color carne adheridos a la parte interior de sus muslos. De esta manera resultaban invisibles; sólo se descubrían al tacto, y aun así, había que utilizar un cuchillo para cerciorarse.

Rog Crinton, sonriendo y medio loco de alegría, me sujetó después por la solapa para sacudirme como un condenado:

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo conseguiste descubrirlo?

Yo respondí, tratando de desasirme:

—Estaba seguro que uno de ellos fingía hallarse bajo los efectos de la espaciolina. Así es que se me ocurrió hablarles... (adopté precauciones..., a él no le importaban en lo más mínimo los detalles), ejem, de una chica, ¿sabes?, y dos de ellos no reaccionaron, con lo cual comprendí que se hallaban drogados. Pero la respiración de Ferrucci se aceleró y aparecieron gotas de sudor en su frente. Yo la describí muy a lo vivo, y él reaccionó ante la descripción, con lo cual me demostró que no se hallaba drogado. Ahora, ¿harás el favor de dejarme ir?

Me soltó, y casi me caí de espalda.

Me disponía a salir corriendo..., los pies se me iban solos, cuando de pronto di media vuelta y volví de nuevo junto a mi amigo.

—Oye, Rog —le dije—. ¿Podrías firmarme un vale por mil créditos, pero no como anticipo de mi paga..., sino en concepto de servicios prestados a la organización?

Entonces fue cuando comprendí que estaba verdaderamente loco de alegría y que no sabía cómo demostrarme su gratitud, pues me dijo:

—Naturalmente, Max, naturalmente. Pero mil es poco... Te daré diez mil, si quieres.

—Quiero —repuse, sujetándole yo para variar—. Quiero. ¡Quiero!

Él me extendió un vale en papel oficial del Servicio por diez mil créditos; dinero válido, contante y sonante en toda la galaxia. Me entregó el vale

sonriendo, y en cuanto a mí, no sonreía menos al recibirlo, como puede suponerse.

Respecto a la forma de contabilizarlo, era cuenta suya; lo importante era que yo no tendría que rendir cuentas de aquella cantidad a Hilda.

Por última vez, me metí en la cabina para llamar a Flora. No me atrevía a concebir demasiadas esperanzas hasta que llegase a su casa. Durante la última media hora, ella había podido tener tiempo de llamar a otro, si es que ese otro no estaba ya con ella.

«Que responda. Que responda. Que res...»

Respondió, pero estaba vestida para salir. Por lo visto, la había pillado en el momento mismo de marcharse.

—Tengo que salir —me dijo—. Aún existen hombres formales. En cuanto a ti, deseo no verte más. No quiero verte ni en pintura. Me harás un gran favor, señor cantamañanas, si no vuelves a llamarme nunca más en tu vida y...

Yo no decía nada. Me limitaba a contener la respiración y sostener el vale de manera que ella pudiese verlo. No hacía más que eso.

Pero fue bastante. Así que terminó de decir las palabras «nunca más en tu vida y...», se acercó para ver mejor. No era una chica excesivamente culta, pero sabía leer «diez mil créditos» más de prisa que cualquier graduado universitario de todo el Sistema Solar.

Abriendo mucho los ojos, exclamó:

—¡Max! ¿Son para mí?

—Todos para ti, cielito. Ya te dije que tenía que resolver cierto asuntillo. Quería darte una sorpresa.

—Oh, Max, qué delicado eres. Bueno, todo ha sido una broma. No lo decía en serio, como puedes suponer. Ven en seguida. Te espero.

Y empezó a quitarse el abrigo.

—¿Y tu cita, qué? —le pregunté.

—¿No te he dicho que bromeaba?

—Voy volando —dije, sintiéndome desfallecer.

—Bueno, no te vayas a olvidar del valecito ese, ¿eh? —dijo ella, con una expresión pícara.

—Te los daré del primero al último.

Corté el contacto, salí de la cabina y pensé que por último estaba a punto..., a punto...

Oí que me llamaban por mi nombre de pila.

—¡Max, Max!

Alguien venía corriendo hacia mí.

—Rog Crinton me dijo que te encontraría por aquí. Mamá se ha puesto bien, ¿sabes? Entonces conseguí encontrar todavía pasaje en el *Space Eater*, y aquí me tienes... Oye, ¿qué es eso de los diez mil créditos?

Sin volverme, dije:

—Hola, Hilda.

Y entonces me volví e hice la cosa más difícil de toda mi vida de aventurero del espacio. Conseguí sonreír.

LOS BUITRES BONDADOSOS

Hacía ya quince años que los hurrianos mantenían su base en la cara invisible de la Luna.

Era algo sin precedentes; inaudito. Ningún hurriano había podido ni soñar que les entretendrían tanto tiempo. Las escuadrillas de descontaminación estaban dispuestas y esperando durante aquellos quince años; listas para descender como exhalaciones a través de las nubes radiactivas y salvar lo que pudiese salvarse para los escasos supervivientes... A cambio, naturalmente, de una paga justa y equitativa.

Pero el planeta había girado quince veces en torno a su sol. Cada vez que completaba una revolución, el satélite había girado casi trece veces en torno al planeta. Y durante todo aquel tiempo, la guerra nuclear no había estallado.

Los grandes primates inteligentes hacían estallar bombas nucleares en diversos puntos de la superficie del planeta. La estratosfera del mismo se había ido recalentando extraordinariamente con desechos radiactivos. Pero la guerra seguía sin estallar.

Devi-en deseaba con toda su alma que lo relevasen. Era el cuarto capitán que se hallaba al frente de aquella expedición colonizadora (si aún se la podía seguir llamando así, después de quince años de animación suspendida), y nada le habría alegrado más que el que un quinto capitán viniese a sustituirle. La inminente llegada del Archiadministrador enviado por el planeta materno para que informase personalmente sobre la situación indicaba que su relevo tal vez estaba próximo. ¡Ojalá!

Se hallaba en la superficie de la Luna, metido en su traje del espacio y pensando en Hurria, su planeta natal. Mientras pensaba movía incansablemente largos y delgados brazos como si su instinto milenario le hiciese ansiar los árboles ancestrales. Sólo se alzaba noventa centímetros sobre el suelo. Lo poco que podía verse de él a través del visor transparente de su casco era una cara negra y velluda, de frente arrugada, y nariz carnosa y móvil. El pequeño mechón de pelos finos que formaba su barba contrastaba vivamente, pues era de un blanco purísimo. En la parte trasera

de la escafandra, un poco más abajo de su centro, se veía un bulto destinado a alojar cómodamente la corta y gruesa cola de los hurrianos.

Devi-en no se preocupaba lo más mínimo por su apariencia, desde luego, pero se daba perfecta cuenta de las diferencias que separaban a los hurrianos de las restantes inteligencias de la galaxia. Solamente los hurrianos eran tan pequeños; únicamente ellos poseían cola y eran vegetarianos..., y sólo ellos se habían salvado de la inevitable guerra nuclear que había destruido a las demás especies racionales conocidas.

Se erguía en la llanura amurallada de muchos kilómetros de extensión..., tan vasta, en realidad, que su borde elevado y circular (que en Hurria hubiera sido llamado un cráter, de haber sido más pequeño) se perdía tras el horizonte. Junto a la pared meridional del circo, en un lugar bastante protegido de la acción directa de los rayos solares, había crecido una ciudad. Por supuesto, comenzó como un campamento provisional, pero con el transcurso de los años los hurrianos trajeron hembras de su especie, y nacieron niños. En la actualidad había allí escuelas y complicadas plantaciones hidropónicas, grandes depósitos de agua, y todo cuanto es necesario para abastecer a una ciudad en un mundo sin aire.

¡Resultaba ridículo! Y todo porque un planeta que tenía armas atómicas no se decidía a desencadenar una guerra.

El Archiadministrador, cuya llegada era inminente, se haría sin duda la misma pregunta que Devi-en se había formulado un incontable número de veces: ¿Por qué no había estallado una guerra nuclear?

Devi-en observó como los toscos y pesados mauvs preparaban el terreno para el aterrizaje, alisando las desigualdades del mismo y extendiendo la capa protectora de cerámica, destinada a absorber el empuje hiperatómico que se ejercería contra el campo, con el fin de evitar la menor incomodidad para los pasajeros que ocuparían la astronave.

Incluso cubiertos por sus escafandras del espacio, los mauvs parecían rebosar fuerza, pero era la fuerza muscular únicamente. Más allá se veía la figurilla de un hurriano dando órdenes, que los mauvs obedecían con docilidad. Naturalmente.

La raza mauviana era la única, entre las restantes especies de grandes primates inteligentes, que pagaba su tributo con algo completamente insólito: su aportación personal, en lugar de enviar artículos de consumo. Aquello constituía un tributo verdaderamente útil, mejor que el acero, el

aluminio o las especias.

Una voz resonó de pronto en el receptor de Devi-en:

—Hemos avistado la nave, señor. Aterrizará antes de una hora.

—Muy bien —dijo Devi-en—. Que preparen mi coche para llevarme a la nave en cuanto se inicie el aterrizaje.

Algo le decía que las cosas no iban muy bien.

Apareció el Archiadministrador, escoltado por un séquito de cinco mauvs, su guardia personal. Penetraron en la ciudad con él, uno a cada lado y tres cerrando la marcha. Le ayudaron a despojarse de su escafandra y luego se quitaron las suyas.

Sus cuerpos casi lampiños, sus anchas y toscas facciones, sus narices aplastadas y pómulos salientes resultaban repulsivos pero no causaban espanto. Aunque tenían una estatura doble que la de los hurrianos y eran mucho más fornidos que éstos, había una docilidad en su mirada, algo tan sumiso en su aspecto, que no inspiraban temor, a pesar de sus gruesos y musculosos cuellos y sus poderosos brazos, que pendían desvalidos.

El Archiadministrador los despidió con un gesto y ellos se fueron como una jauría de perros obedientes. En realidad, él no necesitaba su protección, pero el cargo que ostentaba requería un séquito de cinco mauvs, y tenía que atenerse al protocolo.

Ni durante la comida ni durante el interminable ritual de bienvenida hablaron de asuntos de estado, pero cuando llegó un momento que resultaba más adecuado para irse a dormir, el Archiadministrador se acarició la barbita con sus pequeños dedos y preguntó:

—¿Cuánto tiempo tendremos que esperar aún para este planeta, capitán?

Devi-en observó que estaba muy envejecido. El pelo de sus extremidades superiores era canoso, y los mechones de los codos corrían parejos en blancura con su barba.

—No sabría decírselo, Alteza —repuso Devi-en humildemente—. No han seguido el camino acostumbrado.

—Eso salta a la vista. Lo que yo pregunto es por qué no lo han seguido. El Consejo opina que tus informes prometen más que dan. Hablas de teorías

pero no das ningún detalle. Tienes que saber que en Hurria ya empezamos a estar hartos de este asunto. Si sabes algo que todavía no nos has comunicado, ahora es el momento de decírmelo.

—La cuestión resulta difícil de demostrar, Alteza. Nunca habíamos podido espiar a una raza durante tanto tiempo. Hasta fecha muy reciente no nos hemos dedicado a observar lo que importa. Todos los años creíamos que la guerra nuclear estallaría de un momento a otro, y sólo desde que yo soy capitán nos hemos dedicado a estudiar con mayor intensidad a esa gente. Una de las pocas ventajas que nos ha reportado esta larga espera ha sido que hemos podido aprender bien algunos de sus principales idiomas.

—¿Ah, sí? ¿Sin desembarcar siquiera en el planeta?

Devi-en se lo explicó:

—Algunas de nuestras naves que penetraron en la atmósfera planetaria en misiones de observación, particularmente durante los primeros años, captaron bastante emisiones de radio. Utilicé nuestras computadoras lingüísticas para descifrarlas, y a lo largo del año pasado empecé a formarme una idea básica para comprenderlas.

El Archiadministrador le miraba sorprendido, conteniendo a duras penas una exclamación de asombro, que hubiera sido completamente superflua.

—¿Y has descubierto algo de interés?

—Es posible, Alteza, pero lo que conseguí averiguar es tan extraño y resulta tan difícil obtener pruebas palpables de ello que no me atreví a mencionarlo en mis informes oficiales.

El Archiadministrador lo comprendió así. Muy rígido, preguntó:

—¿Te importaría exponerme tus opiniones..., de un modo extraoficial?

—Lo haré con sumo gusto, señor —repuso inmediatamente Devi-en—. Los habitantes de este planeta pertenecen, por supuesto, al grupo de los primates superiores. Y se hallan animados por un espíritu de lucha, que crea entre ellos innumerables rivalidades.

Su interlocutor dejó escapar algo que parecía un suspiro de alivio, y se pasó rápidamente la lengua por la nariz.

—Por un momento —dijo— había cruzado por mi cerebro la terrible idea que estuviesen desprovistos del espíritu de lucha que pudiese... Pero te

ruego que prosigas.

—Poseen espíritu de lucha y emulación —le dijo Devi-en—. Y muy superior al normal, se lo aseguro.

—Entonces, ¿por qué no se produce el curso natural de los acontecimientos?

—Hasta cierto punto, las cosas siguen el curso marcado, Alteza. Tras el largo período de incubación acostumbrado, empezaron a mecanizarse; y después de eso, las matanzas normales entre primates superiores se convirtieron en verdaderas guerras destructoras. Al finalizar su más reciente conflicto bélico a gran escala, surgieron las armas nucleares y la guerra terminó inmediatamente.

El Archiadministrador asintió.

—¿Y después? —preguntó.

—Después de eso —repuso Devi-en—, lo normal hubiera sido que estallase una nueva guerra, esta vez con armas atómicas, y durante la misma se hubieran desarrollado rápidamente las armas nucleares, adquiriendo un terrible poder destructor, para ser utilizado al estilo típico de los grandes primates, con el resultado que hubiera reducido la población en un santiamén a un puñado de supervivientes hambrientos que subsistirían penosamente en un mundo poblado de ruinas.

—Naturalmente, pero eso no sucedió. ¿Por qué no sucedió?

—Existe una posible explicación. Una vez metida por el camino de la mecanización, esta raza progresó con una rapidez extraordinaria.

—¿Y qué? —repuso el dignatario hurriano—. ¿Y eso qué importa? De ese modo, descubrieron las armas nucleares mucho antes.

—Es cierto. Pero después de la última guerra mundial, continuaron perfeccionando sus armas nucleares con una rapidez insólita. Ése es el inconveniente. La potencia de estas armas había llegado a ser aterradora antes que la nueva guerra hubiese tenido tiempo de comenzar, y ahora la situación ha llegado a un punto en que ni siquiera estos belicosos primates se atreven a enzarzarse en una guerra.

El Archiadministrador abrió desmesuradamente sus ojillos negros y redondos.

—Pero eso es imposible. Me importa un bledo el talento técnico que posean estos seres. La ciencia militar sólo progresa durante la guerra y gracias a ella.

—Tal vez eso no sea así en el caso de estos seres particulares. Sin embargo, aunque lo fuese, lo curioso del caso es que ya están metidos en una guerra; no de verdad, pero guerra después de todo.

—¿No de verdad, pero guerra después de todo? —repitió el Archiadministrador, estupefacto—. ¿Qué significa eso?

—No lo sé con seguridad —dijo Devi-en, moviendo la nariz con exasperación—. Ahí es donde fallan mis intentos por ordenar de una manera lógica las informaciones dispares que poseemos. En este planeta tiene lugar lo que ellos llaman una Guerra Fría. Sea lo que sea, es algo que impulsa enormemente sus investigaciones, pero no provoca el aniquilamiento nuclear.

—¡Imposible! —exclamó el Archiadministrador.

—Ahí está el planeta, Alteza. Y aquí estamos nosotros. Quince años esperando.

El Archiadministrador levantó sus largos brazos, cruzándolos sobre la cabeza hasta que sus manos tocaron los hombros opuestos.

—En ese caso, sólo existe una solución. El Consejo ha tenido en cuenta la posibilidad que este planeta haya alcanzado una especie de *impasse*, una especie de paz armada que se mantiene en equilibrio al borde de una guerra nuclear. Algo parecido a lo que acabas de describir, aunque nadie dio los argumentos que tú has presentado. Pero es una situación inadmisible.

—¿Sí, Alteza?

—Sí —repuso el Archiadministrador, haciendo un esfuerzo visible—. Cuanto más tiempo se prolongue esta situación de equilibrio, mayores serán las probabilidades para que algún primate superior descubra la manera de efectuar viajes interestelares. Entonces, esta raza se desparramaría por la galaxia, a la que aportaría sus luchas y rivalidades. ¿Comprendes?

—¿Y qué hay que hacer, entonces?

El Archiadministrador hundió la cabeza entre los brazos, como si ni él mismo quisiera oír lo que iba a decir. Con voz ahogada, dijo:

—Para sacarles del precario equilibrio en que se encuentran, capitán, no hay más remedio que darles un empujón. Y se lo daremos nosotros.

A Devi-en se le revolvió el estómago, y la cena que había ingerido le subió a la garganta, produciéndole náuseas.

—¿Nosotros les daremos el empujón, Alteza?

Su mente se negaba a admitir aquella monstruosa posibilidad.

Pero el Archiadministrador se lo dijo sin ambages:

—Les ayudaremos a comenzar su guerra atómica. —Parecía dominado por la misma repugnancia y disgusto que afectaban a Devi-en. En un susurro, añadió—: ¡No tenemos más remedio!

Devi-en casi se había quedado sin habla. También en un susurro, preguntó:

—Pero, ¿cómo puede hacerse una cosa tan horrible, Alteza?

—No lo sé... Y no me mires así. La decisión no es cuenta mía. Corresponde al Consejo. Estoy seguro que comprenderán las consecuencias que tendría para la galaxia la irrupción en el espacio de una raza de grandes primates inteligentes y poderosos, no amansada por una guerra nuclear.

Devi-en se estremeció ante esta perspectiva. El espíritu de lucha y emulación suelto por la galaxia... Sin embargo, insistió:

—Pero, ¿cómo se empieza una guerra nuclear? ¿Cómo se hace?

—Lo ignoro absolutamente, ya te lo dije. Pero debe existir alguna norma; tal vez un..., un mensaje que pudiésemos enviar... O una tempestad que pudiésemos impulsar reuniendo formaciones nubosas... Podemos alterar considerablemente sus condiciones meteorológicas, si nos lo proponemos.

—Pero ¿cree, Alteza, que eso bastaría para originar una guerra nuclear? —preguntó Devi-en, escéptico.

—Tal vez no. Lo menciono únicamente a modo de ejemplo. Pero esos primates lo saben. Ten en cuenta que son ellos quienes inician las guerras nucleares de verdad. Eso se halla impreso en su cerebro. Y ahora viene la decisión principal adoptada por el Consejo.

Devi-en notó el leve ruido que hacía su cola al golpear suavemente la silla. Trató de evitarlo, sin conseguirlo.

—¿Cuál es la decisión, Alteza?

—Capturar a un primate superior en la propia superficie del planeta. Raptarlo.

—¿Un primate salvaje?

—Por el momento, en el planeta sólo existen primates salvajes. Todavía no han sido domesticados.

—¿Y qué cree el Consejo que conseguiremos con eso?

Devi-en hundió la cabeza todo cuanto pudo entre sus paletillas. Le temblaba la piel de los sobacos a causa de la repulsión que experimentaba. ¡Capturar a uno de aquellos grandes primates salvajes! Trató de imaginarse a uno de ellos, aún no domeñado por los embrutecedores efectos de una guerra nuclear, todavía no alterado por la civilizadora influencia de la eugenesia hurriana.

El Archiadministrador no hizo el menor intento por ocultar la evidente repulsión que él también sentía, pero dijo:

—Tú irás al frente de la expedición de captura, capitán. Piensa que es por el bien de la galaxia.

Devi-en había visto bastantes veces el planeta, pero cada vez que rodeaba a la Luna con su nave y aquel mundo aparecía en su campo de visión, le dominaba una oleada de insufrible nostalgia.

Era un hermoso planeta, muy semejante a Hurria en cuanto a dimensiones y características, pero más salvaje y grandioso. Su contemplación, viniendo de la desolada Luna, causaba una impresión extraordinaria.

Se preguntó cuántos planetas como aquél figurarían entonces en las listas de colonización de los hurrianos. ¿Cuántos otros planetas existirían, respecto a los cuales los grupos de meticulosos observadores comunicarían cambios de apariencia periódicos, que sólo podrían interpretarse como causados por sistemas de cultivo artificiales de plantas alimenticias? ¿Por cuántas veces en el futuro llegaría un día en que la radiactividad en la alta atmósfera de uno de aquellos planetas empezaría a subir, en que las escuadrillas de colonización partirían raudas al observar aquellas inequívocas

señales?

... Como era el caso de aquel planeta.

Causaba verdadera pena la confianza con que los hurrianos procedieron al principio. Devi-en hubiera reído de buena gana al leer aquellos primeros informes, si no se hubiese encontrado atrapado en la actualidad en la misma empresa. Las navecillas de exploración de los hurrianos se habían acercado al planeta para recoger datos geográficos y localizar los centros de población. Desde luego fueron avistadas, pero eso poco importaba ya, estando tan próxima, como ellos creían, la explosión final.

¿Tan próxima?... Fueron pasando los años y las navecillas de reconocimiento empezaron a adoptar mayores precauciones, y se apartaron del planeta.

La navecilla de Devi-en también avanzaba cautelosamente en aquella ocasión. Sus tripulantes estaban muy nerviosos a causa del carácter repelente que tenía aquella misión; por más que Devi-en les aseguró que no pensaban hacer daño al gran primate que iban a capturar, ellos se mostraban inquietos. Aun así, tenían que proceder con calma. La captura tenía que efectuarse en un lugar desierto. Así, permanecieron varios días en la navecilla, inmóviles a una altura de dieciséis kilómetros, cerniéndose sobre una región fragosa, desierta e inculta. A medida que transcurría el tiempo, el nerviosismo de la tripulación aumentaba. Solamente los estólidos mauvs conservaban la calma.

Hasta que un día la pantalla les mostró a uno de aquellos seres, que avanzaba solo por el terreno desigual, con un largo bastón en una mano y una mochila a la espalda.

La nave descendió silenciosamente, a velocidad supersónica. El propio Devi-en, con el pelo erizado, empuñaba los mandos.

Pudieron oír que aquel ser decía dos cosas antes que lo capturasen, y estas frases fueron los primeros comentarios registrados para analizarlos más tarde con la computadora mentálica.

La primera frase, pronunciada por el gran primate cuando éste advirtió la nave casi encima de su cabeza, fue captada por el telemicrófono direccional, y fue la siguiente:

—¡Dios mío! ¡Un platillo volante!

Devi-en comprendió la segunda parte de la frase. Era así como los grandes primates denominaban a las naves hurrianas; aquel término se había puesto en boga durante aquellos años de observación descuidada.

Aquella salvaje criatura pronunció su segunda frase cuando la subieron a la nave, debatiéndose como una fiera pero sin poder librarse del férreo abrazo de los imperturbables mauvs.

Devi-en, jadeante, con su carnosa nariz temblando ligeramente, se adelantó a recibirle, y aquel ser (cuya cara desagradable y lampiña estaba recubierta de una secreción aceitosa) vociferó:

—¡Lo que faltaba! ¡Un mono!

Devi-en comprendió también la segunda parte de la frase. Con aquella palabra se designaba a una especie de pequeños primates en uno de los principales idiomas del planeta.

El cautivo, de un salvajismo extraordinario, era casi imposible de manejar. Hizo falta infinita paciencia antes de poder dirigirle la palabra de una manera razonable. Al principio sufría crisis tras crisis. El primate se dio cuenta casi inmediatamente que se lo llevaban de la Tierra, y lo que Devi-en creía que supondría una emocionante experiencia para él, resultó ser todo lo contrario. Se pasaba el tiempo hablando de sus crías y de una hembra.

«Tienen mujeres e hijos —pensó Devi-en, lleno de compasión—, y a su manera los quieren, pues son primates superiores.»

Luego hubo que hacerle comprender que los mauvs que lo custodiaban y lo sujetaban cuando sus accesos de violencia lo hacían necesario no le harían daño, y que nadie pensaba maltratarlo.

(Devi-en sentía náuseas ante la idea que un ser racional pudiese causar daño a otro. Le resultaba difícil, dificilísimo, hablar de aquel tema, aunque sólo fuese para admitir la posibilidad un momento y negarla en seguida. El ser arrebatado a aquel planeta consideraba con gran suspicacia aquellas vacilaciones. Aquellos grandes primates eran así.)

Durante el quinto día, cuando tal vez a causa de su agotamiento aquel ser permaneció mucho rato tranquilo, Devi-en pudo hablar con él en su propio camarote, y de pronto el primero se encolerizó cuando el hurriano se puso a explicarle, sin dar mayor importancia a la cosa, que ellos esperaban a

que estallase una guerra nuclear.

—¿Conque ustedes están esperando eso, eh? —gritó aquel ser—. ¿Y qué les hace estar tan seguros que habrá una guerra?

Devi-en no estaba seguro de ello, por supuesto, pero repuso:

—Siempre termina por producirse una guerra nuclear. Nosotros nos proponemos venir en su ayuda después de ella.

—Después de ella, ¿eh?

Empezó a proferir palabras incoherentes. Movió con violencia los brazos, y los mauvs apostados junto a él tuvieron que sujetarlo con suavidad y llevárselo.

Devi-en suspiró. Ya tenía una buena colección de frases pronunciadas por el primate... Tal vez la computadora consiguiera desentrañar algo gracias a ellas. En cuanto a él, le resultaban completamente disparatadas.

Además, aquel ser no medraba. Su cuerpo estaba casi totalmente desprovisto de vello, hecho que la observación a larga distancia no había revelado, debido a las pieles artificiales con que se cubrían, ya fuese para procurarse calor o a causa de la repulsión instintiva que incluso aquellos grandes primates experimentaban por la epidermis desprovista de pelo.

Hecho sorprendente: en la cara de aquel ser había empezado a brotar un vello parecido al que cubría la cara del hurriano, aunque más abundante y más oscuro.

Pero lo principal era que no medraba. Había adelgazado mucho, pues apenas probaba bocado, y si aquello duraba mucho, su salud se resentiría. Devi-en no quería, de ningún modo, asumir aquella responsabilidad.

Al día siguiente, el gran primate se mostraba muy calmado. Casi hablaba con animación, volviendo al tema de la guerra nuclear, que era lo que más parecía interesarle. (¡Qué atracción tan terrible ejercía aquel tema sobre la mente de los grandes primates!, se dijo Devi-en.)

—¿Dices que siempre acaba produciéndose la guerra nuclear? —dijo el primate—. ¿Significa eso que existen otros seres además de nosotros, ustedes y... ellos?

E indicó a los mauvs, apostados junto a él.

—Existen millares de especies inteligentes, que habitan en miles de mundos. Muchos miles —respondió Devi-en.

—¿Y todos ellos tienen guerras nucleares?

—Todos cuantos han alcanzado determinado nivel técnico. Todos menos nosotros. Nosotros somos distintos. Nos falta el espíritu de lucha. En cambio, poseemos el instinto de la cooperación.

—¿Quieres decir que ustedes saben que ocurrirán guerras nucleares y no hacen nada por evitarlas?

—Sí, hacemos lo que podemos —repuso Devi-en dolido—. Nos esforzamos por prestarles ayuda. En los antiguos tiempos de mi pueblo, cuando descubrimos los viajes interplanetarios, no comprendíamos a los grandes primates, los cuales rechazaban sistemáticamente nuestros ofrecimientos de amistad, hasta que renunciamos a seguir ofreciéndosela. Fue entonces cuando descubrimos mundos cubiertos de ruinas radiactivas. Hasta que por último llegamos a un mundo enzarzado en una terrible guerra nuclear. Quedamos horrorizados, pero nada pudimos hacer. Poco a poco fuimos descubriendo la verdad. Actualmente, nos hallamos ya en disposición de intervenir en cualquier mundo que haya alcanzado la era nuclear. Después de la guerra que lo destruye, intervenimos con nuestros equipos de descontaminación y nuestros analizadores eugenésicos.

—¿Qué son los analizadores eugenésicos?

Devi-en había creado aquella expresión por analogía con lo que conocía del idioma de aquellos primates. Ahora, midiendo cuidadosamente sus palabras, contestó:

—Regulamos las uniones y las esterilizaciones para extirpar en lo posible el instinto belicoso en los supervivientes.

Por unos momentos creyó que el primate iba a montar nuevamente en cólera.

Pero en lugar de ello, su salvaje interlocutor dijo con voz monótona:

—Los convierten en dóciles criaturas como ésos, ¿verdad?

E indicó de nuevo a los mauvs.

—No, no. Ésos son distintos. Sencillamente, conseguimos que los supervivientes se contenten con vivir en el seno de una sociedad pacífica,

sin ambiciones de conquista ni agresión, sometida a nuestra égida. Sin esta premisa, se destruirían mutuamente, como se destruyeron, antes de nuestra llegada.

—¿Y ustedes qué obtendrán a cambio de eso?

Devi-en miró con expresión de duda al salvaje. ¿Era verdaderamente necesario explicarle cuál era el placer fundamental de la vida? Sin embargo, le preguntó:

—¿No te satisface ayudar al prójimo?

—Prosigue. Dejando eso aparte, ¿qué sacan a cambio?

—Naturalmente, Hurria recibe ciertos tributos.

—Ya.

—Considero que lo menos que puede hacer una especie que nos debe su salvación es pagárnoslo de alguna manera —protestó Devi-en—. Además, hay que amortizar los gastos de la operación. No les pedimos mucho, y siempre cosas que se adapten a la propia naturaleza de su mundo. Por ejemplo, puede ser un envío anual de madera, si se trata de un mundo selvático; sales de manganeso, en un mundo que las tenga... Como el mundo de donde proceden los mauvs es muy pobre en recursos naturales, se han ofrecido a facilitarnos cierto número de ellos para que los empleemos como ayudantes personales. Poseen una fuerza tremenda, notable incluso entre los grandes primates, y los sometemos a la acción de drogas indoloras anticerebrales.

—¡Hacen de ellos una especie de zombies, vaya!

Devi-en conjeturó el significado de aquella palabra, y repuso con indignación:

—¡Nada de eso! Lo hacemos únicamente para que se hallen contentos con su papel de servidores y se olviden de sus hogares. No queremos de ningún modo que se sientan desdichados. ¡Ten en cuenta que son seres inteligentes!

—¿Y qué harían con la Tierra si nosotros librásemos una guerra nuclear?

—Hemos tenido quince años para decidirlo —repuso Devi-en—. Vuestro mundo es muy rico en hierro y ha creado una magnífica industria siderúrgica. Me parece que les pediríamos acero. —Suspiró—. Pero en este

caso vuestra contribución no compensaría los gastos. Llevamos por lo menos diez años de más en nuestra espera.

—¿A cuántas razas imponen esta clase de contribuciones? —le preguntó el gran primate.

—Desconozco su número exacto. Desde luego, a más de mil.

—Entonces, ustedes son los pequeños reyes de la galaxia, ¿no te parece? Mil mundos se aniquilan para contribuir a vuestro bienestar. Pero además son otra cosa.

El salvaje empezaba a alzar la voz, la cual adquiría un tono agudo.

—Son unos buitres —declaró.

—¿Buitres? —dijo Devi-en, tratando de recordar aquella palabra.

—Devoradores de carroña. Unos pajarracos que esperan hasta que muera de sed algún pobre animal en el desierto, y entonces descienden para comerse su cadáver.

Devi-en notó que se mareaba al evocar en su mente aquella horrible imagen. Se sintió desfallecer. Con voz débil, dijo:

—No, no... Nosotros ayudamos a las especies.

—Esperan a que estalle la guerra, como una bandada de buitres.

Transcurrieron varios días antes que Devi-en se sintiese capaz de entrevistarse de nuevo con el salvaje. Estuvo a punto de faltarle al respeto al Archiadministrador, cuando éste insistió una y otra vez en que le faltaban datos suficientes para realizar un análisis completo de la estructura mental de aquellos salvajes.

Audazmente, Devi-en afirmó:

—Seguramente, hay datos más que suficientes para dar alguna solución a nuestro problema.

La nariz del Archiadministrador tembló, y su lengua rosada pasó sobre ella reflexivamente.

—Tal vez exista una solución, pero no confío en ella. Nos enfrentamos con una especie que se aparta por completo de lo corriente. Eso ya lo sabíamos. No podemos cometer la más leve equivocación... Una cosa, antes

de terminar. Hemos capturado un ejemplar extremadamente inteligente. A menos que... A menos que represente el tipo moral de su raza.

Esta idea pareció soliviantar al Archiadministrador.

Devi-en dijo:

—Ese salvaje evocó la horrible imagen de aquel..., de aquel pájaro..., de aquel llamado...

—Buitre —completó el Archiadministrador.

—Esa imagen da a toda nuestra empresa una luz completamente diferente. Desde entonces he sido incapaz de comer como es debido, ni de dormir. A decir verdad, mucho me temo que tendré que pedir el relevo...

—Pero no antes de terminar lo que nos ha traído aquí —dijo el Archiadministrador con firmeza—. ¿Crees que me gusta sentirme un... devorador de carroña?... Debes reunir más datos.

Finalmente, Devi-en asintió. Naturalmente, lo había entendido. El Archiadministrador no deseaba más que cualquier otro hurriano originar una guerra atómica. Daba largas al asunto todo cuanto le estaba permitido.

Devi-en se dispuso a celebrar una nueva entrevista con el salvaje. Resultó algo completamente insoportable, y la última que celebró.

El salvaje mostraba una contusión en la mejilla, como si se hubiese resistido de nuevo a los mauvs. En realidad, les había ofrecido resistencia. Les había enfrentado tantas veces que los mauvs, a pesar de todos sus esfuerzos por no hacerle daño, no habían podido evitar lastimarle en una ocasión. Era de suponer que el salvaje se daría cuenta de hasta qué punto ellos trataban de no hacerle daño, y que eso hubiera debido aplacarlo. En cambio, era como si el convencimiento de la seguridad en que se hallaba lo estimulase a ofrecer más resistencia.

(Aquellas especies de primates superiores eran malignas, malignas y resabiadas, se dijo Devi-en con tristeza.)

Durante más de una hora la conversación giró en torno a cuestiones sin importancia, hasta que el salvaje preguntó envalentonándose de pronto:

—¿Cuánto tiempo dices que han estado observándonos, mamarrachos?

—Quince de vuestros años —repuso Devi-en.

—Eso concuerda. Los primeros platillos volantes fueron vistos poco después de la segunda guerra mundial. ¿Cuánto tiempo faltaba entonces para la guerra nuclear?

Con automática sinceridad, Devi-en contestó:

—Ojalá lo supiese.

Y se interrumpió de pronto.

El salvaje prosiguió:

—Yo creía que la guerra nuclear era inevitable... La última vez que nos vimos dijiste que habían permanecido aquí diez años de más. Estuvieron esperando a que estallase la guerra durante diez años, ¿no es verdad?

—Prefiero no discutir ese tema.

—¿No? —vociferó el salvaje—. ¿Y qué piensan hacer, dime? ¿Cuánto tiempo piensan esperar? ¿Por qué no nos dan un empujón? No se limiten a esperar, buitres, empiecen una.

Devi-en se puso en pie de un salto.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Qué están esperando, asquerosos...? —Pronunció un epíteto completamente incomprensible y luego prosiguió, casi sin aliento—: ¿No es eso lo que hacen los buitres cuando algún pobre animal flaco y macilento, o tal vez un hombre, tarda demasiado en morir? No pueden esperar. Bajan en tropel y le sacan los ojos a picotazos. Entonces esperan a que esté completamente indefenso, para precipitar su muerte.

Devi-en se apresuró a ordenar que se lo llevasen y luego se retiró a su cabina, donde permaneció encerrado varias horas, sintiéndose verdaderamente mal. Aquella noche no logró conciliar el sueño. La palabra «buitre» resonaba en sus oídos, y aquella horrible imagen final bailaba ante sus ojos.

Devi-en dijo con firmeza y decisión:

—Alteza, no puedo seguir hablando con el salvaje. Aunque usted

necesite más datos, lo siento mucho, pero no puedo ayudarle.

El Archiadministrador se veía ojeroso y fatigado.

—Lo comprendo. Eso de compararnos con buitres..., claro, no lo puedes soportar. Sin embargo, habrás advertido que esa idea no hace mella en él. Los grandes primates son inmunes a estas cosas; son seres duros y despiadados. Su mentalidad es así. Espantoso.

—No puedo proporcionarle más datos.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo comprendo... Además, cada nueva cosa que sabemos sólo sirve para reforzar la verdad definitiva; la verdad que yo creía que sólo era provisional, que esperaba ardientemente que lo fuese.

Enterró la cabeza entre sus canosos brazos.

—Existe un medio de desencadenar esta guerra atómica.

—¿Ah, sí? ¿Qué debemos hacer?

—Es algo muy sencillo, de una eficacia directa. Algo que tal vez no se me hubiera ocurrido jamás. Ni a ti.

—¿En qué consiste, Alteza?

Devi-en se sentía dominado por un gran temor a conocer aquel secreto.

—Lo que actualmente mantiene la paz en ese planeta es el temor que comparten ambos bandos en pugna a asumir la responsabilidad de iniciar una guerra. Si uno de los dos lo hiciese, sin embargo, el otro..., bueno, digámoslo de una vez..., tomaría inmediatamente represalias.

Devi-en asintió.

—Si una sola bomba atómica cayese en el territorio de uno de ambos bandos —prosiguió el Archiadministrador—, los agredidos supondrían inmediatamente que la agresión partía del otro bando. Comprenderían que no podían esperar pasivamente a ser objeto de nuevos ataques. A las pocas horas, tal vez incluso antes, lanzarían un contraataque; a su vez, el otro bando replicaría a éste. En pocas semanas la guerra habría terminado.

—Pero, ¿cómo obligaremos a uno de los dos bandos a que lance la primera bomba?

—No le obligaremos, capitán. Ésa es la cuestión. Lanzaremos la primera

bomba nosotros.

—¿Cómo?

Devi-en creyó que iba a desmayarse.

—Lo que oyes. Tras analizar la mente de un gran primate, el resultado lógico es ése.

—Pero, ¿cómo podemos hacer eso?

—Montaremos una bomba. Es una operación bastante fácil. Una nave la transportará hasta el planeta y la dejará caer sobre una zona habitada...

—¿Habitada?

El Archiadministrador apartó la vista y repuso con marcado nerviosismo.

—De lo contrario, no conseguiríamos el efecto apetecido.

—Comprendo —dijo Devi-en, imaginándose buitres, docenas de buitres.

No podía apartar de sí aquel pensamiento. Se los imaginaba como enormes aves escamosas (semejantes a las pequeñas e inofensivas criaturas aladas de Hurria, pero inmensamente mayores), con alas membranosas y largos picos afilados como navajas, descendiendo en círculos para picotear los ojos de los moribundos.

Se cubrió los ojos con una mano. Con voz trémula, preguntó:

—¿Quién pilotará la nave? ¿Quién lanzará la bomba?

La voz del Archiadministrador apenas era más segura que la de Devi-en, cuando repuso:

—No lo sé.

—Yo no —rechazó Devi-en—. No puedo. Ningún hurriano será capaz de hacerlo... A ningún precio.

El Archiadministrador osciló como si fuese a caer.

—Tal vez podríamos dar órdenes a los mauvs...

—¿Y quién les daría tan nefastas órdenes?

El Archiadministrador suspiró profundamente.

—Llamaré al Consejo. Tal vez ellos tengan todos los datos y sean capaces de indicarnos lo que debo hacer.

Así, habiendo transcurrido poco más de quince años desde su llegada, los hurrianos empezaron a desmantelar su base de la otra cara de la Luna.

Nada se había hecho. Los grandes primates del planeta no se habían destruido mutuamente en una guerra nuclear; ésta tal vez no estallaría nunca.

Y a pesar de la terrible amenaza que eso significaba para el futuro, Devi-en experimentaba una gozosa agonía. De nada servía pensar en el futuro. El presente importaba; el presente, que le alejaba del más horrible de los mundos.

Vio como la Luna se hundía hasta convertirse en una manchita luminosa, junto con el planeta y el propio sol del sistema, hasta que éste se perdió entre las constelaciones.

Solamente entonces experimentó alivio. Solamente entonces sintió un leve asomo de lo que habría podido suceder.

Volviéndose hacia el Archiadministrador, le dijo:

—Tal vez todo habría ido bien si hubiésemos tenido un poco más de paciencia. Quizá hubieran terminado por meterse en una guerra nuclear.

—Tengo mis dudas —repuso el Archiadministrador—. El análisis mentálico de..., ya sabes...

Devi-en sabía muy bien a quién se refería. El salvaje apresado había sido devuelto a su planeta con la mayor delicadeza posible. Los acontecimientos de las últimas semanas fueron borrados de su mente. Lo depositaron cerca de una pequeña población, no muy lejos del lugar donde fue capturado. Sus semejantes supondrían que se había perdido. Atribuirían su falta de peso, sus magulladuras y su amnesia a las penalidades que había tenido que soportar.

Pero el daño que él había causado...

Si al menos no lo hubieran llevado a la Luna... Tal vez hubieran terminado por aceptar la idea de iniciar una guerra. Quizás hubieran llegado incluso a fabricar una bomba, y a imaginar algún sistema indirecto de mando a distancia para lanzarla.

Fue la imagen de los buitres, evocada por el salvaje, lo que lo echó todo a perder. Aquella terrible palabra había deshecho moralmente a Devi-en y al Archiadministrador. Cuando se enviaron a Hurria todos los datos reunidos, el efecto que los mismos produjeron en el Consejo fue notable. A consecuencia de ello, no tardó en recibirse orden de desmantelar la base.

Devi-en observó:

—No pienso participar nunca más en empresas de colonización.

El Archiadministrador dijo tristemente:

—Es posible que ninguno de nosotros vuelva a participar en ellas, cuando los salvajes de este planeta se desparramen por el espacio. La aparición en la galaxia de estos seres de tan belicosa mentalidad significará el fin de..., de...

La nariz de Devi-en se contrajo. El fin de todos; de todo el bien que Hurria había sembrado a manos llenas en la galaxia; de todo el bien que hubiera seguido sembrando.

—Deberíamos haber lanzado... —dijo, sin completar la frase.

¿De qué servía ya decirlo? No habrían podido lanzar la bomba ni aunque hubiese sido por toda la galaxia. Si hubiesen podido hacerlo, habrían demostrado que pensaban como los grandes primates, y hay cosas mucho peores aún que el fin de todas las cosas.

Devi-en volvió a pensar en los buitres.

TODOS LOS MALES DEL MUNDO

El mayor complejo industrial de la Tierra se centraba en torno a Multivac... Multivac, la gigantesca computadora que había ido creciendo en el transcurso de medio siglo, hasta que sus diversas ramificaciones se extendieron por todo Washington, D. C., y sus suburbios, alcanzando con sus tentáculos todas las ciudades y poblaciones de la Tierra.

Un ejército de servidores le suministraba constantemente datos, y otro ejército relacionaba e interpretaba sus respuestas. Un cuerpo de ingenieros recorría su interior, mientras multitud de minas y fábricas se dedicaban a mantener llenos los depósitos de piezas de recambio, procurando que nada faltase a la monstruosa máquina.

Multivac dirigía la economía del planeta y ayudaba al progreso científico. Mas por encima de esto, constituía la cámara de compensación central donde se almacenaban todos los datos conocidos acerca de cada habitante de la Tierra.

Y todos los días formaba parte de los innumerables deberes de Multivac pasar revista a los cuatro mil millones de expedientes (uno para cada habitante de la Tierra) que llenaban sus entrañas y extrapolarlos para un día más. Todas las Secciones de Correcciones de la Tierra recibían los datos apropiados para su propia jurisdicción, y la totalidad de ellos se presentaba en un grueso volumen al Departamento Central de Correcciones de Washington, D. C.

Bernard Gulliman se hallaba en su cuarta semana de servicio al frente del Departamento Central de Correcciones, para el cual había sido nombrado presidente por un año, y ya se había acostumbrado a recibir el informe matinal sin asustarse demasiado. Como siempre, constituía un montón de cuartillas de más de quince centímetros de grueso. Como ya sabía, no se lo traían para que lo leyese todo (era una empresa superior a sus fuerzas humanas). Sin embargo, resultaba entretenido hojearlo.

Contenía la lista acostumbrada de delitos previstos de antemano: diversas estafas, hurtos, algaradas, homicidios, incendios provocados, etcétera.

Buscó un apartado particular y sintió una ligera sorpresa al descubrirlo, y luego otra al ver que en él figuraban dos anotaciones. No una sino dos. Dos asesinatos en primer grado. No había visto dos juntos en un solo día en

todo el tiempo que llevaba de presidente.

Oprimió el botón del intercomunicador y esperó a que el solícito semblante de su coordinador apareciese en la pantalla.

—Ali —le dijo Gulliman—, hoy tenemos dos primeros grados. ¿Hay algún problema insólito?

—No, señor.

El rostro de morenas facciones y ojos negros y penetrantes mostraba cierta expresión de inquietud.

—Ambos casos tienen un porcentaje de probabilidad muy bajo —dijo.

—Eso ya lo sé —repuso Gulliman—. He podido observar que ninguno de ellos presenta una probabilidad superior al quince por ciento. De todos modos, debemos velar por el prestigio de Multivac. Ha conseguido borrar prácticamente el crimen de la faz del planeta, y el público lo considera así por su éxito al impedir asesinatos de primer grado, que son, desde luego, los más espectaculares.

Ali Othman asintió.

—Sí, señor. Me doy perfecta cuenta.

—También se dará usted cuenta, supongo —prosiguió Gulliman—, que yo no quiero que se cometa uno solo durante mi presidencia. Si se nos escapa algún otro crimen, sabré disculparlo. Pero si se nos escapa un asesinato en primer grado, le irá a usted el cargo en ello. ¿Me entiende?

—Sí, señor. El análisis completo de los dos asesinatos en potencia ya se está efectuando en las oficinas de los respectivos distritos. Tanto los asesinos en potencia como sus presuntas víctimas se hallan bajo observación. He comprobado las probabilidades que el crimen se cometa y ya están disminuyendo.

—Buen trabajo —dijo Gulliman, cortando la comunicación.

Volvió a examinar la lista con cierta desazón. Tal vez se había mostrado demasiado severo con su subordinado... Pero había que tener mano firme con aquellos empleados de plantilla y evitar que llegasen a imaginarse que eran ellos quienes lo llevaban todo. De vez en cuando había que recordarles quién mandaba allí. En especial a aquel Othman, que trabajaba con Multivac desde que ambos eran notablemente más jóvenes, y a veces asumía unos aires de propiedad que llegaban a ser irritantes.

Para Gulliman, aquella cuestión de los crímenes podía ser crucial en su carrera política. Hasta entonces, ningún presidente había conseguido terminar su mandato sin que se produjese algún asesinato en un lugar u otro de la Tierra. Durante el mandato del presidente anterior se habían cometido ocho, o sea tres más que durante el mandato de su predecesor.

Pero Gulliman se proponía que durante el suyo no hubiese ninguno. Había resuelto ser el primer presidente que no tuviera en su haber ningún asesinato en ningún lugar de la Tierra. Después de eso, y de la favorable publicidad que comportaría para su persona...

Apenas se fijó en el resto del informe. Éste contenía, según le pareció a primera vista, unos dos mil casos de esposas en peligro de ser vapuleadas. Indudablemente, no todas aquellas palizas podrían evitarse a tiempo. Tal vez un treinta por ciento de ellas se realizarían. Pero el porcentaje disminuía cada vez con mayor celeridad.

Multivac había añadido las palizas conyugales a su lista de crímenes previsibles hacía apenas cinco años, y el ciudadano medio todavía no se había acostumbrado a la idea de verse descubierto de antemano cuando se proponía moler a palos a su media naranja. A medida que esta idea se fuese imponiendo en la sociedad, las mujeres recibirían cada vez menos golpes, hasta terminar por no recibir ninguno.

Gulliman observó que en la lista también figuraban algunos maridos vapuleados.

Ali Othman quitó la conexión y se quedó mirando la pantalla de la cual habían desaparecido las prominentes mandíbulas y la calva incipiente de Gulliman. Luego miró a su ayudante. Rafe Leemy, y dijo:

—¿Qué hacemos?

—¿A mí me lo preguntas? Es a él a quien le preocupan un par de asesinatos sin importancia.

—Yo creo que nos arriesgamos demasiado al intentar resolver esto por nuestra cuenta. Sin embargo, si se lo decimos le dará un ataque. Estos políticos electos tienen que pensar en su pellejo; por lo tanto, creo que si se lo decimos no haría más que enredar las cosas e impedirnos actuar.

Leemy asintió con la cabeza y se mordió el grueso labio inferior.

—Lo malo del caso es... ¿Qué haremos si nos equivocamos? —dijo—. Querría estar en el fin del mundo, si eso llega a suceder.

—Si nos equivocamos, nuestra suerte no interesará a nadie, pues seremos arrastrados por la catástrofe general. —Con la mayor vivacidad, Othman añadió—: Pero, vamos a ver, las probabilidades son tan sólo del doce coma tres por ciento. Para cualquier otro delito, exceptuando quizás el asesinato, dejamos que el porcentaje aumente un poco más antes de decidirnos a actuar. Todavía puede presentarse una corrección espontánea.

—Yo no confiaría demasiado en ello —dijo Leemy secamente.

—No pienso hacerlo. Me limitaba a señalarte el hecho. Sin embargo, como la cifra aún es baja, creo que lo más indicado es que de momento nos

limitemos a observar. Nadie puede planear un crimen de tal envergadura por sí solo; tienen que existir cómplices.

—Multivac no los nombró.

—Ya lo sé. Sin embargo...

No terminó la frase.

Entonces se pusieron a estudiar de nuevo los detalles de aquel crimen que no se incluía en la lista entregada a Gulliman; el único crimen que nunca había sido intentado en toda la historia de Multivac. Y se preguntaron qué podían hacer.

Ben Manners se consideraba el muchacho de dieciséis años más dichoso de Baltimore. Eso talvez podía ponerse en duda. Pero no había duda que era uno de los más dichosos, y de los que se hallaban más excitados.

Al menos, era uno de los pocos que habían sido admitidos en las graderías del estadio el día en que los jóvenes de dieciocho años pronunciaron el juramento. Su hermano mayor se contaba entre los que iban a pronunciarlo, y por eso sus padres solicitaron billetes para ellos y también permitieron que Ben lo hiciese. Cuando Multivac eligió entre todos los que solicitaron billete, Ben fue uno de los autorizados a sacarlo.

Dos años después, Ben sería quien pronunciaría el juramento, pero la contemplación de su hermano mayor Michael en el acto de hacerlo era casi lo mismo para él.

Sus padres le vistieron (o le hicieron vestir, mejor dicho) con todo el adorno posible, pues iba como único representante de la familia, y el muchacho se fue muy ufano, con recuerdos de todos para Michael, el cual se había ido unos días antes para someterse a los reconocimientos físico y neurológico preliminares.

El estadio se hallaba emplazado en las afueras de la población, y Ben, que no cabía en sí de orgullo, fue conducido hasta su asiento. Por debajo de él distinguió hilera tras hilera de centenares y centenares de jóvenes de dieciocho años (los chicos a la derecha, las chicas a la izquierda), todos procedentes del distrito dos de Baltimore. En diversas épocas del año se celebraban actos similares en todo el mundo, pero aquello era Baltimore, y por lo tanto aquél era el más importante. Allá abajo, perdido entre la multitud de adolescentes, se hallaba Mike, el hermano de Ben.

El joven escrutó las hileras de cabezas, con la vaga esperanza de reconocer a su hermano. No lo consiguió, naturalmente, pero entonces subió un hombre al estrado que se alzaba en el centro del estadio, y Ben dejó de mirar para prestar atención.

El hombre del estrado dijo por el micrófono:

—Buenas tardes, muchachos; buenas tardes, distinguido público. Soy Randolph T. Hoch, y se me ha confiado el honroso encargo de dirigir este año los actos de Baltimore. Los jóvenes que van a pronunciar el juramento ya me conocen, por haberme visto varias veces durante los reconocimientos físicos y neurológicos. La mayor parte de la tarea ya está realizada, pero queda lo más importante. La personalidad completa de cada uno de ustedes debe pasar a los archivos de Multivac.

»Todos los años, esto requiere cierta explicación para los jóvenes que alcanzan la mayoría de edad. Hasta esta fecha —dijo volviéndose hacia los jóvenes que tenía delante, y desviando su mirada del público—, hasta esta fecha, hasta hoy, ustedes no pueden considerarse adultos; Multivac no les considera como individuos adultos, excepto en los casos en que alguno de ustedes han sido señalados especialmente por sus padres o por el Gobierno.

»Hasta hoy, pues, cuando llegaba el momento de recopilar los datos anuales, eran sus padres quienes llenaban vuestras fichas. Ha llegado ahora el momento para que asuman esta obligación. Es un gran honor, una gran responsabilidad. Sus padres nos han comunicado cuáles han sido vuestras notas escolares, qué enfermedades han tenido, cuáles son vuestras costumbres... Eso, y muchas cosas más. Pero ahora todavía deben decirnos más aún; vuestros más íntimos pensamientos; vuestros más secretos anhelos.

»Resulta difícil hacerlo la primera vez; incluso violento, pero hay que hacerlo. Una vez lo hayan hecho, Multivac tendrá un análisis completo de ustedes en sus archivos. Comprenderá vuestras acciones y reacciones. Incluso podrá prever con notable exactitud vuestro comportamiento futuro.

»De esta manera, Multivac les protegerá. Si están en peligro de accidente, lo sabrá. Si alguien se propone hacerles daño, lo sabrá. Si son ustedes quienes traman alguna mala acción, lo sabrá y evitará que ésta se cometa, con el resultado que no tendrán que ser castigados por ella.

»Con el conocimiento que tendrá de todos ustedes, Multivac podrá contribuir al perfeccionamiento de la economía y de las leyes terrestres, para el bien de todos. Si tienen un problema personal, pueden acudir a Multivac con él, y Multivac, que les conoce a todos, podrá ayudarles a resolverlo.

»Ahora deseo que llenen los formularios que les vamos a facilitar. Mediten cuidadosamente y respondan a todas las preguntas con la mayor exactitud posible. No oculten nada por vergüenza o precaución. Nadie conocerá nunca vuestras respuestas excepto Multivac, a menos que sea necesario conocerlas para protegerles. Y en este caso, sólo las conocerán

contados funcionarios del Gobierno, que poseen autorización especial.

»Pudiera ocurrir que deformasen la verdad más o menos intencionadamente. No lo hagan. Nosotros terminaremos por descubrirlo. La totalidad de sus respuestas debe formar un conjunto coherente. Si alguna de las respuestas son falaces, sonarán como una nota discordante y Multivac las descubrirá. Si entre ellas se encuentran respuestas falsas, o son falsas en su totalidad, crearán un conjunto típico que Multivac reconocerá inmediatamente. Por lo tanto, les aconsejo que digan la verdad y nada más que la verdad.

Por último, el acto terminó; los muchachos llenaron los formularios, y las ceremonias y discursos tocaron a su fin. Por la noche, Ben, poniéndose de puntillas, consiguió descubrir finalmente a Michael, el cual todavía llevaba el traje de gala que se había puesto para el «desfile de los adultos».Se abrazaron llenos de júbilo, luego cenaron juntos y tomaron el expreso hasta su casa, ambos llenos de contento después de aquel día memorable.

Por lo tanto, no se hallaban preparados para enfrentarse con el cambio total que encontraron en su casa. Ambos se quedaron helados cuando un joven de rostro severo, vestido de uniforme y apostado a la puerta de su propia casa, les cerró el paso para pedirles la documentación antes de dejarlos entrar. Una vez dentro, hallaron a sus padres sentados en el salón, con expresión desesperada y la huella de la tragedia impresa en sus caras.

Joseph Manners, que parecía haber envejecido diez años desde aquella misma mañana, miró con ojos asustados y hundidos a sus dos hijos (uno de los cuales todavía llevaba al brazo su flamante toga de adulto) y dijo:

—Estoy bajo arresto domiciliario.

Ben y Michael se quedaron de una pieza.

Bernard Gulliman no podía leer, naturalmente, el voluminoso informe. Leyó únicamente el sumario y quedó más que satisfecho.

No había duda que toda una generación ya estaba acostumbrada a que Multivac predijese la comisión de los delitos más importantes. Les parecía natural que los agentes de Corrección se presentasen en el lugar donde iba a cometerse el delito antes que éste pudiera llevarse a cabo. Les parecía natural también que la consumación del crimen acarrease para su autor un castigo ejemplar e inevitable. Poco a poco, arraigó el convencimiento que era imposible engañar a Multivac.

El resultado de ello, naturalmente, fue que cada vez se planearon menos crímenes. A medida que las intenciones criminales disminuían y la capacidad de Multivac aumentaba, se fueron añadiendo ala lista de delitos

que el maravilloso instrumento predecía todas las mañanas, otras infracciones de la ley de menor cuantía, pero éstas, también, disminuían a ojos vistas.

Entonces Gulliman ordenó que se realizase un análisis (sólo lo podía realizar Multivac, naturalmente) de la capacidad que poseía Multivac para prever las posibilidades de enfermedad. Así, los médicos podrían ser llamados con rapidez para visitar y tratar a individuos susceptibles devolverse diabéticos antes de un año, o expuestos a sufrir una tisis galopante o un cáncer.

Más vale prevenir...

¡Y el resultado del análisis fue favorable!

Después le llevaron la lista de los posibles crímenes del día, y entre ellos no figuraba ni un solo asesinato de primer grado.

Gulliman, que se hallaba de un humor excelente, llamó a Ali Othman por el intercomunicador:

—Oiga, Othman, ¿cuál es el promedio de delitos que hay en las listas diarias de la semana pasada, comparado con el promedio de mi primera semana como presidente?

El promedio había descendido, según se pudo comprobar, en un ocho por ciento; sólo le faltaba eso a Gulliman para sentirse el más dichoso de los mortales. No se debía para nada a él, desde luego, pero sus votantes no lo sabían. Se congratuló por su suerte, que le había llevado a ocupar la presidencia en el momento oportuno, durante el apogeo de Multivac, en un momento en que la enfermedad también podría colocarse bajo su manto protector.

Esto favorecía extraordinariamente la carrera política de Gulliman.

Othman se encogió de hombros.

—El jefe está muy contento —dijo.

—¿Cuándo hacemos estallar la bomba? —dijo Leemy—. El hecho de poner a Manners en observación sólo ha conseguido elevar las probabilidades. El arresto domiciliario no ha hecho más que incrementarlas.

—Ya lo sé, hombre —dijo el otro, con impaciencia—. Lo que no sé es por qué.

—Tal vez se deba a los cómplices, como tú dijiste. Al darse cuenta que Manners está detenido, el resto de la banda tendrá que actuar en seguida o la intentona fracasará.

—Mirémoslo desde otro lado. Con Manners a buen recaudo, los demás pondrán pies en polvorosa y tratarán de esconderse. Además, ¿por qué

Multivac no nos da los nombres de los cómplices?

—¿Se lo decimos a Gulliman?

—No, todavía no. Las probabilidades son todavía de un diecisiete coma tres por ciento. Aún podemos hacer algo.

Elizabeth Manners dijo a su hijo menor:

—Vete a tu cuarto, Ben.

—Pero, ¿qué pasa, mamá? —preguntó Ben con voz quebrada, al contemplar aquel extraño final de un día tan glorioso.

—¡Por favor, Ben, obedéceme sin preguntar!

El muchacho se fue a regañadientes. Salió al vestíbulo y empezó a subir la escalera, haciendo el mayor ruido posible. Luego descendió sigilosamente.

Mike Manners, el primogénito, el que había llegado hacía pocas horas a su mayoría de edad y era el gozo y la esperanza de la familia, dijo con un tono de voz que reflejaba el que empleara suhermano:

—¿Qué pasa?

Joe Manners repuso:—Pongo al cielo por testigo que no lo sé, hijo mío. No he hecho nada.

—De eso estamos todos convencidos —dijo Mike, mirando estupefacto a su padre, pequeño y de aspecto bondadoso—. Deben haber venido porque pensabas hacer algo.

La señora Manners le interrumpió con enojo:—¿Qué quieres que pensase tu padre que pueda provocar semejante..., semejante despliegue de fuerzas? —Describió un amplio círculo con el brazo, para abarcar los policías que rodeaban la casa, y prosiguió—: Cuando yo era niña, el padre de un amigo mío que trabajaba en un banco fue llamado una vez, y le dijeron que no pensase más en aquel dinero. Pensaba robar cincuenta mil dólares. No llegó a cometer el robo: sólo lo pensó. En aquellos tiempos no mantenían estas cosas en secreto, como hoy; todo el mundo se enteró, y así es como yo lo supe. —Frotándose las gordezuelas manos con lentitud, prosiguió—: Lo que quiero decir es que se trataba de cincuenta mil dólares... Una cantidad muy respetable. Sin embargo se limitaron a llamarlo por teléfono. ¿Qué podía estar planeando tu padre, para requerir la presencia de una docena de policías, que han rodeado la casa?

El cabeza de familia dijo, con voz triste y quejumbrosa:

—No planeaba ningún crimen, ni el más pequeño e insignificante... Se los juro.

Mike, lleno de la sabiduría consciente de un nuevo adulto, dijo:

—Tal vez sea algo subconsciente, papá; una forma de resentimiento

hacia tu jefe.

—¿Hasta tal punto que me hiciese desear matarlo? ¡No!

—¿Y no quieren decirte de qué se trata?

Su madre les interrumpió de nuevo:

—No, no quieren. Ya se lo hemos preguntado. Les dije que, con su simple presencia, estaban perjudicando enormemente nuestra reputación en el barrio. Lo menos que podían hacer era decirnos de qué se trataba para que pudiéramos defendernos y ofrecer explicaciones.

—¿Y ellos no quieren?

—No quieren.

Mike permanecía de pie, con las piernas separadas y las manos metidas en los bolsillos. Muy inquieto, dijo:

—Verás, mamá..., es que Multivac no se equivoca nunca.

Su padre, desesperado, golpeó con el puño el brazo del sofá.

—Les repito que no planeo ningún crimen.

Abrieron sin llamar y entró en la sala un hombre uniformado, que andaba con paso firme y decidido. Su cara tenía una expresión imperturbable y oficial.

—¿Es usted Joseph Manners? —preguntó.

El cabeza de familia se puso en pie.

—Yo soy. ¿Podría usted decirme qué desean de mí?

—Joseph Manners, queda usted detenido por orden del Gobierno. —Y

impertinentes ayudaban a la Humanidad, pues al reflejar la personalidad del que las hacía, permitían que Multivac aumentase su conocimiento de los hombres.

Quimby volvió su atención hacia la persona siguiente en la cola, una mujer de mediana edad, desgarbada y angulosa, con la turbación reflejada en el semblante.

Ali Othman medía la oficina a grandes pasos, y sus tacones resonaban con golpes sordos y desesperados sobre la alfombra.

—Las probabilidades siguen aumentando. En este momento son del veintidós coma cuatro por ciento. ¡Maldición! Hemos detenido a Joseph Manners, y las probabilidades siguen aumentando.

El sudor corría a raudales por su cara.

Leemy dejó el teléfono en su soporte.

—Todavía no ha confesado. Le han sometido a la Prueba Psíquica, pero no han descubierto la menor huella de crimen. Es posible que diga la verdad.

—¿Entonces, es que Multivac se ha vuelto loca? —dijo Othman.

Otro teléfono se puso a sonar. Othman se apresuró a cerrar las conexiones, contento de aquella interrupción. En la pantalla apareció la cara de un oficial de Correcciones, el cual dijo:

—¿Tiene que darnos algunas nuevas instrucciones, señor, respecto a la familia de Manners?¿Debemos permitirles que vayan y vengan a su antojo, como han hecho hasta ahora?

—¿Qué quiere usted decir, con eso de «como han hecho hasta ahora»?

—Las primeras órdenes que recibimos se referían al arresto domiciliario de Joseph Manners. Nada se decía en ellas del resto de la familia, señor.

—Pues hágalas extensivas al resto de la familia, en espera de recibir nuevas órdenes.

—Pero es que ése es el problema, señor. La madre y el hijo mayor no hacen más que pedir noticias del pequeño. Éste ha desaparecido, y su madre y su hermano piensan que también le han detenido, y piden que los llevemos a la jefatura para aclarar la suerte del muchacho.

Othman frunció el ceño y preguntó casi en un susurro:

—¿El pequeño? ¿Cuántos años tiene?

—Dieciséis, señor —repuso el agente.

—Dieciséis, y se ha ido. ¿Sabe usted adónde?

—Le dejaron salir, señor. No había órdenes de retenerle.

—No se retire. Un momento. —Othman suspendió momentáneamente la comunicación, se llevó ambas manos a la cabeza, y gimió—: ¡Estúpido de

mí!

Leemy le miró, sorprendido.

—¿Qué demonios te pasa?

—Este individuo tiene un hijo de dieciséis años —dijo Othman con voz ahogada—. Por lo tanto, es un menor de edad, y Multivac no lo registra por separado, sino formando parte de la ficha de su padre. —Miró furioso a Leemy—. Hasta cumplir dieciocho años, un joven no tiene ficha separada en Multivac, sino que sus datos figuran en la de su padre... Eso lo sabe cualquiera. ¿Cómo pudo habérseme olvidado? Y a ti, pedazo de alcornoque, ¿cómo pudo habérsete olvidado también?

—¿Quieres decir entonces que Multivac no se refería a Joe Manners? —preguntó Leemy.

—Multivac se refería a su hijo menor, y éste se nos ha escapado. A pesar de tener la casa rodeada de policías, él ha salido con toda tranquilidad y se ha ido a realizar ve a saber qué infernal misión.

Conectó de nuevo el circuito telefónico, al extremo del cual todavía esperaba el oficial de Correcciones. Aquella interrupción de un minuto había permitido que Othman recuperase el dominio de sí mismo, asumiendo de nuevo su expresión fría y segura. (Hubiera sido altamente perjudicial para su prestigio representar una escena ante los ojos de un policía aunque eso habría aliviado considerablemente su mal humor.)

—Oficial —dijo entonces—, trate de localizar al muchacho que ha desaparecido. Si es necesario, movilice usted a todos sus hombres. Más adelante les daré las órdenes oportunas. De momento sólo ésta: encontrar al muchacho a toda costa.

El oficial contestó:

—Sí, señor.

La conexión se interrumpió. Othman dijo:

—Dígame cómo están las probabilidades, Leemy.

Cinco minutos después, Leemy comunicó:

—Han bajado a un diecinueve coma seis por ciento. Y siguen bajando.

Othman dejó escapar un largo suspiro.

—Por fin estamos sobre la buena pista.

Ben Manners tomó asiento en la cabina 5-B y tecleó lentamente: «Me llamo Benjamín Manners, número MB-71833412. Mi padre, Joseph Manners, ha sido detenido, pero no sabemos qué crimen tramaba. ¿Podemos ayudarle de algún modo?»

Se dispuso a esperar la respuesta de la máquina. A pesar que sólo tenía

dieciséis años, ya sabía que aquellas palabras estaban dando vueltas en aquellos momentos por el interior del aparato más complicado creado por la mente humana; sabía también que se barajarían y se coordinarían un trillón de datos, y que a partir de ellos Multivac extraería la respuesta más adecuada.

Oyó un clic en la máquina y surgió de ella una tarjeta. Sobre la misma se veía impresa una respuesta, una larga respuesta. Decía como sigue:

«Toma el expreso a Washington, D. C., inmediatamente. Desciende en la parada de la avenida de Connecticut. Verás una salida especial sobre la que se lee «Multivac» y ante la que hay unos guardias. Di a uno de ellos que llevas un recado para el doctor Trumbull, y te dejará entrar.

«Te encontrarás entonces en un corredor. Síguelo hasta encontrar una puerta sobre la que se lee «Interior». Entra y di a los guardias de dentro lo que has dicho a los de fuera; lo mismo. Éstos te franquearán el paso. Sigue entonces...»

Las instrucciones continuaban por ese tenor. Ben no veía que aquello tuviese nada que ver con lo que había preguntado, pero su fe en Multivac era absoluta. Salió corriendo, para tomar el expreso a Washington.

Los oficiales de Correcciones consiguieron seguir la pista de Ben Manners hasta la estación de Baltimore, donde llegaron una hora después que éste la hubiera abandonado. El sorprendido Harold Quimby se sintió verdaderamente aturrullado ante el número e importancia de los hombres que fueron a verle con relación a aquel muchacho de dieciséis años que andaban buscando.

—Sí, un muchacho de esas señas —dijo—, pero ignoro adónde fue cuando salió de aquí. Yo no podía saber que lo andaban buscando. Aquí recibimos a todo el mundo. Sí, puedo conseguir una copia de la pregunta y la respuesta.

Los oficiales de Correcciones televisaron las dos fichas a Jefatura sin perder un instante.

Othman las leyó, puso los ojos en blanco y se desmayó. Consiguieron hacerlo reaccionar casi enseguida. Con voz débil, dijo a Leemy:

—Que detengan a ese chico. Y que me saquen una copia de la respuesta de Multivac. Ahora ya no hay escapatoria. Tengo que ver a Gulliman inmediatamente.

Bernard Gulliman nunca había visto a Ali Othman tan perturbado. Al observar la expresión trastornada del coordinador, sintió que un escalofrío le recorría el espinazo.

Con voz trémula y entrecortada, preguntó:

—¿Qué quiere usted decir, Othman? ¿Qué significa eso de..., de algo peor que un asesinato?

—Mucho, muchísimo peor que un asesinato.

Gulliman estaba muy pálido.

—¿Se refiere usted al asesinato de un alto funcionario del Gobierno?(Incluso cruzó por su mente la idea que pudiese ser él mismo quien...)

Othman asintió:

—No un funcionario del Gobierno. El funcionario del Gobierno por excelencia.

—¿El secretario general? —aventuró Gulliman con un murmullo ahogado.

—Más que eso; mucho más. Nos enfrentamos con un complot para asesinar a Multivac.

—¡CÓMO!

—Por primera vez en la historia de Multivac, la computadora nos ha informado que es ella misma quien está en peligro.

—¿Por qué no me informaron de ello inmediatamente?

Othman no mintió demasiado al responder:

—Como se trataba de un caso sin precedentes, señor, estudiamos la situación antes de atrevernos a redactar un informe oficial.

—Pero Multivac se ha salvado, ¿verdad? Dígame que se ha salvado.

—Las probabilidades han descendido a menos de un cuatro por ciento; prácticamente ya no hay peligro. Estoy esperando el informe definitivo de un momento a otro.

—Traigo un recado para el doctor Trumbull —dijo Ben Manners al hombre instalado sobre un alto taburete, y que accionaba cuidadosamente lo que parecían los mandos de un crucero estratosférico, enormemente ampliados.

—Muy bien, Jim —dijo el hombre—. Adelante.

Ben echó una mirada a sus instrucciones y se apresuró a seguir adelante. Encontraría una diminuta palanca que tenía que bajar completamente, en el instante en que un indicador mostrase una luz roja.

Oyó una voz agitada a sus espaldas, luego otra, y de pronto dos hombres lo sujetaron por los codos. Notó como sus pies se levantaban del suelo.

Uno de sus captores dijo:

—Acompáñanos, muchacho.

La cara de Ali Othman no se iluminó de manera apreciable al recibir la noticia, aunque Gulliman dijo con gran alegría:

—Si tenemos al chico, Multivac se ha salvado.

—Por el momento.

Gulliman se llevó una mano temblorosa a la frente.

—¡Qué media hora he pasado! ¿Se imagina usted lo que significaría la destrucción de Multivac, aunque fuese por breve tiempo? Se hundiría el Gobierno; la economía se paralizaría. Sería de unos efectos más devastadores que un... —Alzó de pronto la cabeza—. ¿Qué quiere usted decir con eso de«por el momento»?

—Ese muchacho, Ben Manners, no tenía intención de hacer daño. Él y su familia deben ser puestos inmediatamente en libertad e indemnizados por las molestias que les hemos causado. Él se limitaba a seguir las instrucciones que le dio Multivac para ayudar a su padre, y lo ha conseguido. Su padre ha sido puesto en libertad.

—¿Insinúa usted que la propia Multivac ordenó al muchacho que bajase una palanca en un momento en que tal acción quemaría tal cantidad de circuitos que haría falta un mes de trabajo para repararlos? ¿Insinúa usted acaso que Multivac proponía su propia destrucción para ayudar a un solo hombre?

—Mucho peor que eso, señor. Multivac no sólo dio esas instrucciones a Ben, sino que eligió a la familia Manners porque Ben tenía un extraordinario parecido con uno de los mensajeros del doctor Trumbull, y por lo tanto podría meterse impunemente en Multivac sin que nadie le pusiese reparos.

—¿Y por qué fue elegida esa familia? ¿Y para qué?

—Verá usted, el muchacho nunca se habría visto obligado a hacer la pregunta que hizo si su padre no hubiese sido detenido. Y su padre jamás habría sido detenido si Multivac no le hubiese acusado de tramar su propia destrucción. Fue Multivac quien inició la sucesión de acontecimientos que casi condujeron a la propia destrucción de Multivac.

—Pero eso no tiene pies ni cabeza —dijo Gulliman con voz quejumbrosa.

Se sentía pequeño y desvalido, y casi se puso de rodillas para suplicar a Othman, a aquel hombre que había pasado casi toda su vida junto a Multivac, que devolviese la tranquilidad a su ánimo.

Pero Othman no lo hizo. En cambio, le dijo:

—Éste ha sido el primer intento realizado por Multivac en este sentido, que yo sepa. Hasta cierto punto, estaba muy bien planeado. Supo elegir la

familia. Tuvo buen cuidado en no distinguir entre padre e hijo, a fin de despistarnos. Sin embargo, demostró que todavía no pasa de ser una aficionada. No pudo anular sus propias instrucciones, que la obligaron a comunicar la probabilidad de su propia destrucción, la cual se hacía mayor a cada paso que dábamos por la pista falsa. Tuvo que registrar forzosamente la respuesta que dio al muchacho. Cuando tenga más práctica, probablemente aprenderá las artes del engaño, a ocultar ciertos hechos, a no registrar otros. A partir de ahora, todas las instrucciones que dé contendrán tal vez las semillas de su propia destrucción. Eso nunca lo sabremos. Y por más cuidado que tengamos, un día Multivac conseguirá burlarnos. Creo, señor Gulliman, que usted será el último presidente de esta organización.

Gulliman aporreó furioso su mesa.

—Pero, ¿por qué, pregunto yo? ¿Por qué hace eso? ¿Qué le ocurre? ¿No podemos repararla?

—No lo creo —repuso Othman, dominado por una callada desesperación—. Nunca había tenido en cuenta tal posibilidad. Sin embargo, ahora, al pensarlo, estoy convencido que hemos llegado al fin, precisamente porque Multivac es demasiado buena. Multivac se ha hecho tan complicada que sus reacciones ya no son las propias de una máquina, sino las de un ser viviente.

Gulliman le miró antes de decirle:

—Está usted loco. Pero..., ¿y qué si fuese así?

—Durante más de medio siglo Multivac ha tenido que cargar con todas las preocupaciones de la Humanidad. Le hemos pedido que velase por todos nosotros, por todos y cada uno de nosotros. Le hemos confiado todos nuestros secretos; le hemos hecho absorber nuestra maldad y defendernos de ella. Cada uno de nosotros acudimos a ella con nuestras aflicciones, aumentando su enorme fárrago. Y ahora nos proponemos hacer cargar también a Multivac, a esta criatura viva, con el fardo de la enfermedad humana. —Othman se interrumpió un momento, antes de proseguir con excitación—:Señor Gulliman, Multivac está harta de cargar con todos los males del mundo.

—Esto es una locura. Una completa locura —masculló Gulliman.

—En ese caso, permítame que le demuestre algo muy importante. Vamos a hacer una prueba.¿Me permite usted que utilice la línea de Multivac que tiene en su despacho?

—¿Para qué?

—Para hacer una pregunta a Multivac que nadie le ha hecho jamás.

—Supongo que no le será perjudicial —preguntó Gulliman, alarmado.

—No. Pero nos dirá lo que deseamos saber.

El presidente vaciló un momento. Luego dijo:

—Adelante.

Othman se dirigió a la terminal que Gulliman tenía sobre la mesa. Sus dedos teclearon diestramente, formando la pregunta: «Multivac, ¿qué es lo que deseas?»

El momento que transcurrió entre pregunta y respuesta les pareció interminable, pero Othman y Gulliman no se atrevían ni a respirar.

Se oyó un clic y surgió una tarjeta. Muy pequeña. Sobre ella, con letras muy claras, se hallaba la respuesta:

«Deseo morir.»

MI NOMBRE SE ESCRIBE CON «S»

Marshall Zebatinsky se daba cuenta que estaba haciendo el ridículo. Le parecía que le miraban desde el otro lado del tétrico cristal del escaparate a través del deteriorado tabique de madera; le parecía notar unos ojos posados en él. Ni el traje viejo que había desenterrado, ni el ala doblada de un sombrero, que por lo demás nunca llevaba, ni las gafas que había dejado en su estuche le inspiraban la menor confianza.

Sentía que hacía el ridículo, y eso profundizaba aún más las arrugas de su frente y volvía más pálida su cara de joven prematuramente envejecido.

Nunca podría explicar a nadie por qué un físico nuclear como él se había decidido a visitar a un numerólogo. (No, nunca podría explicárselo a nadie, se dijo.) No podía explicárselo ni siquiera a sí mismo. La única explicación era que se había dejado convencer por su mujer.

El numerólogo estaba sentado ante una vieja mesa que ya debía de ser de segunda mano cuando la compró. Ninguna mesa podría llegar a estar tan deteriorada en manos de un solo dueño. Casi lo mismo podía decirse de sus ropas. Era un hombrecillo moreno que miraba a Zebatinsky con sus ojillos negros, perspicaces y vivarachos.

—Es la primera vez que un físico viene a visitarme, doctor Zebatinsky —le dijo.

Zebatinsky enrojeció.

—Supongo que esto es confidencial —dijo.

El numerólogo sonrió, con lo que se le formaron arrugas junto a las comisuras de la boca y la piel de su barbilla se distendió.

—Todo lo que aquí se dice queda entre estas cuatro paredes.

—Me creo en el deber de decirle una cosa —prosiguió Zebatinsky—. Yo no creo en la numerología y dudo que empiece a hacerlo ahora. Si eso supone un impedimento, le ruego que me lo diga.

—¿Entonces, por qué ha venido?

—Mi esposa cree hasta cierto punto en usted. Me hizo prometerle que le visitaría, y aquí me tiene.

Se encogió de hombros, sintiéndose cada vez más ridículo.

—¿Y qué es lo que usted desea? ¿Dinero? ¿Seguridad? ¿Larga vida? ¿Qué?

Zebatinsky permaneció inmóvil durante largo rato, mientras el

numerólogo se dedicaba a observarlo en silencio, sin hacer nada por instarlo a hablar.

Entre tanto, Zebatinsky pensaba: «¿Y yo qué le digo? ¿Que tengo treinta y cuatro años y no vislumbro ningún porvenir?»

En voz alta, dijo:

—Deseo el éxito. Que se me reconozca.

—¿Un empleo mejor?

—Un empleo distinto. Una clase diferente de trabajo. Actualmente, formo parte de un equipo y tengo que obedecer las órdenes que me dan. ¡Equipos! Ésa es la forma de realizar investigaciones que tiene el Gobierno. Uno no es más que un violinista perdido en una orquesta sinfónica.

—¿Y usted quiere ser un solista?

—Lo que yo quiero es salir del equipo y trabajar por mi cuenta. —Zebatinsky se sintió más animado, casi embriagado al expresar en palabras aquel pensamiento ante una persona que no fuese su esposa—. Hace veinticinco años —prosiguió—, con mi educación técnica y lo que yo sé hacer, hubiera podido trabajar en las primeras centrales de energía atómica. Actualmente estaría al frente de una de ellas o dirigiría un grupo de investigación pura en una universidad. Pero empezando hoy, ¿sabe usted adónde habré llegado dentro de veinticinco años? A ninguna parte. Seguiré siendo esclavo del equipo, aportando mi granito de arena a la gran organización. Siento que me ahogo en una multitud anónima de físicos nucleares, y lo que yo quiero es espacio en una tierra firme y despejada... ¿Me comprende usted?

El numerólogo asintió lentamente.

—Tenga usted en cuenta, doctor Zebatinsky —dijo—, que yo no puedo garantizarle nada.

Zebatinsky, a pesar de su falta de fe, experimentó una amarga decepción.

—¿No? ¿Entonces qué es lo que usted garantiza?

—Un aumento en el número de las probabilidades. Mi trabajo es de naturaleza estadística. Puesto que usted trabaja con átomos, supongo que comprenderá las leyes de la estadística.

—¿Y usted, las comprende? —le preguntó el físico con ironía.

—Pues sí, las comprendo. Yo soy matemático, y mi trabajo se basa en cálculos rigurosos. No se lo digo para cobrarle más. Mi tarifa es única: cincuenta dólares por consulta. Pero como usted es un hombre de ciencia, podrá apreciar mejor la naturaleza de mi trabajo que mis demás clientes. Para mí incluso representa un placer explicarle todo esto.

—Preferiría que no lo hiciese, si no le importa. Perderá el tiempo hablándome del valor numérico de las letras, su significado místico y todas esas cosas. Esa clase de matemáticas no me interesan. Vayamos al grano...

El numerólogo replicó:

—Así, usted quiere que yo le ayude, a condición que no le venga con todas esas monsergas anticientíficas que, según usted, forman la base de mi trabajo. ¿No es eso?

—Exactamente. Eso es.

—Pero es que usted sigue creyendo que yo soy un numerólogo, y la verdad es que no lo soy. Me doy ese nombre para que la policía no me moleste, y también —añadió el hombrecillo, riendo secamente— para que los psiquiatras me dejen tranquilo. Le aseguro que soy un matemático; un matemático de verdad.

Zebatinsky sonrió.

El numerólogo dijo:

—Construyo computadoras. Estudio el futuro probable.

—¿Cómo?

—¿Acaso le parece eso peor que la numerología? ¿Por qué? Contando con datos suficientes y con una computadora capaz de realizar el número necesario de operaciones por unidad de tiempo, el futuro puede predecirse, al menos de una manera probable. Cuando ustedes calculan los movimientos de un proyectil que debe interceptar a otro, ¿no se dedican a predecir el futuro? El proyectil interceptor y el otro no chocarían si el futuro se hubiese calculado incorrectamente. Yo hago lo mismo. Pero como trabajo con un número mayor de variables, mis resultados son menos exactos.

—¿Quiere usted decir que podrá predecir mi futuro?

—De una manera muy aproximada. Una vez hecho eso, modificaré los datos cambiando su nombre; únicamente su nombre. Entonces introduciré ese factor modificado en el programa de operaciones. Luego probaré con otros nombres modificados. Lo cual me permitirá estudiar los distintos futuros que irán apareciendo, hasta encontrar uno en que usted goce de mayor reconocimiento que en el futuro que ahora se extiende frente a usted... Déjeme decirlo de otra manera: descubriré un futuro en el cual las probabilidades para que usted llegue a situarse como desea serán mayores que las probabilidades que encierra su actual futuro.

—¿Y por qué tendré que cambiar de nombre?

—Ese es el único cambio que suelo hacer, y lo hago por varios motivos. En primer lugar, es un cambio sencillo. Tenga usted en cuenta que si realizase un cambio importante o introdujese varios cambios menores,

entrañan en juego tantos factores nuevos que ya no sería capaz de interpretar el resultado. Mi computadora todavía es bastante imperfecta. En segundo lugar, se trata de un cambio razonable. Yo no puedo alterar su estatura, ¿verdad?, ni el color de sus ojos, ni siquiera su temperamento. Luego tenemos que el cambio del nombre es un cambio significativo. Los nombres son muy importantes; hasta cierto punto son la persona. Y finalmente, es un cambio corriente, que todos los días se realiza.

—¿Y si no consigue descubrir un futuro mejor?

—Ese es un riesgo que hay que correr. De todos modos, su suerte no empeorará, amigo.

Zebatinsky miró con inquietud a su interlocutor.

—No creo ni una palabra de todo eso —comentó—. Antes creería en la numerología.

El hombrecillo suspiró.

—Pensé que una persona como usted se sentiría más animada al conocer la verdad. Deseo sinceramente ayudarle, y usted todavía puede hacer mucho. Si me considerase un numerólogo, sencillamente no haría caso de mis instrucciones. Pensé que si le decía la verdad, dejaría que le ayudase.

Zebatinsky observó:

—Pero si usted puede ver el futuro...

—¿Por qué no soy el hombre más rico de la Tierra? ¿Es eso lo que me iba a preguntar? Lo cierto es que sí lo soy, puesto que tengo cuanto deseo. Usted quiere que se reconozca su talento y yo quiero que me dejen tranquilo; que me dejen trabajar sin molestarme, y lo he conseguido. Gracias a eso, me considero más rico que un millonario. Cuando necesito un poco de dinero de verdad para cubrir mis necesidades materiales, lo obtengo de personas como usted, que vienen a visitarme. Me gusta ayudar al prójimo; un psiquiatra tal vez diría que eso me proporciona una sensación de poder y alimenta mi egolatría. Pero, vamos a ver..., ¿desea de verdad que le ayude?

—¿A cuánto dijo usted que ascendía la consulta?

—Son cincuenta dólares. Necesitaré un gran número de datos biográficos sobre usted, pero le proporcionaré un formulario que le facilitará el trabajo. Lo siento, pero contiene muchas preguntas. Sin embargo, si puede enviármelo por correo a finales de semana, le tendré la respuesta preparada para el... —Adelantó el labio inferior y frunció el ceño, mientras efectuaba un cálculo mental—. Para el veinte del mes que viene.

—¿Cinco semanas? ¿Tanto tiempo?

—Usted no es el único, amigo mío; tengo otros clientes. Si yo fuese un

farsante, se lo haría en cuatro días. ¿De acuerdo entonces?

Zebatinsky se levantó.

—Bien, de acuerdo... Le ruego la máxima reserva.

—No tema. Le devolveré toda la información que me suministre al decirle qué cambio tiene que realizar, y le doy mi palabra que no haré uso de ella.

El físico nuclear se detuvo en la puerta.

—¿No teme usted que yo revele que no es numerólogo?

El numerólogo movió negativamente la cabeza.

—¿Y quién iba a creerle, amigo? —dijo—. Eso suponiendo que usted pudiese convencer a alguien que había estado aquí.

El día 20, Marshall Zebatinsky se presentó ante la puerta despintada, mirando de soslayo al escaparate, en el que se podía leer, en una tarjeta pegada al cristal, la palabra «Numerología», en letras descoloridas y amarillentas bajo el polvo que las cubría. Atisbó hacia el interior de la tienda, casi con la esperanza que hubiese alguien que le proporcionase una excusa para volverse a casa, cancelando aquella visita.

Había tratado de olvidarse de aquello varias veces. Cada vez que se sentaba para llenar el formulario, se levantaba malhumorado al poco tiempo. Se sentía increíblemente estúpido escribiendo los nombres de sus amigos, el alquiler que pagaba, si su esposa le había sido fiel, etc. Cada vez lo abandonaba dispuesto a dejarlo definitivamente.

Pero no podía hacerlo. Todas las noches volvía a sentarse ante el condenado formulario.

Tal vez se debiese a la idea de la computadora; o al pensar en la infernal jactancia del hombrecillo al pretender que poseía una. La tentación de desenmascararlo, de ver qué ocurriría, resultaba demasiado fuerte.

Por último, envió las hojas debidamente cumplimentadas por correo ordinario, poniendo nueve centavos de sellos y sin pesar la carta. «Si me la devuelven —pensó—, no volveré a enviarla.»

No se la devolvieron.

Miró al interior de la tienda y vio que estaba vacía. Zebatinsky no tenía más remedio que entrar. Abrió la puerta y una campanilla tintineó.

El anciano numerólogo salió de detrás de una cortina que ocultaba una puerta.

—¿Quién es? Ah..., es usted, doctor Zebatinsky.

—¿Se acuerda de mí? —dijo éste, esforzándose en sonreír.

—Naturalmente.

—¿Cuál es su veredicto?

—Antes de eso, hay un pequeño asunto por resolver...

—¿Sus honorarios?

—El trabajo está hecho, doctor Zebatinsky. Por lo tanto, le agradeceré que lo pague.

Zebatinsky no hizo la menor objeción. Ya se hallaba dispuesto a pagar. Después de llegar hasta allí, sería una tontería volverse atrás sólo por el dinero.

Contó cinco billetes de diez dólares y los empujó al otro lado del mostrador.

—¿Es eso?

El numerólogo contó de nuevo los billetes, lentamente, y luego los metió en un cajón de su mesa. Después dijo:

—Su caso me resultó muy interesante. Yo le aconsejaría que se cambiase el nombre por el de Sebatinsky.

—¿Cómo dice? ¿Seba..., qué?

Zebatinsky le miró indignado.

—El mismo que ahora tiene, pero escrito con «S».

—¿Quiere usted decir que cambie la inicial? ¿Que convierta la «Z» en una «S»? ¿Con eso basta?

—Sí, con eso es suficiente. Mientras el cambio sea adecuado, es más seguro y conveniente que no sea muy grande.

—Pero, ¿cómo puede afectar a mi vida ese cambio?

—¿Cómo afectan los nombres a la vida de sus poseedores? —preguntó quedamente el numerólogo—. Francamente, no lo sé. Pero ejercen cierta influencia, eso es todo cuanto puedo decirle. Recuerde que le dije que no le garantizaba el resultado. Naturalmente, si no desea realizar el cambio, dejemos las cosas como están. Pero, en ese caso, no puedo reembolsarle la cantidad. Zebatinsky preguntó:

—¿Entonces, qué tengo que hacer? ¿Decir a todo el mundo que mi nombre se escribe con «S»?

—Si quiere mi consejo, consúltelo con un abogado. Cambie de nombre legalmente. Él le aconsejará sobre los detalles.

—¿Cuánto tiempo se necesitará? Quiero decir, ¿cuánto tiempo hará falta para que mi situación empiece a mejorar?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Tal vez mañana empiece a mejorar. O tal vez nunca.

—Pero usted ve el futuro. Al menos, eso es lo que pretende.

—No me confunda con los que miran bolas de cristal. No, no, doctor Zebatinsky. Lo único que me proporciona mi computadora es una serie de números cifrados. Puedo darle una lista de probabilidades, pero le aseguro que no veo imágenes del futuro.

Zebatinsky giró sobre sus talones y abandonó rápidamente el lugar. ¡Cincuenta dólares por cambiar una letra! ¡Cincuenta dólares por Sebatinsky! ¡Señor, qué nombre! Peor que Zebatinsky.

Tuvo que transcurrir otro mes antes que se decidiese a ir a ver a un abogado. Mas por último fue.

Se consoló con la idea que siempre estaba a tiempo de cambiarse de nuevo el nombre.

«No se pierde nada con probar», se dijo.

Qué diablos, no había ninguna ley que lo impidiera.

Henry Brand hojeó cuidadosamente el expediente, con el ojo clínico de un hombre que llevaba catorce años en las fuerzas de Seguridad. No le hacía falta leerlo palabra por palabra. Cualquier particularidad hubiera saltado de las páginas a sus ojos.

—Este hombre me parece intachable —dijo.

Henry Brand también era un hombre de aspecto intachable, con su ligera obesidad y su cara sonrosada y fresca. Era como si el continuo contacto con toda clase de miserias humanas, desde la ignorancia a la posible traición, le hubiese obligado a lavarse con más frecuencia, gracias a lo cual su rostro mostraba aquella tersura.

El teniente Albert Quincy, que le había traído el expediente, era joven y se sentía embargado por la responsabilidad de ser oficial de las fuerzas de Seguridad en la comisaría de Hanford.

—Pero, ¿por qué Sebatinsky? —preguntó.

—¿Por qué no?

—Porque no tiene pies ni cabeza. Zebatinsky es un nombre extranjero, y yo me lo cambiaría si lo tuviese, pero buscaría un patronímico anglosajón, por ejemplo. Si Zebatinsky lo hubiese hecho, la cosa tendría sentido, y yo ni siquiera volvería a pensar en ello. Pero, ¿por qué cambiar una «Z» por una «S»? Me parece que hay que buscar otras razones.

—¿Nadie se lo ha preguntado directamente?

—Sí. En el curso de una conversación ordinaria, desde luego. Es lo primero que preparé. Él se limitó a decir que estaba harto de estar a la cola del alfabeto.

—Es una razón plausible, ¿no le parece, teniente?

—Desde luego. Pero, en ese caso, ¿por qué no cambiarse el nombre por el de Sands o Smith, si se había encaprichado por la «S»? O si estaba tan cansado de la «Z», última letra del alfabeto, ¿por qué no irse al otro extremo y cambiarla por una «A»? ¿Por qué no adoptar el nombre de... Aarons, por ejemplo?

—No es lo bastante anglosajón —murmuró Brand, añadiendo—: Pero la conducta de este hombre es intachable. No podemos acusar a nadie por escoger un nombre extraño.

El teniente Quincy se mostraba visiblemente decepcionado.

Brand prosiguió:

—Dígame, teniente, ¿qué le preocupa? Estoy seguro que piensa en algo; alguna teoría, algún subterfugio. ¿En qué piensa?

El teniente frunció el ceño. Sus rubias cejas se juntaron y apretó los labios.

—Verá usted, señor. Ese hombre es ruso.

—No lo es —repuso Brand—. Es un estadounidense de tercera generación.

—Quiero decir que su nombre es ruso.

La expresión de Brand perdió algo de su engañosa blandura.

—Nada de eso, teniente; se ha vuelto a equivocar. Es polaco.

El teniente extendió las manos con impaciencia.

—Da lo mismo.

Brand, cuya madre se apellidaba Wiszewsky de soltera, barbotó:

—No diga nunca eso a un polaco, teniente... —Luego añadió, pensativo—: Ni tampoco a un ruso, supongo.

—Lo que yo quería decir, señor —dijo el teniente, poniéndose colorado—, es que tanto los polacos como los rusos están al otro lado de la Cortina de Acero.

—Eso ya lo sabemos.

—Y que Zebatinsky o Sebatinsky, como usted prefiera llamarle, debe tener parientes allí.

—Le repito que es de tercera generación. Sí, puede que aún tenga primos segundos allí. ¿Y qué?

—Eso, en sí, no significa nada. Millares de personas tienen parientes lejanos en esos países. Pero Zebatinsky ha cambiado de nombre.

—Prosiga.

—¿Y si con ello tratase de no llamar la atención? Tal vez tiene allí un primo segundo que se está haciendo demasiado famoso y nuestro

Zebatinsky teme que esa relación de parentesco pueda perjudicar a su carrera.

—Pero cambiar de nombre no le resuelve nada. Sigue siendo igualmente su primo segundo.

—Desde luego, pero no será como si nos metiese su parentesco por las narices.

—¿Conoce usted a algún Zebatinsky del otro lado de la Cortina?

—No, señor.

—Entonces, no debe de ser tan famoso como usted dice. ¿Y cómo iba a conocer su existencia nuestro Zebatinsky?

—Tal vez mantiene el contacto con sus parientes. Eso ya daría pábulo a sospechas de por sí, pues recuerde usted que se trata de un físico atómico.

Metódicamente, Brand volvió a repasar el expediente del científico.

—Eso está muy traído por los pelos, teniente. Es algo tan hipotético que no nos sirve de nada.

—¿Puede usted ofrecer alguna otra explicación, señor, de los motivos que le han inducido a efectuar un cambio de nombre tan curioso?

—No, no puedo, lo reconozco.

—En ese caso, señor, creo que deberíamos investigar. Debemos empezar localizando a todos los Zebatinsky del otro lado de la Cortina y viendo si existe una relación entre ellos y el nuestro. —El teniente elevó ligeramente la voz al ocurrírsele una nueva idea—. ¿Y si cambiase de nombre para apartar la atención de ellos, con el fin de protegerlos?

—Yo diría que hace exactamente lo contrario.

—Tal vez no se da cuenta, pero su motivo principal pudiera ser el deseo de protegerlos.

Brand suspiró.

—Muy bien, investigaremos eso de los Zebatinsky europeos... —dijo—. Pero si no resulta nada de ello, teniente, abandonaremos el asunto. Déjeme el expediente.

Cuando la información llegó finalmente al despacho de Brand, éste se había olvidado por completo del teniente y sus especulaciones. Lo primero que se le ocurrió al recibir un montón de datos entre los que se incluían diecisiete biografías de otros tantos ciudadanos polacos y rusos que respondían al nombre de Zebatinsky, fue decir: «¿Qué demonios es esto?»

Entonces lo recordó, juró por lo bajo y empezó a leer.

Empezó por los Zebatinsky estadounidenses. Marshall Zebatinsky (huellas dactilares y todo) había nacido en Buffalo, Nueva York (fecha,

estadísticas del hospital). Su padre también había nacido en Buffalo, y su madre en Oswego, Nueva York. Sus abuelos paternos eran oriundos de la ciudad polaca de Bialystok (fecha de entrada en los Estados Unidos, fecha en que le fue concedida la ciudadanía estadounidense, fotografías.)

Los diecisiete ciudadanos polacos y rusos que se apellidaban Zebatinsky descendían todos ellos de otros Zebatinsky que, cosa de medio siglo antes, habían vivido en Bialystok, o en sus proximidades. Muy posiblemente eran todos parientes, pero eso no se afirmaba explícitamente en ningún caso particular. (Los censos que se habían realizado en la Europa Oriental después de la Primera Guerra Mundial dejaban mucho que desear.)

Brand repasó las biografías de los Zebatinsky de ambos sexos cuyas vidas no ofrecían nada de particular (era sorprendente lo bien que habían realizado aquel trabajo los servicios de información; sin duda los rusos lo hubieran hecho igualmente bien.) Pero cuando llegó a uno se detuvo y su frente se arrugó, al arquear las cejas. Apartó aquella biografía y siguió leyendo las restantes. Cuando terminó, las volvió a meter todas en el sobre, a excepción de la que había apartado.

Sin dejar de mirarla, tamborileó con sus cuidadas uñas sobre la mesa.

Con cierta renuencia se decidió a llamar al doctor Paul Kristow, de la Comisión de Energía Atómica.

El doctor Kristow escuchó la exposición del asunto con expresión pétrea. De vez en cuando se rascaba la bulbosa nariz con el meñique, como si quisiera quitar de ella una mota inexistente. Tenía los cabellos de un color gris acerado, muy escasos y cortados casi al cero. Prácticamente, era como si fuese totalmente calvo.

Cuando su interlocutor hubo terminado, dijo:

—No, no conozco a ningún Zebatinsky ruso. Aunque, por otra parte, tampoco había oído mencionar hasta ahora al norteamericano.

—Verá usted —dijo Brand, rascándose el cuero cabelludo sobre la sien—. Yo no creo que haya nada de particular en todo esto, pero tampoco deseo abandonarlo demasiado pronto. Tengo a un joven teniente pisándome los talones, y ya sabe usted cómo son esos jóvenes oficiales. Sería capaz de presentarse por su cuenta ante un comité del Congreso. Además, la verdad es que uno de los Zebatinsky rusos, Mijaíl Andreyevich Zebatinsky, también es físico nuclear. ¿Está usted seguro que nunca ha oído hablar de él?

—¿Mijaíl Andreyevich Zebatinsky? No... No, nunca. Aunque eso no demuestra nada.

—Podría ser una simple coincidencia, pero sería una coincidencia

demasiado curiosa. Un Zebatinsky aquí y otro Zebatinsky allí, ambos físicos nucleares, y he aquí que uno se cambia de repente la inicial de su nombre y demuestra gran ansiedad al hacerlo. Se enfada si lo pronuncian mal, en cuyo caso, dice con énfasis: «Mi nombre se escribe con "S"». Resulta demasiado raro en verdad, y mi teniente, que ve espías por todas partes, no duerme pensando en ello... Y otra cosa curiosa es que el Zebatinsky ruso se esfumó sin dejar rastro hará cosa de un año.

El doctor Kristow dijo sin inmutarse:

—Lo habrán liquidado en una purga.

—Es posible. En circunstancias normales, eso es lo que yo supondría, aunque los rusos no son más estúpidos que nosotros, y no matan a tontas y a locas a los físicos nucleares. Sin embargo, existe otra razón para explicar la desaparición súbita de un físico atómico. No creo que haga falta que se la diga.

—¿Que le hayan destinado a una misión ultra secreta? ¿Es eso lo que quiere decir? ¿Cree usted que podría ser eso?

—Júntelo con todo lo demás que sabemos, añádale las sospechas de nuestro teniente, y hay para empezar a cavilar.

—Deme esa biografía.

El doctor Kristow tendió la mano para apoderarse de la hoja de papel y la leyó dos veces, moviendo la cabeza. Luego dijo:

—Comprobaré todo esto en los *Resúmenes Nucleares*.

Los *Resúmenes Nucleares* ocupaban toda una pared del estudio del doctor Kristow, en hileras cuidadosamente colocadas en cajitas, cada una de las cuales estaba repleta de microfilmes.

El ilustre miembro de la Comisión de Energía Atómica introdujo los índices en el proyector, mientras Brand contemplaba la pantalla haciendo acopio de paciencia.

El doctor Kristow murmuró al fin:

—Sí, un tal Mijaíl Zebatinsky publicó media docena de artículos, firmados por él o escritos en colaboración, en las revistas soviéticas especializadas de los últimos seis años. Buscaremos los resúmenes y tal vez saquemos algo en claro. Aunque lo dudo.

Un selector hizo salir los microfilmes solicitados. El doctor Kristow los alineó, los pasó por el proyector y poco a poco una expresión de asombro fue pintándose en su semblante. De pronto dijo:

—¡Qué raro!

—¿Raro? ¿Qué es raro? —le preguntó Brand.

El doctor Kristow se arrellanó en su asiento.

—Aún no me atrevo a asegurarlo. ¿Podría proporcionarme una lista de otros físicos nucleares que hayan desaparecido en la Unión Soviética durante el año pasado?

—¿Quiere usted decir que ve algo?

—Aún no. No vería nada si leyese esos artículos por separado. Pero al verlos en su conjunto y al saber que su autor participa posiblemente en un programa de investigación secreto, además de las sospechas que usted ha despertado en mí... —Se encogió de hombros—. En realidad no es nada.

Muy serio, Brand le dijo:

—Le agradecería que me dijese lo que piensa. No se pierde nada en saberlo; aunque sea una tontería, sólo lo sabremos usted y yo.

—En ese caso... Es posible que este Zebatinsky haya conseguido aportar algunas ideas al problema que presenta la reflexión de los rayos gamma.

—¿Y eso qué significa?

—Se lo voy a decir: si pudiese crearse un escudo que reflejase los rayos gamma, se podrían construir refugios individuales que protegerían contra la radiación secundaria. El verdadero peligro, como usted sabe, es la radiación secundaria. Una bomba de hidrógeno puede aniquilar a una ciudad, pero los desechos radiactivos resultantes de la explosión atómica pueden matar lentamente a todo cuanto viva sobre una franja de miles de kilómetros de longitud y de cientos de kilómetros de anchura.

Brand se apresuró a decir:

—¿Realizamos nosotros trabajos en ese sentido?

—No.

—Pero si ellos lo obtienen y nosotros no, podrán destruir totalmente los Estados Unidos por el precio de diez ciudades de las suyas, digamos, una vez hayan terminado su programa de refugios contra la radiación secundaria.

—Esa posibilidad aún es muy lejana... ¿No cree usted que estamos haciendo castillos en el aire? Todas esas sospechas se basan en un simple cambio de una letra en el apellido de una persona...

—De acuerdo, estoy loco —dijo Brand—. Pero no pienso dejar las cosas así. Hemos llegado demasiado lejos. Tendrá usted su lista de físicos nucleares desaparecidos, aunque tenga que ir a buscarla a Moscú.

Obtuvo la lista. Kristow y él examinaron todas las comunicaciones científicas y artículos escritos por aquellos hombres. Convocaron una sesión

plenaria de la Comisión, y luego reunieron a todos los cerebros nucleares de los Estados Unidos. Por último, el doctor Kristow salió de una sesión que había durado toda la noche, y a parte de la cual había asistido el propio presidente de la nación.

Brand le esperaba a la puerta. Ambos tenían aspecto cansado y ojeroso. El policía le preguntó:

—¿Qué dicen?

Kristow hizo un gesto de asentimiento.

—La mayor parte de ellos se muestran de acuerdo. Algunos todavía dudan, pero la mayoría está de acuerdo.

—¿Y usted qué dice? ¿Está seguro?

—Nada de eso, pero déjeme que le explique. Resulta más fácil creer que los soviéticos trabajan en la creación de un escudo protector contra los rayos gamma, que creer que todos los datos que hemos desenterrado no tienen relación entre sí.

—¿Se ha decidido que nosotros comencemos también las investigaciones sobre protección contra los rayos gamma?

—Sí.

Kristow se pasó la mano sobre el cabello, corto y enhiesto, produciendo un rumor seco, apenas perceptible.

—Concentraremos todos nuestros recursos en ella —dijo—. Conociendo los artículos escritos por los desaparecidos, no dejaremos que nos tomen mucha ventaja. Incluso podremos alcanzarlos... Naturalmente, descubrirán que trabajamos en ello.

—Que lo descubran —dijo Brand—. No importa. Así no se atreverán a atacar. No veo que sea un buen negocio arrasar diez de nuestras ciudades a cambio de diez de las suyas..., si ambos contamos con protección y ellos lo saben.

—Pero no tan pronto. No queremos que lo averigüen demasiado pronto. ¿Y qué noticias hay del Zebatinsky-Sebatinsky estadounidense?

Brand asumió un aspecto solemne y movió negativamente la cabeza.

—No existe la menor relación entre él y este asunto..., hasta ahora —dijo—. Pero le aseguro que lo hemos investigado a fondo. Estoy de acuerdo con usted, desde luego. Actualmente se encuentra en un punto neurálgico, y no podemos permitir que siga allí, aunque esté libre de sospechas.

—No podemos ponerle bonitamente de patitas en la calle. Si lo hiciésemos, los rusos se extrañarían.

—¿Qué podemos hacer?

Ambos avanzaban por el largo pasillo en dirección al distante

ascensor... Sus pasos y sus voces resonaban extrañamente en el silencio de las cuatro de la madrugada.

El doctor Kristow dijo:

—He mirado su hoja de servicios. Ese muchacho vale más que otros muchos; además, no está contento con su trabajo. No le gusta trabajar en equipo.

—¿Qué sugiere usted?

—En cambio, es idóneo para el trabajo académico. Si podemos conseguir que una importante universidad le ofrezca una cátedra de Física, creo que él la aceptaría encantado. Así podría trabajar en investigaciones inofensivas; nosotros podríamos vigilarlo estrechamente, y todo parecería una consecuencia lógica, un progreso merecido en su carrera, que no sorprendería a nadie, y menos a los rusos. ¿Qué le parece?

Brand asintió.

—Excelente idea. Muy bien. La someteré al jefe.

Se metieron en el ascensor y Brand se puso a pensar en todo ello. ¡Qué final para lo que había empezado con el simple cambio de una letra en un apellido!

Marshall Sebatinsky apenas podía hablar. Con voz ahogada, dijo a su esposa:

—Te juro que no sé cómo ha podido suceder esto. Hubiera dicho que eran incapaces de diferenciarme de un detector de mesones... ¡Buen Dios, Sophie, profesor adjunto de Física en Princeton! ¿Te imaginas?

Sophie repuso:

—¿Supones tal vez que se debe a tu charla en una de las reuniones de la Asociación de Física Norteamericana?

—No lo sé. Mi comunicación era muy sosa, y todos los de la sección me gastaron bromas. —Hizo chasquear los dedos—. Por lo visto, Princeton ha estado realizando una investigación sobre mí. No hay duda. ¿Recuerdas todos esos formularios que he tenido que llenar durante los últimos seis meses; todas esas entrevistas que yo no sabía a qué conducían? Para serte sincero, te diré que empezaba a creer que me consideraban sospechoso de actividades subversivas... Pero era Princeton, que me estaba estudiando. Meditan bien lo que hacen.

—¿Y si fuese tu nombre? —apuntó Sophie—. El cambio de nombre, quiero decir.

—Verás ahora. Finalmente, mi vida profesional será mía, y de nadie más. Podré seguir mi camino. En cuanto tenga oportunidad de trabajar sin...

—Se interrumpió, para volverse hacia su esposa—. ¡Mi nombre! ¿Quieres decir la «S» que me he puesto?

—Sólo te han hecho esta oferta después de cambiar el nombre, tenlo en cuenta...

—Sí, pero mucho después. No, ésa es una simple coincidencia. Ya te lo dije entonces, Sophie, me limité a tirar cincuenta dólares por la ventana para complacerte. ¡Qué estúpido me he sentido durante todos estos meses, empeñándome en imponer a todo el mundo esa dichosa «S»!

Sophie se puso inmediatamente a la defensiva.

—Yo no te obligué a hacerlo, Marshall. Sólo te dije que me gustaría que lo hicieses, pero no insistí. No digas que te obligué. Además, resulta que salió bien. Estoy segura que todo esto se debe al cambio de nombre.

Sebatinsky sonrió con indulgencia.

—No es más que una superstición.

—No me importa como lo llames, pero la verdad es que te has quedado con la «S».

—Pues sí, lo reconozco. Me ha costado tanto que todo el mundo se acostumbrase a llamarme Sebatinsky que la simple idea de volver a empezar de nuevo me asusta. ¿Y si adoptase otro nombre..., Jones, por ejemplo?

Lanzó una carcajada casi histérica.

Pero Sophie no se rió.

—Déjalo como está.

—Claro, claro..., no era más que una broma... Mira, te voy a decir lo que pienso hacer. Un día de estos iré a ver al viejo ese y le daré otros cincuenta pavos. ¿Estarás satisfecha entonces?

Se sentía tan optimista que fue a la semana siguiente, esta vez sin disfrazarse. Llevaba sus propias gafas y su traje, y la cabeza descubierta.

Incluso tarareaba una cancioncilla al aproximarse a la tienda. Tuvo que apartarse a un lado para dejar pasar a una mujer de aspecto fatigado y expresión avinagrada que empujaba un cochecito con dos niños.

Puso la mano en el picaporte y apoyó el pulgar en el pestillo de hierro. Éste no cedió a la presión ejercida. La puerta estaba cerrada con llave.

La amarilla y polvorienta tarjeta que decía «Numerólogo» había desaparecido, advirtió de pronto. Otro rótulo, impreso y que ya empezaba a retorcerse y decolorarse por la acción del sol, ostentaba las palabras «SE ALQUILA».

Sebatinsky se encogió de hombros. Qué se le iba a hacer. Él había intentado siempre complacer a su esposa.

Así es que dio media vuelta y se fue, silbando entre dientes.

Haround, contento de verse libre de su envoltorio corporal, saltaba alegremente, y sus vórtices de energía lucían con un apagado resplandor violáceo sobre varios hiper-kilómetros cúbicos.

—¿He ganado? ¿He ganado? —iba repitiendo.

Mestack estaba algo apartado, y sus vórtices eran casi una esfera de luz en el hiperespacio.

—Todavía no lo he calculado.

—Hazlo, pues. No cambiarás en nada los resultados, por más tiempo que inviertas... Uf, qué alivio volver de nuevo al seno de la limpia y resplandeciente energía... Necesité un micro-ciclo de tiempo como cuerpo encarnado; además, era un cuerpo muy gastado y viejo. Pero valía la pena hacerlo para demostrártelo.

Mestack dijo:

—De acuerdo, reconozco que evitaste una guerra nuclear en ese planeta.

—¿Y no es eso un efecto de Clase A?

—Sí, desde luego; es un efecto de Clase A.

—Perfectamente. Ahora comprueba lo que quieras y dime si no conseguí ese efecto de Clase A con un estímulo de Clase F. Me limité a cambiar una letra de un nombre.

—¿Cómo?

—Oh, nada. Ahí está todo. Te lo he preparado.

Mestack dijo, algo a regañadientes:

—Me entrego. Un estímulo de Clase F.

—Entonces, he ganado. Tienes que admitirlo.

—Ninguno de los dos podrá decir que ha ganado cuando el Vigilante vea esto.

Haround, que había asumido la apariencia corporal de un anciano numerólogo en la Tierra y todavía no había podido acostumbrarse del todo al alivio que le producía no serlo ya, dijo:

—No parecías estar muy preocupado por eso cuando hiciste la apuesta.

—No creí que fueses capaz de aceptarla.

—¡Entropía! Pero, ¿por qué preocuparse? El Vigilante no se enterará jamás que hemos utilizado un estímulo de Clase F.

—Tal vez no, pero sí descubrirá el efecto de Clase A. Esos corpóreos seguirán por ahí aun después de una docena de microciclos. El Vigilante se dará cuenta.

—Lo que pasa, Mestack, es que tú no quieres pagar. Tratas de pasarte de listo.

—Pagaré. Pero espera a que el Vigilante se entere que hemos estado ocupándonos de un problema que no nos había asignado y que hemos efectuado un cambio no autorizado. Eso, si...

Se interrumpió.

Haround replicó:

—Bien, dejaré las cosas como estaban. Así no se enterará.

La energía de Mestack asumió un brillo socarrón.

—Necesitarás otro estímulo de Clase F, si quieres que no se entere.

Haround vaciló.

—Puedo hacerlo —dijo.

—Lo dudo.

—Te aseguro que puedo.

—¿Quieres que hagamos otra apuesta?

Las radiaciones de Mestack se hacían jubilosas.

—Aceptado —dijo Haround, acorralado—. Pondré a aquellos corpóreos donde estaban y el Vigilante no se dará cuenta de nada.

Mestack sacó partido de su ventaja.

—Anulemos la primera apuesta entonces, y tripliquemos la segunda.

A Haround se le contagió el entusiasmo del otro.

—Muy bien, de acuerdo —convino—. Triplicado.

—¡Hecho, pues!

—¡Hecho!

LA ÚLTIMA PREGUNTA

La última pregunta se formuló por primera vez, medio en broma, el 21 de mayo de 2061, en momentos en que la humanidad (también por primera vez) se bañó en luz. La pregunta llegó como resultado de una apuesta por cinco dólares hecha entre dos hombres que bebían cerveza, y sucedió de esta manera:

Alexander Adell y Bertram Lupov eran dos de los fieles asistentes de Multivac. Dentro de las dimensiones de lo humano sabían qué era lo que pasaba detrás del rostro frío, parpadeante e intermitentemente luminoso -kilómetros y kilómetros de rostro- de la gigantesca computadora. Al menos tenían una vaga noción del plan general de circuitos y retransmisores que desde hacía mucho tiempo habían superado toda posibilidad de ser dominados por una sola persona.

Multivac se autoajustaba y autocorregía. Así tenía que ser, porque nada que fuera humano podía ajustarla y corregirla con la rapidez suficiente o siquiera con la eficacia suficiente. De manera que Adell y Lupov atendían al monstruoso gigante sólo en forma ligera y superficial, pero lo hacían tan bien como podría hacerlo cualquier otro hombre. La alimentaban con información, adaptaban las preguntas a sus necesidades y traducían las respuestas que aparecían. Por cierto, ellos, y todos los demás asistentes tenían pleno derecho a compartir la gloria de Multivac.

Durante décadas, Multivac ayudó a diseñar naves y a trazar las trayectorias que permitieron al hombre llegar a la Luna, a Marte y a Venus, pero después de eso, los pobres recursos de la Tierra ya no pudieron serles de utilidad a las naves. Se necesitaba demasiada energía para los viajes largos y pese a que la Tierra explotaba su carbón y uranio con creciente eficacia, había una cantidad limitada de ambos.

Pero lentamente, Multivac aprendió lo suficiente como para responder a las preguntas más complejas en forma más profunda, y el 14 de mayo de 2061 lo que hasta ese momento era teoría se convirtió en realidad.

La energía del Sol fue almacenada, modificada y utilizada directamente en todo el planeta. Cesó en todas partes el hábito de quemar carbón y fisionar uranio y toda la Tierra se conectó con una pequeña estación -de un kilómetro y medio de diámetro- que circundaba el planeta a mitad de distancia de la Luna, para funcionar con rayos invisibles de energía solar.

Siete días no habían alcanzado para empañar la gloria del acontecimiento, y Adell y Lupov finalmente lograron escapar de la celebración pública, para refugiarse donde nadie pensaría en buscarlos: en las desiertas cámaras subterráneas, donde se veían partes del poderoso cuerpo enterrado de Multivac. Sin asistentes, ociosa, clasificando datos con clicks satisfechos y perezosos, Multivac también se había ganado sus vacaciones y los asistentes la respetaban y originalmente no tenían intención de perturbarla.

Se habían llevado una botella y su única preocupación en ese momento era relajarse y disfrutar de la bebida.

—Es asombroso, cuando uno lo piensa —dijo Adell. En su rostro ancho se veían huellas de cansancio, y removió lentamente la bebida con una varilla de vidrio, observando el movimiento de los cubos de hielo en su interior—. Toda la energía que podremos usar de ahora en adelante, gratis. Suficiente energía, si quisiéramos emplearla, como para derretir a toda la Tierra y convertirla en una enorme gota de hierro líquido impuro, y no echar de menos la energía empleada. Toda la energía que podremos usar por siempre y siempre y siempre.

Lupov ladeó la cabeza. Tenía el hábito de hacerlo cuando quería oponerse a lo que oía, y en ese momento quería oponerse; en parte porque había tenido que llevar el hielo y los vasos.

—No para siempre —dijo.

—Ah, vamos, prácticamente para siempre. Hasta que el Sol se apague, Bert.

—Entonces no es para siempre.

—Muy bien, entonces. Durante miles de millones de años. Veinte mil millones, tal vez. ¿Estás satisfecho?

Lupov se pasó los dedos por los escasos cabellos como para asegurarse que todavía le quedaban algunos y tomó un pequeño sorbo de su bebida.

—Veinte mil millones de años no es «para siempre».

—Bien, pero superará nuestra época, ¿verdad?

—También la superarán el carbón y el uranio.

—De acuerdo, pero ahora podemos conectar cada nave espacial individualmente con la Estación Solar, y hacer que vaya y regrese de Plutón un millón de veces sin que tengamos que preocuparnos por el combustible. No puedes hacer eso con carbón y uranio. Pregúntale a Multivac, si no me crees.

—No necesito preguntarle a Multivac. Lo sé.

—Entonces deja de quitarle méritos a lo que Multivac ha hecho por

nosotros —dijo Adell, malhumorado—. Se portó muy bien.

—¿Quién dice que no? Lo que yo sostengo es que el Sol no durará eternamente. Eso es todo lo que digo. Estamos a salvo por veinte mil millones de años pero, ¿y luego? —Lupov apuntó con un dedo tembloroso al otro—. Y no me digas que nos conectaremos con otro sol.

Durante un rato hubo silencio. Adell se llevaba la copa a los labios sólo de vez en cuando, y los ojos de Lupov se cerraron lentamente. Descansaron.

De pronto Lupov abrió los ojos.

—Piensas que nos conectaremos con otro sol cuando el nuestro muera, ¿verdad?

—No estoy pensando nada.

—Seguro que estás pensando. Eres malo en lógica, ése es tu problema. Eres como ese tipo del cuento a quien lo sorprendió un chaparrón, corrió a refugiarse en un monte y se paró bajo un árbol. No se preocupaba porque pensaba que cuando un árbol estuviera totalmente mojado, simplemente iría a guarecerse bajo otro.

—Entiendo —dijo Adell—, no grites. Cuando el Sol muera, las otras estrellas habrán muerto también.

—Por supuesto —murmuró Lupov—. Todo comenzó con la explosión cósmica original, fuera lo que fuese, y todo terminará cuando todas las estrellas se extingan. Algunas se agotan antes que otras. Por Dios, las gigantes no durarán cien millones de años. El Sol durará veinte mil millones de años y tal vez las enanas durarán cien mil millones por mejores que sean. Pero en un trillón de años estaremos a oscuras. La entropía tiene que incrementarse al máximo, eso es todo.

—Sé todo lo que hay que saber sobre la entropía —dijo Adell, tocado en su amor propio.

—¡Qué vas a saber!

—Sé tanto como tú.

—Entonces sabes que todo se extinguirá algún día.

—Muy bien. ¿Quién dice que no?

—Tú, grandísimo tonto. Dijiste que teníamos toda la energía que necesitábamos, para siempre. Dijiste «para siempre».

Esa vez le tocó a Adell oponerse.

—Tal vez podamos reconstruir las cosas algún día.

—Nunca.

—¿Por qué no? Algún día.

—Nunca.

—Pregúntale a Multivac.

—Pregúntale tú a Multivac. Te desafío. Te apuesto cinco dólares a que no es posible.

Adell estaba lo suficientemente borracho como para intentarlo y lo suficientemente sobrio como para traducir los símbolos y operaciones necesarias para formular la pregunta que, en palabras, podría haber correspondido a esto: ¿Podrá la humanidad algún día, sin el gasto neto de energía, devolver al Sol toda su juventud aún después que haya muerto de viejo?

O tal vez podría reducirse a una pregunta más simple, como ésta: ¿Cómo puede disminuirse masivamente la cantidad neta de entropía del Universo?

Multivac enmudeció. Los lentos resplandores oscuros cesaron, los clicks distantes de los transmisores terminaron.

Entonces, mientras los asustados técnicos sentían que ya no podían contener más el aliento, el teletipo adjunto a la computadora cobró vida repentinamente. Aparecieron seis palabras impresas:

«DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.»

—No hay apuesta —murmuró Lupov. Salieron apresuradamente.

A la mañana siguiente, los dos, con dolor de cabeza y la boca pastosa, habían olvidado el incidente.

Jerrodd, Jerrodine y Jerrodette I y II observaban la imagen estrellada en la pantalla mientras completaban el pasaje por el hiperespacio en un lapso fuera de las dimensiones del tiempo. Inmediatamente, el uniforme polvo de estrellas dio paso al predominio de un único disco de mármol, brillante, centrado.

—Es X-23 —dijo Jerrodd con confianza. Sus manos delgadas se entrelazaron con fuerza detrás de su espalda y los nudillos se pusieron blancos.

Las pequeñas Jerroddettes, niñas ambas, habían experimentado el pasaje por el hiperespacio por primera vez en su vida. Contuvieron sus risas y se persiguieron locamente alrededor de la madre, gritando:

—Hemos llegado a X-23... hemos llegado a X-23... hemos llegado a X-23... hemos llegado...

—Tranquilas, niñas —dijo rápidamente Jerroddine—. ¿Estás seguro, Jerrodd?

—¿Qué puedo estar sino seguro? —preguntó Jerrodd, echando una mirada al tubo de metal justo debajo del techo, que ocupaba toda la longitud de la habitación y desaparecía a través de la pared en cada extremo. Tenía

la misma longitud que la nave.

Jerrodd sabía poquísimo sobre el grueso tubo de metal excepto que se llamaba Microvac, que uno le hacía preguntas si lo deseaba; que aunque uno no se las hiciera de todas maneras cumplía con su tarea de conducir la nave hacia un destino prefijado, de abastecerla de energía desde alguna de las diversas estaciones de Energía Sub-galáctica y de computar las ecuaciones para los saltos hiperespaciales.

Jerrodd y su familia no tenían otra cosa que hacer sino esperar y vivir en los cómodos sectores residenciales de la nave.

Cierta vez alguien le había dicho a Jerrodd, que el *«ac»* al final de *«Microvac»* quería decir *«computadora analógica»* en inglés antiguo, pero estaba a punto de olvidar incluso eso.

Los ojos de Jerroddine estaban húmedos cuando miró la pantalla.

—No puedo evitarlo. Me siento extraña al salir de la Tierra.

—¿Por qué, caramba? —preguntó Jerrodd—. No teníamos nada allí. En X-23 tendremos todo. No estarás sola. No serás una pionera. Ya hay un millón de personas en ese planeta. Por Dios, nuestros bisnietos tendrán que buscar nuevos mundos porque llegará el día en que X-23 estará superpoblado. —Luego agregó, después de una pausa reflexiva—: Te aseguro que es una suerte que las computadoras hayan desarrollado viajes interestelares, considerando el ritmo al que aumenta la raza.

—Lo sé, lo sé —respondió Jerroddine con tristeza.

Jerroddette I dijo de inmediato:

—Nuestra Microvac es la mejor Microvac del mundo.

—Eso creo yo también —repuso Jerrodd, desordenándole el pelo.

Era realmente una sensación muy agradable tener una Microvac propia y Jerrodd estaba contento de ser parte de su generación y no de otra. En la juventud de su padre las únicas computadoras eran unas enormes máquinas que ocupaban un espacio de ciento cincuenta kilómetros cuadrados. Sólo había una por planeta. Se llamaban ACs Planetarias.

Durante mil años habían crecido constantemente en tamaño y luego, de pronto, llegó el refinamiento. En lugar de transistores hubo válvulas moleculares, de manera que hasta la AC Planetaria más grande podía colocarse en una nave espacial y ocupar sólo la mitad del espacio disponible.

Jerrodd se sentía eufórico siempre que pensaba que su propia Microvac personal era muchísimo más compleja que la antigua y primitiva Multivac que por primera vez había domado al Sol, y casi tan complicada como la AC Planetaria de la Tierra (la más grande) que por primera vez resolvió el problema del viaje hiperespacial e hizo posibles los viajes a las estrellas.

—Tantas estrellas, tantos planetas —suspiró Jerroddine, inmersa en sus propios pensamientos—. Supongo que las familias seguirán emigrando siempre a nuevos planetas, tal como lo hacemos nosotros ahora.

—No siempre —respondió Jerrodd, con una sonrisa—. Todo esto terminará algún día, pero no antes que pasen billones de años. Muchos billones. Hasta las estrellas se extinguen, ¿sabes? Tendrá que aumentar la entropía.

—¿Qué es la entropía, papá? —preguntó Jerroddette II con voz aguda.

—Entropía, querida, es sólo una palabra que significa la cantidad de desgaste del Universo. Todo se desgasta, como sabrás, por ejemplo tu pequeño robot walkie-talkie, ¿recuerdas?

—¿No puedes ponerle una nueva unidad de energía, como a mi robot?

—Las estrellas son unidades de energía, querida. Una vez que se extinguen, ya no hay más unidades de energía.

Jerroddette I lanzó un chillido de inmediato.

—No las dejes, papá. No permitas que las estrellas se extingan.

—Mira lo que has hecho —susurró Jerroddine, exasperada.

—¿Cómo podía saber que iba a asustarla? —respondió Jerrodd también en un susurro.

—Pregúntale a la Microvac —gimió Jerroddette I—. Pregúntale cómo volver a encender las estrellas.

—Vamos —dijo Jerroddine—. Con eso se tranquilizarán. —(Jerroddette II ya se estaba echando a llorar, también).

Jerrodd se encogió de hombros.

—Ya está bien, queridas. Le preguntaré a Microvac. No se preocupen, ella nos lo dirá.

Le preguntó a la Microvac, y agregó rápidamente:

—Imprimir la respuesta.

Jerrodd retiró la delgada cinta de celufilm y dijo alegremente:

—Miren, la Microvac dice que se ocupará de todo cuando llegue el momento, y que no se preocupen.

Jerroddine dijo:

—Y ahora, niñas, es hora de acostarse. Pronto estaremos en nuestro nuevo hogar. —Jerrodd leyó las palabras en el celufilm nuevamente antes de destruirlo:

«DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.»

Se encogió de hombros y miró la pantalla. El X-23 estaba cerca.

VJ-23X de Lameth miró las negras profundidades del mapa

tridimensional en pequeña escala de la Galaxia y dijo:

—¿No será una ridiculez que nos preocupe tanto la cuestión?

MQ-17J de Nicron sacudió la cabeza.

—Creo que no. Sabes que la Galaxia estará llena en cinco años con el actual ritmo de expansión.

Los dos parecían jóvenes de poco más de veinte años. Ambos eran altos y de formas perfectas.

—Sin embargo —dijo VJ-23X—, me resisto a presentar un informe pesimista al Consejo Galáctico.

—Yo no pensaría en presentar ningún otro tipo de informe. Tenemos que inquietarlos un poco. No hay otro remedio.

VJ-23X suspiró.

—El espacio es infinito. Hay cien billones de galaxias disponibles.

—Cien billones no es infinito, y cada vez se hace menos infinito. ¡Piénsalo! Hace veinte mil años, la humanidad resolvió por primera vez el problema de utilizar energía estelar, y algunos siglos después se hicieron posibles los viajes interestelares. A la humanidad le llevó un millón de años llenar un pequeño mundo y luego sólo quince mil años llenar el resto de la Galaxia. Ahora la población se duplica cada diez años...

VJ-23X lo interrumpió.

—Eso debemos agradecérselo a la inmortalidad.

—Muy bien. La inmortalidad existe y debemos considerarla. Admito que esta inmortalidad tiene su lado complicado. La AC Galáctica nos ha solucionado muchos problemas, pero al resolver el problema de evitar la vejez y la muerte, anuló todas las otras cuestiones.

—Sin embargo no creo que desees abandonar la vida.

—En absoluto —saltó MQ-17J, y luego se suavizó de inmediato—. No todavía. No soy tan viejo. ¿Cuántos años tienes tú?

—Doscientos veintitrés. ¿Y tú?

—Yo todavía no tengo doscientos. Pero, volvamos a lo que decía. La población se duplica cada diez años. Una vez que se llene esta galaxia, habremos llenado otra en diez años. Diez años más y habremos llenado dos más. Otra década, cuatro más. En cien años, habremos llenado mil galaxias; en mil años, un millón de galaxias. En diez mil años, todo el Universo conocido. Y entonces, ¿qué?

VJ-23X dijo:

—Como problema paralelo, está el del transporte. Me pregunto cuántas unidades de energía solar se necesitarán para trasladar galaxias de individuos de una galaxia a la siguiente.

—Muy buena observación. La humanidad ya consume dos unidades de energía solar por año.

—La mayor parte de esta energía se desperdicia. Al fin y al cabo, sólo nuestra propia galaxia gasta mil unidades de energía solar por año, y nosotros solamente usamos dos de ellas.

—De acuerdo, pero aún con una eficiencia de un cien por ciento, sólo podemos postergar el final. Nuestras necesidades energéticas crecen en progresión geométrica, y a un ritmo mayor que nuestra población. Nos quedaremos sin energía todavía más rápido que sin galaxias. Muy buena observación. Muy, muy buena observación.

—Simplemente tendremos que construir nuevas estrellas con gas interestelar.

—¿O con calor disipado? —preguntó MQ-17J, con tono sarcástico.

—Puede haber alguna forma de revertir la entropía. Tenemos que preguntárselo a la AC Galáctica.

VJ-23X no hablaba realmente en serio, pero MQ-17J sacó su interfaz AC del bolsillo y lo colocó sobre la mesa frente a él.

—No me faltan ganas —dijo—. Es algo que la raza humana tendrá que enfrentar algún día.

Miró sombríamente su pequeña interfaz AC. Era un objeto de apenas cinco centímetros cúbicos, nada en sí mismo, pero estaba conectado a través del hiperespacio con la gran AC Galáctica que servía a toda la humanidad y, a su vez, era parte integral suya.

MQ-17J hizo una pausa para preguntarse si algún día, en su vida inmortal, llegaría a ver la AC Galáctica. Era un pequeño mundo propio, una telaraña de rayos de energía que contenía la materia dentro de la cual las oleadas de los planos medios ocupaban el lugar de las antiguas y pesadas válvulas moleculares. Sin embargo, a pesar de esos funcionamientos sub-etéreos, se sabía que la AC Galáctica tenía mil diez metros de ancho.

Repentinamente, MQ-17J preguntó a su interfaz AC:

—¿Es posible revertir la entropía?

VJ-23X, sobresaltado, dijo de inmediato:

—Ah, mira, realmente yo no quise decir que tenías que preguntar eso.

—¿Por qué no?

—Los dos sabemos que la entropía no puede revertirse. No puedes volver a convertir el humo y las cenizas en un árbol.

—¿Hay árboles en tu mundo? —preguntó MQ-17J.

El sonido de la AC Galáctica los sobresaltó y les hizo guardar silencio. Se oyó su voz fina y hermosa en la interfaz AC en el escritorio. Dijo:

«DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.»

VJ-23X dijo:

—¡Ves!

Entonces los dos hombres volvieron a la pregunta del informe que tenían que hacer para el Consejo Galáctico.

La mente de Zee Prime abarcó la nueva galaxia con un leve interés en los incontables racimos de estrellas que la poblaban. Nunca había visto eso antes. ¿Alguna vez las vería todas?

Tantas estrellas, cada una con su carga de humanidad... una carga que era casi un peso muerto. Cada vez más, la verdadera esencia del hombre había que encontrarla allá afuera, en el espacio.

¡En las mentes, no en los cuerpos! Los cuerpos inmortales permanecían en los planetas, suspendidos sobre los eones. A veces despertaban a una actividad material pero eso era cada vez más raro. Pocos individuos nuevos nacían para unirse a la multitud increíblemente poderosa, pero, ¿qué importaba? Había poco lugar en el Universo para nuevos individuos.

Zee Prime despertó de su ensoñación al encontrarse con los sutiles manojos de otra mente.

—Soy Zee Prime. ¿Y tú?

—Soy Dee Sub Wun. ¿Tu galaxia?

—Sólo la llamamos Galaxia. ¿Y tú?

—Llamamos de la misma manera a la nuestra. Todos los hombres llaman Galaxia a su galaxia, y nada más. ¿Por qué será?

—Porque todas las galaxias son iguales.

—No todas. En una galaxia en particular debe de haberse originado la raza humana. Eso la hace diferente.

Zee Prime dijo:

—¿En cuál?

—No sabría decirte. La AC Universal debe estar enterada.

—¿Se lo preguntamos? De pronto tengo curiosidad por saberlo.

Las percepciones de Zee Prime se ampliaron hasta que las galaxias mismas se encogieron y se convirtieron en un polvo nuevo, más difuso, sobre un fondo mucho más grande. Tantos cientos de billones de galaxias, cada una con sus seres inmortales, todas llevando su carga de inteligencias, con mentes que vagaban libremente por el espacio. Y sin embargo una de ellas era única entre todas por ser la Galaxia original. Una de ellas tenía en su pasado vago y distante, un período en que había sido la única galaxia poblada por el hombre.

Zee Prime se consumía de curiosidad por ver esa galaxia y gritó:

—¡AC Universal! ¿En qué galaxia se originó el hombre?

La AC Universal oyó, porque en todos los mundos tenía listos sus receptores, y cada receptor conducía por el hiperespacio a algún punto desconocido donde la AC Universal se mantenía independiente. Zee Prime sólo sabía de un hombre cuyos pensamientos habían penetrado a distancia sensible de la AC Universal, y sólo informó sobre un globo brillante, de sesenta centímetros de diámetro, difícil de ver.

—¿Pero cómo puede ser eso toda la AC Universal? —había preguntado Zee Prime.

—La mayor parte —fue la respuesta— está en el hiperespacio. No puedo imaginarme en qué forma está allí.

Nadie podía imaginarlo, porque hacía mucho que había pasado el día -y eso Zee Prime lo sabía- en que algún hombre tuvo parte en construir la AC Universal. Cada AC Universal diseñaba y construía a su sucesora. Cada una, durante su existencia de un millón de años o más, acumulaba la información necesaria como para construir una sucesora mejor, más intrincada, más capaz en la cual dejar sumergido y almacenado su propio acopio de información e individualidad.

La AC Universal interrumpió los pensamientos erráticos de Zee Prime, no con palabras, sino con directivas. La mentalidad de Zee Prime fue dirigida hacia un difuso mar de Galaxias donde una en particular se agrandaba hasta convertirse en estrellas.

Llegó un pensamiento, infinitamente distante, pero infinitamente claro.

«ÉSTA ES LA GALAXIA ORIGINAL DEL HOMBRE.»

Pero era igual, al fin y al cabo, igual que cualquier otra, y Zee Prime resopló de desilusión.

Dee Sub Wun, cuya mente había acompañado a Zee Prime, dijo de pronto:

—¿Y una de estas estrellas es la estrella original del hombre?

La AC Universal respondió:

«LA ESTRELLA ORIGINAL DEL HOMBRE SE HA HECHO NOVA. ES UNA ENANA BLANCA.»

—¿Los hombres que la habitaban murieron? —preguntó Zee Prime, sobresaltado y sin pensar.

La AC Universal respondió:

«COMO SUCEDE EN ESTOS CASOS UN NUEVO MUNDO PARA SUS CUERPOS FÍSICOS FUE CONSTRUIDO EN EL TIEMPO.»

—Sí, por supuesto —dijo Zee Prime, pero aún así lo invadió una

sensación de pérdida. Su mente dejó de centrarse en la Galaxia original del hombre, y le permitió volver y perderse en pequeños puntos nebulosos. No quería volver a verla.

Dee Sub Wun dijo:

—¿Qué sucede?

—Las estrellas están muriendo. La estrella original ha muerto.

—Todas deben morir. ¿Por qué no?

—Pero cuando toda la energía se haya agotado, nuestros cuerpos finalmente morirán, y tú y yo con ellos.

—Llevará billones de años.

—No quiero que suceda, ni siquiera dentro de billones de años. ¡AC Universal! ¿Cómo puede evitarse que las estrellas mueran?

Dee Sub Wun dijo, divertido:

—Estás preguntando cómo podría revertirse la dirección de la entropía.

Y la AC Universal respondió:

«TODAVÍA HAY DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.»

Los pensamientos de Zee Prime volaron a su propia galaxia. Dejó de pensar en Dee Sub Wun, cuyo cuerpo podría estar esperando en una galaxia a un trillón de años luz de distancia, o en la estrella siguiente a la de Zee Prime. No importaba.

Con aire desdichado, Zee Prime comenzó a recoger hidrógeno interestelar con el cual construir una pequeña estrella propia. Si las estrellas debían morir alguna vez, al menos podrían construirse algunas.

El Hombre, mentalmente, era uno solo, y estaba conformado por un trillón de trillones de cuerpos sin edad, cada uno en su lugar, cada uno descansando, tranquilo e incorruptible, cada uno cuidado por autómatas perfectos, igualmente incorruptibles, mientras las mentes de todos los cuerpos se fusionaban libremente entre sí, sin distinción.

El Hombre dijo:

—El Universo está muriendo.

El Hombre miró a su alrededor a las galaxias cada vez más oscuras. Las estrellas gigantes, muy gastadoras, se habían ido hace rato, habían vuelto a lo más oscuro de la oscuridad del pasado distante. Casi todas las estrellas eran enanas blancas, que finalmente se desvanecían.

Se habían creado nuevas estrellas con el polvo que había entre ellas, algunas por procesos naturales, otras por el Hombre mismo, y también se estaban apagando. Las enanas blancas aún podían chocar entre ellas, y de

las poderosas fuerzas así liberadas se construirían nuevas estrellas, pero una sola estrella por cada mil estrellas enanas blancas destruidas, y también éstas llegarían a su fin.

El Hombre dijo:

—Cuidadosamente administrada y bajo la dirección de la AC Cósmica, la energía que todavía queda en todo el Universo, puede durar billones de años. Pero aún así eventualmente todo llegará a su fin. Por mejor que se la administre, por más que se la racione, la energía gastada desaparece y no puede ser repuesta. La entropía aumenta continuamente.

El Hombre dijo:

—¿Es posible invertir la tendencia de la entropía? Preguntémosle a la AC Cósmica.

La AC los rodeó pero no en el espacio. Ni un solo fragmento de ella estaba en el espacio. Estaba en el hiperespacio y hecha de algo que no era materia ni energía. La pregunta sobre su tamaño y su naturaleza ya no tenía sentido comprensible para el Hombre.

—AC Cósmica —dijo el Hombre—, ¿cómo puede revertirse la entropía?

La AC Cósmica dijo:

«LOS DATOS SON TODAVÍA INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.»

El Hombre ordenó:

—Recoge datos adicionales.

La AC Cósmica dijo:

«LO HARÉ. HACE CIENTOS DE BILLONES DE AÑOS QUE LO HAGO. MIS PREDECESORES Y YO HEMOS ESCUCHADO MUCHAS VECES ESTA PREGUNTA. TODOS LOS DATOS QUE TENGO SIGUEN SIENDO INSUFICIENTES.»

—¿Llegará el momento —preguntó el Hombre— en que los datos sean suficientes o el problema es insoluble en todas las circunstancias concebibles?

La AC Cósmica respondió:

«NINGÚN PROBLEMA ES INSOLUBLE EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS CONCEBIBLES.»

El Hombre preguntó:

—¿Cuándo tendrás suficientes datos como para responder a la pregunta?

La AC Cósmica respondió:

«LOS DATOS SON TODAVÍA INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.»

—¿Seguirás trabajando en eso? —preguntó el Hombre.

La AC Cósmica respondió:

«SÍ.»

El Hombre dijo:

—Esperaremos.

Las estrellas y las galaxias murieron y se convirtieron en polvo, y el espacio se volvió negro después de tres trillones de años de desgaste.

Uno por uno, el Hombre se fusionó con la AC, cada cuerpo físico perdió su identidad mental en forma tal que no era una pérdida sino una ganancia.

La última mente del Hombre hizo una pausa antes de la fusión, contemplando un espacio que sólo incluía los vestigios de la última estrella oscura y nada aparte de esa materia increíblemente delgada, agitada al azar por los restos de un calor que se gastaba, asintóticamente, hasta llegar al cero absoluto.

El Hombre dijo:

—AC, ¿es éste el final? ¿Este caos no puede ser revertido al Universo una vez más? ¿Esto no puede hacerse?

AC respondió:

«LOS DATOS SON TODAVÍA INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.»

La última mente del Hombre se fusionó y sólo AC existió en el hiperespacio.

La materia y la energía se agotaron y con ellas el espacio y el tiempo. Hasta AC existía solamente para la última pregunta que nunca había sido respondida desde la época en que dos técnicos en computación medio alcoholizados, tres trillones de años antes, formularon la pregunta en la computadora que era para AC mucho menos de lo que para un hombre el Hombre.

Todas las otras preguntas habían sido contestadas, y hasta que esa última pregunta fuera respondida también, AC no podría liberar su conciencia.

Todos los datos recogidos habían llegado al fin. No quedaba nada para recoger.

Pero toda la información reunida todavía tenía que ser completamente correlacionada y unida en todas sus posibles relaciones.

Se dedicó un intervalo sin tiempo a hacer esto.

Y sucedió que AC aprendió cómo revertir la dirección de la entropía.

Pero no había ningún Hombre a quien AC pudiera dar una respuesta a la

última pregunta. No había materia. La respuesta —por demostración— se ocuparía de eso también.

Durante otro intervalo sin tiempo, AC pensó en la mejor forma de hacerlo.

Cuidadosamente, AC organizó el programa.

La conciencia de AC abarcó todo lo que alguna vez había sido un Universo y pensó en lo que en ese momento era el caos.

Paso a paso, había que hacerlo.

Y AC dijo:

«¡HÁGASE LA LUZ!»

Y la luz se hizo...

EL NIÑO FEO

Edith Fellowes se alisó la bata de trabajo como hacía siempre antes de abrir la compleja cerradura de la puerta y cruzar la invisible línea divisoria que separaba el *es* del *no es*. Llevaba la libreta y el bolígrafo, aunque ya no tomaba notas excepto cuando consideraba absolutamente necesario hacer algún informe.

En esta ocasión llevaba también una maleta. («Juguetes para el niño», había dicho ella, sonriente, al vigilante, que desde hacía tiempo había dejado de hacerle preguntas y que le indicó que podía pasar.)

Como siempre, el niño feo supo que ella había entrado y se acercó corriendo.

—¡Señorita Fellowes! ¡Señorita Fellowes! —gritó con su blanda e indistinta voz.

—Timmie... —dijo ella, y pasó la mano por el tupido cabello castaño que cubría la desfigurada cabecita—. ¿Qué ocurre?

—¿Volverá Jerry para jugar otra vez? Siento lo que pasó.

—Eso no importa ahora, Timmie. ¿Por eso llorabas?

El niño bajó los ojos.

—No sólo por eso, señorita Fellowes. He soñado otra vez.

—¿El mismo sueño?

Los labios de la señorita Fellowes se fruncieron. Claro, el incidente con Jerry había hecho volver el sueño.

El niño asintió. Sus dientes, demasiado grandes, asomaron cuando intentó sonreír, y los labios de su sobresaliente boca se estiraron al máximo.

—¿Cuándo seré bastante grande para salir, señorita Fellowes?

—Pronto —dijo ella en voz baja, sintiendo que se le partía el corazón—. Pronto.

La señorita Fellowes dejó que el niño le tomara la mano y gozó con el cálido tacto de la gruesa y seca piel de la palma. El niño la llevó por las tres habitaciones que formaban el conjunto de la Sección Uno de Estasis; acogedoras, cierto, pero una prisión eterna para el niño feo durante los siete años (¿eran siete?) que llevaba de vida.

El niño la condujo a la única ventana, con vistas a un boscoso fragmento lleno de matorrales del mundo del *es* (en aquel momento oculto por la noche), donde una valla e instrucciones pintadas prohibían a cualquier

hombre adentrarse sin permiso.

El niño apretó la nariz contra la ventana.

—¿Afuera, señorita Fellowes?

—Mejores lugares. Lugares más bonitos —dijo tristemente ella, mientras contemplaba la pobre cara encarcelada perfilada en la ventana.

La frente del niño se hundía planamente, y su cabello caía en mechones sobre ella. La nuca sobresalía y parecía un peso excesivo para la cabeza, de forma que ésta se inclinaba hacia delante y obligaba al cuerpo a adoptar una postura encorvada. Óseos bordes habían provocado ya un abultamiento en la piel de los ojos. La ancha boca sobresalía más que la amplia y achatada nariz, y el niño carecía de barbilla propiamente dicha; sólo tenía una mandíbula de lisas curvas. Era bajo para su edad, y tenía las piernas cortas, gruesas y torcidas.

Era un niño terriblemente feo, y Edith Fellowes lo amaba intensamente.

La cara de la enfermera quedaba fuera de la línea de visión del niño, por lo que permitió a sus labios el lujo de un temblor.

No lo matarían. Ella haría cualquier cosa para impedirlo. Cualquier cosa. Abrió la maleta y empezó a sacar la ropa que contenía.

Edith Fellowes había cruzado por primera vez el umbral de Estasis, Inc., hacía poco más de tres años. Entonces no tenía la menor idea sobre el significado de Estasis y la tarea de la sociedad. Nadie lo sabía entonces, excepto las personas que trabajaban allí. De hecho, sólo un día después de la llegada de la enfermera se dio la noticia al mundo.

En aquel entonces, fue simplemente un anuncio de Estasis solicitando una mujer con conocimientos de fisiología, experiencia en química clínica y amor a los niños. Edith Fellowes era enfermera en una sala de maternidad y creía satisfacer dichos requisitos.

Gerald Hoskins, en cuyo escritorio figuraba una placa que indicaba su título de doctor, se rascó la mejilla con el pulgar y miró fijamente a la aspirante.

La señorita Fellowes se irguió automáticamente y notó que se le crispaba el rostro, de nariz levemente asimétrica y cejas una pizca gruesas.

«Él tampoco es guapo —pensó ella resentida—. Está engordando, se está quedando calvo y tiene una boca horrible...» Pero el salario mencionado en el anuncio era mucho más elevado de lo que la señorita Fellowes esperaba, y por eso se limitó a aguardar.

—Bien, ¿realmente adora a los niños? —dijo Hoskins.

—No lo afirmaría si no fuera cierto.

—¿O simplemente le encantan los niños guapos? ¿Los encantadores, regordetes, con lindas naricillas y voces de jilguero?

—Los niños son niños, doctor Hoskins —dijo la señorita Fellowes—, y los que no son guapos son precisamente los que pueden necesitar más ayuda.

—Entonces supongo que podemos aceptarla...

—¿Pretende decir que me da el empleo ahora mismo?

Él sonrió brevemente, y durante un momento su ancha cara tuvo un distraído rasgo de encanto.

—Tomo decisiones rápidas —dijo—. Pero de momento la oferta es provisional. Puedo tomar una decisión igualmente rápida para dejarla marchar. ¿Está dispuesta a correr el riesgo?

La señorita Fellowes aferró su bolso y calculó con la máxima rapidez posible. Luego ignoró los cálculos y se dejó llevar por su impulso.

—De acuerdo.

—Magnífico. Vamos a formar Estasis esta noche y creo que será mejor que esté allí para empezar de inmediato. Eso será a las ocho de la noche, y me gustaría que usted estuviera a las siete y media.

—Pero, ¿qué...?

—Magnífico. Magnífico. Eso es todo por ahora.

Tras una señal, una risueña secretaria entró y acompañó fuera a la enfermera.

La señorita Fellowes contempló un instante la cerrada puerta del doctor Hoskins. ¿Qué era Estasis? ¿Qué relación tenía con los niños aquel gran edificio de aspecto de granero, con empleados provistos de placas de identificación, con improvisados pasillos, con un inconfundible ambiente de ingeniería?

Se preguntó si debía volver por la noche o quedarse en casa y dar una lección al arrogante individuo. Pero sabía que iba a volver, aunque sólo fuera por pura frustración. Tenía que averiguar lo de los niños.

La señorita Fellowes volvió a las siete y media y no tuvo que anunciarse. Uno tras otro, hombres y mujeres parecían conocerla y saber su trabajo. Le parecía ir sobre ruedas cuando la llevaron adentro.

El doctor Hoskins estaba allí, pero se limitó a mirarla con aire distante.

—Señorita Fellowes... —murmuró.

Ni siquiera le sugirió que tomara asiento, pero ella arrastró tranquilamente una silla hasta la barandilla y se sentó.

Se hallaban en una galería, contemplando un enorme foso lleno de instrumentos que parecían un cruce entre el tablero de mandos de una nave

espacial y el teclado de una computadora. A un lado había separaciones que formaban un piso sin techo, una gigantesca casa de muñecas cuyas habitaciones podían verse desde arriba.

La señorita Fellowes vio una cocina electrónica y un frigorífico en una habitación, y un improvisado lavabo en otra. Y el objeto que distinguió en otra habitación sólo podía ser parte de una cama, de una cama pequeña.

Hoskins estaba hablando con otro hombre, y ambos, junto con la señorita Fellowes, eran los únicos ocupantes de la galería. Hoskins no quiso presentar al desconocido, y la enfermera lo miró furtivamente. Era delgado, y tenía cierto atractivo como hombre de edad madura. Tenía un pequeño bigote y penetrantes ojos, al parecer atareados con todo.

—Ni por un momento fingiré que entiendo todo esto, doctor Hoskins —estaba diciendo—. Es decir, entiendo tanto como puede esperarse de un lego, de un lego razonablemente inteligente. Con todo, si hay algo que entiendo menos, es la cuestión de la selectividad. Usted sólo puede alcanzar cierta distancia. Eso parece lógico, las cosas se hacen más vagas al aumentar la distancia, se requiere más energía... Pero luego me dice que no puede llegar muy cerca. Ésa es la parte enigmática.

—Puedo hacerlo parecer menos paradójico, Deveney, si me permite utilizar una analogía.

(La señorita Fellowes identificó al desconocido en cuanto oyó su nombre, y se impresionó aun sin quererlo. Se trataba obviamente de Candide Deveney, el redactor científico de Telenoticias, que acudía notoriamente al escenario de cualquier importante avance científico. La enfermera incluso reconoció la cara de Deveney, ya que la había visto en la notiplaca cuando se anunció el aterrizaje en Marte... De modo que el doctor Hoskins debía tener algo importante allí.)

—Desde luego, use una analogía —dijo Deveney con aire pesaroso—, si cree que eso servirá de algo.

—Bien, pues. Es imposible leer un libro con caracteres de imprenta ordinarios si se lo sostiene a dos metros de los ojos, pero es posible leerlo a un palmo de distancia. Hasta aquí, cuanto más cerca mejor. Pero si pone el libro a cinco centímetros de sus ojos, vuelve a estar perdido. Existe el hecho de la excesiva proximidad, como ve.

—Hummm —dijo Deveney.

—O considere otro ejemplo. Su hombro derecho está a setenta centímetros de la punta de su dedo índice, y puede apoyar este dedo en su hombro derecho. Su codo derecho está sólo a la mitad de la distancia de la punta de su dedo índice. De acuerdo con la lógica ordinaria, sería más fácil

hacer lo mismo, y sin embargo usted no puede poner el dedo índice de su mano derecha en el codo del mismo lado. De nuevo, existe el hecho de la excesiva proximidad.

—¿Puedo usar estas analogías en mi relato? —preguntó Deveney.

—Naturalmente. Me encantaría. He esperado mucho tiempo a que alguien como usted tenga un relato. Le ofreceré cualquier otra cosa que desee. Es hora, por fin, de querer que el mundo mire por encima de nuestro hombro. La gente verá algo.

(A pesar suyo, la señorita Fellowes admiraba la serena certeza del doctor. Había fuerza allí.)

—¿Cuán lejos va a llegar? —dijo Deveney.

—Cuarenta mil años.

La señorita Fellowes contuvo la respiración bruscamente.

¿*Años*?

Había tensión en el ambiente. Los encargados de los controles apenas se movían. Un hombre hablaba ante un micrófono con suave monotonía, pronunciando breves frases que no tenían sentido para la señorita Fellowes.

Deveney se apoyó en la barandilla de la galería con la mirada fija.

—¿Veremos algo, doctor Hoskins? —preguntó.

—¿Qué? No. Nada hasta que se complete el trabajo. Detectamos de forma indirecta, algo parecido al principio del radar, con la excepción que utilizamos mesones en lugar de radiación. Los mesones buscan retrocediendo en el tiempo en las condiciones apropiadas. Algunos se reflejan, y debemos analizar los reflejos.

—Eso parece difícil.

Hoskins sonrió de nuevo brevemente, como siempre.

—Es el producto final de cincuenta años de investigación, cuarenta de ellos antes de mi entrada en el campo... Sí, es difícil.

El hombre del micrófono alzó una mano.

—Hemos estado fijos en un momento particular de tiempo desde hace semanas. Hemos roto la conexión, la hemos rehecho tras calcular nuestros movimientos en el tiempo, nos hemos asegurado de poder maniobrar el flujo temporal con suficiente precisión. Esto debe dar resultado ahora.

Pero su frente relucía.

Edith Fellowes notó que se había levantado de la silla y estaba en la barandilla de la galería, pero no había nada que ver.

—Ahora —dijo en voz baja el hombre del micrófono.

Hubo un lapso de silencio suficiente para respirar una vez y luego el

sonido del chillido de un aterrorizado niño en las habitaciones de la casa de muñecas. ¡Terror! ¡Penetrante terror!

La cabeza de la señorita Fellowes se volvió en la dirección del grito. Un niño estaba involucrado. Lo había olvidado.

El puño de Hoskins golpeó la barandilla, y el doctor, con voz tensa y temblorosa, con voz de triunfo, dijo:

—¡Conseguido!

La señorita Fellowes fue forzada a bajar el corto tramo espiral de escalera por la dura presión de la palma de Hoskins aplicada a sus omoplatos. El doctor no le dio explicaciones.

Los hombres de los controles estaban de pie en aquel momento, sonrientes, fumando, observando a los tres que llegaban a la planta principal. Un zumbido muy tenue surgía de la casa de muñecas.

—Es totalmente seguro entrar en Estasis —dijo Hoskins a Deveney—. Lo he hecho mil veces. Se produce una sensación extraña que dura un momento y no significa nada.

Hoskins cruzó un abierto umbral en muda demostración, y Deveney, con rígida risa y tras respirar con obvia profundidad, le siguió:

—¡Señorita Fellowes! ¡Por favor! —dijo Hoskins.

El doctor torció el dedo índice impacientemente.

La señorita Fellowes asintió y entró muy rígida. Fue como si un escarceo, un hormigueo interno recorriera su cuerpo.

Pero una vez dentro todo pareció normal. Se percibía el olor de la madera nueva de la casa de muñecas y..., y de..., de tierra.

Se había hecho el silencio, ninguna voz por fin, pero había un seco arrastrar de pies y, quizá, una mano que rascaba madera..., y luego un suave gemido.

—¿Dónde está? —preguntó angustiada la señorita Fellowes.

¿Por qué no se preocupaban aquel par de necios?

El niño se hallaba en el dormitorio; o por lo menos, en la habitación que tenía la cama.

Estaba de pie, desnudo, con el pequeño pecho, manchado de barro, subiendo y bajando irregularmente. Un montón de tierra y áspera hierba se extendía en el suelo alrededor de sus descalzos pies morenos. El olor a tierra procedía de allí, igual que el vestigio de algo fétido.

Hoskins siguió la aterrorizada mirada de la enfermera.

—Es imposible arrancar limpiamente a un niño del tiempo, señorita

Fellowes —dijo en tono de disgusto—. Hemos tenido que recoger parte de los alrededores por cuestión de seguridad. ¿O habría preferido que el niño llegara aquí con una pierna menos, o con sólo media cabeza?

—¡Por favor! —repuso la señorita Fellowes, abrumada por el asco—. ¿Vamos a quedarnos con los brazos cruzados? La pobre criatura está asustada. Y muy sucia.

Tenía mucha razón. El niño tenía manchas de barro incrustado y grasa, y un arañazo en el muslo, que estaba enrojecido e inflamado.

Cuando Hoskins se aproximó, el niño, que aparentaba tener tres años, se agachó y retrocedió rápidamente. Alzó el labio superior y gruñó sibilantemente, igual que un gato. Con rápido gesto, Hoskins tomó al niño por ambos brazos y lo levantó del suelo, pese a que se revolvía y chillaba.

—Sosténgalo —dijo la señorita Fellowes—. Lo primero que necesita es un baño. Hay que limpiarlo. ¿Tiene lo preciso? Si es así, ordene que lo traigan aquí. Y al principio necesitaré ayuda para agarrar al niño. Luego, por el amor del cielo, ordene que recojan toda esta suciedad.

Ella estaba ya dando órdenes, y se la veía a sus anchas. Y puesto que era una enfermera eficaz, y no una confusa espectadora, la señorita Fellowes examinó al pequeño con ojo clínico..., y dudó durante unos instantes de sobresalto. Lo examinó más allá del barro y los gritos, más allá del agitar de extremidades y el inútil retorcimiento. Vio al niño propiamente dicho.

Era el niño más feo que había visto nunca. Horriblemente feo desde la deforme cabeza hasta las torcidas piernas.

La señorita Fellowes lavó al niño con ayuda de tres hombres, mientras otros iban de un lado a otro intentando limpiar la habitación. La enfermera actuó en silencio y con una sensación de atropello, irritada por el continuo desasosiego y los chillidos del pequeño, y por los indecorosos salpicones de jabonosa agua a que se veía sometida.

El doctor Hoskins había intuido que el niño no sería guapo, pero eso no implicaba ni con mucho que la criatura estaría repulsivamente deformada. Y el hedor del pequeño era tal que el jabón y el agua sólo lo aliviaban muy poco a poco.

La señorita Fellowes sintió el intenso deseo de echar al niño, enjabonado como estaba, en brazos del doctor y marcharse. Pero estaba el orgullo profesional. Ella había aceptado una tarea, al fin y al cabo... Y estaba la mirada de los ojos del doctor, una fría mirada que decía: «¿Sólo niños guapos, señorita Fellowes?»

Hoskins se mantenía apartado, observando fríamente a cierta distancia con un asomo de sonrisa en el semblante. En un momento dado se fijó en los ojos de la enfermera, y pareció divertirse con la indignación de la mujer.

La señorita Fellowes decidió que aguardaría un rato antes de renunciar. Hacerlo al instante sería rebajarse.

Luego, cuando el niño tuvo un soportable tono rosado y olor a perfumado jabón, la enfermera se sintió mejor a pesar de todo. Los chillidos se transformaron en gimoteos de agotamiento, y el niño miró alrededor atentamente; sus ojos se movieron con veloz y asustado recelo de uno a otro de los ocupantes de la habitación. La limpieza acentuaba su delgada desnudez, mientras se estremecía de frío tras el baño.

—¡Traigan una bata para el niño! —dijo vivamente la señorita Fellowes.

Al momento apareció una bata. Todo parecía preparado y sin embargo nada estaba disponible a menos que ella diera la orden; como si deliberadamente dejaran el asunto en sus manos sin ayudarla, para ponerla a prueba.

El reportero, Deveney, se acercó.

—Yo lo sostendré, señorita —dijo—. Usted sola no podrá ponérsela.

—Gracias —dijo ella.

Ciertamente hubo una batalla, pero la bata quedó puesta, y cuando el niño hizo ademán de desgarrarla, la enfermera le dio una brusca palmada en la mano.

El niño enrojeció, pero no lloró. Miró fijamente a la mujer y los torcidos dedos de una de sus manos se deslizaron lentamente por la franela de la prenda, palpando su extrañeza.

La señorita Fellowes, desesperada, pensó: «Bueno, y ahora, ¿qué?»

Todo el mundo parecía estar en animación suspendida, aguardando la reacción de la enfermera..., incluso el niño feo.

—¿Tienen comida? ¿Leche? —preguntó bruscamente.

La tenían. Trajeron una unidad móvil, y en el compartimiento de refrigeración había un litro de leche; había también un calentador y diversos fortificantes en forma de pastillas vitamínicas, jarabe de cobre, cobalto y hierro, y otras cosas que la enfermera no tenía tiempo para examinar. Había varios envases de comida infantil que se auto calentaba.

La señorita Fellowes usó leche, solamente leche para empezar. La unidad de radiaciones calentó el líquido hasta la temperatura apropiada en cuestión de segundos y se desconectó, y la enfermera puso un poco de leche en un plato. Estaba segura del salvajismo del niño. Él no sabría usar una taza.

La señorita Fellowes bajó la cabeza y dijo al pequeño:

—Bebe. Bebe.

Hizo un gesto como si se llevara el plato a la boca. Los ojos del niño siguieron el movimiento, pero nada más.

De pronto, la enfermera recurrió a medidas directas. Tomó con una mano el brazo del niño y metió la otra en la leche. Le mojó los labios con el líquido, y éste cayó goteando por las mejillas y la contraída barbilla.

Durante un instante el niño lanzó un agudo grito, y acto seguido su lengua se movió sobre sus mojados labios. La señorita Fellowes retrocedió.

El niño se acercó al plato, se agachó, miró bruscamente hacia arriba y hacia atrás, como si esperara ver a un agazapado enemigo, se agachó de nuevo, y lamió ansiosamente la leche, igual que un gato. Sorbió el líquido haciendo mucho ruido. No utilizó las manos para levantar el plato.

La señorita Fellowes dejó que asomara en su rostro parte de la repugnancia que sentía. No pudo evitarlo.

Deveney captó el detalle, quizá.

—¿Lo sabe la enfermera, doctor Hoskins? —dijo.

—¿El qué? —preguntó la señorita Fellowes.

Deveney dudó, pero Hoskins intervino, de nuevo con su aire de indiferente diversión en el rostro.

—Bien, infórmela —dijo.

Deveney se volvió hacia la señorita Fellowes.

—Tal vez no lo sospeche, señorita, pero el azar ha querido que sea la primera mujer civilizada de la historia que cuida a un joven de Neandertal.

La enfermera volvió la cabeza hacia Hoskins con dominada ferocidad.

—Debió informarme, doctor.

—¿Por qué? ¿Qué importancia habría tenido?

—Habló de un niño.

—¿No es eso un niño? ¿Alguna vez ha tenido un perrito o un gatito, señorita Fellowes? ¿Están esos animales más cerca de lo humano? Si ese niño fuera una cría de chimpancé, ¿le produciría asco? Usted es enfermera, señorita Fellowes. Su expediente afirma que estuvo en una sala de maternidad durante tres años. ¿Alguna vez se negó a cuidar a un bebé deforme?

La señorita Fellowes pensó que estaba quedándose sin argumentos.

—Podía haberme informado —dijo, con mucha menos decisión.

—¿Y habría rechazado el empleo? Bien, ¿lo rechaza ahora?

Hoskins la observó fríamente, mientras Deveney miraba al otro lado de

la habitación, y el niño de Neandertal, tras acabar la leche y lamer el plato, contempló a la enfermera con su mojada cara y sus anhelantes ojazos.

El niño señaló la leche y de repente empezó a emitir una breve serie de sonidos reiterados; sonidos guturales y complejos chasquidos de la lengua.

—¡Vaya, habla! —dijo la señorita Fellowes, sorprendida.

—Naturalmente —dijo Hoskins—. El *Homo neanderthalensis* no es una especie totalmente distinta, sino más bien una subespecie del *Homo sapiens*. ¿Por qué no había de hablar? Probablemente está pidiendo más leche.

De forma mecánica, la señorita Fellowes buscó la botella de leche, pero Hoskins la tomó por la muñeca.

—Bien, señorita Fellowes, antes que vayamos más lejos, ¿acepta el empleo?

La señorita Fellowes se soltó bruscamente, irritada.

—¿No piensa darle de comer si yo no lo hago? Me quedaré con él..., algún tiempo.

La enfermera echó leche en el plato.

—Vamos a dejarla con el niño, señorita Fellowes —dijo Hoskins—. Ésta es la única entrada de Estasis Número Uno, y está completamente cerrada y vigilada. Quiero que se entere de los pormenores de la cerradura, la cual, por supuesto, estará programada para aceptar sus huellas digitales, como ya lo está para las mías. En los espacios superiores —prosiguió, alzando los ojos hacia los inexistentes techos de la casa de muñecas— también hay vigilancia, y se nos informará en cuanto algo inconveniente suceda aquí.

—¿Pretende decir que estaré sometida a control visual? —dijo la señorita Fellowes, indignada.

Pensó de pronto en su propio examen de las habitaciones interiores desde la galería.

—No, no —repuso seriamente Hoskins—. Se respetará totalmente su intimidad. La vigilancia se efectuará únicamente mediante símbolos electrónicos, que sólo una computadora interpretará. Se quedará con el chico esta noche, señorita Fellowes, y todas las noches hasta nuevo aviso. Se la relevará durante el día según el horario que le parezca más conveniente. Le permitiremos arreglar ese detalle.

La enfermera contempló la casa de muñecas con asombrada expresión.

—Pero, ¿por qué todo esto, doctor Hoskins? ¿Es peligroso el niño?

—Es cuestión de energía, señorita Fellowes. Al niño no se le debe permitir la salida de estas habitaciones. Nunca. Ni un instante. Por ningún motivo. Ni para salvarle la vida. Ni siquiera para salvar su propia vida, señorita Fellowes. ¿Está claro?

La enfermera levantó la barbilla.

—Entiendo las órdenes, doctor Hoskins, y en mi profesión estamos acostumbradas a poner el deber por delante de la seguridad personal.

—Perfecto. Si necesita ayuda de alguien, hágalo saber.

Y los dos hombres se fueron.

La señorita Fellowes se volvió hacia el niño. Él estaba observándola, y todavía quedaba leche en el plato. Trabajosamente, la enfermera trató de enseñarle a levantarlo y llevárselo a los labios. El pequeño se resistió, pero se dejó tocar sin más gritos.

Los asustados ojos del niño siempre estaban fijos en ella, vigilantes, atentos al primer movimiento en falso. La enfermera tuvo que tranquilizarle, se esforzó en mover muy despacio la mano hacia el pelo del pequeño, dejándole ver cada milímetro del recorrido, para que viera que no iba a sufrir daño.

Y logró acariciarle el pelo un instante.

—Tendré que enseñarte a usar el cuarto de baño —dijo—. ¿Crees que podrás aprender?

Habló en voz baja, apaciblemente, sabiendo que él no entendería las palabras pero confiando en que respondiera al sosiego de su tono.

El niño inició de nuevo una frase con chasquidos de su lengua.

—¿Me dejas tomarte la mano? —dijo la enfermera.

Tendió la suya y el niño la miró. La señorita Fellowes dejó su mano extendida y aguardó. La mano del pequeño se deslizó hacia la suya.

—Eso está bien —dijo ella.

La mano se acercó a dos centímetros y entonces el valor del niño decayó. Apartó la mano bruscamente.

—Bien —dijo tranquilamente la señorita Fellowes—, lo intentaremos más tarde. ¿Te gustaría sentarte aquí?

Dio unas palmadas al colchón de la cama.

Las horas transcurrieron con lentitud, y el progreso fue escaso. La enfermera no obtuvo satisfacción ni con el cuarto de baño ni con la cama. De hecho, a pesar de dar inconfundibles muestras de somnolencia, el pequeño se echó al suelo y a continuación, con un rápido movimiento, se metió debajo de la cama.

La señorita Fellowes se agachó para mirar al niño, y los ojos de éste la observaron relucientes mientras la lengua chasqueaba.

—Muy bien —dijo ella—, si te sientes más seguro ahí, duerme ahí.

Cerró la puerta del dormitorio y se retiró a la cama que le habían

preparado en la habitación más espaciosa. Tras insistir, habían puesto un improvisado dosel sobre la cama. La señorita Fellowes pensó: «Esos estúpidos tendrán que poner un espejo y una cómoda más grande en esta habitación, y otro cuarto de baño, si esperan que yo pase las noches aquí.»

Le resultó difícil dormir. La señorita Fellowes se esforzó en oír posibles ruidos en la habitación contigua. El niño no podía escapar, ¿no? Las paredes eran rectas e increíblemente altas, pero..., ¿y si el pequeño trepaba como un mono? Bien, Hoskins había hablado de la existencia de dispositivos de observación que vigilaban el techo.

De repente, la enfermera pensó: «¿Es posible que el niño sea peligroso? ¿Físicamente peligroso?»

No, Hoskins no podía haberse referido a eso. No la habría dejado sola si...

Trató de reírse de sí misma. Sólo era un niño de tres o cuatro años. Sin embargo, ella no había conseguido cortarle las uñas. Si la atacaba con uñas y dientes mientras dormía...

Respiró agudamente. Aquello era ridículo, pero de todas maneras...

Prestó penosa atención, y esta vez oyó el sonido.

El niño estaba llorando.

No eran chillidos de miedo o de enfado; no eran gritos, no eran alaridos. El niño estaba llorando en silencio. Era el angustiado sollozo de un niño que se sentía solo, muy solo.

Por primera vez, la señorita Fellowes pensó con zozobra: «¡Pobre criatura!»

Naturalmente, era un niño. ¿Qué importaba la forma de su cabeza? Era un niño que se había quedado huérfano como ningún otro niño antes que él. No sólo habían desaparecido su madre y su padre, sino también toda su especie. Arrancado insensiblemente de su tiempo, era la única criatura de su especie en el mundo. La última. La única.

La señorita Fellowes sintió que su pena crecía, y al mismo tiempo se avergonzó de su propia insensibilidad. Tras ceñirse la bata a las pantorrillas (incongruentemente, pensó: «Mañana tendré que traer un albornoz»), salió de la cama y entró en la habitación del niño.

—Pequeño —llamó en un susurro—. Pequeño.

Estuvo a punto de meter la mano por debajo de la cama, pero pensó en un posible mordisco y no lo hizo. Encendió la lamparilla y movió la cama.

La pobre criatura estaba acurrucada en un rincón, con las rodillas bajo la barbilla, y miraba a la enfermera con borrosos y desconfiados ojos.

Con la escasa iluminación, la enfermera no percibió el aspecto repulsivo del niño.

—Pobre niño —dijo—, pobre niño. —Notó que el pequeño se ponía rígido mientras le acariciaba el pelo, y que luego se relajaba—. Pobre niño. ¿Me dejas tomarte?

Se sentó en el suelo cerca del niño y, poco a poco, rítmicamente, le acarició el cabello, la mejilla, el brazo. En voz baja, la señorita Fellowes comenzó a entonar una canción lenta y suave.

El niño levantó la cabeza al oírla y contempló su boca en la penumbra, como si el sonido le maravillara.

La enfermera fue aproximándose mientras el niño la escuchaba. Poco a poco acercó hacia sí la cabeza del pequeño, hasta que ésta quedó apoyada en su hombro. Le pasó un brazo por debajo de los muslos y lo alzó hasta su regazo con un movimiento pausado y suave.

La señorita Fellowes siguió cantando, el mismo verso sencillo una y otra vez, mientras mecía al pequeño.

El niño dejó de llorar y al cabo de un rato el rítmico zumbido de su respiración indicó que se había dormido.

Con infinito cuidado, la enfermera empujó la cama hacia la pared y puso encima al niño. Lo tapó y lo miró. Su cara era tan pacífica y tan de niño pequeño mientras dormía... Ciertamente, no tenía tanta importancia que fuera muy feo.

La señorita Fellowes empezó a alejarse de puntillas, pero después pensó: «¿Y si se despierta?»

Retrocedió, luchó indecisa consigo misma, suspiró y, lentamente, se metió en la cama con el pequeño.

La cama era demasiado pequeña para ella. Se sentía entorpecida e incómoda sin el dosel, pero la mano del niño se deslizó hacia la suya y, sin saber cómo, la enfermera se durmió en esa postura.

Despertó sobresaltada y con el alocado impulso de chillar, que logró ahogar en un gorjeo. El niño estaba mirándola, con los ojos muy abiertos. La enfermera tardó un largo momento en recordar que se había acostado con él; después, poco a poco, sin apartar la mirada de aquellos ojos, sacó una pierna, tocó el suelo, y luego sacó la otra.

Lanzó una rápida y recelosa mirada hacia el abierto techo, y tensó los músculos dispuesta a ponerse en pie.

Pero en ese momento los rechonchos dedos del niño se movieron y tocaron los labios de la enfermera. El pequeño dijo algo.

La señorita Fellowes retrocedió con el contacto. El niño era terriblemente feo a la luz del día.

El niño habló otra vez. Abrió la boca e hizo un gesto con la mano, como si algo brotara de sus labios.

La señorita Fellowes supuso el significado del gesto y dijo trémulamente:

—¿Quieres que cante?

El niño no dijo nada, sólo miró fijamente la boca de la mujer.

Con voz ligeramente desafinada a causa de la tensión, la señorita Fellowes inició la misma cancioncilla de la noche anterior y el niño feo sonrió. Su cuerpo se bamboleó torpe, burdamente, siguiendo el ritmo de la música, y de su boca brotó un gorgoteo que quizá fuera un asomo de risa.

La señorita Fellowes suspiró mentalmente. La música posee encantos que calman al corazón salvaje. Quizá fuera una ayuda...

—Aguarda —dijo la enfermera—. Déjame que me arregle. Sólo será un momento. Luego te prepararé el desayuno.

Actuó con rapidez, siempre consciente de la falta de techo. El niño siguió en la cama, contemplando a la mujer cuando estaba a la vista. Ella le sonreía en esas ocasiones, y agitaba su mano. Finalmente, el niño agitó también su mano, y a la señorita Fellowes le encantó el detalle.

—¿Te apetecerían gachas de avena con leche? —dijo ella por fin.

Tardó sólo unos instantes en preparar el desayuno, y luego llamó por señas al niño. Bien porque entendió el gesto, o bien porque siguió el aroma (la señorita Fellowes no podía saberlo), el pequeño salió de la cama.

Trató de enseñarle a usar la cuchara, pero el niño se apartó del utensilio, asustado. («Hay tiempo de sobra», pensó ella.) Insistió en que él levantara el tazón con las manos. El niño lo hizo con bastante torpeza e increíble chapucería, pero buena parte del desayuno llegó a su estómago.

La señorita Fellowes intentó darle la leche en un vaso en esta ocasión, y el pequeño gimió al descubrir que la pequeñez del agujero le impedía meter la cara de modo conveniente. La enfermera le tomó la mano y se la puso en torno al vaso, le obligó a inclinarlo un poco y le empujó los labios hacia el borde.

De nuevo un desastre, pero el niño aprovechó casi todo el líquido, y la señorita Fellowes ya estaba acostumbrada a los desastres.

Para sorpresa y alivio de la enfermera, el cuarto de baño fue un problema menos frustrante. El niño entendió lo que se esperaba de él.

—Buen chico. Chico listo —dijo ella, y reparó en que estaba dándole palmaditas en la cabeza.

Y con sumo placer por parte de la señorita Fellowes, el niño sonrió.

Ella pensó: «Cuando sonríe, es un niño bastante soportable.»

Ese mismo día, más tarde, llegaron los caballeros de la prensa.

La enfermera tomó en brazos al niño y éste se aferró a ella alocadamente mientras al otro lado de la abierta puerta las cámaras comenzaban a funcionar. La conmoción asustó al niño, que se puso a llorar, pero pasaron diez minutos antes que la señorita Fellowes tuviera autorización para retirarse y llevar al pequeño a la habitación contigua.

Después salió otra vez, ruborizada de indignación, cruzó la entrada de la casa de muñecas y cerró la puerta.

—Creo que ya han tenido suficiente. Me costará un rato calmar al niño. Váyanse.

—Claro, claro —dijo el caballero del *Times-Herald*—. Pero, ¿realmente hemos visto a un Neandertal, o se trata de una tomadura de pelo?

—Les aseguro que no se trata de una tomadura de pelo —sonó de pronto la voz de Hoskins desde atrás—. El niño es auténtico. *Homo neanderthalensis*.

—¿Es chico o chica?

—Chico —dijo lacónicamente la señorita Fellowes.

—El niño-mono —dijo el periodista del *News*—. Eso tenemos aquí. Un niño-mono. ¿Cómo actúa, enfermera?

—Actúa exactamente igual que un niño de corta edad —espetó la señorita Fellowes, irritada por tener que estar a la defensiva—. Y no es un niño-mono. Se llama... Timothy, Timmie..., y su conducta es perfectamente normal.

Había escogido el nombre, Timothy, a la buena ventura. Era el primero que se le había ocurrido.

—Timmie, el niño-mono —dijo el periodista del *News*.

Y con ese nombre, Timmie, el niño-mono, conoció el mundo al niño feo.

El periodista del *Globe* se volvió hacia Hoskins.

—Doctor, ¿qué piensa hacer con el niño-mono?

El aludido se alzó de hombros.

—Mi plan original se completó cuando demostré que era posible traerlo aquí. Sin embargo, los antropólogos estarán muy interesados, supongo, y los fisiólogos. No en balde tenemos aquí una criatura que está al borde del ser humano. Con él, podemos aprender mucho de nosotros mismos y de nuestros antepasados.

—¿Cuánto tiempo piensa quedárselo?

—Hasta que llegue el momento en que necesitemos el espacio más que

a él. Bastante tiempo, tal vez.

El periodista del *News* intervino de nuevo.

—¿Podrá sacarlo al aire libre, para que podamos preparar equipo sub-etérico y montar todo un programa?

—Lo siento, pero el niño no puede salir de Estasis.

—¿Qué es exactamente Estasis?

—Ah. —Hoskins cedió a una de sus breves sonrisas—. Eso precisaría una larga explicación, caballeros. En Estasis el tiempo tal como lo conocemos no existe. Estas habitaciones son en su interior una burbuja invisible que no forma exactamente parte de nuestro universo. Por eso pudimos arrancar del tiempo al niño.

—Alto, un momento —dijo el periodista del *News*, descontento—. ¿Pretende engañarnos? La enfermera puede entrar y salir de la habitación.

—Y lo mismo puede hacer cualquiera de ustedes —dijo Hoskins como si tal cosa—. Se desplazarían paralelamente a las líneas de la fuerza temporal y no habría grandes ganancias o pérdidas de energía. El niño, sin embargo, fue tomado en el remoto pasado. Cruzó las líneas y adquirió potencial temporal. Desplazarlo al universo y a nuestro tiempo absorbería la energía suficiente para quemar todas las líneas del lugar y, seguramente, para eliminar toda la energía de la ciudad de Washington. Hemos tenido que guardar en el local los residuos que el niño trajo consigo, y tendremos que eliminarlos poco a poco.

Los periodistas estaban atareados anotando frases mientras Hoskins les hablaba. Ellos no entendían, y seguramente sus lectores tampoco, pero aquello parecía científico y eso era lo importante.

En ese momento intervino el periodista del *Times-Herald*.

—¿Estaría disponible esta noche para una entrevista en todos los circuitos?

—Creo que sí —dijo al instante Hoskins, y todos los periodistas se marcharon.

La señorita Fellowes los observó mientras salían. En cuanto a Estasis y fuerzas temporales, entendía tan poco como ellos, pero ella sabía algo. El encarcelamiento de Timmie (de pronto se dio cuenta que usaba ese nombre para pensar en el niño feo) era real, y no venía impuesto por el arbitrario mandato de Hoskins. Al parecer, sería imposible sacarlo de Estasis, nunca.

Pobre criatura. Pobre criatura.

Súbitamente, oyó que el niño lloraba y se apresuró a entrar para consolarlo.

La señorita Fellowes no tuvo oportunidad de ver a Hoskins en la red de circuitos, y aunque la entrevista fue transmitida a todas las partes del mundo e incluso a la estación lunar, las ondas no penetraron en el lugar donde vivían la enfermera y el niño feo.

Pero el doctor volvió a la mañana siguiente, radiante y alegre.

—¿Fue bien la entrevista? —preguntó la señorita Fellowes.

—Sumamente bien. ¿Cómo está... Timmie?

La enfermera sintió que le complacía el uso de ese nombre.

—Se defiende bastante bien. Ven aquí, Timmie, este agradable caballero no te hará daño.

Pero Timmie permaneció en la otra habitación. Un mechón de su enmarañado cabello asomó detrás de la barrera de la puerta, y sólo en un par de ocasiones se vio el rabillo de uno de sus ojos.

—En realidad —dijo la señorita Fellowes—, el chico está adaptándose asombrosamente. Es muy inteligente.

—¿Le sorprende?

Ella dudó un instante antes de responder.

—Sí, me sorprende. Supongo que pensé que era un niño-mono.

—Bueno, niño-mono o no, ha hecho mucho por nosotros. Ha hecho famoso a Estasis. Nos conocen, señorita Fellowes, nos conocen.

Parecía que Hoskins tenía que expresar su triunfo a alguien, aunque sólo fuera a la señorita Fellowes.

—¿Ah, sí?

La enfermera le dejó hablar.

El doctor se metió las manos en los bolsillos.

—Llevamos diez años trabajando casi sin un céntimo, arañando fondos cuando podíamos, penique a penique. Temíamos que jugamos el todo por el todo en una gran demostración. Era todo, o nada. Y cuando digo el todo por el todo, hablo en serio. La tentativa de obtener un Neandertal se llevó hasta el último centavo que pedimos prestado o robamos, y parte del dinero fue de hecho robado: fondos para otros proyectos, usados para éste sin autorización. Si este experimento hubiera fracasado, yo estaría acabado.

—¿Por eso no hay techos? —dijo bruscamente la señorita Fellowes.

—¿Eh?

Hoskins alzó los ojos.

—¿No había dinero para techos? —insistió ella.

—Ah. Bien, ésa no era la única razón. En realidad no sabíamos de antemano la edad exacta del Neandertal. Sólo podemos detectar vagamente en el tiempo, y él podía haber sido enorme y salvaje. Nos exponíamos a

tener que tratarle a cierta distancia, como a un animal enjaulado.

—Pero puesto que no ha sido así, supongo que ahora construirán el techo.

—Ahora sí. Ahora tenemos abundante dinero. Nos han prometido subvenciones de todas las fuentes posibles. Es sencillamente maravilloso, señorita Fellowes.

Su ancha cara se iluminó con una sonrisa duradera, y cuando el doctor se fue, hasta su espalda parecía sonreír.

La señorita Fellowes pensó: «Un hombre muy agradable cuando baja la guardia y olvida que es un científico.»

Durante un momento de ocio, se preguntó si estaría casado, pero luego desechó la idea, avergonzada de sí misma.

—¡Timmie! —gritó—. ¡Ven aquí, Timmie!

En los meses siguientes, la señorita Fellowes sintió que iba convirtiéndose en parte integral de Estasis, Inc. Le dieron un pequeño despacho con su nombre en la puerta, una oficina bastante cercana a la casa de muñecas (ella jamás dejaba de llamar así a la burbuja de Estasis donde estaba Timmie). Le concedieron un substancioso aumento de sueldo. La casa de muñecas quedó cubierta por un techo, hubo muebles nuevos y mejores, y añadieron un segundo cuarto de baño. Pese a todo eso, la enfermera obtuvo un piso para ella sola en terrenos del instituto y, de vez en cuando, no pasaba la noche con Timmie. Instalaron un sistema de comunicación entre la casa de muñecas y el piso, y Timmie aprendió a usarlo.

La señorita Fellowes fue acostumbrándose al niño. Incluso se percataba menos de la fealdad de Timmie. Un día vio a un niño ordinario en la calle y percibió un rasgo abultado y poco atractivo en su frente, alta y curvada, y en su prominente barbilla. Tuvo que sacudir la cabeza para romper el hechizo.

Más agradable fue acostumbrarse a las esporádicas visitas de Hoskins. Obviamente, el doctor se alegraba de huir de su cada vez más molesto papel de director de Estasis, Inc., y manifestaba un interés sentimental por el niño causante de su fortuna. Pero a la señorita Fellowes le parecía que Hoskins también disfrutaba hablando con ella.

(Además, la enfermera conocía ya algunos datos relacionados con Hoskins. Él era el inventor del método para analizar el reflejo del rayo mesónico que penetraba en el pasado; él había inventado el método para crear Estasis; su frialdad era un simple esfuerzo para ocultar un carácter apacible; y, ¡oh, sí!, estaba casado.)

Hubo una cosa a la que la señorita Fellowes no consiguió acostumbrarse: al hecho que formaba parte de un experimento científico. En contra de sus deseos, acabó viéndose comprometida personalmente hasta el punto de pelearse con los fisiólogos.

En cierta ocasión, Hoskins bajó y la encontró en pleno ataque de furia. Ellos no tenían derecho, no tenían derecho... Aunque el niño fuera un Neandertal, no era un animal.

La señorita Fellowes observaba la marcha de los fisiólogos con ciega rabia, mirando a la abierta puerta y atenta a los sollozos de Timmie, cuando se dio cuenta que Hoskins se hallaba de pie junto a ella. Quizá llevaba allí varios minutos.

—¿Puedo pasar? —dijo él.

La enfermera asintió cortésmente y corrió hacia Timmie, que se abrazó a ella, aterrándola con sus torcidas piernecitas..., todavía delgadas, muy delgadas.

Hoskins los observó antes de hablar.

—No parece muy feliz —dijo gravemente.

—No le culpo. Están encima de él todos los días con sus muestras de sangre y sus pruebas. Lo alimentan con dietas sintéticas que yo no le daría ni a un cerdo.

—Es algo que no pueden ensayar con un hombre, ya sabe.

—Y tampoco pueden ensayarlo con Timmie. Doctor Hoskins, insisto. Usted me dijo que la llegada de Timmie hizo famosa a Estasis, Inc. Si siente alguna gratitud por eso, mantenga a esa gente lejos de la pobre criatura, al menos hasta que tenga la edad suficiente para comprender un poco más las cosas. Después de una espantosa sesión con los científicos, el niño tiene pesadillas, no puede dormir. Se lo advierto. —La señorita Fellowes había llegado al punto culminante de su furia—. ¡No permitiré que vuelvan a entrar!

La enfermera se dio cuenta que estaba chillando, pero no había podido evitarlo.

—Sé que el niño es un Neandertal —prosiguió en voz más baja—, pero hay muchos detalles de esa raza que no apreciamos. He leído sobre el tema. El hombre de Neandertal tenía una cultura propia. Parte de los más importantes inventos de la Humanidad se produjeron en su época. La domesticación de animales, por ejemplo. La rueda. Técnicas para pulir la piedra. Hasta tenían anhelos espirituales. Sepultaban a los muertos y enterraban pertenencias con el cadáver, lo cual demuestra que creían en una vida después de la muerte. Equivale al hecho que inventaron la religión.

¿No significa eso que Timmie tiene derecho a un tratamiento humano?

Dio unas suaves palmaditas en las nalgas al niño y lo hizo ir al cuarto de jugar. Al abrirse la puerta, Hoskins sonrió un instante al observar la variedad de juguetes visibles.

—Esa pobre criatura merece tener juguetes —dijo a la defensiva la enfermera—. Es lo único que tiene, y se lo ha ganado, con todo lo que tiene que sufrir.

—No, no. No hay objeciones, se lo aseguro. Estaba pensando en lo mucho que ha cambiado usted desde aquel primer día, cuando se enfadó bastante porque le impuse el cuidado de un Neandertal.

—Supongo —dijo en voz baja la señorita Fellowes—, supongo que yo no...

Y su voz se apagó.

Hoskins cambió de tema.

—¿Cuál diría que es la edad del niño, señorita Fellowes?

—No puedo asegurarlo, ya que desconocemos el desarrollo de esta raza. Por la altura, debería tener unos tres años, pero los individuos de su especie eran más bajos en general, y con todas las manipulaciones que están haciéndole, lo más probable es que no esté creciendo. De todas formas, por la rapidez con que aprende nuestro idioma, yo diría que tiene más de cuatro años.

—¿De verdad? En los informes no he leído nada al respecto.

—El chico no habla con nadie excepto conmigo. De momento, por lo menos. Tiene un miedo terrible a cualquier otra persona, y no es de extrañar. Pero sabe pedir comida, indica prácticamente cualquier necesidad, y entiende casi todo lo que le digo. Naturalmente —añadió la enfermera, mirando astutamente a Hoskins, tratando de valorar si era la ocasión oportuna—, su desarrollo podría interrumpirse.

—¿Por qué?

—Todos los niños necesitan estímulos, y éste lleva una vida de confinamiento en soledad. Yo hago lo que puedo, pero no estoy siempre con él, y no soy todo lo que él necesita. Lo que pretendo decir, doctor Hoskins, es que Timmie necesita jugar con otro niño.

Hoskins asintió lentamente.

—Por desgracia, sólo hay un niño como él, ¿no? —comentó—. Pobre criatura.

La señorita Fellowes sintió instantánea simpatía por el doctor.

—A usted le gusta Timmie, ¿no es cierto? —le dijo. Era maravilloso que otra persona sintiera lo mismo.

—Oh, sí —repuso Hoskins, y puesto que había bajado la guardia, la enfermera vio el cansancio en sus ojos.

La señorita Fellowes postergó al instante sus planes de insistir en el problema.

—Parece muy agotado, doctor Hoskins —dijo con verdadera preocupación.

—¿En serio, señorita Fellowes? En ese caso, tendré que practicar para tener un aspecto más vital.

—Supongo que Estasis tiene mucho trabajo, y que eso le mantiene muy atareado.

Hoskins se alzó de hombros.

—Supone bien. Es un problema animal, vegetal y mineral por partes iguales, señorita Fellowes. Pero..., creo que no ha visto nuestras muestras.

—Es cierto, no las he visto... Pero no porque no me interesen. He estado tan atareada...

—Bien, ahora mismo no está tan atareada —dijo Hoskins, con impulsiva decisión—. Vendré a buscarla mañana a las once y haremos juntos el recorrido. ¿Qué me dice?

La enfermera sonrió, muy contenta.

—Me encantaría.

Hoskins asintió, sonrió también y se fue.

La señorita Fellowes estuvo canturreando a intervalos durante el resto de la jornada. Sí, pensar eso era ridículo, claro, pero... aquello era lo más parecido a... una cita.

Hoskins llegó muy puntual al día siguiente, risueño y simpático. La señorita Fellowes había sustituido su uniforme de enfermera por un vestido. Un vestido de corte conservador, a decir verdad, pero ella no se había sentido tan femenina desde hacía años.

El doctor la lisonjeó con sobria formalidad al verla, y ella lo aceptó con gracia igual de formal. Un preludio realmente perfecto, pensó la enfermera. Y acto seguido tuvo otro pensamiento: preludio..., ¿de qué?

Reprimió el pensamiento apresurándose a decir adiós a Timmie y asegurándole que volvería pronto. Se aseguró que el niño sabía en qué consistía la comida y dónde estaba.

Hoskins la llevó a la nueva ala del edificio, que la enfermera no conocía. Aún había olor a nuevo, y los ruidos que se oían tenuemente eran indicación suficiente que el ala seguía en proceso de ampliación.

—Animal, vegetal y mineral —dijo Hoskins, igual que el día anterior—.

Animal, aquí mismo. Nuestras muestras más espectaculares.

El espacio disponible estaba dividido en numerosas salas, distintas burbujas de Estasis. Hoskins condujo a la enfermera a la cristalera de una burbuja. La mujer vio algo que en principio le pareció un pollo con escamas y cola. Deslizándose con sus dos finas patas, el animal iba de pared a pared; tenía una delicada cabeza de pájaro, coronada por una quilla ósea igual que una cresta de gallo, que se movía sin cesar. Las garras de sus miembros delanteros se encogían y extendían constantemente.

—Es nuestro dinosaurio —dijo Hoskins—. Hace meses que lo tenemos. No sé cuándo podremos dejarlo marchar.

—¿Dinosaurio? —se asombró ella.

—¿Esperaba ver un gigante?

Se formaron hoyuelos en las mejillas de la señorita Fellowes.

—Es lo que se espera, supongo —dijo—. Sé que algunos dinosaurios eran pequeños.

—Uno pequeño es lo único que pretendíamos, se lo aseguro. Normalmente está sometido a examen, pero al parecer estamos en hora de descanso. Hemos descubierto cosas interesantes. Por ejemplo, este animal no es enteramente de sangre fría. Tiene un método imperfecto para mantener su temperatura interna más elevada que la del medio ambiente. Por desgracia, es macho. Desde que lo trajimos aquí hemos estado intentando encontrar otro que fuera hembra, pero aún no hemos tenido suerte.

—¿Por qué una hembra?

Hoskins la miró burlonamente.

—Para tener una buena probabilidad de disponer de huevos fértiles y crías de dinosaurio.

—Ah, claro.

El doctor la llevó a la sección de trilobites.

—Ése es el profesor Dwayne, de la Universidad de Washington —dijo Hoskins—. Es químico nuclear. Si no recuerdo mal, está midiendo el porcentaje de isótopos en el oxígeno del agua.

—¿Por qué?

—Se trata de agua primitiva, de al menos quinientos millones de años de antigüedad. La proporción de isótopos indica la temperatura del océano en aquella época. Resulta que Dwayne ignora los trilobites, pero otros científicos están fundamentalmente interesados en disecarlos. Son los más afortunados, porque sólo precisan escalpelos y microscopios. Dwayne debe instalar un espectrógrafo de masas distinto para cada experimento que

realiza.

—¿Por qué? ¿No podría...?

—No, no puede. No puede sacar nada de la sala si no es absolutamente imprescindible.

También había muestras de vida vegetal primitiva y trozos de formaciones rocosas. Los mundos vegetal y mineral. Y las muestras tenían distintos investigadores. Era igual que un museo, un museo resucitado, útil como superactivo centro de investigación.

—¿Y tiene usted que supervisar todo esto, doctor Hoskins?

—Sólo indirectamente, señorita Fellowes. Tengo subordinados, gracias al cielo. Mi interés personal se centra por entero en los aspectos teóricos del asunto: la naturaleza del tiempo, la técnica de detección mesónica intertemporal, etc. Cambiaría todo esto por un método para detectar objetos situados a menos de diez mil años en el tiempo. Si pudiéramos llegar a épocas históricas...

Le interrumpió un alboroto en una de las cabinas más alejadas, una chillona voz quejumbrosamente alzada. Hoskins frunció el ceño.

—Discúlpeme —murmuró apresuradamente.

Y se alejó.

La señorita Fellowes le siguió tan de prisa como pudo sin echar a correr.

Un hombre entrado en años, rubicundo y de rala barba, estaba diciendo:

—Tengo que completar aspectos vitales de mis investigaciones. ¿No lo comprende?

—Doctor Hoskins —dijo un uniformado técnico que lucía en su bata de laboratorio el monograma EI (Estasis, Inc.)—, se acordó al principio con el profesor Ademewski que el espécimen sólo podría permanecer aquí dos semanas.

—Yo no sabía entonces cuánto tiempo iban a durar mis investigaciones. No soy un profeta —repuso acalorado Ademewski.

—Sabe, profesor, que disponemos de espacio limitado —dijo el doctor Hoskins—. Hay que mantener la rotación de los especímenes. Ese fragmento de calcopirita debe regresar. Hay personas que aguardan el siguiente espécimen.

—En ese caso, ¿por qué no puedo quedarme con él? Déjeme sacarlo de aquí.

—Usted sabe que no puede quedárselo.

—¿Un trozo de calcopirita, un miserable trozo de cinco kilos? ¿Por qué no?

—¡No podemos afrontar el gasto energético! —dijo bruscamente Hoskins—. Y usted lo sabe.

—La cuestión es, doctor Hoskins —interrumpió el técnico—, que él ha intentado sacar la roca en contra de las normas, y que yo he estado a punto de perforar Estasis mientras el profesor estaba ahí dentro, sin que yo lo supiera.

Se produjo un breve silencio, y el doctor Hoskins miró al investigador con fría formalidad.

—¿Es cierto eso, profesor?

El aludido carraspeó.

—No creí que pasara nada si...

Hoskins alargó la mano hacia un tirador que colgaba junto a la cabina del espécimen en cuestión. Lo movió hacia abajo.

La señorita Fellowes, que estaba mirando el interior de la cabina, observando la indistinguible muestra de roca causante de la disputa, contuvo el aliento de repente al ver desaparecer el espécimen. El interior quedó vacío.

—Profesor —dijo Hoskins—, su autorización para investigar en Estasis queda anulada de forma permanente. Lo lamento.

—Pero..., aguarde...

—Lo lamento. Ha violado una norma estricta.

—Apelaré a la Asociación Internacional...

—Apele cuanto guste. En un caso como éste, descubrirá que nadie puede fallar en mi contra.

Dio media vuelta sin más y dejó que el profesor siguiera protestando.

—¿Le gustaría comer conmigo, señorita Fellowes? —dijo a la enfermera, todavía pálido a causa del enojo.

Hoskins la llevó a la pequeña sala administrativa de la cafetería. Saludó a otras personas y presentó a la señorita Fellowes con suma naturalidad, aunque la enfermera se sentía lamentablemente cohibida.

«¿Qué opinarán los demás?», pensó ella, e hizo desesperados esfuerzos para adoptar un aire profesional.

—¿Tiene a menudo esa clase de problemas, doctor Hoskins? —le preguntó—. Me refiero al que acaba de tener con el profesor...

Tomó el tenedor y empezó a comer.

—No —dijo enérgicamente Hoskins—. Ha sido la primera vez. Como es lógico, siempre tengo que estar disuadiendo a la gente para que no se lleve muestras, pero ésta es la primera vez que alguien intenta hacerlo.

—Recuerdo que una vez habló usted sobre la energía que eso consumiría.

—Cierto. Naturalmente, tenemos prevista esa posibilidad. Ocurrirán accidentes, y por eso disponemos de fuentes energéticas especiales para soportar la pérdida que ocasionaría sacar algo de Estasis por accidente, pero eso no significa que deseemos ver cómo desaparece un año de energía en medio segundo... Y no podríamos tolerarlo sin retrasar varios años los planes de expansión... Además, imagine que el profesor estuviera en la cabina un momento antes de la perforación de Estasis.

—¿Qué le habría ocurrido?

—Bien, hemos experimentado con objetos inanimados y ratones, y desaparecieron... Es de suponer que viajaron hacia atrás en el tiempo, arrastrados, por así decirlo, por el tirón del objeto que simultáneamente regresaba a su época natural. Por tal motivo, tenemos que asegurar los objetos de Estasis que no deseamos trasladar, y el procedimiento es complicado. El profesor no estaba sujeto, y habría ido al momento del Plioceno en que sustrajimos la roca..., más las dos semanas que la roca estuvo aquí, en el presente, como es lógico.

—Qué espantoso habría sido.

—No por el profesor, se lo aseguro. Puesto que es lo bastante necio para hacer lo que ha hecho, se lo habría merecido. Pero suponga el efecto que ello habría causado en la gente si se hubiera divulgado el hecho. Bastaría con que la gente conociera los posibles riesgos para que las subvenciones quedaran anuladas en un momento. ¡Así!

Chasqueó los dedos y jugueteó malhumoradamente con su comida.

—¿No habrían podido recuperar al profesor? ¿Igual que recogieron la roca?

—No, porque en cuanto se devuelve un objeto, se pierde la posición fijada en un principio, a menos que planeemos deliberadamente conservarla, y no había razón para hacerlo en este caso. Nunca lo hacemos. Localizar al profesor habría significado buscar de nuevo una posición concreta, y eso sería igual que echar el anzuelo en el abismo oceánico con el fin de encontrar un pez determinado... ¡Dios mío, cuando pienso en las precauciones que tomamos para evitar accidentes, ese incidente me pone furioso! Todas las unidades de Estasis disponen de dispositivo de perforación. Es imprescindible, porque todas se centran en una posición distinta y deben poder anularse independientemente. Pero la cuestión es que ningún dispositivo de perforación se acciona nunca hasta el último momento. Y entonces imposibilitamos deliberadamente la activación, sólo posible

tirando de una cuerda cuidadosamente situada fuera de Estasis. El tirón es un vulgar movimiento mecánico que requiere un fuerte esfuerzo, no puede hacerse accidentalmente.

—Pero si se desplaza algo en el tiempo —dijo la señorita Fellowes—, ¿no se altera la historia?

Hoskins se encogió de hombros.

—En teoría sí. En realidad, excepto en casos anormales, no. Constantemente estamos sacando objetos de Estasis. Moléculas de aire. Bacterias. Polvo. Cerca del diez por ciento del consumo de energía se emplea en compensar micro-pérdidas de esa naturaleza. Pero trasladar en el tiempo objetos de mayor tamaño ocasiona cambios que van disminuyendo de importancia. Considere esa calcopirita del Plioceno. Dada su ausencia durante dos semanas, un insecto no encontró el cobijo que de otro modo habría encontrado y murió. Eso pudo iniciar una serie de cambios, pero los matemáticos de Estasis aseguran que se trata de una serie convergente. La importancia del cambio disminuye con el tiempo, y las cosas quedan como al principio.

—¿Pretende decir que la realidad se cura a sí misma?

—Por así decirlo. Sustraiga a un hombre de su época, o envíelo hacia atrás en el tiempo, y la herida será mayor. Si el individuo es ordinario, la herida sanaría pese a todo. Naturalmente, hay muchas personas que nos escriben a diario pidiendo que traigamos al presente a Abraham Lincoln, Mahoma o Lenin. Eso es imposible, por supuesto. Aunque lográramos localizarlos, el cambio de la realidad al desplazar a un moldeador de la historia sería enorme, imposible de curar. Hay métodos para calcular cuándo un cambio puede resultar excesivo, y nosotros evitamos incluso la aproximación a dicho límite.

—En ese caso, Timmie... —dijo la señorita Fellowes.

—No, él no representa problema en ese sentido. La realidad está a salvo. Aunque... —Miró rápida, bruscamente a la enfermera y acto seguido añadió—: Pero no importa. Ayer dijo usted que Timmie necesitaba compañía.

—Sí. —La señorita Fellowes expresó su placer con una sonrisa—. No creí que usted prestaría atención a ese problema.

—Claro que sí. Estoy encariñado con el niño. Aprecio sus sentimientos hacia él, y estaba lo suficientemente preocupado para ofrecerle explicaciones. Ya lo he hecho. Ha visto lo que hacemos. Tiene cierta comprensión de las dificultades, y en consecuencia sabe por qué no podemos, ni con la mejor voluntad del mundo, ofrecer compañía a Timmie.

—¿No pueden? —dijo la señorita Fellowes, con repentina angustia.

—Acabo de explicárselo. Es imposible esperar localizar otro Neandertal de su edad sin increíble suerte, y aunque fuera posible no sería sensato multiplicar los riesgos trayendo otro ser humano a Estasis.

La enfermera dejó la cuchara en el plato.

—Pero, doctor Hoskins —dijo con energía—, no me refería exactamente a eso. No deseo que traiga a otro Neandertal al presente. Sé que eso es imposible. Pero no es imposible traer a otro niño para que juegue con Timmie.

Hoskins la miró fijamente, alarmado.

—¿Un niño humano?

—«Otro» niño —dijo la señorita Fellowes, totalmente hostil—. Timmie es humano.

—Ni en sueños podría imaginar tal cosa.

—¿Por qué no? ¿Por qué no podría? ¿Qué tiene de malo la idea? Usted arrancó a ese niño del tiempo y lo convirtió en eterno prisionero. ¿No le debe nada? Doctor Hoskins, si existe en este mundo algún hombre que pueda ser padre del niño en todos los aspectos salvo en el biológico, ese hombre es usted. ¿Por qué no puede hacerle ese pequeño favor?

—¿Su padre? —dijo Hoskins. Se levantó con cierta vacilación—. Señorita Fellowes, creo que debe regresar ahora, si no le importa.

Volvieron a la casa de muñecas en un completo silencio, que ninguno de los dos rompió.

Pasó mucho tiempo antes que la enfermera viera de nuevo a Hoskins, aparte de fugaces apariciones del doctor. El hecho apenaba a veces a la señorita Fellowes; pero en otras ocasiones, cuando Timmie mostraba más melancolía que la habitual o pasaba las horas silencioso ante la ventana con su perspectiva de poco más que nada, la enfermera pensaba furiosamente: «¡Hombre estúpido!»

Timmie iba hablando cada vez mejor y con más precisión, sin llegar a perder el blando balbuceo que la señorita Fellowes consideraba bastante cautivador. En momentos de excitación, el niño recurría de nuevo a los chasquidos de su lengua, pero tales momentos eran cada vez más escasos. Debía estar olvidando los días anteriores a su llegada al presente..., excepto en sueños.

Con el paso del tiempo, los fisiólogos perdieron interés y los psicólogos se sintieron más interesados. La señorita Fellowes no estaba segura respecto a qué grupo le gustaba menos, el primero o el segundo. Desaparecieron las

agujas, acabaron las inyecciones, las extracciones de fluido, las dietas especiales... Pero obligaron a Timmie a superar barreras para llegar a la comida y al agua. Tuvo que levantar paneles, apartar barras, agarrar cuerdas. Y las moderadas descargas eléctricas le hacían llorar y volvían loca a la señorita Fellowes.

Ella no deseaba apelar a Hoskins, no quería recurrir a él, porque siempre que pensaba en el doctor veía su cara en la mesa de la cafetería aquella última vez. Los ojos de la enfermera se humedecían y su mente decía: «¡Estúpido, estúpido!»

Y un día la voz de Hoskins sonó de forma inesperada en la casa de muñecas.

—Señorita Fellowes...

La enfermera salió con aire de frialdad, se alisó el uniforme y se detuvo, confusa al encontrarse en presencia de una mujer pálida, delgada y de mediana estatura. Su cabello rubio y su tez conferían aspecto de fragilidad a la desconocida. De pie, detrás de ella, agarrado a su falda, había un niño de cuatro años, de redondeada cara y llamativos ojos.

—Querida —dijo Hoskins—, ésta es la señorita Fellowes, la enfermera que cuida del niño. Señorita Fellowes, le presento a mi esposa.

(¿Su esposa? No era como la había imaginado la señorita Fellowes. Aunque..., ¿por qué no? Un hombre como Hoskins tenía que elegir a una débil criatura como contraste. Si eso era lo que quería...)

La señorita Fellowes pronunció un forzado y prosaico saludo.

—Buenas tardes, señora Hoskins. ¿Es este su..., su pequeño?

(Aquello era una sorpresa. La enfermera había imaginado a Hoskins como marido, pero no como padre, salvo, por supuesto... De pronto, vio la grave mirada del doctor y se ruborizó.)

—Sí, éste es mi hijo, Jerry —dijo Hoskins—. Di «hola» a la señorita Fellowes, Jerry.

(¿No había acentuado un poco la palabra «éste»? ¿Estaba diciendo que su hijo era «éste» y no...?)

Jerry se acurrucó más en los pliegues de la maternal falda y murmuró un «hola». La mirada de la señora Hoskins pasó sobre los hombros de la enfermera, y recorrió la habitación en busca de algo.

—Bien, entremos —dijo Hoskins—. Vamos, querida. Al entrar hay una ligerísima molestia, pero pasajera.

—¿Quiere que entre también Jerry? —preguntó la señorita Fellowes.

—Naturalmente. Será el compañero de juegos de Timmie. Usted dijo que Timmie necesitaba un compañero. ¿O lo ha olvidado?

—Pero... —La enfermera le miró con colosal, sorprendida extrañeza—. ¿Su hijo?

—Bien, ¿y el de quién, si no? —repuso quisquillosamente Hoskins—. ¿No era eso lo que deseaba? Entremos, querida. Entremos.

La señora Hoskins tomó a Jerry en brazos con obvio esfuerzo y, vacilante, cruzó el umbral. Jerry se retorció al entrar; no le gustaba la sensación.

—¿Está aquí la criatura? —preguntó la señora Hoskins, con débil voz—. No la veo.

—¡Timmie! —gritó la señorita Fellowes—. ¡Sal!

Timmie asomó la cabeza por el borde de la puerta y contempló al pequeño que le visitaba. Los músculos de los brazos de la señora Hoskins se tensaron visiblemente.

—Gerald —dijo a su esposo—, ¿estás seguro que no es peligroso?

—Si se refiere a Timmie —dijo al instante la enfermera—, naturalmente que no. Es un pequeño apacible.

—Pero es un sal... salvaje.

(¡Los artículos sobre el niño-mono de los periódicos!)

—No es un salvaje —respondió categóricamente la señorita Fellowes—. Es tan tranquilo y razonable como cualquier niño de cinco años y medio. Muy generoso por su parte, señora Hoskins, aceptar que su hijo juegue con Timmie, pero no debe tener miedo.

—No estoy segura de aceptar —dijo la señora Hoskins, con moderado ardor.

—Ya lo decidimos afuera, querida —dijo Hoskins—. No planteemos más discusiones. Deja a Jerry en el suelo.

La señora Hoskins obedeció, y el niño se apretó a ella, mirando fijamente el par de ojos que le miraban de igual forma en la otra habitación.

—Ven aquí, Timmie —dijo la señorita Fellowes—. No tengas miedo.

Lentamente, Timmie se acercó. Hoskins se agachó para soltar los dedos de Jerry de la falda de su madre.

—Apártate un poco, querida. Que los niños tengan una oportunidad.

Los jovencitos se contemplaron. Aunque era el más joven, Jerry era empero un par de centímetros más alto, y los rasgos grotescos de Timmie, ante el recto cuerpo y la cabeza erguida y bien proporcionada del otro niño, quedaron de pronto casi tan acentuados como en los primeros días.

Los labios de la señorita Fellowes temblaron.

El pequeño Neandertal fue el primero que habló, con un atiplado tono infantil.

—¿Cómo te llamas?

Y Timmie echó la cabeza hacia delante, como si quisiera examinar más atentamente las facciones del otro niño.

Sobresaltado, Jerry respondió con un vigoroso empujón que hizo tambalearse a Timmie. Los dos se pusieron a llorar ruidosamente y la señora Hoskins se apresuró a tomar a su hijo, mientras la señorita Fellowes, con la cara encendida a causa de su reprimido enfado, hizo lo mismo con Timmie y lo consoló.

—El instinto de ambos es de aversión —dijo la señora Hoskins.

—No más aversión que la de dos niños que no simpatizan —dijo cansadamente su esposo—. Ahora deja a Jerry en el suelo y que se acostumbre a la situación. En realidad sería mejor que nos fuéramos. La señorita Fellowes llevará a Jerry a mi despacho dentro de un rato y yo lo mandaré a casa con alguien.

Los dos niños pasaron la hora siguiente muy conscientes el uno del otro. Jerry llamó llorando a su madre, pegó a la señorita Fellowes y, por fin, se dejó consolar con un caramelo. Timmie chupó otro y, al cabo de una hora, la enfermera consiguió que los dos niños jugaran con la misma construcción, aunque en lados opuestos de la habitación.

La señorita Fellowes se sentía agradecida, casi al borde de las lágrimas, cuando llevó a Jerry con su padre.

Pensó formas de dar las gracias a Hoskins, pero la misma formalidad del doctor suponía un rechazo. Quizás él no la perdonaba por haberle hecho sentir como un padre cruel. Quizás el hecho de haber traído a su hijo era una simple tentativa de demostrar que era un buen padre con Timmie y, al mismo tiempo, que no era su padre. ¡Las dos cosas al mismo tiempo! Y de este modo, lo único que pudo decir la enfermera fue:

—Gracias. Muchas gracias.

Y lo único que pudo responder él fue:

—No tiene importancia. No hay de qué.

Aquello se convirtió en una rutina establecida. Dos veces por semana, Jerry acudía a jugar una hora, que con el tiempo fueron dos. Los niños aprendieron los nombres y hábitos respectivos, y jugaron juntos.

Y pese a todo, tras la primera oleada de gratitud, la señorita Fellowes acabó comprendiendo que Jerry no le gustaba. Era más alto, más pesado, y dominaba en todo, forzaba a Timmie a desempeñar un papel totalmente secundario. Lo único que hacía resignarse a la enfermera era el hecho que Timmie, pese a sus dificultades, aguardaba ansiosamente, cada vez con más

deleite, las periódicas apariciones de su compañero de juegos.

Era lo único que tenía el pequeño, pensaba pesarosa la señorita Fellowes.

Y en cierta ocasión, mientras contemplaba a los niños, la enfermera pensó: «Los dos hijos de Hoskins, uno de su esposa y otro de Estasis.»

Mientras que ella...

«¡Cielos! —pensó mientras se llevaba los puños a las sienes, avergonzada—. ¡Estoy celosa!»

—Señorita Fellowes —dijo Timmie (con sumo tacto, la enfermera no le permitía que la llamara de otra forma)—, ¿cuándo iré a la escuela?

Miró los ansiosos ojos castaños alzados hacia ella y pasó suavemente la mano por los tupidos rizos del niño. Era la parte más desaliñada del aspecto físico del pequeño, porque la misma enfermera tenía que cortarle el pelo mientras Timmie se removía inquieto bajo las tijeras. La señorita Fellowes no deseaba ayuda profesional, puesto que la torpeza del corte servía para ocultar la hundida parte delantera y la sobresaliente parte trasera del cráneo.

—¿Cuándo has oído hablar de la escuela? —preguntó la enfermera.

—Jerry va a la escuela. Guar-de-ría —lo dijo muy despacio—. Jerry va a muchos sitios. Afuera. ¿Cuándo podré ir afuera, señorita Fellowes?

Un suave dolor se alojó en el corazón de la enfermera. Lógicamente, y ella lo sabía, era imposible evitar que Timmie fuera enterándose de más y más cosas del mundo exterior, que él jamás pisaría.

—¡Caramba! —dijo ella, intentando reflejar alborozo—. ¿Y qué harías en la guardería, Timmie?

—Jerry dice que juegan, tienen películas. Dice que hay muchísimos niños. Dice..., dice... —Un pensamiento, un triunfante alzamiento de ambas manitas con los dedos separados—. Dice que todos éstos.

—¿Te gustaría ver películas? —dijo la señorita Fellowes—. Yo puedo conseguirlas. Muy bonitas. Y también música.

De este modo, Timmie se sintió temporalmente consolado.

El niño devoraba películas en ausencia de Jerry, y la señorita Fellowes le leía libros sencillos de vez en cuando.

Había tanto que explicar incluso en el relato más simple, tantos detalles fuera de la perspectiva de las tres habitaciones... Timmie empezó a tener más sueños en cuanto empezó a conocer el mundo exterior.

Los sueños siempre eran iguales, relacionados con el exterior. El

vacilante Timmie se esforzaba en describirlos a la señorita Fellowes. En sueños, estaba afuera, en un «afuera» vacío pero muy grande, con niños y raros e indescriptibles objetos mal digeridos por su pensamiento, resultado de novelescas descripciones no muy bien comprendidas, o de distantes recuerdos del Neandertal medio recordados.

Pero los niños y los objetos se desentendían de él, y aunque él estaba en el mundo, jamás formaba parte del mismo; se encontraba solo, igual que si estuviera en su habitación... Y despertaba llorando.

La señorita Fellowes trataba de restar importancia a los sueños, pero algunas noches, en su piso, también ella lloraba.

Un día, mientras la enfermera leía, Timmie puso su mano bajo la barbilla de la mujer y la alzó suavemente, de tal modo que los ojos de la señorita Fellowes abandonaron el libro y se encontraron con los del niño.

—¿Cómo sabes lo que debes decir, señorita Fellowes?

—¿Ves estas marcas? Ellas me indican lo que debo decir. Estas marcas forman palabras.

El niño las miró mucho tiempo, con curiosidad, tras tomarle el libro de las manos.

—Algunas son iguales.

La enfermera se echó a reír, complacida con aquella muestra de sagacidad.

—Es cierto. ¿Te gustaría que te enseñara a distinguir las marcas?

—Sí. Sería un juego bonito.

La señorita Fellowes no había imaginado que el niño podía aprender a leer. Hasta el mismo momento en que Timmie le leyó un libro, no imaginó que él podía aprender a leer.

Luego, semanas más tarde, la enormidad de lo que había hecho la dejó atónita. Timmie, sentado en su regazo, siguiendo palabra por palabra el texto de un libro infantil, leyendo para ella... ¡Él le leía a ella!

Se puso trabajosamente en pie, asombrada.

—Bien, Timmie, volveré más tarde. Quiero ver al doctor Hoskins.

Excitada, casi frenética, la enfermera creyó tener una respuesta a la infelicidad de Timmie. Si el niño no podía salir y entrar en el mundo, el mundo vendría a las tres habitaciones del niño. El mundo entero en forma de libros, películas y sonido. Había que educarlo hasta el límite de su capacidad. Era lo mínimo que le debía el mundo.

Encontró a Hoskins con un humor curiosamente análogo al de ella:

triunfo y gloria, algo así. Las oficinas estaban anormalmente activas, y por un momento la señorita Fellowes pensó que no podría ver al director, mientras permanecía cohibida en el vestíbulo.

Pero él la vio, y una sonrisa se extendió por su ancho rostro.

—Señorita Fellowes, entre.

Habló con rapidez por el intercomunicador y después lo desconectó.

—¿Se ha enterado?... No, claro, es imposible. Lo hemos conseguido. Sí, lo hemos conseguido. Podemos efectuar detección intertemporal de corto alcance.

—¿Pretende decir —repuso la señorita Fellowes, esforzándose en separar su pensamiento de las buenas noticias de las que era portadora— que puede traer al presente a una persona de épocas históricas?

—Eso precisamente. Ahora mismo tenemos determinada la posición de un individuo del siglo catorce. Imagínese. ¡Imagínese! Si supiera cuánto me alegra huir de la eterna concentración en el Mesozoico, sustituir a los paleontólogos por historiadores... Pero usted desea decirme algo, ¿no? Bien, adelante, adelante. Me encuentra de buen humor. Cualquier cosa que quiera la tendrá.

La señorita Fellowes sonrió.

—Me alegro. Porque estoy preguntándome si no podríamos preparar un sistema de enseñanza para Timmie.

—¿Enseñanza? ¿De qué tipo?

—Bien, general. Una escuela. Para que él aprenda...

—Pero, ¿puede aprender?

—Ciertamente, ya está aprendiendo. Sabe leer. Le he enseñado yo misma.

Hoskins permaneció inmóvil, al parecer repentinamente deprimido.

—No lo sé, señorita Fellowes.

—Acaba de decir que cualquier cosa que yo quisiera...

—Lo sé, y no he debido decirlo. Mire, señorita Fellowes, seguramente comprenderá usted que no podemos mantener para siempre el experimento de Timmie...

Ella le miró con repentino horror, sin comprender realmente lo que el doctor había dicho. ¿Qué significaba «no podemos mantener»? En una dolorosa oleada de recuerdos, la enfermera recordó al profesor Ademewski y el espécimen mineral devuelto al cabo de dos semanas.

—Pero estamos hablando de un niño, no de una roca...

—Ni siquiera un niño merece más importancia de la debida, señorita Fellowes —repuso muy nervioso Hoskins—. Ahora que esperamos individuos

de épocas históricas, necesitamos espacio en Estasis, todo el espacio disponible.

La enfermera no lo entendió.

—Pero es imposible. Timmie... Timmie...

—Bien, señorita Fellowes, por favor, no se altere. Timmie no se irá ahora mismo, quizá pasen meses. Mientras tanto, haremos todo cuanto podamos.

Ella aún estaba mirándole fijamente.

—Permítame pedir algo para usted, señorita Fellowes.

—No —musitó ella—. No necesito nada.

Se levantó en medio de una especie de pesadilla y se fue. «Timmie —pensó la señorita Fellowes—, no morirás. ¡No morirás!»

Estaba muy bien aferrarse tensamente a la idea que Timmie no moriría, pero, ¿cómo conseguirlo? Durante las primeras semanas, la señorita Fellowes se aferró a la esperanza que la tentativa de traer a un hombre del siglo catorce fracasara por completo. Las teorías de Hoskins podían ser erróneas, o su práctica podía resultar defectuosa. De ese modo, las cosas seguirían como hasta entonces.

Ciertamente, no era esa la esperanza del resto del mundo, y por dicha razón la señorita Fellowes odiaba al mundo. El «Proyecto Edad Media» alcanzó un clímax de ardiente publicidad. Prensa y público anhelaban algo así. Estasis, Inc., carecía del impacto necesario desde hacía tiempo. Otra roca u otro pez antiguo no excitaban a la gente. Pero aquello sí.

Un ser humano histórico, un adulto que hablara un idioma conocido, alguien que abriera una nueva página de la historia a los eruditos.

La hora cero se acercaba, y en esta ocasión no habría tres espectadores en la galería. Esta vez habría una audiencia mundial. Esta vez los técnicos de Estasis, Inc., desempeñarían su papel ante prácticamente la Humanidad entera.

La señorita Fellowes estaba simplemente enloquecida con la espera. Cuando llegó Jerry Hoskins para el programado período de juego con Timmie, la enfermera apenas le reconoció. Ella no estaba esperándole a él.

(La secretaría que trajo al niño se fue apresuradamente tras un formalísimo saludo a la señorita Fellowes. Corrió a buscar un buen sitio para observar el clímax del Proyecto Edad Media... Y lo mismo habría hecho la señorita Fellowes, pensó ella con amargura, si aquella estúpida chica hubiera llegado.)

Jerry Hoskins se acercó poco a poco a la enfermera, avergonzado.

—¿Señorita Fellowes?

Jerry sacó del bolsillo la reproducción de una nota periodística.

—¿Sí? ¿Qué pasa, Jerry?

—¿Es de Timmie esta foto?

La señorita Fellowes miró fijamente al niño y luego le quitó el papel de la mano. La excitación del Proyecto Edad Media había provocado el pálido resurgimiento del interés hacia Timmie por parte de la prensa.

Jerry miró atentamente a la enfermera antes de hablar.

—Dice que Timmie es un niño-mono. ¿Qué significa eso?

La señorita Fellowes tomó al jovencito por la muñeca y contuvo sus deseos de zarandearlo.

—Entra y juega con Timmie. Él quiere enseñarte un nuevo libro.

Y entonces, por fin, llegó la chica. La señorita Fellowes no la conocía. Ninguna de las sustituías a que había recurrido cuando el trabajo la obligaba a estar en otra parte se halla disponible en ese momento, no con el Proyecto Edad Media en su punto culminante, pero la secretaria de Hoskins había prometido que vendría alguien y aquella debía ser la chica.

La señorita Fellowes se esforzó para que su voz no sonara quejumbrosa.

—¿Eres la designada para la Sección Uno de Estasis?

—Sí, soy Mandy Terris. Usted es la señorita Fellowes, ¿verdad?

—Exacto.

—Lamento llegar tarde. Hay tanta excitación...

—Lo sé. Ahora quiero que...

—Usted lo verá, supongo.

Su delgada cara, vagamente bonita, se llenó de envidia.

—No te preocupes por eso. Quiero que entres y conozcas a Timmie y a Jerry. Estarán jugando dos horas, así que no te causarán problemas. Tienen leche a mano y muchos juguetes. De hecho, sería preferible que los dejaras solos mientras sea posible. Ahora te enseñaré dónde están las cosas y...

—¿Timmie es el niño-mo...?

—Timmie está sometido a experimentación en Estasis —dijo con firmeza la señorita Fellowes.

—Quiero decir que él... es el que se supone que debe irse, ¿no?

—Sí. Bueno, entra. No hay mucho tiempo.

Y cuando la enfermera consiguió irse por fin, Mandy Terris le dijo:

—Espero que consiga un buen sitio y, ¡Dios mío!, que la prueba sea un éxito.

La señorita Fellowes no confiaba en sí misma para dar una respuesta

razonable. Se apresuró a salir sin mirar atrás.

Pero el retraso significó que no consiguió un buen sitio. No pasó de la pantalla mural de la sala de reuniones. Lo lamentó amargamente. Si hubiera estado allí mismo, si hubiera tenido acceso a alguna parte sensible de los instrumentos, si hubiera podido hacer fracasar el experimento...

Hizo acopio de fuerzas para sofocar su locura. La simple destrucción no habría servido de nada. Los técnicos lo habrían reconstruido y reparado todo y reanudado el esfuerzo. Y a ella no le habrían permitido volver con Timmie.

Todo era inútil. Todo, salvo que el experimento fallara, que fracasara irreparablemente.

La enfermera se mantuvo a la espera durante la cuenta regresiva, observó los movimientos en la pantalla gigante, escudriñó los rostros de los técnicos mientras la cámara pasaba de uno a otro, aguardó el gesto de preocupación e incertidumbre indicando que algo iba inesperadamente mal, observó, observó...

No hubo tal gesto. La cuenta llegó a cero y el experimento, en silencio, discretamente, fue un éxito.

En la nueva Estasis instalada allí apareció un barbudo campesino de hombros caídos, edad indeterminada, vestido con prendas raídas y sucias y zuecos, que contemplaba con reprimido terror el brusco y violento cambio que se había precipitado sobre él.

Y mientras el mundo se volvía loco de alegría, la señorita Fellowes quedó paralizada por la pena. La empujaron, le dieron codazos, prácticamente la pisotearon. Estaba rodeada de triunfo y doblegada por el fracaso.

Así, cuando el altavoz pronunció su nombre con estridente fuerza, la señorita Fellowes no respondió hasta el tercer aviso.

—Señorita Fellowes, señorita Fellowes. Preséntese inmediatamente en la Sección Uno de Estasis. Señorita Fellowes, señorita Fello...

—¡Déjenme pasar! —gritó, sofocada, mientras el altavoz repetía sin pausa el aviso.

Se abrió paso entre el gentío con alocada energía, dando golpes y puñetazos, revolviéndose, avanzando hacia la puerta con una lentitud de pesadilla.

Mandy Terris estaba llorando.

—No sé cómo ha sucedido. Salí al borde del pasillo para ver una minipantalla que habían puesto allí. Sólo un momento. Y antes que pudiera

moverme o hacer algo... —Y añadió, con repentino tono de acusación—: ¡Usted dijo que no me causarían problemas, dijo que los dejara solos!

La señorita Fellowes, desgreñada y sin poder dominar sus temblores, la miró furiosa.

—¿Dónde está Timmie?

Una enfermera estaba limpiando con desinfectante el brazo del gimoteante Jerry, y otra preparaba una inyección antitetánica. Había sangre en la ropa de Jerry.

—Me ha mordido, señorita Fellowes —gritó Jerry, rabioso—. Me ha mordido.

Pero la señorita Fellowes ni siquiera lo veía.

—¿Qué has hecho con Timmie? —gritó.

—Lo he encerrado en el cuarto de baño —dijo Mandy—. He metido a ese pequeño monstruo allí y lo he encerrado con llave.

La enfermera corrió hacia la casa de muñecas. Manoseó torpemente la puerta del cuarto de baño. Le costó una eternidad abrirla y ver al niño feo agazapado en un rincón.

—No me des latigazos, señorita Fellowes —musitó el niño. Tenía los ojos enrojecidos. Le temblaban los labios—. Yo no quería hacerlo.

—Oh, Timmie, ¿quién te ha hablado de latigazos?

Se acercó a él y lo abrazó impetuosamente.

—Lo dijo ella, con una cuerda larga —repuso trémulamente Timmie—. Ella dijo que tú me pegarías mucho.

—No es cierto. Ella ha sido muy mala al decir eso. Pero, ¿qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?

—Él me llamó niño-mono. Dijo que yo no era un niño de verdad. Que era un animal. —Timmie se deshizo en un torrente de lágrimas—. Dijo que ya no jugaría más con un mono. Yo dije que no era un mono, ¡que no era un mono! Él dijo que yo era muy raro. Dijo que era horrible y feo. Lo dijo muchas veces y le mordí.

Ambos estaban llorando.

—Pero eso no es cierto —dijo la sollozante señorita Fellowes—. Tú lo sabes, Timmie. Eres un niño de verdad. Un niño encantador, y el mejor del mundo. Y nadie, nadie volverá a separarte de mí.

Fue fácil decidirse, fácil saber qué hacer. Pero había que actuar con rapidez. Hoskins no esperaría mucho más tiempo, teniendo a su hijo magullado...

No, había que hacerlo esa noche, esa misma noche, con cuatro quintas

partes del personal dormido y la restante quinta parte intelectualmente embriagada por el Proyecto Edad Media.

Sería una hora anormal para volver, pero había precedentes. El vigilante la conocía perfectamente, y no soñaría en hacerle preguntas. No sospecharía si la veía con una maleta. La señorita Fellowes ensayó la evasiva frase «Juguetes para el niño» y una tranquila sonrisa.

¿Por qué no iba a creerlo el vigilante?

Así fue. Cuando la enfermera entró de nuevo en la casa de muñecas, Timmie aún estaba despierto, y ella mantuvo una exasperante normalidad, a fin de no asustar al pequeño. Hablaron de los sueños de Timmie, y la señorita Fellowes oyó al niño interesarse ansiosamente por Jerry.

Escasas personas la verían después, nadie recelaría del bulto que llevaría. Timmie se estaría muy quieto, y finalmente todo sería un hecho consumado. Un hecho consumado, sería inútil querer repararlo. Ellos la dejarían en paz. Los dejarían en paz a los dos.

La señorita Fellowes abrió la maleta, sacó el abrigo, la gorra de lana con orejeras y las demás prendas.

—¿Por qué me pones esta ropa, señorita Fellowes? —dijo Timmie, con muestras de alarma.

—Voy a llevarte afuera, Timmie. Al lugar de tus sueños.

—¿Mis sueños?

Su rostro se contrajo con repentino anhelo, aunque también el miedo estaba allí.

—No temas. Estarás conmigo. No tendrás miedo si estás conmigo, ¿verdad, Timmie?

—No, señorita Fellowes.

Se apretó la deforme cabecita contra el costado y escuchó los sordos latidos del corazoncito del niño bajo su brazo.

Era medianoche. La señorita Fellowes tomó al niño en brazos. Desconectó la alarma y abrió suavemente la puerta.

Y lanzó un grito, porque al otro lado de la abierta puerta estaba Hoskins, mirándola.

Había otros dos hombres con el doctor, y él miraba fijamente a la enfermera, tan asombrado como ella.

La señorita Fellowes tardó un segundo menos en recobrarse y trató rápidamente de cruzar el umbral. Pero a pesar del segundo de retraso, Hoskins tuvo tiempo. La tomó bruscamente y la lanzó contra una cómoda. Llamó a los otros dos hombres y miró a la enfermera sin abandonar el umbral.

—No esperaba esto. ¿Está completamente loca?

Ella había conseguido interponer el hombro, para que fuera su cuerpo, y no el de Timmie, el que golpeara la cómoda.

—¿Qué daño puedo hacer si me lo llevo, doctor Hoskins? —dijo la señorita Fellowes, suplicante—. No puede poner una pérdida de energía por encima de una vida humana...

Con firmeza, Hoskins le quitó el niño de los brazos.

—Una pérdida de energía de esta magnitud significaría tres millones de dólares para los bolsillos de los accionistas. Significaría un terrible revés para Estasis, Inc. Significaría publicidad sobre una enfermera sentimental que destruye todo eso en provecho de un niño-mono.

—¡Niño-mono! —dijo la señorita Fellowes con impotente furia.

—Así lo llamarán los periodistas —dijo Hoskins.

Apareció un hombre que estaba pasando un cordel de nylon por los resquicios de la parte alta de la pared.

La señorita Fellowes recordó la cuerda de la cabina que contenía la muestra rocosa del profesor Ademewski, la cuerda de la que Hoskins había tirado hacía mucho tiempo.

—¡No! —chilló.

Pero Hoskins dejó a Timmie en el suelo y le quitó amablemente el abrigo que llevaba.

—Quédate aquí, Timmie. No te pasará nada. Nosotros estaremos fuera sólo un momento. ¿De acuerdo?

Timmie, pálido y mudo, logró asentir con la cabeza.

Hoskins condujo a la enfermera fuera de la casa de muñecas. De momento, la señorita Fellowes había superado el límite de la resistencia. Vagamente, vio que ajustaban el tirador junto a la casa de muñecas.

—Lo siento, señorita Fellowes —dijo Hoskins—. Me habría gustado evitarle esto. Planeé hacerlo por la noche para que usted se enterara cuando ya estuviera hecho.

—Por la herida de su hijo —dijo la enfermera en un fatigado susurro—. Porque su hijo atormentó a este niño y lo provocó.

—No. Créame. Me he enterado del incidente de hoy y sé que la culpa fue de Jerry. Pero el incidente se ha filtrado al exterior. Así debía ser, con la prensa acosándonos precisamente este día. No puedo arriesgarme a que un relato distorsionado sobre negligencias y Neandertales salvajes perjudique el éxito del Proyecto Edad Media. De todas formas, Timmie tenía que regresar pronto. Si regresa ahora mismo, los sensacionalistas tendrán el mínimo pretexto posible para volcar su basura.

—No es como devolver una roca. Va a matar a un ser humano.

—No habrá asesinato. No habrá sensación. Simplemente, el niño será un niño Neandertal en un mundo Neandertal. Dejará de estar prisionero, no será un extraño. Tendrá la posibilidad de vivir en libertad.

—¿Qué posibilidad? Sólo tiene siete años, está acostumbrado a que le cuiden, le alimenten, le vistan, le protejan. Estará solo. Quizá su tribu no esté ya en el lugar donde él la abandonó hace cuatro años. Y aunque esté en el mismo sitio, no reconocerán a Timmie. Tendrá que cuidar de sí mismo. ¿Cómo va a hacerlo?

Hoskins sacudió la cabeza en un gesto de desesperada negativa.

—¡Dios mío, señorita Fellowes! ¿Cree que no he pensado en eso? ¿Cree que habríamos traído a un niño de no haber sido porque se trataba de la primera localización de un humano o cuasi humano que hacíamos, y porque no nos atrevimos a correr el riesgo de perder su posición y hacer otra localización tan perfecta? ¿Por qué supone que hemos mantenido tanto tiempo aquí a Timmie, sino porque éramos reacios a devolver al niño al pasado? —Su voz cobró exasperada urgencia—. Pero no podemos esperar más. Timmie es un obstáculo en el camino de la expansión. Una fuente de posible mala publicidad. Estamos a punto de hacer grandes cosas y, lo lamento, señorita Fellowes, pero no podemos permitir que Timmie nos estorbe. No podemos. No podemos. Lo lamento, señorita Fellowes.

—Bien, en ese caso —dijo tristemente la enfermera—, déjeme decirle adiós. Concédame cinco minutos para despedirme. Concédame tan sólo eso.

Hoskins vaciló.

—Adelante.

Timmie corrió hacia ella. Corrió hacia ella por última vez y la señorita Fellowes, por última vez, lo estrechó entre sus brazos.

Durante un instante, lo abrazó ciegamente. Empujó una silla con la punta del pie, la puso junto a la pared y se sentó.

—No tengas miedo, Timmie.

—No tengo miedo si estás aquí, señorita Fellowes ¿Está buscándome ese hombre loco, ese hombre que está afuera?

—No, no temas. Él no nos comprende... Timmie, ¿sabes qué es una madre?

—¿Como la de Jerry?

—¿Te habló él de su mamá?

—Algunas veces. Creo que una madre es una señora que te cuida y se porta muy bien contigo y hace cosas buenas.

—Exacto. ¿No te gustaría tener una madre, Timmie?

Timmie apartó la cabeza del cuerpo de la enfermera para poder mirarla. Poco a poco, pasó su manita por la mejilla y el pelo de la señorita Fellowes y la acarició igual que ella, hacía mucho, mucho tiempo, le había acariciado.

—¿Tú no eres mi madre? —preguntó el niño.

—Oh, Timmie.

—¿Te enfadas porque te lo pregunto?

—No. Claro que no.

—Porque yo sé que te llamas señorita Fellowes, pero..., pero a veces te llamo «mamá» sin decirlo. ¿Te parece bien?

—Sí. Sí. Me parece bien. Y ya no te abandonaré más y no sufrirás más. Estaré siempre contigo para cuidarte. Llámame «mamá», que yo lo oiga.

—Mamá —dijo Timmie muy contento, y apretó su mejilla a la de la enfermera.

La señorita Fellowes se levantó y, sin soltar al niño, se subió a la silla. Hizo caso omiso del repentino inicio de un grito en el exterior y, con la mano libre, tiró con todas sus fuerzas de la cuerda que colgaba entre dos resquicios.

Perforó Estasis y la habitación quedó vacía.

ANOCHECER

Aton 77, director de la Universidad de Saro, alargó el labio inferior con actitud desafiante y contempló furioso al joven periodista.

Theremon 762 no lo tomó en cuenta. En los primeros días, cuando su columna era sólo una loca idea que pululaba en la cabeza de un cachorro de reportero, había acabado por especializarse en entrevistas «imposibles». Le había costado magulladuras, ojos morados y huesos rotos; pero, en cambio, le había proporcionado buenas reservas de frialdad y discreción.

De modo que hizo caso omiso de cuanta gesticulación prodigara el otro y esperó pacientemente que cosas peores llegaran. Los astrónomos eran bichos raros y si lo que Aton había llevado a cabo en los últimos dos meses significaba algo, entonces se trataba del bicho más raro del montón.

Aton 77 encontró una voz apropiada y la hizo fluir con la rebuscada, cuidadosa y pedante fraseología (puntal de su fama, entre otras cosas) que nunca abandonaba.

—Señor —dijo—, manifiesta usted una flema insufrible viniéndome con tan impúdica proposición.

El fornido tele-fotógrafo del Observatorio, Beenay 25, se pasó la punta de la lengua por sus labios resecos e intervino.

—Ahora, señor, después de todo...

El director se volvió hacia él y arqueó una blanca ceja.

—No interfiera, Beenay. Ya he hecho bastante trayendo este hombre aquí; creo en sus buenas intenciones pero no toleraré la menor insubordinación.

Theremon decidió que había llegado la hora de abrir la boca.

—Director Aton, si me permitiera comenzar lo que quiero decirle, creo que...

—Pues yo no creo, joven —replicó Aton—, que nada de cuanto pueda decir servirá para mitigar lo que ha ido apareciendo en los dos últimos meses en su columna impresa. Ha llevado usted a cabo una tenaz campaña periodística contra los esfuerzos que yo y mis colegas hemos desplegado para preparar al mundo contra la amenaza que, desgraciadamente, se ha vuelto imposible impedir. Se ha cubierto usted de gloria dirigiendo ataques personales contra la investigación y el personal de este Observatorio con el solo objeto de cubrirnos de ridículo.

Cogió de una mesa un ejemplar del Chronicle de Saro y lo desplegó furiosamente ante Theremon.

—Hasta una persona de su muy conocida impudicia habría dudado antes de venirme con una propuesta que esa misma persona ha estado utilizando como material de gaceta en una columna de periódico.

Aton arrojó el periódico al suelo, se dirigió a la ventana y se quedó allí con las manos unidas en la espalda.

—Puede retirarse —dijo por encima de su hombro. Elevó la mirada y contempló la ubicación de Gamma, el más brillante de los seis soles del planeta. Amarillento, declinaba ya su curso sobre la línea del horizonte, y Aton sabía que nunca más volvería a verlo con ojos tranquilos.

Entonces se volvió.

—No, aguarde, venga aquí —gesticuló perentoriamente—. Le proporcionaré lo que desea.

El periodista no había hecho, empero, el menor gesto que indicara su retirada, y ahora se aproximó lentamente al anciano. Aton señaló al exterior.

—De los seis soles, sólo Beta quedará en el cielo. ¿Puede verlo?

La pregunta era más bien innecesaria. Beta estaba casi en su cenit, con su rojiza luz derivando hacia el naranja, como los brillantes rayos del poniente Gamma. Beta estaba en el afelio. Era pequeño; menor incluso que otras veces en que lo viera Theremon; y por el momento era el indiscutido rey del firmamento de Lagash.

Alfa, el sol de Lagash propiamente dicho, alrededor del cual trazaba su órbita, estaba en los antípodas respecto de sus dos distantes congéneres. El rojo y enano Beta -compañero inmediato de Alfa- estaba solo, cruelmente solo...

La alzada cara de Aton brillaba con rojizo resplandor bajo los rayos solares.

—Dentro de cuatro horas —dijo—, la civilización, tal cual la conocemos, llegará a su fin. Y será así porque, como usted ve, Beta es el único sol en el cielo. —Sonrió con dureza—. ¡Escriba eso! No habrá nadie que pueda leerlo.

—¿Y si transcurren cuatro horas, y luego otras cuatro, y nada ocurre? —preguntó Theremon en voz baja.

—No se preocupe por esas menudencias. Lo que ha de ser, será.

—¡Garantícelo! Y, repito: ¿si nada ocurriera?

En una ráfaga de segundo llegó la voz de Beenay 25.

—Señor, creo que debe usted escucharle.

—Sométalo a votación, director Aton —dijo Theremon.

Hubo una ligera agitación entre los cinco miembros restantes de la

plantilla del Observatorio, que hasta el momento habían mantenido una actitud neutral.

—Eso —dijo Aton engreído— no será necesario. —Sacó su reloj de bolsillo—. Desde que su gentil amigo Beenay comenzó a insistir urgentemente en que yo debía escucharle a usted, han transcurrido cinco minutos. Prosiga.

—¡Perfecto! ¿Qué diferencia habría para su reputación si usted se dignara permitirme que yo fuera testigo presencial de lo que haya de suceder? Pues si su predicción es cierta, mi presencia no constituiría molestia alguna, ya que, en ese caso, mi columna jamás sería escrita. Y, por otro lado, si nada ocurre, como usted no esperará sino el ridículo o algo peor, tomaría una sabia medida si dejara previamente el ridículo a cargo de los amigos.

—Cuando dice amigos, ¿se refiere a personas como usted? —preguntó Aton.

—Por supuesto —replicó Theremon, tomando asiento y cruzando las piernas—. Mi columna acaso haya llegado a ser un tanto grosera, pero al menos posee la virtud de introducir una sana duda en la gente. Después de todo, no estamos en el siglo de los Apocalipsis. Como usted sabe, la gente ya no cree en el Libro de las Revelaciones y le fastidia mucho que los científicos vuelvan una y otra vez a machacarnos con que, a fin de cuentas, los Cultistas son los que tienen razón.

—Se equivoca usted, joven —se lanzó Aton—. Aunque los grandes planes que todavía subsisten han tenido su origen en el Culto, nuestros resultados están completamente expurgados de cualquier misticismo que derive de él. Los hechos son los hechos y la llamémosle mitología del Culto está respaldada por unos cuantos. Así lo hemos explicado al pueblo para desvelar de una vez el misterio. Le aseguro que el Culto tiene mayores motivos que ustedes para odiarnos.

—No siento ningún odio hacia usted. Simplemente, intento decirle que el público está hasta las narices. Irritado, ¿entiende?

—Pues que siga irritado —dijo Aton, ladeando la boca con burla.

—Como quiera, pero, ¿qué ocurrirá mañana?

—¡No habrá ningún mañana!

—En caso de que lo haya. Digamos que ese mañana se reduce a lo justo para ver lo que haya de ocurrir. Esa irritación puede convertirse en algo serio. Las cosas se han precipitado en los dos últimos meses. Los inversores afirman no creer que se aproxime el fin del mundo, pero por si las moscas se encierran en sus casas con su dinero. La opinión pública no

cree en usted, fíjese, y sin embargo lleva trastornada su vida desde hace meses y aún lo estará otros tantos... hasta estar segura.

»De manera que usted puede darse cuenta de dónde está el meollo. Tan pronto acabe todo, lo interesante será saber qué ocurrirá con usted. Pues afirman que de ningún modo van a permitir que un cantamañanas, con perdón, cito textualmente, les altere la prosperidad nacional con profecías, máxime cuando la profecía incluye al planeta entero. El panorama es bastante negro, señor.

—Muy bien —dijo Aton mirando al columnista—, ¿y qué propone usted para remediar esas consecuencias?

—Algo muy sencillo —contestó el otro—: hacerme cargo de la publicidad del asunto. Manejar las cosas de manera que sólo aflore el lado ridículo. Lo que va a ser un tanto difícil porque he contribuido personalmente, debo admitirlo, a indisponerlo ante esa turba de idiotas ofuscados, pero si consigo que la gente tan sólo se ría de usted, le aseguro que olvidará al cabo su ira. A cambio usted me concederá la historia en exclusiva.

—Señor, nosotros pensamos que el periodista está en lo cierto —intervino Beenay—. Estos dos últimos meses hemos estado considerando las posibilidades de error en nuestra teoría y nuestros cálculos y, en efecto, existe al menos una posibilidad en alguna parte. Pues no debemos descartar esa posibilidad, así sea entre un millón, señor.

Hubo un murmullo de aprobación entre los hombres agrupados alrededor de la mesa, y la expresión de la cara de Aton se aproximó a la del que mastica algo amargo y no puede escupirlo.

—Permanezca aquí si ése es su deseo. Se cuidará, sin embargo, de no estorbarnos mientras cumplimos con nuestras obligaciones. Usted recordará en todo momento que yo estoy al cargo de todas las actividades aquí y, olvidándonos de las opiniones otrora expresadas por usted en su columna, esperaré mayor cooperación y sobre todo mayor respeto...

Sus manos se anudaron de nuevo en su espalda y una mueca de determinación se dibujó en sus facciones mientras hablaba. Hubiera continuado por más tiempo de no ser porque resonó entonces una nueva voz.

—¡Hola, hola, hola! —Era una voz de alto tono que surgía de entre las rollizas mejillas del sonriente recién llegado—. ¿Qué es esta atmósfera tan tétrica? Espero que los ánimos no hayan decaído del todo.

—¿Qué diantre está haciendo aquí, Sheerin? —preguntó displicente el sorprendido Aton—. Debería estar en el Refugio.

Sheerin sonrió y dejó caer su voluminoso cuerpo sobre una silla.

—¡Que reviente el Refugio! El lugar me aburre. Prefiero estar aquí, donde se mascan las grandes cosas. ¿Acaso supone usted que no tengo mi pizca de curiosidad? Quiero ver esas Estrellas de las que siempre han hablado los Cultistas. —Se frotó las manos y añadió en tono más sereno—: Hace frío fuera. El viento le congela la nariz a uno. A la distancia que está Beta no parece proporcionar el menor calor.

—¿Por qué ha cometido esta negligencia, Sheerin? —exclamó Aton con exasperación—. Aquí no tiene nada útil que hacer.

—Y allá tampoco tengo nada útil que hacer —replicó Sheerin mostrando las palmas de las manos con cómica resignación—. Un psicólogo gasta más que gana en el Refugio. Allí se necesitan hombres fuertes y de acción, y mujeres saludables que puedan criar niños. Pero, ¿yo? Tendrían que quitarme cien libras para ser un hombre de acción y no tendría mucho éxito si probara a criar un niño. ¿Por qué, pues, voy a molestarles con una boca más que alimentar? Me siento mejor aquí.

—¿Qué es eso del Refugio, señor? —preguntó Theremon.

Sheerin pareció ver al columnista por vez primera. Hinchó sus amplios carrillos al tiempo que los distendía.

—Y usted, pelirrojo, ¿quién es en este valle de lágrimas?

Aton apretó los labios y luego murmuró hoscamente:

—Es Theremon 762, el periodista. Supongo que habrá oído hablar de él.

Se estrecharon la mano.

—Y, naturalmente —dijo Theremon—, usted es Sheerin 501 de la Universidad de Saro. He oído hablar de usted.

Entonces repitió:

—¿Qué es eso del Refugio, señor?

—Verá —explicó Sheerin—, nos las arreglamos para convencer a unas cuantas personas de que teníamos razón en nuestra... nuestra profecía, de manera que tomaron las medidas oportunas. Se trata mayoritariamente de familiares del personal del Observatorio de la Universidad de Saro, y unos cuantos ajenos. En conjunto, suman unos trescientos, aunque las tres cuartas partes son mujeres y niños.

—Entiendo. Intentan esconderse donde las Tinieblas, y las... las Estrellas no puedan alcanzarlos y donde resistir cuando el mundo se convierta en un caos.

—Es una hipótesis. No será nada fácil. Con toda la humanidad enferma, las grandes ciudades ardiendo, y lo que no podemos ni imaginar, las condiciones de supervivencia se reducirán al mínimo. Con ese objeto hay alimentos, agua, protección y armas en el Refugio...

—Y algo más —intervino Aton—. También nuestros Informes, excepto los que recogen estos últimos momentos. Esas fichas lo serán todo para el siguiente ciclo y eso es lo que debe sobrevivir. El resto puede irse al diablo.

Theremon suspiró largamente y se mantuvo un rato inmóvil en la silla. Los hombres en torno a la mesa habían sacado un tablero de multi-ajedrez y contemplaban una partida a seis. Los movimientos eran realizados con rapidez y en silencio. Todas las miradas parecían concentrarse profundamente en el tablero. Theremon los miró con curiosidad capciosa y luego se levantó para acercarse a Aton, que se mantenía aparte en sigilosa conversación con Sheerin.

—Escuchen —dijo—, vayamos a algún sitio donde no molestemos a los demás. Quiero hacer algunas preguntas.

El anciano astrónomo lo miró cejijunto, pero Sheerin gorjeó alegremente:

—Cómo no. Me hará mucho bien poder hablar. Siempre me consuela. Aton estaba exponiéndome sus ideas sobre la reacción del mundo en caso de que fallara nuestra predicción, y coincido con usted. Leo su columna con bastante regularidad, por cierto, y debo decirle que me agrada su punto de vista.

—Por favor, Sheerin —gruñó Aton.

—¿Eh? Vaya, está bien. Iremos a la sala de al lado. En cualquier caso hay sillas más cómodas.

Las sillas eran más blandas en la habitación de al lado. Había rojas cortinas en las ventanas y una alfombra marrón cubría el suelo. Con el mortecino y rojizo reflejo de Beta, la impresión general le helaba la sangre a uno.

—Vaya —se quejó Theremon—, no sé lo que daría por una decente ración de luz blanca, aunque fuera sólo durante un segundo. Me gustaría que Gamma o Delta estuvieran en el cielo.

—¿Qué es lo que quería preguntar? —inquirió Aton—. Recuerde, por favor, que nuestro tiempo es limitado. En poco más de hora y cuarto comenzarán a ocurrir anomalías; después... ya no habrá tiempo para hablar.

—Bien, empecemos. —Theremon se acomodó en un sillón y cruzó sus manos sobre el pecho—. Su gente se lo toma tan en serio que estoy comenzando a creerle a usted. ¿Podría usted explicarme con claridad en qué consiste el fenómeno?

Aton estalló.

—¿Pretende decir que ha estado todo este tiempo cubriéndonos de ridículo sin saber lo que hemos estado diciendo?

—No se ponga furioso —dijo Theremon—. No es tan malo como usted dice. Sí he captado una idea general sobre lo que ustedes han intentado explicar al ciudadano medio: que el mundo se verá cubierto de Tinieblas dentro de escasas horas y que la humanidad se volverá loca. Lo que yo quiero saber es la parte científica del asunto.

—No lo haga, no lo haga —estalló Sheerin—. Si se lo pregunta a Aton, empezará a remitirle a libros y más libros, le traerá enciclopedias y monografías, tratados, diagramas y toda la pesca. Se lo explicará de cabo a rabo. Por el contrario, si me lo pregunta a mí se lo expondré en el más profano de los lenguajes.

—De acuerdo; se lo pregunto a usted.

—Entonces, tomaré antes un trago. —Sheerin se quedó mirando a Aton.

—¿Agua? —gruñó Aton.

—¡No sea bobo!

—No sea bobo usted. Nada de alcohol ahora. Sería demasiado cómodo emborrachar a mis hombres en estos momentos. No puedo permitirles caer en la tentación.

El psicólogo gruñó para sus adentros. Se volvió hacia Theremon, lo atravesó con la mirada y comenzó.

—Usted sabrá, supongo, que la historia de la civilización de Lagash presenta un carácter cíclico, ¿comprende?, cíclico.

—Lo sé —comentó Theremon con, cautela—; sé, al menos, que ésa es la teoría arqueológica. Pero, ¿ha sido demostrada?

—Más o menos. En este último siglo se ha visto confirmada. El carácter cíclico es (mejor dicho: era) uno de los grandes misterios. Ha habido otras civilizaciones antes de la nuestra, nueve en conjunto, y hay rastros de otras tantas. Alcanzaron un nivel comparable al nuestro y todas, sin excepción, fueron destruidas por el fuego al alcanzar la cúspide de su cultura.

»Y nadie podría decir por qué. Todos los imperios fueron arrasados por el fuego sin dejar tras sí la menor indicación de las causas.

—¿Tuvieron también una Edad de Piedra?

—Probablemente, aunque nada conocemos de ese período, excepto que el hombre de esa edad era un poco más inteligente que los monos. De modo que podemos olvidarlo.

—Entiendo. Prosiga.

—Hubo muchas explicaciones sobre las catástrofes reiteradas, a cada cual más fantástica. Algunos dijeron que se debía a periódicas lluvias de fuego; otros, que Lagash atravesaba un sol cada equis tiempo; y también los hubo que propusieron hipótesis más descabelladas. Pero hay una

completamente diferente que ha sido transmitida y conservada a través de los siglos.

—Lo sé. Se refiere usted a ese mito de las «Estrellas» que se encuentra en el Libro de las Revelaciones de los Cultistas.

—¡Exactamente! —exclamó Sheerin con satisfacción—. Los Cultistas dijeron que cada dos mil cincuenta años Lagash penetra en una inmensa zona en la que todos los soles desaparecen, sobreviniendo una total oscuridad en todo el mundo. Entonces, las cosas llamadas Estrellas aparecen, despojan a los hombres de su razón y los convierten en semejantes a brutos, de tal manera que los hombres destruyen la civilización que ellos mismos construyeron. Naturalmente, los Cultistas mezclaron todo esto con un montón de nociones místico-religiosas, pero la idea central puede extraerse.

Hubo una corta pausa en la que Sheerin lanzó, un profundo suspiro.

—Ahora, pasaremos a la Teoría de la Gravitación Universal. —Lo dijo de tal manera que incluso las mayúsculas tuvieron su sonido particular. Y, en aquel momento, Aton se apartó de la ventana, bufó con ostentación y salió airadamente de la sala.

Los otros dos se quedaron mirando su partida.

—¿Qué pasa? —preguntó Theremon.

—Nada de particular —repuso Sheerin—. Dos hombres tenían que haberse presentado hace varias horas y aún no han aparecido. Es un caso que raya la restricción de personal porque todos, excepto los realmente esenciales, están en el Refugio.

—¿Cree usted que han desertado?

—¿Quiénes? ¿Faro y Yimot? Claro que no. Aunque no les convendría no aparecer cuando todo esto empiece. —Se puso en pie de repente y parpadeó—. Por cierto, mientras Aton se encuentra fuera...

Trotó hacia la ventana más cercana, se agachó y de la caja inferior del enmarcado sacó una botella de líquido rojo que brilló sugestivamente cuando la agitó.

—Espero que Aton no sabrá nada de esto —puntualizó mientras volvía a su silla—. No hay más que un vaso. Como invitado de la casa, tiene usted preferencia. Yo tomaré de la botella. —Y escanció un leve y escaso chorrito con sumo cuidado.

Theremon se irguió para protestar, pero Sheerin adoptó una actitud digna.

—Respete a sus mayores, joven.

El periodista se sentó con expresión de angustia en el rostro.

—Sigamos, pues, viejo pícaro.

La nuez de Adán del psicólogo se movió repetidas veces mientras mantenía la botella levantada; luego, con un eructo de satisfacción, comenzó de nuevo.

—Bien, ¿qué sabe usted sobre la ley de la gravitación?

—Nada, excepto que su desarrollo es muy reciente, todavía no lo bastante como para decirse que esté totalmente fundamentada, y que su fórmula es tan difícil que sólo una docena de hombres en Lagash pueden presumir de entenderla.

—¡Venga, hombre! ¡Absurdo, ridículo! ¡Mentira infame! Puedo resumirle la fórmula en una frase. La Ley de Gravitación Universal estipula que existe una fuerza de atracción entre todos los cuerpos del universo, fuerza que, entre dos cuerpos dados, es proporcional al producto de sus masas partido por el cuadrado de sus distancias.

—¿Eso es todo?

—¡Es suficiente! Llevó cuatrocientos años desarrollarla.

—¿Cómo tanto? Tal y como usted lo ha dicho parece bastante simple.

—Porque las grandes leyes no surgen por inspiración divina, sino que hay que pensar e investigar duramente para encontrarlas. Ordinariamente se obtienen tras el trabajo colectivo de muchos siglos de actividad científica. Después que Genovi 41 descubrió que Lagash tenía un movimiento de traslación alrededor del sol Alfa y no al contrario (y esto ocurrió hace cuatrocientos años), los astrónomos se pusieron a trabajar sobre esta base. Los complejos movimientos de los seis soles fueron registrados, analizados y confrontados. Hipótesis tras hipótesis, las conclusiones primarias eran confrontadas con las secundarias, rectificadas, comprobadas las rectificaciones y nuevamente arriesgadas las hipótesis. Fue un trabajo infernal.

Theremon agitó la cabeza y extendió su vaso para que fuera llenado de nuevo. Sheerin se mantuvo incólume, pero luego sirvió unas cuantas gotas a regañadientes.

—Hace veinte años —continuó— se descubrió que la Ley de Gravitación Universal daba cuenta exacta de los movimientos orbitales de los seis soles. Y fue un gran triunfo.

Sheerin se puso en pie y se dirigió a la ventana, siempre con la botella en la mano.

—Y aquí llegamos al quid de la cuestión. En la última década la eclíptica de Lagash respecto de Alfa fue medida de acuerdo con la ley de gravitación y no coincidió con la órbita que se observaba; ni siquiera cuando se me

incluyeron todas las perturbaciones debidas a los otros soles. O la ley no servía o allí había algún otro factor desconocido.

Theremon se levantó y se reunió con Sheerin en la ventana, contemplando, más allá de las vertientes cubiertas de bosque, las cúpulas de Saro City que reverberaban sanguinolentamente recortadas contra el horizonte. El periodista sintió que la tensión de lo incierto corroía sus entrañas mientras lanzaba una rápida ojeada a Beta. Brillaba rojizo en su cenit, pero su tono era apagado y malévolo.

—Continúe, señor —dijo suavemente.

—Con los años, los astrónomos especularon con hipótesis cada vez más absurdas... hasta que Aton tuvo la inspiración de buscar alguna fuente en el Culto. El jefe del Culto, Sor 5, le dio acceso a ciertos datos que simplificaron considerablemente el problema. Aton se puso a trabajar en esta nueva dirección.

»¿Podía haber otro cuerpo planetario opaco como el de Lagash? Si así fuera brillaría tan sólo reflejando la luz solar, y si estuviera formado por rocas azulencas, como gran parte de Lagash, entonces, en medio del abismo rojo del cielo, la constante luminosidad de los otros soles lo haría invisible... borrado por completo.

—¡Pero eso es una idea desquiciada! —exclamó Theremon.

—¿Lo cree así? Escuche esto: suponga que ese cuerpo orbita en torno a Lagash y que cuenta con tal masa, órbita y distancia que su atracción coincida con la desviación de la órbita de Lagash según la teoría. ¿Sabe lo que ocurriría?

El periodista negó con la cabeza.

—Pues que alguna que otra vez ese cuerpo se interpondría en el camino de algún sol —dijo Sheerin y apuró lo que quedaba en la botella.

—Sí, supongo que sí —convino Theremon.

—¡Naturalmente que sí! Pero sólo un sol se encuentra en su plano de revolución. —Señaló con el pulgar al diminuto sol que brillaba en lo alto—. ¡Beta! Y se sabe que el eclipse ocurre sólo cuando la disposición de los soles es tal que Beta debe encontrarse solo en su hemisferio y a la máxima distancia. El eclipse, contando la luna siete veces el diámetro aparente de Beta, cubrirá todo Lagash durante algo más de medio día, de manera que ninguna parte del planeta escapará a los efectos. Ese eclipse tiene lugar una vez cada dos mil cincuenta y nueve años.

La cara de Theremon se había convertido en una máscara inexpresivo.

—¿Ésa es la historia?

—Ni más ni menos —respondió el psicólogo–. El principio del eclipse

comenzará dentro de tres cuartos de hora. Primero el eclipse, luego la Tiniebla universal y, quizás, esas misteriosas Estrellas... después la locura y el final del ciclo.

»Hemos tenido —añadió tras un rato de meditación— dos meses para convencer a Lagash del peligro, pero al parecer no ha sido tiempo suficiente. Ni dos siglos hubieran bastado. Nuestros informes y archivos han sido escondidos en el Refugio y dentro de poco fotografiaremos el eclipse. El próximo ciclo conocerá así la verdad y la humanidad estará preparada para el eclipse siguiente. Conseguir eso es también parte de la historia que usted deseaba.

Theremon abrió la ventana y un ligero soplo de brisa agitó las cortinas. Se asomó al exterior y el viento desordenó sus cabellos mientras permanecía absorto contemplando el resplandor carmesí del sol. Entonces, como en un arrebato, se volvió.

—¿Está seguro de que las Tinieblas nos volverán locos? ¿A mí también?

Sheerin se sonrió en tanto acariciaba la vacía botella con movimiento inconsciente.

—¿Acaso sabe usted lo que ocurrirá cuando sobrevengan las Tinieblas, jovencito?

El periodista se quedó apoyado en la pared y reflexionó.

—No. Realmente no puedo ni imaginármelo. Pero ya tengo noticia previa de su existencia. Algo como... como... —gesticuló con las manos— como sin luz. Como una caverna.

—¿Ha estado usted alguna vez en una caverna?

—¿En una caverna? ¡Claro que no!

—Lo suponía. Yo lo intenté la semana pasada, solamente para ver qué tal se estaba en la oscuridad. Pero tuve que salir de estampida. Tuve que detenerme cuando ya perdía de vista la entrada y la iluminación se reducía a poder ver apenas la silueta de las paredes. Pero lo que veía en el interior, más al fondo, era la oscuridad completa, la nada. Nunca creí que una persona de mi peso pudiera correr tanto. Ni jamás pensé que se apoderara de mi ser el vacío que aquel lugar me produjo.

—Bueno, si sólo se tratara de eso, imagino que no habría para tanto. Yo no hubiera corrido de haber estado allí.

El psicólogo se le quedó mirando con los ojos contraídos.

—Corre usted mucho, joven. Le desafío a que haga la prueba corriendo las cortinas.

—¿Para qué? —exclamó Theremon con sorpresa—. Si tuviéramos cuatro o cinco soles brillando en este momento, no dudo que deseáramos

amortiguar un poco la luz. Está bien así.

—He ahí la cuestión. Corra la cortina, sólo eso; luego venga aquí y siéntese.

—Como quiera. —Theremon cerró la ventana y tiró de la roja cortina, que se deslizó hasta acaparar toda entrada de luz, dejando la sala en una penumbra teñida de rojo crepuscular.

Los pasos de Theremon resonaron huecamente en el silencio mientras caminaba hacia la mesa. De pronto, se detuvo.

—No puedo verlo, señor —murmuró.

—Siga andando —ordenó Sheerin con voz extraña.

—Pero es que no puedo verlo, señor —El periodista comenzó a respirar agitadamente—. No puedo ver nada.

—¿Y qué otra cosa esperaba? —dijo la voz sin visible procedencia— ¡Siga y siéntese!

Los pasos volvieron a sonar, vacilantes, aproximándose lentamente. Luego, se escuchó el ruido de un cuerpo que caía sobre un sillón. La voz de Theremon se deslizó débilmente:

—Ya estoy aquí. Me siento... muy... perfectamente.

—¿Le gusta?

—No... nada. Es más bien horrible. Las paredes parecen... —Se detuvo—. Parece como si se estuvieran acercando. Espero de un momento a otro que se ciernan sobre mí y yo tenga que verme obligado a empujarlas. Pero... ¡no me he vuelto loco! De hecho, creo que no es tanto como esperaba.

—Perfecto. Vuelva a correr las cortinas.

Hubo un ruido de pasos precipitados, la silueta del cuerpo de Theremon destacándose contra la cortina. Luego, el alivio de las cortinas deslizándose, provocando un leve pero feliz chirrido de anillas resbalando sobre rieles. La roja luz inundó la sala y Theremon miró fijamente al sol mientras lanzaba un gemido de alegría.

Sheerin se inclinó hacia adelante, esgrimió su índice y dijo:

—Fíjese que ha sido sólo una habitación a oscuras.

—Pero pudimos aguantar —dijo Theremon satisfecho.

—Sí, con una habitación a oscuras sí podríamos. Dígame, ¿estuvo por casualidad en la Exposición Centenaria de Jonglor?

—No, estaba demasiado lejos de donde me encontraba por entonces. Seis mil millas son demasiadas incluso para una exposición.

—Pues yo sí estuve. ¿Recuerda haber oído algo sobre el Túnel del Misterio, que, según decían, superaba todas las marcas en el terreno de la

diversión y el entretenimiento?

—Sí, durante los dos primeros meses. ¿Acaso no era tan divertido como dijeron?

—No demasiado. El Túnel del Misterio era, efectivamente, un túnel de una milla de longitud... sin luz. Uno se metía en un pequeño vehículo abierto y se recorría el túnel entero, ¿me entiende?, la oscuridad plena en unos quince minutos. Fue muy celebrado mientras duró.

—¿Celebrado?

—No le quepa duda. El miedo suele fascinar. De ahí que se considere tan gracioso que uno coja a otro por sorpresa gritando ¡Uh!, y sandeces por el estilo. De ahí también que el Túnel del Misterio fuera tan popular. La gente salía asustada, medio muerta de miedo, jadeando, pero alegre porque había pagado por ello.

—Espere un momento, creo que ahora recuerdo... Hubo muertos de verdad, literalmente muertos por miedo. Y corrieron rumores de que iban a cerrar el Túnel a causa de ello.

—¡Quite, quite! —exclamó el Psicólogo—. Sí, hubo dos o tres muertos. Pero eso no fue nada. Se indemnizó a los familiares y el Consejo de Jonglor City se las arregló para que se olvidara el asunto. Después de todo, argumentaron, si los débiles cardíacos quieren meterse en el túnel, es asunto suyo... por otra parte, no volvió a suceder. Se tornaron medidas oportunas y en la entrada fueron instalados servicios médicos a fin de someter a revisión física a todos los parroquianos. Lo que son las cosas, eso hizo que el precio aumentara.

—¿Qué pasó luego?

—Nada de particular pero también algo muy particular. La gente salía del túnel sin ningún cambio aparente, con la única excepción de que se negaba a entrar en los otros edificios; ni palacios, casas, bloques de apartamentos, pensiones, cabañas, chozas, o lo que fuere, ni en ningún otro edificio de la Exposición...

—¿Quiere usted decir —preguntó Theremon, asombrado— que se negaban a abandonar el espacio abierto?

—¿Dónde dormían, entonces?

—En los espacios abiertos.

—Debieron haberles forzado a entrar.

—Debieron, debieron, usted lo ve muy fácil. Lo que no sabe es que a la menor alusión prorrumpían en ataques de histeria que, en el mejor de los casos, acababa llevándoles a romperse la cabeza contra una pared. Si uno era introducido en cualquier lugar cerrado no podía ser abandonado a menos

que le fuera suministrada alguna dosis de tranquilizantes o una eficiente camisa de fuerza.

—Sin duda debieron enloquecer.

—Fue exactamente lo que ocurrió. Uno de cada diez que entraron en el túnel se volvió majareta. Los psicólogos fueron llamados y nosotros hicimos lo único que podíamos hacer: cerrar el túnel.

—¿Qué pudo sentir esa gente? —preguntó Theremon.

—Ni más ni menos que lo que usted sintió cuando creyó que las paredes lo estaban ahogando en la oscuridad. Hay un término psicológico que describe el miedo a la ausencia de luz. Nosotros lo llamamos claustrofobia por que la carencia de luz siempre tiene lugar en espacios cerrados. ¿Comprende la similitud?

—¿Y aquella gente del túnel?

—Se trataba de personas cuya estructura mental no podía soportar el miedo a la sensación de ahogo que produce la oscuridad. Quince minutos sin luz es tiempo suficiente. Usted mismo acaba de experimentar algo que se parece al miedo en los escasos dos minutos que ha mantenido la habitación a oscuras.

»Los que enloquecieron en el túnel poseían lo que llamamos «fijación claustrofóbica». Su miedo latente a la oscuridad y a los lugares cerrados se encontraba, digamos, en período de gestación, incubado, y la experiencia que pasaron lo sacó a relucir. Este miedo entró en actividad y casi podemos asegurar que de una manera permanente. He ahí lo que quince minutos de oscuridad pueden conseguir.

Hubo una larga pausa y la frente de Theremon se fue contrayendo lentamente hasta formar un frunce.

—No creo que sea así, no lo creo.

—Querrá decir que no quiere usted creerlo —replicó Sheerin—. Usted tiene miedo de creer. ¡Mire la ventana!

Theremon obedeció y el psicólogo continuó sin interrumpirse.

—Imagínese ahora las Tinieblas... por todas partes. Ninguna luz, nada de luz, ni el menor punto luminoso. Las casas, los árboles, los campos, la tierra, el cielo... todo se ha convertido en una mancha negra, vacía. Excepto las Estrellas que estarán en lo alto, que ni siquiera sabemos cómo son. ¿Puede concebirlo?

—Sí, creo que sí —murmuró Theremon sombríamente.

—¡Miente usted! —golpeó la mesa con él puño violentamente—. ¡No puede concebirlo, no es capaz de hacerlo! Su cerebro no puede forjar semejante panorama, como tampoco puede forjar lo infinito ni lo eterno. Por

eso se limita a intentarlo según las especulaciones. Una fracción del pensamiento vive esa realidad mentalmente, sufre sus consecuencias. Pero cuando lo objetivo tiene lugar, el cerebro humano no puede abarcar lo que escapa a su comprensión. ¡Enloquecerá completa y permanentemente! ¡Y no hay la menor opción!

»Y un par de milenios —añadió tristemente— llenos esfuerzo se convertirán en ceniza. Mañana no quedará a sola ciudad indemne en todo Lagash.

—No tiene por qué ser así —replicó Theremon, recuperando parte de su equilibrio mental—. Todavía no entiendo cómo voy a volverme loco por el simple hecho de no ver un sol en el cielo... pero si ocurriera, si todos nos volviéramos locos perdidos, ¿por qué vamos a destruir las ciudades? ¿Cómo podríamos hacerlo?

—Si usted estuviera rodeado de oscuridad —dijo Sheerin con irritación—, ¿qué desearía por, encima de todas las cosas? ¿Qué es lo que cada hombre desearía instintivamente? La luz, maldita sea, ¡la luz!

—¿Y...?

—¿De dónde obtendría entonces la luz?

—Lo ignoro —dijo Theremon con ambigüedad.

—¿Qué es lo único que proporciona luz, aparte del sol?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Se mantenían frente a frente con las caras a pocos centímetros de distancia.

—Condenado papanatas, me deslumbra usted con su brillante inteligencia. ¿Nunca ha visto un incendio forestal? ¿Nunca ha ido al campo y ha encendido fuego para cocinar? Ese fuego sirve para algo más que quemar el combustible culinario o los árboles del bosque. También proporciona luz, y eso lo sabe todo quisque. Y cuando venga la oscuridad todos pedirán luz a gritos, y harán todo lo posible por conseguirla.

—¿Quemarán bosques, entonces?

—Quemarán todo lo que encuentren delante. Sólo desearán luz y sentirán la necesidad de quemar cualquier cosa. Los bosques no están al lado de uno, de modo que echarán mano de lo más cercano. Obtendrán luz... ¡porque todos los núcleos habitados estallarán en ingentes llamas!

Se habían sostenido mutuamente la mirada como si lo que estuvieran discutiendo fuera un asunto personal en el que mostrar fuerza y argumentos. Entonces Theremon se quedó sin habla. Su respiración estaba todavía agitada cuando advirtió el repentino griterío que venía de la sala contigua.

Cuando Sheerin habló, dio la sensación de que se esforzaba por trascender lo que sus palabras decían.

—Creo que estoy oyendo la voz de Yimot. Sin duda él y Faro han regresado. Vayamos a ver lo que ocurre con ellos.

—¡Debemos saberlo! —Murmuró Theremon con esfuerzo. Se levantó lanzando un hondo suspiro de alivio. La tensión se había roto.

La sala estaba alborotada por los miembros de la plantilla del Observatorio, que rodeaban a dos jóvenes con las ropas desordenadas. Aton, abriéndose paso a través del gentío, se encaró agriamente con los recién llegados.

—¿Os dais cuenta que falta menos de media hora para el comienzo del fin? ¿Dónde habéis estado?

Faro 24 se sentó y se restregó las manos. Sus mejillas aparecían enrojecidas por el cambio de temperatura.

—Yimot y yo acabamos de terminar un experimento ideado por nosotros mismos, consistente en provocar una oscuridad artificial y una fingida aparición de las Estrellas, a fin de proporcionar un anticipo sobre el cual la gente pudiera juzgar lo que vendrá.

Hubo un confuso murmullo entre el auditorio y una repentina expresión de curiosidad apareció en la mirada de Aton.

—No se nos había ocurrido esto antes —dijo—. ¿Cómo caísteis en ello?

—Bien —repuso Faro—, la idea se nos ocurrió hace tiempo a Faro y a mí, y hemos estado trabajándola en los ratos libres. Yimot sabía de una casa en la ciudad que una vez fue un museo o algo parecido. El caso es que la compramos y...

—¿De dónde sacasteis el dinero? —interrumpió Aton con precipitación.

—De la cuenta bancaria —saltó Yimot 70— Nos costó sólo dos mil créditos. —Y añadió defensivamente—: Bueno, ¿qué pasa? Mañana, dos mil créditos serán sólo dos mil pedazos de papel. Nada más.

—Claro —asintió Faro—. La compramos y empezamos a pintarla de negro desde el techo hasta el sótano, de manera que se pareciera a la oscuridad todo lo posible. Luego hicimos en el techo diminutos agujeros, que luego teníamos que cubrir con delgadas láminas metálicas por la parte del tejado de la casa. Las láminas debían desplazarse simultáneamente por mediación de un interruptor. Esta parte del trabajo no pudimos llevarla a cabo por nosotros mismos, así que tuvimos que llamar a un carpintero, un electricista y algunos más... el dinero no tenía importancia. La cuestión era que pudiéramos obtener un poco de luz a través de aquellos agujeros en el

techo, de modo que dieran el aspecto de un firmamento estrellado.

Durante la pausa que siguió ninguna respiración se atrevió a interrumpir el silencio. Finalmente, dijo Aton:

—No teníais derecho a hacerlo en privado.

—Lo sé, señor —dijo Faro, contrito—, pero, francamente, Yimot y yo pensamos que el experimento podía resultar peligroso. De tener éxito, esperábamos más o menos volvernos medio locos... desde que Sheerin se ha dedicado a insistir sobre esa cuestión. Así que deseábamos correr el riesgo nosotros solos. Naturalmente, si al acabar seguíamos conservando la cordura lo hubiéramos desarrollado en gran escala a fin de propiciar la inmunidad colectiva a sus efectos. Pero las cosas no ocurrieron como esperábamos.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Al principio nos entrenamos permaneciendo con los ojos cerrados. La Oscuridad es algo asfixiante que le hace sentir a uno que las paredes y el techo se le vienen encima para aplastarlo. El caso es que nos metimos en la habitación y activamos el conmutador. Las láminas metálicas se desplazaron y los agujeros mostraron sus leves manchitas de luz...

—¿Y?

—Pues eso... nada. Eso es lo triste del asunto. Que nada ocurrió. Se trataba solamente de un techo agujereado que no parecía sino un techo agujereado. Lo intentamos una y otra vez (de ahí que hayamos regresado tan tarde), pero sin obtener el menor resultado.

Siguió un profundo silencio de consternación, y todos los ojos se posaron en Sheerin, que, sentado en la mayor inmovilidad, iba a abrir la boca.

Pero Theremon fue el primero en hablar.

—Por supuesto, Sheerin, usted sabía lo que resultaría de esa teoría de los agujeros ideada por usted, ¿no es cierto? —Al hablar resaltaba las palabras.

Sheerin alzó una mano.

—Un momento, un momento. Déjenme pensar un poco. —Cruzó los dedos y luego, cuando la expresión de su mirada reveló que ya nada había que le produjera sorpresa o desconcierto, levantó la cabeza—. Evidentemente...

Pero no pudo acabar. De algún lugar situado por encima de ellos vino un considerable estrépito. Beenay, poniéndose en pie, se lanzó escaleras arriba.

—¡Qué diantre! —exclamó mientras corría.

El resto vino después.

Las cosas ocurrieron con precipitación. Una vez en la cúpula, Beenay se quedó mirando horrorizado las destrozadas placas fotográficas y al hombre que había junto a ellas; entonces, se lanzó furiosamente contra el intruso, echándole las manos al cuello. Hubo un violento forcejeo; entretanto, el resto de los hombres del Observatorio fueron llegando. Antes de darse cuenta, el extraño tenía sobre sí el peso de media docena de hombres terriblemente airados.

Entonces apareció Aton, jadeando pesadamente.

—¡Ponedlo en pie!

Hubo un leve movimiento de resistencia, pero, finalmente, el extraño, con las ropas desordenadas y la cabeza cubierta de magulladuras, fue levantado. Llevaba una corta barba amarilla, según el afectado estilo de los Cultistas.

Beenay no cedió la presa con que sujetaba al intruso.

—¿Por qué lo has hecho? —le gritó salvajemente—. Esas placas...

—No era lo que me interesaba —respondió el Cultista fríamente—. Fue una casualidad.

—Entiendo —dijo Beenay, que no dejaba de mirarlo con fiereza—. Ibas tras las cámaras. El tropiezo con las placas ha sido entonces una coincidencia afortunada para ti, pues. Si has hecho algo a mi cámara o a cualquier otra... te juro que morirás lentamente. Como hay Dios que así ha de ocurrir...

Aton lo sujetó de una manga.

—¡Basta ya! ¡Déjelo!

El joven técnico vaciló y su brazo se resistió todavía unos segundos. Aton lo apartó con un gesto y se encaró con el Cultista.

—Usted es Latimer, ¿no?

El Cultista se inclinó y señaló el símbolo que había sobre su cadera.

—Soy Latimer 25, adjunto de tercera clase a Su Serenidad Sor 5.

—Y usted —añadió Aton enarcando las blancas cejas— vino con Su Serenidad cuando él me visitó la semana pasada, ¿me equivoco?

Latimer se inclinó por segunda vez.

—Y bien, ¿qué es lo que quiere?

—Nada que usted vaya a darme voluntariamente —dijo Latimer.

—Lo envía Sor 5, supongo... ¿o es algo suyo en particular?

—No responderé a esa pregunta.

—¿Han venido con usted otros visitantes?

—Tampoco responderé a ésta.

Aton se le quedó mirando largamente.

—Muy bien, señor. Dígame ahora qué es lo que su maestro desea de mí. Basta ya de coqueteos. Hace tiempo que pagué el favor.

Latimer sonrió levemente, pero nada dijo.

—Le solicité —continuó Aton agriamente— unos datos que sólo el Culto podía suministrarme, y me fueron proporcionados. Gracias nuevamente, señor. A cambio, prometí probar la verdad esencial del credo del Culto.

—No hay necesidad de probarla —replicó orgullosamente el otro—. Está suficientemente probada en el Libro de las Revelaciones.

—Sí para cierta canalla. Pero no pretenda confundir mis conocimientos. Me ofrecí a formular bases científicas de sus creencias. ¡Y lo hice!

Los ojos del Cultista se encogieron con amargura.

—Sí, usted lo hizo. Pero con la sutileza del zorro, pues al mismo tiempo que obtenía una explicación de nuestras creencias, trastornó todo lo que se le puso por delante. Usted convirtió la Oscuridad y las Estrellas en un fenómeno natural y alteró su verdadero significado. Eso fue una blasfemia.

—Si es así, la culpa no es mía. El hecho existe. ¿Qué puedo hacer sino constatarlo?

—Su «hecho» no es más que un fraude y un engaño.

—¿Cómo lo sabe usted? —exclamó Aton irritado.

—¡Lo sé! —dijo el otro con entonación pletórica de fe y seguridad.

El director cambió el color de su faz, Beenay susurró una amenaza. Aton le hizo una señal para que callara.

—¿Qué quiere Sor 5 de nosotros? Imagino que aún debe opinar que es peligroso para las almas el que intentemos advertir al mundo de la amenaza que se avecina. No obtendremos ningún éxito si se empeña en considerarlo de esa manera.

—El atentado ha causado bastantes desperfectos. Hay que detener esa viciosa forma de obtener información mediante diabólicos instrumentos. Obedecemos la voluntad de las Estrellas y sólo lamento que mi torpeza les haya prevenido cuando intentaba desarticular sus infernales ingenios.

—No le habría reportado ningún bien —replicó Aton—. Todos nuestros datos, excepto aquellos que recogeremos por experiencia directa, se encuentran ya a salvo y situados más allá del alcance de cualquier destrucción. —Sonrió con los labios apretados—. Lo que no evita que usted sea considerado por nosotros como un criminal.

Se volvió entonces a los hombres situados tras él.

—Que alguien llame a la policía de Saro City —dijo.

—Condenación, Aton —exclamó Sheerin con disgusto—, ¿qué le ocurre?

No hay tiempo para eso. Déjeme que yo me ocupe de él.

—No hay tiempo para hacer el ganso, Sheerin —dijo Aton con fastidio—. Haga el favor, pues, de dejar que yo haga las cosas a mi manera. Usted es aquí un completo extraño, y no debe olvidarlo.

—Explíqueme entonces —dijo Sheerin— por qué tenemos que molestarnos llamando a la policía. El eclipse de Beta comenzará dentro de escasos minutos y tenemos aquí un hombre que está deseando dar su palabra de honor de que no nos causará más problemas.

—No voy a hacer tal cosa —saltó prontamente el Cultista—. Ustedes son libres de hacer cuanto les venga en gana, pero les advierto que si me dejan ir a mi aire me las apañaré para terminar lo que he venido a hacer. Si ésta es la palabra de honor que esperarán de mí, creo que será mejor para todos ustedes llamar a la policía.

—Eres un tunante decidido, ¿eh? —dijo Sheerin con una sonrisa—. Pero voy a explicarte unas cuantas cosas. ¿Ves al muchacho que está junto a la ventana? Es un tipo fuerte, violento, muy hábil con los puños... Y no pertenece al Observatorio, además. Una vez comience el eclipse, no tendrá nada que hacer aquí excepto, en todo caso, hincharse un ojo. Luego estoy yo, demasiado pesado para soltar unos cuantos puñetazos, pero empeñado en la idea, vaya.

—¿Y qué quiere decirme con eso? —preguntó el Cultista inquieto.

—Escucha y te lo diré —fue la respuesta—. Tan pronto comience el eclipse, el señor Theremon y yo te conduciremos a una habitación cerrada que no cuenta más que con una puerta, una fuerte cerradura y ninguna ventana. Permanecerás allí mientras dure.

—Y después —exclamó agitadamente Latimer— no habrá nadie para dejarme salir. Sé tan bien como usted lo que significa la llegada de las Estrellas... lo sé incluso mejor que usted. Ustedes se volverán locos y no querrán liberarme. Asfixia o muerte por inanición, ¿no es eso lo que piensa? Más o menos lo que debía haber esperado de un grupo de científicos. Pero no daré mi palabra, no conseguirán que me esté quieto. Es una cuestión de principios y no discutiremos más el asunto.

Aton parecía turbado. Sus desorbitados ojos mostraban una buena dosis de agitación.

—Pero, Sheerin, encerrándolo...

—¡Por favor, señor! —exclamó Sheerin con impaciencia—. No he pensado ni por un momento ir tan lejos. Latimer ha intentado una jugarreta pero yo no soy psicólogo sólo porque me gusta el sonido de la palabra. —Hizo un guiño al Cultista—. Vamos, hombre, no habrás pensado que iba a

exponerte a morir de hambre, ¿verdad? Sólo intentaba algo de menor monta, mi querido Latimer. Fíjate. Si te ponemos bajo llave no verás la Oscuridad ni tampoco las Estrellas. No hace falta estar muy enterado del credo fundamental del Culto para llegar a la conclusión de que permanecer oculto cuando las Estrellas aparezcan significa la pérdida del alma inmortal. Ahora bien, yo creo que tú eres un hombre de bien. Por ello, aceptaré tu palabra de honor de que no nos causarás molestias en cuanto te decidas a ofrecérmela...

Una agitación pareció recorrer el cuerpo de Latimer.

—¡Está bien, tienen ustedes mi palabra de honor! —dijo, y añadió seguidamente con saña—: Pero me consuela saber que todos quedarán condenados por este acto.

Giró sobre sus talones y se dirigió precipitadamente hacia el alto taburete que había junto a la puerta.

—Tome asiento junto a él —dijo Sheerin indicando con la cabeza al columnista—. Sólo como simple formulismo. ¡Eh, Theremon!

Pero el periodista no se movió. Se había quedado pálido hasta la raíz del cabello.

—¡Miren! —Su dedo apuntaba al cielo y su voz era áspera y gutural.

Como obedeciendo una orden, todas las miradas siguieron la dirección del dedo y contemplaron el espectáculo sin respirar.

¡Beta estaba menguando por un lado!

El escaso trozo de oscuridad que ofrecía quizá no fuera mayor que una uña, pero para los aterrorizados observadores aquello que veían significaba el inicio de la maldición.

La observación de los hombres duró un corto segundo, casi tan corto como la confusión que siguió a continuación, que desapareció en cuanto cada uno se entregó a su labor prescrita. No había tiempo para emociones en aquellos momentos. Los hombres se habían transformado exclusivamente en científicos con trabajo que hacer. Hasta el mismo Aton se había evaporado.

—El primer instante de la superposición debe haber ocurrido hace quince minutos —dijo Sheerin—. Un poco pronto, pero no está mal si tenemos en cuenta las dificultades que han acompañado los cálculos. —Miró a su alrededor y se acercó a Theremon, que se había quedado mirando por la ventana.

—Aton está furioso —murmuró—. Se perdió el momento inicial de la superposición con todo el jaleo de Latimer y si ahora se le pone uno delante corre el peligro de ser arrojado por la ventana.

Theremon asintió con la cabeza y se sentó. Sheerin lo miró con sorpresa.

—Por el diablo, oiga —exclamó—. Está usted temblando.

—¿Qué? —Theremon se humedeció los secos labios e intentó sonreír—. No me siento muy bien, ¿qué quiere que haga?

—No irá a perder el control, ¿verdad?

—¡No! —gritó Theremon, indignado—. ¿Acaso tengo otra alternativa? Jamás creí en todo este galimatías... hasta este momento. Deme una opción, dígame qué puedo hacer. Usted ha estado preparándose durante dos meses para este acontecimiento.

—Tiene razón, claro —comentó Sheerin pensativo—. ¡Escuche! ¿Tiene usted familia... padres, esposa, hijos?

Theremon negó con la cabeza.

—Va usted a hablar del Refugio, ¿eh? No tiene que preocuparse por eso. Tengo una hermana, pero está a dos mil millas de aquí. Ni siquiera sé su dirección.

—Bueno, entonces, ¿qué me dice de usted mismo? Puede ir allí, aún hay tiempo; desde que lo dejé queda una plaza libre. Después de todo aquí no es necesario.

—Vaya —dijo Theremon mirando al otro con cansancio—. Usted cree que estoy asustado. Piense lo que quiera, señor. Soy periodista y me ha sido encomendado conseguir un reportaje. Es lo que intento hacer.

Una amplia sonrisa cruzó la cara del psicólogo.

—Entiendo, honor profesional y todo eso.

—Puede llamarlo así. Pero, amigo mío, daría mi brazo derecho por una botella de ese reparador de ánimos que tenía usted antes, aunque fuera la mitad de pequeña. Si algún camarada suyo necesita un trago, ése soy yo.

Entonces saltó. Sheerin estaba dándole codazos.

—¿No oye eso? Escuche.

Theremon siguió el movimiento de la mandíbula del otro y miró al Cultista, que, olvidado de todo cuanto acontecía a su alrededor, contemplaba la ventana con una expresión de poseso, al tiempo que entonaba una casi inaudible salmodia.

—¿Qué dice? —susurró el columnista.

—Está citando el Libro de las Revelaciones, capítulo quinto —replicó Sheerin. Luego, con urgencia—: Aguarde un momento y escuche.

La voz del Cultista habíase alzado en una repentina plegaria de fervor.

»Y ocurrió que, por aquellos días, el Sol, Beta, habitó en solitaria vigilia en la mansión celeste por el más largo de los períodos conocidos, mientras

cumplía su revolución; tanto duró su recorrido que, en mitad de su revolución, solitario, encogido y frío, cesó de brillar sobre Lagash.

»Y los hombres se reunían en las plazas públicas y en los caminos para comentar y maravillarse de la señal, pues una extraña depresión había ocupado sus almas. Su mente se turbó y su lengua tornose confusa, pues las almas de los hombres aguardaban la venida de las Estrellas.

»Y en la ciudad de Trigon, Vendret 2 vino y dijo a los hombres de Trigon: «¡Helo ahí, oh pecadores! Hablabais con desdén de los caminos de la virtud, pero ya ha llegado el tiempo de rendir cuentas. Por fin, la Gruta se aproxima para devorar Lagash; y con Lagash, todos sus moradores.»

»Y mientras esto decía, el labio de la Gruta de la Oscuridad sobrepasó el borde de Beta, de modo que todo Lagash quedó sin su luz. Grandes fueron los gritos de los hombres mientras contemplaban la desaparición, y grande también el estremecimiento que desconsoló sus almas.

»Y ocurrió que la Oscuridad de la Gruta cayó sobre Lagash y ya no hubo más luz en toda la superficie de Lagash. Los hombres quedaron como ciegos y nadie podía ver a su vecino aunque sentía su aliento contra su rostro.

»Y en el interior de esta negrura aparecieron las Estrellas en cantidades inmensas, y era tal la belleza y de tal modo encantaba todo lo creado, que hasta las hojas de los árboles entonaron cánticos llenos de admiración.

»Y en aquel momento las almas de los hombres se separaron de sus cuerpos, reduciéndose éstos al estado de las bestias; en verdad, fue como si el mundo se hubiera convertido en una selva; así, por las entiznadas calles de Lagash los hombres prorrumpieron en salvajes gritos.

»Entonces, se extendió desde las Estrellas el Fuego Celestial y, allí donde tocaba, las ciudades de Lagash convertíanse en caos de llamas y destrucción; tanto que, de los hombres y las obras de los hombres, nada quedó.

»Desde entonces...»

Hubo una sutil alteración en el tono de Latimer. Sus ojos permanecían ausentes, pero de alguna manera llamó la atención de los otros dos. Fácilmente, sin la menor pausa para tomar aliento, el timbre de su voz cambió y las sílabas se volvieron más líquidas.

Theremon, cogido por sorpresa, lo miró fijamente. Las palabras siguieron luego el tono anterior. Había habido un elusivo cambio en el acento, un débil cambio en la caída de las vocales; pero nada más... quizá ni el mismo Latimer comprendiera lo que había ocurrido.

—Seguramente cambió a alguna lengua de otro ciclo, con toda probabilidad del tradicional ciclo segundo. Era la lengua en la que fue escrito

primariamente el Libro dé las Revelaciones.

—No importa. Ya he oído bastante. —Theremon se echó atrás en la silla y se mesó el cabello—. Me siento mucho mejor ahora.

—¿De veras? —Sheerin pareció sorprenderse.

—Se lo explicaré. Me he puesto verdaderamente nervioso hace un rato. Entre su explicación de la gravitación y el comienzo del eclipse he estado al borde de un ataque de nervios. Pero eso —y señaló con el pulgar al gualdibarbado Cultista—, eso es exactamente lo que mi niñera solía contarme. Me he reído de esas cosas durante toda mi vida. No voy a permitir que me asusten ahora.

Suspiró profundamente y continuó con cierta alegría:

—Si voy a seguir contándole lo angelito que soy, mejor será que aparte mi silla de la ventana.

—Sí, pero debería usted hablar mas bajo —comentó Sheerin— Aton acaba de asomar la cabeza por la puerta y le ha lanzado a usted una mirada capaz de asesinarle.

—Había olvidado al viejo —dijo con una mueca. Luego, poniendo en ello el máximo cuidado, apartó la silla de la ventana mientras lanzaba miradas de disgusto por encima del hombro—. Se me acaba de ocurrir que deben haber fabricado alguna clase de inmunidad contra la locura de las Estrellas.

El psicólogo no respondió en seguida. Beta había ya rebasado su cenit y el haz de sanguínea luz que penetraba por la ventana se deslizaba por el suelo hasta el punto de alcanzar casi las piernas de Sheerin. Contempló pensativamente aquel color arcilloso y luego, inclinándose, echó una fugaz mirada al sol.

El mordisco del eclipse habíase agrandado hasta alcanzar ahora un tercio de Beta. Se estremeció súbitamente y, cuando pudo serenarse, sus mejillas no conservaban ya el generoso color que otrora prodigaban. Con una sonrisa que era casi una excusa, apartó también su silla.

—En estos momentos, poco más de dos millones personas en Saro City habrán convertido el Culto en religión mayoritaria. —Luego, con ironía—: Por una hora al menos, el Culto gozará de una prosperidad nunca vista. Pero, ¿qué me estaba diciendo?

—Iba a preguntarle cómo se las apañan los Cultistas para transmitir de ciclo en ciclo el manejo del Libro de las Revelaciones, y cómo es que se escribió por primera vez en Lagash. Debe haber alguna especie de inmunidad, pues, si todos se volvían locos, ¿quién pudo haber escrito el libro?

Sheerin se quedó mirando con tristeza al periodista.

—Pues mire, joven, no hay respuesta documentada sobre eso, pero tenemos unos cuantos indicios para suponer qué ocurrió. Hay tres clases de personas que resultan relativamente ilesas. Primero, las que por alguna razón ignota no ven las Estrellas: los que se meten en la cama en aquel momento o los que se emborrachan al comienzo del eclipse. Pero vamos a descartarlos porque no son realmente testigos.

»Luego están los niños menores de seis años, para quienes el mundo es todavía demasiado nuevo y extraño para reparar en las Estrellas o asustarse de la Oscuridad. El fenómeno sería considerado como uno de tantos artículos del catálogo de sorpresas que depara el mundo. ¿No lo cree usted así?

—Imagino que sí —replicó el otro con cierto gesto de duda.

—Por último, están aquellos que poseen una mente demasiado grosera para comprender el hecho, algo así como ancianos y retrasados mentales, que, verdaderamente, quedarían escasamente afectados. Bien, entre la incoherente memoria de los niños y los relatos de los que quedaron a medio enloquecer se formaron posiblemente las bases del Libro de las Revelaciones.

»Claro que, por otra parte, el libro se baso, primeramente, en el testimonio de aquellos que por lo menos tenían alguna cosa que contar, es decir, los niños y los retrasados. Luego, seguramente fue editado y reeditado en el curso de los ciclos.

—¿Supone usted —interrumpió Theremon— que el libro fue transmitido a través de los ciclos de la misma manera que nosotros nos hemos transmitido las bases para teoría de la gravitación universal?

Sheerin hizo una mueca.

—Tal vez, pero el método exacto poco importa ahora, el caso es que lo hicieron. El punto al que quiero llegar es que el libro sólo puede contribuir a confundir más las cosas, por muy basado que esté en hechos auténticos. Por ejemplo, ¿recuerda el experimento con los agujeros en el techo llevado a cabo por Faro y Yimot, el que no funcionó?

—Sí.

—¿Y sabe usted por qué no func...? —Se detuvo y se puso en pie alarmado. Aton se acercaba con el rostro completamente consternado—. ¿Qué ha ocurrido?

Aton se detuvo a su lado y Sheerin pudo sentir la presión de sus dedos sobre su codo.

—¡No tan alto! —La voz de Aton manaba henchida de contenida tortura—. Acabo de hablar con el Refugio por la línea privada.

—¿Están en apuros? —preguntó Sheerin con angustia.

—Ellos, no. —Aton remarcó significativamente el pronombre—. Hace un rato que precintaron la puerta y permanecerán enterrados hasta pasado mañana. Están a salvo. Pero la ciudad, Sheerin... es la ruina. No puede hacerse ni idea... —Comenzó a sufrir dificultades en la vocalización.

—¿Y? —soltó Sheerin con impaciencia—. ¿Qué ocurre con la ciudad? —Luego, con una sospecha—: ¿Cómo se encuentra?

Los ojos de Aton relampaguearon irritados ante la insinuación, pero pronto volvieron al anterior brillo de ansiedad.

—No lo entiendo. Los Cultistas se han puesto en acción. Están convenciendo a la masa para que tome por asalto el Observatorio, prometiendo a cambio la absolución de sus pecados, la salvación, cualquier cosa. ¿Qué haremos, Sheerin?

La cabeza de Sheerin se inclinó y sus ojos se perdieron en una completa y prolongada abstracción. Luego, alzó la mirada y dijo con crispación:

—¿Hacer? ¿Acaso hay algo por hacer? Nada hay que pueda hacerse. ¿Saben esto los hombres?

—¡Claro que no!

—¡Perfecto! Siga sin decirles nada. ¿Cuánto falta?

—Apenas una hora.

—Lo único que podemos hacer es arriesgarnos. Llevará algún tiempo organizar una fuerza considerable y aún más traerlos hasta aquí. Estamos a más de cinco millas de la ciudad...

Se quedó mirando la ventana, por la que se divisaban las cúpulas de los edificios de las afueras; más allá, la borrosa sombra de la ciudad misma, como envuelta por una niebla que inundara el horizonte.

—Llevará tiempo —repitió—. Sigan trabajando y recen por que el eclipse acabe antes.

Beta estaba seccionado por la mitad, mostrando una leve curva que se adentraba en la parte todavía brillante del sol. Era como un gigantesco párpado que fuera adormeciendo el ojo del mundo.

El débil murmullo de la sala se fue convirtiendo en pasto del olvido y su atención vagó por los campos que se divisaban desde la ventana. Los insectos parecían sufrir el terror calladamente. Los objetos iban desvaneciéndose.

Una voz zumbó en su oído y se sobresaltó.

—¿Algo va mal? —preguntó Theremon.

—¿Eh?... No, no. Vuelva a su silla. Aquí estorbamos. —Se retiraron a su esquina aunque el psicólogo permaneció mudo por un tiempo. Con un dedo

se palpaba el cuello. Luego, alzó la mirada repentinamente.

—¿Tiene usted dificultades en la respiración?

El periodista abrió los ojos y aspiró repetidas veces.

—No, ¿por qué?

—He estado en la ventana demasiado tiempo. La disminución de la luz ha debido afectarme. Las dificultades respiratorias son el primer síntoma de un ataque de claustrofobia.

Theremon volvió a aspirar nuevamente.

—Bueno, parece que a mí no me ha afectado. Mire, otro compañero.

Beenay había interpuesto su cuerpo entre la luz y la pareja sita en la esquina y Sheerin se dirigió a él con premura.

—Eh, Beenay.

El astrónomo cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro y sonrió débilmente.

—¿Qué pensarías si me sentara un rato y habláramos? Mis cámaras están preparadas y no hay nada que hacer hasta el eclipse total. —Hizo una pausa y miró al Cultista, que quince minutos antes había abierto un pequeño libro enfrascándose en su lectura—. ¿Ha dado problemas esa rata?

Sheerin sacudió la cabeza. Sus hombros se contrajeron mientras parecía concentrarse en sus conductos respiratorios.

—¿Tienes dificultades al respirar, Beenay?

Beenay olfateó el aire.

—Creo que no soy yo el que huele mal, Sheerin.

—Creo que es claustrofobia —se excusó Sheerin.

—¡Ah, vamos! A mí me afecta de manera distinta. Me da la sensación de que mis ojos me persiguen. Las cosas comienzan a zumbar... bueno, todo se vuelve confuso. Y frío también.

—Oh, frío, claro que sí. Pero eso no es ninguna ilusión —observó Theremon—. Yo tengo los juanetes como dentro de una nevera.

—Lo que necesitamos es mantener nuestras mentes ocupadas en algo distinto —apuntó Sheerin—. Estaba diciéndole hace un momento, Theremon, por qué el experimento de Faro se convirtió en humo.

—Aún no había comenzado —replicó Theremon. Alzó una rodilla y la sujetó en el aire con las manos cruzadas en torno a ella.

—Bueno, pues comenzaba a decirle que fallaron por tomar el Libro de las Revelaciones al pie de la letra. No hay probablemente ninguna razón para tomar las Estrellas en sentido físico. Debe tratarse, indudablemente, de la necesidad de luz que la mente experimenta al encontrarse en la Oscuridad total. Creo que las Estrellas consisten justamente en esta desesperada

ilusión de luz.

—En otras palabras —intervino Theremon—, usted supone que las Estrellas son fruto de la locura y que no tienen ninguna otra causa. Entonces, ¿qué van a fotografiar los hombres de Beenay? ¿Por qué están preparados para fotografiar algo?

—Tal vez para probar que es una ilusión; o para probar lo contrario. Luego...

Pero Beenay había aproximado su silla y vieron en su rostro la expresión de un repentino y exaltado entusiasmo.

—Oiga, me alegra infinito que se ocupen de ese asunto —guiñó los ojos y alzó un dedo—. He estado cavilando sobre esas Estrellas y he llegado a una idea ingeniosa. Claro que no son sino migajas del pensamiento y no me he ocupado del todo en ello, pero pienso que es interesante. ¿No quieren oírlo?

Fingió no estar del todo decidido, pero Sheerin se acomodó en la silla y dijo:

—Adelante, yo te escucho.

—Allá va. Supongamos que hay otros soles en el universo. —Hizo un leve aspaviento—. Quiero decir soles que se encuentran muy alejados y son demasiado pequeños para verlos. Suena como si hubiera estado leyéndolo en algún relato fantástico, ¿eh?

—No necesariamente. Aunque, ¿no queda eliminada esa posibilidad por el hecho de que, según la ley de Gravitación, debieran hacerse evidentes por su fuerza de atracción?

—No, si están muy lejos —replicó Beenay—, verdaderamente lejos, algo así como cuatro años-luz o más. Nunca podríamos detectar sus perturbaciones porque son demasiado pequeñas. Pongamos entonces que hay un montón de soles muy lejanos, una docena o dos.

—Buena idea para un artículo en el suplemento dominical. ¡Dos docenas de soles a ocho años-luz de distancia en el universo! ¡Nada menos! Eso reduciría la relevancia de nuestro mundo —dijo Theremon.

—Es sólo una idea —dijo Beenay con un guiño—, pero usted la ha captado a fondo. Durante un eclipse, esas docenas de soles se volverían visibles porque ya no habría ningún sol real que las ocultara con su más poderosa luz. A la distancia a que se encontrarían aparecerían como muy pequeños, como pequeñas cuentas de marfil. Claro que los Cultistas hablan de millones de Estrellas, pero sin duda es una exageración. No hay lugar en el universo capaz de contener un millón de soles sin tocarse los unos con los otros.

Sheerin había estado escuchando con creciente interés.

—Creo que has acertado en algo, Beenay. Una exageración es exactamente lo que ocurrió en otros tiempos. Como sabes, nuestra mente no puede concebir un número mayor que el cinco; más allá sólo contamos con el concepto «mucho». Una docena podría convertirse perfectamente en un millón. ¡Ha sido una gran idea!

—Aún tengo otra idea también ingeniosa —añadió Beenay—. ¿Has pensado alguna vez lo que sería una gravitación de problema simple si tuvieras un sistema suficientemente simple? Supón que tienes un universo en el que hay sólo un planeta y un único sol. El planeta rotaría en un perfecto eclipse y la naturaleza exacta de la fuerza gravitacional sería tan evidente que sería aceptada como un axioma. Los astrónomos de un mundo tal darían con la gravedad probablemente antes de que inventaran el telescopio. La observación a simple vista sería suficiente.

—Pero, ¿sería un sistema dinámicamente estable? —preguntó Sheerin dudoso.

—¡Claro! Se trataría del caso modelo. Comprobado matemáticamente, aunque son las aplicaciones filosóficas lo que me interesa.

—Es agradable pensar sobre eso —admitió Sheerin— como una abstracción... algo así como el gas perfecto, o el cero absoluto.

—Claro —continuó Beenay—, está el problema de que la vida sería imposible en un planeta así. No habría comida ni luz suficiente, y en su rotación sobre su eje habría media parte de Luz y media de Oscuridad. No puedes esperar que haya vida (que depende fundamentalmente de la luz) ni que se desarrolle en tales condiciones. Aparte...

La silla de Sheerin fue despedida hacia atrás y él se puso repentinamente en pie.

—Aton va a encender luces.

Beenay soltó una exclamación, se volvió para mirar y se quedó con la boca abierta.

Aton permanecía con los brazos llenos de estacas de un pie de longitud y una pulgada de anchura. Miró al trío y se dirigió a Sheerin y Beenay.

—Venga, a trabajar. Usted, Sheerin, venga aquí y ayúdeme.

Sheerin correteó hasta el anciano y una por una fueron colocando las estacas en candeleros metálicos adosados a las paredes.

Adoptando los movimientos del que ejecuta el más sagrado ritual, Sheerin encendió una ancha y tosca cerilla y se la pasó a Aton, que aplicó la llama a la punta de las estacas.

Las llamas vacilaron un rato como si temieran consumir la madera, pero

luego, casi repentinamente, se hincharon iluminando la cara de Aton con resplandor amarillo. Retiró la cerilla y un espontáneo y flamígero jolgorio oscureció la ventana.

¡Las estacas estaban coronadas por una ondeante llama de seis pulgadas! La sala se había llenado de resplandor amarillo.

La luz no era poderosa, incluso podía decirse que era más débil que la ya atenuada luz solar. Las cabezas de las estacas ardían con llama temblorosa, provocando sombras bailoteantes. Humeaban como un desafortunado día en la cocina. Pero emitían luz amarilla.

No era de despreciar esta luz después de cuatro horas de un progresivamente mortecino Beta. El mismo Latimer había apartado los ojos de su libro y la contempló admirado.

Sheerin, extendiendo los brazos a la antorcha que tenía más cerca, exclamó para sí mismo extasiado:

—¡Hermoso! ¡Hermoso! Nunca antes me había percatado de cuán maravilloso es el amarillo.

Pero Theremon miró las antorchas con desconfianza. Olisqueó el tufo que producían y comentó:

—¿Qué bichos son ésos?

—Simplemente madera —dijo Sheerin.

—No, no es posible. Si no se está quemando. La llama se limita a arder en la punta, pero no quema la parte restante.

—He ahí lo más bello de todo. Es un mecanismo eficiente de luz artificial. Hemos fabricado unos cuantos centenares, pero la mayor parte fue llevada al Refugio, obviamente. Tome el núcleo de una caña, séquelo y úntelo con grasa animal. Luego, acérquele fuego y la grasa arderá poco a poco. Esas antorchas arderán casi media hora sin parar. Ingenioso, ¿no cree? Fue un trabajo desarrollado por uno de nuestros muchachos en la Universidad de Saro.

Tras la momentánea sensación, la quietud había regresado a la cúpula del Observatorio. Latimer había acercado su silla a una antorcha y continuaba leyendo bajo su luz, moviendo los labios en la monótona invocación de las Estrellas. Beenay había vuelto nuevamente a sus cámaras y Theremon vio la oportunidad de añadir ciertos comentarios a las notas que había escrito para el Chronicle de Saro City.

Pero, al advertir la divertida luz de los ojos de Sheerin, otra cosa vino a desplazar de su mente el propósito de escribir aquellos comentarios. Otra cosa que no era sino que el cielo se había convertido en un horrible vacío púrpura y violeta, como si fuera una gigantesca berenjena.

El aire se había vuelto más denso. El crepúsculo, como un cuerpo palpable, inundaba la sala y el agitado círculo amarillo que coronaba las antorchas dificultaba la contemplación de los colores situados más allá. Luego, pudo apreciarse el crecimiento del humo y del intenso olor que las materias combustionadas producían entre secos chisporroteos; más tarde, los objetos iban adentrándose en las sombras inescrutables, como el blando almohadón de la silla de uno de los hombres que trabajaban en torno a la mesa central o el gesto espontáneo de algún otro que intentaba mantener la compostura en la creciente noche que inundaba la sala.

Fue Theremon el primero en escuchar el extraño ruido. Era más bien una vaga e incoherente impresión de sonido que hubiera resultado imperceptible de no extenderse sobre la cúpula un silencio de muerte.

El periodista se enderezó al tiempo que apartaba su libro de notas. Contuvo la respiración y permaneció alerta; luego, no sin resistencia, caminó entre el solaroscopio y una de las cámaras de Beenay, deteniéndose ante la ventana.

El silencio saltó hecho pedazos nada más articular una palabra:

—¡Sheerin!

Todas las ocupaciones cesaron en ese instante. El psicólogo estuvo prontamente a su lado. Aton se les unió. Incluso Yimot 70, sentado en lo alto frente al ocular del gigantesco solaroscopio, detuvo su trabajo y miró hacia abajo.

Fuera, Beta era apenas un rescoldo que lanzaba una última y desesperada mirada sobre Lagash. El horizonte que se delineaba más allá de Saro se había perdido en la Oscuridad, y la carretera que unía la ciudad con el Observatorio era una línea de roja tiniebla bordeada por apenas dibujados árboles que, en la parte boscosa, se habían convertido en incongruente masa negra.

Pero era la carretera lo que había llamado su atención, pues a lo largo de ella tomaba cuerpo otra sombría masa, mucho más amenazante si cabe.

—¡Son los lunáticos organizados por los Cultistas!

—¿Cuánto falta para el eclipse total? —preguntó Sheerin a Aton.

—Quince minutos, pero... estarán aquí en menos de cinco.

—Calma, usted cuide que sus hombres sigan trabajando. Nosotros haremos lo demás. Este lugar está construido como una fortaleza. Aton, échele una ojeada a nuestro joven Cultista. Theremon, venga conmigo.

Sheerin se lanzó hacia la puerta y Theremon se le pegó a los talones. Bajaron las escaleras que giraban en torno a un eje central, descendiendo a una zona poblada de luz incierta.

El primer impulso les había llevado quince pies más abajo, de manera que los débiles resplandores de la habitación inundada de amarillo apenas arrojaron débiles reflejos hasta su total desaparición. Ahora, tanto por arriba como por abajo, estaban rodeados de la misma sombra crepuscular que antes contemplara desde la ventana.

Sheerin se detuvo con una mano comprimiéndose el pecho.

—No puedo... respirar. —Su voz sonaba como una seca tos—. Baje... usted solo... cierre todas las puertas.

Theremon bajó unos cuantos peldaños, luego se giro.

—¡Espere! ¿Puede aguantar un minuto? —Estaba jadeando. El aire entraba y salía de sus pulmones como si fuera melaza y había allí como un pequeño germen del pánico abriéndose camino por entre las Tinieblas y dentro de su propio cerebro.

¡Al fin Theremon tenía miedo de la oscuridad!

—Aguarde, volveré en un segundo. —Acto seguido, se lanzó escaleras arriba, subiendo de dos en dos escalones; penetró en la sala de la cúpula, cogió una antorcha y de nuevo se internó en la escalera. Corría con tal ímpetu que el humo inundó sus ojos dejándolo casi ciego, y llevaba la llama tan pegada al rostro que parecía querer besarla.

Sheerin abrió los ojos cuando comprobó que Theremon estaba a su lado. Este le dio un leve codazo.

—Vamos, ánimo, acabo de conseguir lo que más falta le hacía. Ya tenemos luz.

Sujetó la antorcha en lo alto de su brazo erguido y comenzó a bajar de puntillas, cuidando que el psicólogo se mantuviera en el interior del área iluminada.

Las oficinas de la planta baja, ausentes de toda iluminación, estremecieron de horror a los dos hombres.

—Aquí —dijo bruscamente Theremon y cedió la antorcha a Sheerin—. Puedo oírlos fuera.

Del exterior llegaban ruidos de movimiento y gruñidos sin palabras.

Pero Sheerin tenía razón; el Observatorio estaba construido como una fortaleza. Levantado en el último siglo, cuando el estilo neogavotano había llegado a su punto culminante en arquitectura, había sido diseñado con mayor estabilidad que belleza y más consistencia que elegancia.

Las ventanas estaban protegidas por rejas a base de barras de hierro de una pulgada de grosor, hundidas en el antepecho. Los muros manifestaban sólida albañilería que ni un terremoto podría inmutar. Y la puerta mayor no era sino una mole de roble reforzada con hierro. Theremon

corrió los pestillos y los metales resonaron con prolongado chirrido.

Al otro extremo del pasillo, Sheerin maldecía en voz baja. Señaló la cerradura de la puerta trasera que había sido limpiamente forzada con palanqueta y dejada completamente inútil.

—Por aquí debió entrar Latimer —dijo.

—Bueno, no nos quedemos aquí —dijo Theremon con impaciencia—. Arreglemos como sea esa cerradura... y mantenga la antorcha apartada de mis ojos, el humo me está matando. Había arrimado una pesada tabla contra la puerta mientras hablaba y en pocos minutos levantó una poderosa barricada que tenía poco de simetría y belleza.

De algún lugar, amortiguadamente, alcanzaron a oír un ruido de puños contra la puerta; los berridos y chillidos, que ahora podían oírse procedentes del exterior, conferían a la escena un viso de irrealidad.

La gente había salido de Saro City con sólo dos cosas en la cabeza: el logro de la salvación Cultista mediante la destrucción del Observatorio, y un miedo enloquecedor que les obligaba a todo menos a paralizarse. No había tiempo para pensar en vehículos, amas o dirigentes, ni siquiera en organizarse. Tan sólo pensaban en llegar al Observatorio y asaltarlo con las manos desnudas.

Y ahora, cuando por fin estaban allí, el último destello de Beta, el postrer gemido de una agonizante llama, relampagueó triste y pobremente sobre una humanidad a la que abandonaba dejándola sin otra compañía que el miedo al universo.

—¡Volvamos a la cúpula! —exclamó Theremon.

En la cúpula, sólo Yimot, en el solaroscopio, permanecía en su puesto. El resto estaba ahora ocupado con las cámaras y Beenay estaba dando instrucciones con extraña voz.

—No me falléis ninguno. Quiero tomar a Beta justo antes del eclipse total y luego cambiar la placa rápidamente. Tomaréis una cámara cada uno... Ya sabéis cuánto tiempo... de exposición se necesita...

Hubo un susurro de asentimiento.

Beenay se pasó una mano por los ojos.

—¿Arden todas las antorchas? Ya veo que sí —Con cierta dificultad en su postura, parecía apoyarse en el respaldo de la silla—. Ahora, recordad... no intentéis obtener buenas fotografías. No quiero brillanteces como sacar dos estrellas de un solo disparo. Con una hay de sobra. Y... si os sentís mal, apartaos de la cámara.

En la puerta, Sheerin susurró a Theremon:

—Señáleme a Aton. No puedo verlo.

El periodista no pudo responder inmediatamente. Las vagas siluetas de los astrónomos parecían difuminadas en la oscuridad general, pues las antorchas habíanse convertido en meros borrones amarillos.

—Está oscuro —murmuró.

Sheerin soltó su mano.

—Aton. —Dio unos pasos—. ¡Aton!

Theremon se movió tras él y lo cogió por el brazo.

—Espere, yo lo conduciré.

Caminó como pudo a través de la sala. Hundió sus ojos en las Tinieblas y su mente en el caos que había en ellas.

Nadie parecía oírlos ni prestarles atención. Sheerin tropezó contra la pared.

—¡Aton! —llamó.

El psicólogo advirtió que unas manos lo rozaban, se detuvo y escuchó una voz:

—¿Es usted, Sheerin?

—¡Aton! —Pareció recuperar el aliento—. No se preocupe por los exaltados. Aguantaremos.

Latimer, el Cultista, se puso en pie y en su rostro pudo verse la desesperación. Pero su palabra había sido dada y romper el juramento hubiera significado poner en peligro mortal su alma. Sin embargo, esa palabra había surgido a la fuerza y no por su libre voluntad. ¡Pronto vendrían las estrellas! No podía permanecer allí inmóvil... y no obstante había dado su palabra.

La cara de Beenay se iluminó lejanamente cuando alzó la vista para contemplar el último rayo de Beta, y Latimer, viéndolo inclinado sobre su cámara, tomó una decisión. Sus uñas se hundieron en la palma de sus manos mientras se ponía cada vez más tenso.

Trastabilló al ponerse en movimiento. Ante él sólo había sombras; el suelo que debía estar bajo sus pies carecía de sustancia. Entonces, alguien surgió bruscamente a su lado y se lanzó sobre él, dirigiendo sus dedos curvados contra su garganta.

Dobló la rodilla y la incrustó en el cuerpo de su asaltante.

—Déjeme levantarme, le mataré.

Theremon apretó los dientes y murmuró mientras hacía presión sobre Latimer:

—¡Rata traidora!

El periodista pareció advertir entonces muchas cosas a un tiempo. Oyó

graznar a Beenay ordenando tomar precipitadamente las cámaras; luego, tuvo la extraña sensación de que el último reflejo de luz solar había desaparecido por completo.

Simultáneamente, escuchó una última exclamación de Beenay y un entrecortado grito de Sheerin, histérico chillido que se quebró en un áspero y repentino silencio; extraño, mortecino silencio exterior.

Y Latimer había quedado medio cojo en su frustrado ataque. Theremon miró a los ojos al Cultista y vio el resplandor del blanco que reflejaba el débil amarillo de las antorchas. Vio la burbuja babeante de los labios de Latimer y escuchó que de su garganta surgía un gemido animal.

Dominado por la sedante fascinación del miedo, apartó un brazo y volvió los ojos hacia la oscuridad de la ventana.

¡Más allá brillaban las estrellas!

No las tres mil seiscientas Estrellas inválidas que pueden verse a simple vista en la Tierra; Lagash estaba en el centro de una gigantesca constelación. Treinta mil espléndidos soles derramaban chorros de luz con tal serenidad e indiferencia que parecían más fríos que un helado de viento que atravesara el mundo.

Theremon se puso en pie; su garganta se negaba a dejar pasar el aliento y todos los músculos de su cuerpo permanecían en intenso estado de terror. Se estaba volviendo loco y lo advertía, y alguna parte de sí mismo que aún conservaba un mínimo de cordura luchaba por escapar del abrazo de aquel negro pánico. Era verdaderamente horrible volverse loco y darse cuenta de ello... saber que en apenas un minuto, a pesar de conservar la presencia física, la mente se ha internado en las vastas regiones de la demencia. Pues no otra cosa era la Oscuridad... la Oscuridad y el Frío y la Maldición. Los brillantes muros del universo parecían haber estallado y esparcido sus bloques macizos de luz, dejando escasos huecos negros entre los que se filtraba el vacío.

Tropezó contra alguien que caminaba a gatas y cayó sobre él. Se llevó las manos a la garganta, gateó hacia la llama de las antorchas que ocupaban su loca visión.

—¡Luz! —aulló.

Aton, en algún lugar, estaba gritando, lloriqueando terriblemente como un niño asustado.

—Las Estrellas... todas las Estrellas... nada sabíamos... nunca supimos nada. Pensábamos en seis estrellas para todo el universo pero las Estrellas no podían verse y la Oscuridad eterna eterna eterna y las paredes cayendo sobre nosotros que nada sabíamos nada podíamos saber nada nunca nada...

Sobre el horizonte que podía contemplarse desde la ventana, en la dirección de Saro City, un resplandor aural comenzó a vislumbrarse, tomar consistencia y crecer, estallando en fuertes brillos que, sin embargo, no pertenecían a la salida de ningún sol.

Nuevamente, la noche estaba allí.

MANCHAS VERDES

¡Había logrado entrar en la nave! Una muchedumbre estuvo aguardando ante la barrera energética en lo que parecía una espera infructuosa. Luego, la barrera se quebró durante un par de minutos (lo cual demostraba la superioridad de los organismos unificados sobre los fragmentos de vida) y él logró cruzar.

Ninguno de los demás se movió con velocidad suficiente para aprovechar la abertura, pero eso no importaba. Él solo se bastaba. No necesitaba a los demás.

Pero poco a poco fue sintiendo menos satisfacción y más soledad. Era triste y antinatural estar separado del resto del organismo unificado, ser un fragmento de vida. ¿Cómo soportaban los alienígenas ser fragmentos?

Eso aumentó su compasión por ellos. Al experimentar la fragmentación sintió, como desde lejos, el terrible aislamiento que les infundía tanto temor. El temor nacido de ese aislamiento les dictaba sus actos. ¿Qué otra cosa, salvo el loco temor de su condición, los había inducido a arrasar una superficie de un kilómetro de diámetro con una ola de calor rojo antes de descender con la nave? El estallido destruyó incluso la vida organizada que se encontraba a tres metros de profundidad bajo el suelo.

Sintonizó la recepción y escuchó ávidamente, dejando que el pensamiento alienígena lo saturase. Disfrutó del contacto de la vida con su conciencia. Tendría que racionar ese gozo. No debía olvidarse de sí mismo.

Pero escuchar pensamientos no podía causar daños. Algunos fragmentos de vida de la nave pensaban con claridad, teniendo en cuenta que eran criaturas primitivas e incompletas; sus pensamientos parecían campanilleos.

—Me siento contaminado —dijo Roger Oldenn—. ¿Entiendes a qué me refiero? Me lavo las manos una y otra vez y no sirve de nada.

Jerry Thorn odiaba lo melodramático así que ni siquiera lo miró.

Aún estaban maniobrando en la estratosfera del Planeta de Saybrook y prefería vigilar los diales del panel.

—No hay razones para que te sientas contaminado. No ha ocurrido nada.

—Eso espero. Al menos ordenaron a todos los que descendieron que dejaran los trajes espaciales en la cámara de presión para que se

desinfectaran por completo. Dieron un baño de radiación a todos los que regresaron de fuera. Supongo que no ocurrió nada.

—Entonces, ¿por qué estás nervioso?

—No lo sé. Ojalá la barrera no se hubiera roto.

—Fue sólo un accidente.

—Eso me pregunto —dijo Oldenn con vehemencia—. Estaba allí cuando ocurrió. Era mi turno ya lo sabes. No había razones para sobrecargar la línea de energía. Le conectaron un equipo que no tenía por qué estar allí. En absoluto.

—Vale, la gente es estúpida.

—No tan estúpida. Me quedé cerca cuando el Viejo investigó el asunto. Ninguno de ellos tenía excusas razonables. Los circuitos de blindaje, que consumían dos mil vatios, estaban conectados a la línea de la barrera. Si utilizaron las segundas subsidiarias durante una semana, ¿por qué no lo hicieron esta vez? No pudieron dar ninguna explicación.

—¿Tú puedes?

Oldenn se sonrojó.

—No, sólo me preguntaba si esos hombres estaban... —Buscó una palabra—. Bueno..., hipnotizados por esas cosas de ahí fuera.

Thorn lo miró con severidad.

—Yo no repetiría eso ante nadie. La barrera falló sólo durante dos minutos. Si algo hubiera pasado, si una brizna de hierba la hubiera atravesado, habría aparecido en nuestros cultivos de bacterias a la media hora y en las colonias de moscas de las frutas en cuestión de días. Antes de que regresáramos se manifestaría en los hámsters, en los conejos y en las cabras. Métetelo en la cabeza, Oldenn. No pasó nada.

Oldenn giró sobre sus talones y se marchó. Su pie pasó a medio metro del objeto que estaba en el rincón de la sala. Oldenn no lo vio.

Desconectó los centros de recepción y dejó de escuchar los pensamientos. En todo caso, esos fragmentos de vida no eran importantes, pues no eran aptos para la continuación de la existencia. Aun como fragmentos resultaban incompletos.

En cuanto a los otros tipos de fragmentos, eran diferentes. Tenía que cuidarse de ellos. La tentación sería grande, y no debía dar indicios de su permanencia a bordo hasta que aterrizaran en el planeta de origen.

Se concentró en las otras partes de la nave, maravillándose de la diversidad de la vida. Cada elemento, por pequeño que fuese, se bastaba a sí mismo. Se esforzó por reflexionar sobre ello hasta que le resultó tan

repulsivo que añoró la normalidad de su hogar.

La mayoría de los pensamientos que recibía de los fragmentos más pequeños eran vagos y fugaces, como cabía esperar. No se podía sacar mucho de ellos, pero eso significaba que eran aún más incompletos. Eso lo conmovía.

Uno de esos fragmentos de vida, en cuclillas sobre sus cuartos traseros, manoseaba la alambrada que lo encerraba. Sus pensamientos eran claros, pero limitados. Se relacionaban principalmente con la fruta amarilla que comía otro de los fragmentos. Anhelaba esa fruta intensamente. Sólo la alambrada que los separaba a ambos le impedía arrebatarle la fruta por la fuerza.

Desconectó la recepción en un acceso de total repugnancia. ¡Esos fragmentos competían por el alimento!

Trató de hallar fuera la paz y la armonía del hogar, pero se encontraba ya a muchísima distancia. Sólo podía palpar la nada que lo separaba de la cordura.

En ese momento echaba de menos hasta el suelo inanimado que mediaba entre la barrera y la nave. Se había arrastrado por allí la noche anterior. No había vida en él, pero era el suelo del hogar y, al otro lado de la barrera, aún se sentía la reconfortante presencia del resto de la vida organizada.

Recordaba el momento en que se encaramó a la superficie de la nave, aferrándose desesperadamente hasta que se abrió la cámara de presión. Entró y se desplazó con cautela entre los pies de los que salían. Había una compuerta interior y la atravesó. Y ahora estaba allí tendido como un pequeño fragmento, inerte e inadvertido.

Con todo cuidado conectó la recepción en la sintonía anterior. El fragmento de vida que estaba en cuclillas sacudía furiosamente la alambrada. Seguía deseando la comida del otro, aunque era el menos hambriento de los dos.

—No le des de comer —dijo Larsen—. No tiene hambre. Lo que pasa es que le fastidia que Tillie se pusiera a comer. ¡Mona tragona! Ojalá estuviéramos de vuelta en casa y nunca más tuviera que mirar a otro animal a la cara.

Miró con disgusto a la hembra de chimpancé más vieja, que en reciprocidad movió la boca y le soltó una retahíla.

—Vale, muy bien —se impacientó Rizzo—, ¿y qué hacemos aquí entonces? La hora de la comida ha terminado. Vámonos.

Pasaron ante los corrales de cabras, las conejeras, las jaulas de los hámsters.

Larsen dijo con amargura:

—Te presentas como voluntario para un viaje de reconocimiento, eres un héroe, te despiden con discursos... y te nombran cuidador de un zoológico.

—Te pagan el doble.

—¿Y qué? No me alisté sólo por dinero. Cuando nos dieron las instrucciones, dijeron que incluso había probabilidades de que no regresáramos, de que termináramos como Saybrook. Me alisté porque quería hacer algo importante.

—Todo un héroe —se mofó Rizzo.

—No soy un cuidador de animales.

Rizzo se detuvo para levantar a un hámster y acariciarlo.

—Oye, ¿alguna vez se te ha ocurrido que quizás una de estas hámsters tenga unas bonitas crías en su interior?

—¡Las analizan todos los días, sabihondo!

—Claro, claro. —Acarició con la nariz a la criaturilla, que respondió haciendo vibrar el morro—. Pero suponte que una mañana llegas y los encuentras aquí; pequeños hámsters que te miran con manchas de pelambre suaves y verdes donde deberían tener los ojos.

—Cállate, por amor de Dios —chilló Larsen.

—Suaves manchas verdes de pelo brillante —dijo Rizzo, y bajó al hámster con una repentina sensación de asco.

Conectó nuevamente la recepción y varió la sintonía. En casa no había un solo fragmento de vida especializado que no tuviera su tosco equivalente a bordo de esa nave.

Había corredores móviles de varios tamaños, nadadores móviles y voladores móviles. Algunos voladores eran grandes, con pensamientos perceptibles; otros eran criaturas pequeñas y de alas transparentes. Estos sólo transmitían patrones de percepción sensorial, patrones imperfectos, y no añadían ningún elemento de inteligencia propia.

Había también inmóviles que, al igual que los inmóviles de casa, eran verdes y vivían del aire, el agua y el suelo. Constituían un vacío mental. Sólo conocían la opaca conciencia de la luz, de la humedad y de la gravedad.

Y cada fragmento, móvil o inmóvil, tenía su parodia de vida.

Aún no. Aún no...

Contuvo sus sentimientos. En cierta ocasión, esos fragmentos de vida

fueron a casa y todos allí intentaron ayudarlos. Demasiado pronto. No funcionó. Esta vez deberían esperar.

Confiaba en que esos fragmentos no lo descubrieran.

De momento no lo habían hecho. No lo vieron tendido en un rincón de la sala de pilotaje. Nadie se agachó para recogerlo y arrojarlo después. En un principio supuso que no debía moverse, pues alguien podía ver esa forma rígida y vermiforme, de apenas quince centímetros de longitud. Lo habría visto, hubiese gritado y todo habría concluido.

Pero quizás hubiera esperado ya demasiado. Había transcurrido un buen rato desde el despegue. Los controles estaban cerrados; la sala de pilotaje se encontraba *vacía..*

No le llevó mucho tiempo encontrar la grieta en el blindaje, que conducía el hueco donde se hallaban los cables. Eran cables condenados.

La parte frontal de su cuerpo terminaba en un filo, que cortó en dos un cable del diámetro adecuado. Luego, a quince centímetros de distancia, volvió a dar otro corte. Empujó el trozo de cable y lo ocultó en un rincón del recoveco. La funda externa era de un material plástico y de un color pardo, y el núcleo era de metal reluciente y rojizo. No podía imitar el núcleo, por supuesto, pero no había ninguna necesidad; bastaba con que la piel que lo cubría imitase la superficie del cable.

Regresó, sujetó las dos secciones de cable cortado, se apretó bien contra ellas y activó los pequeños discos de succión. No se notaba la juntura. Ya no podrían localizarlo. Al mirar sólo verían un tramo continuo de cable.

A menos que mirasen con mucha atención y notaran que, en un diminuto segmento del cable, había dos pequeñas manchas de pelambre suave, verde y brillante.

—Es notable que este vello verde pueda hacer tanto —dijo el doctor Weiss.

El capitán Loring sirvió el coñac. En cierto sentido era una celebración; dos horas después estarían preparados para el salto en el híper-espacio y, luego, al cabo de dos días, llegarían a la Tierra.

—¿Está convencido, pues, de que la pelambre verde es el órgano sensorial? —preguntó.

—Lo es —afirmó Weiss. Tenía la voz pastosa a causa del coñac, pero era consciente de que necesitaba celebrarlo, muy consciente—. Los experimentos se realizaron con dificultades, pero fueron muy significativos.

El capitán sonrió con rigidez.

—Decir «con dificultades» es un modo muy modesto de expresarlo. Yo nunca habría corrido esos riesgos que usted afrontó para realizarlos.

—Pamplinas. Todos somos héroes a bordo de esta nave, todos somos voluntarios, todos somos grandes hombres que merecen trompetas, flautas y fanfarrias. Usted eligió venir aquí.

Pero fue usted el primero en atravesar la barrera.

—No implicaba ningún riesgo en particular. Quemé el suelo a medida que avanzaba, además de estar rodeado por una barrera portátil. Pamplinas, capitán. Recibamos nuestras medallas cuando regresemos, recibámoslas sin modestias. Además, soy varón.

—Pero está lleno de bacterias hasta aquí. —El capitán alzó la mano por encima de la cabeza—. Con lo cual es tan vulnerable como una mujer.

Hicieron una pausa para beber.

—¿Otra copa? —ofreció el capitán.

—No, gracias. Ya me he pasado de la raya.

—Entonces, el último trago para el camino. —Alzó su vaso en la dirección del Planeta de Saybrook, que ya no era visible y cuyo sol apenas figuraba como una estrella brillante en la pantalla—. Por los vellos verdes que le proporcionaron a Saybrook su primera pista.

Weiss asintió con la cabeza.

—Un hecho afortunado. Pondremos el planeta en cuarentena, por supuesto.

—Eso no parece suficientemente drástico —observó el capitán—. Alguien podría aterrizar por accidente sin tener la perspicacia ni las agallas de Saybrook. Supongamos que no hiciera estallar su nave, como sí hizo Saybrook. Supongamos que regresara a un sitio habitado. —Adoptó una expresión sombría—. ¿Cree usted que podrían desarrollar el viaje interestelar por su cuenta?

—Lo dudo. No hay pruebas, desde luego. Lo que pasa es que tienen una orientación muy distinta. Su organización de la vida ha vuelto innecesarias las herramientas. Por lo que sabemos, no hay en el planeta ni siquiera un hacha de piedra.

—Espero que tenga usted razón. Ah, Weiss, ¿quiere dedicarle un rato a Drake?

—¿El fulano de Prensa Galáctica?

—Sí. Cuando regresemos, la historia del Planeta de Saybrook será revelada al público y no creo que convenga darle un matiz excesivamente sensacionalista. He pedido a Drake que se deje asesorar por usted. Usted es biólogo y cuenta con autoridad suficiente como para intimidarlo. ¿Me haría

ese favor?

—Con mucho gusto.

El capitán entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—¿Jaqueca, capitán?

—No. Sólo pensaba en el pobre Saybrook.

Estaba harto de la nave. Un rato antes, había experimentado una sensación extraña y fugaz, como si lo hubieran puesto del revés. Alarmado, indagó en la mente de los pensadores-lúcidos en busca de una explicación. Al parecer, la nave había brincado por vastas extensiones de espacio vacío, con el fin de atajar a través de algo que llamaban «hiperespacio». Los pensadores-lúcidos eran ingeniosos.

Pero estaba harto de la nave. Era un fenómeno de lo más fútil. Los fragmentos de vida parecían ser muy habilidosos en sus construcciones, pero, a fin de cuentas, eso constituía sólo una parte de su felicidad. Procuraban hallar en el control de la materia inanimada lo que no hallaban en sí mismos.

En su anhelo inconsciente de totalidad construían máquinas y surcaban el espacio, buscando, buscando...

Esas criaturas, por la propia naturaleza de las cosas, nunca encontrarían lo que buscaban. Al menos, mientras él no se lo diera. Se estremeció un poco ante la idea.

¡La totalidad!

Esos fragmentos de vida, ni siquiera habían captado el concepto. El término de «totalidad» resultaba insuficiente.

En su ignorancia incluso combatirían contra ella. Como en el caso de la nave anterior. La primera nave contenía muchos fragmentos que eran pensadores-lúcidos. Había dos variedades: los productores de vida y los estériles.

(La segunda nave era muy diferente. Todos los pensadores-lúcidos eran estériles, mientras que los otros fragmentos, los pensadores-confusos y los no-pensadores, eran todos productores de vida. Resultaba muy extraño.)

¡El planeta al completo le dio la bienvenida a esa primera nave! Aún recordaba el intenso choque emocional que sintieron al notar que los visitantes eran tan sólo fragmentos, que no estaban completos. La conmoción los llevó a la piedad y la piedad, a la acción. No sabían cómo se adaptarían a la comunidad, pero no lo dudaron un momento. *Toda* la vida era sagrada y habría que cederles lugar a todos, a todos ellos, desde los grandes pensadores-lúcidos hasta los minúsculos que proliferaban en la

oscuridad.

Pero fue un error de cálculo. No analizaron correctamente el modo de pensar de los fragmentos. Los pensadores-lúcidos advirtieron lo que sucedía y se disgustaron. Tenían miedo; no lo entendían.

Primero, colocaron la barrera y, luego, se autodestruyeron haciendo explotar la nave.

Pobres y tontos fragmentos.

Al menos, ya no volvería a ocurrir. Los salvaría a pesar de sí mismos.

Aunque no alardeaba de ello, John Drake estaba muy orgulloso de su habilidad con la fototipo. Tenía un modelo portátil, una lisa y pequeña lámina de plástico oscuro y con protuberancias cilíndricas en cada extremo para sostener el rollo de papel delgado. Cabía en un maletín de cuero marrón, equipado con una correa que se lo sujetaba a la cintura y a una cadera. El artilugio pesaba medio kilo.

Drake podía hacerlo funcionar con cualquiera de las manos. Movía los dedos con rapidez y soltura, presionando suavemente ciertos lugares de la superficie, y las palabras se escribían sin sonido alguno.

Miró con aire pensativo el principio del escrito y, luego, al doctor Weiss.

—¿Qué le parece, doctor?

—Un buen comienzo.

Drake movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Pensé que era lógico empezar por Saybrook. En la Tierra aún no se ha difundido su historia. Ojalá hubiera podido ver el informe de Saybrook. ¿Y cómo logró transmitirlo?

—Por lo que sé, pasó la última noche transmitiéndolo a través del subéter. Cuando terminó, produjo un cortocircuito en los motores y, una fracción de segundo después, convirtió la nave en una nube de vapor. Junto con la tripulación y consigo mismo.

—¡Qué hombre! ¿Usted supo esto desde un principio?

—No desde el principio. Sólo desde que recibimos el informe de Saybrook.

No podía evitar recordarlo.

Leyó el informe y comprendió lo maravilloso que el planeta debía de parecer cuando la expedición colonizadora llegó allí. Era prácticamente un duplicado de la Tierra, con abundante vida vegetal y una vida animal puramente vegetariana.

Lo único extraño eran las pequeñas manchas de pelambre verde (¡con cuánta frecuencia usaba esa frase!). Ningún individuo viviente del planeta

tenía ojos, sólo esa pelambre. Incluso las plantas, cada brizna y las hojas y los capullos poseían esas dos manchas de un verde más intenso.

Luego, Saybrook advirtió, sobresaltado y desconcertado, que en todo el planeta no había conflicto alguno por los alimentos. Todas las plantas tenían apéndices pulposos; los animales se los comían, y los apéndices se regeneraban en cuestión de horas. No tocaban ninguna otra parte de las plantas. Era como si éstas alimentaran a los animales dentro de un proceso de orden natural. Y las plantas mismas no crecían con abrumadora profusión. Parecía que se las cultivara, pues estaban juiciosamente distribuidas en el suelo disponible.

Weiss se preguntaba de cuánto tiempo habría dispuesto Saybrook para observar el extraño orden que imperaba en aquel planeta. Los insectos se habían establecido en un número razonable, aunque las aves no se los comían; los roedores no proliferaban, aun cuando no existían carnívoros para mantenerlos a raya.

Y luego se produjo el episodio de las ratas blancas.

Weiss volvió al presente.

—Una corrección, Drake. Los hámsters no fueron los primeros animales afectados, sino las ratas blancas.

—Ratas blancas —repitió Drake al introducir la corrección en sus notas.

—Cada nave colonizadora lleva un grupo de ratas blancas con el propósito de poner a prueba los alimentos alienígenas. Las ratas son muy similares a los seres humanos desde el punto de vista de la nutrición. Naturalmente, sólo se llevan hembras.

Naturalmente. Si sólo un sexo estaba presente, no había peligro de una multiplicación indiscriminada en caso de que el planeta resultara favorable.

Todos recordaban el caso de los conejos de Australia.

—A propósito, ¿por qué no se utilizan machos? —preguntó Drake.

—Las hembras son más resistentes, lo cual es una suerte, pues fue eso lo que reveló la situación. De pronto todas las ratas empezaron a tener cría.

—Vale. Hasta aquí llega mi información, así que ésta es mi oportunidad de aclarar ciertos detalles. Veamos... ¿Cómo averiguó Saybrook que estaban preñadas?

—Accidentalmente. Durante las investigaciones de nutrición se disecciona a las ratas para buscar pruebas de lesiones internas. Era inevitable descubrir su preñez. Diseccionaron a otras. Los mismos resultados. Con el tiempo, todas las criaturas vivas tuvieron crías ¡sin que hubiera machos a bordo!

—Y todos los recién nacidos tenían manchitas de pelambre verde en vez

de ojos.

—Así es. Saybrook lo dijo y nosotros lo corroboramos. Después de las ratas quedó preñada la gata de uno de los niños. Cuando dio a luz, los gatitos no nacieron con los ojos cerrados, sino con manchas de pelambre verde. No había ningún gato macho a bordo.

»Saybrook hizo analizar a las mujeres. No les dijo por qué, no quería asustarlas. Todas se encontraban en las etapas iniciales del embarazo, al margen de las que ya estaban encinta en el momento de embarcarse. Saybrook no esperó a que esos niños nacieran. Sabía que no tendrían ojos; sólo brillantes manchas de pelambre verde.

»Incluso preparó cultivos bacterianos (Saybrook era hombre meticuloso) y encontró que cada bacilo tenía microscópicas manchas verdes.

Drake se mostraba muy interesado.

—Eso no estaba incluido en lo que nos dijeron, o al menos en lo que me dijeron a mí. Pero, concediendo que en el Planeta de Saybrook la vida esté organizada en un todo unificado, ¿cómo se hace?

—¿Que cómo se hace? ¿Que cómo se organizan las células en un todo unificado? Extraiga una célula del cuerpo, aun una célula cerebral, ¿y qué es por sí sola? Nada. Una pizca de protoplasma sin más capacidad para algo humano que una ameba. Menos capacidad, en realidad, pues no podría vivir sola. Pero unimos las células y obtenemos algo que puede inventar una nave espacial o componer una sinfonía.

—Capto la idea.

—En el Planeta de Saybrook, toda la vida es un solo organismo. En cierto sentido, lo mismo ocurre en la Tierra, sólo que se trata de una dependencia conflictiva, una dependencia combativa. Las bacterias fijan el nitrógeno, las plantas fijan el carbono, los animales comen plantas y se comen entre sí; la descomposición bacteriana lo altera todo. El círculo se cierra. Cada cual atrae lo que puede y es atraído a su vez.

»En el Planeta de Saybrook, cada uno de los organismos tiene su lugar, lo mismo que cada célula en nuestro cuerpo. Las bacterias y las plantas producen comida, de cuyo exceso se alimentan los animales, suministrando a la vez dióxido de carbono y desechos nitrogenados. No se produce más de lo necesario. El esquema de la vida es alterado inteligentemente para adaptarlo al ámbito local. Ningún grupo de formas de vida se multiplica más de lo necesario, así como las células del cuerpo dejan de multiplicarse cuando hay suficientes para un propósito dado. Cuando no dejan de multiplicarse lo llamamos cáncer. Y eso es la vida en la Tierra, toda nuestra organización orgánica en comparación con la del Planeta de Saybrook: un

gran cáncer. Cada especie y cada individuo hacen lo posible para desarrollarse a expensas de las otras especies o los otros individuos.

—Habla usted como si aprobara el Planeta de Saybrook.

—En cierto modo lo apruebo. Tiene sentido como actividad vital. Entiendo la perspectiva que tienen de nosotros. Supongamos que una de las células de nuestro cuerpo pudiera ser consciente de la eficiencia del cuerpo humano en comparación con la de la célula misma y que comprendiera que esto sólo es resultado de la unión de muchas células en un todo superior. Y supongamos que fuera consciente de la existencia de células no dependientes, con vida propia. Tendría un fuerte deseo de imponer una organización a la pobre criatura. Sentiría pena por ella y tal vez actuara como un misionero. Es muy posible que esas criaturas (o esa criatura, pues el singular parece ser más adecuado) sientan eso.

—Y por eso ocasionaron alumbramientos vírgenes, ¿eh? Tengo que andarme con cuidado en este tema. Ya sabe, las normas.

—No hay nada obsceno en ello, Drake. Hace siglos que logramos que los huevos de erizos de mar, las abejas, las ranas y otros se desarrollasen sin fertilización masculina. A veces bastaba con el pinchazo de una aguja o con la mera inmersión en la solución salina adecuada. La criatura del Planeta de Saybrook puede causar la fertilización mediante el uso controlado de energía radiante. Por eso, una barrera energética adecuada la detiene; interferencia, como ve, o intromisión.

»Puede lograr más que estimular la división y el desarrollo de un huevo no fertilizado. Puede imprimir sus propias características en sus nucleoproteínas, de modo que la prole nace con esas manchas de pelambre verde, las cuales, actúan como órgano sensorial y medio de comunicación del planeta. La prole no está constituida por individuos, sino que se integra a la criatura del Planeta de Saybrook. Esta criatura, pues, puede inseminar cualquier especie, ya sea vegetal, animal o microscópica.

—Vaya potencia —murmuró Drake.

—Omnipotencia. Potencia universal. Cualquier fragmento de la criatura es omnipotente. Con tiempo suficiente, una sola bacteria del Planeta de Saybrook puede convertir la Tierra entera en un organismo único. Tenemos pruebas experimentales de ello.

—¿Sabe una cosa, doctor? —dijo inesperadamente Drake—. Creo que soy millonario. ¿Puede guardar su secreto? —Weiss asintió en silencio, asombrado—. Tengo un recuerdo del Planeta de Saybrook —añadió sonriendo—. Es sólo un guijarro, pero después de la publicidad que recibirá ese planeta, además de lo de la cuarentena, el guijarro será todo lo que un

ser humano podrá ver de él. ¿Por cuánto cree que podré venderlo?

Weiss lo miró fijamente.

—¿Un guijarro? —Le arrebató el objeto, que era ovoide, duro y gris—. No debió hacer eso, Drake. Va contra las normas.

—Lo sé. Por eso he preguntado que si podía guardar el secreto. Si usted pudiera darme una nota firmada de autentificación... ¿Qué Pasa, doctor?

En vez de responder, Weiss sólo pudo balbucear algo y señalar con el dedo el guijarro. Drake se acercó y lo miró. Era igual que antes... Excepto que la luz lo alumbraba desde un ángulo y mostraba dos pequeñas manchas verdes. Vistas de cerca, eran manchas de vello verde.

Se sentía turbado. Existía una atmósfera de peligro a bordo. Se sospechaba su presencia. ¿Cómo era posible? Aún no había hecho nada. ¿Habría subido a la nave otro de los fragmentos de casa y se habría mostrado menos cauto? Eso sería imposible sin que él lo supiera, y no había hallado nada aunque examinó la nave intensamente.

Luego, la sospecha disminuyó, pero no murió del todo. Uno de los pensadores lúcidos seguía haciéndose preguntas y se aproximaba a la verdad.

¿Cuánto faltaba para el aterrizaje? ¿Un mundo entero de fragmentos de vida quedaría privado de totalidad? Se aferró a los trozos cortados del cable con el cual se mimetizaba, temiendo que lo descubrieran, temiendo por su misión altruista.

El doctor Weiss se había encerrado en su habitación. Ya estaban dentro del sistema solar y tres horas después aterrizarían. Tenía que pensar. Le quedaban tres horas para decidir.

El diabólico «guijarro» de Drake había formado parte de la vida organizada del Planeta de Saybrook, pero estaba muerto. Lo estaba ya cuando él lo vio por primera vez y, en todo caso, no pudo sobrevivir cuando lo arrojaron al motor hiperatómico y lo convirtieron en un estallido de calor puro. Y los cultivos bacterianos seguían teniendo un aspecto normal cuando los examinó angustiado.

No era eso lo que preocupaba a Weiss.

Drake había recogido el «guijarro» durante las últimas horas de permanencia en el Planeta de Saybrook, después del fallo en la barrera. ¿Y si el fallo hubiera sido el resultado de una lenta, pero implacable presión mental por parte de la criatura de ese planeta? ¿Y si partes de la criatura hubieran estado esperando para invadir cuando cayese la barrera? Si el

«guijarro» no fue lo suficientemente rápido y se desplazó sólo después del restablecimiento de la barrera, ésa sería la causa de que hubiese muerto. Se habría quedado allí, y Drake entonces lo vio y lo recogió.

Se trataba de un «guijarro», no de una forma natural de vida. Pero ¿eso significaba que no era una especie de forma de vida? Podía ser un producto deliberado del único organismo del planeta; una criatura deliberadamente diseñada para que pareciera un guijarro, de aspecto inofensivo e inocente. Camuflaje, en otras palabras; un camuflaje astuto y sobrecogedoramente eficaz.

¿Alguna otra criatura camuflada habría logrado atravesar la barrera antes de que la restablecieran, como una forma adecuada y extraída de la mente de los humanos de la nave por el organismo telépata del planeta? ¿Podría tener la inocua apariencia de un pisapapeles? ¿Uno de los clavos ornamentales y con cabeza de bronce de la anticuada silla del capitán? ¿Y cómo lo localizarían? ¿Podrían investigar cada palmo de la nave en busca de esas manchas verdes; y también los microbios?

¿Y por qué el camuflaje? ¿Se proponía pasar inadvertido durante algún tiempo? ¿Por qué? ¿Para aguardar hasta que aterrizaran en la Tierra?

Una infección después del aterrizaje no se podría remediar haciendo estallar la nave. Las bacterias de la Tierra, el moho, la levadura y los protozoos serían los primeros. Al cabo de un año habría un sinfín de neonatos no humanos.

Weiss cerró los ojos y se dijo que no sería tan malo, después de todo. No habría más enfermedades, pues ninguna bacteria se multiplicaría a expensas de su organismo huésped, sino que se contentaría con una parte de lo disponible. No habría ya exceso de población; las muchedumbres de humanos disminuirían para adaptarse al suministro de alimentos. No habría guerras, crímenes ni codicia.

Pero tampoco habría individualidad.

La humanidad hallaría la seguridad transformándose en engranaje de una máquina biológica. Un hombre sería hermano de un germen o de una célula hepática.

Se puso de pie. Debía ir a hablar con el capitán Loring. Enviarían el informe y harían estallar la nave, igual que hizo Saybrook.

Se sentó de nuevo. Saybrook contó con pruebas, mientras que él sólo tenía las conjeturas de una mente aterrorizada, trastornada por dos manchas verdes en un guijarro. ¿Podría matar a los doscientos hombres de a bordo por una leve sospecha?

Tenía que pensar.

Estaba tenso. ¿Por qué tenía que seguir esperando? Si al menos pudiera dar la bienvenida a los que se encontraban a bordo... ¡Pero ya!

Una parte más fría y racional de sí mismo lo disuadió. Los pequeños que proliferaban en la oscuridad delatarían su cambio en quince minutos, y los pensadores-lúcidos los tenían bajo observación continua. Incluso a un kilómetro de la superficie del planeta sería demasiado pronto, pues aún podrían destruir la nave en el espacio.

Sería mejor esperar a que estuvieran abiertas las cámaras de presión, a que el aire del planeta penetrara con millones de fragmentos de vida minúsculos. Sería mejor, sí, acogerlos a todos ellos en la hermandad de la vida unificada y dejar que echaran a volar para difundir el mensaje.

¡Entonces se lograría! ¡Otro mundo organizado, y completo!

Se mantuvo a la espera. Los motores vibraban sordamente en su potente esfuerzo por controlar el descenso de la nave; la sacudida del contacto con la superficie del planeta y luego...

Conectó la recepción, para captar el júbilo de los pensadores-lúcidos, y les respondió con sus propios pensamientos jubilosos. Pronto podrían recibir tan bien como él. Tal vez no esos fragmentos en particular, pero sí los fragmentos que nacerían de quienes fuesen aptos para la continuación de la vida.

Las cámaras de presión estaban a punto de abrirse...

Y todo pensamiento cesó.

Demonios, algo anda mal, pensó Jerry Thorn.

—Lo lamento —le dijo al capitán Loring—. Parece haber un fallo energético. Las cámaras no se abren.

—¿Estás seguro, Thorn? Las luces están encendidas.

—Sí, señor. Lo estamos investigando.

Se alejó y se reunió con Roger Oldenn ante la caja de conexiones de la cámara de presión.

—¿Qué pasa?

—Déjame en paz, ¿quieres? —Oldenn tenía las manos ocupadas—. ¡Por amor de Dios, hay un corte de quince centímetros en el cable de veinte amperios!

—¿Qué? ¡Imposible!

Oldenn levantó los cables, cuyos filosos bordes estaban limpiamente cortados.

El doctor Weiss se reunió con ellos. Estaba ojeroso y su aliento

apestaba a coñac.

—¿Qué pasa? —preguntó, con un temblor en la voz.

Se lo dijeron. En el fondo del compartimiento, en un rincón, estaba el trozo que faltaba.

Weiss se agachó. Había un fragmento negro en el suelo. Lo tocó con el dedo y se disolvió, dejándole una mancha de hollín en la yema. Se la frotó distraídamente.

Tal vez algo había reemplazado el trozo de cable que faltaba; algo que estaba vivo y que tenía de cable únicamente su aspecto, pero algo que podía calentarse, morir y carbonizarse en una fracción de segundo en cuanto se cerró el circuito eléctrico que controlaba la cámara de presión.

—¿Cómo están las bacterias? —preguntó.

Un miembro de la tripulación fue a comprobarlo y regresó.

—Todo normal, doctor.

Entre tanto, colocaron un empalme en el cable; abrieron las compuertas y el doctor Weiss salió al mundo de vida anárquica que era la Tierra.

—Anarquía —dijo con una risotada—. Y así se mantendrá.

HUÉSPED

Rose Smollett se sentía feliz, casi triunfante. Se arrancó los guantes, tiró el sombrero, volvió sus ojos brillantes hacia su marido y le dijo:

—Drake, vamos a tenerle aquí.

Drake la miró disgustado:

—Llegas tarde para la cena. Yo creí que ibas a estar de vuelta a eso de las siete.

—Bah, no tiene importancia. Comí algo mientras venía. Pero, Drake, ¡vamos a tenerle aquí!

—¿A quién, aquí? ¿De quién estás hablando?

—¡Del doctor del planeta Hawkin! ¿Es que no te diste cuenta de que la conferencia de hoy era sobre él? Pasamos todo el día hablando de ello. ¡Es la cosa más excitante que jamás pudiera habernos ocurrido!

Drake Smollett apartó la pipa de su rostro. Primero miró la pipa, luego a su mujer.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Cuando dices el doctor procedente del planeta Hawkin, te refieres al hawkinita que tenéis en el instituto?

—Pues, claro. ¿A quién iba a referirme si no?

—¿Y puedo preguntarte qué diablos significa eso de que vamos a tenerle aquí?

—Drake, ¿es que no lo entiendes?

—¿Qué es lo que tengo que entender? Tu instinto puede estar interesado por esa cosa, pero yo no. ¿Qué tenemos que ver con él? Es cosa del instituto, ¿no crees?

—Pero, cariño —dijo Rose pacientemente—, el hawkinita quería vivir en una casa particular en una parte donde no le molestaran con ceremonias oficiales y donde pudiera desenvolverse más de acuerdo con sus gustos. Lo encuentro de lo más comprensible.

—¿Por qué en nuestra casa?

—Porque nuestra casa es conveniente para ello, creo. Me preguntaron si se lo permitía, y, francamente —añadió con cierta obstinación—, lo considero un privilegio.

—¡Mira! —Drake se metió los dedos entre el cabello y consiguió alborotarlo—, tenemos un lugar adecuado, ¡de acuerdo! No es el lugar más elegante del mundo, pero nos sirve bien a los dos. No obstante, no veo que

nos sobre sitio para visitantes extraterrestres.

Rose empezó a parecer preocupada. Se quitó las gafas y las guardó en su funda.

—Podemos instalarlo en el cuarto de huéspedes. Él se ocupará de tenerlo en orden. He hablado con él y es muy agradable. Sinceramente, lo único que debemos hacer es mostrar cierta capacidad de adaptación.

—Sí, claro, sólo un poco de adaptabilidad. Los hawkinitas aspiran cianuro. Y supongo que también tendremos que adaptarnos a eso, ¿no?

—Lleva siempre cianuro en un pequeño cilindro. Ni siquiera te darás cuenta.

—¿Y de qué otras cosas no voy a darme cuenta?

—De nada más. Son totalmente inofensivos. ¡Cielos, si incluso son vegetarianos!

—Y eso, ¿qué significa?, ¿que tenemos que servirle una bala de heno para cenar?

El labio inferior de Rose empezó a temblar.

—Drake, estás siendo deliberadamente odioso. Hay muchos vegetarianos en la Tierra; no comen heno.

—Y nosotros, ¿qué? Podremos comer carne, ¿o esto va a hacerle pensar que somos caníbales? No pienso vivir de ensaladas para hacerle feliz, te lo advierto.

—No seas ridículo.

Rose se sentía desamparada. Se había casado relativamente mayor. Había elegido su carrera; parecía haber encajado bien en ella. Era miembro del Instituto Jerikins de Ciencias Naturales, rama de Biología, con más de veinte publicaciones a su nombre. En una palabra, la línea estaba trazada, el camino desbrozado: se había dedicado a una carrera y a la soltería. Y ahora, a los 35 años, estaba aún algo asombrada de encontrarse casada desde hacía escasamente un año.

Ocasionalmente se sentía turbada, porque a veces descubría que no tenía la menor idea de cómo tratar a un marido. ¿Qué había que hacer cuando el hombre de la casa se ponía testarudo? Esto no constaba en ninguno de sus cursillos. Como mujer de carrera y de mentalidad independiente, no podía rebajarse a zalamerías. Así que le miró fijamente y le dijo con sinceridad:

—Para mí significa mucho.

—¿Por qué?

—Porque, Drake, si se queda aquí algún tiempo, podré estudiarle bien de cerca. Se ha trabajado muy poco en la biología y sicología del hawkinita

individualmente, y en las inteligencias extraterrestres en general. Sabemos algo de su sociología e historia, pero nada más. Seguro que te das cuenta de que es una oportunidad. Vivirá aquí; le observaremos, le hablaremos, vigilaremos sus hábitos...

—No me interesa.

—Oh, Drake. No te comprendo.

—Supongo que vas a decirme que no suelo ser así.

—Bueno, es que no eres así.

Drake guardó silencio un momento. Parecía ajeno a todo; sus pómulos salientes y su barbilla cuadrada parecían helados, tal era la sensación de resentimiento. Finalmente, dijo.

—Mira, he oído hablar algo de los hawkinitas en relación con mi trabajo. Dices que se ha investigado su sociología pero no su biología. Claro, porque los hawkinitas no quieren que se les estudie como ejemplares, como tampoco querríamos nosotros. He hablado con hombres que fueron encargados de la seguridad y vigilancia de varias misiones de hawkinitas en la Tierra. Las misiones permanecen en las habitaciones que se les asignan y no las abandonan por nada salvo para asuntos oficiales sumamente importantes. No tienen el menor contacto con los hombres de la Tierra. Es obvio que sientan tanta repugnancia por nosotros, como yo, personalmente, por ellos.

»La verdad es que no llego a comprender por qué el hawkinita del instituto va a ser diferente. Me parece que tenerle aquí va en contra de lo establecido y, bueno..., que él quiera vivir en la casa de un terrícola, me lo revuelve todo.

Rose, cansada, explicó:

—Esto es diferente. Me sorprende que no puedas comprenderlo, Drake. Es un doctor. Viene aquí en plan de investigación médica y te concedo que probablemente no disfrute conviviendo con seres humanos y que, además, nos encuentre horribles. Pero, con todo y con eso debe quedarse. ¿Crees tú que a un médico humano le guste ir al trópico o que disfrute dejándose picar por los mosquitos?

—¿Qué es eso de mosquitos? —cortó Drake—. ¿Qué tienen que ver con lo que estamos discutiendo?

—Pues nada —contestó Rose asombrada—, se me ocurrió de pronto, nada más. Estaba pensando en Reed y en sus experimentos sobre la fiebre amarilla.

Drake se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras.

Rose titubeó un instante, luego preguntó:

—No estarás enfadado, ¿verdad? —Le pareció que sonaba ridículamente infantil.

—No.

Y eso significa, ella lo sabia, que sí lo estaba.

Rose se contempló, insegura, en el espejo de cuerpo entero. Nunca había sido guapa y estaba tan resignada, que ya no le importaba. Por supuesto que no tenía la menor importancia para un ser procedente del planeta Hawkin. Lo que sí la molestaba era eso de tener que ser una anfitriona bajo tan extrañas circunstancias, mostrar tacto hacia una criatura extra-terrestre y, a la vez, hacia su marido. Se preguntó quién de los dos resultaría más difícil.

Drake llegaría tarde a casa aquel día; tardaría aún media hora. Rose se encontró inclinada a creer que lo había preparado expresamente con la aviesa intención de dejarla sola con su problema. De pronto se sintió presa de un sordo resentimiento.

La había llamado por teléfono al instituto para preguntarle bruscamente:

—¿Cuándo vas a llevarlo a casa?

—Dentro de tres horas —respondió con voz seca.

—Está bien. ¿Cómo se llama? El nombre del hawkinita.

—¿Por qué quieres saberlo? —No pudo evitar la frialdad de las palabras.

—Digamos que es una pequeña investigación por mi cuenta. Después de todo, esa cosa vivirá en mi casa.

—Por el amor de Dios, Drake, no mezcles tu trabajo con nosotros.

La voz de Drake sonó metálica y desagradable.

—¿Por qué no, Rose? ¿No es eso precisamente lo que haces tú?

Así era, claro, de forma que le dio la información que él quería.

Esta era la primera vez en su vida matrimonial que tenían una pelea o cosa parecida y, sentada frente al gran espejo empezó a preguntarse si no tendría que esforzarse por comprender su punto de vista. En esencia, se había casado con un policía. En realidad era más que un simple policía: era miembro del Consejo de Seguridad Mundial.

Había sido una sorpresa para sus amigos. El matrimonio había sido ya de por sí la mayor sorpresa, pero ya que se había decidido a casarse, ¿por qué no con otro biólogo? O, si hubiera querido salirse a otro camino, ¿por qué no con un antropólogo o con un químico? Pero, mira que precisamente con un policía... Nadie había pronunciado estas palabras, naturalmente, pero

se mascaba en la atmósfera el día de la boda.

Aquel día, y desde entonces, había sentido ciertos resentimientos. Un hombre podía casarse con quien le diera la gana, pero si una doctora en Filosofía decidía casarse con un hombre que no fuera siquiera licenciado, se escandalizaban. ¿Y por qué razón? ¿Qué les importaba a ellos? En cierto modo era guapo e inteligente, y ella estaba perfectamente satisfecha de su elección.

No obstante, ¿cuánto esnobismo del mismo tipo traía ella a casa? ¿No adoptaba siempre la actitud de que sus investigaciones biológicas eran importantes, mientras que la ocupación de él era simplemente algo que quedaba dentro de las cuatro paredes de su pequeño despacho en los viejos edificios de las Naciones Unidas, en East River?

Se levantó de un salto, agitada, y respirando profundamente decidió abandonar aquellos pensamientos. Ansiaba desesperadamente no disputar con él. Y tampoco iba a meterse en sus asuntos. Se había comprometido a aceptar al hawkinita como huésped, pero en lo demás dejaría que Drake hiciera lo que quisiera. Era mucho lo que él concedía.

Harg Tholan estaba de pie en medio de la sala de estar, cuando ella bajó la escalera. No se había sentado, porque no estaba anatómicamente construido para hacerlo. Le sostenían dos pares de miembros colocados muy cerca, mientras que un tercer par, de diferente construcción, pendía de una región que, en un ser humano, equivalía al pecho. La piel de su cuerpo era dura, brillante y marcada de surcos, mientras que su cara tenía un vago parecido a algo remotamente bovino. Sin embargo, no era por completo repulsivo y llevaba una especie de vestimenta en la parte baja de su cuerpo a fin de evitar ofender la sensibilidad de sus anfitriones humanos.

—Señora Smollett —dijo—, agradezco su hospitalidad más allá de lo que puedo expresar en su idioma. —Y se agachó de modo que sus miembros delanteros rozaron el suelo por un instante.

Rose sabía que este gesto significaba gratitud entre los seres del planeta Hawkin. Estaba agradecida de que hablara tan bien su idioma. La forma de su boca, combinada con la ausencia de incisivos hacía que los sonidos fueran sibilantes. Aparte de todo esto, podía haber nacido en la Tierra por el poco acento que tenía.

—Mi marido no tardará en llegar, y entonces cenaremos.

—¿Su marido? —Calló un momento y al instante añadió—: Sí, claro.

Rose no hizo caso. Si había un motivo de infinita confusión entre las cinco razas inteligentes de la Galaxia conocida, estribaba en las diferencias

de su vida sexual e instituciones sociales. El concepto de marido y esposa, por ejemplo, existía solamente en la Tierra. Las otras razas podían lograr una especie de comprensión intelectual de lo que significaba, pero jamás una comprensión emocional

—He consultado al instituto para la preparación de su menú. Confío en que no haya nada que le disguste.

El hawkinita parpadeó rápidamente. Rose recordó que esto equivalía a un gesto de diversión.

—Las proteínas son siempre proteínas, mi querida señora Smollett. En cuanto a los factores trazadores que necesito pero que no se encuentran en sus alimentos, he traído concentrados perfectamente adecuados para mí.

Y las proteínas eran proteínas. Rose lo sabía con certeza. Su preocupación por la dieta de la criatura había sido sobre todo, una muestra de buenos modales. Al descubrirse vida en los planetas de las estrellas exteriores, una las generalizaciones más interesantes fue comprobar que la vida podía formarse de otras sustancias que no fueran proteínas, incluso de elementos que no eran carbono. Seguía siendo verdad que las únicas inteligencias conocidas eran de naturaleza proteínica. Esto significaba que cada una de las cinco formas de vida inteligente podía mantenerse por largos períodos con los alimentos de cualquiera de las otras cuatro.

Oyó la llave de Drake en la cerradura y se quedó tiesa de aprensión.

Tuvo que admitir que se portó bien. Entró y sin la menor vacilación tendió la mano al hawkinita, diciéndole con firmeza:

—Buenas noches, doctor Tholan.

El hawkinita alargó su miembro delantero, grande, torpe, y, por decirlo de algún modo, se estrecharon la mano. Rose ya había pasado por ello y conocía la extraña sensación de una mano hawkinita en la suya. La había notado rasposa, caliente y seca. Imaginaba que al hawkinita, la suya y la de Drake le parecerían frías y viscosas.

Cuando se lo presentaron, tuvo la oportunidad de observar aquella mano extraña. Era un caso sorprendente de evolución convergente. Su desarrollo morfológico era enteramente diferente del de la mano humana, pero había conseguido acercarse a una buena similitud. Tenía cuatro dedos, le faltaba el pulgar. Cada dedo tenía cinco articulaciones independientes. Así, la carente flexibilidad por ausencia del pulgar se compensaba por las propiedades casi tentaculares de los dedos. Y lo que era aún más interesante a sus ojos de bióloga era que cada dedo hawkinita terminaba en una diminuta pezuña, imposible de identificar al profano como tal, pero claramente adaptada para la carrera, como para el hombre la mano estuvo

adaptada para trepar.

—¿Está usted bien instalado, señor? —preguntó Drake amablemente—. ¿Quiere una copa?

El hawkinita no contestó sino que miró a Rose con una ligera contorsión facial que indicaba cierta emoción que, desgraciadamente, Rose no supo interpretar. Comentó, nerviosa:

—En la Tierra hay la costumbre de beber líquidos que han sido reforzados con alcohol etílico. Lo encontramos estimulante.

—Oh, si, en este caso me temo que debo rehusar. El alcohol etílico chocaría muy desagradablemente con mi metabolismo.

—Bueno, tengo entendido que a los de la Tierra les ocurre lo mismo, doctor Tholan —intervino Drake—. ¿Le molestaría que yo bebiera?

—Claro que no.

Drake pasó junto a Rose al ir hacia el aparador y ella sólo captó una palabra, dicha entre dientes y muy controlada, «¡Cielos!» No obstante, le pareció captar unas cuantas exclamaciones más a sus espaldas.

El hawkinita permaneció de pie junto a la mesa. Sus dedos eran modelo de destreza al manejar los cubiertos. Rose se esforzó por no mirarle mientras comía. Su gran boca sin labios partía su cara de un modo alarmante al ingerir los alimentos y al masticar, sus enormes mandíbulas se movían desconcertantes de un lado a otro. Era otra prueba de sus antepasados ungulados. Rose se encontró preguntándose si, después, en la soledad y quietud de su habitación, rumiaría la comida, y sintió pánico por si Drake tenía la misma idea y se levantaba, asqueado, de la mesa. Pero Drake se lo estaba tomando todo con mucha calma.

Dijo:

—Supongo, doctor Tholan, que el cilindro que tiene al lado contiene cianuro, ¿no?

Rose se sobresaltó. No se había dado cuenta. Era un objeto de metal, curvado, y sus pezuñitas sostenían un tubo delgado y flexible que recorría su cuerpo pero que apenas se notaba por el color tan parecido al de su piel amarillenta, y entraba por una esquina de su inmensa boca. Rose se sintió ligeramente turbada como si viera una exhibición de prendas íntimas.

—¿Y contiene cianuro puro? —siguió preguntando.

El hawkinita parpadeó, divertido:

—Supongo que pensará en un peligro posible para los terrícolas. Sé que el gas es altamente venenoso para ustedes y yo no necesito mucho. El gas contenido en el cilindro es cianuro hidrogenado en un cinco por ciento, y el resto es oxígeno. Nada escapa del tubo excepto cuando realmente chupo el

conducto, y no tengo que hacerlo con frecuencia.

—Ya. ¿Y necesita el gas para vivir?

Rose estaba algo sorprendida. Uno no debía hacer semejantes preguntas sin una cuidadosa preparación. Era imposible conocer de antemano dónde podían estar los puntos sensibles de una sicología extraña. Y Drake debía hacer esto deliberadamente, ya que no podía dejar de darse cuenta de que podía obtener, fácilmente, respuestas a sus preguntas, dirigiéndose a ella. ¿O es que prefería no preguntárselo a ella?

El hawkinita se mostró imperturbable aparentemente:

—¿No es usted biólogo, señor Smollett?

—No, doctor Tholan.

—Pero está íntimamente asociado a la señora doctora Smollett.

—Sí, estoy casado con una señora doctora, pero no soy biólogo. —Drake sonrió ligeramente—. Simplemente un funcionario menor del Gobierno. Los amigos de mi mujer —añadió— me llaman policía.

Rose se mordió el interior de la mejilla. En este caso había sido el hawkinita el que había tocado el punto sensible de la sicología extraña. En el planeta Hawkin, regía un fuerte sistema de castas y las relaciones entre castas eran limitadas. Pero Drake no podía darse cuenta.

El hawkinita se volvió a Rose:

—Señora Smollett, le ruego me permita explicar un poco nuestra bioquímica a su marido. Será aburrido para usted puesto que estoy seguro de que está perfectamente enterada.

—No faltaba más, doctor Tholan —le respondió.

—Verá usted, señor Smollett, el sistema respiratorio de nuestro cuerpo y de todos los cuerpos de todas las criaturas que respiran en la Tierra, está controlado por ciertas enzimas con contenido de un metal, o eso me han enseñado. El metal es generalmente hierro aunque a veces es cobre. En cualquier caso, pequeños rastros de cianuro combinarían con los metales e inmovilizarían el sistema respiratorio de la célula terrestre o viviente. Se verían en la imposibilidad de utilizar oxígeno y morirían a los pocos minutos.

»La vida en mi planeta no está del todo organizada así. Los compuestos respiratorios clave no contienen ni hierro ni cobre; en realidad ningún metal. Es por dicha razón por la que mi sangre es incolora. Nuestros compuestos contienen ciertos grupos orgánicos que son esenciales para la vida y estos grupos pueden solamente mantenerse intactos con la ayuda de una pequeña concentración de cianuro. Indudablemente, este tipo de proteína se ha desarrollado a lo largo de un millón de años de evolución, en un mundo que tiene un pequeño tanto por ciento de cianuro, con hidrógeno naturalmente,

en la atmósfera. Su presencia se mantiene por ciclo biológico. Varios de nuestros microorganismos nativos sueltan el gas libre.

—Lo expone usted con suma claridad, doctor Tholan, y es muy interesante —dijo Drake—, ¿Y qué ocurre si no lo respira? ¿Se muere simplemente así? —Y chasqueó los dedos.

—No del todo. No es como la presencia del cianuro para ustedes. En mi caso, la ausencia de cianuro equivaldría a una lenta estrangulación. Ocurre a veces, en habitaciones mal ventiladas de mi mundo, que el cianuro se consume gradualmente y cae por debajo de la necesaria concentración mínima. Los resultados son muy dolorosos y de tratamiento difícil.

Rose tenía que reconocérselo a Drake; daba la sensación de estar realmente interesado. Y al forastero, gracias a Dios, no parecía importarle el interrogatorio.

El resto de la cena pasó sin incidentes. Fue casi agradable.

A lo largo de la velada, Drake siguió lo mismo: interesado. Mucho más que eso: absorto. La anuló, y a ella le agradó. Él fue realmente brillante y solamente su trabajo su entrenamiento especial, fue el que le robó protagonismo. Le contempló confusa y pensó: «¿Por qué se casó conmigo?»

Drake, sentado, con las piernas cruzadas, las manos unidas y golpeando suavemente su barbilla, observaba fijamente al hawkinita. Éste estaba frente a él, de pie a su estilo de cuadrúpedo.

—Me resulta difícil pensar en usted como en un médico —comentó Drake.

El hawkinita parpadeó risueño.

—Comprendo lo que quiere decir. A mí también me resulta difícil pensar en usted como en un policía. En mi mundo, los policías son gente altamente especializada y singular.

—¿De veras? —rezongó Drake secamente, y cambió de tema—. Deduzco que su viaje aquí no es de placer.

—No, es sobre todo un viaje de mucho trabajo. Me propongo estudiar este curioso planeta que llaman Tierra como jamás ha sido estudiado por nadie de mi país.

—Curioso. ¿En qué sentido?

El hawkinita miró a Rose antes de contestar.

—¿Está enterado de la muerte por inhibición?

Rose pareció turbada. Explicó:

—Su trabajo es muy importante. Me temo que mi marido dispone de poco tiempo para enterarse de los detalles de mi trabajo. —Sabía que esto no resultaba adecuado y le pareció notar, otra vez, una de las inescrutables

emociones del hawkinita.

La criatura extraterrestre se volvió otra vez a Drake:

—Para mí resulta siempre desconcertante descubrir lo poco que los terrícolas aprecian sus propias y excepcionales características. Mire, hay cinco razas inteligentes en la Galaxia. Todas ellas se han desarrollado independientemente y, sin embargo, han conseguido converger de forma sorprendente. Es como si, a la larga, la inteligencia requiriera cierta preparación física para florecer. Dejo esta cuestión a los filósofos. No es necesario que insista en este punto, puesto que para usted debe ser familiar.

»Ahora bien, cuando se investigan de cerca las diferencias entre las inteligencias, se encuentran una y más veces que son ustedes, los de la Tierra, más que cualquiera de los otros planetas, los que son únicos. Por ejemplo, es solamente en la Tierra donde la vida depende de las enzimas metálicas para la respiración. Ustedes son los únicos que encuentran el cianuro hidrogenado venenoso. La suya es la única forma de vida inteligente que es carnívora. La suya es la única forma de vida que no procede de un animal rumiante. Y lo más interesante de todo es que la suya es la única forma de vida inteligente conocida que deja de crecer al alcanzar la madurez.

Drake le sonrió. Rose sintió que se le aceleraba el corazón. Lo más agradable de su marido era su sonrisa, y la estaba utilizando con gran naturalidad. Ni era forzada, ni falsa. Se estaba adaptando, ajustando, a la presencia de esa criatura extraña. Se estaba mostrando simpático..., y debía estar haciéndolo por ella. Le agradó la idea y se la repitió. Lo hacía por ella; estaba siendo amable con el hawkinita por ella.

Drake le estaba diciendo sonriente:

—No parece muy alto, doctor Tholan. Yo diría que tiene usted unos tres centímetros más que yo, lo que le hace de un metro setenta de estatura más o menos. ¿Es porque es joven o es que los de su mundo no son excesivamente altos?

—Ni una cosa ni otra —contestó el hawkinita—. Crecemos a velocidad retardada con los años, de forma que a mi edad, tardo unos quince años para crecer unos centímetros más, pero, y éste es el punto importante, nunca dejamos enteramente de crecer. Y por supuesto, y como consecuencia, nunca morimos del todo.

Drake abrió la boca e incluso Rose se sintió envarada. Esto era algo nuevo. Algo que ninguna de las pocas expediciones al planeta Hawkin había

descubierto. Estaba embargada de excitación pero dejó que Drake hablara por ella.

—¿No mueren del todo? No estará tratando de decirme que la gente del planeta Hawkin es inmortal.

—Nadie es realmente inmortal. Si no hubiera otra forma de morir, siempre existe el accidente, y si éste falla, está el aburrimiento. Algunos de nosotros vivimos varios siglos de su tiempo. Pero es desagradable pensar que la muerte puede venir involuntariamente. Es algo que, para nosotros, es sumamente horrible. Me molesta incluso cuando lo pienso ahora, esta idea de que contra mí voluntad y pese a los cuidados, pueda llegar la muerte.

—Nosotros —admitió Drake, sombrío— estamos acostumbrados a ello.

—Ustedes, terrícolas, viven con esa idea; nosotros, no. Y lo que nos desazona, es descubrir que la incidencia de la muerte por inhibición ha ido aumentando recientemente.

—Aún no nos ha explicado —dijo Drake— qué es la muerte por inhibición, pero deje que lo adivine. ¿Es acaso un cese patológico del crecimiento?

—Exactamente.

—¿Y cuánto tiempo después del cese del crecimiento acontece la muerte?

—En el curso de un año. Es una enfermedad de consunción, una enfermedad trágica y absolutamente incurable.

—¿Qué la provoca?

El hawkinita tardó bastante en contestar y cuando lo hizo se le notó incluso algo tenso, inquieto, en la forma de hacerlo.

—Señor Smollett, no sabemos nada de lo que causa la enfermedad.

Drake asintió, pensativo. Rose seguía la conversación como si fuera una espectadora en un match de tenis.

—¿Y por qué viene a la Tierra para estudiar la enfermedad? —preguntó Drake.

—Porque le repito que los terrícolas son únicos. Son los únicos seres inteligentes que son inmunes. La muerte por inhibición afecta a todas las otras razas. ¿Saben esto sus biólogos, señora Smollett?

Se había dirigido a ella inesperadamente, de modo que la sobresaltó. Contestó:

—No, no lo saben.

—No me sorprende. Lo que le he dicho es el resultado de una investigación reciente. La muerte por inhibición es diagnosticada incorrectamente con facilidad y la incidencia es menor en los otros planetas.

Es en realidad un hecho curioso, algo para filosofar, que la incidencia de la muerte es más alta en mi mundo, que está más cerca de la Tierra, y más baja en los planetas a medida que se distancian. De modo que la más baja ocurre en el mundo de la estrella Témpora, que es la más alejada de la Tierra mientras que la Tierra en sí es inmune. Por algún lugar de la bioquímica del terrícola está el secreto de esa inmunidad. ¡Qué interesante sería descubrirlo!

—Pero, óigame —insistió Drake—, no puede decir que la Tierra sea inmune. Desde donde estoy sentado parecía como si la incidencia fuera de un cien por cien. Todos lo terrícolas dejan de crecer, y todos mueren. Todos tenemos la muerte por inhibición.

—En absoluto. Los terrícolas viven hasta los setenta años después de dejar de crecer. Ésta no es la muerte como nosotros la entendemos. Su enfermedad equivalente es más bien la del crecimiento sin freno. Cáncer, creo que la llaman. Pero, basta, le estoy aburriendo.

Rose protestó al instante. Drake hizo lo mismo con aún mayor vehemencia, pero el hawkinita cambió decididamente de tema. Fue entonces cuando Rose sintió el primer asomo de sospecha, porque Drake cercaba insistentemente a Harg Tholan con sus palabras, acosándole, pinchándole para tratar de sonsacarle la información en el punto en que el hawkinita la había dejado. Pero haciéndolo bien, con habilidad; no obstante, Rose le conocía y supo lo que andaba buscando. ¿Y qué podía buscar si no lo que exigía su profesión? Y como en respuesta a sus pensamientos, el hawkinita recogió la frase que estaba dando vueltas en su mente como un disco roto sobre una plataforma en movimiento perpetuo.

—¿No me dijo que era policía? —preguntó.

—Sí contestó Drake secamente.

—Entonces, hay algo que me gustaría pedirle que hiciera por mí. He estado deseándolo toda la velada desde que descubrí su profesión, pero no acabo de decidirme. No me gustaría molestar a mis anfitriones.

—Haremos lo que podamos.

—Siento una profunda curiosidad por saber cómo viven los terrícolas; una curiosidad que tal vez no comparten la generalidad de mis compatriotas. Me gustaría saber si podrían enseñarme alguno de los departamentos de Policía de su planeta.

—Yo no pertenezco exactamente a un departamento de Policía del modo que usted supone o imagina —dijo Drake, con cautela—. No obstante, soy conocido del departamento de Policía de Nueva York. Podré hacerlo sin problemas. ¿Mañana?

—Sería de lo más conveniente para mí. ¿Podré visitar el departamento de personas desaparecidas?

—¿El qué?

El hawkinita se irguió sobre sus cuatro piernas, como si quisiera demostrar su intensidad:

—Es mi pasatiempo, es una extraña curiosidad, un interés que siempre he sentido. Tengo entendido que tienen ustedes un grupo de oficiales de Policía cuya única obligación consiste en buscar a los hombres que se han perdido o desaparecido.

—Y mujeres y niños —añadió Drake—. Pero, ¿por qué precisamente esto tiene tanto interés para usted?

—Porque también en esto son únicos. En nuestro planeta no existe la persona desaparecida. No sabría explicarle el mecanismo, claro, pero entre la gente de otros mundos hay siempre una percepción de la presencia de alguien, especialmente si existe un fuerte lazo de amistad o afecto. Somos siempre conscientes de la exacta ubicación del otro, sin tener en cuenta para nada el sitio del planeta donde pudiéramos encontrarnos.

Rose volvió a sentirse excitada. Las expediciones científicas al planeta Hawkin habían tropezado siempre con la mayor dificultad para penetrar en el mecanismo emocional interno de los nativos, y he aquí que uno de ellos hablaba libremente y tal vez lo explicaría. Olvidó la preocupación que sentía por Drake e intervino en la conversación:

—¿Puede experimentar tal conciencia, incluso ahora en la Tierra?

—El hawkinita respondió:

—Quiere decir ¿a través del espacio? No, me temo que no. Pero puede darse cuenta de la importancia del asunto. Todo lo único de la Tierra debería ligarse. Si la carencia de este sentido puede explicarse, quizá la inmunidad ante la muerte por inhibición se explicaría también. Además, encuentro sumamente curioso que cualquier forma de vida comunitaria inteligente pueda organizarse entre gente que carece de dicha percepción comunitaria. ¿Cómo puede decir un terrícola, por ejemplo, cuándo ha formado un subgrupo afín, una familia? ¿Cómo pueden ustedes dos, por ejemplo, saber que el lazo que les une es auténtico?

Rose se encontró afirmando con un movimiento de cabeza. ¡Cómo había echado en falta ese sentido! Pero Drake se limitó a sonreír:

—Tenemos nuestros medios. Es tan difícil explicarle a usted lo que nosotros llamamos «amor», como lo es para usted explicarnos esta percepción, este sentido.

—Lo supongo. Dígame la verdad, señor Smollett..., si la señora Smollett

saliera de esta habitación y entrara en otra sin que usted la hubiera visto hacerlo, ¿se daría usted cuenta del lugar donde se encuentra?

—Realmente, no.

El hawkinita murmuró:

—Asombroso —titubeó, luego añadió—: Por favor, no se ofenda si le digo que el hecho me parece también odioso.

Después de ver que la luz del dormitorio se apagaba, Rose se acercó a la puerta tres veces, abriéndola un poco para mirar. Sentía que Drake la vigilaba. Notó una especie de fuerte diversión en su voz al decidirse a preguntarle:

—¿Qué te pasa?

—Quiero hablarte —le confesó.

—¿Tienes miedo de que nuestro amigo pueda oírnos?

Rose hablaba en voz baja. Se metió en la cama, apoyó la cabeza en la almohada de forma que pudiera bajar aún más la voz. Preguntó:

—¿Por qué hablaste de la muerte por inhibición al doctor Tholan?

— Porque me intereso por tu trabajo, Rose. Siempre has deseado que me interese.

—Preferiría que dejaras el sarcasmo. —Hablaba con violencia, con toda la violencia que se puede mostrar susurrando—. Creo que hay algo de tu propio interés..., me refiero a tu interés policial, probablemente. ¿De qué se trata?

—Te lo contaré mañana.

—No, ahora mismo.

Drake pasó la mano por debajo de la cabeza de Rose, alzándola. Por un momento alocado pensó que iba a besarla, besarla impulsivamente, como hacen a veces los maridos, o como imaginaba que suelen hacerlo. Pero Drake no lo hacía nunca, ni ahora tampoco.

Simplemente la acercó a él y musitó:

—¿Por qué estás tan interesada en saberlo?

Su mano le apretaba casi brutalmente la nuca, de tal modo que se envaró y trató de desprenderse. Su voz ahora fue más que un murmullo:

—Suéltame, Drake.

—No quiero más preguntas ni más intromisiones. Tú haz tu trabajo, yo haré el mío.

—La naturaleza de mi trabajo es abierta y conocida.

—Pues la naturaleza del mío no lo es, por definición. Pero te diré una cosa. Nuestro amigo de las seis patas está en esta casa por alguna razón

definida. No fuiste seleccionada como bióloga encargada porque sí. ¿Sabes que hace un par de días estuvo preguntando sobre mí en la Comisión?

—Es una broma.

—No lo creas ni por un minuto. Hay algo muy profundo en todo esto que tú ignoras. Pero en cambio es mi trabajo y no pienso discutirlo más contigo. ¿Lo entiendes?

—No, pero no te preguntaré más si tú no quieres.

—Entonces, duérmete.

Permaneció echada boca arriba y fueron pasando los minutos y los cuartos de hora. Se esforzaba por hacer encajar las piezas. Incluso con lo que Drake le había dicho, las curvas y los colores se negaban a coincidir. Se preguntó qué diría Drake si supiera que tenía una grabación de la conversación de anoche.

Una imagen seguía clara en su mente en aquel momento. Persistía burlona en su recuerdo. El hawkinita, al término de la larga velada, se volvió a ella diciendo con gravedad:

—Buenas noches, señora Smollett. Es usted una encantadora anfitriona.

A la sazón tuvo ganas de echarse a reír. ¿Cómo podía llamarla anfitriona encantadora? Para él sólo podía ser una cosa horrenda, un monstruo de pocos miembros y cara excesivamente estrecha.

Y entonces, una vez el hawkinita soltó su pequeña muestra de educación sin sentido, Drake palideció. Por un instante sus ojos se llenaron de algo parecido al terror.

Jamás hasta entonces había visto que Drake mostrara tener miedo de algo, y la imagen de aquel instante de pánico puro permaneció grabada hasta que, al fin, sus pensamientos se perdieron en el olvido del sueño.

Al día siguiente, Rose no fue a su despacho hasta mediodía. Había esperado, deliberadamente, a que Drake y el hawkinita se fueran, ya que solamente entonces podía retirar la pequeña grabadora que había escondido la noche anterior detrás del sillón de Drake. En un principio no tenía la intención de mantener secreta su presencia; fue sólo que llegó tan tarde que no pudo advertirle y menos en presencia del hawkinita. Después, claro, las cosas cambiaron.

La colocación de la grabadora era simplemente una maniobra de rutina. Las declaraciones y la entonación del hawkinita necesitaban ser conservadas para futuros estudios intensivos por parte de varios especialistas del instituto. La había escondido a fin de evitar que la vista del aparato provocara distorsiones y recelos, y ahora no podía de ningún modo

mostrarla a los especialistas. Tendría que servir para una función totalmente distinta. Una función más bien fea.

Iba a espiar a Drake.

Tocó la cajita con los dedos y se preguntó sin venir a cuento cómo se las arreglaría Drake aquel día. El trato social entre los mundos habitados no era, incluso ahora tan corriente que la vista de un hawkinita por las calles de la ciudad no atrajera la atención de las masas. Pero Drake sabría cómo hacerlo, estaba segura. Él siempre sabía salir del apuro.

Escuchó una vez más la charla de la noche anterior, repitiendo los momentos que le parecían interesantes. No estaba satisfecha con lo que Drake le había contado. ¿Por qué el hawkinita tenía que interesarse precisamente por ellos dos? Sin embargo, Drake no le mentiría. Le hubiera gustado pasar por la Comisión de Seguridad, pero sabía que no podía hacerlo. Además, la sola idea la hacía sentirse desleal; no, decididamente Drake no le mentiría.

Pero, también, ¿por qué Harg Tholan no podía investigarles? Pudo igualmente haber preguntado por todas las familias de los biólogos del instituto. Era perfectamente natural que tratara de elegir la casa que considerara más agradable de acuerdo con sus propios puntos de vista, fueran los que fueran.

E incluso si solamente había investigado a los Smollett, ¿por qué creaba esto tal cambio en Drake, pasar de intensa hostilidad a intenso interés? Indudablemente, Drake sabía cosas que prefería guardar para sí. ¡Sólo el cielo sabía cuántas cosas!

Sus pensamientos fueron hurgando lentamente a través de todas las posibilidades de intrigas interestelares. Hasta el momento, no había indicios de hostilidad o de mala voluntad entre ninguna de las cinco razas inteligentes que habitaban la Galaxia. Por el momento estaban espaciadas a intervalos demasiado amplios para enemistarse. Los intereses económicos y políticos no tenían ningún punto que creara conflictos.

Pero ésta era sólo su idea y ella no formaba parte de la Comisión de Seguridad. Si hubiera conflicto, si hubiera peligro, si hubiera la más mínima razón para sospechar que la misión del hawkinita pudiera ser otra cosa menos pacífica, Drake lo sabría.

Pero, ¿estaba Drake suficientemente bien situado en los consejos de la Comisión de Seguridad para estar enterado del peligro que se cernía en la visita de un físico hawkinita? Nunca había pensado en que su posición podía ser algo más que la de un simple pequeño funcionario de la Comisión; él nunca había presumido de ser más. No obstante...

—¿Y si era más?

Se encogió de hombros ante la idea. Aquello la hacía pensar en las novelas de espionaje del siglo xx y los dramas históricos de los días en que existían cosas como secretos atómicos.

La idea del drama histórico la decidió. Al contrarío que Drake, ella no era policía, y no sabía cómo actuaría un policía de verdad. Pero sabía que esas cosas se hacían en los viejos dramas.

Cogió una hoja de papel y rápidamente trazó una línea vertical en el centro. Arriba de una columna puso «Harg Tholan» y en la otra escribió «Drake». Debajo de «Harg Tholan» puso «sincero» y a continuación tres interrogantes. Después de todo, ¿era un doctor o sólo lo que podía describirse como un agente interestelar? ¿Qué pruebas tenía el instituto de su profesión salvo su propia declaración? ¿Era por eso por lo que Drake le había estado preguntando sobre la muerte por inhibición? ¿Estaba advertido de antemano y trataba de pillar al hawkinita en un error?

Por un momento estuvo indecisa; luego, poniéndose en pie de un salto, dobló la hoja de papel, la guardó en el bolsillo de su chaqueta y salió disparada del despacho. No dijo nada a ninguno con los que se cruzó al salir del instituto. No dejó ningún recado en recepción indicando a dónde iba o cuándo pensaba volver.

Una vez fuera, corrió hacia el Metro del tercer nivel y esperó a que pasara un compartimiento vacío. Los dos minutos que transcurrieron le parecieron un tiempo insoportablemente largo. Tuvo que hacer un esfuerzo para decir:

«Academia de Medicina de Nueva York» en la boquilla situada sobre el asiento.

La puerta del pequeño cubículo se cerró y el roce del aire que desplazaban se hizo fuerte como un alarido a medida que ganaban velocidad.

La nueva Academia de Medicina de Nueva York había sido ampliada tanto vertical como horizontalmente en las dos últimas décadas. Sólo la biblioteca ocupaba un ala entera del tercer piso. Indudablemente, si todos los libros folletos y periódicos que contenía hubieran estado en su forma original impresa en vez de microfilmados, el edificio entero con lo grande que era habría sido insuficiente para contenerlos todos. Así y todo, Rose sabía que se hablaba de limitar la obra impresa a los últimos cinco años, y no a los diez, como se hacía hasta ahora.

Rose, como miembro de la Academia, tenía entrada libre a la biblioteca.

Se dirigió a los departamentos dedicados a la medicina extraterrestre, y sintió alivio al encontrarlos desiertos.

Hubiera sido más prudente reclamar la ayuda de una bibliotecaria, pero prefirió no hacerlo. Cuanto menos rastro dejara, menos probable sería que Drake lo descubriera.

De este modo, sin ayuda de nadie, disfrutó recorriendo las estanterías siguiendo ansiosamente los títulos con los dedos. Los libros estaban casi todos en inglés, aunque había algunos en alemán y en ruso. Irónicamente, ninguno estaba escrito con signos extraterrestres. Al parecer, había una sala para dichos originales, pero estaban sólo a disposición de los traductores oficiales.

Sus ojos inquisitivos y su dedo se detuvieron. Había encontrado lo que estaba buscando.

Cargó con media docena de volúmenes y se los llevó a una mesa a oscuras. Buscó el interruptor y abrió el primero de los volúmenes. Su título era Estudios sobre la inhibición. Lo hojeó y pasó al índice de autores. El nombre de Harg Tholan estaba allí.

Una a una fue buscando todas las referencias indicadas, luego volvió a las estanterías en busca de traducciones de los originales que pudo encontrar.

Pasó más de dos horas en la Academia. Cuando terminó sabía que había un doctor hawkinita llamado Harg Tholan, experto en la muerte por inhibición. Estaba relacionado con la organización hawkinita de investigación con la que el instituto había estado en correspondencia. Naturalmente, el Harg Tholan que ella conocía podía simplemente hacer el papel del verdadero doctor para que la representación fuera más realista; pero ¿era todo eso necesario?

Sacó la hoja de papel del bolsillo, y donde había escrito «sincero» con tres interrogantes, escribió ahora SÍ en mayúsculas. Regresó al instituto y a las cuatro volvía a estar otra vez en su despacho. Llamó a la centralita para advertirles de que no le pasaran ninguna llamada y cerró la puerta con llave.

En la columna encabezada por «Harg Tholan» escribió ahora dos preguntas «¿Por qué Harg Tholan vino a la Tierra solo?». Dejó un espacio considerable y después puso:

«¿Por qué se interesa por el Departamento de personas desaparecidas?»

En verdad, la muerte por inhibición era exactamente lo que había dicho el hawkinita. Por sus lecturas en la Academia era obvio que ésta ocupaba la

mayor parte del esfuerzo médico en el planeta Hawkin. Se le temía más que al cáncer en la Tierra. Si hubieran creído que la respuesta o solución estaba en la Tierra habrían enviado una expedición completa. ¿Era suspicacia o desconfianza por su parte lo que les había hecho desplazar solamente a un investigador?

¿Qué era lo que Harg Tholan había dicho la noche anterior? La incidencia de muerte era superior en su propio mundo, que era el más cercano a la Tierra, y era menor en el planeta más alejado de la Tierra. Sumando a esto el hecho implicado por el hawkinita y comprobado por sus propias lecturas en la Academia, que la incidencia se había extendido considerablemente desde que se había establecido contacto interestelar con la Tierra...

Poco a poco y de mala gana llegó a una conclusión. Los habitantes del planeta Hawkin podrían haber supuesto que, de un modo u otro, la Tierra había descubierto la causa de la muerte por inhibición y la propagaban deliberadamente entre los pueblos extraños de la Galaxia con la intención de hacerse supremos entre las estrellas.

Rechazó esta conclusión que la sobrecogía con verdadero pánico. No podía ser; era imposible. En primer lugar, la Tierra no haría algo tan terrible. En segundo lugar, no podría hacerlo.

En cuanto a los progresos científicos, los seres del planeta Hawkin eran realmente iguales a los de la Tierra. La muerte llevaba ocurriendo allí miles de años y su récord médico era un fracaso total. Seguro que en la Tierra, con sus investigaciones a larga distancia en bioquímica, no podía haber acertado tan de prisa. De hecho, por lo que sabía, apenas había investigaciones en patología hawkinita por parte de los médicos y biólogos de la Tierra.

Pero la evidencia indicaba que Harg Tholan había llegado sospechando y había sido recibido con suspicacia. Cuidadosamente, debajo de la pregunta «¿Por qué Harg Tholan vino a la Tierra solo?», escribió la respuesta: «El planeta Hawkin cree que la Tierra es la causante de la muerte por inhibición.»

Entonces, ¿qué era todo eso del Departamento de personas desaparecidas? Como científica, era rigurosa sobre las teorías que desarrollaba. Todos los hechos tenían que encajar, no simplemente algunos.

¡Departamento de personas desaparecidas! Si era un falso indicio deliberadamente pensado para engañar a Drake, lo había hecho torpemente, ya que apareció solamente después de una hora de discusión sobre la muerte por inhibición.

¿Era intencionado como una oportunidad para estudiar a Drake? Y de ser así, ¿por qué? ¿Era éste, quizás, el punto más importante? El hawkinita había investigado a Drake antes de ir a su casa. ¿Había ido a su casa porque Drake era policía y tenía entrada en el Departamento de personas desaparecidas?

Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Lo dejó y pasó a la columna marcada con «Drake».

Y allí surgía una pregunta que escribía sola, sin pluma ni tinta sobre el papel, pero con las letras infinitamente más visibles del pensamiento y la mente. «¿Por qué se casó conmigo?», pensó Rose, y se cubrió los ojos con las manos para atenuar la molesta luz.

Se habían conocido accidentalmente hacía algo más de un año cuando él se trasladó a vivir a la casa de apartamentos donde ella residía. Los saludos puramente corteses se habían ido transformando en conversación amistosa y esto, a su vez, en alguna que otra invitación a cenar en un restaurante cercano. Todo había sido muy amistoso y normal y una nueva y excitante experiencia, y ella se enamoró.

Cuando él le pidió que se casaran, estuvo encantada..., e impresionada. En aquel momento se le ocurrieron varias explicaciones. Él apreciaba su inteligencia y amistad. Era una buena chica. Sería una buena esposa y una excelente compañera.

Se había dado todas esas explicaciones y casi se las había creído. Pero el casi no bastaba.

No era que encontrara faltas definidas en Drake como marido. Era siempre considerado, amable y todo un caballero. Su vida matrimonial no era apasionada, pero se adaptaba bien a las emociones más tranquilas de la cercana cuarentena. Ella no tenía diecinueve años, ¿qué esperaba?

Pues eso: que no tenía diecinueve años. Ni era guapa, ni encantadora, ni despampanante. ¿Qué esperaba? ¿Podía esperar que Drake, guapo y fuerte, cuyo interés por lo intelectual era escaso, que nunca se había interesado por su trabajo en los meses que llevaban casados, se prestara a discutir el suyo con ella? ¿Por qué se casó con ella?

Pero no encontraba respuesta a esta pregunta. No tenía nada que ver con lo que Rose trataba de hacer ahora. Era algo fuera de lo habitual, se dijo, furiosa; era un pasatiempo infantil para distraerse de la tarea que se había propuesto hacer. Actuaba como una adolescente, después de todo, sin excusa para ello.

Descubrió que se le había roto la punta del lápiz y cogió otro. En la

columna «Drake» escribió: «¿Por qué sospechaba de Harg Tholan?», y debajo puso una flecha señalando a la otra columna.

Lo que había escrito allí bastaba como explicación. Si la Tierra difundía la muerte por inhibición, o si la Tierra sabia que se sospechaba de ella de tal difusión, resultaba obvio que se estuviera preparando contra un eventual ataque de los extraterrestres. En realidad, la escena estaba preparada para las maniobras preliminares de la primera guerra interestelar de la Historia. Era una explicación adecuada pero horrible.

Ahora quedaba sólo la segunda pregunta, a la que no podía responder. Escribió despacio: «¿Por qué esa extraña reacción de Drake a las palabras de Harg Tholan "Es usted una encantadora anfitriona"?»

Trató de recordar exactamente la escena. El hawkinita lo había dicho inocentemente, normal y correcto, y Drake se quedó traspuesto al oírlo. Una y otra vez escuchó la frase en la grabadora. Un terrícola pudo haberla pronunciado en el mismo tono inconsecuente al despedirse después de un cóctel. La grabación no reflejaba el aspecto de la cara de Drake; sólo tenía su recuerdo. Los ojos de Drake se habían impregnado de terror y odio, y Drake era un hombre que prácticamente no tenía miedo a nada. ¿Qué había de terrorífico en la frase «es usted una anfitriona encantadora», para afectarle hasta aquel extremo? ¿Celos? Absurdo. ¿Tuvo la impresión de que Tholan había sido sarcástico? Quizás, aunque improbable. Tenía la seguridad de que Tholan había sido sincero.

Lo dejó y puso un enorme interrogante bajo la segunda pregunta. Ahora había dos preguntas más, una debajo de «Harg Tholan» y otra debajo de «Drake». ¿Podía haber alguna relación entre el interés de Tholan por las personas desaparecidas y la reacción de Drake por una frase correcta después de una fiesta? No se le ocurría ninguna.

Bajó la cabeza y la apoyó en los brazos cruzados. El despacho empezaba a quedarse a oscuras y ella estaba muy cansada. Por un momento debió haberse quedado en aquel extraño país entre el sueño y el no sueño, cuando las ideas y las palabras pierden el control de lo consciente y se mueven en nuestra cabeza sin rumbo y de modo surrealista. Pero, por más que saltaran y danzaran, volvían siempre a la única frase «Es usted una encantadora anfitriona». A veces la oía en la voz culta y apagada de Tholan y otras en la voz vibrante de Drake. Cuando la decía Drake, estaba llena de amor, llena de un amor que nunca le había oído. Le gustaba oírselo decir.

Despertó sobresaltada. El despacho ahora estaba completamente a oscuras y encendió la luz de la mesa. Parpadeó y luego arrugó el ceño. En

aquel extraño duermevela debió de haber tenido otro pensamiento. Había habido otra frase que turbó a Drake. ¿Cuál? Arrugó más la frente con el esfuerzo mental. No había sido anoche. No era nada de lo que había en la grabadora, así que debió ocurrir antes. No recordó nada y se inquietó.

Miró al reloj y se llevó un susto. Eran casi las ocho. Ya estarían en casa, esperándola.

Pero no le apetecía ir a casa. No quería enfrentarse a ellos. Pausadamente cogió la hoja de papel en la que había anotado los pensamientos de aquella tarde, la hizo pedazos y los dejó caer en el pequeño cenicero atómico de la mesa. Desaparecieron en un destello sin que quedara rastro de ellos.

¡Si no quedara tampoco nada del pensamiento que representaban!

Era inútil. Tendría que volver a casa.

No estaban allí esperándola. Les encontró bajando de un girotaxi en el momento que ella salía del Metro a nivel de la calle. El girotaxista miró a sus pasajeros con los ojos muy abiertos, luego se elevó y desapareció. De mutuo acuerdo y en silencio, los tres esperaron a entrar en el apartamento antes de hablar.

Rose comentó, indiferente:

—Espero que haya tenido un día agradable, doctor Tholan.

—Mucho. Y excitante y provechoso además.

—¿Y han tenido oportunidad de comer? —Aunque Rose no había comido nada, no sentía hambre.

—Ya lo creo.

Drake interrumpió:

—Hemos pedido que nos subieran comida y cena. Bocadillos. —Parecía cansado.

—Hola, Drake —le dijo. Era la primera vez que le hablaba.

Drake apenas la miró al contestarle:

—Hola.

—Sus tomates son un vegetal sorprendente. No tenemos nada que se les pueda comparar en gusto en nuestro planeta. Creo que he comido dos docenas y una botella entera de un derivado de tomate.

—Ketchup —aclaró Drake, tajante.

—¿Y su visita al Departamento de personas desaparecidas, doctor Tholan? —preguntó Rose—. ¿Dice que lo encontró provechoso?

—Sí, creo que puedo calificarlo así.

Rose le daba la espalda mientras ahuecaba los almohadones del sofá.

Insistió:

—¿En qué aspecto?

—Encontré interesantísimo saber que la inmensa mayoría de personas desaparecidas son varones. Las esposas suelen dar parte de maridos desaparecidos, mientras que lo contrario es rarísimo.

—Oh, no es nada misterioso, doctor Tholan —comentó Rose—. Es que usted no se da cuenta del problema económico que tenemos en la Tierra. Verá usted, en este planeta el varón es generalmente el miembro de la familia que la mantiene como unidad económica. Él es el que por su trabajo es retribuido en moneda. La función de la esposa es, generalmente, la de ocuparse del hogar y de los hijos.

—Pero esto no será universal.

—Más o menos —explicó Drake—. Si está pensando en mi esposa, ella es un ejemplo de la minoría de mujeres que son capaces de abrirse camino en el mundo.

Rose le miró de soslayo. ¿Acaso se mostraba sarcástico?

—¿De su explicación, señora Smollett —preguntó el hawkinita—, se deduce que las mujeres al ser económicamente dependientes de su compañero varón encuentran más difícil desaparecer?

—Es un modo muy discreto de explicarlo —dijo Rose—, pero viene a ser así.

—¿Y diría usted que el Departamento de personas desaparecidas de Nueva York es un buen ejemplo de estos casos en todo el planeta?

—Sí, creo que sí.

El hawkinita preguntó bruscamente:

—¿Y se puede decir que existe una explicación económica para justificar que con el desarrollo de los viajes interestelares el porcentaje de jóvenes varones desaparecidos es más pronunciado que nunca?

Fue Drake el que contestó con un estallido verbal:

—¡Santo Dios, eso es aún menos misterioso que lo otro! Hoy en día el que huye tiene todo el espacio para desaparecer. Todo el que quiere escapar de los problemas no necesita más que saltar a una nave espacial. Están siempre buscando tripulaciones sin hacer preguntas, así que sería casi imposible tratar de localizar al desaparecido si realmente quería mantenerse fuera de circulación.

—Y casi siempre jóvenes en su primer año de matrimonio.

Rose se echó a reír al comentar:

—Éste es precisamente el momento en que los apuros del hombre parecen más agudos. Si supera el primer año, no suele haber necesidad de

desaparecer.

Drake no parecía divertido. Rose volvió a pensar que parecía cansado y triste. ¿Por qué insistía en llevar la carga él solo? Y de pronto se le ocurrió que tal vez tenía que hacerlo así.

El hawkinita preguntó de pronto:

—¿La ofendería si me desconecto por cierto período de tiempo?

—En absoluto —contestó Rose—. Espero que no haya tenido un día demasiado agotador. Como viene de un planeta cuya gravedad es mayor que la de la Tierra, tengo la impresión de que suponemos con demasiada facilidad que ustedes resisten más que nosotros.

—Oh, no estoy cansado en el sentido físico de la palabra. —Por un instante miró las piernas de Rose y parpadeó rápidamente indicando que estaba divertido—. Yo, en cambio, no dejo de temer que los terrícolas se caigan hacia delante o hacia atrás en vista del escaso equipo de miembros de sostén. Debe perdonarme si mi comentario le parece demasiado familiar, pero la mención de la menor gravedad de la Tierra me lo ha hecho pensar. En mi planeta, dos piernas no bastarían de ningún modo. Pero todo esto no viene a cuento ahora. Es que he estado absorbiendo tantos conceptos nuevos y raros que siento la necesidad de desconectarme un poco.

Rose se encogió mentalmente de hombros. Bueno, esto era lo más cerca que una raza podía estar de la otra. Por lo que podían conseguir las expediciones al planeta Hawkin, se sabía que los hawkinitas tenían la facultad de desconectar su mente consciente de todas sus demás funciones corporales por períodos de tiempo equivalentes a días terrestres. Los hawkinitas encontraban el proceso agradable, incluso necesario a veces, aunque ningún terrícola podía realmente decir para qué servía.

Del mismo modo, ningún terrícola había podido explicar enteramente el concepto de «dormir» a un hawkinita, o a cualquier extraterrestre. Lo que un terrícola llamaría dormir o soñar, un hawkinita lo consideraría un signo alarmante de desintegración mental.

Rose se dijo turbada: «He aquí otra cosa por la que los terrícolas son únicos.»

El hawkinita retrocedía, de espaldas, pero tan inclinado que sus miembros delanteros casi barrieron el suelo al despedirse. Drake inclinó la cabeza mientras le veía desaparecer tras una vuelta del corredor. Oyeron que abría su puerta, la cerraba y luego, el silencio.

Pasados unos minutos en los que el silencio parecía pesar entre ellos, el sillón de Drake crujió al revolverse inquieto. Rose observó, algo impresionada, que tenía sangre en los labios. Se dijo: «Se encuentra en

algún apuro. Tengo que hablarle. No puedo dejarlo pasar así.» Le llamó:

—¡Drake!

Drake pareció como si la viera desde muy lejos. Poco a poco sus ojos la enfocaron y dijo:

—¿Qué te ocurre? ¿Has terminado también tu jornada?

—No, estoy dispuesta para empezar. Estamos en el mañana de que me hablaste. ¿Vas a contármelo o no?

—¿Cómo dices?

—Anoche dijiste que me hablarías mañana. Ahora estoy dispuesta.

Drake frunció el ceño. Sus ojos se escondieron bajo los párpados y Rose sintió que parte de su resolución empezaba a abandonarla.

—Pensé que habíamos acordado que no me preguntarías nada de mi participación en este asunto.

—Creo que ya es demasiado tarde. En este momento sé demasiado sobre todo ello.

—¿Qué quieres decir? —gritó poniéndose en pie de un salto. Conteniéndose, se acercó, le apoyó las manos en los hombros y repitió en voz más baja—: ¿Qué quieres decir?

Rose mantuvo los ojos fijos en sus manos que descansaban inertes en su regazo. Soportó pacientemente los dedos como garfios que la oprimían y contestó despacio:

—El doctor Tholan cree que la Tierra está provocando, a propósito, la muerte por inhibición, ¿es así o no?

Esperó. Poco a poco la presión cedió y le vio de pie, con los brazos caídos a los lados, con la cara angustiada, desconcertado. Murmuró:

—¿Cómo se te ha ocurrido?

—¡Con que es verdad!

Jadeando, con voz forzada preguntó:

—Quiero saber exactamente por qué dices esto. No juegues conmigo, Rose. No digas tonterías. Esto es muy secreto.

—¿Si te lo digo, me contestarás a una pregunta? ¿Está la Tierra difundiendo deliberadamente la muerte por inhibición, Drake?

Drake alzó los brazos al cielo.

—¡Por el amor de Dios!

Se arrodilló ante ella. Le tomó las manos entre las suyas y ella sintió que le temblaban. Estaba forzando la voz para musitar palabras tiernas, tranquilizadoras, le decía:

—Rose, querida, fíjate, has descubierto algo peligroso y crees que puedes utilizarlo para mortificarme en una pequeña pelea entre marido y

mujer. No, no voy a pedirte demasiado. Sólo dime exactamente qué te ha empujado a decirme..., lo que acabas de decir...

Estaba terriblemente interesado.

—Esta tarde estuve en la Academia de Medicina de Nueva York. Estuve leyendo ciertas cosas.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué te empujó a hacerlo?

—En primer lugar, porque te vi tan interesado por la muerte por inhibición. Y el doctor Tholan hizo aquellos comentarios sobre la incidencia de los viajes interestelares, y que era mayor en el planeta más cercano a la Tierra. —Hizo una pausa.

—¿Y tus lecturas? —insistió Drake—. ¿Qué encontraste en tus lecturas, Rose?

—Le dan la razón —respondió—. Lo único que pude hacer fue buscar apresuradamente en esa dirección sus investigaciones en las últimas décadas. A mí me parece obvio que por lo menos algunos de los hawkinitas consideren la posibilidad de que la muerte por inhibición se origine en la Tierra.

—¿Lo dicen abiertamente?

—No. O si lo han hecho, no lo he visto. —Le contempló, asombrada. En un asunto como aquél, seguro que el Gobierno habría vigilado la investigación hawkinita sobre este punto. Insistió con dulzura—: ¿Estás enterado de las investigaciones hawkinitas sobre eso, Drake? El Gobierno...

—No pienses en ello. —Drake se había apartado de ella, pero volvió a acercársele. Le brillaban los ojos. Exclamó como si acabara de hacer un gran descubrimiento—. ¡Pero si eres una experta en eso!

¿Lo era? ¿Lo descubría solamente ahora que la necesitaba? Movió la nariz y dijo secamente:

—Soy bióloga.

—Si, ya lo sé, pero quiero decir que tu especialidad es el crecimiento. ¿No me dijiste una vez que habías trabajado en crecimiento?

—Puedes llamarlo así. Publiqué unos veinte artículos sobre la relación entre la estructura pura del ácido nucleico y el desarrollo embrionario, para la beca de la Sociedad del Cáncer.

—Bien. Hubiera debido recordarlo. —Se le veía presa de una nueva excitación—. Dime, Rose... ¡Oh, perdóname que me enfadara contigo hace un momento! Serías capaz como nadie de comprender la dirección de sus investigaciones si pudieras leer sobre ellas, ¿verdad?

—Muy capaz, sí.

—Entonces, dime cómo creen que se extiende la infección. Los detalles,

quiero decir.

—Oye, eso es pedirme mucho. Sólo pasé unas horas en la Academia. Necesitaría bastante más tiempo para poder contestar a tu pregunta.

—Por lo menos dame una respuesta aproximada. No puedes imaginar lo importante que es.

—Claro —respondió dubitativa—, Estudios sobre la inhibición es un gran tratado sobre la materia. Es algo así como el resumen de todos los datos disponibles de la investigación.

—¿Sí? ¿Y es muy reciente?

—Es un tipo de publicación periódica. El último volumen debe tener alrededor de un año.

—¿Se habla en él de su trabajo? —Y con el dedo señaló en dirección a la alcoba de Harg Tholan.

—Más que de ningún otro. En su campo es un trabajador sobresaliente. Leí especialmente sus artículos.

—¿Y cuáles son sus teorías sobre el origen de la enfermedad? Trata de recordarlo, Rose.

—Juraría que echa la culpa a la Tierra —respondió moviendo la cabeza—, pero admite que ignoran cómo se extiende la infección. Yo también podría jurarlo.

Estaba de pie ante ella, rígido. Sus fuertes manos colgaban a ambos lados, crispadas, y sus palabras sonaban poco más que un murmullo.

—Podría ser un caso de completa exageración. ¡Quién sabe! —Y se dio la vuelta—. Ahora mismo voy a averiguarlo, Rose. Gracias por tu ayuda.

Ella corrió tras él:

—¿Qué vas a hacer?

—Hacerle unas cuantas preguntas. —Estaba revolviendo en los cajones de su mesa de trabajo y por fin sacó la mano derecha. Sostenía una pistola de aguja. Rose exclamó:

—¡No, Drake!

La apartó bruscamente y se dirigió por el corredor a la alcoba del hawkinita.

Drake abrió la puerta de golpe y entró. Rose le pisaba los talones, tratando de sujetarle el brazo, pero él se detuvo para mirar a Harg Tholan.

El hawkinita estaba inmóvil, con la mirada perdida, sus cuatro piernas separadas en cuatro direcciones. Rose sintió vergüenza por la intrusión, como si estuviera violando un rito íntimo. Pero Drake, aparentemente despreocupado, se acercó a pocos pasos de la criatura y se quedó allí. Estaban cara a cara, Drake sostenía fácilmente la pistola de aguja a nivel

más o menos del torso del hawkinita.

—No te muevas —ordenó Drake—. Poco a poco se irá dando cuenta de mi presencia.

—¿Cómo lo sabes?

La respuesta fue tajante:

—Lo sé. Ahora márchate.

Pero Rose no se movió y Drake estaba demasiado absorto para preocuparse de ella.

Sectores de la piel del rostro del hawkinita empezaban a temblar ligeramente. Era algo repulsivo y Rose pensó que prefería no mirar. Drake habló de pronto:

—Ya está bien, doctor Tholan. No conecte con ninguno de sus miembros. Sus órganos sensoriales y de voz bastaran.

La voz del hawkinita sonaba apagada.

—¿Por qué ha invadido mi cámara de desconexión? —Y en voz más fuerte—: ¿Y por qué está armado?

La cabeza le bailaba ligeramente sobre un torso todavía helado. Por lo visto, había seguido la sugerencia de Drake de no conectar los miembros. Rose se preguntó cómo podía Drake conocer que la reconexión parcial era posible. Ella lo ignoraba. El hawkinita habló de nuevo:

—¿Qué es lo que quiere?

Y esta vez Drake contestó. Dijo:

—La respuesta a ciertas preguntas.

—¿Con una pistola en la mano? No quiero darle satisfacción a su incorrección hasta ese punto.

—No sólo me dará satisfacción, a lo mejor también salva su vida

—Esto para mí es totalmente indiferente dadas las circunstancias. Siento, señor Smollett, que los deberes para con un huésped sean tan mal interpretados en la Tierra.

—No es usted mi huésped, doctor Tholan —repuso Drake—. Entró en mi casa con engaño. Tenía cierta razón para hacerlo, de algún modo había usted planeado utilizarme para lograr su propósito. No me arrepiento de alterar su programa.

—Será mejor que dispare. Nos ahorrará tiempo.

—¿Tan convencido está de que no va a contestar a mis preguntas? Esto ya de por sí es sospechoso. Da la impresión de que considera que ciertas respuestas son más importantes que su vida.

—Considero muy importantes los principios de cortesía. Usted, como terrícola, puede que no lo entienda.

—Puede que no. Pero yo, como terrícola, entiendo una cosa. —Drake dio un salto hacia delante, antes de que Rose pudiera gritar, antes de que el hawkinita pudiera conectar sus miembros. Cuando saltó hacia atrás, llevaba en la mano el tubo flexible del cilindro de cianuro de Harg Tholan. En la comisura de la amplia boca del hawkinita, donde antes había estado prendido el tubo, apareció una gota de líquido incoloro que resbaló de una pequeña herida en la rugosa piel, y poco a poco se solidificó en un globulillo gelatinoso y pardo al oxidarse.

Drake dio un tirón al tubo, que se desprendió del cilindro. Hizo presión sobre el botón que controlaba la fina válvula en la parte alta del cilindro y cesó el pequeño zumbido.

—Dudo que haya escapado lo bastante —dijo Drake—para ponernos en peligro. No obstante, espero que se dé cuenta de lo que le ocurrirá a usted ahora, si no contesta a las preguntas que voy a hacerle..., y lo hace de tal modo que no me quede la menor duda de que no miente.

—Devuélvame el cilindro —pidió el hawkinita, despacio—. De lo contrario me veré en la obligación de atacarle y usted en la obligación de matarme.

Drake dio un paso atrás.

—De ningún modo. Atáqueme y dispararé a sus piernas para inutilizarlas. Las perderá; las cuatro si es necesario, pero seguirá viviendo aunque de un modo horrible. Vivirá para morir por falta de cianuro. Será una muerte de lo más incómoda. Yo no soy más que un terrícola y no puedo apreciar su verdadero horror, pero usted sí puede, ¿no es verdad?

La boca del hawkinita estaba abierta y algo amarillo-verdoso se estremeció dentro. Rose quería vomitar. Quería gritar: «¡Devuélvele el cilindro, Drake!» Pero no pudo articular palabra. No podía siquiera volver la cabeza.

—Creo que le queda aproximadamente una hora antes de que los efectos sean irreversibles —explicó Drake—. Hable rápidamente, doctor Tholan y le devolveré el cilindro.

—Y después de... —empezó a decir el hawkinita.

—Después de eso, ¿qué más da? Incluso si le matara, sería una muerte limpia, no por falta de cianuro.

Algo pareció escapársele al hawkinita. Su voz se volvió gutural y las palabras confusas como si ya no le quedara energía para mantener su inglés perfecto. Murmuró:

—¿Qué preguntas son? —Y mientras hablaba, sus ojos no perdían de vista el cilindro en la mano de Drake.

Drake lo hizo bailar deliberadamente, atormentándole, y los ojos de aquella criatura lo seguían..., lo seguían...

—¿Cuáles son sus teorías sobre la muerte por inhibición? ¿Por qué vino, realmente, a la Tierra? ¿Cuál es su interés por el Departamento de personas desaparecidas?

Rose se encontró esperando anhelante, angustiosamente. Éstas eran las preguntas que a ella también le hubiera gustado formular. No de este modo, quizá, pero en el trabajo de Drake, la bondad y humanitarismo venían en segundo lugar después de la necesidad.

Se lo repitió a sí misma varias veces en un esfuerzo para contrarrestar el hecho de que estaba odiando a Drake por lo que estaba haciéndole al doctor Tholan.

El hawkinita empezó:

—La respuesta adecuada llevaría más de la hora que me ha dejado. Estoy profundamente avergonzado por obligarme a hablar con amenazas. En mi planeta no hubiera podido hacer esto bajo ningún pretexto. Es solamente aquí, en este repulsivo planeta, donde se me puede privar de mi cianuro.

—Está desperdiciando su hora, doctor Tholan.

—Se lo hubiera contado eventualmente, señor Smollett. Necesitaba su ayuda. Por esta razón vine aquí.

—Sigue sin contestar a mis preguntas.

—Se las contestaré ahora. Durante años, además de mi trabajo científico regular, he estado investigando particularmente las células de mis pacientes que sufrían de muerte por inhibición. Me vi obligado a guardar el más riguroso secreto y a trabajar sin ayuda, porque los métodos que empleaba para investigar los cuerpos de mis pacientes desagradaban a mi gente. Su sociedad experimentaría sentimientos similares en contra de la vivisección humana, por ejemplo. Por esta razón no podía presentar los resultados obtenidos a mis colegas médicos hasta haber confirmado mis teorías aquí, en la Tierra.

—¿Cuáles son sus teorías? —preguntó Drake. Sus ojos volvían a estar febriles.

—A medida que proseguía mis estudios se me hizo más y más evidente que el enfoque de la investigación sobre la muerte por inhibición estaba equivocado. Físicamente, no había solución a su misterio. La muerte por inhibición es por entero una infección de la mente.

Rose interrumpió:

—Pero, doctor Tholan, no es psicosomática.

Una sombra gris, translúcida, había pasado por los ojos del hawkinita.

Había dejado de mirarles. Prosiguió:

—No, señora Smollett, no es psicosomática. Es una auténtica enfermedad de la mente, una infección mental. Mis pacientes tienen doble mente. Más allá y por debajo de la que obviamente les pertenece, tuve conocimiento de otra mente..., una mente ajena. Trabajé con pacientes de muerte por inhibición de otras razas, distintas a la mía, y encontré lo mismo. Resumiendo, no hay cinco inteligencias en la Galaxia, sino seis. Y la sexta es parasitaria.

—Pero eso es una locura..., ¡es imposible! —exclamó Rose—. Debe estar equivocado, doctor Tholan.

—No estoy equivocado. Hasta que llegué a la Tierra, pensé que podía estarlo. Pero mi estancia en el instituto y mis investigaciones en el Departamento de personas desaparecidas, me convencieron de lo contrario. ¿Por qué le parece tan imposible el concepto de inteligencia parasitaria? Inteligencias como ésas no dejarían restos fósiles, ni siquiera dispositivos..., si su única función, en cierto modo, es sacar alimentos de las actividades mentales de otras criaturas. Uno puede imaginar semejante parásito, que en el curso de millones de años, quizá, perdiera todas las partes de su ser físico excepto lo más necesario, algo así como la solitaria, entre sus parásitos terrestres, perdiendo eventualmente todas sus funciones excepto una sola, la única, la de reproducción. En el caso de la inteligencia parasitaria, todos los atributos físicos estarían perdidos. No sería más que mente pura, viviendo de un modo mental, inconcebible para nosotros, de la mente de los demás. Especialmente de las mentes de los terrícolas.

—¿Por qué precisamente terrícolas? —preguntó Rose.

Drake se mantenía simplemente al margen, interesado, sin hacer más preguntas. Aparentemente se sentía satisfecho, dejando hablar al hawkinita.

—¿No ha sospechado que la sexta inteligencia es un cultivo de la Tierra? La Humanidad ha vivido con ella desde el principio, se ha adaptado a ella, no es consciente de ella. Es por lo que las especies de animales terrestres, incluyendo al hombre, no crecen después de la madurez y mueren de lo que se llama muerte natural; es el resultado de esa infección parasitaria universal; es por lo que se duerme y se sueña, pues es cuando la mente parasitaria debe alimentarse y cuando uno es algo más consciente de ella, quizás; es por lo que la mente terrestre, única entre las inteligencias, es tan inestable. ¿Dónde más en la Galaxia se encuentran dobles personalidades y otras manifestaciones parecidas? Después de todo, incluso ahora debe haber algunas mentes que están visiblemente dañadas por la presencia del parásito.

—Pero, de algún modo, esas mentes parasitarias podían atravesar el espacio. No tenían limitaciones físicas. Podían flotar entre las estrellas en lo que correspondería a un estado de hibernación. Ignoro por qué lo hicieron las primeras mentes; probablemente no se sabrá nunca. Pero una vez descubrieron la presencia de inteligencia en otros planetas de la Galaxia, se organizó una pequeña y seguida corriente de inteligencias parasitarias cruzando el espacio. Nosotros, los de los otros mundos, debimos ser una golosina para ellas o jamás se hubieran esforzado tanto para llegar a nosotros. Imagino que muchas no pudieron llevar a cabo el viaje, pero para las que lo consiguieron debió valer la pena.

»Pero, vea usted, nosotros los de los otros mundos no habíamos vivido millones de años con esos parásitos, como lo habían hecho el hombre y sus antepasados. No estábamos adaptados a ellos. Nuestros seres débiles no habían sido gradualmente eliminados por espacio de cientos de generaciones hasta que sólo quedaran los fuertes. Así que, donde el terrícola podía sobrevivir a la infección durante décadas y con un poco de daño, nosotros morimos de una muerte rápida en el curso de un año.

—¿Y es por ello por lo que la incidencia ha aumentado desde que establecieron los viajes interestelares entre la Tierra y los otros planetas?

—Sí. —Hubo un momento de silencio y de pronto el hawkinita dijo en un súbito acceso de energía—. Devuélvame el cilindro. Ya tiene mi respuesta.

Drake insistió fríamente:

—¿Y qué hay del Departamento de personas desaparecidas? —Volvió a hacer bailar el cilindro, pero esta vez el hawkinita no lo seguía con la mirada. La sombra gris y translúcida sobre sus ojos se había hecho más oscura y Rose se preguntó si sería simplemente una expresión de debilidad o un ejemplo de los cambios inducidos por la falta de cianuro.

—Dado que no estamos bien adaptados a la inteligencia que infecta al hombre, tampoco ella se adapta bien a nosotros. Puede vivir de nosotros, aparentemente incluso lo prefiere, pero no puede reproducirse con nosotros solos como única fuente de su vida. Por tanto la muerte por inhibición no es directamente contagiosa entre nuestro pueblo.

Rose lo miró con creciente horror:

—¿Qué trata usted de decir, doctor Tholan?

—El terrícola sigue siendo el máximo anfitrión para el parásito. Un terrícola puede contagiar a uno de nosotros si permanece entre nosotros. Pero el parásito una vez localizado en una inteligencia de los otros mundos, debe volver a un terrícola si espera reproducirse. Antes de los viajes interestelares esto era solamente posible por un recruzar el espacio, por lo

que la incidencia de infección era infinitesimal. Ahora estamos infectados y reinfectados al regresar los parásitos a la Tierra y volver a nosotros vía la mente de los terrícolas que viajan a través del espacio.

—Y las personas desaparecidas... —musitó Rose.

—Son los anfitriones intermedios. El proceso exacto de cómo se lleva a cabo, yo no lo sé. La mente masculina terrestre parece mejor dotada para sus propósitos. Recordará que en el instituto me dijeron que la esperanza de vida del varón medio es de tres años menos que la de la hembra. Una vez ha tenido lugar la reproducción, el varón contagiado se marcha en nave espacial hacia los otros mundos. Desaparece.

—Pero esto es imposible —insistió Rose—, lo que dice implica que la mente parasitaria controle los actos de su anfitrión. Esto no puede ser así o nosotros, los de la Tierra, hubiéramos notado su presencia.

—El control, Mrs. Smollett, puede ser muy sutil y además ejerce solamente durante un período de reproducción activa. Le señalo simplemente su Departamento de personas desaparecidas. ¿Por qué desaparecen los jóvenes? Hay explicaciones económicas y psicológicas, mas no son suficientes. Pero en este momento me siento muy mal y no puedo hablar mucho más. Sólo tengo una cosa que decir En el parásito mental, tanto su gente como la mía, tenemos un enemigo común. Los terrícolas tampoco deben morir involuntariamente, de no ser por su presencia. Pensé que si me encontraba imposibilitado de regresar a mi propio mundo con mi información debido a los métodos heterodoxos empleados para conseguirla, podría someterla a las autoridades de la Tierra y solicitar su ayuda para erradicar la amenaza. Imagine mi placer cuando descubrí que el marido de una de las biólogas del instituto era miembro de uno de los más importantes cuerpos de investigación de la Tierra. Naturalmente, hice cuanto pude para ser huésped en su casa, y tratar con él en privado, convencerle de la terrible verdad, utilizar su cargo para que me ayudara a atacar los parásitos. Esto, naturalmente, es imposible ahora. No puedo censurarla a usted. Como habitantes de la Tierra, no se puede esperar que comprendan la sicología de mi pueblo. No obstante, debe comprender esto: no puedo tener más tratos con ninguno de los dos. No podría ni siquiera soportar permanecer más tiempo en la Tierra.

—Entonces, sólo usted, de todo su pueblo, está enterado de esta teoría.

—Yo solo, en efecto.

—Su cianuro, doctor Tholan. —Y Drake le tendió el cilindro.

El hawkinita lo agarró, anhelante. Sus dedos ágiles manipularon el tubo y la válvula con la mayor delicadeza. En diez segundos, lo tenía colocado e

inhalaba el gas a grandes bocanadas. Sus ojos se iban volviendo claros y transparentes.

Drake esperó a que la respiración del hawkinita se normalizara y luego, sin cambiar de expresión, alzó la pistola y disparó. Rose lanzó un grito. El hawkinita permaneció de pie. Sus cuatro miembros inferiores no podían doblarse, pero la cabeza le colgó de pronto y de su boca repentinamente fláccida, se desprendió el tubo de cianuro ya inútil. Drake cerró la válvula, tiró el cilindro a un lado y permaneció sombrío contemplando a la criatura muerta. Ninguna marca exterior indicaba que le hubieran matado.

El proyectil de la pistola de aguja más fino que la propia aguja que daba nombre al arma penetró en el cuerpo fácil y silenciosamente y estalló con efecto devastador una vez dentro de la cavidad abdominal.

Rose salió de la alcoba sin dejar de gritar. Drake fue tras ella y la agarró del brazo; notó los golpes fuertes de la palma de su mano sobre la cara, sin sentirlos realmente, y terminó sollozando sordamente. Drake le advirtió:

—Te dije que no te metieras en esto. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Suéltame —protestó Rose—. Quiero irme. Quiero irme lejos de aquí.

—¿Por algo que mi trabajo me obligó a hacer? Ya oíste lo que dijo esa criatura. ¿Supones que podía dejarlo que volviera a su mundo y propagara todas esas mentiras? Le creerían. ¿Y qué crees que ocurriría entonces? ¿Puedes imaginar lo que sería una guerra interestelar? Pensarían que debían matarnos a todos para detener la infección.

Con un esfuerzo que pareció estremecerla toda, Rose se calmó. Miró firmemente a los ojos de Drake y declaró:

—Lo que dijo el doctor Tholan no eran ni errores ni mentiras, Drake.

—Venga, mujer, estás histérica. Necesitas dormir.

—Sé que lo que dijo es cierto porque la Comisión de Seguridad está enterada de la teoría, y saben que es verdad.

—¿Por qué te empeñas en decir estos disparates?

—Porque tú mismo te traicionaste por dos veces.

—Siéntate —ordenó Drake. Así lo hizo mientras él seguía de pie y la contemplaba curiosamente—. Así que me he traicionado dos veces. Has tenido un día muy cargado de trabajo detectivesco, querida. Tienes facetas ocultas. —Se sentó y cruzó las piernas.

Rose pensó, sí, su día había sido muy ocupado. Desde donde estaba podía ver el reloj eléctrico de la cocina; habían transcurrido dos horas después de medianoche. Harg Tholan había entrado por primera vez en su casa treinta y cinco horas antes y ahora yacía asesinado en la habitación de

invitados.

—Bueno, ¿es que no vas a decirme cómo me he traicionado dos veces? —preguntó Drake.

—Te pusiste pálido cuando Harg Tholan dijo de mí que era una encantadora anfitriona. Anfitriona tiene dos sentidos, como bien sabes, Drake. Un anfitrión es el que alberga un parásito.

—Primera —dijo Drake—. ¿Cuál es la segunda?

—Algo que hiciste antes de que Harg Tholan viniera a casa. Hace horas que intento recordarlo, ¿lo recuerdas tu Drake? Comentaste lo desagradable que era para los hawkinitas, asociarse con terrícolas, y yo te dije que Harg Tholan era un doctor y tenía que hacerlo. Te pregunté si creías que los médicos humanos disfrutaban especialmente cuando iban a los trópicos, o cuando dejaban que los mosquitos infectados los picaran. ¿Recuerdas lo trastornado que te mostraste?

Drake se echó a reír.

—Ignoraba que fuera tan transparente. Los mosquitos son anfitriones para la malaria y parásitos de la fiebre amarilla —suspiró—. He hecho cuanto he podido para mantenerte al margen de esto. Ahora no me queda más que decirte la verdad. Debo hacerlo porque solamente la verdad, o la muerte, hará que me dejes en paz. Y no quiero matarte.

Ella se encogió en su sillón, con los ojos muy abiertos. Drake prosiguió:

—La Comisión conoce la verdad, pero no nos sirve de nada. Sólo podemos hacer cuanto esté en nuestras manos para que los otros mundos no lo descubran.

—Pero la verdad no puede ocultarse para siempre. Harg Tholan la descubrió. Le has matado, pero otro extraterrestre repetirá el mismo descubrimiento..., una y otra vez. No puedes matarlos a todos.

—También lo sabemos —asintió Drake—. No tenemos elección.

—¿Por qué? —exclamó Rose—. Harg Tholan te dio la solución. Ni sugirió ni amenazó con guerras entre los mundos. Sugirió, por el contrario, que combináramos con las otras inteligencias para ayudarnos a eliminar al parásito. Y podemos hacerlo. Si nosotros, junto con los otros, unimos todos nuestros esfuerzos...

—¿Quieres decir que podemos confiar en él? ¿Habla en nombre de su Gobierno o de las otras razas?

—¿Podemos atrevemos a no correr el riesgo?

—No lo comprendes —cortó Drake. Se acercó a ella y tomó una de sus manos frías, inerte, entre las suyas. Siguió hablándole—: Puede parecer una tontería tratar de enseñarte algo de tu propia especialidad, pero quiero que

te fijes en lo que voy a decirte. Harg Tholan tenía razón. El hombre y sus antepasados prehistóricos han estado viviendo con esas inteligencias parasitarias por espacio de larguísimos períodos, por un tiempo mucho más largo que desde que fuimos realmente Homo sapiens. En ese intervalo, no solamente nos adaptamos a ellas, sino que dependemos de ellas. Ya no es un caso de parasitismo. Es un caso de cooperación mutua. Vosotros, los biólogos, tenéis un nombre para ello.

—¿De qué estás hablando? —gritó, desprendiendo su mano—. ¿Simbiosis?

—Exactamente. También tenemos nuestra propia enfermedad, crecimiento imparable. Ya ha sido mencionada como contrapartida a la muerte por inhibición. Bien, ¿cuál es la causa del cáncer? ¿Cuánto tiempo llevan los biólogos, los fisiólogos, los bioquímicos y demás trabajando en ello? ¿Qué éxito han conseguido? ¿Por qué? ¿Puedes tú contestarme ahora?

—No, no puedo —contestó despacio—. ¿De qué me estás hablando?

—Es estupendo decir que si pudiéramos eliminar al parásito, creceríamos y viviríamos eternamente si así lo deseáramos; o por lo menos hasta que nos cansáramos de ser excesivamente grandes o demasiado longevos, y nos elimináramos limpiamente. Pero ¿cuántos millones de años han transcurrido desde que el cuerpo humano tuvo ocasión de crecer de este modo imparable? ¿Puede hacerlo aún? ¿Está preparada para ello la química del cuerpo? ¿Dispone de los suficientes como-se-llamen?

—Enzimas —aclaró Rose en un murmullo.

—Eso, enzimas. Es imposible. Si por cualquier razón la inteligencia parasitaria, como la llama Harg Tholan, abandona el cuerpo humano, o si su relación con la mente humana se daña de algún modo, el crecimiento se da, pero no de forma ordenada. A este crecimiento le llamamos cáncer. Y ahí lo tienes. No hay manera de deshacerse del parásito. Estamos unidos para siempre, eternamente. Para eliminar su muerte por inhibición, los extraterrestres deben borrar de la Tierra toda vida vertebrada. No hay otra solución para ellos y por tanto debemos evitar que se enteren. ¿Lo comprendes?

Rose tenía la boca seca y le costaba hablar.

—Lo comprendo, Drake. —Se dio cuenta de que su marido tenía la frente húmeda y que el sudor se deslizaba por ambas mejillas—. Y ahora tendrás que sacarlo del apartamento.

—Como es muy tarde podré sacar el cuerpo del edificio. Después.. —Se volvió a mirarla—. No sé cuándo estaré de vuelta.

—Lo comprendo, Drake —repitió.

Harg Tholan pesaba mucho. Drake tuvo que arrastrarle por el piso. Rose se alejó para vomitar. Se cubrió los ojos hasta que oyó que la puerta se cerraba, y dijo para sí:

—Lo comprendo, Drake.

Eran las tres de la mañana. Había pasado casi una hora desde que oyó cerrarse la puerta, sin ruido, tras Drake y su carga. No podía saber a dónde iba, ni lo que se proponía hacer.

Permaneció sentada, atontada. No sentía deseos de dormir, ni deseos de moverse. Mantuvo la mente trabajando en círculos apretados, lejos de lo que sabía y que no quería saber.

¡Mentes parasitarias! ¿Era sólo una coincidencia o se trataba de una extraña memoria racial, un tenue jirón de antigua tradición o percepción interna, que se extendía a través de increíbles milenios, que mantenía al día el curioso mito del principio de los humanos? Pensó que, para empezar, hubo dos inteligencias en la Tierra. En el jardín del Edén había humanos y también la serpiente, que era «más sutil que cualquier animal del campo». La serpiente contaminó al hombre y como resultado perdió sus miembros. Sus atributos físicos ya no eran necesarios. Y por causa de esta contaminación, el hombre fue arrojado del jardín de la vida eterna. La muerte entró en el mundo.

Pero, pese a sus esfuerzos, el círculo de sus pensamientos crecía y volvía a Drake. Lo rechazaba, pero volvía; contó en voz baja, recitó los nombres de los objetos que tenía en su campo visual, gritó: «No, no, no», pero volvía. Seguía volviendo.

Drake le había mentido. Había sido una historia plausible. Hubiera resistido en la mayoría de los casos, pero Drake no era biólogo. El cáncer no podía ser, como aseguraba Drake, una enfermedad que expresara la pérdida de capacidad de crecimiento normal. El cáncer atacaba a niños en pleno crecimiento; incluso podía atacar el tejido embrionario; atacaba a los peces que, como los extraterrestres, no dejaban de crecer mientras vivían, y morían solo por enfermedad o accidente; atacaba a las plantas que no tienen mente y no pueden albergar parásitos. El cáncer no tenía nada que ver con la presencia o ausencia de crecimiento normal; era la enfermedad general de la vida, a la que ningún tejido de ningún organismo multicelular era completamente inmune.

Se cubrió los ojos con las manos. Los jóvenes que desaparecían estaban generalmente en el primer año de su matrimonio. Fuera cual fuera el proceso de reproducción de las inteligencias parasitarias, debía involucrar

una íntima asociación con otro parásito..., el tipo de íntima y continuada asociación que solamente era posible si sus respectivos anfitriones estaban igualmente en íntima relación. Como es el caso en parejas de recién casados.

Percibía que sus pensamientos iban desconectándose poco a poco. Pero volverían. Le preguntarían:

—¿Dónde está Harg Tholan? —Y ella contestaría:

—Con mi marido.

Sólo que le dirían:

—¿Y dónde está tu marido? —Porque él también se habría ido. Ya no la necesitaba más. Jamás regresaría. Nunca le encontrarían porque estaría por el espacio. Informaría de ambos: de Drake Smollett y de Harg Tholan al Departamento de personas desaparecidas.

Deseaba llorar pero no podía; tenía los ojos secos y doloridos.

Y de pronto le entró una risa loca y no podía parar. Era divertido. Buscando respuestas a tantas preguntas y las encontraba todas de golpe. Había encontrado incluso la respuesta a la pregunta que creyó que no tenía la menor relación con el caso.

Por fin había descubierto por qué Drake se había casado con ella.

CRECED Y MULTIPLICAOS

El sargento de Policía Mankiewicz hablaba por teléfono y lo estaba pasando mal. Su conversación más parecía un embrollo contado a su manera.

Estaba diciendo:

—Está bien. Llegó y dijo: «Enciérrenme en la cárcel porque quiero matarme.»

—...

—¿Qué puedo hacer yo? Éstas fueron sus palabras exactas. A mí también me parece cosa de un loco.

—...

—Oiga, señor, el tío responde a la descripción. Usted me pidió información y yo se la estoy dando.

—...

—Sí, tiene la cicatriz exactamente en la mejilla derecha y me dijo que se llamaba John Smith. No dijo que fuera doctor ni nada de nada.

—...

—Bueno, puede que se lo invente. Nadie se llama John Smith. Por lo menos no en una comisaría de Policía.

—...

—Ahora está encerrado.

—...

—Sí, lo digo en serio.

—...

—Resistirse a la Ley, asalto y agresión, daños intencionados. Son tres cargos.

—...

—A mí qué me importa quien sea.

—...

—Está bien. Espero.

Miró al oficial Brown y puso la mano sobre el auricular. Era una manaza como un jamón que casi se tragaba todo el aparato. Su cara de facciones acusadas estaba enrojecida y sudada bajo una mata de pelo amarillo claro. Exclamó:

—¡Problemas! Nada hay sino problemas en una comisaría. Preferiría mil

veces patear la calle.

—¿Quién está al teléfono? —preguntó Brown. Acababa de llegar y en realidad le tenía sin cuidado, pero pensó que, en efecto, Mankiewicz estaría mejor patrullando la calle.

Oak Ridge. Conferencia. Un tipo llamado Grant. Jefe de una división acabada en ógica o así, y ahora se ha ido en busca de alguien más a setenta y cinco centavos el minuto...

—¡Diga!

Mankiewicz volvió a agarrar el teléfono y se sentó.

—Mire, deje que le explique desde el principio. Quiero que lo entienda de una vez y, después, si no le gusta puede mandar a alguien aquí. El tipo no quiere un abogado. Asegura que sólo quiere quedarse en la cárcel y, amigo, no me parece mal.

—...

—Bueno, ¿quiere escucharme de una vez? Vino ayer, vino directamente hacia mí y dijo: «Oficial, quiero que me encierre en la cárcel porque quiero matarme». Así que yo le dije: «Óigame, lamento que quiera matarse. No lo haga porque si lo hace, lo lamentará el resto de su vida».

—...

—Hablo en serio. Sólo le digo lo que le dije. No le digo que sea una broma pesada, ya tengo bastantes problemas aquí, no sé si me entiende. ¿Cree que lo único que hago aquí es atender a locos que entran y...?

—...

—Déjeme hablar, ¿quiere? Le dije: «No puedo meterle en la cárcel porque quiera matarse. No es ningún crimen», y él me contestó: «Pero yo no quiero morir». Así que le dije: «Oiga, amigo, largo de aquí». Quiero decir que si un tipo quiere suicidarse, está bien, y sí no quiere, también, pero lo que no tolero es que venga a llorar sobre mi hombro.

—...

—Ya sigo. Así que él me dijo: «¿Si cometo un crimen me meterá en la cárcel?» Yo le contesté: «Si le descubren y alguien presenta una denuncia y no tiene dinero para pagar la fianza, le encerraré. Ahora, ¡lárguese!» Así que cogió el tintero de mi mesa y antes de que pudiera detenerle lo vació sobre el libro de registro de la Policía.

—...

—Está bien. ¿Por qué cree que le he acusado de daños intencionados? Le tinta me manchó todo el pantalón.

—...

—Sí, asalto y agresión, también. Me acerqué para sacudirle y hacerle

entrar en razón y me dio una patada en la espinilla y un golpe en el ojo.

—...

—No me invento nada. ¿Quiere usted venir y mirarme la cara?

—...

—Irá a juicio un día de éstos. El jueves, a lo mejor.

—...

—Noventa días es lo menos que le pondrán, a menos que los psicos digan lo contrario. Por mí que debería estar en el manicomio.

—...

—Oficialmente, es John Smith. Es el único nombre que nos da.

—...

—No, señor. No se le soltará sin las debidas diligencias legales.

—...

—O.K. hágalo si quiere, amigo. Yo me limito a cumplir con mi deber aquí.

Dejó de golpe el teléfono sobre su soporte, después volvió a levantarlo y marcó un número. Dijo:

—¿Gianetti? —acertó y empezó a hablar de nuevo—. Óyeme, ¿qué es C.E.A.? He estado hablando con un chillado por teléfono y dice que...

—...

—No, no es chiste, botarate. Si lo fuera, lo diría. ¿Qué es esta sopa de letras?

Prestó atención, dijo «gracias» con voz ahogada y colgó.

Había perdido parte de su color.

—El segundo tipo era el jefe de la Comisión de Energía Atómica —explicó a Brown—. Debieron conectarle de Oak Ridge a Washington.

Brown se puso en pie de un salto.

—A lo mejor el FBI anda detrás de ese John Smith. Puede que sea uno de esos científicos. —Se sintió impelido a filosofar—. Deberían guardar los secretos atómicos lejos de estos tipos. Las cosas iban muy bien mientras el general Groves era el único que estaba enterado de lo de la bomba atómica. Pero una vez hubieron metido a todos esos científicos...

—Cállate ya —rugió Mankiewicz.

El doctor Oswald Grant mantenía los ojos fijos en la línea blanca que marcaba la carretera y conducía el coche como si fuera su enemigo. Siempre lo hacía así. Era alto y nudoso, con una expresión ausente estampada en su cara. Las rodillas tocaban al volante y los nudillos se le quedaban blancos cada vez que tomaba una curva.

El inspector Darrity se sentaba a su lado con las piernas cruzadas de forma que la suela de su zapato izquierdo presionaba fuertemente la puerta. Cuando retirara el zapato quedaría una marca terrosa. Se entretenía pasando un cortaplumas marrón de una mano a la otra. Antes, lo había abierto, descubriendo su hoja brillante, maligna, para limpiarse las uñas mientras viajaban, pero un súbito viraje por poco le cuesta un dedo, así que desistió. Preguntó:

—¿Qué sabe de ese Ralson?

El doctor Grant apartó la vista momentáneamente del camino, pero volvió a mirar. Inquieto, respondió:

—Le conozco desde que se doctoró en Princeton. Es un hombre muy brillante.

—¿Sí? Conque brillante, ¿eh? ¿Por qué será que todos los científicos se describen mutuamente como «brillantes»? ¿Es que no los hay mediocres?

—Sí, muchos. Yo soy uno de ellos. Pero Ralson, no. Pregúnteselo a cualquiera. Pregunte a Oppenheimer. Pregunte a Bush. Fue el observador más joven en Alamogordo.

—O.K. Era brillante. ¿Qué hay de su vida privada?

Grant tardó en contestar.

—No lo sé.

—Le conoce desde Princeton. ¿Cuántos años son?

Llevaban dos horas corriendo en dirección norte por la autopista de Washington, sin casi haber cruzado palabra. Ahora Grant notó que la atmósfera cambiaba y sintió el peso de la Ley sobre el cuello de su gabán.

—Se graduó en el año cuarenta y tres.

—Entonces hace ocho años que le conoce.

—Eso es.

—¿Y no sabe nada de su vida privada?

—La vida de un hombre a él le pertenece, inspector. No era muy sociable. La mayoría son así. Trabajan bajo fuerte presión y cuando están lejos del empleo, no les interesa seguir con las amistades del laboratorio.

—¿Pertenecía a alguna organización, que usted sepa?

—No.

—¿Le dijo alguna vez algo que le hiciera pensar que fuera un traidor?

—¡No! —gritó Grant, y por un momento hubo silencio.

De pronto Darrity preguntó:

—¿Es muy importante Ralson en la investigación atómica?

Grant se inclinó sobre el volante y respondió:

—Tan importante como cualquier otro. Le aseguro que nadie es

indispensable, pero Ralson siempre ha parecido ser único. Tiene mentalidad de ingeniero.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No es un gran matemático en sí, pero sabe resolver los problemas que la matemática de otros crean en la vida. No hay nadie como él cuando se presenta el caso. Una y otra vez, inspector, hemos tenido un problema que solucionar sin tiempo para hacerlo. Todo eran mentes vacías a nuestro alrededor, hasta que él pensaba y decía: ¿Por qué no pruebas tal y tal cosa? Y se iba. Ni siquiera le interesaba averiguar si funcionaría. Pero siempre funcionaba. ¡Siempre! Quizá lo hubiéramos conseguido nosotros también, pero nos hubiera llevado meses de horas extra. No sé cómo lo hace. También resulta inútil preguntarle. Se limita mirarte y te dice: «Era obvio» y se marcha. Naturalmente, una vez nos ha dicho cómo hay que hacerlo, es obvio.

El inspector le dejó que hablara. Cuando ya no dijo más, preguntó:

—¿Diría usted que Ralson es raro, mentalmente? Inestable, quiero decir.

—Cuando una persona es un genio, no espera uno que sea normal, ¿no le parece?

—Puede que no. Pero, ¿hasta qué punto es anormal este genio determinado?

—Nunca hablaba de sus cosas. A veces, no quería trabajar.

—¿Se quedaba en casa y se iba a pescar?

—No, no. Venía al laboratorio, ya lo creo, pero se quedaba sentado ante su mesa. A veces, esto duraba semanas. Si uno le hablaba no contestaba, ni siquiera te miraba.

—¿Alguna vez dejó de trabajar del todo?

—¿Antes de ahora, quiere decir? ¡Jamás!

—¿Declaró alguna vez que quería suicidarse? ¿Dijo alguna vez que sólo se sentiría seguro en la cárcel?

—No.

—¿Está seguro de que John Smith es Ralson?

—Casi seguro. Tiene una quemadura en la mejilla derecha que es inconfundible.

—O.K. Está bien, hablaré con él y veré qué tal suena.

Esta vez el silencio fue duradero. El doctor Grant siguió la línea blanca mientras que el inspector Darrity lanzaba el cortaplumas en arcos poco pronunciados, de una mano a otra.

El celador escuchó desde el locutorio y miró a sus visitantes.

—Podemos hacer que le traigan aquí, inspector, si no le importa.

—No —Grant movió la cabeza—, iremos a verle.

—¿Es eso normal en Ralson, doctor Grant? —preguntó Darrity—. ¿Teme que ataque al celador que trate de sacarlo de su celda?

—No sabría decírselo —dijo Grant.

El celador tendió una mano callosa. Su nariz bulbosa se arrugó algo.

—Hemos tratado de no hacer nada con él hasta ahora, debido al telegrama de Washington; pero, francamente, no tendría que estar aquí. Estaré encantado de perderle de vista.

—Le visitaremos en su celda —anunció Darrity. Recorrieron el frío corredor bordeado de rejas. Ojos vacíos de curiosidad contemplaron su paso. Al doctor Grant se le puso la carne de gallina.

—¿Lo han tenido aquí todo este tiempo?

Darrity no contestó. El guardia que les precedía se detuvo:

—Esta es la celda.

—¿Es éste el doctor Ralson? —preguntó Darrity. El doctor Grant miró silenciosamente a la figura que estaba encima del jergón. El hombre estaba echado, cuando llegaron a la celda, pero ahora se había incorporado sobre un codo y parecía que trataba de incrustarse en la pared. Su cabello era ceniciento y escaso, su cuerpo flaco, los ojos vacíos de un azul de porcelana. En la mejilla derecha tenía una cicatriz rosada, en relieve, que terminaba en un rabo de renacuajo. El doctor Grant dijo:

—Es Ralson.

El guardia abrió la puerta y entró, pero el inspector Darrity le mandó salir con un gesto. Ralson les observaba, en silencio. Había puesto ambos pies sobre el jergón y seguía echándose atrás. Su nuez se agitaba al tragar. Darrity preguntó en tono tranquilo:

—¿Doctor Elwood Ralson?

—¿Qué quiere? —Su voz era sorprendente, de barítono.

—Por favor, ¿quiere venir con nosotros? Hay unas cuantas preguntas que nos gustaría hacerle.

—¡No! ¡Déjeme en paz!

—Doctor Ralson —interpuso Grant—, me han enviado para que le ruegue que vuelva al trabajo.

Ralson miró al científico y en sus ojos hubo un brillo fugaz que no era de miedo. Le saludó:

—Hola, Grant. —Bajó del camastro—. Óigame, he estado intentando lograr que me encierren en una celda acolchada. ¿No puede conseguir que lo hagan por mí? Usted me conoce, Grant. No le pediría algo que no

considerara necesario. Ayúdeme. No puedo soportar estas paredes tan duras. Me hacen querer..., estrellarme contra ellas...

Bajó la palma de la mano y golpeó el muro gris y duro de cemento, detrás de su camastro. Darrity pareció pensativo. Sacó su cortaplumas y lo abrió dejando ver su hoja brillante. Se rascó la uña del pulgar cuidadosamente y preguntó:

—¿Le gustaría que le viera un médico?

Pero Ralson no le contestó. Seguía con la mirada el brillo del metal y entreabrió y humedeció sus labios. Su respiración se hizo ronca y entrecortada.

—¡Guarde eso! —exclamó.

—¿Qué guarde qué? —inquirió Darrity.

—Su navaja. No me la ponga delante. No puedo soportar mirarla.

—¿Por qué no? —preguntó Darrity, y se la tendió—. ¿Le ocurre algo? Es un buen cortaplumas.

Ralson saltó. Darrity dio un paso atrás y su mano izquierda cayó sobre la muñeca del otro. Levantó la navaja en alto.

—¿Qué le pasa, Ralson? ¿Qué está buscando?

Grant protestó, pero Darrity le silenció.

—¿Qué se propone, Ralson?

Ralson trató de alzarse, pero se doblegó bajo la tremenda garra del otro. Jadeó:

—Deme la navaja.

—¿Por qué, Ralson? ¿Qué quiere hacer con ella?

—Por favor, tengo que... —Ahora suplicaba—. Tengo que dejar de vivir.

—¿Tiene ganas de morir?

—No, pero debo hacerlo.

Darrity le dio un empujón. Ralson se tambaleó hacia atrás y cayó de espaldas sobre su camastro que crujió ruidosamente Sin prisa, Darrity dobló la hoja de su cortaplumas, la metió en su ranura, y lo guardó. Ralson se cubrió el rostro. Sus hombros se sacudían, pero por lo demás no hizo ningún movimiento. Se oyeron gritos en el corredor, al reaccionar los demás presos por el ruido que salía de la celda de Ralson. El guardia se acercó corriendo, gritando «¡Silencio!» al pasar. Darrity le miró:

—No pasa nada, guardia.

Se secaba las manos en un enorme pañuelo blanco.

—Creo que debemos buscarle un médico.

El doctor Gottfried Blaustein era bajito y moreno y hablaba con algo de

acento austriaco. Le faltaba solamente una perilla para parecer, a los ojos de los profanos, su propia caricatura. Pero iba afeitado y muy cuidadosamente vestido. Observó a Grant de cerca, como calibrándole, observándole y guardando sus deducciones. Lo hacía ahora maquinalmente con cualquiera que se encontrara. Dijo:

—Me ha proporcionado cierta imagen. Me describe un hombre de gran talento, quizás incluso un genio. Me dice que se ha encontrado siempre incómodo con la gente, que jamás ha encajado con su entorno del laboratorio, aunque era allí donde cosechaba los mayores éxitos. ¿Hay algún otro ambiente en el que haya encajado?

—No le comprendo.

—No todos nosotros hemos sido tan afortunados como para encontrar un tipo de compañía satisfactoria en el lugar o en el campo donde encontramos necesario ganarnos la vida. Frecuentemente, uno encuentra compensación tocando un instrumento, o haciendo marchas, o perteneciendo a algún club. En otras palabras, uno se crea un nuevo tipo de sociedad, cuando no trabaja, en el que uno se siente más a gusto. No es necesario que tenga la menor relación con la ocupación ordinaria. Es una evasión, y no necesariamente insana. —Sonrió, y añadió—: Yo mismo, yo colecciono sellos. Soy miembro activo de la Sociedad Americana de Filatélicos.

Grant sacudió la cabeza.

—Ignoro lo que hacia fuera de su trabajo. Dudo que hiciera algo como lo que usted ha mencionado.

—¡Humm! Esto sería triste. Disfrutar y relajarse donde se pueda es bueno, pero hay que encontrar esa distracción, ¿no cree?

—¿Ha hablado ya con el doctor Ralson?

—¿Sobre sus problemas? No.

—¿Y no va a hacerlo?

—¡Oh, sí! Pero lleva aquí solamente una semana. Uno debe darle la oportunidad de recuperarse. Estaba en un estado sumamente excitado cuando llegó aquí. Era casi el delirio. Déjele que descanse y se acostumbre a su nuevo entorno. Entonces, le interrogaré.

—¿Podrá hacer que vuelva al trabajo?

—¿Cómo puedo saberlo? —Blaustein sonrió—. Ni siquiera sé cuál es su enfermedad.

—¿No podría por lo menos liberarle de la peor parte..., de su obsesión suicida..., y ocuparse del resto de la cura ya sin prisa?

—Tal vez. No puedo siquiera aventurar una opinión sin varias

entrevistas.

—¿Cuánto tiempo supone que tardará?

—En estos casos, doctor Grant, nadie puede saberlo.

Grant se apretó las manos con fuerza.

—Bien, entonces haga lo que le parezca mejor. Pero todo esto es mucho más importante de lo que supone.

—Puede ser. Pero usted debería ayudarme, doctor Grant.

—¿Cómo?

—¿Puede conseguirme ciertos informes que tal vez se consideren de máximo secreto?

—¿Qué tipo de información?

—Me gustaría saber cuántos suicidios han ocurrido, desde 1945, entre los científicos nucleares. También cuántos han abandonado sus puestos para pasarse a otro tipo de trabajos científicos, o abandonado por completo la ciencia.

—¿Está esto relacionado con Ralson?

—¿No cree usted que podría ser una enfermedad ocupacional, me refiero a su tremenda tristeza?

—Bueno, naturalmente, muchos han dejado sus puestos.

—¿Por qué naturalmente, doctor Grant?

—Debe conocer lo que ocurre, doctor Blaustein. La atmósfera en la investigación atómica moderna es de enorme presión y compromiso. Trabaja con el Gobierno, trabaja con los militares, no puede hablar de su trabajo; tiene que cuidar mucho lo que dice. Naturalmente, si se presenta la oportunidad de un puesto en la Universidad, donde puede fijar sus horarios, hacer su trabajo, escribir artículos que no deban ser sometidos a la C.E.A., asistir a congresos que no se celebran a puerta cerrada, uno lo agarra.

—¿Y abandona para siempre su especialidad?

—Siempre tiene aplicaciones no militares. Por supuesto, hubo un hombre que abandonó por otra razón. Una vez me contó que no podía dormir por las noches. Decía que oía cien mil gritos procedentes de Hiroshima cuando apagaban las luces. Lo último que he sabido de él es que se colocó de dependiente en una mercería.

—¿Y usted ha oído gritos alguna vez?

Grant movió afirmativamente la cabeza.

—No es agradable saber que incluso una mínima parte de la responsabilidad de la destrucción atómica pueda ser mía.

—¿Qué pensaba Ralson?

—Jamás hablaba de estas cosas.

—En otras palabras, si lo sentía, nunca se sirvió de la válvula de escape que hubiera sido comentarlo con ustedes.

—Creo que no.

—Sin embargo, hay que seguir con la investigación nuclear, ¿no?

—Ya lo creo.

—¿Cómo actuaría, doctor Grant, si sintiera que tenía que hacer algo que no puede hacer?

Grant se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Algunas personas se matan.

—¿Quiere decir que esto puede ser lo de Ralson?

—No lo sé. No lo sé. Esta noche hablaré con el doctor Ralson. No puedo prometerle nada, claro, pero le diré lo que pueda.

—Gracias, doctor —dijo Grant levantándose—, trataré de conseguir la información que me ha pedido.

El aspecto de Elwood Ralson había mejorado en la semana que llevaba en el sanatorio del doctor Blaustein. Había engordado un poco y parte de su desasosiego había desaparecido. No llevaba corbata ni cinturón, ni sus zapatos tenían cordones. Blaustein preguntó:

—¿Cómo se encuentra, doctor Ralson?

—Descansado.

—¿Le tratan bien?

—No puedo quejarme, doctor.

La mano de Blaustein tanteó en busca del abrecartas con el que solía jugar en momentos de abstracción, pero sus dedos no encontraron nada. Lo había escondido, claro, con todo aquello que poseyera filo. Sobre su mesa no había otra cosa que papeles.

—Siéntese, doctor Ralson —le dijo—. ¿Qué tal van sus síntomas?

—¿Quiere decir si siento lo que usted llamaría un impulso suicida? Sí. Está mejor o peor, creo que depende de lo que piense. Pero no lo llevo siempre conmigo. No puede usted hacer nada por ayudarme.

—Quizá tenga razón. A veces hay cosas que no puedo remediar. Pero me gustaría saber todo lo que pudiera sobre usted. Es usted un hombre importante...

Ralson dio un bufido.

—¿No se considera importante? —repuso Blaustein.

—De ningún modo. No hay hombres importantes, como tampoco hay bacterias individuales importantes.

—No comprendo.

—No pretendo que lo comprenda.

—No obstante, me parece que detrás de su afirmación debe de haber mucha reflexión. Sería ciertamente del mayor interés para mí que me explicara un poco ese pensamiento.

Ralson sonrió por primera vez. No era una sonrisa agradable. La nariz se le había quedado blanca. Comentó:

—Es divertido observarle, doctor. Cumple concienzudamente su cometido. Quiere usted escucharme, ¿no es cierto?, con ese aire de falso interés y fingida simpatía. Le contaré las cosas más ridículas y aún tendré la seguridad de conservar el auditorio, ¿no es así?

—¿No puede pensar que mi interés sea real, aunque también sea profesional?

—No, no le creo.

—¿Por qué no?

—No me interesa discutirlo.

—¿Prefiere regresar a su habitación?

—Si no le importa, no. —Su voz, al ponerse en pie, sonaba enfurecida, después volvió a sentarse—. ¿Por qué no utilizarle yo? No me gusta hablar a la gente. Son estúpidos. No ven las cosas. Miran lo obvio durante horas y no significa nada para ellos. Si les hablara no comprenderían; se les terminaría la paciencia; se reirían. En cambio usted tiene que escucharme. Es su trabajo. No puede interrumpir para decirme que estoy loco, aunque a lo mejor lo esté pensando.

—Me alegrará escuchar todo lo que quiera contarme.

Ralson respiró profundamente.

—Hace un año que me enteré de una cosa que poca gente conoce. Puede que sea algo que ninguna persona viva alcance. ¿Sabía usted que los avances culturales se producen a borbotones? En una ciudad de treinta mil habitantes libres, por espacio de dos generaciones surgieron suficientes genios artísticos y literarios de primer orden para abastecer a una nación de millones, durante un siglo, en circunstancias ordinarias. Me refiero a la Atenas de Pericles. «Hay otros ejemplos. La Florencia de los Médicis, la Inglaterra de la reina Isabel, la España del califato de Córdoba. Hubo una oleada de reformadores sociales entre los israelitas de los siglos VIII y VII antes de Cristo. ¿Sabe lo que quiero decir?

Blaustein asintió.

—Veo que la Historia es un tema que le interesa.

—¿Por qué no? Supongo que no hay nada que diga que debo limitarme

a la física nuclear y a las ondas hertzianas.

—En absoluto. Siga, por favor.

—Al principio, pensé que podía aprender más del auténtico enigma de los ciclos históricos, consultando a un especialista. Celebré alguna conferencia con un historiador. ¡Tiempo perdido!

—¿Cómo se llamaba ese historiador?

—¡Qué importa!

—Puede que nada, si prefiere considerarlo confidencial. ¿Qué le dijo?

—Dijo que yo estaba equivocado; que la Historia «sólo» parecía avanzar a saltos. Dijo que, después de mucho estudio, las grandes civilizaciones de Egipto y de Sumer no surgieron ni de pronto ni de la nada sino basadas en otras civilizaciones menores tardías en desarrollarse que ya eran sofisticadas en sus manifestaciones. Dijo que la Atenas de Pericles creció sobre una Atenas de inferiores logros, pero sin la cual la era de Pericles no habría existido. «Le pregunté por qué no existía una Atenas posterior a Pericles de más altos logros aún, y me dijo que Atenas estaba arruinada por una plaga y por una larga guerra con Esparta. Pregunté sobre otros brotes culturales y siempre una guerra los había aniquilado o, en algunos casos, les había acompañado. Siempre era así. La verdad estaba allí; sólo tenía que inclinarse y recogerla, pero no lo hizo. —Ralson se quedó mirando al suelo y

Lejano Oriente y había asegurado puntos de apoyo en América del Sur, en la punta del África meridional, y en el valle del Hudson en América del Norte. Su flota mantenía a Inglaterra a raya. Y cuando su seguridad política quedó asegurada, sobrevino el ocaso.

»Como le he dicho, suele ocurrir. Los grupos, como los individuos, se alzan a indecibles alturas en respuesta a un desafío, y se limitan a vegetar cuando éste falta. Pero, donde el doctor Ralson se apartó del sendero de la cordura fue al insistir que tal punto de vista equivalía a confundir causa y efecto. Declaró que no eran los tiempos de guerra y peligro los que estimulaban los «brotes culturales», sino más bien al contrario. Insistía en que cada vez que un grupo de hombres mostraba demasiada vitalidad y habilidad, era necesaria una guerra para destruir la posibilidad de desarrollo ulterior.

—Ya veo —comentó Blaustein.

—Confieso que casi me reí de él. Tal vez fue por eso por lo que no compareció a la última cita que habíamos concertado. Casi al final de la última entrevista me preguntó, con el máximo interés imaginable, si no me parecía peculiar que una improbable especie, como es el hombre, dominara la Tierra cuando lo único que tenía en su favor era la inteligencia. Ahí me eché a reír. Tal vez no hubiera debido hacerlo, pobre hombre.

—Fue una reacción natural —le tranquilizó Blaustein—, pero no debo abusar más de su tiempo. Me ha ayudado mucho.

Se estrecharon la mano y Thaddeus Milton se despidió

—Bueno —dijo Darrity—, aquí tiene las cifras recientes de suicidios entre el personal científico. ¿Saca alguna deducción?

—Es a usted a quien debería preguntárselo. El FBI debe haber investigado a fondo.

—Puede apostar el presupuesto nacional a que sí. Son suicidios, sin la menor duda. Ha habido gente comprobándolo en otro departamento. El número está cuatro veces por encima de lo normal, teniendo en cuenta edad, condición social, situación económica.

—¿Qué hay con los científicos británicos?

—Más o menos lo mismo.

—¿Y en la Unión Soviética?

—¡Quién sabe! —El investigador se inclinó hacia delante—. Doctor, no creerá usted que los soviéticos tienen una especie de rayo que hace suicidarse a la gente, ¿verdad? Se sospecha en cierto modo que los únicos afectados son los hombres dedicados a la investigación atómica.

—¿De verdad? Puede que no. Los físicos nucleares sufren tal vez tensiones especiales. Es difícil decirlo sin hacer un estudio a fondo.

—¿Quiere decir que tienen complejos? —preguntó Darrity con suspicacia.

Blaustein hizo una mueca.

—La Psiquiatría se está volviendo demasiado popular. Todo el mundo habla de complejos y neurosis, de psicosis y coacciones y sabe Dios qué. El complejo de culpabilidad de un hombre es el sueño plácido de otro hombre. Si pudiera hablar con cada uno de los que se han suicidado, a lo mejor comprendería algo.

—¿Ha hablado con Ralson?

—Sí, he hablado con Ralson.

—¿Tiene algún complejo de culpabilidad?

—No. Tiene antecedentes de los que no me sorprendería que obtuviera una morbosa angustia mortal. Cuando tenía doce años, vio morir a su madre bajo las ruedas de un coche. Su padre murió de cáncer. Sin embargo, no está claro el efecto de ambas vivencias en su problema actual.

Darrity recogió su sombrero.

—Bueno, doctor, le deseo éxito. Hay algo gordo en el aire, algo mucho mayor que la bomba H. No sé cómo puede haber algo mayor que eso, pero lo hay. —Ralson insistió en seguir de pie—. He tenido una mala noche, doctor.

—Sólo confío —repuso Blaustein— en que estas conversaciones no le perturben.

—A lo mejor, sí. Me hace pensar otra vez en el tema. Y cuando lo hago, todo se pone mal. ¿Qué le haría sentirse parte de un cultivo bacteriológico, doctor?

—Nunca se me ha ocurrido pensarlo. Puede que a una bacteria le parezca normal.

Ralson ni le oyó, prosiguió hablando despacio:

—Un cultivo en el que se estudia la inteligencia. Estudiamos todo tipo de cosas, siempre y cuando se trate de sus relaciones genéticas. Cazamos las moscas de la fruta y cruzamos ojos rojos con ojos blancos para ver lo que pasa. Nos tienen sin cuidado los ojos rojos y los ojos blancos, pero tratamos de sacar de ellos ciertos principios genéticos básicos. ¿Sabe a lo que me refiero?

—Claro.

—Incluso, entre los humanos, podemos seguir varias características

físicas. Tenemos los labios Habsburgo, y la hemofilia que empezó con la reina Victoria y se propagó en sus descendientes de las familias reales de España y Rusia. Podemos seguir la debilidad mental de los Jukeses y los Kallikaks. Se aprende en las clases de Biología del Instituto. Pero no se pueden criar seres humanos como se crían las moscas de la fruta. Los seres humanos viven demasiado. Se tardarían siglos en sacar conclusiones. Es una lástima que no tengamos una raza especial de hombres que se reproduzcan a intervalos semanales, ¿no le parece? —Esperó una respuesta, pero Blaustein sólo sonrió. Ralson siguió hablando—: Sólo que esto es exactamente lo que seríamos para otro grupo de seres cuya duración de vida fuera de mil años. Para ellos nos reproduciríamos con bastante rapidez. Seríamos criaturas de vida breve y podrían estudiar la genética de tales cosas como la aptitud musical, la inteligencia científica y demás. No porque les interesaran esas cosas en sí, como tampoco nos interesan a nosotros los ojos blancos de la mosca de la fruta.

—Éste es un razonamiento muy interesante —comentó Blaustein.

—No es un simple razonamiento. Es cierto. Para mí es obvio y me tiene sin cuidado lo que usted opine. Mire a su alrededor. Mire al planeta Tierra. ¿Qué clase de animales ridículos somos para ser los amos del mundo después de que los dinosaurios fracasaran? Claro que somos inteligentes, pero, ¿qué es la inteligencia? Pensamos que es importante porque la tenemos. Si los tiranosauros hubieran elegido la única cualidad que creían les iba a asegurar el dominio de las especies, seguro que habría sido tamaño y fuerza. Y lo hubieran hecho mejor. Duraron más de lo que duraremos nosotros.

»La inteligencia en si misma no es gran cosa en cuanto a valores de supervivencia se refiere. El elefante no sale muy bien parado comparado con el gorrión, aunque es mucho más inteligente. El perro funciona bien bajo la protección del hombre, pero no tan bien como la mosca contra la que se alzan todas las manos humanas. O tome a los primates como grupo. Los pequeños se achican frente al enemigo; los grandes han sido siempre poco afortunados, defendiéndose siempre lo justo. Los mandriles son los mejores, pero es gracias a sus colmillos, no a su inteligencia. —Una ligera capa de sudor cubría la frente de Ralson. Siguió—: Y uno puede ver que el hombre ha sido hecho a medida, fabricado cuidadosamente en beneficio de las cosas que nos estudian. El primate tiene, generalmente la vida corta. Naturalmente los mayores viven más aunque eso es una regla general de la vida animal. No obstante el ser humano tiene una duración de vida dos veces más larga que los grandes monos, considerablemente más larga

incluso que la del gorila, que le dobla en peso. Nosotros maduramos más tarde. Es como si se nos hubiera creado minuciosamente para que viviéramos un poco más de modo que nuestro ciclo de vida pudiera tener una longitud más conveniente. —Se puso en pie de un salto y sacudió los puños por encima de su cabeza—. Un millar de años no es más que ayer...

Blaustein pulsó apresuradamente un timbre. Por un instante, Ralson forcejeó con el enfermero vestido de blanco que acababa de entrar, después permitió que se lo llevara. Blaustein le siguió con la mirada, meneó la cabeza y levantó el teléfono. Consiguió hablar con Darrity:

—Inspector, es preferible que sepa que esto nos va a llevar mucho tiempo.

Escuchó, movió la cabeza, y dijo:

—Lo sé. No minimizo la urgencia.

La voz que le llegaba por el receptor era lejana y dura:

—Doctor, es usted el que la minimiza. Le enviaré al doctor Grant. Él le explicará la situación.

El doctor Grant se interesó por el estado de Ralson. Luego, con gran pesar, preguntó si podía verle. Blaustein movió negativamente la cabeza. Grant insistió:

—Se me ha ordenado que le explique la situación actual de la investigación atómica.

—Para que lo entienda, ¿no?

—Eso espero. Es una medida desesperada. Tendré que recordarle que...

—Que no pronuncie ni una sola palabra. Sí, lo sé. Esta inseguridad por parte de su gente es un mal síntoma. Deberían saber que estas cosas no pueden ocultarse.

—Vivimos con el secreto. Es contagioso.

—Exactamente. Y ahora, ¿cuál es el secreto en curso?

—Hay..., o por lo menos puede haber una defensa contra la bomba atómica.

—¿Y es éste el secreto? Sería mejor que lo propagaran a gritos a todo el mundo y al instante.

—Por el amor de Dios, no. Escúcheme, doctor Blaustein. De momento sólo está en el papel. Está en el punto en que E es igual a MC al cuadrado o casi. Puede no ser práctico. Sería fatal despertar esperanzas que luego se vinieran abajo. Por el contrario, si se supiera que casi teníamos la defensa, podría despertarse el deseo de empezar y ganar una guerra antes de que la defensa estuviera completamente desarrollada.

—Esto no me lo creo. Pero le estoy distrayendo. ¿De qué naturaleza es

esa defensa, o me ha dicho todo lo que puede decirme?

—No, puedo llegar hasta donde me parezca, siempre y cuando sea necesario para convencerle de que necesitamos a Ralson y... ¡pronto!

—Bien, pues cuénteme y así yo también conoceré los secretos. Me siento como un miembro del Gobierno.

—Sabrá más que la mayoría. Mire, doctor Blaustein, deje que se lo explique en términos vulgares. Hasta ahora los avances militares se consiguieron casi por igual tanto en las armas ofensivas como en las defensivas. En todas las guerras pasadas parecía haber una inclinación definida y permanente hacia lo ofensivo, y eso fue cuando se inventó la pólvora. Pero la defensa quiso participar. El hombre armado a caballo, de la Edad Media, se transformó en el tanque del hombre moderno, y el castillo de piedra se transformó en un búnker de cemento. Era lo mismo, lo que había cambiado era la cantidad, era la magnitud, ¡y en cuántos puntos!

—Está bien. Lo pone muy claro. Pero con la bomba atómica los puntos de magnitud aumentan, ¿verdad? Deben ir más allá del cemento y del acero para protegerse.

—En efecto. Sólo que no podemos limitarnos a hacer las paredes más gruesas. Se nos han terminado los materiales que eran suficientemente fuertes. Si el átomo ataca debemos dejar que el átomo nos defienda. Nos serviremos de la propia energía: un campo de energía.

—¿Y qué es un campo de energía? —preguntó ingenuamente Blaustein.

—Me gustaría poder explicárselo. En este momento no es más que una ecuación sobre el papel. Teóricamente la energía puede ser encauzada de tal forma que cree un muro de inercia inmaterial. En la práctica, no sabemos cómo hacerlo.

—Sería como un muro que no podrían atravesar ni siquiera los átomos, ¿no es eso?

—Ni siquiera las bombas atómicas. El único limite de su fuerza sería la cantidad de energía que pudiéramos volcar en él. Incluso podría ser impermeable a la radiación. Estamos hablando en teoría. Los rayos gamma rebotarían en él. En lo que hemos soñado es en una pantalla que estaría permanentemente colocada alrededor de las ciudades; a un mínimo de fuerza, sin casi utilizar la energía. Podría conectarse a un máximo de intensidad en una fracción de milisegundo, por el impacto de radiación de onda corta; digamos, la cantidad que irradiaría de una masa de plutonio lo bastante grande como para ser una cabeza atómica. Todo esto es teóricamente posible.

—¿Y para qué necesitan a Ralson?

—Porque él es el único que puede llevarlo a la práctica, si es que puede llevarse a la práctica lo bastante de prisa. En estos días, cada minuto cuenta. Ya sabe cuál es la situación internacional. La defensa atómica debe llegar antes que la guerra atómica.

—¿Por qué está tan seguro de Ralson?

—Estoy tan seguro de él como puedo estarlo de cualquier cosa. El hombre es asombroso, doctor Blaustein. Siempre acierta. Nadie se explica cómo lo consigue.

—Digamos intuición, ¿no? —El psiquiatra parecía turbado—. Posee un tipo de raciocinio que está más allá de la capacidad ordinaria humana. ¿Es eso?

—Confieso que ni pretendo saber lo que es.

—Entonces, déjeme que le hable otra vez. Le avisaré.

—Bien. —Grant se levantó para marcharse, luego, como si lo pensara mejor, añadió—: Podría decirle, doctor, que si usted no hace nada, la Comisión se propone quitarle al doctor Ralson de las manos.

—¿Y probar con otro psiquiatra? Si esto es lo que desean, por supuesto, no me cruzaré en su camino. No obstante, en mi opinión, no hay un solo médico que pretenda que existe una cura rápida.

—A lo mejor no intentamos seguir con el tratamiento psiquiátrico. Puede que, simplemente, le devuelvan al trabajo.

—Esto, doctor Grant, no lo permitiré. No sacarán nada de él. Será su muerte.

—De todos modos, así tampoco sacamos nada de él.

—Pero, de este modo existe una probabilidad, ¿no cree?

—Así lo espero. A propósito, por favor, no mencione que yo le he dicho que piensan llevarse a Ralson.

—No lo haré, y gracias por advertirme.

—La última vez me porté como un imbécil, ¿no es verdad, doctor? —preguntó Ralson ceñudo.

—¿Quiere decir que no cree lo que dijo entonces?

—¡Ya lo creo! —El cuerpo frágil de Ralson se estremeció con la intensidad de su afirmación. Corrió hacia la ventana y Blaustein giró en su sillón para no perderle de vista. Había rejas en la ventana. No podía saltar. El cristal era irrompible. Caía la tarde y las estrellas empezaban a aparecer. Ralson las contempló fascinado, después se volvió a Blaustein con el dedo en alto.

—Cada una de ellas es una incubadora. Mantienen la temperatura al

grado deseado. Para experimentos diferentes, temperatura diferente. Y los planetas que las rodean son enormes cultivos que contienen distintas mezclas nutrientes y distintas formas de vida. Los investigadores también son parte económica, sean quienes sean o lo que sean. Han cultivado diferentes formas de vida en ese tubo de ensayo especial. Los dinosaurios en una época húmeda y tropical, nosotros en una época interglaciar. Enfocan el sol arriba y abajo, y nosotros tratando de averiguar la física que lo mueve. ¡Física! Descubrió los dientes en una mueca despectiva.

—Pero —objetó el doctor Blaustein— es imposible que el sol pueda enfocarse arriba y abajo a voluntad.

—¿Por qué no? Es como un elemento de calor en un horno. ¿Cree que las bacterias saben qué es lo que mueve el calor que llega a ellas? ¡Quién sabe! Puede que también ellas desarrollen sus teorías. Puede que tengan sus cosmogonías sobre catástrofes cósmicas en las que una serie de bombillas al estrellarse crean hileras de recipientes Petri. Puede que piensen que debe haber un creador bienhechor que les proporciona comida y calor y les dice: «¡Creced y multiplicaos!» Crecemos como ellas sin saber por qué. Obedecemos las llamadas leyes de la Naturaleza que son solamente nuestra interpretación de las incomprensibles fuerzas que se nos han impuesto. »Y ahora tienen entre sus manos el mayor experimento de todos los tiempos. Lleva en marcha doscientos años. En Inglaterra en el siglo xviii, supongo, decidieron desarrollar una fuerza que probara la aptitud mecánica. Lo llamamos la Revolución Industrial. Empezó por el vapor, pasó a la electricidad, luego a los átomos. Fue un experimento interesante, pero se arriesgaron mucho al dejar que se extendiera. Por ello es por lo que tendrán que ser muy drásticos para ponerle fin.

Blaustein preguntó:

—¿Y cómo podrían terminarlo? ¿Tiene usted idea de cómo hacerlo?

—Me pregunta cómo se proponen terminarlo. Mire a su alrededor en el mundo de hoy y seguirá preguntándose qué puede acabar con nuestra época tecnológica. Toda la Tierra teme una guerra atómica y haría cualquier cosa para evitarla; sin embargo, toda la Tierra sospecha que la guerra atómica es inevitable.

—En otras palabras, que los que experimentan organizaran una guerra atómica, queramos o no, para destruir la era tecnológica en que nos encontramos y empezar de nuevo. ¿No es así?

—Sí. Y es lógico. Cuando esterilizamos un instrumento, ¿conocen los gérmenes de dónde viene el calor que los mata? ¿O qué lo ha provocado? Los experimentadores tienen medios para elevar la temperatura de nuestras

emociones; un modo de manejarnos que sobrepasa nuestra comprensión.

—Dígame, ¿es por esta razón por la que quiere morir? —rogó Blaustein—. ¿Porque piensa que la destrucción de la civilización se acerca y no puede detenerse?

—Yo no quiero morir —protestó Ralson, con la tortura reflejada en sus ojos—. Es que debo morir. Doctor, si tuviera usted un cultivo de gérmenes altamente peligrosos que tuviera que mantener bajo absoluto control, ¿no tendría un medio agar impregnado de, digamos, penicilina, en un círculo y a cierta distancia del centro de inoculación? Todo germen que se alejara demasiado del centro, moriría. No sentiría nada por los gérmenes que murieran, ni siquiera tendría por qué saber, en principio, que ciertos gérmenes se habrían alejado tanto. Todo seria puramente automático.

»Doctor, hay un círculo de penicilina alrededor de nuestro intelecto. Cuando nos alejamos demasiado, cuando penetramos el verdadero sentido de nuestra propia existencia, hemos alcanzado la penicilina y debemos morir. Es lento..., pero es duro, seguir viviendo. —Inició una breve sonrisa triste. Después añadió—: ¿Puedo volver a mi habitación ahora, doctor?

El doctor Blaustein fue a la habitación de Ralson al día siguiente a mediodía. Era una habitación pequeña y sin carácter, de paredes grises y acolchadas. Dos pequeñas ventanas se abrían en lo alto de uno de los muros y era imposible llegar a ellas. El colchón estaba directamente colocado encima del suelo, acolchado también. No había nada de metal en la estancia; nada que pudiera utilizarse para arrancar la vida corporal. Incluso las uñas de Ralson estaban muy cortadas.

—¡Hola! —exclamó Ralson incorporándose.

—Hola, doctor Ralson. ¿Puedo hablar con usted?

—¿Aquí? No puedo ofrecerle ni siquiera un asiento.

—No importa. Me quedaré de pie. Mi trabajo es sedentario y es bueno para mí estar de pie algún tiempo. Durante toda la noche he estado pensando en lo que me dijo ayer y los días anteriores.

—Y ahora va a aplicarme un tratamiento para que me desprenda de lo que usted piensa que son delirios.

—No. Sólo deseo hacerle unas preguntas y quizás indicarle algunas consecuencias de sus teorías que..., ¿me perdonará...?, tal vez no se le hayan ocurrido.

—¿Oh?

—Verá, doctor Ralson, desde que me explicó sus teorías yo también sé lo que usted sabe. Pero en cambio, no pienso en el suicidio.

—Creer es algo más que intelectual, doctor. Tendría que creer esto con

todas sus consecuencias, lo que no es así.

—¿No piensa usted que quizá sea más bien un fenómeno de adaptación?

—¿Qué quiere decir?

—Doctor Ralson, usted no es realmente un biólogo. Y aunque es usted muy brillante en Física, no piensa en todo con relación a esos cultivos de bacterias que utiliza como analogía. Sabe que es posible producir unos tipos de bacterias que son resistentes a la penicilina, a cualquier veneno o a otras bacterias.

—¿Y bien?

—Los experimentadores que nos han creado han estado trabajando varias generaciones con la Humanidad, ¿no? Y ese tipo que ha estado cultivando por espacio de dos siglos no da señales de que vaya a morir espontáneamente. En realidad, es un tipo vigoroso y muy infeccioso. Otros tipos de cultivos más antiguos fueron confinados a ciudades únicas o a pequeñas áreas y duraron sólo una o dos generaciones. La de ahora, se está extendiendo por todo el mundo. Es un tipo muy infeccioso. ¿No cree que pueda haberse hecho inmune a la penicilina? En otras palabras, los métodos que los experimentadores utilizan para eliminar los cultivos pueden haber dejado de funcionar, ¿no cree?

Ralson movió la cabeza:

—Es lo que me preocupa.

—Quizá no sea usted inmune. O puede haber tropezado con una fuerte concentración de penicilina. Piense en toda la gente que ha estado tratando de eliminar la lucha atómica y establecer cierta forma de gobierno y una paz duradera. El esfuerzo ha aumentado recientemente, sin resultados demasiado desastrosos.

—Pero esto no va a impedir la guerra atómica que se acerca.

—No, pero quizás un pequeño esfuerzo más es todo lo que hace falta. Los abogados de la paz no se matan entre sí. Más y más humanos son inmunes a los investigadores. ¿Sabe lo que están haciendo ahora en el laboratorio?

—No quiero saberlo.

—Debe saberlo. Están tratando de inventar un campo de energía que detenga la bomba atómica. Doctor Ralson, si yo estoy cultivando una bacteria virulenta y patológica, puede ocurrir que, por más precauciones que tome, en un momento u otro inicie una plaga. Puede que para ellos seamos bacterias, pero somos peligrosos para ellos también o no tratarían de eliminarnos tan cuidadosamente después de cada experimento.

—Son lentos, ¿no? Para ellos mil años son como un día. Para cuando se den cuenta que estamos fuera del cultivo, más allá de la penicilina, será demasiado tarde para que puedan pararnos. Nos han llevado al átomo, y si tan sólo podemos evitar utilizarlo en contra nuestra, podemos resultar muy difíciles incluso para los investigadores.

Ralson se puso en pie. Aunque era pequeño, su estatura sobrepasaba en unos centímetros a Blaustein. De repente preguntó:

—¿Trabajan realmente en un campo de energía?

—Lo están intentando. Pero le necesitan.

—No. No puedo.

—Lo necesitan a fin de que usted pueda ver lo que es tan obvio para usted, y que para ellos no lo es. Recuérdelo, o su ayuda o la derrota del hombre por los investigadores.

Ralson se alejó unos pasos, contemplando la pared desnuda, acolchada. Mascullé entre dientes:

—Pero es necesaria la derrota. Si construyen un campo de energía significa la muerte de todos ellos antes de que lo terminen.

—Algunos de ellos, o todos, pueden ser inmunes, ¿no cree? Y, en todo caso, morirán todos. Lo están intentando.

—Trataré de ayudarles —dijo Ralson.

—¿Aún quiere matarse?

—Sí.

—Pero tratará de no hacerlo, ¿verdad?

—Lo intentaré, doctor. —Le temblaron los labios—. Tendrán que vigilarme.

Blaustein subió la escalera y presentó el pase al guardia del vestíbulo. Ya había sido registrado en la verja exterior, pero ahora él, su pase y la firma volvían a ser revisados. Un instante después, el guardia se retiró a su cabina y llamó por teléfono. La respuesta le satisfizo. Blaustein se sentó y al cabo de medio minuto volvía a estar de pie y estrechaba la mano del doctor Grant.

—El Presidente de los Estados Unidos tendría dificultades para entrar aquí, ¿no? —preguntó Blaustein.

—Tiene razón —sonrió el físico—, sobre todo si llega sin avisar.

Tomaron un ascensor y subieron doce pisos. El despacho al que Grant le condujo tenía ventanales en tres direcciones. Estaba insonorizado y con aire acondicionado. Su mobiliario de nogal estaba finamente tallado.

—¡Cielos! —exclamó Blaustein—. Es como el despacho del presidente de

un Consejo de Administración. La ciencia se está volviendo un gran negocio.

Grant pareció turbado.

—Sí, claro, pero el dinero del Gobierno mana fácilmente y es difícil persuadir a un congresista de que el trabajo de uno es importante a menos que pueda ver, oler y tocar la madera tallada.

Blaustein se sentó y sintió que se hundía blandamente. Dijo:

—El doctor Elwood Ralson ha accedido a volver a trabajar.

—Estupendo. Esperaba que me lo dijera. Esperaba que ésta fuera la razón de su visita.

Como inspirado por la noticia, Grant ofreció un puro al psiquiatra, que lo rehusó.

—Sin embargo —dijo Blaustein—, sigue siendo un hombre muy enfermo. Tendrán que tratarle con suma delicadeza y comprensión.

—Claro. Naturalmente.

—No es tan sencillo como parece creer. Quiero contarle algo de los problemas de Ralson, para que comprenda en toda su realidad lo delicada que es la situación.

Siguió hablando y Grant le escuchó primero preocupado, luego estupefacto.

—Pero este hombre ha perdido la cabeza, doctor Blaustein. No nos será de ninguna utilidad. Está loco.

—Depende de lo que usted entienda por «loco» —replicó Blaustein encogiéndose de hombros—. Es una palabra fea; no la emplee. Divaga, eso es todo. Que eso pueda o no afectar sus especiales talentos, no puede saberse.

—Pero es obvio que ningún hombre en sus cabales podría...

—¡Por favor! ¡Por favor! No nos metamos en discusiones sobre definiciones psiquiátricas de locura. El hombre tiene delirios y, generalmente, no me molestaría en considerarlos. El caso es que se me ha dado a entender que la especial habilidad del hombre reside en su modo de proceder a la solución de un problema que, al parecer, está fuera de la razón normal. Es así, ¿no?

—Sí. Debo admitirlo.

—¿Cómo juzgar el valor de una de sus conclusiones? Déjeme que le pregunte, ¿tiene usted impulsos suicidas últimamente?

—No, claro que no.

—¿Y alguno de los científicos de aquí?

—Creo que no.

—No obstante, le sugiero que mientras se lleva a cabo la investigación

del campo de energía, los científicos involucrados sean vigilados aquí y en sus casas. Incluso sería una buena idea que no fueran a sus casas. En dependencias como éstas es fácil organizar un pequeño dormitorio...

—¡Dormir donde se trabaja! Nunca conseguirá que lo acepten.

—¡Oh, sí! Si no les dice la verdadera razón y les asegura que es por motivos de seguridad, lo aceptarán. «Motivos de seguridad» es una frase maravillosa hoy en día, ¿no cree? Ralson debe ser vigilado más y mejor que nadie.

—Naturalmente.

—Pero nada de eso tiene importancia. Es algo que hay que hacer para tranquilizar mi conciencia en caso de que las teorías de Ralson sean correctas. En realidad no creo en ellas. Son delirios, pero una vez aceptados, es necesario preguntarse cuáles son las causas de esos delirios. ¿Que hay en la mente de Ralson? ¿Qué hay en su pasado? ¿Qué hay en su vida que hace necesario que tenga esos delirios? Es algo que no se puede contestar sencillamente. Tal vez tardaríamos años en constantes psicoanálisis para descubrir la respuesta. Y, hasta que no consigamos la respuesta, no se curará.

»Entretanto podemos adelantar alguna conjetura. Ha tenido una infancia desgraciada que, de un modo u otro, le ha hecho enfrentarse con la muerte de una forma muy desagradable. Además, nunca ha sido capaz de asociarse con otros niños ni, al hacerse mayor, con otros hombres. Siempre ha demostrado impaciencia ante los razonamientos lentos. Cualquier diferencia existente entre su mente y la de los demás, ha creado entre él y la sociedad un muro tan fuerte como el campo de energía que tratan de proyectar. Y por razones similares ha sido incapaz de disfrutar de una vida sexual normal. Jamás se ha casado, jamás ha tenido novias.

»Es fácil adivinar que podría fácilmente compensarse de todo ello, de su fracaso en ser aceptado por su medio social, refugiándose en la idea de que los otros seres humanos son inferiores a él. Lo cual es cierto, claro, en lo que se refiere a su mentalidad. Hay, naturalmente, muchas facetas en la personalidad humana y en algunas de ellas no es superior. Nadie lo es. Pero hay otros, como él, más proclives a ver sólo lo que es inferior, y que no aceptarían ver afectada su posición preeminente. Le considerarían peculiar, incluso cómico, lo que provocaría que Ralson creyera de suma importancia demostrar lo pobre e inferior que es la especie humana. ¿Cómo podría mostrárnoslo mejor que demostrando que la Humanidad es simplemente un tipo de bacterias para otros seres superiores que experimentan con ella? Así sus impulsos suicidas no serían sino un deseo loco de apartarse por

completo de ser hombre, de detener esta identificación con la especie miserable que ha creado en su mente. ¿Se da cuenta?

Grant asintió:

—Pobre hombre.

—Sí, es una lástima. Si en su infancia se le hubiera tratado debidamente... Bien, en todo caso, es mejor que el doctor Ralson no tenga el menor contacto con los otros hombres de aquí. Está demasiado enfermo para dejarle con ellos. Usted debe arreglárselas para ser el único que le vea, que hable con él. El doctor Ralson lo ha aceptado. Al parecer, cree que usted no es tan estúpido como los otros.

Grant sonrió débilmente.

—Bien, me conviene.

—Por supuesto, deberá ser muy cuidadoso. Yo no discutiría de nada con él, excepto de su trabajo. Si voluntariamente le informa de sus teorías, que no lo creo, limítese a vaguedades y márchese. Y en todo momento, esconda lo que sea cortante o puntiagudo. No le deje acercarse a las ventanas. Trate de que sus manos estén siempre a la vista. Sé que me comprende. Dejo a mi paciente en sus manos, doctor Grant.

—Lo haré lo mejor que pueda, doctor Blaustein.

Dos meses enteros vivió Ralson en un rincón del despacho de Grant, y Grant con él. Se pusieron rejas en las ventanas, se retiraron los muebles de madera y se cambiaron por sofás acolchados. Ralson pensaba en el sofá y escribía sobre una carpeta apoyada a un almohadón. El «Prohibida la entrada» era un letrero fijo en el exterior del despacho. Las comidas se las dejaban fuera. El cuarto de baño adyacente se reservaba para uso particular y se retiró la puerta que comunicaba con el despacho. Grant se afeitaba con maquinilla eléctrica. Comprobaba que Ralson tomara pastillas para dormir todas las noches, y esperaba a que se durmiera antes de dormirse él. Todos los informes se entregaban a Ralson. Los leía mientras Grant vigilaba aparentando no hacerlo. Luego Ralson los dejaba caer y se quedaba mirando al techo, cubriéndose los ojos con una mano.

—¿Algo? —preguntaba Grant. Ralson meneaba negativamente la cabeza. Grant le dijo:

—Oiga, haré que se vacíe el edificio en el cambio de turno. Es muy importante que vea alguno de los aparatos experimentales que hemos estado montando.

Así lo hicieron, recorrieron, como fantasmas, los edificios iluminados y desiertos, cogidos de la mano. Siempre cogidos de la mano. La mano de

Grant era firme. Pero, después de cada recorrido, Ralson seguía negando con la cabeza. Una media docena de veces se ponía a escribir; hacía unos garabatos y terminaba dando una patada al almohadón. Hasta que, por fin, se puso a escribir de nuevo y llenó rápidamente media página. Grant, maquinalmente, se acercó. Ralson levantó la cabeza y cubrió la hoja con mano temblorosa. Ordenó:

—Llame a Blaustein.

—¿Cómo?

—He dicho que llame a Blaustein. Tráigale aquí. ¡Ahora!

Grant se precipitó al teléfono. Ralson escribía ahora rápidamente, deteniéndose sólo para secarse la frente con la mano. La apartaba mojada. Levantó la vista y preguntó con voz cascada:

—¿Viene ya?

Grant pareció preocupado al responderle:

—No está en su despacho.

—Búsquele en su casa. Tráigale de donde esté. Utilice este teléfono. No juegue con él.

Grant lo utilizó; y Ralson cogió otra página. Cinco minutos después, dijo Grant:

—Ya viene. ¿Qué le pasa? Parece enfermo.

Ralson hablaba con suma dificultad.

—Falta tiempo..., no puedo hablar...

Estaba escribiendo, marcando, garabateando, trazando diagramas temblorosos. Era como si empujara sus manos, como si luchara con ellas.

—¡Dícteme! —insistió Grant—. Yo escribiré.

Ralson le apartó. Sus palabras eran ininteligibles. Se sujetaba la muñeca con la otra mano, empujándola como si fuera una pieza de madera, al fin se derrumbó sobre sus papeles. Grant se los sacó de debajo y tendió a Ralson en el sofá. Le contemplaba inquieto, desesperado, hasta que llegó Blaustein. Éste le echó una mirada:

—¿Qué ha ocurrido?

—Creo que está vivo —dijo Grant, pero para entonces Blaustein ya lo había comprobado por su cuenta; y Grant le explicó lo ocurrido. Blaustein le puso una inyección y esperaron. Cuando Ralson abrió los ojos parecía ausente. Gimió.

—¡Ralson! —llamó Blaustein inclinándose sobre él. Las manos del enfermo se tendieron a ciegas y agarraron al psiquiatra:

—¡Doctor, lléveme!

—Lo haré. Ahora mismo. Quiere decir que ha solucionado lo del campo

de energía, ¿verdad?

—Está en los papeles. Grant lo tiene en los papeles.

Grant los sostenía y los hojeaba dubitativo. Ralson insistió con voz débil:

—No está todo. Es todo lo que puedo escribir. Tendrá que conformarse con eso. Sáqueme de aquí, doctor.

—Espere —intervino Grant, y murmuró impaciente al oído de Blaustein—: ¿No puede dejarle aquí hasta que probemos esto? No puedo descifrar gran cosa. La escritura es ilegible. Pregúntele qué le hace creer que esto funcionará.

—¿Preguntarle? —murmuró Blaustein—. ¿No es él quien siempre lo resuelve todo?

—Venga, pregúntemelo —dijo Ralson, que lo había oído desde donde estaba echado. De pronto sus ojos se abrieron completamente y lanzaban chispas. Los dos hombres se volvieron. Les dijo:

—Ellos no quieren un campo de energía. ¡Ellos! ¡Los investigadores! Mientras no lo comprendí bien, las cosas se mantuvieron tranquilas. Pero yo no había seguido la idea, esa idea que está ahí, en los papeles... No bien empecé a seguirla, por unos segundos sentí..., sentí..., doctor...

—¿Qué es? —preguntó Blaustein. Ralson ahora hablaba en un murmullo:

—Estoy metido en la penicilina. Sentí que me iba hundiendo en ella a medida que iba escribiendo. Nunca llegué tan al fondo. Por eso supe que había acertado. Lléveme.

—Tengo que llevármelo, Grant. No hay otra alternativa. Si puede descifrar lo que ha escrito, magnífico. Si no puede hacerlo, no puedo ayudarle. Este hombre no puede trabajar más en el campo de energía o moriría, ¿lo entiende?

—Pero —objetó Grant— está muriendo de algo imaginario.

—De acuerdo. Diga que así es, pero morirá de todos modos.

Ralson volvía a estar inconsciente y por eso no oyó nada. Grant le miró, sombrío y terminó diciendo:

—Bien, lléveselo pues.

Diez de los hombres más importantes del Instituto contemplaron malhumorados cómo se iba proyectando placa tras placa sobre la pantalla iluminada. Grant les miró con dureza, ceñudo.

—Creo que la idea es suficientemente simple —les dijo—. Son ustedes matemáticos e ingenieros. Los garabatos pueden parecer ilegibles, pero se

hicieron exponiendo una idea. Esta idea está contenida en lo escrito, aunque distorsionada. La primera página es bastante clara. Debería ser un buen indicio. Cada uno de ustedes se fijará en las páginas una y otra vez. Van a escribir la posible versión de cada página como les parezca que debiera ser. Trabajarán independientemente. No quiero consultas.

Uno de ellos preguntó:

—¿Cómo sabe que tiene algún sentido, Grant?

—Porque son las notas de Ralson.

—¡Ralson! Yo creía que estaba...

—Pensó que estaba enfermo —terminó Grant. Tuvo que alzar la voz por encima del barullo de conversaciones—. Lo sé. Lo está. Ésta es la escritura de un hombre que estaba medio muerto. Es lo único que obtendremos de Ralson. Por alguna parte de estos garabatos está la respuesta al problema del campo de energía. Si no podemos descifrarlo, tardaremos lo menos diez años buscándolo por otra parte.

Se enfrascaron en su trabajo. Pasó la noche. Pasaron otras dos noches. Tres noches... Grant miró los resultados. Sacudió la cabeza:

—Aceptaré la palabra de ustedes de que todo esto tiene sentido, pero no puedo decir que lo comprenda.

Lowe, que en ausencia de Ralson hubiera sido fácilmente considerado el mejor ingeniero nuclear del Instituto, se encogió de hombros:

—Tampoco está muy claro para mí. Si funciona, no ha explicado la razón.

—No tuvo tiempo de explicar nada. ¿Puede construir el generador tal como él lo describe?

—Puedo probarlo.

—¿No quiere mirar para nada las versiones de las otras páginas?

—Las demás versiones son definitivamente inconsistentes.

—¿Volverá a comprobarlo?

—Claro.

—¿Y se puede empezar a construir?

—Pondré el taller en marcha. Pero le diré francamente que me siento pesimista.

—Lo sé. Yo también.

La cosa fue creciendo. Ray Ross, jefe de mecánicos, fue puesto al frente de la construcción, y dejó de dormir. A cualquier hora del día o de la noche se le encontraba allí, rascándose la calva. Solamente una vez se atrevió a preguntar:

—¿Qué es, doctor Lowe? Jamás vi nada parecido. ¿Qué se figura que va

a ser?

—Sabe usted de sobra dónde se encuentra, Ross —dijo Lowe—. Sabe que aquí no hacemos preguntas. No vuelva a preguntar.

Ross no volvió a preguntar. Se sabía que aborrecía la estructura que se estaba construyendo. La llamaba fea y antinatural. Pero siguió con ella. Blaustein fue de visita un día. Grant preguntó:

—¿Cómo está Ralson?

—Mal. Quiere asistir a las pruebas del proyector de campo que él diseñó.

Grant titubeó.

—Deberíamos dejarle. Al fin y al cabo es suyo.

—Tendré que ir con él.

Grant pareció apesadumbrado.

—Puede resultar peligroso, ¿sabe? Incluso en una prueba piloto, estaremos jugando con energías tremendas.

—No será más peligroso para nosotros que para usted —objetó Blaustein.

—Está bien. La lista de observadores tendrá que ser revisada por la Comisión y por el FBI, pero les incluiré.

Blaustein miró a su alrededor. El proyector de campo estaba asentado en el mismísimo centro del inmenso laboratorio de pruebas, pero todo lo demás había sido retirado. No había conexión visible con el montón del plutonio que servía de fuente de energía, pero por lo que el psiquiatra oía a su alrededor -sabía bien que no debía interrogar a Ralson-, la conexión se establecía por debajo. Al principio, los observadores habían rodeado la máquina, hablando en términos incomprensibles, pero ya se apartaban. La galería se estaba llenando. Había por lo menos tres hombres con uniforme de general y un verdadero «ejército» de militares de menor graduación. Blaustein eligió un sitio aún desocupado junto a la barandilla; sobre todo por Ralson.

—¿Todavía piensa que le gustaría quedarse? —le preguntó. Dentro del laboratorio hacía calor, pero Ralson llevaba el gabán con el cuello levantado. Blaustein pensaba que importaba poco. Dudaba que alguno de los antiguos conocidos de Ralson le reconocieran ahora. Ralson contestó:

—Me quedF44UDe2v3RFMUFO-Dr23ROñ4OODa2MRÓÓO-DI2ÓÓMDR2v-a

Hablaba con mucha dificultad.

—Limítese a observar, doctor Ralson —aconsejó Blaustein—. No debería excitarse innecesariamente.

El péndulo fue detenido a mitad de camino, recogido. La fluctuación del proyector se hizo un poco más intensa y la esfera de hierro volvió a trazar su arco hacia abajo. Esto una y otra vez, hasta que la esfera fue interrumpida de una sacudida. Hacía un ruido claramente audible al topar con las vibraciones. Y, eventualmente, rebotó. Primero pesadamente y después resonando al topar como si fuera contra acero, de tal forma que el ruido lo llenaba todo. Recogieron el péndulo y ya no lo utilizaron más. El proyector apenas podía verse tras la bruma que lo envolvía. Grant dio una orden y el olor a ozono se hizo más acusado y penetrante. Los observadores reunidos gritaron al unísono, cada uno dirigiéndose a su vecino. Doce dedos señalaban. Blaustein se inclinó sobre la barandilla tan excitado como los demás. Donde había estado el proyector había ahora solamente un enorme espejo semiglobular. Estaba perfecta y maravillosamente limpio. Podía verse en él un hombrecito de pie en un pequeño balcón que se curvaba a ambos lados. Podía ver las luces fluorescentes reflejadas en puntos de iluminación resplandeciente. Era maravillosamente claro. Se encontró gritando:

—Mire, Ralson. Está reflejando energía. Refleja las ondas de luz como un espejo. Ralson... —Se volvió—. ¡Ralson! Inspector, ¿dónde está Ralson?

Darrity se giró en redondo.

—No le he visto... —Miró a su alrededor, asustado—. Bueno, no podrá huir. No hay forma de salir de aquí ahora. Vaya por el otro lado. —Cuando se tocó el pantalón, rebuscó en el bolsillo y exclamó—: ¡Mi cortaplumas ha desaparecido!

Blaustein le encontró. Estaba dentro del pequeño despacho de Hal Ross. Daba al balcón pero, claro, en aquellas circunstancias estaba vacío. El propio Ross no era siquiera uno de los observadores. Un jefe de mecánicos no tiene por qué observar. Pero su despacho serviría a las mil maravillas para el punto final de la larga lucha contra el suicidio.

Blaustein, mareado, permaneció un momento junto a la puerta, después se volvió. Miró a Darrity cuando éste salía de un despacho similar a unos metros por debajo del balcón. Le hizo una seña y Darrity llegó corriendo. El doctor Grant temblaba de excitación. Ya había dado dos chupadas a dos cigarrillos pisándolos inmediatamente. Rebuscaba ahora para encontrar el tercero. Decía:

—Esto es más de lo que cualquiera de nosotros podría esperar. Mañana lo probaremos con fuego de cañón. Ahora estoy completamente seguro del

resultado, pero estaba planeado, y lo llevaremos a cabo. Nos saltaremos las armas pequeñas y empezaremos a nivel de bazooka. O, tal vez, no. Quizá tuviéramos que construir una enorme estructura para evitar, el problema del rebote de proyectiles.

Tiró el tercer cigarrillo. Un general comentó:

—Lo que tendríamos que probar es, literalmente, un bombardeo atómico, claro. Naturalmente. Ya se han tomado medidas para levantar una seudo-ciudad en Eniwetok. Podríamos montar un generador en aquel punto y soltar la bomba. Dentro, meteríamos animales. ¿Y cree realmente que si montamos un campo de plena energía, contendría la bomba?

—No es exactamente esto, general. No se percibe ningún campo hasta que la bomba cae. La radiación del plutonio formaría la energía del campo antes de la explosión. Lo mismo que hemos hecho aquí en la última fase. Eso es la esencia de todo.

—¿Sabe? —objetó un profesor de Princeton—, yo veo inconvenientes también. Cuando el campo está en plena energía, cualquier cosa que esté protegiendo se encuentra en la más total oscuridad, por lo que se refiere al Sol. Además, se me antoja que el enemigo puede adoptar la práctica de sellar misiles radiactivos inofensivos para que se dispare el campo de vez en cuando. No tendría el menor valor y seria en cambio para nosotros un desgaste considerable.

—Podemos soportar todo tipo de tonterías. Ahora que el problema principal ha sido resuelto, no me cabe la menor duda de que estas dificultades se resolverán.

El observador británico se había abierto paso hacia Grant y le estrechaba las manos, diciéndole:

—Ya me siento mejor respecto a Londres. No puedo evitar el desear que su Gobierno me permita ver los planos completos. Lo que he presenciado me parece genial. Ahora, claro, parece obvio, pero, ¿cómo pudo ocurrírsele a alguien?

Grant sonrió.

—Ésta es una pregunta que se me ha hecho antes respecto a los inventos del doctor Ralson...

Se volvió al sentir una mano sobre su hombro.

—¡Ah, doctor Blaustein! Casi se me había olvidado. Venga, quiero hablar con usted.

Arrastró al pequeño psiquiatra a un lado y le dijo al oído:

—Oiga, ¿puede usted convencer al doctor Ralson de que debo presentarle a toda esa gente? Éste es su triunfo.

—Ralson está muerto —dijo Blaustein.

—¿Qué?

—¿Puede dejar a esta gente por un momento?

—Sí..., sí..., caballeros, ¿me permiten unos minutos?

Y salió rápidamente con Blaustein.

Los federales se habían hecho cargo de la situación. Sin llamar la atención, bloqueaban ya la entrada al despacho de Ross. Fuera estaban los asistentes comentando la respuesta a Alamogordo que acababan de presenciar. Dentro, ignorado por ellos, está la muerte del que respondió. La barrera de guardianes se separó para permitir la entrada a Grant y Blaustein. Tras ellos volvió a cerrarse otra vez. Grant levantó la sábana, por un instante, y comentó:

—Parece tranquilo.

—Yo diría..., feliz: —dijo Blaustein. Darrity comentó, inexpresivo.

—El arma del suicidio fue mi cortaplumas. La negligencia fue mía; informaré en este sentido.

—No, no —cortó Blaustein—, seria inútil. Era mi paciente y yo soy el responsable. De todos modos, no hubiera vivido más allá de otra semana. Desde que inventó el proyector, fue un moribundo.

—¿Cuánto hay que entregar al archivo federal de todo esto? —preguntó Grant—. ¿No podríamos olvidar todo eso de su locura?

—Me temo que no, doctor Grant —declaró Darrity.

—Le he contado toda la historia —le confesó Blaustein con tristeza. Grant miró a uno y otro.

—Hablaré con el director. Llegaré hasta el Presidente, si es necesario. No veo la menor necesidad de que se mencione ni el suicidio, ni la locura. Se le concederá la máxima publicidad como a inventor del proyector del campo de energía. Es lo menos que podemos hacer por él —dijo rechinando los dientes.

—Dejó una nota —anunció Blaustein.

—¿Una nota?

Darrity le entregó un pedazo de papel, diciéndole:

—Los suicidas suelen hacerlo siempre. Ésta es una de las razones por las que el doctor me contó lo que realmente mató a Ralson.

La nota iba dirigida a Blaustein y decía así:

«El proyector funciona; sabía que así sería. He cumplido lo acordado. Ya lo tienen y no me necesitan más. Así que me iré. No debe preocuparse por la raza humana, doctor. Tenía usted razón. Nos dejaron vivir demasiado tiempo; han corrido demasiados riesgos. Ahora hemos salido del cultivo y ya

no podrán detenernos. Lo sé. Es lo único que puedo decir. Lo sé.»

Había firmado con prisa y debajo había otra línea garabateada, que decía:

«Siempre y cuando haya suficientes hombres resistentes a la penicilina.»

Grant hizo ademán de arrugar el papel, pero Darrity alargó al instante la mano.

—Para el informe, doctor.

Grant le entregó el papel y murmuró:

—¡Pobre Ralson! Murió creyendo en todas esas bobadas.

—En efecto —afirmó Blaustein—, a Ralson se le hará un gran entierro, supongo, y lo de su invento será publicado sin hablar de locura ni de suicidio. Pero los hombres del Gobierno seguirán interesándose por sus teorías locas. Mas, tal vez no sean tan locas, ¿eh, Darrity?

—No sea ridículo, doctor —cortó Grant—. No hay un solo científico entre los dedicados a este trabajo que haya mostrado la menor inquietud.

—Cuéntaselo, Darrity —aconsejó Blaustein.

—Ha habido otro suicidio. No, no, ninguno de los científicos. Nadie con título universitario. Ocurrió esta mañana e investigamos porque pensamos que podría tener cierta relación con la prueba de hoy. No parecía que la hubiera y estábamos decididos a callarlo hasta que terminaran todas las pruebas. Sólo que ahora sí que parece que haya una conexión.

—El hombre que murió era solamente un hombre con esposa y tres hijos. Ninguna historia de enfermedad mental. Se tiró debajo de un coche. Tenemos testigos y es seguro que lo hizo adrede. No murió instantáneamente y le buscaron un médico. Estaba terriblemente destrozado, pero sus últimas palabras fueron: «Ahora me siento mucho mejor». Y murió.

—Pero, ¿quién era? —preguntó Grant.

—Hal Ross. El hombre que en realidad construyó el proyector. El hombre en cuyo despacho nos encontramos.

Blaustein se acercó a la ventana. Sobre el cielo oscuro de la tarde brillaban las estrellas.

—El hombre no sabia nada de las teorías de Ralson —explicó—. Jamás había hablado con él. Me lo ha dicho Darrity. Los científicos son probablemente resistentes como un todo. Deben serlo o pronto se verían apartados de su profesión. Ralson era una excepción, un hombre sensible a la penicilina, pero decidido a quedarse. Y ya ven lo que le ha ocurrido. Pero qué hay de los demás; aquellos que siguieron el camino de la vida, donde no

se va arrancando a los sensibles a la penicilina; ¿cuánta humanidad es resistente a la penicilina?

—¿Usted cree a Ralson? —preguntó Grant, horrorizado.

—No podría decirlo.

Blaustein contempló las estrellas. ¿Incubadoras?

CONDUCTO C

Aun desde la cabina donde lo habían encerrado con los demás pasajeros, el coronel Anthony Windham veía el desarrollo de la batalla. Durante un rato hubo un silencio sin sobresaltos, lo cual significaba que las naves combatían a distancia astronómica, en un duelo de descargas energéticas y potentes defensas de campo.

Sabía que eso podía tener un único fin. La nave terrícola era sólo un buque mercante provisto de armas, y una ojeada al enemigo kloro, antes de que la tripulación los retirara de la cubierta, le había bastado para indicarle que se trataba de un crucero liviano.

Y en menos de media hora comenzaron esas sacudidas que estaba esperando. Los pasajeros se tambaleaban bruscamente mientras la nave giraba y viraba igual que un barco en una tormenta. Pero el espacio seguía tan tranquilo y silencioso como siempre; era el piloto, que lanzaba desesperados chorros de vapor por los tubos para que la nave rodara y girara por reacción. Eso sólo podía significar que había ocurrido lo inevitable: se habían eliminado las pantallas protectoras de la nave terrícola y ya no soportarían un impacto directo.

El coronel Windham se apoyó en su bastón de aluminio. Pensó que era un anciano, que se había pasado la vida en la milicia sin participar en ningún combate y que, en ese momento, con una batalla desarrollándose a su alrededor, se veía viejo, gordo, cojo y sin hombres bajo su mando.

Pronto los abordarían esos monstruos kloros. Era su modo de luchar. Sus trajes espaciales los estorbarían, así que sufrirían muchas bajas; pero querían la nave terrícola. Windham observó a los pasajeros. Por un momento pensó: si estuvieran armados y yo pudiera dirigirlos...

Desechó la idea. Porter obviamente se había acobardado y el joven Leblanc no estaba mucho mejor. Los hermanos Polyorketes -demonios, no podía distinguirlos- murmuraban en un rincón. Mullen era diferente, estaba erguido en su asiento, sin demostrar miedo ni otras emociones; pero medía apenas un metro cincuenta de estatura y era evidente que jamás había empuñado un arma en su vida. No podía hacer nada.

Y estaba Stuart, con su sonrisa socarrona y la incisiva ironía que impregnaba cada una de sus frases. Windham lo miró y vio que se acariciaba el cabello trigueño con sus manos pálidas. Con esas manos

artificiales resultaba inservible.

Sintió la vibrante sacudida del contacto entre ambas naves y, a los cinco minutos, se oyó ruido de combate en los corredores. Uno de los hermanos Polyorketes dio un grito y echó a correr hacia la puerta. El otro hizo lo propio después de gritar:

—¡Arístides, espera!

Sucedió de repente. Arístides salió al corredor, presa del pánico. Un carbonizador fulguró y ni siquiera se escuchó un gemido. Windham, desde la puerta, apartó horrorizado la vista de aquellos restos ennegrecidos. Resultaba extraño: toda una vida de uniforme y jamás había presenciado una muerte violenta.

Se necesitó la fuerza de todos los demás para arrastrar al otro hermano al interior de la habitación.

El alboroto de la batalla se apaciguó.

—Ha terminado —dijo Stuart—. Pondrán dos tripulantes profesionales a bordo y nos llevarán a uno de sus planetas. Somos prisioneros de guerra, naturalmente.

—¿Sólo dos kloros permanecerán a bordo? —preguntó sorprendido Windham.

—Es su costumbre —respondió Stuart—. ¿Por qué lo pregunta, coronel? ¿Piensa encabezar un gallardo intento de recuperar la nave?

Windham se sonrojó.

—Sólo era curiosidad, qué diablos.

Pero supo que no había dado con la nota de dignidad y autoridad que buscaba. Era simplemente un viejo cojo.

Y Stuart quizá tuviera razón. Había vivido entre los kloros y conocía sus costumbres.

John Stuart sostuvo desde un principio que los kloros eran unos caballeros. Tras haber transcurrido veinticuatro horas de encarcelamiento, repetía esa afirmación mientras flexionaba los dedos y observaba las arrugas que surcaban el blando artiplasma.

Disfrutaba de la reacción airada que causaba en los demás. Las personas estaban hechas para ser perforadas; eran vejigas con demasiado aire. Y sus manos eran del mismo material que sus cuerpos.

Anthony Windham era un caso especial. Se hacía llamar coronel Windham, y Stuart estaba dispuesto a creerle. Un coronel retirado que tal vez hubiese adiestrado una guardia miliciana en un prado de aldea, cuarenta años atrás, y con tal falta de distinción que no lo reincorporaron al servicio

con ningún cargo, ni siquiera durante la emergencia de la primera guerra interestelar de la Tierra.

—No es oportuno hablar así del enemigo, Stuart. No sé si me gusta esa actitud.

Windham parecía empujar las palabras a través del pulcro bigote. También se había rasurado la cabeza, imitando el estilo militar en boga, pero un vello gris empezaba a rodearle la coronilla calva. Las mejillas fofas se le aflojaban, lo cual, sumado a las venillas rojas de la nariz, le daba un aire desaliñado, como si lo hubieran despertado de golpe y demasiado temprano.

—Pamplinas —rechazó Stuart—. Invierta esta situación. Suponga que una nave militar terrícola hubiera capturado una de sus naves de travesía. ¿Qué cree que habría pasado con los civiles kloros?

—Estoy seguro de que la flota terrícola observaría las reglas de la guerra interestelar —sostuvo Windham.

—Sólo que no existen. Si pusiéramos una tripulación profesional en una de sus naves, ¿se cree que nos tomaríamos la molestia de mantener una atmósfera de cloro para los supervivientes, que les permitiríamos conservar sus pertenencias legítimas, que les cederíamos la sala más confortable, etcétera, etcétera, etcétera?

—Oh, cállese, por amor de Dios —se quejó Ben Porter—. Si oigo sus etcéteras una vez más, me volveré loco.

—Lo lamento —dijo Stuart, sin lamentarlo.

Porter a duras penas conservaba el aplomo. El rostro delgado y la nariz ganchuda le relucían de sudor, y se mordió el interior de la mejilla hasta que hizo una mueca de dolor. Apoyó la lengua en el sitio dolorido, lo cual acrecentó su aspecto de payaso.

Stuart se estaba cansando de azuzarlos. Windham era un enemigo demasiado débil y Porter sólo sabía temblar. Los demás guardaban silencio. Demetrios Polyorketes se refugiaba en un mundo de callada congoja interior. Tal vez no hubiera dormido esa noche. Al menos, cuando Stuart se despertó y cambió de postura, -pues él también se hallaba inquieto- le oyó murmurar en la litera. No dejaba de decir cosas, pero lo que más repetía era: «¡Oh, mi hermano!»

Ahora estaba sentado en la litera, mirando con ojos inflamados a los demás prisioneros y con la barba crecida en su rostro moreno. Hundió la cara en las palmas callosas y sólo se le vieron los mechones de pelo crespo y negro. Se balanceó lentamente, pero como todos se encontraban despiertos no emitió ningún sonido.

Claude Leblanc se esforzaba en vano por leer una carta. Era el más

joven de los seis. Recién salido de la universidad, regresaba a la Tierra para casarse. Esa mañana Stuart lo había sorprendido sollozando en silencio, con su rostro rosa y blanco abotargado como el de un niño desconsolado. Era muy rubio y poseía una belleza casi femenina en torno de sus grandes ojos azules y sus labios carnosos. Stuart se preguntó qué clase de chica sería la muchacha que había prometido convertirse en su esposa. Había visto la foto, como todos a bordo. Tenía esa belleza insípida que volvía indistinguibles los retratos de las novias. Stuart pensó que de ser él mujer preferiría alguien más viril.

Eso le dejaba sólo a Randolph Mullen. Con franqueza, no sabía qué idea hacerse de él. Era el único de los seis que había pasado un tiempo considerable en los mundos arturianos. Stuart sólo había estado allí el tiempo suficiente para dictar una serie de conferencias sobre ingeniería astronáutica en el instituto provincial de ingeniería. El coronel Windham había ido de visita a Cook, Porter estuvo comprando hortalizas concentradas alienígenas para sus plantas de enlatado de la Tierra, y los hermanos Polyorketes, tras intentar establecerse en Arcturus como granjeros, al cabo de dos estaciones renunciaron, obtuvieron algunas ganancias de la venta y regresaban a la Tierra.

Randolph Mullen, en cambio, había pasado diecisiete años en el sistema arturiano. ¿Cómo hacían los viajeros para averiguar tan pronto tantas cosas sobre sus compañeros de travesía? Ese hombrecillo apenas había hablado durante su estancia a bordo. Era infaliblemente cortés, siempre se hacía a un lado para ceder el paso y su vocabulario parecía consistir en «gracias» y «con perdón». Sin embargo, se sabía que ése constituía su primer viaje a la Tierra en diecisiete años.

Era un hombrecillo menudo, y tan meticuloso que resultaba irritante. Al despertar esa mañana, había hecho su cama, se había afeitado, bañado y vestido. El hecho de ser prisionero de los kloros no alteraba sus hábitos de años. No hacía alarde de ello, eso había que admitirlo, y no parecía reprobar el desaliño de los demás; se limitaba a permanecer sentado, casi con pudor, enfundado en su atuendo conservador y con las manos entrelazadas sobre el regazo. La fina línea de vello que le cubría el labio superior, lejos de infundirle carácter, ponía absurdamente un énfasis en su apocamiento.

Parecía la caricatura de un contable. Y lo más raro, pensó Stuart, era que se dedicaba precisamente a eso. Lo había leído en el registro: Randolph Fluellen Mullen; ocupación, tenedor de libros; empleadores, Cajas de Papel Prístina y Cía; avenida de Tobías, número 27; Nueva Varsovia; Arcturus II.

—¿Señor Stuart?

Levantó la *cabeza..* Era Leblanc, con un temblor en el labio inferior. Stuart procuró ser amable.

—¿Qué hay, Leblanc?

—Dígame, ¿cuándo nos soltarán?

—¿Cómo puedo saberlo?

—Todos dicen que vivió en un planeta kloro, y acaba usted de decir que son unos caballeros.

—Sí, claro. Pero hasta los caballeros libran las guerras con el propósito de ganarlas. Tal vez nos retengan mientras dure el conflicto.

—¡Pero podría durar años! Margaret me está esperando. ¡Pensará que he muerto!

—Supongo que nos permitirán enviar mensajes una vez que lleguemos a su planeta.

Porter intervino con voz ronca y agitada:

—Si usted sabe tanto sobre estos demonios, ¿qué nos harán cuando nos encarcelen? ¿Con qué nos alimentarán? ¿Nos darán oxígeno? Sin duda nos matarán. —Y añadió nostálgicamente—: A mí también me aguarda una esposa.

Pero Stuart le había oído hablar de su esposa en los días previos al ataque. No se dejó impresionar. Porter toqueteaba con sus uñas carcomidas la manga de Stuart, que se apartó con brusca repulsión. No soportaba esas horribles manos. Le sacaba de quicio que esas monstruosidades fuesen reales mientras que sus manos perfectas no eran más que imitaciones confeccionadas con látex alienígena.

—No nos matarán. Si ésa fuera su intención ya lo hubiesen hecho. Nosotros también capturamos kloros, y es cuestión de sentido común tratar bien a los prisioneros si se espera lo mismo del otro bando. Sabrán comportarse. Quizá la comida no sea excelente, pero son mejores químicos que nosotros. Son sobresalientes en eso. Sabrán exactamente qué factores alimentarios y cuántas calorías necesitamos. Sobreviviremos. Ellos se encargarán de que así sea.

—Habla usted cada vez más como un simpatizante de esos bichos verdes —gruñó Windham—. Me revuelve el estómago que un terrícola hable de esas criaturas como lo hace usted. Rayos, ¿dónde está su lealtad?

—Mi lealtad está donde corresponde; con la honestidad y la decencia, al margen de la forma del ser que las practique. —Levantó sus manos—. ¿Ve esto? Es obra de los kloros. Viví seis meses en uno de sus planetas. Las máquinas de acondicionamiento de mis aposentos me destrozaron las

manos. Pensé que el suministro de oxígeno que me daban era escaso (en realidad no lo era) y procuré hacer ajustes por mi cuenta. Fue culpa mía. No conviene aventurarse con las máquinas de otra cultura. Cuando los kloros atinaron a ponerse un traje atmosférico y llegar a mí, era demasiado tarde para salvar mis manos.

»Cultivaron estas cosas de artiplasma y me operaron. Para ello tuvieron que diseñar equipo y soluciones nutrientes que funcionaran en una atmósfera de oxígeno. Sus cirujanos tuvieron que efectuar una delicada operación enfundados en trajes atmosféricos. Y yo recuperé las manos. —Se rió con aspereza, apretando los puños—. Manos...

—¿Y por eso vende la lealtad que debe a la Tierra? —le reprochó Windham.

—¿Vender mi lealtad? Usted está loco. Durante años odié a los kloros por esto. Yo era piloto mayor de las Líneas Espaciales Transgalácticas antes de este suceso. ¿Ahora? Trabajo en un escritorio. Y doy algunas conferencias. Tardé tiempo en asumir la responsabilidad y comprender que los kloros se habían comportado con decencia. Tienen su propio código ético y es tan bueno como el nuestro. Si no fuera por la estupidez de algunos de ellos y de algunos de los nuestros no estaríamos en guerra. Y cuando haya terminado...

Polyorketes estaba de pie. Curvó los gruesos dedos y sus ojos oscuros relucieron.

—No me gusta su modo de hablar, amigo.

—¿Por qué?

—Porque habla demasiado bien de esos bastardos verdes. Los kloros se portaron bien con usted, ¿eh? Bueno, pues no hicieron lo mismo con mi hermano. Lo mataron. Y tal vez yo le mate a usted, maldito espía de los verdes.

Y atacó.

Stuart apenas tuvo tiempo de alzar los brazos para contener al furibundo granjero. Jadeó un juramento mientras le sujetaba una muñeca y movía el hombro para evitar que el otro le apresara la garganta.

Su mano de artiplasma cedió. Polyorketes se zafó sin esfuerzo.

Windham resollaba, Leblanc les pedía que se detuvieran, con su voz aflautada; pero fue el pequeño Mullen quien agarró al granjero por detrás y tiró con todas sus fuerzas. No fue muy efectivo, pues Polyorketes ni siquiera notó el peso del hombrecillo en su espalda. Mullen se vio levantado en vilo y empezó a patalear. Pero no soltó a Polyorketes y al fin Stuart logró zafarse y echó mano del bastón de aluminio de Windham.

—Aléjese, Polyorketes —advirtió.

Recobraba el aliento, temiendo otra embestida. Ese hueco cilindro de aluminio no serviría de mucho, pero era mejor que contar sólo con sus débiles manos.

Mullen soltó a Polyorketes y se mantuvo alerta, con la respiración entrecortada y la chaqueta desaliñada.

Polyorketes se quedó inmóvil. Agachó su cabeza desgreñada.

—Es inútil —mascculló—. Lo que he de matar son kloros. Pero cuide su lengua, Stuart. Si habla más de la cuenta puede tener problemas. Hablo en serio.

Stuart se pasó el brazo por la frente y le devolvió el bastón a Windham, quien lo tomó con la mano izquierda mientras usaba la derecha para enjugarse la calva con un pañuelo mientras hablaba:

—Caballeros, evitemos estas fricciones. Atentan contra nuestro prestigio. Recordemos al enemigo común. Somos terrícolas y hemos de actuar como lo que somos, la raza dominante en la galaxia. No debemos degradarnos ante las razas inferiores.

—Sí, coronel —resopló Stuart—. Ahórrese el resto del discurso para mañana. —Se volvió hacia Mullen—. Quiero darle las gracias.

Le causaba embarazo, pero tenía que hacerlo. El pequeño contable lo había sorprendido. Pero Mullen, con una voz seca que apenas se elevó por encima de un susurro, replicó:

—No me lo agradezca, señor Stuart. Era lo único que podía hacer. Si nos encarcelan, le necesitaremos como intérprete. Usted entiende a los kloros.

Stuart se puso tenso. Era el típico razonamiento de un tenedor de libros, demasiado lógico, demasiado árido. Riesgo presente y provecho futuro. Un pulcro equilibrio entre créditos y débitos. Hubiera preferido que Mullen lo defendiera por..., bueno, por mera decencia, sin egoísmos.

Se rió de sí mismo. Comenzaba a esperar idealismo de los seres humanos, en vez de motivaciones claras e interesadas.

Polyorketes estaba aturdido. La pena y la furia actuaban como un ácido en su interior, pero no hallaban palabras para expresarse. Si él fuera Stuart, ese bocazas de manos blancas, podría hablar y hablar hasta sentirse mejor. En cambio, tenía que quedarse allí sentado, muerta la mitad de su ser, sin hermano, sin Arístides...

Fue tan repentino... Si pudiera retroceder en el tiempo y contar con un segundo más para frenar a Arístides, detenerlo, salvarlo...

Pero ante todo odiaba a los kloros. Dos meses atrás apenas había oído hablar de ellos, y ya los odiaba con tal furia que le alegraría morir con tal de liquidar unos cuantos.

—¿Cómo se inició esta guerra, eh? —preguntó sin levantar la vista.

Temía que le respondiera Stuart. Odiaba esa voz. Pero habló Windham, el calvo.

—La causa inmediata fue una disputa por concesiones mineras en el sistema Wyandotte. Los kloros invadieron propiedades terrícolas.

—¡Hay espacio para ambos, coronel!

Polyorketes irguió la *cabeza* con un gruñido. Ese Stuart no podía cerrar el pico. De nuevo con su cháchara, ese lisiado, ese sabelotodo, ese traidor.

—¿Valía la pena pelear por eso, coronel? —continuó Stuart—. No podemos usar unos los mundos del otro. Los planetas de cloro son inútiles para nosotros y nuestros planetas de oxígeno lo son para ellos. El cloro es mortífero para nosotros y el oxígeno lo es para ellos. No hay modo de mantener una hostilidad permanente. Nuestras razas no coinciden. ¿Se justifica la lucha porque ambas razas quieren extraer hierro de los mismos asteroides sin aire cuando hay millones de ellos en la galaxia?

—Está la cuestión del honor planetario... —empezó Windham. —Fertilizante planetario. ¿Cómo puede eso excusar esta ridícula guerra? Sólo se puede luchar en puestos de avanzada. Se ha reducido a una serie de acciones defensivas, y con el tiempo se dirimirá mediante negociaciones que se pudieron efectuar en primer término para evitarla. Ni nosotros ni los kloros ganaremos nada.

A regañadientes, Polyorketes comprendió que estaba de acuerdo con Stuart. ¿Qué les importaba a él y a Arístides dónde obtuvieran el hierro los terrícolas o los kloros?

¿Eso justificaba la muerte de su hermano? Sonó el timbre de advertencia.

Polyorketes irguió la cabeza y se levantó despacio, apretando los labios. En la puerta sólo podía haber una cosa. Aguardó, con los brazos en tensión y los puños cerrados. Stuart se le acercó. Polyorketes lo notó y se rió para sus adentros. Que entrara el kloro y ni Stuart ni los demás podrían detenerlo.

Espera, Arístides, espera un momento y obtendrás un poco de venganza.

Se abrió la puerta y entró un personaje enfundado en una amorfa e inflada imitación de traje espacial.

Una voz extraña, aunque no del todo desagradable, comenzó a hablar:

—Con desagrado, terrícolas, mi compañero y yo...

Y se calló cuando Polyorketes atacó profiriendo un rugido. Fue una acometida torpe, una embestida de toro: con la cabeza agachada y extendidos los brazos fornidos y los dedos velludos. Empujó a Stuart, antes de que éste tuviera la oportunidad de intervenir, y lo derribó sobre un catre.

El kloro pudo haber detenido a Polyorketes con el brazo sin mayor esfuerzo o hacerse a un lado para esquivarlo; en cambio, con un rápido movimiento desenfundó un arma, y un haz rosado la conectó con el atacante. Polyorketes se desplomó, arqueado como estaba y con un pie en el aire, víctima de una parálisis instantánea. Cayó de lado, con los ojos vivos y ardientes de furia.

—No sufrirá lesiones permanentes —dijo el kloro, sin inmutarse aparentemente ante aquel intento de violencia. Luego, volvió a empezar—: Con desagrado, terrícolas, mi compañero y yo hemos captado un cierto alboroto en esta habitación. ¿Hay alguna necesidad que podamos satisfacer?

Stuart se masajeaba la rodilla que se había raspado al chocar con el catre.

—No, gracias, kloro —mascculló.

—Un momento —resopló Windham—, esto es ultrajante. Exigimos que se disponga nuestra liberación.

El kloro volvió su diminuta cabeza de insecto hacia el hombre gordo. No resultaba agradable para quien no estuviera habituado. Tenía la estatura de un terrícola, pero la parte superior consistía en un cuello que parecía un tallo fino, coronado por una cabeza que era apenas una hinchazón. Se componía de una trompa roma y triangular y, a ambos lados, sendos ojos protuberantes. Eso era todo. No había caja craneana ni cerebro. Lo que equivalía al cerebro estaba situado en lo que sería el abdomen en un terrícola; la cabeza era un mero órgano sensorial. El traje espacial respetaba la forma de la cabeza, y los ojos quedaban expuestos en dos claros semicírculos de vidrio que parecían verdes a causa de la atmósfera de cloro del interior. Uno de esos ojos estaba enfocando a Windham, quien se echó a temblar ante esa mirada.

—No tienen derecho a mantenernos prisioneros —insistió a pesar de todo—. No somos combatientes.

La voz del kloro, con su sonido artificial, surgía de un pequeño aditamento de alambre de cromo en lo que hacía las veces de pecho. La caja sonora funcionaba con aire comprimido, controlados por uno o dos de los delicados zarcillos en horqueta que surgían de los dos círculos del cuerpo superior y que, por suerte, quedaban ocultos bajo el traje.

—¿Hablas en serio, terrícola? Sin duda has oído hablar de la guerra, de

las normas de la guerra y de los prisioneros de guerra.

Miró en torno, moviendo los ojos a sacudidas bruscas y fijando la vista primero en un objeto y, luego, en otro. Stuart entendía que cada ojo comunicaba un mensaje al cerebro abdominal, el cual debía coordinar ambos para obtener toda la información.

Windham no supo qué responder. Los demás callaron. El kloro, con sus cuatro extremidades principales (un par de brazos y un par de piernas), tenía un aspecto vagamente humano dentro del traje, siempre que uno no lo mirara a la cabeza; pero no había modo de adivinar sus sentimientos.

Dio media vuelta y se marchó.

Porter carraspeó y habló con voz sofocada:

—Por Dios, qué tufo a cloro. Si no hacen algo, moriremos con los pulmones destrozados.

—Cállese —le espetó Stuart—. No hay suficiente cloro en el aire para hacer estornudar a un mosquito y lo poco que hay se esfumará en dos minutos. Además, un poco de cloro será bueno para usted. Quizá mate el virus de su resfriado.

Windham tosió y dijo:

—Stuart, creo que usted pudo decirle algo sobre nuestra liberación a su amigo kloro. No es tan audaz en su presencia como cuando ellos no están, ¿eh?

—Ya oyó lo que dijo esa criatura, coronel. Somos prisioneros de guerra, y el intercambio de prisioneros lo negocian los diplomáticos. Tendremos que esperar.

Leblanc, que se había puesto pálido al ver al kloro, se levantó y corrió hacia el excusado. Le oyeron vomitar.

Se hizo un incómodo silencio mientras Stuart pensaba qué decir para disimular ese desagradable sonido. Mullen intervino. Hurgaba en un pequeño estuche que había sacado de debajo de la almohada.

—Tal vez sea mejor que el señor Leblanc tome un sedante antes de acostarse. Tengo bastantes. Me *alegrará* ofrecerle uno. —De inmediato explicó su generosidad—: De lo contrario, quizá nos mantenga despiertos a todos.

—Muy lógico —asintió secamente Stuart—. Será mejor que guarde alguno para nuestro caballero andante. Guarde media docena. —Se acercó a Polyorketes, que todavía estaba despatarrado, y se arrodilló—. ¿Está cómodo el niño?

—Es de pésimo gusto hablar así, Stuart —protestó Windham.

—Bien, si tan preocupado está por él, ¿por qué usted y Porter no lo

llevan a su catre?

Los ayudó a trasladarlo. Los brazos de Polyorketes temblaban de un modo errático. Por lo que Stuart sabía sobre las armas nerviosas de los kloros, el hombre debía de estar sufriendo un hormigueo insoportable.

—Y no lo traten con mucha suavidad —añadió—. Este zopenco pudo hacer que nos mataran a todos. ¿Y para qué?

Empujó el cuerpo, rígido a un lado y se sentó en el borde de la litera.

—¿Me oye, Polyorketes? —Los ojos del herido fulguraron. Intentó en vano alzar el brazo—. De acuerdo, pues. Escuche. No vuelva a intentar nada parecido. La próxima vez puede ser el fin para todos nosotros. Si usted hubiera sido un kloro y él un terrícola, ya estaríamos muertos. Así que métase una cosa en la mollera: lamentamos lo de su hermano y es una pena, pero fue únicamente culpa suya.

Polyorketes trató de moverse y Stuart lo contuvo. —No, siga escuchando. Tal vez ésta sea mi única oportunidad de hablarle y conseguir que me escuche. Su hermano no estaba autorizado para salir del recinto de pasajeros. No tenía a dónde ir. Se puso en medio de nuestra propia gente. Ni siquiera sabemos con certeza si lo mataron los kloros. Pudo ser uno de los nuestros.

—Oh, caramba, Stuart —objetó Windham.

Stuart se giró hacia él.

—¿Tiene pruebas de lo contrario? ¿Usted vio el disparo? ¿Pudo discernir, por lo que quedó del cuerpo, si era energía de los kloros o nuestra?

Polyorketes atinó a hablar, moviendo la lengua en un forzado y gangoso gruñido.

—Maldito canalla, defensor de bichos verdes.

—¿Yo? Sé qué está pensando, Polyorketes. Piensa que cuando pase la parálisis se desquitará propinándome una paliza. Pues bien, si lo hace, probablemente nos aíslen a todos con cortinas.

Se levantó y apoyó la espalda en la pared. Quedó así enfrente de todos ellos.

—Ninguno de ustedes conoce a los kloros como yo. Las diferencias físicas que ven no son importantes. Sí lo son las de temperamento. Ellos no comprenden nuestro modo de entender el sexo, por ejemplo. Para ellos es sólo un reflejo biológico, como el respirar. No le atribuyen importancia. Pero sí le dan importancia a los grupos sociales. Recuerden que sus ancestros evolutivos tenían mucho en común con nuestros insectos. Siempre dan por sentado que un grupo de terrícolas constituye una unidad social.

»Eso lo significa todo para ellos, aunque no sé exactamente cuál es el

significado. Ningún terrícola puede entenderlo. Pero lo cierto es que nunca disgregan un grupo, así como nosotros no separamos a una madre de sus hijos si podemos evitarlo. Tal vez ahora nos estén tratando con dulzura porque suponen que nos sentimos deprimidos al haber muerto uno de los nuestros, y eso los hace sentirse culpables.

»Pero recuerden una cosa. Nos encarcelarán juntos y permaneceremos juntos mientras esto dure. No me agrada la idea. No los habría escogido como compañeros de cuarto y estoy seguro de que ustedes no me habrían escogido a mí. Pero así están las cosas. Los kloros no entenderían que estábamos juntos a bordo sólo por accidente.

»Eso significa que tendremos que aguantarnos unos a otros. Y no se trata de tonterías sobre avecillas que saben compartir el nido. ¿Qué creen que habría ocurrido si los kloros hubieran entrado antes y nos hubiesen sorprendido a Polyorketes y a mí tratando de matarnos? ¿No lo saben? Pues bien, ¿qué pensarían ustedes de una madre a la que sorprendieran tratando de matar a sus hijos?

«¿Comprenden? Nos habrían matado como a un grupo de pervertidos y monstruos. ¿Entendido? ¿Entendido, Polyorketes? ¿Capta la idea? Conque insultémonos si es preciso, pero dejemos las manos quietas. Y ahora, si no les importa, me daré un masaje en las manos; estas manos sintéticas que los kloros me dieron y que uno de mi propia especie intentó mutilar de nuevo.

Para Claude Leblanc había pasado lo peor. Se había estado sintiendo muy harto, hastiado de muchas cosas; pero hastiado sobre todo de haber tenido que abandonar la Tierra. Fue magnífico estudiar fuera de la Tierra. Resultó ser una aventura que le permitió alejarse de la madre. Se alegró de esa escapada tras el primer mes de tímida adaptación.

Y en las vacaciones estivales ya no era Claude, el timorato estudiante, sino Leblanc, viajero del espacio. Alardeaba de ello. Se sentía más hombre hablando de estrellas, de saltos en el espacio, de los hábitos y las condiciones de otros mundos; y le proporcionó coraje con Margaret. Ella lo amaba por los peligros que había afrontado...

Pero estaba enfrentándose al primer peligro real, y no lo sobrellevaba demasiado bien. Lo sabía, sentía vergüenza y lamentaba no ser como Stuart.

Aprovechó la excusa del almuerzo para abordarlo.

—Señor Stuart.

—¿Cómo se siente? —le preguntó él, lacónicamente.

Leblanc se sonrojó. Se sonrojaba fácilmente y el esfuerzo por evitarlo sólo empeoraba las cosas.

—Mucho mejor, gracias —respondió—. Es hora de comer. Le he traído su ración.

Stuart aceptó la lata que le ofrecían. Era una ración espacial corriente; sintética, concentrada, nutritiva e insatisfactoria. Se calentaba automáticamente al abrir la lata, pero se podía comer fría si era necesario. Aunque incluía un utensilio que combinaba la cuchara con el tenedor, la consistencia de la ración permitía utilizar los dedos sin ensuciarse más de la cuenta.

—¿Oyó usted mi pequeño discurso? —le preguntó Stuart.

—Sí, y quería decirle que puede contar conmigo.

—Muy bien. Ahora vaya a comer.

—¿Puedo comer aquí?

—Como guste.

Comieron un rato en silencio.

—Tiene usted mucho aplomo, señor Stuart —comentó al fin Leblanc—. Debe de ser maravilloso sentirse así.

—¿Aplomo? Gracias, pero ahí tiene usted a alguien con autentico aplomo.

Leblanc siguió sorprendido la dirección del ademán.

—¿El señor Mullen? ¿Ese hombrecillo? ¡Oh, no!

—¿No le parece seguro de sí mismo?

Leblanc negó con la cabeza. Miró fijamente a Stuart para asegurarse de que no le tomaba el pelo.

—Ese hombre es muy frío. No tiene emociones. Es como una pequeña máquina. Me resulta repulsivo. Usted es diferente, señor Stuart. Usted rebosa energía, pero se controla. Me gustaría ser así.

Como atraído por el magnetismo de una mención que no había escuchado, Mullen se reunió con ellos. Apenas había tocado su ración. La lata aún humeaba cuando se acuclilló ante ambos.

Habló con su habitual susurro furtivo:

—¿Cuánto cree que durará el viaje, señor Stuart?

—Lo ignoro, Mullen. Sin duda evitan las rutas comerciales habituales y darán más saltos que de costumbre en el hiperespacio para desorientar a los posibles perseguidores. No me sorprendería que durase una semana. ¿Por qué lo pregunta? Supongo que tendrá una razón muy lógica y muy práctica.

—Pues, sí, por cierto —asintió Mullen. Parecía impermeable a los sarcasmos—. He pensado que sería prudente racionar las raciones, por así

decirlo.

—Tenemos comida y agua suficientes para un mes. Fue lo primero que investigué.

—Entiendo. En tal caso, me terminaré la lata.

Y eso hizo, manipulando delicadamente el utensilio y enjugándose los labios con el pañuelo, aunque los tenía limpios.

Polyorketes se levantó con esfuerzo un par de horas después. Se tambaleaba como víctima de una resaca alcohólica. No intentó acercarse a Stuart, pero sí habló dirigiéndose a él:

—Maldito espía de los verdes, vaya con cuidado.

—Ya oyó lo que le dije antes, Polyorketes.

—Le oí. Y también oí lo que dijo de Arístides. No me molestaré con usted, porque es sólo un saco de aire ruidoso. Pero espere, y algún día soplará usted más aire de la cuenta en la cara de alguien y le harán reventar.

—Esperaré —dijo Stuart.

Windham se aproximó cojeando y apoyándose en el bastón.

—Vamos, vamos —exhortó con una jadeante jovialidad que puso de relieve su angustia en vez de ocultarla—. Somos todos terrícolas, rayos. Tenemos que recordarlo. Debe ser nuestra luz inspiradora. No perdamos el temple ante esos malditos kloros. Tenemos que olvidar las rencillas personales y recordar que somos terrícolas unidos contra monstruos alienígenas.

Stuart hizo un comentario irreproducible.

Porter se hallaba detrás de Windham. Había estado hablando en privado durante una hora con el coronel calvo, y exclamó con indignación:

—Deje de hacerse el listo, Stuart, y escuche al coronel. Hemos estado analizando la situación.

Se había lavado la grasa de la cara, tenía humedecido el cabello y se lo había echado hacia atrás. Aun así, conservaba el tic en la comisura de la boca, y sus manos verrugosas no parecían más atractivas.

—De acuerdo, coronel —accedió Stuart—. ¿Qué tiene pensado hacer?

—Preferiría que todos los hombres estuviesen juntos —declaró Windham.

—De acuerdo, llámelos.

Leblanc se acercó deprisa; Mullen, con mayor lentitud.

—¿Quiere también a ese sujeto? —preguntó Stuart, señalando a Polyorketes con la cabeza.

—Vaya, pues sí. Señor Polyorketes, ¿puede usted acercarse?

—Bah, déjeme en paz.

—Continúe —le instó Stuart—, déjelo en paz. Yo no lo quiero aquí.

—No, no —se empeñó Windham—. Esto es para todos los terrícolas. Señor Polyorketes, le necesitamos.

Polyorketes rodó hasta el borde del catre.

—Estoy a suficiente distancia para oírle.

—¿Los kloros tendrán micrófonos en esta habitación? —le preguntó Windham a Stuart.

—No. ¿Para qué?

—¿Está seguro?

—Claro que estoy seguro. No sabían que Polyorketes me hubiera atacado. Oyeron el alboroto cuando la nave se puso a traquetear.

—Tal vez querían hacernos creer que no hay micrófonos en la habitación.

—Escuche, coronel, nunca he sabido de un kloro que mintiera a propósito...

—Ese bocazas ama a los kloros —dijo Polyorketes con calma.

—No empecemos con eso —medió Windham—. Mire, Stuart. Porter y yo hemos hablado del asunto y pensamos que usted conoce a los kloros lo bastante como para pensar en un modo de regresar a la Tierra.

—Pues se equivocan. No se me ocurre ningún modo.

—Tal vez haya alguna manera de arrebatarles la nave a esos canallas verdes —sugirió Windham—. Alguna debilidad que tengan. ¡Rayos, usted sabe a qué me refiero!

—Dígame, coronel, ¿qué le preocupa? ¿Su pellejo, o el bienestar de la Tierra?

—Me ofende esa pregunta. Aunque me interesa mi propia vida, como a cualquiera, pienso ante todo en la Tierra, ¿se entera usted? Y creo que eso vale para todos nosotros.

—En efecto —declaró Porter.

Leblanc parecía angustiado; Polyorketes, amargado. Mullen no tenía ninguna expresión.

—De acuerdo —aceptó Stuart—. Desde luego, no creo que podamos tomar la nave. Ellos están armados y nosotros no. Pero hay una cosa. Usted sabe por qué los kloros se hicieron con la nave intacta: porque necesitan naves. Son mejores químicos que los terrícolas, pero los terrícolas son mejores ingenieros astronáuticos. Tenemos naves de mayor tamaño y mejores, y en mayor cantidad. En realidad, si nuestra tripulación hubiera

respetado los axiomas militares, habría hecho estallar la nave en cuanto los kloros se dispusieron a abordarla.

—¿Matando a los pasajeros? —preguntó Leblanc, horrorizado.

—¿Por qué no? Ya han oído las palabras del coronel. Cada uno de nosotros piensa más en los intereses de la Tierra que en su mezquina vida. ¿De qué le servimos a la Tierra con vida? De nada. ¿Cuánto daño causará esta nave en manos de los kloros? Muchísimo, probablemente.

—¿Por qué se negaron nuestros hombres a hacer estallar la nave? —Quiso saber Mullen—. Debían de tener una razón.

—La tenían. Es tradición de los militares terrícolas que nunca debe haber una proporción desfavorable de bajas. Si nos hubieran hecho estallar, habrían muerto veinte combatientes y siete civiles de la Tierra, con un total de cero bajas por parte del enemigo. Entonces, ¿qué? Les dejamos que nos asalten, matamos a veintiocho, pues estoy seguro de que hemos liquidado por lo menos a esa cantidad, y permitimos que se queden con la nave.

—Bla, bla, bla —se mofó Polyorketes.

—Esto tiene una moraleja —prosiguió Stuart—. No podemos quitarles la nave a los kloros, pero podríamos distraerlos y mantenerlos ocupados el tiempo suficiente para que uno de nosotros establezca un cortocircuito en los motores.

—¿Qué? —aulló Porter, y Windham, asustado, le hizo callar.

—Un cortocircuito —repitió Stuart—. Eso destruiría la nave, que es lo que todos deseamos, ¿no es cierto?

Los labios de Leblanc estaban blancos cuando musitó:

—No creo que eso funcionara.

—No lo sabremos si no lo intentamos. ¿Y qué podemos perder en el intento?

—¡La vida, demonios! —bramó Porter—. ¡Loco chiflado, ha perdido el juicio!

—Si estoy chiflado —replicó Stuart— y además loco, es una obviedad añadir que he perdido el juicio. Pero recuerden que si perdemos la vida, lo cual es muy probable, no perdemos nada valioso para la Tierra, mientras que al destruir la nave, lo cual también es probable, beneficiamos muchísimo a nuestro planeta. ¿Qué patriota vacilaría? ¿Quién antepondría su persona a su propio mundo? —Miró en torno—. Usted no, por supuesto, coronel Windham.

Éste carraspeó.

—Amigo mío, no se trata de eso. Debe de haber un modo de rescatar la nave sin perder la vida, ¿o no?

—Bien, dígalo usted.

—Pensemos todos en ello. Sólo hay dos kloros a bordo. Si uno de nosotros pudiera atacarlos...

—¿Cómo? El resto de la nave está llena de cloro. Tendríamos que usar un traje espacial. La gravedad de su sector de la nave está sintonizada en el nivel de su planeta, así que a quien le toque la china tendría que moverse asegurando sus pasos, con pesadez y lentitud. Oh, claro que podría atacarlos, igual que una mofeta que intentara moverse furtivamente a favor del viento.

—Entonces, desistiremos —se atrevió Porter, con voz trémula—. Escuche, Windham, no vamos a destruir la nave. Mi vida significa mucho para mí y, si alguno de ustedes intenta semejante cosa, avisaré a los kloros. Hablo en serio.

—Bueno —resumió Stuart—, nuestro héroe número uno.

—Yo deseo regresar a la Tierra —manifestó Leblanc—, pero...

Mullen lo interrumpió:

—No creo que nuestras probabilidades de destruir la nave sean buenas a menos que...

—Héroes dos y tres. ¿Qué dice usted, Polyorketes? Tendría la oportunidad de matar dos kloros.

—Quiero matarlos con mis manos —gruñó el granjero, agitando los puños—. En su planeta los mataré a docenas.

—Una promesa interesante y un poco arriesgada. ¿Y usted, coronel? ¿No quiere marchar conmigo hacia la muerte y la gloria?

—Su actitud es cínica e inconveniente, Stuart. Es obvio que si los demás se oponen su plan fracasará.

—A menos que lo ejecute yo mismo, ¿no?

—No hará tal cosa, ¿me oye? —se apresuró Porter.

—Por supuesto que no —convino Stuart—. No presumo de héroe. Soy sólo un patriota convencional, perfectamente dispuesto a ir a cualquier planeta al que me lleven y esperar allí el fin de la guerra.

—Claro que existe un modo de sorprender a los kloros —comentó Mullen pensativamente.

Nadie le habría prestado atención si Polyorketes no hubiera reaccionado. Lo señaló con su índice rechoncho, cuya uña estaba ennegrecida, y se rió roncamente.

—¡El señor contable! Un contable que pronuncia grandes discursos, como ese maldito espía de los verdes. Adelante, señor contable. Adelante

con su perorata. Que las palabras rueden como un tonel vacío. —Se volvió hacia Stuart y repitió en un tono lleno de rencor—: ¡Un tonel vacío! Un tonel vacío y con manos inservibles. Sólo sirve para hablar.

Mullen no se hizo oír hasta que Polyorketes hubo terminado, pero luego dijo, dirigiéndose a Stuart:

—Podríamos atacarlos desde el exterior. Esta sala tiene un conducto C. Estoy seguro.

—¿Qué es un conducto C? —preguntó Leblanc.

—Bien... —comenzó Mullen, y se calló, desorientado.

—Es un eufemismo, muchacho —contestó Stuart con tono burlón—. El nombre completo es «conducto para cadáveres». Nadie los menciona, pero hay un conducto C en la sala principal de toda nave. Se trata de una pequeña cámara de presión por donde se expulsan los cadáveres. Sepultura en el espacio. Mucho gesto emocionado y mucho inclinar de cabeza mientras el capitán pronuncia uno de esos discursos que irritarían a Polyorketes.

Leblanc hizo una mueca de disgusto.

—¿Usar eso para salir de la nave?

—¿Por qué no? ¿Es usted supersticioso? Continúe, Mullen.

El hombrecillo había aguardado con paciencia.

—Una vez en el exterior, se puede volver a entrar en la nave por los tubos de vapor. Se puede hacer... con suerte. Y luego habría un visitante inesperado en la sala de control.

Stuart lo miró con curiosidad.

—¿Cómo se le ocurrió? ¿Qué sabe usted de tubos de vapor?

Mullen carraspeó.

—¿Se refiere a que estoy en el negocio de las cajas de papel? Bien... —Se ruborizó, aguardó un momento y comenzó de nuevo con voz neutra—. Mi compañía, que manufactura cajas de papel de fantasía y contenedores originales, tenía hace algunos años una línea de cajas de golosinas con forma de nave espacial para los niños. Estaban diseñadas de tal modo que al tirar de un cordel se perforaban unos contenedores de presión y salían chorros de aire comprimido por los tubos de vapor, haciendo estallar la caja y desparramando los dulces. La teoría comercial era que los niños disfrutarían jugando con la nave y recogiendo las golosinas.

»En realidad fue un fracaso total. La nave rompía platos y a veces golpeaba a otro niño en el ojo. Peor aún, los niños no sólo recogían las golosinas, sino que reñían por ellas. Fue nuestro peor fracaso. Perdimos montones de dinero.

»De todos modos, mientras se diseñaban las cajas, toda la oficina se

interesó por el asunto. Era como un juego, muy perjudicial para la eficacia y para la moral laboral. Durante un tiempo todos fuimos expertos en tubos de vapor. Leí varios libros sobre construcción de naves. Pero en mi tiempo libre, no en horas de trabajo.

Stuart estaba fascinado.

—Parece una idea para un vídeo de aventuras —dijo—, pero podría funcionar si tuviéramos un héroe dispuesto. ¿Lo tenemos?

—¿Qué le parece usted mismo? —se indignó Porter—. Se está mofando de nosotros con sus sarcasmos baratos, pero no se ofrece como voluntario para nada.

—Porque no soy un héroe, Porter. Lo admito. Mi propósito es conservar el pellejo, y eso de deslizarse por tubos de vapor no me parece un modo de conservarlo. Pero ustedes son nobles patriotas. Eso dice el coronel. ¿Y si lo hiciera usted, coronel? Es nuestro héroe máximo.

—¡Rayos! —exclamó Windham—. Si yo fuera más joven, y si usted tuviera manos, me complacería propinarle una buena paliza.

—No lo dudo, pero no ha respondido a mi pregunta.

—Usted sabe muy bien que a mis años y con esta pierna —arguyó, dándose una palmada en la rodilla rígida—, no estoy en condiciones de hacer nada semejante, por mucho que lo deseara.

—Ah, claro —asintió Stuart—. Y yo tengo las manos inservibles, como me ha recordado Polyorketes. Nosotros dos nos salvamos. ¿Y qué desdichadas deformidades afligen al resto?

—Escuche —se impacientó Porter—, quiero saber de qué se trata. ¿Cómo se puede descender por los tubos de vapor? ¿Y si los kloros los utilizan mientras uno de nosotros está dentro?

—Vaya, Porter, eso forma parte de la diversión. ¿No tiene espíritu deportivo?

—Pero acabaría hervido como una langosta de mar en su concha.

—Una imagen bonita, aunque inexacta. El vapor sólo duraría un par de segundos y el aislamiento del traje resistiría. Además, el chorro de vapor sale a varios cientos de kilómetros por minuto, de modo que el hombre se encontraría fuera de la nave antes de que el vapor lo calentara siquiera. De hecho, sería despedido a varios kilómetros en el espacio, con lo cual quedaría a salvo de los kloros. Claro que no podría regresar a la nave. Porter sudaba a chorros.

—No me asusta ni por un minuto, Stuart.

—¿No? ¿Entonces se ofrece a ir? ¿Ha pensado en lo que significa quedar varado en el espacio? Se encuentra uno totalmente solo. El chorro de vapor

quizá le deje girando a gran velocidad, pero no lo notará. Creerá estar inmóvil, sólo que las estrellas girarán y girarán hasta parecer estrías en el cielo. No pararán nunca. Ni siquiera servirán para detenerle. Luego, su calentador se apagará, el oxígeno se le agotará y morirá usted muy despacio. Tendrá tiempo de sobra para pensar. Si tiene usted prisa, siempre puede abrirse el traje. Eso tampoco será agradable. He visto el rostro de hombres a los que se les rasgó accidentalmente el traje, y le aseguro que es bastante horrendo. Pero sería más rápido. Después...

Porter dio media vuelta y se alejó temblando.

—Otro fracaso —bromeó Stuart—. Seguimos teniendo un acto de heroísmo aguardando al mejor postor, pero aún no aparece ninguna oferta.

Polyorketes habló entonces, masticando las palabras con voz áspera:

—Siga hablando, bocazas. Siga agitando ese tonel vacío. Pronto le haremos tragar los dientes. Creo que hay alguien que estaría dispuesto, ¿eh, señor Porter?

Porter miró a Stuart en confirmación de lo cierto del comentario de Polyorketes, pero no dijo nada.

—¿Y qué dice usted, Polyorketes? —lo provocó Stuart—. El hombre de los puños y las agallas. ¿Quiere que le ayude a ponerse el traje?

—Le pediré ayuda cuando la necesite.

—¿Y usted, Leblanc? —El joven se amilanó—. ¿Ni siquiera por volver con Margaret? —Leblanc negó con la cabeza—. ¿Mullen?

—Bien..., lo intentaré.

—¿Qué?

—Que sí, que lo intentaré. A fin de cuentas, fue idea mía

Stuart estaba anonadado.

—¿Habla en serio? ¿Por qué?

Mullen frunció los labios.

—Porque nadie más lo hará.

—Pero eso no es motivo. Y menos para usted.

Mullen se encogió de hombros.

Windham dio un bastonazo en el suelo y se acercó.

—¿De veras piensa ir, Mullen?

—Sí, coronel.

—En ese caso, qué diablos, déjeme estrecharle la mano. Me cae usted simpático. Es un..., un terrícola, por todos los cielos. Hágalo y triunfe o perezca, yo seré su testigo.

Mullen se zafó torpemente del vibrante apretón del coronel.

Y Stuart se quedó como paralizado. Se hallaba en una situación

inusitada. Se hallaba, de hecho, en la más rara de todas las situaciones que pudiera imaginarse.

No tenía nada que decir.

La atmósfera de tensión quedó alterada. Al abatimiento y la frustración las reemplazó el estímulo de la conspiración. Hasta Polyorketes palpaba los trajes espaciales comentando con voz ronca cuál le parecía mejor.

Mullen presentó ciertos problemas. El traje le quedaba grande aun después de haber ceñido al máximo las articulaciones ajustables. Ya sólo faltaba atornillarle el casco. Movió el cuello.

Stuart sostenía el casco con esfuerzo. Era pesado y sus manos de artiplasma no podían asirlo con vigor.

—Rásquese la nariz si le pica —dijo—. Va a ser su ultima oportunidad por un tiempo. —No añadió «quizá para siempre», aunque lo pensó.

—Tal vez sea mejor que lleve otro cilindro de oxígeno más —apuntó Mullen.

—De acuerdo.

—Con una válvula reductora.

Stuart movió la cabeza afirmativamente.

—Entiendo. Si sale despedido de la nave, podría tratar de regresar usando el cilindro como motor de reacción.

Le pusieron el casco y le sujetaron el cilindro de repuesto a la cintura. Polyorketes y Leblanc subieron a Mullen hasta la abertura del conductor C. El interior aparecía ominosamente oscuro, pues el revestimiento metálico se hallaba pintado de negro, el color del luto. Stuart creyó detectar un aroma desagradable, pero sabía que era cosa sólo de su imaginación.

Interrumpió la operación cuando Mullen estaba medio metido ya en el conducto. Golpeó el visor del hombrecillo.

—¿Me oye?

El otro asintió con la cabeza.

—¿El aire entra bien? ¿Ningún problema?

Mullen alzó el brazo en señal de aprobación.

—Recuerde, no use la radio del traje. Los kloros podrían captar las señales.

Retrocedió a regañadientes. Las manos robustas de Polyorketes bajaron a Mullen hasta que se oyó el ruido de las suelas de acero contra la válvula externa. La compuerta interna giró y se cerró con estremece-dora contundencia, y el borde biselado de silicio se ajustó como con un suspiro. Echaron los cierres.

Stuart se plantó ante el interruptor que controlaba la compuerta externa. Lo movió y el medidor que indicaba la presión de aire del tubo bajó a cero. Un punto de luz roja advirtió de que la compuerta externa se hallaba abierta. Luego, la luz se apagó, la compuerta se cerró y la aguja del medidor se volvió a elevar despacio a siete kilos.

Abrieron de nuevo la compuerta interna y vieron el tubo vacío.

—¡El pequeño hijo de perra! —exclamó Polyorketes—. ¡Se fue! —Miró asombrado a los demás—. Un tío tan pequeño y con tantas agallas.

—Bien —dijo Stuart—, será mejor que nosotros nos preparemos. Existe la posibilidad de que los kloros hayan detectado la apertura y el cierre de las compuertas. En tal caso, vendrán a investigar y tendremos que encubrirlo.

—¿Cómo? —quiso saber Windham.

—No verán a Mullen. Diremos que está en el cuarto de baño. Los kloros saben que una característica de los terrícolas es que no les gustan las intrusiones en el excusado, así que no lo comprobarán. Si podemos distraerlos...

—¿Y si esperan o si revisan los trajes espaciales? —interrumpió Porter.

Stuart se encogió de hombros.

—Esperemos que no. Y escuche, Polyorketes, no arme un revuelo cuando entren.

—¿Estando ese hombre ahí fuera? —gruñó Polyorketes—. ¿Qué cree que soy? —Miró a Stuart sin hostilidad y se rascó vigorosamente el pelo rizado—. ¡Y yo que me reía de él! Pensaba que era un blando. Me da vergüenza.

Stuart carraspeó y dijo:

—Escuche, yo he estado diciendo cosas poco oportunas, ahora que lo pienso. Me gustaría aclarar que lo lamento.

Se giró malhumorado y caminó hacia su catre. Oyó pasos, sintió que le tocaban la manga y se dio la vuelta. Era Leblanc.

—No dejo de pensar en que el señor Mullen es un hombre mayor —murmuró el joven.

—Bien, no es un chiquillo. Creo que tiene cuarenta y cinco o cincuenta años.

—¿Cree usted, señor Stuart, que tendría que haber ido yo? —preguntó Leblanc—. Soy el más joven. No me gusta la idea de haber permitido que un hombre mayor fuera en mi lugar. Me hace sentir muy mal.

—Lo sé. Será horroroso si él muere.

—Pero se ofreció voluntario. Nadie lo obligó, ¿verdad?

—No trate de eludir la responsabilidad, Leblanc. No le hará sentirse mejor. Cualquiera de nosotros tenía motivos más fuertes que él para correr

el riesgo.

Y Stuart se quedó pensando en silencio.

Mullen sintió que la obstrucción cedía bajo sus pies y las paredes se deslizaban con celeridad. El escape del aire lo succionaba, arrastrándolo. Clavó brazos y piernas en la pared para frenarse. Los cadáveres debían ser lanzados a gran distancia de la nave, pero él no era un cadáver..., por el momento.

Sus pies se balancearon. Oyó el sonido sordo de una bota magnética contra el casco cuando el resto de su cuerpo salió expulsado como un corcho bajo presión. Osciló peligrosamente en el borde del orificio de la nave (de pronto había cambiado de orientación y la miraba desde arriba) y retrocedió un paso mientras la tapa se cerraba sola, encajando perfectamente en el casco.

Lo abrumó una sensación de irrealidad. No era él quien estaba de píe en la superficie de una nave, no era Randolph F. Mullen. Muy pocos seres humanos podían alardear de ello, ni siquiera los que viajaban constantemente por el espacio.

Comprendió gradualmente que estaba dolorido. Salir de ese agujero, con un pie plantado en el casco, casi lo había partido en dos. Trató de moverse con cuidado y descubrió que sus movimientos eran erráticos y casi imposibles de controlar. Suponía que no se había roto nada, aunque sentía desgarrones en los músculos del costado izquierdo.

Recobró la compostura y notó que las luces de la bocamanga del traje estaban encendidas. Bajo esa luz escrutó la negrura del conducto C. Temió que los kloros vieran desde dentro los puntos gemelos de luz móvil fuera del casco. Movió el interruptor que tenía en la cintura del traje.

Mullen nunca hubiese imaginado que, de pie en una nave, no lograría ver el casco. Pero todo era oscuridad, tanto abajo como arriba. Se veían las estrellas, puntitos de luz firme, brillante y sin dimensión. Nada más en ninguna otra parte. Abajo, ni siquiera las estrellas... ¡y ni siquiera sus propios pies!

Miró hacia arriba. Sintió vértigo. Las estrellas se desplazaban despacio. Mejor dicho, estaban quietas y la nave rotaba, pero él no podía convencer de eso a sus ojos. ¡Se movían ellas! Bajó la vista y miró hacia popa. Más estrellas al otro lado. Un horizonte negro. La nave existía sólo como una zona sin estrellas.

¿Sin estrellas? Vaya, había una casi a sus pies. Tendió la mano hacia ella y comprendió que era sólo un reflejo reluciente en el bruñido metal.

Se desplazaban a miles de kilómetros por hora. Las estrellas. Y la nave. Y él. Pero eso no significaba nada. Sus sentidos sólo captaban silencio, oscuridad y el lento movimiento giratorio de los astros. Sus ojos seguían el movimiento...

Y su casco chocó contra la superficie de la nave con una vibración semejante a un tañido.

Presa del pánico, tanteó en derredor con sus gruesos e insensibles guantes de silicato. Conservaba los pies adheridos con firmeza al casco de la nave, pero el resto del cuerpo se le arqueaba en ángulo recto hacia atrás, a la altura de las rodillas. No existía gravedad fuera de la nave. Si se doblaba hacia atrás, nada presionaba la parte superior del cuerpo hacia abajo, indicando a las articulaciones que se estaban combando. El cuerpo permanecía de cualquier modo en que lo pusiera. Ejerció presión en el casco y el torso salió despedido hacia arriba, se negó a detenerse, cuando estuvo en vertical, y cayó hacia delante. Lo intentó con menor crispación. Se equilibró con ambas manos contra el casco, hasta quedar en cuclillas. Luego, se levantó, despacio, hasta ponerse recto, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio.

Ya estaba erguido, y consciente de su náusea y de su vértigo. Miró en torno. Por Dios, ¿dónde estaban los tubos de vapor? No los veía. Negro sobre negro; nada sobre nada.

Encendió las luces de las bocamangas. En el espacio no se reflejaban en haces, sólo en manchas elípticas y nítidas de parpadeante acero azul. Cuando iluminaban un remache, arrojaban una sombra afilada como un cuchillo y negra como el propio espacio, y la zona en cuestión se alumbraba repentina y difusamente.

Movió los brazos e inclinó el cuerpo en la dirección opuesta: acción y reacción. Entrevió un tubo de vapor con sus lisos bordes cilíndricos. Intentó ir hacia allí. El pie permaneció adherido al casco. Tiró de él y consiguió arrastrarlo, luchando contra una especie de arena movediza que cedió de pronto. Ocho centímetros arriba y casi se liberó; quince centímetros, y casi echó a volar.

Lo adelantó un poco y le hizo descender; sintió cómo se hundía en la arena movediza. Cuando la suela estuvo a cinco centímetros del casco, cayó de golpe, sin control, y se estrelló contra la superficie. El traje espacial transmitió las vibraciones, amplificándolas en sus oídos.

Se detuvo aterrado. Los deshidratantes que secaban la atmósfera interior del traje no pudieron con la avalancha de sudor que le empapó la frente y los sobacos.

Esperó un poco y levantó el pie de nuevo, apenas tres centímetros, lo dejó a esa altura y lo desplazó horizontalmente. El movimiento horizontal no implicaba esfuerzo alguno, pues se trataba de un movimiento perpendicular a las líneas de fuerza magnética. Pero tenía que evitar que el pie descendiera bruscamente, debía bajarlo despacio.

Resopló. Cada paso era una agonía. Le crujían los tendones de las rodillas y sentía punzadas en el costado.

Se detuvo para dejar secar la transpiración. No quería enturbiar la parte interior del visor. Dirigió las luces de la muñeca y descubrió el cilindro de vapor justo delante de él.

La nave tenía cuatro de esos tubos, a intervalos de noventa grados y saliendo en ángulo desde el eje central. Constituían el «ajuste fino» del curso de la nave. El ajuste corriente residía en los potentes propulsores de popa y de proa, que fijaban la velocidad final con su fuerza de aceleración y desaceleración, y en el motor hiper-atómico que se encargaba de los saltos espaciales.

Pero en ocasiones había que ajustar ligeramente la dirección del vuelo y eso se encomendaba a los cilindros de vapor. A solas, podían impulsar la nave arriba, abajo, a derecha y a izquierda. De dos en dos, si se graduaba atinadamente el impulso, podían hacer que virase en la dirección deseada.

El dispositivo no había sufrido mejoras con los siglos, pues era demasiado simple. La pila atómica calentaba el agua de un contenedor cerrado, transformándola en vapor y elevándola en menos de un segundo a temperaturas a las que se podía descomponer en una mezcla de hidrógeno y oxígeno, y luego en una mezcla de electrones y de iones. Tal vez se descompusiese de verdad. Nadie se molestaba en verificarlo; funcionaba, así que no era necesario.

En el punto crítico, una válvula pequeña cedía y el vapor salía disparado en un chorro corto, pero demoledor. Y la nave se desplazaba majestuosamente en dirección opuesta, virando sobre su propio centro de gravedad. Cuando los grados del viraje eran suficientes, un chorro igual y en sentido contrario cancelaba el movimiento. La nave se desplazaba a la velocidad original, pero en una nueva dirección.

Mullen se había arrastrado hasta el borde del cilindro de vapor. Se imaginó a sí mismo como una mancha vacilando en el extremo de una estructura que salía de un ovoide que surcaba el espacio a quince mil kilómetros por hora.

Pero no existía el riesgo de que una corriente de aire lo arrancara del casco, y las suelas magnéticas lo adherían con más fuerza de lo que

deseaba.

Con las luces encendidas se agachó para escrutar el tubo, y la nave se transformó en un precipicio para él al cambiar de orientación. Extendió los brazos para afirmarse, pero no se caía; en el espacio no había arriba ni abajo, excepto cuando su mente confundida optaba por uno o por otro.

El cilindro era de un tamaño suficiente para un hombre, de modo que los técnicos pudieran entrar allí para repararlo. La luz alumbró los peldaños que tenía enfrente. Soltó un suspiro de alivio con el aliento que le quedaba: algunas naves carecían de peldaños.

Avanzó hacia ellos, y la nave pareció deslizarse y retorcerse mientras él se movía. Alzó un brazo sobre el borde del tubo, buscando el peldaño a tientas, dejó sueltos los pies y se deslizó adentro.

El nudo que tenía en el estómago desde el principio se convirtió en un revoltijo convulso. Si decidían maniobrar con la nave, si lanzaban un chorro de vapor...

Ni siquiera se daría cuenta. En una mínima fracción de segundo pasaría de estar aferrado a un peldaño, buscando el siguiente a tientas, a encontrarse solo en el espacio; y la nave sería una mancha oscura perdida para siempre entre los astros. Tal vez hubiera un breve esplendor de cristales de hierro arremolinados girando con él, reluciendo con las luces de la bocamanga, aproximándose y rotando a su alrededor atraídos por su masa como planetas infinitesimales en torno de un sol absurdamente diminuto.

Estaba sudando de nuevo y empezó a sentir sed. Ni pensarlo. No podría beber hasta que saliera del traje... si es que llegaba a salir.

Un peldaño, otro, y otro. ¿Cuántos habría? Su mano resbaló, y Mullen miró incrédulo el destello que se veía bajo la luz.

¿Hielo?

¿Por qué no? El vapor salía caliente en extremo y chocaba contra un metal que estaba cerca del cero absoluto. En fracciones de segundo no había tiempo para que el metal se calentara por encima del punto de congelamiento del agua, de modo que se formaba una lámina de hielo que se condensaba lentamente en el vacío. La celeridad del proceso impedía la fusión de los tubos con el contenedor del agua.

Su mano palpó el final. Volvió a conectar las luces. Miró con escalofríos la boquilla del vapor, de poco más de un centímetro de diámetro. Parecía condenadamente inofensiva. Pero siempre podía, hasta el microsegundo anterior...

Alrededor estaba la tapa externa. Giraba en torno de un eje central que

tenía resortes en la parte que daba al espacio y una rosca en la parte que daba a la nave. Los resortes le permitían ceder bajo el impulso brutal de la presión del vapor, antes de superar la poderosa inercia de la nave. El vapor se derramaba en la cámara interior, rompiendo la *fuerza* del impulso y dejando inalterada la energía total, pero desperdigándola en el tiempo para que el casco mismo corriera menos peligro de hundirse.

Mullen se apoyó en un peldaño y presionó la tapa externa hasta que cedió un poco. Estaba rígida, pero no era preciso que cediera demasiado, lo suficiente para que encajara en la rosca. Notó que encajaba.

Apretó y la hizo girar, sintiendo que su cuerpo giraba en dirección contraria. La rosca aguantó la presión cuando él ajustó el pequeño control que permitía la caída libre de los resortes. ¡Qué bien recordaba los libros que había leído!

Se encontraba en la cámara de presión, que tenía tamaño suficiente para albergar un hombre, también por si se necesitaba un técnico en reparaciones. Ya no podía ser despedido de la nave. Si en ese momento lanzaran un chorro de vapor, lo impulsarían contra la tapa interior, reduciéndolo a pulpa. Una muerte rápida, de la que al menos no se enteraría.

Lentamente, desenganchó el otro cilindro de oxígeno. Sólo una compuerta interna lo separaba de la sala de control. La compuerta se abría al exterior, hacia el espacio, de modo que el chorro de vapor sólo podía cerrarla con más fuerza, nunca abrirla. Y era hermética. No había manera de abrirla desde fuera.

Se elevó por encima de la compuerta y apretó la espalda arqueada contra la superficie interna de la cámara. Le costaba respirar. El otro tubo de oxígeno colgaba oblicuamente. Tomó la manguera de malla metálica, la enderezó y golpeó la compuerta interior para hacerla vibrar. Una vez..., y otra...

Eso llamaría la atención de los kloros. Tendrían que investigar.

No había modo de saber cuándo lo harían. Por lo general, primero dejarían entrar aire en la cámara para que se cerrase la compuerta externa; pero la compuerta se encontraba en la rosca central, lejos del borde, por lo que el aire seguiría de largo, evaporándose en el espacio.

Mullen siguió golpeando. ¿Los kloros mirarían el indicador de aire, notando así que estaba apenas por encima de cero, o darían por sentado que funcionaba correctamente?

—Hace una hora y media que se fue —se impacientó Porter.

—Lo sé —dijo Stuart.

Todos estaban nerviosos, inquietos, pero la tensión entre ellos se había disipado. Era como si todas las emociones se encontraran centradas en el casco de la nave.

Porter se sentía molesto. Su filosofía de la vida siempre fue sencilla: cuida de ti mismo porque nadie cuidará de ti. Le fastidiaba verla cuestionada.

—¿Creen que lo han capturado? —preguntó.

—En tal caso ya lo sabríamos —le contestó Stuart.

Porter, con una punzada de amargura, notó que los demás tenían poco interés en hablarle. Lo entendía; no se había ganado su respeto. Un torrente de excusas le atravesaba la mente. Los demás también estaban atemorizados. Un hombre tenía derecho a sentir miedo. Nadie quiere morir. Al menos él no había huido como Arístides Polyorketes. Tampoco había llorado como Leblanc. No...

Pero allí estaba Mullen, en el casco.

—¿Por qué lo habrá hecho? —exclamó. Lo miraron con indiferencia, pero no le importaba. Le molestaba tanto que tenía que decirlo—. Me gustaría saber por qué Mullen arriesga el pellejo.

—Es un patriota... —empezó Windham.

—¡Nada de eso! —lo interrumpió Porter con un grito histérico—. Ese sujeto no tiene emociones; tan sólo razones. Y quiero saber cuáles son, porque...

No terminó la frase. ¿Podía decir acaso que si esas razones se aplicaban a un contable de edad madura debían aplicarse aún más a su propia persona?

—Es un tipo valiente —afirmó Polyorketes. Porter se puso de pie.

—Escuchen, tal vez esté atascado ahí fuera. Quizá no logre terminar él solo lo que está haciendo. Me..., me ofrezco para seguirlo.

Temblaba al hablar y aguardó con temor al sarcástico azote de la lengua de Stuart. Éste lo miraba fijamente, quizá sorprendido; pero Porter no se atrevía a mirarlo a su vez para cerciorarse.

—Démosle otra media hora —murmuró por fin Stuart. Porter levantó la vista. No había socarronería en el rostro de Stuart. Incluso parecía cordial. Todos parecían cordiales.

—Y luego... —empezó a decir.

—Y luego todos los que se ofrezcan como voluntarios lo echarán a suertes o utilizarán un recurso igualmente democrático. ¿Quién se ofrece, además de Porter?

Todos alzaron la mano, incluso Stuart.

Pero Porter estaba feliz. Se había ofrecido el primero. Ansiaba que pasara esa media hora.

A Mullen lo pilló por sorpresa. La compuerta externa se abrió y el cuello largo, delgado y serpentino de un kloro asomó con su cabeza minúscula, sin poder resistir el chorro de aire en fuga.

El cilindro de Mullen echó a volar, casi se le desprendió de las manos. Tras un instante de pánico, forcejeó para manipularlo por encima del torrente y esperó a que el furor inicial se aplacase cuando el aire de la sala de control se disipara; luego, lo bajó con fuerza.

Cayó de plano en el cuello nervudo, aplastándolo. Mullen, encorvado encima de la compuerta, casi totalmente protegido del torrente, alzó de nuevo el cilindro y lo lanzó contra la cabeza, con el resultado de que trituró los sorprendidos ojos y los redujo a un líquido viscoso. En el vacío casi total, la sangre verde manó del cuello destrozado.

Mullen no se atrevía a vomitar, pero no le faltaban ganas.

Mirando hacia otro lado, retrocedió, sujetó la compuerta externa con una mano y la empujó. Tardó varios segundos, pero al conducir el giro los resortes la cerraron automática y herméticamente. Lo que quedaba de la atmósfera se ajustó y las bombas llenaron nuevamente la sala de control.

Mullen se arrastró por encima del kloro mutilado y entró en la sala. Estaba vacía.

Apenas tuvo tiempo de notar que se encontraba de rodillas. Se levantó con esfuerzo. La transición a la gravedad lo había tomado por sorpresa. Además era gravedad kloriana, con lo cual el traje significaba un cincuenta por ciento de lastre para su menudo cuerpo. Al menos, las pesadas piezas de metal ya no se adherían irritantemente al metal del suelo. En el interior de la nave, los suelos y las paredes eran de aleación de aluminio revestida de corcho.

Se giró despacio. El kloro decapitado agonizaba y sólo se movía en estertores que evidenciaban que había sido un organismo viviente. Lo pisó con disgusto para poder cerrar la compuerta del tubo de vapor.

La sala tenía un tono bilioso y deprimente y las luces emitían un fulgor verde amarillento. Era la atmósfera del planeta de Kloro.

Mullen se sintió sorprendido y admirado a su pesar. Los kloros obviamente tenían un modo de tratar los materiales para que fueran inmunes al efecto oxidante del cloro. Incluso el mapa de la Tierra que había en la pared, impreso en papel brillante y tras una lámina de plástico, aparecía fresco e intacto. Se aproximó, atraído por el perfil familiar de los

continentes...

Captó un movimiento con el rabillo del ojo. Tan rápidamente como se lo permitió el pesado traje, dio media vuelta y lanzó un grito. El kloro que él consideraba muerto se ponía de pie.

Estaba ciego. La destrucción del cuello lo había privado de su equipo sensorial, y la asfixia parcial lo había desquiciado. Pero el cerebro permanecía sano y entero en el abdomen. Aún vivía.

Mullen reculó. Dio vueltas, procurando torpe e infructuosamente caminar de puntillas, aunque sabía que su enemigo estaba sordo. El kloro tropezó, chocó con una pared, la palpó y empezó a deslizarse a lo largo.

Mullen buscó desesperadamente un arma y no la encontró. El kloro tenía una en la funda, pero Mullen no se atrevía a acercarse. ¿Por qué no se la había arrebatado antes? ¡Tonto!

La puerta de la sala de control se abrió, casi sin ruido. Mullen se volvió temblando.

Entró el otro kloro, intacto, entero. Se quedó en la puerta un instante, con los zarcillos del pecho rígidos e inmóviles y el delgado cuello tendido hacia delante; sus horribles ojos miraron a Mullen y al camarada moribundo.

Se echó la mano al costado.

Mullen, sin pensarlo, se movió por puro reflejo. Estiró la manguera del cilindro de oxígeno libre, que llevaba en el traje cuando entró en la sala, y abrió la válvula. No se molestó en reducir la presión. Soltó un chorro que casi lo tumbó a él en la dirección contraria.

Pudo ver la corriente de oxígeno, una bocanada clara que ondulaba en medio del verdor del cloro. Sorprendió al alienígena con una mano sobre la funda del arma.

El kloro alzó las manos, abrió alarmado, pero sin emitir sonido alguno, el pequeño pico del nódulo que tenía por cabeza, se tambaleó, cayó al suelo, se contorsionó un instante y se quedó tieso. Mullen se aproximó y roció el cuerpo con oxígeno, como si extinguiera un incendio. Luego, levantó el pesado pie y le aplastó el cuello contra el suelo.

Se volvió hacia el primero. Estaba despatarrado, yerto.

La sala tenía un tono claro gracias al oxígeno expandido, suficiente para matar legiones enteras de kloros. El cilindro se encontraba vacío.

Mullen pasó por encima del kloro muerto, salió de la sala de control y se dirigió por el corredor principal hacia la habitación de los prisioneros.

Y al fin tuvo una reacción: se puso a gemir, presa de un miedo ciego e incoherente.

Stuart estaba cansado. Aun con manos postizas se encontraba de nuevo controlando los mandos de una nave. Dos cruceros livianos de la Tierra iban en camino. Durante más de veinticuatro horas se había hecho cargo de la nave casi a solas. Desechó el equipo de cloración, reinstaló los generadores de atmósfera, localizó la posición de la nave en el espacio, trazó un rumbo y envió señales codificadas, que obtuvieron respuesta.

Así que se sintió un poco molesto cuando se abrió la puerta de la sala de control. Estaba demasiado cansado para charlar. Se volvió y vio que era Mullen.

—¡Por amor de Dios, vuelva a la cama, Mullen!

—Estoy harto de dormir, aunque no hace mucho nunca hubiera creído que llegaría a estarlo.

—¿Cómo se siente?

—Tengo todo el cuerpo anquilosado. Especialmente el costado.

Con una mueca de dolor, miró involuntariamente en torno.

—No busque a los kloros —dijo Stuart—. Nos deshicimos de esos pobres diablos. —Sacudió la cabeza—. Me dio pena. Como es lógico, ellos creen que son los seres humanos y que somos nosotros los alienígenas. Aunque, por supuesto, eso no quiere decir que yo hubiera preferido que le mataran a usted, ya me entiende.

—Lo entiendo.

Stuart miró de soslayo al hombrecillo, que contemplaba el mapa de la Tierra.

—Le debo una disculpa personal, Mullen. Yo no le tenía en gran estima.

—Estaba usted en su derecho —le contestó Mullen en su tono desabrido, despojado de toda emoción.

—No, no lo estaba. Nadie tiene el derecho de despreciar a otros. Es un derecho que se gana laboriosamente al cabo de una larga experiencia.

—¿Ha estado pensando en ello?

—Sí, todo el día. Tal vez no sepa explicarlo. Es por culpa de mis manos. —Las extendió delante de sí—. Me exasperaba que los demás tuvieran manos propias. Los odiaba por eso. Siempre tenía que esforzarme por investigar y desdeñar sus motivaciones, señalar sus defectos, exponer sus flaquezas. Hacía cualquier cosa para demostrarme que no merecían mi envidia.

Mullen se sintió incómodo.

—Esta explicación no es necesaria.

—Lo es. ¡Claro que lo es! —Stuart examinó sus pensamientos, esforzándose por expresarlos con palabras—. Durante años he abandonado

toda esperanza de hallar decencia en los seres humanos. Pero usted se metió en el conducto C.

—Tenga en cuenta que yo estaba motivado por consideraciones prácticas y egoístas. No voy a permitir que me describa como a un héroe.

—No era ésa mi intención. Sé que usted no haría nada sin un motivo. Pero su acto influyó en los demás. Transformó a un puñado de impostores y de necios en personas decentes. Y no por arte de magia. Eran decentes, pero necesitaban un ejemplo y usted se lo brindó. Y yo soy uno de ellos. Tendré que seguir su ejemplo yo también. Probablemente durante el resto de mi vida.

Mullen se volvió de espaldas, un tanto molesto. Se alisó las mangas, que no estaban arrugadas, y apoyó un dedo en el mapa.

—Nací en Richmond, Virginia —dijo—. Aquí está. Es el primer sitio adonde iré. ¿Dónde nació usted?

—En Toronto.

—Eso está aquí. No muy lejos en el mapa, ¿verdad?

—¿Me diría una cosa?

—Sí puedo, sí.

—¿Por qué lo hizo?

Mullen frunció la boca.

—¿Y mi motivo prosaico no estropeará el efecto ejemplar? —observó en un tono seco.

—Llámelo curiosidad intelectual. Cada uno de nosotros tenía motivos obvios. Porter estaba espantado de que lo encerraran, Leblanc quería regresar con su novia, Polyorketes quería matar kloros y Windham se veía como un patriota. En cuanto a mí, me consideraba un noble idealista, me temo. Pero en ninguno de nosotros la motivación fue tan fuerte como para inducirnos a ponernos el traje y entrar en el conducto C. ¿Qué fue, entonces, lo que le indujo a usted a hacerlo; a usted, precisamente? —¿Por qué ese énfasis en que a mí «precisamente»? —No se ofenda, pero parece una persona desprovista de toda emoción.

—¿De veras? —La voz de Mullen no se alteró, se mantuvo en el mismo tono bajo y preciso, pero algo tensa—. Eso es sólo entrenamiento y autodisciplina, Stuart, no es natural. Un hombre menudo no puede tener emociones respetables. ¿Hay algo más ridículo que un hombrecillo como yo embargado por la furia? Mido un poco más de uno cincuenta y peso cincuenta y cinco kilos.

»¿Puedo ser engreído? ¿Soberbio? ¿Erguirme cuan alto soy sin provocar hilaridad? ¿Dónde hallar una mujer que no me desdeñe al instante con una

risita? Naturalmente, tuve que aprender a despojarme de toda manifestación externa de emoción.

»Habla usted de deformidades. Nadie repararía en sus manos ni sabría que son diferentes si usted no se empeñara en hablar de ellas en cuanto conoce a la gente. ¿Cree que los veinte centímetros de altura que me faltan se pueden ocultar? ¿No es lo primero y en la mayoría de los casos lo único de mí que notará una persona?

Stuart se sentía avergonzado. Había invadido una intimidad en la que no le correspondía inmiscuirse.

—Lo lamento.

—¿Por qué?

—No debí obligarle a hablar de esto. Debí haber visto por mí mismo que usted..., que usted...

—¿Que yo qué? ¿Que trataba de demostrar algo? ¿Que trataba de demostrar que mi cuerpo menudo escondía un corazón de gigante?

—Yo no lo habría expresado con tono burlón.

—¿Por qué no? Es una idea necia y no fue el motivo por el que hice lo que hice. ¿Qué hubiera logrado con eso? ¿Acaso ahora me llevarán a la Tierra, me plantarán ante las cámaras de televisión (bajándolas, por supuesto, para enfocarme el rostro, o poniéndome de pie en una silla) y me prenderán medallas en el pecho?

—Es muy probable que lo hagan.

—¿Y de qué me servirá? Dirán: «Vaya, y eso que es una birria de tío.» Y después ¿qué? ¿Le diré a cada persona que conozca que soy ese fulano al que condecoraron el mes pasado por su increíble valor? ¿Cuántas medallas cree usted que se necesitan, señor Stuart, para sumarme veinte centímetros, y por lo menos, veinticinco kilos más? —Dicho así, comprendo a qué se refiere.

Mullen estaba hablando ya más deprisa, con un acaloramiento controlado que saturaba sus palabras, llevándolas a la temperatura ambiente.

—Había días en que pensaba que ya les demostraría algo a ellos, a ese misterioso «ellos» que incluye a todo el mundo. Abandonaría la Tierra y conquistaría otros mundos. Sería un nuevo y más bajito aún Napoleón. Así que dejé la Tierra y me fui a Arcturus. ¿Y qué podía hacer en Arcturus que no hubiera hecho en la Tierra? Nada. Llevo libros contables. De modo que he superado esa vanidad, señor Stuart, de tratar de erguirme de puntillas.

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

—Dejé la Tierra a los veintiocho años y llegué al sistema arturiano. He

vivido allí desde entonces. Este viaje era mi primer período de vacaciones, mi primera visita a la Tierra después de tanto tiempo. Iba a quedarme en la Tierra seis meses. En cambio, los kloros nos capturaron y nos habrían encerrado por tiempo indefinido. Y no podía consentir que me dejaran sin viajar a la Tierra. Fuera cual fuese el riesgo, tenía que impedir que se entrometieran. No fue amor por una mujer ni miedo ni odio ni idealismo; fue algo más fuerte que cualquiera de esas cosas.

Hizo una pausa y extendió una mano como para acariciar el mapa.

—Señor Stuart —añadió en voz baja—, ¿alguna vez echó de menos su hogar?

«EN UNA BUENA CAUSA...»

En la Gran Plaza, que ofrece un remanso de paz entre los bulliciosos setenta mil kilómetros cuadrados consagrados a los imponentes edificios donde late el pulso de los Mundos Unidos de la Galaxia, se yergue una estatua.

Ocupa un lugar desde el cual puede mirar a las estrellas por la noche. Hay otras estatuas alrededor de la plaza, pero ésta se levanta en el centro y en solitario.

No es una estatua muy buena. El rostro es demasiado noble y carece de arrugas que le den vida. La frente es demasiado alta, la nariz demasiado simétrica y el atuendo demasiado atildado. El porte rezuma santidad y no resulta creíble. Uno supone que el hombre de la vida real pondría mala cara de vez en cuando o tendría hipo en alguna ocasión, pero la estatua se empeña en proclamar que tales imperfecciones eran imposibles.

Se trata de un comprensible exceso de compensación. Al hombre no se le levantó ninguna estatua mientras vivía, y las generaciones posteriores, con la ventaja de la retrospección, se sintieron culpables.

El nombre inscrito en el pedestal es «Richard Sayama Altmayer». Debajo hay una frase breve y tres fechas dispuestas verticalmente. La frase reza: «En una buena causa no hay fracasos.» Las tres fechas son: 17 de junio de 2755, 5 de septiembre de 2788 y 21 de diciembre de 2800. Los años se cuentan al estilo habitual de la época, es decir, a partir de la fecha de la primera explosión atómica del año 1945 de la era antigua.

Ninguna de esas fechas representa su nacimiento ni su muerte. No conmemoran una boda ni una gran *hazaña,* ni nada que los habitantes de los Mundos Unidos puedan recordar con placer y orgullo. Constituyen, en cambio, la expresión final de un sentimiento de culpa.

Aluden, sencillamente, a las tres fechas en las cuales a Richard Sayama Altmayer lo encarcelaron por sus opiniones.

17 DE JUNIO DE 2755

A sus veintidós años, Dick Altmayer era plenamente *capaz* de enfurecerse. Seguía teniendo el cabello de color castaño oscuro y aún no lucía el bigote que en años posteriores resultaría tan característico en él.

Tenía ya, por supuesto, esa nariz fina y de puente alto, pero los contornos del rostro eran juveniles. Sólo después las mejillas, cada vez más enjutas convertirían la nariz en el hito prominente que está ahora en la mente de billones de escolares.

Geoffrey Stock estaba de pie en la puerta, mirando los resultados de la furia de su amigo. Ya tenía ese rostro redondo y frío y los ojos firmes, pero aún no se había puesto el primero de los uniformes militares que lo cubrirían durante el resto de su vida.

—¡Gran galaxia! —exclamó.

—Hola, Jeff —lo saludó Altmayer.

—¿Qué ha sucedido, Dick? Creía que tus principios te prohibían todo tipo de destrucción. Pero ese libro-pantalla parece bastante destruido.

Recogió los fragmentos.

—Tenía el aparato en la mano cuando mi receptor de ondas emitió un mensaje oficial —le explicó Altmayer—. Y tú sabes cuál es.

—Lo sé. Lo mismo me ocurrió a mí. ¿Dónde está?

—En el suelo. Lo arranqué de la bobina en cuanto escupió el mensaje. Espera, lo arrojaremos al incinerador atómico.

—Oye, oye. No puedes...

—¿Por qué no?

—Porque no lograrás nada. Tendrás que presentarte.

—¿Y por qué? ...

—No seas tonto, Dick...

—¡Santo Espacio, es una cuestión de principios!

—¡Demonios! No puedes luchar contra el planeta entero.

—No me propongo luchar contra el planeta entero, sólo contra los pocos que nos meten en guerras...

Stock se encogió de hombros.

—Eso significa el planeta entero. Tu perorata acerca de los líderes, que engatusan inocentes para mandarlos a luchar, es puro polvo estelar. ¿Crees que si se resolviera por votación la gente no votaría abrumadoradamente a favor de esta guerra?

—Eso no significa nada, Jeff. El Gobierno controla..

—Los órganos de propaganda. Sí, lo sé. Ya te lo he oído a menudo. Pero, ¿por qué no presentarse?

Altmayer le dio la espalda.

—Ante todo —agregó Stock—, no aprobarías el examen físico.

—Lo aprobaría. He estado en el espacio.

—Eso no significa nada. Que los médicos te dejen subirte a una nave de

línea significa tan sólo que no tienes un soplo cardíaco ni un aneurisma. Para el servicio militar a bordo de una nave espacial necesitas mucho más. ¿Cómo sabes que te aprobarían?

—Esa cuestión es secundaria, Jeff, y además es insultante que la menciones. No es que tenga miedo de luchar.

—¿Crees que así detendrás la guerra?

—Ojalá pudiera. —Le tembló la voz al decirlo—. Pero sostengo la idea de que toda la humanidad debería constituir una sola unidad. No tendría que haber guerras ni flotas espaciales armadas únicamente con fines destructivos. La galaxia está abierta a todo esfuerzo mancomunado de la raza humana. En cambio, nos hemos dividido en facciones durante casi dos mil años y hemos desdeñado toda la galaxia.

Stock se echó a reír.

—No nos va tan mal. Hay más de ochenta sistemas planetarios independientes.

—¿Y somos las únicas inteligencias de la galaxia?

—Oh, están los diáboli, tus demonios particulares.

Apoyó los puños en las sienes, extendió los índices y los movió con rapidez.

—Y también los tuyos, y los de todos. Tienen un Gobierno único que abarca más planetas que todos los ocupados por nuestros preciosos ochenta sistemas independientes.

—Claro, y su planeta más próximo está a sólo mil quinientos años luz de la Tierra y no pueden vivir en planetas con oxígeno. —Abandonó su tono amistoso y añadió—: Mira, he pasado para avisarte que la semana próxima me presentaré al examen. ¿Vendrás conmigo?

—No.

—Estás decidido de verdad.

—Estoy decidido de verdad.

—Sabes que no lograrás nada. No vas a encender una gran llama en la Tierra ni conseguirás que millones de jóvenes se entusiasmen con tu ejemplo y organicen una huelga antibélica. Simplemente, irás a la cárcel.

—De acuerdo, iré a la cárcel.

Y fue a la cárcel. El 17 de junio de 2755 de la era atómica, tras un breve juicio, en el que Richard Sayama Altmayer se negó a presentar una defensa, fue condenado a tres años de prisión, o bien a permanecer encarcelado mientras durase la guerra, dependiendo de cuál de los períodos fuese el más largo. Estuvo en la cárcel un poco más de cuatro años y dos meses, hasta el momento en que la guerra terminó con una definida,

aunque no aplastante, derrota santanniana. La Tierra obtuvo el control total de ciertos asteroides en disputa, varias ventajas comerciales y una limitación de la flota santanniana.

Las pérdidas humanas totales de la guerra ascendieron a más de dos mil naves, con la mayor parte de sus tripulantes, además de varios millones de vidas segadas durante el bombardeo de superficies planetarias desde el espacio. Las flotas de las dos potencias contendientes eran lo suficientemente fuertes como para limitar estos bombardeos a los puestos de avanzada de sus respectivos sistemas, de modo que los planetas Tierra y Santanni sufrieron pocos daños.

El conflicto consagró a la Tierra como la potencia militar humana más poderosa.

Geoffrey Stock luchó durante toda la guerra, entró en combate más de una vez y conservó la vida y la integridad física a pesar de ello. Al final de la guerra poseía rango de comandante. Intervino en la primera misión diplomática que la Tierra envió a los mundos de los diáboli, lo cual representó el primer paso en su creciente importancia en la vida tanto militar como política de la Tierra.

5 DE SEPTIEMBRE DE 2788

Eran los primeros diáboli que aparecían en la superficie de la Tierra. Los carteles y los noticiarios del Partido Federalista lo dejaban bien claro para quien lo ignorase. Una y otra vez repetían la cronología de los acontecimientos.

A principios de siglo, los exploradores humanos se encontraron con los diáboli. Eran seres inteligentes y habían descubierto el viaje interestelar por su cuenta un poco antes que los hombres. La cantidad de sus dominios galácticos era, ya entonces, mayor que la de los ocupados por los humanos.

Las relaciones diplomáticas regulares entre los diáboli y las principales potencias humanas llevaban establecidas veinte años, desde poco después de la guerra entre Santanni y la Tierra. En esa época, los puestos de avanzada de los diáboli se encontraban ya a veinte años luz de los puestos de avanzada humanos. Sus delegaciones iban a todas partes, concertaban tratos comerciales y obtenían concesiones sobre asteroides desocupados.

Y ya estaban en la Tierra misma. Eran tratados como iguales, y quizá mejor que iguales, por los gobernantes del mayor centro de población humana de la galaxia. La estadística más negativa era también la que los federalistas proclamaban con mayor énfasis: aunque el número de diáboli existentes era inferior a la cantidad total de humanos, la humanidad no

había abierto más de cinco mundos nuevos a la colonización en cincuenta años, mientras que los diáboli habían iniciado la ocupación de casi quinientos.

«Cien a uno en contra nuestra», clamaban los federalistas, «porque ellos poseen una organización política y nosotros un centenar». Pero relativamente pocos en la Tierra, y menos aún en la totalidad de la galaxia, prestaban atención a los federalistas y a su reclamo de una Unión Galáctica.

Las muchedumbres que bordeaban las calles, por donde diariamente los cinco diáboli de la delegación viajaban desde su suite especialmente condicionada en el mejor hotel de la ciudad hasta la Secretaría de Defensa, no sentían hostilidad. La mayoría sentían curiosidad, y bastante repulsión.

Los diáboli no eran criaturas de aspecto agradable. De mayor tamaño y más robustos que los terrícolas, contaban con cuatro piernas rollizas en la parte inferior y dos brazos de dedos flexibles en la superior. Tenían una piel rugosa y lampiña y no usaban ropa. Sus rostros anchos y escamosos no mostraban expresiones inteligibles para los terrícolas y, en las zonas achatadas que había encima de sus ojos de grandes pupilas, nacían unos cuernos cortos. De ahí derivaba el nombre de estas criaturas. Al principio los llamaron demonios, pero luego se recurrió a un latinajo más cortés.

Cada uno de ellos llevaba sobre la espalda -o lomo- unos tubos flexibles que les llegaban hasta las fosas nasales, ceñidos con fuerza. Los tubos contenían soda cáustica con el fin de que absorbieran el dióxido de carbono, que para ellos era venenoso. Su metabolismo se centraba en la reducción de azufre, y a veces los que se encontraban en la primera fila de la muchedumbre de humanos captaban el pestilente hedor a sulfuro de hidrógeno exhalado por los diáboli.

El cabecilla de los federalistas se hallaba entre la multitud. Estaba en un sitio donde no llamaba la atención de los policías que acordonaban las avenidas y se mantenían alerta, montados en pequeños brincadores capaces de maniobrar velozmente a través de la multitud más densa. El líder federalista tenía rostro enjuto, nariz delgada, prominente y recta, y cabello entrecano.

—No soporto mirarlos —dijo, desviando la mirada.

Su compañero fue más filosófico:

—No son más feos en cuanto a su espíritu que algunos de nuestros apuestos funcionarios. Al menos, estas criaturas son fieles a sí mismas.

—Es una triste verdad. ¿Ya estamos preparados?

—Totalmente. Ninguno de ellos quedará vivo para regresar a su mundo.

—¡Bien! Me quedaré aquí para dar la señal.

Los diáboli también hablaban, lo que no resultaba evidente para los humanos, por cerca que estuviesen. Podían comunicarse emitiendo sonidos, pero no optaron por ese método. La piel que unía los dos cuernos vibraba con rapidez mediante contracciones de músculos cuya configuración resultaba desconocida para los humanos. Las diminutas ondas así transmitidas al aire eran demasiado rápidas para que las captara el oído humano y demasiado delicadas para ser detectadas por ninguno de los aparatos existentes, salvo por los más sensibles. En esa época, de hecho, los humanos desconocían la existencia de esa clase de comunicación.

—¿Sabíais que éste fue el planeta de origen de los dos-piernas? —dijo una vibración.

Hubo un coro de negativas:

—No.

Luego, otra vibración:

—¿Lo deduces de las comunicaciones de los dos-piernas que has estudiado, extravagante?

—¿Dices eso porque estudio las comunicaciones? Más de los nuestros deberían hacer eso en vez de insistir tanto en la total inutilidad de la cultura de los dos-piernas. Por lo pronto, estaremos en mejor posición para negociar si sabemos algo sobre ellos. Tienen una historia interesante por lo espantosa. Me alegra haberme animado a ver sus bobinas filmadas.

—Sin embargo —objetó otra vibración—, por nuestros contactos anteriores con ellos, uno pensaría que desconocían cuál era su planeta de origen. Desde luego, no hay veneración por este planeta Tierra ni existen ritos conmemorativos asociados con él. ¿Estás seguro de que la información es correcta?

—Absolutamente. La falta de rituales y el hecho de que este planeta no sea un lugar santo se comprenden por completo a la luz de la historia de los dos-piernas. Los de su especie que viven en otros mundos no les concederían ese honor, ya que rebajaría la dignidad y la independencia de sus propios mundos.

—No lo comprendo.

—Yo tampoco, la verdad, pero tras varios días de lectura creo vislumbrar algo. Parece ser que, originalmente, cuando los dos-piernas descubrieron el viaje interestelar vivían bajo una sola unidad política.

—Como es lógico.

—No tan lógico para ellos. Fue una etapa inusitada de su historia y no duró demasiado. Cuando las colonias de los diversos mundos crecieron y

alcanzaron una madurez razonable, decidieron emanciparse del mundo madre. Así estallaron las primeras guerras interestelares entre los dos-piernas.

—Espantoso. Como caníbales.

—Sí, ¿verdad? Me han arruinado la digestión durante días. Mi bolo alimenticio está rancio. En cualquier caso, las diversas colonias obtuvieron la independencia, así que ahora tenemos la situación que bien conocemos. Todos los reinos, las repúblicas, las aristocracias y las demás organizaciones de los dos-piernas son simplemente pequeños conglomerados de varios mundos, cada uno de ellos consistente en un mundo dominante y unos cuantos secundarios, los cuales, a su vez, andan buscando la independencia o cambiando de manos. Los de la Tierra son los más fuertes y, sin embargo, cuentan con la fidelidad de menos de una docena de mundos.

—Es increíble que estas criaturas estén tan ciegas para con sus propios intereses. ¿No poseen ya la tradición de gobierno único que poseían cuando abarcaban sólo un mundo?

—Como he dicho, fue algo inusitado para ellos. El gobierno único existió sólo durante varias décadas. Antes de eso, este mismo planeta estaba dividido en varias unidades políticas sub-planetarias.

—Nunca oí hablar de nada semejante.

Durante un rato, las vibraciones supersónicas de las diversas criaturas interfirieron entre sí.

—Es un hecho cierto. Es simplemente la naturaleza de la bestia.

Y así llegaron a la Secretaría de Defensa.

Los cinco diáboli se pusieron uno al lado del otro ante la mesa. Permanecieron de pie porque su anatomía no permitía nada parecido a estar sentado. Al otro lado de la mesa, cinco terrícolas también de pie. Para ellos habría sido más cómodo sentarse, pero, comprensiblemente, no deseaban dejar en evidencia más aún la desventaja de su menor tamaño. La mesa era bastante ancha, la más ancha que se había podido conseguir, por respeto al olfato humano, pues los diáboli despedían un suave y continuo aroma de sulfuro de hidrógeno; un poco cuando respiraban, mucho más cuando hablaban. Se trataba de una dificultad sin precedentes en las negociaciones diplomáticas.

Por lo general, las reuniones no duraban más de media hora y al final de ese intervalo los diáboli concluían sus conversaciones sin ceremonias, se daban media vuelta y se marchaban. Esta vez, sin embargo, la despedida se vio interrumpida. Entró un hombre, y los cinco negociadores humanos le abrieron el paso. Era alto, más alto que los demás terrícolas, y llevaba el

uniforme con la soltura de quien posee un viejo hábito. Tenía rostro redondo, ojos fríos y firmes y cabello negro y ralo, pero aún no tocado por el gris. Una mancha irregular de tejido cicatrizado le corría desde la punta de la mandíbula hasta el borde del alto cuello de cuero marrón. Tal vez fuese resultado de un rayo energético lanzado por un anónimo enemigo humano en cualquiera de las cinco guerras en las que este hombre había participado activamente.

—Señores —anunció el terrícola que había encabezado hasta ese momento las negociaciones—, les presento al secretario de Defensa.

Los desconcertados diáboli mantuvieron inescrutables expresiones de calma, pero las placas sónicas de sus frentes vibraron activamente. Aquello atentaba contra su rígido sentido de la jerarquía. El secretario no era más que otro dos-piernas, pero según las pautas de los dos-piernas los superaba en rango. No podían entablar conversaciones oficiales con él.

El secretario sabía lo que estaban pensando, pero no tenía opción en el asunto. Había que demorar la partida de los diáboli por lo menos diez minutos, y una interrupción cualquiera no hubiera servido para retenerlos.

—Señores, debo pedirles el favor de que permanezcan más tiempo esta vez —les dijo.

El diábolus del centro replicó en su remedo del idioma terrícola. Podría decirse que un diábolus poseía dos bocas. Una se articulaba en la extremidad más externa de la mandíbula y la utilizaban para comer; los seres humanos rara vez la veían en movimiento, pues los diáboli preferían comer en compañía de los de su especie. Pero tenían una apertura más angosta y que utilizaban para hablar. Se fruncía al abrirla, revelando el orificio viscoso donde deberían haber estado los incisivos ausentes en los diáboli. Permanecía abierta para el habla, y los necesarios bloqueos de las consonantes los efectuaban el paladar y el dorso de la lengua. El resultado era ronco y confuso, pero comprensible.

—Tendrán que disculparnos, pero ya estamos sufriendo —contestó el diábolus. Y con la frente emitió un mensaje inaudible para los humanos—: Se proponen asfixiarnos con su pestilente atmósfera. Hemos de pedir cilindros absorbentes de veneno de mayor tamaño.

—Comprendo sus sentimientos —asintió el secretario de Defensa—. Sin embargo, ésta podría ser mi única oportunidad de hablar con ustedes. Tal vez pudieran honrarnos comiendo en nuestra compañía.

El terrícola que estaba al lado del secretario no pudo contener un gesto de disgusto. Garrapateó una nota en un papel y se la pasó al secretario, quien la miró de soslayo.

Decía: «No. Comen heno sulfuroso. El tufo es inaguantable.» El secretario arrugó la nota y la tiró.

—El honor es nuestro —habló el diábolus—. Si pudiéramos resistir físicamente esta extraña atmósfera de ustedes durante tanto tiempo, aceptaríamos con suma gratitud. —Y por la frente añadió muy nervioso—: No esperarán que comamos con ellos y les veamos consumir cadáveres de animales. Nunca más disfrutaría de mi bolo alimenticio.

—Respetamos sus razones —accedió el secretario—. Entonces, resumamos ahora nuestras transacciones. En las negociaciones realizadas hasta ahora, no hemos podido obtener de su Gobierno, representado aquí por ustedes, ningún indicio claro acerca de dónde se encuentran los límites de su esfera de influencia, a juicio de ustedes. Hemos presentado varias propuestas al respecto.

—En lo concerniente a los territorios de la Tierra, señor secretario, se ha ofrecido una limitación.

—Pero sin duda entienden que es insatisfactoria. Los límites entre la Tierra y sus territorios no están en contacto. Hasta ahora, ustedes no han hecho sino afirmar esta realidad. Aunque necesaria, una mera declaración no es suficiente.

—No comprendemos del todo. ¿Pretende que discutamos los límites existentes entre nosotros y los reinos humanos independientes, como, por ejemplo, Vega?

—Exactamente. Sí.

—No es posible. Sin duda se da usted cuenta de que cualquier relación entre nosotros y el reino soberano de Vega no es de la incumbencia de la Tierra. Sólo se puede discutir con Vega.

—O sea que entrarán en cien negociaciones con los cien mundos gobernados por humanos.

—Es necesario. De todos modos, cabe señalar que esta necesidad no la imponemos nosotros, sino la índole de la propia organización de los humanos.

—Pues eso reduce drásticamente los alcances de nuestra negociación. El secretario parecía distraído. No escuchaba a los diáboli que tenía enfrente, sino, más bien, algo lejano.

Y de pronto se oyó un débil alboroto fuera de la Secretaría. La algarabía de voces distantes, el vigoroso crepitar de pistolas energéticas, enmudecido por la distancia, y el presuroso chasquido de los brincadores policiales.

Los diáboli no dieron señales de haber oído nada, lo cual no era una muestra más de cortesía; aunque poseían una capacidad, para recibir ondas

sonoras supersónicas, mucho más sensibles y agudas que cualquier producto del ingenio humano, su recepción de las ondas sonoras comunes resultaba limitada.

—Solicitamos autorización para manifestar nuestra sorpresa —continuó la conversación el diábolus—. Suponíamos que todo esto ya lo conocían ustedes.

Un hombre con uniforme de policía apareció en la puerta. El secretario se volvió hacia él; el policía hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se marchó.

El secretario habló con repentina vivacidad:

—Perfecto. Sólo deseaba cerciorarme de que así era. Confío en que estén dispuestos a reanudar las negociaciones mañana.

—Por supuesto.

Uno a uno, lentamente, con una dignidad propia de los herederos del universo, los diáboli fueron saliendo de la estancia.

—Me alegra que se negaran a comer con nosotros —comentó un terrícola.

—Sabía que no aceptarían —dijo pensativamente el secretario—. Son vegetarianos. Se descomponen ante la sola idea de comer carne. Les he visto comer, que es algo que no han visto muchos humanos. Se parecen a nuestros bovinos en ese aspecto. Engullen los alimentos y, luego, permanecen solemnemente de pie, en círculos y mascando los bolos, en una gran comunidad de pensamiento. Tal vez se intercomunican mediante algún método que desconocemos. Su enorme mandíbula inferior gira en sentido horizontal, en un proceso lento y triturador...

El policía reapareció en la puerta. El secretario le preguntó:

—¿Los tenéis a todos?

—Sí, señor.

—¿Tenéis a Altmayer?

—Sí, señor.

—Bien.

La muchedumbre se había vuelto a reunir cuando los cinco diáboli salieron de la Secretaría. El horario era estricto. A las tres de la tarde de cada día abandonaban la suite y pasaban cinco minutos caminando hacia la Secretaría. A las cuatro menos veinticinco salían de allí para regresar a la suite, mientras la policía despejaba el camino. Recorrían impasibles, casi como autómatas, la ancha avenida.

A medio camino se oyeron gritos. La mayor parte de los presentes no

entendió las palabras, pero se oyó el sonido de una pistola energética y la fluorescencia azulada hendió el aire. Los policías se pusieron en movimiento, desenfundaron sus pistolas, saltaron un par de metros en sus brincadores, aterrizaron entre grupos de personas, sin tocar a nadie, y saltaron de nuevo al instante. La gente se dispersó y sus voces se sumaron a la algarabía general.

Entre tanto, los diáboli, por sus defectos auditivos o por exceso de dignidad, continuaron la marcha mecánicamente.

Al otro lado de la muchedumbre, casi en el extremo opuesto del alboroto, Richard Sayama Altmayer se acariciaba la nariz con satisfacción. La estricta cronología de los diáboli había permitido un plan relámpago. El primer disturbio pretendió únicamente distraer la atención de la policía. Era el momento...

Disparó una inofensiva cápsula sonora al aire.

Al instante, desde cuatro puntos distintos, balas de verdad rasgaron el aire. Los francotiradores disparaban desde los tejados de los edificios alineados a lo largo del camino.

Los diáboli, destrozados por las balas, temblaban y estallaban a medida que las cápsulas detonaban en su interior. Uno a uno se desplomaron.

Y de pronto unos policías aparecieron junto a Altmayer. Los miró sorprendido y manifestó afablemente (pues en veinte años había perdido la furia y aprendió a mostrarse amable):

—Os movéis con rapidez, pero aun así llegáis demasiado tarde.

Señaló a los diáboli destrozados.

La muchedumbre era presa del pánico. Nuevos escuadrones de policía, llegados en tiempo récord, la encauzaban hacia lugares donde no pudieran sufrir daño.

El policía que sujetaba a Altmayer le arrebató la pistola sonora y lo cacheó. Era un capitán. Le dijo en tono conminatorio:

—Creo que cometió un error, señor Altmayer. Notará que no ha derramado sangre.

Y también señaló a los diáboli que yacían inmóviles.

Altmayer se volvió desconcertado. Las criaturas estaban tumbadas; algunas destrozadas, con la piel desgarrada en jirones y el cuerpo deformado y arqueado. Pero el capitán de policía decía la verdad: no había sangre ni carne. Altmayer movió los labios pálidos, sin decir palabra.

El capitán de policía interpretó correctamente aquel movimiento de labios.

—Está usted en lo cierto. Son robots.

Y por las grandes puertas de la Secretaría de Defensa salieron los verdaderos diáboli. Policías con porras despejaron el camino, pero siguiendo otra ruta, para que no tuvieran que pasar por delante de los destrozados remedos de plástico y aluminio que durante tres minutos actuaron como criaturas vivientes.

—Le pido que me acompañe sin resistirse, señor Altmayer —dijo el policía—. El secretario de Defensa desea verle.

—Muy bien, señor —contestó.

Empezaba a invadirlo un impresionante sentimiento de frustración.

En el despacho del secretario, Geoffrey Stock y Richard Altmayer se enfrentaron por primera vez en un cuarto de siglo. Era un despacho austero: un escritorio, una butaca y dos sillas; todo en un tono marrón apagado y las sillas revestidas de espumilla, también marrón y mullida, pero no lujosa. Sobre el escritorio había un micro-proyector y una pequeña vitrina, en la que cabían varias docenas de bobinas ópticas, y enfrente una vista tridimensional de la vieja *Intrépida,* la primera nave que comandó el secretario.

—Es ridículo encontrarse así al cabo de tantos años —dijo Stock—. Lo lamento.

—¿Qué lamentas, Jeff? —Altmayer forzó una sonrisa—. Yo no lamento nada, salvo que me hayas engañado con esos robots.

—No fue difícil engañarte, y era una excelente oportunidad para desbaratar tu partido. Sin duda quedará en descrédito después de esto. El pacifista trata de provocar la guerra, el apóstol de la dulzura intenta asesinar.

—La guerra contra el verdadero enemigo —replicó Altmayer con tristeza—. Pero tienes razón. Me vi forzado a actuar así por desesperación. ¿Cómo te enteraste de mis planes?

—Sigues sobreestimando a la humanidad, Dick. En cualquier conspiración, los puntos más débiles los conforman las personas que la componen. Tenías veinticinco cómplices; ¿no se te ocurrió que por lo menos uno podía ser un soplón o incluso un empleado mío?

Los altos pómulos de Altmayer enrojecieron.

—¿Cuál de ellos? —preguntó.

—Lo siento. Podríamos necesitarlo de nuevo.

Altmayer se reclinó fatigosamente en la silla.

—¿Qué has ganado?

—¿Qué has ganado tú? Eres tan poco práctico ahora como el último día en que te vi, el día que decidiste ir a la cárcel en vez de presentarte para el

servicio. No has cambiado.

Altmayer sacudió la cabeza.

—La verdad no cambia.

—Si es la verdad, ¿por qué fracasa siempre? —le espetó Stock—. Tu estancia en la cárcel no sirvió de nada. La guerra continuó. No se salvó una sola vida. A partir de entonces fundaste un partido político, y todas las causas que respaldaste fracasaron. Tu conspiración ha fracasado. Tienes casi cincuenta años, Dick, ¿y qué has logrado? Nada.

—Y tú fuiste a la guerra, obtuviste el mando de una nave y luego un puesto en el Gabinete. Dicen que serás el próximo coordinador. Has logrado muchísimo. Pero el éxito y el fracaso no existen por sí solos. ¿Éxito en qué? Éxito en conseguir la ruina de la humanidad. ¿Fracaso en qué? ¿En salvarla? No quisiera estar en tu lugar. Recuerda esto, Jeff: en una buena causa no hay fracasos, sólo éxitos postergados.

—¿Aunque te ejecuten por lo que has hecho hoy?

—Aunque me ejecuten. Alguien me sucederá, y su éxito será el mío.

—¿En qué consiste ese éxito? ¿De veras puedes imaginar una unión de los mundos, una Federación Galáctica? ¿Quieres que Santanni administre nuestros asuntos? ¿Quieres que alguien de Vega te diga qué tienes que hacer? ¿Quieres que la Tierra decida su propio destino, o estar a merced de cualquier posible combinación de potencias?

—No estaríamos a su merced más de lo que ellos lo estarían a la nuestra.

—Excepto que nosotros somos más ricos. Nos saquearían en nombre de los deprimidos mundos del sector de Sirio.

—Y pagaríamos ese saqueo con lo que ahorraríamos en guerras, que ya no estallarían.

—¿Tienes respuestas para todas las preguntas, Dick?

—En veinte años nos han planteado todas las preguntas, Jeff.

—Entonces, responde a ésta. ¿Cómo impondrías esta unión a una humanidad reacia a ella?

—Por eso quería matar a los diáboli. —Por primera vez, Altmayer demostró emoción—. Eso significaría la guerra con ellos, pero toda la humanidad se uniría contra el enemigo común. Nuestras diferencias políticas e ideológicas perderían relevancia.

—¿De veras lo crees? ¿Aunque los diáboli jamás nos hayan causado daño? Ellos no pueden vivir en nuestros mundos; deben permanecer en sus mundos, con atmósfera de sulfuro y océanos que son soluciones de sulfato de sodio.

—La humanidad sabe que no es así, Jeff. Se están esparciendo de mundo en mundo como una explosión atómica. Obstruyen el viaje espacial a zonas donde hay mundos de oxígeno desocupados, los mundos que nosotros podríamos usar. Planifican con vistas al futuro, creando espacio para un sinfín de generaciones de diáboli, mientras que nosotros nos quedamos confinados a un rincón de la galaxia y nos desangramos en nuestras guerras. Dentro de mil años seremos sus esclavos, y dentro de diez mil estaremos extinguidos. Pues claro que sí, son el enemigo común. La humanidad lo sabe. Tal vez lo descubras antes de lo que crees.

—Los miembros de tu partido hablan mucho de la antigua Grecia de la era preatómica. Nos dicen que los griegos eran un pueblo maravilloso, la cultura más avanzada de su tiempo y tal vez de todos los tiempos. Ellos imprimieron a la humanidad un curso que nunca ha abandonado del todo. Sólo cometieron un error: no fueron capaces de unirse. Acabaron siendo conquistados y con el tiempo se extinguieron. Y nosotros seguimos sus pasos, ¿verdad?

—Te has aprendido bien la lección, Jeff.

—¿Y tú, Dick?

—¿A qué te refieres?

—¿Acaso los griegos no tenían un enemigo común contra el que unirse? —Altmayer guardó silencio. Stock prosiguió—: Los griegos lucharon contra Persia, su gran enemigo común. ¿No es verdad que una buena parte de los Estados griegos se pusieron del lado de Persia?

—Sí. Porque pensaban que la victoria persa era inevitable y querían estar con los ganadores.

—Los seres humanos no han cambiado, Dick. ¿Por qué crees que los diáboli están aquí? ¿Qué estamos negociando?

—Yo no soy miembro del Gobierno.

—¡Tú no, pero yo sí! La Liga de Vega se ha aliado con los diáboli.

—No te creo. No puede ser.

—Puede ser y es. Los diáboli han acordado suministrarles quinientas naves cada vez que estén en guerra con la Tierra. A cambio, Vega renuncia a cualquier reclamación sobre el grupo de estrellas de Nigel. Si hubieras liquidado a los diáboli habrías desatado una guerra, pero con media humanidad peleando del lado de tu presunto enemigo común. Estamos tratando de impedir algo semejante.

—Estoy preparado para que me juzguen —murmuró Altmayer—. ¿O me ejecutarán sin celebrar ningún juicio?

—Sigues siendo un tonto. Si te ejecutamos, Dick, te convertirás en un

mártir. Si te mantenemos con vida y sólo ejecutamos a tus subordinados, serás sospechoso de haberlos delatado. Resultarás inofensivo en el futuro, por presunto traidor.

Y así, el 5 de septiembre de 2788, a Richard Sayama Altmayer, tras un brevísimo juicio secreto, lo sentenciaron a cinco años de prisión. Cumplió toda la sentencia. El año en que Altmayer salió de la cárcel, Geoffrey Stock fue elegido coordinador de la Tierra.

21 DE DICIEMBRE DE 2800

Simón Devoire no las tenía todas consigo. Era un hombre menudo, de cabello rubio rojizo y rostro pecoso y rubicundo.

—Lamento haber venido a verte, Altmayer. A ti no te servirá de nada y para mí será perjudicial.

—Soy un anciano —dijo Altmayer—. No podría hacerte daño.

Y, en efecto, era un anciano. El final del siglo lo sorprendía con más de sesenta años de edad, pero parecía más viejo, tanto por dentro como por fuera. La ropa le quedaba grande, como si él se estuviera encogiendo. Sólo la nariz no había envejecido; seguía siendo esa nariz fina, aristocrática y puntiaguda de Altmayer.

—No es a ti a quien temo —replicó Devoire.

—¿Por qué no? Tal vez crees que traicioné a mis hombres en el 88.

—No, claro que no. Nadie con sentido común creería semejante cosa. Pero los tiempos de los federalistas han llegado a su fin, Altmayer.

Procuró sonreír. Sentía hambre, pues ese día no había comido, por falta de tiempo. ¿De modo que los tiempos de los federalistas habían llegado a su fin? Tal vez otros lo creyeran así. El movimiento murió en medio de una oleada de burlas. Una conspiración frustrada, una «causa perdida», resulta a menudo romántica, se la recuerda con simpatía durante generaciones, siempre que la pérdida sea digna al menos; pero disparar contra criaturas supuestamente vivas y descubrir que son robots, ser vencido con rapidez y astucia, ser ridiculizado..., eso es fatal. Es más fatal que la traición, el error y el pecado. No mucha gente se creyó que Altmayer hubiera comprado su vida traicionando a sus cómplices, pero la carcajada general fue igual de eficaz para acabar con el federalismo.

Sólo que él se había mantenido impasible en su tenacidad.

—Los tiempos de los federalistas nunca pasarán mientras viva la raza humana.

—Palabras —rezongó Devoire—. Significaban mucho para mí cuando era joven. Ahora estoy un poco cansado.

—Simón, necesito acceder al sistema sub-etéreo.

El rostro de Devoire se endureció.

—Y pensaste en mí. Pues lo lamento, Altmayer, pero no puedo dejarte usar mis emisiones para tus propósitos.

—En un tiempo fuiste federalista.

—Olvídalo. Eso pertenece al pasado. Ahora soy..., no soy nada. Sólo un «devoirista». Quiero vivir.

—¿Sometido a los diáboli? ¿Quieres vivir cuando ellos están dispuestos, morir cuando están preparados?

—¡Palabras!

—¿Apruebas la conferencia galáctica?

Devoire enrojeció, como si su cuerpo contuviera más sangre de la necesaria.

—¿Por qué no? —vociferó—. ¿Qué importa el modo en que fundemos la Federación del Hombre? Si aún eres federalista, ¿por qué te opones a una humanidad unida?

—¿Unida bajo los diáboli?

—¿Cuál es la diferencia? La humanidad no es capaz de unirse por sí sola. Que nos lo impongan con tal de que se consiga. Estoy harto, Altmayer, harto de tu estúpida historia. Estoy harto de tratar de ser un idealista sin ningún objetivo al que dirigir mi idealismo. Los seres humanos son seres humanos y eso es lo lamentable del asunto. Tal vez necesitemos unos azotes para que nos lleven al orden. Estoy dispuesto a permitir que los diáboli empuñen el látigo.

—Eres un necio, Devoire —murmuró Altmayer—. No será una verdadera unión, y lo sabes. Los diáboli convocaron a esta conferencia para poder actuar como árbitros en todas las actuales rencillas interhumanas, sacar partido de ellas y erigirse así en nuestro tribunal supremo a partir de ahora. Sabes que no tienen intenciones de establecer un verdadero Gobierno central de humanos. Será una especie de mandato interconectado: cada Gobierno humano administrará sus asuntos como antes y defenderá sus intereses como antes; sólo que nos acostumbraremos a acudir a los diáboli con nuestros problemitas.

—¿Cómo sabes cuál va a ser el resultado?

—¿Piensas seriamente que hay otro resultado posible?

Devoire se mordió el labio inferior.

—¡Tal vez no!

—Pues ahí tienes una hoja de vidrio por la que mirar, Simón. Toda la independencia que hoy poseemos se perderá.

—La independencia no nos ha servido de mucho... Además, es inútil. No podemos impedirlo. Probablemente el coordinador Stock rechace esta conferencia tanto como tú, pero ¿de qué le sirve? Si la Tierra decide no asistir, la unión se formará sin nosotros, y entonces nos enfrentaremos a una guerra con el resto de la humanidad y con los diáboli. Y esto vale para cualquier otro Gobierno que se mantenga al margen.

—¿Y si todos los Gobiernos se mantuviesen al margen? ¿La conferencia no se disolvería?

—¿Alguna vez has visto que todos los Gobiernos de la humanidad hagan algo juntos? Nunca aprendes, Altmayer.

—Disponemos de nuevos datos.

—¿Por ejemplo? Sé que es tonto preguntarlo, pero dime.

—Durante veinte años, la mayor parte de la galaxia ha permanecido cerrada a las naves humanas. Lo sabes. Ninguno de nosotros tiene la menor idea de lo que ocurre dentro de la esfera de influencia de los diáboli. Y, sin embargo, existen algunas colonias humanas dentro de esa esfera.

—¿Y qué?

—Pues que, de vez en cuando, algunos seres humanos se escapan a la pequeña porción de la galaxia que sigue siendo humana y libre. El Gobierno de la Tierra recibe informes, aunque no se atreve a publicarlos. Pero no todos los funcionarios gubernamentales pueden soportar eternamente tamaña cobardía. Uno de ellos ha venido a verme. No puedo revelarte quién, desde luego... Así, que tengo documentos, Devoire. Oficiales, fidedignos, veraces.

Devoire se encogió de hombros.

—¿Sobre qué?

Giró con cierta ostentación el cronómetro del escritorio para que Altmayer viera la parte de reluciente metal donde resaltaban con intensidad las brillantes cifras rojas. Figuraban las veintidós horas y treinta y un minutos y, nada más girarlo, el uno se desvaneció y apareció en su lugar un dos resplandeciente.

Altmayer continuó hablando:

—Existe un planeta al que sus colonos pusieron el nombre de Chu Hsi. No poseía una gran población, tal vez dos millones. Hace quince años, los diáboli ocuparon los mundos cercanos y durante esos quince años ninguna nave humana aterrizó en el planeta. El año pasado lo hicieron los propios diáboli. Llevaron consigo enormes naves de carga, repletos de sulfato sódico y de cultivos bacterianos originarios de sus mundos.

—¿Qué...? No puedo creerlo.

—Inténtalo —ironizó Altmayer—. No es difícil. El sulfato de sodio se disuelve en los océanos de cualquier mundo. En un océano de sulfato, sus bacterias crecen, se multiplican y generan sulfuro de hidrógeno en tremendas cantidades que llenan los océanos y la atmósfera. Luego, pueden introducir sus plantas y sus animales y, con el tiempo, ir ellos mismos. Otro planeta resulta así habitable para los diáboli... e inhabitable para los humanos. Lleva tiempo, por supuesto, pero los diáboli disponen de mucho. Son un pueblo unido y...

—Oye —objetó Devoire, agitando la mano—, eso no se sostiene. Los diáboli tienen tantos mundos que no saben qué hacer con ellos.

—Para sus propósitos actuales, sí; pero son criaturas que tienen en cuenta el futuro. Su índice de natalidad es elevado y, a la larga, llenarán la galaxia. Y se sentirían mucho más cómodos si fueran la única inteligencia del universo.

—Pero eso es imposible por puras razones físicas. ¿Sabes cuántos millones de toneladas de sulfato de sodio se necesitarían para llenar los océanos y adaptarlos a sus requerimientos?

—Obviamente, el abastecimiento de un planeta entero.

—¿Y crees que despojarían uno de sus propios mundos para crear uno nuevo? ¿Qué ganarían con ello?

—Simón, Simón; hay millones de planetas en la galaxia que, por sus condiciones atmosféricas, por su temperatura o por su gravedad, serán siempre inhabitables para los humanos o para los diáboli. Muchos de ellos son muy ricos en azufre.

Devoire reflexionó.

—¿Y qué pasa con los seres humanos del planeta?

—¿Con los de Chu Hsi? Eutanasia; excepto para los que escaparon a tiempo. Sin dolor, supongo. Los diáboli no son innecesariamente crueles; sólo eficientes. —Altmayer esperó un poco. Devoire abría y cerraba una mano—. Publica la noticia —le dijo—. Difúndela por la red sub-etérea interestelar. Envía los documentos a los centros de recepción de los diversos mundos. Puedes hacerlo, y cuando lo hagas la conferencia galáctica se disgregará.

Devoire movió la silla y se puso de pie.

—¿Dónde están tus pruebas?

—¿Lo harás?

—Quiero ver las pruebas.

Altmayer sonrió.

—Ven conmigo.

Lo estaban esperando cuando regresó a la habitación amueblada donde vivía. Al principio no los vio. No se dio cuenta del pequeño vehículo que lo seguía con lentitud y a prudente distancia, pues caminaba con la cabeza gacha, calculando el tiempo que tardaría Devoire en comunicar la información a los confines del espacio, cuánto tardarían las emisoras receptoras de Vega, de Santanni y de Centauro en lanzar la noticia, cuánto tardaría en difundirse por toda la galaxia. Y así pasó, distraído, entre los dos policías de paisano que flanqueaban la entrada de la casa de huéspedes.

Sólo cuando abrió la puerta del cuarto se paró en seco y dio media vuelta para escapar, pero los policías de paisano estaban ya a sus espaldas. No intentó una fuga violenta, sino que entró en la habitación y se sentó, sintiéndose muy viejo. Sólo necesito distraerlos una hora y diez minutos, pensó febrilmente.

El hombre que aguardaba en la oscuridad tendió la mano hacia el interruptor de las luces de la pared. Con aquella suave iluminación, el rostro redondo y la calva mechada de canas aparecían asombrosamente nítidos.

—Conque el coordinador mismo me honra con su visita —murmuró Altmayer.

—Tú y yo somos viejos amigos, Dick —dijo Stock—. Nos encontramos de cuando en cuando. Altmayer no respondió.

—Tienes en tus manos ciertos papeles del Gobierno, Dick. —Si eso crees, Jeff, tendrás que encontrarlos. Stock se levantó con aire de fastidio.

—Sin heroísmos, Dick. Te diré qué contenían esos papeles. Eran informes detallados sobre el sulfatado del planeta de Chu Hsi. ¿Es cierto?

Altmayer se limitó a mirar su reloj.

—Si lo que pretendes es hacernos perder tiempo, echarnos el anzuelo como si fuéramos peces, sufrirás una desilusión —le advirtió Stock—. Sabemos dónde has estado, sabemos que Devoire tiene los papeles, sabemos qué piensa hacer con ellos.

Altmayer se puso tenso. Sus mejillas apergaminadas temblaron.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Tanto como tú, Dick. Eres un hombre previsible. Por eso decidimos utilizarte. ¿Crees que el archivero hubiera ido a verte sin que nos enteráramos?

—No comprendo.

—El Gobierno de la Tierra, Dick, no desea la continuación de la conferencia galáctica. Sin embargo, no somos federalistas; sabemos cómo es la humanidad. ¿Qué crees que ocurriría si el resto de la galaxia

descubriera que los diáboli transformaron un mundo de sal-oxígeno en un mundo de sulfato-sulfuro? No, no respondas. Eres Dick Altmayer y sin duda me dirás que en un fiero arrebato de indignación abandonarían la conferencia, se unirían en una amorosa confraternidad, se arrojarían contra los diáboli y los arrasarían.

Hizo una pausa, tan larga como si no pensara hablar más. Luego, continuó en un susurro:

—Pamplinas. Los otros mundos dirían que el Gobierno de la Tierra, con propósitos específicos, inició un fraude y falsificó documentos en un intento de boicotear la conferencia. Los diáboli lo negarían todo, y la mayoría de los mundos humanos hallarían conveniente creerse esa negativa. Se concentrarían en las iniquidades de la Tierra y olvidarían las de los diáboli. Así que, como ves, no podíamos respaldar una revelación como ésa.

Altmayer se sintió agotado, inútil.

—Entonces, detendrás a Devoire. Siempre estás muy seguro del fracaso, con antelación; siempre crees lo peor de tus congéneres...

—¡Espera! No he hablado de detener a Devoire; sólo dije que el Gobierno no podía respaldar semejante revelación, y no lo haremos. Pero se hará público igualmente, y luego os arrestaremos a Devoire y a ti y denunciaremos todo el asunto con tanta vehemencia como los diáboli. Entonces todo cambiará. El Gobierno de la Tierra se habrá disociado de esas afirmaciones. Los demás Gobiernos humanos pensarán que por motivos egoístas nos proponemos ocultar los actos de los diáboli, que quizá tenemos algún entendimiento con ellos. Le temerán a ese entendimiento y se unirán contra nosotros. Pero estar contra nosotros significará estar contra los diáboli. Insistirán en creer que la denuncia es cierta y que los documentos son reales; y la conferencia se disolverá.

—Eso supondrá una nueva guerra —indicó Altmayer, con desesperanza— y no contra el verdadero enemigo. Supondrá luchas entre los humanos y una mayor victoria para los diáboli cuando todo termine.

—No habrá guerra. Ningún Gobierno *atacará a* la Tierra estando los diáboli de nuestra parte. Los otros gobiernos se distanciarán de nosotros y darán a su propaganda un matiz antidiáboli. Posteriormente, en el caso de una guerra entre nosotros y los diáboli, al menos los demás permanecerán neutrales.

Parece muy viejo. Somos hombres viejos y moribundos, pensó Altmayer.

—¿Por qué crees que los diáboli respaldarán a la Tierra? —preguntó—. Puedes engañar al resto de la humanidad fingiendo que intentas ocultar

datos concernientes al planeta de Chu Hsi, pero no engañarás a los diáboli. Ellos no creerán ni por un instante que la Tierra es sincera al afirmar que considera que los documentos son fraudulentos.

—Oh, claro que lo creerán. —Geoffrey Stock se levantó—. Verás, es que los documentos son realmente fraudulentos. Tal vez los diáboli tengan pensado sulfatar planetas en un futuro, pero, que nosotros sepamos, aún no lo han intentado.

El 21 de diciembre de 2800, Richard Sayama Altmayer entró en prisión por tercera y última vez. No hubo juicio ni sentencia definitiva y apenas hubo encarcelamiento en el sentido literal del término. Sus movimientos fueron restringidos, y sólo algunos funcionarios podían comunicarse con él; pero, por otra parte, se procuraba mantenerlo cómodo. Dado que no tenía acceso a las noticias, no se enteró de que en el segundo año de su tercer encarcelamiento estalló la guerra entre la Tierra y los diáboli cuando, en las inmediaciones de Sirio, un escuadrón terrícola atacó por sorpresa a varias naves de la flota alienígena.

En el año 2802, Geoffrey Stock visitó a Altmayer en la cárcel. El preso se levantó para saludarlo.

—Tienes buen aspecto, Dick —le dijo Stock.

Él, en cambio, no tenía muy buen aspecto. La tez se le había vuelto gris. Seguía llevando el uniforme de capitán, pero se le había encorvado un poco el cuerpo. Moriría pocos meses después y, en cierto modo, lo presentía. No le preocupaba demasiado. He vivido los años que debía vivir, pensaba a menudo.

A Altmayer, que parecía más viejo, le quedaban más de nueve años de vida por delante.

—Un placer inesperado, Jeff, pero esta vez no puedes venir a encarcelarme. Ya estoy en la cárcel.

—He venido a liberarte, si te parece bien.

—¿Con qué propósito, Jeff? Pues sin duda, tienes algún propósito, un astuto modo de utilizarme.

La sonrisa de Stock fue una mueca fugaz.

—Un modo de utilizarte, sí, pero esta vez lo aprobarás... Estamos en guerra.

—¿Con quién? —preguntó Altmayer, sobresaltado.

—Con los diáboli. Hace seis meses que estamos en guerra.

Altmayer juntó sus manos y entrelazó los dedos nerviosamente.

—No he oído hablar de ello.

—Lo sé. —El coordinador se apretó las manos a la espalda y se sorprendió vagamente al notar que temblaban—. Ha sido una larga travesía para ambos, Dick. Teníamos la misma meta, tú y yo... No, déjame hablar. Muchas veces quise explicarte mi punto de vista, pero jamás lo habrías comprendido. No eras hombre capaz de entender, a menos que te presentara los resultados... Yo tenía veinticinco años cuando visité uno de los mundos de los diáboli, Dick. Supe entonces que se trataba de ellos o nosotros.

—Te lo dije desde el principio —murmuró Altmayer.

—No bastaba con decirlo. Tú querías obligar a todos los Gobiernos humanos a unirse contra ellos, y esa idea era quimérica y carecía de realismo político. Ni siquiera era deseable. Los humanos no son diáboli. Entre éstos la conciencia individual es baja, casi inexistente; la nuestra es abrumadora. Ellos no tienen actividad política; nosotros no tenemos otra cosa. A ellos no les permiten disentir, no pueden tener más que un Gobierno; nosotros no podemos ponernos de acuerdo y, si sólo tuviéramos una isla donde vivir, la dividiríamos en tres.

»¡Pero nuestras desavenencias son nuestra fuerza! Tu Partido Federalista hablaba muchísimo de la antigua Grecia. ¿Recuerdas? Pero tu gente no lo entendía bien. Por supuesto, Grecia no fue capaz de unirse y finalmente fue conquistada. Pero aun en su estado de desunión derrotó al gigantesco imperio persa. ¿Por qué?

»Me gustaría señalar que las ciudades-estado griegas combatieron entre sí durante siglos. Eso las forzó a especializarse en asuntos militares mucho más que los persas. Los persas lo comprendieron y, en el último siglo de su existencia imperial, los mercenarios griegos constituyeron las partes más valiosas de sus ejércitos.

»Lo mismo podría decirse de las pequeñas naciones-estado de la Europa preatómica, que a lo largo de siglos de lucha refinaron sus artes militares hasta el extremo de que superaron y contuvieron durante doscientos años a los imperios relativamente gigantescos de Asia.

»Así ocurre con nosotros. Los diáboli, con vastas extensiones de espacio galáctico, nunca han librado una guerra. Su maquinaria militar es enorme, pero jamás se ha puesto a prueba. En cincuenta años, sus únicos progresos han sido los que copiaron de las diversas flotas humanas. La humanidad, por el contrario, ha competido ferozmente en diversas guerras. Cada Gobierno ha procurado mantenerse a la cabeza de sus vecinos en cuanto a las ciencias militares. ¡Tenían que hacerlo! Nuestra desunión volvía necesaria la terrible

carrera por la supervivencia, de modo que al final cualquiera de nosotros era *capaz* de enfrentarse a todos los diáboli, siempre que ninguno luchara al lado de ellos en el transcurso de una guerra generalizada.

»Toda la diplomacia terrícola iba dirigida a impedir esta posibilidad. Mientras no existiera la certeza de que el resto de la humanidad permanecería neutral en un conflicto bélico entre la Tierra y los diáboli, no podía haber guerra; y tampoco se podía permitir una unión de Gobiernos humanos, pues la carrera por la perfección militar debía continuar. Una vez que estuvimos seguros de esa neutralidad, mediante la estratagema que disolvió la conferencia hace dos años, provocamos la guerra, y ya la tenemos.

Altmayer parecía petrificado. Tardó largo rato en hablar.

—¿Y si los diáboli vencen a pesar de todo? —musitó.

—No vencerán. Hace dos semanas, las flotas principales unieron sus esfuerzos y la de ellos fue aniquilada con pérdidas mínimas para las nuestras, pese a que nos superaban en número. Era como luchar contra naves desarmadas. Poseíamos armamento más potente y de mayor alcance y precisión, y teníamos el triple de su velocidad efectiva, pues contábamos con dispositivos de anti-aceleración, de lo que ellos carecían. Desde esa batalla, varios Gobiernos humanos decidieron unirse al bando vencedor y declararon la guerra a los alienígenas. Ayer los diáboli solicitaron la iniciación de negociaciones para un armisticio. La guerra está prácticamente terminada y, a partir de ahora, quedarán confinados a sus planetas originales y nosotros controlaremos sus expansiones futuras.

Altmayer murmuró algo ininteligible.

—Y ahora es necesaria la unión —prosiguió Stock—. Después de que las ciudades-estado griegas derrotaran a Persia, se hundieron por sus continuas guerras entre sí, con el resultado de que primero las conquistó Macedonia y, posteriormente, Roma. Igualmente, después de que Europa colonizara América, dividiera África y conquistara Asia, una serie de continuas guerras europeas la llevó a la ruina.

»¡Desunión hasta la conquista, unión a partir de entonces! Y ahora la unión resulta fácil. Dejemos que una subdivisión triunfe por sí misma y el resto reclamará formar parte de ese éxito. El antiguo historiador Toynbee fue el primero en señalar la diferencia entre lo que él denominaba una "minoría dominante" y una "minoría creativa".

»Ahora somos la minoría creativa. En un gesto casi espontáneo, varios Gobiernos humanos han sugerido el establecimiento de una organización de Mundos Unidos. Otros setenta más están dispuestos a asistir a las primeras

sesiones para redactar una Carta de la Federación. Los otros se unirán después, sin duda. Me agradaría que fueras uno de los delegados de la Tierra, Dick.

Altmayer tenía los ojos empañados por las lágrimas.

—No..., no entiendo tu propósito. ¿Todo esto es verdad?

—Es tal como digo. Eras una voz en el desierto, Dick, predicando la unión. Tus palabras tendrán mucho peso. Una vez dijiste: «En una buena causa no hay fracasos.»

—¡No! —exclamó Altmayer—. Parece que la tuya era la buena causa.

El rostro de Stock aparecía severo y carente de toda emoción.

—Nunca supiste entender la naturaleza humana, Dick. Cuando los Mundos Unidos sean una realidad y una vez que generaciones de hombres y de mujeres evoquen durante sus siglos de paz ininterrumpida estos días de conflictos bélicos, habrán olvidado el propósito de los métodos que yo he utilizado. Para ellos representarán la guerra y la muerte. Tus convocatorias a la unión, tu idealismo, serán recordados para siempre.

Dio media vuelta y Altmayer apenas oyó sus últimas palabras:

—Y cuando construyan estatuas, a mí no me levantarán ninguna. *En la Gran Plaza, que ofrece un remanso de paz entre los bulliciosos setenta mil kilómetros cuadrados consagrados a los imponentes edificios donde late el pulso de los Mundos Unidos de la Galaxia, se yergue una estatua.*

MUNDOS POSIBLES

Tomar un tren es algo que puede hacerse con una demora capaz de conciliarse con su retraso, por lo que puede decirse que Norman y Livvy llegaron tarde pero a tiempo, ocupando el único compartimiento libre en todo el vagón. Se sentaron de cara a la dirección del tren, sin otra cosa delante que el asiento contrario. Mientras Norman colocaba sus bultos en el portaequipajes, Livvy se dio cuenta de que estaba un tanto irritada.

Si una pareja tomaba el asiento situado ante ellos, se verían obligados a soportar las caras ajenas todo el tiempo que tardase el tren en llegar a Nueva York; aunque, para evitar tamaño contratiempo, podrían recurrir al viejo truco de levantar sintéticas barreras de periódicos. Era una de las razones por las que odiaba tomar asiento en compartimentos de plazas enfrentadas.

Norman no parecía haberse dado cuenta, cosa que molestaba grandemente a Livvy. Por lo común, solían entenderse a la perfección aun en los peores momentos. Y en este sencillo detalle encontraba Norman su seguridad de haberse casado con la chica ideal.

—Nos ajustamos el uno al otro, Livvy —solía decir Norman—, he ahí la clave del éxito. Como cuando uno intenta componer un rompecabezas y encuentra que una pieza encaja perfectamente en la otra, ni más ni menos. No hay otra posibilidad, es la pieza ineludible, es decir, la chica insustituible.

Ella reiría y contestaría:

—Si no hubieras cogido el tranvía aquel día, posiblemente no habrías tropezado conmigo jamás. ¿Qué hubieras hecho entonces?

—Obtener una licenciatura. Claro. Además, te hubiera encontrado otro día a través de Georgette.

—No hubiera sido lo mismo.

—No dudes que sí.

—Insisto en que no. Georgette nunca me hubiera hecho aparecer. Ella estaba interesada en ti y es la clase de chica que sabe dónde puede encontrarse una rival.

—Absurdo.

Luego, Livvy echaría mano de su pregunta favorita:

—Norman, ¿y si hubieras llegado un minuto más tarde y te hubieras visto obligado a coger el tranvía siguiente? ¿Qué crees que hubiera ocurrido?

—¿Y si los peces volaran y se lanzaran en bandadas a la cúspide de las montañas? ¿Qué crees que comeríamos los viernes entonces?

El caso era que ambos habían coincidido en el mismo tranvía y que los peces no volaban, de manera que se habían casado cinco años atrás y comían pescado los viernes. Y justamente a causa de aquel matrimonio iban ahora a pasar una semana en Nueva York y celebrar su aniversario.

Recordó entonces el problema presente:

—Norman, me gustaría que tomáramos otro asiento, si te parece.

—A mí también. Pero todavía no compartimos éste con nadie, de modo que, al menos hasta Providence, estaremos más o menos solos.

Aquello no acabó de consolar a Livvy, que se sintió justificada cuando vio caminar por el pasillo central del vagón un pequeño y rollizo personaje. Bien, ¿de dónde venía aquel hombre? El tren se encontraba a mitad de camino entre Boston y Providence, y si el fulano había tenido un asiento, ¿por qué no lo había conservado? Como fuere, su vanidad tomó parte en el juego de las hipótesis: estaba segura de que si ignoraba al hombrecillo él pasaría de largo. De manera que comenzó a preocuparse de su cabello que, en virtud del traqueteo del tren, se había desarreglado un poco; y luego se concentró en sus ojos azules, y en su escasa boca de gordezuelos labios, de los que Norman solía decir que eran la imagen perfecta de un beso permanente.

No era para tanto, pensó ella.

Luego alzó la mirada y vio al hombrecillo sentado en el asiento opuesto. El fulano captó la mirada y sonrió ampliamente. Una agrupación de arrugas coronaron los bordes de la sonrisa. Se quitó precipitadamente el sombrero y lo colocó sobre la pequeña maleta negra que había traído consigo. Un mechón de blancos cabellos se desparramó en torno a la calvicie circular que asimilaba el centro de su cráneo a un desierto.

Livvy correspondió con apenas la insinuación de una leve sonrisa y luego desvió la mirada posándola de nuevo sobre la maleta negra. Entonces su sonrisa se apagó. Dio un codazo a Norman.

Norman alzó la mirada por encima del periódico. Encogió las cejas, casi encontrándose sobre el puente de la nariz, con aquel gesto que por lo común le otorgaba una imponente presencia. Pero tanto ellas como los oscuros ojos que brillaban debajo se dirigieron a Livvy con el usual aspecto de complacencia y diversión que solían explayar.

—¿Qué pasa? —dijo. Sin duda no se había fijado en el rollizo hombrecito situado frente a ellos.

Livvy iba a indicarle con una mirada y un gesto de la mano lo que de

chocante había encontrado, cuando se dio cuenta que el hombrecillo la estaba contemplando abiertamente. Livvy se sintió confusa. Norman le dirigía apenas una vaga mirada.

Finalmente resolvió acercarse a él y susurrarle excitadísima

—¿Has visto lo que hay escrito sobre su maleta?

Mientras se lo decía miró de nuevo y comprobó que no se había equivocado. Las letras no eran muy grandes pero resaltaban por su blancura contrastando con el fondo negro. En trazos redondos podía leerse: «Alternativa. »

El hombrecillo estaba sonriendo otra vez. Asintió repetidas veces con la cabeza y señaló alternativamente las palabras escritas sobre la maleta y a sí mismo.

—Debe ser su nombre —dijo Norman en un aparte teatral.

—Vamos, hombre —replicó Livvy—, ¿cómo puede ser eso el nombre de nadie?

Norman apartó el periódico.

—Ahora lo verás —dijo, y se inclinó hacia delante—. ¿Señor Alternativa?

El hombrecillo lo miró, solícito.

—¿Tiene usted hora, señor Alternativa?

El hombrecillo sacó un gran reloj del bolsillo de su chaleco y lo puso ante Norman.

—Gracias, señor Alternativa —dijo Norman. Luego añadió en un susurro—: ¿Te das cuenta, mujer?

Sin duda habría vuelto a centrarse en su periódico si el hombrecillo, que había comenzado a abrir su maleta, no hubiera llamado la atención de los otros dos con los movimientos que imprimía a uno de sus dedos extendidos. Lo que estaba sacando era una plancha de cristal mate, de aproximadamente nueve pulgadas de ancho y alto y una pulgada de grueso. Tenía los bordes cortados en bisel, los ángulos redondeados y no mostraba el menor distintivo de nada que lo destacara. Luego sacó un pequeño alambre que adosó a la plancha de cristal, colocó el conjunto sobre sus rodillas y se quedó mirando a la pareja con orgullosa satisfacción.

—Por el cielo, Norman —dijo Livvy, repentinamente sobresaltada—, es una especie de dibujo...

Norman se acercó un poco más. Luego miró abiertamente al hombrecillo.

—¿Qué es eso? —preguntó— ¿Una nueva clase de televisión?

El hombrecillo negó con la cabeza. Livvy respondió por él.

—No, Norman, somos nosotros.

—¿Qué?

—¿Acaso no lo ves? Es el tranvía donde nos encontramos tú y yo. Mírate en el asiento de atrás, con aquel sombrero de fieltro que tiré por inservible hace tres años. Mira: ahora subimos Georgette y yo. Aquella mujer gorda— en la plataforma... ¡Norman! ¿No lo estás viendo?

—Debe ser alguna clase de ilusión —murmuró Norman.

—Pero también lo estás viendo, ¿no? Por eso él lo llama «Alternativa». El cristal podría mostrarnos otra alternativa. Lo que hubiera ocurrido de no haber sufrido aquel viraje el tranvía.

Livvy estaba segura de ello. Se encontraba sumamente excitada y completamente segura de lo que pensaba. Mientras contemplaba y se sumergía en las imágenes de la plancha de cristal, el descendente sol de la tarde y el vagón de tren en que se encontraban comenzaron a desvanecerse.

Podía recordar aquel día. Norman conocía a Georgette y ya estaba a punto de cederle el asiento cuando el tranvía sufrió una sacudida que arrojó a Livvy contra rodillas del hombre. Era ridículo verse sentada en el regazo de Norman, pero así había ocurrido. Se sintió tan avergonzada que Norman tuvo que recurrir primero a su galantería y luego a su conversación. Ni siquiera fue necesaria una presentación por parte de Georgette. Cuando bajaron del tranvía, él ya sabía dónde trabajaba Livvy.

Todavía podía recordar la sonrisa forzada que Georgette le lanzó cuando ambas se separaron.

—Parece que le gustas a Norman —le había dicho su amiga.

—Oh, no seas tonta —había replicado Livvy—. Simplemente ha estado cortés. Aunque es un chico guapo, ¿verdad?

Tan sólo seis meses después contraían matrimonio.

Y hete aquí que de nuevo veía ahora el mismo tranvía, con Norman, Livvy y Georgette. Y mientras pensaba en ello, el tren desaparecía, el monótono traqueteo se desvanecía por completo, ocupando su lugar los confines del tranvía. Acababa de detenerse y subieron Georgette y ella.

Situadas en la plataforma, sufrieron los embates del monótono y ridículo ritmo del vehículo. Entonces se dirigió a su amiga.

—Hay alguien que te mira, Georgette. ¿Lo conoces?

—¿Yo? —Georgette ensayó una mirada deliberadamente casual por encima de su hombro. Luego añadió—: Sí, lo conozco un poco. ¿Qué crees tú que querrá?

—Averigüémoslo —dijo Livvy. Se sentía complacida en su picardía.

Georgette era conocida por su coqueteo con los hombres y seria

divertido comprobar si no pasaba todo de mera fanfarronada. Además, éste parecía bastante... interesante.

Se dirigió hacia la parte de los asientos y Georgette la siguió sin demasiado entusiasmo. Justo cuando Livvy alcanzaba el asiento situado frente al que ocupaba el joven, el tranvía tomó bruscamente una curva haciéndole perder el equilibrio. Livvy intentó desesperadamente atrapar una de las agarraderas de cuero que pendían de la barra superior. La atrapó con la punta de los dedos y pudo sostenerse. Por alguna razón, sin embargo, momentos antes le había parecido que no había ninguna correa lo bastante cercana como para poder sujetarse a ella. Como quiera que fuese, sintió que según las leyes naturales ella debía haber caído. Algo había sido rectificado.

El joven no la miraba. Estaba sonriendo a Georgette y levantándose de su asiento. Tenía unas impresionantes cejas que le conferían un aspecto de competencia y autodominio. Livvy decidió que le gustaba.

Georgette estaba diciendo:

—Oh, no, no te molestes. Vamos a bajar dentro de dos paradas.

—Pensé que íbamos a ir a Sach —dijo Livvy.

—Iremos. Pero acabo de recordar que tenía que hacer algo allí. No me llevará más de un minuto.

—¡Próxima parada, Providence! —anunciaron los altavoces. El tren reducía velocidad y el mundo pasado volvió a sumergirse una vez más en la plancha de cristal. El hombrecillo les estaba sonriendo.

Livvy se dirigió a Norman. Se sentía un tanto alterada.

—¿También tú estabas pensando en todo aquello?

—¿Qué ocurre? ¿Acaso no podemos estar tan cerca de Providence? —Miró su reloj—. Creo que sí. —Luego, a Livvy—: No te caíste esa vez.

—Luego lo viste, ¿verdad? —Arrugó el entrecejo—. Claro, ha salido a gusto de Georgette. Estoy segura de que inventó su excusa sólo para evitar mi encuentro contigo. ¿Cuánto hacía que conocías a Georgette, Norman?

—No mucho. Lo bastante para reconocerla nada más verla y creer que debía ofrecerle mi asiento.

Livvy alargó el labio inferior.

—No tienes por qué estar celosa de lo que podía haber sido criatura. Además, ¿qué diferencia habría habido? Hubiera sido suficiente con que nos cruzáramos al salir de tu trabajo.

—No me hubieras mirado.

—Difícilmente.

—Entonces, ¿cómo te hubieras encontrado conmigo?

—De cualquier manera. No sé. Pero reconocerás que estamos

discutiendo por algo más bien estúpido.

Providence comenzaba a quedar atrás. Livvy se sintió turbada. El hombrecillo había estado siguiendo su conversación sostenida en susurros, y con la desaparición de su sonrisa mostraba que había comprendido. Livvy se dirigió a él:

—¿Puede mostrarnos algo más?

—Aguarda, Livvy —interrumpió Norman—. ¿Qué vas a hacer?

—Quiero ver el día de nuestra boda. Qué habría pasado ese día si yo hubiera cogido la agarradera de cuero.

—No coincido contigo. Creo que no nos hubiéramos casado el mismo día.

—Señor Alternativa —insistió Livvy pese a todo—, ¿puede mostrármelo? —El hombrecillo asintió con la cabeza.

La plancha de vidrio comenzó a animarse de nuevo. Al principio un tanto borrosamente. Luego, la luz se fue concentrando y condensándose en figuras concretas. Una débil música de órgano resonó en los oídos de Livvy..

Norman saltó incisivamente.

—¿Lo ves? Mira, ahí estoy yo. Es el día de nuestra boda. ¿Estás satisfecha?

Los ruidos del tren comenzaron a desaparecer de nuevo y lo último que oyó Livvy fue su propia voz que decía:

—Sí, ahí estás tú. Pero, ¿dónde estoy yo?

Livvy estaba sentada en uno de los bancos de la iglesia. No había esperado atender la invitación. En los últimos meses se había sentido más y más alejada de Georgette, sin saber exactamente por qué. Se había enterado de su compromiso matrimonial por medio de un amigo común, compromiso entre ella y, naturalmente, Norman. Recordaba muy claramente aquel día, seis meses atrás, cuando lo vio por vez primera en el tranvía. Era la ocasión en que Georgette pareció desear apartarla tan rápidamente de la mirada de aquel hombre. Se había encontrado con Norman otras veces, pero siempre estaba Georgette con él.

Bien, no tenía por qué estar resentida; sin duda no era el hombre que le reservaba el destino. Pensó que Georgette parecía más hermosa de lo que realmente era. En cambio, él era muy guapo.

Se sintió triste y un tanto vacía, como si advirtiera que algo no funcionaba como debiera, algo que de alguna manera ella no podía ordenar en su mente. Georgette había pasado junto a ella, caminando a lo largo de la nave central, sin aparentar verla; en cambio se había fijado en los ojos de

Norman y acabó por sonreírle. Livvy pensó que Norman le había devuelto la sonrisa.

Escuchó las distantes palabras mientras la iban alejando de allí:

—Yo os declaro...

El ajetreo del tren se impuso de nuevo.. Una mujer caminaba por el pasillo central conduciendo a un niño de la mano. De vez en cuando llegaban las entrecortadas risas de algunas adolescentes sin duda situadas algunos compartimentos más allá. Un empleado de ferrocarriles pasó rápidamente portando algún misterioso mensaje. Livvy lo advertía todo pasivamente.

Permanecía allí sentada, la mirada tendida al exterior, contemplando el relampagueante paso de árboles y postes telefónicos.

—Te casaste con ella —dijo.

La miró durante un momento y luego torció levemente un lado de su boca.

—No en la realidad, Livvy. Mi mujer eres tú. Piénsalo con calma unos cuantos minutos y verás cómo te convences.

—Sí —dijo Livvy—, te casaste conmigo... porque me caí en tus rodillas. De lo contrario, te hubieras casado con Georgette. Si ella no te hubiera querido, te habrías casado con alguna otra. Te habrías casado con cualquiera. Demasiadas para las piezas de tu rompecabezas.

—Muy bien —dijo Norman con excesiva lentitud—, y que yo sea maldito. —Se llevó las manos a la cabeza y ruego las dejó resbalar hasta cubrirse con ellas los oídos como si no quisiera oír nada más—. Escucha, Livvy, escucha: estás sacando estúpidas conclusiones de lo que no es sino un juego de magia. No puedes culparme por algo que no he hecho.

—Podías haberlo hecho.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú mismo lo has visto.

—Sólo he asistido a una ridícula sesión de... hipnotismo, supongo. —Su voz se alzó ahora con repentina iracundia. Se dirigió al hombrecillo sentado frente a ellos—: Lárguese, señor Alternativa o comoquiera que se llame. Váyase de aquí. No queremos nada de usted. Salga antes que coja su juego de manos y lo tire por la ventana y a usted detrás.

Livvy lo sujetó.

—¡Detente, detente! Estás en un tren lleno de gente.

El hombrecillo se arrinconó cuanto pudo en su asiento y ocultó su pequeño equipaje tras su diminuto cuerpo. Norman lo miró, luego miró a Livvy, y luego miró a la anciana dama que a través del pasillo contemplaba

la escena con evidente desaprobación.

Su rostro cambió varias veces de color y optó por quedarse inmóvil. Se mantuvieron en helado silencio mientras atravesaban New London.

Pasaron quince minutos después de atravesar New London. Norman llamó a Livvy.

Livvy no respondió. Miraba por la ventana sin ver otra cosa que el vidrio.

—¡Livvy, Livvy! ¡Respóndeme! —insistió Norman.

—¿Qué quieres?

—Mira, todo esto es absurdo. Ignoro cómo lo hace el tipo este pero mientras no acredite su legitimidad no tienes por qué ponerte así. Además, ¿por qué te detuviste en aquel momento? Suponiendo que yo me hubiera casado con Georgette, ¿crees que tú habrías estado sola? Deduzco que ya debías estar casada cuando tuvo lugar mi hipotética boda. Quizá por eso me casé con Georgette.

—Yo no estaba casada.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo juraría. Sé cuáles eran mis pensamientos entonces.

—Bueno, te habrías casado al año siguiente.

Livvy sintió que la cólera crecía dentro de ella.

—Y si lo hubiera hecho, seguramente no te habría importado.

—Por supuesto que no. Lo que nos viene a confirmar que en el mundo real no tenemos por qué ser responsables de las opciones y alternativas que se presentaren.

Las ventanas de la nariz de Livvy se hincharon. Pero nada dijo.

—Mira —dijo Norman—. ¿Recuerdas la fiesta del penúltimo Año Nuevo?

—Y cómo no. Me derramaste encima todo un cubo de alcohol.

—No me refería a eso. Aparte, no era más que un frasco de ponche y pudo haber sido peor. Lo que quiero decir es que la dueña de la casa, Winnie, era quizá la mejor amiga que tenías desde antes de nuestro matrimonio.

—¿Y?

—Georgette también era una buena amiga suya, ¿no es así?

—Sí.

—Perfecto. Tú y Georgette hubierais ido a la reunión sin mirar con cuál de las dos yo estaba casado. Dejemos que nos muestre aquella reunión como si yo hubiera estado casado con Georgette y apostaré que tú estabas allí o con tu novio o con tu marido.

Livvy dudó. Se sintió atemorizada, ante aquella posibilidad.

—¿Tienes miedo de probar fortuna?

Fue esto lo que, naturalmente, la decidió. Se volvió hacia él con violencia.

—¡No, no tengo miedo! Y espero estar casada en la hipótesis. No había razón para estar apenada por ti. Es mas, me gustará ver qué ocurre cuando derramas la coctelera sobre Georgette. Te pondrá verde en público. La conozco. Quizá veas entonces alguna diferencia entre las piezas del rompecabezas. —Hizo un gesto enérgico con la cabeza y cruzó los brazos duramente sobre el pecho.

Norman dirigió una mirada al hombrecillo, pero no había necesidad de palabras. La plancha de vidrio yacía nuevamente sobre su regazo.

—¿Lista? —dijo Norman, conteniendo la tensión. Livvy movió la cabeza asintiendo, dejando que el ruido del tren volviera a desvanecerse.

Livvy, todavía resentida del frío exterior, se encontraba en el vestíbulo. Acababa de quitarse el abrigo salpicado de nieve y se frotaba los brazos aún no acostumbrados a la caricia del aire libre.

Los saludos de «Feliz año nuevo» se mezclaban con las chillonas notas de alguna radio encendida. El agudo chillido de Georgette fue casi lo primero que oyó desde su entrada. Se dirigió hacia ella. No había visto a Georgette o a Norman desde hacía semanas.

Georgette alzó una ceja, amaneramiento cultivado por ella en sus últimos tiempos, y dijo:

—¿No viene nadie contigo, Livvy? —La mirada de Georgette recorrió el entorno de su amiga como para descubrir la presencia de alguien y luego regresaron a Livvy.

—Creo que Dick se dejará caer por aquí más tarde —dijo Livvy con indiferencia—. Tenía que hacer antes un par de cosas. —Mientras lo decía se sintió cada vez más indiferente.

—Bueno —dijo Georgette, sonriendo—, Norman está aquí. Eso te protegerá de tu soledad, querida.

Mientras decía esto, Norman apareció procedente de la cocina. Portaba una coctelera en las manos y a medida que caminaba el recipiente de los cubitos de hielo prestaba una nota musical a sus palabras.

—Compongamos, oh alborotadores, un combinado capaz de aplacar vuestros desordenados ánimos... ¡Eh, Livvy!

Caminó hacia ella mientras le dedicaba una cordial bienvenida.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo? Me parece no haberte visto en lo menos veinte años. ¿Qué pasa? ¿Acaso Dick no quiere que nadie más

te vea?

—Llena mi vaso, Norman —dijo Georgette vivamente.

—En seguida —dijo Norman sin mirarla—. ¿Quieres tú también, Livvy? Te conseguiré un vaso. —Se giró y todo sucedió precipitadamente.

Livvy gritó: «¡Cuidado!» Lo había visto venir, incluso tenía el vago sentimiento de que todo aquello ya había ocurrido antes, pero lo dejó estar como se abandonan los sucesos en manos del destino. El pie de Norman tropezó en el borde de la alfombra; vaciló, luchó por mantener el equilibrio, y la coctelera saltó por los aires cayendo sobre Livvy toda una catarata de helado licor que la dejó calada desde la cabeza hasta los pies.

Se quedó inmóvil, sin saber qué hacer. Los murmullos se detuvieron a su alrededor y durante unos escasos e intolerables momentos gesticuló inútilmente, en tanto Norman repetía « ¡Condenación! » en voz alta.

—Ha sido tristísimo, Livvy —dijo Georgette, con frialdad—. Un accidente como otro cualquiera. Espero que el vestido no te haya costado mucho.

Livvy optó por echar a correr. Se introdujo en una habitación vacía y relativamente en calma. A la luz de la lámpara situada junto al armario ropero, buscó entre los abrigos que había encima de la cama intentando encontrar el suyo.

Norman había ido tras ella.

—Livvy, no hagas caso de lo que ha dicho. Lo siento muy de veras. Haré...

—No te preocupes. No te echo la culpa. —Parpadeó rápidamente sin mirarlo—. Iré a mi casa y me cambiaré.

—¿Vas a volver?

—No lo sé. No sé lo que haré.

—Escucha, Livvy... —Los cálidos dedos de Norman estaban sobre sus hombros...

Livvy sintió una curiosa sensación muy dentro de ella, mientras pensaba que algo semejante a telas de araña iba desgarrándose y...

...y los ruidos del tren regresaron.

Algo no había funcionado acorde con el tiempo mientras ella estaba allí.., en el cristal. Fuera del tren sólo se veía el espacio inundado por los tonos del crepúsculo. Las luces del tren fueron encendidas. Pero esto no importaba. Pareció recuperarse del esguince acontecido en sus entrañas.

Norman se frotaba los ojos con el índice y el pulgar.

—¿Qué ocurre? —dijo.

—Ya ha pasado.

Norman miró su reloj.

—Pronto estaremos en New Haven.

—Lo derramaste sobre mí —dijo Livvy como maravillándose.

—Bueno, así fue en la vida real.

—Pero en la vida real yo era tu mujer. En esta ocasión debías haberlo derramado sobre Georgette. ¿No resulta curioso? —Pero ella pensaba en el hecho de que Norman la persiguiera; sus manos sobre sus hombros...

Lo miró y dijo con cálida satisfacción:

—No estaba casada.

—No, ciertamente. Pero, ¿era con ese Dick Reinhardt con el que estabas saliendo?

—Sí.

—¿No estabas planeando casarte con él, Livvy?

—¿Celoso, Norman?

—¿De qué? —Norman parecía confuso—. ¿De una plancha de vidrio? Claro que no.

—No creo que me hubiera casado con él.

—¿Sabes? La escena terminó justo cuando menos lo deseaba yo. Había algo que estaba a punto de ocurrir, lo sé. —Se detuvo, y luego añadió lentamente—: Era mientras pensaba que hubiera preferido hacérselo a cualquier otro en la sala. ¿A Georgette incluso?

—Ni me hubiera molestado en pensar en ella entonces. Supongo que no me crees.

—Quizá sí. —Lo miró—. He sido una tonta, Norman. Vivamos... vivamos nuestra vida real. No juguemos con cuantas cosas que pudieron haber sido y no fueron.

Sin embargo, Norman insistió y cogiéndole las manos dijo:

—No, Livvy. Una última ocasión. Veamos lo que hubiéramos hecho en aquel momento, Livvy. Ese minuto decisivo... si yo hubiera estado casado con Georgette.

Livvy estaba un poco asustada.

—No, por favor, Norman. —Pensaba en los ojos de Norman, sonriéndole ampliamente mientras, al lado de una Georgette a la que no había dedicado una sola mirada, sostenía la fatídica coctelera. No quería saber lo que ocurrió después. No quería aquella vida potencial, sino ésta presente.

New Rayen vino y pasó de largo.

Quiero intentarlo, Livvy —insistió Norman. Como tú quieras, Norman —dijo ella. Se esforzó en asegurarse que no tenía importancia. Que nada tenía importancia. Cruzó las manos frente a su pecho y se apretó los brazos.

Mientras hacía esto, pensó:

—Ninguna fantasía proyectada podrá separarlo de mí.

Norman se dirigió de nuevo al hombrecillo.

—Por favor...

Bajo la amarillenta luz del vagón el proceso pareció tomar más tiempo. La superficie del cristal fue aclarándose paulatinamente, como si un puñado de nubes fuera disperso por el soplo de algún tranquilo viento.

—Hay algo que no funciona —dijo Norman—. Somos nosotros, pero tal y como nos encontramos ahora.

Era cierto. Las dos figuras aparecían en un tren, sentadas en un departamento de asientos enfrentados. El campo de visión aumentaba ahora. La voz de Norman sonaba en la distancia y se desvanecía.

—Es el mismo tren —decía—. La ventana trasera está agrietada como...

Livvy era enormemente feliz. Dijo:

—Ojalá estemos en Nueva York.

—No será antes de una hora, querida —dijo Norman. Luego añadió—: Voy a besarte. —Hizo un movimiento como si fuera a hacerlo.

—¡Aquí no! Oh, Norman, la gente nos mira. Norman se echó atrás.

—Deberíamos haber tomado un taxi —dijo.

—¿De Boston a Nueva York?

—Claro. Allí no te hubieras negado. —Livvy se echó a reír.

—Te pones la mar de divertido cuando intentas actuar ardientemente.

—No es una actuación. —Su voz se tornó repentinamente sombría—. Ni tampoco una hora lo que nos queda. Siento como si hubiera estado esperando cinco años.

—Yo también.

—¿Por qué no pude encontrarte primero? ¡Cuánto tiempo perdido!

—Pobre Georgette —gimió Livvy.

—No lo sientas por ella, Livvy —dijo Norman con impaciencia—. Nunca tuvimos éxito en nuestro matrimonio. Estará contenta de verse libre de mí.

—Sabía eso. Por eso dije «Pobre Georgette». Estoy apenada por ella por no haber sido capaz de apreciar lo que tenía.

—Bueno, aprécialo ahora que lo tienes tú —dijo él—. Aprécialo, ya que sabes darte cuenta tan inmensa e infinitamente... o, más que eso, aprécialo al menos la mitad de lo que yo aprecio lo que he conseguido.

—¿Te divorciarás también de mí, si no?

—Antes pasarás por encima de mi cadáver —dijo Norman.

—Es todo tan extraño... —dijo Livvy—. A menudo pienso: ¿Qué hubiera ocurrido si no hubieras derramado sobre mí aquella coctelera? No hubieras venido tras de mí; no me hubieras dicho lo que me dijiste; yo no hubiera sabido jamás lo que supe. Hubiera sido tan diferente... todo.

—Absurdo. Habría sido exactamente lo mismo. Hubiera ocurrido en cualquier otra ocasión.

—Me gustaría saberlo —dijo Livvy suavemente.

Las luces de la ciudad estallaron en el exterior y la atmósfera de Nueva York los envolvió. El pasillo del vagón se lleno de viajeros preparados para descender con sus equipajes.

Livvy se sintió como una isla en el tumulto hasta que Norman la cogió del brazo.

—Las piezas del rompecabezas encajan, después de todo —dijo mirándolo.

—Naturalmente —dijo él.

Puso una mano sobre la de Norman.

—Estaba equivocada. Yo pensaba que puesto que nos teníamos el uno al otro, también poseíamos todos los posibles del uno y del otro. Pero no todas las posibilidades nos afectan. Con lo real tenemos suficiente. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Norman afirmó con la cabeza.

—Hay millones de alternativas. No quiero saber qué ocurriría con cualquiera de ellas. Nunca más diré «¿qué hubiera pasado si...?» nuevamente.

—Tranquilízate, querida —dijo Norman—. Toma tu abrigo. —Lo buscó en su valija.

—¿Dónde está el señor Alternativa? —preguntó Livvy de súbito.

Norman se volvió lentamente y contempló el asiento vacío frente a ellos. Juntos se pusieron a mirar el resto del vagón que la gente apiñada les permitía observar.

—Quizá —dijo Norman— se haya ido a otro vagón.

—¿Por qué? Además, no se hubiera olvidado su sombrero. —Y fue a recogerlo.

—¿Qué sombrero? —dijo Norman.

Livvy se detuvo y sus dedos se cerraron en torno al vacío.

—Estaba ahí... Estaba casi tocándolo y... —Lo miró sorprendida y añadió—: Oh, Norman, ¿qué hubiera pasado si...?

Norman puso un dedo sobre los labios de Livvy.

—Querida... —dijo.

—Lo siento. Bueno, ayúdame con el equipaje.

El tren penetró en el túnel bajo Park Avenue y el ruido de las ruedas se convirtió en un estrepitoso fragor.

SALLY

Sally bajaba por la carretera que conducía al lago, de modo que le hice una seña con la mano y la llamé por su nombre. Siempre me ha gustado ver a Sally. Me gustan todos, entiendan, pero Sally es la más hermosa del lote. Indiscutiblemente.

Aceleró un poco cuando le hice la seña con la mano. Nada excesivo. Nunca perdía su dignidad. Tan sólo aceleraba lo suficiente como para indicarme que se alegraba de verme, nada más.

Me volví hacia el hombre que estaba de pie a mi lado.

—Es Sally —dije.

Me sonrió y asintió con la cabeza.

Lo había traído la señora Hester. Me había dicho:

—Se trata del señor Gellhorn, Jake. Recordarás que te envió una carta pidiéndote una cita.

Puro formulismo, realmente. Tengo un millón de cosas que hacer con la Granja, y una de las cosas en las que no puedo perder el tiempo es precisamente el correo. Por eso tengo a la señora Hester. Vive muy cerca, es buena atendiendo a todas las tonterías sin molestarme con ellas, y lo más importante de todo, le gustan Sally y todos los demás. Hay gente a la que no.

—Encantado de conocerle, señor Gellhorn —dije.

—Raymond J. Gellhom —dijo, y me tendió la mano; se la estreché y se la devolví.

Era un tipo más bien corpulento, media cabeza más alto que yo y casi lo mismo de ancho. Tendría la mitad de mi edad, unos treinta y algo. Su pelo era negro, pegado a la cabeza, con la raya en el centro, y exhibía un fino bigotito muy bien recortado. Sus mandíbulas se engrosaban debajo de sus orejas y le daban un aspecto como si siempre estuviera mascullando... En vídeo daba el tipo ideal para representar el papel de villano, de modo que supuse que era un tipo agradable. Lo cual demuestra que el vídeo no siempre se equivoca.

—Soy Jacob Folkers —dije—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Sonrió. Era una sonrisa grande y amplia, llena de blancos dientes.

—Puede hablarme un poco de su Granja, si no le importa.

Oí a Sally llegar detrás de mí y tendí la mano. Ella se deslizó hasta

establecer contacto, y sentí el duro y lustroso esmalte de su guardabarros cálido en mi palma.

—Un hermoso automatóvil —dijo Gellhorn.

Es una forma de decirlo. Sally era un convertible del 2045 con un motor positrónico Hennis-Carleton y un chasis Armat. Poseía las líneas más suaves y elegantes que haya visto nunca en ningún modelo, sea el que sea. Durante cinco años ha sido mi favorita, y la he dotado de todo lo que he podido llegar a soñar. Durante todo ese tiempo, nunca ha habido ningún ser humano sentado tras su volante.

Ni una sola vez.

—Sally —dije, palmeándola suavemente—, te presento al señor Gellhorn.

El rumor de los cilindros de Sally ascendió ligeramente. Escuché con atención en busca de algún golpeteo. últimamente había oído golpetear los motores de casi todos los coches, y cambiar de combustible no había servido de nada. El sonido de Sally era tan suave y uniforme como su pintura.

—¿Tiene nombres para todos sus vehículos? —preguntó Gellhorn.

Sonaba divertido, y a la señora Hester no le gusta la gente que parece burlarse de la Granja. Dijo secamente:

—Por supuesto. Los coches tienen auténticas personalidades, ¿no es así, Jake? Los sedanes son todos masculinos, y los convertibles femeninos.

Gellhom seguía sonriendo.

—¿Y los mantienen ustedes en garajes separados, señora?

La señora Hester le lanzó una llameante mirada.

—Me pregunto si podría hablar con usted a solas, señor Folkers —dijo Gellhorn, volviéndose hacia mí.

—Eso depende —dije—. ¿Es usted periodista?

—No, señor. Soy agente de ventas. Cualquier conversación que sostengamos aquí no será publicada, se lo aseguro. Estoy interesado en una absoluta intimidad.

—Entonces sigamos un poco carretera abajo. Hay un banco que nos servirá.

Echamos a andar. La señora Hester se alejó. Sally se pegó a nuestros talones.

—¿Le importa que Sally venga con nosotros? —pregunté.

—En absoluto. Ella no puede repetir nada de lo que hablemos, ¿verdad? —Se echó a reír ante su propio chiste, tendió una mano y acarició la parrilla de Sally.

Sally embaló su motor y Gellhom retiró rápidamente la mano.

—No está acostumbrada a los desconocidos —expliqué.

Nos sentamos en el banco debajo del enorme roble, desde donde podíamos ver a través del pequeño lago la carretera privada. Era el momento más caluroso del día, y un buen número de coches habían salido, al menos una treintena de ellos. Incluso a aquella distancia podía ver que Jeremiah se estaba dedicando a su juego favorito de situarse detrás de un modelo algo más antiguo, luego acelerar bruscamente y adelantarlo con gran ruido, para recuperar luego su velocidad normal con un deliberado chirrido de frenos. Dos semanas antes había conseguido sacar al viejo Angus de la carretera con este truco, y había tenido que castigarlo desconectando su motor durante dos días.

Lo cual me temo que no sirvió nada, puesto que al parecer su caso es irremediable. Jeremiah es un modelo deportivo, y los de su clase tienen la sangre caliente.

—Bien, señor Gellhom —dije—. ¿Puede decirme para qué desea usted la información?

Pero él estaba simplemente mirando a su alrededor. Dijo:

—Éste es un lugar sorprendente, señor Folkers.

—Preferiría que me llamara Jake. Todo el mundo lo hace.

—De acuerdo, Jake. ¿Cuántos coches tiene usted aquí?

—Cincuenta y uno. Recogemos uno o dos cada año. Hubo un año que recogimos cinco. Todavía no hemos perdido ninguno. Todos funcionan perfectamente. Incluso tenemos un modelo Mat-O-Mont del 2015 en perfecto estado de marcha. Uno de los primeros automáticos. Fue el primero que acogimos aquí. El buen viejo Matthew. Ahora se pasaba casi todo el tiempo en el garaje, pero era el abuelo de todos los coches con motor positrónico. Eran los días en los que tan sólo los veteranos de guerra ciegos, los parapléjicos y los jefes de estado conducían vehículos automáticos. Pero Samson Jarridge era mi jefe y era lo bastante rico como para permitirse uno. Yo era su chófer por aquel entonces.

Aquel pensamiento me hizo sentirme viejo. Puedo recordar los tiempos en los que no había en el mundo ningún automóvil con cerebro suficiente como para encontrar su camino de vuelta a casa. Yo conducía máquinas inertes que necesitaban constantemente el contacto de unas manos humanas sobre sus controles. Máquinas que cada año mataban a centenares de miles de personas.

Los automatismos arreglaron eso. Un cerebro positrónico puede reaccionar mucho más rápido que uno humano, por supuesto, y a la gente le salía rentable mantener las manos fuera de los controles. Todo lo que tenías

que hacer era entrar, teclear tu destino y dejar que el coche te llevara.

Hoy en día damos esto por sentado, pero recuerdo cuando fueron dictadas las primeras leyes obligando a los viejos coches a mantenerse fuera de las carreteras principales y limitando éstas a los automáticos. Señor, vaya lío. Se alzaron voces hablando de comunismo y de fascismo, pero las carreteras principales se vaciaron y eso detuvo las muertes, y cada vez más gente empezó a utilizar con mayor facilidad la nueva ruta.

Por supuesto, los coches automáticos eran de diez a cien veces más caros que los de conducción manual, y no había mucha gente que pudiera permitirse un vehículo particular de esas características. La industria se especializó en la construcción de omnibuses automáticos. En cualquier momento podías llamar a una compañía y conseguir que uno de esos vehículos se detuviera ante tu puerta en cuestión de unos pocos minutos y te llevara al lugar donde deseabas ir. Normalmente tenías que ir junto con otras personas que llevaban tu mismo camino, pero ¿qué había de malo en ello?

Samson Harridge tenía su coche privado, sin embargo, y yo fui el encargado de ir a buscarlo apenas llegó. El coche no se llamaba Matthew por aquel entonces, ni yo sabía que un día iba a convertirse en el decano de la Granja. Solamente sabía que iba a hacerse cargo de mi trabajo, y lo odié por ello.

—¿Ya no me necesitará usted más, señor Harridge? —pregunté.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Jake? —dijo él—. Supongo que no creerás que voy a confiar en un artefacto como ése. Tú seguirás a los controles.

—Pero él trabaja solo, señor Harridge —dije—. Rastrea la carretera, reacciona de acuerdo con los obstáculos, seres humanos, y otros coches, y recuerda los caminos por los que ha de pasar.

—Eso es lo que dicen. Eso es lo que dicen. De todos modos, tú vas a sentarte detrás del volante, por si acaso algo va mal.

Es curioso cómo a uno puede llegar a gustarle un coche. En un abrir y cerrar de ojos ya estaba llamándole Matthew, y me pasaba todo el tiempo puliendo su carrocería y comprobando su motor. Un cerebro positrónico está en mejores condiciones cuando mantiene constantemente el control de su chasis, lo cual significa que vale la pena tener el depósito del combustible siempre lleno de modo que el motor pueda funcionar al ralentí día y noche. Al cabo de poco, era capaz de decir por el sonido de su motor cómo se sentía Matthew.

A su manera, Harridge empezó a encariñarse también con Matthew. No

tenía a nadie más a quien amar. Se había divorciado o había sobrevivido a tres esposas, y había sobrevivido a cinco hijos y tres nietos. De modo que cuando murió, no resultó sorprendente que convirtiera su propiedad en una Granja para Automóviles Retirados, dejándome a mí a cargo de todo, con Matthew como primer miembro de una distinguida estirpe.

Así se transformó mi vida. Nunca me casé. No puedes casarte y seguir atendiendo a los automatismos del modo en que debes hacerlo.

Los periódicos dijeron que se trataba de algo curioso, pero al cabo de un tiempo dejaron de hacer chistes sobre ello. Hay algunas cosas sobre las que no pueden hacerse chistes. Quizás ustedes no puedan permitirse nunca uno de esos automatismos y quizá nunca lo deseen tampoco, pero créanme, uno termina enamorándose de ellos. Trabajan duro y son afectuosos. Se necesita a un hombre sin corazón para tratarlos mal o permitir que otro los maltrate.

Las cosas fueron sucediéndose de tal modo que un hombre que tenía uno de esos automáticos durante un tiempo hacía los arreglos necesarios para que éste fuera a parar a la Granja, si no tenía ningún heredero en quien pudiera confiar para dejárselo con la seguridad de que iba a recibir un buen trato.

Le expliqué todo eso a Gellhorn.

—¡Cincuenta y un coches! —exclamó—. Eso representa un montón de dinero.

—Cincuenta mil como mínimo por automático, inversión original —dije—. Ahora valen mucho más. He hecho cosas por ellos.

—Debe de necesitarse un montón de dinero para mantener la Granja.

—Tiene usted razón. La Granja es una organización benéfica, lo cual nos libera de impuestos, y por supuesto cada nuevo automático trae normalmente consigo una donación paralela o un fondo de mantenimiento. De todos modos, los costos siguen aumentando. Tengo que mantener la propiedad en buen estado; hay que construir nuevo asfalto, y conservar el viejo; están la gasolina, el aceite, las reparaciones y los nuevos accesorios. Todo eso sube.

—Y usted le ha consagrado mucho tiempo.

—Cierto, señor Gellhorn. Treinta y tres años.

—No parece haberle sacado mucho provecho a todo ello.

—¿De veras? Me sorprende, señor Gellhorn. Tengo a Sally y a otros cincuenta. Mírela.

Estaba sonriendo. No podía evitarlo. Sally relucía tan limpia que casi hacía daño a los ojos. Algún insecto debía de haberse estrellado contra su

parabrisas o se había posado alguna mota de polvo, ya que en aquellos momentos estaba atareada en su limpieza. Un pequeño tubo emergió y escupió un poco de Tergosol sobre el cristal. Se esparció rápidamente sobre la película de silicona y las escobillas de goma entraron instantáneamente en acción, barriendo todo el parabrisas y empujando el agua hacia el pequeño canalón que la conduciría, goteando, hasta el suelo. Ni una gotita de agua cayó sobre la resplandeciente capota color verde manzana. Escobillas y tubo de detergente retrocedieron hasta sus alvéolos y desaparecieron.

—Nunca vi a un automático hacer eso —dijo Gellhorn.

—Apuesto a que no —dije—. Yo mismo se lo he instalado a nuestros coches. Son limpios, ¿sabe? Siempre están repasando sus cristales. Les gusta. Incluso he dotado a Sally con rociadores de cera. Cada noche se abrillanta hasta que uno puede mirarse en cualquier parte de ella y afeitarse con su reflejo. Si puedo conseguir el dinero suficiente, dotaré con ese dispositivo a todas las chicas. Los convertibles son muy coquetos.

—Puedo decirle cómo conseguir ese dinero, si le interesa.

—Eso siempre me interesa. ¿Cómo?

—¿No le resulta evidente, Jake? Cualquiera de sus coches vale cincuenta mil como mínimo, dijo usted. Apostaría a que la mayoría de ellos supera las seis cifras.

—¿Y?

—¿Ha pensado alguna vez en vender algunos?

Negué con la cabeza.

—Imagino que usted no se da cuenta de ello, señor Gellhorn, pero no puedo vender ninguno. Pertenecen a la Granja, no a mí.

—El dinero iría a parar a la Granja.

—Los documentos de constitución de la Granja indican que los coches recibirán atención a perpetuidad. No pueden ser vendidos.

—¿Qué hay de los motores, entonces?

—No le comprendo.

Gellhorn cambió de postura, y su voz se hizo confidencial.

—Mire, Jake, déjeme explicarle la situación. Hay un gran mercado para automáticos particulares si tan sólo sus precios fueran asequibles. ¿Correcto?

—Eso no es ningún secreto.

—Y el noventa y cinco por ciento del coste corresponde al motor. ¿Correcto? Sé dónde podemos conseguir carrocerías. Se también dónde podernos vender automáticos a buen precio..., veinte o treinta mil para los modelos más baratos, quizá cincuenta o sesenta para los mejores. Todo lo

que necesito son los motores. ¿Ve usted la solución?

—No, señor Gellhorn.

La veía, pero deseaba que él la dijera.

—Está exactamente aquí. Tiene usted cincuenta y uno de ellos. Es usted un experto en mecánica automatóvil, Jake. Tiene que serlo. Puede quitar usted un motor y colocarlo en otro coche de modo que nadie se dé cuenta de la diferencia.

—Eso no sería ético precisamente.

—No causaría usted ningún daño a los coches. Les estaría haciendo un favor. Utilice sus coches más viejos. Utilice ese antiguo Mat-O-Mot.

—Bueno, espere un momento, señor Gellhorn. Los motores y las carrocerías no constituyen dos cuerpos separados. Forman una sola unidad. Esos motores están acostumbrados a sus propias carrocerías. No se sentirían felices en otro coche.

—De acuerdo, eso es algo a tener en cuenta. Es algo a tener muy en cuenta, Jake. Sería algo así como tomar la mente de uno y meterla en el cráneo de otra persona. ¿Correcto? Supongo que no le gustaría, ¿verdad?

—No lo creo, no.

—Pero supongamos que yo tomo su mente y la coloco en el cuerpo de un joven atleta. ¿Qué opinaría de eso, Jake? Usted ya no es joven. Si tuviera la oportunidad, ¿no disfrutaría teniendo de nuevo veinte años? Eso es lo que estoy ofreciéndoles a algunos de sus motores positrónicos. Serán instalados en nuevas carrocerías del cincuenta y siete. Las más recientes...

Me eché a reír.

—Eso no tiene mucho sentido, señor Gellhorn. Algunos de nuestros coches puede que sean viejos, pero están bien conservados. Nadie los conduce. Dejamos que hagan lo que quieran. Están retirados, señor Gellhorn. Yo no desearía un cuerpo de veinte anos si eso significara que iba a tener que pasarme el resto de mi vida cavando zanjas sin tener nunca lo suficiente para comer... ¿Qué piensas tú de eso, Sally?

Las dos puertas de Sally se abrieron y se cerraron con un chasquido amortiguado.

—¿Qué significa eso? —preguntó Gellhorn.

—Es la forma que tiene Sally de echarse a reír.

Gellhom forzó una sonrisa. Supongo que pensó que estaba haciendo un chiste fácil. Dijo:

—Hablemos seriamente, Jake. Los coches están hechos para ser conducidos. Probablemente no serán felices si nadie los conduce.

—Sally no ha sido conducida desde hace cinco años —dije yo—. A mí

me parece feliz.

—Permítame dudarlo.

Se puso en pie y caminó lentamente hacia Sally.

—Hola, Sally. ¿Qué te parecería una carrera?

El motor de Sally aumentó sus revoluciones. Retrocedió.

—No la incordie, señor Gellhorn —dije—. Puede ponerse un poco nerviosa.

Dos sedanes estaban a un centenar de metros carretera arriba. Se habían detenido. Quizá, a su manera, estaban observando. No me preocupaba por ellos. Mis ojos estaban clavados en Sally.

—Tranquila, Sally —dijo Gellhorn. Adelantó una mano y pulsó la manija de la puerta. Que no se abrió, por supuesto—. Se abrió hace un minuto —dijo.

—Cerradura automática —dije yo—. ¿Sabe?, Sally tiene un sentido de la intimidad muy desarrollado.

Soltó la manija, luego dijo, lenta y deliberadamente:

—Un coche con ese sentido de la intimidad no debería pasearse con la capota bajada.

Retrocedió tres o cuatro pasos, luego, rápidamente, tan rápidamente que ni siquiera pude dar un paso para detenerle, corrió hacia delante y saltó dentro del coche. Cogió a Sally completamente por sorpresa, porque, apenas se sentó, cortó el contacto antes de que ella pudiera bloquearlo.

Por primera vez en cinco años, el motor de Sally estaba parado.

Creo que grité, pero Gellhom había girado el mando a «Manual» y lo había fijado allí. Puso de nuevo en marcha el motor. Sally estaba viva de nuevo, pero ya no poseía libertad de acción.

Se dirigió carretera arriba. Los sedanes seguían todavía allí. Se dieron la vuelta y se apartaron, no muy rápidamente. Supongo que se sentían desconcertados.

Uno de ellos era Giuseppe, de la fábrica de Miran, y el otro era Stephen. Siempre estaban juntos. Los dos eran nuevos en la Granja, pero llevaban allí el tiempo suficiente como para saber que nuestros coches simplemente no llevaban conductores.

Gellhorn avanzó a toda marcha, y cuando los sedanes se dieron cuenta finalmente de que Sally no iba a disminuir su velocidad, de que no podía disminuir su velocidad, era demasiado tarde para cualquier otra cosa excepto una acción desesperada.

La efectuaron, saltando uno hacia cada lado, y Sally pasó a toda velocidad entre ellos como un rayo. Steve atravesó la verja que rodeaba el

lago y consiguió detenerse en la blanda hierba a no más de quince centímetros del borde del agua. Giuseppe dio unos cuantos botes por la cuneta al otro lado y se detuvo con un sobresalto.

Había hecho que Steve volviera a la carretera, y estaba comprobando los daños que la verja podía haberle ocasionado, cuando volvió Gellhorn.

Abrió la portezuela de Sally y salió. Inclinándose hacia atrás, cortó el encendido por segunda vez.

—Ya está —dijo—. Creo que esto le habrá hecho mucho bien.

Dominé mi irritación.

—¿Por qué se lanzó por entre los sedanes? No había ninguna razón para ello.

—Esperaba que se apartarían.

—Eso es lo que hicieron. Uno de ellos atravesó la verja.

—Lo siento, Jake —dijo—. Pensé que se apartarían más rápido. Ya sabe cómo son las cosas. He estado en muchos autobuses, pero he entrado en un automático particular tan sólo dos o tres veces en mi vida, y ésta es la primera vez que conduzco uno. Eso se lo dice todo, Jake. El conducir uno me dominó, y eso que soy un tipo más bien impasible. Se lo aseguro, no tenemos que bajar más de un veinte por ciento del precio de tarifa para conseguir un buen mercado, y conseguiremos unos beneficios de un noventa por ciento.

—¿Qué partiríamos?

—Al cincuenta por ciento. Y yo corro todos los riesgos, recuérdelo.

—De acuerdo. Ya le he escuchado. Ahora escúcheme usted a mí. —Alcé la voz debido a que estaba demasiado irritado para seguir mostrándome educado—. Cuando usted cortó el motor de Sally, le dolió. ¿Le gustaría a usted que le hicieran perder el conocimiento de una patada? Eso es lo que le hizo usted a Sally, cuando cortó su motor.

—Vamos, Jake, está usted exagerando. Los automatobuses son desconectados cada noche.

—Seguro, y es por eso por lo que no quiero a ninguno de mis chicos y chicas en sus hermosas carrocerías del cincuenta y siete, donde no sé qué trato van a recibir. Los buses necesitan reparaciones importantes en sus circuitos positrónicos cada par de años. Al viejo Matthew no le han tocado sus circuitos desde hace veinte años. ¿Qué puede ofrecer usted en comparación a eso?

—Bueno, ahora está usted excitado. Supongamos que piensa en mi proposición cuando se haya calmado un poco, y nos mantenemos en contacto.

—Ya he pensado en todo lo que tenía que pensar. Si vuelvo a verle de nuevo, llamaré a la policía.

Su boca se hizo dura y fea.

—Espere un minuto, viejo —dijo.

—Espere un minuto, usted —repliqué— Esta es una propiedad privada, y le ordeno que salga de ella.

Se alzó de hombros.

—Está bien, entonces adiós.

—La señora Hester se ocupará de que abandone usted la propiedad –dije— Procure que este adiós sea definitivo.

Pero no fue definitivo. Lo vi de nuevo dos días más tarde. Dos días y medio, mejor dicho, porque era cerca del mediodía cuando lo vi la primera vez, y era poco después de medianoche cuando lo vi de nuevo.

Me senté en la cama cuando encendió la luz, y parpadeé cegado antes de darme exactamente cuenta de lo que sucedía. Cuando pude ver, no necesité muchas explicaciones. De hecho, no necesité ninguna explicación en absoluto. Llevaba una pistola en su puño derecho, con el pequeño y horrible cañón de agujas apenas visible entre dos de sus dedos. Supe que todo lo que tenía que hacer el hombre era incrementar la presión de su mano para dejarme como un colador.

—Vístase, Jake —ordenó.

No me moví. Simplemente lo miré.

—Mire, Jake, conozco la situación —dijo—. Le visité hace dos días, recuérdelo. No tiene guardias en este lugar, ni verjas electrificadas, ni sistemas de alarma. Nada.

—No los necesito —dije—. De modo que no hay nada que le impida marcharse, señor Gellhorn. Yo, si fuera usted, lo haría. Este lugar puede convertirse en algo muy peligroso.

Dejó escapar una risita.

—Lo es, para alguien en el lado malo de una pistola de puño

—La he visto —dije—. Sé que tiene una.

—Entonces muévase. Mis hombres están aguardando.

—No, señor Gellhorn. No hasta que me diga qué es lo que desea, y probablemente tampoco entonces.

—Le hice una proposición anteayer.

—La respuesta sigue siendo no.

—Ahora tengo algo que añadir a la proposición. He venido aquí con algunos hombres y un automatobús. Tiene usted la posibilidad de venir conmigo y desconectar veinticinco de los motores positrónicos. No me

importa cuáles veinticinco elija. Los cargaremos en el bus y nos los llevaremos. Una vez hayamos dispuesto de ellos, haré que reciba usted una parte equitativa del dinero.

Dijo:

—Supongo que tengo su palabra al respecto.

No actuó como si pensara que yo estaba siendo sarcástico.

—La tiene.

—No —repetí.

—Si insiste usted en seguir diciendo no, lo haremos a nuestra manera. Yo mismo desconectaré los motores, sólo que desconectaré los cincuenta y uno. Todos ellos.

—No es fácil desconectar motores positrónicos, señor Gellhorn. ¿Es usted un experto en robótica? Aunque lo sea, sepa que esos motores han sido modificados por mí.

—Sé eso, Jake. Y para ser sincero, no soy un experto. Puede que estropee algunos motores intentando sacarlos. Es por eso por lo que tendré que trabajar sobre todos los cincuenta y uno si usted no coopera. Entienda, puede que me quede sólo con veinticinco una vez haya terminado. Los primeros que saque probablemente serán los que más sufran. Hasta que le coja la mano, ¿entiende? Y si tengo que hacerlo por mí mismo, creo que voy a poner a Sally como la primera de la lista.

—No puedo creer que esté hablando usted en serio, señor Gellhorn.

—Completamente en serio, Jake —dijo. Permitió que sus palabras fueran rezumando en mi interior—. Si desea ayudar, puede quedarse con Sally. De otro modo, lo más probable es que ella resulte seriamente dañada. Lo siento.

—Iré con usted —dije—, pero voy a hacerle otra advertencia. Va a verse metido en serios problemas, señor Gellhorn.

Consideró aquello como muy divertido. Estaba riendo muy suavemente mientras bajábamos juntos la escalera.

Había un automatobús aguardando fuera, en el sendero que conducía a los apartamentos del garaje. Las sombras de tres hombres se alzaban a su lado, y los haces de sus linternas se encendieron cuando nos acercamos.

—Tengo al tipo —dijo Gellhorn en voz baja———. Vamos. Subid el camión hasta arriba y empecemos.

Uno de los otros se metió en la cabina del vehículo, y tecleó las instrucciones adecuadas en el panel de control. Avanzamos sendero arriba, con el bus siguiéndonos sumisamente.

—No podrá entrar en el garaje —dije—. La puerta no lo admitirá. No

tenemos buses aquí. Sólo coches particulares.

—De acuerdo —dijo GeIlhorn—. Llevadlo sobre la hierba y mantenedlo fuera de la vista.

Pude oír el zumbido de los coches cuando nos hallábamos aún a diez metros del garaje.

Normalmente se tranquilizaban cuando yo entraba en el garaje. Esta vez no lo hicieron. Creo que sabían que había desconocidos conmigo, y cuando los rostros de Gellhom y los demás se hicieron visibles su ruido aumentó. Cada motor era un suave retumbar, y todos tosían irregularmente, hasta el punto de que todo el lugar vibraba.

Las luces se encendieron automáticamente cuando entramos. Gellhorn no parecía preocupado por el ruido de los coches, pero los tres hombres que iban con él parecieron sorprendidos e incómodos. Todos ellos tenían aspecto de malhechores a sueldo, un aspecto que no era el conjunto de unos rasgos físicos sino más bien una especie de cautela en la mirada y una intimidación en su rostro. Conocía el tipo, y no me sentía preocupado.

Uno de ellos dijo:

—Maldita sea, están quemando gasolina.

—Mis coches siempre lo hacen —respondí rígidamente.

—No esta noche —dijo Gellhorn—. Apáguelos.

—Eso no es tan fácil, señor Gellhorn —dije.

—¡Hágalo! —gritó.

Me quedé plantado allí. Tenía su pistola de puño apuntada directamente hacia mí. Dije:

—Ya le he explicado, señor Gellhorn, que mis coches han sido bien tratados desde que llegaron a la Granja. Están acostumbrados a ser tratados de esa forma, y se resienten ante cualquier otra actitud.

—Tiene usted un minuto —dijo—. Guarde sus conferencias para otra ocasión.

—Estoy intentando explicarle algo. Estoy intentando explicarle que mis coches comprenden lo que yo les digo. Un motor positrónico aprende a hacerlo, con tiempo y paciencia. Mis coches han aprendido. Sally comprendió sus proposiciones hace dos días. Recordará usted que se echó a reír cuando le pedí su opinión. Sabe también lo que usted le hizo a ella y a los dos sedanes a los que apartó de aquella forma. Y los demás saben qué hacer respecto a los intrusos en general.

—Mire, viejo chiflado...

—Todo lo que yo tengo que decir es... —Alcé mi voz—: ¡CogedIos!

Uno de los hombres se puso pálido y chilló, pero su voz se vio

completamente ahogada por el sonido de cincuenta y una bocinas resonando a la vez. Mantuvieron su intensidad de sonido, y dentro de las cuatro paredes del garaje los ecos se convirtieron en una loca llamada metálica. Dos coches avanzaron, sin apresurarse, pero sin error posible respecto a su blanco. Otros dos coches se colocaron en línea con los dos primeros. Todos los coches estaban agitándose en sus compartimientos separados.

Los malhechores miraron a su alrededor, luego retrocedieron.

—¡No se coloquen contra las paredes! —grité.

Aparentemente, aquel había sido su primer pensamiento instintivo. Echaron a correr alocados hacia la puerta del garaje.

En la puerta, uno de los hombres de Gellhom se volvió y sacó una pistola de puño. El proyectil aguja dejó tras de sí un delgado resplandor azul mientras avanzaba hacia el primer coche. El coche era Giuseppe.

Una delgada línea de pintura saltó de la capota de Gluseppe, y la mitad derecha de su parabrisas se cuarteó y se cubrió de líneas blancas, pero no llegó a romperse totalmente.

Los hombres estaban al otro lado de la puerta, corriendo, y los coches se lanzaron a la noche en grupos de a dos tras ellos, haciendo chirriar sus neumáticos sobre la grava y llamando con sus bocinas a la carga.

Sujeté con mi mano el codo de Gellhorn, pero no creo que pudiera moverse de todos modos. Sus labios estaban temblando.

—Por eso no necesito verjas electrificadas ni guardias —dije—. Mi propiedad se protege a sí misma.

Los ojos de Gellhorn iban fascinados de un lado a otro, siguiendo a los coches que zumbaban en parejas.

—¡Son asesinos!

—No sea estúpido. No van a matar a sus hombres.

—¡Son asesinos!

—Simplemente van a darles una lección. Mis coches han sido entrenados especialmente en persecuciones a través del campo para una ocasión como ésta; creo que para sus hombres eso va a ser algo mucho peor que una muerte rápida. ¿Ha sido perseguido usted alguna vez por un automatóvil?

Gellhorn no respondió.

Proseguí. No deseaba que él se perdiera nada de todo aquello.

—Serán como sombras que no van a ir más rápidas que sus hombres, persiguiéndoles por aquí, bloqueando su paso por allá, cegándoles, lanzándose contra ellos, esquivándoles en el último minuto con un chirrido de los frenos y un rugido del motor. Y seguirán con eso hasta que sus

hombres caigan, sin aliento y medio muertos, resignados a que las ruedas pasen por encima de ellos y aplasten todos sus huesos. Los coches no van a hacer eso. Entonces se darán la vuelta. Puede apostar, sin embargo, a que sus hombres jamás volverán aquí en toda su vida. Ni por todo el dinero que usted o diez como usted puedan ofrecerles. Escuche...

Apreté más fuerte su codo. Tendió el oído.

—¿No oye resonar las portezuelas de los coches? —pregunté.

Era un ruido débil y distante, pero inconfundible.

—Están riéndose —dije—. Están disfrutando con esto.

Su rostro se contorsionó, rabioso. Alzó su mano. Seguía sujetando su pistola de puño.

—Yo de usted no lo haría —le advertí———. Un automatocoche sigue aún con nosotros.

No creo que se hubiera dado cuenta de la presencia de Sally hasta entonces. Había acudido tan silenciosamente. Aunque su guardabarros delantero derecho casi me rozaba, apenas oía su motor. Debía de haber estado conteniendo el aliento.

Gellhorn gritó.

—No va a tocarle, mientras yo esté con usted. Pero si me mata... Ya sabe, usted no le gusta nada a Sally.

Gellhorn volvió la pistola en dirección a Sally.

—Su motor es blindado —dije—, y antes de que pueda presionar su pistola una segunda vez, ella estará sobre usted.

—De acuerdo —exclamó, y bruscamente dobló mi brazo violentamente tras mi espalda y lo retorció de tal forma que a duras penas pude resistirlo. Me sujetó manteniéndome entre Sally y él, y su presión no se aflojó—. Retroceda conmigo y no intente soltarse, viejo chiflado, o le arrancaré el brazo de su articulación.

Tuve que moverme. Sally avanzó junto a nosotros, preocupada, insegura acerca de lo que debía hacer. Intenté decirle algo y no pude. Sólo podía encajar los dientes y gemir.

El automatobús de Gellhorn estaba todavía aguardando fuera del garaje. Me obligó a entrar en él. Gellhorn saltó detrás de mí y cerró las puertas.

—Muy bien —dijo—. Ahora hablemos juiciosamente.

Yo estaba frotándome el brazo, intentando devolverlo a la vida, mientras estudiaba automáticamente y sin ningún esfuerzo consciente el tablero de control del bus.

—Es un vehículo restaurado —observé.

—¿Ah, sí? —dijo, cáustico—. Es una muestra de mi trabajo. Recogí un chasis desechado, encontré un cerebro que podía utilizar, y me monté un bus particular. ¿Qué hay con ello?

Tiré del panel de reparaciones y lo eché a un lado.

—¿Qué demonios? —exclamó—. Apártese de ahí.

El filo de su mano descendió paralizadoramente sobre mi hombro izquierdo. Me debatí.

—No deseo hacerle ningún daño a este bus. ¿Qué clase de persona cree que soy? Solamente quería echarle una mirada a algunas de las conexiones del motor.

No necesité examinarlas detenidamente. Estaba hirviendo de furia cuando me volví hacia él.

—Es usted un maldito hijoputa —dije—. No tenía derecho a instalar usted mismo este motor. ¿Por qué no se buscó a un robotista?

—¿Cree que estoy loco? —preguntó.

—Aunque fuera un motor robado, no tenía usted derecho a tratarlo así. Yo jamás trataría a un hombre de la forma en que ha tratado usted a ese motor. ¡Soldadura, cinta y pinzas cocodrilo! ¡Es brutal!

—Funciona, ¿no?

—Por supuesto que funciona, pero tiene que ser un infierno para él. Usted puede vivir con dolores de cabeza crónicos y artritis aguda, pero no será algo que pueda llamarse vivir. Este vehículo está sufriendo.

—¡Cállese! —Por un momento miró a través de la ventanilla a Sally, que había avanzado hasta tan cerca del bus como había podido. Se aseguró de que portezuelas y ventanillas estaban cerradas—. Ahora vamos a salir de aquí, antes de que vuelvan los otros coches —dijo— Y nos mantendremos alejados un cierto tiempo.

—¿Cree que eso va a servirle de mucho?

—Sus coches agotarán el combustible algún día, ¿no? Supongo que no los habrá transformado usted hasta el punto que puedan reabastecerse por sí mismos. Entonces volveremos y terminaremos el trabajo.

—Me buscarán —dije—. La señora Hester llamará a la policía.

Ya no se podía razonar con él. Se limitó a conectar el motor del bus. Se puso en marcha bruscamente. Sally lo siguió.

Gellhom lanzó una risita.

—¿Qué puede hacer mientras esté usted aquí conmigo?

Sally también parecía ser consciente de aquello. Aceleró, nos adelantó y desapareció. Gellhorn abrió la ventanilla contigua a él y escupió por la abertura.

El bus avanzaba traqueteante por la oscura carretera, con su motor rateando irregularmente. Gellhorn redujo el alumbrado periférico hasta que solamente la banda fosforescente verde en centro de la carretera, brillante a la luz de la luna, nos mantenía alejados de los árboles. No había virtualmente ningún tráfico. Dos coches nos cruzaron yendo en la otra dirección, y no había nadie en nuestro lado de la carretera, ni delante ni detrás.

Yo fui el primero en oír el golpetear de las portezuelas. Seco y cortante en medio del silencio, primero a la derecha, luego a la izquierda. Las manos de Gellhom se estremecieron mientras tecleaba rápidamente, ordenando mayor velocidad. Un haz de luz brotó de entre un grupo de árboles y nos cegó. otro haz nos ensartó desde atrás, al otro lado de una protección metálica en la otra parte de la carretera. En un cruce, a cuatrocientos metros al frente, hubo un fuerte chirriar cuando un coche se cruzó en nuestro camino.

—Sally fue a buscar a los demás —dije—. Creo que está usted rodeado.

—¿Y qué? ¿Qué es lo que pueden hacer?

Se inclinó sobre los controles y miró a través del parabrisas.

—Y usted no intente hacer nada, viejo chiflado —murmuró.

No podía. Me sentía agotado hasta la médula. Mi brazo izquierdo ardía. Los sonidos de motores se hicieron más fuertes y cercanos. Pude oír que los motores rateaban de una forma extrañamente curiosa; de pronto tuve la impresión de que mis coches estaban hablando entre sí.

Una cacofonía de bocinas brotó desde atrás. Me volví, y Gellhorn miró rápidamente por el retrovisor. Una docena de coches estaban siguiéndonos sobre los dos carriles.

Gellhorn lanzó una exclamación y una loca risotada.

—¡Pare! ¡Pare el vehículo! —grité.

Porque a menos de quinientos metros delante de nosotros, claramente visible a la luz de los faros de dos sedanes en la cuneta, estaba Sally, con su esbelta carrocería atravesada en medio de la carretera. Dos coches surgieron del arcén del otro lado a nuestra izquierda, manteniendo una perfecta sincronización con nuestra velocidad e impidiendo a Gellhom salirse de su carril.

Pero él no tenía intención de salirse de su carril. Pulsó el botón de adelante a toda velocidad, y lo mantuvo fuertemente apretado.

—No va a engañarme con ese truco —dijo—. Este bus pesa cinco veces más que ella, viejo chalado, de modo que simplemente vamos a echarla fuera de la carretera como un gatito muerto.

Sabía que podía hacerlo. El bus estaba en manual, y el dedo de Gellhorn apretaba fuertemente el botón. Sabía que iba a hacerlo.

Bajé la ventanilla, y asomé la cabeza.

—¡Sally! —grité— ¡Sal del camino! ¡Sally!

Mi voz se ahogó en el agónico chirrido de unos tambores de freno espantosamente maltratados. Me sentí arrojado hacia delante, y oí a Gellhorn soltar el aliento en un jadeo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

Era una pregunta estúpida. Nos habíamos detenido. Eso era lo que había ocurrido. Sally y el bus estaban a metro y medio de distancia el uno del otro. Con cinco veces su peso lanzado contra ella, no se había movido ni un milímetro. Vaya valor.

Gellhorn zarandeó violentamente el interruptor de manual.

—Tiene que funcionar —murmuraba una y otra vez—. Tiene que funcionar.

—No de la forma en que conectó usted el motor, experto —dije— Cualquiera de los circuitos puede pasar por encima de los demás.

Me miró con una desgarrante ira, y un gruñido brotó de lo más profundo de su garganta. Su pelo estaba pegado a su frente. Alzó el puño.

—Éste es el último consejo que va a ser capaz de dar, viejo chiflado.

Y supe que la pistola de agujas estaba a punto de ser disparada.

Apreté la espalda contra la portezuela del bus mientras observaba alzarse el puño, y entonces la portezuela se abrió y caí hacia atrás fuera del vehículo y golpeé el suelo con un sordo resonar. Oí la puerta cerrarse de nuevo con un chasquido.

Me puse de rodillas y alcé la vista a tiempo para ver a Gellhorn luchar fútilmente contra la ventanilla que se estaba cerrando, luego apuntar rápidamente su pistola de puño hacia el cristal. Nunca llegó a disparar. El bus se puso en marcha con un tremendo rugir y Gellhom se vio lanzado hacia atrás.

Sally ya no estaba bloqueando el camino, y observé las luces traseras del bus alejarse por la carretera hasta perderse de vista.

Me sentía agotado. Me senté allí, en medio de la carretera, y apoyé la cabeza sobre mis brazos cruzados, intentando recuperar el aliento.

Oí un coche detenerse suavemente a mi lado. Cuando alcé la vista, comprobé que era Sally. Lentamente -cariñosamente, me atrevería a decir-, su puerta delantera se abrió.

Nadie había conducido a Sally desde hacía cinco años -excepto Gellhorn, por supuesto-, y yo sabía lo valiosa que era para un coche esta

libertad. Aprecié el gesto, pero dije:

—Gracias, Sally, tomaré uno de los coches más nuevos..

Me puse en pie y me di la vuelta, pero diestramente, casi haciendo una pirueta, ella se colocó de nuevo ante mí. No podía herir sus sentimientos. Subí. Su asiento delantero tenía el delicado y suave aroma de un automatóvil que se mantiene siempre inmaculadamente limpio. Me dejé caer en él, agradecido, y con una suave, silenciosa y rápida eficiencia, mis chicos y chicas me condujeron a casa.

La señora Hester me trajo una copia de la comunicación radiofónica al día siguiente por la mañana, presa de gran excitación.

—Se trata del señor Gellhorn —dijo—. El hombre que vino a verle.

Temí su respuesta.

—¿Qué ocurre con él?

—Lo encontraron muerto —dijo—. Imagine. Simplemente muerto, tendido en una zanja.

—Puede que se tratara de algún desconocido —murmuré.

—Raymond J. Gellhom —dijo secamente—. No puede haber dos, ¿verdad? La descripción concuerda también. ¡Señor, vaya forma de morir! Encontraron huellas de neumáticos en sus brazos y cuerpo. ¡Imagine! Me alegra que comprobaran que había sido un bus; de otro modo igual hubieran venido a fisgonear por aquí.

—¿Ocurrió cerca de aquí? —pregunté ansiosamente.

—No... Cerca de Cooksville. Pero Dios mío, léalo usted mismo ¿Qué le ha ocurrido a Giuseppe?

Di la bienvenida a aquella diversión. Giuseppe aguardaba pacientemente a que yo terminara el trabajo de reparación de su pintura. Su parabrisas ya había sido reemplazado.

Después de que ella se fuera, tomé la trascripción. No había ninguna duda al respecto. El doctor había informado que la víctima había corrido mucho y estaba en un estado de agotamiento total. Me pregunté durante cuántos kilómetros habría estado jugando con él el bus antes de la embestida final. La trascripción no mencionaba nada de eso, por supuesto.

Habían localizado al bus, y habían identificado las huellas de los neumáticos. La policía lo había retenido y estaba intentando averiguar quién era su propietario.

Había un editorial al respecto en la trascripción. Se trataba del primer accidente de tráfico con víctimas en el estado aquel año, y el editorial advertía seriamente en contra de conducir manualmente después del

anochecer.

No había ninguna mención de los tres compinches de Gellhorn, y al menos me sentí agradecido por ello. Ninguno de nuestros coches se había visto seducido por el placer de la caza a muerte.

Aquello era todo. Dejé caer el papel. Gellhom había sido un criminal. La forma en que había tratado al bus había sido brutal. No dudaba en absoluto de que merecía la muerte. Pero me sentía un poco intranquilo por la forma en que había ocurrido todo.

Ahora ha pasado un mes, y no puedo apartar nada de aquello de mi mente.

Mis coches hablan entre sí. Ya no tengo ninguna duda al respecto. Es como si hubieran adquirido confianza; como si ya no les importara seguir manteniendo el secreto. Sus motores tartajean y resuenan constantemente.

Y no sólo hablan entre ellos. Hablan con los coches y buses que vienen a la Granja por asuntos de negocios. ¿Durante cuánto tiempo llevan haciendo eso?

Y son comprendidos también. El bus de Gellhorn los comprendió, pese a que no llevaba allí más de una hora. Puedo cerrar los ojos y revivir aquella carrera, con nuestros coches flanqueando al bus por ambos lados, haciendo resonar sus motores hasta que él comprendió, se detuvo, me dejó salir, y se marchó con Gellhorn.

¿Le dijeron mis coches que matara a Gellhorn? ¿O fue idea suya?

¿Pueden los coches tener ese tipo de ideas? Los diseñadores motores dicen que no. Pero ellos se refieren a condiciones normales. ¿Lo han previsto todo?

Hay coches que son maltratados, todos lo sabemos.

Algunos de ellos entran en la Granja y observan. Les cuentan cosas. Descubren que existen coches cuyos motores nunca son parados, que no son conducidos por nadie, cuyas necesidades son constantemente satisfechas.

Luego quizá salgan y se lo cuenten a otros. Tal vez la noticia se esté difundiendo rápidamente. Quizás estén empezando a pensar que la forma en que son tratados en la Granja es como deberían ser tratados en todo el mundo. No comprenden. Uno no puede esperar que comprendan acerca de legados y de los caprichos de los hombres ricos.

Hay millones de automatóviles en la Tierra, decenas de millones. Si se enraíza en ellos el pensamiento de que son esclavos, que deberían hacer algo al respecto... Si empiezan a pensar de la forma en que lo hizo el bus de Gellhorn

Quizá nada de esto suceda en mi tiempo. Y luego, aunque ocurra, deberán conservar pese a todo a algunos de nosotros que cuidemos de ellos, ¿no creen? No pueden matarnos a todos.

O quizá sí. Es posible que no comprendan la necesidad de la existencia de alguien que cuide de ellos. Quizá no vayan a esperar.

Cada mañana me despierto, y pienso: Quizá hoy...

Ya no obtengo tanto placer de mis coches como antes. Últimamente, me doy cuenta de que empiezo incluso a rehuir a Sally.

MOSCAS

—Moscas —dijo Kendell Casey, cansado. Movió el brazo. La mosca dio la vuelta, regresó y se anidó en el cuello de la camisa de Casey.

Desde algún sitio por allí sonaba el zumbido de una segunda mosca.

El Dr. John Polen escondió un ligero estremecimiento de su barbilla moviendo el cigarrillo hacia los labios con premura.

—No esperaba encontrarte, Casey —dijo—. O a ti, Winthrop. ¿O debiera decirte Reverendo Winthrop?

—¿Debería decirte Profesor Polen? —dijo Winthrop, utilizando cuidadosamente el tono amistoso apropiado.

Cada uno de ellos estaba tratando de acurrucarse en la cáscara desechada de veinte años atrás. Retorciéndose y amontonándose, sin ajustar.

"Maldita sea, pensó Polen malhumorado, ¿por qué la gente asiste a las reuniones de colegio?"

Los ojos azules de Casey aún estaban llenos de enojo injustificado del estudiante de secundaria que descubriera el intelecto, la frustración y las etiquetas de la filosofía cínica, todo a la vez.

¡Casey! ¡El universitario más amargado del campus!

No lo había superado. Veinte años después era Casey, ¡el ex-universitario más amargado del campus! Polen lo podía observar en sus dedos que se movían sin sentido y en la postura de su cuerpo enjuto.

¿Y con Winthrop? Bueno, veinte años más viejo, más fofo, más redondo. La piel más roja, los ojos más suaves. Aún lejos de la tranquila certidumbre que nunca encontraría. Todo estaba en la pronta sonrisa que nunca abandonaba completamente, como si temiera que no hubiese otra cosa con qué reemplazarla, y que su ausencia convertiría su cara en una suave masa de carne sin forma.

Polen estaba cansado de leer el latido nervioso de un músculo; cansado de tomar el lugar de sus máquinas; cansado de todo lo que ellas le decían.

¿Podían ellas leerlo como él las leía? ¿Podría la pequeña inquietud de sus propios ojos proclamar el hecho de que estaba hastiado con el disgusto que se había engendrado entre ellos?

"Maldita sea, pensó Polen, ¿por qué no me mantuve fuera?"

Estaban allí, los tres, esperando a que el otro dijese algo, pescando lo

que pudiera cruzarse por allí y traerlo, temblorosamente, al presente.

Polen lo intentó; dijo:

—¿Aún trabajas en química, Casey?

—Por mi cuenta, sí —dijo Casey, en tono brusco—. Yo no soy un científico como tú. Hago investigaciones de insecticidas para E. J. Link en Chatham.

—¿De veras? —dijo Winthrop—. Dijiste que trabajarías en insecticidas. ¿Lo recuerdas, Polen? Y a pesar de ello, ¿se atreven las moscas contigo, Casey?

—No puedo deshacerme de ellas —dijo Casey—. Soy el mejor en la materia en los laboratorios. Ninguno de los compuestos desarrollados las aleja cuando ando por allí. Alguien dijo que es por mi olor. Las atraigo.

Polen recordó quién lo había dicho.

—O si no... —dijo Winthrop.

Polen sintió que llegaba y se puso tenso.

—O si no —dijo Winthrop—, es la maldición, ya sabes. —Amplió su sonrisa para mostrar que estaba bromeando, que había olvidado viejos rencores.

"Maldita sea, pensó Polen, ni siquiera cambiaron las palabras." Y el pasado regresó.

—Moscas —dijo Casey, moviendo su brazo y manoteando—. ¿Han visto esto? ¿Por qué no se apoyan sobre ustedes dos?

Johnny Polen se rió de él. Reía frecuentemente en aquel entonces.

—Es algo del olor de tu cuerpo, Casey. Podrías ser un milagro para la ciencia. Encuentras la naturaleza química del olor, lo concentras, lo mezclas con DDT, y tendrás el mejor insecticida del mundo.

—Una situación graciosa. ¿A qué huelo? ¿A mosca hembra en celo? Es una vergüenza que se pongan sobre mí cuando el maldito mundo es una maldita parva de estiércol.

Winthrop frunció el ceño y dijo, con un leve tono retórico:

—La belleza no es lo único, Casey, en el ojo del observador.

Casey no se dignó a responderle. Dijo a Polen:

—¿Sabes qué me dijo Winthrop ayer? Dijo que esas malditas moscas eran la maldición de Belzebú.

—Estaba bromeando —dijo Winthrop.

—¿Por qué Belzebú? —preguntó Polen.

—Es un juego de palabras —dijo Winthrop—. Los antiguos hebreos lo utilizaban como palabra de escarnio para dioses ajenos. Viene de *Ba'al,* que quiere decir *señor* y *zevuv,* que quiere decir *mosca.* El señor de las moscas.

—Vamos, Winthrop —dijo Casey—, no me digas que no crees en Belzebú.

—Creo en la existencia del mal —dijo Winthrop, con frialdad.

—Quiero decir Belzebú. Vivo. Cuernos. Pezuñas. Una especie de competencia entre dioses.

—No completamente —respondió Winthrop más frío aún—. El mal es una cuestión de corto alcance. Al final, perderá...

Polen cambió el tema abruptamente. Dijo:

—Hablando de todo un poco, haré trabajo de graduado para Venner. Estuve con él antes de ayer y me tomará.

—¡No! eso es maravilloso. —Winthrop se entusiasmó y se colgó del cambio de tema instantáneamente. Estiró su mano para estrechar la de Polen. Disfrutaba siempre, a conciencia, de la buena fortuna de los demás. Casey lo notó con frecuencia. Dijo:

—¿Cibernéticos Venner? Bueno, si te lo aguantas, supongo que él te aguantará.

—¿Qué pensó de tu idea? —prosiguió Winthrop—. ¿Le contaste tu idea?

—¿Qué idea? —preguntó Casey.

Polen había evitado contarle tanto a Casey. Pero ahora, Venner lo había considerado y lo pasó con un cálido "¡Interesante!" ¿Cómo podría la sonrisa seca de Casey hacer daño ahora?

—No es gran cosa —dijo Polen—. Esencialmente, es acerca de que la emoción es la razón común de la vida, más que la razón o el intelecto. Probablemente sea una perogrullada. No puedes decir lo que piensa un bebé, o siquiera si piensa, pero es perfectamente obvio que puede enojarse, asustarse o estar contento, aunque tenga una semana de vida. ¿Lo ves?

»Lo mismo con los animales. Puedes decir en un segundo si un perro está feliz o si un gato está atemorizado. El punto es que sus emociones son las mismas que las que tendríamos bajo las mismas circunstancias.

—¿Entonces? —preguntó Casey—. ¿A dónde te lleva eso?

—Todavía no lo sé. Ahora, todo lo que puedo decir es que las emociones son universales. Ahora, supón que podemos analizar apropiadamente todas las acciones humanas y de algunos animales domésticos y compararlas con la emoción visible. Podríamos encontrar una relación muy fuerte. La emoción A podría siempre implicar la acción B. entonces podríamos aplicarlo a animales cuyas emociones no podemos conocer con los sentidos. Como las serpientes, o las langostas.

—O las moscas —dijo Casey, mientras cacheteaba otra de ellas y quitaba los restos de su puño, con furia triunfal.

Prosiguió.

—Continúa, Johnny. Yo voy a contribuir con las moscas y tú las estudiarás. Estableceremos la ciencia de la moscología y un laboratorio para hacerlas felices quitándoles sus neurosis. Después de todo, queremos el mayor bien para la mayoría más amplia, ¿verdad? ¿Hay más moscas que hombres?

—Oh, basta —dijo Polen.

—Dime, Polen —preguntó Casey—. ¿Has profundizado esa extraña idea tuya? Quiero decir, sabemos que brillas luz cibernética, pero no he podido leer nada sobre esto. Con tantas maneras de perder el tiempo, algo tiene que haberse descuidado, ya sabes.

—¿Qué idea? —preguntó Polen, rígidamente.

—Vamos. Tú sabes. Emociones de animales y toda esa sarta de morisquetas. Muchacho, aquellos eran los días. Solía conocer gente loca. Ahora solamente me cruzo con idiotas.

—Es cierto, Polen —dijo Winthrop—. Lo recuerdo muy bien. En el primer año de escuela estabas trabajando con perros y conejos. Creo que incluso intentaste algo con las moscas de Casey.

—Se convirtió en nada —dijo Polen—. Aún así, me dio la base de nuevos principios en computación, de modo que no fue pérdida total.

¿Por qué estaban ellos hablando sobre eso?

¡Emociones! ¿Qué derecho tiene alguien a meterse con las emociones? Las palabras fueron inventadas para ocultar las emociones. Había sido el temor a las emociones en crudo lo que había convertido el lenguaje en necesidad básica.

Polen sabía. Sus máquinas habían pasado la pantalla de verbalización y habían arrastrado el subconsciente hacia la luz del sol. El chico y la chica, el hijo y la madre. Para este caso, el gato y el ratón o la serpiente y el ave. La información sonaba al unísono en su universalidad y toda se había volcado dentro y a través de Polen hasta que él no pudo soportar más el toque de la vida.

En los últimos años había entrenado su pensamiento hacia otras direcciones, minuciosamente. Ahora, estos dos aficionados venían a movilizar el barro.

Casey manoteó sin mirar cerca de la punta de su nariz para alejar una mosca.

—Eso está mal —dijo—. Solía pensar que obtendrías cosas fascinantes de, digamos, ratas. Bueno, puede que no fuesen fascinantes, pero no tan aburridas como esa basura que puedes obtener de ciertos seres humanos.

Solía pensar.

Polen recordó lo que solía pensar.

—Maldita sea este DOT —dijo Casey—. Las moscas se alimentaron de él, creo. Sabes, voy a realizar trabajo de graduado en química y entonces tendré empleo con insecticidas. Ayúdenme. Personalmente obtendré algo que sí matará estas alimañas.

Estaban en la habitación de Casey, y había algo con olor a kerosén del insecticida recientemente aplicado.

Polen se encogió de hombros y dijo:

—Un periódico doblado siempre las matará.

Casey detectó una burla no existente y respondió en el acto:

—¿Cómo resumirías tu primer año de trabajo, Polen? Quiero decir, aparte del verdadero resumen que cualquier científico podría establecer si se animara, por un: "nada", quiero decir.

—Nada —dijo Polen—. Ese es tu resumen.

—Sigue —dijo Casey—. Usas más perros que los fisiólogos y apuesto que a los perros les importan menos los experimentos de los fisiólogos. Podría apostar.

—Oh, déjalo ya —dijo Winthrop—. Suenas como un piano con 87 teclas eternamente desafinadas. ¡Ya me aburres!

No podías decir eso a Casey.

Y dijo, con repentina animación, mirando lejos de Winthrop:

—Te diré lo que probablemente encuentres en los animales, si los miras desde muy cerca. Religión.

—¡Mira al estúpido! —dijo Winthrop, furioso—. Esa es una afirmación estúpida.

Casey sonrió.

—Vamos, vamos, Winthrop. Estúpido es solamente un eufemismo para *demonio* y no querrás jurar.

—No me vengas con moralejas. Y no blasfemes.

—¿Qué hay de blasfemo en ello? ¿Por qué no podría una pulga considerar a un perro como algo a ser venerado? Es la fuente de calor, comida, y todo eso es bueno para la pulga.

—No quiero discutirlo.

—¿Por qué no? Hazlo. Podrías incluso decir que para una hormiga, el oso hormiguero es un orden superior de la creación. Podría ser muy grande para ser comprendido, demasiado poderoso para siquiera soñar resistirse. Podría moverse sobre ellas como un remolino inexplicable e invisible, que las visita con destrucción y muerte. Pero eso no les hecha a perder las cosas a

las hormigas. Ellas podrían razonar que esa destrucción es simplemente el justo castigo al pecado. Y el oso hormiguero ni siquiera sabría que es una deidad. Ni le importaría.

Winthrop se había puesto blanco. Dijo:

—Sé que dices esto solamente para molestarme y siento mucho ver que arriesgas tu alma por la diversión de un momento. Déjame decir algo —la voz tembló un poco—, y déjame decir que es muy serio. Las moscas que te atormentan son tu castigo en esta vida. Puedes pensar que Belzebú, como todas las fuerzas del mal, hace daño, pero es al fin el último bien. La maldición de Belzebú está sobre ti para tu bien. Es posible que tenga éxito en hacerte cambiar el modo de vida antes de que sea demasiado tarde.

Salió corriendo de la habitación.

Casey lo miró mientras se iba. Sonriendo, dijo:

—Te dije que Winthrop creía en Belzebú. Es gracioso ver los nombres respetables que le das a una superstición. —Su risa murió un poco antes de lo esperado.

Había dos moscas en la habitación, zumbando a través del aire hacia él.

Polen se levantó y cayó en una pesada depresión. En un año había aprendido poco, pero era mucho, y su risa se iba adelgazando. Solamente sus máquinas podían analizar las emociones de los animales apropiadamente, pero estaba ansioso por profundizar en las emociones humanas.

No le gustaba observar los salvajes deseos de muerte donde otros podían ver solamente una palabras de gresca sin importancia.

De repente, Casey dijo:

—Hey, ahora pienso en eso; trataste de hacer algo con mis moscas, como Winthrop dijo. ¿Qué resultó?

—¿Lo hice? Después de veinte años apenas si recuerdo —murmuró Polen.

—Deberías —dijo Winthrop—. Estábamos en tu laboratorio y te quejaste de que las moscas seguían a Casey incluso hasta allí. Él sugirió que tú las analizaras y lo hiciste. Grabaste sus movimientos y zumbidos y revoloteos por más de media hora. Jugaste con una docena de moscas.

Polen se encogió de hombros.

—Oh, bueno —dijo Casey—. No importa. Ha sido bueno verte, viejo. —Un sincero apretón de manos, la palmada en el hombro, la amplia sonrisa... -para Polen todo eso se traducía en el disgusto de Casey acerca de que Polen era exitoso después de todo.

—Déjame saber de ti alguna vez —dijo Polen.

Las palabras eran golpes sordos. No significaban nada. Casey lo sabía. Polen lo sabía. Todos lo sabían. Pero las palabras eran necesarias para esconder las emociones cuando fallaban, y la lealtad humana mantenía la apariencia.

El apretón de Winthrop era más gentil.

—Me trajo viejos tiempos, Polen —dijo—. Si alguna vez vas a Cincinnati, ¿por qué no paras en la casa? Serás siempre bienvenido.

Para Polen todo parecía un alivio a su obvia depresión. La ciencia también, parecía, no era la respuesta, y la inseguridad básica de Winthrop se sentía complacida con la compañía.

—Lo haré —dijo Polen. Era el modo habitual, educado, de decir 'No lo haré'.

Vio que se dirigía hacia otros grupos.

Winthrop nunca lo sabría. Polen estaba seguro. Dudaba si Casey lo sabía. Sería la suprema ironía si Casey no lo sabía.

Había observado las moscas de Casey, por supuesto, pero no solamente aquella vez, sino muchas otras veces. ¡Siempre la misma respuesta! ¡Siempre la misma respuesta no-publicable!

Con un estremecimiento que no pudo controlar, de repente Polen tomó conciencia de una solitaria mosca suelta en la habitación, virando sin sentido por un momento, y volando recto y reverentemente en la dirección que Casey acababa de tomar un momento antes.

¿Podía Casey *no* saber? ¿Podía ser la esencia del castigo primordial que él nunca sepa que es Belzebú?

¡Casey! ¡Señor de las Moscas!

«AQUÍ NO HAY NADIE EXCEPTO...»

No fue culpa nuestra. Ignorábamos que algo anduviera mal hasta que llamé a Cliff Anderson y le hablé cuando él no estaba allí. Más aún, yo no hubiera sabido que no estaba allí si no hubiese entrado mientras yo hablaba con él.

No, no, no, no...

Nunca puedo contar esto con claridad. Me dejo llevar... Será mejor que empiece por el principio. Yo soy Bill Billings, mi amigo es Cliff Anderson. Yo soy ingeniero electrónico, él es matemático y los dos somos profesores en el Instituto de Tecnología del Medio Oeste. Ahora ya saben ustedes quiénes somos.

Desde que abandonamos el uniforme, Cliff y yo hemos estado trabajando en las máquinas de calcular. Ya saben de qué se trata. Norbert Wiener las popularizó con su libro *Cibernética.* Si han visto fotos, sabrán que son aparatos realmente grandes. Ocupan una pared entera y son muy complicados; y también son caros.

Pero Cliff y yo teníamos ciertas ideas. Verán, una máquina pensante es grande y cara porque está llena de relés y de tubos de vacío, de modo que las corrientes eléctricas microscópicas se puedan controlar, encender y apagar, aquí y allá. Lo que de verdad importa está en esas pequeñas corrientes eléctricas, así que...

Una vez le dije a Cliff:

—¿Por qué no podemos controlar las corrientes sin tanto aderezo?

—¿Por qué no, en efecto? —dijo él, y se puso a trabajar en la matemática del asunto.

No importa cómo llegamos allí en dos años. El problema fue lo que obtuvimos después de concluir. Resultó que terminamos con algo de esta altura y de esta anchura y tal vez de esta profundidad...

No, no. Olvidaba que ustedes no pueden verme. Les daré las cifras: un metro de altura, dos metros de longitud y algo más de medio metro de fondo. ¿Entendido? Se necesitaban dos hombres para transportarlo, pero se podía transportar y eso era lo importante. Y, además, escuchen lo que les digo: era capaz de hacer cualquier tarea que pudieran hacer las calculadoras gigantes. No tan rápidamente, quizá, pero seguíamos trabajando en eso.

Teníamos grandes planes, planes colosales. Podíamos instalar esa cosa

en barcos o en aviones. Al cabo de un tiempo, si lográbamos reducir su tamaño lo bastante podríamos montar una en un automóvil.

Estábamos interesados especialmente en el tema de los automóviles. Supongamos que uno tiene una pequeña máquina pensante en el salpicadero, conectada con el motor y con la batería y equipada con células fotoeléctricas. Se podría entonces fijar el itinerario ideal, eludir coches, detenerse ante los semáforos y escoger la velocidad óptima para el terreno en cuestión. Todos podrían sentarse en el asiento trasero y se acabarían los accidentes automovilísticos.

Era sensacional. Resultaba tan estimulante y nos entusiasmábamos tanto con cada nuevo logro que aún podría llorar cuando recuerdo aquella vez en que descolgué el teléfono para llamar al laboratorio y todo se fue al demonio.

Esa noche estaba en casa de Mary Ann... ¿Les he hablado de Mary Ann? No. Creo que no.

Mary Ann era la chica que habría sido mi novia si se hubiesen dado dos condicionantes. Primero, si ella hubiera querido; segundo, si yo hubiera tenido agallas para pedírselo. Tiene el cabello rojo y alberga dos toneladas de energía en un cuerpo de cincuenta kilos, que está perfectamente configurado desde el suelo hasta el metro sesenta de altura. Yo me moría por pedírselo, pero cada vez que ella se acercaba, encendiéndome el corazón como si cada contoneo fuera una cerilla, yo me deshacía.

No es que no sea guapo. La gente me dice que soy aceptable. Tengo todo mi cabello y mido casi uno ochenta de estatura. Hasta sé bailar. Lo que pasa es que no tengo nada que ofrecer. No necesito contarles cuánto ganan los profesores universitarios. Con la inflación y con los impuestos, equivale a casi nada. Desde luego, si lográbamos obtener las patentes básicas para nuestra maquinita pensante, todo cambiaría. Pero yo no podía pedirle que esperara. Tal vez, una vez que todo estuviera organizado...

Sea como fuere, esa noche yo estaba allí, cavilando, cuando ella entró en la sala de estar. Mi brazo buscaba a tientas el teléfono.

—Estoy lista, Bill —dijo Mary Ann—. Vamos.

—Aguarda un minuto. Quiero llamar a Cliff.

Frunció el ceño.

—¿No puede esperar?

—Tenía que haberle llamado hace dos horas.

Sólo me llevó dos minutos. Llamé al laboratorio. Cliff estaba trabajando esa noche, así que contestó. Pregunté algo, respondió algo, pregunté algo más y me dio alguna explicación. Los detalles no importan, pero, como ya

he dicho, él es el matemático del equipo. Cuando yo construyo los circuitos y ensamblo las cosas de modo que parecen imposibles, él es quien baraja los símbolos y me dice si son imposibles o no. En cuanto colgué llamaron a la puerta.

Temí que Mary Ann tuviera otro visitante y sentí una rigidez en la espalda cuando ella fue a abrir. La miré de reojo mientras garrapateaba lo que Cliff acababa de decirme. Entonces, Mary Ann abrió la puerta y allí estaba Cliff Anderson.

—Pensé que te encontraría aquí... —dijo—. Hola, Mary Ann. Oye, ¿no ibas a llamarme a las seis? Eres tan de fiar como una silla de cartón.

Cliff es bajo, rechoncho y pendenciero, pero lo conozco y no le presto atención.

—Hubo novedades y se me olvidó. De todas formas, acabo de llamarte. ¿A qué viene tanto jaleo?

—¿Llamarme? ¿A mí? ¿Cuándo?

Iba a señalar el teléfono y me quedé mudo. Fue como si el mundo se derrumbara. Cinco segundos antes de que llamaran a la puerta yo hablaba con Cliff, que estaba en el laboratorio, y el laboratorio se encontraba a diez kilómetros de la casa de Mary Ann.

—Acabo de hablar contigo —tartamudeé.

Evidentemente no me hice entender.

—¿A mí? —repitió Cliff.

Señalé el teléfono con ambas manos.

—Por teléfono. Llamé al laboratorio. ¡Con este teléfono! Mary Ann me oyó. Mary Ann, ¿yo no estaba hablando con...?

—No sé con quién hablabas —me cortó Mary Ann—. Bien, ¿nos vamos?

Así es Mary Ann. Una fanática de la sinceridad.

Me senté. Traté de hablar con voz baja y clara:

—Cliff, marqué el número del laboratorio, atendiste el teléfono, te pregunté que si habías resuelto los detalles, dijiste que sí y me los diste. Aquí están. Los he anotado. ¿Esto es correcto, o no?

Le entregué el papel donde había anotado las ecuaciones. Cliff las miró.

—Son correctas —admitió—. Pero ¿cómo las conseguiste? No las habrás resuelto solo, ¿verdad?

—Acabo de decírtelo. Me las diste por teléfono.

Cliff sacudió la cabeza.

—Bill, me fui del laboratorio a las siete y cuarto. No hay nadie allí.

—Pues yo hablé con alguien, te lo juro.

Mary Ann se estaba poniendo los guantes.

—Se hace tarde —me apremió.

Le hice señas para que esperase un poco.

—¿Estás seguro...? —le dije a Cliff.

—No hay nadie allí, a menos que cuentes a Júnior.

Júnior era como llamábamos a nuestro cerebro mecánico de tamaño portátil.

Nos quedamos mirándonos. El pie de Mary Ann tamborileaba sobre el suelo como una bomba de relojería a punto de estallar.

Cliff se echó a reír.

—Me estoy acordando de un chiste que vi. Un robot que atiende el teléfono y dice: «¡Le juro, jefe, que aquí no hay nadie excepto nosotros, las complicadas máquinas pensantes!» No me pareció gracioso.

—Vamos al laboratorio —decidí.

—¡Oye! —protestó Mary Ann—. No llegaremos al teatro.

—Mira, Mary Ann, esto es muy importante. Sólo será un momento. Ven con nosotros y desde allí iremos directamente al teatro.

—El espectáculo empieza... —empezó Mary Ann, pero no pudo decir nada más, porque la agarré de la muñeca y nos fuimos.

Eso demuestra que yo estaba fuera de mí. En circunstancias normales jamás la habría tratado con brusquedad. Mary Ann es toda una dama. Pero yo tenía demasiadas cosas en la mente. Ni siquiera recuerdo haberla agarrado de la muñeca, sólo que de pronto estaba en el coche, con Cliff y con Mary Ann, y que ella se frotaba la muñeca y mascullaba algo sobre los gorilas.

—¿Te he hecho daño, Mary Ann?

—No, claro que no. Todos los días me hago arrancar el brazo, para divertirme un poco.

Y me dio una patada en el tobillo. Sólo hace esas cosas porque tiene el cabello rojo. En realidad es de un temperamento muy dulce, pero se esfuerza por estar a la altura del mito de las pelirrojas. Yo la tengo calada, por supuesto, aunque trato de complacerla, pobre chica.

Llegamos al laboratorio en veinte minutos.

El instituto está desierto de noche. Parece más desierto que otros edificios, pues está diseñado para albergar multitudes de estudiantes que recorran los pasillos; cuando ellos no están, la soledad es antinatural. O tal vez sólo fuera que yo tenía miedo de ver qué pudiera estar sentado en nuestro laboratorio. De cualquier modo, los pasos resonaban con ecos intimidatorios y el ascensor parecía especialmente siniestro.

—No nos llevará mucho tiempo —le insistí a Mary Ann, pero ella se limitó a sorber por la nariz y a ponerse guapísima. Y es que no puede evitar ponerse guapísima.

Cliff tenía la llave del laboratorio y yo miré por encima de su hombro cuando abrió la puerta. No se veía nada. Júnior estaba allí, por supuesto, pero no había cambiado desde la última vez que lo vi. Los cuadrantes no registraban nada anormal y, aparte de ellos, sólo había una caja grande, de la que salía un cable que iba conectado al enchufe de la pared.

Cliff y yo nos acercamos a Júnior por ambos flancos. Creo que íbamos pensando en apresarlo en cuanto hiciera un movimiento brusco. Pero Júnior no hizo nada. Mary Ann también lo miraba. Incluso le pasó el dedo anular por la parte superior, se miró la yema y se la frotó con el pulgar para limpiarse el polvo.

—Mary Ann —le advertí—, no te acerques a él tanto. Quédate al otro lado de la habitación.

—Allí está igual de sucio —me contestó.

Nunca había visitado nuestro laboratorio, así que no comprendía que un laboratorio no es lo mismo que el dormitorio de un bebé. El ordenanza va dos veces al día y todo lo que hace es vaciar las papeleras. Una vez por semana entra con una fregona sucia, enfanga el suelo y se mueve de un lado a otro.

—El teléfono no está donde lo dejé —observó Cliff.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo dejé allí. —Señaló—. Y ahora está aquí.

Si tenía razón, el teléfono se había acercado a Júnior. Tragué saliva.

—Tal vez no lo recuerdas bien. —Traté de sonreír, pero no resultó muy natural—. ¿Dónde está el destornillador?

—¿Qué piensas hacer?

—Sólo echar un vistazo al interior. Para divertirme un poco.

—Te ensuciarás todo —me avisó Mary Ann, así que me puse la bata. Mary Ann es una chica muy previsora.

Empecé a trabajar con el destornillador. Una vez que Júnior estuviera perfeccionado, teníamos intención de manufacturar modelos con estuches soldados, de una sola pieza. Incluso pensábamos en plásticos moldeados, de diversos colores, para uso hogareño. Pero el modelo de laboratorio estaba ensamblado con tornillos con el fin de que pudiéramos desarmarlo y armarlo cuando fuera necesario.

Sólo que los tornillos no salían. Resoplé.

—Algún bromista ha apretado demasiado los tornillos cuando los puso.

—Tú eres el único que los toca —me recordó Cliff.

Y tenía razón, pero eso no me facilitaba las cosas. Me puse de pie y me pasé el dorso de la mano por la frente. Le pasé el destornillador.

—¿Quieres intentarlo tú?

Lo intentó, y no logró mucho más que yo.

—Qué raro —comentó.

—¿Qué es lo raro?

—Estaba haciendo girar un tornillo. Se movió unos tres milímetros y luego el destornillador se me ha escapado.

—¿Qué tiene de raro?

Cliff retrocedió y dejó el destornillador con dos dedos.

—Lo raro es que vi que el tornillo volvía a moverse tres milímetros hasta ajustarse de nuevo.

Mary Ann se estaba impacientando.

—¡Vaya, genios científicos! ¿Por qué no usáis un soplete si estáis tan ansiosos?

Señaló el soplete que descansaba sobre uno de los bancos.

Bien; por lo general, jamás se me hubiera ocurrido usar un soplete con Júnior, como no lo usaría conmigo mismo. Pero yo andaba pensando algo y Cliff también pensaba algo y ambos pensábamos lo mismo: Júnior no quería que lo abrieran.

—¿Tú qué crees, Bill? —me preguntó Cliff.

—No sé, Cliff.

—Pues date prisa, zopenco —resolvió Mary Ann—. Nos perderemos el espectáculo.

Así que tomé el soplete y gradué la salida de oxígeno. Era como apuñalar a un amigo.

Mary Ann interrumpió el procedimiento al exclamar:

—¡Vaya, qué estúpidos son los hombres! Estos tornillos están flojos. Habéis hecho girar el destornillador al revés.

No hay muchas probabilidades de hacer girar un destornillador al revés. De todos modos no me gusta contradecir a Mary Ann, así que le dije:

—Mary Ann, no te acerques tanto a Júnior. ¿Por qué no esperas junto a la puerta?

—¡Pues mira! —replicó ella.

Me mostró el tornillo que tenía en la mano y el orificio vacío en la caja de Júnior. Lo había quitado con la mano. Cliff exclamó:

—¡Santo cielo!

Todos los tornillos estaban girando. Giraban solos, como gusanos

saliendo de sus agujeros; giraban y giraban y luego caían al suelo. Los recogí y sólo faltaba uno, que se quedó suspendido un momento, con el panel del frente apoyado en él, hasta que extendí el brazo. Entonces, cayó el último tornillo y el panel se desplomó suavemente en mis brazos. Lo puse a un lado.

—Lo ha hecho a propósito —comentó Cliff—. Nos oyó mencionar el soplete y desistió.

Habitualmente tiene la tez rosada, pero ahora estaba blanco.

Y yo no las tenía todas conmigo.

—¿Qué trata de ocultar? —pregunté.

—No sé.

Nos agachamos ante las entrañas abiertas y nos quedamos mirando un rato. El pie de Mary Ann volvía a tamborilear sobre el suelo. Miré mi reloj de pulsera y tuve que admitir que no nos quedaba mucho tiempo. Mejor dicho, no nos quedaba tiempo.

—Tiene un diafragma —observé.

—¿Dónde? —preguntó Cliff, acercándose.

Se lo señalé.

—Y un altavoz.

—¿Tú no los pusiste?

—Claro que no. Se supone que sé lo que he puesto. Si lo hubiera hecho lo recordaría.

—Y entonces ¿cómo es que están ahí?

Estábamos discutiendo en cuclillas.

—Supongo que los ha fabricado él. Quizá les deja crecer. Mira eso.

Señalé de nuevo. Dentro de la caja, en dos lugares, había sendos rollos de lo que parecía una delgada manguera de regar el jardín, sólo que eran de metal. Cada una de ellas formaba una espiral tan apretada que la hacía plana. En la punta el metal se dividía en cinco o seis filamentos finos que conformaban a su vez pequeñas subespirales.

—¿Tampoco lo pusiste tú?

—No, tampoco.

—¿Qué es?

Cliff sabía qué era y yo sabía qué era. Algo tenía que estirarse para que Júnior obtuviera los materiales con los que fabricar partes de sí mismo; algo tenía que salir para descolgar el teléfono. Recogí el panel frontal y lo miré de nuevo. Había dos círculos de metal cortados y ajustados de tal modo que pudieran levantarse hacia delante y dejar un orificio para que algo pasara por ellos. Metí un dedo en uno de los orificios y se lo

mostré a Cliff.

—Tampoco hice esto —dije.

Mary Ann, que miraba por encima de mi hombro, estiró el brazo. Yo me estaba limpiando los dedos con una toalla de papel, para quitarme el polvo y la grasa, y no tuve tiempo de detenerla. Pero debí haberlo sabido; pues ella siempre está deseando ayudar.

El caso es que metió la mano para tocar uno de los..., bien, ¿por qué no decirlo?, uno de los tentáculos. No sé si los tocó o no. Luego afirmó que no. Pero, de cualquier modo, en ese momento soltó un chillido, se sentó y se puso a frotarse el brazo.

—Lo mismo —gimoteó—. Primero tú y ahora eso.

La ayudé a levantarse.

—Debió de ser una conexión floja, Mary Ann. Lo lamento, pero te he dicho...

—¡Pamplinas! —exclamó Cliff—. No es una conexión floja. Júnior intenta defenderse.

Yo había pensado lo mismo. Había pensado muchas cosas. Júnior era una nueva clase de máquina. Hasta la matemática que la controlaba carecía de precedentes. Quizá tuviese algo que ninguna máquina había tenido jamás. Tal vez sentía el deseo de permanecer con vida y crecer. Acaso pretendiese fabricar más máquinas hasta que hubiera millones en toda la Tierra, rivalizando con los seres humanos por hacerse con el control.

Abrí la boca y Cliff debió de adivinar lo que yo iba a decir, porque gritó:

—¡No, no! ¡No lo digas!

Pero no pude contenerme:

—Bueno, oye, desconectemos a Júnior... ¿Qué sucede?

—Está escuchando lo que decimos, pedazo de burro —gruñó Cliff—. Te oyó hablar del soplete, ¿verdad? Yo pensaba escabullirme por detrás, pero ahora es probable que me electrocute si lo intento.

Mary Ann se estaba sacudiendo con la mano la parte de atrás del vestido y no paraba de refunfuñar por la cantidad de mugre que había en el suelo, aunque yo insistía en decirle que no era culpa mía. El que lo ensucia todo es el ordenanza.

—¿Por qué no te pones unos guantes de goma y tiras del cable? —sugirió Mary Ann.

Noté que Cliff procuraba pensar razones por las cuales eso no funcionaría. No se le ocurrió ninguna, así que se puso los guantes de goma y caminó hacia Júnior.

—¡Cuidado! —grité.

Fue estúpido advertirle. Cliff tenía que cuidarse, no le quedaba otra opción. Uno de los tentáculos se movió y ya no quedaron dudas de lo que eran. Se desenrolló y se interpuso entre Cliff y el cable eléctrico. Se quedó allí, vibrando y extendiendo sus zarcillos de seis dedos. En el interior de Júnior comenzaron a brillar unos tubos. Cliff no intentó habérselas con el tentáculo. Retrocedió, y poco después el tentáculo se retrajo. Cliff se quitó los guantes de goma y dijo:

—Bill, así no vamos a ninguna parte. Este artilugio es más listo de lo que creíamos. Fue tan listo que utilizó mi voz como modelo cuando construyó ese diafragma. Tal vez llegue a hacerse tan listo como para... —Miró por encima del hombro y susurró—: Para aprender a generar energía y volverse autónomo. Bill, tenemos que detenerlo o un día alguien telefoneará al planeta Tierra y le contestarán: «¡Le juro, jefe, que aquí no hay nadie excepto nosotros, las complicadas máquinas pensantes!»

—Llamemos a la policía. Se lo explicaremos. Con una granada o algo parecido...

Cliff sacudió la cabeza.

—No podemos permitir que nadie lo descubra. Construirían otros Júnior, y todo parece indicar que aún no estamos preparados para un proyecto de esta naturaleza.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—No sé.

Sentí un fuerte golpe en el pecho. Miré y vi que era Mary Ann, dispuesta a escupir fuego.

—Mira, zopenco, si salimos, salimos y, si no salimos, no salimos. Decídete.

—Pero, Mary Ann...

—Respóndeme. Nunca he oído cosa tan ridícula. Me visto para ir al teatro y me traes a un sucio laboratorio con una máquina absurda y te pasas el resto de la tarde jugando con botoncitos.

—Mary Ann, yo no...

Pero no me escuchaba; hablaba ella. Ojalá pudiera recordar lo que dijo. O tal vez no; tal vez sea mejor no recordar sus palabras, pues no fueron precisamente halagadoras. De cuando en cuando, yo intercalaba un «pero, Mary Ann...», que acababa arrollado por su torrente de frases.

En realidad, como ya he dicho, es una criatura muy dulce y sólo se pone parlanchina e insensata cuando se altera. Como es pelirroja, piensa que le corresponde alterarse con frecuencia. Ésa es mi teoría. Cree que debe hacer honor a su pelo rojo.

De cualquier modo, recuerdo claramente que, para terminar, me dio un pisotón en el pie derecho, se giró y se marchó. La seguí al trote y balbuceé; una vez más:

—Pero, Mary Ann...

Entonces Cliff gritó. En general no nos presta atención, pero esta vez gritó a todo pulmón:

—¿Por qué no le pides que se case contigo, zopenco?

Mary Ann se detuvo. Estaba en la puerta, pero no se dio media vuelta. Yo también me detuve, y sentí que las palabras se me atascaban en la garganta. Ni siquiera atinaba a pronunciar otro «pero, Mary Ann...»

Cliff seguía gritando. Yo le oía como si estuviera a un kilómetro de distancia.

—¡Lo tengo, lo tengo! —chillaba una y otra vez.

Entonces, Mary Ann se dio la vuelta, y estaba tan bella... ¿Les he dicho que tiene los ojos verdes, con una pizca de azul? Pues bien, estaba tan hermosa que todas las palabras se me anudaron en la garganta y salieron formando ese ruido raro que uno hace al tragar.

—¿Ibas a decirme algo, Bill? —preguntó ella.

Bueno, lo cierto era que Cliff me lo había metido en la cabeza.

—¿Quieres casarte conmigo, Mary Ann? —conseguí decir, con la voz enronquecida.

En cuanto lo dije me arrepentí, porque supuse que no volvería a hablarme nunca más. Pero dos segundos después me alegré, pues me rodeó con los brazos y se puso de puntillas para besarme. Tardé un rato en comprender qué sucedía, y al fin respondí al beso. Esto duró un buen rato, hasta que Cliff logró llamar mi atención dándome un golpe en el hombro.

Me volví con mal ceño.

—¿Qué demonios quieres?

Era un poco ingrato por mi parte. A fin de cuentas, él k» había propiciado.

—¡Mira! —dijo.

Sostenía en la mano el cable principal que conectaba a Júnior con el suministro energético.

Me había olvidado de Júnior, pero volvía a recordarlo.

—Entonces, está desconectado.

—¡Frío!.

—¿Cómo lo lograste?

—Júnior estaba tan ocupado viéndote reñir con ella que conseguí escabullirme por detrás. Mary Ann ha dado un buen espectáculo.

No me agradó el comentario, pues Mary Ann es una chica muy fina y recatada y no da «espectáculos». De todos modos, tenía ya demasiados problemas como para pelearme con Cliff.

—No tengo mucho que ofrecer, Mary Ann —me dirigí a Mary Ann—, sólo el sueldo de profesor. Ahora que hemos desmantelado a Júnior, ni siquiera hay posibilidades de...

—No me importa, Bill —me interrumpió ella—. Estaba a punto de abandonar, mi amor, zopenco. Lo he intentado todo...

—¿Cómo darme patadas en los tobillos y pisarme los pies?

—Se me habían agotado los recursos. Estaba desesperada.

La lógica del razonamiento no era muy clara, pero no repliqué porque me acordé del teatro. Miré la hora y dije:

—Oye, Mary Ann, sí nos apresuramos llegaremos al segundo acto.

—¿Quién quiere ver esa obra de teatro?

La besé de nuevo, y nunca fuimos a ver esa obra.

Ahora sólo me preocupa una cosa. Mary Ann y yo estamos casados y somos muy felices. Acaban de ascenderme; ahora soy profesor adjunto. Cliff sigue trabajando en planes para construir un Júnior controlable y está progresando.

Pero aquí no terminó todo.

Verán ustedes: hablé con Cliff la noche siguiente para anunciarle que Mary Ann y yo íbamos a casarnos y para agradecerle que me hubiera dado la idea y, después de mirarme un momento, juró que él no había dicho nada, que no me había gritado que le propusiera el matrimonio.

Y, claro, en el laboratorio había algo más que tenía la voz de Cliff.

Me sigue preocupando que Mary Ann lo descubra. Es la chica más dulce que conozco, pero, a fin de cuentas, es pelirroja y creo que ya he dicho que se empeña en hacer honor a la fama de las pelirrojas.

De cualquier modo, ¿qué diría si alguna vez descubre que no tuve el sentido común de declararme hasta que una máquina me lo aconsejó?

UN DÍA TAN HERMOSO

El 12 de abril del año 2117, la válvula-freno del modulador de campo de la Puerta de las pertenencias de la señora de Richard Hanshaw, se despolarizó por razones desconocidas. Consecuencia de ello, la jornada de la señora Hanshaw quedó trastornada y su hijo, Richard, Jr., comenzó a desarrollar su extraña neurosis.

No era el tipo de afección que uno calificaría de neurótica a tenor de los dogmáticos libros al respecto, y de echo el joven Richard se comportó, en muchos aspectos, como debía normalmente comportarse un joven brillante doce años.

Pero a partir del 12 de abril, sólo con pesar podía Richard Hanshaw, Jr., persuadirse a sí mismo de cruzar una puerta.

La señora Hanshaw, en cambio, no tuvo la menor premonición de tales circunstancias en las horas que acompañaron aquella fecha. La mañana del 12 de abril se despertó como en cualquier otra mañana. El mecano penetró la habitación con una taza de café sobre una pequeña bandeja. Tenía pensado ir a Nueva York aquella tarde, aunque había que hacer una o dos cosas antes que no podían ser confiadas al mecano; de modo que, tras unos cuantos sorbos al café, decidió salir de la cama.

El mecano retrocedió, moviéndose silenciosamente a lo largo del campo diamagnético que mantenía su oblongo cuerpo a media pulgada del suelo, y se dirigió a la cocina, donde, funcionando según un sencillo computador, podía dedicarse a la tarea de preparar un apropiado desayuno.

La señora Hanshaw, tras dirigir la acostumbrada mirada sentimental a la cubografía que le mostraba la imagen de su difunto esposo, se preparó para las diversas etapas rituales de la mañana con un cierto alborozo. Alcanzó a oír a su hijo ocupado con sus primeras diligencias en el vestíbulo. Sabía que no tenía por qué interferir en asuntos tan delicados. El mecano estaba adiestrado para ello y no había por qué suplir sus funciones específicas, como ayudar a cambiarse de ropa o disponer un nutritivo desayuno. La tergo-ducha que había instalado el año anterior hacía que la mañana se convirtiera en algo tan limpio y complaciente y de forma tan perfecta que consideró que Dickie podía lavarse siempre en lo sucesivo sin supervisión.

Aquella mañana tan poco fuera de lo corriente y con tantas cosas que hacer, lo único que los acercaría sería el rápido beso que ella deslizaría en la mejilla de su hijo poco antes de irse. Escuchó la blanda voz del mecano anunciando que se aproximaba la hora de ir a clase y bajó al piso inferior mediante los flotadores (aunque su diseño para el peinado de aquel día no estaba todavía acabado), a fin de cumplir con aquel inexcusable deber de madre.

Encontró a Richard ante la puerta. De su hombro, colgando sobre el costado, pendía la cinta que sujetaba sus textos y el proyector de bolsillo, pero en su rostro se dibujaba un frunce.

—Oye, mamá —dijo alzando la mirada hacia ella—. He marcado las coordenadas escolares pero nada ocurre.

—No digas tonterías, Dickie —replicó casi automáticamente—. Nunca oí que ocurriera tal cosa.

—Bueno, inténtalo tú.

La señora Hanshaw lo intentó varias veces. Y era extraño, pues la puerta para la salida escolar estaba siempre dispuesta para una respuesta pronta. Intentó otras coordenadas. Si las puertas secundarias no respondían, al menos habría alguna indicación del desperfecto en la Puerta general.

Pero tampoco ocurrió nada. La Puerta permaneció como una inactiva barrera gris a pesar de todas sus manipulaciones. Era obvio que la Puerta estaba fuera de control... y sólo cinco meses después de la revisión anual de la compañía.

Comenzó a irritarse.

Tenía que ocurrir justamente en un día tan atareado. Pensó con ironía que un mes atrás había rehusado la oportunidad de instalar una Puerta subsidiaria, considerándolo un gasto inútil. ¿Cómo iba a saber que hasta las Puertas resultaban una engañifa?

—Sal al camino y usa la Puerta de los Williamson.

—Venga, mamá. Me ensuciaré si lo hago. ¿No puedo quedarme en casa hasta que la Puerta se arregle? —Había un tono de ironía tras la excusa de Dickie.

Con la misma ironía, la señora Hanshaw replicó:

—No te mancharás si te pones chanclos sobre los zapatos. Y no olvides limpiarlos antes de entrar en su casa.

—Pero, mamá...

—No me repliques, Dickie. Tienes que ir a clase. Y quiero ver que sales de aquí. Y date prisa o llegarás tarde.

El mecano, un modelo avanzado y de rápida respuesta, estaba ya frente a Richard con los chanclos.

Richard enfundó sus zapatos con aquella protección de plástico transparente y caminó hacia el panel de controles electrónicos.

—No sé cómo se hace, mamá.

—Aprieta el botón rojo. El que dice: «Úsese como emergencia.» Y no haraganees. ¿Quieres que te acompañe el mecano?

—No, caramba —dijo con suficiencia—. ¿Qué te crees que soy? ¿Una criatura en pañales? ¡Vaya por Dios! —Su murmullo fue cortado por un zumbido.

De nuevo en su habitación, la señora Hanshaw pensó en lo que iba a soltarle a la compañía, mientras marcaba un número telefónico.

Joe Bloorn, un joven competente, graduado en tecnología y adentrado en el estudio de los campos mecánicos, estuvo en la residencia de los Hanshaw en menos de media hora. Quizá sea un muchacho de valía, pensó la señora Hanshaw, que observaba su juventud con profunda sospecha.

Abrió uno de los muros corredizos de la casa cuando llegó. Pudo verlo entonces, de pie ante la abertura, limpiándose vigorosamente el polvo del aire libre. Se quitó los chanclos y los dejó a su lado. Penetró y la señora Hanshaw cerró el muro, aplastando el rayo de sol que había penetrado por el resquicio. Deseó irracionalmente que el haber tenido que caminar desde la Puerta pública le hubiera agotado. O que también la Puerta pública misma estuviera estropeada y que el joven se hubiera visto obligado a arrastrar sus herramientas tontamente a lo largo de doscientas yardas. Deseaba que la Compañía, o su delegación al menos, sufriera un poco. Eso les enseñaría lo que significaba un fallo de la Puerta.

Pero el muchacho parecía alegre e imperturbable mientras decía:

—Buenos días, señora. Vengo a ver qué le pasa a su Puerta.

—Me alegro que haya venido —dijo ella—. Aunque ya me ha fastidiado casi todo el día.

—Lo siento, señora. ¿En qué falla?

—En todo. No funciona., No ocurrió nada cuando ajusté las coordenadas. Y no hay la menor señal de que algo no funcione excepto que no obedece los mandos. Tuve que enviar a mi hijo que saliera por la casa del vecino a través de esa... esa raja.

Señaló la entrada por la que había penetrado el mecánico.

Éste sonrió y, consciente de su conocimiento sobre la materia en que era especialista, explicó:

—También es una puerta, señora. No tiene por qué utilizar las mayúsculas cuando escribe acerca de ella, pero es también una puerta. Una puerta manual. En un tiempo fue la única clase de puerta que se usaba.

—Bueno, pero al menos funciona. Mi hijo tuvo que salir por ahí, en medio de la suciedad y los gérmenes.

—No es tan malo estar en el exterior, señora —dijo el otro con la pedantería del degustador a quien la profesión le forzaba saborear el aire libre diariamente—. A veces es realmente desagradable. Pero, en fin, creo que lo que usted quiere es que arregle su Puerta, de modo que vamos al grano.

Se sentó en el suelo, abrió la gran caja de herramientas que había traído consigo y en medio minuto, mediante un desmagnetizador, tenía abiertas las tripas del panel de controles.

Murmuró para sí mismo mientras aplicaba los finos electrodos del comprobador de campo sobre numerosos puntos, estudiando las conexiones con los diales de mando. La señora Hanshaw lo contemplaba con los brazos cruzados.

—Aquí parece haber algo —dijo luego, y de un tirón desconectó la válvula de freno. Le dio unos golpecitos con la uña y dijo—: Esta válvula de freno está despolarizada, señora. Ése es todo su terrible problema. —Recorrió con el dedo un compartimiento de su caja de herramientas y extrajo un duplicado del objeto que había quitado del mecanismo de la puerta—. Estas cosas fallan cuando uno menos se lo espera.

Volvió a montar lo desmontado y se puso en pie.

—Ahora funcionará, señora.

Marcó una combinación de referencia, pulsó y volvió a pulsar otra vez. Cuantas veces lo hizo, el gris apagado de la Puerta se convertía en un oscuro violeta.

—¿Quiere firmar aquí, señora? Por favor, ponga también su número de cargo. Gracias, señora.

Marcó una nueva combinación, la de su taller, y con resuelto gesto caminó a través de la Puerta. Mientras su cuerpo penetraba en las tinieblas, todavía se recortaba. Luego, poco a poco, fue haciéndose cada vez menos visible hasta que, por último, sólo pudo distinguirse el reflejo de su caja de herramientas. Un segundo después de haberla atravesado por completo, la Puerta volvió a convertirse en una mancha cenicienta.

Media hora después, cuando la señora Hanshaw había terminado con sus preparativos interrumpidos y estaba intentando reparar los infortunios de aquella mañana, eh teléfono sonó anunciándole que sus verdaderos,

problemas estaban por comenzar.

Miss Elizabeth Robbins estaba afligida. El pequeño Dick Hanshaw había sido siempre un buen alumno. Odiaba por ello mismo llamarle la atención. Pero, se decía a sí misma, su comportamiento estaba siendo verdaderamente curioso. De modo que decidió llamar a su madre y contárselo.

Dejó un estudiante a cargo de la clase durante la hora de estudio que tenían por la mañana y se dirigió al teléfono. Estableció el contacto y contempló la hermosa y de algún modo formidable cabeza de la señora Hanshaw dibujada en la pantalla.

Miss Robbins vaciló, pero ya era demasiado tarde para retroceder.

—Señora Hanshaw, soy la señorita Robbins. —Terminó la frase con una nota cantarina.

La señora Hanshaw pareció no entender. Luego dijo:

—¿La profesora de Richard? —Como réplica, también finalizó con una nota elevada.

—Exacto. La llamo, señora Hanshaw —prosiguió enderezando la trascendencia de sus palabras—, para decirle que Dick ha llegado bastante tarde esta mañana.

—¿Que llegó tarde? Pero eso es imposible. Yo misma lo vi salir.

La señorita Robbins pareció desconcertada.

—¿Quiere decir que usted lo vio usar la Puerta?

—Bueno, no exactamente. Nuestra Puerta se estropeó de madrugada, de modo que lo envié a que se sirviera de la Puerta de un vecino.

—¿Está usted segura?

—Claro que sí. ¿Para qué iba a mentir?

—No, no, señora Hanshaw, no quiero decir eso: Me refiero a que si usted está segura de que se dirigió a casa de su vecino. Porque pudo haberse perdido y no encontrar el camino correcto.

—Ridículo. Disponemos de mapas y estoy completamente segura de que Richard conoce el emplazamiento de cada casa en el Distrito A-3. —Luego, con el sereno orgullo de quien conoce sus privilegios, añadió—: Por supuesto que no necesita conocerlo. Las coordenadas están siempre dispuestas.

Miss Robbins, que procedía de una familia que había siempre economizado al máximo el uso de sus Puertas (el precio de la energía gastada era la causa) y que hacía sus trayectos generalmente a píe a una avanzada edad, se resintió en su amor propio.

—Pues me temo, señora Hanshaw, que Dick no usó la Puerta de los vecinos. Llegó retrasado en una hora y las condiciones de sus chanclos indicaban que había caminado campo a través. Estaban llenos de barro.

—¿Barro? —La señora Hanshaw repitió con grandilocuencia la palabra—. ¿Qué dijo él? ¿Qué excusa puso?

Miss Robbins lamentó no poder suministrarle la consoladora información que pedía, pero se regocijó en su interior por la alteración que había sufrido la otra mujer.

—No dijo nada al respecto. Francamente, señora Hanshaw, parecía estar enfermo. Por eso la he llamado. Tal vez desee usted que lo atienda un

Llegó la tarde y, finalmente, sonó la campana de fin de jornada. Veinticinco chicos y chicas recogieron sus pertenencias y se dispusieron formando una fila.

Miss Robbins batía palmas.

—Aprisa, niños, aprisa. Vamos, Zelda, ocupa tu puesto.

—Me había olvidado mi grabadora, señorita Robbins —se excusó la niña.

—Pues cógela, cógela ya. Ahora, niños, apurad.

Pulsó el botón que corría una sección de pared y revelaba la tiniebla gris de una ancha Puerta. No era la Puerta usual que los estudiantes utilizaban para ir a casa a comer, sino un avanzado modelo que constituía el orgullo de cualquier colegio privado que se preciara.

En adición a su doble anchura, poseía un mecanismo accesorio dotado con un «manipulador serial automático», capaz de ajustar la puerta a un diverso número de diferentes coordenadas a intervalos automáticos.

A comienzos de semestre, la señorita Robbins empleaba siempre toda una, tarde con el mecanismo, ajustando la maquinaria a las coordenadas de las distintas casas de los nuevos alumnos. Pero luego, gracias a Dios, raramente prestaba atención a las particularidades de un tan perfecto funcionamiento serial.

La clase se alineaba por orden alfabético, primero las chicas, luego los chicos. La Puerta se convirtió en violeta oscuro y Hester Adams agitó su mano mientras penetraba en su área.

—¡Adioooooo...!

El «adiós» se partía por la mitad, como siempre solía ocurrir.

La puerta se volvió gris, luego violeta nuevamente y Theresa Cantrocchi desapareció por ella. Gris, violeta, Zelda Charlowicz. Gris, violeta, Patricia Coombs. Gris, violeta, Sara Mary Evans.

La fila se reducía a medida que la Puerta los transportaba uno tras otro a sus respectivas casas. Naturalmente, podía ocurrir que una madre olvidara la Puerta de su casa abierta para la recepción en la ocasión oportuna, en cuyo caso la Puerta del colegio permanecía siempre gris. El violeta era señal de paso franco. Automáticamente, después de un minuto de espera, la Puerta entraba en su siguiente combinación mecánica comunicando con la casa del próximo niño de turno, mientras que el muchacho olvidado tenía que aguardar. Un oportuno telefonazo a los negligentes padres devolvía el mundo a su normal funcionamiento. No era conveniente que ocurrieran semejantes cosas, teniendo en cuenta la especial sensibilidad de los niños que veían así lo poco que sus padres se preocupaban por ellos. Miss Robbins, siempre que visitaba a los padres, procuraba ponerlo de relieve,

aunque de vez en vez solía ocurrir.

Las chicas se agotaron y comenzó el turno de los niños. Primero John Abramowitz y luego Edwin Byrne...

Naturalmente, otro problema más frecuente era que algún chico entrara antes de turno. Lo hacían a pesar de la vigilancia del profesor que, reloj en mano, computaba los envíos. Claro que esto solía ocurrir principalmente a comienzos, de temporada, cuando el orden de la fila todavía no les era del todo familiar.

Cuando tal cosa ocurría, los niños eran enviados a casas ajenas y luego regresaban. Tomaba algunos minutos rectificar el error y los padres se disgustaban.

Miss Robbins advirtió repentinamente que la línea se había detenido. Se dirigió al chico que estaba en cabeza.

—Camina, Samuel. ¿A qué estás esperando?

—No es mi combinación, señorita Robbins.

—Bien, ¿de quién es, entonces?

Contempló la fila con impaciencia. Alguien estaba en un lugar que no le correspondía.

—De Dick Hanshaw, señorita Robbins.

—¿Dónde está?

Ahora contestó otro muchacho, con el más bien repelente tono de aquellos que, conscientes de su cumplimiento del deber, reprueban automáticamente cualquier desviación de sus compañeros y no dudan en denunciarla a los encargados de mantener la autoridad.

—Salió por la puerta de incendios, señorita Robbins.

—¿Qué?

La Puerta pasó a otra combinación y Samuel Jones penetró por ella. Uno tras otro, los chicos fueron despachados.

Miss Robbins quedó sola en el aula. Se dirigió a la puerta de incendios. Era pequeña, abierta manualmente, y oculta tras un recodo de la pared para que no rompiera la estética del paisaje.

La abrió de un tirón. Estaba allí como medio de fuga en caso de incendio, un artilugio que había perdurado anacrónicamente a pesar de los modernos extintores que todos los edificios públicos usaban. No había nada en el exterior, excepto lo exterior mismo... La luz del sol era mortecina y soplaba un viento polvoriento.

Miss Robbins cerró la puerta. Se alegraba de haber llamado a la señora Hanshaw. Había cumplido con su deber. Más aún, era obvio que algo le ocurría a Richard. De nuevo sintió deseos de llamar por teléfono.

La señora Hanshaw había decidido finalmente no ir a Nueva York. Se había quedado en casa con una mezcla de ansiedad y rabia irracional, la última dirigida contra la descarada señorita Robbins.

Quince minutos antes del final de las clases su ansiedad comenzó a dirigirse hacia la Puerta. Un año atrás la había equipado con un mecanismo automático que la activaba según las coordenadas de la escuela, manteniéndola hasta la llegada de Richard.

Sus ojos permanecían fijos en el gris de la Puerta (¿por qué la inactividad del campo de fuerza no tenía otro color más vivo y alegre?) mientras esperaba. Sus manos sintieron frío y se buscaron inconscientemente.

La Puerta varió al violeta justo al preciso segundo pero nada ocurrió. Los minutos pasaron y Richard se demoraba. Luego comenzó a retardarse. Finalmente se hizo demasiado tarde.

Estuvo esperando durante un cuarto de hora. En circunstancias normales hubiera llamado a la escuela, pero ahora no podía hacerlo, no podía. No después que la profesora la había imbuido deliberadamente en aquella historia del estado mental de Richard. ¿Cómo iba a hacerlo?

La señora Hanshaw se removió intranquila en su asiento, encendió un cigarrillo con dedos temblorosos y expulsó él humo. ¿Qué podía haber ocurrido? ¿Podía Richard haberse quedado en la escuela por alguna razón? Se lo hubiera dicho anticipadamente. Se le ocurrió pensar que... él sabía que ella planeaba ir a Nueva York y que no estaría de vuelta hasta bien entrada la noche... No, se lo hubiera dicho. ¿Por qué se preocupaba entonces?

Su orgullo comenzó a resquebrajarse. Tendría que llamar a la escuela o si no (cerró los ojos al evocar la posibilidad) a la policía.

Cuando abrió los ojos, Richard estaba ante ella, la mirada fija en el suelo.

—Hola, mamá.

La ansiedad de la señora Hanshaw se transformó, por arte de magia, en repentina ira, argucia que sólo las madres conocen.

—¿Dónde has estado, Richard?

Pero entonces, antes de ponerse a despotricar contra los hijos desnaturalizados que parten el corazón a las desconsoladas madres que tanto tienen que sufrir, se dio cuenta del aspecto de Richard y exclamó con horror:

—¡Has estado al aire libre!

Su hijo se miró los polvorientos zapatos que sobresalían por los bordes de los chanclos y luego se fijó en las marcas de barro de sus piernas y en la

mancha que lucía su camisa.

—Bueno, mamá, mira, yo pensé que... —Y se cortó.

—¿Algo no marchaba en la Puerta de la escuela?

—No, mamá.

—¿Te das cuenta de que he estado a punto de enfermar por tu culpa? —Vanamente esperó respuesta—. De acuerdo. Hablaré contigo más tarde, jovencito. Primero tomarás un buen baño. Luego, cada milímetro de tu ropa será desinfectado. ¡Mecano!

Pero el mecano había comenzado a reaccionar nada más oír la frase «tomarás un baño» y esperaba ya en el cuarto de aseo.

—Quítate en seguida esos zapatos. Luego, ve con el mecano.

Richard lo hizo mientras ella lo decía con una resignación que lo colocaba pasivamente más allá de toda inútil protesta.

La señora Hanshaw cogió los manchados zapatos entre el índice y el pulgar y los llevó basta el conducto de eliminación que zumbó desmayadamente al recibir aquella inesperada carga.

No cenó con Richard pero permitió que éste comiera en la compañía solitaria del mecano. Esto, pensó ella, sería un evidente signo de su disgusto y serviría mejor que cualquier castigo para que él se diera cuenta de que había obrado mal. Richard, se decía frecuentemente a sí misa, era un chico sensible.

Aun así, subió para acompañarlo mientras se metía en cama.

Le sonrió y le habló suavemente. Pensó que sería lo mejor. A fin de cuentas ya había sido bastante castigado.

—¿Qué te ha ocurrido hoy, muchachito, pequeñito Dickie?

No lo había llamado así desde que dejara de ser una criatura y sólo al oírlo se sintió presa de ternura tal que tuvo al borde de las lágrimas. Sin embargo, él se limitó mirarla y responderle fríamente.

—Sólo que no me gustó pasar por esas malditas Puertas, mamá.

—Pero, ¿por qué no?

Colocó sus manos al borde de la sábana (pura, limpia, fresca, antiséptica y, cómo no, eliminada después de usada).

—No me gustan —dijo.

—¿Cómo esperas, pues, ir a la escuela, Dickie?

—Me levantaré más temprano —murmuró.

—Entonces, ¿nada malo les ocurre a las Puertas?

—No me gustan, eso es todo. —Ahora ya no la miraba.

—Bueno, bueno —dijo ella haciendo aspavientos—, que tengas felices sueños. Mañana te encontrarás mejor.

Lo besó y abandonó la habitación, pasando su mano automáticamente frente a la fotocélula que disminuía la intensidad de las luces de los cuartos.

Pero ella misma tuvo también agitados sueños aquella noche. ¿Por qué no le gustaban las Puertas a Dickie? Nunca le habían molestado hasta ahora. Podría desarticular la Puerta por la mañana, pero eso haría que Richard se fijase más en ellas.

Dickie se estaba comportando irracionalmente. ¿Irracionalmente? Eso le recordó a la Robbins y su diagnóstico y su mandíbula crujió en la oscuridad de su dormitorio. ¡Absurdo! El chico se encontraba mal y una noche de descanso era toda la terapia que necesitaba.

Pero a la mañana siguiente, al levantarse, comprobó que su hijo ya no estaba en casa. El mecano no podía hablar pero podía responder con gestos que equivalían a un sí o un no, y no le llevó más de medio minuto a la señora Hanshaw el enterarse de que su hijo se había levantado treinta minutos antes de lo acostumbrado, recogido sus cosas y salido de la casa.

Pero no por la Puerta.

Sino por la puerta, con p minúscula.

El visófono de la señora Hanshaw sonó a las tres y diez de la tarde de aquel día. Calculó quién podía ser y al activar el receptor comprobó que no se había equivocado. Se miró rápidamente en el espejo para dotarse de una tranquila apariencia después de un día de serena preocupación y se introdujo en la sintonía visual.

—Sí, señorita Robbins —dijo fríamente.

La profesora de Richard estaba un tanto alterada.

—Señora Hanshaw —dijo—, Richard ha salido, adrede por la puerta de incendios aunque yo le había dicho que utilizara la Puerta usual. No sé dónde ha ido.

—Sin duda viene a su casa.

—¿Que va a su casa? ¿Aprueba usted lo que está haciendo? —La Robbins parecía no dar crédito a lo que oía.

Palideciendo, la señora Hanshaw creyó conveniente poner a la profesora donde le correspondía.

—No creo que sea usted quién para censurarme. Si mi hijo no utiliza la Puerta, es un asunto que nos concierne a mi hijo y a mí. No creo que ninguna ley escolar pueda obligarlo a usar la Puerta, ¿no le parece?

Miss Robbins tuvo tiempo de decir algo antes de que el contacto fuera roto.

—Le he hecho una prueba. Realmente tenía que...

La señora Hanshaw se quedó mirando la blanca pantalla de cuarcina sin verla realmente. Su sentido familiar la puso por unos momentos de parte de Richard. ¿Por qué tenía que servirse de la Puerta si no le gustaba? Luego se sentó a esperar y su orgullo materno comenzó a batirse con la dominante ansiedad de que, a fin de cuentas, algo iba mal en el comportamiento de Richard.

El muchacho llegó a casa con una expresión de desafío en el rostro, pero su madre, echando mano de su auto-control, lo recibió como si nada anormal ocurriera.

Durante semanas siguió ella esta política. «No es nada, se decía a sí misma. Es algo pasajero. Ya se le quitará la manía.»

Aquello quedó como un estado de cosas definitivo. Sin embargo, a veces, quizá durante tres días seguidos, ella bajaba a desayunar y encontraba a Richard esperando taciturno ante la Puerta, para usarla luego que llegaba la hora de ir al colegio. No obstante, ella se guardaba de hacer comentarios.

Siempre que hacía esto y especialmente cuando llegaba a casa a través de la Puerta, su corazón materno se reconciliaba con sus ulteriores preocupaciones y pensaba:

«Bueno, ya se ha recuperado.» Pero al transcurrir un día, dos, tres, el muchacho regresaba como un adicto a la droga y salía silenciosamente por la puerta -con p minúscula- antes que ella se levantara.

Y cada vez que pensaba en chequeos o en psiquiatras, la triunfante visión de la Robbins la detenía, aunque estaba segura de tener motivo suficiente para recurrir a tales soluciones.

Mientras tanto, lo iba sobrellevando lo mejor que podía. El mecano había sido instruido para esperar en la puerta -p minúscula- con un equipo Tergo y una muda. Richard se aseaba y cambiaba de ropa sin resistencia. Su calzado era colocado en una caja y la señora Hanshaw contemplaba sin la menor queja el gasto que representaba La diaria eliminación de camisas. Con los pantalones, sin embargo, se observaba una política de limpieza y sólo al cabo de una semana eran eliminados.

Un día le sugirió que la acompañara a Nueva York. Era más un vago deseo de tenerlo con ella que un plan premeditado. Richard no puso ninguna objeción. Se mostró incluso feliz. Caminó sin vacilar hacía la Puerta y no se detuvo ante ella. Es más, no aparecía en él en aquellos momentos aquella huella de resentimiento que se grabara en su expresión cuantas veces la utilizara últimamente para ir al colegio.

La señora Hanshaw se reunió con él. Esto podía ser una forma de

llevarlo de nuevo al uso cotidiano de la Puerta, de modo que recurrió a una fingida ingenuidad para posibilitar que la acompañara el mayor número de veces en sus viajes. Más todavía, estimuló el ánimo de la mujer y se pretextó numerosos viajes innecesarios, como uno emprendido hasta Cantón para presenciar una fiesta china.

Esto había sido un sábado. A la mañana siguiente, Richard marchó directamente hacia la abertura del muro que siempre usaba. La señora Hanshaw, que se había levantado más temprano, fue testigo de ello. Por una vez, venciendo en resistencia, lo llamó.

—¿Por qué no por la Puerta, Dickie?

—Está bien para ir a Cantón —dijo, y salió de la casa.

De manera que el plan acabó en fracaso. Luego, otro día, Richard volvió a casa completamente empapado. El mecano se movía a su alrededor sin atinar qué hacer, y la madre, que acababa de regresar de una visita de cuatro horas sostenida con su hermana en Iowa, gritó:

—¡Richard Hanshaw!

—Se puso a llover —dijo con alicaída expresión perruna—. Todo de golpe, se puso a llover.

Por un momento no pareció reconocer la palabra. Sus días escolares y sus estudios de geografía estaban veinte años más atrás. Y entonces recordó la imagen del agua cayendo fuertemente y sin fin desde el cielo: una loca cascada de agua sin ningún interruptor que la accionase, sin ningún botón que la controlara, sin ningún contacto que la detuviese.

—¿Y has estado fuera en esa lluvia?

—Bueno, mira, mamá, he venido todo lo rápido que he podido. No sabía que iba a llover.

La señora Hanshaw no sabía qué decir. Se sentía descentrada, con la sensación de encontrarse demasiado enojada para colocar las palabras en su sitio.

Dos días más tarde, Richard cogió un resfriado y de su garganta surgía una seca, bronca tos. La señora Hanshaw tenía que admitir que por fin los virus enfermizos se habían colado en su casa, como si fuera ésta una miserable choza de la Edad de Hierro.

De manera que todas estas cosas acumuladas acabaron por romper el caparazón de su orgullo y la llevaron a admitir que, pese a todo, Richard necesitaba el auxilio de un psiquiatra.

La elección de psiquiatra fue llevada a cabo con sumo cuidado. Su primer impulso fue encontrar uno lo más alejado posible. Durante un rato

consideró la posibilidad de dirigirse directamente al Centro Médico de San Francisco y escoger uno al azar.

Pero luego se le ocurrió que al hacer eso se convertiría en consultante anónimo. No obtendría mejor trato que si proviniera de los barrios bajos. Ahora bien, si se quedaba en su propia comunidad, su palabra tendría peso...

Consultó el mapa del distrito. Era uno de las excelentes series preparadas por Puertas, Pórticos y Soportes, Sociedad Anónima y distribuidas gratuitamente entre sus clientes. La señora Hanshaw no podía reprimir aquella autodeferencia mientras desplegaba el mapa. No era tan sólo un mero catálogo de las coordenadas de Puertas. Era un mapa puesto al día, con cada edificio cuidadosamente localizado.

¿Y por qué no? El Distrito A-3 era un nombre que hoy día sonaba gratamente en el mundo, un barrio aristócrata. La primera comunidad del planeta que había sido establecida con un completo sistema de Puertas. La primera, la más grande, la más rica, la mejor conocida. No necesitaba fábricas ni almacenes. Ni siquiera necesitaba carreteras. Cada mansión era como un pequeño castillo aislado, cuya Puerta tenía acceso a cualquier lugar del mundo donde hubiera otra Puerta.

Cuidadosamente, repasó la lista de las cinco mil familias del Distrito A-3. Sabía que incluía varios psiquiatras. La profesión estaba bien representada en A-3.

El doctor Hamilton Sloane fue el segundo nombre con el que tropezó y su dedo lo localizó en el mapa. Su oficina estaba apenas a dos millas de la residencia Hanshaw. Le gustaba su nombre. El hecho de que viviera en A-3 era una garantía y evidencia de mérito. Y era un vecino, prácticamente un vecino. Él entendería que se trataba de algo urgente... y confidencial.

Con firmeza, llamó a su oficina para concertar una cita.

El doctor Hamilton Sloane, de no más de cuarenta años, era comparativamente joven. Venía de buena familia y había oído hablar de la señora Hanshaw.

La escuchó con amabilidad y luego dijo:

—Y todo comenzó con la ruptura de la Puerta.

—Exacto, doctor...

—¿Muestra algún miedo hacia las Puertas?

—Claro que no. Qué ocurrencia. —Lo miró sorprendida.

—Es posible, señora Hanshaw, es posible. A fin de cuentas, cuando uno se pone a pensar en cómo funciona una Puerta, es para asustarse

realmente. Usted pasa por una Puerta y por un instante sus átomos son convertidos en energía, transmitidos a otro lugar del espacio y devueltos a su forma cotidiana. Por un instante uno deja de estar vivo.

—Estoy segura de que nadie piensa en esas cosas.

—Tal vez su hijo lo haga. Él presenció cómo la Puerta se estropeaba; pudo haberse dicho a sí mismo: ¿Qué ocurriría si la Puerta se estropease justo cuando yo estoy a mitad de camino?

—Pero eso es absurdo.. Él todavía usa la Puerta. Ha ido incluso hasta Cantón conmigo; Cantón, en China. Es más, como le he dicho, la ha utilizado una o dos veces por semana para ir al colegio.

—¿Libremente? ¿Con alegría?

—Bueno... —titubeó la señora Hanshaw con resistencia—, no del todo. De veras, doctor, ¿no estamos abusando con tanto especular al respecto? Si usted le hiciera una breve prueba vería dónde está el problema. Claro, eso sería todo. Estoy segura de que se trata de una cosa menor.

El doctor Sloane suspiró. Detestaba la palabra «prueba» y posiblemente no había otra palabra que evitara más.

—Señora Hanshaw —dijo pacientemente—, nada hay que pueda llamarse breve prueba. No ignoro que la sección de pasatiempos de los periódicos y revistas están llenos de tests y cosas como vea-usted-si-es-más-inteligente-que-su-esposa, pero todo eso no son sino paparruchadas.

—¿Lo dice en serio?

—Naturalmente. Las pruebas son muy complicadas y la teoría afirma que traza circuitos mentales. Las células del cerebro se encuentran interconectadas de una gran variedad de maneras. Algunas de las encrucijadas resultantes de esas interconexiones son más usadas que otras. Ellas representan núcleos de pensamiento, tanto consiente como inconsciente. La teoría dice que esas encrucijadas en un sendero dado pueden ser utilizadas para diagnosticar las enfermedades mentales con facilidad y certeza.

—¿Entonces?

—Someterse a una prueba es algo que siempre inquieta, especialmente a un niño. Es una experiencia traumatizante. Lleva al menos una hora. Incluso en ese caso, los resultados deben ser enviados a la Oficina Central Psicoanalítica para su análisis, lo que tarda algunas semanas. Y lo más importante de todo, señora Hanshaw, hay muchos psiquiatras que piensan que la teoría contiene muchos errores.

—Quiere usted decir —dijo la señora Hanshaw apretando los labios— que nada puede hacerse.

—De ningún modo —sonrió el doctor Sloane—. Los psiquiatras han existido siglos antes de inventarse las pruebas. Yo le sugiero que me deje hablar con el chico.

—¿Hablar con él? ¿Eso nada más?

—Acudiré a usted para pedirle información cuando me sea necesaria, pero lo esencial, lo más importante, es hablar con el chico.

—Realmente, doctor Sloane, dudo que él desee hablar de esto con usted. Ni siquiera quiere discutirlo conmigo que soy su madre.

—Eso suele ocurrir a menudo —le aseguró el psiquiatra—. Un niño prefiere hablar antes con un extraño algunas veces. Como fuere, no puedo aceptar el caso de otra manera.

La señora Hanshaw se levantó, no del todo satisfecha.

—¿Cuándo podrá venir, doctor?

—¿Qué le parece el próximo sábado? El chico no tendrá que ir al colegio. ¿Tenían que hacer algo?

—Estaremos a punto.

Hizo una salida llena de dignidad. El doctor Sloane la acompañó a través de la sala de recepción hasta la Puerta de su oficina y esperó mientras pulsaba las coordenadas de la casa de la mujer. La observó mientras ella cruzaba la Puerta. Se convirtió en la mitad de una mujer, luego en un cuarto, un codo y un pie aislados, después nada.

Era aterrador.

Una Puerta que se estropease durante la transmutación, ¿dejaría medio cuerpo aquí y el otro medio allá? Nunca había oído que tal cosa ocurriera, pero nadie podía asegurar que era imposible.

Volvió a su despacho y consultó la hora de su siguiente cita. Era obvio para él que la señora Hanshaw no había quedado muy conforme con la entrevista previa al no haber conseguido la oportunidad de ver usada la prueba psíquica.

¿Por qué, por el amor del cielo, por qué? ¿Por qué algo como la prueba psíquica, pieza de museo y fraude en su opinión, despertaba tanto entusiasmo, tanta confianza entre la gente? Sin duda se debía a la tendencia general hacia las máquinas, el fetichismo maquinista. Sin embargo, nada de cuanto el hombre pudiera hacer lo haría mejor ninguna máquina. ¡Máquinas! ¡Más máquinas! ¡Máquinas para todo! ¡Oh, tempora! ¡Oh, mores!

¡Oh, infierno y condenación!

El odio que sentía hacia la prueba comenzaba a molestarle. Era un miedo al empleo tecnológico, una inseguridad básica de su posición, una

mecanofobia, si podía decirse así...

Tomó nota mental de este asunto para discutirlo con su analista.

Las dificultades eran obvias. El chico no era un paciente que hubiera acudido hasta él, más o menos ansioso, para hablar o solicitar ayuda.

Bajo las circunstancias presentes, hubiera sido mejor concertar el primer encuentro con Richard de una manera descomprometida. Habría sido suficiente con presentarse ante él como algo menos que un extraño. Así, en la ocasión siguiente, su presencia seria ya algo familiar al chico. Y luego pasaría a convertirse en un conocido. Y después en un amigo de la familia.

Desgraciadamente, a la señora Hanshaw no le gustaban los procesos largos y meticulosos. Buscaba tan sólo una prueba psíquica y la tenía que encontrar.

Aunque perjudicara al chico. Porque le perjudicaría. De eso estaba completamente seguro.

Por esta razón creyó que debía sacrificar un poco de su cautela y arriesgar una pequeña crisis.

Pasaron diez minutos exentos de confortabilidad antes de decidir que debía intentarlo. La señora Hanshaw mantenía una sonrisa rígida y... lo contemplaba con suspicacia mientras sin duda esperaba alguna mágica palabra. Richard se removía en su asiento, mudo ante los comentarios tanteadores del doctor Sloane, aburrido e incapaz de ocultar su aburrimiento.

—Richard —dijo el doctor Sloane, como quien no quería la cosa—, ¿te gustaría dar un paseo conmigo?

Los ojos del chico se agrandaron y cesó de moverse. Miró directamente al hombre.

—¿Un paseo, señor?

—Sí, dar una vuelta por el exterior.

—¿Sale usted al... exterior?

—A veces. Cuando siento que me hace falta.

Richard se había puesto en píe y contenía un evidente deseo.

—No creía que lo hiciera nadie.

—Pues yo lo hago. Y me gusta hacerlo acompañado.

El chico volvió a sentarse, sin saber qué hacer.

—¿Mamá?

La señora Hanshaw se mantenía rígida en su asiento, con los labios apretados como evitando que se abrieran con horror. Pero se limitó a decir:

—¿Por qué no, Dickie? Pero cuídate. —Y dirigió una rápida y acerada

mirada al doctor Sloane.

En cierto sentido el doctor Sloane había mentido. Él no salía al exterior «algunas veces». No había estado al aire libre desde sus días escolares. En realidad, había en él una inclinación deportiva a hacerlo, pero por aquel tiempo comenzaron a proliferar las habitaciones cerradas condicionadas con rayos ultravioleta para jugar al tenis o construir piscinas de natación. Pese a su costo eran mucho más satisfactorias que sus equivalentes externas, dado que éstas estaban expuestas a los elementos y a cuantos gérmenes pudieran contener. No había, pues, ocasión de salir al exterior.

Experimentó una caótica sensación en su piel cuando el viento la acarició, al igual que al pisar la hierba con sus zapatos protegidos por chanclos.

—Eh, mire eso. —Richard se comportaba ahora de modo diferente: se reía y no mantenía reservas.

El doctor Sloane apenas tuvo tiempo de captar un retazo de azul a través de las copas de los árboles. Las ramas se agitaron y lo perdió.

—¿Qué era?

—Un pájaro azul —dijo Richard.

El doctor Sloane miró a su alrededor impresionado. La residencia de los Hanshaw se erguía sobre un promontorio rodeado de zona boscosa, y entre viveros de árboles la hierba brillaba bajo los rayos del sol.

Los colores dominantes variaban del verde oscuro al ojo y al amarillo de las flores. En el curso de su vida, a través de libros y películas antiguas, tuvo ocasión de conocer las flores lo suficiente para que ahora le resultaran un tanto familiares.

Pero la hierba estaba perfectamente cuidada y las flores ordenadas. Se percató de que había esperado algo más salvaje, menos cultivado.

—¿Quién cuida de todo esto?

—Yo no —dijo Richard suspirando—. Quizá los mecanos.

—¿Los mecanos?.

—Hay montones de ellos por aquí. A menudo se les ve con una especie de cuchillo atómico que mantienen cerca de tierra. Cortan la hierba. Y también se les ve junto a las flores. Ahora hay uno allí.

A media milla de distancia era un objeto más bien pequeño. Su metálica piel relampagueaba mientras se movía lentamente por el prado, ocupado en una actividad que el doctor Sloane no fue capaz de identificar.

El doctor Sloane estaba impresionado. Había allí un algo de perversidad estética, una especie de consunción conspicua...

—¿Qué es aquello? —preguntó repentinamente.

Richard miró.

—Es una casa. Pertenece a los Froebichs. Coordenadas A-3, 23, 461. Lo que se destaca como prolongación es la Puerta pública.

El doctor Sloane estaba contemplando la casa. ¿Era aquello lo que parecía desde fuera? Sin saber por qué la había imaginado más cúbica, más alta.

—Sigamos —dijo Richard poniéndose a caminar.

El doctor Sloane lo siguió pausadamente.

—¿Conoces todas las casas de los alrededores?

—Más o menos casi todas.

—¿Dónde está A-23, 26, 475? —Se trataba, obviamente, de su propia casa.

—A ver... —Richard oteó los alrededores—. Oh, claro que sé dónde está... ¿Ve aquel agua de allí?

—¿Agua? —El doctor Sloane alcanzó a ver una línea de plata que corría en forma de arco a través del verde.

—Por supuesto. Agua auténtica. Agua que corre por entre las rocas. Que corre todo el tiempo. Uno puede pasar a través de ella si se apoya sobre las piedras. Se le llama río.

Más bien un arroyo, pensó el doctor Sloane. Evidentemente había estudiado geografía, pero los principales terrenos de esta ciencia se habían sintetizado en geografía económica y geografía cultural. La geografía física era una rama a medio extinguir salvo entre los especialistas. Aun así, sabía lo que era un río y un arroyo, aunque sólo de forma teórica.

—Pues bien: pasando el río —estaba diciendo Richard—, se sube hasta aquella colina llena de árboles en la cima y luego se desciende un poco por la otra parte: de esa manera se llega hasta A-23, 26, 475. Es una bonita casa verde con techo blanco.

—¿De veras? —El doctor Sloane estaba realmente asombrado. No sabía que su casa fuera verde. Algún pequeño animal removía la hierba en su ansiedad por evitar ser aplastado. Richard lo miró y exclamó:

—Déjeme a mí, usted no podrá atraparlo.

Una mariposa se agitaba despidiendo ondulaciones amarillas. Los ojos del doctor Sloane la siguieron.

Un ligero murmullo se apreciaba sobre los campos, dispersándose e interrumpiéndose a veces con dureza, volviendo a surgir, creciendo, difundiéndose por doquiera, creciendo cada vez más hasta luego cesar. Mientras su oído se adaptaba a sus modulaciones para escuchar, llegó a percibir mil entonaciones diversas, ninguna de las cuales estaba producida

por los hombres.

Una sombra hizo aparición, avanzó hacia él y lo cubrió. Sintió un súbito fresco y alzó la vista.

—Es sólo una nube —dijo Richard—. Se marchará en un minuto... Mire esas flores. Todas huelen de distinta manera.

Se encontraban ya a varios centenares de yardas de la residencia de los Hanshaw. La nube pasó y el sol volvió a brillar de nuevo. El doctor Sloane se volvió y calculó el trecho que habían recorrido. Si caminaran de suerte que la mansión se perdiera de vista y si Richard echara correr, ¿sería capaz él de encontrar el camino de regreso?

Desechó el pensamiento con impaciencia y escrutó la línea de agua (más cerca ahora), sobrepasándola con la mirada hacia donde su casa debía estar. Pensó maravillado: ¿Verde?

—Debes ser un buen explorador —dijo.

—Cada vez que voy y vengo de la escuela —dijo Richard con orgullo— tomo una ruta distinta y veo cosas nuevas.

—Pero no siempre saldrás, digo yo. A veces utilizarás también la Puerta, ¿no?

—Sí, claro.

—¿Por qué, Richard? —De algún modo sintió el doctor Sloane que allí estaba la clave del enigma.

Pero Richard invalidó su hipótesis. Con las cejas alzadas y aspecto asombrado, dijo:

—Bueno, mire, algunas mañanas llueve y tengo que usar la Puerta. Odio que eso ocurra, pero, ¿qué otra cosa puedo hacer? Hace unas semanas me pescó la lluvia y... —Lo miró automáticamente y su voz se convirtió en un susurro— ... tuve frío; aunque a mamá no le ocurrió nada.

El doctor Sloane suspiró.

—¿Regresamos?

Hubo un relámpago de desagrado en el rostro de Richard.

—¿Para qué?

—Recuerda que tu madre debe estar esperándonos.

—Imagino que sí. —El muchacho se dio la vuelta con resistencia.

Caminaron lentamente.

—Una vez, en el colegio —decía Richard—, escribí una composición sobre lo que haría si tuviera que ir en un viejo vehículo. (su pronunciación exageró el acento de la i). Yo iría en un globo aerostático y miraría las estrellas y las nubes y todas las cosas. Vaya, sin duda estaba chiflado entonces.

—¿Irías ahora en algo más?

—Claro. Iría en automóvil. Entonces vería todo cuanto hay.

La señora Hanshaw parecía agitada, desconcertada.

—¿No cree, entonces, que es algo anormal, doctor?

—Desacostumbrado, quizá, pero no anormal. Le gusta el exterior.

—Pero, ¿cómo puede gustarle? Es tan desagradable y sucio...

—Eso es cuestión de gusto individual. Hace cien años, nuestros antepasados se pasaban fuera la mayor parte el tiempo. Incluso hoy día, me atrevo a decir que hay un millón de africanos que jamás han visto una Puerta.

—Pero Richard se ha comportado siempre como un decente miembro del Distrito A-3, digno de su clase —exclamó con brío la señora Hanshaw—, y no como un africano o... o como un antepasado.

—Eso forma parte del problema, señora Hanshaw. Él siente la necesidad de salir y cree que está cometiendo una falta. Se niega a hablar de ello con usted o con su profesora. Se ve forzado al silencio, cosa que podría ser peligrosa.

—Entonces, ¿cómo podemos persuadirle para que cese de hacerlo?

—Ni lo intente. Estimúlelo más bien. El día en que su Puerta se estropeó, no tuvo más remedio que salir, encontrando que le gustaba el exterior. El viaje de ida vuelta al colegio no es sino una excusa para repetir emocionante primera experiencia. Supongamos ahora que usted le permite salir de casa un par de horas los sábados y domingos. Supongamos que el chico se da cuenta de que no tiene que justificar sus salidas para permanecer en el exterior. ¿No cree usted que llegará a usar la Puerta para ir y venir del colegio? ¿Y no cree que cesarán sus problemas con su profesora e incluso con sus propios compañeros de estudios?

—Entonces, ¿todo quedará así? ¿Nunca volverá a ser normal otra vez?

—Señora Hanshaw —dijo el doctor Sloane mientras se ponía en pie—, él es normal en la medida en que necesita serlo. Ahora bien, lo que está haciendo es probar lo prohibido. Si usted coopera con él, si no desaprueba su conducta, lo que hasta entonces fuera prohibido perderá su atractivo. Luego, a medida que crezca, se inclinará cada vez más hacia los intereses de la sociedad en que vive. A fin de cuentas, en todos nosotros hay un poco de rebeldía que acaba por morir a medida que nos hacemos viejos y nos sentimos más cansados. Por lo tanto, no lo fuerce ni se apresure en su trato. Todo es cuestión de tiempo y Richard se pondrá bien.

Caminó hacia la Puerta.

—Doctor, ¿no cree usted que la prueba pueda ser necesaria?

Se volvió y exclamó vehementemente:

—¡No, no, y no! ¡Definitivamente, no! Nada hay en el chico que la haga necesaria. ¿Entendido? Eso es todo.

Sus dedos vacilaron ligeramente al marcar la combinación para la transmutación de materia y su expresión se tornó sombría.

—¿Qué le ocurre, doctor Sloane? —preguntó la señora Hanshaw.

Pero el doctor Sloane no la escuchaba. Estaba pensando en la Puerta, en la prueba psíquica y en toda la chatarra mecánica que rodeaba la vida humana. En todos nosotros hay un poco de rebeldía, pensó.

Su voz se hizo amable, su mano no acabó de marcar la combinación y comenzó a alejarse de la Puerta.

—¿Sabe usted, señora? Hace un día tan hermoso que creo que volveré andando a mi casa.

ESQUIROL

Elvis Blei se restregó sus regordetas manos y dijo:

—Autonomía es la palabra.

Sonrió intranquilo mientras le daba fuego al terrícola Steven Lamorak. Había turbación en todo ese rostro liso y de ojos pequeños y separados.

Lamorak soltó una bocanada de humo y cruzó sus largas y delgadas piernas. Tenía el cabello entrecano y la mandíbula grande y enérgica.

—¿De cosecha propia? —preguntó, mirando críticamente el cigarrillo.

Trató de ocultar su propia inquietud ante la tensión del otro.

—En efecto —asintió Blei.

—Me asombra que en este mundo tan pequeño haya espacio para tales lujos.

(Lamorak recordó su primera vista de Elsevere desde la pantalla de su nave. Se trataba de un asteroide sin aire, de terreno escabroso y con unos cuantos cientos de kilómetros de diámetro; tan sólo una roca de un color gris sucio, tosca y que devolvía débil y opaca la luz de su sol, distante a más de trescientos millones de kilómetros. Era el único objeto de más de un kilómetro de diámetro que giraba en torno a ese sol, y algunos hombres se habían instalado en ese mundo en miniatura y habían formado una sociedad. Y él, como sociólogo, iba a estudiar ese mundo para ver cómo se adaptaba la naturaleza humana a un lugar tan extrañamente diferenciado.)

La amable sonrisa estática de Blei se ensanchó apenas.

—No es un mundo pequeño, doctor Lamorak; usted nos juzga por pautas bidimensionales. La superficie de Elsevere equivale a sólo las tres cuartas partes de la superficie del Estado de Nueva York, pero eso es irrelevante. Recuerde que si quisiéramos podríamos ocupar todo el interior de Elsevere. Una esfera de ochenta kilómetros de diámetro tiene un volumen de más de un millón de kilómetros cúbicos. Si todo Elsevere estuviera ocupado en niveles con, pongamos, quince metros de separación entre uno y otro, la superficie total en el interior del asteroide sumaría casi noventa millones de kilómetros cuadrados, y eso equivale a la superficie terrestre total exterior de la Tierra. Y ninguno de esos kilómetros cuadrados, doctor, sería improductivo.

—¡Santo Dios! —exclamó Lamorak y, por un momento, se quedó desconectado—. Sí, desde luego, tiene usted razón. Es raro que nunca lo

haya pensado de ese modo. Pero Elsevere es el único asteroide completamente aprovechado en toda la galaxia. Los demás no podemos dejar de pensar en superficies bidimensionales, como usted ha señalado. Bien, me alegra sobremanera que su Consejo haya tenido la amabilidad de darme vía libre para llevar a cabo mi investigación.

Blei asintió con enérgicos movimientos de cabeza.

Lamorak frunció el ceño. *Algo anda mal, pues actúa como si lamentara que yo hubiese venido*, pensó.

—Como es lógico, verá usted que actualmente somos mucho más pequeños de lo que podríamos ser —dijo Blei—. Sólo hemos agujereado y ocupado pequeñas partes de Elsevere. Y tampoco es que estemos demasiado ansiosos por expandirnos, excepto con mucha lentitud. En cierta medida nos vemos limitados por la capacidad de nuestros motores de seudo-gravedad y por los conversores de energía solar.

—Entiendo. Pero dígame, consejero Blei; por razones de curiosidad personal, y no porque sea de primordial importancia para mi proyecto, ¿podría ver primero alguno de los niveles de agricultura y pastoreo? Me fascina la idea de ver trigales y ganado en el interior de un asteroide.

—El ganado le parecerá pequeño para lo que está usted acostumbrado, doctor, y no tenemos mucho trigo. Cultivamos mucha levadura. Pero también habrá algo de trigo para mostrarle. Y algodón y tabaco. Incluso árboles frutales.

—Maravilloso. Como usted dice, autonomía. Ustedes reciclan todo, me imagino.

Lamorak notó que esta observación incomodaba a Blei. El elseveriano entrecerró los ojos para ocultar su expresión.

—Debemos reciclar, sí. Aire, agua, alimentos, minerales; todo lo que se consume debe devolverse a su estado original; los productos de desecho los reconvertimos en materia prima. Sólo se necesita energía, y tenemos de sobra. No alcanzamos un ciento por ciento de eficiencia, desde luego, y se produce un cierto desperdicio. Importamos anualmente una pequeña cantidad de agua y, si crecen nuestras necesidades, quizá tengamos que importar carbón y oxígeno.

—¿Cuándo iniciaremos nuestra excursión, consejero Blei?

La sonrisa de Blei perdió parte de su escasa calidez.

—En cuanto podamos, doctor. Primero debemos arreglar ciertos asuntos de rutina.

Lamorak asintió con la cabeza, terminó el cigarrillo y lo apagó.

¿Asuntos de rutina? No hubo tanta indecisión durante la

correspondencia preliminar. Elsevere más bien parecía orgulloso que su singular existencia hubiese llamado la atención de la galaxia.

—Comprendo que yo sería una influencia perturbadora en esta sociedad estrechamente entrelazada —comentó y vio con desagrado que Blei no dejaba escapar esa explicación y la hacía suya.

—Sí, nos sentimos diferentes al resto de la galaxia. Tenemos nuestras propias costumbres. Cada individuo elseveriano encaja en un lugar adecuado. La presencia de un forastero sin casta fija resulta inquietante.

—El sistema de castas supone una falta de flexibilidad.

—En efecto —concedió Blei—, pero también otorga cierta seguridad. Contamos con firmes reglas matrimoniales y una estricta herencia de empleo. Cada hombre, mujer y niño conoce su lugar, lo acepta y es aceptado en él; prácticamente no tenemos neurosis ni enfermedades mentales.

—¿Y no hay inadaptados?

Blei movió los labios como para decir que no, pero los cerró, guardó silencio y arrugó la frente. Por fin dijo:

—Organizaré la visita, doctor. Entre tanto, supongo que deseará refrescarse y dormir.

Se levantaron juntos y abandonaron la habitación. Blei le cedió cortésmente el paso al terrícola.

Lamorak se sintió oprimido por la vaga sensación de crisis que había impregnado su conversación con Blei.

El periódico reforzó esa sensación. Lo leyó atentamente antes de acostarse, en un principio por simple interés analítico. Era un tabloide con ocho páginas de papel sintético. Una cuarta parte del contenido consistía en asuntos «personales»: nacimientos, bodas, defunciones, récords de producción, volumen (¡no dos dimensiones, sino tres!) habitable en expansión. El resto incluía ensayos eruditos, material educativo y ficción. No había prácticamente ninguna noticia en el sentido en que Lamorak entendía la palabra.

Sólo una nota se podía considerar noticia, y era estremecedora en su brevedad.

Bajo el titular, escrito en caracteres pequeños, de *«Las exigencias no han cambiado»* se leía: *«No hubo cambios en su actitud de ayer. El consejero jefe, tras una segunda entrevista, anunció que sus exigencias siguen siendo totalmente irracionales y no se pueden satisfacer bajo ningún concepto.»*

Luego, entre paréntesis y con otra tipografía, seguía la frase: *«Los*

editores de este periódico están de acuerdo en que Elsevere no puede ni debe bailar a su son; pase lo que pase.»

Lamorak lo releyó tres veces. «*Su*» actitud. «*Sus*» exigencias. «*Su*» son. ¿De quién?

Esa noche durmió intranquilo.

No hubo tiempo para leer periódicos en los días siguientes, pero el asunto no dejó de obsesionarlo.

Blei, que continuaba siendo su guía y compañero durante la mayor parte del recorrido, parecía cada vez más reservado.

El tercer día (que seguía artificialmente el esquema de veinticuatro horas de la Tierra), Blei se detuvo en un sitio y dijo:

—Este nivel está consagrado totalmente a las industrias químicas. Esa sección no es importante...

Pero se desvió con demasiada prisa y Lamorak lo agarró del brazo.

—¿Cuáles son los productos de esa sección?

—Fertilizantes. Sustancias orgánicas —contestó secamente Blei.

Lamorak lo retuvo, buscando aquello que Blei parecía eludir. Recorrió con la vista los más cercanos horizontes, las líneas de rocas y los edificios apiñados entre los niveles.

—¿No es aquello una residencia privada? —Blei no miró hacia donde le señalaba—. Creo que es la mayor que he visto. ¿Por qué está aquí, en un nivel de fábricas? —Eso bastaba para destacarla. Ya había observado que los niveles de Elsevere estaban divididos estrictamente en residenciales, agrícolas e industriales—. ¡Consejero Blei!

El consejero se alejaba y Lamorak corrió tras él.

—¿Hay algún problema?

—Sé que soy descortés —mascculló Blei—. Lo lamento. Tengo ciertas preocupaciones...

Apuró el paso.

—¿Referentes a *sus* exigencias?

Blei se paró en seco.

—¿Qué sabe usted de eso?

—No más de lo que he dicho. Es lo que leí en el periódico.

Blei farfulló algo.

—¿Ragusnik? —repitió Lamorak—. ¿Qué es eso?

Blei suspiró profundamente.

—Supongo que debería contárselo. Es humillante, profundamente embarazoso. El Consejo pensó que el asunto se arreglaría pronto y no

interferiría en la visita de usted, de modo que no era preciso que usted supiese nada. Pero ya ha pasado casi una semana. No sé qué sucederá y, a pesar de las apariencias, sería mejor que usted se marchara. No hay razones para que un forastero se arriesgue a morir.

El terrícola sonrió, incrédulo.

—¿Morir? ¿En este pequeño mundo, tan apacible y laborioso? No puedo creerlo.

—Se lo explicaré. Creo que será mejor que lo haga. —Miró hacia otra parte—. Como ya le dije, en Elsevere todo se debe reciclar. Supongo que lo entiende.

—Sí.

—Eso incluye los... excrementos humanos.

—Ya lo suponía.

—Se les extrae el agua mediante destilación y absorción. Lo que queda lo convertimos en fertilizantes para levadura; una parte se usa como fuente de sustancias orgánicas y otros subproductos. Estas fábricas que usted ve se dedican a ese propósito.

—¿Y bien?

Lamorak había tenido cierta dificultad para beber el agua de Elsevere al principio, porque era tan realista como para deducir su origen; pero logró superar esa sensación. Incluso en la Tierra, el agua se saneaba por procesos naturales a partir de toda clase de sustancias desagradables al paladar.

Blei continuó, con creciente dificultad:

—Igor Ragusnik es el encargado de los procesos industriales relacionados con los desechos. Ese puesto le ha pertenecido a su familia desde la colonización de Elsevere. Uno de los colonos originales fue Mikhail Ragusnik y él..., él...

—Se encargaba del saneamiento de los desechos.

—Sí. Ese edificio que usted señaló es la residencia de Ragusnik. Es la mejor y más modernizada de todo el asteroide. Ragusnik consigue muchos privilegios que los demás no tenemos; pero, a fin de cuentas... —la voz del consejero cobró una repentina intensidad—: No podemos hablar con él.

—¿Qué?

—Exige plena igualdad social. Pretende que sus hijos se mezclen con los nuestros y que nuestras esposas visiten... ¡Oh!

Fue todo un gemido de absoluta repulsión.

Lamorak pensó en la nota del periódico, que ni siquiera mencionaba el nombre de Ragusnik ni decía nada específico sobre sus exigencias.

—Supongo que es un paria a causa de su trabajo.

—Naturalmente. Desechos humanos y... —Blei no hallaba las palabras. Tras una pausa dijo en un tono de voz más bajo—: Me imagino que usted, como terrícola, no lo entiende.

—Como sociólogo creo que sí. —Pensó en los intocables de la antigua India, aquellos que manipulaban los cadáveres. Pensó en la situación de los porquerizos en la nueva Judea—. Supongo que Elsevere no cederá ante esas exigencias.

—Nunca —dijo Blei enérgicamente—. Jamás.

—¿Entonces?

—Ragusnik ha amenazado con interrumpir su actividad.

—En otras palabras, hacer huelga.

—Sí.

—¿Eso sería grave?

—Tenemos comida y agua suficientes para un tiempo; el saneamiento no es esencial en ese sentido. Pero se acumularían los desechos, contaminarían todo el asteroide. Después de varias generaciones de cuidadoso control de las enfermedades, tenemos poca resistencia natural a los gérmenes. Si estalla una epidemia, lo cual será inevitable, caeremos a centenares.

—¿Ragusnik lo sabe?

—Sí, por supuesto.

—¿Cree usted que, de todos modos, cumplirá su amenaza?

—Está loco. Ya ha dejado de trabajar; no ha habido saneamiento de desechos desde el día anterior a la llegada de usted.

La prominente nariz de Blei tembló como si captara tufo de excrementos en el aire. En un acto reflejo, Lamorak olfateó a su vez, pero no olió nada.

—Como ve usted, será mejor que se vaya, por mucho que nos humille tener que sugerírselo.

—Espere, todavía no. ¡Santo Dios, esto me interesa mucho profesionalmente! ¿Puedo hablar con Ragusnik?

—De ningún modo —rechazó Blei, alarmado.

—Pero me gustaría comprender la situación. Aquí las condiciones sociológicas son únicas y no se dan en ninguna otra parte. En nombre de la ciencia...

—¿Cómo quiere hablar? ¿Bastaría con recepción de imagen?

—Sí.

—Lo consultaré con el Consejo —murmuró Blei.

Rodeaban a Lamorak con inquietud, y la ansiedad les enturbiaba la expresión austera y majestuosa. Blei, sentado entre ellos, eludía deliberadamente la mirada del terrícola.

El jefe del Consejo, canoso, de rostro arrugado y cuello flaco, murmuró:

—Si usted, por propia convicción, logra persuadirlo, se lo agradeceremos. Pero de ningún modo debe insinuar que nosotros cederemos.

Una cortina como de seda cayó entre el Consejo y Lamorak. Todavía podía distinguir a los consejeros individualmente, pero se volvió de pronto hacia el receptor, que se encendió como un parpadeo.

Apareció una cabeza, en colores naturales y con gran realismo; una cabeza fuerte y de tono oscuro, barbilla sólida, barba crecida y labios carnosos y rojos formando una fina línea horizontal.

—¿Quién es usted? —preguntó la imagen, con suspicacia.

—Me llamo Steven Lamorak y soy terrícola.

—¿Un forastero?

—Así es. Estoy de visita en Elsevere. Usted es Ragusnik.

—Igor Ragusnik, a su servicio —asintió socarronamente la imagen—; sólo que no hay servicio ni lo habrá hasta que a mi familia y a mí nos traten como a seres humanos.

—¿Se da cuenta del peligro en que se encuentra Elsevere y la posibilidad de contraer enfermedades contagiosas?

—En veinticuatro horas se puede volver a la normalidad con sólo reconocer que soy humano. Está en manos de ellos corregir la situación.

—Usted parece ser un hombre culto, Ragusnik.

—¿Y?

—Me han dicho que no le niegan ninguna comodidad material; que dispone usted de la mejor vivienda, indumentaria y alimentos que nadie en Elsevere, y que sus hijos reciben la mejor educación.

—Concedido. Pero todo por servomecanismos. Y nos envían niñas huérfanas con el propósito que nos ocupemos de ellas hasta que tengan edad para ser nuestras esposas. Y mueren jóvenes, de soledad. ¿Por qué? —Su tono de voz adquirió de pronto más pasión—: ¿Por qué debemos vivir en el aislamiento como si fuéramos monstruos a los que no se pueden aproximar los seres humanos? ¿No somos seres humanos como los demás, con las mismas necesidades, los mismos deseos y los mismos sentimientos? ¿No realizamos una función honorable y útil...?

Sonaron suspiros a espaldas de Lamorak. Ragusnik los oyó y elevó la voz:

—Veo a los del Consejo ahí detrás. Respondedme. ¿No es una función honorable y útil? Transformamos vuestros desechos en alimentos para vosotros. ¿Quien purifica la corrupción es peor que quien la produce? Escuchad, consejeros, no cederé. Mi familia estará mejor muerta que viviendo como ahora.

—Usted lleva viviendo de esa manera desde que nació, ¿verdad? —interrumpió Lamorak.

—¿Y qué si es así?

—Pues que sin duda está acostumbrado.

—Jamás. Resignado, tal vez. Mi padre estaba resignado y yo me he resignado durante un tiempo. Pero he visto a mi hijo, a mi único hijo, sin otro niño con quien jugar. Mi hermano y yo nos teníamos el uno al otro, pero mi hijo nunca tendrá a nadie, así que ya no me resigno. He terminado con Elsevere y he terminado de hablar.

El receptor se apagó.

El jefe del Consejo se había puesto amarillo. Sólo él y Blei quedaban con Lamorak.

—Ese hombre está desquiciado —comentó el jefe del Consejo—. No sé cómo obligarlo.

Tenía una copa de vino; se la llevó a los labios y derramó unas gotas que le mancharon de rojo los pantalones blancos.

—¿Tan poco razonables son sus exigencias? —preguntó Lamorak—. ¿Por qué no se lo puede aceptar en la sociedad?

Los ojos de Blei destellaron de furia un instante.

—¡Alguien que tiene que reciclar los excrementos! —Se encogió de hombros—. Usted, claro, es de la Tierra.

Incongruentemente, Lamorak recordó a otro inaceptable, una de las muchas creaciones clásicas del caricaturista medieval Al Capp: el «hombre del trabajo sucio».

—¿Ragusnik maneja realmente los excrementos? Quiero decir si hay contacto físico. Sin duda todo se efectúa con maquinaria automática.

—Por supuesto —confirmó el jefe del Consejo.

—Entonces, ¿cuál es la función de Ragusnik?

—Regula manualmente los controles que garantizan el funcionamiento adecuado de la maquinaria. Cambia las unidades cuando hay que repararlas, varía los índices de funcionamiento según la hora del día y acomoda el producto final a la demanda. Si dispusiéramos de espacio para máquinas diez veces más complejas, todo se podría realizar automáticamente, pero sería un derroche innecesario.

—Aun así —insistió Lamorak—, Ragusnik sólo realiza sus tareas pulsando botones, cortando contactos o con acciones similares.

—Sí.

—Entonces, su trabajo no es diferente del de cualquier elseveriano.

Blei replicó en tono cortante:

—Ya veo que usted no lo entiende.

—¿Y van a poner en peligro la vida de sus hijos por una cosa así?

—No tenemos opción —aseguró Blei.

La angustia de su voz evidenciaba que la situación era un suplicio para él, pero que realmente no tenía otra opción.

Lamorak se encogió de hombros, irritado.

—Entonces, rompan la huelga. ¡Oblíguenlo!

—¿Cómo? —se desesperó el jefe del Consejo—. ¿Quién se atrevería a tocarlo o a acercarse a él? Y aunque lo matáramos con una descarga a distancia, ¿nos serviría de algo?

—¿No saben manejar sus máquinas? —preguntó Lamorak, pensativo.

El jefe del Consejo se puso de pie y gritó:

—¿Yo?

—No me refería exactamente a usted. Hablaba en general. ¿Podría alguien aprender a manejar las máquinas de Ragusnik?

El jefe del Consejo se calmó.

—Sin duda con los manuales..., aunque le aseguro que nunca he tenido interés en leerlos.

—O sea que alguien podría aprender todo el procedimiento y sustituir así a Ragusnik hasta que él se rinda.

—¿Quién podría aceptar semejante tarea? —replicó Blei—. Yo no, desde luego, de ninguna manera.

Lamorak recordó fugazmente alguno de los tabúes terrícolas que eran igual de fuertes. Pensó en el canibalismo, en el incesto, en la blasfemia de un hombre piadoso.

—Pero ustedes deben de haber previsto la posibilidad que el puesto quede vacante. ¿Y si Ragusnik muriese?

—Pues su hijo le sucedería automáticamente, o su pariente más cercano —respondió Blei.

—¿Y si no tuviera parientes adultos? ¿Y si toda su familia muriese de repente?

—Eso nunca ha ocurrido y nunca ocurrirá.

—Si existiera ese peligro —añadió el jefe del Consejo—, podríamos, supongo, entregar un niño a los Ragusnik para que le enseñaran la

profesión.

—Muy bien. ¿Y cómo se escogería ese niño?

—Entre los hijos de las madres que murieron al dar a luz, como escogemos a la futura prometida de un Ragusnik.

—Entonces, escojan un sustituto ahora, por sorteo.

—¡No! —exclamó el jefe del Consejo—. ¡Imposible! ¿Cómo se atreve a sugerirlo? Si escogemos a un niño, el niño se adapta a esa vida sin conocer otra cosa. Para este asunto habría que elegir a un adulto y transformarlo en Ragusnik. No, doctor Lamorak, no somos monstruos ni bestias salvajes.

Lamorak pensó que era inútil; era inútil a no ser que...

Todavía no era capaz de enfrentarse a ese «a no ser que».

Esa noche apenas durmió. Ragusnik sólo pedía un elemental trato humanitario. Pero se le oponían treinta mil elseverianos que se enfrentaban a la muerte. El bienestar de treinta mil personas por un lado; las justas exigencias de una familia por el otro. ¿Se podía afirmar que treinta mil personas que respaldaban tamaña injusticia merecían la muerte? Injusticia, ¿a ojos de quién? ¿De la Tierra? ¿De Elsevere? ¿Y quién era Lamorak para juzgar a nadie?

¿Y Ragusnik? Estaba dispuesto a permitir la muerte de treinta mil personas, incluidos hombres y mujeres que simplemente aceptaban una situación que les habían enseñado a aceptar y que no podían cambiar aunque quisieran. Y niños que no tenían nada que ver con ello.

Treinta mil por un lado; una familia por el otro.

Tomó su decisión en un estado rayano en la desesperación y por la mañana llamó al jefe del Consejo.

—Señor —dijo Lamorak—, si usted puede conseguir un sustituto, Ragusnik comprenderá que ha perdido toda posibilidad de forzar una decisión en su favor y regresará al trabajo.

—No puede haber un sustituto —murmuró el jefe del Consejo—. Ya se lo he explicado.

—No entre los elseverianos, pero yo no lo soy. A mí no me importa. Seré yo el sustituto.

Estaban alterados, mucho más que él mismo. Le preguntaron varias veces que si hablaba en serio.

Lamorak iba sin afeitar y se sentía cansado.

—Claro que hablo en serio. Y cada vez que Ragusnik actúe así siempre pueden importar un sustituto. Este tabú no existe en ningún otro mundo, así que habrá abundancia de sustitutos provisionales si ustedes pagan lo

suficiente.

(Traicionaba a un hombre explotado brutalmente y lo sabía. Pero se repetía desesperadamente: salvo por el ostracismo recibe buen trato, muy buen trato.)

Le dieron los manuales y se pasó seis horas leyendo y releyendo. Era inútil hacer preguntas, pues ningún elseveriano conocía aquel trabajo, excepto lo que figuraba en el manual, y todos se incomodaban si les mencionaban detalles.

—«Mantener lectura cero del galvanómetro A-2 durante la señal roja del aullador Lunge» —leyó Lamorak—. ¿Qué es un aullador Lunge?

—Debe ser una señal —murmuró Blei, y los elseverianos se miraron con embarazo y agacharon la cabeza para estudiarse la yema de los dedos.

Lo dejaron a solas mucho antes de llegar a los aposentos donde generaciones de Ragusnik habían trabajado al servicio de su mundo. Tenía instrucciones específicas para llegar al nivel indicado, pero ellos lo abandonaron y Lamorak continuó solo.

Recorrió las habitaciones atentamente, identificando instrumentos y controles y siguiendo los diagramas del manual.

Ahí está el aullador Lunge, pensó con sombría satisfacción. Eso decía el letrero. La cara frontal era semicircular y con orificios obviamente diseñados para brillar en diversos colores. ¿Por qué «aullador» entonces?

No lo sabía.

En alguna parte, pensó Lamorak, en alguna parte se acumulan los desechos, agolpándose contra los engranajes y las salidas, contra las tuberías y los alambiques, a la espera de ser manipulados de cien modos. Ahora, simplemente están acumulados.

Temblando un poco, activó el interruptor, tal como indicaba el manual en las instrucciones de «iniciación». Un suave murmullo de vida hizo vibrar los suelos y las paredes. Lamorak movió un dial y se encendieron las luces.

A cada paso consultaba el manual, aunque se lo sabía de memoria, y a cada paso las habitaciones se iluminaban y los cuadrantes se ponían en movimiento y zumbaban con creciente estruendo.

En algún lugar del interior de las fábricas, los desechos acumulados se desplazaban hacia los cauces correspondientes.

Sonó una señal aguda y Lamorak se sobresaltó y perdió la concentración. Se trataba del indicativo de comunicaciones, así que activó el receptor.

Apareció el alarmado rostro de Ragusnik que, poco a poco, cobró un

aire de colérica incredulidad.

—Conque así están las cosas.

—No soy elseveriano, Ragusnik. No me molesta hacer esto.

—¿Pero qué tiene que ver usted en esto? ¿Por qué se entromete?

—Estoy de parte de usted, Ragusnik, pero debo hacerlo.

—¿Por qué, si está de mi lado? ¿En su mundo tratan a la gente como me tratan a mí?

—Ya no. Pero aunque usted tenga razón he de tener en cuenta a los otros treinta mil habitantes de Elsevere.

—Habrían cedido. Ha echado abajo mi única posibilidad.

—No habrían cedido. Y en cierto modo ha triunfado usted, pues ahora saben que está insatisfecho. Hasta ahora, ni siquiera imaginaban que un Ragusnik pudiera ser infeliz, que pudiera causar problemas.

—¿Sirve de algo que lo sepan? Sólo tienen que encontrar a un forastero en cada ocasión.

Lamorak sacudió la cabeza. Había pensado en todo eso en las últimas y amargas horas.

—El hecho que ahora lo sepan significa que los elseverianos comenzarán a pensar en usted, y algunos se preguntarán si es correcto tratar así a un ser humano. Y si contratan forasteros ellos difundirán lo que ocurre en Elsevere y toda la opinión pública galáctica se volcará en favor de usted.

—¿Y?

—Las cosas mejorarán. En tiempos de su hijo, las cosas estarán mucho mejor.

—En tiempos de mi hijo —rezongó Ragusnik, y ahuecó las mejillas—. Preferiría que fuese ahora. Bien, he perdido. Regresaré al trabajo.

Lamorak sintió un inmenso alivio.

—Si viene aquí ahora, señor, podrá reanudar su trabajo y me honrará estrecharle la mano.

Ragusnik irguió la cabeza, henchido de un orgullo huraño.

—Usted me llama señor y se ofrece a estrecharme la mano. Lárguese, terrícola, y déjeme hacer mi trabajo, pues yo no estrecharé la suya.

Lamorak regresó por donde había llegado, aliviado porque había concluido la crisis, pero profundamente abatido.

Se detuvo sorprendido al toparse con un tramo de corredor acordonado que le cerraba el paso. Buscó otro camino y se sorprendió al oír una voz amplificada.

—Doctor Lamorak, ¿me oye? Habla el consejero Blei.

Levantó la vista. La voz provenía de un sistema de altavoces, pero no veía ninguna salida.

—¿Pasa algo malo? —preguntó—. ¿Me oye usted?

—Le oigo.

—¿Pasa algo malo? —repitió a gritos—. Aquí hay un obstáculo. ¿Hay complicaciones con Ragusnik?

—Ragusnik ha ido a trabajar. La crisis ha terminado y usted debe disponerse a partir.

—¿Disponerme a partir?

—Sí, a irse de Elsevere. Le estamos preparando una nave.

—Pero aguarde un momento. —Lamorak estaba confundido por aquel súbito vuelco de los acontecimientos—. Aún no he terminado de recoger datos.

—Eso ya no es posible. Se le indicará directamente el camino a la nave y sus pertenencias le serán enviadas por servomecanismos. Confiamos..., confiamos...

Lamorak comenzaba a comprender.

—¿Confían en qué?

—Confiamos en que no intentará ver ni hablar en persona a ningún elseveriano. Y, desde luego, esperamos que nos evite la embarazosa situación de intentar regresar a Elsevere en el futuro. Con gusto recibiremos a cualquiera de sus colegas si necesita más datos sobre nosotros.

—Entiendo —aceptó, en un tono de voz apagado. Evidentemente se había convertido en un Ragusnik. Había manejado los controles que manipulaban los desechos y se lo sometía al ostracismo. Era un manipulador de cadáveres, un porquerizo, el hombre del trabajo sucio—. Adiós.

—Antes de despedirme, doctor Lamorak... En nombre del Consejo de Elsevere, le doy las gracias por su ayuda en esta crisis.

—De nada —dijo amargamente Lamorak.

INSERTAR LA PIEZA A EN EL ESPACIO B

Dave Woodbury y John Hansen, grotescos en sus trajes espaciales, verificaban con ansiedad que la gran jaula flotaba lentamente alejándose de la espacio-nave mercante y acercándose a la cámara de aire. Con casi un año de permanencia en la Estación Espacial A5 tras ellos, estaban comprensiblemente cansados de las unidades de filtración que resonaban secamente, de los tubos de hidrocultivo que goteaban, de los generadores de aire que constantemente zumbaban y ocasionalmente se detenían.

—Nada funciona correctamente —solía decir Woodbury—, porque todo ha sido montado a mano por nosotros mismos.

—Siguiendo instrucciones —solía añadir Hansen— compuestas por un idiota.

Indudablemente había motivos para quejarse. Lo más costoso de una nave espacial era la cámara destinada a la mercancía, pues todos los avíos tenían que ser enviados través del espacio desmontados y conjugados. Todo tenia que ser montado en la Estación con las manos desnudas, inadecuadas herramientas y confusas y ambiguas instrucciones escritas por todo guía.

Woodbury se había esmerado en escribir algunas quejas a las que Hansen añadió los adjetivos apropiados, y formales peticiones que auxiliaran la situación habían sido cursadas a la Tierra.

Y la Tierra había respondido. Un robot especial había sido diseñado con un cerebro positrónico que había empollado el conocimiento necesario para conjugar apropiadamente cualquier máquina en existencia que estuviera desmontada.

El robot estaba en la jaula que ahora se descargaba, y Woodbury se estremeció mientras la cámara de aire se cerraba tras el objeto.

—Primero —dijo—, esto rehabilita a la Junta para la Alimentación y, segundo, rehabilitará nuestra tostadora para que vayamos olvidando el sabor de la carne quemada.

Entraron en la estación y atacaron la jaula con suaves toques de desmoleculizador, de manera que ningún precioso átomo metálico de su especial robot solventador de jeroglíficos fuera dañado.

Finalmente, la jaula fue abierta.

Dentro no había sino quinientas piezas separadas y una lista escrita con confusas y ambiguas instrucciones para ensamblarlas.

EL BRUJO MODERNO

Siempre me extrañó que Nicholas Nitely, juez de paz, fuese soltero. La atmósfera de su profesión, por decir algo, parecía tan conducente al matrimonio que escasamente podría evitar el lazo dulce del matrimonio.

Cuando se lo mencioné, sobre una copa de gin con tónica en el Club, me dijo:

—Ah, pero me escapé por poco hace algún tiempo —y suspiró.

—Oh, ¿de veras?

—Una bella joven, dulce, inteligente, pura y desesperadamente ardiente, y con todo lo que podía resultar seductor a los sentidos de un anticuado como yo.

—¿Cómo la has dejado ir? —pregunté.

—No tenía elección —Sonrió suavemente y su suave contextura, su suave cabello gris y sus suaves ojos azules se combinaron en una expresión de casi santidad.

—¿Sabe? Fue una falla de su novio...

—Ah, estaba comprometida a alguien más.

—... y el profesor Wellington Johns, aunque era un endocrinólogo, estaba en camino de ser un brujo moderno. —Suspiró, tomó un sorbo de su bebida, y volvió hacia mí su rostro soso buscando cambiar de tema.

Dije con firmeza:

—Bien entonces, Nitely, viejo amigo, no puedes dejarlo así. Quiero saber... sobre tu hermosa chica... la pieza que se fue.

Hizo una mueca ante mis palabras, se acomodó y ordenó que su copa fuera rellenada.

—Entenderá —dijo—, que supe los detalles algo después.

El profesor Wellington Johns tenía una enorme nariz prominente, dos ojos muy sinceros, y el talento de hacer aparecer sus ropas como demasiado grandes para él.

—Mis muchachos, el amor es cuestión de química.

Sus queridos muchachos, quienes eran realmente sus estudiantes y no sus hijos, se llamaban Alexander Dexter y Alice Sanger. Parecían llenos de químicos cuando se sentaban allí tomados de las manos. Juntos sumaban unos 45 años, a mitades cada uno, y Alexander decía inevitablemente,

"¡Vive la chemie!"

El profesor Johns sonreía reprobando.

—O al menos endocrinología. Las hormonas, después de todo, afectan nuestras emociones y no es sorprendente que una, específicamente, estimule lo que llamamos amor.

—Pero eso es poco romántico —murmuró Alice—. Estoy segura de que no necesito ninguna —y levantó su rostro anhelante hacia Alexander.

—Mi querida —dijo el profesor—. Tu corriente sanguínea estaba repleta de ellas en el momento en que tú, por así decirlo, te enamoraste. Su secreción había sido estimulada por... —por un momento consideró las palabras con cuidado porque era un hombre muy moral— algún factor ambiental que incluía a tu joven amigo, y una vez que la acción hormonal ha tenido lugar, la inercia te arrastró. Podría duplicar el efecto fácilmente

—Bueno, profesor —dijo Alice con gentil afectación—. Estaré encantada de ver cómo lo intenta —y oprimió la mano de Alexander con timidez.

—No quiero decir —dijo el profesor, tosiendo para esconder su turbación—, que personalmente intentaría reproducir... o mejor duplicar... las condiciones que han creado la secreción natural de la hormona. Quiero decir, en cambio, que podría inyectar la hormona misma con una hipodérmica, o aún por ingestión oral, ya que es una hormona asteroide. Tengo, como sabes —y tomó sus gafas para limpiarlas cuidadosamente—, la hormona aislada y purificada.

Alexander se enderezó.

—¡Profesor! ¿Y no nos ha dicho nada?

—Debo saber más acerca de ella primero.

—Usted quiere decir —dijo Alice, mirándole con sus parpadeantes y adorables ojos café—, que puede hacer que la gente sienta el maravilloso placer y la ternura celestial del amor, mediante... una píldora?

El profesor respondió:

—Inclusive puedo duplicar la emoción a la que te refieres en esos términos tan empalagosos.

—¿Y por qué no lo hace?

Alexander levantó su mano en protesta.

—Vamos, querida, el ardor te está perdiendo. Nuestra propia felicidad y próxima boda te hacen olvidar algunos hechos de la vida. Si una persona casada aceptara, por error, esta hormona...

El profesor dijo, con algo de soberbia:

—Dejadme explicar que mi hormona, o mi principio amatogénico, como yo lo llamo... —(ya que él, como muchos de los científicos prácticos,

disfrutaba de un apropiado desprecio por las bondades enrarecidas de la filología clásica)

—Llámelo filtro de amor, profesor —dijo Alice, con un tierno suspiro.

—Mi principio amatogénico cortical —dijo con severidad el profesor Johns—, no tiene efecto sobre personas casadas. La hormona no puede trabajar si está inhabilitada por otros factores, y el estar casado es un factor que inhibe el amor.

—Vaya, lo he escuchado —dijo, serio, Alexander—, pero intento refutar tan insensible creencia en el caso de mi Alice.

—Alexander —dijo Alice—. Mi amor.

—Quiero decir —dijo el profesor—, que el matrimonio inhibe el amor extramatrimonial.

Alexander dijo:

—Vaya, ha llegado a mis oídos que algunas veces no es así.

—¡Alexander! —dijo Alice, molesta.

—Solamente en raras ocasiones, mi querida, entre quienes no han asistido a un colegio.

—El matrimonio puede no inhibir una cierta atracción sexual insignificante —dijo el profesor—, o algunas tendencias de menor importancia, pero el verdadero amor, cuya emoción ha expresado Miss Sanger, es algo que no puede florecer cuando la memoria de una austera esposa y unos niños desagradables molestan el subconsciente.

—Lo que usted quiere decir —dijo Alexander—, es que si le diese indiscriminadamente el filtro de amor... perdone, el principio amatogénico a una cantidad de personas, ¿solamente las solteras serían afectadas?

—Eso es lo correcto, lo he experimentado con algunos animales que, aunque no utilizan concientemente ritos maritales, tienen formas de unión monogámicas. Y esos que ya tenían pareja no fueron afectados.

—Entonces, profesor, tengo una idea perfectamente espléndida. Mañana por la noche en el Baile de los Mayores aquí en el Colegio. Habrá al menos cincuenta parejas presentes, la mayor parte solteros. Ponga el filtro en el ponche.

—¿Qué? ¿Estás loco?

Pero Alice se había prendido de la idea.

—Vamos, es una idea estupenda, profesor. ¡Pensar que todos mis amigos se sentirán como yo me siento! Profesor, será como un ángel del cielo... Pero, ¡oh! Alexander, ¿supones que los sentimientos se pondrán un poco descontrolados? Algunos de nuestros compañeros de colegio son algo salvajes y con el calor del descubrimiento del amor, y podrían, bueno,

besar...

El profesor Johns dijo, indignado:

—Mi querida señorita Sanger. No debería permitir que su imaginación se recaliente. Mi hormona induce solamente esos sentimientos que llevan al matrimonio, y no a la expresión de cualquier cosa que se pueda considerar indecorosa.

—Lo siento —murmuró Alice, confundida—. Debí recordar, profesor, que usted es un hombre más moral que conozco... a excepción de mi amado Alexander... y que ninguno de sus descubrimientos llevarían a la inmoralidad.

Se la veía tan cariacontecida que el profesor la perdonó.

—¿Entonces lo hará, profesor? —presionó Alexander—. Después de todo, asumiendo que habrá una repentina urgencia en casarse después de eso, puedo cuidar que esté allí presente Nicholas Nitely, un viejo y apreciado amigo de la familia, con algún pretexto. Es Juez de Paz y puede arreglar fácilmente esas cosas de licencias y demás.

—Apenas puedo estar de acuerdo —dijo el profesor, obviamente menos firme—, en desarrollar ese experimento sin el consentimiento de quienes serán sujetos del mismo. No sería ético.

—Pero solamente les traerá alegría. Usted estará contribuyendo a la atmósfera moral del colegio. Seguramente, por ausencia de la presión hacia el matrimonio, sucede algunas veces aún dentro del colegio que la presión de una continua abstención alimenta cierto peligro de... de...

—Sí, allí está eso —dijo el profesor—. Bueno, prepararé una solución diluida. Después de todo, los resultados pueden impulsar el conocimiento científico de manera contundente y, como has dicho, traerán también moralidad.

Alexander dijo:

—Y, por supuesto, Alice y yo beberemos del ponche también.

Alice dijo:

—Oh, Alexander, un amor como el nuestro no necesita ninguna ayuda.

—Pero no será artificial, alma mía. De acuerdo con el profesor, tu amor comenzó como resultado de un efecto hormonal inducido, lo admito, por métodos más acostumbrados.

Alice se ruborizó.

—Pero entonces, mi único amor, ¿para qué necesitamos la repetición?

—Para quedar a cubierto de cualquier vicisitud del destino, mi cereza.

—Seguro, mi adorado, que no dudas de mi amor.

—No, mi corazón encantado, pero...

—*¿Pero?* ¿Quiere decir que no confías en mí, Alexander?

—Por supuesto que confía en ti, Alice, pero...

—*¿Pero?* ¿Otra vez pero? —Alice había enrojecido, furiosa—. Si no puedes confiar en mí, señor, tal vez sea mejor que me vaya... —Y realmente se fue, mientras los dos hombres se la quedaban mirando, atónitos.

El profesor Johns dijo:

—Me temo que mi hormona, casi indirectamente, ha sido ocasión del malogro de un matrimonio más que de su causa.

Alexander tragó, sintiéndose miserable, pero su orgu

La cabeza de Alexander giró al sonido de la voz del viejo.

—Es una cobardía, lo sé, pero suspiro por Alice. He sido cruel con ella y he sido tratado con justicia. Y aún, señor Nitely, si pudiera saber... —puso su mano cerrada sobre su pecho, cerca del corazón. No pudo decir más.

—¿Piensas que yo —dijo Nitely con tristeza—, por no estar casado, desconozco las emociones del alma? Te desilusionaré. Ha pasado tiempo desde cuando yo también supe del amor y de corazones rotos. Pero no hagas lo que yo, ni permitas que el orgullo evite la reconciliación. Búscala, mi amigo, búscala y pide disculpas. No te conviertas en un soltero solitario como yo mismo. Pero, disculpa, te estoy presionando.

La espalda de Alexander se enderezó.

—Me dejaré guiar pos sus palabras, señor Nitely. La buscaré.

—Entonces ve adentro. Apenas antes de salir la vi allí.

El corazón de Alexander dio un salto.

—Es posible que ella me esté buscando ahora. Iré... pero no. Vaya usted primero, señor Nitely, mientras me recupero. No quiero que vea mis lágrimas femeninas.

—Por supuesto, mi muchacho.

Nitely se detuvo en la puerta mirando hacia el salón de baile asombrado. ¿Había ocurrido una catástrofe universal? Cincuenta parejas estaban sobre el piso, algunas montadas sobre otras indecorosamente.

Pero antes de decidirse a mirar si estaban muertos, o presionar la alarma de incendios, o llamar a la policía, o algo, se estaban despertando, intentando ponerse de pie.

Solamente una persona quedaba en el piso. Una chica solitaria de blanco, con el brazo doblado debajo de su cabeza. Era Alice Sanger y Nitely se acercó a ella, ignorando el llamado de otros.

Cayó de rodillas.

—Señorita Sanger. Mi querida señorita Sanger. ¿Está herida?

Ella abrió los ojos lentamente y dijo:

—¡Señor Nitely! No me había dado cuenta de que usted es una verdadera visión de hermosura.

—¿Yo? —Nitely miró hacia atrás con horror, pero ella se estaba levantando y tenía en los ojos una luz que Nitely no había visto en treinta años, y aún entonces muy débil.

—Señor Nitely —dijo—, ¿va usted a dejarme?

—No, no —dijo Nitely confundido—. Si me necesita me quedaré.

—Le necesito. Le necesito con toda mi alma y mi corazón. Le necesito como las sedientas flores necesitan el rocío de la mañana. Le necesito a

usted como la Thisbe de la antigüedad necesitaba a Pyramus.

Nitely, aún queriendo retirarse, miró alrededor para ver si alguien más podía escuchar esta declaración tan inusual, pero nadie más parecía prestar atención. Apenas pudo darse cuenta de que el aire se estaba llenando de otras declaraciones de igual tono, y que algunas eran más directas y enfáticas.

Se quedó con la espalda apoyada contra la pared y Alice se acercó a él tanto que rompió la regla de los cuatro dedos en añicos. Rompió, para decir verdad, la regla de ningún dedo, y ante el resultado de la mutua presión algo indefinido pareció apropiarse de Nitely.

—Señorita Sanger, por favor.

—¿Señorita Sanger? ¿Soy señorita Sanger para ti? —exclamó Alice apasionadamente—. ¡Señor Nitely! ¡Nicholas! Hazme tuya. Alice, tuya. Cásate conmigo. ¡Cásate conmigo!

Todo alrededor era un grito de:

—¡Cásate conmigo. Cásate conmigo!

Y los jóvenes se amontonaron alrededor de Nitely, ya que ellos sabía que era Juez de Paz. Gritaban:

—¡Cásenos, señor Nitely! ¡Cásenos!

Solamente podía responder:

—Necesito vuestras licencias.

Se apartaron para permitirle salir en busca de esos papeles. Solamente Alice le siguió.

Nitely encontró a Alexander en la puerta del balcón y le hizo volver hacia el aire fresco. El profesor Johns se acercó a ellos en ese momento.

—Alexander. Profesor Johns —dijo Nitely—. Algo extraordinario ha ocurrido...

—Sí —dijo el profesor con su apacible rostro brillando de alegría—. El experimento ha sido un éxito. El principio es más efectivo sobre el ser humano, de hecho, que sobre cualquier animal de experimento. —Notando la confusión de Nitely, explicó lo que había ocurrido en frases vibrantes.

Nitely escuchó y murmuró:

—Extraño, extraño. Hay cierta familiaridad en esto.

Presionó su nuca con los nudillos de ambas manos, pero no ayudó.

Alexander se acercó a Alice gentilmente, ansiando estrecharla contra su fuerte pecho, sin conocer aún que ninguna joven permitiría esa expresión emocional de alguien que aún no ha sido perdonado.

—Alice, mi perdido amor —dijo—, si en tu corazón aún puedes encontrar...

Pero se alejó de él, evitando sus brazos aunque expresaban una súplica y dijo:

—Alexander, bebí el ponche. Era tu deseo.

—No debiste. Estaba equivocado, equivocado.

—Pero lo hice, ¡oh! Alexander, y nunca seré tuya.

—¿Nunca serás mía? Pero, ¿qué significa eso?

Y Alice, aferrada al brazo de Nitely ávidamente:

—Mi alma está unida indisolublemente a la del señor Nitely, la de Nicholas, digo. Ya no puedo contener mi pasión por él... o sea, mi pasión por casarme con él. Arrasa mi ser.

—¿Tan falsa eres? —lloró Alexander, sin poder creerlo.

—Eres cruel al decirme 'falsa' —dijo Alice entre sollozos—. No puedo entenderlo.

—Claro que no —dijo el profesor Johns, que había estado escuchando con gran consternación, después de dar explicaciones a Nitely—. Apenas si ella podrá entenderlo. Es simplemente una manifestación endocrinológica.

—Por supuesto que lo es —dijo Nitely, luchando con sus manifestaciones endocrinológicas—. Eso, eso, mi... mi querida. —Tocó la cabeza de Alice de una manera muy paternal y cuando ella levantó su atractivo rostro hacia él, desfalleciente, consideró si podría ser considerado un gesto paternal, o de buen vecino, presionar esos labios con los suyos, con pasión pura.

Pero Alexander lloró, con el corazón desesperado:

—Eres falsa, falsa... falsa como Cressid —y salió disparado de la habitación.

Y Nitely se habría marchado detrás de él, pero Alice lo había sujeto del cuello y posado sobre sus labios un beso que no era para nada el de una hija.

No era ni siquiera el de una vecina.

Llegaron a la pequeña casa de soltero de Nitely, con su serio cartel de Justicia de Paz en viejas letras inglesas, con su aire de paz melancólica, su serenidad, con su pequeño hogar sobre el que el brazo izquierdo de Nitely colocó la pequeña pava (el brazo derecho estaba firmemente aferrado por Alice, quien, con la astucia que da los años, había elegido ese como el método seguro de hacer imposible una repentina escapada de él a través de una puerta)

El estudio de Nitely podía verse a través de la puerta abierta del comedor, con los muros cubiertos de libros de estudio y entretenimiento.

Otra vez, la mano de Nitely (su mano izquierda) fue a la frente.

—Mi querida —dijo a Alice—, es asombrosa la manera... si pudieras aflojar apenas un poco, mi niña, de modo que la circulación se restablezca... la manera en que persiste en parecerme que esto ya ha ocurrido antes.

—Seguramente nunca antes, mi amado Nicholas —dijo Alice, inclinando la rubia cabeza sobre su hombro, y sonriéndole con una tímida ternura que hacía su belleza tan hechicera como el brillo de la luna sobre aguas tranquilas—, no puede haber existido un mago moderno tan maravilloso como nuestro inteligente profesor Johns, un brujo tan moderno.

—Un brujo tan... —Nitely se enderezó tan de repente que levantó a Alice una pulgada del piso—. Claro, eso debe ser. Que el demonio me lleve si no ha sido así. (En algunas escasas ocasiones, y bajo la presión de emociones fuerte, Nitely utilizaba lenguaje grosero)

—Nicholas. ¿Qué pasa? Me asustas, querubín.

Pero Nitely caminó rápidamente hacia su estudio y ella tuvo que correr tras él. Su rostro estaba pálido, los labios apretados, mientras tomaba un libro del estante y soplaba el polvo de manera reverente.

—Ah, —dijo con tristeza—, cómo he olvidado mis inocentes alegrías de juventud. Mi niña, en vista de la continuada incapacidad de mi brazo derecho, ¿serías tan gentil y pasar las páginas hasta que te diga que te detengas?

Juntos se arreglaron, en algo como un acuerdo prenucpial, él sujetando el libro con su brazo izquierdo, ella dando vuelta las páginas con el derecho.

—¡Estoy en lo cierto! —dijo Nitely con repentina energía—. Profesor Johns, mi amigo, venga aquí. Es la más asombrosa coincidencia... un atemorizante ejemplo de esos poderes misteriosos que nos sacuden con ocultos propósitos.

El profesor Johns, quien se había preparado su propio té y lo estaba sorbiendo lentamente, como correspondía a un discreto caballero de hábitos intelectuales en presencia de dos ardientes amantes que se habían retirado a la habitación contigua, respondió:

—Realmente, ¿desea mi presencia?

—Claro que sí, señor. Recurro a una consulta respecto de sus asuntos científicos.

—Pero está en una posición...

—¡Profesor! —gritó Alice, desmayada.

—Mil perdones, mi querida —dijo el profesor Johns entrando—. Mi viejo y enredado cerebro está lleno de fantasías ridículas. Hace tiempo que... —y terminó de un solo trago el té (que lo había preparado fuerte) y se recuperó.

—Profesor —dijo Nitely—. Esta querida niña hizo referencia a usted como un brujo moderno y eso llevó inmediatamente mi cabeza a *El Brujo*, de Gilbert y Sullivan.

—¿Qué —preguntó el profesor Johns suavemente—, son Gilbert y Sullivan?

Nitely levantó la vista hacia arriba, como con intención de calcular la dirección del relámpago inevitable y evitarlo. Dijo, en un áspero susurro:

—Sir William Schwenck Gilbert y sir Arthur Sullivan escribieron, respectivamente, la letra y la música de las mejores comedias musicales que el mundo jamás vio. Una de éstas se titulaba *El brujo*. En ella, también, era empleado un filtro: uno de alta moral que no afectaba a personas casadas, pero que logró alejar a la heroína de su hermoso amante hacia los brazos de un hombre mayor.

—Y —preguntó el profesor Johns—, ¿podían los sujetos recordarlo?

—Bueno, no. -realmente, mi querida, los movimientos de tus dedos en la región de la nuca, mientras me brindan un cúmulo de sensaciones innegablemente placenteras, realmente me distraen- Hay una reunión de los amantes jóvenes, profesor.

—Ah —dijo el profesor Johns—. Entonces, en vista de la semejanza tan cerrada entre la ficción y la vida real, es posible que la solución en la comedia podría ayudar a reunir a Alice y a Alexander. Al menos, creo que usted no desea ir por la vida con su brazo permanentemente inutilizable.

—No deseo ser reunida —dijo Alice—. Solamente quiero a mi Nicholas.

—Habría algo que decir a ese refrescante punto de vista —dijo Nitely—, pero, huh, la juventud debe ser atendida. Hay una solución en la comedia, profesor Johns, y es por esa razón que particularmente he querido hablar con usted. —Sonrió con una suave benevolencia—. En la comedia, los efectos de la poción eran completamente neutralizados por las acciones del caballero que administró la poción en primer lugar: en otras palabras, el caballero análogo con usted.

—¿Y esas acciones eran?

—¡Suicidio! ¡Simplemente eso! De alguna manera no explicada por los autores, el efecto de este suicidio fue el de romper el...

Pero el profesor Johns había recuperado el equilibrio y decía en el tono más sepulcral que se podía imaginar:

—Mi querido señor, puedo asegurar que, a pesar del afecto que siento por los jóvenes envueltos en este triste dilema, no puedo, bajo ninguna circunstancia, consentir en una auto inmolación. Ese proceder puede ser extremadamente eficaz en conexión con pociones de amor de origen

ordinario, pero mi principio amatogénico, puedo asegurar, será definitivamente no afectado por mi muerte.

—Me lo temía —suspiró Nitely—. Y como comentario al margen, el final de la comedia es muy pobre, posiblemente el más pobre de la serie —y miró hacia arriba en una muda apología al espíritu de William S. Gilbert—. Está sacado de un sombrero. No está bien fundamentado dentro de la obra. Castiga a un hombre que no merece ser castigado. Además, es completamente indigno del poderoso genio de Gilbert.

—Es posible —dijo el profesor Johns— que no haya sido de Gilbert. Tal vez algún chapucero intervino y fastidió el trabajo.

—No hay constancia de ello.

Pero el profesor Johns, con la mente científica excitada por un enigma no resuelto, dijo:

—Podemos probarlo. Estudiemos la mente de este... este Gilbert. Escribió otras comedias, ¿verdad?

—Catorce, en colaboración con Sullivan.

—¿Hay otros finales que resuelven situaciones análogas de maneras que son más apropiadas?

Nitely asintió.

—Una, ciertamente. Hay una *Ruddigore*.

—¿Quién fue?

—Ruddigore es un lugar. El personaje principal es revelado como el verdadero barón maligno de Ruddigore y está, por supuesto, bajo una maldición.

—De eso estaría seguro —murmuró el profesor Johns, quien se dio cuenta de la eventualidad de que frecuentemente acontecía a los malos barones que les servían bien.

—La maldición —siguió diciendo Nitely— le impulsaba a cometer un crimen o más por día. No podía pasar un día sin un crimen, o moriría en medio de una agonía llena de torturas.

—Qué horrible —murmuró Alice.

—Naturalmente —dijo Nitely—, nadie puede pensar un crimen por día, de modo que nuestro héroe estaba obligado a utilizar su ingenuidad para burlar la maldición.

—¿Cómo?

—Él razonó: si deliberadamente se rehusaba a cometer un crimen, estaba causándose la muerte por sus propios actos. En otras palabras, estaba suicidándose, y el suicidio es, por supuesto, un crimen... de modo que él cumplía con las condiciones de la maldición.

—Ya veo, ya veo —dijo el profesor Johns—. Es obvio que Gilbert cree en la resolución de los asuntos llevándolos hasta sus conclusiones lógicas —Cerró los ojos, y su noble frente claramente se hinchaba con las olas de numerosos pensamientos que contenía.

Abrió sus ojos.

—Nitely, viejo amigo, ¿cuándo se dio por primera vez *El Brujo*?

—En mil ochocientos setenta y siete.

—Entonces es eso, mi querido amigo. En mil ochocientos setenta y siete estamos en la época victoriana. La institución del matrimonio no era cuestión de los escenarios. No era un asunto cómico en aras del argumento. El matrimonio era santo, espiritual, un sacramento...

—Ya es suficiente —dijo Nitely— de esta retórica. ¿Qué tiene en mente?

—Matrimonio. Cásate con la chica, Nitely. Casa a todas las parejas, y eso será todo. Creo que era la solución original de Gilbert.

—Pero eso —dijo Nitely, extrañamente atraído por el concepto— es precisamente lo que tratamos de evitar.

—Yo no —dijo Alice rotunda (aunque no estaba rotunda, sino, por el contrario, encantadoramente ágil y delgada)

—¿No lo ve? —preguntó el profesor Johns—. Una vez que cada pareja se haya casado, el principio amatogénico... que no afecta a personas casadas... pierde su poder sobre ellos. Aquellos que han estado enamorados sin la ayuda del principio, permanecen enamorados; aquellos que no, no seguirán enamorados... y en consecuencia se requiere una anulación.

—Cielo santo —dijo Nitely—. Admirablemente simple. ¡Por supuesto! Gilbert debe haber intentado eso hasta que un productor teatral... un chapucero como ha dicho usted... le obligó a cambiar.

—¿Y funcionó? —pregunté—. Después de todo, mencionaste que el profesor había dicho que el efecto sobre los casados era el de inhibir las relaciones extrama...

—Funcionó —dijo Nitely, ignorando mi comentario. Una lágrima tembló en sus pestañas, pero si estaba inducida por sus recuerdos, o por el hecho de que ya estaba en su cuarto gin con tónica, no puedo decirlo.

—Funcionó —dijo—. Alice y yo nos casamos, y nuestro matrimonio fue casi instantáneamente anulado por mutuo consentimiento sobre la base de la presión indebida. Y aún, a causa del incesante acompañamiento del que éramos objeto, el incidente de la presión indebida entre nosotros fue, afortunadamente, virtualmente cero —suspiró otra vez—. De cualquier manera, Alice y Alexander se casaron pronto, y entiendo que ella, como resultado de varios eventos consecuentes, está esperando un niño.

Quitó los ojos de la profundidad que le dejaba el trago, y se sobresaltó, con repentina alarma.

—¡Dios me libre! Ella, otra vez.

Levanté la vista, asombrado. Una visión en azul pastel estaba en la puerta. Imagina, si lo deseas, un hermoso rostro hecho para ser besado; un cuerpo divino hecho para ser amado.

Ella dijo:

—¡Nicholas! ¡Espera!

—¿Es esa Alice? —pregunté.

—No, no. Eso es alguien más: una historia completamente diferente... Pero no debo permanecer aquí

Se levantó, y con una agilidad notable en alguien de tan avanzada edad y de tanto peso, salió por la ventana. La visión femenina del deseo, con una agilidad apenas menos notable, lo siguió.

Sacudí mi cabeza con simpatía. Era obvio que el pobre hombre era continuamente perseguido por esas beldades quienes, por una razón u otra, se enamoraban de él. Pensando en su horrible destino, terminé mi trago y consideré el hecho de que esas dificultades nunca me habían preocupado.

Y en ese pensamiento, extraño de contar, ordené otro trago, y una exclamación subió a mis labios, sin control.

CUARTA GENERACIÓN

A las diez de la mañana, Sam Marten se afanaba por bajarse del taxi, tratando, como de costumbre, de abrir la puerta con una mano, asir su maletín con la otra y alcanzar la cartera con una tercera. El trabajo se le hacía difícil ya que sólo tenía dos manos y, de nuevo como de costumbre, golpeó ruidosamente con su rodilla contra la puerta del taxi y se encontró todavía buscando a tientas y en vano su cartera cuando ya sus pies se habían posado en la acera.

El tráfico en Madison Avenue era poco fluido. Un camión rojo redujo de mala gana su ya lenta marcha para luego seguir avanzando con estrépito una vez que el semáforo hubo cambiado. Unas letras blancas en uno de sus lados informaban al insensible mundo que era propiedad de «F. Lewkowitz e Hijos, Mayoristas de tejidos».

«Levkowich», pensó Marten fugaz e intrascendentemente, y luego sacó su cartera. Lanzó una ojeada al taxímetro mientras sujetaba su maletín bajo el brazo. Un dólar con sesenta y cinco más veinte centavos de propina hacía que se le fueran prácticamente dos billetes sueltos lo que le dejaría sólo con uno para una emergencia, por lo que era mejor cambiar un billete de cinco.

—Bien —dijo—, cóbrese uno ochenta y cinco, amigo.

—Gracias —dijo el taxista de forma mecánica y falto de sinceridad a la vez que le daba el cambio. Marten fue metiendo apretadamente los tres billetes sueltos en su cartera, la guardó, cogió el maletín y se enfrentó a la masa de gente que circulaba por la acera hasta alcanzar las puertas de cristal del edificio.

«¿Levkovich?», pensó repentinamente, y se detuvo. Un transeúnte chocó con su codo.

—Perdón —dijo entre dientes Marten y se dirigió de nuevo hacia la puerta.

¿Levkovich? Eso no era lo que el letrero del camión ponía. El nombre que había leído era Lewkowitz. ¿Por qué «pensó» él en Levkovich? Entendía lo de cambiar la uve doble por uve por lo del alemán en la Universidad en un pasado cercano, pero, ¿de dónde había sacado el «ich»?

¿Levkovich? Quitó importancia a todo aquel asunto de forma brusca. Si seguía pensando en ello, iba a obsesionarle y perseguirle como el retintín de una canción del «Hit Parade».

Concentración en los negocios. Estaba allí a causa de una cita para comer con aquel hombre, Naylor. Estaba allí para convertir un contrato en una cuenta y empezar, a sus veintitrés años, el fluido ascenso en los negocios que, tal como había planeado, lo llevaría a casarse con Elizabeth al cabo de dos años y que lo convertiría en un *pater familias* en un barrio de las afueras de la ciudad al cabo de diez.

Entró en el vestíbulo con decidida firmeza y se dirigió hacia los múltiples ascensores echando una ojeada, mientras pasaba, al panel del directorio rotulado con letras blancas.

Tenía la tonta costumbre de querer captar una serie de nombres mientras pasaba, sin reducir el paso y sin tener que (Dios le libre) detenerse lo más mínimo. Si seguía progresando, se decía a sí mismo, podría mantener la impresión de pertenecer y de saber sobre todo lo que se movía a su alrededor, y eso era muy importante para un hombre cuyo trabajo consistía en tratar con otros seres humanos.

«Establecimientos Kulin» era lo que él buscaba y la palabra le divertía. Una firma especializada en la producción de pequeños utensilios de cocina, luchando resueltamente por conseguir un nombre que fuera significativo, femenino y coquetón, todo al mismo tiempo...

Sus ojos tropezaron con los nombres que empezaban por M y se deslizaron hacia arriba mientras seguía andando. Mandel, Lusk, Lippert Editores (dos pisos enteros), Lafkowitz, Kulin-Ets. Ahí estaba... 1.024. Décimo piso. Estupendo. Y después, pese a todo, se detuvo de repente, se sintió atraído aún sin quererlo, retrocedió hasta el directorio y se quedó mirándolo fijamente como si fuera un pueblerino.

¿Lafkowitz?

¿Qué clase de ortografía era ésa?

Estaba suficientemente claro, Lafkowitz, Henry J., 701. Con una A. No estaba bien. No servia de nada. Era inútil.

¿Inútil? ¿Por qué inútil? Sacudió violentamente su cabeza como si quisiera despejar la bruma de ella. ¡Maldición! ¿Qué le importaba a él cómo se escribía aquella palabra? Se dio la vuelta, enfadado y con el ceño fruncido, y se dirigió apresuradamente a la puerta del ascensor, la cual se cerró antes de que él la alcanzara dejándolo aturdido.

Se abrió otra puerta y se introdujo con rapidez. Sujetó el maletín bajo su brazo e intentó aparecer animado y enérgico..., un joven ejecutivo en toda la extensión de la palabra. Tenía que causar buena impresión a Alex Naylor, con quien hasta el momento sólo se había comunicado por teléfono. Si iba a dejarse obsesionar por Lewkowitzes y Lafkowitzes...

El ascensor se deslizó silenciosamente hasta pararse en el séptimo piso. Allí se bajó un joven en mangas de camisa, el cual mantenía en equilibrio una especie de cajón de mesa de trabajo en el que había tres recipientes de café y tres bocadillos.

Entonces, justo en el momento en que las puertas empezaban a cerrarse, los ojos de Marten vislumbraron un ajado cristal con unas letras negras inscritas en él. Se podía leen 701 - HENRY J. LEFKOWITZ - IMPORTADOR, y el inexorable cierre de las puertas del ascensor lo separó de aquella visión.

Marten se inclinó hacia delante con excitación. Tuvo el impulso de decir «Vayamos de nuevo al séptimo piso.»

Pero había más gente en el ascensor. Y después de todo, no había razón para hacerlo.

Sin embargo, sentía un hormigueo de excitación dentro de él. El directorio estaba equivocado. No era una A sino una E. Algún imbécil con una mediocre ortografía y con un paquete de letras minúsculas sin saber cómo colocarlas en el panel.

Lefkowitz. «Sigue, sin embargo, sin ser correcto.»

Negó de nuevo con la cabeza. Por dos veces. ¿Por qué no era correcto? El ascensor se paró en el décimo piso y Marten se bajó.

Alex Naylor, de los «Establecimientos Kulin», resultó ser un hombre noblote, de mediana edad, con un atisbo de pelo blanco, de rostro sonrosado y ancha sonrisa. Las palmas de sus manos estaban secas y callosas y saludó con un fuerte apretón de manos, colocando luego su mano izquierda sobre el hombro de Marten en una fervorosa demostración de simpatía.

Dijo:

—Estaré con usted en dos minutos. ¿Qué le parece si comemos aquí mismo en el edificio? Hay un excelente restaurante y tienen un chico que prepara unos buenos martinis. ¿Le apetece la idea?

—Estupendo. Estupendo.

Marten sacó como pudo su entusiasmo al responderle.

En lugar de dos minutos, habían pasado ya casi diez y Marten seguía esperando con el natural desasosiego de un hombre en un despacho ajeno. Miraba con curiosidad la tapicería de las sillas y el cuchitril en el que estaba sentado un joven con aspecto aburrido que se ocupaba de la centralita. Contemplaba los cuadros de la pared y llegó incluso a intentar de forma poco entusiasta echar una ojeada a una revista sobre negocios que había en la mesa que estaba a su lado.

Lo que no hizo fue pensar en Lev...

«No» pensó en ello.

El restaurante era bueno, o hubiera sido bueno si Marten hubiera estado completamente a gusto. Afortunadamente, no tuvo necesidad de llevar el peso de la conversación. Naylor hablaba rápida y bulliciosamente, examinó el menú con ojos de experto, le recomendó los «Huevos Benedictinos» e hizo comentarios sobre el tiempo y la horrible situación del tráfico.

De vez en cuando, Marten trataba de quitárselo de la cabeza y evitar que el tema siguiera distrayéndolo. Pero cada vez más, el desasosiego se hacía presa en él. Algo no estaba bien. El nombre estaba equivocado. Y ello le impedía concentrarse en lo que tenía que hacer.

Intentó con todas sus fuerzas el acabar con aquella locura. Con un repentino estruendo verbal llevó la conversación al tema del alambrado (eléctrico). Fue una imprudencia por su parte. No había base apropiada para ello; el paso fue demasiado brusco. Pero la comida había estado bien; estaban esperando el postre; y Naylor respondía bien.

Admitió cierto descontento con los acuerdos ya existentes. Sí, pero había estado investigando sobre la empresa de Marten y, finalmente, le parecía que sí, que había una posibilidad, una buena oportunidad, pensaba él, para que...

Una mano se posó sobre el hombro de Naylor en el momento en que un hombre pasaba tras su silla.

—¿Cómo estás, Alex?

Naylor miró hacia arriba, con la sonrisa puesta y relumbrante.

—Hola, Lefk. ¿Cómo van los negocios?

—No me puedo quejar. Te veo en el...

Y desapareció a lo lejos.

Marten no estaba escuchando. Sintió cómo temblaban sus rodillas mientras hacía ademán de levantarse.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó con decisión. La pregunta sonó más imperiosa de lo que él pretendía.

—¿Quién? ¿Lefk? Jerry Lefkovitz. ¿Lo conoce usted?

Naylor miró fijamente y con fría sorpresa a su compañero de mesa.

—No. ¿Cómo deletrea usted su nombre?

—L-E-F-K-O-V-I-T-Z, creo. ¿Por qué?

—¿Con una V?

—Una F... Oh, también lleva una V.

La amabilidad había desaparecido en su mayor parte del rostro de Naylor.

Marten siguió adelante.

—Hay un Lefkowitz en el edificio. Con una W. Ya sabe, Lef-coOW-itz.

—¿Ah, sí?

—En el número 701. ¿No es éste el mismo?

—Jerry no trabaja en este edificio. Su oficina está al otro lado de la calle. No conozco a ese otro. Este edificio es muy grande, sabe usted. No tengo relación con toda la gente que hay en él. Pero, ¿de qué se trata?

Marten negó con la cabeza y se sentó cómodamente. En cualquier caso, él tampoco sabía de qué se trataba. O por lo menos, si lo sabía, era algo que no se atrevía a explicar. O acaso podía él decir, hoy estoy siendo perseguido por todas las clases de Lefkowitzes. Dijo:

—Estábamos hablando sobre el alambrado.

Naylor replicó:

—Sí. Bien, como le dije, he estado pensando en su empresa. Tengo que discutirlo con la gente de producción, usted lo entiende. Ya lo tendré al corriente.

—Sí, claro —repuso Marten, infinitamente abatido.

Naylor lo tendría al corriente. Se había estropeado todo el negocio.

Y sin embargo, incluso hasta más allá de su abatimiento, seguía sintiendo aquel desasosiego.

Al diablo con Naylor. Todo lo que Marten quería era terminar con aquello y conseguir entenderlo. («¿Conseguir entender qué?» Pero la pregunta no era sino un rumor. Cualquier tipo de preguntas que surgían en su interior se desvanecían y perdían su fuerza...)

La comida llegó a su fin. Si al principio se habían saludado como amigos que se reúnen tras largo tiempo sin verse, ahora se separaron como dos extraños.

Marten sólo sintió alivio.

Abriéndose paso entre las mesas y con su pulso acelerado, abandonó el restaurante y salió de aquel obsesionante edificio para adentrarse en la obsesionante calle.

¿Obsesionante? Madison Avenue a la 1.20 del mediodía, en la temprana caída de la tarde, con el sol brillando luminoso y diez mil hombres y mujeres aglomerándose en su largo y recto recorrido.

Pero Marten se sentía obsesionado. Escondió el maletín bajo su brazo y se dirigió desesperadamente hacia el Norte. Un último suspiro procedente de su normalidad interior le previno sobre la cita que tenía a las tres en la Calle 36. No importaba. Se encaminó hacia la parte alta de la ciudad. Hacia el Norte.

En la Calle 54, atravesó Madison y caminó hacia el Oeste, se detuvo

repentinamente y miró hacia arriba.

Había un letrero en la ventana, tres pisos más arriba. Pudo distinguirlo claramente: A. S. LEFKOWICH, CONTABLE JURADO.

Tenía una F y una OW, pero era la primera terminación «-ich» que había visto. La primera. Se estaba acercando. Giró de nuevo hacia el Norte en la Quinta Avenida, apresurándose por entre las irreales calles de una ciudad irreal, anhelando dar caza a algo mientras a su alrededor el gentío comenzaba a desaparecer.

Un letrero en la ventana de una planta baja, M. R. LEFKOWICZ, M.D.

Un semicírculo de letras en oro batido en el escaparate de una bombonería: JACOB LEVKOW.

(«Medio nombre —pensó furiosamente—. ¿Por qué se me molesta con medio nombre?»)

En aquel momento las calles estaban vacías a excepción de los diversos clanes de Lefkowitz, Levkowitz, Lefkowicz que destacaban en el vacío.

Apenas se percató del parque que había delante, en el que destacaba su verdor como pintado e inmóvil. Se volvió hacia el Oeste. Una hoja de periódico revoloteaba en una esquina al alcance de su vista, lo que constituía el único movimiento en un mundo muerto. Cambió de dirección, se detuvo y la recogió sin aflojar el paso.

Estaba en hebreo, era media página rota.

No podía leerla. No podía descifrar aquellas borrosas letras hebreas ni tampoco hubiera podido leerlas aunque hubieran estado claras. Pero sí había una palabra que estaba clara. Aparecía en letras oscuras en el centro de la página y cada letra perfectamente clara en su ortografía. Ponía Lefkovitsch lo sabía, y tal como se dijo a sí mismo, colocó el acento en su segunda sílaba: Lef-KUH-vich.

Dejó seguir revoloteando el papel y se introdujo en el parque vacío.

Los árboles estaban inmóviles y las hojas colgaban de los mismos en una extraña forma de suspensión. La luz solar era un peso muerto sobre él y no daba calor.

Estaba corriendo, pero sus pies no levantaban polvo ni aplastaba con su peso la hierba que pisaba.

Y ahí, en un banco, había un viejo; el único hombre en ei desolado parque. Llevaba una oscura gorra de fieltro con una visera que protegía sus ojos del sol. Por debajo de ésta sobresalían unos mechones de pelo gris. Su canosa barba llegaba hasta el botón más alto de su burda chaqueta. Sus viejos pantalones presentaban remiendos y sus informes y ajados zapatos se sujetaban a sus pies con una cuerda.

Marten se detuvo. Le resultaba difícil respirar. Sólo pudo decir una palabra y la utilizó para preguntar:

—¿Levkovich?

Se quedó allí mientras el viejo se ponía lentamente de pie; sus envejecidos ojos oscuros lo escudriñaron de cerca.

—Marten —susurró—. Samuel Marten. Ha venido usted.

Las palabras sonaron con un efecto de doble revelación porque, debajo del inglés, Marten apreció el tenue susurro de una lengua extranjera. Bajo el «Samuel» existía la imperceptible sombra de un «Sehmuel».

El viejo alargó sus ásperas y venosas manos para luego retirarlas como si tuviera miedo de tocar.

—Lo he estado buscando pero hay tanta gente en este desierto de ciudad. Tantos Martins, Martines, Mortons y Mertons. Al final me detuve cuando encontré algo verde, pero sólo por un momento... no quería cometer el pecado de perder la fe. Y entonces llegó usted.

—Ese soy yo —repuso Marten y sabía que así era—. Y usted es Phinehas Levkovich. ¿Por qué estamos aquí?

—Yo soy Phinehas ben Jehudah. Se me asignó el apellido de Levkovich por el ocaso del zar que impuso los apellidos a todos. Y aquí estamos —dijo el viejo con suavidad— a causa de mis ruegos. Cuando yo ya era viejo, Leah, mi única hija, nacida en mi edad madura, se fue a América con su esposo, abandonó los lazos del pasado por la esperanza de lo nuevo. Y mis hijos murieron y Sarah, mi inseparable esposa, hacía tiempo que había muerto y yo estaba solo. Y también llegó la hora en que yo debía morir. Pero no había visto a Leah desde que se marchó a aquel lejano país y sus noticias llegaban pero con poca frecuencia. Mi alma suspiraba por ver hijos nacidos de ella; hijos de mi descendencia; hijos en los que mi alma podría seguir viviendo y no morir.

Su voz era firme y la silenciosa sombra sonora bajo sus palabras era el majestuoso retumbo de un antiguo idioma.

—Y se me respondió y se me dieron horas para que pudiera ver al primer hijo varón de mi descendencia, nacido en una nueva tierra y en una nueva época. El hijo de la hija de la hija de mi hija. ¿Te he encontrado entonces en medio del esplendor de esta ciudad?

—Pero, ¿por qué la búsqueda? ¿Por qué no nos hemos encontrado antes?

—Porque existe placer en la ilusión de la búsqueda, hijo mío —dijo el viejo radiante— y en el deleite del encuentro. Se me dieron dos horas en las cuales podría buscar, dos horas para poder encontrar... ¡Y aquí está el

resultado! Tú estás aquí y he encontrado lo que contaba con ver en vida. —Su voz sonaba vieja, acariciante—. ¿Te va bien todo, hijo mío?

—Todo va bien, padre, ahora que os he encontrado —replicó Marten cayendo de rodillas ante él—. Dadme vuestra bendición, padre, para que pueda acompañarme todos los días de mi vida, así como a la muchacha que voy a tomar por esposa y a los niños que tienen todavía que nacer de mi sangre y la suya.

Notó cómo el viejo descansaba ligeramente sobre su cabeza mientras sólo se oía aquel silencioso susurro.

Marten se levantó.

Los ojos del viejo miraron hacia él fija y tiernamente. ¿Estaba perdiendo vista?

—Me voy ahora ya tranquilo con mis padres, hijo mío —dijo el viejo, y Marten se encontró solo en el parque.

Hubo un instante de renovado movimiento, el sol reanudó su interrumpida tarea, se restableció el viento e incluso con ese primer sensible instante, todo volvió sigilosamente a su tiempo...

A las diez de la mañana, Sam Marten se afanaba por bajarse del taxi, y se encontró buscando a tientas y en vano su cartera mientras el tráfico avanzaba con lentitud.

Un camión rojo redujo su marcha y luego siguió avanzando. Un letrero blanco en uno de sus lados anunciaba: «F. Lewkowitz e Hijos, Tejidos al por mayor.»

Marten no lo vio. Sin embargo, de alguna manera sabía que todo le iría bien. De alguna manera, como nunca había ocurrido antes, sabía...

¿QUÉ ES ESA COSA LLAMADA AMOR?

—Pero son dos especies —dijo el capitán Garm, estudiando las criaturas que le habían llevado desde el planeta.

Hinchó sus órganos ópticos y los enfocó en resolución máxima. Hizo relampaguear la franja cromática.

Botax se alegraba de seguir nuevamente los cambios cromáticos después de pasarse meses en una célula espía en el planeta, tratando de interpretar las ondas sonoras moduladas emitidas por los nativos. Comunicarse por relampagueos era casi como estar en casa, en el lejano brazo Perseo de la galaxia.

—No son dos especies —le corrigió—, sino dos formas de una especie.

—Pamplinas, son muy diferentes. Vagamente perseicas, gracias a la Entidad, y no tan repulsivas como otras formas de vida exteriores. Contornos razonables, extremidades reconocibles. Pero sin franja cromática. ¿Pueden hablar?

—Sí, capitán Garm. —Botax se permitió un intervalo prismático discretamente reprobatorio—. Los detalles constan en mi informe. Estas criaturas forman ondas sonoras mediante la garganta y la boca, una especie de tos complicada.

—Yo mismo he aprendido a hacerlo —añadió con sereno orgullo—. Es muy difícil.

—Revuelve el estómago, Bien, eso explica sus ojos planos y no extensibles.

—Como no hablan cromáticamente, los ojos son casi inservibles. Ahora bien, ¿por qué insistes en que son una sola especie? El de la izquierda es más pequeño, sus zarcillos, o lo que sean, son más largos y las proporciones parecen ser diferentes. Tiene bultos y el otro no. ¿Están vivos?

—Vivos, pero inconscientes, capitán. Los han sometido a tratamiento psíquico para impedir que se atemoricen, con el fin de facilitar nuestros estudios.

—¿Pero vale la pena estudiarlos? Vamos retrasados y nos quedan por lo menos cinco mundos de mayor relevancia para investigar y explorar. Mantener una unidad de estasis temporal es costoso, así que me gustaría devolverlos y continuar...

Pero el cuerpo húmedo y esmirriado de Botax vibraba de ansiedad.

Sacó la lengua tubular y la curvó sobre la nariz chata, volviendo los ojos hacia dentro. Extendió la mano de tres dedos en un gesto de negación, mientras su lenguaje pasaba casi totalmente al rojo profundo.

—La Entidad nos guarde, capitán, pues ningún mundo posee mayor relevancia que éste para nosotros. Tal vez nos estemos enfrentando a una crisis suprema. Estas criaturas pueden ser las formas de vida más peligrosas de toda la galaxia, capitán, precisamente porque existen dos formas.

—No te entiendo.

—Capitán, he estado trabajando en el estudio de este planeta y me ha resultado de lo más difícil, pues es único. Es tan único que apenas comprendo ciertas facetas. Por ejemplo, casi toda la vida del planeta consiste en especies que tienen dos formas. No hay palabras para describirlas, ni siquiera conceptos. Sólo puedo referirme a ellas como forma primera y forma segunda. Si me permites emplear sus sonidos, la pequeña se llama «hembra» o «mujer» y la grande, «macho» o «varón»; de modo que las criaturas mismas son conscientes de esa diferencia.

Garm hizo una mueca de disgusto.

—Qué desagradable medio de comunicación.

—Además, para producir vástagos ambas formas deben cooperar.

El capitán, que se había inclinado para examinar a los especímenes, con una expresión que combinaba el interés con la repulsión, se enderezó de inmediato.

—¿Cooperar? ¿Qué tonterías dices? No hay atributo de la vida más fundamental que el hecho de que cada criatura viviente produzca sus vástagos en íntima comunicación consigo misma. ¿Qué otra cosa hace que valga la pena vivir la vida?

—Una de las formas produce el vástago, pero la otra debe cooperar.

—¿Cómo?

—Me resultó difícil determinarlo. Es algo muy privado y en mi búsqueda por la literatura disponible no encontré una descripción exacta y explícita. Pero he podido realizar deducciones razonables.

Garm meneó la cabeza.

—Es realmente ridículo. La floración es el acto más sagrado y más privado de todos. En decenas de miles de mundos es igual. Como dijo Levuline, el gran fotobardo: «En tiempo de floración, en tiempo de floración, en el dulce y delicioso tiempo de floración, cuando...»

—Capitán, no lo entiendes. La cooperación entre ambas formas produce (no sé exactamente cómo) una mezcla y una recombinación de genes. Es un recurso por el cual cada generación crea nuevas combinaciones de

características. Las variaciones se multiplican y los genes mutantes se expresan casi de inmediato, mientras que con el sistema de floración deben transcurrir milenios.

—¿Me estás diciendo que los genes de un individuo se pueden combinar con los de otro? ¿Sabes lo ridículo que es eso, a la luz de todos los principios de la fisiología celular?

—¡Pero tiene que ser así! —se defendió Botax, nervioso, bajo la mirada atónita del otro—. La evolución se acelera. Este planeta es una turbamulta de especies. Se supone que hay un millón y cuarto de especies de criaturas.

—Lo más probable es que se trate de una docena y cuarto. No aceptes sin reservas lo que lees en la literatura nativa.

—Yo mismo he visto docenas de especies en una pequeña zona. Créeme, capitán, en poco tiempo estas criaturas se mutarán en inteligencias tan poderosas como para superarnos y gobernar la galaxia.

—Demuestra que existe esa cooperación de que hablas, investigador, y tendré en cuenta tus argumentaciones. De lo contrario, desecharé tus fantasías, por ridículas, y continuaremos el viaje.

—Puedo demostrarlo. —Los relampagueos cromáticos de Botax cobraron un intenso tono verde amarillento—. Las criaturas de este mundo son únicas también en otro sentido. Prevén adelantos que no han realizado, quizá como consecuencia de su creencia en el cambio acelerado, del cual, a fin de cuentas, son testigos constantemente. En consecuencia, se permiten un tipo de literatura que habla del viaje espacial, aunque ellos no lo han desarrollado. He traducido el término con que designan esa literatura como «ciencia ficción». Me he consagrado a leer casi exclusivamente ciencia ficción, pues pensé que allí, en sus sueños y fantasías, se revelarían tal cual son y revelarían el peligro que constituyen para nosotros. Y de la ciencia ficción deduje el método de la cooperación entre las dos formas.

—¿Cómo lo hiciste?

—En ese mundo hay una revista que a veces publica ciencia ficción, aunque está dedicada casi totalmente a los diversos aspectos de la cooperación. No habla con toda claridad, lo cual es un fastidio, pero persiste en insinuar. La traducción más aproximada a nuestros relampagueos es «chico juguetón». Deduzco que la criatura que la dirige sólo está interesada en la cooperación entre las formas y la investiga por doquier con una intensidad sistemática y científica que despertó mi admiración. He hallado ejemplos de cooperación descritos en la ciencia ficción, así que dejé que el material de la revista me guiara. En sus historias ilustradas aprendí cómo se realiza. Te ruego, capitán, que, cuando la cooperación esté cumplida y se

produzca el vástago ante tus ojos, ordenes que no quede en pie un solo átomo de este mundo.

—Bien —dijo el capitán Garm, con fastidio—, despiértalos y haz pronto lo que tengas que hacer.

Marge Skidmore recobró repentinamente la conciencia. Recordaba claramente la estación elevada, a la hora del crepúsculo. Estaba casi desierta. Había un hombre cerca y otro en el extremo del andén. El tren que se aproximaba era apenas un estruendo a lo lejos.

Y entonces había sufrido el relampagueo, esa sensación de volverse del revés, la visión borrosa de una criatura esmirriada que goteaba mucosidad, un ascenso y...

—Cielos— dijo, estremeciéndose—. Aún está ahí. Y, también hay otra.

Sintió náuseas, pero no miedo. Estaba orgullosa de sí misma por no tener miedo. El hombre que había a su lado, también tranquilo, como ella, seguía llevando un sombrero maltrecho y era el que se encontraba junto a ella en el andén.

—¿También te apresaron? —le preguntó Marge—. ¿A quién más?

Charlie Grimwold, sintiéndose fofo y barrigón, intentó levantar el brazo, para quitarse el sombrero y alisarse el cabello ralo, y se topó con una resistencia gomosa, pero endurecida. Bajó la mano y miró con aturdimiento a aquella mujer de rostro delgado. Ella aparentaba unos treinta y cinco años, tenía bonito cabello y un vestido que le sentaba bien; pero Charlie lo que deseaba era encontrarse en otra parte, y estar acompañado no le suponía ningún consuelo, aunque se tratase de compañía femenina.

—No lo sé —respondió—. Yo estaba en el andén de la estación.

—Yo también.

—Y luego vi un relampagueo. No oí nada. Y aquí estoy. Deben de ser hombrecillos de Marte, de Venus o de uno de esos lugares.

Marge movió la cabeza afirmativamente.

—Eso me imaginé. Algún platillo volante, ¿no? ¿Estás asustado?

—No. Eso es raro. Creo que debo de estar chalado para no asustarme.

—Sí, es raro. Yo tampoco estoy asustada. Oh, Dios, ahí viene uno. Si me toca, gritaré. Observa esas manos ondulantes. Y esa piel arrugada y viscosa. Me da náuseas.

Botax se aproximó con cuidado y habló con una voz áspera y chirriante a un mismo tiempo, procurando imitar el timbre de los nativos:

—¡Criaturas! No os haremos daño. Pero debemos pediros que nos hagáis el favor de cooperar.

—¡Esa cosa habla! —exclamó Charlie—. ¿Qué quieres decir con cooperar?

—Ambos. Entre vosotros —dijo Botax.

—Vaya. —Charlie miró a Marge—. ¿Entiendes de qué habla?

—No tengo la menor idea —respondió ella, con altanería.

—Quiero decir...

Y Botax pronunció la palabra que una vez oyó como sinónimo del proceso.

Marge enrojeció.

—¡Qué! —exclamó con el alarido más resonante que pudo lanzar. Botax y el capitán Garm se pusieron las manos sobre la cintura para cubrirse las franjas auditivas, que temblaron dolorosamente con los decibelios—. ¡Habráse visto! —continuó ella, atropelladamente y sin mayor coherencia—. ¡Soy una mujer casada! Si mi Ed estuviera aquí, ya os metería en cintura. Y tú, tío listo —añadió, girándose hacia Charlie a pesar de la resistencia gomosa—, quienquiera que seas, si crees...

—Oye, oye —protestó Charlie—, que no ha sido idea mía. Quiero decir, claro está, que no es que vaya a despreciar a una dama, por supuesto, pero Yo también estoy casado. Tengo tres hijos. Escucha...

—¿Qué pasa, investigador Botax? —preguntó el capitán Garm—. Estos sonidos cacofónicos son espantosos.

—Bueno... —Botax lanzó un rojo relampagueo de embarazo—. Es un ritual complicado. Al principio deben mostrarse reticentes. Eso realza el resultado posterior. Después de esa etapa inicial tienen que quitarse la piel.

—¿Hay que despellejarlos?

—No exactamente. Estas pieles son artificiales y se pueden quitar sin dolor. Así es como tienen que hacerlo; sobre todo, la forma más pequeña.

—De acuerdo. Diles que se quiten la piel. Botax, esto no me resulta agradable.

—No creo que convenga decirle a la forma más pequeña que se quite la piel. Creo que será mejor seguir atentamente el ritual. Aquí tengo fragmentos de esos cuentos de viajes espaciales que tanto elogiaba el director de la revista Chico juguetón. En ellos se quitan las pieles por la fuerza. He aquí una descripción de un accidente, por ejemplo, «que causó estragos en el vestido de la muchacha, casi arrancándoselo del esbelto cuerpo. Por un segundo, él sintió la tibia firmeza de esos senos casi desnudos contra la mejilla...» Así continúa. Rasgar la ropa y quitarla a la fuerza actúan como estímulo.

—¿Senos? —se extrañó el capitán—. No reconozco ese relampagueo.

—Lo inventé para traducir el significado. Alude a los bultos de la región dorsal superior de la forma más pequeña.

—Entiendo. Bien, dile a la más grande que rasgue las pieles de la más pequeña. Qué cosa tan horrenda.

Botax se volvió hacia Charlie.

—Por favor, arranca casi por completo el vestido de la muchacha del cuerpo esbelto. Te liberaré para que puedas hacerlo.

Marge abrió los ojos de par en par y se volvió hacia Charlie hecha una furia.

—No te atrevas a hacerlo. No oses tocarme, maniático sexual.

—¿Yo? —gimió Charlie—. No es idea mía. ¿Crees que me dedico a rasgar vestidos? Escucha —le dijo a Botax—, tengo esposa y tres hijos. Si ella descubre que ando rasgando vestidos, me molerá a golpes. ¿Sabes lo que hace mi esposa cuando miro a otra mujer? Escucha...

—¿Aún se muestra reticente? —se impacientó el capitán.

—Eso parece —contestó Botax—. El entorno extraño puede prolongar esta etapa de la cooperación. Como sé que es desagradable para ti, yo mismo realizaré esta etapa del ritual. En los cuentos de viajes espaciales, a menudo se escribe que una especie de otro mundo realiza esa tarea. Por ejemplo, aquí. —Hojeó las notas hasta hallar la que buscaba—. Aquí describen a una horrenda especie de otro mundo. Las criaturas de este planeta tienen ideas absurdas, ya me entiendes. Nunca se les ocurre imaginar individuos guapos como nosotros, con una bonita cobertura mucosa.

—¡Continúa! ¡Continúa! ¡No gastes todo el día! —le metió prisa el capitán.

—Sí, capitán. Aquí dice que el extraterrestre «se acercó a donde estaba la muchacha. Gritando histéricamente, fue apresada en el abrazo del monstruo. Las garras le desgarraron ciegamente el cuerpo, haciéndole jirones la falda». Como ves, la criatura nativa grita al ser estimulada cuando le quitan las pieles.

—Pues, adelante, Botax, quítasela. Pero, por favor, no permitas que grite. Me tiembla todo el cuerpo con esas ondas sonoras..

—Si no te importa... —se dirigió Botax a Marge, cortésmente.

Movió uno de sus dedos espátula para agarrar el cuello del vestido.

Marge se retorció desesperadamente.

—No me toques. ¡No me toques! Me mancharás con esa viscosidad. Escucha, este vestido me costó veinticuatro dólares con noventa y cinco en Ohrbach's. ¡Apártate, monstruo! ¡Mira qué ojos tiene! —Jadeaba

desesperadamente por los esfuerzos que hacía para esquivar la mano del extraterrestre—. Un viscoso monstruo de ojos saltones, eso es él. Escucha, yo misma me lo quitaré. Pero no lo toques con tu viscosidad, por amor de Dios. —Tanteó el cierre de la cremallera y se volvió irritada hacia Charlie—. ¡No se te ocurra mirar! —Charlie cerró los ojos y se encogió de hombros con resignación. Ella se quitó el vestido—. ¿Qué? ¿Estás satisfecho?

El capitán Garm agitó los dedos, descontento.

—¿Ésos son los senos? ¿Por qué la otra criatura mira hacia otro lado?

—Reticencia, reticencia —contestó Botax—. Además, los senos todavía están tapados. Hay que quitar más pieles. Cuando están desnudos constituyen un estímulo muy fuerte. Continuamente los describen con expresiones como globos de marfil, esferas blancas o alguna otra de ese tipo. Aquí tengo dibujos, que son imágenes visuales, tomados de las cubiertas de las revistas de cuentos espaciales. Sí los miras, verás que en, todos ellos hay una criatura con un seno más o menos expuesto.

El capitán miró reflexivamente la ilustración y luego a Marge.

—¿Qué es el marfil?

—Es otro relampagueo inventado por mí. Representa el material del colmillo de una de las grandes criaturas subinteligentes del planeta.

—Ah —dijo el capitán Garm, con un verde destello de satisfacción—. Eso lo explica. Esta pequeña criatura pertenece a una secta guerrera y ésos son colmillos para destrozar al enemigo.

—No, no. Son muy blandos, según tengo entendido.

Botax extendió su mano pequeña y parda hacia los objetos aludidos y Marge retrocedió con un alarido.

—¿Y qué otro propósito cumplen?

—Creo —respondió Botax, con bastante inseguridad— que se usan para alimentar a los vástagos.

—¿Los vástagos se los comen? —preguntó el capitán, con manifiesta turbación.

—No exactamente. Los objetos producen un fluido y el vástago lo consume.

—¿Consume un fluido de un cuerpo viviente? ¡Puf!

El capitán se cubrió la cabeza con los tres brazos, utilizando para ello el supernumerario central, que salió de la vaina tan rápidamente que casi derribó a Botax.

—Un viscoso monstruo de ojos saltones con tres brazos —comentó Marge.

—Sí —asintió Charlie.

—Oye, tú, cuidado con esos ojos. No mires lo que no debes.

—Escucha, estoy tratando de no mirar.

Botax se acercó de nuevo.

—Señora, ¿te quitarías el resto?

Marge intentó levantarse contra el campo de sujeción.

—¡Jamás!

—Lo haré yo, si lo prefieres.

—¡No me toques! Por amor de Dios, no me toques. Mira la viscosidad que tienes encima. De acuerdo, me lo quitaré.

Y se lo quitó, jadeando entrecortadamente y mirando con ojos severos a Charlie.

—No pasa nada —se quejó el capitán, profundamente insatisfecho—. Y este espécimen parece imperfecto.

Botax se sintió atacado.

—Te he traído dos especimenes perfectos. ¿Qué hay de malo con esta criatura?

—Sus senos no consisten en globos ni en esferas. Sé lo que son los globos y las esferas y así los representan en estas figuras que me has mostrado. Son globos grandes. Esta criatura, en cambio, sólo tiene colgajos de tejido seco. Y están descoloridos.

—Tonterías —se enfadó Botax—. Debes conceder margen a las variaciones naturales. Se lo preguntaré a la criatura misma. —Se volvió hacía Marge—. Señora, ¿tus senos son imperfectos?

Marge se quedó un rato mirándolo boquiabierta y con los ojos de par en par.

—¡Qué descaro! —exclamó al fin—. No seré Gina Lollobrigida ni Anita Ekberg, pero no tengo nada de imperfecta, gracias. Oh, cielos, si mí Ed estuviera aquí. —Se volvió hacia Charlie—. Oye, tú, dile a esa cosa viscosa de ojos saltones que mi físico no tiene nada de anormal.

—Oye —murmuró Charlie—, no estoy mirando, ¿recuerdas?

—¡Oh, claro, no estás mirando! Has espiado bastante, así que bien podrías abrir esos ojos legañosos y defender a una dama, si es que eres un caballero, que no creo.

—Está bien. —La miró de soslayo, y ella aprovechó la oportunidad para tomar aire y echar los hombros atrás—. No me gusta entrometerme en cuestiones tan delicadas, pero creo que estás bastante bien...

—¿Crees? ¿Eres ciego, o qué? Fui candidata a Miss Brooklyn, por si no lo sabías, y perdí por la cintura, no por...

—Vale, vale. Están bien. De veras. —Afirmó con la cabeza

vigorosamente en la dirección de Botax—. Están bien. No soy un gran experto, pero a mí me parecen bien.

Marge se relajó.

Botax sintió alivio. Se volvió hacia Garm.

—La forma más grande expresa interés, capitán. El estímulo está funcionando. Ahora, pasemos al punto final.

—¿Y en qué consiste?

—No hay relampagueo para traducirlo, capitán. Esencialmente, consiste en poner el aparato parlante y alimentario de uno contra el aparato equivalente del otro. He inventado un relampagueo para describirlo: beso.

—Esto es cada vez más asqueroso —gruñó el capitán.

—Es el clímax. En todos los cuentos, una vez que se quitan las pieles por la fuerza, se aferran con las extremidades y se consagran alocadamente a besos ardientes, por traducir con la mayor fidelidad posible la frase que se usa con más frecuencia. He aquí un ejemplo escogido al azar: «Abrazó a la muchacha y le estampó la ávida boca en los labios.»

—Tal vez una criatura devoraba a la otra —sugirió el capitán.

—En absoluto —replicó Botax, impaciente—. Son besos ardientes.

—¿Ardientes? ¿Se produce combustión?

—No creo que sea literalmente así. Me imagino que es un modo de expresar que asciende la temperatura. A mayor temperatura, supongo yo, mayor éxito en la producción del vástago. Ahora que la forma grande está adecuadamente estimulada, sólo tiene que estampar la boca en los labios de ella para producir un vástago. Este no se producirá sin ese paso. Es la cooperación de que te he hablado.

—¿Eso es todo? ¿Sólo este...?

El capitán movió las manos para unirlas, pero no soportaba expresar ese pensamiento con relampagueos.

—Eso es todo —asintió Botax—. En ninguno de los cuentos, ni siquiera en Chico juguetón, hallé una descripción de más actividades físicas relacionadas con la producción de vástagos. A veces, después del beso escriben una línea de símbolos semejantes a estrellitas, pero supongo que eso sólo significa más besos; un beso por cada estrella, cuando desean producir una multitud de vástagos.

—Sólo uno, por favor, y rápido.

—Por supuesto, capitán.

Botax dijo con solemne nitidez:

—Señor, ¿besarías a la dama?

—Escucha —objetó él—, no puedo moverme.

—Te liberaré, desde luego.

—Tal vez a la dama no le agrade.

Marge lo fulminó con la mirada.

—Puedes apostar tus botas a que no me agradará. Mantente alejado de mí.

—Eso quisiera, pero ¿qué harán si no te beso? No quiero que se enfaden. Podemos... bien... darnos un pequeño besito.

Ella titubeó, comprendiendo que esa actitud cautelosa estaba justificada.

—De acuerdo, pero sin cosas raras. No tengo por costumbre estar como vine al mundo enfrente de cualquier fulano, ¿entiendes?

—Lo entiendo. Yo no he tenido nada que ver. Tienes que admitirlo.

—Monstruos viscosos —refunfuñó Marge—. Deben de creerse dioses o algo parecido, por el modo en que dan órdenes a la gente. Dioses viscosos. Eso es lo que son.

Charlie se le acercó.

—Sí te parece bien...

Movió la mano como para ladearse el sombrero. Luego, apoyó las manos en los hombros desnudos y se inclinó, frunciendo la boca. Marge se tensó y le aparecieron arrugas en el cuello. Los labios se encontraron.

El capitán Garm relampagueó con fastidio.

—No percibo ascenso en la temperatura.

Había levantado su zarcillo de detección térmica por encima de la cabeza, haciéndolo vibrar.

—Yo tampoco —concedió Botax, desorientado—, pero lo están haciendo tal como lo describen los cuentos de viajes espaciales. Creo que sus extremidades deberían estar más extendidas. Ah, así. Está funcionando.

Casi distraídamente, Charlie había rodeado con el brazo el suave y desnudo torso de Marge. Por un instante Marge pareció apoyarse en él, pero de pronto se contorsionó en el campo de sujeción, que aún la aferraba con bastante firmeza.

—Suéltame —masculló sofocada contra la presión de los labios de Charlie.

Le atizó un mordisco y Charlie se apartó dando un grito, se tocó el labio inferior y se miró los dedos para ver si había sangre.

—¿Qué te pasa? —preguntó en tono lastimero.

—Convinimos en que sólo un beso ¿Qué te proponías? ¿Te crees un seductor? ¿Qué es esto? ¿El seductor y los dioses viscosos?

El capitán emitió rápidos relampagueos azules y amarillos.

—¿Ya está? ¿Cuánto tenemos que esperar ahora?

—Creo que debe ocurrir de inmediato. En todo el universo, cuando alguien tiene que florecer, florece y ya está. No hay espera.

—¿Sí? Después de pensar en esas obscenas costumbres que has descrito, creo que nunca floreceré de nuevo. Por favor, termina con esto.

—Sólo un momento, capitán.

Pero los momentos pasaron y los relampagueos del capitán cobraron un huraño color naranja, mientras que los de Botax perdieron brillo.

Al fin Botax preguntó con voz vacilante:

—Perdón, señora, pero ¿cuándo florecerás?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo tendrás vástagos?

—Ya tengo un hijo.

—Me refiero a tener vástagos ahora.

—No lo creo. Aún no estoy preparada para tener más hijos.

—¿Qué? ¿Qué? —preguntaba el capitán—. ¿Qué está diciendo?

—Parece ser —le tradujo Botax—, que no piensa tener vástagos por el momento.

La franja cromática del capitán parpadeó, con intenso brillo.

—¿Sabes qué creo, investigador? Creo que tienes una mente degenerada y perversa. No ocurre nada con estas criaturas. No hay cooperación entre ellas ni tienen vástagos. Creo que son dos especies y que estás haciéndote el listo conmigo.

—Pero, capitán... —protestó Botax.

—¡Qué capitán ni qué cuernos! Ya es suficiente. Me has contrariado, me has revuelto el estómago, me has causado náuseas y repulsión, ante la sola idea de la floración, y me has hecho perder el tiempo. Sólo estás buscando fama y gloria personal y me ocuparé de que no las obtengas. Líbrate de estas criaturas. Devuélvele a ésta sus pieles y déjalas donde las encontraste. Debería descontarte del sueldo todo lo que hemos gastado en la estasis temporal.

—Pero, capitán...

—Que las devuelvas, he dicho. Devuélvelas al mismo lugar y al mismo instante del tiempo. Quiero que este planeta quede intacto y me ocuparé de que así sea. —Echó a Botax otra mirada furibunda—. Una especie, dos formas, senos, besos, cooperación. ¡Bah! Eres un necio, investigador, y también un mentecato y, ante todo, una criatura muy enferma.

No había réplica posible. Temblándole los miembros, Botax se dispuso a devolver las criaturas.

Estaban en la estación elevada mirando a su alrededor de mal humor. Los rodeaba el crepúsculo, y el tren que se aproximaba era apenas un estruendo a lo lejos.

—Oye —habló Marge con un hilo de voz—, ¿sucedió de veras?

Charlie movió la cabeza afirmativamente.

—Yo lo recuerdo.

—No podemos contarlo.

—Claro que no. Dirían que estamos chalados.

—Vale. Bien.

Marge se alejó unos pasos. Charlie se disculpó:

—Oye, lamento que te sintieras molesta. No fue culpa mía.

—Está bien. Lo sé.

Se puso a mirar el andén de madera. El sonido del tren se hizo más fuerte.

—En realidad, no estabas nada mal. De hecho, tenías muy buen aspecto, pero me avergonzaba decirlo.

Ella sonrió.

—Está bien.

—¿No quieres tomar una taza de café para tranquilizarte? Mi esposa no me espera temprano.

—¿No? Vale. Ed no está en casa este fin de semana, así que sólo me espera un piso vacío. El niño está en casa de mi madre.

—Vamos, pues. En cierto modo nos han presentado.

—Vaya que sí —dijo ella, y se echó a reír.

El tren entró en la estación, pero ellos se marcharon, bajando a la calle por la angosta escalera.

Se tomaron un par de cócteles, y luego Charlie no pudo consentir que ella regresara a casa sola en la oscuridad, así que la acompañó hasta la puerta.

Naturalmente, Marge no tuvo otro remedio que invitarlo a pasar un momento.

Entre tanto, en la nave espacial, el abatido Botax hacía un último esfuerzo por demostrar que tenía razón. Mientras Garm preparaba la nave para la partida, Botax lo que preparó fue la videopantalla de rayos para echar un último vistazo a sus especímenes. Localizó a Charlie y a Marge en el piso de ésta. Se le endureció el zarcillo y comenzó a relampaguear en un deslumbrante arco iris de colores.

—¡Capitán Garm! ¡Capitán! ¡Mira lo que hacen ahora!

Pero en ese instante la nave abandonó la estasis temporal.

LA MÁQUINA QUE GANÓ LA GUERRA

Faltaba mucho aún para que terminara la celebración incluso en las cámaras subterráneas de «Multivac». Se palpaba en el ambiente.

Por lo menos quedaba el aislamiento y el silencio. Era la primera vez en diez años que los técnicos no circulaban apresurados por las entrañas de la computadora gigante, que las luces tenues no parpadeaban sus extraños recorridos, que el chorro de información hacia dentro y hacia fuera se había detenido.

Claro que no sería por mucho tiempo, porque las necesidades de la paz serían apremiantes. Sin embargo, durante un día, o quizá durante una semana, «Multivac» podría celebrar el gran acontecimiento y descansar.

Lamar Swift se quitó el gorro militar que llevaba puesto y miró de arriba abajo el largo y vacío corredor principal de la inmensa computadora. Se sentó cansado sobre uno de los taburetes giratorios de los técnicos y su uniforme, con el que nunca se había encontrado cómodo, adquirió un aspecto agobiante y arrugado.

—Aunque de un modo extraño lo echaré todo en falta. Es difícil recordar cuando no estuvimos en guerra con Deneb. Ahora me parece antinatural estar en paz con ellos y contemplar las estrellas sin ansiedad.

Los dos hombres que acompañaban al director ejecutivo de la Federación Solar eran más jóvenes que Swift. Ninguno tenía tantas canas ni parecía tan cansado como él.

John Henderson, con los labios apretados, encontraba dificultad en controlar el alivio que sentía por el triunfo.

—¡Están destruidos! ¡Están destruidos! —dijo sin poder contenerse—. Es lo que no dejaba de decirme una y otra vez y aún no puedo creerlo. Hablábamos tanto todos, hace tantísimos años, de la amenaza que se cernía sobre la Tierra, sobre sus mundos, y sobre todos los seres humanos que todo era cierto hasta el tiempo, y hasta el último detalle. Ahora estamos vivos y son los de Deneb los destruidos y acabados. Ahora, nunca más serán una amenaza.

—Gracias a «Multivac» —afirmó Swift con una mirada tranquila al imperturbable Jablonsky, que durante toda la guerra había sido el intérprete jefe de aquel oráculo de la ciencia—. ¿No es cierto, Max?

Jablonsky se encogió de hombros. Maquinalmente alargó la mano hacia

un cigarrillo, pero decidió no encenderlo. Entre los millares que habían vivido en los túneles dentro de «Multivac», sólo él tenía permiso para fumar, pero hacia el final se había esforzado por evitar aprovecharse del privilegio.

—Eso es lo que dicen —comentó. Su pulgar señaló por encima del hombro derecho, hacia arriba.

—¿Celoso, Max?

—¿Porque aclaman a «Multivac»? ¿Porque «Multivac» es la gran heroína de la humanidad en esta guerra? —El rostro seco de Jablonsky adoptó una expresión de aparente desdén—. ¿A mí qué me importa? Si eso les satisface, dejad que «Multivac» sea la máquina que ganó la guerra.

Henderson miró a los otros dos por el rabillo del ojo. En ese breve descanso que los tres habían buscado instintivamente en el rincón tranquilo de una metrópoli enloquecida, en ese entreacto entre los peligros de la guerra y las dificultades de la paz, cuando, por un momento, todos se encontraban acabados, solamente sentía el peso de la culpa.

De pronto fue como si aquel peso fuera difícil de soportar por más tiempo. Había que desprenderse de él, junto con la guerra: pero ¡ya!

—«Multivac» —declaró Henderson— no tiene nada que ver con la victoria. Es solamente una máquina.

—Sí, pero grande —replicó Smith.

—Entonces, solamente una máquina grande no mejor que los datos que la alimentaban. —Por un momento se detuvo, impresionado él mismo por lo que acababa de decir.

Jablonsky le miró, sus dedos gruesos buscaron de nuevo un cigarrillo y otra vez dieron marcha atrás.

—¿Quién mejor que tú para saberlo? Le proporcionaste los datos. ¿O es que quieres quedarte con el mérito tú solo?

—No —contestó Henderson, —furioso—, no hay méritos. ¿Qué sabes tú de los datos que utilizaba «Multivac», predigeridos por cien computadoras subsidiarias de la Tierra, de la Luna y de Marte, incluso de Titán? Con Titán siempre retrasado dando la impresión de que sus cifras introducirían una desviación inesperada.

—Haría enloquecer a cualquiera —dijo Swift con sincera simpatía.

Henderson sacudió la cabeza:

—No era sólo eso. Admito que hace ocho años, cuando reemplacé a Lepont como jefe de Programación, me sentí nervioso. En aquellos días todas esas cosas eran excitantes. La guerra era aún algo lejano, una aventura sin peligro real. No habíamos llegado al punto en que fueran las naves dirigidas las que se hicieran cargo y en que los ingenios interestelares

pudieran tragarse a un planeta completo si se les lanzaba correctamente. Pero cuando empezaron las verdaderas dificultades... —Rabioso, pues al fin podía permitirse ese lujo, mascculló—: De eso no sabéis nada.

—Bien —contemporizó Swift—, cuéntanoslo. La guerra ha terminado. Hemos ganado.

—Sí —asintió Henderson. Tenía que recordar que la Tierra había ganado y todo había salido bien—. Pues los datos resultaron inútiles.

—¿Inútiles?

—¿Quieres decir literalmente inútiles? —preguntó Jablonsky.

—Literalmente inútiles. ¿Qué podías esperar? El problema con vosotros dos era que estabais en medio de todo. Nunca salisteis de «Multivac», ni tú ni Max. El señor director no dejó nunca la Mansión salvo para hacer visitas de estado donde veía exactamente lo que querían que viera.

—Pero yo no estaba ciego —cortó Swift—, como quieres dar a entender.

—¿Sabe hasta qué extremo los datos concernientes a nuestra capacidad de producción, a nuestro potencial de medios, a nuestra mano de obra especializada, a todo lo importante para el esfuerzo bélico no eran de fiar, ni se podía contar con ellos durante la última mitad de la guerra? Los jefes de grupo tanto civiles como militares no tenían otra obsesión que proyectar su buena imagen, por decirlo así, oscureciendo lo malo y ampliando lo bueno. Fuera lo que fuera lo que pudieran hacer las máquinas, los hombres que las programaban y los que interpretaban los resultados sólo pensaban en su propia piel y en los competidores que había que eliminar. No había modo de parar eso. Lo intenté y fracasé.

—Naturalmente —le consoló Swift—. Comprendo que lo hicieras.

Esta vez Jablonsky decidió encender el cigarrillo:

—Pero yo imagino que tú proporcionaste datos a «Multivac» al programarlo. No nos hablaste para nada de ineficacia.

—¿Cómo podía decirlo? Y si lo hubiera hecho, ¿cómo podían creerme? —preguntó Henderson desesperado—. Nuestro esfuerzo de guerra estaba acoplado a «Multivac». Era un arma tremenda porque los denebianos no tenían nada parecido. ¿Qué otra cosa mantenía en alto nuestra moral sino la seguridad de que «Multivac» predeciría y desviaría cualquier movimiento denebiano y dirigiría nuestros movimientos? Después de que nuestro ingenio espía instalado en el hiperespacio fue destruido carecíamos de datos fiables sobre los denebianos para alimentar a «Multivac» y no nos atrevimos a publicarlo.

—Cierto —dijo Swift.

—Bien —prosiguió Henderson—. Pero si le hubiera dicho que los datos

no eran de fiar, ¿qué hubiera podido hacer sino remplazarme y no creerme? No lo podía permitir.

—¿Qué hiciste? —quiso saber Jablonsky.

—Puesto que la guerra se ha ganado, os diré lo que hice. Corregí los datos.

—¿Cómo? —preguntó Swift.

—Intuitivamente, supongo. Les fui dando vueltas hasta que me parecieron correctos. Al principio casi no me atrevía. Cambiaba un poco aquí, otro poco allí para corregir lo que eran imposibilidades obvias. Al ver que el cielo no se nos caía encima, me sentí más valiente. Al final apenas me preocupaba. Me limitaba a escribir los datos precisos a medida que se necesitaban. Incluso hice que el anexo de «Multivac» me preparara datos según un plan de programación privada que inventé a ese propósito.

—¿Cifras al azar? —preguntó Jablonsky.

—En absoluto. Introduje el número de desviaciones necesarias.

Jablonsky sonrió. Sus ojillos oscuros brillaron tras sus párpados arrugados.

—Por tres veces me llegó un informe sobre utilización no autorizada del anexo, y le dejé pasar todas las veces. Si hubiera importado le habría seguido la pista descubriéndote, John, y averiguando así lo que estabas haciendo. Pero, naturalmente, nada sobre «Multivac» importaba en aquellos días, así que te saliste con la tuya.

—¿Qué quiere decir que no importaba nada? —insistió Henderson, suspicaz.

—Nada importaba nada. Supongo que si te lo hubiera dicho entonces te habría ahorrado tus angustias, pero también si tú te hubieras confiado a mí, me habrías ahorrado las mías. ¿Qué te hizo pensar que «Multivac» funcionaba bien, por muy furiosos que fueran los datos con que la alimentabas?

—¿Que no funcionaba bien? —exclamó Swift.

—No del todo. No para fiarse. Al fin y al cabo, ¿dónde estaban mis técnicos en los últimos años de la guerra? Te lo diré, alimentaban computadoras de mil diferentes aparatos especiales. ¡Se habían ido! Tuve que arreglarme con chiquillos en los que no podía confiar y veteranos anticuados. Además, ¿creen que podía fiarme de los componentes en estado sólido que salían de Criogenética en los últimos años? Criogenética no estaba mejor servido de personal que yo. Para mí, no tenía la menor importancia que los datos que estaban siendo suministrados a «Multivac» fueran o no fiables. Los resultados no lo eran. Yo lo sabía.

—¿Qué hiciste? —preguntó Henderson.

—Hice lo que tú, John. Introduje datos falsos. Ajusté las cosas de acuerdo con la intuición... y así fue como la máquina ganó la guerra.

Swift se recostó en su sillón y estiró las piernas.

—¡Vaya revelaciones! Ahora resulta que el material que se me entregaba para guiarme en mi capacidad de «tomar decisiones» era una interpretación humana de datos preparados por el hombre. ¿No es verdad?

—Eso parece —afirmó Jablonsky.

—Ahora me doy cuenta de que obré correctamente al no confiar en ellos —declaró Swift.

—¿No lo hiciste? —insistió Jablonsky que, pese a lo que acababa de oír consiguió parecer profesionalmente insultado.

—Me temo que no. A lo mejor «Multivac» me decía: «Ataque aquí, no ahí»; «haga esto, no aquello»; «espere, no actúe». Pero nunca podía estar seguro de si lo que «Multivac» parecía decirme, me lo decía realmente; o si lo que realmente decía, lo decía en serio. Nunca podía estar seguro.

—Pero el informe final estaba siempre muy claro, señor —objetó Jablonsky.

—Quizá lo estaría para los que no tenían que tomar una decisión. No para mí. El horror de la responsabilidad de tales decisiones me resultaba intolerable y ni siquiera «Multivac» bastaba para quitarme ese peso de encima. Pero lo importante era que estaba justificado en mis dudas y encuentro un tremendo alivio en ello.

Envuelto en la conspiración de su mutua confesión, Jablonsky dejó de lado todo protocolo:

—Pues, ¿qué hiciste, Lamar? Después de todo había que tomar decisiones.

—Bueno, creo que ya es hora de regresar pero... os diré primero lo que hice. ¿Por qué no? Utilicé una computadora, Max, pero una más vieja que «Multivac», mucho más vieja.

Se metió la mano en el bolsillo en busca de cigarrillos y sacó un paquete y un puñado de monedas, antiguas monedas con fecha de los primeros años antes de que la escasez del metal hubiera hecho nacer un sistema crediticio sujeto a un complejo de computadora.

Swift sonrió con socarronería:

—Las necesito para hacer que el dinero me parezca sustancial. Para un viejo resulta difícil abandonar los hábitos de la juventud.

Se puso un cigarrillo entre los labios y fue dejando caer las monedas, una a una, en el bolsillo. La última la sostuvo entre los dedos, mirándola sin

verla.

—«Multivac» no es la primera computadora, amigos, ni la más conocida ni la que puede, eficientemente, levantar el peso de la decisión de los hombros del ejecutivo. Una máquina ganó; en efecto, la guerra, John; por lo menos un aparato computador muy simple lo hizo; uno que utilicé todas las veces que tenía que tomar una decisión difícil.

Con una leve sonrisa lanzó la moneda que sostenía. Brilló en el aire al girar y volver a caer en la mano tendida de Swift. Cerró la mano izquierda y la puso sobre el dorso. La mano derecha permaneció inmóvil, ocultando la moneda.

—¿Cara o cruz, caballeros? —dijo Swift.

MI HIJO EL FÍSICO

Su cabello era claro de un color verde manzana, muy apagado, muy pasado de moda. Se notaba que tenía buena mano con el tinte, como hace treinta años, antes de que se pusieran de moda los reflejos y las mechas.

Una sonrisa dulce cubría su rostro y una mirada tranquila convertía cierta vejez en algo sereno.

Y, en comparación, convertía en caos la confusión que la rodeaba en aquel enorme edificio gubernamental.

Una chica pasó medio corriendo a su lado, se detuvo y la observó con una mirada vacía y sorprendida.

—¿Cómo ha entrado?

—Estoy buscando a mi hijo, el físico.

La mujer sonrió.

—Su hijo, el...

—En realidad es ingeniero de Comunicaciones. El físico en jefe Gerard Cremona.

—El doctor Cremona. Bueno, está... ¿Dónde está su pase?

—Aquí lo tiene. Soy su madre.

—Bueno, señora Cremona, no lo sé. Tengo que... Su despacho está por ahí. Pregúnteselo al primero que encuentre. —Se alejó medio corriendo.

La señora Cremona movió la cabeza lentamente. Supuso que había ocurrido alguna cosa. Esperaba que Gerard estuviera bien. Oyó voces al otro extremo del pasillo y sonrió contenta. Pudo distinguir la de Gerard.

—Hola, Gerard —dijo al entrar en la habitación.

Gerard era un hombre grande que lucía todavía una buena cabellera en donde empezaban a verse las canas que no se molestaba en teñir. Dijo que estaba demasiado ocupado. Ella se sentía muy orgullosa de él y del aspecto que tenía.

En aquel momento, hablaba en voz muy alta con un hombre vestido con atuendo militar. No pudo distinguir el rango pero sabía que Gerard podía manejarlo bien.

Gerard levantó la vista y dijo:

—¿Qué quiere...? ¡Madre! ¿Qué haces aquí?

—Quedamos que vendría hoy a verte.

—¿Es jueves hoy? Oh, Dios, lo había olvidado. Siéntate, mamá, ahora

no puedo hablar. Cualquier sitio. Cualquier sitio. Mire, general.

El general Reiner miró por encima del hombro y con una mano le tocó la espalda.

—¿Su madre?

—Sí.

—¿Tendría que estar aquí?

—En este momento, no, pero yo me hago responsable de ella. Ni siquiera sabe leer un termómetro de modo que no entenderá nada de todo esto. Mire, general. Están en Plutón. ¿Lo entiende? Están allí. Las señales de radio no pueden ser de origen natural de modo que deben proceder de seres humanos, de nuestros hombres. Tendrán que admitirlo. De todas las expediciones que hemos enviado más allá del cinturón de asteroides, una ha conseguido llegar. Y están en Plutón.

—Sí, comprendo lo que está diciendo, ¿pero no sigue siendo imposible? Los hombres que están ahora en Plutón salieron hace cuatro años con un equipo que no podía mantenerles con vida más de un año. Así es como lo veo yo. Su objetivo era Ganímedes y parecen haber recorrido ocho veces esa distancia.

—Exactamente. Y nosotros tenemos que averiguar cómo y por qué. Puede..., puede simplemente... que hayan conseguido ayuda.

—¿Qué clase de ayuda? ¿Cómo?

Cremona apretó con fuerza las mandíbulas como si estuviera rezando interiormente.

—General —dijo—, estoy poniéndome en una situación precaria pero es remotamente posible que hayan recibido la ayuda de seres no humanos. Extraterrestres. Tenemos que averiguarlo. No sabemos cuánto tiempo puede mantenerse el contacto.

—Quiere decir —(en el serio rostro del general apareció una inedia sonrisa)— que quizá se hayan escapado y que en cualquier momento puedan ser capturados de nuevo.

—Quizá. Quizá. El futuro entero de la raza humana quizá dependa de que sepamos exactamente lo que ocurre. De saberlo ahora.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que quiere?

—Vamos a necesitar en seguida el ordenador Multivac del Ejército. Tiene que abandonar el trabajo que está haciendo en este momento y empezar a programar nuestro problema semántico general. Todos sus ingenieros de Comunicaciones tienen que abandonar cualquier trabajo y coordinarse con los nuestros.

—Pero, ¿por qué? No entiendo qué tiene que ver una cosa con la otra.

Una suave voz les interrumpió.

—General, ¿quiere un poco de fruta? He traído unas naranjas.

—¡Mamá! ¡Por favor! —exclamó Cremona—. ¡Después! General, es muy sencillo. En este momento Plutón está a una distancia de seis mil millones de kilómetros. Las ondas de radio tardan seis horas, viajando a la velocidad de la luz, para llegar de aquí a allá. Si decimos algo, tendremos que esperar doce horas hasta recibir una respuesta. Si ellos dicen algo y nosotros no lo entendemos y contestamos «qué» y ellos lo tienen que repetir..., perdemos todo un día.

—¿No hay forma de ir más rápido? —preguntó el general.

—Claro que no. Es la ley básica de la comunicación. Ninguna información puede transmitirse a mayor velocidad que la luz. Necesitaríamos meses para tener la misma conversación con Plutón que en pocas horas tendríamos nosotros ahora mismo.

—Sí, lo entiendo. ¿Y realmente cree que hay extraterrestres metidos en esto?

—Lo creo. Para ser sincero, no todos los que están aquí están de acuerdo conmigo. No obstante, estamos utilizando todos los recursos posibles para encontrar algún método de concentrar la comunicación. Tenemos que transmitir cuantas más señales posibles por segundo y esperar que consigamos lo que necesitamos antes de perder el contacto. Y ahí es donde necesito la Multivac y a sus hombres. Debe de existir alguna estrategia de comunicaciones que podemos utilizar para reducir el número de señales. Tan sólo el aumento del diez por ciento en la eficacia puede suponer un ahorro de una semana.

La suave voz interrumpió de nuevo.

—Dios mío, Gerard, ¿se trata de hablar un poco?

—¡Madre! ¡Por favor!

—Pero si lo estás enfocando todo al revés.

—Madre. —La voz de Cremona empezaba a traslucir una cierta impaciencia.

—Bueno, de acuerdo, pero si vas a decir algo y después esperar doce horas a que te respondan, es una tontería. No deberían hacerlo así.

El general emitió un bufido.

—Doctor Cremona, ¿quiere que consultemos a...?

—Un momento, general —dijo Cremona—. ¿A qué te estás refiriendo, mamá?

—Mientras esperas una respuesta —dijo la señora Cremona, seriamente— continúa transmitiendo y diles que ellos hagan lo mismo. Tú

hablas continuamente y ellos hablan continuamente. Tú pones a alguien que escuche continuamente y ellos también hacen lo mismo. Si cualquiera de los dos dice algo que quiere una respuesta, puedes hacerlo, pero lo más probable es que te digan todo lo que necesites saber sin preguntar.

Ambos hombres se la quedaron mirando fijamente.

—Claro. Una conversación continua —susurró Cremona—. Sólo con un desfase de doce horas. Dios mío, tenemos que ponernos en marcha.

Salió de la habitación dando grandes zancadas y casi arrastrando al general. Al cabo de unos segundos volvió a entrar.

—Madre —dijo—, si me perdonas, creo que tardaré unas horas. Te mandaré a una de las chicas para que te haga compañía. O échate una siesta, si lo prefieres.

—No te preocupes, Gerard —contestó la señora Cremona.

—De todas formas ¿cómo se te ha ocurrido, mamá? ¿Qué te hizo pensar en esta solución?

—Pero, Gerard, todas las mujeres lo saben. Cualquiera de dos mujeres al videófono o simplemente cara a cara sabe que el secreto de hacer que se extienda una noticia es, sea lo que sea, hablar continuamente.

Cremona intentó sonreír. A continuación, y temblándole el labio inferior, salió.

La señora Cremona lo observó cariñosamente. Un hombre tan guapo, su hijo, el físico. A pesar de ser un hombre maduro e importante, todavía era consciente de que un chico siempre debe escuchar los consejos de su madre.

LOS OJOS HACEN ALGO MÁS QUE VER

Después de cientos de miles de millones de años, pensó de súbito en sí mismo como Ames. No la combinación de longitudes de ondas que a través de todo el universo era ahora el equivalente de Ames, sino el sonido en sí. Una clara memoria trajo las ondas sonoras que él no escuchó ni podía escuchar.

Su nuevo proyecto le aguzaba sus recuerdos más allá de lo usualmente recordable. Registró el vórtice energético que constituía la suma de su individualidad y las líneas de fuerza se extendieron más allá de las estrellas.

La señal de respuesta de Brock llegó.

Con seguridad, pensó Ames, él podía decírselo a Brock. Sin duda, podría hablar con cualquiera.

Los modelos fluctuantes de energía enviados por Brock, comunicaron:

—¿Vienes, Ames?

—Naturalmente.

—¿Tomarás parte en el torneo?

—¡Sí! —Las líneas de fuerza de Ames fluctuaron irregularmente—. Pensé en una forma artística completamente nueva. Algo realmente insólito.

—¡Qué despilfarro de esfuerzo! ¿Cómo puedes creer que una nueva variante pueda ser concebida tras doscientos mil millones de años? Nada puede haber que sea nuevo.

Por un momento Brock quedó fuera de fase e interrumpió la comunicación, y Ames se apresuró en ajustar sus líneas de fuerza. Captó el flujo de los pensamientos de otros emisores mientras lo hizo; captó la poderosa visión de la extensa galaxia contra el terciopelo de la nada, y las líneas de fuerza pulsada en forma incesante por una multitudinaria vida energética, discurriendo entre las galaxias.

—Por favor, Brock —suplicó Ames—, absorbe mis pensamientos. No los evites. Estuve pensando en manipular la Materia. ¡Imagínate! Una sinfonía de Materia. ¿Por qué molestarse con Energía? Es cierto que nada hay de nuevo en la Energía. ¿Cómo podría ser de otra forma? ¿No nos enseña esto que debemos experimentar con la Materia?

—¡Materia!

Ames interpretó las vibraciones energéticas de Brock como un claro gesto de disgusto.

—¿Por qué no? —dijo—. Nosotros mismos fuimos Materia en otros tiempos… ¡Oh, quizás un trillón de años atrás! ¿Por qué no construir objetos en un medio material? O con formas abstractas, o... escucha, Brock... ¿Por qué no construir una imitación nuestra con Materia, una Materia a nuestra imagen y semejanza, tal como fuimos alguna vez?

—No recuerdo cómo fuimos —dijo Brock—. Nadie lo recuerda.

—Yo lo recuerdo —dijo Ames con seguridad—. No he pensado sino en eso y estoy comenzando a recordar. Brock, déjame que te lo muestre. Dime si tengo razón. Dímelo.

—No. Es ridículo. Es... repugnante.

—Déjame intentarlo, Brock. Hemos sido amigos desde los inicios cuando irradiamos juntos nuestra energía vital, desde el momento en que nos convertimos en lo que ahora somos. ¡Por favor, Brock!

—De acuerdo, pero hazlo rápido.

Ames no sentía aquel temblor a lo largo de sus líneas de fuerza desde... ¿desde cuándo? Si lo intentaba ahora para Brock y funcionaba, se atrevería a manipular la Materia ante la Asamblea de Seres Energéticos que, durante tanto tiempo, esperaban algo novedoso.

La Materia era muy escasa entre las galaxias, pero Ames la reunió, la juntó en un radio de varios años-luz, escogiendo los átomos, dotándola de consistencia arcillosa y conformándola en sentido ovoide.

—¿No lo recuerdas, Brock? —preguntó suavemente—. ¿No era algo parecido?

El vórtice de Brock tembló al entrar en fase.

—No me obligues a recordar. No recuerdo nada.

—Existía una cúspide y ellos la llamaban cabeza. Lo recuerdo tan claramente como te lo digo ahora. —Efectuó una pausa y luego continuó—. Mira, ¿recuerdas algo así?

Sobre la parte superior del ovoide apareció la «cabeza».

—¿Qué es eso? —preguntó Brock.

—Es la palabra que designa la cabeza. Los símbolos que representan el sonido de la palabra. Dime que lo recuerdas, Brock.

—Había algo más —dijo Brock con dudas—. Había algo en medio.

Una forma abultada surgió.

—¡Sí! —exclamó Ames—. ¡Es la nariz! —Y la palabra «nariz» apareció en su lugar—. Y también había ojos a cada lado: «Ojo izquierdo..., Ojo derecho».

Ames contempló lo que había conformado, sus líneas de fuerza palpitaban lentamente. ¿Estaba seguro que era algo así?

—La boca y la barbilla —dijo luego—, y la nuez de Adán y las clavículas. Recuerdo bien todas las palabras. —Y todas ellas aparecieron escritas junto a la figura ovoide.

—No pensaba en estas cosas desde hace cientos de millones de años —dijo Brock—. ¿Por qué me haces recordarlas? ¿Por qué?

Ames permaneció sumido en sus pensamientos.

—Algo más. Órganos para oír. Algo para escuchar las ondas acústicas. ¡Oídos! ¿Dónde estaban? ¡No puedo recordar dónde estaban!

—¡Olvídalo! —gritó Brock—. ¡Olvídate de los oídos y de todo lo demás! ¡No recuerdes!

—¿Qué hay de malo en recordar? —replicó Ames, desconcertado.

—Porque el exterior no era tan rugoso y frío como eso, sino cálido y suave. Los ojos miraban con ternura y estaban vivos y los labios de la boca temblaban y eran suaves sobre los míos.

Las líneas de fuerza de Brock palpitaban y se agitaban, palpitaban y se agitaban.

—¡Lo lamento! —dijo Ames—. ¡Lo lamento!

—Me has recordado que en otro tiempo fui mujer y supe amar, que esos ojos hacían algo más que ver y que no había nadie que lo hiciera por mí... y ahora no tengo ojos para hacerlo.

Con violencia, ella añadió una porción de materia a la rugosa y áspera cabeza y dijo:

—Ahora, deja que ellos lo hagan —y desapareció.

Y Ames vio y recordó que en otro tiempo él fue un hombre. La fuerza de su vórtice partió la cabeza en dos y partió a través de las galaxias siguiendo las huellas energéticas de Brock, de vuelta al infinito destino de la vida.

Y los ojos de la destrozada cabeza de Materia aún centelleaban con lo que Brock colocó allí en representación de las lágrimas. La cabeza de Materia hizo lo que los seres energéticos ya no podían hacer y lloró por toda la humanidad y por la frágil belleza de los cuerpos que abandonaron un billón de años atrás.

SEGREGACIONISTA

El cirujano miró a su interlocutor sin expresión en el rostro.

—¿Está preparado?

—Decir preparado es muy relativo —contestó el médico ingeniero—. Nosotros estamos preparados. Él está nervioso.

—Siempre lo están... Bien, se trata de una operación delicada.

—Delicada o no, debería estar agradecido. Ha sido escogido entre un gran número de pacientes y, francamente, no creo...

—No digas eso —le interrumpió el cirujano—. No nos corresponde a nosotros tomar la decisión.

—La estamos aceptando. ¿Pero acaso estamos de acuerdo?

—Si —contestó el cirujano en tono crispado—. Estamos de acuerdo. Completa e incondicionalmente. Toda la operación es demasiado compleja para abordarla con reservas mentales. Este hombre ha demostrado su mérito de muchas formas y su perfil es idóneo para el Departamento de Mortalidad.

—Está bien —concedió el médico ingeniero, pero sin calmarse.

—Creo que lo veré aquí mismo —dijo el cirujano—. Es un lugar lo bastante pequeño y personal como para que no resulte violento.

—No servirá de nada. Está nervioso y ya ha tomado una decisión.

—¿Ah, sí?

—Si. Quiere metal; siempre quieren metal. —El rostro del cirujano no cambió de expresión. Se miró las manos—. A veces se les puede hacer cambiar de opinión.

—¿Por qué preocuparse? —dijo el médico ingeniero con indiferencia—. Si quiere metal, pues que sea metal.

—¿No te importa?

—¿Por qué debía importarme? —dijo el médico ingeniero casi con brutalidad—. En ambos casos se trata de un problema de ingeniería médica y yo soy médico ingeniero. En ambos casos, puedo llevarlo a cabo. ¿Por qué debería pararme en otras consideraciones?

—Para mí, es una cuestión de oportunidad.

—¡Oportunidad! No puedes utilizar esto como argumento. ¿Qué le importa al paciente si es oportuno o no?

—A mí me importa.

—Estás dentro de una minoría. La tendencia está contra ti. No tienes posibilidad alguna.

—Tengo que intentarlo. —El cirujano, con un rápido gesto de la mano donde no había impaciencia, sino sólo prisa, indicó al médico ingeniero que guardase silencio. Ya había puesto al corriente a la enfermera y le había indicado cómo actuar. Apretó un botoncito y la puerta de doble batiente se abrió al instante. Entró el paciente en una silla de ruedas con motor y la enfermera lo hizo caminando con paso rápido junto a él.

—Puede marcharse, enfermera, pero espere fuera. La llamaré —dijo el cirujano, para luego hacer un gesto al médico ingeniero, que salió junto a la enfermera y la puerta se cerró detrás de ellos.

El hombre de la silla de ruedas volvió la cabeza para verlos marchar. Su cuello era delgadísimo y había unas finas arrugas alrededor de sus ojos. Estaba recién afeitado y los dedos de sus manos, aferradas firmemente a los brazos de la silla, mostraban unas uñas objeto de una reciente manicura. Se trataba de un paciente de alta prioridad y se le estaba atendiendo con sumo cuidado. Pero en su rostro había una expresión de clara impaciencia.

—¿Vamos a empezar hoy? —preguntó.

El cirujano asintió.

—Esta tarde, senador.

—Si he comprendido bien, harán falta semanas.

—No para la operación en sí, senador. Pero hay que ocuparse de una serie de puntos secundarios. Deben llevarse a cabo algunas renovaciones circulatorias y ajustes hormonales. Son cosas delicadas.

—¿Son peligrosas? —Luego, como si considerase que era necesario establecer una relación amistosa, pero evidentemente contra su voluntad, añadió—: ¿doctor?

El cirujano no prestó atención a los matices de la entonación.

—Todo es muy peligroso —contestó este último de forma terminante—. No nos hemos precipitado a fin de que sea menos peligroso. El momento es el adecuado, se ha unificado la capacidad de muchas personas, el equipo, que hace que este tipo de operaciones esté al alcance de muy pocos...

—Lo sé —interrumpió el paciente con impaciencia—. Me niego a sentirme culpable por ello. ¿O está usted insinuando que hay presiones poco ortodoxas?

—En absoluto, senador. Las decisiones del Departamento jamás han sido cuestionadas. Si pongo de manifiesto la dificultad y complejidad de la operación es únicamente para explicar mi deseo de llevarla a cabo de la mejor forma posible.

—Bien, pues adelante entonces. Yo comparto su deseo.

—En ese caso, debo pedirle que tome una decisión. Podemos colocarle uno de los dos tipos de corazones cibernéticos, de metal o...

—¡Plástico! —dijo el paciente en tono irritado—. ¿No es ésta la alternativa que iba a proponerme, doctor? Plástico barato. No lo quiero. Lo tengo decidido. Lo quiero de metal.

—Pero...

—Escuche, me han dicho que la decisión depende de mí ¿Es así o no?

El cirujano hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Cuando, desde un punto de vista médico, existen dos procesos alternativos de igual valor, la elección depende del paciente. En la práctica, la elección depende del paciente aun cuando los procesos alternativos no tengan el mismo valor, como en este caso.

El paciente entornó los ojos.

—¿Está intentando decirme que el corazón de plástico es mejor?

—Depende del paciente. En mi opinión, en su caso particular, así es. Y preferimos no utilizar el término plástico. Se trata de un corazón cibernético de fibra.

—A mis efectos es plástico.

—Senador —empezó a decir el cirujano con infinita paciencia—, el material no es plástico en el sentido normal de la palabra. Se trata de un material polimérico, cierto, pero un material que es mucho mas complejo que el plástico corriente. Es una compleja fibra parecida a la proteína diseñada para imitar, al máximo, la estructura natural del corazón humano que tiene ahora dentro de su pecho.

—Exactamente, y el corazón humano que llevo ahora dentro de mi pecho se ha desgastado a pesar de que todavía no tengo sesenta años. No quiero otro como éste, gracias. Quiero algo mejor.

—Todos queremos algo mejor para usted, senador. El corazón cibernético de fibra es mejor. Tiene una vida potencial de siglos. Es completamente no alergénico...

—¿No es así en el caso del corazón metálico?

—Si, en efecto —aceptó el cirujano—. El corazón cibernético metálico es de una aleación de titanio que...

—¿Y no se deteriora? ¿Y es más fuerte que el plástico? ¿O que la fibra o como lo quiera llamar?

—Sí, el metal es físicamente más fuerte, pero el punto en cuestión no es la fuerza mecánica. Puesto que el corazón está bien protegido, no se verá usted particularmente beneficiado por su fuerza mecánica. Cualquier cosa

susceptible de alcanzar el corazón lo matará por otras razones, incluso si el corazón no se ve afectado.

El paciente se encogió de hombros.

—Si un día me rompo una costilla, me la remplazarán por una de titanio. Es fácil remplazar huesos. Está al alcance de cualquiera. Será de metal como yo quiero, doctor.

—Está en su derecho de tomar esta decisión, sin embargo, creo que es mi deber decirle que si bien nunca se ha deteriorado un corazón cibernético metálico por razones mecánicas, si se ha estropeado alguno por motivos electrónicos.

—¿Eso qué significa?

—Significa que todos los corazones cibernéticos contienen un marcapasos como parte de su estructura. En el caso de la variedad metálica, se trata de un artefacto electrónico que mantiene el ritmo del corazón cibernético. Significa que, para alterar el ritmo cardíaco y que éste se adapte al estado emocional y físico del individuo, se debe incluir toda una serie de equipo en miniatura. De vez en cuando, algo falla allí y hay gente que ha muerto antes de que el fallo hubiese podido ser corregido.

—Nunca había oído hablar de esto.

—Le aseguro que pasa.

—¿Me está diciendo que pasa a menudo?

—En absoluto. Sucede muy raramente.

—Bien, en ese caso, acepto el riesgo. ¿Y qué me dice del corazón de plástico? ¿Acaso no contiene marcapasos?

—Por supuesto, senador. Pero la estructura química del corazón cibernético de fibra es mucho mas parecida al tejido humano. Puede responder a los controles iónicos y hormonales del propio cuerpo. El conjunto que hay que introducir es mucho más simple que en el caso del corazón cibernético metálico.

—¿Y el corazón de plástico nunca se descontrola hormonalmente?

—Hasta el momento, ninguno lo ha hecho.

—Porque no han trabajado con ellos el tiempo suficiente. ¿No es así?

El cirujano titubeó.

—Es cierto que los corazones cibernéticos de fibra no se utilizan desde hace tanto tiempo como los metálicos —dijo al cabo de un momento.

—Vaya, vaya... ¿Qué pasa, doctor? ¿Tiene usted miedo de que me convierta en un robot... en un Metalo, como los llaman desde que se ha aceptado su ciudadanía?

—No pasa nada malo con los Metalos, como tales Metalos. Como usted

muy bien ha dicho, son ciudadanos. Pero usted no es un Metalo. Usted es un ser humano. ¿Por qué no seguir siendo un ser humano?

—Porque yo quiero lo mejor y lo mejor es un corazón de metal. Haga usted lo necesario para que sea así.

El cirujano asintió con un gesto de la cabeza.

—Muy bien. Le pedirán que firme los permisos necesarios y a continuación procederemos a colocarle un corazón de metal.

—¿Y será usted quien realice la operación? Me han dicho que es usted el mejor.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que la operación sea un éxito.

Se abrió la puerta y el paciente salió en su silla de ruedas. Fuera lo estaba esperando la enfermera.

Entró el médico ingeniero y se quedó mirando al paciente por encima del hombro hasta que la puerta se cerró de nuevo. Luego se volvió al cirujano.

—Cuéntame, pues no puedo adivinar lo que ha pasado sólo con mirarte. ¿Qué ha decidido?

El cirujano se inclinó sobre su escritorio y se puso a taladrar los últimos documentos para archivarlos.

—Lo que tú habías predicho. Insiste en que le pongamos un corazón cibernético de metal.

—Al fin y al cabo, son mejores.

—No estoy tan de acuerdo contigo. Lo único que ocurre es que hace mas tiempo que lo utilizamos. Es una manía que se ha apoderado de la Humanidad desde que los Metalos se han convertido en ciudadanos. La gente tiene un extraño deseo de parecerse a los Metalos. Suspira por la fuerza física y la resistencia que se les atribuye.

—No se trata de algo unilateral. Tú no trabajas con Metalos, pero yo sí y por eso lo sé. Los dos últimos que han acudido a mí para ser reparados me han pedido elementos de fibra.

—¿Y tú has accedido?

—En uno de los casos, pues se trataba sólo de cambiar unos tendones y no hay mucha diferencia en que éstos sean de metal o de fibra. El otro quería un sistema sanguíneo o su equivalente. Le dije que no podía hacerlo porque para ello habría que convertir completamente la estructura de su cuerpo en material de fibra. Supongo que algún día se llegará a eso, a hacer Metalos que no sean realmente Metalos, sino una especie de seres de carne y hueso.

—¿Y no te inquieta esta idea?

—¿Por qué no puede llegarse a ello? Y también seres humanos metalizados. En estos momentos tenemos en la Tierra dos variedades de inteligencias, pero por qué tener dos. Dejemos que se acerquen la una a la otra, al final no seremos capaces de ver la diferencia. ¿Por qué íbamos a querer que se notase la diferencia? Tendríamos lo mejor de los dos mundos, las ventajas del hombre combinadas con las del robot.

—Obtendríamos un híbrido —dijo el cirujano en un tono que rayaba en la cólera—. Tendríamos algo que no sería ambos, sino nada. ¿No es lógico pensar que el individuo está demasiado orgulloso de su estructura y de su identidad como para querer que algo extraño las adultere? ¿Querría semejante mestizaje?

—Esta conversación se está convirtiendo en una discusión segregacionista.

—¡Pues que así sea! —dijo el cirujano con un énfasis lleno de calma—. Yo creo en ser lo que uno es. Yo no cambiaría ni una pizca de mi estructura por nada en el mundo. Si fuese completamente necesario cambiar algo de la mía, lo haría, pero siempre que la naturaleza de este cambio se aproximase al máximo al original. Yo soy yo, estoy contento de serlo y no me gustaría ser otra cosa.

Ahora había terminado su tarea y tenía que prepararse para la operación. Metió sus fuertes manos en la estufa y dejó que la incandescencia que las esterilizaría completamente las envolviese. A pesar de sus palabras cargadas de pasión, no había levantado la voz en ningún momento y en su bruñido rostro de metal no había aparecido (como siempre) expresión alguna.

¡SIMPLEMENTE LAS INVENTO!

Oh, doctor A...
Oh, doctor A...
Hay algo (no se vaya)
que me gustaría oírle decir.
Aunque preferiría morir
que intentar
curiosear,
el hecho, como verá,
es que en mi mente
ha brotado hoy la cuestión latente.

No pretendo fácil irrisión,
de modo que, por favor, responda con decisión.
Deseche sus temores recelosos,
¡y explique el secreto de su visión!
¿Cómo demonios
engendra
esas locas e increíbles ideas?

¿Es indigestión
y cuestión
de la pesadilla resultante?
¿De sus globos oculares el remolineo,
el girar incesante,
del cerrarse y abrirse
de sus dedos,
mientras su sangre toca enloquecidos repiques
al seguir el desapasionado compás
de su pulso turbio y desigual?

¿Es eso, opina, o el licor
lo que acelera su furor?
Porque un pequeño,
ligero,

martini seco
puede ser su particular genio;
o quizás en esos combinados de ron
encuentra usted las mismas
semillas
para la creación
y liberación
de esa rara idea o ese sorprendente final;
o una sobrenatural
combinación
de ilegal
estimulación,
marihuana más tequila,
que le dará esa sensación
de las cosas que vibran
y se desprenden,
mientras inicia su cerebración
con la síncopa enloquecida
de un cerebro que su tic-tac emprende.

Doctor A., seguramente algo
le vuelve visionario
y bastante trastornado.
Puesto que le leo con devoción,
¿no querrá darme una noción
de esa poción astutamente preparada
de la que emergen sus tramas,
de esa mezcla secreta, espumosa, alocada,
que en elemento permanente le ha convertido,
en los lugares de la c. f. más favorecidos... ?

Ahora, doctor A.,
no se vaya...

Oh, doctor A...
Oh, doctor A...

NOTAS DE RECHAZO

a) CULTA

Querido Asimov, las leyes mentales todas
prueban que tiene sus defectos la ortodoxia.
Considere esa componente ecléctica
de la filosofía de Kant que mella
con fauces incansables y antilógicas
las gastadas e inútiles sierras
que se atascan en buches de mutante de nuestra era.
Ahí va pues su relato (con débil vítor).
Las palabras anteriores tienen amplio motivo.

b) CULTA

Querido Ike, estaba preparado
(y, chico, realmente asustado)
para tragar, viniendo de ti, casi cualquier cosa.
Pero, Ike, eres pura droga,
tu forma de escribir es embriagamiento:
sólo queda seca tos y mental hinchamiento.
Te devuelvo esta porquería;
olía, apestaba, hedía;
un breve vistazo fue lo bastante espantoso.
Aunque, Ike, chico, poco a poco,
prueba de nuevo.
Necesito algunas fantochadas y, muchacho, adoro tu fiemo.

c) AMABLE

Querido Isaac, amigo mío,
pensé que tu relato era lúcido.
Sumamente delicioso
y con méritos, esplendoroso.
Significó una entera

noche, plena
de tensión, amigo,
y luego alivio,
y acompañada
en buena medida
del deleite
de la latente
incredulidad.
Es una trivialidad,
apenas correcto,
casi un acto de maldad,
declarar
que hay pequeños defectos.
Nada concreto,
un retoque, tal vez,
y por eso
no vas a desfallecer.
Permíteme pues exponer,
sin más retraso,
mi camarada, mi amigo,
que el final de tu relato
me ha dejado complacido
y alegremente sosegado.
P.D.
Ah, claro,
debo confesar
(con cierto pesar)
que, ¡ay!, te adjunto tu relato.

Biografía

Doctor en Ciencias y profesor de bioquímica, Isaac Asimov fue uno de los autores más prolíficos de ciencia ficción del siglo XX. Además de ciencia ficción escribió ensayos de divulgación científica e hizo incursiones en otros géneros, como la crítica literaria y la biografía, llegando a publicar más de 500 libros. Murió en 1992 a la edad de 72 años.